ARIEL ZORION



LA BIOGRAFÍA DE LAS LÁGRIMAS



SAGA DE LAS BIOGRAFÍAS 1



ARIEL ZORION



LA BIOGRAFÍA DE LAS LÁGRIMAS



SAGA DE LAS BIOGRAFÍAS 1





La biografía de las lágrimas

Ariel Zorion

Para Jorge

Por una y mil vidas a tu lado

Para Eugenia y Yoli,

con vosotras no existen los límites.

Y, cómo no, para Andreu,

mi primer lector cero y

ahora también menos uno,

sin olvidarme del resto

del equipo que me

ha ayudado a

mejorar esta novela.

GRACIAS SIEMPRE

"Las lágrimas que curan

son también las lágrimas

que queman y mortifican."

Stephen King

Sinopsis

¿Puede envasarse la tristeza en un tarro de cristal?

¿De qué están hechas las lágrimas?

¿Crees que tienen una biografía propia?

¿Qué historia nos cuentan?

Andrew Davis, un detective perteneciente al Departamento de Policía de Vancouver, tendrá que enfrentarse al caso más complejo de su carrera.

Una mujer aparece asesinada en el idílico paraje del Lago Louise en Canadá. Todo parece apuntar que existe algún tipo de relación entre la víctima y el detective, a pesar de que éste es incapaz de hallar la conexión.

El joven detective tendrá que enfrentarse a un asesino despiadado con una motivación poco común. Un asesino que deja un rastro de lágrimas a su paso.

¿Logrará Andrew Davis resolver el rompecabezas?

NOTA DE LA AUTORA

Querido amante de la lectura: En esta novela quiero pedirte algo antes de empezar: mantén la mente abierta. No des nada por sentado, no decidas las motivaciones antes del final. Las palabras, los tiempos verbales, los conectores… Todo ha sido elegido con sumo cuidado y por un motivo. Deja que la historia te sorprenda.

Déjate llevar.

Ojalá cuando termines el libro, sientas que ha merecido la pena.

Gracias por adentrarte en esta aventura.

A.Z.

Prólogo

Abro la puerta. Me detengo por un instante. Me gusta el efecto que eso causa. El sonido de los goznes mal engrasados. El crujido de la madera vieja, como un lamento ahogado bajo el peso de mi cuerpo. Respiro de forma pausada. Me permito otro par de segundos. Mis sentidos alerta, expectantes. Y es entonces cuando escucho sus gemidos. Y huelo su miedo.

Me regocijo.

Desciendo los primeros metros hacia el sótano y la veo. Me mira con terror. Me produce una sensación extraña, una especie de remordimiento.

Dura solo un instante, una insignificante fracción de tiempo.

Una eternidad para ella.

Sé que no debería gustarme, pero no puedo evitar sentir placer ante

esa sensación de poder y dominio. Sabe que está sometida a mis deseos y eso me hace sentir especial.

Un ser poderoso.

Comienza a llorar. En realidad, ha empezado a hacerlo desde el momento en el que me ha presentido bajando por la escalera. Aún no es capaz de entender que eso es lo que quiero de ella.

Sus lágrimas.

Forma parte de algo más grande que nosotros.

Poco a poco tendrá que descubrirlo.

Pero no todavía.

Aún no ha llegado la hora.

Tendrá que esperar hasta que llegue el momento de su último aliento.

1

Registro anecdótico

BB

Bienvenidos al interior de mi cabeza, donde habitan las pesadillas y el inframundo en el que resido. Los que no estáis aquí dentro, no podéis comprenderlo. Por eso, quiero invitaros al interior de la caverna, a ese lugar en el que la oscuridad campa a sus anchas, ese rincón de mi cerebro en el que no hay luz porque simplemente allí no existe, no hay más que sombras tenebrosas desde que tengo uso de razón.

Busco explicaciones, busco y no encuentro. Soy alguien que trata de cazar a una presa esquiva que insiste en seguir corriendo y jugando con mi estabilidad. Ha llegado el momento de lanzarse a la persecución de la verdad. La cuenta atrás ha llegado al final. Pero no puedo hacer esto sin colaboración. Necesito ayuda.

Tuve una infancia de mierda. Como tantas y tantos otros, eso es verdad. Y sí, ya sé que suena a tópico pero es lo que hay. Es decir, nadie me maltrató, ni abusó de mí, ni sufrí horrores de ese tipo, abominaciones inmundas que sufren muchos críos a los que les joden la infancia y les cercenan el futuro condenándoles a cargar de por vida con una cicatriz que es invisible pero real.

No es a ese tipo de porquería a la que me refiero. Pero la tristeza se convirtió en la dueña de mi mundo, de nuestro mundo. Era como un torrente que lo inundaba todo, una presencia tangible y permanente a la que echábamos de comer, que se sentaba a la mesa como una invitada que se presenta sin avisar, que nos acompañaba a todas partes.

Jodida tristeza.

Un niño o una niña no pueden entenderlo. Ahora que ya he llegado a la edad adulta, tampoco lo comprendo. Recuerdo que mi madre me abrazaba y me cubría de besos. Era una madre amorosa y se preocupaba por mí. Pero los suyos eran besos húmedos, siempre impregnados de lágrimas. ¿De dónde venía aquella desolación? ¿Por qué le costaba tanto sonreír? Yo la

miraba sin entender nada. Y ella me devolvía la mirada con ternura, diciéndome solamente “algún día lo entenderás, bebé”.

Me llamaba bebé. Hasta el último día de su vida me llamó así. Para ella supongo que era un apelativo cariñoso, pero a mí me hacía sentir vergüenza, me parecía una ridiculez, especialmente a cierta edad. Después, curiosamente lo adopté como un signo de identidad, pero era BB, una forma distinta, un acrónimo misterioso.

Me estoy yendo por las ramas.

Lo sé.

Pero lo necesito.

No estoy escribiendo esto para divagar. Estas palabras tienen una misión muy concreta, este cúmulo de frases ordenadas de una determinada manera persiguen un propósito. Es la hora del drenaje, de sacar la masa infesta que ocupa mi interior, de liberar los monstruos y que ellos tomen su camino.

Necesito una explicación.

Necesito acabar con esto.

Necesito comprender.

Garabateo sobre el papel a toda velocidad, consciente de que las ideas se me escapan y no me da tiempo a escribir todo lo que mi mente vomita sin control.

Cuántas veces me sorprendo pensando, tratando de buscar una explicación y no soy capaz de encontrarla. Y no lo entiendo, porque no soy imbécil. Soy una persona inteligente, tanto o más que muchos, me atrevería a decir que más que la mayoría.

Me despierto por las mañanas y recuerdo las lágrimas. Me asaltan de manera abrupta, su imagen nítida en su cara. Eran como torrentes, como un dique que se rompe. Sí, recuerdo que las lágrimas lo inundaban todo.

A veces, procuro traer a mi memoria algo más. Pero es difícil agarrar buenos recuerdos, como si estos se resistiesen a aparecer. Supongo que les gusta jugar al escondite, o tal vez no han sido generados. Quizás no haya nada que merezca la pena ser recordado.

Mi mierda de infancia principalmente era eso.

Una infancia unida al desconsuelo.

Mi madre cogía mi rostro entre sus manos y siempre me decía que necesitaba llorar para poder sanar, que las lágrimas curan. Pero yo no lo entendía, ¿cómo hacerlo a mi corta edad? Sin embargo, aunque dudo que

ella lo supiera, no lograba engañarme, porque recuerdo que yo solía pensar que no funcionaba, que cada día lloraba más y cada vez parecía más triste.

Las lágrimas no sanan, destruyen.

Un día, se le ocurrió que a lo mejor había que guardar las lágrimas, encerrarlas todas juntas. ¿Lo decía en serio? Lo dudo. Solo buscaba una forma más de darme consuelo o, quién sabe si de ayudarme a entender. Me decía que, si lográbamos almacenarlas en alguna vasija, podríamos hacer algún tipo de conjuro mágico.

Seguramente era eso. ¿Cómo no se le habría ocurrido a nadie antes?

Las lágrimas habían escapado sin control y tal vez habrían perdido ya los litros que serían necesarios para la sanación de un alma condenada a la melancolía.

Y luego pensaba que era muy difícil llenar un recipiente de lágrimas.

Las lágrimas no son más que pequeñas gotas, partículas diminutas en un universo inmenso. Pero, ¿quién podía saberlo?

Quizás, sí existiera una forma de envasarlas.

2

Contrastes

Andrew abrió el ojo a eso de las seis de la mañana. Sí, el ojo. Solo uno de los dos. El otro se hallaba literalmente aplastado contra la almohada.

Levantó levemente el párpado derecho y observó a la rubia que había tumbada junto a él. No se acordaba demasiado de la noche anterior y tampoco estaba seguro de si le convenía recordarlo.

Decidió que lo mejor era darse la vuelta y echarse otra cabezadita, puesto que era su día libre y no tenía prisa en abandonar el cálido abrazo de las sábanas, especialmente en aquella gélida etapa del año.

Lo que no imaginaba es que su día libre iba a ser más ajetreado de lo habitual.



El Lago Louise lucía espléndido aquella mañana. Los reflejos de las montañas sobre sus aguas color turquesa convertían el paisaje en un decorado de ensueño. Un paraíso en mitad de un mundo caótico y, a veces, cruel. En eso es en lo que pensaba aquel hombre rubio cuando miraba hacia él tratando de encontrar dos cosas en la quietud del lago. Por un lado, ansiaba hallar una calma interior que parecía haber huido de sí mismo desde un tiempo atrás. Por otro, buscaba localizar los paisajes perfectos para un encargo que le habían hecho desde un estudio cinematográfico. Sin embargo, ni siquiera aquello lograba adormecer las heridas del corazón.

Poco podía imaginar que dichas heridas estaban a punto de encontrar el modo de cicatrizar, dejando atrás una etapa poblada de dolor y angustia.

Una persona muy especial e importante para él había acudido en su busca.



Ya estaba hecho. Una sensación extraña recorría su cuerpo de pies a cabeza. Dicha sensación se sumaba al nerviosismo habitual que en los últimos tiempos se había instalado en su interior, una agitación difícil de controlar que, en ocasiones, ponía su mente al borde del colapso.

No sabía bien cómo describirla. Es lo que tiene la primera vez, que

siempre deja un recordatorio indeleble que es difícil de comparar con algo similar porque, precisamente, es la única hasta ese momento. Sin embargo, lo de la primera vez no era del todo exacto. Había habido otras, aunque distintas. Al menos, no con un resultado irreversible.

La desazón no se había ido. Había notado un alivio momentáneo, una aparente resolución de ese conflicto interno que arrastraba desde una fecha que escapaba ingobernable de su mente, dándole solo unas coordenadas imprecisas.

Y ahora que, en cierta medida, volvía ese hambre, sentía que necesitaba verle, saberle cerca, a pesar de no entender muy bien el porqué.

Tal vez era el ingrediente que faltase para cerrar el círculo, aunque tenía la intuición de que acababa de abrir la caja de Pandora y había desatado todos los males que contenía. Fuera como fuese, quería observarle, conocer sus reacciones, verle actuar, a pesar de que ser consciente de que, en ese momento y en esas circunstancias, eso sería arriesgarse demasiado.

Al menos, le haría partícipe.

Tenía una historia que contarle.

Y tenía dudas que resolver.



—¿Ya te vas? —le preguntó la chica al despabilarse y observar cómo se vestía en silencio.

—No quería despertarte —respondió poniendo una cara de niño bueno que no engañaba a nadie.

—Claro. Seguro que pensaste que era mucho mejor marcharse sin decir ni adiós.

Andrew se mordió ligeramente el labio inferior. «Pillado», pensó. Vale, ahora había que inventarse una excusa o afrontar la verdad como un hombre. En realidad, le gustaba más lo de inventarse algo. Además, se le daba mucho mejor.

No le hizo falta.

Su teléfono comenzó a vibrar en su bolsillo.

—Lo siento, tengo que contestar. Puede ser importante.

La joven, cubierta su desnudez lo justo por la sábana, le miró con cara de pocos amigos y él decidió que era mejor responder antes de que la oportunidad que le brindaba su teléfono se desvaneciera.



Se dirigieron cogidos de la mano hacia el hotel con su perro, un labrador color canela, caminando a su lado. Cuando creían haber encontrado por fin un poco de paz y dejado en el pasado los horrores que habían poblado sus vidas en el último año, oyeron un grito a lo lejos.

Instantes después descifraron el tétrico mensaje que transmitía aquella voz.

Habían encontrado un cuerpo sin vida en alguna parte. Ella, que hasta hacía solo un par de días pertenecía a los cuerpos de seguridad de los vecinos del sur, hizo el amago de acercarse. Su pareja, el hombre rubio que unos minutos antes había permanecido sentado frente al lago sumido en sus cavilaciones, la desalentó.

—Ni se te ocurra —le dijo él categórico. Porque esa guerra ya no era la suya y así lo habían acordado. No estaba dispuesto a permitir que regresasen los fantasmas que, por fin, ahora sí, parecían haberse quedado atrapados dentro de una prisión de máxima seguridad. Aquel asesino despiadado que les había perseguido en los últimos meses ya no estaba en sus vidas. Y esta historia ya no les pertenecía.

Cuando regresaron al vestíbulo del hotel varias horas después, tras una más que merecida reconciliación en la suite que tenían reservada, pudieron observar en la distancia cómo los agentes de las fuerzas del orden trataban aún de dilucidar lo que había pasado allí.



Muy lejos de aquel onírico paisaje envuelto en la bruma gélida del invierno, el detective Davis aún no era consciente de la gravedad de lo que estaba a punto de venírsele encima.

Vancouver se encuentra a casi mil kilómetros de ese idílico destino de colores turquesa bañando la falda de las montañas, donde dos amantes acababan de reencontrar el camino que les había separado. En el mismo

emplazamiento en el que una mujer de treinta y pocos años había aparecido muerta en extrañas circunstancias poco tiempo antes.

Al lado del cuerpo habían encontrado un pequeño bote de cristal con un tapón de corcho y un sobre con lo que parecía ser un destinatario muy concreto escrito a mano con candorosa atención. En el reverso solo había un sello lacrado con dos letras grabadas: BB. En la mano de la chica estaba una pequeña tarjeta sujeta entre los dedos índice y pulgar.

Andrew Davis, que se encontraba en una embarazosa situación cada vez más habitual en su vida en los últimos tiempos, acababa de recibir una llamada totalmente inesperada. Cuando vio el nombre que aparecía en la pantalla, por un segundo estuvo a punto de no contestar, porque esa inoportuna llamada era en su día libre y todo el mundo sabía que él no era de los que renunciaba a ello por cobrar horas extra.

Sin embargo, parecía que a su jefe le daba igual. No cuadraban demasiado bien, eso era un hecho, tal vez porque uno era muy cumplidor y exigente en el trabajo, mientras que el otro había establecido un orden de prioridades entre las que su profesión ya no estaba entre las primeras.

A Andrew le gustaba vivir y no tenía ni la menor intención de desaprovechar su tiempo. Era una decisión que había abrazado con determinación tiempo atrás y que estaba motivada por circunstancias que no deseaba rememorar.

Esa llamada, en ese preciso instante, sin embargo, le servía para deshacerse del entuerto que mantenía con la joven con la que acababa de pasar la noche y de la que ni siquiera recordaba su nombre. Tal vez, finalmente, fuera eso lo que en definitiva le ayudó a decidirse a contestar.

Su cerebro tomó la decisión sin más.

Esa conversación telefónica que supuso una vía de escape fácil, significaría también el punto de inflexión en el que dejaría atrás la apacible y tranquila existencia que había llevado desde su traslado desde Toronto, hacía ya tres años. En aquel momento, había terminado cayendo en la conclusión de que necesitaba un cambio verdaderamente radical. Nadie de su entorno más cercano llegó a comprender por qué era necesario un giro tan extremo. Eran demasiadas las cosas que dejaba atrás y los motivos no parecían

suficientes.



En el hall del hotel se había organizado un importante revuelo. Dicen que las malas noticias corren como la pólvora y debe ser verdad, pues no parecía que faltara nadie por conocer la triste noticia. Ya habían llegado varios oficiales de la Real Policía Montada de Canadá. El Sargento Adam Lambert de la vecina Banff, se encontraba al mando. Era preciso acordonar la zona y mantener alejados a los curiosos. Por suerte, el cadáver había aparecido en la zona habilitada para el servicio, lejos del bullicio y de las miradas indiscretas. Aun así, el revuelo en la entrada principal, con los clientes haciendo múltiples preguntas, había sido inevitable.



—¿De qué coño me estás hablando?

—Me has entendido a la perfección.

—Petrus, no me toques la moral. Es mi día libre y me dices que me vaya al Lago Louise a cubrir un posible caso de asesinato. En serio, ¿te has metido una raya o me tomas por gilipollas?

—Davis, cuida tu lenguaje que sigo siendo tu jefe. No tengo ganas de discutir y menos contigo. Sabes perfectamente que, si por mí fuera, serías al último que enviaría, porque no eres precisamente Hercule Poirot y tampoco estás entre mis hombres de confianza, para qué engañarnos. Pero me han llamado y reclaman tu presencia. Es lo que hay.

—Joder, debe haber dos mil kilómetros hasta allí. ¿Cuándo crees que voy a llegar? El fiambre estará ya fosilizado.

—Punto número uno: hay novecientos cuarenta y seis kilómetros. Sí, lo he mirado en Google Maps como hace cualquiera hoy en día. Y punto número dos: hay un helicóptero esperando para llevaros a ti y a Williams.

—Hombre, claro, ya me has puesto un sabueso por si me da por ir al SPA. O mejor aún, tal vez sería más adecuado decir una niñera.

—No tenses más la cuerda, te aviso. O te suspendo de empleo y sueldo a la velocidad de la luz. No voy a perder más el tiempo contigo. Quiero ver tu culo blanco aquí en media hora máximo. Así que

deshazte del ligue de turno y sal quemando rueda.



Cuando llegó a comisaría, su compañera ya estaba allí esperándole.

Nada más verlo, miró su reloj de muñeca. Un gesto muy habitual en ella

que sacaba a Andrew de quicio, quien resopló en cuanto se dio cuenta. Era un sutil recordatorio de que la puntualidad no era su fuerte. No obstante, en este caso no podía echarle nada en cara. Acababan de avisarle y había salido como quien dice con lo puesto.

Literalmente, en realidad.

De camino al helipuerto, Sharon Williams miraba de reojo a su compañero, el cual trataba de ocultar su rostro tras unas gafas de aviador con las lentes espejadas. Podía imaginar las ojeras que escondían. A pesar de que tratase así de ocultarlo, su compañera sabía que le iba a tocar aguantar su cara larga durante el viaje.

Habitualmente era un tipo con un carácter agradable y mucho sentido del humor. Andrew Davis era un compañero con el que el trato resultaba fácil, pues tenía una forma de ser que le hacía parecer bastante despreocupado. Un humor ligero y una sonrisa casi permanente dibujada en la boca podrían ser sus señas de identidad. Sus habilidades sociales eran de sobra conocidas por todos en el departamento. Pero también era cierto que la sacaba a menudo de sus casillas por sus continuos despistes. A veces, llegaba a pensar que realmente su cerebro se desconectaba durante unos segundos y a eso se debían sus faltas de atención.

Sin embargo, cuando tenía resaca, como era el caso aquel día, la cosa cambiaba ligeramente. El Andrew Davis de buen talante se convertía en un capullo insufrible en algunas ocasiones, aunque el mal humor no le durase demasiado, solo hasta el primer café de la mañana.

De hecho, en la Central de Policía de Vancouver le conocían como Andrew o Davis, por ese parecido con el Doctor Jekyll y Mister Hyde en cuanto a sus cambios de personalidad. Y ahora, Sharon Williams observaba que no solo arrastraba una resaca de las feas, sino que además estaba enfurruñado porque se había quedado sin su día de asueto.

Y ya sabía lo que eso le molestaba.

—Tienes cara de haber trasnochado, guaperas.

—¡Que te den, Sharon! No estoy de humor —respondió sin mirarla siquiera.

—Si no llegas a decirlo no lo habría notado.

—Estás tan graciosa que no me voy a reír para que no se te suba a la cabeza y te sigas esforzando. Por si has venido con ganas de cháchara, te aviso que no tengo un buen día.

—¿En serio? Jamás me habría dado cuenta.

En ese momento, Andrew se giró y se levantó las gafas para que su compañera apreciara su cara de escarnio. Ésta no pudo evitar sonreír. A pesar de todo, no podía negar que le caía bien.

—Venga, va. No te torturo. Duerme un poco si quieres, igual se te pasa ese mal rollo que llevas impreso en el rostro.

—¿Acaso crees que voy a poder dormir en este ruidoso trasto que parece salido de la II Guerra Mundial?

—¿Cómo sabes que es ruidoso? Aún no hemos despegado.

Y justo en aquel momento, el piloto les hizo señas para que se pusieran los cascos puesto que, efectivamente, el ruido iba a ser ensordecedor.



Ya ha llegado.

Hay un gran revuelo.

No es de extrañar, el suceso lo merece.

No es algo que suela ocurrir en esa zona. Es consciente de que debe tener cuidado a partir de ahora. Cualquier error podría pagarlo muy caro.

Quiere estar al tanto pero sin arriesgarse. Mantenerse cerca es demasiado tentador, pero también conlleva unos riesgos que son innecesarios por el momento. Hay que sopesar los beneficios y no son realmente suficientes.

Tiene que ser inteligente.

Y entonces lo decide.

Habrá otras veces.

Tal vez, otras circunstancias.

Pero no ahora.

No ahí.

3

Registro anecdótico

BB

Hoy se ha escrito la primera página de nuestra historia. Mejor dicho, de nuestra nueva historia. Tuya y mía. Nos convertiremos en uno solo, como las dos caras de una misma moneda, mi cara y tu cruz. Nos recordarán juntos, unidos por las lágrimas derramadas. Pero será una historia de múltiples personajes, porque aunque tú y yo seamos los actores principales, no habría función sin los secundarios.

No sé ni por dónde empezar. Es tanto lo que necesito saber. Mi cabeza está en ebullición constante. Es una olla a presión sin válvula de escape. Y

hoy mi agitación es más aguda de lo habitual. Tengo el corazón acelerado.

Será por los nervios del estreno, aunque decir eso no sea exacto en realidad.

Da igual. Ese tipo de detalles en este momento no son los más importantes.

Necesito soltar toda esta energía, canalizarla.

Escribir me ayuda. Es terapéutico, pero solo hasta cierto punto. Libera una parte de mi tormento, pero hay otra que requiere algún tipo de acción.

Por eso he empezado todo esto. Por la incomprensible tristeza capaz de devastar un hogar, una vida. Tengo que diseccionarla hasta llegar al núcleo de su existencia, hasta comprender por qué es necesario sentirla, por qué hay algunas personas que apenas la experimentan y, a otras en cambio, las deja devastadas.

La primera vez que fui consciente de esa desoladora tristeza que teñía nuestra realidad aún era casi un bebé, como quien dice. Es probable que tuviera poco más de tres años. Tengo el convencimiento de que tú no sabes de lo que hablo. No creo que tú entiendas la tristeza en ninguna de sus acepciones, porque no la has experimentado.

Pena.

Desconsuelo.

Aflicción.

Melancolía.

Pesar.

Quebranto.

Tribulación.

Desdicha.

¿Te suena alguna de ellas? Me costaría creerlo. Tu frivolidad no te lo permite. Sí, ya sé. Todos nos sentimos tristes alguna vez. Pero yo no me refiero a esa emoción pasajera, efímera, que va y viene, como un carrusel que sube y baja en una atracción de feria. Yo me refiero a esa que se instala en tu vida y se adueña de todo de una forma despótica. Me refiero al tipo de sentimiento que lo inunda todo de gris, que cubre de moho la existencia, que la hace difícilmente soportable.

Te observé durante un tiempo y te has convertido en mi obsesión. Fue hace mucho, en realidad. Nuestras vidas se cruzaron por casualidad, apenas un par de instantes en esta infinitud que es el tiempo. Desde ese momento, desde nuestro segundo encuentro para ser más fiel a la verdad, te he seguido en la distancia. Son las ventajas de las redes sociales para quienes nos gusta salir de pesca. En el mar abierto es difícil esconderse indefinidamente. Te he envidiado tanto que alguna vez se me pasó por la cabeza hacerte daño de forma gratuita. No sé si habría servido de algo. Posiblemente no. Es probable que hubiera sufrido unas consecuencias desproporcionadas. Pero en mi cabeza me gustaba imaginar que nos intercambiábamos los papeles y yo me metía en tu piel.

Tal vez algún día lo haga de manera literal.

Durante un tiempo logré olvidarme de ti. Mi trabajo llenaba ese vacío

corpóreo que había formado parte de mi existencia durante media vida. No sé muy bien la razón, pero volviste a mi cabeza y decidí investigar cómo te había ido. Te he seguido la pista con los años, de manera periódica. Te aseguro que he intentado dejar esto atrás, he intentado ser como tú, una persona alegre, frívola, despreocupada. Pero no lo he conseguido. No he logrado desprenderme de esta sensación de tristeza que parece que llevo tatuada en la piel. Y por eso, me he visto en la obligación de probar otra cosa.

Estoy escribiendo un galimatías, lo sé. Mezclo ideas casi inconexas, vomito pensamientos aleatorios. Bueno, dejémoslo como introducción mientras pongo orden en mi cabeza y narro todo con absoluto detalle. Poco a poco iremos desentrañando tú y yo el sentido que tiene todo esto, esta diarrea mental, esta angustia perenne, estos desvaríos.

No es justo. Es lo que creo. No es justo que tú hayas disfrutado la vida desde que eras un crío y que yo haya tenido que pasarla en medio de una amargura aplastante. No es justo que tú puedas sonreír sin más, mientras que yo tengo que hacer un esfuerzo para que mi expresión parezca creíble.

Así que vas a ayudarme a entenderlo. Vamos a escribir juntos una biografía de las lágrimas para que me ayudes a descifrar si curan o dañan, si ayudan a drenar el corazón o lo desgajan, si sirven de algo o son del todo inútiles.

He diseñado un método. Voy a analizarlo todo al milímetro. Porque necesito una comprensión profunda. Y tú vas a ser mi herramienta.

Una más para llegar a resolver el puzle.

La llave maestra que abre la puerta a la verdad.

4

Nunca pasa nada hasta que pasa

En Canadá nunca pasa nada. Al menos, es lo que se suele decir. Por alguna razón, hay países en los que parece que el nivel de delincuencia se mantiene ajeno al de otras latitudes, como si los habitantes de allí estuvieran hechos de otra pasta. Como si el mal quedase congelado por las bajas temperaturas.

Sí, sin duda, Canadá es un país tranquilo, civilizado, siempre engrosando las listas de los mejores lugares en los que vivir según publicaciones tan relevantes como *The Economist*. Según dicen, cuenta

con un índice de criminalidad que poco tiene que ver con su vecino americano del sur, es decir, con Estados Unidos. Pero bueno, esta diatriba no termina de ir a ninguna parte. ¿O sí?

En Canadá nunca pasa nada.

Hasta que pasa.



El helicóptero aterrizaría aproximadamente cuatro horas después desde que los detectives Davis y Williams se subieran en uno de los helipuertos de Vancouver. Durante ese tiempo que pasaron surcando el cielo canadiense, la actividad en el hotel Fairmont Château había sido frenética. Idas y venidas de los distintos miembros de los cuerpos de seguridad, de los forenses, de la policía científica y de todos aquellos que pudieran aportar algo en el estremecedor suceso que había acontecido en aquel reino diseñado para el disfrute y la tranquilidad.

En el vestíbulo del hotel, les esperaba el agente encargado de recibirles y ponerles al día. Mientras les contaba lo sucedido, Andrew trataba de mantener la concentración, algo que le estaba resultando incluso más difícil de lo habitual. Había dormido poco y la resaca tampoco ayudaba. Se masajeaba los lagrimales. Notaba la cabeza un poco cargada. Trató de

aliviar un poco la presión y el cansancio haciendo algunos leves estiramientos y ligeros movimientos, mientras procuraba que el agente creyese que le estaba escuchando con toda su atención.

Entonces, giró el cuello para estirar las cervicales y la vio. En ese momento la distracción ya fue absoluta. Andrew se había ganado a pulso la fama de mujeriego. No tenía nada que objetar al respecto. Era ver una mujer atractiva y se olvidaba de lo que sucedía a su alrededor. Otra forma de anestesiar y enmascarar los recuerdos. Aquella en concreto tenía una belleza innegable, justo lo poco que necesitaba para secuestrar su lábil atención.

Cuando se dio cuenta que ella miraba con evidente interés hacia el mismo lugar donde él estaba, se olvidó del motivo por el que se encontraba allí, en el vestíbulo del Fairmont Châteu, rodeado de lujos y con una escena del crimen no demasiado lejos. Al fin y al cabo, aquel caso no tenía nada que ver con él y aún no comprendía por qué su presencia era necesaria allí.

Era muy llamativa, un pelo negro como la noche y unas facciones casi perfectas. Se quedó atrapado en la oscuridad de sus ojos y la sensualidad de su boca.

—Andrew, Andrew, ¿me escuchas? —le preguntó la detective Williams. Éste pestañeó varias veces, como si fuera una forma de reconectar su cerebro.

A veces pensaba que, más que una compañera, Sharon era como una niñera con él. Habitualmente, no le molestaba, aunque había ocasiones en las que le daban ganas de mandarla a paseo. No obstante, era consciente de que no le faltaba razón. Sus distracciones, sus faltas de puntualidad en ocasiones y alguna que otra conducta poco responsable, habían favorecido que se ganase a pulso una fama que no era, desde luego, ni parecida a la que se había labrado en su anterior destino.

A pesar de las escasas similitudes entre ellos, se llevaban relativamente bien. La diferencia de edad era notable y sus caracteres resultaban ser casi opuestos. Había ocasiones en las que le hacía sentir como un crío inmaduro e irresponsable. Quizás era el precio a pagar por haberse empeñado en ser el hombre despreocupado en el que se había convertido después de lo sucedido en Toronto. Nada de relaciones personales demasiado estrechas, nada de lazos sentimentales más allá de una sola noche. Se había mudado de piel y se sentía cómodo en la nueva. Nunca más se sentiría responsable de otro ser humano.

—¿Qué? —respondió finalmente el interpelado.

—¿Qué estás mirando? —volvió Sharon a la carga, dirigiendo la vista hacia el mismo lugar en el que se habían quedado clavados los ojos del detective. El agente que estaba con ellos también dirigió su mirada hacia el mismo sitio, movido por la curiosidad.

A ella también le llamó la atención la pareja, aunque no sabía precisar el motivo. A lo mejor les resultaban familiares por alguna razón que en ese instante se le escapaba.

—No se preocupen por ellos —señaló el joven agente que estaba poniéndoles al día—, ya les hemos descartado. Al parecer él es un fotógrafo estadounidense bastante famoso y lo han contratado unos estudios de Hollywood como localizador de escenarios.

—¿Quién? —preguntó Andrew absolutamente desconcertado.

Entonces, ante la confusión de su compañero, Sharon volvió a mirar en aquella dirección que le había robado la atención de manera tan evidente.

—Ya lo entiendo. Estás mirando a la chica tan mona que va con el tío rubio. Joder, Andrew, en serio, ¿es que piensas todo el día con la polla?

Por una fracción de segundo, hasta se ruborizó. ¿Tenía razón? Podía ser. Sin duda, tenía motivos más que suficientes para creerlo. No obstante, pensaba hacerse el ofendido. Y así, de paso, se reía un poco de su compañera sacándola de quicio otro punto más.

—¿Qué problema tienes, Sharon? ¿Qué más te dará que me recree un poco la vista? No se ven muchas mujeres como esa. No creo que haga daño a nadie por mirar.

—No tienes arreglo. Si no te importa, cuando se te baje la erección y puedas pensar otra vez porque la sangre vuelve a irrigar tu cerebro, me avisas y seguimos con el caso, que es para lo que hemos venido. Mientras tanto, los demás vamos a seguir trabajando.

El joven agente carraspeó para recordarles que aún seguía ahí, como si se encontrase en medio de una incómoda discusión de pareja. Cuando captó de nuevo la atención de su público, continuó relatándoles cómo estaba la situación hasta el momento.

A Andrew se le escapó una sonrisa. Sacar de sus casillas a su compañera era uno de sus deportes favoritos. Sin embargo, no pudo reprimir las ganas de volver a mirar a aquella mujer, esta vez de manera seductora, fijando los ojos descaradamente en ella. Poco podía saber que su interés se debía a que pocos días antes había abandonado su trabajo como policía en la demarcación de Carmel-by-the-Sea, al norte de California. Sin

embargo, después de aquel efímero momento, aunque sin duda a Andrew le hubiera gustado, no la volvería a ver más.

Como era habitual, su mente se había ido sin saber por qué a otra parte. Le solía pasar. Al escuchar por primera vez hablar de la Mente de Mono en una charla sobre meditación, cuando estuvo haciendo cursos que le proporcionaran créditos extra para su carrera en criminología, se sintió identificado con aquella expresión.

Mente de Mono.

Sin duda, esa era la suya. Desde muy pequeño le había sucedido que saltaba de un pensamiento a otro sin control. Nadie era capaz de seguirle el ritmo. En ocasiones, ni siquiera él mismo. Terminaba encontrándose reflexionando sobre una idea que no tenía nada que ver con la primera que había iniciado esa cadena casi infinita de asociaciones. Aquello que parecía un defecto, sin embargo, le había servido en muchas ocasiones para resolver casos gracias a un pensamiento divergente nada común.

Pero todo aquello pertenecía a un pasado que sentía muy lejano. El Andrew de ahora no se asemejaba demasiado al de Toronto. Y cuando veía una mujer como esa… Bueno, simplemente ya era irremediable.

Mente de mono.

Sí, definitivamente, esa era la suya.

5

Registro anecdótico

BB

Tú siempre has tenido éxito, ¿verdad? No necesito haber estado en cada fase de tu vida para saberlo. Hay personas a las que, sencillamente, les sucede sin más. Nacen con estrella, como se suele decir. Seguro que eres consciente de ello. Siempre has sido un triunfador. Al menos, en una pequeña escala. En tu minúscula escala. Es algo que me resulta hasta cierto punto incomprensible. Sin ser alguien con cualidades realmente excepcionales, has logrado la admiración de muchos. No podrás negarlo. Lo sé bien. Te conozco mejor de lo que crees porque he observado a muchos que son como tú. Cortados por el mismo patrón.

Hay algo en ti que atrae al resto. Es un magnetismo que no comprendo del todo, aunque también fui víctima de él. Todavía lo soy. Todavía me fascinas en cierto sentido. Eres inteligente, pero tampoco se diría que brillante. Tal vez podría decirse que eres atractivo, bastante de hecho, pero dudo mucho que hubiera un consenso para decir que eres arrebatador, quizá ni siquiera guapo. Y, sin embargo, encandilas a todos con una fascinación especial. No pasas desapercibido. Incluso ahora. Ahora que ya no eres el mismo. Ahora que algo te ha transformado en una persona diferente. Ahora que ha sucedido en ti una metamorfosis.

Supongo que, como ya he dicho con anterioridad, es justo decir que

nuestros caminos se cruzaron por casualidad. Las leyes del azar actuando.

Líneas que se cruzan un instante para volver a discurrir de forma paralela y sin tocarse durante mucho tiempo. Hasta que la realidad se comba y desafiamos las leyes de la física, las doblegamos para plegarlas a nuestros deseos. Te vi llorar muchas veces, pero tu llanto no era descontrolado ni motivado por la tristeza, sino por situaciones divertidas y cómicas.

Hubo instantes, incluso, en los que te odié por ello.

¿Quién sabe? Puede que ahí empezase a preguntarme algunos qué y algunos por qué. ¿Son las mismas lágrimas las tuyas, las mías o las de una

mujer devastada por el dolor como mi madre? ¿Están compuestas de la misma sustancia? No, no podía ser. Mi cabeza no podía concebir que pudieran ser idénticas esas pequeñas gotas saladas derramadas por un hondo pesar que las que se desparraman por un ataque de risa incontrolado.

Y ahí, en parte, tomé la determinación de estudiarlas, de analizarlas, de diseccionarlas hasta el más mínimo y minúsculo componente. Llevar a cabo una anatomía de las lágrimas, estudiar su biografía, si existen componentes químicos diferentes, si la genética de cada ser humano las transforma, si las circunstancias modifican su composición.

Si rinden tributo a distintos fines.

Tengo todo pensado, medido y calibrado con absoluta precisión. No es fácil. Pero me gustan los desafíos, disfruto con ellos, mi mente analítica los necesita. Y voy a lanzarme a una aventura valiosa y retadora.

Requiere planificación. Muchas horas dedicadas a una misma idea.

Planear cada paso, programar cada actuación para reducir la incidencia del azar y minimizar los riesgos inesperados.

Requiere templanza. Pararse a meditar y replantearse cada paso del proceso. Mantener la calma en los momentos más difíciles. Detenerse cuando sea necesario.

Requiere una estricta metodología. Conocer al milímetro lo que vas a

hacer. Recoger cada uno de los datos, analizarlos y ponerlos a tu servicio.

Y requiere de un objetivo claro.

Y yo lo tengo.

6

Antecedentes

Antes de que llegaran, exactamente mientras Andrew y su compañera habían estado volando en dirección a la localización de Banff donde se encontraba el Lago Louis, los agentes de la Policía Montada de Canadá habían trabajado de forma frenética. En la oficina local más cercana no había demasiados oficiales, especialmente motivado por el descenso tan notable de población que se producía en la zona tras los efervescentes meses del verano. Habían tenido que solicitar la ayuda de localidades cercanas como era el caso de Banff y Canmore, así como de Calgary especialmente, la demarcación territorial más grande de la zona.

Se habían organizado en un tiempo récord, teniendo en cuenta lo inusual de las circunstancias. No estaban acostumbrados a enfrentarse a un caso similar al que tenían delante. Porque, como ya se sabe, en Canadá nunca pasa nada… Hasta que pasa.

El tiempo necesario para el desplazamiento de todos los efectivos hasta la escena del crimen había sido nada desdeñable. Los efectivos locales más cercanos, es decir, los que provenían de la demarcación de Banff, se habían encargado de acordonar la zona y mantener alejados a los curiosos, mientras trataban de salvaguardar, en la medida de lo posible, la limpieza de la escena, la cual no dudaban que habría sido contaminada en algún grado hasta que llegaron a la zona.

Era invierno y, a pesar de que los coches tenían las ruedas oportunas, la velocidad no podía ser excesiva en los desplazamientos debido a las posibles placas de hielo en la carretera que comunicaba las distintas localizaciones, la conocida Trans Canadá Highway. Ese intervalo de tiempo podría haber sido clave, pues el lugar en el que descansaba el cuerpo de la víctima había estado sin control, expuesto a la intemperie.

Para cuando los detectives Davis y Williams de Vancouver pudieron acceder por fin a las proximidades de la escena del crimen, el forense ya había dado la orden para proceder al levantamiento del cadáver, por lo que

tendrían que conformarse con la reconstrucción gracias a las fotografías y la marcación de las distintas ubicaciones de las pruebas.

Eso sí, cuando llegara el momento de que las vieran.

Todo dependía de lo que sucediera previamente.

—Buenos días —les saludó el sargento Adam Lambert, al mando de la investigación—. Les agradecemos enormemente que se hayan desplazado hasta aquí tan rápido, a pesar de las inusuales circunstancias.

—No hay de qué. Yo soy la detective Sharon Williams y este es mi compañero, el detective Andrew Davis.

—Encantado de conocerles —respondió tendiéndoles la mano y prestando especial atención al policía.

—¿Por qué motivo nos han llamado? —se apresuró a preguntar Andrew.

—Suponía que ya se lo había contado el joven agente encargado de ponerles al día. Tenía instrucciones de hacerlo. Me sorprende que no haya sido así.

—Nos ha hablado de lo sucedido, no de por qué motivo hemos tenido que venir nosotros específicamente, lo cual no deja de ser algo poco habitual. Trabajamos a casi mil kilómetros de aquí.

—Sí, comprendo su confusión. En realidad, únicamente era necesaria su presencia aquí. Lo de su compañera ha sido cosa de su jefe.

—Ya, esa parte me lo imaginaba. Pero eso no responde a mi pregunta.

Sigo sin entender por qué motivo me han hecho venir. No soy ningún experto en homicidios. Únicamente trabajé de forma temporal en el departamento de grandes crímenes en Toronto. No creo que llegara al año, de hecho. En mi nuevo destino mi trabajo no está relacionado ni de lejos con este tipo de delitos.

—Lo sé. Ya hemos investigado su historial.

—¿Perdone? —preguntó Andrew un tanto desconcertado. No entendía por qué habían tenido que investigar nada acerca de él. Le habían invitado a estar allí, él no había pedido acudir —¿Por qué razón me han investigado?

—Creo que será mejor que se lo explique todo paso a paso para que lo comprendan mejor y me den su punto de vista. Hay algunas cuestiones que precisamos resolver.



El sargento Lambert les pidió que le siguieran. El gesto adusto de Andrew indicaba que estaba molesto. Sentía una desconfianza creciente hacia los motivos por los cuales habían contactado con el Departamento de Policía de Vancouver y habían solicitado su presencia allí.

No tenía ningún sentido.

Desde el *hall* del hotel, al que había acudido a recibirles después de que el agente les pusiera en antecedentes, el sargento les condujo por algunos de los salones del edificio hasta llegar a una salida al exterior que no tenía vistas al lago. Caminaron unos cincuenta metros rodeando el hotel hasta alcanzar la parte trasera. Desde allí se divisaban los frondosos árboles que vestían el bosque de las inmediaciones de aquella mega construcción.

La nieve caída en jornadas anteriores, bastante más frías que las tres últimas, aún reposaba sobre la copa de algunos abetos.

Por fin, alcanzaron una de las entradas de servicio por las que accedía el personal que trabajaba en el hotel. Se encontraba semi oculta, poco visible para alguien que no perteneciera a los trabajadores del alojamiento y conociera su existencia.

Una vez allí, apreciaron con claridad las marcas inconfundibles que anunciaban una zona que no podía ser traspasada sin autorización. Las cintas amarillas demarcaban una amplia área en la que se veían evidentes huellas del trabajo policial. Habían montado, además, una especie de carpa de loneta blanca bajo la cual se hallaban varias mesas plegables sobre las que descansaban los maletines de la policía científica. En ella iban catalogando con sumo cuidado cada una de las pruebas, prestando total atención a que se respetara al milímetro la cadena de custodia.

Lambert les detuvo allí, a escasos metros.

—Esta mañana, a eso de las diez, hora aproximada, han encontrado el cadáver de una mujer en torno a los treinta años. Obviamente, no hemos podido aguardar a que ustedes llegasen debido al tiempo de espera que podía suponer y a las condiciones climáticas. No podíamos arriesgarnos a que comenzara a nevar mientras esperábamos, a pesar de que las probabilidades de precipitaciones eran bajas y ha amanecido un día extraordinariamente soleado. Por tanto, el forense ha procedido a ordenar el levantamiento del cuerpo hace algo menos de una hora, cuando ha dado por finalizados todos los análisis previos

que podía realizar sobre el terreno.

Más tarde, nos acercaremos a hablar con él si fuera preciso.

Hizo una pausa mientras observaba el rostro de Williams pero especialmente el de Davis. En realidad, estudiaba sus reacciones de forma detallada. Ya le había estado analizando mientras hablaba con el agente que les había recibido. Había asistido atónito al poco interés que había mostrado el detective hacia lo que le estaban contando y con qué facilidad se había distraído. Estaban ante un caso de asesinato y él se había dedicado a mirar hacia otro lado.

Ya le habían descartado como sospechoso pero, aun así, le había sorprendido y no gratamente. Había leído algunas cosas sobre él aquella mañana y también había hablado con alguno de sus ex compañeros en Toronto. No se había imaginado aquellas reacciones en él. No cuadraba en absoluto con lo que le habían contado. Sin embargo, sí se acercaba más a lo que le había relatado su jefe en Vancouver, con el cual no parecía tener la mejor relación, que se dijera. Eso le había hecho desconfiar por si hubiera hablado desde rencillas personales. Ahora que empezaba a hacerse su propia opinión, no le parecía que fuera algo totalmente subjetivo.

—Continúe, por favor. Me gustaría llegar a entender en algún momento qué hacemos aquí mi compañera y yo.

—Bueno, lo de su compañera no ha sido cosa mía, sino de su jefe, como ya les he dicho antes. Pero estoy seguro de que va a entender enseguida el motivo por el que hemos reclamado su presencia.

—La verdad, estoy deseándolo.

—Voy a enseñarles algunas fotos de la escena sobre el terreno, si les parece bien —comentó, al tiempo que comenzaba nuevamente a andar y levantaba una de las cintas amarillas donde figuraba escrito el clásico rezo: *don't cross, crime scene.*

Esperó unos segundos mientras accedían ligeramente agachados.

Clavó su mirada en los ojos de Andrew cuando este pasó a su lado. El detective se sintió incómodo al saberse escrutado.

—En primer lugar, quiero que vean una foto de la víctima.

Se acercó a uno de los agentes que estaban trabajando en la escena en aquel momento, el cual le facilitó la cámara en la que habían

guardados los archivos digitales con las instantáneas de la escena del crimen. Aunque ya tenían copias en papel, consideró que con los archivos electrónicos sería suficiente por el momento.

—Le pido, detective Davis, que preste mucha atención a la imagen antes de contestar y no lo haga de forma rápida e impulsiva. Su respuesta

puede ser clave para la investigación.

—Por supuesto.

Lambert le mostró la imagen.

—Dígame entonces, ¿conoce a la víctima?

7

Registro Anecdótico

BB

Hay recuerdos que son imborrables. Hay días que se graban a fuego en nuestra memoria de tal manera que podemos revivirlos de forma casi real una y otra vez, como si estuviesen sucediendo en este preciso instante. Sí, ya sé lo que dicen los psicólogos. Aseguran que nuestra memoria es inconsistente, que únicamente guardamos retazos de lo que sucede y luego reconstruimos los hechos revestidos con nuestras emociones. Dos personas nunca recuerdan el mismo suceso de idéntica manera.

Discrepo.

No en lo de que cada uno rememore de forma distinta. Discrepo en que crean que somos incapaces de reconstruir la secuencia completa de algo que nos ha ocurrido. Yo soy capaz de recordar absolutamente todo de aquel día: los olores, las sensaciones, el ruido, las palabras que no son más que otro tipo de ruidos, el estruendo de mi corazón quebrándose, sus ojos sin vida, su mano cayendo liviana y acariciando el suelo con la punta de los dedos.

Las pastillas desparramadas sobre la mesa.

El surco de rímel provocado por el reguero de sus lágrimas contaba una historia estremecedora. Su biografía estaba escrita en aquellas pequeñas gotas saladas que cortaban su rostro en varias mitades,

separadas por oscuras manchas negras arrastradas en su escape desde los lagrimales. La radiografía de una muerte, quien sabe si inevitable. El final de un sufrimiento y el comienzo de otro.

La incomprensión agarrándose fuerte a mi cuello.

Una tosca masa intangible atascando mi garganta.

Coloqué la mano que acariciaba el suelo junto a la otra, en un gesto de recogimiento y protección. En su regazo había un sobre. BB. Era todo lo que ponía en el anverso. Había escrito una carta para mí.

Una carta de despedida.

Aprovechó mi ausencia para irse.

Y la odié por no darme ni siquiera la oportunidad de despedirme.

8

Información preliminar

Andrew no podía salir de su asombro. Tal vez el dolor de cabeza, en forma de palpitaciones machaconas, le impedía comprender con claridad lo que tenía justo delante en ese momento. Nada tenía sentido para él en ese instante. Hacía años que no iba al lago Louise. Y en su regreso, la muerte parecía ser la anfitriona que le había invitado.

Según parecía, el sargento Lambert estaba insinuando que la víctima estaba relacionada con él en algún sentido. Pero estaba muy seguro, a pesar de no pensar con total claridad, de que no conocía a la chica de nada.

—Tómese el tiempo que necesite. Comprendo que en la imagen puede ser difícil reconocerla, especialmente si llevan tiempo sin verse y teniendo en consideración el estado en el que se encontraba cuando se ha tomado la fotografía.

—No me trate como si fuera estúpido, sargento. Yo también me dedico a esto y le digo con total seguridad que no conozco a esta mujer de nada.

—Bueno, la pantalla es pequeña, quizás eso tampoco ayude. Además, tiene parte de la cara emborronada por el rímel.

—Le digo que no sé quién es.

Las palpitaciones sobre su ojo derecho parecían hacerse más intensas por momentos. No solo era la falta de descanso, era la tensión creciente lo que exacerbaba el dolor.

Sharon miraba a Andrew confundida. Ella tampoco comprendía lo que estaba sucediendo. Habían ido hasta allí porque sus compañeros de la policía de la zona habían reclamado su presencia. Y ahora se sorprendía a sí misma de no haberle preguntado algo más a su jefe. Al fin y al cabo, era al detective Davis al que querían ver. Ella había aceptado sin más acompañarle para, en palabras del Jefe Petrus, “evitar que la cagase”. El Fairmont Château era un hotel de esos de súper lujo frecuentado por lo más granado de la sociedad canadiense y no necesitaba que algún pez gordo se

fuera quejando de la ineficacia de uno de los detectives del Departamento de la Policía de Vancouver.

No necesitaban mala prensa.

Nadie quiere algo así.

—¿Qué le parece, sargento, si nos explica por qué motivo cree que Andrew conocía a la víctima? Creo que saldríamos todos de dudas y podríamos ayudarles, tal vez. La verdad es que todo esto resulta un poco extraño.

Adam Lambert era un hombre sumamente desconfiado en todos los ámbitos de la vida y eso, quizás de forma paradójica, le convertía en un hombre muy valioso en su trabajo. Por tanto, antes de responder, procedió a hacer un nuevo examen exhaustivo del detective Andrew Davis, por si podía detectar en su expresión algún indicio que le llevara a pensar que estaba mintiendo.

O que escondiese algo.

—Está bien. Si no la conoce de nada, me gustaría saber por qué creen ustedes que la víctima tenía en su mano derecha una tarjeta del detective Davis.

En ese momento, el sargento procedió a sacar del bolsillo interior de su chaqueta una bolsa para pruebas que contenía una tarjeta de contacto, la típica que llevan los policías en su cartera. En este caso, dicha tarjeta era de la época en la que Andrew aún trabajaba en Toronto.

Aquello le descolocó. Su expresión lo denotaba con nitidez. Ni siquiera

guardaba ninguna de sus viejas tarjetas. ¿Para qué? El número de móvil que aparecía escrito en ella hacía mucho tiempo que ya no era el mismo y había roto cualquier lazo que le uniera con aquella época, como si tratase de forzar así una especie de anestesia de los recuerdos.

—Lo siento, pero no tengo explicación para eso. No conocía a la mujer, no me suena de nada.

—Bueno, por lo que he podido saber, es factible que sencillamente no la recuerde, detective Davis, pues, según parece, es *vox populi* su afición por el sexo femenino.

—Discúlpeme, pero creo que lo de los cotilleos sobra aquí. Es mi vida privada y no tengo que darle explicaciones a nadie. Le digo que no la conozco. Si la conociese, la recordaría. Es más, si están contemplando la posibilidad de que sea un sospechoso, ya están desechándola. Puede acceder a la geolocalización de mi móvil y a lo que quiera. Les daré todos

los permisos que necesiten. Puedo darle los datos de la persona con la que he pasado la última noche hasta que me ha llamado mi jefe esta mañana.

Verá, además, que no he salido de Vancouver en varios meses.

Se cuestionaba si, en realidad, podría facilitarle los datos de la rubia de la última noche, cuando ni siquiera recordaba cómo se llamaba. En ese aspecto, se había tirado un buen farol.

El dolor de cabeza parecía aumentar por momentos.

—En ningún momento contemplamos que esté involucrado en el crimen, detective. En ese sentido, puede estar tranquilo. Cuando he hablado con su jefe, ya le hemos descartado. Es inviable que pudiera trasladar hasta aquí el cuerpo desde Vancouver en el plazo de tiempo que hemos establecido para la muerte. Hemos comprobado los registros de los vuelos más cercanos a la zona, por si existiera alguna rocambolesca opción, y no hemos logrado encontrar la forma de que usted pudiese estar aquí y en Vancouver en tan poco plazo de tiempo.

—Me alegra saberlo.

—Aun así, haremos todas las comprobaciones adicionales que sean necesarias.

—Háganlo. Me parece perfecto. Es más, será todo un alivio para mí

cuando descubran que todo esto no tiene ni pies ni cabeza. Para serle totalmente sincero, creo que nos han hecho venir hasta aquí para nada.

Adam Lambert mantuvo la mirada del interpelado. Estaba inquieto y nervioso. El movimiento de la parte alta de su pecho delataba una respiración rápida y superficial. En su rostro se reflejaba con claridad que no había descansado mucho y era obvio que aquella situación le hacía estar irascible, lo cual era comprensible, por otra parte.

—Agradezco que, a pesar de sus reticencias iniciales, se muestre dispuesto a colaborar. Sin embargo, no puedo negarle que me intriga sobremanera su relación con este caso.

9

Registro Anecdótico

BB

Seguramente, la vida siguió igual para el resto. ¿Qué podría haber cambiado? Después del estupor que provoca una muerte como la suya, llega el olvido y la rutina arrasa con cualquier resto de melancolía. Es la vida, esa rueda que gira sin parar, llevándose por delante a quien no está dispuesto a subirse en marcha.

Y así fue.

La vida siguió para todos.

Excepto para mí.

Excepto para los allegados, para los que habíamos navegado por su estela de destrucción, para los que la habíamos visto consumirse día tras día sin poder evitarlo.

Yo la encontré. Por eso la odié también. Debería haber calculado el daño que eso me causaría. Debería haberme protegido. Pero fue egoísta.

Solo pensó en acabar con su sufrimiento, mientras me dejaba a mí en medio del caos, abandonándome en medio de la nada.

No era justo. Todavía me encontraba en ese paréntesis que da paso de la infancia a la adolescencia. En el limbo de la vida, en la que ya no estás en la niñez pero tampoco en la edad adulta. En ese lugar que

habitan los pasos perdidos.

Me faltaba madurez en todos los sentidos y en toda su extensión.

Me faltaba madurez para entender.

Me faltaba madurez para valerme de forma autosuficiente.

Me faltaba madurez para seguir adelante sin mi madre.

Y ahora sigo sin brújula en medio de una niebla espesa en la que trato de encontrar respuestas que no sé si seré capaz de dilucidar.

10

El sargento les pidió que les siguiera una vez más. Estaban todavía a unos metros de la escena principal. Parecía dispuesto a facilitarles la información con cuentagotas. Era una estrategia que utilizaba con frecuencia. Ofrecía una mínima parte de lo que necesitaban saber. Estudiaba las reacciones que esa infinitesimal porción provocaba, como si su agudeza fuera capaz incluso de detectar los cambios de la respuesta galvánica de la piel. Volvía a ofrecerles unas migajas después de sacar algún tipo de conclusión. Y nuevamente observaba como la tensión subía. Anticipaba al resto únicamente lo que le interesaba para seguir manteniendo las riendas del juego.

Control.

Aquello le daba muy buenos resultados. Las personalidades más vulnerables y aquellos que tenían algo que ocultar, caían en su trampa a distinto ritmo en función de si eran más o menos viscerales en sus reacciones. Algunos no soportaban la presión y rápidamente eran pillados.

Con otros, en cambio, el juego se prolongaba, aunque Lambert sabía cómo apostar al caballo ganador.

Con Andrew Davis, aún seguía algo despistado. Dudaba mucho que tuviera algo que ver con todo aquello, pero se había apresurado a decir que no conocía a la mujer con excesiva celeridad.

¿Por qué?

Ya estaba allí.

No podría irse hasta que él lo decidiera.

—Bien, ya que han viajado hasta aquí, al margen de ayudarme a comprender por qué una de sus viejas tarjetas estaba en manos de la víctima en una posición que indicaba claramente que alguien quería que la encontrásemos, les agradecería que me dieran su impresión sobre el caso.

Me consta que usted, detective Davis, estuvo en homicidios en Toronto.

—Ya le he dicho que fue algo transitorio. Pasé poco tiempo en la brigada.

—Y eso también me intriga, puesto que me ha dado la impresión de que, con mucha rapidez, quería que me enterase de que no es experto en homicidios y, sin embargo, estudió criminología. Me resulta… —hizo una pausa dramática antes de continuar— curioso.

—Ya ve. No siempre se tiene claro lo que uno quiere hacer en la vida.

Estudié criminología para mantener las opciones abiertas, nada más.

—Aun así… Bueno, ambos trabajan en Vancouver y estoy seguro de que tienen más experiencia con casos como éste que los lugareños que residimos en localidades como la de Banff y alrededores.

—Tenía entendido que también han acudido efectivos de Calgary —

señaló Sharon—. Al menos, los de la científica, ¿me equivoco?

—No, en absoluto. Tiene razón. No obstante, no quiero dejar pasar la oportunidad de valerme de su pericia y de mostrarles la escena con una reconstrucción gracias a las fotos. Igual al agente Davis se le ocurre algo que hemos pasado por alto.

A Andrew el sargento Lambert empezaba a caerle cada vez peor.

Parecía empeñado en centrar toda su atención en él. No quería volver atrás, no le apetecía hablar de su época en Toronto ni de los motivos por los cuales abandonó la brigada de grandes crímenes. El pasado es pasado. Ese era su mantra. Una vez que se ha cerrado una puerta, ¿para qué reabrirla si no quieres volver a entrar? En Vancouver había estrenado una nueva etapa.

Punto y final.

Llegaron por fin al lugar concreto en el cual habían encontrado el cadáver. Lo habían hallado en la zona de carga y descarga de los transportes, en un recodo un tanto oculto a simple vista, pero que inevitablemente encontrarían en cuanto el servicio comenzara su trabajo de inicio de la jornada. De hecho, daba la impresión de que había sido colocado allí de una manera intencionada para que fuese descubierto con prontitud. No estaba escondido y, ni mucho menos, parecía dejado allí de manera descuidada o precipitada, sino que la disposición del cuerpo y el resto de objetos parecía meditada y con un propósito concreto que de momento no podían llegar a comprender. El sargento procedió a enseñarles una foto del cuerpo según había sido localizado en aquel lugar.

En ese momento, atendiendo a un leve gesto de su jefe, se aproximó a ellos una joven de pelo castaño claro. La primera impresión que les dio es

que parecía estar un poco nerviosa. La chica miró a Andrew con notoria intensidad.

—Les presento a mi subalterna, la agente Victoria Stevens.

—Encantada de conocerles —respondió tendiéndoles la mano y estrechándosela a ambos.

—Victoria les contará los pormenores. Cuando quieras —inquirió el sargento.

La joven carraspeó levemente antes de comenzar a enumerar los datos recabados hasta el momento.

—De acuerdo. Gracias, sargento. Bien, esta mañana a eso de las diez y cuarto hemos recibido una llamada de emergencias alertándonos de que había un cuerpo sin vida en esta localización. Se trataba de una mujer joven, creemos que entre los treinta y los treinta y cinco años. No llevaba identificación alguna, por lo que debemos esperar a los análisis posteriores de huellas para averiguar de quién se trata. Según el forense, la hora de la muerte es muy anterior al momento en el que se ha hallado el cuerpo. No obstante, debido a que presentaba síntomas de congelación, esto dificulta, como ya sabrán, establecer la hora precisa de la defunción, puesto que la temperatura del hígado era muy baja en el momento en el que se le realizó la punción. Las bajas temperaturas y la exposición a la intemperie también alteran la cronología tanto del rigor como del *livor mortis*.

—¿A qué se refiere con síntomas de congelación? —cuestionó Andrew

—. ¿Estamos apuntando a ello como posible causa de la muerte, o quiere decir que el cadáver presentaba evidencias de haber sido congelado *post mortem* o, finalmente, a que la congelación es debida a las horas que ha estado expuesto el cadáver a la intemperie?

—En realidad, nos inclinamos más por la congelación *post mortem* de manera artificial. Aunque la temperatura de la última noche ha sido baja, no ha sido realmente extrema para llegar a ese estado. Sin embargo, a pesar de que aún hay que establecer la causa de la muerte, lo que sí se ha descartado es que la causa de la defunción fuera por congelamiento. No se han apreciado las reacciones típicas como la hinchazón o el cambio de coloración de la piel que sucede mientras el

corazón sigue bombeando sangre. Eso, al menos, es lo que me ha explicado el forense.

En ese instante, la agente miró a su jefe buscando su aprobación, por un lado, y para saber si podía continuar avanzando con la explicación, por otro. Éste le indicó con un gesto de cabeza que así lo hiciera.

Antes de continuar, miró a Andrew a los ojos con cierto detenimiento.

Después, bajó ligeramente la mirada, al tiempo que se metía un mechón rebelde detrás de la oreja y trataba de tranquilizarse.

—Bien, si se fijan en esta foto de aquí —señaló sacando una de las imágenes que llevaba en una carpeta— el cuerpo se encontraba exactamente en este lugar —continuó señalando una zona muy concreta que permanecía semi oculta junto al portón de descarga de la entrada trasera del hotel.

Los detectives de Vancouver miraron con atención hacia donde les indicaba la joven. Debido a que la científica aún estaba tratando de extraer posibles pruebas, seguían los indicadores de evidencias en su lugar. Lo único que ya no estaba allí, era el cuerpo de la víctima. Las fotos, sin lugar a dudas, les servían para recomponer la escena sin excesivos problemas.

—Según la reconstrucción preliminar que hemos llevado a cabo, el sujeto parece que accedió por un camino forestal en un vehículo todoterreno. Estamos buscando aún posibles marcas de ruedas que puedan indicar el modelo exacto de automóvil. Posiblemente aparcó en las inmediaciones y trasladó el cuerpo de la víctima hasta aquí, tal vez, con una especie de carrito de lavandería, de tal modo que no levantaría demasiadas sospechas. Una vez se aseguró de que no había nadie en la zona, colocó el cadáver con sumo cuidado. Intuimos que tuvo que hacerlo a altas horas de la madrugada para que nadie le viera. Hemos observado, también, algunas marcas de arrastre, por lo que tenemos la hipótesis de que utilizó alguna lona o tela para descargar el cuerpo y remolcarlo en los últimos metros hasta su ubicación definitiva. Los párpados de la mujer, por otra parte, estaban cerrados.

—Eso puede denotar dos cosas: o bien el autor del crimen muestra remordimiento o ella es importante para él y por eso la disposición del cuerpo es tan cuidada. Le cierra los párpados porque no quiere que le mire

—apuntó el detective Davis.

—Eso pensamos.

—Además, el hecho de que utilice elementos de ayuda para remolcar el cuerpo, puede ser síntoma de que no tiene demasiada fuerza. Está en baja forma o tiene alguna enfermedad que le provoca cierta debilidad muscular.

—Bueno, no es fácil mover un peso muerto —señaló Sharon—. No tiene por qué estar necesariamente en baja forma.

—Sí, a mí también me parece apresurado llegar a esa conclusión —

aventuró el sargento.

La detective Williams prestó atención a algo en la fotografía. Frunció el ceño al tiempo que trataba de enfocar la vista. Sin duda, iba a necesitar visitar al oftalmólogo más pronto que tarde.

—¿Qué es eso que hay junto a la cabeza de la víctima? —preguntó intrigada.

La joven procedió a mostrarles una ampliación del objeto por el que preguntaba la detective. Lambert no le quitaba a Andrew el ojo de encima.

Éste le miró de reojo en un par de ocasiones. Aquella vigilancia tan estrecha sobre él no le ayudaba a mantenerse concentrado.

—Como pueden ver aquí, es un pequeño bote de metacrilato con un tapón de corcho. El laboratorio tiene previsto analizar el líquido que contiene en las próximas horas.

—Tal vez sea algún tipo de veneno. Por lo que han dicho, aún no conocen la causa de la muerte —apuntó Sharon.

—Efectivamente. No había evidencias de magulladuras, contusiones, cortes y, ni mucho menos, heridas de bala. Tampoco hemos observado cianosis, a pesar del frío.

—Pero hay algo más que queremos que vean. Si observan con detenimiento esta otra foto, verán que la joven sujeta entre su mano izquierda y su regazo un sobre.

El sargento, acompañando sus palabras, sacó en ese momento otra bolsa de pruebas que contenía dicho sobre.

—Detective, ¿sigue manteniendo que no conocía a la víctima? —

preguntó antes de mostrárselo.

—Sí, señor. Así es.

—Creemos que este sobre va dirigido a usted. O eso hemos deducido después de hallar la tarjeta y que en el anverso ponga exclusivamente su nombre de pila, sin apellidos, lo que indica cierta cercanía. Dentro hay una nota con una sola palabra escrita en mayúsculas: AYÚDAME.

La cara del detective Davis no dejaba lugar a la duda acerca de lo asombrado que estaba ante la situación. Aquello no tenía ni pies ni cabeza.

—No entiendo nada, la verdad. No sé por qué motivo alguien está haciendo esto y apuntando en mi dirección. No conozco a la víctima de nada, se lo aseguro. No me cansaré de repetírselo.

—Aun así, me gustaría que volviera a fijarse por si, aunque no la conozca como afirma, ha podido cruzarse con ella en alguna circunstancia.

A veces, un segundo vistazo despierta recuerdos escondidos. Hay que tener en cuenta que esta no es la mejor foto que podríamos ofrecerle, por razones obvias.

Andrew volvió a fijar su atención todo lo que pudo. Trató de buscar, esta vez con más ahínco, en el archivo de su memoria el rostro de aquella mujer. Y sin embargo, era incapaz de lograrlo. Entonces, algo captó su atención.

—¿Qué es esa marca que tiene en ambos ojos?

—Creemos que le han extirpado los lagrimales.

11

Registro Anecdótico

BB

Mi vida se reinició. Supongo que ahora dirían que tuve que reinventarme. ¡Menuda gilipollez! No había nada que reinventar, lo que tuve que hacer fue empezar a construirme de nuevo, porque las bases de mi personalidad, los pilares sobre los que había erigido quién era, se habían hecho migajas. Había perdido mi identidad. Sin padre conocido y con una madre que no soportó vivir ni siquiera por mí,

¿qué me quedaba?

Nada.

¿Me quería? Supongo que sí. Quiero creer que sí. Me cubría de besos y de abrazos. La expresión de sus ojos gritaba a los cuatro vientos que así era.

Decía que yo era toda su vida. Y después… Después me dejó en un mar de dudas, porque no podía creer que si yo había sido su vida, hubiera terminado por rendirse y se hubiera quitado la suya que, a la vez, era la mía.

Ahí estaba yo. Buscando mi rumbo, intentando averiguar cómo podía crear una nueva versión de quien era, de quien había sido, desde el desconocimiento más absoluto.

Ahí estaba yo. Navegando por una estela desconocida, la que había dejado su muerte y que estaba llena de corrientes traicioneras.

Ahí estaba yo.

En el limbo.

En mitad de un inhóspito desierto.

En medio del naufragio.

¿Cómo empezar de nuevo cuando tu vida se ha quedado en un punto muerto? Porque había un pasado, con unas experiencias que dejan huella y también con algunas cicatrices. El punto de partida ya no era cero ni menos uno. Era un más, un signo positivo en medio de esa negatividad. Era una extensión de la misma vida, pero una a la que le faltan los cimientos porque estos eran de papel y no habían aguantado el peso.

El castillo se había derrumbado y yo me sentía parte de los cascotes.

12

Anzuelo

Aquel dato sorprendió a los detectives. No había ninguna evidencia de que se hubiera ejercido la violencia con ella, salvo por aquello tan escalofriante y brutal. A aquella mujer le habían extirpado los sacos lagrimales de los ojos. Era un dato estremecedor. Aún no sabían a ciencia cierta si habría sido realizado *ante mortem* o *post mortem.* Las primeras observaciones del forense y su ayudante, al parecer, se inclinaban hacia lo segundo. Fuera cual fuera el caso al final, esa información resultaba ser inquietante en sí misma.

Lo siguiente que dijo el sargento les pilló, como se diría coloquialmente, a contrapié.

—Muy bien, detectives. Tal vez tengan razón y no sea buena idea que se involucren en modo alguno en el caso. No obstante, detective Davis, me gustaría que permaneciera localizable por si averiguamos algo más que le relacione con la víctima y que nos llame si recuerda usted algo. Les agradezco que hayan venido hasta aquí.

Ambos se quedaron momentáneamente sin palabras. ¿En serio les había hecho recorrer casi mil kilómetros para eso? Sonaba totalmente absurdo.

—Había entendido que le acompañaríamos a visitar al forense —

comentó Andrew un tanto confundido.

En realidad, el sargento Lambert solo estaba tratando de echarle el anzuelo y dejarle que le picara la curiosidad. No quería que se volviera a Vancouver. No obstante, quería que fuera él quien pidiese quedarse, quien sintiese la necesidad de hacerlo. Quería verle motivado e implicado, tal y como le habían dicho en Toronto que era. Un policía abnegado.

Por otra parte, principalmente le interesaba conocer la relación del detective, bien con la víctima, bien con el criminal. Intuía que era una pieza clave. No había que ser un lumbreras para comprender que existía una

conexión relevante de Andrew Davis con aquel más que probable homicidio.

—Quizás hemos abusado de su tiempo.

—A mí también me intriga conocer las conclusiones del forense —

añadió Sharon, quien también estaba algo contrariada por ese brusco cambio de actitud del sargento—. Después, si no nos necesitan, nos iremos.

Andrew se quedó mirando a Lambert. Se dio cuenta de que era un tipo muy listo y empezó a intuir que le había puesto una zanahoria delante de las narices para que le siguiera hasta donde él quería.

Y lo estaba consiguiendo.

Hacía tiempo que ningún caso despertaba así su interés.

Hacía tiempo que había perdido la motivación.

¿Cómo demonios había llegado una de las tarjetas que tenía cuando trabajaba en Toronto a manos de la víctima? Algo le decía que debía alejarse de aquello. Una alarma parecía haberse activado en su subconsciente. Pero algo también le recordaba que debía reconducir su vida y afrontar el pasado y a aquello tampoco solía hacerle caso. A lo mejor, es que Andrew no solía escuchar con demasiada atención a su conciencia. O, tal vez, se le había averiado aquel supuesto sexto sentido con el que cuentan algunos seres humanos.

Adam Lambert simuló estar dubitativo durante unos segundos. Sus brazos en jarras y un teatral gesto mirando hacia otro lado, trataba de transmitir que estaba valorando la idoneidad de que le acompañaran a ver al forense. Pero la decisión ya estaba tomada.

Mucho tiempo antes, de hecho.

—De acuerdo. En cuanto terminemos de analizar el escenario y los interrogatorios, iremos a hablar con él, aunque los resultados, como ya imaginarán, tendrán que esperar. Contaremos únicamente con datos preliminares. No obstante, todavía no forman parte del equipo de la investigación de manera oficial, así que confío en su discreción.

Andrew no pudo reprimirse.

—¿A qué está jugando, sargento? —le interrogó—. Tengo la sensación de que nos está tomando el pelo y, por si fuera poco, se está riendo de nosotros. Y le aseguro que no me gusta que se burlen de mí. Si realmente solo quería que viniésemos para que viera la foto de la víctima, sin duda, podríamos haber mantenido una videollamada y nos habríamos ahorrado

tiempo y caros recursos del estado. ¿Por qué estoy aquí? Sea claro, se lo pido por favor.

—Es evidente, ¿no? Si el presunto asesino quiere que usted esté aquí, yo quiero averiguar por qué.



Pasada una hora y media aproximadamente, después de recabar las declaraciones que se habían tomado al personal del hotel y de revisar la relación de pruebas que se habían incautado, se subieron a uno de los coches y se dirigieron hacia el hospital Mineral Springs ubicado en la cercana localidad de Banff. Durante el trayecto, Lambert trató de aprovechar el tiempo y sacarle información a Andrew.

—Dígame, Davis, ¿por qué se trasladó de Toronto a Vancouver?

—Necesitaba un cambio de aires.

—No me creo que se cruzase el país entero solo por un cambio de aires. Podía haberse ido a Quebec, por ejemplo, que le quedaba mucho más cerca. Además, tengo entendido que no le iba mal en Toronto.

—No se haga el tonto conmigo, sargento. Para serle sincero, empiezo a estar cansado de sus jueguecitos. Estoy seguro de que conoce los motivos.

Si no le he entendido mal, ha dicho que me ha estado investigando, así que seguro que sabe muchas cosas que no necesita preguntarme.

—En realidad, no es lo que más me importa. Y tiene razón, he averiguado muchas cosas sobre usted, más de lo que necesitaba conocer. Lo que verdaderamente me gustaría saber es por qué cree que alguien quiere llevarle de regreso al pasado después de llevar lejos de allí tanto tiempo.

—No entiendo a qué se refiere, sargento.

—A que no tiene sentido que aparezca su tarjeta de Toronto, en lugar de la de Vancouver que sería lo más lógico.

—No tengo respuesta para eso —respondió Andrew mirando por la ventanilla y haciéndose el indolente. No le apetecía nada ahondar en ese tema.

—Supongo que dejó alguna cuenta pendiente.

—No vaya por ahí. No hay cuentas pendientes.

—Que usted sepa —concluyó mirándole de reojo y sin dejar de prestar atención a la carretera. A pesar del buen tiempo que había amanecido ese

día, las temperaturas seguían siendo gélidas y podía haber placas de hielo en la carretera. No podía despistarse.

Pese a la rápida respuesta de Andrew para intentar zanjar aquella incómoda cuestión, éste se quedó dándole vueltas al último comentario del sargento. En realidad no podía estar seguro de ello, aunque no recordaba a nadie que pudiera tener ganas de involucrarle en un caso como aquel y, además, tan lejos de Toronto y de Vancouver. No parecía tener mucho sentido. Únicamente había estado un día en el lago Louise y había sido en un viaje especial que había hecho con su ex novia poco antes de que rompieran la relación definitivamente. Le parecía irónico que le hubiera pedido matrimonio justo allí, especialmente alguien como él que nunca había sido amante de los compromisos. La vida y sus piruetas, a veces, parecen reírse de nosotros en nuestra propia cara.

Tardaron poco más de media hora hasta que llegaron a la sala habilitada para las autopsias en el hospital Mineral Springs de Banff.

Teniendo en cuenta la población de la localidad, la cual no llegaba a los ocho mil habitantes, el centro sanitario era de un tamaño acorde con las posibles necesidades de la zona. No obstante, resultaba sin duda pequeño para los meses del verano, cuando la población se multiplicaba por varias cifras. Las instalaciones, sin embargo, eran bastante modernas y contaban con tecnología de diagnóstico de última generación.

Aparcaron en la entrada. En cuanto bajaron, el viento frío que venía de las montañas les recibió de manera inclemente.

El sargento Lambert se adelantó, les abrió la puerta de entrada al centro sanitario y, con un gesto de su mano, les invitó a entrar. Una vez dentro le siguieron desde el *hall* de entrada por un pasillo que surgía a la derecha. Bajaron en el ascensor a uno de los sótanos. Nada más salir, percibieron cómo la temperatura era varios grados más baja que la de la planta superior. Parecía bastante plausible que fuera la zona habilitada para los quirófanos y la morgue.

—Si les parece, una vez hablemos con el forense y tengamos algún avance acerca de la causa de la muerte, me gustaría que me

acompañasen a comisaría y, ya que están aquí, me den su opinión acerca de la información que tenemos en este momento.

—Me parece bien —contestó Sharon—. Ya que hemos venido desde Vancouver, a mí me gustaría saber algo más. Este suceso y lo que le rodea me resulta sumamente intrigante.

—¿Y usted, detective Davis?

Andrew dudaba otra vez qué hacer. Había un vaivén de sentimientos contradictorios en su interior desde que pusiera el pie en el Lago Louise aquella mañana. Hacía mucho que no se implicaba realmente en ningún caso, mucho menos en uno que incluyera un homicidio, que desde luego era lo que parecía aquel. Pero le picaba la curiosidad. Se había despertado de golpe su instinto policial, un instinto que se había empeñado en sepultar bajo un rotundo estado de hibernación.

Lambert, como si dispusiera de un radar especial, captó al vuelo sus dudas. Aquel joven le tenía en cierta medida despistado. No acababa de entender sus motivaciones ni de pillar su estado de ánimo un tanto voluble.

—Si no están seguros de seguir con esto, quizá sea el momento de parar. Me gustaría saber hasta dónde está dispuesto a llegar, detective. Es hora de ser totalmente sinceros y honestos.

—Entremos —respondió lacónico Andrew, al tiempo que cogía uno de los equipos de protección que había justo junto a la puerta de entrada de la sala y comenzaba a desdoblar la bata para ponérsela.

Tendrían que tener esa conversación después.

Cuando pasaron a la sala de autopsias, el detective Davis se encontró de frente con una nueva sorpresa. Una interrogación se dibujó en su rostro ante lo que sus ojos le transmitían. Aquello se le antojaba fuera de lugar. En un primer momento, dudó de si se estaba equivocando. Una ilusión óptica, un parecido razonable, una mala pasada de su cerebro engañándole. Pero entonces el forense, al ver su cara de estupor, se quitó las gafas de protección y mostró sus inconfundibles ojos, uno de cada color, al tiempo que se bajaba ligeramente la mascarilla para que pudiera verle mejor.

—¿Mike? ¿Qué demonios haces tú aquí?

Registro anecdótico

BB

Soy el fruto de una violación. Descubrir algo así te aseguro que no es fácil. Hay un antes que es la nada y un después que es el infierno. Te desestabiliza, te rompe y te corrompe, te hace sentir un ser inmundo que no merecía su lugar entre los vivos.

Y explica, en parte, las lágrimas.

Y sé que no fue culpa mía. No estaba allí. No fue mi responsabilidad, ni mi guerra, ni mi historia, pero sí es mi losa, una muy pesada con la que llevo más tiempo cargando de lo que soy consciente.

No fui la causa, sino el resultado.

No fui el antes, sino el después.

No fui el detonador, sino el estallido.

Da igual. Es lo de menos. Yo no tenía que haber nacido. ¿Para qué?

¿Para una existencia abocada al dolor y las lágrimas? Soy un error de la naturaleza ominosa del ser humano. Soy una abominación. Soy un desastre antinatural.

Habrá que hablar de ello, de ese hecho innombrable. Relatarlo, ponerlo en contexto. Todo a su debido tiempo. Por el momento, voy a intentar poner en orden mis ideas. Mi mente es un caos, un huracán, una realidad carente de orden. No hay equilibrio, ni entropía, ni plena desorganización, ni homeostasis. Es un mar de nada y de todo a la vez. Es incertidumbre elevada a la máxima potencia.

Tal vez pueda ir del final hasta el principio, invertir la línea del tiempo, desdoblar la realidad. Pero, claro, cada día sería un nuevo final y jamás llegaría a remontarme al origen. Un bucle infinito imposible de cerrar. Sin embargo, tanto en origen como en destino, llego a lo mismo: las mortificadoras lágrimas que inundan mi existencia y que han vuelto a perseguirme con ahínco.

Y cada vez me asaltan con más frecuencia.

Igual que lo hacen los recuerdos.

Es difícil determinar qué nos ha hecho ser como somos. Cada una de las experiencias que tenemos va forjando nuestra personalidad. Tal

vez también debamos contar con que decidimos ser como somos. Yo no me conformo con no saber, con mirar hacia otro lado y continuar con mi camino. Tal vez mi genética me lo impida, tal vez no sea una decisión consciente, aunque yo creo que sí lo es.

Las lágrimas para otros no son más que una solución salina que no merece atención. Para mí, son un misterio que debe diseccionarse. Son la respuesta a una incógnita que parece eterna.

Siempre he tenido una curiosidad desbordante, una necesidad imperiosa de saber. Esa parte seguro que me venía de serie. A otros chicos y chicas de mi edad les daba igual, se centraban en cosas sin importancia, en banalidades. Nunca reparaban en los detalles. Eran seres superfluos. Pero yo no. Yo siempre he tenido que llegar hasta la raíz de las cosas. Y eso puede ser una auténtica maldición.

Después de una pérdida importante, la gente suele atravesar una fase de duelo, más larga o más corta. El duelo con sus cinco estadios: negación, ira, negociación, depresión y aceptación. La palabra clave es atravesar, que es diferente de atascarse en el duelo, en alguna de sus etapas, no sé muy bien en cuál, porque parece un rizo, un tirabuzón infinito que se retuerce sobre sí mismo.

Hace ya mucho tiempo.

Demasiado.

Pero su muerte supuso también demasiado para mí.

Demasiado para olvidarla.

Decisiones y consecuencias

En ningún caso habría imaginado la posibilidad de encontrarse con Mike Sanders, el extravagante médico forense con un ojo de cada color.

Como dice la canción, "carreteras que se cruzan para después volver a separarse". Vidas tangentes por un instante que, un segundo después, vuelven a transcurrir de manera paralela.

Coincidieron de forma casi fugaz, un suceso aleatorio cualquiera.

Acudieron a un congreso, un amigo común les presentó y, después de una larga jornada sobre análisis forense de la escena de un asesinato múltiple, se corrieron una juerga de las buenas. Después de aquello, habían trabajado de forma esporádica en algún caso en Toronto.

Poco más había que contar.

Mike Sanders era un hombre difícil de olvidar. No solo era debido a su heterocromía completa de iris, una rareza presente únicamente en seis de cada diez mil personas, sino principalmente a su aguda perspicacia. Tenía una inteligencia rápida, de esas que te dan una respuesta antes incluso de que hayas llegado a formular la pregunta. Y tenía un sentido del humor de lo más… personal. Desde luego, no apto para todos los gustos.

—¿Qué coño se te ha perdido aquí, rubiales? —preguntó el forense.

—Eso mismo me gustaría averiguar a mí. No he venido por capricho precisamente —respondió con un gesto inequívoco que demostraba su frustración.

—Te veo un poco taciturno.

—Ya ves, será que no he dormido demasiado.

—Ya veo. Eso tampoco me sorprende. Siempre has sido de disfrutar la noche.

—Bueno, uno ya no es lo que era.

—Tendremos que comprobarlo —respondió con picardía—. Hace mucho que no sabía nada de ti, por cierto.

—Lo mismo digo.

—¿Qué les parece si empezamos y dejamos la cháchara para otro momento? —apostilló el sargento Lambert, cortando de raíz la conversación.

—Vamos allá —finalizó el forense volviendo a concentrarse en el trabajo y pidiéndole a su ayudante que le pasase la tablilla con la información que habían recogido hasta el momento. No llevaba demasiado tiempo trabajando allí. En realidad, los dos eran incorporaciones recientes.

La sala no era demasiado grande, acorde con el tamaño del hospital. El olor a formol impregnaba cada rincón y soslayaba la protección de las mascarillas, penetrando en las fosas nasales de los policías, los cuales no estaban acostumbrados a dicho aroma. La detective Williams, de hecho, tuvo que reprimir alguna arcada.

Había únicamente seis cámaras frigoríficas para albergar los cadáveres de los fallecimientos más recientes hasta que la funeraria correspondiente se hiciera cargo. En mitad de la sala, una camilla metálica conectada al desagüe presidía la estancia. Sobre ella, convivían, en una extraña armonía y a una distancia prudente, la ducha para limpiar los cadáveres con el plafón de luz blanca que descendía sobre el techo. El forense acercó la lámpara gracias al brazo flexible con el que contaba.

Una mesilla metálica auxiliar con ruedas acompañaba al médico y su ayudante para tener accesible el instrumental necesario y poder depositar las pruebas que iban recogiendo, gracias a que contaba con distintas bandejas.

—¿Tenemos ya una idea de qué pudo ser lo que causó la muerte de la víctima?

—Bueno, algo tenemos, aunque, como ya os imaginaréis —respondió tuteando a todos los presentes—, nada definitivo. No hemos hallado rastro de contusiones importantes que pudieran causar el colapso ni heridas de arma blanca. Tampoco he apreciado laceraciones. De hecho, no hay ni siquiera evidencias de pérdida de sangre de ningún tipo en el cuerpo. No hay signos de asfixia, como cianosis o como puede ser la aparición de petequias faciales o conjuntivales. Sin embargo, me han llamado la atención dos cosas. En primer lugar, he apreciado varias marcas de pinchazos en la víctima. Podría ser una adicción o debido a algún tratamiento médico que estuviera siguiendo. Lo sabremos cuando conozcamos su historial y los resultados del análisis de sangre. Por la localización de las marcas de

dichos

pinchazos, principalmente en el abdomen y en el brazo izquierdo, deduzco sin temor a equivocarme que nuestra querida desconocida era diestra.

—¿Y en segundo lugar? —preguntó Sharon.

El forense la miró un tanto desconcertado ante la pregunta. Entonces recordó que había empezado enumerando sus conclusiones pero no había finalizado. De hecho, faltaba el dato que, con seguridad, resultaba más relevante.

—En segundo lugar, cuando hemos vaciado su estómago, hemos encontrado una ingesta masiva de pastillas de lo que podría ser metacualona, aunque este dato lo tendrá que contrastar todavía la científica.

—¿Podría haber sido una ingesta accidental? —indagó el sargento Lambert.

—No, en ningún caso.

—¿Qué es la metacualona? —preguntó Andrew.

—Es un tipo de sedante hipnótico, con un efecto similar a los barbitúricos. Fue muy popular en los años setenta, pero debido a que resultaba muy adictivo, fue prácticamente retirado del mercado.

—¿Cómo sabes que es concretamente ese compuesto?

—No lo sé, pero lo intuyo. Ya he dicho que lo tendrá que corroborar la científica.

—Pero habrá algo que te induzca a pensar que es ese medicamento y no otro.

—Sí, sí, claro. Es debido a los colores que se usaban habitualmente en las cápsulas, que no son muy habituales.

—Sin duda, ese puede ser un dato decisivo para localizar al responsable de esto. Si es un medicamento poco común, tal vez podamos rastrear los puntos de venta —señaló Sharon.

—Es posible —continuó Lambert—. Sin embargo, no hay que olvidar que internet es un océano de posibilidades en el que se puede encontrar prácticamente de todo.

—Cuando tengamos el laboratorio al que pertenecen, la búsqueda se puede simplificar. Aquí en Canadá la marca farmacéutica más habitual era Mandrax. No obstante, tampoco hay que descartar que sea un suicidio asistido y que la colocación del cuerpo en ese lugar concreto responda a algún motivo. Tal vez sea algo simbólico —sugirió el forense.

—¿Ahora eres detective, Mike? —cuestionó con cierto sarcasmo Andrew, a pesar de que recordaba que era habitual en él lanzar teorías.

—Ya sabes que me gusta aportar todo lo que puedo.

—¿Por qué crees que es un suicidio asistido? —preguntó Sharon Williams tuteándole. El carácter desenfadado del forense invitaba a ello.

—Bueno, creo que es evidente. En primer lugar, no es común que alguien asesine de una manera tan limpia, y por limpia me refiero a que no hay ni el más mínimo rastro de violencia en la fallecida. Después, la víctima estaba colocada con cuidado, no abandonada de cualquier manera. Los ojos estaban cerrados y las manos descansaban sobre el regazo, sujetando la tarjeta y el sobre. Era una postura sosegada. De alguien que descansa y está en paz, tal vez. Es como si la persona que la ha ayudado o la ha visto morir se preocupara de que esté bien.

—Sí, pero también hay un reguero marcado de rímel en la cara de la víctima que nos indica que ha llorado profusamente —comentó esta vez el detective de Vancouver—. Es decir, nos indica que ha sufrido mucho antes de morir. Es un mensaje. Tal vez que le ha causado dolor de manera intencionada, ¿no? Eso también sería factible.

—Pero no creo que un rastro de lágrimas sea sinónimo de que alguien le hiciera sufrir. Saber que vas a morir, enfrentarte a tu muerte, aunque sea lo que deseas, sin duda es algo que puede provocar el llanto, ¿no te parece, Andrew? ¿Tú no llorarías si supieras que estás a punto de morir?

La mirada de color dispar del forense se clavó en los ojos color canela del detective Davis. Hubo algo en esa forma de mirarle que le hizo sentir un tanto incómodo. ¿Era una mirada fiera, quizás? Seguramente esa interpretación tan peregrina no era más que otro de los efectos de la resaca.

—Habrá que revisar todo lo que tenemos con mucha calma antes de

hacer ninguna conjetura —concluyó Lambert, quien sentía aversión por las hipótesis sin fundamentación sólida—. ¿Qué puedes decirnos de la extirpación de los sacos lagrimales?

—Ese sí que es un dato curioso porque desde luego se ha hecho con precisión quirúrgica.

—¿Habías visto alguna vez algo así? —preguntó Sharon esta vez.

—Bueno, no tengo mucha experiencia en asesinatos o en muertes violentas, aunque ésta en concreto, insisto, tampoco puedo asegurar que sea ni uno ni otro caso. En Banff lo más corriente es ver accidentes en el lago o haciendo escalada en las proximidades, así que nada que ver con esto.

—Aunque en Toronto tuviste algún caso de homicidio en tu mesa —

señaló Andrew.

—Sí, eso también es cierto. En fin, que me desvío del tema. La dacriocistectomía,

o

la

que

se

conoce

como

cirugía

de

dacriocistorrinostomía, se hace para evitar la secreciones infecciosas en los puntos lagrimales. A pesar de que pueda parecerlo, no es algo tan infrecuente. Tienen que entender que es una zona sensible del ojo y puede ser la vía de entrada de infecciones. Muchas personas tienden a rascarse o frotarse los ojos con mucha benevolencia, a pesar de que está claramente contraindicado por lo que puede suponer para la salud ocular.

El forense miró a los detectives. Indudablemente, había captado todo su interés. Iba a disfrutar el momento hablando de lo que le gustaba.

—La conocida como DCR, que es un término mucho más amigable y fácil de recordar para la mayoría de los mortales, es un procedimiento quirúrgico que está indicado para pacientes que presentan una obstrucción de la vía lagrimal. Se introduce un fino alambre para desobstruirlo o se realiza un relativamente sencillo procedimiento que consiste en hacer un nuevo conducto con tejido del propio paciente. Digamos que esto es lo más habitual. Esta cirugía se lleva a cabo habitualmente con el objetivo de evitar la dacriocistitis, es decir, la inflamación del conducto lagrimal, que produce un exceso de lágrimas que puede provocar infecciones en el ojo. La dacriocistorrinostomía externa, por su parte, se lleva a cabo creando una incisión en la piel para extraer el hueso lagrimal y conectar la mucosa nasal por encima de un conducto de silicona. Parece que éste podría ser el caso que tenemos aquí, aunque es como si no se hubiera finalizado la operación, como si la cirugía hubiera quedado incompleta. Únicamente se ha extraído el lagrimal.

Lambert miró al forense de tal forma que él entendió enseguida que se estaba enredando demasiado con datos científicos y, a la par, se estaba desviando ligeramente del tema por el que estaban allí. Alguien tan eficaz y metódico como el sargento, no toleraba bien las salidas del guion como aquella. Era pragmático y le gustaba ir directo a los datos relevantes.

—En cualquier caso, parece bastante reciente. Me aventuraría a decir que se produjo poco antes de la muerte, atendiendo a su escasa cicatrización. No obstante, necesito más tiempo para llegar a una conclusión más fidedigna. Es importante también revisar el historial de la paciente en cuanto conozcamos su identidad. Habrá que averiguar si tenía diagnosticada alguna enfermedad que requiriera de su extirpación o, incluso, si había programada alguna cirugía al

respecto.

—¿Algún dato más que sea relevante?

—No sé si relevante o no, pero me gustaría destacar que esta joven cuidaba su aspecto. Tiene una manicura y pedicuras perfectas. Llevaba el pelo bien peinado e iba bien maquillada. Tal vez no signifique nada, pero no perdemos nada por comentarlo.

—Y, sin embargo, tiene la cara emborronada por el rímel —insistió Andrew, dejando la frase como en suspenso.

—Eso no cuadra mucho con alguien que se preocupe tanto de su aspecto —apostilló Sharon.

—Pero quiero ir más allá. Al margen de que la víctima cuidase su aspecto o no, la realidad es que, en la escena, el cadáver está colocado con primor y, como has señalado Mike, llama la atención precisamente ese aspecto tan cuidado. Tal vez quien la ha colocado allí quiere que veamos eso exactamente, esa dedicación a mantener una imagen de cara a la galería.

—Salvo por el borrón de máscara de pestañas por sus mejillas —

comentó Adam Lambert esta vez, insistiendo en ese punto que les había llamado a todos tanto la atención.

—Porque había llorado antes de morir —respondió la detective de Vancouver.

—Sin duda. Lloró y mucho —sentenció Andrew.

15

Registro Anecdótico

BB

Resulta curioso pero, cuando me paro a pensarlo, me doy cuenta de que los años han pasado deprisa. Es como si lo que he hecho hasta ahora, me hubiera conducido a este momento.

A este final inevitable.

Pero esto no deja de ser más que otro principio de incertidumbre, no exactamente como lo planteara Heisenberg en su día, sino un principio de incertidumbre bastante más mundano, más de la calle, en

el que no entran en la ecuación fórmulas difícilmente comprensibles para el ser humano de a pie. ¿Habría cambiado algo si hubiera hecho alguna cosa de forma diferente? Tal vez sí. Tal vez no. No creo que haya nadie que se atreva a aseverarlo con total seguridad. Sería toda una osadía.

¿Quién sabe? Dicen que todo final puede ser un principio. La ciencia avanza a base de finales. El final de una teoría significa el comienzo de otro paradigma, bajo ese principio de falsabilidad de Karl Popper. Una crisis, algo que se rompe, una verdad que parecía irrefutable y ya no lo es. Y eso trae avances. Progreso. Evolución. ¿Involución? No voy a adentrarme en cuestiones filosóficas. Creo que mi mente hoy no lo soportaría.

Las lágrimas fueron el principio y fueron el final. Fueron esa constante inmanente que parece indestructible porque no se la puede vencer. Fueron un hilo conductor y, a la vez, una línea quebrada. Fueron la cara y la cruz, el caos y la destrucción. Fueron la fuente, el manantial, pero también la sequía devastadora que deja un corazón agrietado y deshidratado.

Lo fueron todo.

Pero ya no lo serán más.

El comienzo ha sido difícil. Parecía que todo estaba preparado, la logística a punto, el lugar bien elegido, el instrumental necesario. Pero otra cosa es traspasar esa línea invisible que separa el pensar del hacer. Eso es lo

que lo convirtió en algo complejo, casi inasible. Enfrentar la mirada de otro ser humano cuando sabes que se va a convertir en tu cobaya.

Atraer a aquella chica a la trampa no resultó sencillo. Pero voy aprendiendo y, para ser la primera, no ha estado mal. Algunos titubeos, algunas imprecisiones. Pero el resultado final ha sido limpio. Tengo una alta certeza de no haber dejado rastros indeseables. La ciencia me ha enseñado que la precisión es una herramienta indispensable para un trabajo bien hecho.

Y hay algo más. Algo que he conseguido. Algo que hace que mi estado de nervios se vea un tanto alterado, a pesar de que es lo que quise desde el principio.

Andrew está aquí.

Justo donde yo quería.

16

Situación

La noche caía rápido en esa época del año. Desde el inicio de la jornada, habían pasado un buen número de horas. Ahora parecía lejano el momento en el que Andrew había abierto el ojo junto a una desconocida en lo que se presentaba como una jornada anodina más. Y sin embargo…

Habían sucedido tantas cosas en tan poco tiempo, que se le antojaba como un pasado muy lejano.

Una vez que hablaron con el forense, mantuvieron una reunión rápida con el resto de agentes que habían estado activos aquel día para hacer un primer análisis de la información que habían recabado. A Andrew no se le escaparon las miradas de desconfianza de algunos de ellos. Tampoco podía culparles, no les conocían ni a él ni a Sharon. Por otra parte, que su nombre apareciera en dos de las pruebas, era cuando menos sospechoso. A él también se lo habría parecido si estuviera en su lugar. Nada que recriminarles al respecto.

Cuando, por fin, dieron por concluida la jornada, Sharon y Andrew se despidieron de los demás hasta el día siguiente.

—No sé tú, pero yo me muero por una cerveza.

—¡No corras, borrachín! Primero tenemos que ir a comprar algo de ropa antes de que cierren las tiendas. ¿O acaso piensas pasarte los próximos días con lo que llevas encima hoy? Yo al menos he traído algo de repuesto, pero a ti no te vi llegar con ningún equipaje de mano.

—Detective Williams, es usted de lo más previsora —le respondió Andrew dándole un codazo afectuoso.

—Detective Davis, si algún día llegas a sentar la cabeza, igual también lo serás. Es un efecto secundario de ser madre de dos criaturas. Te acostumbras a programar los imprevistos.

—Venga vamos allá.

Cuando se encaminaron hacia el coche que les habían asignado mientras colaborasen en la investigación, comenzó a sonar el teléfono

del

detective Davis. La expresión de Andrew era todo un poema. Solo con verle, Sharon ya imaginó quién le estaba llamando.

—¡No me lo puedo creer! ¿En serio? —exclamó mirando la pantalla de su móvil y poniendo los ojos en blanco.

A su compañera se le escapó una carcajada.

—Será mejor que lo cojas.

—¿Para qué? Se supone que Lambert ya ha hablado con él. Empiezo a pensar que esto puede considerarse acoso laboral.

—Andrew —respondió Sharon con ese gesto y ese tono incontestable que le indicaba que tenía que hacer lo que le decía sí o sí.

El joven detective claudicó, sin omitir un claro gesto de desagrado.

Respiró hondo antes de contestar. Pero le sirvió de poco.

—Joder, Petrus. ¿Ya me estás llamando? ¿No te vale con haberme puesto una niñera?

—No, no me vale, porque me da miedo que la cagues. Que nos conocemos. Bien sabes que los de Toronto me la colaron con tu carta de recomendación, pero no voy a dejar que me dejes mal allá donde vayas.

Estás en Banff porque me han pedido específicamente que vayas tú, a saber por qué, puesto que el sargento no me ha querido dar demasiados detalles, salvo que va a necesitar que os quedéis algún día más por allí. Así que llamo para asegurarme de que me dejes en buen lugar. Eres un detective de mierda y tú y yo lo sabemos.

—Tranquilo —dijo de forma condescendiente y alargando la "i" en mitad de la palabra—. Y muchas gracias por ese apelativo cariñoso y la confianza que depositas en mí.

—¿Tranquilo? Ese adjetivo contigo, Davis, es inviable.

—Va, jefe, lo prometo. Me portaré bien. Esta vez haré que se sienta orgulloso de mí —respondió al tiempo que le guiñaba un ojo a su compañera.

—Más te vale. Espero que no me llamen para decirme que ya le has

tirado la caña a alguna de las agentes. Me apuesto a que ya has visto algo que te ha gustado.

—Jaja. Bueno, en eso no te equivocas, pero está fuera de mi alcance, así que…

—¡Joder! Es que no me lo puedo creer. Céntrate, no quiero tener que repetírtelo.

Andrew no pudo evitar imaginarse a su jefe en ese momento echando espumarajos por la boca. A punto estuvo de que se le escapara la risa.

—¿Para qué me has llamado? Se supone que el sargento Lambert iba a contactar contigo.

—Y lo ha hecho. Ya te lo he dicho, por cierto. Pero como estás en Babia la mitad del tiempo… —sentenció con un sonoro suspiro—. Creo que no se fía mucho de ti, y entiendo los motivos. Así que, ya que vais a quedaros, quiero avisarte personalmente: no la cagues o te suspendo de empleo y sueldo.

—Gracias por la motivación extra. No sabes cuánto me gusta vivir entre amenazas.

—Davis, escúchame con atención…

—Te pierdo, Petrus. La cobertura… Hasta luego. Cuelgo.

Sharon le miró alucinada.

—¿En serio te has atrevido a colgarle? ¿Con lo rencoroso que es?

—Bueno, ya se le pasará. Sé que no soy su favorito, pero me aprecia más de lo que se atreve a reconocer —finalizó Andrew levantando las cejas de forma cómica y acompañando el gesto con una sonrisa.

Después de aquello, se dirigieron a una tienda que había en las inmediaciones para comprar algo de ropa y, de ahí, al motel que estaba más cercano a la comisaría, donde esperaban poder reservar un par de habitaciones para los próximos días.



Después de registrarse en el alojamiento y dirigirse cada uno a su correspondiente habitación a asearse, quedaron para cenar en el restaurante que había junto al motel. Cuando Sharon llegó, Andrew ya estaba esperándola en la barra del bar con la tan ansiada cerveza.

Aquel tiempo a solas, le había dado por pensar.

—¿Te pido algo? —le preguntó en cuanto se sentó a su lado. Ella notó un cambio en su semblante. Parecía más serio de lo habitual.

—Lo mismo que tú está bien.

Andrew le hizo un gesto al camarero para que le pusiera otra pinta a su compañera. No había demasiada gente en la barra, así que se la sirvió casi de forma inmediata.

—No deberías haberte quedado, Sharon. Tienes una familia. No me gustaría que me odien por esto. Al fin y al cabo, soy yo el afortunado que ha sido convocado a esta macabra fiesta, ¿no?

—Va, así descanso. Es agotador lidiar con dos hijos adolescentes empeñados en hacerle la puñeta a su madre. Que se entere su padre de lo que es bueno estando solo con ellos. A decir verdad, ahora que lo pienso fríamente, tú eres como un adolescente más. Debo ser masoca, ¿no crees? O

tal vez lo hago por mi instinto maternal y porque te veo muy perdido en la vida. Me parece que voy a tener que consultar con un psicólogo.

—Hoy te levantaste graciosa, ¿eh Sharon? Ya me di cuenta esta mañana cuando llegamos al helipuerto. Tengo más de treinta años, sé cuidarme solito. Puedes irte a dormir tranquila.

—Bueno, en realidad no tanto. No entiendo por qué haces lo que haces.

El tono de la conversación acababa de cambiar en aquel instante. La charla parecía haberse vuelto más personal, aunque puede que solo fuera su apreciación. Llevaban ya bastante tiempo trabajando juntos y su relación era muy buena, a pesar de los caracteres tan diferentes que tenían. Sin embargo, no era demasiado habitual tocar temas íntimos o que pertenecieran a la esfera privada, como parecía ser el caso.

—¿A qué te refieres? —preguntó Andrew frunciendo el ceño al no entender con exactitud lo que le quería decir.

—No entiendo que acabes casi cada noche con una chica diferente.

A Andrew le sorprendió mucho el comentario. Sabía que Sharon era de ideas bastante conservadoras, pero aquello le pareció un tanto retrógrado y, además, invasivo, aunque estaba seguro de que lo hacía

con la mejor intención.

—¿Acabas de volver de un viaje en el tiempo desde la Edad Media?

Por favor, Sharon, esto es puritano hasta para ti —le señaló aún con el ceño fruncido—. Además, estás exagerando.

Sharon le miró levantando desorbitadamente las cejas y abriendo los ojos como platos.

—No exagero.

—Vale, sin duda voy a llamar a Doc y a pedirle que nos preste el DeLorean para que te traiga de regreso al futuro.

—Andrew.

—Dime, Sharon —respondió con cierto tono de guasa.

—Llevas un ritmo que me preocupa.

—No deberías. Es divertido.

—Ya. Seguro que es muy divertido exponerse a contraer una ETS.

—Joder, ¿en serio vamos a hablar de esto? Tomo precauciones, ¿vale?

Además, de algo hay que morir, ¿no es lo que dicen?

—Sí, seguro que morir de gonorrea debe ser maravilloso.

—Sí que estás en plan madre —respondió resoplando.

Cuando miró hacia otro lado, se encontró con los ojos de una hermosa mujer que le miraba con atención. Decidió que esa noche haría caso a su compañera. Nada de líos. Le convenía descansar.

Andrew miró su cerveza. Perdió sus ojos castaños en la cremosa espuma que le tentaba desde la jarra. Quería hundir sus pensamientos en ella. Pensar estaba sobrevalorado. Él estaba decidido a sentir y vivir lo que su cuerpo le demandara cada día, sin reflexionar demasiado sobre nada.

Reflexionar puede doler.

Sharon se dio cuenta de que se había pasado de la raya. Al fin y al cabo, ella no era quién para decirle lo que debía hacer con su vida. No

obstante, intuía que detrás de esa fachada de alegría y diversión que parecía unida a la imagen que todos tenían del detective Davis en Vancouver, se ocultaba un pozo de tristeza.

A pesar de todo, quiso aprovechar el momento de intimidad para preguntarle algo más.

—¿Qué pasó en Toronto? Nunca hablas sobre el tema, hoy me he dado cuenta. Es decir, llevamos mucho tiempo trabajando juntos y he dado por buena siempre la explicación de que te trasladaste a Vancouver porque te apetecía un cambio. Pero, después de lo de hoy, empiezo a pensar que hay algo más.

—No quiero hablar de eso —respondió sin mirarla más serio de lo habitual. La tensión de sus mandíbulas era evidente.

—Y me pregunto por qué. Qué es lo que no quieres contar.

Andrew entonces se giró. Había sobrepasado su nivel de tolerancia por ese día. No sentía ni la menor gana de tocar ciertos temas. Los demás deberían respetar su silencio, tampoco pedía nada imposible.

—Sharon, deja estar las cosas. No hay mucho que contar. Un cambio de aires. Punto. Es lo que os dije al llegar y es lo que mantengo a día de hoy. Es bueno empezar de nuevo de vez en cuando.

Apuró su cerveza, recogió el abrigo que había dejado apoyado en un taburete y se largó. A Sharon ya no le quedó la menor duda de que debía indagar en aquello. No era simple curiosidad, sino que sospechaba que hablar de ello seguramente le haría bien. No es recomendable guardarse las cosas dentro, cargar con pesos excesivos para nuestro frágil corazón.

Andrew podría tener muchos defectos, pero era un joven con grandes valores e, indudablemente, una buena persona. Además, le tenía mucho aprecio.

Tal vez fuese personal, pero intuía que podría explicar muchas cosas acerca de la forma de ser de su compañero.

17

Registro Anecdótico

BB

Tuve pesadillas durante mucho tiempo. Mi cerebro se empeñaba en atormentarme y no darme descanso ni siquiera mientras dormía. Me despertaba en mitad de un mar de lágrimas, gritando que quería estar con mi madre. Me resultaba imposible creer que ya no fuera a volver a ver su rostro, ni a sentir sus besos y sus abrazos, sus cálidas caricias cuando algo me sucedía, su acogedor regazo asegurándome que todo al fin estaría bien.

Lo recuerdo como si fuera ayer.

Puede incluso que fuera ayer.

Había perdido mi sostén, los pilares que sujetaban mi edificio de paredes de adobe, frágiles todavía por estar en formación, endureciéndose a base de experiencia y experiencias. El suicidio me había arrebatado mi mundo, el único que conocía.

Sufrí varias crisis nerviosas. En algunas, incluso tuve que permanecer en ingreso hospitalario. La vida era un tormento, un lugar inhóspito en el que tendría que hacerme paso sin ayuda y a regañadientes. Debía asumir el abandono, el desamparo.

La soledad.

Una soledad que daba miedo, porque estaba llena de sombras y recovecos, de imágenes deformadas sobre un espejo quebrado en miles de minúsculas astillas. Una soledad acompañada de lágrimas, de océanos de ellas, de profundidades extrañas, de hondas y oscuras simas inexploradas, porque no la había elegido yo, sino que me había sobrevenido, me había arrollado y me había aplastado como a un insecto.

Trece años.

Unos días antes me sentía ya muy mayor.

Justo después, me sentía un ser diminuto, como un bebé recién nacido a una realidad desconocida y tenebrosa.

Ante aquella dramática situación en la que me vi de la noche a la mañana, estuve con una familia de acogida de urgencia. Eran amables, cariñosos, pero yo supe desde el primer momento que sería temporal, aunque soñase justo con lo contrario. Un lapso de tiempo demasiado breve para la inmensa incertidumbre que se abría ante mí. Con esa edad nadie iba a querer adoptarme. Era un hecho irrefutable.

Así que terminé en un centro de acogida. No sufrí vejaciones de ningún tipo. Los cuidadores eran atentos, se preocupaban de nuestro bienestar. Pero aquello no era una familia. Pensándolo bien, a día de hoy, todavía no sé muy bien qué lo es.

Después de la violación, mi madre tuvo que buscarse la vida por sí misma. Con diecinueve años era todavía una cría. Murió con treinta y dos.

Pero su historia la contaré un poco más adelante.

Ahora mi mente necesita descansar.

18

Sueños

Aquella noche a Andrew le costó dormir. Algo que, paradójicamente, llevaba mucho tiempo adormecido, se había despertado dentro de él. Estar en Banff había sido algo totalmente inesperado. Muchos recuerdos se habían disparado en su interior, como si se hubiera agrietado un muro de contención y amenazase con quebrarse del todo.

Y soltar lo que contenía.

Emociones estancadas.

Sentimientos varados en la orilla de una vida que pudo ser y no fue.

Volvió a replantearse muchas cosas, algo que se había empeñado en no hacer. Volvió a reflexionar acerca del rumbo que había tomado, por qué había elegido un destino en una bifurcación que él mismo se había inventado. ¿Cuánto tiempo podría permanecer en esa burbuja que se había construido con un material tan endeble? Las noches de fiesta esquivando el sueño, el alcohol y las relaciones esporádicas no iban a servirle toda la vida como excusa para no mirar atrás.

Ni hacia delante.

¿Se divertía? Sí. Pero, ¿era feliz?

¿Cómo se puede ser feliz en la vida sin objetivos?

Tal vez aquella estrambótica situación que le había llevado hasta el Lago Louise supusiera un punto de inflexión, quizás, necesario. ¿Las leyes del azar? No podía saberlo.

Por fin consiguió quedarse dormido a eso de las tres de la mañana. Fue un sueño agitado y poblado de extraños episodios oníricos. Parecían mezclarse hechos y lugares del pasado con el presente. Aparecían sus amigos de Toronto de la época de la universidad, con los que siempre reía hasta las lágrimas, también sus compañeros del departamento de policía, pero esta vez estaban todos serios vestidos de negro en un funeral. Era un sepelio de alguien del cuerpo de Vancouver, puesto que el féretro iba cubierto con la bandera de Canadá y había muchos agentes vestidos con el

uniforme oficial. También estaba el sargento Lambert, lo cual, al igual que la presencia de sus amigos, estaba fuera de lugar allí. Petrus le miraba circunspecto y él sentía que esa mirada le atravesaba. Era una mirada que le hacía sentir culpable. Pero, ¿por qué?



Se despertó con la certeza de que no había descansado. Adiós a un sueño reparador que tan bien le habría venido en aquel momento y aquellas extrañas circunstancias en las que se encontraba junto a su compañera. Se incorporó en la cama. Notó algo de frío. Había dormido en ropa interior, como solía ser habitual. La temperatura de la habitación había bajado algunos grados por la noche, lo que le provocó un escalofrío.

Se frotó los ojos. Los notaba cargados. El dolor de cabeza parecía haber desaparecido, aunque persistía algo así como un leve rumor, como algo que no ha terminado de disiparse. Le vendría bien lavarse la cara con agua bien fría. Eso seguro le ayudaría a despejarse. Cuando se miró al espejo, vio unas feas ojeras que le acompañarían aquella jornada, al menos, hasta que el primer café de la mañana hiciera su efecto milagroso.

Supuso que, si no recibían una llamada al respecto, los permisos para colaborar con la policía de la zona estarían en orden. En realidad, no le importaba demasiado. Que fuera lo que tuviese que ser.

A pesar de que era bastante temprano y quedaba más de una hora hasta el momento en el que habían acordado presentarse en la comisaría, cuando bajó a desayunar, se encontró a Sharon ya en una mesa con un café a medias y migas en el plato, señal de que ya había dado cuenta de un buen desayuno.

—¡Pero mira quién tenemos aquí! —dijo Sharon poniendo cara de sorpresa al verle junto a su mesa.

—Ya ves. Hoy no se me han pegado las sábanas.

—Ya me doy cuenta, aunque tienes cara de no haber descansado demasiado.

—Será porque no he podido dormir. ¿Puedo? —preguntó señalando una silla en la mesa de su compañera.

—¿En serio me lo preguntas? No esperaba menos de mi compañero, el mismo que ayer me dejó con la palabra en la boca y no quiso cenar conmigo.

—Bueno, al final pedí algo para que me llevaran a la habitación.

Estaba hambriento. Espero que te sentara bien la cena.

—Me hubiera gustado más cenar en compañía, pero no estuvo mal —

respondió sin dejar de aprovechar la oportunidad de lanzarle una buena pulla.

—Lo siento. Fue un día largo. Y tú tienes la mala suerte de que tu jefe te haya emparejado con un capullo.

—En eso sí que no te voy a quitar la razón.

Andrew llamó con la mano a uno de los camareros y pidió que le trajeran un café con leche y unas tortitas con sirope de vainilla.

—Estoy muy intrigada con todo esto.

—¿Con qué exactamente? —preguntó Andrew al tiempo que probaba las tortitas y ponía cara de que estaban deliciosas.

—No hagas eso.

—¿A qué te refieres?

—A poner esa cara de que todo te resbala y que lo más importante en este momento son las tortitas que te estás metiendo entre pecho y espalda.

Ayer me di cuenta de que este caso te interesa. Esta vez de verdad.

—Claro que me interesa. No entiendo qué hacía mi tarjeta entre los dedos de la fallecida y tampoco comprendo que hubiera un sobre con mi nombre. No conozco a la víctima de nada.

—Pero alguien te conoce a ti y quiere que estés aquí.

—Eso parece. Y me pone un poco los pelos de punta, no te voy a engañar.

—Apuesto a que, precisamente por eso, ayer tu primera reacción fue la de querer volver a Vancouver, ¿me equivoco?

Andrew dejó los cubiertos sobre la mesa y se limpió con la servilleta.

Miró un instante a los ojos de Sharon. Ella le mantuvo la mirada esperando una respuesta.

—Sí, lo primero que pensé fue que quería volver cuanto antes a Vancouver. ¿Satisfecha?



Había amanecido un día con una temperatura bastante suave en comparación con las habituales jornadas a varios grados bajo cero en Canadá en aquella época del año. Cuando llegaron a comisaría, aún era

temprano. El sargento Lambert ya estaba en su despacho. Por lo poco que habían conocido de él hasta el momento, no les sorprendió. Posiblemente era el primero en llegar y el último en marcharse.

Llamaron a su puerta y les hizo pasar.

—Espero que hayan descansado bien. Intuyo que hoy tendremos una larga jornada. Confío en recibir los datos del laboratorio en relación a los análisis de sangre de la víctima, el contenido del estómago, las huellas que encontramos y, además, el líquido que estaba envasado en el pequeño bote de cristal.

—Eso sería estupendo —apuntó Andrew.

—¿Han identificado ya a la víctima? —preguntó la detective Williams.

—Aún no, pero estoy convencido de que no tardaremos mucho. Los de Calgary han buscado en la base de datos de personas desaparecidas y estamos esperando también que la búsqueda en el CoDIS de resultado. Para ello, hemos introducido sus huellas dactilares y hemos realizado un frotis en su boca para obtener saliva y, ya de paso, proceder al análisis del ADN.

El sargento se quedó mirando a Andrew. Éste se sintió estudiado, una

vez más. Ese hombre tenía una mirada que parecía un escáner de rayos X.

Experimentó cierta incomodidad ante aquel escrutinio, como ya le había pasado el día anterior.

Lambert detectó que se había producido un cambio en la actitud del joven detective, lo que fue de su total agrado. Tenía la mirada despierta, alerta, y una expresión en su rostro que, pese a los signos de fatiga y cansancio, daba a entender que quería saber qué estaba sucediendo. Que estuviera en la oficina a primera hora, ya era un síntoma positivo.

—Dígame detective, ¿ha recordado algún detalle que pueda sernos útil?

—¿Cómo cuál?

—Si conocía de algo a la víctima, si tiene alguna cuenta pendiente, si recuerda a alguien que quisiera traerle hasta aquí o que tenga un interés particular en conectarle con el caso.

—Me temo que no. No se me ocurre nada.

—¿Recuerda algún caso de Toronto que estuviera conectado con el Lago Louise? ¿Alguien a quien detuvieran en su momento, un familiar con ganas de tomarse la justicia por su mano, por ejemplo? No ponga límites ni a su imaginación ni a sus recuerdos, detective. Puede que algo que parezca

irrelevante sea la clave de todo esto y ni siquiera le ha dedicado ni un pensamiento hasta el momento.

—Créame cuando le digo que no se me ocurre nada. Estoy tan sorprendido o más que usted.

—Entiendo. Bueno, en media hora mantendremos una reunión para definir las líneas de investigación. Espero que empiecen a llegar los resultados cuanto antes.

—Sería un buen punto de partida —señaló la detective Williams.

—No sé si bueno o no, pero indudablemente sería un comienzo.

Necesitamos empezar a avanzar en la investigación. No me agrada saber que hay un presunto asesino suelto por la zona.

Andrew les escuchaba con atención. En ningún momento se le pasó por la cabeza que los sueños de la noche anterior tuvieran una conexión con aquel caso.

Y, sin embargo, la tendrían.

19

Registro Anecdótico BB

No me enteré por ella. Tardé mucho en descubrir aquella macabra y horrorosa noticia, casi al mismo tiempo que me encontré de frente con el rechazo de mis abuelos maternos. ¿Por qué no me buscaron? ¿Por qué no quisieron saber nada de mí?

Porque no me querían. Sin más.

A veces, las verdades es mejor conocerlas en su más cruda desnudez.

A veces, se necesita despertar de golpe de un letargo insoportable.

Los engaños, las verdades a medias o las mentiras por piedad solo sirven para dilatar el afrontamiento de la realidad. Son nocivas y perniciosas, porque te insuflan de una ilusión que no tardará en derrumbarse. Y en ese instante, las fuerzas te habrán abandonado porque pusiste tu esperanza en algo que nunca existió.

Tuvieron que notificarles el suceso, no me cabe la menor duda. Puede que mi madre llevase mucho tiempo sin tener el menor contacto con sus padres pero, obviamente, la policía o quién sabe si los sanitarios, tuvieron que informarles de lo sucedido. Su hija había fallecido. Alguien tuvo que comunicárselo. Igual que los servicios sociales debieron de informarles de mi existencia, si es que la desconocían, cosa que dudo.

Todas aquellas sospechas se hicieron de golpe realidad y cayeron sobre mí en cascada. Tenía abuelos, sabían que yo existía, rechazaron mi tutela y prefirieron dejarme en las manos del estado porque yo, una criatura inocente, era el fruto de una relación abominable.

Error.

Fallo.

Equivocación.

Para ellos eso era lo que significaba mi existencia.

Una vergüenza en la familia.

Una mancha.

Cuando fui mayor de edad, les busqué, traté de encontrar respuestas. Y

todo lo que encontré fue una verdad indeseable.

20

Novedades

Empezaron a llegar novedades a lo largo de la mañana. El sargento Lambert se encargó de constituir el equipo de trabajo para aquel caso e informar a todos de quiénes serían los responsables de cada tarea. Contarían con la ayuda externa de la científica y del laboratorio de Calgary, puesto que habían acudido en primera instancia a la llamada. Se valoró la idoneidad de traspasar la información a Vancouver, debido a la colaboración de los detectives Davis y Williams, pero finalmente no se estimó necesario.

Confiaban en poder resolver aquella investigación en un breve intervalo de tiempo. No parecía conveniente que estuvieran tantos departamentos diferentes implicados, pero tampoco había motivos para relegar a los de Calgary por el momento, sobre todo porque en Banff los recursos eran limitados y necesitarían ayuda de distritos policiales de mayor tamaño. Carecían de unidad científica y los recursos de análisis del laboratorio eran exiguos.

Al fin y al cabo, pensándolo bien, la coordinación entre dos departamentos tampoco parecía tan compleja. No obstante, entendían que los de Calgary podrían tener sus prioridades según el momento. Lidiarían con eso cuando fuera imprescindible. De momento, no había nada que objetar ante su diligencia en el trabajo que les habían encargado.

—Primero de todo, por fin hemos identificado a la joven —afirmó Clark Roberts, uno de los agentes elegidos por Lambert para el equipo de investigación—. Esta misma mañana ha saltado una alerta en la base de datos de personas desaparecidas que casaba con la descripción de nuestra víctima. Después de realizar las oportunas comprobaciones, la hemos identificado como Charlotte Fortin, de treinta y dos años. Se encontraba de viaje de negocios. Según hemos podido averiguar, es visitadora médica.

—Era, querrás decir—puntualizó Andrew.

—Sí, eso. Era.

—Tal vez así conociera a su asesino. Al fin y al cabo, tienen que visitar a un buen número de gente —señaló Sharon en esa ocasión.

—Pero eso no debería ser potencialmente peligroso —respondió Andrew.

—No, desde luego. Sin embargo, un trabajo que implica visitas, aunque sea a personal médico, conlleva desplazamientos y la exposición ante un buen número de personas. Puede que en algún momento se cruzara con su asesino —argumentó el agente Roberts.

—Eso siempre y cuando hayamos descartado definitivamente la idea del suicidio asistido, por lanzar una posible hipótesis, puesto que aún no deberíamos darlo por definitivo. Es más, la chica tenía bastantes problemas: una orden de alejamiento de su pareja, dificultades económicas, problemas de salud… Hay quien se quita le vida por menos —señaló Victoria Stevens, agente a la que ya habían conocido el día anterior en la escena del presunto crimen, mientras consultaba los informes que les habían repartido.

—Resulta curioso que, precisamente, ayer el forense apuntase esa misma teoría.

La agente Stevens miró a Andrew y le sonrió satisfecha.

—Yo no veo lo del suicidio —aseveró Emily Simard, la otra agente que cerraba el equipo.

Su forma de decirlo, tal vez el tono y el gesto, dieron a entender que no existía buena relación entre ella y Victoria Stevens. Tanto Sharon como Andrew lo percibieron de forma clara. Se miraron entre ellos. No necesitaron siquiera un gesto para entender lo que pensaba el otro.

—¿Y por qué no, si puede saberse? Los motivos por las que alguien acaba suicidándose no siempre tienen que parecer evidentes y no hay que minimizar el dolor de los demás. Sus circunstancias no eran fáciles por lo que acabamos de descubrir. Por otra parte, había una nota pidiendo ayuda en su regazo. Eso es algo habitual en los suicidas. El hecho de que la hayamos encontrado en esa localización es lo que nos da indicios de que pudo recibir apoyo de otra persona para quitarse la vida.

—Lo frecuente es una carta de despedida, no una nota con un lacónico

“ayúdame”.

—Una nota presuntamente dirigida a mí —puntualizó Andrew, atrayendo las miradas de todos los presentes—. Pero yo no la conocía de nada. Es cierto que eso no tiene sentido.

—Tal vez tengamos que remontarnos un poco a su pasado, detective Davis, para conocer la posible relación —comentó el agente Roberts,

no sin segundas intenciones.

No le sentaba nada bien que estuvieran allí dos detectives de Vancouver, y mucho menos cuando uno podía tener alguna relación personal con el caso. Le parecía, cuando menos, poco profesional y poco ético. No obstante, no se atrevía a decírselo a Lambert. Había que tenerlos bien puestos para contradecirle, eso lo sabían todos allí.

—Está bien. Pregunta lo que quieras. Es evidente que hay algo que te preocupa —respondió Andrew de mal humor. Él no había pedido que le invitaran a la fiesta y, sin embargo, allí estaba con la intención de ayudar en todo lo que pudiera.

Adam Lambert le lanzó una mirada de fuego a su subalterno. Aquello era un desafío a su autoridad. Al menos, así lo interpretaba él. Entendía la posición de su agente, su incomodidad y su falta de confianza, pero él ya había indagado en el pasado del detective Davis y no había nada sospechoso. Quería hacer las cosas a su manera y a un ritmo que ya tenía definido.

—Todo a su tiempo —dijo el sargento con una mirada dura dirigida a Roberts—. Ahora hay otras cosas prioritarias.



Primer contacto, aunque casi tangencial. No me ha sorprendido su reacción. Supongo que era de esperar. A lo mejor es que ya pocas cosas tiene la capacidad de asombrarme.

Aparte de eso, debo decir que el día de ayer fue glorioso. La efervescencia del hotel, esa meca del dinero y la ostentación puesta del revés. Ricos corriendo como pollos sin cabeza buscando y exigiendo una explicación acerca de lo que había sucedido allí. No era mi objetivo, pero ha sido un aderezo extra al subidón de emociones.

Me he cuidado mucho de no cruzarme con él en primera instancia. Era excesivamente arriesgado hacerlo allí. No quería echar todo por la borda por un exceso de anhelo. Aunque la posibilidad fuera remota, podría haberme reconocido.

Ahora toca pensar en la siguiente. Buscar el lugar ideal. Pensar en el anzuelo. Mejorar los procedimientos. Analizar lo que tengo hasta ahora.

Desgranar los datos y sacar conclusiones. Continuar investigando.

Hasta que llegue la traca final.

21

Registro Anecdótico

BB

Mi madre había sido una gran estudiante. Desde muy pequeña, sus calificaciones fueron excelentes. Relataba emocionada y con un punto de vanidad que, con cierta frecuencia, los profesores la felicitaban debido a su alto rendimiento académico.

Por lo que ella me contó en alguna ocasión, debió ser poco menos que una hija modelo. Todo lo que hacía, lo llevaba a cabo con el único objetivo de que sus progenitores se sintieran orgullosos. Pero nunca era suficiente.

Tal vez por ello, conmigo era tan benevolente y procuraba felicitarme por mis logros a la menor ocasión que se le presentaba. Sus padres eran la perfecta pareja, con una situación socioeconómica privilegiada en la que las apariencias eran lo primero y, qué duda cabe, lo más importante.

Así que llegó la época de la universidad. Estudió lo que ellos querían, sin importar cuáles eran sus intereses reales. Había que seguir con el negocio de la familia. Ella era hija única y no se podía permitir elegir cuál sería su futuro, puesto que ellos ya lo habían decidido desde que estaba en la cuna. Le habían regalado el don de la vida. Se lo debía todo.

Eran sus dueños y señores.

Posiblemente fue el único conato de rebeldía que se permitió en su vida. Al menos, es a la conclusión a la que llegué después de entrevistarme con muchas personas que la conocieron, incluidas algunas amigas de su corta estancia en la universidad. Y cuando hablo de conato de rebeldía, no me refiero a no estudiar o, cuando menos, no estudiar lo que sus padres habían dictaminado. Me refiero a empezar a vivir. Conoció gente nueva que le abrió la puerta a ciertas prohibiciones, como eran salir de fiesta y coquetear con los chicos y el alcohol.

Hasta eso le salió mal.

En su primer año de universidad, se encaprichó del chico equivocado,

uno que no entendía lo que significaba la breve pero rotunda palabra no.

Una noche de sexo no consentido acabó con su virginidad, con sus sueños y con su vida. La habían visto coquetear con aquel joven, hijo de un acaudalado empresario que hacía grandes y frecuentes donaciones a la universidad. No convenía ningún tipo de escándalo. Parecía la historia más vieja del mundo. Así que decidieron no darle crédito cuando acudió muerta de miedo a denunciar. Como resulta obvio ya a estas alturas, fruto de esa desgracia nací yo.

Sobran más palabras.

Cuando sus padres, es decir, mis "queridos" abuelos, se enteraron que estaba embarazada, la echaron de casa y renegaron de ella. Con diecinueve años, sin estudios, sin trabajo, sin hogar, sin apoyo y sin dinero, tuvo que encontrar la forma de subsistir.

Y eso es justo lo que hizo.

Subsistir.

Lo de vivir era una historia muy diferente que quedaba ya fuera de su alcance.

22

Más datos

Una vez restablecida la cadena de mando, continuaron desglosando la información recabada. Los diferentes datos del laboratorio habían llegado con gran celeridad, gracias a que en Calgary no tenían demasiado trabajo.

Por suerte, el índice de criminalidad de la ciudad estaba en unas cifras ínfimas, lo que facilitaba la tarea.

—Me gustaría continuar con la información que tengamos de los de la científica. Me consta que a primera hora aún no había llegado ningún informe de Calgary, lo cual es comprensible—retomó el sargento Lambert.

—Eso es. Pero ya tenemos algo. Bastante información, de hecho. Se han dado prisa y es de agradecer —señaló la agente Stevens.

—No tendrían mucho que hacer —bromeó Andrew.

Sharon le miró de tal forma que le dejó claro que no era ni el momento ni el lugar. La falta de reacción del resto de los presentes le dejó claro que el comentario había sobrado.

«Buen comienzo chaval. No solo desconfían de ti, encima te haces el gracioso. Otro punto a tu favor», pensó Andrew.

—Pues adelante. Estaría genial si nos pones al día sin más dilación.

Ninguno queremos que esto se alargue más de la cuenta.

—Por supuesto, sargento —respondió dócilmente Victoria. Antes de comenzar, miró a Andrew, como si estuviese reclamando su atención —.

Bien, empiezo. Por un lado, el forense tenía razón respecto al contenido del estómago. Había una cantidad elevada de pastillas de metacualona en su interior en distinto grado de descomposición, por lo que ya había pasado a su torrente sanguíneo llegando a provocar el colapso que acabó siendo la causa principal de la muerte.

—Cuando dices que fue la causa principal de la muerte, ¿te refieres a que se sospecha de algo más? —preguntó Andrew.

—Me refiero a que los análisis de sangre han revelado también elevadas concentraciones de otras dos sustancias: morfina y midazolam —

dijo leyendo los papeles que tenía en las manos—. El midazolam es una benzodiacepina que, combinada con morfina, se utiliza para la sedación terminal en ciertas enfermedades. Es decir, su combinación causa la eutanasia.

—Entonces podría haber muerto por otros motivos, ¿no es así?

—No exactamente, por los niveles de concentración de las distintas sustancias, la elevada ingesta de metacualona parece ser la causa definitiva, a pesar de esa presencia extra de otros medicamentos. Sin embargo, resulta curioso el hecho de que la combinación de las otras dos sustancias que he comentado no es el tratamiento de primera línea en todos los países para provocar la muerte a enfermos terminales sin esperanza de cura. En Holanda y Bélgica, por poner un caso, donde sí es legal la eutanasia, para provocar la muerte de alguien que quiere acabar con su vida se suele utilizar pentobarbital sódico. En otros países, por ejemplo, se inyecta propofol para inducir el estado de coma previo.

—Luego, no tiene demasiado sentido que aparezcan todas esas drogas en el organismo de la víctima, ¿no? —preguntó la detective Williams.

—Bueno, hasta cierto punto podría tenerlo. Por un lado, según el historial médico de la víctima al que hemos podido acceder tras su identificación, ésta era paciente oncológica en remisión, lo cual es casi un milagro después de haber alcanzado el estadio cuatro de la enfermedad, es decir, el cáncer estaba avanzado y había metástasis. A pesar de ello, parecía estar en fase de superarlo. Pero también podría tratarse de un caso de adicción.

—Vale, digamos que eso podría justificar en alguna medida la morfina,

¿no es así? —preguntó el agente Roberts esta vez.

—Incluso aunque ya no la necesitara. Podría ser un caso de adicción, lo cual no es tan infrecuente, especialmente considerando los problemas personales que tenía —señaló Andrew.

—Eso explicaría los diversos pinchazos que observó el forense, especialmente en su brazo izquierdo. Aunque también en el abdomen y, por lo que leo ahora, también en los muslos —señaló Sharon.

—Eso es porque la morfina se puede administrar por vía venosa, subcutánea o intramuscular —explicó el detective Davis—. Desde luego, tiene sentido.

—Pero eso no explica lo de la otra droga y la combinación con la morfina —apostilló la agente Simard.

—Salvo que sí fuera un suicidio asistido o un suicidio a secas —

respondió Victoria.

—El suicidio creo que está casi descartado teniendo en cuenta el lugar en el que la encontramos y las marcas de arrastre. Alguien la llevó hasta allí.

—Eso es cierto —concluyó el sargento Lambert—.

—Pero yo vuelvo a recalcar que no entiendo la presencia de la otra droga —dijo Clark Roberts.

Victoria se adelantó a continuar exponiendo la información que había recabado.

—Por separado, la inyección de midazolam se usa de manera previa a algunos procedimientos médicos y cirugía para causar somnolencia, aliviar la ansiedad y evitar cualquier recuerdo del evento. Algunas veces, también se administra como parte de la anestesia durante los procedimientos quirúrgicos para producir pérdida del conocimiento.

—Luego podría estar auto administrándosela por algún motivo, por ejemplo, debido a una adicción, tal y como adelantó antes el agente Davis

—concluyó Emily Simard.

—Además, siendo visitadora médica, no es descabellado que tuviera acceso relativamente fácil a los fármacos —reflexionó el agente Roberts.

—O podría haber sido administrada por otra persona para mantenerla controlada —apuntó la detective Williams.

—Cabe esa opción, por supuesto —corroboró Andrew.

—¿Qué más tenemos? —prosiguió el sargento.

—Han llegado resultados sobre el análisis del líquido que contenía el pequeño bote de metacrilato. Se trata de una solución salina que químicamente se asemeja a las lágrimas.

—¿Perdona? —preguntó Andrew con evidente sorpresa—. ¿Por qué motivo iba a dejar alguien un bote de lágrimas junto a un cadáver?

—¿Y cómo se recogen las lágrimas? Es decir, no es como abrir un grifo y poner un vaso debajo. Parece algo un poco estrambótico, ¿no? —

señaló Sharon con evidente sorpresa.

—Bueno, la cantidad sin duda no es excesiva. La concentración no excede de los diez mililitros o, lo que es lo mismo, diez centímetros cúbicos.

—Sí, pero estamos hablando de lágrimas. A mí diez mililitros ya me parece excesivo.

—Tal vez estemos ante un asesinato ritual —se aventuró la agente Simard—. Tal vez las lágrimas y la extirpación de los lagrimales sean una especie de rito o una ofrenda.

—Pero también podría ser un asesinato por compasión, después de

todo lo que acabamos de oír. Al fin y al cabo, estaba enferma. Tal vez algún familiar quería ahorrarle el sufrimiento final o ella misma lo había pedido

—barajó el agente Clark Roberts.

—Pero hemos dicho que estaba en remisión. ¿Qué tiene de compasivo matar a alguien que se está recuperando? —preguntó Emily Simard.

—Tal vez sufrió una recaída.

—Centrémonos, por favor. Vayamos paso a paso con la información.

Si empezamos ahora a hablar de teorías sin tener todos los datos bien claros, podemos dejarnos influir por hipótesis sin ningún fundamento. Y ya saben aquí la mayoría lo poco que me gusta eso. Luego es muy fácil dejarnos contaminar con nuestra idea y que todo encaje con ella. Así que, por el momento, desnudemos los datos, nada más.

Desde luego aquello se parecía bastante a una reprimenda. Había quedado claro que el sargento era un tipo metódico y perfeccionista, por si alguien todavía tenía algún resquicio de dudas.

—Continúe, agente Stevens.

—Debido a que el primer paso del análisis era establecer qué tipo de sustancia era, una vez determinado de qué se trata, van a hacer un estudio de ADN, puesto que no son lágrimas artificiales, sino humanas, aunque parece existir algún tipo de contaminación que quieren estudiar más a fondo. De hecho, lo más probable es que sean de la propia víctima, aunque, por el momento, han logrado solo un análisis parcial de las cadenas de nucleótidos. Gracias a que se hizo el frotis de la cavidad bucal, tienen muestras para continuar estudiando los datos. Si no, nos pedirían más. En cualquier caso, parece que la víctima también presentaba síntomas de ligera deshidratación, que podría cuadrar con episodios de llanto prolongado.

—¿Estás diciendo que esta joven ha muerto por sus lágrimas? —

Andrew no salía de su asombro.

—No, ni mucho menos. Ha fallecido por la ingesta de una cantidad de pastillas compatible con la muerte, puesto que causarían un fallo multiorgánico. El llanto excesivo habría provocado una ligera deshidratación. Los marcados surcos del rímel en su rostro eran una evidencia clara de un profuso llanto dilatado en el tiempo.

—¿Pero para qué querría alguien las lágrimas de otra persona? —

preguntó el agente Roberts.

—Tal vez sea una de las cosas que debemos descubrir en primera instancia —aseveró Adam Lambert.



DÍA 1 DE INVESTIGACIÓN

RESUMEN PRELIMINAR DE DATOS:

- Mujer de 32 años. Paciente oncológica en remisión. Parecía haber superado un estadio IV.

- Nombre: Charlotte Fortin.

- Descripción de la víctima: mujer morena, ojos azules. Altura: 1,62m.

Aspecto cuidado: manicura, pedicura y maquillaje.

- Profesión: visitadora médica.

- Contenido del estómago: dosis muy elevada de metacualona, fármaco similar a los barbitúricos pero más adictivo.

- Análisis de sangre revela morfina y midazolam.

- Extirpación completa de sacos lagrimales. Post mortem.

- Objetos encontrados en la escena:

1.

Tarjeta de visita del Departamento de Policía de Toronto del detective Andrew Davis.

2.

Sobre con el nombre Andrew escrito en el anverso y un sello lacrado en el que aparecen dos letras B. Dentro, una nota con una sola palabra escrita en mayúsculas: AYÚDAME.

3.

Junto al cadáver, pequeño bote de metacrilato con tapón de corcho. Contenido: lágrimas humanas y algo más que deben analizar aún.

23

Registro Anecdótico

BB

No puedo asegurar si mi madre sufría una depresión, a pesar de que mi convencimiento es cada vez mayor. En aquella época, yo aún era menor y no era capaz de ponerle ese tipo de nombres a las cosas. No obstante, cuando miro atrás y navego en mis recuerdos, me veo en el suelo del salón contemplándola llorar sin control mientras trataba de convencerme de que se le pasaría enseguida. Yo observaba como caían sus lágrimas, gruesas, pesadas, y se perdían al final de su mentón, terminando su recorrido en lugares imprecisos, desde su ropa hasta el suelo.

Eran lágrimas perdidas.

Eran lágrimas huérfanas.

Eran lágrimas que brotaban de un hondo pesar.

En la infancia, las emociones se clasifican casi en exclusiva en cuatro muy concretas: alegría, tristeza, miedo y enfado. Fuera de los límites de esas emociones básicas, todo es difícil de catalogar. Mi madre no se enfadaba nunca. Es raro, porque tenía motivos más que suficientes para estar cabreada con el mundo entero. La vida la había tratado como si fuera una alpargata que acaba en el basurero.

El miedo y la tristeza eran las constantes, las perennes.

Me convertí en alguien con capacidad de detectar sus estados emocionales con gran precisión. Es cierto que el registro no era muy variado. Digamos que iba desde una ligera melancolía hasta una profunda desazón.

Sin embargo, había días que también reía. Los menos, obviamente. No puedo asegurar que fuera fruto de una alegría sincera, sino más bien del esfuerzo maternal de proporcionar a su criatura un poco de felicidad. Como madre, debía ser duro ser consciente de que no puedes ofrecerle lo que te gustaría a tu descendencia. Posiblemente lo viviría como un fracaso. No nos sobraba nada, pero tampoco nos faltaba lo básico para vivir. Únicamente faltaba una pequeña porción de felicidad.

Tratar de sonreír era su forma de intentar conquistarla.

Quién sabe si solo hacía caso a la famosa frase de García Márquez, aquella que dice “sonríe aunque sea una sonrisa triste, porque no sabes quién se puede enamorar de tu sonrisa”. Ella sonreía por mí. Quería que yo me enamorase de su sonrisa. Pero era consciente de que a esa sonrisa le faltaba luz y que no engañaba a nadie. Ni siquiera a sí misma.

¿Me culparía alguna vez de su desgracia? Esa duda me carcome. No sé qué decir sobre ello. Si yo no hubiera llegado a nacer, tal vez su vida podría haber vuelto a reconstruirse. La vergüenza podría haberse ocultado, enterrada entre muros de mentiras sólidas y bien construidas.

¿Me culpó alguna vez?

Quiero creer que no.

Pero esa certeza nunca la alcanzaré.

Igual que nunca sabré por qué decidió seguir adelante con su embarazo.

Andrew

Andrew era un hombre con tendencia a ser despistado. Al menos, es lo que le habían reiterado hasta la saciedad desde que era un niño. Hay sentencias que, de tanto repetirse, se convierten en realidad.

—Este crío no se centra. Siempre está en su mundo.

Y no les faltaba razón. Era un niño que presentaba muchas inquietudes, con una imaginación desbordante y juguetona. Además, siempre fue un crío muy activo físicamente, de esos que necesitan movimiento. Estar atado a una silla durante toda una mañana acababa con su concentración. No obstante, su despiste era fruto de una mente muy activa que, a base de recibir aquellos comentarios, terminó casi por apagarse.

Por suerte, no lo hizo del todo. Aunque sí interiorizó algunas etiquetas que, en verdad, no se correspondían con quien era. Con un pasado así y un pronóstico como el que solían repetir en voz alta, le costaba creerse que hubiera llegado tan lejos en los estudios y, ¿por qué no?, en la vida.

Los deportes, por otro lado, había sido un campo en el que desde niño había destacado y en el que había sentido una gran confianza en sí mismo.

Tal vez una faceta compensaba a la otra y eso había favorecido que, tanto su autoconcepto como su autoestima, permanecieran casi intactos durante gran parte de su infancia y juventud.

Pero en ese despiste que todo el mundo creía ver, se encontraba un hombre de gran agudeza, con una alerta atencional que le permitía percibir nimiedades que se escapan del ojo de cualquiera. Entraba en una habitación y detectaba detalles que a la gran mayoría se le escapaban. Esa habilidad ya la tenía siendo un crío, a pesar de que nadie supo descubrirla ni aprovecharla.

Por otro lado, Andrew siempre había sido un chaval con un magnetismo especial. Tenía mucho sentido del humor, era divertido, afable y de buen carácter. Reía con gran facilidad, algo que resultaba muy

atractivo para el resto. Era un buen compañero y un líder natural. A los chicos, desde luego, les gustaba estar con él porque era difícil aburrirse a su lado.

Y como no podía ser menos, su éxito entre el público femenino no era desdeñable. Un chico rubio casi ceniza con unos ojos castaños de mirada viva que seducía con su forma de entornarlos. Su sonrisa era de esa que se lee en los labios pero también en los ojos, genuinamente cautivadora. Una sonrisa tan contagiosa que lograba cambiar el estado emocional del que tenía enfrente.

Su paso por el instituto y la universidad habían sido una balsa de aceite. Cuando ingresó en la Policía, rápidamente obtuvo el favor de los compañeros y sus jefes. Todo en su vida le había salido bien con relativa facilidad.

No estaba preparado para fracasar en ningún ámbito.

No supo digerir el fracaso cuando llegó.



—Detective Davis —dijo el sargento justo al levantar la sesión de aquella primera reunión sobre el caso.

—Sí, señor.

—Me gustaría que hablásemos en privado.

—Por supuesto.

Miró a Sharon y, con un simple gesto, ésta le dio a entender que no se preocupara, que se quedaría allí esperándole hasta que terminara su conversación con Adam Lambert. Sacó su teléfono y aprovechó para llamar a su casa y asegurarse de que todo seguía en orden.

Andrew siguió a Adam Lambert a su despacho.

—Cierre la puerta —le ordenó según se dirigía a su mesa.

Se giró al llegar e invitó con una mano al detective Davis a que tomara asiento. Era una estancia sencilla, sin adornos superficiales. El mobiliario lo constituían una clásica mesa de despacho con cajones, una butaca mullida y dos sillas con reposabrazos para las entrevistas o reuniones que tuviera.

Además, había una estantería con libros y algunos archivadores que llenaba toda la pared y que estaba situada en el lado opuesto de la ventana. Por lo demás, algún cuadro, alguna foto y el material imprescindible para trabajar.

Un lugar que emanaba pragmatismo como el hombre que habitaba esas cuatro paredes.

—Necesito que hablemos de Toronto. Hasta ahora me he conformado con retazos, pero tanto usted como yo sabíamos que este momento tenía que llegar.

Andrew se removió incómodo. La expresión de su rostro se endureció varios grados. Al sargento no se le escapó el gesto.

—No hay nada de lo que hablar, créame. Ya se lo dije. Es pasado y no es relevante aquí.

—Discrepo. El pasado es el vehículo en el que viajamos y nos conduce hasta el presente. Es más. Creo que hay mucho de lo que hablar, pero intuyo que lo que necesito saber es algo que no está en los archivos y no me gustaría que me explotara en la cara dentro de unos días. Detective, soy una persona obsesiva con el orden y el control. No es solo información, es un aviso. Si más adelante resulta que sucede algo que podíamos haber evitado porque usted no ha querido hablar antes, le aseguro que va a tener serios problemas.

—Sargento, no sé qué mierda de mi pasado allí puede interesarle.

Insisto en que no creo necesario hurgar en algo que no tiene relación con esto. Aun así, pregúnteme y trataré de responder todo lo que me sea posible.

Adam le miró fijamente. Sus manos estaban entrelazadas sobre la gran mesa de color caoba. Su mente iba a cien por hora, analizando cada expresión del joven de treinta y tres años que tenía enfrente.

—Está bien. Hagamos una cosa. Voy a empezar relatándole todo lo que sé y, si me equivoco en algo, usted me rectifica inmediatamente.

—Tampoco hace falta hablar de a qué edad controlé esfínteres —dijo sonriendo, con la intención de rebajar el tono de la conversación. El gesto de su interlocutor fue suficiente para entender que no iba a lograrlo.

Andrew carraspeó levemente y se sentó más erguido en la silla esta vez. La cosa se ponía seria, desde luego.

—He revisado su expediente académico. Sus notas de criminología me hacen pensar que realmente le gustaba lo que estudiaba. Es más, desde que se incorporó al cuerpo de policía, demostró un interés

evidente por trabajar en la unidad de grandes crímenes. Digamos que esto me lo ha contado gente que le conoció bien en su época en Toronto. También me han dicho que era un policía abnegado, que mostraba una gran ilusión por aprender y que se esforzaba al máximo.

Andrew agachó la mirada. Su pierna izquierda comenzó a agitarse arriba y abajo como una muestra clara de su inquietud en ese momento.

—Esto no se parece en nada a lo que vi en usted ayer al principio, permítame que se lo diga. Cuando le estuve observando en el Fairmont, lo que vi fue a un hombre con un ínfimo interés en la información que le estaba contando mi agente, que miraba para otro lado y se distraía observando a una mujer guapa. Entre esas dos personas tan diferentes que se llaman igual, tiene que haber pasado algo.

—Sí, no lo niego. Pero es imposible que tenga relación alguna con este caso. Soy un hombre distinto, nada más.

—Improbable.

—¿Qué?

—Que supongo que querrá decir improbable, porque no puedes saber si es imposible.

Le miró fijamente una vez más. Andrew suspiró y miró por la ventana.

Desde luego a ese hombre no se le escapaba ningún detalle. No pudo evitar pensar que, en otro momento de su vida, seguramente se habrían entendido muy bien a nivel profesional.

—¿Qué pasó en Toronto?

—Una vigilancia que salió mal. Pero estoy seguro que eso ya lo sabe.

—Sí, lo sé. Tal vez algún familiar o algún amigo del agente con el que trabajó esté tratando ahora de vengarse y hacerle sentir mal, implicándole en la muerte de una mujer.

—No, qué va. Estoy seguro de que no tienen nada que ver en esto. Son buena gente. Personas con un corazón de oro.

El sargento leyó con claridad el dolor y la angustia en las palabras y el tono de voz del detective. Pero no podía ablandarse, debía seguir

indagando.

—Y después de eso, rompiste el compromiso con tu novia, dejaste a tu familia y amigos y te trasladaste a Vancouver. Pero en esa cadena de hechos posiblemente falta una pieza clave.

Andrew tragó saliva. Se estaba adentrando en terreno que concernía a su vida privada. No le sorprendió, pero no por ello dejaba de levantar viejas ampollas.

—Eso es personal, sargento. No tiene nada que ver.

—No lo sé. El caso es que tenemos a un presunto homicida que se divierte dejando su tarjeta y una carta que parece dirigida a usted. Eso, sin

duda, puede ser personal y me dice que, a lo mejor, su vida privada sí tenga relación aquí.

—Puede ser. Puede que tenga razón. Pero no tengo ni la menor idea del motivo. Le aseguro que si se me ocurre alguno, se lo haré saber. Estoy deseando resolver esto para volver a mi vida.

—Hábleme de sus amistades allí.

—No sé qué puede interesarle. Tengo muchos amigos, siempre los he tenido. Conservo tanto a los de mi grupo de cuando iba a la escuela y al instituto, como a los que conocí en la universidad. En la Policía también hice migas con bastante gente. Si cree que tuve alguna rencilla personal con alguno, le puedo asegurar que no es así. Aun en la distancia, mantengo el contacto con la mayoría de ellos.

—Trabajando de policía siempre la probabilidad de enfadar a alguien es alta, ambos lo sabemos. Quiero que recuerde casos en los que sospeche que quedaron ansias de venganza, bien por el detenido o los detenidos, bien por sus familiares.

—Sargento, esa lista puede ser interminable. Siempre que metes a alguien entre rejas, te generas un enemigo, no hace falta que se lo diga.

Pero, si le sirve de ayuda, nunca he recibido ningún tipo de amenaza. Al menos, que yo sepa.

Lambert se quedó reflexionando sobre lo que había dicho. Le pediría a los de Toronto que le enviaran información de todos los casos en los

que había trabajado Davis.

—He hablado con Petrus, su jefe.

Andrew no pudo evitar resoplar y poner los ojos en blanco. Se imaginaba la retahíla interminable de piropos que su jefe habría enumerado sobre sus virtudes.

—No nos llevamos precisamente bien, ya lo sabrá.

—Sí, es evidente. Está enfadado porque usted llegó con una carta de recomendación por sus excelentes servicios y se encontró con un joven desganado y apático. Yo tampoco podría llevarme bien con usted en ese caso. Y, sin embargo, me ha parecido ver un leve cambio de actitud desde ayer. Estoy seguro de que va a dar lo mejor de sí.

—¿De qué va esto, sargento? ¿Se trata de una charla motivacional?

—O de un aviso. Tómalo como quieras —comentó, endureciendo el tono y, al mismo tiempo, tuteándole, lo cual parecía casi una contradicción

—. Yo no te voy a tolerar la más mínima, Andrew. Me importa el trabajo

bien hecho y, por lo que he investigado, estoy completamente seguro de que puedes hacerlo. Este caso me preocupa mucho. No quiero que la gente de la zona se sienta insegura o con miedo. Éste es un lugar tranquilo, en el que la vida transcurre a un ritmo apacible. Y así va a seguir siendo mientras yo esté al mando. Por eso te necesito al cien por cien. Si no estás dispuesto a esforzarte, será mejor que recojas tus cosas y te vayas. No quiero lastres en mi equipo. Pero creo que no me equivoco cuando te digo que estoy convencido de que vas a ser un activo de gran valor en la investigación.

25

Registro Anecdótico

BB

Encontrar a la primera no ha sido fácil. Me ha llevado un tiempo del que creo que no voy a poder disponer otra vez. Busco un perfil concreto porque no todo me vale para mi propósito. Y, sin embargo, al final, ha sido más la suerte que otra cosa la que la ha puesto en mi camino. La puso sería más correcto decir, porque ya es pasado.

Lo siento por ella.

La investigación, a veces, supone sacrificios.

Encajaba la edad y encajaba ese tormento que llevaba impreso en el alma. Encajaba su propensión a la tristeza y a las lágrimas. La enfermedad deja una huella indeleble de desvalimiento, como una orfandad del espíritu, que algunas personas detectamos con facilidad porque las hemos observado durante mucho tiempo.

La parte positiva ha sido el tiempo que he tenido a solas con ella. Esta vez no había prisas porque no tenía a nadie tras de mí. Ahora la cosa cambia significativamente. Ya están sobre aviso. No puedo recrearme. Debo perseguir mi objetivo sin ningún rodeo. Y, además, noto las prisas crecer dentro de mí, como un animal que estaba dormido y que ya no quiere retornar a su estado anterior de inactividad.

Al menos es preciso localizar una más que sea similar para tener otra muestra con la que confrontar los datos. No pido demasiado, con que cuadre el elemento principal será suficiente. Necesito algunos elementos de comparación similares que me permitan comprender lo que tienen en común. Después, buscaré la diferencia coexistente para entender el papel que tienen en nuestro estado emocional.

Bueno, puede que cuando alguien lea esto, si llega el caso, le parezca un galimatías. Intuyo que es difícil de entender en toda su extensión lo que acabo de escribir. Me hago cargo. Tampoco estoy en mi mejor momento de lucidez, lo sé. Llegará el momento en el que todo sea cristalino. Al final del

anecdotario, quedarán esclarecidos los propósitos y quedarán los datos desnudos, sin adornos, sin ambages.

La presumida estadística aportando certezas.

De momento, mientras observo y afino mi siguiente sujeto para la investigación, en el tiempo que me queda disponible, voy a estudiar con calma lo que tengo. Mi lugar de estudio es un tanto rudimentario. No obstante, no siempre la tecnología más avanzada es sinónimo de éxito. Lo imprescindible es tener unos ojos que sepan ver. Saber lo que hay que buscar.

Voy a aprovechar el tiempo antes de salir. Dejaré todo listo por si tengo una invitada especial pronto. Los objetos que necesito llevar conmigo ya están listos. No puedo dejar nada a la improvisación. Ya hay una en el punto de mira. Pero debo comprobar que sea

verdaderamente adecuada y encaje en el perfil, al menos en lo básico.

Espero poder hacerlo esta noche.

No sé cuánto tiempo me queda.

26

Manos a la obra

En cuanto Sharon colgó el teléfono después de hablar con su marido y asegurarse que todo seguía en pie en casa, se dirigió hacia la entrada del despacho del sargento. No estaba segura de si Andrew aún seguiría dentro, pues la conversación se había alargado más de lo esperado.

—Siguen reunidos —le señaló Victoria.

La detective de Vancouver se había fijado en que la joven demostraba interés en su compañero. No había sido nada explícito, ni había dicho nada que indicara tal cosa. Sin embargo, eran ese tipo de señales que una mujer detecta con facilidad. La simple forma de mirarle ya le parecía bastante evidente.

—Gracias. Le esperaré aquí entonces —dijo Sharon sentándose en una silla que había cerca de la entrada del despacho.

—Como quieras. Pero, si lo prefieres, puedes venir conmigo y tomarte un café en la sala de descanso.

—Estaré bien aquí. Te lo agradezco en todo caso.

—No hay nada que agradecer. Si cambias de opinión, ya sabes dónde encontrarme.

Sharon obvió hacer el comentario que se le había pasado por la cabeza.

Tal vez era pronto para decirle que no se encaprichara de Andrew. No le convenía. Sin embargo, también era consciente que se estaba adelantando mucho a posibles acontecimientos. Además, después de la conversación de la última noche, ya le había quedado claro que se había excedido. Y su compañero tenía razón: no tenía que ir de madre con él. Tenía más de treinta años. No era ningún crío.

Poco después se abrió la puerta.

—¿Qué tal? ¿Todo bien?

—¡Claro!

—¿Por qué quería hablar contigo?

—Por lo de siempre, ya sabes, para decirme que Petrus ya le ha avisado de lo poco que puede esperar de mí. Sin embargo, él confía en

que soy un poli de valía y bla bla bla. ¿Tú qué dices a eso? No te lo esperabas,

¿me equivoco?—preguntó Andrew con una mueca divertida.

—¿Que qué tengo que decir a eso? Lo sabes de sobra: que eres un capullo insufrible y un engreído. Pero bueno, a mí me caes bien y pienso como Lambert: que vales muchísimo más de lo que demuestras.

Andrew se quedó mirando a su compañera enternecido. ¿Lo había dicho en serio? Parecía sincera. Hacía tanto tiempo que nadie confiaba en sus posibilidades, que se sintió conmovido por las palabras de su colega, a quien valoraba mucho, a pesar de que no se lo dijera muy a menudo.

—¿De verdad piensas eso de mí?

—¿Qué parte, la del capullo engreído o la de que confío en que vales más de lo que demuestras?

Y entonces el detective Davis hizo algo que no era muy habitual: abrazó a Sharon. El gesto la sorprendió muchísimo, pero aceptó con gusto esa expresión de afecto. Llevaban tiempo trabajando juntos y su relación era buena ¡Qué demonios! Estaba encantada con su compañero. Era un joven muy agradable y, sin duda, buena persona, aunque también la sacara de quicio con facilidad.

No obstante, desde que llegaran al Lago Louise el día anterior, había notado que la relación entre ellos se había estrechado. Y le gustaba el cariz que estaba cogiendo. Hasta había pensado en invitarle a su casa a cenar cuando volvieran y presentarle a su familia.

Desde el fondo del pasillo, Victoria Stevens les observaba con atención.



Andrew le propuso a su compañera visitar la escena del crimen ellos dos solos. Además, no estaría de más hacerles sus propias preguntas a los trabajadores. Al fin y al cabo, era como si se hubieran subido a un tren en marcha.

Desconocían lo que se habían encontrado los cuerpos de seguridad al llegar allí. Esa primera impresión, en algunas ocasiones, puede ser básica y, sobre todo, esclarecedora. Esa primera impresión nunca vuelve, por mucho que se intente recrear por todos los medios

posibles.

Los detalles que no se ven en las fotos.

La escena fresca, impoluta y virgen antes de que llegue el personal de seguridad y los de la científica.

El primer contacto con el cadáver y el intercambio de impresiones con el forense a pie de obra.

Las entrevistas a los testigos.

Observar los gestos.

Las sensaciones que flotan en el ambiente.

El análisis *in sit* u de los accesos y las posibles rutas de huida.

A Sharon le sorprendió su iniciativa. Por supuesto, para bien. Así que hablaron con el sargento Lambert y éste les dio permiso para que accedieran al lugar y pudieran investigar por su cuenta. Tenían a su disposición las autorizaciones oficiales que les darían acceso, por si alguien desconfiaba al enseñar la placa del departamento de Vancouver.

Salieron de la comisaría. Parecía que la temperatura había bajado unos cuantos grados, por lo que se ajustaron los abrigos y se dirigieron con celeridad hasta el coche. Andrew le mostró las llaves a su compañera, invitándola a conducir si le apetecía. Ella declinó la oferta con un gesto.

Arrancaron y, en cuanto el motor se puso en marcha, subieron la calefacción, anhelando que el habitáculo alcanzara una temperatura agradable más pronto que tarde. Ese endemoniado frío se metía hasta en los huesos.

—Creo, Sharon, que si esto se alarga, deberías irte. Tienes familia. No pintas nada aquí. A mí lo mismo me da quedarme que volver a Vancouver.

Nadie me espera allí.

—Lo pensaré llegado el momento. Llevamos solo dos días contando con éste. Me viene bien desconectar de los dramas de adolescentes, de vez en cuando —comentó guiñándole un ojo—. Ahora mismo, este caso me tiene intrigada. Por un lado, tu tarjeta y el sobre con la nota.

Y, por otro, el bote de lágrimas y la extirpación de los sacos lagrimales. ¿A quién se le ocurre almacenar las lágrimas como si fuera un pluviómetro?

—A alguien, sin duda, muy singular. Puede que responda a un brote psicótico, aunque es demasiado pronto para decirlo.

—¿En qué te basas para aventurar eso?

—En primer lugar, lo que define un brote psicótico es una ruptura con la realidad de forma temporal, la cual puede ser provocada por distintas causas, información de la que nos es imposible disponer en este momento.

Un fuerte estrés puede ser una causa factible, por atreverme a hipotetizar algo.

—A Lambert no le gustaría que te lanzases tan rápido a hipotetizar, lo sabes, ¿no? —señaló con sorna.

—¿Sí? No me había dado cuenta.

Los dos sonrieron con complicidad.

—Habría que encontrar la fuente de ese estrés, entonces —continuó Sharon.

—Exacto. De hecho, antes de que surja el brote, se puede observar un patrón de comportamiento en el que aparecen unos síntomas denominados prodrómicos. Estos se caracterizan por un pensamiento extremadamente acelerado que afecta a distintas esferas de su vida. Sin embargo, no es fácil detectarlos, a pesar de que pueda parecerlo. Es en el momento en el que aparecen los síntomas positivos del brote cuando el entorno detecta un comportamiento anómalo en la persona que lo sufre. Esa conducta que hemos llamado anómala, es la ruptura temporal con la realidad cognitiva a la que le siguen alucinaciones o delirios.

Sharon estaba absolutamente atónita escuchando a Andrew hablar de aquello. Nunca hubiera imaginado que tuviera tantos conocimientos sobre… ¿nada? Se había mostrado siempre tan abúlico que, en alguna ocasión, incluso se había llegado a preguntar qué le habría motivado a ser policía.

—¿Entonces tú crees que puede estar sufriendo un delirio en este momento?

—No lo sé, pero es una posibilidad. La escenificación que lleva a cabo es muy concreta. Tengo la sensación de que la colocación de cada cosa es muy importante. ¿Un ritual? No creo que llegue a tanto, pero hay elementos clave. El hecho de que haya aparecido el bote de lágrimas y que hayan sido extirpados los lagrimales, pueden ser datos significativos y formar parte de ese delirio.

—Y la nota pidiendo ayuda.

—Sí, también. ¿Y qué nos quiere decir el presunto asesino con eso?

—Que quiere parar o que le paren.

—Podría ser.

—¿Tú no crees que sea un caso de suicidio asistido? ¿Lo has descartado ya por completo?

—Me temo que sí.

—¿Y un asesinato por compasión?

—Lo dudo mucho.

—¿Por qué motivo?

—¿Aparte de la extirpación de los lagrimales y el bote con las lágrimas de la víctima? Eso no cuadra con un suicidio ni con ningún tipo de acto compasivo, sino con un crimen con todas sus letras.

—Pero aún no tenemos todos los datos médicos de la víctima. Algunas secuelas de los tratamientos contra el cáncer son imprevisibles. Puede que, en su caso, estuviera más predispuesta a sufrir infecciones de los sacos lagrimales y por eso necesitara la cirugía esa tan rara que dijo el forense.

—Dacriocistorrinostomía.

—¿Qué?

—Que se llama dacriocistorrinostomía.

Sharon miró a Andrew con la boca abierta mientras él seguía conduciendo. Se le escapó una sonrisa al percibir el gesto de su compañera por el rabillo del ojo.

—¿En serio me estás diciendo que el Andrew despistado que he

conocido estos años se ha quedado con ese nombre tan raro? A ver si ahora vas a ser superdotado.

—Iba a hacer una broma soez al respecto, pero mejor me callo.

—Sí, mejor será.

No tardaron demasiado en llegar a las inmediaciones del Hotel Fairmont Château. El lago estaba en calma. Las montañas de fondo se erigían sobre él con majestuosidad. Los frondosos árboles enmarcaban la escena invitando a pasear entre ellos, sumergiéndote en un ambiente de serena tranquilidad.

Justo cuando iban a acceder a la entrada del hotel, el detective Davis recibió una llamada. Le pareció reconocer el número.

Sintió que le daba un vuelco el corazón.

27

Registro Anecdótico

BB

He investigado mucho a lo largo de los años. He leído incontables artículos científicos. La avidez por saber me hace indagar a fondo. Es un hambre que no se sacia nunca, porque cada repuesta sugiere una nueva cuestión y luego otra y otra más, en una espiral eterna. Y por eso, a pesar de todo lo que ahora sé, aún tengo algunas preguntas, tal vez porque la ciencia no ha encontrado todavía la forma de darles respuesta. Quizás el problema sea que mis preguntas no tienen solución, son un enigma abierto para el que no estamos preparados.

¿Cuentan las lágrimas una historia?

¿Tienen una biografía propia?

¿Nuestras lágrimas nos hacen diferentes los unos de los otros?

¿Qué las distingue, qué las hace únicas?

Cada vez mi convencimiento es mayor. En esas pequeñas gotas se encierra la historia de un ser humano, sus miedos, sus sueños, sus penas, sus alegrías.

Sus desventuras.

Una vida condensada en una pequeña partícula salada.

Un todo que es mucho más que la suma de sus partes.

Un bote de lágrimas que suma sucesos y emociones.

Tal vez adopten incluso formas diferentes en función del sentimiento que acogen entre sus diminutas moléculas. La biología es tan asombrosa que no cesa de sorprendernos. Las lágrimas bajo el microscopio adoptan formas inimaginables a simple vista. Pero, ¿esas formas están relacionadas con el sentimiento que encierran en ellas?

¿Quién podría decir que no todas las lágrimas son iguales, que no son idénticas en su estructura molecular? Seguro que pocas personas se han parado a pensar en ello. Nadie duda que una gota de agua del mar es

diferente de otra salida de un lago, por ejemplo. Su composición química es diferente y eso a nadie se le escapa.

Agua dulce y agua salada.

Pero, ¿y dos lágrimas? ¿Qué las diferencia? ¿Acaso no todas provienen de la misma fuente? ¿Qué pasa en los sacos lagrimales para que no sean idénticas unas a otras? Necesito verlos en su interior, extraerlos de su huésped y ponerlos bajo mis lentes de aumento.

Buscando información, me encontré con que alguien ya se había formulado una cuestión parecida. Existe un proyecto conocido como la topografía de las lágrimas que concluyó que hay tres tipos diferentes.

Increíble, ¿verdad?

Yo no dispongo de microscopios de barrido para llevar a cabo los análisis que ellos realizaron, pero tampoco es mi objetivo dedicar tiempo a algo que ya ha sido descubierto. Ahora sé que las lágrimas pueden ser reflejas, lubricantes o emocionales. Y a mí, solo me interesan las últimas.

Diseccionarlas en la medida de mis posibilidades. Analizarlas.

Desmenuzarlas. Convertirlas en una herramienta de curación.

Una bebida, un reconstituyente hecho a base de ellas.

¿En qué se diferencian las lágrimas de alguien cuyo llanto es fruto del más hondo desconsuelo de las de otro ser humano que llora porque la

risa es tan descontrolada que termina por desbordar sus lagrimales? Si lo averiguo, si llego hasta su núcleo más oculto, tal vez pueda curar la tristeza.

Necesito más lágrimas.

Necesito las lágrimas de él.

28

Andrew se quedó mirando tan confuso el teléfono que casi se corta la llamada antes de que le diera tiempo a cogerlo. Sharon le observaba con curiosidad al ver la expresión de su cara. No estaba seguro de que ese número fuera de la persona que creía. O, quizás, sería más correcto decir que no quería creer que fuera ella. Habían pasado tres años desde la última conversación. Una que no había sido ni mucho menos amable. Se dio cuenta de que estaba un poco nervioso cuando se decidió a contestar por fin.

—¿Sí?

—Hola Andrew.

—¿Melisa?

—Sí, soy yo.

Al detective se le formó un nudo en el estómago. Había pasado demasiado tiempo. O tal vez no. Para según qué cosas, nunca es suficiente.

Hay heridas del corazón que requieren de una eternidad para sanar.

—¿Cómo has conseguido este número?

—Fui a ver a tus padres. Ellos me lo dieron. Deberías visitarles más a menudo, por cierto. Al menos llamarles. Lo están pasando mal. Como todos, supongo…

—Melisa yo…

—No, Andrew. No llamo para pedirte explicaciones. Ya es demasiado tarde para eso. Te llamo por otra cosa. Me importa una mierda lo que estés haciendo allí, pero dile a tu novia o a quien sea que deje de mandarme fotos tuyas en el Lago Louise. Sinceramente, me parece una broma un poco pesada.

—¿Qué? No sé de qué me estás hablando, Melisa.

—Te hablo de que alguien me ha mandado fotos tuyas comunicándome que vas a pasar unos días allí, como si eso fuera de mi incumbencia.

—¿Quien te las ha mandado?

—Tú lo sabrás mejor que yo.

—No, lo cierto es que no tengo ni la más remota idea.

—No sé quién es.

Melisa contestaba de forma cortante. Estaba claro que no tenía intención de iniciar una conversación amistosa. Llamaba con un objetivo claro. Lo demás, le sobraba.

—¿Cómo te las ha enviado?

—Por Instagram.

—Te dije muchas veces que abrieras cuentas privadas. No es seguro tener cuentas públicas en la red.

—Y yo te recuerdo que abrí un negocio online y necesito que sean públicas. Como comprenderás, tengo que tener vías de comunicación abiertas con mis clientes y me gusta mostrarme cercana con ellos. Si no tengo un escaparate en la red, simplemente dejo de existir.

—¿Sabes el nombre de quien te ha enviado las fotos?

—No lo sé. Tengo solo su nick: @el.amor.no.es.infalible.

—Lo investigaré, ¿de acuerdo? Pero tienes que tener claro que esto no es cosa mía.

—Eso espero. Sería de muy mal gusto por tu parte.

Andrew suspiró. Cerró los ojos. Mientras sujetaba el teléfono con su mano izquierda, se masajeaba con suavidad sus lagrimales. Había pasado mucho tiempo, pero inevitablemente se habían removido muchos sentimientos dentro de él.

—¿Qué tal estás? —se atrevió a preguntarle por fin.

—¿Qué más te da eso ahora? Ya es tarde, Andrew. Muy tarde. Lo superé. He rehecho mi vida, así que no quiero tener más noticias tuyas. Y

dile a quien sea que me ha enviado las fotos que no voy a llorar.

Sin más, cortó la comunicación.

Andrew se quedó confundido ante las últimas palabras. Sin embargo,

no conectó en ese momento el posible significado que escondían.



—¿Estás bien? —le preguntó Sharon cuando le vio acercarse con expresión preocupada.

—No lo sé.

—¿Cómo que no lo sabes?

—Olvídalo. Tenemos cosas que hacer —respondió tratando de instalar en su rostro una sonrisa que, en aquel instante, era incapaz de mostrar de manera natural. Dicha sonrisa se desvaneció casi antes de completarse.

Su compañera le observó con cierta consternación. Esa llamada sin duda debía ser importante para él. Su expresión facial se había endurecido y su ceño fruncido indicaba que por la mente del policía estaban pasando muchas cosas en aquel momento.

—No voy a insistir, ¿vale? Pero quiero que sepas que puedes contar conmigo si necesitas hablar.

—Gracias. Lo sé, aunque no lo creas. Vamos dentro. No deberíamos perder tiempo.

Se acercaron al mostrador de recepción. Enseñaron sus placas y pidieron hablar con el director del hotel en primera instancia. Consideraban que lo interpretaría como una deferencia hacia él y podría mostrase más receptivo a facilitarles las cosas.

Unos instantes después de que el recepcionista colgara el teléfono, les indicó cómo podían acceder al despacho donde les estaría esperando.

Llamaron a la puerta de doble hoja. Era una imponente pieza de madera maciza. Cada uno de los detalles del interior del hotel, y no solo su ostentoso aspecto exterior, proporcionaban una inequívoca información acerca del lugar en el que estaban: un alojamiento reservado para cuentas bancarias con muchos ceros.

—Siéntense, por favor.

Ambos siguieron sus instrucciones y se acomodaron en las dos butacas de piel que había delante de la mesa de dirección. Andrew se fijó en la placa dorada que descansaba sobre la mesa con las iniciales y el

apellido del director: J.J. Douglas. También le llamó la atención el orden y la limpieza de la mesa. Todo parecía colocado con precisión milimétrica. Apostaría a que los objetos estaban situados a una distancia medida y proporcionada. Se planteó por un segundo mover algo fingiendo un descuido para observar la reacción de aquel hombre. Finalmente lo desechó, pensando en las consecuencias que podría tener. Al fin y al cabo, buscaban su cooperación, así que no merecía la pena poner a prueba su teoría por simple curiosidad.

No era la primera vez que veía algo así en los sujetos obsesionados con el control. El sargento Lambert también hacía gala de algunos rasgos parecidos, pero no hasta ese extremo.

—Detective Davis, detective Williams, díganme en qué puedo ayudarles. Pensaba que habían concluido sus labores en mi hotel.

Comprenderán que no me gustaría alarmar nuevamente a nuestros clientes.

No es que no sean bienvenidos, pero temo que a mis huéspedes pueda incomodarles su presencia.

—No es nuestra intención, se lo aseguro —señaló Sharon.

—Solo pretendemos repasar los datos que tenemos y contrastarlos. Le prometo que seremos sumamente discretos. A mi compañera y a mí nos gustaría que comprendiera que, debido a que estábamos recién llegados de Vancouver ayer y que no conocíamos la naturaleza del delito para el que se nos había convocado, nos faltaba cierta perspectiva que esperamos obtener hoy aquí. No obstante, nos gustaría contar con su beneplácito, puesto que entendemos lo disruptiva que puede ser nuestra presencia.

Sharon miraba con la boca abierta a su compañero. No recordaba haberle oído hablar de forma tan correcta y formal desde que le conocía.

Estaba descubriendo a un nuevo Andrew en Banff.

—Pues adelante. Pregunten.

—Gracias a que ya contamos con la identidad de la víctima y a lo inusual que es que apareciera el cadáver en el sitio donde lo hizo, nos gustaría que comprobasen en sus registros si alguna vez estuvo hospedada en su hotel o trabajó aquí en algún momento, aunque fuera de manera temporal.

—Muy bien. Eso podemos hacerlo sin ningún problema. Le facilitaré los datos al director de recursos humanos para que lo haga lo antes posible.

—Perfecto. Se lo agradecemos mucho. Por otro lado, aunque estoy seguro de que mis compañeros ya se lo preguntaron, nos encantaría saber si hubo algo sospechoso en los días previos. Me refiero a alguna presencia inusual en el hotel, alguien del personal que haya referido haber visto a alguna persona merodeando o, incluso, que lo insinuara o lo comentara algún cliente. También podría ser interesante conocer si vieron algún coche en los alrededores que no debiera estar. No sé, cualquier dato que a alguien le llamase la atención por algún motivo.

—No tengo constancia de ello, pero igualmente trasladaré sus preguntas al personal para que las respondan lo antes posible —respondió tomando nota en una agenda de piel.

—Tengo otras dos peticiones y espero no tener que molestarle más.

—Adelante, detective. Haré lo que esté en mi mano.

—Nos gustaría revisar las grabaciones de ese día y los días anteriores.

Sé que necesitaríamos una orden…

—No hará falta —cortó el director del hotel—, aunque sus compañeros ya estuvieron revisándolas ayer mismo.

—¿Y revisaron también las grabaciones de los días previos?

—Eso tendrán que hablarlo con el personal de seguridad del hotel.

Enseguida les llamo para que les atiendan.

—Muy bien. Da gusto encontrar tanta cooperación. No sabe lo que facilita nuestra labor y lo que ayuda a que las cosas se resuelvan antes.

—Encantado de ayudarles, más si acelera dejar atrás este incómodo suceso.

—Una última cosa. Mi compañera y yo queremos hablar con la empleada que encontró el cuerpo.

—Sin problema. A cambio de mi total colaboración y la de mis empleados, solo les pido que sean lo más discretos posibles. Para empezar, les agradecería que no lleven las placas a la vista si no es estrictamente necesario y, obviamente, mucho menos las armas. Me

gustaría que los clientes se sigan sintiendo seguros aquí y olvidemos el incidente lo antes posible.

A Sharon se le revolvieron las tripas al oír como minimizaba el director del complejo hotelero lo sucedido. Un asesinato, tal y como parecía aquello, no es a lo que ella llamaría simplemente un “incidente” ni un

“incómodo suceso”.

—Puede estar tranquilo —respondió en ese momento la detective Williams—. Seremos tan discretos que nadie percibirá siquiera nuestra presencia.

Acto seguido se levantó, volcando aparentemente sin intención la placa con el nombre del director. Pidió disculpas y se apresuró a colocarla… torcida.

A Andrew le costó contener la risa.

Sharon también se había dado cuenta de la obsesión de aquel hombre por el orden.

29

Registro Anecdótico

BB

¿Alguna vez te has preguntado si se puede envasar la tristeza en un tarro de cristal? Yo lo voy a intentar. En realidad, ya lo he estado intentando.

Llevo años guardando mis lágrimas.

Mis lágrimas del dolor.

Mis lágrimas amargas.

Las mezclaré con las de otras personas que sufren, así como con otras lágrimas distintas que sean la huella de la felicidad, el rastro que deja la risa. Mezclaré sus componentes y hallaré una fórmula que pueda ingerirse y adormecer el dolor para que esas gotas saladas que con tanta frecuencia son excretadas por el sufrimiento nunca más sean el símbolo de la desesperación o la derrota.

Será mi legado.

¿Podré culminarlo? Eso todavía no lo tengo claro.

Hay otros asuntos acuciantes.

Mi yo está dividido en dos mitades, la que ansía saber y llegar al núcleo de la cuestión enfrentada a la que se siente ansiosa y destructiva.

Son dos mitades irreconciliables y, cada vez más, percibo como la segunda va ganando la batalla.

Después de la muerte de mi madre, los primeros meses, años me atrevería a decir, pasaron despacio, como si el tiempo se hubiera congelado.

No encontraba motivación por nada, no tenía sueños, no tenía ganas de vivir. No entendía nada. Tenía trece años. Soy consciente de que a esa edad ya comprendes muchas cosas y ya no vives en la fantasiosa idea de la muerte que tienen los niños y niñas más pequeños. Pero mi mundo se había reducido a ella y ese mundo se había convertido en un lugar casi inhóspito.

Los años del instituto pasaron con más pena que gloria. Aunque tenía amigos, chicos y chicas de mi edad, no siempre me sentía encajar en sus

grupos. Mis intereses y mis preocupaciones poco tenían que ver con los suyos. Antes o después, terminaba por apartarme.

En el centro de acogida, los que vivíamos allí nos apoyábamos los unos a los otros. Había otras historias terribles, más incluso que la mía.

Supongo que cada cual gestiona el dolor a su manera. Yo solo sé que lo mío me dolía como si me hubieran extirpado una parte de mí.

No puedo decir que mis recuerdos de esa etapa sean tenebrosos. En ese aspecto, sin duda tuve suerte. No todos los que han pasado una situación similar pueden afirmar lo mismo. ¿Fui feliz? Imposible, no me sentía capaz de serlo. Empecé a pensar que, tal vez, era como mi madre y no merecía disfrutar de la vida. Llegué a convencerme de que la tristeza formaba parte de mi ADN, algo que, en cierta medida, todavía creo. Pero, aun así, no dejaba de estar en la adolescencia y había infinidad de momentos en los que mi único objetivo era el hedonismo, un disfrute banal y gratuito.

La etapa de la universidad fue otro mundo.

Fue una época de descubrimiento.

30

Regreso al hotel

Metidos en la investigación como estaban, no se dieron cuenta de cómo se les había ido el tiempo. ¿Por qué será que lo percibimos de forma tan dispar según las circunstancias? A veces vuela, y otras veces, se congela. Se convierte en aliado o enemigo. Nos acoge entre sus brazos en los momentos felices y nos muerde con sus fauces de lobo cuando sentimos dolor o miedo.

El tiempo. Ese veleta compañero.

Regresaron a comisaría ya avanzada la tarde. No había sido demasiado fructífera su visita, a pesar de las facilidades que se habían encontrado.

Tampoco era que hubiesen albergado grandes esperanzas, pero les hubiera gustado recolectar alguna información que ayudase a orientar la investigación en alguna dirección concreta.

En la zona que se halló el cadáver no había cámaras, así que ese era un callejón sin salida. Revisaron algunos cortes de los vídeos de días anteriores pero, sin saber exactamente qué buscar, les fue imposible localizar nada sospechoso. Pidieron, de todos modos, que enviasen una copia a la comisaría para poder revisarlo en otro momento en el que contasen con más información.

Tampoco había constancia de que la víctima, Charlotte Fortin, se hubiera alojado en el hotel. Habían consultado los registros de muchos meses atrás. Por otra parte, no existían datos que dejaran constancia de que había trabajado allí en algún momento. Considerando de forma conjunta esta información, no parecía haber conexiones entre el lugar en el que había aparecido el cadáver y la propia víctima. Eso les hacía pensar a los detectives que, en todo caso, ese lugar podría ser especial para el presunto asesino, pero no para la fallecida.

La joven que descubrió el cuerpo a primera hora de la mañana, les juró que no había tocado ni alterado la escena del crimen y que se la encontró tal

y como la vieron los primeros policías en llegar. La mujer no le sonaba de nada. No la había visto por allí con anterioridad.

Cuando entraron en la comisaría de Banff, se dirigieron a hablar con el sargento. Éste les recibió enseguida. Pronto percibió la sensación de derrota que llevaban impresa en el estado de ánimo.

—Bueno, no se preocupen. Había que intentarlo y se agradece la iniciativa. Mañana a primera hora nos reuniremos todo el equipo otra vez.

Nos han llegado noticias frescas del laboratorio de Calgary y de los análisis del forense, así que tal vez podamos avanzar en alguna dirección.

—A lo mejor podríamos revisar esa información ahora —solicitó Andrew.

—Me alegra ver su interés, detective, pero ya han hecho suficiente por hoy —concluyó dándole una palmada en la espalda.

Iban a salir ya de las dependencias del departamento de policía, cuando Sharon le pidió unos segundos, puesto que se había dejado algo en el despacho de Lambert. En realidad, quería tener unos minutos para hablar a solas con él.

Andrew le dijo que la esperaría. Tampoco es que tuviera nada mejor que hacer. Cuando se quedó solo junto a la puerta, Victoria Stevens aprovechó la oportunidad para aproximarse a él.

—No os he visto casi en todo el día, ni a ti ni a la detective Williams.

A Andrew le sorprendió aquel acercamiento y, en cierto modo, el comentario. Pero lo que más le inquietó fue el tono, aunque no era capaz de precisar los motivos. Apenas habían intercambiado unas palabras desde el día anterior y todas en relación al caso.

A la joven se la veía nerviosa.

—Bueno, hemos estado liados. Hemos regresado al hotel para indagar un poco por nuestra cuenta.

—Espero que todo haya ido bien.

—Depende de como se mire.

La chica le observaba con mucha atención. Andrew reparó en ella. Era una joven bonita, con unas facciones delicadas y una mirada casi inocente que escondía una chispa que no le costó reconocer.

No quería tener líos.

Para ser exactos, no quería líos de ese tipo con una compañera en ese preciso lugar y en ese preciso momento. Solo le faltaba que llegase a

oídos

de su jefe en Vancouver para añadir más problemas a la pequeña montaña de ellos que ya tenía.

Victoria abrió la boca como para comentar algo, pero parecía tener dudas sobre si sería oportuno decir lo que estaba pasando por su cabeza a continuación. Finalmente se decidió y confirmó las sospechas del detective.

—Había pensado que podíamos tomar algo juntos, Andrew.

Él se mordió el labio inferior, un gesto muy típico y habitual, un gesto que, cualquiera que le conociera, habría reconocido al instante. No se le había escapado que el hecho de llamarle por su nombre implicaba un claro acercamiento que decía más de lo que parecía a simple vista.

—Me encantaría, te lo prometo. Pero creo que no sería buena idea.

Trabajamos juntos y la investigación acaba de empezar. No nos conviene mezclar las cosas.

La joven enrojeció ante el rechazo. Andrew estaba tratando de ser honesto. En ningún caso pretendía hacerle daño. En otras circunstancias, era más que probable que le hubiera dicho que sí, a pesar de las advertencias de su jefe la tarde anterior. Quizás porque estaba deseando hacer las cosas bien esta vez, o quién sabía si por la llamada de Melisa, decidió que lo mejor era declinar su oferta. En verdad, creía que no era lo más adecuado en ese instante. No había que darle más vueltas.

—¿Nos vamos ya? —preguntó Sharon en aquel momento, liberándole de aquella circunstancia incómoda. Últimamente, estaba siendo salvado por la campana en demasiadas ocasiones.

—Sí, será mejor. Hasta mañana, Victoria —se despidió él tratando de reconfortarla con una sonrisa.

—Hasta mañana —respondió ella casi en un susurro y con la cabeza gacha.



—¿Me he perdido algo? —preguntó la detective Williams a su compañero nada más salir.

—No, nada importante.

Sharon intuyó que no le estaba diciendo toda la verdad. Aun así, lo dejó pasar. Si no quería hablar, no era quién para forzarle.

Decidieron ir directamente a cenar antes de ir al motel. La conversación durante la cena se volvió bastante personal sin que apenas se

dieran cuenta. Parecía que esa era la tónica general desde que habían arribado a Banff. Resultaba ciertamente curioso, pues en el año y medio que llevaban como compañeros, no habían profundizado demasiado en nada íntimo. Especialmente en el caso de Andrew, puesto que Sharon no dudaba en compartir con su compañero las mil aventuras que le surgían en el día a día como madre de adolescentes.

—¿Sabes una cosa? Me está gustando mucho lo que estoy viendo en ti aquí.

—¿No estará tratando de ligar conmigo, detective Williams? Porque yo no tengo problemas con la edad, aunque podría ser perfectamente su hijo. De todos modos, creo que a Sam no le gustaría nada saber que hemos tenido un lío de sábanas.

—¡Serás idiota! —exclamó, al tiempo que le daba un suave golpe en el hombro—. De verdad, porque ahora estamos en un sitio público, que si no, te daba una buena colleja como las que le doy a mi Kevin cuando se pone tonto.

Andrew empezó a partirse de la risa. Su forma de reír, además, era muy contagiosa, por lo que los dos acabaron con unas buenas carcajadas de la manera más tonta.

—Va, ahora en serio, si es que se puede hablar contigo en serio alguna vez.

—Alguna vez, pero sin abusar. No conviene tomarse la vida con demasiada gravedad.

—Después de lo que he visto hoy, intuyo que algo ha cambiado en ti.

—¿A qué te refieres?

—Vamos, no te hagas el tonto conmigo. No eres tan despistado como pareces. Tengo la sensación de que, desde que llegaste a Vancouver, estás interpretando un papel. Y te confieso que no lo había pensado

hasta ahora.

De verdad creía que no había nada que realmente te importara y que eras así de frívolo. ¡Y que no te enterabas de nada! ¡Por dios, si hay que repetirte las cosas varias veces! Pero tengo la impresión de que me equivoco.

Andrew se quedó mirando a su compañera un tanto desconcertado. No interpretaba un papel. Ese no había sido nunca su propósito. Trataba de ser esa nueva persona a la que nada le importaba demasiado. Alguien que iba por la vida ligero de equipaje y sin ningún tipo de atadura.

Sharon observó que se le había cambiado la cara. Tal vez era el momento de tirarle de la lengua y comprender qué había insinuado el sargento Lambert acerca de su traslado. Además, era evidente que la llamada que había recibido unas horas antes era importante para él y le había trastocado.

—No tienes que contarme nada, si no quieres. Si me he excedido, lo siento.

Andrew la miró. Tenía unos ojos muy expresivos. La suya era una mirada que comunicaba mucho con tan solo un parpadeo. Podría decirse que eso era tanto un don como una maldición, porque sus ojos no sabían esconder lo que pasaba por su mente.

Ella detectó un cambio en su expresión, casi imperceptible pero que sin duda estaba ahí. Por primera vez, leyó en la cara del detective Davis vulnerabilidad. Juraría que parecía también atribulado. Y también interpretó que, posiblemente, necesitaba hablar de algo que había guardado durante demasiado tiempo.

Estaba pensativo, indeciso. ¿Merecía la pena exorcizar los demonios internos? A lo mejor sí, pese a saber que la relación entre ellos cambiaría para siempre. Llevaba ya muchos años cargando en su interior con semejante ponzoña.

—Tal vez sea el momento de hablar de lo que pasó cuando estaba en Toronto —dijo mirando al fondo de su vaso de cerveza—. O tal vez nunca lo sea. No lo sé.

—No debes tener miedo a contármelo. No voy a juzgarte.

—Espera a saberlo para decidirlo —respondió críptico mientras la

miró con algo indescriptible en los ojos. Sharon no había visto esa expresión antes en su compañero. Le hizo sentir lástima. Algo claramente le atormentaba.

—Suéltalo. Desde luego, no parece que te haga ningún bien. De hecho, todo lo contrario.

—Bueno, no le he llevado mal hasta ahora. Pero aquí se están removiendo cosas dentro de mí que no esperaba. Cosas que había dejado atrás.

—¿Vas a arrancar de una vez o tengo que meterte un sacacorchos en la garganta? ¡Bendito sea dios! A veces, eres más complicado que el par de adolescentes insufribles que tengo en casa.

Andrew se rio de medio lado. Los arranques de su compañera le resultaban muy divertidos. Era una mujer íntegra y bondadosa, pero también con un temperamento fuerte. Y poca paciencia. Podía hacerse una

idea de quién llevaba la voz cantante en su casa sin el menor resquicio de duda.

—En realidad, estudié criminología porque esa era mi vocación. El sargento Lambert tenía razón en eso. Vengo de una familia en la que hay varios policías y a mí siempre fue un trabajo que me llamó la atención.

Criminología me parecía una carrera de lo más interesante y el trabajo desafiante, cuando menos. Así que, después de no poco esfuerzo, al final entré en grandes crímenes y en la brigada de homicidios. Es cierto que esto no es Nueva York o Los Ángeles. Tenemos la suerte de vivir en un país con un índice de criminalidad bastante bajo, teniendo en cuenta cómo está el mundo. Pero, al final, el mal está en todas partes. Y los crímenes también.

—Hasta en pueblos pequeños como éste.

—Exacto.

Andrew suspiró antes de continuar.

—No me parezco demasiado al Andrew de Toronto, Sharon, esa es la verdad. Y no me parezco a él porque he intentado, estoy intentando —

rectificó—, ser alguien distinto. Es decir, hay cosas que no han

cambiado.

Mi carácter es el que es y creo que siempre he sido despistado. Eso no tiene arreglo, por mucho que yo quiera. Es habitual que mi mente salte de un pensamiento a otro sin darme cuenta. No estoy fingiendo ser alguien que no existe, te lo aseguro. Pero cuando estaba allí, me importaba mi trabajo y mucho, además.

Sharon le miró de forma comprensiva, alentándole a continuar.

Anhelaba saber a dónde quería ir a parar con aquella diatriba.

—Era un buen poli. Al menos, es lo que creía. Hasta que la cagué.

—Todos la cagamos alguna vez.

—No tanto —concluyó cabizbajo, buscando la forma de proseguir—.

Imagino que el exceso de vanidad te hace patinar.

Rememorar aquello que le había hecho dejar atrás su carrera no le agradaba. Volver a afrontar el error, dejar que la culpabilidad se filtre otra vez en la sangre, sentir el dolor renacer.

—Estaba progresando en mi carrera. Contaba con la confianza de los jefes. Igual eso te sorprenda, viendo mi relación con Petrus y la opinión que tiene de mí. De hecho, tiene motivos más que suficientes. Me lo he ganado a pulso en estos tres años.

—Ahí no te voy a quitar la razón.

Andrew le sonrió. La realidad era que su jefe, a pesar de todo, le caía bien. Comprendía que tratar con su nuevo yo tenía que ser difícil, cuando lo único que procuras es que el equipo funcione. Petrus podía ser un

“tocapelotas” pero era un buen jefe.

—Venga, cuéntame qué ocurrió. No pudo ser tan malo.

—Lo fue. Se incorporó un chico joven recién salido de la academia.

Necesitaba un mentor y yo me ofrecí. Andrew Davis el vanidoso, el que se creía que lo sabía todo, el puto amo. Así que, me lo llevé a una misión.

Vigilábamos un almacén. Creí que lo teníamos controlado. Estábamos

en permanente comunicación con la oficina, por si se movía algo y había que activar el operativo, lo que parecía poco probable. No teníamos información nueva que lo indicara. Otro día más de vigilancia anodina.

Tragó saliva. Parecía arenosa, envuelta en una capa de culpabilidad espesa, puesto que no se deslizaba por su garganta. Tomó un sorbo de su cerveza para ayudarle a digerir los malos recuerdos.

—Le dije que me ausentaría solo un segundo. Quería acercarme a una gasolinera cercana a por un par de coca colas y algo para comer. Pero ellos nos habían detectado. Cuando regresé, el chico no estaba. Alerté enseguida a mis compañeros.

A Andrew se le hizo un nudo en la garganta. Otro más. Uno más grueso, uno de esos que aprietan y también ahogan.

—Lo metieron en el almacén y le dieron una paliza, mientras el equipo que se acercó a la escena y yo mismo tratábamos de negociar con ellos o encontrar la forma de entrar sin que nos detectaran. Era un jodido grupo neonazi y el chaval era hindú. Se escaparon por un falso túnel que tenían.

La huida ya estaba prevista. Lo encontramos medio muerto.

—Joder —se le escapó a Sharon.

—Sí. Joder. Eso no le pasa a los buenos polis.

—Podría haber pasado lo mismo aunque te hubieras quedado en el coche. No puedes saberlo. Podrían haberos cogido a los dos y que tú hubieras sufrido su misma suerte.

—No lo sé. Nunca lo sabremos. Pero yo cometí un error imperdonable.

No debería haberle dejado solo.

—¿Sobrevivió?

—Digámoslo así, solo que ahora tiene que comer por una pajita. A eso yo no le llamaría vida precisamente.

—Andrew, cometiste un error, de acuerdo. Pero tú no fuiste el brazo ejecutor.

—Yo no lo veo así.

—Creo que estás exagerando.

—Eso me dijeron en su momento. Yo no pienso igual. No podía ni mirarme a la cara. Me avergonzaba de mí mismo. Me sigo avergonzando de lo que hice. Por eso prefiero no mirar atrás. No me gusta lo que veo.

Sharon estaba alucinando. El despreocupado Andrew Davis resultaba ser un hombre muy exigente consigo mismo y muy duro juzgándose. Si se lo hubieran contado hace una semana, no se lo habría creído.

—¿Y lo dejaste todo por eso?

—Todo. Mi trabajo, mi carrera, mi familia, mi prometida… No merecía ser feliz después de aquello, sabiendo que aquel chico ya no podrá volver a disfrutar nunca más de una vida plena porque yo no estuve donde debía. Y, desde luego, no pienso responsabilizarme de nadie más en mi vida. Vancouver es incluso más tranquila que Toronto y es lo más alejado que se me ocurrió dentro del país. No debería haber complicaciones. Me convertí en quien ves aquí y ahora. Frívolo, despreocupado, sin vínculos personales. No quiero que nadie más sufra por mi culpa. Es una elección personal y estoy cómodo con ella. Creo que es lo mejor.

—¿Y no has pensado en el daño que les has hecho a los que dejaste?

—Era un mal menor. Y necesario.

—Pero…

—Sharon, no. Querías que te lo contara y lo he hecho. No te pido consejos ni soluciones.

La miró con dureza esta vez. Estaba claro que no admitía réplica a ese respecto. Aquellos ojos castaños de tonalidad más bien clara parecían ahora oscuros como la noche. Su compañera no había visto antes tal determinación en él. Le pareció una historia triste y lamentable. ¿Qué habría sido de él si no hubiera acontecido aquello? Seguramente viviría la vida que había soñado.

Y, sin embargo, se castigaba al olvido.

Justo en aquel momento, apareció alguien para aliviar la pesadez del ambiente que se había creado entre ellos.

—Mira quién está aquí —dijo una voz a su espalda.

31

Registro Anecdótico

BB

Encontré mi lugar en el mundo. Sería una buena historia si eso hubiera sido cierto. Sin embargo, sí es verdad que, durante un tiempo, pensé que había dejado todo atrás y que podía empezar algo que me llenase, que me hiciera sentir alguien importante. Me hubiera gustado experimentar aquello que otros llaman autorrealización. Creo que estuve a punto de rozarlo con los dedos.

Fue tan solo un espejismo.

La ciencia obró ese pseudo milagro. En la universidad, en general, me fue bastante bien. En lo académico, sin duda, destacaba. En lo personal, bueno, tuve mis altibajos. Antes de finalizar mi doctorado ya logré mi primer trabajo. Cuando sobresales en tu campo, las ofertas te llueven a pesar de tu juventud. Hay muchas empresas atentas a la caza de nuevos talentos.

Ahí estaba yo.

Ahí estaban ellos.

El oasis en medio del desierto: la posibilidad de una vida de verdad, con metas, con objetivos, con sueños. No se centraban en tu procedencia, tu familia o tu dinero, sino que apreciaban otras cualidades que, en este caso concreto, descubrieron en mí y que habían emergido en esa etapa.

Hasta que empezaron los problemas mentales, las crisis nerviosas y toda esa mierda que me hacía sentir fuera de mí. Como un árbol que han intentado doblegar y se empeña en sacar sus raíces rompiendo las aceras.

Mi salud mental, mi frágil estabilidad, rompió el fino hilo que la mantenía atada a la realidad.

Se inició el descenso por la pendiente.

Al principio suave.

Hasta que empezó a coger velocidad.

Quizás fuera culpa de mi alto nivel de autoexigencia o fuera el estrés

el desencadenante que detonó la bomba que haría explotar mis esperanzas. Lo cierto es que no tengo ni la menor idea y tampoco sé si me importa averiguarlo. Lo que está claro es que esa predisposición a la enfermedad ya estaba en mí.

A pesar de todo, logré un buen trabajo en el campo que más me gustaba. Me apasionaban la biología y las ciencias de la salud. Logré aunar ambas en mis trabajos de investigación y conseguí entrar en un laboratorio de una empresa farmacéutica. Un mar de posibilidades se abrió ante mí.

Hasta que cumplí los treinta y dos años.

Ese momento clave.

El estallido.

El cortocircuito neuronal.

La borrachera química que sumió a mi cerebro en un túnel sin salida.

El desastre estaba programado.

El descenso por la pendiente iba ya a toda velocidad.

No había posibilidad de frenar.

Hasta ahora.

Porque ya tengo muy claro cuál será el final.

32

Sharon y su compañero se giraron a la vez. La presencia del forense sorprendió sobremanera a ambos. Era la segunda vez que pillaba a Andrew de una forma tan inesperada. En esta ocasión, su providencial aparición contribuyó a aligerar una conversación que se había vuelto demasiado intensa.

—Ya sabía yo que podía encontrarte en un bar.

—Supongo que podría decir lo mismo, ¿no te parece? En cualquier caso, no hay nada de malo en tomar algo después del trabajo, Mike. ¿O es que te has vuelto un puritano? Además, estábamos cenando. No se puede decir que estuviéramos haciendo nada que fuera contra la ley.

El forense soltó una carcajada, quizás un poco exagerada para el gusto de los detectives, y le palmeó amistosamente la espalda.

—Andrew, Andrew. Hay cosas que no cambian nunca. Los bares siempre han sido una de tus debilidades. Y las mujeres, otra. Tenga cuidado, detective Williams. Este joven con esa cara tan dulce es más peligroso de lo que parece.

—Eres un pedazo de capullo, Mike —respondió Andrew con una sonrisa.

—Tranquilo, sé defenderme sola. Además, llevamos año y medio trabajando codo con codo. Creo que ya conozco un poco a mi compañero, incluyendo sus puntos débiles —respondió Sharon mirando al forense, claramente con segundas intenciones.

Andrew había decidido en aquel momento que ya había tenido suficiente introspección por una temporada. Era momento de olvidarse de todo, especialmente de la llamada de Melisa que tanto le había removido.

Un problema del que tendría que hacerse cargo al día siguiente y tratar de averiguar quién le había mandado sus fotos y por qué.

Melisa.

Solo pensar en ella y en sus últimos momentos juntos le hizo flaquear.

Era momento de poner fin a aquella estéril sensación. Eso era

precisamente lo que trataba de evitar desde que se fue de Toronto. No necesitaba arraigo.

No quería sentimentalismos paralizantes.

—Venga, detectives, os invito a una ronda. Mi ayudante no ha querido acompañarme, a pesar de que he insistido. Rarezas de la profesión, supongo. Nos relacionamos mejor con los muertos que con los vivos.

—¿Humor negro?

—Puede, pero del malo.

—Y que lo digas. Has perdido tu punto, Mike. De todos modos, tú nunca has tenido problemas para comunicarte con los que todavía respiran.

Al menos, que yo sepa —respondió Andrew—. Te he visto relacionarte muy pero que muy bien con los vivos. Especialmente con las vivas.

—Todo depende del ojo con el que las mire —señaló haciendo referencia con humor a su heterocromía.

—Yo mejor os dejo por hoy. Demasiados gallitos en este corral.

Además, tengo familia y una edad, así que me apetece llamarlos y retirarme a dormir, que estoy bastante cansada. Y os recuerdo que mañana hay que madrugar, no quiero tener que llamar a la puerta de ninguno porque se le han pegado las sábanas. Y no lo digo por nadie, Andrew.

—Entendido, mamá.

Sharon puso los ojos en blanco. Acto seguido, se levantó, le cedió su sitio al forense y se dirigió a su habitación.

—Bueno, ¿te hacen unas copas, guaperas?

—Una y me planto.

Mike le miró con cara de incredulidad.

—En serio. No quiero acostarme demasiado tarde hoy. Estamos en medio de un caso y me preocupa bastante. Me gustaría que se resolviera cuanto antes para poder volver a Vancouver.

—Vale, lo entiendo. Eso hasta me encaja, fíjate lo que te digo.

—No mola nada que me hayan mezclado en él de forma tan directa. Me tiene totalmente desconcertado.

—Sí, eso es una putada, macho. Pero no pienso hablar de trabajo,

¿entendido? Ya hablaremos mañana o cuando corresponda, pero en horario laboral. Ahora la noche es nuestra —concluyó, dándole unas amistosas palmadas en la espalda.

Andrew le hizo un gesto al camarero para que se acercara. Al hacerlo, se encontró con los ojos de la misma chica de la noche anterior que le miraba con atención.

Tal vez podía tomarse solo una copa, pero no había motivos que le impidieran alargar un poco más la noche si se terciaba.



Sharon estaba agotada. Tenía muchas ganas de regresar a casa. Puede que llevase apenas dos días lejos, pero no estaba acostumbrada a estar separada de ellos. Echaba de menos a su familia y sus rutinas del día a día.

Quizás la sacasen de sus casillas con relativa facilidad, pero eran su panda de salvajes y los adoraba tal y como eran.

Al pensarlo, se dio cuenta de la lástima que sentía en aquel momento por Andrew. Había dado por hecho que habría sido siempre así, un joven con facilidad para hacer amigos y cuya vida se resumía en ir de fiesta en fiesta y pasarlo lo mejor que podía. Eso era lo que había visto en él desde que arribara a Vancouver. Siempre despreocupado, siempre con una sonrisa en el rostro, con grandes dotes para relacionarse con los demás, salvo con su jefe, por el simple hecho de que parecían agua y aceite, imposibles de mezclar. Sin embargo, había descubierto que había dejado todo atrás por un error que él creía que era imperdonable y había decidido que debía castigarse por ello. Su aparente felicidad era solo eso, apariencia.

Y algo más le había sorprendido.

Andrew había estado prometido.

No podía ni creérselo.

Llamó a su casa. Habló con su marido y después sus hijos se pusieron al teléfono a regañadientes. Estaban sumamente ocupados con sus

móviles y hablar con su madre no estaba entre sus prioridades en ese momento. Les echó el rapapolvo de costumbre y les recordó que tenían que hacer sus deberes si no querían que les moliera a palos cuando regresara. Por supuesto, los chicos sabían que su madre era perro ladrador y poco mordedor.

Cuando volvió a ponerse su marido al teléfono, tal vez por la conversación con Andrew, sintió que se le hacía un nudo en la garganta cuando pronunció aquellas últimas palabras.

—Sam, no sabes bien cuánto os echo de menos.

33

Registro Anecdótico

BB

Aveces, un simple gesto lo cambia todo. Hay momentos en los que solo necesitas eso. Una señal. Una palabra. Un indicador de que no eres invisible. Un reconocimiento que te hace saber que le importas a alguien.

Recuerdo que cuando le conocí, me fascinó su forma de ser. Todos estaban pendientes de él. Era como un imán de fuerte atracción. Y yo envidiaba ser como él o, al menos, estar cerca de él. Tenía todo lo que yo quería. Irradiaba felicidad y buen humor. Todo el mundo quería estar a su alrededor, sentir su influjo.

Ellos, por su carácter.

Ellas, por su atractivo.

No íbamos a la misma clase. Solía verle en el patio. Algunos chicos y chicas que iban conmigo, hablaban con él. Le conocían. Seguro que me habría visto alguna vez con ellos. Era buen deportista y tenía cierta fama en el instituto. A esas edades, ya se sabe, es fácil sentirse fascinado, especialmente por aquellos de tu edad que tienen lo que tú ansías.

Popularidad.

Carisma.

Respeto.

Sobra decir que él encajaba perfectamente en esa definición. Era el

espejo en el que cualquier adolescente quiere mirarse.

Tal vez fue el momento lo que hizo que su primer gesto de indiferencia, que no el último, se grabara a fuego en mí, con un poso de odio que no he logrado eliminar con el paso de los años. Debo reconocer que, al fin y al cabo, teníamos poco en común y puede resultar cruel e insensata mi posición, este querer devolvérsela multiplicada por mil.

Pero aun así…

Era el aniversario de la muerte de mi madre. Esos días siempre me dominaba una melancolía traidora y despótica que me invitaba a encerrarme

dentro de mi cuerpo y de mi mente, a meterme en un cuarto oscuro y desaparecer hasta que llegase el día siguiente. En ese momento necesitaba aquel gesto de reconocimiento: te veo, te comprendo, estoy aquí.

Y recibí justo lo contrario.

Una mirada de indiferencia baldía.

Puede que pidiera demasiado. Éramos solo unos críos y, como tales, egoístas. Pero, en aquel instante, experimenté de forma nítida la necesidad de estar bajo su influjo, sentirme importante, percibir su protección bajo esa aura de inviolabilidad que tienen las personas que son consideradas intocables.

Pasó de mí.

¿Suena muy vengativo todo esto? Probablemente lo es. Me da igual.

No pertenezco a la liga de la justicia, solo me preocupan mis objetivos. Si nadie se ha preocupado verdaderamente por mí, ¿por qué debería hacerlo yo por los demás?

Me gustaría saber qué opina cuando lo lea.

¿Qué sientes ahora? Estas muertes llevan tu nombre, aunque sirvan a mi objetivo.

Me gustaría ver su cara.

Pero sé que eso será imposible.

Uno de los dos estará muerto.

34

Mike seguía siendo el tipo dicharachero que recordaba. La verdad era que, después de aquella conversación tan densa con su compañera, necesitaba un poco de charla banal para variar. Ese había sido su refugio en los últimos tres años, la diversión fácil, no ahondar demasiado en nada, permanecer en la superficie, a una profundidad segura. Y, con Sharon, sintió por un momento que perdía su salvavidas y que tenía la necesidad de volver a ser el de siempre, aquel hombre al que, sin duda, también le gustaba pasarlo bien y disfrutar de la vida, pero sin descuidar nunca sus responsabilidades.

Aquel que había decidido casarse y tener una familia.

Aquel que tenía metas, sueños, objetivos.

Aquel había sido un hombre enamorado de su trabajo y, como tal, lo había situado como una de las piedras angulares de su vida, porque le gustaba lo que hacía, porque le hacía sentirse útil, porque ser policía era una profesión relevante para la sociedad.

Mientras se perdía de risa en risa, miraba de vez en cuando a aquella chica. La había visto tontear con más de uno en aquel rato, pero siempre sin perder de vista a Andrew, como si tratara de ponerle celoso o provocarle a que diera el paso y se acercara hasta ella. Su mirada seductora transmitía que quería tenerle cerca.

Después de hablar con Melisa aquel día, había sentido un poco de vergüenza de sí mismo. Los remordimientos, además, habían vuelto a hacer acto de presencia y le habían atacado sin avisar. Se sintió mezquino al volver a escuchar su voz. La forma de dejarla no había sido ni mucho menos la mejor. Tenían muchos planes juntos y nada indicaba que las cosas estuvieran mal.

En realidad, nada estaba mal.

Había estado loco por ella desde que la vio por primera vez. No fue fácil convencerla, porque su fama le precedía y ella tenía las cosas muy claras. No quería juegos, buscaba una relación de verdad. Poco después de comenzar a estar juntos, Andrew supo por primera vez que era con ella con quien quería pasar el resto de su vida.

Hasta el día D que quebró la idea que tenía de sí mismo.

A partir de ese instante, su mente le negó la posibilidad de ser feliz. Si no había sido capaz de proteger a aquel chico con el que tan solo había estado unas horas, ¿cómo podría proteger a su propia familia?

De pronto, decidió que era más que suficiente tanta autocompasión por aquel día. Estaba harto, hastiado. Tal vez un poco de anestesia superficial era lo que necesitaba en ese momento.

—Bueno, Mike, seguro que entiendes que, aunque estoy muy a gusto contigo, preferiría seguir esta conversación en otro rato.

El forense siguió con la vista la dirección que tomaban los ojos del detective.

—¡Serás cabrón! —exclamó entre risas.



A primera hora de la mañana se reunieron para hablar de los avances, aunque tampoco podía decirse que fueran muchos. El sargento Lambert se había mostrado bastante optimista la noche anterior, pero no parecía que estuviera del todo justificado.

Andrew estaba algo despistado. Tal vez, era más apropiado decir que estaba aturdido. La noche anterior había terminado por ser una noche rara.

Rememoraba lo sucedido mientras acariciaba inconscientemente la herida que tenía en el pecho.

—¿Estás bien? —le preguntó Sharon en voz baja.

El detective la miró como si no supiera muy bien a qué venía la pregunta. Entonces salió de su ensimismamiento y le contestó.

—Sí, tranquila. Gracias.

Ella le miró de nuevo con suspicacia. Parecía que algo le rondaba a aquel chico por la cabeza. Justo después, se fijó en que la agente Victoria Stevens le miraba con atención y con cierto anhelo en la mirada. Quizás sí sería buena idea hablar con ella, aunque no tenía la mínima confianza necesaria para abordar un tema así. No obstante, le daba pena que pudiese sufrir y, si la avisaba, al menos podría tomar una decisión más consciente.

Un segundo después se reprendió a sí misma por entrometerse una vez

más en asuntos que no le concernían. Se estaba volviendo una alcahueta cotilla e insoportable. No era ella quien debería hablar. No obstante, no podía evitar que le picara la curiosidad.

¿Habría pasado algo entre ellos la noche anterior? Lo dudaba. No había visto a la joven por el bar que había junto al motel antes de irse, aunque tampoco podría descartarlo. Andrew se quedó con el forense y, a partir de ahí, no tenía ni la menor información de lo que había sucedido.

—Entonces, agente Simard, hay novedades sobre los análisis de laboratorio, ¿no es así?

Las palabras del sargento Lambert volvieron a meter a todos los asistentes en situación. Sin que el sargento tuviera la menor idea, aquella reunión estaba empezando a parecer un vodevil. Por suerte para él, sus palabras dieron fin a la función.

—Bueno, hay datos muy interesantes. Lo primero de todo, gracias a que han tomado diversas muestras del líquido que contenía el pequeño bote de cristal, han podido realizar diferentes análisis. Es una suerte que hubiera una cantidad suficiente para hacerlos, puesto que cada uno de ellos invalida la muestra tomada. Al parecer, uno de los procedimientos que han llevado a cabo para estudiar las lágrimas, ha sido el secado de las mismas para poder analizarlas bajo el microscopio.

—Continúa, por favor y, a ser posible, ve directa a los datos que nos interesan para la investigación.

—Sí, señor. A eso iba ahora mismo. Como acabo de decir, con cada muestra han conseguido separar distintas moléculas. Lo primero que debemos saber es que la contaminación que se detectó desde el principio era debido a la máscara de pestañas que la víctima llevaba en gran cantidad.

Y cuando digo en gran cantidad, me refiero a una cantidad por encima de lo normal. Es algo en lo que no nos fijamos en su momento pero que he revisado en las fotos. Llevaba una capa demasiado espesa de rímel. Como si se la hubiera aplicado una y otra vez.

—¿Y en qué sentido eso es relevante? —preguntó Sharon.

—Volveremos a eso más tarde. Ahora quiero mostraros algo sobre las lágrimas de las que estábamos hablando.

La agente Simard sacó varias fotos de gran tamaño en las cuales se veía la imagen de lo que parecía ser un copo de nieve, por esas formas geométricas que tienen tan singulares cuando se las ve bajo el microscopio.

—¿Qué es eso? —preguntó el agente Roberts.

—Lágrimas.

A la agente Emily Simard le gustaba generar expectación. Era una buena policía, aunque tenía un punto de soberbia que no jugaba en su favor.

De hecho, su mala relación con Victoria Stevens provenía, en cierto modo, de su envidia hacia ella al entender que el jefe sentía predilección por la joven. Obviamente, no conocía todos los motivos.

—Según parece, hay una investigación llevada a cabo por una fotógrafa estadounidense en la que se llegó a determinar que existen tres tipos diferentes de lágrimas, en función de las distintas concentraciones de determinadas hormonas. Los tres tipos existentes son las lubricantes, las reflejas y las emocionales. Tienen diversas formas, como podéis ver en las fotos, y distintos números de moléculas. Esto depende también de cómo fueron sacadas, es decir, de las circunstancias y el estado emocional del dueño de las lágrimas.

—Es asombroso —señaló Andrew con renovado interés, apoyando los brazos sobre la mesa e inclinando su cuerpo hacia delante en un gesto que denotaba precisamente ese interés.

—Sí que lo es. Las lágrimas protectoras, es decir, tanto las reflejas como las lubricantes, son principalmente agua, aunque también contienen proteínas, lípidos y enzimas, así como glucosa, urea, sodio y potasio. Dicha concentración es similar a la que se halla en el plasma sanguíneo. Las lágrimas emocionales, que son las que responden a diferentes sentimientos, contienen ciertos tipos de hormonas, así como leucina y encefalina, la cual es un calmante natural que produce el cuerpo. Son éstas precisamente las que había en el bote de cristal.

—Eso tiene sentido, imagino. Tanto en el caso de que estemos ante un crimen o que fuera un suicidio asistido, no sería muy lógico que lo que hubiera en el bote fueran lágrimas lubricantes o reflejas —apuntó Andrew.

—¿Todos tenemos claro cuáles son ese tipo de lágrimas? —preguntó Sharon—. Porque yo lo intuyo, pero preferiría asegurarme.

—Las lubricantes creo que son sencillas de entender. Son las que proporciona el parpadeo. Las personas que tienen ojo seco son de éstas de las que carecen. Las reflejas, si no me equivoco, y corríjame agente Simard si lo hago, son las que salen cuando, por ejemplo, pelas una cebolla o se te mete un mosquito en el ojo o cualquier otra partícula, ¿no es así?

—Exacto, detective Davis. Eso es. En cuanto a las halladas en el bote, hay que señalar algo más. Según la investigación a la que he hecho referencia antes, diferentes emociones generan a su vez lágrimas que son morfológicamente distintas, a pesar de que su composición química sea similar, ya que todas contienen los mismos elementos, es decir, agua, aceites, minerales o proteínas, entre otros. Lo curioso es que se producen cambios químicos según el área del cerebro que se active con cada estímulo. Las conclusiones a las que ha llegado el laboratorio por la concentración química es que posiblemente sean lágrimas de miedo, aunque no pueden asegurarlo al cien por cien.

—Con lo que la teoría del suicidio asistido, ahora sí, queda definitivamente descartada —señaló el agente Roberts.

—Yo no lo veo tan claro —respondió Andrew—. Es decir, al igual que todos, supongo, considero que estamos ante un crimen. No obstante, supongo que cualquiera sentiría miedo antes de morir, aunque estuvieras tratando deliberadamente de quitarte la vida.

—Sin embargo, estas lágrimas parecen derivadas de una situación de miedo intenso. Si trataras de suicidarte, habría también un alto componente de tristeza. Es más, sería la emoción predominante, a mi entender.

—Entonces, ¿dices que si la chica hubiera llorado porque estaba triste sus lágrimas serían diferentes? —preguntó Sharon tratando de recapitular y cerciorarse de que lo había entendido todo bien. Estaba bastante alucinada con la información que estaba escuchando.

—Eso parece, puesto que las concentraciones de las hormonas y la forma de las lágrimas serían distintas. Además, según las palabras textuales que encontré de un especialista cuando he estado documentándome, dice lo siguiente: "las lágrimas vistas bajo el microscopio cristalizan la sal y pueden dar lugar a diferentes formas. Finalmente son como las huellas dactilares: ninguna lágrima es igual a otra" —leyó la agente Simard consultando sus notas.

Todos en la sala se quedaron en silencio, absortos en sus pensamientos

y bastante sorprendidos ante los datos. No obstante, seguía en el aire una pregunta clara: ¿para qué quería las lágrimas el asesino?

—¿Qué tenemos acerca del bote que había junto a la joven? ¿Algún resultado? —continuó Lambert.

—Eso es más complicado, sargento —respondió esta vez la agente Stevens—. Es un bote muy común que se vende en muchas tiendas, ya sean

de regalos, de manualidades o bazares de todo tipo. Por supuesto, en internet se encuentran por doquier. El material es un vidrio común, al igual que el tapón de corcho. Es sumamente complicado averiguar dónde lo adquirió.

Andrew estaba muy pensativo. En su cabeza le daba vueltas a un par de ideas que lo tenían desconcertado. Decidió exponerlas en alto.

—Creo que sé lo que insinuabas, Emily, cuando has dicho antes lo de la máscara de pestañas.

A nadie se le escapó que se había dirigido a su compañera por el nombre de pila, algo que no era habitual en esa situación o, al menos, en la oficina del sargento Lambert en la que se dirigían los unos a los otros de modo formal por los apellidos.

—Sí, casi lo olvidaba. Fijaos bien en las fotos que sacamos de la víctima en la escena. Es una cantidad indecente de rímel .

Fueron pasándose las copias para observar con detenimiento la cantidad de máscara de pestañas en la mujer que hallaron sin vida. El surco negro que habían dejado las lágrimas y que recorría su rostro era marcado y profundo. Una ampliación de las pestañas reflejaba con claridad el exceso de máscara que se les había aplicado.

—Eso es en lo que he pensado cuando lo has insinuado antes. ¿Por qué es importante el rímel? —preguntó Andrew en voz alta—. Creo que por lo mismo que son importantes todos los elementos restantes de la composición. El bote de lágrimas, el sobre con la nota, la marca tan evidente que deja la máscara de pestañas al llorar, creando regueros oscuros que corren por las mejillas. Y no olvidemos la metacualona, un fármaco que ya no se comercializa. No creo que sea un suicidio asistido, pero empiezo a pensar que es una representación de uno.

Todos se quedaron callados pensando en lo que acababa de decir.

—¿Y por qué la extirpación de los lagrimales? ¿Y, sobre todo, qué hace tu tarjeta en la mano de la víctima? —preguntó Sharon.

—Creo que es evidente. Por un lado, quiere que yo esté aquí, aunque no se me ocurren los motivos. Por otro, las lágrimas obviamente son importantes para el asesino. Tal vez sean las encargadas aquí de contarnos una historia. Primero las recoge en un bote y luego, no sé si tal vez por frustración, le extirpa los lagrimales, que son los conductos desde donde salen al exterior.

—Y la palabra que había escrita en la carta era una petición de auxilio.

Tal vez está pidiéndonos que le ayudemos a parar —señaló la agente Victoria Stevens.

—Es probable. Precisamente ayer comentamos esto mismo Sharon y yo. Sería importante averiguar, por un lado, si la elección de la víctima es casual o, por el contrario, deliberada y, por otro, qué ha desencadenado este asesinato. Tal vez se haya dado un estresor que haya provocado este crimen, puesto que es obvio que no es uno pasional. Creo que la victimología aquí puede ser la clave para resolverlo.

—Y no se olvide de lo fundamental, detective. Siempre lo más importante para averiguar el quién es descifrar los motivos. El por qué nos acercará al responsable —sentenció el sargento.

35

Registro Anecdótico

BB

La segunda vez ha sido más fácil. Supongo que he aprendido y, sobre todo, he perdido el miedo. He ganado seguridad en mis posibilidades. La noche, además, también ha sido mi inestimable aliada. Pero me sigue sorprendiendo lo confiado que puede ser el ser humano. Sin duda, cuento con una ventaja que no había considerado hasta la fecha: mi apariencia no resulta amenazante.

Y eso me va muy bien.

Inyectarle la morfina ha sido algo sencillo. He tenido cuidado de hacerlo esta vez en un lugar no demasiado visible, en el nacimiento del cabello. No quisiera que lo descubran a simple vista, a pesar de

que soy consciente de que antes o después lo harán.

Estaba pasando un mal momento y he acudido a consolarla. Quizás, más que un mal momento, sería más justo decir que atravesaba una fase de rabia y frustración motivada por su rechazo. Conozco muy bien esa sensación, por lo que no me ha costado nada empatizar con ella.

Tampoco era consuelo lo que necesitaba. Creo que, a veces, no se me da tan bien como yo solía pensar interpretar las emociones de otros. Lo mismo da. He sabido escuchar y comprenderla, que era justo lo que andaba buscando en ese instante. Ella se ha desahogado y yo he obtenido la presa que necesitaba.

Supongo que mi aspecto inofensivo ha jugado en mi favor una vez más y en más facetas de lo esperado. Me ha contado todo lo que necesitaba saber. Él la había hecho daño. Necesitaba un hombro en el que descargar su rabia, un hombro en el que llorar. Y ahí estaba yo con toda mi disposición a recoger sus lágrimas.

Ahora está en el sótano lamentándose por ser tan confiada. No ha tardado demasiado en despertarse, puesto que la dosis fue menor esta vez.

Hice una estimación rápida de su peso y altura y sabía que sería suficiente

para dormirla el tiempo que fuera necesario hasta llegar aquí. Sin embargo, los cálculos esta vez no han sido todo lo precisos que me hubiera gustado.

Me ha hecho ver que tengo que apresurarme y hacerlo pronto en esta ocasión, o todo puede acabar por descontrolarse. Ésta no es tan mansa como la anterior.

Ahora la oigo llorar.

Sabe lo que tiene que hacer.

Tiene que guardar sus lágrimas.

Las necesito.

Es increíble cómo puede hacerme sentir tan bien la sensación de dominar a otro ser humano. Nunca pensé que algo así estaba en mi naturaleza. Pero ahora, cuando abro la puerta del sótano, disfruto al

percibir su miedo, su terror, aunque esté disfrazado con una rabia fiera.

La primera vez, intenté negarme a creer que ese placer que sentía lo motivaba el pánico que veía en ella, mi anterior huésped, mi primer sujeto real de la investigación. Pero ya no puedo rebatírmelo, porque ahora la sensación se ha exacerbado. Dilato el tiempo, me recreo bajando despacio, haciendo crujir la madera bajo mis pies. Casi puedo oler su terror, agarrarlo con las manos. Siento que puedo estrujar su alma, su voluntad, doblegarla con un simple gesto.

Cuando por fin bajo y observo su mirada desencajada primero gritándome furiosa y después pidiendo clemencia, siento un éxtasis que no había conocido jamás. Y entonces, solo tengo que decir una cosa:

—Llora. Llora para mí.

El dique se abre y recojo las muestras que necesito.

Hay algo en todo esto que no está bien. Esto no estaba planeado. Yo no tenía que disfrutar. Tal vez este mal que hay en mi interior se lo debo a mi padre el violador.

36

Investigación paralela

El sargento Lambert distribuyó las tareas entre su equipo para empezar a investigar las líneas que habían salido de la reunión. Había mucho trabajo por hacer. En la pizarra principal, iban recopilando la información de la que disponían hasta el momento. En la pizarra aledaña, blanca como la anterior, el sargento Lambert comenzó a escribir las tareas pendientes y los encargados de llevarlas a cabo.

—Bien. Por un lado, es preciso entrevistar a los familiares de la víctima. Roberts, Simard. Vosotros os encargaréis de hablar con ellos. Está previsto que vengan en un par de horas. Tenemos que saber cuándo fue la última vez que estuvieron en contacto con ella, ya sea cara a cara, por teléfono o por whatsapp, me da igual. Cuál fue la última vez que tuvieron noticias de ella, eso es lo importante. Además, debemos averiguar si les contó algo acerca de a quién pensaba visitar o si tenía prevista alguna entrevista. Que os proporcionen una lista de sus amistades y os ponéis en contacto con ellos.

—De acuerdo, jefe —contestó Clark.

—Stevens, por el mismo motivo, hay que hablar con su empresa y saber las tareas que tenía asignadas para estos días. Es posible que sus jefes o supervisores estén al tanto de su agenda. También debes hablar con sus compañeros. Que te cuenten si Charlotte Fortin tuvo algún problema con algún médico o algún cliente. Tal vez te den información interesante, incluso acerca de alguna conversación un poco más personal. Algún novio celoso, problemas con alguna ex pareja o cualquier otra cosa.

La joven agente asintió levemente con la cabeza por toda respuesta.

—Davis, Williams. Investigad lo de la metacualona. Tendréis que hablar con los distintos laboratorios. A ver si los de las farmacéuticas quieren hablar y contaros los motivos por los que dejó de producirse y si existen reservas en algún almacén o tienen conocimiento de que se esté comercializando con ella.

—Me parece que no va a ser fácil que nos cuenten nada de eso. Si están comerciando con ella de manera ilegal, es evidente que no lo van a contar.

—Ya lo sé, Davis. No se me escapa que resulta obvio que no van a contaros todos sus secretos en cuanto descuelguen el teléfono. Pero es vuestro trabajo tratar de averiguar todo lo que podáis antes de llamarles para que estén dispuestos a colaborar. Cabe la posibilidad, incluso, de que denunciaran en su momento un robo de su almacén y no tengamos constancia. Me da igual. Sed creativos. Además, me gustaría que os pusierais también con lo de los botes de metacrilato y el tapón de corcho, a ver si podéis reducir mínimamente las opciones acerca de donde pudo adquirirlos. Tal vez en Vancouver os puedan echar un cable con eso. Seguro que tienen más recursos de los que disponemos nosotros.

—Tranquilo, sargento. Nos ponemos a ello —respondió Sharon. Ésta miró a su compañero con un claro gesto que le indicaba que no merecía la pena discutir sobre aquello.

—Mientras tanto, yo hablaré con los de la científica de Calgary acerca de las huellas de neumáticos que vimos, a ver si tienen ya una lista de posibles vehículos en función de la pisada y de la separación de los ejes.

Además, en relación a las marcas de arrastre que vimos y que ya comenté con ellos en el escenario, me gustaría saber si hallaron alguna fibra o algo parecido que cuadre con algún tipo de material en

concreto que podamos rastrear. Después me reuniré otra vez con el forense. Quiero revisar con él todos los datos.

Apuntó con detalle en la pizarra todo lo que habían comentado durante la reunión. Dejó el marcador en la bandeja inferior y se sacudió las manos, como si tuviera tiza, a pesar de haber utilizado un rotulador borrable.

Miró a su equipo con gesto serio. Era muy importante transmitirles que era fundamental que estuvieran centrados en el trabajo y hacerlo lo mejor posible para resolver aquel caso cuanto antes.

—No hace falta que les diga que espero lo mejor de cada uno de ustedes. Vamos a resolverlo y vamos a resolverlo ya, ¿estamos? Tienen tarea. Les espero aquí a primera hora de la mañana para poner en común la información. Y quiero que me mantengan al día de lo que vayan descubriendo, ¿entendido? Pues adelante.

Recogieron sus carpetas y se levantaron para ponerse manos a la obra sin más dilación.



Andrew aprovechó un instante para salir a la calle y contactar con uno de los informáticos que trabajaban en el departamento de policía de Vancouver para comentarle algo sobre el otro tema que le preocupaba.

Tenían muy buena relación. En realidad, podría decirse que se llevaba muy bien con la mayoría de sus compañeros. Para él siempre había sido muy sencillo generar amistades a su alrededor. Pero con Dylan, además, había una conexión especial. Habían salido juntos en más de una ocasión y era frecuente también que quedasen para jugar al tenis o al squash, así como para echar alguna partida en línea de algunos de los juegos que les gustaban a ambos.

—¡Hombre Andrew! Me he enterado que te han desterrado de la oficina.

—No seas capullo. En realidad, es que soy tan buen poli que me han requerido en Banff para resolver un caso complicado.

—Eso no te lo crees ni tú.

Los dos se rieron casi al unísono. En el fondo, a Andrew no le hacía demasiada gracia, aunque era consciente de que se había ganado a pulso esa mala fama. Acabar con esa etiqueta a partir de ese momento

iba a ser difícil.

Pero, le gustase reconocerlo o no, se había vuelto a enamorar de su trabajo y, cuando regresara, trataría de cambiar esa idea que seguramente la gran mayoría se había formado de él.

—¿Qué tripa se te ha roto?

—Te llamo para pedirte un favor. Quiero que indagues sobre unos mensajes en la red. Yo he trasteado un poco con el móvil pero no he encontrado nada. Necesito que investigues una cuenta de Instagram cuyo nick es @el.amor.no.es.infalible. La he buscado pero no he hallado ni rastro.

—Muy bien. Tienes que hacerme la petición por los cauces oficiales, ya lo sabes. Si te lo han pedido allí, dile al oficial que esté al mando que hable con el jefe Petrus o que rellene el formulario de solicitud.

—Esto es algo personal, Dylan. Te prometo que te devolveré el favor.

Hubo unos segundos de pausa al otro lado de la línea. Era comprensible. Podía meterse en un lío. Eran buenos colegas, pero le estaba pidiendo demasiado.

—Vale. ¿Y qué mensajes en concreto tengo que encontrar?

—Te mando ahora el enlace de la cuenta a la que se los ha enviado. Si lograses averiguar quién está detrás, sería de gran ayuda.

—Me pongo en cuanto pueda y te digo algo.

—Perfecto. Gracias.

—Ya me lo agradecerás con una noche de barra libre de copas.

Avisado estás.

—Dalo por hecho.

Cuando colgó el teléfono, nada más abrir la puerta para volver al interior, se dio cuenta de que había un revuelo inusual en su interior. Se sintió embriagado por la adrenalina que el buen trabajo policial hacía correr por sus venas.

—¿Dónde te habías metido? —le preguntó su compañera en cuanto le vio—. Te he estado buscando. ¡Vamos y no te quedes ahí pasmado!

Tenemos mucho trabajo que hacer. Despídete por hoy de disponer de un mínimo de tiempo libre.

Andrew sonrió satisfecho.

37

Registro Anecdótico

BB

He conseguido menos muestras del último sujeto de la investigación de las que esperaba a estas alturas. No sé si me servirán sus lágrimas impuras.

He sentido como una rabia creciente me dominaba. No me esperaba que ésta fuese una gata tan rebelde, a pesar de haber observado sus conatos irreverentes. No lo parecía al principio, la primera vez que bajé al sótano a hacer la primera recolecta. Después, fue cambiando, cada vez a peor.

Esperaba miedo, respeto, sometimiento. Y me he encontrado lo contrario.

Tal vez ese cambio lo ha provocado la certeza de saber que no tenía nada más que perder. Me ha insultado y, si mi reacción no hubiese sido rápida, tal vez habría logrado escaparse. Solo de pensarlo se me ponen los pelos de punta. Todo se habría desmoronado.

No me ha dejado opción.

No pensaba usar la violencia. No me gusta. La detesto.

Eso es lo que pensaba.

He descubierto que, en cierta medida, me satisface.

Ya averigüé con la anterior que disfruto saboreando su miedo, presenciándolo, percibiendo como el ambiente parece espesarse de manera perceptible. Un miedo que toma cuerpo y se materializa. Experimento una excitación creciente al contemplar el terror en los ojos de otro ser humano.

Ha salido a la luz una faceta de mi personalidad que no esperaba.

No debo perder el tiempo pensando en estas cosas. Ya está hecho. Al final no me ha quedado más remedio. La respuesta tenía que ser

contundente. Solo con el bofetón que le he propinado ya le he marcado la cara y le ha sangrado la nariz. He tenido que hacer un gran esfuerzo por recuperar el control.

Y se ha reído de mí.

No quería que quedase señalizada después de su estancia aquí. Cuando encuentren el cuerpo, no debería haber indicios de agresión de ningún tipo.

Esto no encaja con lo que necesito, no es lo que estoy buscando. No se corresponde con lo que quiero enseñar. No lo representa con fidelidad. Pero ya no hay más remedio. No puedo esperar días a que desaparezcan sus magulladuras. Voy a contrarreloj. Tendré que usar más maquillaje para tapar cualquier indicio.

Además, esta vez he tenido que sujetarla, así que las marcas de las muñecas serán evidentes. Otro error imperdonable. Es como si la droga no le hiciera el efecto suficiente y no la paralizase igual que a la anterior.

¿Cómo puede ser? Únicamente encuentro como explicación que sea consumidora habitual de alguna sustancia y que se produzca un resultado cruzado que minimice los efectos.

No obstante, me ha parecido que había ya una ligera señal en esa misma zona. Una leve línea violácea se dibujaba en sus muñecas. Tal vez se deba a lo que me contó antes de que todo se desmadrara. Me habló de sus gustos por el sexo con violencia. Y he imaginado cosas. No he podido remediarlo.

Es posible que, en esta ocasión, no todo termine exactamente como me gustaría. Aplicarle el rímel también está siendo caótico. No para de agitarse.

Ni siquiera las amenazas surten efecto. Todo se complica. La cantidad de lágrimas que contendrá el bote será menor, puesto que también necesito una parte de las que obtenga para mis análisis bajo el microscopio y averiguar si son aptas para mezclarlas con las demás muestras.

Paso a paso.

Creo que los nervios me están consumiendo.

Sorpresa

Era muy temprano cuando llamaron insistentemente a la puerta de su habitación. Recordó la jornada del día anterior. Un día frenético. Una sesión de trabajo estimulante. Ya se verían los resultados en la reunión de la mañana. Estaba deseando conocer qué habían averiguado también los demás.

Entonces, saltando de un pensamiento a otro, recordó que le había sorprendido no ver a la chica en el bar cuando fueron a cenar. Y el alivio que sintió, en cierta medida. No obstante, por otra parte, le hubiera gustado hablar con ella. Las cosas terminaron de una forma un tanto abrupta.

Nuevos golpes en la puerta le sacaron de esa persistente neblina del pensamiento en medio de la que parecía haberse despertado.

Salió de la cama en ropa interior y se dirigió descalzo a abrir la puerta.

Mala idea. El frío que entraba se le coló hasta los huesos. Le costaría deshacerse de esa sensación heladora.

—¿En serio? ¿No te has podido poner nada por encima?

—¿Qué quieres, Sharon? Es demasiado pronto hasta para ti —

respondió mientras cruzaba sus brazos tratando de recuperar algo del calor perdido.

—¿Qué te ha pasado? Tienes una herida en el pecho.

Andrew bajó la mirada. Y la observó. No era la única. También tenía algunos arañazos en la espalda.

—Nada de qué preocuparse.

—Como quieras. Pero espero que la hayas desinfectado. Si no, más vale que lo hagas.

—Tranquila. Gracias por preocuparte.

—Vístete. Tenemos que irnos urgentemente. ¿Acaso no te han llamado por teléfono?

—No lo sé. Lo tengo en silencio.

—Pues espabila y ponte lo primero que tengas a mano. Nos vamos pero ya.

—¿Qué ha ocurrido? —le preguntó un tanto desconcertado.

—Han encontrado otra víctima.



Después de avisar a la policía judicial, a la científica y a la unidad forense, salieron en varios coches en dirección a la ubicación que les habían indicado, muy cerca del Cave and Basin National Historic Site, el primer parque nacional de Canadá que estaba situado en las inmediaciones de Banff, con fuentes termales en una cueva y una poza exterior de color esmeralda.

Al parecer, una pareja joven que se había acercado a visitar la zona había encontrado el cadáver de una mujer cerca de la entrada de la cueva.

Según se iban acercando, Andrew notaba como se le contraía cada vez más el estómago. Aquel lugar, como el escenario del primer crimen, también era importante para él. Durante ese viaje con Melisa que ya parecía tan lejano, habían disfrutado en esa zona en concreto de una jornada de las que se quedan grabadas para el recuerdo. De hecho, tenían una foto preciosa de allí, de cuando pensaban que su relación jamás se podría romper. En verdad, el amor no es infalible.

Sintió una nueva punzada al pensar aquello.

Alguien parecía empeñado en llenar de cadáveres sus recuerdos más felices.

Cuando llegaron, enseguida les pareció que la disposición era muy similar a la que habían hallado un par de días antes. Cada vez parecía más evidente que la escenificación era fundamental. Una vez más, sostenía una tarjeta entre los dedos de la mano derecha, había un sobre en el regazo que estaba sujeto con la mano izquierda y, por último, junto a la cabeza había un pequeño bote de cristal con un tapón de corcho con un líquido incoloro en su interior. Su rostro estaba surcado por profundas marcas de rímel , a pesar de que no parecían tan palpables como las de la anterior víctima.

Los sacos lagrimales habían sido extirpados.

Pero había algo diferente. Observaron que una espesa capa de

maquillaje cubría no solo el rostro de la víctima, sino también el cuello y sus muñecas.

Procedieron a acordonar la zona debidamente. El detective Davis se arrodilló junto al cadáver, casi enmudecido por lo que estaba contemplando.

Hacía un frío de mil demonios. El forense acababa de llegar. Se acercó hasta él. Le decía algo, pero era incapaz de prestarle atención. Era como un murmullo inteligible. La voz de Mike resonaba pero no alcanzaba a darle sentido.

De pronto, Andrew habló.

—La conozco. Estuve con ella hace dos noches.

39

Registro Anecdótico

BB

En la ciencia, los procedimientos siempre son una de las cosas más importantes. Deben estar sujetos a estrictos protocolos que faciliten su réplica por otros investigadores. El resultado de una investigación puede estar contaminado si no se han tenido las suficientes precauciones y, por encima de todo, si no se ha llevado a cabo con un rigor estricto. La elección de las variables que hay que controlar es otro aspecto decisivo.

Lo sé. Pero no ha sido fácil.

Soy consciente de que mi investigación está adoleciendo de método.

La elección de los sujetos participantes no es ni mucho menos aleatoria y la muestra es demasiado reducida. Pero tampoco puedo decir que es una investigación de caso único, pues una vez tras otra intento replicar lo mismo hecho anteriormente, buscando alguien similar, con circunstancias parecidas. Pero no las encuentro. No es fácil localizar justo lo que quiero aquí. Así que me he ceñido solo a un par de datos que me parecen básicos e insoslayables.

Recuerdo haber recogido lágrimas de mujeres indigentes en Toronto en los albores de este proyecto que ahora está en pleno desarrollo. Sé que fui cruel. Como si no fuera suficiente con lo que ya les había tocado en vida.

Les infringía daño de forma deliberada para verlas llorar. Entendía que cumplían con la desesperación que quería tener como situación de partida.

La misma que padecía mi madre, aunque ella sí tuviera un techo bajo el que cobijarse.

Esas fueron mis primeras veces, mis ensayos generales para mi gran obra. Porque no me valía cualquiera. Para llevar a cabo mi investigación de forma adecuada, necesitaba elegir un tipo de mujer muy concreto y preciso que no he terminado de encontrar.

En el momento en el que me encuentro, ya todo me da igual. La cuenta atrás se activó aproximadamente hace un par de meses y, desde hace menos

de una semana, estoy en el tiempo de descuento.

El proyecto debe culminar en una fecha concreta.

Justo el día en el que mi madre cumpliría cincuenta y un años.

40

¿Casualidad?

Eso mismo era lo que le estaba diciendo el forense a Andrew: la víctima era la chica con la que le vio irse la última noche en la que estuvieron tomando algo juntos. El sargento Lambert no daba crédito.

¿Aquello le había estallado en la cara? Eso parecía. Y todavía no había descubierto algo que seguramente le alarmaría más aún.

Tal vez se había equivocado involucrando al detective Davis en aquel caso. Le había parecido una buena idea cuando pensó que, si el asesino le quería cerca, le convenía tenerlo controlado. El propio Davis podría ser una pista que seguir. Sin embargo, al reconocer que había estado con la víctima poco antes de que la encontrasen muerta, acababa de convertirse en una persona de interés en el caso. ¿Un sospechoso? Tal vez. Su implicación, en todo caso, podía ir más allá de lo que había pensado en un principio.

¿Y si era causa y efecto?

—Detective, apártese ahora mismo de mi escena.

—¿Qué? —preguntó desconcertado Andrew.

—Tendremos que hacerle algunas preguntas en comisaría. Supongo que lo entiende.

—Lo entiendo, sargento, pero no lo comparto. Pregúnteme aquí y ahora todo lo que necesite saber. Comprendo que, como he sido posiblemente una de las últimas personas que vio a la víctima con vida, me considere un testigo directo. Pero de ahí a apartarme de la investigación…

—Testigo directo o sospechoso.

—No lo dice en serio —pronunció Andrew su duda en alto.

—Muy en serio, aunque no quiera. Y no le aparto de la investigación hasta no tener más información, pero primero necesitamos aclarar algunas cosas. Estoy seguro de que lo comprende.

Andrew pareció no escuchar todo el mensaje, como si se hubiera estancado al comienzo de la conversación. De hecho, solo se había quedado

con la fulminante palabra: sospechoso. Debía haber entendido mal.

—¿Cómo dice? ¿Se da cuenta de lo absurdo y descabellado que suena eso?

—Me doy cuenta, Davis. Pero tengo que ceñirme al protocolo y ser riguroso. Seguir el procedimiento al pie de la letra es fundamental, supongo que lo sabe. Y, por lo poco que me conoce, ya debería saber que soy una persona que ama seguir las reglas. No voy a hacer una excepción.

—Según eso, entonces debemos prescindir de nuestro forense, ya que él también vio a la víctima en el bar. Puede que él la siguiera después de que ella y yo nos separamos. Siguiendo ese razonamiento también, no debería ser él quien sea el primero en tener acceso al cuerpo y proceder al levantamiento del cadáver. Por tanto, él también podría considerarse sospechoso. No te ofendas, Mike.

—No me ofendo. En absoluto —respondió de modo despreocupado.

—No voy a discutir con usted, detective. Uno de los agentes le acompañará a comisaría y esperarán allí a que terminemos el trabajo.

—Yo me encargo —se ofreció Victoria, adelantándose a su superior, mientras miraba al detective Davis fijamente a los ojos con dureza—.

Vamos Andrew, sube al coche.

—Yo puedo acompañarle —dijo Sharon—. Al fin y al cabo, es mi compañero.

—Preferiría que nos ayudase aquí, detective, si no le importa —sugirió Lambert. No estaba muy seguro de que fuera buena idea que precisamente Victoria Stevens se fuera con el detective, pero tampoco quería contradecirla por algo que tal vez no fuera importante. Por otro lado, tampoco podía prescindir de muchos efectivos. Tenían tarea para rato.

Sharon miró a Andrew desconcertada.

—No te preocupes, estaré bien —le dijo, guiñándole un ojo para tranquilizarla.



Aquello le pareció surrealista. Era tan incongruente que se asemejaba a una situación salida del guion de una película, pero desde luego no la vida real.

Subió al coche patrulla. Enseguida percibió la tensión que se respiraba dentro. El rostro de la agente Stevens estaba contraído. Miraba hacia el

frente de manera aguerrida, como si no hubiera nada más que lo que tenía delante. Arrancó antes de que le diera tiempo a ponerse el cinturón de seguridad, gesto que puso en alerta al detective.

—Qué casualidad que justo aparezca muerta la chica con la que te acostaste antes de anoche.

Andrew creía estar alucinando. ¿Desde cuándo tenían tanta confianza como para hablar de algo tan personal? Además, no había dicho que se hubiera acostado con ella. Estaba haciendo suposiciones infundadas.

—¿Esto forma parte del interrogatorio, agente Stevens? Porque, si es así, creo que mejor voy a guardar silencio.

—No, tranquilo. No te estoy interrogando. Es solo que no te iba bien

tomar algo conmigo después del turno de trabajo, pero no tienes ningún inconveniente en irte a la cama con la primera desconocida que se cruza en tu camino.

—Estás dando demasiadas cosas por sentado. Estoy seguro que sabes que eso no lo debería hacer un buen agente de policía.

—¿Estás insinuando que no soy buena en mi trabajo?

—No lo sé. No te conozco tanto. Pero, desde luego, ahora estás siendo muy poco profesional.

Ella se rio de una forma que parecía un poco histriónica. Aquello le desconcertó. Victoria le había parecido una chica bastante comedida. Sin embargo, esa actitud hacia él era una auténtica salida de tono. Algo no cuadraba.

—No creo que estés en condiciones de juzgar mi profesionalidad, detective Davis. Precisamente tú.

Le dolió el comentario mordaz y el tono que había utilizado.

—No, tienes razón. Pero tampoco comprendo que te comportes así conmigo.

Andrew observó como la chica apretaba el volante. Por un instante, sintió un poco de miedo. Le dio la sensación de que incluso había pisado más a fondo el acelerador. Decidió que igual le convenía dejar atrás el tono hostil y probar otro acercamiento.

—Oye, Victoria. Siento mucho si te ofendí por no querer tomarme algo contigo anoche. No me pareció buena idea, nada más. Somos compañeros y hay ciertos límites.

—Pero sí te pareció buena idea tomar algo con el forense, por lo que has dicho. Y supongo que no piensas en si está bien o mal tomar algo con la

detective Williams.

—Perdona, pero no pensaba que fuera lo mismo. No sé, igual malinterpreté tus intenciones. Supongo que he pecado de arrogante. Espero que me disculpes.

Pero no se había equivocado. Y, por supuesto, ella no estaba dispuesta a reconocerlo. Había algo de la historia personal de la joven que

Andrew desconocía.

Algo que, en cierta medida, justificaba los motivos por los cuales el sargento Lambert la tenía tan protegida bajo su ala.



El sargento observó el coche alejarse. Le pareció que había salido más rápido de lo recomendable, especialmente con las más que probables placas de hielo que habría en la calzada. Llamaría a comisaría para que le avisaran en cuanto llegasen la agente Stevens y el detective Davis.

Era momento de dejar aquello en segundo plano y concentrarse en el trabajo. La disposición del cuerpo y de los diferentes objetos eran exactamente iguales que en la escena de la anterior víctima. Parecía más que evidente que todo ello tenía algún significado para el asesino.

El forense se encontraba junto al cuerpo, haciendo las oportunas pruebas que sirvieran, entre otras cosas, para estimar la hora de la muerte.

Había procedido a medir la temperatura del hígado y analizaba el *rigor mortis* del cadáver.

—Sé que es pronto, pero ¿puedes darme una hora estimada de la muerte?

La detective Williams, a pesar de la contrariedad que experimentaba debido a lo sucedido con Andrew, permanecía muy atenta a la conversación.

—Como ya sabe sargento, el *rigor mortis,* o rigidez de la muerte, es fruto de un cambio químico en los músculos que es el que causa ese estado de rigidez e inflexibilidad que dificulta tanto manipular el cadáver. A una temperatura normal, el *rigor mortis* suele aparecer dentro de las tres o cuatro horas que suceden a la muerte clínica y tiene un efecto completo a las doce horas. No obstante, no tenemos una temperatura normal porque estamos en invierno y la joven estaba al aire libre, como en el caso anterior.

No sabemos cuánto tiempo ha pasado expuesta a la intemperie. El *rigor mortis* se relaja y cede cuando los músculos se descomponen.

—Luego… —le instó el sargento a continuar sin extenderse en datos científicos que no necesitaba.

—Luego creo que murió entre las tres y las seis horas anteriores a que la encontrásemos, pero es solo una aproximación.

—¿No puedes concretar más?

—Por el momento no. Estoy analizando también el *livor mortis*, es decir, el grado de lividez que normalmente empieza a ser visible entre los veinte minutos aproximadamente y las tres horas posteriores al fallecimiento. Sucede porque la sangre acumulada comienza a moverse a las zonas más declives en los capilares…

—Vale, vale, está bien —le cortó el sargento—. ¿Causa probable de la muerte?

Mike miró al sargento con un ligero hastío. Sabía que, en ocasiones, se ponía un poco intenso con los datos científicos, pero tampoco era necesario ser tan cortante. Por lo poco que conocía a Andrew, estaba bastante seguro que él habría puesto mucho más interés. Al menos, al Andrew que conocía de Toronto.

—Va usted muy rápido, sargento. Por lo poco que he podido observar, le puedo decir que parece que no es una muerte violenta, aunque aún no le he dado la vuelta al cadáver. Podría haber heridas importantes en la espalda, por ejemplo. Hasta el momento, no he observado laceraciones, ni contusiones, ni heridas compatibles con la muerte. Sin embargo, la novedad respecto a la última víctima es que hay una gruesa capa de maquillaje que puede estar ocultando muchas cosas. Cuando la tenga en mi despacho —

dijo con cierto humor negro—, podré decirle más.

—De acuerdo. Hay que darse prisa, ¿estamos? Tiene que ser prioridad.

Dos cadáveres en tres días me parece una cifra alarmante.

—Por supuesto. Me pondré a ello en cuanto finalice los análisis previos aquí y la trasladen al hospital. Por suerte, no hay mucho trabajo últimamente. A la gente le suele dar más por tirarse montaña abajo en otras épocas del año. Con este frío, les da más pereza.

Adam Lambert puso un claro gesto de reproche que le indicó al forense que debía ser más comedido con sus comentarios.

—Hay una cosa más, sargento.

—Adelante.

—A esta mujer también le han extirpado los sacos lagrimales. Y debo decir que, al igual que en el caso de la última víctima, se ha hecho con

precisión quirúrgica. Puede que me meta donde no me llaman diciéndole esto, pero creo que deben buscar a un sujeto que tenga conocimientos médicos o que trabaje en investigación. Espero que eso le resulte de utilidad.

—Sí que lo es, Mike —dijo tuteándole, algo poco frecuente en él. La verdad es que era un dato que podía ser ciertamente muy relevante.

—¿Han tomado mis agentes las fotos?

—Creo que sí. He visto a la agente Simard con la cámara, pero yo estaba a otra cosa. Además, sabe que tengo que instruir a mi ayudante, pues lleva poco tiempo en el hospital. No puedo fijarme en si sus chicos hacen el trabajo. Esa no es mi tarea.

—De acuerdo. Continúe —señaló, volviendo al tono formal habitual

—. Y avísenos en cuanto esté listo para proceder al levantamiento del cadáver.

Mientras esperaban que el forense realizara su trabajo, comenzaron haciendo la inspección ocular de la zona. Lambert era minucioso y quería que se revisara con lupa hasta el último rincón. No podían permitirse que se les escapara nada. Un cadáver era demasiado. Dos, una absoluta locura.

Habían pedido refuerzos para poder cubrir una zona más amplia en el menor tiempo posible. Los de la científica que acababan de llegar estaban montando la carpa ambulante bajo la que colocarían las pruebas que iban recogiendo dentro de los habituales maletines, después de marcar debidamente la escena y hacer las fotos oportunas para el análisis y la recreación posterior. Los agentes locales habían iniciado el procedimiento antes de que llegasen para ir adelantando todo lo posible.

—Tenemos que analizar bien las cuatro partes de la escena: epicentro, ruta de acceso, ruta de escape, área circundante —comenzó ordenando el sargento—. Marcas de neumáticos, una colilla, posibles restos biológicos…

Todo lo que parezca sospechoso. Me avisáis en cuanto veáis algo y, junto con la científica, determinamos si puede ser o no una evidencia. No se nos puede pasar nada. ¿Entendido? Necesito que pongáis mil

ojos en esto.

Mientras pronunciaba estas palabras con creciente preocupación, pensaba nuevamente en que, tal vez, se había precipitado y había cometido un error al enviar a Davis a la comisaría. Era evidente su nexo con el asesino, eso lo sabían desde que apareció el primer cuerpo, pero no le había dado tiempo a explicar cuál había sido la relación que había tenido con la víctima.

Había temido perder el control, justo su mayor miedo.

41

Registro Anecdótico

BB

Le pregunté qué sentía al llorar. Me miró como si estuviera preguntándole algo inusual, como si fuera una cuestión absurda. Me insultó por toda respuesta y eso provocó el inicio de una cadena de reacciones que no había previsto.

Al menos, la primera huésped que tuve fue más colaboradora. Ni siquiera cuando le expliqué a la segunda que sus palabras podrían suponer parte de un avance científico, se dignó a decir nada que no fuera proferir una sarta de improperios. Esa fue otra ocasión en la que tuve la tentación de recurrir a la violencia para obtener lo que necesitaba.

Faltó tan poco.

Cada vez ha sido más difícil reprimir ese instinto.

¿Qué sientes cuando lloras? No es una pregunta tan extraña, ¿no? Yo necesito saberlo, entenderlo. Necesito registrar las distintas respuestas, comparar todas las que voy acumulando, completar unos datos con los otros, llenar los vacíos, saber si lo que sienten otros es lo mismo que lo que siento yo.

Mi madre me explicó que era algo extraño. Por un lado, tenía la sensación de que no podía parar, como si no tuviera el control de sus lágrimas, como si estas estuvieran dominadas por una fuerza ajena, más poderosa que ella. Por otro lado, sentía cierto alivio pero, a la vez, frustración, malestar. Una cadena de sentimientos contradictorios pugnando por imponerse para convertirse en el dominante.

Cuando le pregunté de nuevo a mi última huésped —de una forma menos amable esa vez—, me respondió con más lágrimas, con unas histéricas en medio de una reacción histriónica. “No lo sé, no lo sé, ¿para qué coño quieres saberlo?”. Estuve a punto de abofetearla, por esa salida de tono, por gritarme, por esa falta de respeto, por no ser consciente de cuál era aquí su lugar. Y entonces sentí como se encendía el fuego dentro de mí.

Un fuego que las lágrimas no apagan.

No sé cómo va a afectar todo esto al desarrollo de lo que está por venir. Noto como el nerviosismo va creciendo cada vez más en mi interior.

No pude retenerla tanto tiempo como me había planteado.

Todo se ha acelerado.

Percibía con claridad dentro de mí la necesidad de observar otra vez el momento de la muerte, recoger esas últimas lágrimas que caían justo antes del final, cuando ella ya sabía que no había marcha atrás, que le había hecho ingerir tantas pastillas, que nada detendría su viaje hacia el otro lado.

Pero hay algo más. Tengo miedo de que él se vaya. Necesito que siga aquí. Su participación es clave en todo esto. Con este segundo cuerpo, ya no podrá abandonar la zona cuando quiera. Ahora está un poco más atado. Ya no dependerá solo de él la decisión de permanecer o no.

El final de una historia es lo más importante.

Andrew tiene que formar parte de él.

42

Más cerca

La agente Victoria estaba sentada frente a Andrew en la sala de interrogatorios. Su expresión seguía siendo muy dura. A él le seguía costando entender qué había provocado una respuesta tan desmesurada en ella. Creía haber sido bastante delicado rechazando su ofrecimiento de dos días atrás. ¿Por qué tenía que encontrarse en ese embrollo? Bastante tenía con lo de la chica que habían encontrado.

—De verdad, Victoria, no creo que esto sea necesario.

—¿A qué te refieres exactamente? Me gustaría que me ilustrases.

—A que no hace falta que me mantengas aquí encerrado en la sala de interrogatorios. No voy a irme a ninguna parte.

—Bueno, eso no lo sé. No creo que seas alguien de fiar. Al menos, esa es la impresión que tenemos la mayoría aquí, por si no lo sabías.

Andrew empezaba a ponerse nervioso. La joven agente no le quitaba ojo de encima. Era una mirada animal, la mirada de un felino antes de atacar a su presa.

—Tú no necesitas estar aquí. Puedes dejarme solo. Puedes cerrar la puerta y vigilarme desde fuera. Será mejor para los dos.

—¿Tanto te molesta mi presencia?

—Haz lo que quieras, Victoria. Creo que vas a tomar mal cualquier cosa que te diga.



Ya tenían embolsadas y debidamente etiquetadas casi todas las pruebas que habían hallado. Era momento de enviar todo al laboratorio para su posterior análisis.

Todos los detalles parecían coincidir hasta ese instante con la anterior, salvo la cantidad de maquillaje que había sobre el rostro y las muñecas de la víctima, así como el contenido del sobre que iba dirigido a Andrew. Esta

vez, el asesino no pedía ayuda. Esta vez, planteaba una pregunta un tanto peculiar: “¿Puede la tristeza envasarse en un tarro de cristal?”

Solo una mente perturbada podría hacer una pregunta tan absurda, con una respuesta tan evidente, además. La tristeza no puede envasarse, al igual que no se envasan el miedo o la alegría. Las emociones deben ser liberadas, no contenidas en tarros ni recipientes de ningún tipo, ya fuera metafórica o literalmente hablando.

¿Qué intentaba decir?

El sargento decidió que era momento de volver a comisaría. Los técnicos se quedarían ultimando los detalles restantes de la primera exploración de la escena. Él y la detective Williams interrogarían a Andrew en las dependencias policiales. Se había dado cuenta de la

buena relación existente entre ellos y supuso que eso le ayudaría en la investigación.

También percibió el estado de ánimo de la detective. Estaba realmente preocupada.



Cuando llegaron a la comisaría, Sharon y el sargento se dirigieron a la sala de interrogatorios. A través del cristal unidireccional, Adam Lambert observó el rictus de su subordinada. Le preocupó lo que vio. Le preocupó mucho. Andrew trataba de aparentar estar relajado, pero era evidente la tensión. Miraba a la agente, de vez en cuando, de soslayo. Por su parte, la forma en la que Victoria Stevens observaba al joven era temible, como si fuera un depredador a punto de saltar sobre su presa. El sargento sopesó la posibilidad de que su agente hubiera rebasado aquella barrera invisible.

Otra vez.

Abrió la puerta y le pidió que saliera.

—Gracias, agente Stevens. Ya nos ocupamos nosotros.

La chica se levantó sin quitarle ojo a Andrew. Éste estuvo a punto de resoplar y decir un comentario poco amable, pero se reprimió en el último segundo.

Sharon entró inmediatamente, lo que le dio la oportunidad al sargento de cruzarse unos segundos con la joven en el quicio de la puerta.

—¿Todo bien por aquí, Vicky? —le preguntó apenas en un susurro.

—Por supuesto —respondió con un frío helador en los ojos.

Adam Lambert acababa de cumplir cincuenta años. Comenzó su carrera en el ejército, lo que explicaba en parte su amor ciego por la disciplina. Se licenció con todos los honores cuando decidió cambiar su carrera profesional y entrar en la Real Policía Montada de Canadá. Más o menos coincidió también cuando tomó la decisión de casarse y trasladarse a un lugar tranquilo rodeado de montañas y lagos.

No tuvieron hijos. La naturaleza parecía haberles negado esa posibilidad. Por eso, cuando su buen amigo Connor Stevens le dijo que su hija estaba preparándose para entrar en la policía, le aseguró que estaría pendiente de ella. Casi había sido una hija para él y para Lily.

La habían visto crecer y la querían muchísimo.

Hasta que tuvo su primera crisis nerviosa tras un nefasto hecho inesperado, ya dentro del cuerpo. Ahí empezó una parte muy dura de la que todos creían que, a estas alturas, estaba ya totalmente recuperada. Según el psiquiatra, le convenía volver a su trabajo y a algo que fuera lo más parecido a su rutina anterior al suceso que la desestabilizó.

Entonces apareció Andrew. Y el sargento no supo detectar lo que había visto Victoria en él.

Hasta ahora.

—Sargento, entiendo su preocupación, pero creo que todo esto es excesivo. Le aseguro que no tengo nada que ver con el asesinato.

—Eso no es del todo exacto. Algo tienes que ver. Una vez más, estaba tu tarjeta entre sus dedos y un sobre dirigido a ti en su regazo.

—Pero eso no lo he hecho yo, obviamente. ¿O cree que sería tan estúpido como para auto incriminarme en la escena de un crimen? Además, sé que Mike me vio con la chica. Si quisiera asesinar a alguien, no mataría a una persona con quien sé que sería fácil establecer una relación directa conmigo en las últimas horas de su vida.

—Cuéntanos qué pasó la otra noche.

—Por supuesto. Le diré todo lo que necesite saber. Y después le pido que me deje continuar colaborando en la investigación.

—Ya veremos. Todo depende del resultado.

Entonces Andrew se dio cuenta de lo improbable que iba a ser que le dejasen colaborar si les contaba absolutamente todo. Especialmente cuando las pruebas físicas comenzaran a relatar una historia que podía ser malinterpretada.

—Estuve cenando con Sharon. Después, fuimos a tomarnos una cerveza antes de irnos a dormir. Apareció Mike por sorpresa. Nos dijo que había ido hasta allí con su ayudante, pero que no había querido entrar porque no es muy sociable. Al poco de llegar él, Sharon nos dijo que se iba a su habitación porque estaba cansada. Yo no quería quedarme mucho tiempo, pero al final me tomé otra cerveza con Mike. La chica estaba al final de la barra. Era la segunda noche

consecutiva que la había visto allí.

Me pareció que me observaba y decidí acercarme a hablar con ella. Era muy atractiva. Estuvimos un rato hablando y después salimos del bar.

Andrew hizo una pausa y miró a Sharon. Por algún motivo, se sintió un poco avergonzado, aunque sabía que no tenía motivos para ello. Era su vida y solo él tenía capacidad de decisión sobre ella. No tenía por qué dar explicaciones a nadie.

—Nos dirigimos a mi habitación, pero al final, la cosa no fue a mayores. Se marchó poco rato después de que llegásemos.

En realidad, no había contado toda la verdad. La realidad era que la situación se había vuelto un tanto extraña, al menos para él. Sintió una punzada de remordimiento mientras acariciaba por encima de la camisa una de las marcas que le había dejado.

¿Por qué lo había ocultado?



—Bueno, Mike, me ha encantado tomar algo contigo, pero ahora creo que voy a acercarme hasta el final de la barra. Hay una chica preciosa que, si no me falla mi intuición, parece tener interés en conocerme. Y no quisiera decepcionarla —dijo con una sonrisa cargada de intenciones.

—No dejas escapar una oportunidad, ¿eh?

Andrew se encogió de hombros por toda respuesta y se dirigió hacia la joven, la cual le miraba con una sonrisa seductora.

—¿Te importa que me siente a tu lado?

—¿Tú qué crees?

—Espero que no.

Clavaron sus ojos en los del otro. Unos segundos de pausa antes de lanzarse a hablar. Había que estudiar a quien tenías en frente. Esa fase a Andrew le encantaba.

El juego de seducción.

El reto.

El primer acercamiento.

Adivinar las intenciones del otro.

Arriesgar.

La adrenalina.

La excitación previa.

Lanzarse al vacío sin red.

—Me he dado cuenta que te gusta frecuentar este bar —dijo el detective, según se acomodaba en el taburete.

—Me gusta frecuentarlo cuando veo algo que me gusta.

—¿Y qué es lo que te ha gustado esta vez? —preguntó con su mejor sonrisa.

—¿A ti qué te parece que es?

Andrew miró los labios de la chica. El carmín era de un tono rojo intenso que parecía atraerle sin remedio. Eran unos labios sensuales, carnosos y brillantes.

—Vale, no voy a entrar en ese juego. Si te digo lo que pienso, pensarás que soy un narcisista y un ególatra.

—A mí me parece que acabas de contestarme.

Esta vez Andrew se rio, apartando la mirada durante unos segundos.

—Espero que no pienses que soy un engreído.

—Prefiero no juzgarte hasta conocerte un poco mejor.

—¿Te apetece que tomemos otra mientras nos conocemos?

—Si eso es todo lo que tienes para ofrecerme, de acuerdo. Pero yo había pensado más en irnos juntos a un lugar más íntimo y apartado de miradas indiscretas. ¿Qué tal tu habitación, por ejemplo?

Vale, aquello sí era directo. Andrew se mordió el labio inferior, como solía hacer en ocasiones similares. Era un gesto involuntario que en él resultaba muy seductor.

Y lo sabía.

—¿Cómo sabes que estoy alojado aquí?

—Te escuché decirlo ayer cuando estabas ahí tomando algo con la misma mujer que estaba hoy contigo. Espero que no tengas nada con ella.

No me gusta tener que competir.

—Es un poco mayor para mí. Casi podría ser mi madre y la respeto como si lo fuera.

—Puede ser, pero yo no tengo ni idea de las rarezas que a un tío como tú pueden gustarle.

—¿Un tío como yo? No sé a qué te refieres.

—Si quieres dedicamos el rato a hablar o, por el contrario, lo destinamos a algo mucho más interesante y divertido.

—Déjame, al menos, que te invite y pague tu consumición.

—Me parece perfecto.

Después, se dirigieron hacia la salida del bar. La chica asió la mano de Andrew, algo que a él en cierta medida le sorprendió. Era todo demasiado rápido, demasiado directo… ¿Demasiado extraño?

Ya fuera del bar, se lanzó a besarle. Al final, estaba claro que el juego de seducción había sido mínimo, pero tampoco tenía la menor intención de decirle que no. Por un segundo, Melisa cruzó por su mente, haciéndole dudar si sería mejor dejarlo pasar. Sin embargo, viendo la pasión encendida en ella, el anhelo que sentía, envió ese pensamiento intrusivo a un rincón muy escondido de su memoria. Al fin y al cabo, Melisa ya no pertenecía a su presente.

Se dirigieron hacia el motel, el cual estaba a una distancia mínima del bar, hasta el punto de que parecían formar parte del mismo establecimiento, sin serlo. La cosa se puso más intensa nada más traspasar el umbral de la puerta de la habitación de Andrew. Enseguida se dio cuenta de que a ella le ponían cosas a las que él no estaba acostumbrado. No le llamaba nada la atención el sexo con violencia y todo parecía indicar que era por ahí por donde empezaba a ir la cosa. Nada más quitarle la camisa, le arañó la espalda de manera brusca. Él se separó un poco para advertirle con la mirada que aquello

no le gustaba. Ella puso una expresión traviesa y volvió a pegarse a él, mordiendo con suavidad los labios, acariciando su cuerpo y, después, lamiéndole desde el cuello hacia abajo. Entonces ella le mordió el pecho con fiereza, haciéndole daño de verdad.

—¡Para! ¿Qué haces?

—¿No te gusta? No tienes pinta de ser un mojigato —dijo poniendo ojos de sádica. Entonces observó que la chica tenía restos de su sangre en los labios. Miró hacia abajo mirando la marca que le había dejado y cómo sangraba débilmente. Todos sus dientes aparecían marcados en su piel—.

Tal vez sea el momento de probar cosas nuevas, ¿no crees?

Ella volvió a intentar seguir donde lo había dejado. Pero a Andrew aquello dejó de parecerle buena idea.

—Creo que será mejor que te vayas.



—¿Se marchó? ¿Sin más? —preguntó el sargento—. No sé por qué no me lo creo, Davis.

—Más o menos. La cuestión es que se fue. Supongo que no buscábamos lo mismo.

—Sabes que no lo estás arreglando, ¿verdad? Cuanto menos claro eres, más sospechas levantas.

Andrew miró a Sharon. Otra vez ese sentimiento de vergüenza aflorando. Era del todo irracional. Quizás se debía a que habían intimado más en los últimos días y que ella había visto en él cosas buenas que tenía olvidadas. Quizás era que le importaba que ella tuviera una buena opinión sobre él y aquello lo iba a estropear.

—De acuerdo. Como he dicho, estuvimos hablando en el bar, no demasiado, la verdad. Fuimos a mi habitación. Imagino que no es necesario que os diga para qué. Pero la cosa subió demasiado de tono para mí. Ella buscaba algo que a mí particularmente no me gusta demasiado. Así que le dije que era mejor que se marchara después de que me hiciera esto…

Entonces Andrew se abrió la camisa y mostró el mordisco en el pecho.

—También me dejó unos arañazos en la espalda. No se lo tomó demasiado bien cuando le dije que no quería seguir, pero yo no le hice nada, eso sí que os lo aseguro. Se fue y no la he vuelto a ver hasta hoy.

—¡Joder, Andrew! A este tipo de cosas me refiero con eso de que tienes que centrarte.

—Sharon, perdona que te lo diga, pero no eres mi madre y, a veces, me parece que eres un tanto retrógrada con ciertos temas. Es mi vida y hago lo que quiero, ¿de acuerdo?

El sargento levantó las manos en un claro gesto que solicitaba tranquilidad.

—Intuyo que, salvo sorpresa, vamos a encontrar restos de su ADN

bajo las uñas de la víctima, detective. Esto no pinta nada bien, como ya se imaginará.

—Soy consciente.

—Sin hablar de que, cuando hagamos el molde de su estructura dental, está encajará a la perfección con el mordisco que tiene en el pecho.

—Sé cómo suena todo esto.

—No es como suena, es lo que es. Me está pidiendo un acto de fe, detective Davis.

—Yo no la he matado. Además, el asesinato parecía muy similar al otro del Lago Louise. Y ya había quedado claro que yo no estaba implicado.

—Aún no tenemos clara su relación con ese crimen, conviene que lo recuerde.

—Pero, en todo caso, no es una relación directa. Alguien quiere implicarme.

Adam Lambert suspiró profundamente. Tenía un lío de los gordos.

Empezaba a pensar que lo mejor habría sido no haberle hecho volar hasta allí. Pero, como dice la canción, nunca es lo que pudo haber sido. Ya era tarde para lamentarse y, mucho más todavía, para cambiar decisiones que se habían tomado en el pasado.

—Lo que parece claro es que fuiste posiblemente el último que la vio con vida. ¿A qué hora se marchó?

—No era demasiado tarde. Puede que solo fueran las once y media.

—¿Te fijaste si había alguien en la calle cuando salió?

—No. Se fue dando un portazo y yo ni siquiera me asomé. ¿Para qué?

No tenía mucho sentido. Me dirigí al lavabo a lavarme la herida con agua y jabón.

—¿Hay algún detalle más que se te ocurra que pueda ser interesante?

¿Alguien que te llamara la atención en el bar? ¿Había alguien cuando salisteis que te resultara sospechoso? Cualquier cosa que se te ocurra.

—No. En el bar había más o menos las mismas personas que estos días de atrás. Es algo en lo que me fijo sin querer. Al parecer es a lo que llaman alerta atencional: captar de un vistazo en un sitio detalles que a la mayoría se les escapan. Aunque suene difícil de creer, creo que podría identificar a todas las personas que estuvieron allí mientras permanecí en el interior del local.

—¿Quién sabe? Puede que nos sea de utilidad. Ya lo veremos. Ahora lo que voy a hacer es llamar a algún agente para que tome las muestras oportunas, detective. Seguro que lo comprende.

—Desde luego.

—Bien, si no hay nada más, será mejor que sigamos investigando.

—En realidad, hay algo que empiezo a pensar que es relevante en la investigación y que aún no os he contado.

El sargento ya había empezado a levantarse cuando Andrew pronunció aquellas palabras.

43

Registro Anecdótico

BB

Estoy cerca. Le veo. Y una vez más, él ni siquiera es consciente de mi presencia. La historia se repite. Para Andrew soy invisible. Pero pronto lo hará. Estaremos frente a frente. Mi próxima víctima no le dejará

indiferente.

Supongo que la última ya le puso en alerta. Si con la primera no comprendió que esto también tiene que ver con él, la localización de la seguna seguro que le habrá puesto sobre la pista. Tiene que haber despertado una alerta en su subconsciente. El mensaje ha sido muy claro. Si a él le interesa alguien, a mí me interesa, especialmente si más o menos encaja en el perfil que busco.

Lo único que lamento es que mi próximo objetivo no cuadra con los requisitos mínimos que me había marcado. Debo aceptarlo. Tiene que prevalecer el bien mayor. En este caso, concedo que se pliega a un propósito más elevado.

Esta vez no voy a gritar pidiendo ayuda. La primera carta solo buscaba recordarle que una vez la pedí y él miró hacia otro lado. Ayúdame. Él estaba demasiado ocupado divirtiéndose. La segunda vez, simplemente me derivó a otros, se quitó el peso de encima, incumpliendo incluso su deber como policía. En dos ocasiones le necesité y en las dos me dio la espalda.

Todo eso ya da igual. Llegados a este punto de la historia, cada uno ocuparemos nuestro lugar.

Poseo ya una variada muestra de lágrimas. Trasladarlas preservándolas en buenas condiciones no ha sido sencillo. Algunas son bastante antiguas, pero creo que están bien conservadas. Ha llegado el momento de mezclarlas. Tal vez al juntar la tristeza de muchas mujeres similares, lo que vea bajo el microscopio me revele algo nuevo. A lo mejor sea la fórmula de acabar con la pena, la angustia, la desolación.

Una cura para almas aniquiladas.

El sargento miró a Andrew con renovado interés. ¿Qué era aquello que consideraba que podría ser relevante para la investigación? ¿Qué más le tenía que contar? Con la información que le acababa de facilitar ya había captado toda su atención. Ahora tendría que tomar decisiones al respecto.

Las pruebas físicas, es decir, los análisis de rastros y ADN, entre otros, iban a mostrar de forma clara y transparente una conexión muy directa del detective con la víctima, un nexo en el que se incluía un contacto físico que contenía cierta violencia. Después de ello, la mujer había acabado muerta.

Entonces recordó una famosa sentencia que se usa habitualmente en el ámbito científico: uno más uno, no siempre es dos. Puede que, en esa situación, tuviera todo el sentido del mundo.

Otra cosa era que el resto del equipo lo viera como él.

—Pues adelante, detective. Somos todo oídos —le alentó el sargento a continuar, al tiempo que se volvía a sentar.

El detective Davis miró a su compañera. Le pareció leer decepción en su mirada. A lo mejor no debería importarle. Sin embargo, no podía evitar sentir cierta tristeza. Su afecto por Sharon Williams era genuino.

—Este caso creo que tiene un vínculo personal conmigo.

—A esa conclusión ya habíamos llegado.

—No me refiero solo a lo de que esté mi tarjeta y un sobre con mi nombre. Eso podría estar vinculado a mi carrera profesional, sin más implicaciones. Alguien que no quedó satisfecho con la resolución de algún caso, por ejemplo. Pero yo hablo de algo más allá.

—¿A qué te refieres? —preguntó en esta ocasión Sharon.

—A los escenarios en los que han aparecido los cuerpos.



Desde que había aparecido el segundo cadáver, no paraba de crecer el malestar dentro de él. Tenía la sensación de que alguien le quería hacer daño, pero no acertaba a ver cómo ni por qué. Salvo lo mal que

habían terminado las cosas con Melisa, no se le ocurría nadie que pudiera estar enfadado con él a nivel personal. Había estado dándole vueltas también a los casos que había llevado en Toronto. Por más vueltas que le daba, no le venía a la mente ninguno que pudiera estar detrás de todo aquello.

Tampoco recordaba ningún detenido que hubiera demostrado especial inquina hacia él, ni había recibido amenazas, ni encontraba nada en sus recuerdos que despertara una alerta dentro de su cabeza. No localizaba la conexión, por mucho que se esforzara, pero sabía que estaba ahí, en algún lugar. Debido a ello, no había trasladado sus inquietudes al sargento Lambert. No hasta que tuviera información más sólida.

Volver al lago Louise y a las cuevas, le removió recuerdos que no quería rememorar porque eran la prueba clara de lo que había perdido. O, mejor dicho, de lo que se había empeñado en dejar atrás.

Habían pasado unas mini vacaciones maravillosas. Cuatro días que habían aprovechado al máximo. Habían alquilado un bote para navegar por el lago, algo muy habitual en la zona en la etapa veraniega. Como siempre, ese enclave de ensueño que era el Lago Louise estaba hasta arriba. Tuvieron que dejar el coche de alquiler a cinco kilómetros y coger uno de los transportes que había hasta allí, puesto que el aparcamiento estaba imposible. A pesar de los contratiempos, lo habían pasado bien. Todo era una aventura. Fue precisamente junto al lago donde Andrew le pidió a Melisa que se casara con él.

Se habían alojado en un hotel en Banff. En esa época del año, los precios eran desorbitados y costaba mucho encontrar alojamiento si no lo reservabas con mucha anticipación. Pero Andrew tenía previsto aquello desde muchos meses antes, así que reservó una coqueta y acogedora habitación en uno de los hoteles más céntricos de la localidad cuyo nombre coincidía con el de uno de los dos Parques Nacionales más famosos de Canadá.

Andrew recordaba con todo detalle lo vivido aquellos días. La noche después de pedirle la mano, cenaron en un restaurante romántico e hicieron el amor con un ansia renovado, como si tener la certeza de que iban a pasar el resto de sus vidas juntos hubiera hecho crecer el amor que se profesaban el uno al otro.

Al día siguiente en las cuevas, lo pasaron genial, riendo a todas horas.

Ilusionados. Borrachos de felicidad. Tenían una foto allí besándose que era muy especial para ambos, una instantánea que Melisa puso en todas sus redes sociales y que usó como imagen de perfil durante solo unos días porque, muy poco tiempo después, Andrew decidió que no se merecía esa dicha.

La angustia se agarró a su estómago con voracidad. Casi experimentó un dolor físico. Tal vez fuera porque las emociones tienen en realidad su correlato fisiológico que hace que las experimentemos de forma inequívoca, haciendo explotar las terminaciones nerviosas en una cascada química innegable. En esa ocasión, comprobó que algunos recuerdos pueden doler más allá del nivel emocional.

Pero había algo en lo que aún no había pensado.

Cabía la posibilidad de que Melisa estuviera en peligro.



El sargento pareció enmudecer. Aquello cambiaba muchas cosas. El asesino tenía un vínculo personal con Andrew, un vínculo que parecía provenir de su etapa en Toronto y conocía información que era, al parecer, muy íntima.

—Esto implica que tenemos que investigar su entorno, detective Davis. Este sujeto, por lo que acaba de relatarnos, tiene una conexión muy personal con usted. Necesitamos conocer a todas las personas con las que tenía relación, en principio, en su época en Toronto, puesto que su tarjeta es la de allí.

—Es más, sargento. Creo que tengo el perfil del sujeto que buscamos.

Por eso, aprovecho para decirle que no puede apartarme del caso. Me necesita en esta investigación.

—Creo que no me queda otra opción que dejarle al margen, detective.

Cuando el laboratorio nos diga que han hallado sus restos biológicos en la víctima, no va a haber forma humana de mantenerle en el caso, seguro que lo entiende.

—Sí, sargento. Lo entiendo. Pero necesito que escuche mis motivos antes de tomar una decisión definitiva.

Adam Lambert frunció el ceño. Giró levemente su cuerpo, aunque sin dejar de mirarle, mientras sopesaba si dejarle hablar. Cruzó las

piernas, la

izquierda sobre la derecha. Con su mano diestra, se limpió unas inexistentes motas de su pantalón. Todo un ritual de gestos en apariencia tranquilos que se habían puesto en marcha mientras su mente iba a mil por hora.

—De acuerdo. Adelante. Soy todo oídos, lo que no es sinónimo de que pueda prometerle nada.

Andrew asintió y comenzó a explicarse.

—En primer lugar, recuerde que soy el único criminólogo aquí. Como muy bien me dijo cuando nos conocimos, mis notas en la carrera fueron excelentes, es totalmente verdad, porque me apasiona la criminología. Y

espero que esto no lo interprete como una declaración prepotente y soberbia, porque nada más lejos de la realidad. No soy el mejor criminólogo y lo sé, pero debo insistir, aquí soy el único.

Adam Lambert le miró apretando los labios. Echó su cuerpo hacia delante, apoyando sus codos sobre la mesa, en un claro gesto que le indicaba que continuase.

—Recuerdo que quería conocer también los motivos de mi traslado desde Toronto y las razones para mi conducta abúlica. Pues bien, sargento, eso también se lo voy a contar ahora. Como ya la dije, hubo una vigilancia que salió mal. La cagué y un chico casi muere por mi culpa, cosa que ya quedó claro que usted sabía. No he sabido reponerme de aquello y supongo que he intentado castigarme de alguna forma porque no me perdono ese fallo. Un buen policía no la caga así. Fin de la historia. Pero ahora estamos aquí y, tal vez, pueda ayudar —concluyó analizando a sus interlocutores.

—Prosiga.

—Gracias. Sé que va a sorprenderle lo que voy a decir, pero le pido mente abierta. Creo que el criminal al que nos enfrentamos no es un asesino, sino una asesina.

Sharon se quedó pensativa durante unos instantes.

—La verdad es que estamos dando por hecho continuamente que es un hombre —afirmó su compañera.

—Las estadísticas se inclinan claramente hacia los hombres, detectives

—respondió el sargento, mirando a uno y otro de forma alternativa.

—Pero tal vez nos equivoquemos. Si ha enfocado esto en relación a los lugares que eran importantes para Andrew y su novia, tal vez sea una ex celosa. O, quién sabe, alguna joven a la que rechazó en su día y no lo asumió bien.

—No lo sé. Parece un poco descabellada esa teoría. ¿A cuento de qué ahora y no en aquel momento? Además, insisto en la estadística, una herramienta matemática difícil de soslayar. Hace poco leí un artículo de la BBC que señalaba que, según investigaciones recientes, el noventa y cinco por ciento de los homicidios se cometen a manos de hombres. Seguro que usted, detective Davis, estudió en la carrera la relación entre los niveles de testosterona y violencia.

—Sí, es cierto. La mayoría de los crímenes son cometidos por hombres. Y, a pesar de eso, mantengo mi teoría. Si hay algo que me ha ayudado a llegar a esa conclusión es precisamente la actitud de la agente Stevens hacia mí todo el día. Perdóneme que sea tan franco, sargento, pero creo que Victoria necesita atención psicológica.

El sargento Lambert pareció enrojecer. Andrew temió haberse excedido. Acababa de comprender que entre la agente y el sargento, posiblemente había una relación que iba más allá de lo profesional.

—Disculpe que sea tan brusco. Me he dado cuenta de que usted le tiene un especial cariño.

—Eso no es relevante aquí.

—Tiene razón.

El ambiente pareció tensarse por unos segundos. Andrew comprendió que lo mejor sería continuar como si no hubiera surgido ese tema.

—En cuanto al perfil, creo que buscamos a una mujer con una edad similar a la de ambas víctimas o, también podría ser, que perdió a alguien que tenía esa edad. Por lo poco que hablé hace dos noches con la segunda víctima, ésta me dijo que tenía treinta y dos años, exactamente la misma edad que la primera. Creo, además, que la asesina está en pleno brote psicótico. Esto es típico en los que se conoce como *Spree Killers*, o lo que es lo mismo, asesinos explosivos o itinerantes.

El detective Davis observó el rostro de sus interlocutores. Quería analizar hasta qué punto estaba convenciéndoles. Las dudas se reflejaban con claridad en el rostro del sargento.

—Sé que esto va contra la estadística, como usted mismo ha dicho, pero la falta de violencia y la forma tan cuidada en la que deja a la víctima, me reafirma en mi teoría de que es una mujer.

—A mí eso me parece plausible —afirmó Sharon.

—No deberíamos dar por sentado que es un hombre solo en función de las estadísticas, por aplastantes que sean. Dejaríamos fuera siempre a un

cinco por ciento posible.

—Lo comprendo, detective, pero no hay que olvidar que las probabilidades están ahí para algo.

—Yo opino como él, señor. Este crimen bien podría ser ejecutado por una mujer. No tiene la violencia que es habitual en los crímenes perpetrados por hombres. De hecho, casi es una muerte placentera.

—Una muerte placentera que recuerda a un suicidio.

—Aún no estamos seguros de que haya sido así también con esta segunda víctima hasta que lo corroboren el forense y su ayudante —recordó Lambert.

—En eso tiene razón. Prosigo con mi razonamiento. No hablamos aquí de asesino en serie y los motivos son, entre otras cosas, que no existe período de enfriamiento entre los crímenes y no hay ninguna motivación sexual o sádica, como suele ser preponderante. Obviamente, tampoco tenemos tres cuerpos aún para calificarlo como serial, pero no tengo la menor duda de que así será en un corto plazo de tiempo si no la detenemos antes.

—Confío en que no haya más asesinatos en mi distrito, detective.

—Por eso tiene que escucharme con atención. Además de lo dicho hasta ahora, hay que considerar que los asesinos explosivos, de manera habitual, matan en un corto período de tiempo en localizaciones diferentes.

Buscamos, por los motivos que explicaré a continuación, a una mujer que trabaja en el ámbito de las ciencias de la salud. Es más, debido a

la precisión quirúrgica con la que extirpa los sacos lagrimales, se diría que es médico o investigadora, tal y como avanzó en su momento ya nuestro forense. El hecho de que la primera víctima muriera debido a una ingestión masiva de metacualona, un medicamento que fue retirado del mercado, me induce a pensar que es posible que haya trabajado en algún laboratorio farmacéutico. Intuyo que la causa de la muerte de la segunda víctima será muy similar a la primera. Además, están la morfina y el midazolam, medicamentos que no están al alcance de cualquiera.

Según le miraban Sharon y el sargento en aquel momento, Andrew no tenía claro si le seguían prestando atención o, por el contrario, habían desconectado hacía tiempo.

—¿Me seguís?

—Más o menos —respondió Sharon.

—Continúe, por favor.

—Bien, por todo lo que hemos ido comentando hasta la fecha y las evidencias que apuntan hacia mí, tiene una cuenta pendiente conmigo. Pero no presenta una relación directa o, al menos, exclusiva con mi trabajo en Toronto, sino que es más personal. Quiere verme inquieto y hacerme sufrir ensuciando algunos de mis mejores recuerdos. Como se ha desconectado de la realidad debido al brote psicótico al que aludía anteriormente, me pide ayuda. Creo que hace referencia a una situación del pasado. Pero no puedo estar seguro. No obstante, habría que buscar personas que tengan o hayan tenido relación conmigo en el pasado, desde hace tres años hacia atrás, y que trabajen o hayan trabajado en el ámbito sanitario, especialmente, si lo han hecho en un laboratorio en Toronto.

—Eso podría estrechar el círculo bastante —señaló su compañera.

—Eso espero, aunque conozco a demasiada gente allí. Al fin y al cabo, pasé la mayor parte de mi vida en Toronto. Y luego está el bote de lágrimas.

Eso indica una desconexión absoluta de la realidad. Creo que es un indicador de su psicosis. ¿Puedo continuar o queréis preguntarme algo?

—Adelante —contestaron casi al unísono.

—El brote psicótico consta de diversas fases. Una fase premórbida o

anterior al comienzo de los síntomas. Una fase prodrómica en la que ya aparecen ciertos indicios pero atenuados, relacionados con cambios afectivos que notarían los de su entorno: amigos, familiares o compañeros de trabajo. Algunas señales serían labilidad emocional, es decir, inestabilidad del estado de ánimo, así como desconfianza, irritabilidad…

Nada que no se pueda achacar a otros motivos pero que, seguramente, empezasen a debilitar sus relaciones. Finalmente, en la fase de los síntomas positivos, la psicosis sería evidente, por lo que es fácil que se encuentre de baja en el trabajo o fuera expulsada por algún comportamiento inadecuado, si no fue diagnosticada su psicosis con anterioridad. Con todo lo que acabo de decirle, sargento, tenemos mucha información para empezar a trabajar.

El sargento tenía dudas. Las ciencias de la conducta le seguían pareciendo, en cierta medida, un artificio de brujos que adivinan el perfil psicológico de los criminales en función de datos que no son fáciles de contrastar. Él era un hombre que necesitaba ver para creer. Requería pruebas físicas infalibles que apuntaran en una sola dirección, si bien era consciente de que eso no era lo habitual. Antes o después, era necesario teorizar con la información que se disponía.

—Bien, en cualquier caso, a lo mejor es un buen momento de reunir al equipo y analizar todo desde una nueva perspectiva. O, al menos, ampliar las posibilidades.

45

Registro Anecdótico

BB

Observo mis botes de lágrimas y me asombro del trabajo que estoy logrando llevar a cabo. Me rodean muestras de distinto tipo. Me maravillo del fruto que ha dado mi esfuerzo. Aunque sé que falta lo más difícil, encontrar la fórmula que cure la tristeza con la combinación perfecta de ingredientes. El método es la clave, atender a los prerrequisitos, observar al detalle, medir las reacciones, registrar cada desviación, establecer las correcciones que sean necesarias.

Debo estar cada vez más cerca de la solución. ¿Quién sabe? Puede que, esto que a muchos seguro que les parece una locura, acabe siendo un hito en la historia. Ojalá me recuerden por mis logros y no por lo que está rodeando a esta investigación. Ojalá hubiera sido más sencillo, pero la situación debía ser lo más realista posible. Las

lágrimas se debían recoger en una situación de sufrimiento real. En el laboratorio habría sido imposible. Imagino todas las trabas éticas que lo habrían hecho inviable. La ciencia necesita avanzar, los investigadores, a veces, nos vemos obligados a traspasar algunos límites. La evolución requiere sacrificios. Espero que, al final, sea lo que el mundo vea: el progreso.

Que los árboles no impidan ver el bosque.

En el laboratorio farmacéutico en el que estuve trabajando no supieron apreciar mis cualidades. Al principio creí que sí, hasta que cayeron las máscaras. Fueron unos hipócritas. Mientras les fui útil y hacía todo lo que me pedían, todo iba fenomenal. No ponían ningún obstáculo a que echara todas las horas extra que quisiera. Pero en cuanto empecé a hablarles de mi proyecto personal, de lo que había empezado ya a hacer, todo cambió.

Recuerdo la cara de algunos de ellos, el espanto reflejado en su rostro. Y es entonces cuando la furia me asaltó. Estuve a punto de agredir a un compañero, pero logré controlarlo, a pesar de que no dudo que fue el disparador de lo que sucedería después.

Cada día era más evidente. Las miradas, los cuchicheos, los silencios repentinos llenos de significado. Sabía que hablaban de mí. Y no me importaba. Traté de aislarme de sus comentarios malsanos y sus envidias, porque, en el fondo, sabían que estaba a punto de hacer algo muy grande.

Traté de obviarles todo lo que pude.

Hasta el momento en el que me dijeron que debía ir al médico y cogerme una baja. Aseguraron que necesitaba descansar, que había trabajado demasiado y me estaba pasando factura.

¡Pamplinas!

Sé que perdía un poco los papeles de vez en cuando, eso no lo voy a negar, pero tenía mis motivos. A nadie le gusta que le traten como si hubiera perdido el juicio. Entonces ya no se anduvieron con más rodeos y me dijeron que estaba sufriendo una crisis nerviosa y que lo mejor era llamar para pedir ayuda. Tuve que irme antes de que fuera demasiado tarde. Tengo el convencimiento de que querían encerrarme.

Me miraban con miedo y, a la vez, con compasión.

No querían entender nada.

Panda de zoquetes.

Entonces lo comprendí.

Había llegado el momento.

Las señales eran evidentes.

Acababa de cumplir treinta y dos años.

Estábamos ya en el tiempo de descuento.

46

El tiempo pasa deprisa

Dos meses después…

Habían pasado ya dos meses desde que aterrizasen en el lago Louise sin saber muy bien para qué estaban allí. Los sucesos se habían ido encadenando de una forma sutil, casi sin ser perceptibles, salvo por el rastro de muerte y lágrimas.

Un rastro desolador.

El aturdimiento parecía una enfermedad común dentro del departamento después de aquello. No siempre el tiempo es eficaz adormeciendo los sentidos. Nadie acababa de creerse lo mal que había acabado aquel asunto. Ese regusto amargo era una presencia permanente.

Andrew iba andando por la calle tratando de encontrar algo a lo que aferrarse. Se sentía hundido. Seguía arrastrando esa losa pesada con la que ya cargase una vez. Estuvo decidido a cambiar el rumbo de su vida, a virar el barco lo suficiente para enderezarlo y situarlo otra vez en la ruta adecuada. Ahora volvía a tener dudas.

¿Merecía la pena? Era difícil dar con la respuesta exacta. No obstante, no podía volver a una vida de falsa anestesia. Ya lo había probado durante bastante tiempo y había comprobado que tampoco era la solución.

No podía negarse que había redescubierto su amor por su trabajo. La adrenalina, el desafío, resolver el puzle, la intriga, el misterio. Había tratado de mantenerse al margen, de no interesarse, pero las circunstancias de las muertes y las habilidades del sargento Lambert para despertar su interés habían surtido efecto.

Había vuelto a sentirse muy vivo.

Hasta que volvió a sentirse muerto.

Tal vez nunca había sido en realidad un buen policía. Quizás solo había sido un sueño convertirse en un criminólogo destacado. Pero aun así, a pesar de la desazón creciente que no parecía desaparecer con el paso de los días, estaba dispuesto a intentarlo. Había perdido muchas cosas por

decisión propia. A lo mejor, aún estaba a tiempo de recuperarlas.

Sabía que su familia agradecería el acercamiento. No obstante, lo de Melisa ya no tenía arreglo después de lo sucedido.

Una nueva sensación de tristeza le recorrió. Tenía que desechar ese tipo de pensamientos, especialmente si quería demostrar que estaba en plenas condiciones para trabajar. Después de mucho deliberar, tenía claro que necesitaba volver, probarse y, sobre todo, mantenerse alejado de su soledad en la que solo había ideas destructivas.

Una leve ráfaga de viento fresco pareció acudir en su ayuda, cortando de raíz ese tren de pensamientos que estaban abocados a un descarrilamiento seguro. Se abrochó el botón de arriba del abrigo. A pesar de que se acercaba la primavera, el invierno no parecía dispuesto a irse tan pronto.

Llamó al interfono. Nadie respondió al otro lado. No sabía por qué había esperado una voz amable preguntando quién era. Abrieron la puerta directamente. Andrew entró en el edificio. Le envolvió la oscuridad de un portal antiguo. Llamó al ascensor y se quedó esperando a que ese infernal aparato que parecía sacado de una película clásica le trasladase a un mundo nuevo.

Tenía cita con el psicólogo.

47

Registro Anecdótico

BB

Puede que éstas sean unas de las últimas líneas que escribo. Tal vez unas pocas páginas más seguidas por un silencio sepulcral. Voy a contrarreloj en esta carrera que tiene prefijado el final. Si es así, si no hay sucesivos cuadernos que recojan todas las impresiones y avances de esta investigación científica, será porque Andrew habrá ganado. Sin embargo, la suya nunca será una victoria absoluta, de eso no me cabe duda alguna.

Me encargaré de que pierda algo por el camino.

Algo que sea importante para él.

La vida, al fin y al cabo, no es más que eso: una sucesión de batallas a ganar o perder.

Totalidad o nulidad.

A pesar de todo, de lo que pueda perder por el camino, me alegro de haber llegado a este momento. No creí que fuera capaz. Pasar de recolectar lágrimas en los barrios habitados por los abandonados, sabiendo que nadie me iba a buscar, a atreverme a lo que he hecho últimamente, ha sido un salto de acróbata profesional. He superado mis límites, me he atrevido a cosas que parecían impensables. He desafiado a aquellos que no creyeron en mí, quienes achacaron mis ideas a delirios que solo pueden ser fruto de la locura.

Han sido muchas sensaciones nuevas. Incluso, podría decir, que he aprendido cosas sobre mí que desconocía. Nuestra personalidad es como una obra de arte en permanente desarrollo, siempre inacabada. He experimentado más allá de lo imposible, he superado barreras.

Con la primera tuve mucho miedo. Pensé que no sería capaz.

Charlotte. Era una figura de porcelana descascarillada. Me recordó a mi madre. A pesar de su belleza, se leía el sufrimiento en su rostro. Un dolor acumulado, como quien almacena fanegas de harina que acaba pudriéndose.

La conocí por casualidad. No estaba planeado. Llevaba poco tiempo en Banff, un par de semanas a lo sumo. Todo sucedió con mayor celeridad de la esperada. Acababa de instalarme en la pequeña cabaña a las afueras. Era ideal, pues contaba con un pequeño sótano con una puerta con candado.

Todo iba llegando de manera fácil. Aquel día, fui a tomar algo a un bar y ella se sentó cerca de mí. Comenzamos a hablar y pronto supe que teníamos una conexión especial. Se le había averiado el coche y estaba contrariada.

Luego empezó a contarme todo lo demás: lo de su enfermedad, su situación límite, sus problemas de pareja, el maltrato… El trabajo tampoco le iba demasiado bien. Necesitaba alguien que la escuchara. Su vida era sumamente triste. Estaba desesperada.

Y tenía treinta y dos años.

Ahí supe lo que tenía que hacer.

Era la señal.

El disparo que da la salida.

Me ofrecí a llevarla en mi coche. Le dije que tenía que coger algo del

maletero. Allí siempre llevo material. Por si acaso. Nunca se sabe cuándo aparecerá la ocasión propicia. Preparé una inyección de midazolam y la oculté en la manga. Subí al coche, y antes de arrancar, en su primer descuido, le inyecté la droga que la trasladaría a una nueva realidad. Fue relativamente sencillo para ser mi primera vez.

Con la segunda, ya tenía más confianza y además, tenía todo preparado. Por casualidad, la vi la primera noche en el bar al que han acudido Andrew y su compañera cada noche porque está cerca de su motel.

Ya me había fijado en el interés que tenía en él. Desde mi rincón, observé cómo le miraba, como si fuera un dulce en un escaparate. Aquel día, solo tuve que esperar en el aparcamiento dentro del coche. Y cuando se fueron juntos, supe que si la edad encajaba, podría ser mi siguiente sujeto de investigación.

El destino lo quiso así.

Su sufrimiento, sin embargo, era otro muy distinto.

Era uno sumergido bajo la superficie.

He cumplido treinta y dos años. He llegado a ese momento que mi madre no pudo traspasar, cuando la vida se le hizo demasiado cuesta arriba para continuar. Es, por lo tanto, el instante decisivo. La fecha de su cumpleaños es inmediata. La cuenta atrás se acerca a cero.

Llega el momento de la verdad y es inevitable hacerse preguntas que sé que no tardaré demasiado en saber. ¿Habrá salvación para mí? ¿Hay salvación para los desamparados? Si es así, tendré que escribir una nueva versión de este registro, puliendo las partes que no puede ver el público general. Si no la hay… Bueno, entonces merece la pena que lo lean tal cual lo he escrito, volcando mis pensamientos desnudos, mis emociones sin ambages, mis sentimientos sin disfraz.

Tengo claro que, en algunos momentos, parece una suerte de pensamientos aleatorios encadenados, sin demasiado orden, saltando de unas ideas a otras, no siempre bien conectadas. De Einstein también dijeron que era un loco, un excéntrico. Y de Copérnico, pero ya nadie duda de su teoría heliocéntrica. Debía registrarlo todo según venía a mi cabeza. En el otro cuaderno, en el de los datos puros y los cálculos, encontrarán aquello que completará lo escrito aquí.

Está todo planeado. Será muy pronto. Aunque lo he visualizado claramente, sé que no va a ser fácil. Puede haber imprevistos. Confío

en que todo salga bien.

Es el desenlace.

Será fundamental medir bien los tiempos.

48

Desconfianza

Sharon y Andrew aguardaron en la sala de interrogatorios. El sargento debía hablar con el equipo y ponerles en antecedentes de lo que había hablado con el detective. Los argumentos que le había ofrecido el joven policía de Vancouver, le habían terminado convenciendo. Además, era una forma de ir hacia adelante mientras llegaban los resultados que habían pedido y acotaban la búsqueda de sospechosos. Tal vez se estaba dejando llevar por las prisas de cerrar ese caso cuanto antes. No podían permitirse ni una víctima más.

Davis miraba a su compañera, mientras ella le evitaba. Parecía molesta con él y no entendía sus motivos. Pero no estaba dispuesto a dejar pasar la oportunidad. Se inclinó sobre la mesa para acercarse a ella y la cogió de la mano.

—Detective Williams, ¿va a decirme por qué tengo la sensación de que está enfadada conmigo?

Ella se giró e hizo ademán de soltar su agarre, aunque Andrew no se lo permitió con tanta facilidad. Apretó su mano ligeramente comunicándole en un lenguaje muy personal que la apreciaba.

—No estoy enfadada.

—Prueba a decírmelo otra vez sin fruncir el ceño. Seguro que así resultará más creíble.

—No estoy enfadada porque no tengo motivos para estarlo, Andrew.

Pero estoy preocupada por ti. Sé que es tu vida, y por supuesto, puedes acostarte con quien te plazca. Tienes razón, soy un poco anticuada en estos temas.

—¿Un poco? —preguntó alzando las cejas de forma exagerada.

—Mucho, de acuerdo. Soy muy conservadora, lo sé, demasiado para estos tiempos. Pero no es eso lo que me preocupa, sino los líos en los que puedes acabar metido. ¡Joder, tienes un mordisco de la víctima en tu pecho!

—Sí, sé que eso pinta mal.

—Deberías estar preocupado, Andrew, en lugar de hacerte el indolente.

Si alguien se empeña en conectarte con la muerte de la chica, se lo has puesto muy fácil. Un mordisco, varios arañazos en la espalda… Va a estar tu ADN repartido por todo su cuerpo, incluido debajo de las uñas, una señal que puede interpretarse como que intentaba defenderse.

—Al menos, no me acosté con ella.

—Mira tú, ¡qué bien! Como si eso te hiciera parecer menos culpable.

—No, en eso te doy la razón.

—De verdad, no quiero que me malinterpretes, ¿de acuerdo? Es solo que me preocupo porque me importas, lo digo muy en serio.

Andrew la miró con ternura. Bajo aquella apariencia de mujer echada para adelante y un poco Bulldog en ocasiones, latía un gran corazón.

—Tú a mí también me importas mucho, Sharon. Puede que no te lo demuestre porque, como ya he dicho, intento no estrechar relaciones con nadie desde que me fui de Toronto. Pero tú te has hecho dueña de mi corazón, pedazo de gruñona.



La hostilidad era patente por parte de algunos ante la propuesta de Adam Lambert de que el detective Davis entrase en la reunión y comentase lo que le acababa de relatar a él.

—No le voy a negar que esto me parece una imprudencia, sargento —

comentó Roberts—. Según ha confesado él mismo, tiene un mordisco de la joven y arañazos en su espalda. Por menos le meteríamos en prisión preventiva. Creo que no es propio de usted dejarse convencer así.

—De momento lo tenemos bajo custodia.

—Por poco tiempo, por lo que intuyo.

—Contésteme a esto con sinceridad, ¿cree que el detective Davis es el asesino?

—No se trata de lo que yo crea, sargento. De hecho, usted siempre nos recuerda la importancia de dejar a los datos que hablen. En este momento, parece hacer oídos sordos.

—No olvide, agente, que ya le descartamos como sospechoso en el primer crimen. A ese dato también hay que darle atención.

—Pero aún está por ver su implicación en el segundo.

Adam Lambert suspiró pesadamente. Sus propias palabras se habían puesto en su contra. ¿Se estaba aventurando al confiar en el detective? Algo le decía que estaba en lo cierto, que esta vez debía dejarse llevar por el instinto.

—Mírenlo por esta parte: mientras esté en la sala con nosotros, le tendremos controlado. No va a ir a ningún lado.

Miró a todos los reunidos, uno por uno, a los ojos. Necesitaba leer en sus miradas qué pasaba por sus cabezas. Necesitaba leer que seguían confiando en él como lo habían hecho hasta ahora.

49

Reunión

Poco después, harían pasar a los detectives de Vancouver a la sala de reuniones. Al entrar, se sintieron como objeto de un conciliábulo. Los rostros de los agentes en aquel momento no parecían demasiado amigables.

Estaban pendientes de que el forense llamara en cualquier momento para dar los datos preliminares. Esperaban que fueran similares a la anterior víctima, debido a las coincidencias en cuanto a la colocación del cuerpo y los elementos encontrados en la escena. Sin embargo, habría más de una sorpresa que no tardaría demasiado en llegar.

A pesar de las miradas de desconfianza de los presentes, el detective Davis les contó casi palabra por palabra lo que ya les había relatado a su compañera y al sargento acerca del perfil psicológico al que había llegado según los datos que tenían hasta ese momento. Sabía que podía parecer un tanto precipitado, y no les faltaba razón en cierta medida, pero estaba bastante seguro de que era acertado.

Fueron tomando nota de todos aquellos datos en una columna de la pizarra a la que titularon precisamente perfil psicológico del criminal. Las voces en contra de la sugerencia de que fuera una mujer surgieron de manera contundente, aludiendo a los mismos datos estadísticos a los que había recurrido el sargento.

Al final, tras un intenso debate, decidieron mantener abierta la

perspectiva y no cerrarse a la idea preconcebida que ya tenían acerca del sexo del asesino. No obstante, tampoco pasarían por alto posibles sospechosos que fueran hombres si los datos apuntaban hacia allí.

Tal vez aquella afirmación iba con doble sentido.

—Bien, ya que estamos todos aquí, quiero que analicemos bajo un nuevo foco la información con la que contamos en este momento, a la espera de lo que nos cuenten del laboratorio y el propio forense. En cuanto acabemos aquí, no obstante, iré a visitarle porque quiero ver *in situ* a la

víctima y que me explique lo que haya averiguado con el cuerpo delante para entenderlo todo bien.

—Tal vez podemos acompañarle, como la última vez —insinuó Sharon.

—Ya veremos, detective —respondió con gesto serio—. Por el momento, necesito que me escuchen todos con mucha atención porque quiero refrescar los datos con los que contamos para tenerlos bien presentes, sin perder de vista ese nuevo enfoque. Parece una obviedad señalar que necesitaremos la cooperación de los compañeros de Toronto, puesto que estaremos todos de acuerdo en que es plausible que Andrew y el *UNSUB,* es decir, nuestro sujeto desconocido, se conocieran allí.

Adam Lambert miró a todo su equipo sentado en torno a la gran mesa de la sala de reuniones en la que se encontraba el corcho con toda la información conectada. Detuvo sus ojos unos segundos en Victoria. Puede que no hubiera sido mala idea hablar con ella antes de empezar para asegurarse de que estaba bien, o como mínimo, estable. No le quitaba los ojos de encima a Andrew, aunque también había observado que otros agentes igualmente volvían a mirarle con cierta desconfianza. Dadas las nuevas circunstancias, tampoco era de extrañar.

—Hasta el momento, tenemos dos víctimas que parecen haber fallecido en condiciones parecidas. Conocemos la identidad de una y su edad. En ambos escenarios hemos hallado una disposición similar de los cuerpos. Además, en los dos casos, hemos encontrado una tarjeta de cuando el detective Davis trabajaba en Toronto, un sobre con un mensaje que iba supuestamente dirigido a él y un bote con un líquido transparente que el laboratorio aún debe analizar en el caso de la segunda víctima.

—El segundo mensaje es más críptico, quizás, si me lo permite, sargento. La frase escrita era una pregunta: “¿Puede envasarse la tristeza en un frasco de cristal?” —recordó el agente Roberts.

—Parece obvio que se refiere a las lágrimas —señaló Andrew.

—Sí, eso parece, teniendo en cuenta ese pequeño bote que ha aparecido junto a los dos cuerpos.

—Luego, si queremos saber el motivo, parece que tenemos que empezar a pensar que está relacionado con ellas. Las lágrimas son importantes para nuestra supuesta asesina. Si averiguamos el por qué, es fácil pensar que llegaremos al quién.

—Conocer el motivo es la clave —añadió la detective Williams.

—Prosigo —retomó Adam Lambert—. No se han hallado huellas ni restos biológicos en ninguna de las escenas que nos permitan apuntar a una persona concreta hasta la fecha, eso es algo que también coincide —finalizó el sargento su exposición, que había sido interrumpida por Clark Roberts en primera instancia.

—Sargento —pidió turno de palabra la agente Simard.

—¿Qué sucede?

—En realidad, en la segunda escena sí hemos encontrado algunos restos que ya están analizando. Hemos hallado un pelo con el folículo piloso intacto, que es donde se encuentra el ADN. También había una huella parcial en el bote de metacrilato. Todo depende de lo que lleve el análisis en el CoDIS. Podríamos tener algo concreto en breve.

—Perfecto. Habrá que esperar los resultados. Muy bien, agente. Sin lugar a dudas, nos ayudaría mucho que hubiera coincidencias. Podría llevarnos directamente al asesino o asesina.

Emily Simard sonrió satisfecha ante el reconocimiento del sargento Lambert. Era un jefe ecuánime y justo, pero también estricto, por lo que cualquier reconocimiento era muy bien recibido por sus agentes.

—En el caso de la primera víctima —continuó—, sabemos que eran sus propias lágrimas lo que había en el pequeño bote de metacrilato.

Estamos esperando los datos del que hemos encontrado en la segunda escena. La primera murió por una ingestión masiva de pastillas de metacualona. El contenido del estómago de la segunda víctima

también contenía una importante cantidad de pastillas similares, pero falta confirmación definitiva, según lo que estoy viendo en este informe, agente Roberts.

—Sí, señor. Mientras estaba usted reunido con los detectives, he llamado al forense para que me adelantase algo, si era posible. Ha sido muy explícito cuando me ha dicho que solo le había dado tiempo a eso.

—Por explícito quieres decir que te ha mandado… —insinuó Andrew.

—Sí, al lugar en el que la espalda pierde su nombre —completó Clark Roberts.

—Me lo imaginaba. Un clásico de Mike.

—¿Les parece que sigamos? —les llamó la atención el sargento.

—Por supuesto. Disculpe.

—Como iba diciendo, no debemos olvidar que también, en ambos casos, se han extirpado los sacos lagrimales con precisión quirúrgica, lo que

puede ser un dato fundamental para averiguar quién está detrás de esto, puesto que posiblemente tiene conocimientos médicos, o como mínimo, está acostumbrado o acostumbrada a manejar instrumental quirúrgico.

¿Alguna duda hasta aquí?

Nadie pareció dispuesto a añadir nada por el momento. No obstante, ya estaba en posesión de nuevos datos que aún no había compartido con el resto.

—Contamos además con algo que puede ser singularmente relevante.

La relación en algún sentido con el detective Davis de estos casos ha sido evidente desde el principio. No obstante, lo que no hemos sabido hasta hace unos minutos es que ambos escenarios son importantes para él a un nivel más profundo, más íntimo, si me lo permiten, puesto que tienen una relación sentimental con su pasado. Por ello, lo que hemos comentado acerca de buscar a alguien que haya conocido al detective con anterioridad es fundamental.

En ese momento sonó el teléfono de Andrew. Era Dylan, el

informático de Vancouver. Se estremeció al verlo puesto que no había caído hasta ese momento en que, quizás, los mensajes que había recibido Melisa también estaban relacionados con este caso.

“No voy a llorar”, le había dicho su ex antes de colgar.

Su ex pareja había cumplido ya los treinta y dos años, como la primera víctima, aunque tal vez fuera una mera casualidad.

Algo le decía que aquí nada era casual.

Ahora todo empezaba a cobrar sentido.



Andrew se disculpó para poder atender aquella llamada. Notó como los nervios se agarraban fuerte a su estómago. Cabía la posibilidad de que alguien que aún era importante para él estuviera en serio peligro. Lo que le dijera el informático podía cambiar algunas cosas. Deseó que solo fuera una mala sensación y aquello no tuviera ninguna relación.

—Dylan.

—El que viste y calza.

—¿Tienes ya algo?

—¿Lo dudabas?

—Ve al grano.

—Vaya, hoy tengo a Davis al aparato, no al simpático Andrew.

—Dylan, por favor, no estoy para bromas.

—Vale, vale. Disculpe usted. Pues bien, la cuenta estuvo operativa un ínfimo margen de tiempo, exactamente menos de veinticuatro horas y solo se utilizó para enviarle esos mensajes a tu ex. La IP estaba protegida pero, después de varios intentos, he podido dar con un repetidor que sitúa la señal próxima a Banff.

Ese dato no le sorprendía. Al fin y al cabo, le habían enviado a Melisa una foto de él en las inmediaciones del Lago Louise, así que debía haber estado allí. Desde luego, resultaba un tanto siniestro, aunque no le sorprendía teniendo en cuenta que sus tarjetas estaban en las manos de las dos víctimas.

—¿Y los datos de apertura de la cuenta?

—Nada relevante. Me temo que todos eran datos falsos. No es muy difícil abrirse una cuenta en redes sociales con un perfil falso. La mayoría de la gente lo hace.

—¡Joder! —exclamó Andrew, empezando a ser verdaderamente consciente del peligro en el que se encontraba.

—Lo siento, macho. Con un historial tan breve, no puedo averiguar mucho más.

50

Teorías

Andrew estaba cada vez más nervioso. No había pensado hasta aquel instante que aquellas fotos enviadas fuera de lugar en un momento que parecía aleatorio pudieran tener ninguna relevancia. ¿Cómo había estado tan ciego?

"No voy a llorar".

Esa había sido la frase que le había dicho Melisa. Decidió que era el momento de llamarla y hablar con ella para que le diera más detalles acerca de lo que le habían escrito en el mensaje.

—Espero que me llames por algo importante.

El tono de voz de hielo que respondió al aparato le quebró un poco más el corazón, a pesar de que sabía que tenía todo el derecho a mostrarse con tanta frialdad hacia él.

—Melisa, te aseguro que lo es. Necesito que me cuentes exactamente qué decían los mensajes que recibiste con las fotos.

—¿Para qué? Ya no ha vuelto a molestarme. Supongo que lo que sea que hayas hecho ha sido suficiente.

—Es importante, créeme. Igual que es fundamental que tengas mucho cuidado a partir de este momento.

—Me estás asustando, Andrew.

—No es mi intención. Solo quiero que estés bien. Voy a avisar a mis ex compañeros del departamento para que estén pendientes, por si acaso.

Seguramente no sea nada, pero prefiero pasarme de paranoico. Así que, por favor, ¿puedes decirme qué te decía en el mensaje para que tú me dijeras que no ibas a llorar?

—No lo recuerdo con exactitud. Algo así como "Andrew no merece tus lágrimas, ellas son parte de ti. ¿Acaso vas a llorar? Es él quien debería hacerlo".



En la sala, el último comentario del sargento había dejado estupefactos a los asistentes.

—¿Qué quiere decir que los escenarios son importantes para el detective Davis a nivel personal? —preguntó el agente Roberts.

—Según nos ha confesado antes a la detective Williams y a mí, ambos tienen un significado sentimental para él, puesto que el Lago Louise es donde se comprometió con su ex novia y el sitio donde hallamos a la segunda víctima es el lugar que visitaron juntos justo al día siguiente.

—Joder, si encima estamos dando por hecho que puede ser una mujer la que esté detrás de los asesinatos, perdonadme si soy simple, pero a mí esto me empieza a sonar a novia celosa —señaló el agente Roberts.

El sargento se fijó en la expresión de Victoria. Tenía el rostro contraído. Empezaba a pensar que lo mejor iba a ser apartarla del caso, especialmente si aquello nublaba su juicio. ¿Cómo no se había dado cuenta de lo que la joven sentía por el detective? Habían pasado muy pocos días desde que llegara. Aquello no tenía ningún sentido. Salvo en el caso de que aún no estuviera todo lo recuperada que habían creído. Si era así, si volvía a estar inestable, podía ser una bomba de relojería si las cosas se torcían.

Y no necesitaban más problemas.

—Buff, eso sí que es una teoría cogida por los pelos, Clark. ¿Crees que todo este circo lo ha montado una ex celosa? En serio, puedes hacerlo mucho mejor —apuntó Emily con cierta sorna.

—Bueno, seguramente no. Pero, aun así, habéis dicho que es su ex con la que vino a Banff, y luego él o ella lo dejaron después de estar aquí y prometerse amor eterno. Puede que ahora esté vengándose de él.

—¿Matando a dos mujeres? Vale, con una se enrolló, pero con la otra no hay ninguna conexión, salvo que algo se nos esté escapando —

contraatacó la agente Simard.

Victoria Stevens seguía callada de modo preocupante.

—¡Centrémonos, por favor! Datos. Eso es lo que necesitamos.

Ceñirnos a las pruebas, no elucubrar sin más. Las teorías locas no nos van a acercar al criminal.

En ese momento, alguien llamó a la puerta.

—¡Adelante! —dijo el sargento.

—Señor —dijo un joven agente asomándose con la puerta entreabierta

—. Siento interrumpir, pero acaba de llegar información del laboratorio.

Andrew abrió un poco más la puerta detrás del joven agente en ese preciso instante para adentrarse de nuevo en la sala. Necesitaba contarles las novedades y sus preocupaciones, pero tenía que cocer todo bien a fuego lento en su cabeza antes de decir algo disparatado y acabar con la mínima confianza que pudieran tener todavía en él.

—Gracias, Joel. Emily, por favor, acompáñale y revisa lo que ha llegado. En cuanto lo tengas clasificado, vuelve aquí inmediatamente.

A partir de ese momento, las cosas se pondrían bastante patas arriba.

Trabajo a contrarreloj

Andrew regresó a su sitio nada más entrar en la sala de reuniones.

Estaba cabizbajo y pensativo. Se encontraba realmente preocupado. Dylan no le había aclarado nada. Le había despertado nuevas dudas e inquietudes.

Necesitaba compartir con los presentes lo que le inquietaba, pero primero tenía que reflexionar acerca de si su teoría era totalmente descabellada.

Por si acaso, ya había hablado con sus ex compañeros en Toronto para que le pusieran protección a Melisa, aunque no había sido fácil convencerles. Confiaba en que obrasen en consecuencia y no terminaran cambiando de opinión. Dudaba mucho que quien estuviera detrás de todo aquello contase con algún cómplice, y evidentemente, era inviable que estuviera en dos sitios tan alejados al mismo tiempo. Sin embargo, más valía pecar de exceso de celo que lamentarse después.

Cuando levantó la cabeza, se encontró con dos cosas. Por un lado, la animadversión del agente Clark Roberts, como si en cierta medida le hiciese responsable de lo que estaba sucediendo. Por otro, se encontró con la mirada de hielo indescifrable en aquel momento de Victoria Stevens.

Después del episodio que había vivido junto a ella aquella mañana, no sabía qué pensar al respecto.

Se le estaban acumulando muchos frentes abiertos.

Estaba acostumbrado a ser el alma de la fiesta pero, desde luego, no en esos términos. En aquella situación, el protagonismo le sobraba.

—En lo que regresa la agente Simard con la nueva información me gustaría que, basándonos en los datos que tenemos hasta ahora, lancemos alguna hipótesis a la luz de los últimos acontecimientos. Pero insisto, basadas en los datos. Roberts, ¿empiezas tú?

—Claro, jefe. Para ello, prefiero levantarme e ir siguiendo el recorrido de lo que hemos encontrado e indicarlo sobre la pizarra.

—Por mí no hay inconveniente —respondió el sargento.

Andrew seguía distraído perdido en sus pensamientos, aunque alerta al mismo tiempo a lo que se decía en la sala.

—El sujeto que comete los crímenes le da mucha importancia a la puesta en escena, hasta el punto de hacerme pensar que sigue cierto ritual.

¿Es una representación de algo? Sería interesante averiguarlo. De hecho, hemos encontrado a las víctimas en circunstancias muy similares, ambas colocadas con cuidado. La disposición de los cuerpos en el escenario se ha realizado de una forma concreta: las dos mujeres estaban tumbadas y con las manos sobre el regazo. En la mano derecha, las dos víctimas portaban entre el dedo índice y el pulgar una tarjeta del detective Davis aquí presente y también sujetaban un sobre con una única palabra en el anverso, que no era otra que Andrew, casualmente o no, el nombre del mismo detective que aparece en la tarjeta. Por detrás, dos letras B, que pueden aludir al nombre o al apodo de la presunta asesina. Ahora sabemos, además, que los lugares tienen un significado sentimental para el detective.

—A falta de comprobar los datos que nos traiga ahora Emily, también parece que las lágrimas tienen una relevancia indudable en este caso. Por un lado las envasa, y por otro, realiza una extirpación de los sacos lagrimales.

Además, en la última nota pregunta si puede envasarse la tristeza en un tarro de cristal. Esto, refuerza la idea del asesinato ritualista que dice Roberts —añadió Victoria, un poco más serena. Las miradas que le había lanzado el sargento parecían haber hecho mella.

—No hay que olvidar también la espesa capa de rímel que ambas llevaban en las pestañas —comentó la detective Williams. Los demás la miraron con cara de no entender—. Me refiero a que parece que fuera relevante ese detalle. Si es un ritual o, si como me inclino a pensar, está reproduciendo una muerte anterior de alguna persona que era importante para él, parece que el hecho de que haya un rastro evidente de máscara de pestañas también es significativo.

—Me parece muy interesante lo que acaba de comentar, detective. Lo habíamos hablado con anterioridad, pero creo no le hemos dado la suficiente atención. ¿Y si los asesinatos reproducen una muerte anterior? ¿Y

si eso es lo que representan? Sería algo que deberíamos investigar. Habría que pedir ayuda, obviamente, para realizar el cribado de

información de algo similar en Canadá. Pero no sería tan descabellado investigarlo si acotamos el radio de búsqueda teniendo en cuenta el perfil psicológico que tenemos y los criterios que apuntó anteriormente el detective Davis.

—En Vancouver tenemos un buen informático —señaló Andrew—. Tal vez él pueda encontrar algo.

—Perfecto. ¿Más cosas? Aprovechad este *impasse* para lanzar teorías plausibles antes de que regrese la agente Simard con los informes.

—Basándonos en las evidencias que tenemos hasta ahora, los crímenes se cometen en un lugar distinto de donde son hallados —señaló Stevens.

—La forma en la que las mata, además, induce a pensar que los comete en un lugar donde tiene el control y ejecuta el ritual sin prisas —

apuntó Andrew.

—¿En qué te basas para ello? —preguntó el agente Roberts.

—Bueno, en primer lugar, no son asesinatos violentos. Las víctimas no tienen marcas ni laceraciones. No presentan golpes, contusiones ni heridas de arma blanca. Pero, además, lo que hace requiere tiempo. Se entretiene dándoles máscara de pestañas y espera a que lloren. Después, recoge sus lágrimas y las envasa. Debe reproducir esta secuencia en más de una ocasión. Almacenar lágrimas debe llevar su tiempo.

—Interesante lo que dices. ¿Y cómo creen que las controla? —

cuestionó Lambert—. Porque no hay marcas de ligaduras. Si las retiene durante tanto tiempo, debe dominarlas de alguna forma.

—Supongo que con algún tipo de droga.

—Creo que nos estamos anticipando en algunas cosas. No apreciamos marcas que indicasen ningún tipo de violencia en la primera víctima, pero todavía no tenemos certeza en el caso de la segunda. Recordad que nos llamó la atención el excesivo maquillaje que llevaba esta en el rostro y que, además, también había restos de dicho maquillaje en algunas partes del cuerpo, como por ejemplo las muñecas. Tal vez ocultaba algo que no quería que viésemos a simple vista —apostilló la detective Williams.

—De hecho, el detective Davis tiene un mordisco suyo en el pecho.

¿Quién nos dice que no hubo violencia? —preguntó con rabia Victoria Stevens.

—No la pegué ni le hice nada, puedo asegurarlo. Os invito a que toméis todas las muestras extra que necesitéis para corroborarlo, al margen de las que ya tenéis. No tengo nada que esconder, te lo aseguro. Ella quería sexo con ciertas dosis de sado a las que yo no estaba dispuesto. Fue ella la que me arañó y me mordió, no al revés.

Victoria enrojeció visiblemente.

—Suficiente —cortó el sargento—. Por supuesto que lo haremos si lo estimamos necesario.

—Ya os he adelantado que debajo de sus uñas van a estar mis epiteliales y que el molde de la mordedura coincidirá con el de la víctima.

No he escondido nada. Pero del mismo modo, estoy seguro de que no hay heridas defensivas, y si las hay, no se corresponderán conmigo —continuó Andrew desoyendo a Lambert, mientras miraba con fijeza a la joven agente.

Era consciente de que, en cierta medida, se había excedido, pero estaba más nervioso de lo habitual debido a lo que concernía a Melisa. No veía el momento de exponer sus preocupaciones al respecto.

—He dicho que es suficiente.

Se hizo el silencio por unos segundos. El sargento había levantado ligeramente la voz, lo cual no era habitual en él. Miró a ambos reprendiéndoles como si fueran un par de críos en el patio del colegio.

—Lo siento, sargento. Lo siento agente Stevens si he sido impertinente. Aunque sé que no es excusa, la realidad es que estoy algo nervioso.

Se detuvo un segundo antes de continuar. Respiró profundamente, tratando de bajar sus pulsaciones.

—Hay otra cosa que me preocupa y que no había relacionado con este caso hasta hoy. Mi ex novia me llamó anteayer para decirme que alguien le había enviado unas fotos mías en el Lago Louise a través de una red social.

Antes de colgar, pronunció una frase a la que no le di importancia. Me dijo:

“que sepas que no voy a llorar”. Hoy, después de hablar con el informático de Vancouver que ha rastreado la cuenta —continuó, observando a Sharon de refilón, que seguramente había adivinado que se había saltado los cauces oficiales—, he empezado a pensar que estaba relacionado. Por tanto, la he llamado y le he pedido que me contara qué le habían escrito exactamente y las palabras han sido las siguientes: “Andrew no merece tus lágrimas, ellas son parte de ti. ¿Acaso vas a llorar? Es él quien debería hacerlo”.



La agente Simard estaba imprimiendo los datos que les habían enviado desde Calgary lo más rápido que podía. Había estado hablando con uno de los técnicos de laboratorio por teléfono, el cual le dijo que había información delicada en los informes que les acababa de enviar por un mail

con alto cifrado de seguridad. Parte de aquella información podía apuntar a un sospechoso.

Le parecía inverosímil lo que señalaban algunos de esos datos. Debía ser cuidadosa en la forma de compartir el contenido y asegurarse de que nadie se fuera de la lengua.



—¡Joder! Sí que está como una puta regadera.

—¡Clark! Te agradecería que usases un lenguaje más profesional —le reprendió, mirando de reojo a Victoria Stevens—. No estás en el bar con tus colegas, ¿estamos?

—Lo siento, jefe. Tiene razón. Pero es que, si es la misma persona, está realmente mal de la cabeza y está muy obsesionada con Davis —

resumió, mirando al detective con comprensión esta vez.

—Cada vez estoy más convencido de lo del brote psicótico —matizó Andrew—. Eso apuntaría en una dirección. Tal vez este episodio de psicosis lo ha desencadenado algún evento importante en su vida que haya sucedido recientemente. Cuando tengamos una primera lista de sospechosos usando los criterios que ya hemos recogido hasta la fecha, ese será otro elemento a buscar. Es fundamental dar con el estresor.

Tenemos que atraparla pronto, porque está en plena escalada y no va a parar hasta que la detengamos. La próxima víctima puede llegar antes incluso de que nos dé tiempo a digerir toda la información con la que contamos.

—Estamos trabajando a contrarreloj y ni siquiera hemos sido conscientes —reflexionó Sharon.

—Exacto.

Todos los presentes parecían estar dando vueltas a esa afirmación demoledora. Dos víctimas en tres días era una media escalofriante. Si el o la responsable seguía en pleno brote, como todo parecía indicar, pronto tendrían sobre el corcho la foto de la siguiente víctima.

—Tengo una pregunta. Si está en pleno brote y en escalada, es plausible que cometa errores a partir de ahora, ¿no es así?

—Sí, sería de esperar. El problema es que ese error puede ser su siguiente víctima. Tenemos que llegar antes.

¿Por qué tardaba tanto la agente Simard? Tal vez ella tuviera algunas de las respuestas que anhelaban. El sargento Lambert empezaba a

impacientarse.

—¿Qué es lo más importante para el asesino? —preguntó el sargento.

—Tal vez me equivoque, pero tengo la sensación de que lo más importante son las lágrimas. Parece que ahí esté la clave de todo: el surco de rímel que dejan en la cara, el pequeño bote con ellas en su interior y la pregunta acerca de si se puede envasar la tristeza. Sí, estoy convencido, las lágrimas son la clave de todo esto. Pero, por el momento, eso no nos ayuda a dar un paso hacia adelante —concluyó el detective Davis.

52

Registro Anecdótico

BB

Es el momento de desnudar los datos, de dejarles que hablen sin tapujos, de darles libertad. Seguro que quien lea este anecdotario necesitará poner las cosas en contexto. Llegado el momento, el lector de este documento conocerá mi identidad, mi nombre y mis apellidos,

pero eso no será más que una ínfima parte de la historia. Lo importante es lo demás, los significados bajo la superficie, los motivos, los delirios.

La escenificación es importante. Mucho. Es una forma de revivir lo sucedido tantos años atrás. Es mi modo de volverle a dar la vuelta a mi vida. Es un intento de comprender. Creí que, quizás en esta ocasión en la que las tenía bajo mi influjo y mi dominio, podría observar algo definitivo.

Pero los sacos lagrimales no mostraron alteración alguna en ninguno de los dos casos. Bajo el microscopio, lucen exactamente igual que en los libros, sin marcas, sin rastros producidos por la tristeza, la rabia o el miedo.

Los oscuros surcos que recorrían su rostro poblaron mis pesadillas durante un tiempo. Ella que siempre lucía tan perfecta, procurando ofrecerle al mundo una imagen opuesta a la real. Siempre iba preciosa, perfectamente peinada, con las uñas pintadas y el pelo arreglado con mucho estilo. Yo admiraba su belleza. Quería ser como ella. Pero únicamente era el envoltorio de un caramelo que dentro esconde un dulce estropeado y marchito. El maquillaje en su rostro solo intentaba ocultar cualquier signo de tristeza o debilidad.

Aquellos borrones negros recorriendo sus mejillas formaban parte de otra realidad, la oscura, la triste, la desoladora, la que no estaba sometida a engaños. Me obsesioné con aquellos manchones. Soñaba que me arrastraban como una corriente de tristeza en la que me ahogaba. Mi madre era una mujer muy bonita, pero era frecuente que tuviera los ojos hinchados de tanto llorar. Por eso, se los maquillaba mucho, como si enmarcados por gruesas pestañas negras se disimulase su tribulación y su dolor.

¿Cuánto tiempo estuvo llorando antes de morir? Es impredecible. No lo puedo medir. No cuento con ese dato y no sé cómo lograrlo. He intentado reproducirlo aplicando más y más capas de rímel sobre los ojos de mis huéspedes, por si el efecto que producían en su rostro me alumbraba nueva información. Pero solo ha servido para enturbiar las muestras de lágrimas.

Cuando todo acaba, cuando exhalan su último aliento de una forma apacible en cierta medida, fruto de ese sueño químico que les induce la metacualona y las transporta a un lugar en el que hay paz, es importante reflejar esa serenidad.

La muerte como comienzo y como final.

Su mano izquierda cayó desmadejada sobre el suelo. Hace diecinueve años me preocupé de colocarla sobre su regazo, junto a la derecha que sujetaba aquel sobre en el que me decía su último adiós.

Cada detalle ha sido importante.

Pero ahora lo fundamental será otra cosa.

53

Giro

Poco antes de que llegara información inesperada que cambiaría el rumbo de la investigación, establecieron los criterios de búsqueda definitivos a los que atenderían para empezar a localizar a la asesina, salvo que los datos que facilitaran el forense o el laboratorio lo desaconsejaran.

—Adelante, detective Davis, denos el perfil de búsqueda lo más concreto que pueda.

—Por supuesto. Estamos buscando una mujer entre los treinta y los treinta y cinco años. Reside en Toronto, o al menos ha residido allí una parte de su vida en la que coincidió conmigo. Antes de que digáis nada, ya adelanto que sé que es un campo de búsqueda muy grande, así que voy a concretar. Trabaja en uno de los laboratorios farmacéuticos de la ciudad, en un centro sanitario o un laboratorio dedicado a la investigación, tal vez en una universidad. Esto lo deducimos por sus habilidades con el bisturí que hemos observado en las dos víctimas. La extirpación de los lagrimales la hace de manera limpia, no es una chapuza. Debemos preguntar en estos sitios si han tenido recientemente una trabajadora que haya sufrido algún tipo de crisis nerviosa. Puede estar de baja en este momento, haber abandonado el trabajo o ha sido despedida recientemente por protagonizar conductas inadecuadas en el mismo. Por último, las dos B mayúsculas que aparecen lacradas en los sobres, podrían ser sus iniciales. Habrá que tenerlo también en cuenta.

Los policías tomaban nota de aquello, de tal manera que pudieran repartirse entre todos las tareas de rastreo. En primer lugar, tendrían que hacer un filtrado que incluyera los lugares de trabajo descritos por el detective. Eso reduciría de forma drástica a quien buscaban, lo cual era realmente un avance.

Justo entonces, llamaron tímidamente a la puerta.

Al mismo tiempo, en esa alineación que se produce de manera asombrosa en ocasiones, sonó el teléfono del sargento.



Cuando a la que vieron aparecer fue a Emily Simard, a todos les pareció extraño que hubiera tocado la puerta con semejante timidez. La agente era un torbellino de seguridad y confianza en sí misma. Lo habitual y esperado en ella habría sido casi que hubiera abierto la

puerta sin más, lo cual no habría estado fuera de lugar en aquella situación.

La agente Simard regresó a la sala con un semblante de preocupación y sorpresa. Traía entre sus manos información de la que quema y no sabía muy bien cómo afrontar aquello. Lo que contenían aquellos papeles podía situarles finalmente ante un sospechoso.

Uno que no querían.

Había hecho fotocopias para cada uno de los miembros del equipo, con el objetivo de que eso ayudase a agilizar el análisis de los datos. En las primeras páginas, se hallaban los hechos esperados, como los datos de identificación de la víctima. En las últimas, la información más explosiva.

Tal vez la forma de colocarlo había respondido a un miedo irracional.

O a no querer creer lo que había leído.

—Reparta la documentación, agente, y tome asiento. Es el forense.

Voy a cogerlo y a poner el manos libres, ¿de acuerdo?

Los presentes asintieron.

—Doctor Sanders, voy a poner el altavoz, puesto que estamos todo el equipo reunido y me interesa que escuchen la información que tenga que contarnos.

—Por mí perfecto. Cuando me diga, comienzo a explicaros las conclusiones, puesto que hay diferencias significativas con la anterior víctima.

Adam Lambert situó su teléfono móvil en el centro de la mesa, favoreciendo la recepción y emisión omnidireccional del sonido.

—Adelante. Somos todo oídos.

—Primero voy a contaros lo fácil y las similitudes. La dacriocistorrinostomía es evidente una vez más, aunque se trata más bien de una extirpación total realizada *post mortem*. Al igual que en la anterior víctima, el contenido del estómago revela una ingesta masiva de pastillas.

Debido a que algunas no habían iniciado apenas el proceso de descomposición, puedo adelantaros que son metacualona, aunque

evidentemente hay que esperar a los resultados del laboratorio para la confirmación definitiva. Del mismo modo, he tomado una muestra de sangre para su posterior análisis, por si hay alguna sustancia más que debamos conocer.

—¿Causa probable de la muerte?

—Al igual que en la anterior, parece que la causa fue el colapso provocado por las pastillas. Hasta aquí, ¿todo bien?

—Todo bien.

—Vale. Pues ahora vienen las novedades. Si recuerdan los que estuvieron presentes en la escena, observamos que había un exceso de maquillaje en el rostro, e incluso en algunas zonas más del cuerpo. Pues bien, cuando hemos lavado el cadáver y hemos eliminado cualquier rastro que pudiera haber en él, hemos observado señales de agresión.

Todos los presentes desviaron la mirada hacia Andrew sin apenas disimulo. Éste permaneció aparentemente impasible, a pesar de que estaba seguro de lo que estaban pensando sus compañeros.

—¿A qué te refieres concretamente?

—En primer lugar, hay marcas de ligaduras en las muñecas y tobillos.

En el caso de las muñecas, puedo deciros que el nivel de cicatrización es diferente, aunque hay unas que son muy recientes.

—No me sorprenden esas marcas de ataduras, teniendo en cuenta su inclinación por el sadomasoquismo que mostró cuando estuvimos juntos en mi habitación —señaló el detective Davis.

—Pero hay más. En el rostro se aprecia con claridad la marca de una mano. Sin duda, recibió una buena bofetada no demasiado tiempo antes de la muerte. Cuando hemos peinado su pelo, en el lado contrario al que está marcada la huella de la palma, hay un golpe en la frente en el nacimiento del cabello, y hemos encontrado restos de astillas, posiblemente porque se golpeó con algo. Hemos enviado todo lo que nos ha parecido de interés a rastros, por supuesto. Además, tiene algunos moratones tanto en los brazos como en las piernas.

—Esto cambia mucho las cosas —apuntó el agente Robertson.

—Sí, desde luego. En la anterior no se observaron evidencias de

ningún tipo de violencia —añadió Sharon.

—Se está descontrolando cada vez más. No solo por la velocidad a la que mata, sino también por esa pérdida de control que demuestra haber tenido con esta joven —añadió el sargento.

—Tal vez a la primera consiguió someterla con el miedo. Pero eso no funcionaría con la segunda, pues Sam, si no recuerdo mal su nombre, tenía un carácter muy fuerte —aseveró Andrew.

La agente Simard había permanecido extrañamente en silencio desde que había entrado. Tenía el rostro contraído, como si entre sus manos tuviera una bomba que estuviera a punto de detonarse.

—¿Algo más, doctor?

—Por el momento, eso es todo.

—Muy bien. Pasaré lo antes que pueda por allí para ver lo que nos ha contado. Muchas gracias.

—Aquí estaré con mis muertos. No me voy a ninguna parte. Bueno y con mi ayudante, que se mueve con tanto sigilo que a veces, se me olvida que está —finalizó el forense antes de colgar.

La sensación que flotaba en el ambiente era de extrañeza. Pero no había tiempo que perder. Si estaba en plena escalada, pronto habría una próxima víctima.

—Bien, prosigamos. ¿Has fotocopiado los informes para todos?

—Sí, señor.

—Fantástico, agente.

Comenzaron a revisar los papeles que estaban dentro de las carpetas que había preparado Emily.

—Veo que ha llegado prácticamente toda la información que habíamos solicitado. Fabuloso el trabajo que están haciendo desde Calgary. Sin duda, esta vez la solicitud para que lo procesaran de manera urgente ha dado resultado.

—Eso parece —respondió Emily.

—Supongo que te habrá dado tiempo a leer parte de los informes mientras preparabas las carpetas para todos, ¿es así?

—Más o menos, sargento. Aunque no lo he leído con detalle.

—Bien, aun así, ¿puedes adelantarnos algo, o mejor aún, hacernos un resumen?

—Por supuesto. Hay mucho que comentar. Es más, creo que va a hacer que nos replanteemos muchas cosas, incluida la actual teoría que barajamos acerca de que la responsable de las muertes es una mujer.

Unos minutos después, conocida ya la identidad de la víctima y otros datos de interés, parte del equipo saldría de la comisaría a toda velocidad.

54

Nota

BB

Para Andrew.

Hola, soy yo, BB

Supongo que si estás leyendo esto, ya habrás averiguado mi verdadero nombre, ¿no es así? Nos conocemos desde hace mucho tiempo. Mejor dicho, yo te conozco. Si has llegado a esta nota es que habré perdido. Sé que el final era a cara o cruz. Ya te lo dije al principio de esta historia.

Bueno, supongo que aún no lo habrás leído. Pero está escrito ya desde las primeras páginas en las que con claridad te lo digo:

Nos convertiremos en uno solo, como las dos caras de una misma moneda, mi cara y tu cruz.

Tendrás que localizar la cabaña en la que he realizado gran parte de mi investigación. No te será difícil, aunque Banff es una población que ha crecido en los últimos años. Pero no te voy a hacer el trabajo tan fácil.

Allí hay unos cuadernos a los que he llamado registros anecdóticos, tal y como se suele hacer en las investigaciones científicas. En uno de ellos están todos los datos, cifras y estadísticas acerca de mis hallazgos. En el otro, están las interpretaciones y una parte más personal. Esos son los que quiero que leas. Los demás, te agradecería

que se los hagas llegar a alguna institución científica que pueda hacer buen uso de ellos.

¿Has sentido esa conexión? ¿Has llegado a comprender que todo esto lo hacía en parte por ti y para ti? ¿Has llegado a recordar dónde se cruzaron nuestros caminos? Fue corto, casi efímero, pero se me quedó grabado. Me obviaste por dos veces. La primera pude perdonarla. Éramos unos críos, y aunque me dolió tu indiferencia, con el tiempo lo entendí. Éramos egoístas, va con la edad. La adolescencia no es un buen momento para estar pendiente de las necesidades de los otros. Bastante tenemos con bregar con el día a día y entendernos a nosotros mismos. Obviamente, nuestra situación era muy diferente. Tú lo tenías todo en la vida: una familia que te quería,

muchos amigos, popularidad. Yo lo había perdido todo, vivía en un hogar de acogida, y aunque tenía mi grupo, desde luego no era ni mucho menos como tú. Eras mi modelo a seguir.

La segunda vez es la que se me quedó atragantada hasta hoy y que ha clamado por ser resarcida. Acudí a la Policía en busca de ayuda. No era nada grave, pero para mí sí era significativo. Me sorprendí cuando te vi allí.

Decidí acudir a ti, pensando ingenuamente que me recordarías. Y tú solo me derivaste al mostrador principal donde algún agente me atendería con mucha amabilidad. Tenías un asunto importante que atender. Cogiste tu cazadora y te fuiste sin más. Noté como la rabia me subía por el cuello hasta enrojecerlo.

Ahí fue cuando cogí tus tarjetas, no sé muy bien por qué. Las he guardado durante todos estos años. Y empecé a seguirte la pista de vez en cuando. Y entonces, di con el perfil en redes sociales de Melisa. No necesité mucho más. Podía enterarme de muchas cosas sin arriesgar nada.

Y ahora volvemos a estar frente a frente. Esta vez te será imposible obviar mi existencia. Lo que va a suceder, o mejor dicho, lo que habrá sucedido cuando leas esta nota, será algo que jamás podrás olvidar.

Mi nombre y mi rostro se grabarán a fuego en tu memoria.

Dos meses después…

El día estaba encapotado, furioso, como con ganas de bronca. La maraña de nubes caía a plomo sobre la ciudad. Desde la ventana, se apreciaba el icónico y emblemático Inukshuk, símbolo de los Inuit, de la identidad de su pueblo y de la cultura canadiense. Andrew lo observaba con el mar de fondo y las esponjosas copas de los árboles de Stanley Park apenas insinuadas donde la vista se perdía. Sin duda, aquel era su lugar favorito de Vancouver. Las esculturas que inducían a la risa y la diversión en la pequeña plaza aledaña, eran como una puerta de acceso al pulmón de la ciudad.

Aquel monumento rudimentario hecho con rocas había sido en su tiempo una herramienta de orientación para los navegantes. Parecía una ironía contemplarlo en un momento de su vida en el que volvía a sentirse tan perdido.

—Por favor, pase detective. Lamento haberle hecho esperar.

Andrew se levantó y se dirigió al interior de la sala. Estaba allí por obligación. El protocolo así lo exigía. Si fuera por él, no habría pisado ni de broma la consulta de un loquero.

—Mi nombre es Nathan Jansen. Espero que comprendas que estoy aquí con el único objetivo de ayudarte.

—Yo no he pedido ayuda. Estoy aquí por obligación.

—Lo sé. Tu lenguaje corporal ya me lo dice con claridad. Estás rígido, con una expresión facial contenida, con cierta frialdad en la mirada. Intentas camuflar tus sentimientos bajo esa fachada. Intuyo que llevas demasiado tiempo haciéndolo.

—¿De eso va esto? Vale, pues tal vez podamos solventarlo en una sesión.

—No, detective, ni mucho menos. Necesitaremos semanas para trabajar.

—Buff.

Andrew resopló con evidente hastío. No quería estar allí. Solo quería aislarse durante un tiempo, hasta que pudiera recuperar las fuerzas

para enfrentarse a su trabajo y a sus compañeros de nuevo. Eso sí, cuando se reincorporase, pediría trabajar solo.

—Sé que es difícil hablar de lo que nos hace daño. Pero el dolor forma parte de nuestra biografía. Nuestro dolor nos define, nos hace quienes somos. Diría que puede incluso escribir su propia historia. Pero debemos abrirnos a él, dejarle hablar, no esconderlo, porque si no lo exteriorizamos, acabará por desgastarnos.

El psicoterapeuta observó a su paciente. Era la primera sesión. Sabía que tenía frente a él un auténtico desafío. Una caja fuerte que guardaba bajo llave todo tipo de emociones y sentimientos tóxicos.

—Andrew, créeme. Voy a conseguir que te sientas bien. Lograré que vuelvas a confiar en ti y reconozcas lo que vales. Lograré que reencuentres tu valía.

Había dicho que no iba a irse a ningún sitio, pero eso no era sinónimo de que estuviera diciendo la verdad. Tal vez, ya ni siquiera estuviera allí.

Debían darse prisa, ir a todo gas si no querían perder una oportunidad que tal vez no volverían a tener.

Ese caso se estaba poniendo cada vez más raro. Las nuevas pruebas apuntaban a una dirección que, por una parte, daban al traste con la teoría que había planteado el detective Davis acerca del perfil psicológico que estaban buscando. Por otra parte, esas nuevas evidencias debían ser tenidas en cuenta con prudencia, pues podían estar justificadas por alguna razón que aún no llegaban a comprender.



Minutos antes en la reunión…

—Está bien, agente Simard, ¿le importaría recoger los datos en la pizarra según vamos revisando la información que tan amablemente nos ha facilitado?

—Por supuesto, sargento. En primer lugar, deberíamos hablar de la víctima pero, en esta ocasión, creo que es mejor que miren los resultados que aparecen en la última página.

Adam Lambert la miró desconcertado. Se dio cuenta de que parecía nerviosa. El cuerpo en tensión, las mandíbulas apretadas, el rápido parpadeo… «¿Qué puede ser tan grave?», se preguntó el sargento.

Inmediatamente después de observar el claro lenguaje corporal de su subalterna, miró la página que ésta había referido. Cuando levantó la cabeza, la cara de todos los presentes parecía comunicar lo mismo que él pensaba.

—Debe tratarse de algún tipo de error —señaló Victoria Stevens, incrédula ante lo que acababa de leer.

—No lo creo. He hablado con los del laboratorio porque he pensado lo mismo que vosotros. Mejor dicho, que nosotros, puesto que me incluyo cuando digo que no doy crédito. No obstante, tanto el análisis del ADN del folículo piloso como la huella parcial que había en el bote coinciden. El CoDIS no se equivoca y el material genético no miente.

—Es cierto, pero tampoco es infalible al cien por cien. Siempre se habla de un porcentaje de acierto —puntualizó Andrew.

—No vamos a poner en cuestión la ciencia en este momento, detective.

El porcentaje de fiabilidad que se recoge en el informe está en torno al noventa y ocho por ciento. Creo que es incontestable. Debemos actuar, es evidente.

El silencio se hizo dueño de la sala por unos segundos.

—Y entonces, ¿qué hacemos? —preguntó el agente Roberts.

—En primer lugar, voy a llamar para confirmar que sigue allí. La agente Simard y yo iremos enseguida para allá. Habrá que preparar la sala de interrogatorios. Detective Davis, esto cambia otra vez las reglas del juego, así que, sintiéndolo mucho, usted también tendrá que esperarnos en la otra sala. Ahora surgen nuevas dudas que tendrá que aclarar. Detective Williams, le agradecería que se quede custodiando a su compañero, mientras los agentes Stevens y Roberts se quedan aquí recogiendo los datos y conectando los puntos que tengan en común ambas víctimas. Además, quiero que localicéis a los familiares de la última joven y que busquéis toda la información que podáis sobre ella que nos ayude a entender este caos.

—Sargento, créame que se equivoca.

—Detective, pude que sea así, pero ya me he fiado demasiado de usted, y hasta el momento, eso no me ha dado buenos resultados, sino todo lo contrario. Espéreme con su compañera en la sala de interrogatorios. No tardaremos en regresar.

—Una última cosa —pidió Andrew, respondiendo a una corazonada, antes de que todos se pusieran en marcha—. Me gustaría comprobar la edad que tenía la chica.

—¿Y qué más da eso ahora?

—No da lo mismo. Creo que es un dato importante.

—Tenía treinta y dos años —le respondió rápidamente Emily para no alargar más aquella situación.

—¡Joder! Mi ex novia tiene treinta y dos años. Esa edad en concreto es importante por algún motivo. Ahora sí que creo que ella puede ser un

objetivo. Además, habría que lanzar algún tipo de alerta a la población de la zona.

—Detective, si nos está entreteniendo adrede por alguna extraña razón que se me está pasando ahora mismo por la cabeza, le meto en el calabozo a la voz de ya. Si de verdad cree que es un objetivo, está claro que pillando al culpable vamos a evitar que le pase algo, así que nosotros nos vamos a todo gas. Tenemos trabajo que hacer. Mientras tanto Roberts, llama y comprueba que no se ha ido.



DÍA 3 DE INVESTIGACIÓN

RESUMEN PRELIMINAR DE DATOS:

1ª víctima

- Mujer de 32 años. Paciente oncológica en remisión.

- Nombre: Charlotte Fortin.

- Profesión: visitadora médica.

- Análisis de sangre revela altas concentraciones de morfina.

- Contenido del estómago: dosis muy elevada de metacualona, fármaco similar a los barbitúricos pero más adictivo.

- Extirpación de sacos lagrimales.

- Objetos encontrados en la escena :

Tarjeta policial del Departamento de Policía de Toronto del detective Andrew Davis.

Sobre con el nombre Andrew escrito en el anverso y un sello lacrado en el que aparecen dos letras B. Dentro, una nota con una sola palabra escrita en mayúsculas: AYÚDAME.

Junto al cadáver, pequeño bote de metacrilato con tapón de corcho. Contenido: lágrimas humanas.

2ª víctima:

- Mujer de 32 años.

- En espera de conocer los datos del análisis de sangre.

- Nombre: Samantha Taylor.

- Profesión: en paro.

- Contenido del estómago: falta confirmación de laboratorio. Posible ingesta masiva de metacualona.

- Marca de pinchazo en el nacimiento del pelo.

- Extirpación total de sacos lagrimales.

- Golpes en diversas partes del cuerpo.

- Marcas de ligaduras en muñecas y pies.

- Objetos encontrados en la escena:

Tarjeta policial del Departamento de Policía de Toronto del detective Andrew Davis.

Sobre con el nombre Andrew escrito en el anverso y un sello lacrado en el que aparecen dos letras B. Dentro, una nota con una pregunta: ¿Puede envasarse la tristeza en un tarro de cristal?

Junto al cadáver, pequeño bote de metacrilato con tapón de corcho. Contenido: lágrimas humanas.

TABLERO:

Relación entre las víctimas

- Ambas de 32 años.

- Aparecen en escenas relevantes para el detective Davis.

- Idéntica colocación de los cuerpos.

- Importancia de la representación: rímel por el rostro, manos sobre el regazo, ojos cerrados.

- Lágrimas (falta confirmación en la segunda escena) en un bote de metacrilato con tapón de corcho.

57

Momentos decisivos

Está en marcha la fase final. Los nervios se han adueñado de mi estómago. Es como si una firme garra de acero lo estuviera estrujando y poniéndolo del revés. Me juego todo a una carta. Todo mi esfuerzo puede quedar en nada.

Debo sobreponerme a mis nervios. Respirar hondo. Llegar hasta aquí ha costado mucho. En algunos momentos, ni recuerdo cómo empezó todo.

Supongo que un día pasó por mi cabeza y ya está. No puede ser eso. Es estúpido. En realidad, ha sido como una alarma que estaba activada en mi interior y que, al cumplir treinta y dos años ha saltado y ya no la puedo parar. Debo cerrar el ciclo y acabar con la tristeza que devora vidas.

Necesito sus lágrimas.

Necesito verle llorar.

No creo que tarden demasiado en llegar. Aunque en mi cabeza todo el plan sale a la perfección, soy consciente de que hay múltiples cosas que pueden salir mal.

Ahora la observación milimétrica de sus acciones es fundamental. Así lograré mantener la ventaja e ir todavía ligeramente por delante, aunque sea tan solo un paso.

Debo dar el siguiente paso antes de que sea demasiado tarde. Antes de que se me adelanten.

58

El sargento no se podía creer que tuvieran que enfrentarse a aquella situación. ¿En qué momento se había ido todo al garete? La vida en Banff solía transcurrir tranquila, sin sobresaltos. Y sin embargo, en menos de una semana, parecía haber caído sobre ellos una especie de apocalipsis. Y

aunque parecía que las respuestas estaban ahí, aparentemente sencillas, la verdad es que nada tenía sentido.

Habían llegado a varias conclusiones. La obsesión del responsable de los crímenes por el detective Andrew Davis era clara. Derivada de esa obcecación, había elegido esa localidad tan turística y llena de vida en la época estival debido al significado sentimental que tenía para el policía. Y

además, la importancia que parecían tener las lágrimas en esos crímenes era algo absolutamente irracional. Lágrimas envasadas y lágrimas surcando los rostros de las víctimas dejando tras ellas un rastro de dolor y muerte. Por último, esa escenificación de un suicidio. Y otra cosa que también parecía ser relevante: la edad de las víctimas. Tal y como había sugerido el detective de Vancouver, tendrían que alertar a la población para que las mujeres de treinta y dos años tuvieran especial cuidado, por si acaso se equivocaban y no detenían a la persona correcta.

Iba todo tan rápido que no les había dado tiempo a profundizar en la información disponible. Después de aceptar la teoría que había facilitado el detective Davis acerca del perfil psicológico que apuntaba hacia una mujer, se encontraban camino de interrogar a un más que posible sospechoso.

Lambert no daba crédito a lo que estaba a punto de suceder. Notó una incomodidad creciente en su interior.

Cuando llegaron al destino, mantuvo dentro del coche una breve conversación con Emily Simard, exponiéndole las dudas que le habían asaltado en última instancia. Quería saber si ella compartía sus inquietudes.

Se fiaba de su intuición.

Habían estacionado en las inmediaciones del edificio. El ambiente era bastante solitario. Bajaron del vehículo policial y se dirigieron hacia la

entrada con celeridad, ganándole la carrera al tiempo, aunque una vez traspasadas las puertas de acceso, debían mantener una imagen de serenidad. Como si no pasara nada.

Era el momento de la acción.

Sin duda, uno de los instantes decisivos.

—Bien, agente, déjeme a mí hacer las cosas, se lo pido por favor.

Cuando lleguemos, vamos a ir con calma, como si no pasara nada, aun sabiendo que no tenemos un minuto que perder. Intentaremos sonsacar así la máxima información posible antes de tomar ninguna medida, ¿de acuerdo?

—Sin problema, jefe.

—¡Joder! Es que todavía no doy crédito —afirmó Adam Lambert, compartiendo la frustración que sentía en ese instante.

Por si la cosa se torcía, desabrocharon sus cartucheras y comprobaron sus armas. Todo parecía en orden, a pesar de que, en realidad, nada lo estaba. Una paradoja de la vida como otra cualquiera. El caos y el orden conviviendo en un equilibrio insostenible. En cualquier momento, uno de los dos inclinaría la balanza.



Mientras tanto en la comisaría, cada uno trataba de realizar la tarea que le había sido asignada, aunque en el ambiente se podía detectar esa incredulidad flotante ante el giro de los acontecimientos. Andrew había tratado de insistir en su teoría acerca de que debían buscar a una sospechosa y que no le cuadraba hacia donde habían apuntado los últimos datos. No le sirvió de nada. Las órdenes del sargento habían sido tajantes: debía permanecer nuevamente custodiado en la sala de interrogatorios.

—Dime la verdad, Sharon ¿Tú crees que tengo algo que ver en todo esto?

—Por supuesto que no. Pero entiendo que desconfíen. Estuviste con la víctima y tienes marcas en el cuerpo que hablan un lenguaje muy claro.

—¿Y crees que tengo razón en mi teoría o no?

—Eso es más complicado. No podemos obviar los datos del laboratorio.

—No, por supuesto, pero hay que darles su verdadero contexto. Y tengo la sensación de que se nos está escapando algo.



—¿Podemos pasar? —preguntó el sargento.

—Por supuesto. Ya pensaba que no ibais a venir. Estaba pensando en irme en breve. Como mínimo, en tomarme una birra antes de irme a casa. Si os animáis, invito yo.

—Creo que esta vez lo dejaremos pasar. ¿Dónde está tu ayudante, Mike?

—Se ha ido hace poco. Me sorprende que no os hayáis cruzado. Tiene un contrato temporal y no le pagan demasiado, así que es lógico que no le apetezca echar horas extra.

—Estás tú solo, entonces.

—Sí, salvo que creas en las presencias paranormales, porque esas puertas que ves ahí están llenas de cuerpos. Y esta belleza que tenemos sobre la mesa está esperando que te cuente lo que sé y te lo muestre para ocupar su hogar temporal hasta que se la lleven.

La agente Simard tomó posiciones flanqueando al forense, algo que le resultó chocante.

—¿Qué le pasa a ésta, Adam? —preguntó extrañado.

—¿Dónde estuviste hace dos noches?

—¿Cómo que dónde estuve? Ya lo sabes, ¿no? Estuve tomando una cerveza con el rubiales y su compañera, pero ésta se fue rápido. Después, Andrew se fue con esta preciosidad que tenemos aquí y yo me quedé un rato más en el bar. Luego me fui a casa.

—¿Volviste a ver a la víctima después de que se fuera con el detective Davis?

Mike entornó los ojos y frunció el ceño.

—¿De qué va todo esto, macho? ¿Me estás interrogando? Porque es lo que parece.

—Me temo que vas a tener que acompañarnos a comisaría, Mike.

—Muy grave debe ser para que me tutee el tío más estirado que he conocido en la Real Policía Montada de Canadá.

—Me temo que así es. Hemos encontrado rastros que te sitúan en la escena del crimen.

—¿Y eso te sorprende? Joder, soy el forense. Suelo ser el primero que entra en contacto con el cadáver.

—Sabes que eso no justifica que los hallemos, sino más bien al contrario. Debes tomar todas las medidas necesarias para no contaminar la escena. Eso lo sabe hasta un recién licenciado.

—¿Qué tipo de rastros?

—Acompáñanos y te lo contamos en comisaría.

—¿Y si me niego? ¿Eh? ¿Qué coño vais a hacer en ese caso? —

inquirió el forense. El tono de voz era claramente de enfado.

—No pongas las cosas más difíciles. Sabes cómo funciona esto. Si te resistes, tendremos que esposarte. Ninguno queremos esto. Simplemente, acompáñanos a comisaría y acláranos un par de cosas.

Mike le sostuvo la mirada al sargento. Parecía no dar crédito a lo que estaba sucediendo. Adam Lambert, al igual que su subalterna, vigilaban los movimientos del forense. El instrumental médico estaba aún sobre la mesa.

Debían tener el máximo cuidado. El sargento empezó a arrepentirse de no haber llevado más efectivos. Había dado por hecho que les acompañaría de manera pacífica, pero comenzaba a tener sus dudas.

El forense resopló con incredulidad y hastío.

—En serio, es que no me puedo creer lo que estáis haciendo. ¡Joder!

Cumplo con mi trabajo como el que más y ahora queréis incriminarme en un asesinato.

—Nadie ha dicho eso. Solo tenemos que aclarar un par de cosas.

—Ya. Como si fuera idiota. Podéis relajaros que os va a dar una contractura. No tengo nada que esconder. Dejadme que meta a la

joven en una de las cámaras frigoríficas, recoja el instrumental y estaré listo para irme con vosotros. ¡Ah! Y si todavía os interesa, está el informe de la autopsia encima de mi mesa.

Mientras el forense recogía todo, la agente Simard se acercó a cogerlo.

Entonces vio algo que le llamó la atención.

Aquello confirmaba, en parte, las nuevas sospechas que habían surgido en su última conversación con el sargento.

59

Relato

Dos meses después…

El dolor emocional es un fantasma huidizo y arisco. Sabes que está ahí, percibes su presencia, experimentas como sus uñas afiladas se empeñan en arañar cada vez con más ahínco, pero no puedes verlo ni tocarlo, porque no tiene cuerpo, aunque a veces lo parezca. Te va devorando poco a poco, de una manera invisible pero palpable, puesto que va apagando tu energía y tus ganas de vivir, arrebatándote incluso tu último hálito de energía.

Hasta que decides hacer algo con él.

Sacarlo fuera.

Afrontarlo.

Escupirlo.

Vomitarlo de una vez y para siempre.

Reconstruirte.

Convertirlo en algo útil.

Porque el dolor del alma es una mochila que, si no la vacías, se va cargando de piedras cada vez más pesadas que te hacen imposible avanzar.

—¿Qué tal si empiezas por contarme qué sucedió los dos últimos días que estuviste en Banff?

Andrew seguía mirando por la ventana. Tratando de huir de sí mismo, una carrera inútil.

—No tengo ganas de hablar.

—Sé que eres consciente de que tienes que estar aquí la sesión completa quieras o no, y que yo soy quien podrá decidir si estás apto o no para volver a trabajar en plenas condiciones. No es la primera vez que hablamos de esto. Es absurdo que te resistas. De momento, tienes un permiso a pruebas en función de lo que vea porque he considerado que te beneficiará seguir activo. Pero puedo replantearme esa decisión. Es mejor aprovechar el tiempo, ¿no te parece? Si no cooperas, tendré que recogerlo en mi informe. Y no es lo que quiero

hacer.

—Las amenazas no funcionan conmigo —respondió desafiante.

—No te estoy amenazando. Te estoy informando de los términos.

Andrew, yo no soy tú enemigo. Tú sí lo eres.

El joven detective miró nuevamente por la ventana. Era una mirada en retrospectiva porque le trasladaba dos meses atrás, cuando todo había empezado siendo como una broma de mal gusto y había acabado en un nuevo desastre en su vida.

En su mente se sucedían los flashbacks de aquellos últimos momentos.

Parecían imágenes explosionando en su cabeza, retazos de un pasado reciente que se negaba a dejarle ir. La culpabilidad se teñía de rojo en su cabeza. Veía la sangre. Veía los errores. Veía el señuelo.

—Soy una persona tóxica.

—¿Por qué dices eso?

—Porque es la verdad.

—Será mejor que empieces a relatarlo desde el principio. Tal vez, así los dos seamos capaces de entenderlo.

La mirada usualmente jovial de Andrew, se había transformado en una mirada triste.

Interrogatorios

Nada más llegar, metieron al forense en la sala de interrogatorios contigua a la que estaba el detective Davis. Después de lo que habían encontrado en la mesa que tenía en la morgue, había tomado fuerza la teoría de que Mike y Andrew trabajaban juntos.

No podían descartarlo sin más.

Antes de comenzar el interrogatorio, el sargento vio necesario tener una conversación con la agente Victoria Stevens. Viendo su reciente inestabilidad, lo más conveniente sería mandarla a casa. Tal vez el sargento se estaba precipitando y había visto más de lo que había, pero prefería pecar de exceso de celo que lamentarse después.

—Emily, haga el favor de poner al tanto de las últimas novedades al agente Roberts.

—Por supuesto.

—Victoria, acompáñeme.

La agente Stevens se levantó extrañada. Habían estado trabajando intensamente en las tareas que les había asignado el sargento. No entendía por qué motivo tenía la sensación de que estaba a punto de recibir una riña.

Le siguió hasta su despacho.

—Siéntate, por favor.

Ella obedeció. El sargento se apoyó en la mesa para estar más próximo a ella. La observó durante unos instantes.

—¿Cómo te encuentras Victoria?

—Estoy bien, Adam.

—No me lo parece.

—Te digo que estoy bien.

—Te conozco desde que eras una niña y te he visto en tus peores momentos. Y veo que estás entrando en algo que no me gusta.

—No sé a qué te refieres.

—Al detective Davis.

—No pasa nada con él.

—Sí, sí que pasa. Debería haberme dado cuenta antes. Se parece demasiado a Samuel.

La cara de la joven se transformó. El ceño fruncido, los labios apretados. El sargento había dado en el clavo. Intuía que, además, la animadversión expresada en el último día por ella hacia el detective de Vancouver, estaba relacionada con algún rechazo.

—No tiene nada que ver.

—Seguiremos esta conversación más adelante, ¿de acuerdo? Me preocupo por ti y lo sabes, pero éste es un mal momento. Hay mucho trabajo que hacer.

—No hay nada de lo que hablar.

—Claro que sí. Ahora, vete a casa, Victoria. Voy a llamar a tu padre para ponerle sobre aviso.

—¿Qué? ¿Me apartas del caso, Adam? ¡No me hagas esto! Ese puto chulo insufrible tiene algo que ver. Tiene que pagar por lo que ha hecho —

dijo la agente fuera de sí.

Adam la observó muy serio. Ella se dio cuenta en cuanto vio reflejado en el rostro del sargento su preocupación.

—Vete a casa. Si lo necesitas, llamo a algún agente para que te acompañe.

La joven salió del despacho sin mirar atrás.



Los agentes Simard y Roberts esperaban instrucciones de su jefe. El sargento confiaba que Emily le hubiera hablado a Clark de las hipótesis que habían barajado y que respondían simple y llanamente a la intuición. Le daba pánico lanzarse por esa pendiente, pero quizás no hubiera remedio. Ya habían jugado demasiado con ellos.

Había llegado la hora de la verdad.

—Muy bien, empezaremos con Davis. Voy a mandar a su compañera al motel. Quiero que a partir de aquí, nos encarguemos nosotros tres,

¿estamos? Cuantos menos seamos en este momento, mejor.

—Sin problema, jefe.

—Roberts, tú vendrás conmigo a interrogar a Davis. Simard, tú esperarás custodiando al doctor Sanders. No quiero que hables nada con él,

¿de acuerdo?

—Por supuesto.

—Muy bien. Vamos allá.

61

Dos meses después…

El psicólogo le miraba con curiosidad, expectante por lo que tuviera que decir. No obstante, era consciente que lo más probable fuera que, aunque se abriese momentáneamente, se replegase en cuanto algo le resultase demasiado incómodo de relatar. Sería necesario tener paciencia con él. Al fin y al cabo, llevaba más de tres años con el dolor cerrado a cal y canto. Abrir siquiera una rendija, ya sería un logro.

—Todo se desmoronó en cuestión de unas pocas horas. Nos interrogaron al forense y a mí. Nos convertimos en los principales sospechosos, a pesar de que aquello no tenía ni pies ni cabeza. Yo tenía la marca de un mordisco de la última víctima en mi pecho y arañazos por la espalda. Entiendo que las pruebas circunstanciales parecían sólidas. Pero desoyeron el perfil psicológico. Se dejaron embaucar por los cantos de sirena de las evidencias físicas.

—Bueno, eso en cierta medida puede ser razonable, ¿no crees?

—Sí, lo creo, especialmente porque el sargento Adam Lambert estaba obsesionado con las pruebas y dejar que fueran ellas las que hablasen. Eso creo que fue lo que le cegó. Había logrado que me escuchara y que tomara en serio el perfil que le había dado, hasta que dejó de hacerlo porque vio el informe del laboratorio. Y al final, perdimos un tiempo muy valioso.

—Entonces, ¿consideras que el culpable de lo sucedido es el sargento Lambert?

—No es lo que he dicho.

—Pero tal vez sea lo que piensas.

Andrew respiró hondo. ¿Culpaba al sargento de lo sucedido? Por supuesto que no, aunque le había hecho sentir responsable. Había volcado su frustración sobre él, en un intento de purgar la culpa que él mismo sentía.

—No, no lo creo. En realidad, el culpable soy yo. Lo malo es que lo descubrí demasiado tarde.



—¿Tú qué opinas Sharon?

—¿Acerca de qué?

—De la huella de Mike en el bote de lágrimas y de que el pelo que estaba en la víctima también le pertenezca.

—Creo que podría tener una explicación razonable sin que sean pruebas incriminatorias en ningún caso. Al fin y al cabo, es el primero que tuvo acceso al escenario del crimen.

—¿No te parece demasiado oportuno?

—¿A qué te refieres?

—¿Y si alguien está intentando confundirnos?

—No es tan sencillo, Andrew. Tendría que ser alguien de dentro.

—¿Qué opinas de Victoria Stevens? —preguntó acercándose mucho a ella, casi en un susurro.

Sharon le miró asombrada.

—¿Qué quieres que opine? No creo que esté implicada, si es lo que estás insinuando.

—Me cuesta creerlo, pero no lo descarto. Esa chica está atravesando algún tipo de crisis nerviosa, estado de ansiedad o llámalo como quieras.

Tendrías que haberla visto cuando he venido con ella en el coche y cuando ha estado conmigo en la sala de interrogatorios.

—Pero eso no tiene ni pies ni cabeza. Se supone que el responsable quería que vinieras aquí por algún motivo y conoce cosas de tu vida personal del pasado. A Victoria, que tú sepas, no le vincula nada a ti y no la habías visto nunca antes de venir a Banff.

—Tú lo has dicho: que sepamos. No estaría mal que hurgaras un poco en su pasado, a ver si averiguas algo que nos dé alguna pista. A mí no creo que me dejen salir de aquí en un buen rato.

—Lo intentaré.



—¿Dónde estabas en este momento, Andrew? —interrogó el psicólogo, tratando de sacar a su paciente de su ensimismamiento.

Andrew perdía su mirada en el horizonte, imaginándose libre de esa carga que arrastraba. Notaba como se agolpaban las lágrimas otra vez. Y

entonces se repetía que no debía llorar porque, entonces, le regalaba una nueva victoria aunque ya no pudiese valorarla.

62

El agente Roberts y el sargento Lambert accedieron a la sala en la que estaban esperando los detectives de Vancouver. Ya había caído la noche. La jornada estaba siendo extenuante.

—Detective Williams, ya es tarde. Será mejor que se retire y se vaya a descansar al motel.

—Estoy bien, sargento.

—No me ha entendido. No es una sugerencia. Es una orden. Si lo desea, puede regresar mañana mismo a Vancouver. No requerimos más de sus servicios. Le agradecemos enormemente su inestimable ayuda.

—¿Cómo dice?

—Lo que ha oído. Desde este momento, está oficialmente fuera del caso.

Sharon le miraba atónita. ¿A qué venía eso ahora? Le parecía hasta despótica la manera en la que el sargento la estaba tratando. Miró a su compañero con cierta preocupación. Estaba segura de que él no tenía nada que ver en aquello, e intuía que podía acabar implicado de alguna manera.

No podía abandonarle.

—Sargento, no me parece oportuno…

—Sharon, obedece —le pidió Andrew—. Tranquila, estaré bien. Llama a Petrus y que te diga cómo y cuándo puedes volver. Tienes que estar con tu familia. Yo me apaño.

Era consciente de que no tenía opción. Seguramente ya le habrían revocado todos los permisos. Sin embargo, ahora con más razón, estaba dispuesta a investigar por su cuenta. Empezaría por la agente Victoria Stevens. Aunque no tenía ni la menor idea de por dónde comenzar.



Sharon todavía no daba crédito a lo sucedido. De camino al motel, había llamado a su marido y le había expuesto como la habían apartado del caso, sin darle más detalles de la investigación. Estaba

indignada. La parte buena era que, probablemente, regresaría a casa al día siguiente.

Justo cuando estaba a punto de abrir la puerta de su habitación, una voz la llamó. Había ido tan distraída, que no se había percatado de que alguien la había seguido.

—Detective Williams.

Sharon se giró. No daba crédito a quien tenía en frente.



—Bien, detective. Parece que volvemos a la casilla de salida. Me gustaría que me hablase con detalle de su relación con el doctor Michael Sanders.

—No hay mucho que contar, sargento. Nos conocimos en Vancouver en un congreso. Después, coincidimos en algunos casos. Nos caímos bien desde el primer instante, y de hecho, salimos alguna vez por ahí junto a otros compañeros del gremio, no le voy a mentir. No le había vuelto a ver desde que me trasladé a Vancouver.

—¿Está seguro de que no se habían vuelto a ver? Porque a mí me resulta demasiado casual que justamente se hayan reencontrado aquí, exactamente en el mismo momento en que a algún chalado se la ha ocurrido dejar la zona sembrada de cadáveres.

—Es lo que hay. Yo soy el primer sorprendido.

—¿Y no han mantenido el contacto desde que usted se fue de Toronto?

Porque ahora las posibilidades de estar comunicados son múltiples, sin duda.

—Hábleme sin rodeos, por favor. Como ve, no he pedido un abogado, así que me gustaría que simplifiquemos lo máximo posible. No tengo nada que esconder, ya se lo he dicho. He hablado de mi relación con la víctima desde el primer instante. ¿Qué más quiere que le diga, salvo que creo que se equivocan pensando que Mike es el asesino? Están perdiendo un tiempo muy valioso. Ya le he dicho que estamos ante un *Spree Killer* y no tardará mucho en haber otro cadáver.

—Muy bien. Sin rodeos. Usted, detective, nos dice que estamos equivocados. Y sin embargo, no solo hemos hallado un pelo del

forense

entre la ropa de la víctima, sino que además, su huella estaba en el bote de metacrilato. Dos pruebas le vinculan con el crimen. Algo nada desdeñable,

¿no le parece? Pero, por si fuera poco, hemos encontrado sus tarjetas de visita, las mismas que han aparecido en los escenarios de los crímenes, en la mesa del forense. ¿Cómo llamaría usted a todas estas circunstancias?

Conversaciones

Sharon la miraba sorprendida. Después de lo que había hablado con Andrew, pensó que lo mejor sería ser lo más precavida posible.

—Victoria, ¿qué haces aquí? No creo que sea buena idea.

—No te molestaré mucho, te lo prometo. Solo necesito hablar con alguien.

Observó a la joven. Estaba visiblemente nerviosa. No paraba de frotarse las manos. A lo mejor, Andrew tenía razón al fin y al cabo. ¿Que debía hacer? Desde luego, invitarla a pasar no le parecía la mejor opción.

—Está bien, hablemos.

—¿Podemos entrar dentro? Es que hace muchísimo frío y llevo un rato esperando.

—No me parece buena idea.

La joven la miró sorprendida.

—¿Por qué no? No voy a hacerte nada, Sharon. ¿Acaso crees que soy peligrosa o algo por el estilo? ¿Qué coño te ha contado Andrew? Porque esto es por él, ¿me equivoco?

—Si te pones así de nerviosa lo único que vas a conseguir es reafirmar mis dudas.

—No le he hecho nada, ¿vale? Esta mañana estuve un poco tensa, es verdad. Pero tengo mis motivos.

—¿Cuáles? Me gustaría saberlo.

—No es esto a lo que he venido. No entiendo por qué me tratas así. No comprendo por qué razón todo el mundo tiene que tratarme tan mal —

finalizó casi con lágrimas en los ojos.

Sharon se sintió mezquina. Pensó que se había dejado llevar por las ideas preconcebidas que Andrew le había metido en la cabeza. No obstante, seguía con intención de investigarla. Quizás pudiese aprovechar, ya que estaba allí en la puerta de su habitación.

—¿A qué has venido? Te escucho.

Ella miró al suelo avergonzada. Empezaba a arrepentirse de estar allí.

—En realidad, no lo sé, Sharon. Quería hablar con alguien y no puedo hacerlo con mis compañeros porque sé lo que piensan de mí, que soy la protegida del sargento y que tengo enchufe. Tú pareces distinta, y además, no trabajas aquí. No tengo muchos amigos, ¿sabes? Pasé una mala época y me quedé bastante sola.

—Siento oír eso.

—Gracias. Hoy ha sido un día de mierda, la verdad. El sargento me ha apartado de la investigación.

—Ya somos dos, si te sirve de consuelo.

—¿A ti también?

—Sí. Posiblemente me vuelva mañana a Vancouver, así que aprovecha y cuéntame todo lo que quieras. Como, por ejemplo, qué te pasa con Andrew.

—No me pasa nada.

—Victoria, he observado cómo le miras. Me di cuenta casi desde el primer día. Si te sirve mi opinión, te diré que es un buen chico, pero no te conviene en absoluto.

—Eso es lo de menos, porque él ya me ha dejado claro que no tiene ningún interés en mí.

—Creo que es lo mejor. Confía en mí.

—¿Sabes una cosa? Creo que Adam hoy tenía razón en una cosa.

Andrew me recuerda a alguien que fue importante y que me destrozó el corazón. Tal vez intentaba arreglar el pasado con él, usándole como sustituto.

—Eso no es sano, seguro que lo sabes.

—Creo que sí. Pero… Me sentía mejor y dejé de tomarme hace unos días la medicación. Él ha aparecido en el peor momento.

—No, no lo creo. El problema ha sido abandonar tu medicación. Por lo poco que yo sé, eso tiene que pautarlo tu psiquiatra.

Victoria suspiró profundamente. En su rostro se leía claramente que se sentía vencida.

—Oye, ¿todavía quieres pasar? ¿O, a lo mejor, podemos ir a tomar algo al bar que hay aquí cerca?

—No, muchas gracias. Ya me has ayudado demasiado.

La joven abrazó a la detective, lo que pilló a ésta totalmente desprevenida. Sin decir nada más, se marchó.

Sharon entró en su habitación. Desde luego, desde que estaban en Banff, pasaban cosas que podían considerarse bastante inauditas.

Apenas unos minutos después de entrar en la habitación, alguien llamó a su puerta.

Lo siguiente que sintió fue un pinchazo en su cuello. Quien lo había hecho, quería que le viese.



—Doctor Sanders, ¿está cómodo?

—¿Me estás vacilando, Adam? Porque desde que tengo la sensación de que intentáis cargarme, como mínimo, un asesinato, he perdido todo el humor, te lo aseguro. Y deja de tratarme de usted. Me pone los nervios de punta.

—Lo entiendo. Pero desde que hemos sabido que el pelo que había en la víctima y la huella del bote eran tuyos, comprenderás que yo también he perdido el humor. Por si eso fuera poco, hemos encontrado esto en tu mesa

—dijo sacando una bolsa de pruebas en la que había unas diez tarjetas de cuando el detective Davis trabajaba en Toronto.

La cara del médico era de absoluta sorpresa.

—¿Y para qué coño iba yo a querer las tarjetas de Davis?

—No lo sé. Esperábamos que nos lo explicaras tú.

—Estamos investigando tus últimos movimientos, Mike. Pero sería mejor que nos contases tú dónde has estado los dos últimos días —aconsejó la agente Simard.

—Creo que ya lo sabéis de sobra. A la chica la vi en el bar que hay junto al motel en el que se hospedan Andrew y su compañera. Después de que Davis se fuera, me terminé mi cerveza y me fui a casa. Lo repetiré hasta la saciedad, si es lo que queréis. Obviamente no tengo a nadie que lo corrobore. Después, he hecho lo que todos los días, acudir al trabajo como hago siempre, hasta que me avisaron de la aparición del último cadáver. No tengo explicación para los rastros que habéis encontrado, salvo que alguien los haya colocado ahí. Y lo mismo pasa con las tarjetas.

—¿Cuál es tu relación con el detective Davis?

—No hay mucho que contar. Nos conocimos en un congreso en Toronto, cuando ambos trabajamos allí. Hemos colaborado en algún caso juntos y hemos salido de borrachera en más de una ocasión. Pero, desde que

él se trasladó a Vancouver, no había vuelto a saber nada de él. Hasta el otro día, claro. Esa es toda nuestra historia en común. Desde luego, no da para escribir un libro. Ni siquiera para una necrológica.

—Ya veo que no pierdes tu humor negro.

—No te voy a engañar, hoy me pillas un poco justo. Será que eso de tener medio pie en una celda por algo que no he hecho no me sienta bien.

—Al menos, no te hemos esposado. Nos reconocerás el detalle.

—Claro. Muchísimas gracias, su majestad. No tengo palabras para honrar su enorme consideración hacia mí —aseveró con ironía.

Adam Lambert le observó con atención. Miró a la agente Simard justo a continuación, para tratar de adivinar qué estaba pensando, después de la breve conversación que habían mantenido antes de iniciar los interrogatorios. Se decidió a dar un paso más.

—Tengo varias teorías. ¿Quieres oírlas?

—Claro. Lo que me sorprende es que tú hables de teorías, don

“dejemos que hablen las pruebas” —respondió el forense con los brazos cruzados sobre el pecho.

El sargento sonrió de medio lado.

—Tienes razón. Pero viendo el ritmo que está tomando la aparición de cadáveres en la zona, me ha dado por arriesgar.

—Se está usted volviendo un intrépido, sargento.

—Deja ya ese tono sarcástico, Mike —le reprendió—. Bien, mis teorías, mejor dicho, nuestras teorías, son las siguientes: creemos que tienes alguna cuenta pendiente con el detective Davis y quieres cargarle el muerto

—Adam Lambert observó la reacción del forense. Después continuó hablando—. Pero algo me dice que no, que estamos bastante desencaminados, salvo que hayas utilizado a Davis como distracción. La segunda teoría es que ambos estáis colaborando juntos para asesinar a mujeres que casualmente tienen treinta y dos años, aunque no comprendo aún el motivo. Pero me parece bastante absurdo, puesto que con la segunda víctima todavía existe un vínculo, aunque sea bastante frágil, salvo en el caso del detective, que bien podría ser a causa de una relación erótica que se fue de las manos. En ese caso, atendiendo a los resultados del laboratorio, él estaría colgándote a ti el asesinato.

—Pues sí, va a ser eso. Por lo poco o mucho que conozco a Andrew, es un psicópata de manual. ¡Vamos hombre, no me jodas! El chaval estará perdido, pero, sinceramente, no creo que sea capaz de matar una mosca. En

serio, ¿no te ha sonado estúpido según lo has dicho? Te creía más espabilado, Adam.

—Todavía no has escuchado la tercera.

—Estoy impaciente —dijo con condescendencia.

—La tercera es que alguien intenta incriminaros, pero todavía no estoy cien por cien seguro de quién puede ser ni por qué.

64

En la habitación del motel

Había resultado más sencillo de lo que había esperado. Ni siquiera los nervios que había experimentado habían conseguido que dudara ni que cometiera ningún fallo. La detective había abierto la puerta sin dudar. Le había mirado a los ojos con sorpresa y lo siguiente que había hecho, sin darle tiempo a pensar, había sido clavarle la aguja en

el cuello.

Sin duda tenía a su reina en la partida de ajedrez.

El siguiente movimiento, sería un jaque mate.

Era cierto que no encajaba en absoluto en el perfil de los sujetos de investigación que buscaba, pero no importaba porque tenía algo que la dotaba de un poder inusual. Sharon Williams era de raza negra, contaba cincuenta y un años y no era una mujer que, en apariencia, estuviera atada a un sufrimiento que llevase tatuado en la cara, como las dos víctimas anteriores.

La primera, era un cúmulo de problemas y dolor. No hacía falta profundizar demasiado por conocer su sufrimiento, puesto que éste residía en la superficie. La segunda, ante esa aparente indiferencia e imagen indolente, en realidad se auto castigaba con conductas de riesgo porque se odiaba a sí misma.

Pero la detective no. Ella era de otra pasta. La detective era una buena persona que se preocupaba por los demás. ¿Qué la hacía tan deseable entonces? Por un lado y por encima de todo, su vínculo especial con Andrew Davis. Por lo que había podido observar, éste la apreciaba sinceramente.

Su muerte le causaría un dolor insoportable.

Pero además, los cincuenta y un años de Sharon Williams eran una maravillosa casualidad. Su madre cumpliría justo esa edad al día siguiente.

El círculo se cerraría por fin y tendría en su poder las lágrimas de Andrew.



Unas horas antes…

—Me alegra de que hayas entrado en razón por fin —afirmó el forense.

—No cantes victoria todavía, Mike. Estoy arriesgándome mucho con esto. No significa que estés totalmente fuera del radar —comentó en clara advertencia el sargento.

El forense asintió con un leve gesto.

—Emily, comprueba que no queda nadie en comisaría, salvo los agentes de guardia. Asegúrate que están en sus puestos. Luego necesito que llames al padre de Victoria y te asegures de que ha llegado a casa. No, déjame eso a mí. Si le llamas tú y no ha llegado, puede asustarse —

reflexionó en voz alta—. Avisa también a Clark y dile que venga con Davis.

Tenemos que tratar de averiguar quién hay detrás de todo esto.

—Hecho. Enseguida vuelvo, sargento.

La agente Simard salió inmediatamente de la sala.

—Necesito que me digas quiénes tienen acceso a tu casa, y en especial, a tu despacho y a la sala de autopsias. Tendremos que investigarlos a todos.

—A ver, más gente de lo que puedas creer, salvo a mi casa, que solo tiene llaves el chico que limpia en mi apartamento. En el hospital es más complicado. Por un lado, todos los del personal de la limpieza tienen llaves para acceder a casi cualquier rincón. Obviamente también los jefes, aunque no les veo descendiendo a los infiernos, no te voy a engañar.

—¿Tienes mala relación con alguien dentro del hospital? ¿Alguien que se haya mostrado hostil contigo? ¿Alguien que te la tenga jurada?

—No, joder. Soy un tipo encantador, ya lo sabes.

—Empezaremos investigando entonces al personal de la limpieza, especialmente si ha habido incorporaciones recientes.

—¿Quieres conocer una incorporación reciente? Mi ayudante. Y tiene unas rarezas de lo más peculiares.



Unas horas después…

Se había despertado con un dolor de cabeza terrorífico. Las sienes le palpitaban con fuerza, como si su cerebro estuviera intentando escapar de su acogedora cavidad. Le costó unos minutos entender lo que había

sucedido y cómo había acabado en esa situación, esposada al cabecero

de la cama.

Sharon observaba a quien la mantenía secuestrada. Tenía la mirada extraviada, como si su mente hubiera perdido aquel elemento invisible tan necesario para mantenernos cuerdos.

¿Cómo podía haber sido tan confiada? Había abierto la puerta de su habitación sin comprobar quién llamaba, algo que no habría hecho en la vida. Se había dejado conmover y había bajado la guardia. Ahora se encontraba en una situación sin duda de lo más inestable y peligrosa.

Sintió como las ganas de llorar se imponían a su voluntad y las lágrimas se agolpaban en sus ojos al pensar en su marido y sus hijos. ¿Y si no volvía a verles?

Aquellos ojos la observaban con avidez al ver las primeras lágrimas asomar.



Unas horas antes…

—¿Por qué tanto paripé? ¿Por qué nos habéis mantenido encerrados y habéis mandado a mi compañera al motel? No lo entiendo, la verdad.

—Porque queríamos mantener las apariencias. Si es alguien de dentro, podía estar observando todos nuestros movimientos y teníamos que hacer creer a todos que tú y Mike erais nuestros principales sospechosos.

—Tenía que ver que habíais picado el anzuelo.

—Exacto. No nos ha quedado más remedio que seguirle el juego.

—Y en realidad nos ha revelado información valiosa. Es alguien que me conoce de algo y que tiene acceso de cerca al forense.

—Sí, si es que estamos en lo cierto y no me he vuelto loco dejándome llevar por las teorías. La ayudante del doctor Sanders parece tener muchas papeletas, pero vamos a investigar a todas las mujeres entre los treinta y los treinta y cinco años que cumplan con los criterios que tú mismo expusiste, Andrew. Buscaremos a alguien que haya vivido una parte de su vida en Toronto, que trabaje o haya trabajado en algún laboratorio farmacéutico, en alguna investigación en una Universidad o esté relacionado con el ámbito médico o científico. Comprobaremos cuánto tiempo llevan cada una residiendo en Banff,

especialmente las que se hayan trasladado recientemente.

—Esto va a reducir mucho la búsqueda.

—Estoy convencido de que mañana a estas horas habremos resuelto el caso —afirmó esperanzado el sargento.

—Tenemos una larga noche de trabajo por delante.

—Sin lugar a dudas, *bro* —dijo el agente Roberts.

—Roberts, no hace falta ser tan coloquial. Entiendo que a veces puedes ser excesivamente formal, pero de ahí al otro extremo hay un inmenso término medio.

—Lo siento, jefe.

—Quizás no sería mala idea llamar a la detective Williams para que nos ayude —prosiguió Lambert.

—No, déjela descansar. Ya ha tenido suficiente. Le mandaré un mensaje para que sepa que estoy bien y para ponerla al día de las novedades. Está aquí por mí y es mejor que vuelva a su casa cuanto antes.

No creo que sea necesaria su cooperación. Ya ha hecho demasiado.

—Me parece bien.



—Ni se te ocurra acercarte a mí con eso, ¡joder!

—No voy a hacerte daño. Solo quiero que esas lágrimas no se pierdan.

Tienen una función muy importante. Van a acabar con la tristeza, ¿acaso no puedes entenderlo?

—¡Estás mal de la cabeza o qué te pasa! —gritó Sharon muy nerviosa, al ver cómo se acercaba a ella con algo parecido a una jeringuilla. Miró detrás de la joven y vio como había extendido sobre el escritorio un estuche que contenía distinto instrumental quirúrgico. En ese momento, le vinieron inevitablemente a la cabeza las imágenes de las dos víctimas que habían hallado con los lagrimales extirpados.

Trató de tranquilizarse. Tenía que pensar. Debía actuar como la policía que era. Si perdía los nervios, si se ponía histérica como sin

duda estaba en ese instante, no podría ganar la partida. Era preciso entrar en su mente, tratar de jugar con ella.

Respiró.

Respiró hondo una vez más.

Pero le resultaba imposible tranquilizar su corazón, mientras veía como se acercaba a ella.

Estaba aterrada y totalmente indefensa.

Aquella habitación de motel se había convertido en el mismísimo infierno.

65

Cansancio

Apesar de las horas que llevaban en pie, apenas notaban el agotamiento que arrastraban. El efecto de la adrenalina en sus cuerpos ejercía de mitigador natural de ese cansancio que era inevitable a esas alturas de la noche.

El forense iría acompañado del agente Roberts al hospital para hacer un registro del material que pudiera tener allí su ayudante, por si encontraban algún indicio que apuntara con claridad en la dirección de la joven que había trabajado con él las últimas tres semanas.

—¿Sabemos cómo consiguió el puesto?

—No lo tengo demasiado claro. Había varios puestos de trabajo que se ofertaron hace un mes y que se van cubriendo según necesidades. El suyo, creo que es un contrato a tiempo parcial, pero no hemos hablado demasiado, ya te lo he dicho. Su conducta siempre ha sido un poco extraña, además.

—¿A qué te refieres? ¿Puedes ser un poco más preciso?

—Bueno, no sé, a veces eran sensaciones, no solo porque nunca parecía con ganas de hablar. Es decir, puedes ser poco sociable y eso, no pasa nada. Cada uno es como es. Pero era la forma de mirar, por ejemplo. A veces, se me quedaba mirando con los ojos como platos. Otras veces, ni me miraba siquiera. No le pillaba el punto, si te digo la verdad. Siempre digo que es más fácil hablar con los muertos y la gente se ríe porque les parece un comentario sarcástico, pero en este caso es absolutamente verdad.

Luego, se movía con un sigilo fuera de lo normal. Me daba un poco de repelús, pero no sé, podían ser paranoias mías. A lo mejor, es simplemente que estoy analizando su comportamiento bajo un nuevo prisma y ya está. A posteriori siempre es fácil ver lo que no supimos detectar a tiempo.

—Andrew tiene la teoría de que el responsable de los asesinatos está atravesando un brote psicótico. ¿Tú qué opinas?

—No soy psiquiatra.

—Ya lo sé. Te pido opinión, no que hagas un dictamen, Mike, joder.

El forense se quedó pensando unos instantes.

—No me parece descabellado.



Mientras tanto, Andrew, Emily y el propio Adam Lambert estaban buscando la información de la que habían estado hablando, empezando por la ayudante del forense.

El sargento se disculpó unos instantes para poder llamar a Connor, el padre de Victoria. Aunque no quería creerlo, la realidad es que tenía una leve sospecha sobre ella. ¿Y si la segunda víctima había sido cosa suya? No había compartido su inquietud con el resto primero, porque le parecía desproporcionado, y segundo, porque si se equivocaba, dejaría sobre la joven un rastro de desconfianza que podría contagiarse a los demás miembros del equipo. Sabía de sobra que en la comisaría hablaban sobre el favoritismo que parecía tener el sargento hacia la agente Stevens.

Desconocían que simplemente estaba tratando de ayudarla a salir de un bache muy profundo.

—¿Qué pasa, Adam? ¿Por qué me llamas a estas horas?

—No quiero que te asustes, ¿vale?

—Pues acabas de hacerlo, como seguro que ya imaginas.

Tenía razón. La forma más sencilla de hacer que alguien se preocupe es diciendo en primer lugar que no debe preocuparse. Un sinsentido.

—Lo siento. Verás, he observado a Victoria estos últimos días y me ha parecido que está más inquieta de lo habitual. ¿Habéis notado algún cambio en su comportamiento en casa?

Al otro lado del teléfono, la respiración de su amigo parecía pesada, como la de alguien que lleva cargando con un peso excesivo que necesita soltar.

—Creemos que lleva unos días sin tomarse la medicación.

—¡Joder, Connor! ¿Cómo no me lo has dicho? Éste no es un trabajo cualquiera. Quedó muy claro en la reunión con su psiquiatra que yo debía estar al tanto de cualquier mínimo cambio que detectáramos en su conducta.

Me hice cargo de ella con esa condición.

—Lo siento, vale. Ella… Ella no parecía estar mal.

—O tal vez vosotros no queríais verlo.

—A lo mejor. Esto es muy duro, Adam.

—Lo sé de sobra. Pero, a pesar de que dije que era pronto para que volviera, el psiquiatra y vosotros insististeis en que era lo mejor.

—No entiendo qué puede haber pasado.

—¿Quieres saberlo? Pues te lo voy a decir. Ha venido un agente de Vancouver que se parece mucho a Samuel, tanto físicamente como en el carácter, y según parece, tu hija ha intentado tener una cita con él. Después de que le dijera que no, todo ha vuelto a empezar. Le ha convertido en su sustituto porque aún no ha asumido que Samuel nunca va a volver.

—¿Se ha hecho algo? —preguntó el padre con creciente preocupación.

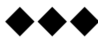
—No, pero se ha mostrado con él un tanto agresiva, como si le echara la culpa. Y yo lo he visto todo demasiado tarde.

—Hablaré con ella en cuanto llegue a casa. Mañana mismo iremos a ver a su psiquiatra.

—¿No ha llegado todavía?

—No. ¿Por qué? ¿Debería?

—Hace más de tres horas que se fue de aquí.



—Tengo algo sobre la ayudante de Mike—dijo Andrew.

—¿Qué has encontrado?

—Vale. La tal Julliette Perkins ha estado trabajando en un importante laboratorio farmacéutico. ¿Has oído hablar de Kinesics?

—Claro, ¿y quién no? Es la mayor empresa farmacéutica de todo Canadá.

—Exacto. Lo que aún no podemos saber es por qué motivo abandonó su puesto. Tendremos que llamar a primera hora para que nos cuenten su historia.

—¡Vaya mierda!

—Bueno, al menos tenemos algo. Porque esta empresa era precisamente uno de los principales fabricantes de metacualona.

—¿Sabes que es un medicamento sedante - hipnótico? Según acabo de descubrir, su uso principal era para tratar el insomnio, pero también se empleaba como sedante y relajante muscular. Ahora es ilegalmente utilizada como droga recreativa.

—Vale, Emily, no te voy a negar que es muy interesante, pero eso en este momento de la investigación no nos ayuda. Ahora necesitamos saber otras cosas.

—Ya, supongo que tienes razón. Bien, pues ahí va lo que yo sé. Esta joven tiene treinta y dos años, exactamente igual que las víctimas. Al parecer es huérfana. Su madre murió hace casi veinte años, pero no he encontrado las causas. Estudió en el instituto Marshall MacLuhan de Toronto.

—¿Qué? —preguntó Andrew estupefacto—. Ese es el instituto al que yo iba.

—¿Cuántos años tienes tú, pipiolo?

—Treinta y tres.

—Bueno, entonces no ibais a la misma clase, salvo que tú repitieras o a ella la adelantaran un curso.

—Pero puede que me conozca de allí. Necesitamos encontrar fotos de Julliette Perkins.

—¿Para qué coño quieres una foto? Tienes que haberla visto con el forense.

—Sí, la he visto. Pero siempre llevaba el EPI puesto, con el gorro, las gafas y la mascarilla. Imposible reconocerla.

—Está bien. Vamos a ver qué encontramos por aquí.

Pasados unos minutos, Emily Simard localizó una foto de la ayudante del forense. Curiosamente, le resultó más fácil encontrarla dentro de la página web del laboratorio en el que había estado trabajando. Había participado en un proyecto de investigación destinado a encontrar una medicación para tratar la narcolepsia de un modo más eficiente y con menos efectos secundarios.

—Mira, Andrew. Es esta chica —dijo señalando a una joven que aparecía con otros siete investigadores en la pantalla.

Él la observó con detenimiento. En la imagen aparecía con una expresión seria, la cabeza ligeramente ladeada hacia el lado derecho. Tenía el pelo castaño y ondulado, por lo que se podía apreciar en los mechones que escapaban de su recogido. Aunque la imagen no era de alta definición, sus ojos parecían de color castaño, sus labios finos, tal vez apretados en una expresión de contención, aunque bien podría ser una mera interpretación de Andrew.

Intentaba hacer memoria, ubicarla en sus recuerdos. Trató de remontarse a la época del instituto. Visualizó a su grupo de amigos, a los compañeros de clase y a otros con los que solía coincidir en el patio. No era capaz de ubicar aquel rostro en ninguna de esas imágenes que acudían ahora a su mente en tropel.

—No me suena de nada.

—Fíjate bien. En algún momento debes haber tenido algún tipo de contacto con ella.

—Lo siento, pero no soy capaz.

Justo en ese momento, se abrió la puerta. El sargento Lambert regresó junto al detective Davis y la agente Simard después de haber hablado por teléfono con el padre de Victoria Stevens. En su rostro se leían con claridad meridiana la preocupación y el cansancio.

—¿Está bien, sargento? —preguntó la agente Simard.

—No estoy muy seguro.

—¿Qué sucede? —interrogó Andrew esta vez.

—Victoria no ha llegado a casa todavía. Temo que pueda haberle

ocurrido algo.

—Seguro que hay una explicación sencilla, sargento. No se preocupe.

Adam Lambert miró al detective con cierta ternura. No parecía un joven rencoroso a pesar de que, desde su llegada, no le había tratado demasiado bien. Le debía, como mínimo, una explicación.

—Lo siento, detective.

—¿Por qué? —preguntó el de Vancouver con extrañeza.

—Debí haberme dado cuenta.

—¿De qué? ¿No le comprendo?

—De lo que podía ver Victoria en ti.



El dolor de cabeza era persistente, en gran parte debido a esa tensión a la que estaba siendo sometida. Notaba un evidente enlentecimiento del pensamiento, como si la mitad de sus neuronas funcionaran a medio gas.

Ahora podía comprender cómo había logrado controlar a la primera víctima. Sus músculos estaban pesados. Le había añadido una nueva dosis de una droga que le había inyectado de forma intramuscular.

A pesar de todo, no podía quitarse de la cabeza el rostro totalmente ido de aquella chica cuando había recogido las lágrimas sumisas que había derramado sin poder evitarlo. Se había acercado con aquella jeringa y las había ido absorbiendo con paciencia, mientras Sharon se sentía desbordada por un sentimiento de indefensión que no había experimentado hasta ese momento. Después, había trasladado las lágrimas recolectadas a un pequeño bote similar al que habían hallado en las escenas de los dos crímenes.

Sharon era su siguiente víctima.

Ya no le cabía la menor duda.



—Lo siento, sargento. No me estoy enterando de nada. Se ve que estoy un poco espeso últimamente.

Adam apoyó su mano derecha sobre el hombro izquierdo del joven detective y le palmeó afectuosamente.

—¿Sabes una cosa? Creo que eres un buen chaval, Andrew.

—Eeeeh, pues gracias, supongo. Pero sigo sin entender nada.

—Te pareces muchísimo físicamente al joven con el que Victoria estuvo saliendo durante un tiempo. Estaba muy enamorada de él. Incluso se iban a ir a vivir juntos. Hasta que nos enteramos de lo sucedido después del accidente. Él llevaba tiempo siéndole infiel. Tuvieron una discusión acalorada en el coche. Victoria conducía. Perdió el control. Ella salió ilesa y él perdió la vida. La dejó hecha polvo, con muchos problemas emocionales, crisis de ansiedad, e incluso ataques de pánico. Creo que en ti vio la posibilidad de resarcirse, de enmendar ese error del pasado que la ha destrozado. Y según parece, te invitó a salir y tú la rechazaste.

—Yo… Yo no sabía nada y no me parecía lo más adecuado.

—Actuaste de manera correcta, no me malinterpretes. El problema es que ella ha dejado su medicación. Confío plenamente en que ninguno de los dos habléis de esto con nadie, y lo digo sobre todo por ti, Emily. Porque he notado que tu relación con ella no era precisamente buena.

—Tranquilo, jefe. Esto quedará entre nosotros —respondió, observando la preocupación del sargento. Ahora comprendía el traslado de su compañera desde la comisaría de Canmore a la de Banff.

—Sé que lo que les voy a pedir es poco ortodoxo, puesto que estamos en medio de una investigación, pero tenemos que encontrarla. Hace mucho que la mandé a su casa y aún no ha llegado.

—Por supuesto. Cuente con nosotros.

—Sé que es tarde y que estarán cansados…

—No tiene que darnos explicaciones. Vámonos, no perdamos más tiempo.

En ese instante, regresaban el forense y el agente Roberts del hospital.

Les comentaron brevemente la situación y estos se unieron a la búsqueda.

Al fin y al cabo, no habían hallado nada relevante.

Ya era de madrugada.

Poco más podrían averiguar a esas horas.

La investigación podía esperar hasta la mañana siguiente.

No podían siquiera sospechar que la vida de Sharon corría peligro.

¿Llegaría a ver el sol?

67

Intento

Apesar del agotamiento que sentía, tenía claro que la única esperanza con la que podía contar para mantenerse con vida era hablar con ella. Sabía, además, que no debía llorar, porque sus lágrimas no harían otra cosa que adelantar el momento de su ocaso.

No podía permitirse darle lo que quería.

—¿Por qué haces esto? Necesito entenderlo.

—Por la ciencia.

Sharon parpadeó varias veces. La veía un poco borrosa. La sensación de mente embotada no se disipaba. Incluso parecía ir a más por momentos.

Mantener una conversación iba a ser difícil en ese estado. Especialmente, si volvía a sentir esa desesperación y tristeza crecientes que le hacían difícil contener el llanto.

—No lo entiendo. ¿Puedes explicármelo?

—Cuando parpadeas, Sharon, tus lágrimas lubrican tus ojos. En tu estado actual, esas pequeñas gotas saladas hacen una función excepcional para protegerlos. No les damos el valor que se merecen.

—¿Qué? ¿Qué tiene eso que ver con lo que te he preguntado?

—Mucho, Sharon. Me has preguntado por qué lo hago y te he respondido que lo hago por la ciencia. Voy a revolucionar los tratamientos contra la tristeza. Voy a conseguir curarla. Nadie más volverá a morir porque no soporta el peso de la vida.

La detective trataba de captar el significado de lo que aquella extraña joven le contaba. No parecía que aquello tuviera demasiado sentido. Pensó en lo que dijo Andrew acerca del episodio psicótico y la desconexión con la realidad.

—¿Y para qué quieres las lágrimas? ¿Qué vas a hacer con ellas?

—Las analizo, las disecciono y las estudio a fondo. Porque dos lágrimas no son iguales.

—¿Y cómo vas a diferenciarlas si las pones todas juntas en un bote?

¿No ves que es una locura que no tiene ni pies ni cabeza?

La joven se levantó como un resorte y se acercó a la detective.

Recordó la furia que la había invadido la última vez, cuando su anterior huésped se había mostrado irreverente y poco respetuosa. Sintió la necesidad de golpearla.

—No eres capaz de entenderlo, Sharon. Esto es demasiado grande para ti. Igual que no comprendes que, en realidad, mi obra no estará completa hasta que tenga sus lágrimas.

—¿Sus lágrimas? ¿De quién me estás hablando?

—De Andrew, por supuesto.

Y ahí supo que la detective Sharon Williams debía morir.



Andrew, Emily y el sargento se fueron juntos en un coche, mientras que Clark y Mike se fueron en el otro. No tenían muy claro dónde debían acudir. Adam Lambert había probado a llamarla varias veces, pero no contestaba. Le preocupaba mucho la posibilidad de que hubiera tomado alguna decisión estúpida.

Se mantuvieron en contacto los dos equipos de búsqueda. Recorrieron las calles de Banff y se dirigieron a posibles lugares que fueran significativos para ella. Se acercaron a la dirección en la que había alquilado el piso con su ex novio, por si estuviera allí.

—Has dicho que yo te recuerdo a su ex, ¿me equivoco?

—Sí, sin duda, guardas cierto parecido con él.

—¿Y si ha ido al motel? A lo mejor está esperando a que llegue. Las cosas han estado muy tensas hoy. Puede haber ido para tratar de hablar conmigo y arreglar las cosas. No sé, puede ser una estupidez, pero por probar no perdemos nada.

Comentaron por radio con el agente Roberts y el forense la idea.

Ambos coches se dirigieron hacia allí.

Se respiraba una tranquilidad absoluta en la zona, algo normal en una noche de gélido invierno en la que todo el mundo duerme a esas horas de la madrugada. No tardaron demasiado en divisar el que parecía ser

el coche de la agente Stevens, aunque tendrían que acercarse para comprobar la matrícula.

Dejaron los vehículos en las plazas del parking que vieron libres y se bajaron.

No apreciaron la luz que se filtraba por debajo de la puerta de una de las habitaciones.

68

Cuenta atrás

Nunca sabes qué decisión aparentemente inocua puede cambiar el rumbo de los acontecimientos. La vida es un continuo girar, vueltas y piruetas inesperadas que ponen tu mundo patas arriba sin siquiera ser consciente.

Elige una bifurcación y dejarás atrás todo un mundo de posibilidades.

Aquella noche, las pequeñas decisiones fueron las que llevaron a un desenlace concreto. Se dirigieron al parking del motel en el que se alojaban los detectives debido a la preocupación que el sargento había mostrado por la agente Stevens. Dejaron en suspenso la investigación sobre la responsable de las dos muertes que habían sucedido los días previos.

Confiaron en que nada cambiaría las cosas. Estaba muy avanzada la noche.

No había nadie a quien podían llamar para solicitar la información que precisaban saber, como por ejemplo, personal del laboratorio en el que había trabajado la ayudante del forense antes de recalar en Banff. Era cierto que parecía encajar en el perfil, pero tendrían que chequear más opciones.

Confiaban en poder hablar con ella a la mañana siguiente cuando fuera a trabajar, puesto que estaban convencidos de que, si tenía algo que ver con los crímenes, estaría al tanto de los últimos movimientos de la investigación, incluida la puesta del forense bajo custodia policial.

Habría presenciado como mordían el anzuelo.

—Sí, sin duda es su coche —señaló el sargento.



El cansancio no parecía hacer mella en aquella joven. Sharon no era capaz de adivinar el tiempo que llevaban en el interior de la habitación.

Desconocía cuánto había estado dormida debido al efecto de la droga y no tenía a la vista ningún reloj. Suponía que hasta la mañana siguiente nadie la echaría en falta.

Había hablado con su marido y sus hijos poco antes de llegar a la habitación. Ellos esperaban que, al día siguiente, regresara a casa. Ahora esa posibilidad parecía inalcanzable. Pocas cosas hay tan frustrantes como saber que lo que suceda a continuación no depende de ti, sino que está en las manos de otros.

En ese caso, era su propia vida la que estaba a merced de decisiones ajenas.

A merced de una mente perturbada.

Pensó en Andrew. Siempre iban juntos temprano a desayunar. Él sería el primero en echarla en falta. Acto seguido se dio cuenta de que, la última vez que le había visto, estaba en una sala de interrogatorios y desconfiaban de él. Por la mañana, tal vez, su joven compañero siguiera bajo custodia.

Tardarían demasiado tiempo en notar su ausencia.

Otra vez las lágrimas se agolparon hasta saturar sus sacos lagrimales.

No merecía aquello. No le había hecho nada. Toda su vida había procurado ayudar a los demás. Y ahora la muerte parecía planear por ese angosto espacio en el que se encontraba.



Cuando llegaron hasta el coche de Victoria Stevens, no había nadie dentro.

—¡Maldita sea! ¿Dónde coño estará?

—¿Está seguro de que éste es su coche? ¿Está seguro de que la matrícula coincide?

—Por supuesto que sí.

—Vale, a ver, tranquilicémonos. Igual se ha acercado a hablar con Sharon. Puede que se hayan encontrado y la haya invitado a tomar algo.

—Andrew, son casi las cuatro de la mañana. ¿Te parece una opción plausible?

La cara del detective fue una clara respuesta. A veces, hacía comentarios de lo más desatinados.

—Al menos, hemos hallado el coche —apuntó el agente Roberts—.

No puede estar demasiado lejos.

69

Terapia

Dos meses después…

El dolor que sentía en el pecho no parecía aflojar a pesar del tiempo transcurrido. Al fin y al cabo, un par de meses tampoco es tanto. Habían estado tan cerca de resolverlo, que todavía no era capaz de digerir ese fracaso y el torrente de desdicha que había dejado detrás.

Había habido demasiadas distracciones.

Ahora se encontraba mirando a su psicólogo, quien esperaba que empezara a hablar de algo que solo quería enterrar en algún lugar muy escondido de su subconsciente.

Andrew se arrebujó en la butaca, como si con ese gesto físico tratara de reconfortarse.

—Vamos, no vuelvas a replegarte. Habías empezado a hablar. Has dicho que en realidad no culpas al sargento Adam Lambert. Dices que crees que toda la culpa fue tuya. ¿De verdad crees que tienes esa capacidad para desencadenar todo lo que sucedió?

—No se trata de capacidades. Se trata de hechos. Y esa es la verdad.

Hace tres años la cagué y he vuelto a hacerlo.

—Yo no lo veo así. Te enfrentaste a una situación límite. Tu cuerpo y tu cerebro respondieron ante el miedo. En situaciones tan extremas, es improbable dar la respuesta perfecta. Simplemente, lo hiciste lo mejor que supiste y pudiste en ese instante.



La inquietud por lo que pudiera haber hecho la agente Stevens captó toda la atención del equipo. Aunque nadie lo había dicho en alto, a todos se les había pasado por la cabeza que podría haber intentado hacerse daño a sí misma.

Ninguno pensó en el caso durante una o dos horas. Se olvidaron de que había una asesina suelta en la zona que podría estar tratando de cobrarse una vida más. Querían apoyar al sargento en eso, que supiera que no estaba solo y que no cesarían hasta dar con ella.



—Andrew, ¿sigues conmigo?

El detective volvía a tener la mirada algo perdida. El psicólogo había observado que eso era frecuente en las sesiones que habían tenido hasta la fecha. Su mente se iba a otra parte con relativa facilidad.

—Sigo aquí.

—Sea lo que sea lo que pase por tu cabeza, no te lo quedes dentro.

Compártelo conmigo.

El detective Davis le miró desafiante.

¿Y por qué no?

¿Para qué tragarse todo aquello que le asfixiaba?

—Aquellos cuadernos eran una puta locura. ¿Cómo puede alguien ser tan jodidamente vengativo? Yo no tenía ni idea de quién era. ¿Por qué tuvo que volcar toda su mierda sobre mí? Es que no lo consigo entender. Y

¿sabes una cosa? No me arrepiento de lo que hice. Volvería a hacerlo. Y si pudiera, le haría todo el daño posible con mis propias manos —culminó con rabia—. Puedes recoger esto en tus notas y decidir que no debo volver a ser policía.

Acto seguido se levantó y salió de la consulta.

El psicólogo sonrió.

Era la primera vez que observaba como su paciente no filtraba sus palabras y vomitaba lo que le salía de dentro.

Ira.

Odio.

Por fin, empezaban a avanzar.

Volvería.

70

Vorágine

La preocupación iba en aumento. Haber encontrado el coche pero que Victoria no estuviera allí hizo temer lo peor al sargento. En realidad, la misma idea había pasado por la mente de todos los presentes.

—¡Dios mío! Tenía que haberme dado cuenta de cómo estaba.

¡Maldita sea!

—Sargento, la vamos a encontrar, ¿vale? No debe preocuparse. Al menos, sabemos que ha llegado hasta aquí —le dijo Andrew.

—El motel no es tan grande. No tardaremos mucho en revisarlo todo.

Y si no la encontramos en los exteriores o en las zonas comunes, empezamos a llamar habitación por habitación. Por eso no se preocupe, jefe

—afirmó rotunda Emily.

—De acuerdo. Gracias a todos —respondió Lambert apoyando su mano sobre el hombro de su agente—. Empecemos.

Justo en ese momento vieron a Victoria Stevens que regresaba desde la zona que había junto a la recepción del motel con un café caliente en las manos. El sargento suspiró aliviado, mientras se dirigió deprisa hacia ella.

—¿Dónde demonios te habías metido? Te hemos estado buscando.

—Lo siento. Lo siento mucho, Adam. Quería hablar con él —dijo señalando a Andrew—, así que confié que en algún momento de la noche volvería.

—Estoy aquí, Victoria. Podemos hablar ahora, si tú quieres.

—He estado con Sharon. Es una buena persona, ¿sabes?

—Sí, lo sé.

—Lo siento. Siento mi comportamiento de estos días. No me siento bien —finalizó, con voz temblorosa y lágrimas en los ojos. A Andrew le pareció que estaba algo pálida.

—Tranquila —respondió Andrew, mientras se acercaba a ella y la abrazaba—. No pasa nada, estoy aquí.

Ella se apretó fuerte a él. Permanecieron así unos segundos, mientras

él le acariciaba la espalda para tratar de reconfortarla. Los demás no se atrevieron a moverse.

Ninguno se dio cuenta del rastro de sangre que había dejado en el abrigo del detective Davis.

—Te pareces tanto a él —dijo, al tiempo que deshacía el abrazo y que unas gruesas lágrimas rodaban por sus mejillas.

—Pero no soy él.

—Lo sé. Aunque me gustaría tanto que lo fueras.

Andrew la miró compasivo. Le secó las lágrimas con sus dedos. Era el momento de disculparse con ella y procurar hacerla sentir bien.

—Lo siento, Victoria, si te ofendí o te hice sentir mal. No era mi intención. Tiendo a meterme en líos y no quería cagarla esta vez. Se ve que me salió justo al revés.

—Está bien, Andrew. No pasa nada. No tienes la culpa.

—Será mejor que nos vayamos —aconsejó el sargento—. Tus padres están preocupados.

El sargento Lambert y Victoria subieron al coche de ella. Emily se llevó el vehículo en el que había llegado con el detective y su jefe, mientras que el forense y el agente Roberts se fueron en el otro.

Andrew se quedó en mitad del aparcamiento viendo como la soledad acababa por rodearle.



Se dirigió a su habitación. Estaba absolutamente agotado. Había sido un día muy estresante en distintos sentidos. Sin embargo, confiaba en que al día siguiente podrían cerrar por fin el caso, si se acababan confirmando las sospechas que tenían.

Pasó por delante de la habitación de Sharon. Le sorprendió ver la luz que se filtraba como un lamento por debajo de la puerta. No obstante, supuso que no era de extrañar si había estado hablando con la agente Stevens hasta poco antes.

Se detuvo unos segundos.

Pensó qué hacer.

Levantó el brazo, con el puño cerrado con intención de llamar.

Se lo pensó una vez más.

Era muy tarde.

Demasiado.

Siguió hacia su habitación, tan solo dos puertas más allá.

Metió la llave en la cerradura.

Volvió a pensar tan solo un segundo.

Giró el cuello en dirección hacia la puerta de su compañera.

Su instinto le dijo que no perdía nada por llamar.

Al fin y al cabo, si estaba la luz encendida, lo más normal era pensar que no estaba dormida.



—No puedes volver a hacer algo así. Lo sabes.

—Lo siento.

—¿Has dejado de tomar la medicación?

Victoria Stevens agachó la cabeza avergonzada.

—Sí. Hace una semana aproximadamente. Me sentía mucho mejor.

Pensaba que ya no la necesitaba.

—He hablado con tu padre. Mañana irás a ver al psiquiatra.

—De acuerdo.

Adam Lambert miró de soslayo una vez más a su subalterna. Le pareció ver sangre en la manga del abrigo.



Andrew se acercó a la puerta de Sharon. Primero, aproximó el cuerpo despacio, hasta casi llegar a pegar su oreja. No parecía haber ruido dentro.

Si se equivocaba y Sharon dormía, como mucho le caería una bronca de las suyas. Nada que fuera insoportable.

Llamó tímidamente al principio.

No hubo resultado.

Volvió a llamar un poco más fuerte.

—Pasa. Está abierto —oyó que decía una voz desde el interior.



El sargento no paraba de darle vueltas a la sangre que había visto en los puños del abrigo de Victoria. Sabía que no era oportuno sacar el tema en

el trayecto. No era seguro. Así que esperó a llegar a la casa de los Stevens.

Aparcó el coche.

—Victoria, espera —le dijo antes de que ella abriera la puerta—.

¿Tienes algo que contarme?

Ella se puso rígida.

—Victoria, ¿qué has hecho?

Ella se giró y le miró con lágrimas en los ojos.

—Lo siento. No he podido controlarme.

71

Lágrimas

Cuando Andrew entró, sintió que le daba un vuelco el corazón.

Automáticamente sacó su pistola de la cartuchera. Sus latidos se aceleraron de tal manera que le dolían sus golpeteos en el pecho.

Empezó a sentir que le faltaba el aire, que se le entrecortaba la respiración. No podía permitirse fallar. Otra vez, no. Sharon estaba esposada al cabecero de la cama. Detrás de ella, en una posición casi imposible, alguien sujetaba lo que parecía un bisturí pegado a su

cuello.

Una gota de sangre resbalaba hacia su pecho.

—Suéltala. No te lo voy a repetir.

—¿O qué, Andrew? ¿Dispararás? ¿Y cómo piensas atravesarme con una de tus balas sin darle a ella? Por si no te has dado cuenta, la estoy usando de escudo humano.

Tenía razón. En ese instante, según estaba posicionada detrás de Sharon, era imposible dar a la una sin herir a la otra. Y además, aunque no era mal tirador, su puntería distaba de ser excelente. Tendría que probar otra cosa.

—Te propongo algo.

—Adelante.

—Un intercambio. Yo por ella.

—No hagas eso —dijo Sharon débilmente, puesto que la presión sobre su cuello no le permitía hablar con normalidad.

Ella se rio con sonoridad, burlándose de él.

—No le veo la gracia. ¿No es acaso a mí a quién quieres? Pues aquí me tienes. Has logrado lo que te proponías. No es necesario hacerle daño.

Es madre de dos hijos. Tú sabes lo que es crecer sin una madre. ¿Por qué hacer que otros pasen por lo mismo que tú?

—¡Qué tierno! No entiendes nada todavía. La ciencia requiere sacrificios. ¿Cómo crees que se encuentran las curas para las enfermedades?

Haciendo cosas que no siempre se ven con buenos ojos.

—Asesinar es mucho más que hacer algo políticamente incorrecto, por si no te has dado cuenta.

—No me trates como si fuera imbécil. Soy mucho más inteligente que tú.

No. Por ahí no iba bien.

No podía irritarla.

Tenía que buscar su punto sensible.

Un punto débil que atacar.

Llevarlo a lo personal.

Bajó el arma para rebajar algún grado la tensión del ambiente. No obstante, sabía que no podía soltarla. Su reacción era impredecible. En cualquier instante, podría decidir rajarle el cuello.

—Julliette, escúchame.

—Vaya, sabes mi nombre. Dime, Andrew, ¿lo sabes porque te acuerdas de mí o porque lo habéis averiguado?

—Fuimos juntos al instituto.

—Eso no responde a mi pregunta.

No podía ni debía mentirle. Si lo hacía y se daba cuenta, eso la desestabilizaría todavía más.

—Lo he averiguado.

—Muy bien. Enhorabuena. Eso también lo has descubierto. Pero la realidad es que sigues sin tener ni la menor idea de quién soy, aunque conozcas algunos datos sobre mí.

—Estoy intentando recordar en qué momento nos conocimos. Seguro que si me ayudas, podré hacerlo. Quiero recordarte, Julliette.

Como respuesta, Andrew recibió una risa sardónica.

—Te estoy diciendo la verdad. Julliette, intento comprender el dolor que supuso para ti la muerte temprana de tu madre.

—El suicidio, no la muerte.

—Sí, el suicidio. Discúlpame por ser tan impreciso —Andrew hablaba sin perder de vista la presión que el bisturí ejercía sobre el cuello de su compañera—. Tuvo que ser algo demoledor para ti. Las casas de acogida y crecer sin el cariño de tu familia. Intento ponerme en tu lugar.

—¿Qué intentas? Insisto en que no soy imbécil, así que no insultes mi

inteligencia. Estás tratando de manipularme.

—No, solo quiero que sepas que lo entendemos. Ahora tienes la misma edad que tenía tu madre cuando se quitó la vida, ¿no es cierto? Eso para ti

es importante, supongo.

Ella endureció su mirada. Trataba de ocultar su inquietud creciente. Él detectó su nerviosismo.

Cambió de estrategia. Otra vez.

—¿Por qué no me hablas de nuestro pasado en común? Ayúdame a recordar. ¿Cuándo nos conocimos? Es que no entiendo por qué motivo no soy capaz. Suelo tener buena memoria, ¿sabes? —comentó en tono amable.

Su mirada era mucho más comprensiva ahora.

Inesperadamente, ella pareció enfadarse más.

—No te acuerdas porque eres un puto egoísta, Andrew. En el instituto eras el chico popular, todos pendientes de ti, el gallito en el corral. Yo era invisible para ti. Te pedí ayuda una vez y me ignoraste. Años después, acudí a comisaría porque me habían intentado atracar en la calle. Fueron dos chiquillos, no era nada importante, pero había que darles una lección. Entré a poner la denuncia y te vi. Decidí acercarme a tu mesa, porque joder, habíamos estado juntos en el mismo instituto. Pero una vez más me ninguneaste y me dijiste que hablara con algún agente de la entrada. Ahí cogí tus tarjetas, aún no sé por qué, si te soy sincera. Pero al final, me han servido. Y te han traído hasta aquí. Ahora te tengo justo en el punto en el que yo quería.

Ahora sí, la situación era altamente inestable. No había logrado conectar con ella. Muy al contrario, en ese instante, estaba mucho más enfadada con él incluso que al principio.

Había llegado la hora de la verdad.

Lo sabía.

Lo que hiciera a continuación, lo cambiaría todo.

—¿Qué es lo que quieres? Dímelo. Te daré lo que me pidas, pero no le hagas daño. Por favor. Te lo ruego. Ella no tiene nada que ver.

Julliette se rio al ver su debilidad.

—¿Podrás darme lo que quiero? No lo sé. Quiero tus lágrimas. Quiero verte llorar, Andrew.

Acto seguido, cortó el cuello de Sharon.



El sargento estaba conmocionado. Victoria se había hecho innumerables cortes en el brazo. Ninguno parecía excesivamente peligroso

pero, aun así, decidió llamar rápidamente a sus padres y llevarla al hospital.

—¿Por qué lo has hecho?

—No lo sé —respondió llorando—. Quizás porque es una forma de controlar mi dolor. Mi otro dolor.



El tiempo se detuvo. La aflicción colmó el ambiente. La muerte se adueñó de ese tiempo y ese espacio. Tal y como Julliette quería, Andrew lloró, lloró un océano de lágrimas al ver como la cabeza de Sharon caía de lado inánime. Julliette sonrió, mientras observaba caer sin control las lágrimas del detective Davis.

Un grito desgarrador cruzó la habitación.

Perdió el control.

Le vació el cargador.

Después se abrazó al cuerpo sin vida de Sharon.

Lo acunó con cariño sin dejar de pedirle perdón.

Su camisa se llenó de sangre.

Se oyeron sirenas a lo lejos.

Dolor

Dos meses más tarde…

Acababa de relatarle al psicólogo aquellos últimos segundos que había vivido en la habitación del motel. Sus ojos anegados en lágrimas otra vez.

No podría superarlo. Sabía que esta vez sería imposible. Cada vez que le venían aquellos últimos instantes a la cabeza, le inundaba una tristeza paralizante.

Sharon no tendría que haber estado allí.

Nunca debió haber viajado hasta el Lago Louise.

Ahora estaba muerta.

No se veía capaz de perdonárselo a sí mismo.

El psicólogo le escuchaba con suma atención. Sin duda alguna, Andrew Davis estaba roto por dentro. Tenía ante él un reto desafiante, porque no hay nada más complejo que tratar de sacar a flote a quien solo quiere hundirse y dejar de respirar.

—Voy a hacerte una pregunta y necesito que seas muy sincero —le pidió, cuando le vio un poco más tranquilo.

Andrew se enjugó las lágrimas. Trató de recomponerse a sí mismo para recuperar lo que él consideraba algo de dignidad.

—¿Estás tomando alguna sustancia?

—¿Cómo? ¿Me estás preguntando si me estoy drogando?

—Sí, eso exactamente.

—No, por supuesto que no.

—¿Y qué me dices del alcohol?

—Tampoco.

—Sé que te gusta bastante salir de fiesta y beber más de lo recomendable en alguna ocasión.

—Estás equivocado. No tengo un problema con el alcohol, si es lo que sugieres. No bebo a diario, ni mucho menos. Me gusta tomar unas cervezas

con los amigos, pero no hasta perder la consciencia. Es más, desde que he regresado de Banff, no he probado el alcohol. ¿Satisfecho? No soy de esos.

—No sería descabellado. A veces, en situaciones extremas, el ser humano busca soluciones fáciles.

—¿Y de qué me va a servir meterme de todo en el cuerpo? ¿Eh? De nada. Sharon no va a volver. ¿Sabes lo que pienso? Que no tienes ni puta idea de lo que es perder a un compañero y sentir que eres el responsable.

—He perdido pacientes. Se parece bastante, aunque no te lo creas.

Pero a ti no voy a perderte, Andrew. No lo voy a permitir. Tú eres mi proyecto y voy a salvarte.

Andrew se quedó sorprendido ante aquellas palabras.

Hubo algo que no acabo de gustarle, pero no supo precisar qué.



Regresó a Vancouver con el cuerpo de Sharon dos días después.

Cuando bajó del helicóptero, el jefe Petrus y algunos de sus compañeros estaban allí. Trasladarían el féretro de manera inmediata. La familia necesitaba darle sepultura lo antes posible, aunque aquello no sirviera para cerrar la herida. Andrew se sintió terriblemente avergonzado. Era un fracasado, era la peste para los que le importaban. Se fue de la ciudad pocos días antes a regañadientes, con esa aparente indolencia que le caracterizaba en los últimos tiempos. Ahora regresaba con un dolor lacerante que le había penetrado hasta alcanzar la médula ósea.

Levantó los ojos con inseguridad para mirar a su jefe. Esperaba que le dijera que era un inútil, que había sido un error aceptarle en su equipo, que le deseaba lo peor. Se merecía ese enfado, un desprecio desmedido, unas palabras dañinas y crueles que le recordaran que era un fraude. Necesitaba que le castigaran, porque era lo que él sentía que se merecía.

Pero eso no ocurrió.

Sucedió algo inesperado.

Su jefe le abrazó con fuerza, provocando que, una vez más, las lágrimas de Andrew relataran con claridad el dolor que sentía.

Su cuerpo se abandonó a la tristeza.

Lloraron juntos, en una extraña y nueva conexión.

—Tú no tienes la culpa, ¿me oyes, chaval? Esto no es culpa tuya. Has hecho un gran trabajo.

—Pero…

—No quiero oír peros. Estaba trastornada. Era una loca que mataba a la gente por sus lágrimas. ¿Quién coño en sus cabales hace algo así? Poco podíais hacer. Todo se torció, lo sé bien. Se juntaron unas jodidas circunstancias con un desenlace fatal. ¡Maldita mala suerte! Ahora tenemos que salir adelante, Davis, ¿me oyes?

Andrew mantenía la cabeza gacha. Las lágrimas recorrían su rostro como si circularan por una autopista. De forma paradójica, sentía que eso era justo lo que no debía hacer, porque cada vez que derramaba una de aquellas pequeñas gotas, Julliette Perkins volvía a ganar de una siniestra manera.

—Escúchame bien porque no voy a repetírtelo: tú no tienes la culpa,

¿estamos? —dijo el jefe Petrus, retomando su habitual tono firme e incontestable—. No pienso dejarte caer. Somos un equipo. Una familia. Y a partir de ahora, una vez que finalice la investigación de asuntos internos, quiero que vuelvas dando lo mejor de ti.



La mañana amaneció triste y furiosa, cargada con nubes de desaliento.

Un cielo mugriento anunciaba una jornada triste. La lluvia parecía tener voluntad de aparecer, derramando sus simbólicas lágrimas sobre la tierra.

La temperatura estaba varios grados por debajo de cero, compitiendo con el ánimo aciago del detective Davis.

A las once se celebraría el funeral. Andrew no se quitaba de encima

esa sensación de culpabilidad que, otra vez, se le había pegado a la piel. El jefe Petrus, después de una larga conversación con él, había determinado que tendría que acudir al psicoterapeuta que tenían asignado en el cuerpo.

Sería una de las condiciones ineludibles que pondrían los de asuntos internos para que pudiera seguir trabajando. El detective había intentado negarse fervientemente. Solo quería hacerlo a su manera, enterrar el dolor en alguna capa profunda de su subconsciente, aun a sabiendas de que eso no era lo más inteligente.

No le había servido de nada.

Las normas están ahí para cumplirlas.

Por el momento, disfrutaría de unos días de permiso forzoso. Le habían recomendado que fuera a pasar un tiempo a Toronto, con su familia,

y tratase de recomponerse mínimamente rodeado de las personas que le querían y le valoraban tal y como era. Sin embargo, eso era justo lo contrario a lo que él quería.

En el ambiente flotaba un dolor difícil de digerir, porque era el fruto de la sinrazón. Sam y los chicos se veían desvalidos, atravesados por un sufrimiento que tardaría mucho tiempo en darles tregua. Sharon era la espina dorsal de esa familia. Continuar la vida sin ella era como tratar de caminar sin una estructura ósea que diera la estabilidad necesaria al cuerpo para que les permitiera avanzar.

Aparte de los familiares, habían acudido la mayor parte de los policías de Vancouver, así como el equipo de Banff que había trabajado en el caso.

Andrew se sorprendió cuando levantó la mirada y vio a sus padres, a Melisa y a algunos de sus compañeros de Toronto en el entierro. Iban todos juntos hacia él, con ánimo de rodearle y reconfortarle. Supuso que habían decidido acudir al funeral sin avisarle, pues habían adivinado que éste se negaría en rotundo. Posiblemente les habría avisado el propio Petrus.

Estar rodeado de toda su gente era una sensación extraña que casi había olvidado.

De pronto un flashback se hizo paso en su mente.

Cerró los ojos para tratar de atrapar esas imágenes fugaces que habían hecho aparición sin previo aviso. Aquello se parecía demasiado al sueño que había tenido días atrás, casi recién llegado a Banff.



Cuando finalizó el entierro, Andrew se fue con su familia y sus viejos amigos de Toronto a tomar algo a una cafetería cercana. La desapacible climatología no permitía estar en la calle mucho más tiempo.

Antes de entrar, sostuvo a Melisa por el brazo.

Necesitaban unos segundos a solas para hablar.

—Melisa, no sabes cuánto agradezco que estés aquí. No tenías por qué hacerlo.

—Tus padres me lo pidieron. No podía negarme.

Andrew trató de esbozar una sonrisa.

—Siento mucho todo lo que sucedió. No me lo perdonaré nunca. Te hice mucho daño y soy consciente de que no merezco que me perdones.

—Olvídalo, Andrew. Ya es pasado.

—Y a pesar de todo, estás aquí.

Ella le miró con una expresión indescriptible. Seguía queriéndole, pero no estaba dispuesta a volver atrás. Los últimos años habían sido muy duros.

Pero había dejado aquello atrás. Por fin.

—Me acuerdo mucho de ti, Melisa. Te echo de menos cada día.

—Andrew, por favor…

—Déjame terminar. No te estoy pidiendo que volvamos a empezar.

Eso ya es imposible. Soy consciente de ello. Además, soy una persona muy diferente a la que tú conociste. De hecho, no tengo intención de volver a Toronto. Mi sitio está ahora aquí. Pero quiero que sepas que me arrepiento de lo que hice y que soy consciente de que fui un egoísta y solo pensé en mí. Ojalá algún día logres perdonarme.

Ella le miró a los ojos. Para Melisa era más difícil de lo que Andrew pensaba estar allí, volverle a ver. Muchos sentimientos e ilusiones rotas se habían removido. Pero había dejado claro que no había segundas oportunidades en su caso.

—Ojalá podamos volver a ser amigos.

—Lo intentaré, Andrew. Pero no puedo prometerte nada.

Al día siguiente, gracias a la intercesión del jefe Adrian Petrus, volaría unos días a Toronto para pasar allí una semana antes de verse sometido a una intensa investigación por la muerte de Julliette Perkins.

73

La cabaña

Los disparos alertaron a los huéspedes del motel. Los efectivos de la policía no tardaron en llegar. Se encontraron una escena dantesca, llena de sangre y a uno de los suyos abrazando el cuerpo inerme de su compañera.

Resultó muy difícil convencer a Andrew de que soltara el cadáver de Sharon. Estaba totalmente fuera de sí. La sangre le cubría de arriba a abajo.

Finalmente, fue el agente Clark Roberts quien logró hacerle entrar mínimamente en razón. Tanto él como Emily habían acudido al escenario, puesto que habían recibido el aviso justo antes de llegar a comisaría para devolver los coches y regresar a casa a descansar después de aquella jornada interminable.

Se lo llevaron al hospital a regañadientes, aunque no tenía ningún tipo de heridas físicas. Otra cosa muy distinta eran las emocionales.

Sin apenas dormir después de todo lo ocurrido, Andrew llegó pronto a comisaría. Necesitaba cerrar el círculo, entender cómo había llegado a producirse esa terrible situación. La noche anterior habían encontrado la dirección de la homicida. Sin embargo, la desaparición de Victoria Stevens había desviado la atención de los agentes y no habían acudido al lugar que Julliette Perkins había registrado como residencia habitual desde que llegó a Banff.

Los rostros rotos y desencajados de los presentes eran más que obvios.

Adam Lambert, además, arrastraba el dolor ocasionado por las conductas autolíticas que había protagonizado su protegida la noche anterior. La habían ingresado en la planta de psiquiatría.

La cabaña era el reflejo de una mente perturbada. Había pequeños botes con un contenido transparente por doquier. También hallaron varios cuadernos, algunos de ellos garabateados con números que parecían no tener ningún sentido. Encontraron además otro que ponía en la cubierta

“Registro Anecdótico” y un sobre con una nota para Andrew.

Por si todo aquello fuera poco, hallaron también los lagrimales extirpados, al igual que pestañas, selladas entre dos láminas de metacrilato como las que se usan en los laboratorios. Diversos botes llenos de pastillas se esparcían por una mesa, al igual que jeringuillas y ampollas de lo que parecía ser morfina.

El sótano era un caos. Había un camastro sucio y raído, donde supusieron que mantenía a las víctimas hasta que acababa con ellas.

También había un enorme congelador, así como instrumental médico del que se utiliza en la cirugía, cuerdas y esposas.

Andrew comenzó a leer la nota que llevaba su nombre. Antes de finalizar, la tiró al suelo, subió las escaleras y salió a tomar el aire.

En los días posteriores, revisarían a fondo y analizarían todo el material que había recolectado Julliette Perkins en las últimas semanas.



Cuando llamaron al laboratorio donde había trabajado, estos no hicieron más que confirmar la teoría del brote psicótico. Siempre había sido una mujer bastante introvertida, aunque de vez en cuando salía con sus compañeros de trabajo. En general, su comportamiento podría catalogarse de muy correcto. Además, era una ferviente trabajadora.

Hasta que algo empezó a ir mal.

Habían comenzado a observar un cambio en su conducta a partir de su trigésimo segundo cumpleaños. Recordaban la fecha con claridad porque ella había hecho comentarios al respecto. Empezó a plantear teorías bastante absurdas y a proponer una investigación que no

parecía tener ni pies ni cabeza. Se volvió más intolerante, e incluso grosera en algunas ocasiones con algunos de sus compañeros.

Llegaron a recomendarle que fuera al médico y cogiera una baja, si así lo estimaba necesario, hasta que estuviera más centrada. Después de varios episodios desagradables, ella se ofreció a dejar el laboratorio sin hacer ruido, siempre y cuando le escribieran una carta de recomendación para trabajar en el hospital de Banff.

Y así lo hicieron.

A veces, los problemas no desaparecen porque dejemos de verlos.

Simplemente, se trasladan.

Tal vez si alguien hubiera tratado de ayudar realmente a Julliette Perkins en lugar de dejarla sola y perdida en mitad de su locura, se habría evitado el masivo derramamiento de lágrimas que había conllevado muertes prematuras y mucho dolor.

74

Diario de campo

BB

Es posible que nunca encuentren este documento. Está muy oculto, protegido de las miradas de los curiosos. Es lo primero que he escrito nada más llegar. Será el testimonio de que estuve aquí y de que traté de hacer algo grandioso.

Mi destino estaba unido al de mi madre. Si lees esto, es que yo habré muerto como ella. No llores por mí. Habrá merecido la pena. Logre o no logre mi objetivo, habré perdido mi vida luchando para erradicar la tristeza, esa emoción inservible que debería ser extirpada de nuestra naturaleza.

Seguramente, los periódicos contarán mi historia. Presta mucha atención y no te dejes engañar por las apariencias. Contarán una noticia morbosa que se quedará en lo superfluo, pero detrás, en sus profundidades, se esconderá una historia generosa. Una historia de una lucha por la supervivencia y por mejorar nuestra especie.

Como testimonio, dejo mis lágrimas, esas excreciones oculares que encierran todo un universo. Usadlas, estudiadlas a vuestro antojo, finalizad este proyecto que he iniciado y no he logrado completar.

La ciencia requiere esfuerzos.

No os deis por vencidos.

No permitáis que os llamen locos.

No dejéis que os pongan límites.

Sin riesgo no hay avance.

Solo los valientes logran cambiar el mundo.

75

Puzle

Andrew acudía fielmente a las citas con el psicólogo. Cada día que pasaba, estaba más convencido de que no le servían de nada. No eran más que otro modo de tortura, recordándole todo lo que estaba mal, todo lo que debía cambiar.

Al menos, mostrarse dócil le había servido para reincorporarse al trabajo. La investigación de asuntos internos había finalizado con la conclusión de que, si bien había disparado en primera instancia por necesidad debido a la situación tan inestable que se había producido y que había terminado con la defunción de la detective Williams, el hecho de vaciar el cargador de su arma había respondido a un episodio de enajenación transitoria. Por lo tanto, debía estar bajo la supervisión oportuna durante, como mínimo, los próximos seis meses en función de la evolución que se apreciara en su comportamiento.

Él sabía que entre las páginas de ese informe se escondía una evidente mentira. No había disparado por necesidad. Había disparado porque había querido hacerlo así. Una vez asesinada su compañera, Julliette Perkins ya no tenía nada con lo que negociar. Podría haberla reducido, haberla esposado y conducido a comisaría.

Pero no quiso.

Quería matarla.

Necesitaba matarla.

Sus más bajos instintos habían tomado el control.

Y no se arrepentía.

A su regreso de Toronto, Petrus y él mantuvieron una conversación a puerta cerrada. Andrew le habló de lo sucedido allí poco antes de recalar en Vancouver y le prometió que se esforzaría al máximo en hacer su trabajo lo mejor posible. Únicamente le puso una condición: quería trabajar solo.

Sin embargo, esa condición era insostenible, por mucho que insistió y acudió a más altas instancias solicitando no tener compañero.

Aquel día, regresó dando un paseo desde la consulta del psicólogo. Se había alargado más de la cuenta, pero necesitaba sentir el aire fresco en su piel y soltarse de esa mala sensación que le quedaba siempre

que acudía a terapia.

Cuando llegó a comisaría, el agente de la entrada le comentó que tenía un sobre encima de su mesa. Andrew lo cogió entre sus manos y lo observó con curiosidad. No tenía remitente, ni membrete, ni nada que identificara su procedencia. Cuando lo abrió, no parecía haber nada dentro. Le dio la vuelta. Entonces cayó una pequeña pieza de un puzle. Detrás había impreso un código QR. Lo escaneó con su móvil.

Rápidamente se abrió.

Empezó a reproducirse un vídeo.

Lo que el detective vio, le hizo dar un bote en la silla.

Agradecimientos

Nunca me ha resultado fácil escribir los agradecimientos. Junto a las sinopsis, creo que es el apartado más complicado de una novela. Por eso, tal vez, lo obviaba en mis primeros libros, o simplemente recogía un lacónico

“ya sabéis quiénes sois” (esos siguen siendo los mismos, por cierto, se especifiquen o no). Puedo escribir páginas y páginas de una novela sin parar, y sin embargo este apartado me lleva mucho tiempo pues siempre temo que alguien se escape.

La publicación de este libro ha sido en una fecha muy concreta, una fecha elegida por ser especial para alguien. Este libro se convierte en un regalo simbólico para Laura Villasana Martín fundadora del Club Descubriendo Historias que, además, ha sido lectora cero. Espero que lo recibas con ilusión y muchas gracias por tu ayuda y tu infinita generosidad.

Y por supuesto, ¡muy feliz cumpleaños! No os perdáis sus perfiles en Instagram @cl.descubriendohistorias y @descubriendohistorias. Gracias por apoyar tanto a los autores autopublicados.

En segundo lugar, compitiendo claramente por el primero, mis agradecimientos van para Eugenia y Yoli, responsables del *merchandising* de mis últimas novelas (¡qué manos tenéis!) y sobre todo, de alegrarme todas las mañanas. Si tuviera que poner adjetivos para definirlas, tendría que escribir otro libro completo porque son de esas personas que uno no cree que puedan ser reales. Son divertidas, buenas, generosas, muy cariñosas… Son, como dice otra amiga mía, personas vitamina. Y encima, no conozco a nadie con tantísima

creatividad. La frase: “lo veo, ¿tú no lo ves?” antecede a una idea increíble que sin duda van a llevar a la práctica.

Y, por si esto fuera poco, Eugenia se ha leído todas y cada una de mis novelas, ¿se puede pedir más? Gracias infinitas a las dos por formar parte de mi vida.

En tercer lugar, mis agradecimientos van para mi equipo de lectores cero que enumero a continuación:

Una dedicatoria especial y con mucho cariño para Andreu Purroy Giribert mi lector menos uno. Una cosa es hacer de lector cero para comentarle a la autora tus impresiones, lo cual ya es de agradecer y mucho. Pero es que Andreu tiene tanta paciencia y es tan buena gente, que ahora también acepta que le envíe las primeras páginas de mis novelas para que me dé su opinión de si van bien o no antes de que sea demasiado tarde. Intentaré no abusar en el futuro porque me consta que se le ha multiplicado el trabajo en los últimos tiempos y me parece que en eso tengo parte de culpa (he dicho que intentaré no abusar, pero no prometo nada, jeje). En cualquier caso, es preciso dejar claro que el nombre de nuestro protagonista, Andrew Davis, fue elegido en su honor.

Espero que sea un justo y bonito homenaje a este gran amigo y excelente persona que es Andreu. Si queréis conocer reseñas detalladas de libros, visitad su perfil en Instagram

@lalibreriadeandreu. ¡Es fabuloso!

Patricia Burgos Cortés ha sido un descubrimiento

impresionante para mí. No solo por sus habilidades para encontrar fallos en el texto, puesto que ha sido muy meticulosa, sino porque es una persona ejemplar. Patry, te admiro muchísimo, eres alguien increíble, me encanta tu sentido del humor, tu fortaleza y como contagias buen rollo y alegría. Y no hablaremos de tu habilidad para encontrar el gif más loco en cada momento para arrancarnos una sonrisa/carcajada cuando hace falta. Eres pura luz. Su nick en Instagram es @patghybooks y no os podéis hacer idea de los apuntes que toma de sus lecturas para no perder detalle a la hora de comentar. De ahí salen unas reseñas que te dejan con la boca abierta. Pasaos por su cuenta para comprobarlo.

Rocío García Melgar o, lo que es lo mismo, servicios de corrección profesionales. ¡¡Impresionante!! Con qué detalle, con qué precisión, con que exactitud y de qué manera tan clara y sencilla explica las

correcciones que sugiere. ¡Eres una joya y no eres consciente! Gracias por dedicarme tu tiempo, por ser tan generosa y tan buena persona (espero no cometer errores en este texto, aunque sé que me queda mucho por aprender, jeje). Es una suerte inmensa contar contigo, todo lo que diga se queda corto.

En Instagram es @rogarmel, un perfil literario extraordinario, puesto que encuentras reseñas de las novelas que lee pero, además de eso, tiene reseñas de libros infantiles/juveniles a dos manos con un lector de once años, algo que me encanta y me parece muy entrañable y original.

Laura Díaz de Prado, nuestra adorable Zukakira. Si hay alguien que ama a los animales sin duda es nuestra Zuka (te dije que pondría todos los nombres, jeje). Eso ya dice mucho de alguien,

¿verdad? Pues sí, como ya le he comentado más veces, tiene un corazón de oro. Pero también es aguda e inteligente y detecta aquellos aspectos de la trama que parecen un poco inconsistentes.

Mil gracias por tener ese ojo clínico y ayudarme a ver aquello que se me había escapado de manera tan cándida. Pero, por encima de todo, gracias por ser como eres. Es un gustazo conocerte.

Kress, compi autopublicada que tiene ya cuatro libros en el mercado a pesar de ser muy joven aún, ¿no os parece admirable?

Podéis encontrar sus estupendas novelas en Amazon bajo el seudónimo K. Phylaso, las cuales os recomiendo que les deis una oportunidad. En Instagram podéis encontrarla como @kphylaso.

Gracias por sumarte a esta aventura por las tierras canadienses y gracias también por ser tan buena compañera.

Sonia Muñoz Rubio es una persona que, aunque vaya muy mal

de tiempo, trata de sacarlo de debajo de las piedras para ayudarnos a los escritores autopublicados. Por lo que a mí me toca, solo puedo darte las gracias por ser tan buena y apoyarnos tanto. En Instagram es @sonira.ritmica y también tiene reseñas de sus lecturas. Tal vez algún día se atreva a dar el paso de escribir, porque ese gusanillo le lleva picando un tiempo. Estaré deseando leerte.

Eva Gloria Pérez Meis solo puedo darte las gracias por todo lo que has hecho por mí. No solo por haber organizado Libros Viajeros de cuatro de mis libros con tanta entrega y generosidad (ya tiene mérito), sino

por haberte lanzado también a esta aventura de ser lectora cero en cuanto te lo sugerí. Eres una persona diez, de verdad te lo digo.



Y por último, gracias a Estrella, que ha leído todos y cada uno de mis libros. Siempre saca tiempo para ello y sé a ciencia cierta que no le sobra.

Cada vez que nos vemos, me cargas de energía positiva.

Cierro con la dedicatoria que abre mi libro *Cómo publicar tres o cuatro libros al año*:

A mis padres.

Porque ellos me dieron los medios para soñar y las alas para volar.



Lago Louise



Lago Peyto

El Lago Louise es sin duda uno de los lugares emblemáticos de Canadá. A nadie se le escapa que es un país con unos paisajes increíbles. El entorno de este lago es absolutamente idílico. Yo tuve la suerte de visitarlo brevemente una tarde del verano de 2019, en el que fue mi último viaje al extranjero antes de que se desatara aquel mal sueño que ha sido la pandemia de la COVID-19. Poco podía imaginar por aquella época lo que se nos venía encima.

Como curiosidad, os contaré que en Banff no conseguimos hotel porque, tal y como se cuenta en la novela, tienes que reservar con muchísima antelación y no llegamos a tiempo. Los precios allí, por cierto, en la época veraniega son desorbitados. En nuestro caso, terminamos por reservar un tranquilo y cómodo motel en Canmore, con vistas a las Three Sisters, lo cual tampoco estuvo mal.

Paramos en Banff lo justo para que nos pusieran una multa. Sí, has leído bien. Logramos aparcar en el centro, donde queríamos acercarnos a la oficina de turismo para obtener información de la zona. Desde luego fue del todo infructuoso, porque la oficina ya había cerrado. No nos dimos cuenta de que había una boca de incendios donde aparcamos el coche, y

literalmente en cinco minutos, nos clavaron una buena multa. Los despistes se pagan, pero sirven para aprender a estar más atentos. Hay que extraer las lecciones positivas de cada situación.

Por cierto, Banff aparte de ser una conocida y turística localidad, es el nombre de uno de los Parques Naturales más importantes de Canadá.



Laberinto de risa - Morton Park
(A-maze-ing Laughter)
"May this sculpture inspire laughter, playfulness and joy in all who experience it"

Vancouver

Cada vez que leo que Vancouver es una de las ciudades calificadas como una de las mejores del mundo para vivir, la verdad es que no me sorprende en absoluto. Es una ciudad con mucho ambiente, con mucha vida,

pero

también una en la que, paradójicamente, se respira mucha tranquilidad. Me gustó muchísimo la cantidad de vegetación que encuentras en sus calles, pero por encima de todo, me enamoré de Stanley Park.

Este gran pulmón de la ciudad conforma una pequeña península —por tanto, se encuentra junto al mar—, en la que hay gran cantidad de variedades de árboles, constituyendo en su interior auténticos bosques. En Morton Park, como una singular puerta de acceso al pulmón de la ciudad del que acabamos de hablar, se encuentran catorce esculturas que inducen a la risa y la diversión. En la foto veis una de ellas y una particular frase en el banco que se encuentra al final de la imagen.

Inukshuk es el símbolo de los Inuit, de la identidad de su pueblo y de la cultura

canadiense.

Lo

podéis

encontrar



en distintas localidades, entre ellas en la playa la Bahía de los ingleses en Vancouver, donde la observa Andrew desde la consulta de su psicoterapeuta.

La que tenéis en la imagen es la que se encuentra en Whistler, una localidad en la que se celebraron las olimpiadas de invierno del año 2000.

Los Inukshuk son el símbolo nacional por excelencia, además de una tradición ancestral, ya que en la antigüedad eran usados como una herramienta de orientación.

Si estás pensando en visitar este maravilloso país, no le des más vueltas. Merece mucho la pena.

Datos de interés y curiosidades

No recuerdo cómo surgió el título de esta historia. Estaba en plena redacción de la Saga Ocaso (a la que se le hace un claro guiño en esta novela) cuando llegó a mí porque, a diferencia de muchos escritores, lo primero que se me cruza por la mente en muchas ocasiones es el título y de ahí nace la historia. Luego aparece la portada y todo va rodado. No necesariamente en este orden en todas las ocasiones.

Soy de lanzarme un poco a la piscina sin comprobar que hay red, y en este caso concreto, no estaba muy segura de si iba a encontrar datos interesantes sobre las lágrimas como para que fueran el eje principal de una novela. La idea inicial era solo metafórica, narrar como en nuestras lágrimas se escribe nuestra historia al igual que la cuentan las arrugas de nuestra piel. No obstante, he averiguado cosas asombrosas sobre ellas que se recogen en el libro.

Los distintos tipos de lágrimas son los que se detallan en la novela, así como sus componentes morfológicos. Es alucinante lo que hace nuestro cuerpo, ese engranaje casi perfecto que no siempre cuidamos como merece.

En un momento de la historia, en el registro anecdótico de Julliette, se habla de un proyecto que se denominó "La topografía de las lágrimas".

Resulta muy curioso que detrás de esa investigación no se encontraba un científico, sino la fotógrafa estadounidense Rose-Lynn Fisher. La artista visual tomó muestras de lágrimas en diversos contextos, las dejó secar y las estudió con microscopios de barrido. Tras cinco largos años de estudio, llegó a las conclusiones que has leído en la novela. Es decir, que existen tres tipos de lágrimas (lubricantes, reflejas y emocionales), con una morfología en parte similar pero definitivamente diferente.

Podéis leer más información en este asombroso artículo:

https://www.adnradio.cl/tiempo-libre/2018/02/22/estudio-determino-que-

existemas-de-un-tipo-de-lagrima-3714793.html

PLAYLIST

Cada una de las canciones que aparecen en esta Playlist está incluida por una razón. ¿Te apetece descubrirla? Pues no te pierdas lo que viene a continuación.

Puedes escuchar la *playlist* de *La biografía de las lágrimas* en:

https://open.spotify.com/playlist/5V3ol3HLcnXv6zIbiQcxYE?

si=floqnWL1S5yl11DUmnVGng

Someone to you - Banners

Esta canción la escuché por primera vez en la retransmisión del torneo de tenis Conde de Godó que se celebró en abril en Barcelona, cuando estaba todavía escribiendo este libro. Hay canciones de las que te enamoras desde la primera vez que las oyes y ésta ha sido una de esas para mí. Pero, no solo eso, sino que además la letra tiene mucho que ver con la historia de Julliette Perkins, alguien que solo quiere "ser alguien para alguien, alguien para ti"

(*I just wanna be somebody to someone, someone to you)*.

West Coast - OneRepublic

En primer lugar, Andrew se traslada a la Costa Oeste de Canadá, aunque en la canción se refieren a la estadounidense, específicamente a California.

Pero, además, esta canción va sobre buscar nuevos comienzos. Hay dos frases que creo que se ajustan muy bien a nuestro protagonista.

Concretamente cuando dice: "S *ometimes you gotta run from a broken heart.*

Before I turn into a ghost, need a brand new start"

(A veces tienes que huir de un corazón roto.

Antes de convertirme en un fantasma, necesito un nuevo comienzo).

You were loved - Gyffin & OneRepublic

Simplemente me pareció preciosa desde la primera vez que la escuché.

Pero, además, la letra habla de situaciones relacionadas con el libro. Os dejo la frase que para mí es más significativa en ese aspecto.

I hope that our paths, they cross again.

(Espero que nuestros caminos, se vuelvan a cruzar) *West Coast* - Imagine Dragons

Igual que en el caso de la canción de OneRepublic, el título hace referencia a ese viaje hacia la Costa Oeste, hacia un sueño o una nueva oportunidad. Y además, la letra dice lo siguiente: "*And all your tears you have cried will go away*"

(Y todas tus lágrimas que has llorado se irán).

Tenía que incluirla, seguro que estáis de acuerdo.

Compliance - Muse

Resulta curioso que Muse, uno de mis grupos favoritos, ha sacado dos canciones nuevas cuando estaba escribiendo mis últimos libros, éste y *Enclaustrado*. Y la melodía de cada canción encajaba a la perfección con la novela de ese momento. *Compliance* merecía ser mencionada.

Ultra Violet (light my way) - The Killers (covered) *Ultra Violet (light my way)* - U2

Ambas canciones van juntas y tiene una explicación. A pesar de que la original es de U2, debo reconocer que no la conocía hasta que escuché la versión del grupo de Las Vegas. Tienen esa capacidad de mejorar lo inmejorable. Me quedo con esta parte de la canción: *Oh, sugar, don't you cry Oh, child, wipe the tears from your eye You know I need you to be strong And the day it as dark, as the night is long* (Oh, cariño, no llores Oh, niña, limpia las lágrimas de tu ojo Sabes que necesito que seas fuerte Y el día es tan oscuro, como la noche es larga *)*

My life - Imagine Dragons

La letra de esta increíble canción es sumamente reveladora. Habla de alguien que no se quiere a sí mismo y trata de ser alguien diferente, alguien que no se siente bien en su piel. Andrew está tratando de ser una persona diferente, más despreocupada, porque no puede digerir el error que cometió estando en Toronto.

I'm trying to be somebody else.

I'm finding it hard to love myself.

I've wanted to be somebody new.

But that is impossible to do.

(Estoy tratando de ser otra persona.

Me cuesta amarme a mí mismo.

He anhelado ser alguien nuevo.

Pero eso es imposible que suceda).

Lose Somebody - Kygo & OneRepublic

A veces, parece que necesitamos perder a alguien para realmente valorarlo y reconocer lo importante que era para nosotros. En este libro se habla de pérdidas y del precio tan doloroso que pagamos cuando lo hacemos.

What about us - Pink

La relación de Andrew y Melisa termina de manera abrupta, con muchas promesas incumplidas y muchas ilusiones destrozadas.

What about all the broken happy ever afters?

(¿Qué pasa con todos los felices para siempre rotos?) *Someday* - OneRepublic

Algún día es una expresión que está llena de posibilidades. Cuando escuchas esta canción, es precisamente eso lo que sientes, porque desde luego tiene un ritmo que te hace sentir muy bien.

Por respirar - Manolo García

Por un lado, esta canción es una de mis favoritas de Manolo García porque tiene una letra preciosa. Por otro, creo que resume muy bien muchas emociones que aparecen en el libro. Por eso, os recomiendo que le echéis uno ojo a la maravillosa letra que, para mí, es pura poesía. Hay una parte en concreto que se cita en el libro, concretamente las dos primeras frases que vienen a continuación: “Como se cruzan las carreteras para después volver a separarse, se cruzaron tu vida y la mía; dardos hacia la diana de nuestra lotería.

¿Por qué se cruzan las vidas que se tocan y luego vuelven a

separarse?”





la biografía

del dolor

DEDICATORIA

Para Patry, en el día de

su cumpleaños. No olvides

que, aunque no lo veamos,

todos los días sale el sol.

Para mis maravillosos

lectores cero. Tengo

una suerte inmensa,

tanta que ni me la creo.

Sois una parte fundamental

de mis novelas.

Para todos los que le dais

una oportunidad a mis libros.

Esto para mí es un sueño.

Para las chicas del grupo

Los libros de Ariel y para el Club de Lectura Descubriendo Historias.

Y para mi amor incondicional, mis padres que siempre creyeron en mí y para las personas que nutren y han nutrido mi vida.

Gracias por hacerme tan feliz.

“El dolor es inevitable pero

el sufrimiento es opcional”.

- ***Buda***

El verdadero dolor

es el que se sufre sin testigos.

- ***Marco Valerio Marcial***

Playlist

Don't Dream It's Over, Crowded House

Human Touch, Bruce Springsteen

Chasing Cars, Snow Patrol.

How to Save a Life, The Fray

The Best, Tina Turner

Don't look back in anger, Oasis

Are You Still Having Fun, Eagle-Eye Cherry

Save Tonight, Eagle Eye Cherry

The Man Who Can't Be Moved, The Script

Everything Now, Arcade Fire

Boulevard of Broken Dreams, Green Day

Wake Me Up When September Ends, Green Day

Si te apetece escucharla, te invito a hacerlo aquí: Playlist La Biografía del Dolor

(Puedes encontrarme en Spotify como Ariel Zorion)

sinopsis

Después de lo sucedido en Banff, todo ha cambiado para Andrew Davis.

Ha decidido reconducir su vida de la mejor forma que sabe: esforzándose al máximo y siendo un buen policía. Su empeño en trabajar solo únicamente le conducirá a enfrentamientos con su jefe y con sus compañeros. Hasta que llega Spencer Tracy, un carismático pero también controvertido detective, que ha venido para poner todo patas arriba.

Juntos tendrán que enfrentarse a un caso en el que conocer y entender el dolor de las víctimas será la clave. Porque el dolor tiene una historia que contar.

Una pieza de puzle dará el pistoletazo de salida a un juego tenebroso…

Nota de la autora

Querida lectora o lector: Este libro incluye material

extra que irás encontrando a lo largo de la novela y al

que puedes acceder, si te apetece, a través de códigos

QR (en el caso de los libros en papel) o de enlaces a

una página que se llama La Biografía del Dolor, la cual se encuentra alojada dentro de mi web. Cuando

llegue el momento, lo comprenderás.

¿Por qué o para qué? Se me ha ocurrido que

podíamos enriquecer un poco más la lectura con

algunas pistas extra o contenido relacionado, una

forma de jugar o de convertir esta historia en una que

sea interactiva en la que, incluso, puedas comentar para sentirte parte de la historia. Espero que disfrutes

de la experiencia y que, si te apetece participar, esto

te suponga un ingrediente extra para que esta novela

se convierta en una aventura inolvidable.

Muchas gracias por estar aquí.

A.Z.

Prólogo

Manifiesto

¿Qué es el dolor?

Lo es todo y no es nada.

Es impreciso o concreto.

Difuso o específico.

Un relámpago que te asola.

Un trueno que rompe el silencio.

Una tormenta que desborda los diques donde se contenía la hemorragia.

Es una sensación desagradable, como un pinchazo, un hormigueo, una picadura, un ardor o una molestia. Puede ser agudo o crónico. Puedes sentirlo en algún lugar del cuerpo o lo puedes sentir recorriéndote de pies a cabeza.

Y también puede dolerte el alma entera.

El dolor no siempre es curable, pero hay muchas formas de tratarlo. A veces puede ser una ilusión, como cuando duele una parte que ya no tienes, un miembro fantasma. Porque el dolor también puede ser un engaño, una mentira, una falacia, una trampa.

¿Qué es el dolor? En realidad, nadie lo sabe, porque no es un término unívoco, porque cada dolor es único, inespecífico o evidente, punzante o dormido, lacerante o difuso, intermitente o constante. El dolor es una experiencia personal y singular, distinta para cada ser vivo, diferente en su umbral de percepción.

El dolor es una señal, un aviso, una alerta. Es el primer eslabón de una cadena que puede acabar por romperse. Es lo que desata la reacción consciente de que algo no va bien, de que algo ha empezado a no funcionar, de que es hora de prestar atención y poner un remedio.

Es una punta de lanza desgarrando la carne.

Es un cuchillo abriendo la piel.

Es el alarido que te raspa la garganta.

Es el momento en el que se alumbra una vida.

El dolor es un grito de socorro, una chispa que prende un fuego, un bramido pidiendo ayuda, un lamento y un desconsuelo.

El cuerpo humano es un organismo complejo, que adolece y disfruta. Es

capaz de alcanzar el gozo estético, el éxtasis en un orgasmo, un placer incomparable ante un logro, un arrebato al escuchar una melodía que nos

transporta a un momento en el que fuimos felices. Pero también se abandona a la agonía de manera sumisa, poniendo todas sus células a merced de un sufrimiento que provoca el caos, un colapso, incluso la muerte.

El dolor es una herida pero también una cicatriz. Es una huella, un rastro pegajoso y persistente, porque deja marcas, algunas de ellas indelebles, como la de la pérdida, que aun con el paso de los años sigue gritándonos que sigue ahí, a veces con un sutil mensaje, otras con una fiereza animal.

El dolor es una chispa entre dos neuronas que nos traen un recuerdo que nos emborrona la vista y nos llena los ojos de lágrimas. Es un camino de desolación que no nos queda más remedio que recorrer.

El dolor es un bisturí que accede al interior de forma pausada pero violenta, que abre el camino de la sangre. Es el roce de una ortiga, es una llamarada que incendia nuestra piel, es la mordedura de un animal salvaje.

El dolor es un tirano, porque nos obliga a cederle todo el protagonismo, nos reclama a cuerpo entero, nos secuestra, nos somete y nos hace suyos.

Nos doblega, nos reduce, nos deja en el más hondo desamparo.

El dolor es un compañero ruidoso, que no se calla, que es chillón en ocasiones, que es sordo otras veces, pero del que notas su presencia evanescente o plena de materia.

El dolor es la punta del iceberg porque debajo esconde un gigante tenebroso, un abismo de sufrimiento.

El dolor es un mensaje que hay que descifrar.

El dolor es la pieza de un puzle, ese pequeño fragmento del rompecabezas, que requiere de análisis, de pruebas, de buscar sin denuedo para terminar de formar esa imagen completa de la que ese dolor solo era un indicio de un problema mayor.

Porque el dolor existe y es muy real.

Porque el dolor habita múltiples formas, nunca iguales.

Porque el dolor forma parte de nuestra existencia, la colma y la rebosa.

Porque el dolor exige que prestes atención a la historia que te cuenta.

Una historia relevante, de la que no puedes quedarte al margen, de la que no puedes escapar.

Porque el dolor, como todo, tiene su propia biografía y se compone de múltiples experiencias.

Capítulo 1

Puzle

"El verdadero dolor, el que nos hace sufrir profundamente, hace a veces serio y constante hasta al hombre irreflexivo; incluso los pobres de espíritu se vuelven más inteligentes después de un gran dolor".

—Fiodor Dostoievski

Adrian Petrus observaba a Andrew Davis, uno de sus subalternos, desde su pecera, esa extraña urna de cristal que era su despacho. Tal y como un rey en una colina, casi como si se hallara en la cima del mundo, desde allí mantenía el control de sus dominios, es decir, lo que venía siendo su comisaría. El número de agentes se había ido incrementando progresivamente desde que él se puso al frente, hacía ya más de dos décadas. Del mismo modo, se habían ido ampliando las instalaciones y las distintas secciones, hasta dotar al Departamento de Policía de Vancouver de todas las modernidades acordes con un cuerpo de seguridad del siglo XXI.

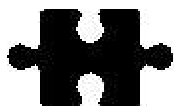
Le parecía increíble lo frágil y vulnerable que aparentaba ser ahora el detective Davis. Hacía tan solo un par de meses, le veía como un joven irresponsable, pagado de sí mismo y, como se suele decir, un viva la virgen al que no le importaba nada.

Y ahora…

Se sorprendió a sí mismo pensando que echaba de menos al Andrew que conocía y con el que nunca tuvo buena relación, a pesar de que el que observaba en ese instante era cumplidor, llegaba todos los días puntual al trabajo y presentaba los informes a tiempo de forma impecable. Era casi el trabajador ideal que cualquier jefe hubiera querido tener a su cargo. Y sin embargo, a pesar de esa mejoría tan notable en el terreno laboral, había algo que fallaba y que hacía crecer su preocupación hacia él, porque ahora se había convertido en un joven apagado y taciturno.

Y eso era antinatural.

No estaba seguro de que la terapia con el psicólogo le estuviera viniendo bien. Desde luego, él no apreciaba avances, más bien al contrario. Le parecía que cada día se replegaba más dentro de sí mismo y se alejaba la posibilidad de hacerle sacar aquello que le torturaba dentro. Era como una urna de acero con un candado inexpugnable.



También era cierto que no llevaba demasiadas sesiones y estaba seguro de que requeriría muchas de ellas para superar aquello a lo que tuvo que enfrentarse en Banff. El sargento Adam Lambert, al mando de la división de aquella localidad con el mismo nombre que uno de los parques naturales más importantes de Canadá, había hablado con él acerca del buen comportamiento que tuvo el detective Davis allí y del interés que puso en resolver el caso. Pudo apreciar en él que tenía un gran potencial como criminólogo. De hecho, le sorprendieron las hipótesis tan bien planteadas en aquel caso, lo que les había conducido, en cierta medida, a identificar a la sospechosa.

A pesar de que terminó de la peor manera posible.

Así que había pensado en hacer algo radical que podría explotarle en la cara, pero que estaba seguro que sacaría al joven de aquel letargo en el que se hallaba inmerso. Debía quemar un último cartucho, como se suele decir.

Algo dentro de él le decía que se replanteara aquella locura, pero era mirar en dirección a donde estaba Andrew y le daba un vuelco el estómago. Quizá estaba siendo excesivamente paternalista.

Entonces, ocurrió algo inesperado que terminó por reafirmarle en su decisión. Observó como el detective Davis se sentaba en su mesa. Su expresión era muy concentrada. Llevaba un sobre en las manos. Lo miró con atención varias veces antes de abrirlo, como si buscase algún indicio que le adelantara qué se iba a encontrar dentro.

Aquello despertó la curiosidad del jefe Petrus.

Acto seguido, el joven detective rasgó el sobre. Parecía que estuviera vacío. Entonces lo volcó y sacudió ligeramente. Cayó algo de su interior que Adrian no podía apreciar desde su posición. Andrew cogió

su móvil y pareció acercar el visor de su *smartphone* a aquello que había estado en el sobre pocos segundos antes y que ahora sujetaba con el índice y el pulgar de su mano izquierda.

De pronto, el joven policía dio un bote en la silla que casi le hizo caer.

Los compañeros que estaban en las mesas cercanas, le miraron con extrañeza.

En cuanto logró serenarse y terminó de ver la reproducción del vídeo de apenas diez segundos de duración, salió corriendo en dirección a la sala donde estaban los informáticos del departamento. Andrew estaba en shock por lo que acababa de visualizar. Había recibido distintos objetos y cartas en los últimos meses, pero nada como eso. ¿Quién le habría enviado aquello?

Abrió la puerta sin llamar y entró apresuradamente. Los ocupantes de la sala le miraron extrañados, tres informáticos que ya llevaban un tiempo en el cuerpo y que estaban enfrascados en distintas tareas. La ciberdelincuencia cada vez prolifera más, hasta convertirse en una de las lacras de la nueva era. Sin duda, se le veía muy alterado y eso no era habitual en el detective Davis, que solía mantener la compostura.

—Dylan, tienes que ver esto —solicitó con premura.

—Vaaaaaale —dijo el técnico un tanto desconcertado viendo la respiración tan agitada de su amigo. A pesar de que el policía se llevaba bien con todos, con este técnico en concreto tenía una relación más estrecha. Ambos eran aproximadamente de la misma edad y tenían intereses comunes. Era habitual que se vieran fuera del trabajo y quedaran con amigos que tenían en común.

El detective Davis le cedió su teléfono.

—¿Qué es lo que tengo que ver?

—Dale al play. Te aviso que es fuerte. Pero tenemos que averiguar todo lo posible acerca de ese vídeo.

—Andrew, la pantalla de tu móvil está en blanco. ¿Se te ha pirado la pinza, tío?

El detective tomó otra vez su móvil en las manos. Era cierto. No había nada. Sin embargo, él no se lo había imaginado. Tenía muy claro lo que había visto. Eso no se olvida con facilidad. Tocó varias veces la pantalla, como si así se fuera a hacer magia y aparecieran nuevamente

las imágenes que había visto. Se planteó incluso apagar y volver a encender el móvil, por si se le hubiera quedado colgado por algún motivo.

—No lo entiendo —dijo consternado.

En ese instante, entró en la sala el jefe Petrus, alertado por la reacción que había observado segundos antes en su subordinado. Andrew le miró sorprendido. ¿Qué hacía allí? ¿Acaso le había seguido?

—De acuerdo, no pasa nada. He traído la pieza de puzle. Mira. Tiene un código QR.

—Déjame. Lo abriré con mi móvil y así podremos verlo en el ordenador si duplico pantalla.

Petrus observaba a Andrew. La respiración del joven seguía agitada.

¿Qué demonios habría visto para que estuviera tan alterado? Este, por su parte, se sentía incómodo ante el evidente escrutinio de su jefe. Estaba intentando hacer las cosas bien después de lo que ocurrió en Banff. Trataba de enmendar en lo posible la mala imagen que había generado por su actitud anterior. Sabía que llevaría tiempo, porque al final las primeras impresiones tienen un efecto poderoso en la concepción que nos hacemos de otro ser humano. Lo que menos necesitaba era sentirse observado con lupa. Y eso era justo lo que le pasaba por la mente en ese momento: el jefe le estaba evaluando.

—No hay nada, macho. El QR no funciona. No debe estar bien.

—¿Qué? Prueba otra vez.

Cada vez estaba más desconcertado. Solo le faltaba que empezasen a pensar que se imaginaba cosas. Eso añadido a que tenía que acudir a las sesiones con el psicólogo, ya parecía ingrediente suficiente para que más de uno pensara que el bueno de Andrew había perdido la chaveta.

—¿Qué es lo que has visto? —preguntó Petrus.

—Estaban torturando a una mujer. Os lo juro. Tenéis que creerme. Sé lo que he visto, aunque ahora el maldito código QR no funcione, cosa que no logro explicarme —explicó de forma atropellada, tratando de que le creyeran.

—Tranquilo Andrew. No te estamos cuestionando —le dijo el jefe con

voz tranquilizadora.

—Puede que el código QR nos llevase a un vídeo alojado en un servidor en el cual hubiera un código fuente en el que se hubiera programado borrar el vídeo una vez se reprodujera.

—¿Eso es posible? —preguntó Andrew nervioso.

—Supongo que sí. Hay pocas cosas que sean imposibles para un buen informático.

—¿Y tú no puedes recuperarlo o acceder al *buffer* del servidor o algo parecido?

—Ahora mismo imposible, porque no tengo absolutamente nada que rastrear. Como ya te he dicho, ese QR en este momento no nos lleva a ninguna parte. Dudo mucho que, siendo tan sofisticado, haya cometido la

imprudencia de dejar un rastro en tu móvil. Pero puedo comprobarlo si me dejas que le eche un vistazo. Solo por asegurarnos.

—Vale, tranquilo, Andrew —le dijo el jefe, poniéndole una mano en el hombro—. Dinos qué puedes contarnos. ¿Qué recuerdas del vídeo?

El detective sabía que el gesto era bien intencionado. Sin embargo, le hacía sentir como si fuera frágil y necesitara que le protegieran y le cuidaran. No quería sentirse así, no necesitaba que le mirasen con condescendencia y tratasen de reconfortarle. Estaba cansado de todo aquello. Estaba harto de acudir al psicólogo y tener la sensación de ser su cobaya. "*Eres mi proyecto*" le había dicho en una ocasión. Aquello le sonó a que lo utilizaría como sujeto experimental o algo parecido.

Respiró hondo porque nada de eso podía dejarse traslucir y menos en una situación como aquella en la que le parecía que estaban evaluando hasta su salud mental.

—Como os he dicho, estaban torturando a una mujer. Había un primer plano de ella, la cual estaba amordazada y atada a una silla.

—¿Puedes ser un poco más explícito? ¿Puedes decirnos qué le estaban haciendo? —le preguntó el jefe.

Andrew le miró perplejo. No tenía nada claro. Había concluido que la estaban torturando en función de la información que había procesado su cerebro. Los ojos desorbitados, el ruido, la mordaza… Pero no

podía decir con exactitud qué le estaban haciendo.

—No… no lo sé —respondió dubitativo.

El jefe torció el gesto de forma involuntaria, en una de esas expresiones casi automáticas que se forman en nuestro rostro, aunque no queramos, cuando algo no nos termina de cuadrar.

—Has dicho que sabías lo que habías visto, ¿no?

Esas habían sido sus palabras. Pero, en realidad, no lo tenía claro. El vídeo había sido extremadamente corto y el susto inicial había bloqueado su capacidad para percibir con precisión lo que sucedía en él.

—Sí, es lo que he dicho. Pero… —Andrew suspiró. Empezaba incluso a tener dudas de lo que había visto—. Ahora mismo todo es confuso. He visto su expresión de miedo y trataba de gritar, a pesar de la mordaza. No puedo deciros mucho más.

—¿Recuerdas aproximadamente de qué edad era? ¿Te fijaste en sus rasgos físicos?

—No estoy seguro. Tal vez en torno a los cuarenta o así. El pelo era de color castaño o eso creo. El lugar era oscuro y ella gritaba. Es decir, intentaba hacerlo como podía. Una voz distorsionada dijo algo así: "*¿Qué nos dice su dolor? Aún estás a tiempo de salvarla. Solo necesitas prestar atención*".

—¿Prestar atención a qué?

—No tengo ni la menor idea —concluyó el detective con desánimo.

Capítulo 2

Una llamada

"Dios ha puesto el placer tan cerca

del dolor que muchas veces se llora de alegría".

- *George Sand*

Después de lo que acababa de ocurrir, Adrian Petrus no podía evitar observar a Andrew con atención. Le preocupaba, eso era lo cierto. Desde que pasó lo de Sharon, todos habían sufrido mucho. Habían pasado por un auténtico purgatorio. Nunca es fácil perder a un

compañero. Nunca resulta sencillo perder, en general. Pero es que la detective Williams, además, era muy apreciada por todo el equipo. Era de esas personas que hace de pegamento y mantiene unido incluso lo que está a punto de quebrarse.

Le constaba que, al final, se había establecido un vínculo estrecho entre el detective Davis y ella. A pesar de que aquel joven parecía no querer profundizar en las relaciones personales que tenía con los compañeros, con la siempre guerrera pero también entrañable Sharon Williams no lo había conseguido y le había robado el corazón. Después de que diversas circunstancias la arrastraran junto a él hasta el Parque Nacional de Banff por una serie de incomprensibles crímenes, había terminado perdiendo la vida. Y Andrew se sentía responsable. De poco servía tratar de hacerle entender que él no era culpable de la sinrazón de otro ser humano.

Poco después de que volviera, el jefe Petrus descubriría que el joven policía acarreaba ya algo del pasado, un peso muerto colgado alrededor del cuello, una losa pesada sobre su espalda. Un compañero con el que hacía una vigilancia en un coche en su época en Toronto había sufrido una terrible agresión mientras él se acercaba a la gasolinera más cercana a por unos tentempiés. De locos.

Andrew Davis, a sus treinta y tres años, estaba devastado por el dolor.

Por el propio, el que se había instalado en su pecho, el que sentía derivado de la responsabilidad que se echaba a los hombros por lo sucedido.

Adicional a ello, estaba la tristeza propia de la pérdida, el doloroso duelo inherente a ella. Pero también estaba roto por el dolor ajeno, el provocado en la familia de dos personas que no deberían haber sido agredidas hasta el punto de acabar con sus vidas, de un modo u otro.

Y ahora estaba tratando de pegar esos pequeños trozos en los que se había descompuesto para volver a ser alguien parecido al que había sido alguna vez. Era como estar en el desierto y tratar de encontrar el camino a casa después de una tormenta de arena. Los acontecimientos de nuestra vida nos van erosionando y dando forma igual que el agua a las rocas, transformándolas lentamente en algo un poco diferente cada día. Andrew no lo sabía, pero su coraza en ese momento era de endeble arcilla.

Comprendía también que debía ser muy duro haberse convertido en el objetivo de la ira de una asesina que había justificado sus terribles

acciones implicándole a él. Aquello le había cargado sobre la espalda una culpabilidad difícil de digerir. Una piedra más dentro de su ya cargada mochila. Le había hecho casi cómplice de un sinsentido.

Después de que Juliette Perkins degollara a Sharon Williams delante de él sin darle la más mínima posibilidad de sobrevivir, Andrew Davis le había vaciado su cargador, dominado por una ira abrasadora que le había anulado la razón. No había ni una sola nota en su expediente que hiciera referencia al uso de la violencia por parte del joven detective en ninguna investigación anterior. Los exámenes posteriores del psiquiatra forense habían dictaminado que Andrew había sido víctima de una enajenación mental transitoria de la que no había podido evadirse al contemplar cómo su compañera moría a manos de aquella demente. Los compañeros de Banff, además, le habían defendido e insistido en que había hecho lo necesario en aquel momento.

En realidad, todos habían querido creerse esa mentira.

Y ahora alguien le acababa de enviar una pieza de puzle con un código QR que según Andrew conducía a un vídeo de una mujer torturada. Sin embargo, no había podido precisar en qué medida le estaban infligiendo dolor, salvo por el hecho de que estaba retenida, maniatada, amordazada y que trataba de gritar. No había sido capaz de declarar si había visto algún otro signo de violencia específico, es decir, si había sangre, si tenía algún moratón visible, si alguien estaba amenazándola o golpeándola. Todo aquello podía quedar en una broma, sin lugar a dudas, grotesca y de muy mal gusto.

—¿A qué se refería con la pregunta de "qué te dice su dolor"? —

preguntó intrigado Adrian.

—No lo sé —respondió resignado el policía.

—Me refiero a que tal vez quería mostrarte algo específico que le causaba dolor. Igual puedes recordar algo relacionado con eso. Alguna marca, algún objeto a su alrededor que resultase amenazante…

Andrew pareció pensarlo una vez más, repasar en su mente las imágenes que habían pasado veloces por delante de sus ojos. Habían aparecido de manera brusca en la pantalla y le resultaron impactantes, en cierto modo violentas y no sin motivo, puesto que ella estaba retenida contra su voluntad.

—Le digo jefe que no he podido ver más. Sí que recuerdo el miedo en

sus ojos, muy abiertos, como si estuviera gritando también con la mirada.

Ella se agitaba todo lo que las distintas sujeciones le permitían. Pero no recuerdo nada más. Entre el susto que me he llevado y lo imprevisto que ha sido, no he podido fijarme apenas en nada. El vídeo era sumamente corto.

Creo que no ha alcanzado los diez segundos. Apostaría que andaba más cerca de los cinco segundos.

—Muy bien, no te preocupes. No pasa nada. Es probable que no sea nada en realidad y que nadie esté corriendo peligro. Vamos a hacer una cosa. Vamos a buscar posibles huellas o restos biológicos tanto en el sobre que te ha llegado como en la pieza de puzle. Seremos muy estrictos en procesar todo lo que te llegue a partir de ahora, ¿estamos? Todo ha de pasar primero por el laboratorio.

El detective asintió.

—Preguntaremos a los de la entrada quién ha hecho la entrega o cómo ha llegado, ¿de acuerdo? —continuó el jefe—. Esperemos que todo esto no sea más que una broma macabra sin la menor gracia.

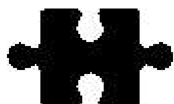
—Si al menos tuviéramos una sola imagen, podríamos probar con el programa de reconocimiento facial —insistió un frustrado Davis.

—Andrew, ya está. No le des más vueltas a lo que podría haber sido.

Haremos lo que he dicho. Si a ti se te ocurre algo más, si te viene algo a la memoria que consideres que puede ser relevante, nos lo cuentas. No te castigues con esto, ¿de acuerdo?

Andrew asintió una vez más, aunque la procesión iba por dentro. ¿Cómo no castigarse cuando estaba convencido de que estaba perdiendo la oportunidad de salvar a alguien? Ojalá el jefe tuviera razón. Ojalá aquello fuera una jodida broma macabra.

Sin pronunciar ni una sola palabra más, se dirigió a por un par de bolsas para pruebas para recoger el sobre y la pieza de puzle que había recibido.



Adrian Petrus estaba más seguro que nunca que ahora tendría que comerse su orgullo y hacer esa llamada que nunca imaginó que fuera necesaria. Cuando cinco años atrás mandó a aquel detective extravagante al destierro, supuso que no tendría que volverle a ver nunca más en la vida.

Craso error.

Como se suele decir, nunca des nada por sentado.

Ahí se encontraba en ese instante, con la mente perdida en la pared de su despacho, donde se acumulaban distintas condecoraciones, con el auricular en la mano, bien pegado a su oreja izquierda, y esperando con paciencia a que contestara mientras escuchaba, uno tras otro, los tonos de llamada. No tenía claro si no oía el teléfono, o simplemente, no quería responder al ver en el identificador de llamadas el nombre del jefe del Departamento de Policía de Vancouver.

Estaba claro que de no ser por ese espíritu paternalista que se le había despertado, no estaría ahí aguantando que le ignorase deliberadamente como era probable que estuviera sucediendo. Perder a uno de tu equipo hace que te sientas más responsable del resto.

Petrus se mortificaba, en cierto sentido, pensando que había sido injusto con Davis los últimos tres años. O tal vez no tanto, porque él mismo se había empeñado en ser un capullo indolente y mostrar lo peor de sí mismo.

En realidad, empezaba a ser consciente de que, lo que había sucedido, era que no tenía ni la menor idea de qué había pasado con ese chico. Ahora sentía que era preciso velar por su bienestar hasta que pasara el tiempo y este adormeciera por fin los recuerdos.

Andrew Davis no era mal chico, aunque lo había comprendido demasiado tarde. Y era consciente de que los de Toronto tenían razón cuando le dijeron que era un activo de valor para su departamento de policía, que tenía mucha suerte de que quisiera trabajar con ellos. El problema resultó ser que había recalado en Vancouver renegando de sí mismo. Se odiaba por lo sucedido y quería ver reflejados sus propios sentimientos hacia él en el resto. Una forma de proyectar en los demás el castigo que creía merecer.



A la vuelta de Banff se había empeñado en trabajar solo, como si fuera un apestado con el que nadie debería cooperar. Petrus estaba determinado a no concederle semejante despropósito. En su departamento de policía, se trabajaba en equipo y no se dejaba a nadie atrás. Como forma de represalia, Andrew había sido insufrible con los compañeros que le había puesto después de Sharon, alguien como él que precisamente siempre había destacado por un carácter amigable y buen sentido del humor.

Si lo ocurrido aquel día se confirmaba como el caso complejo que intuía podía ser, más valía que fuera pensando en asignarle un compañero capaz de resistirlo todo. Incluso aunque tuviera que traicionarse a sí mismo trayendo a su peor pesadilla de vuelta.

No le había gustado lo más mínimo lo que había relatado el detective. El vídeo que desaparece por arte de magia, imágenes siniestras del dolor ajeno y una frase que encerraba algo temible. Esa pieza de puzle escondía oscuros secretos, aunque el jefe hubiera querido restarle importancia hasta que tuvieran más información.

Solo hacía falta que aquel al que estaba llamando quisiera cogerle el teléfono. Si no fuera así, contactaría con los de Calgary para que le hicieran llegar un mensaje.

Tenía que convencerle de que debía volver.

Le costó varios intentos localizarle, y tal y como había esperado, finalmente tuvo que contactar con su homónimo en Calgary para que instara al díscolo policía para que le devolviera la llamada o, como mínimo, le contestara la próxima vez que lo intentara él.

—Nunca imaginé que el jefe Petrus, el mismo que me echó de sus dominios de una patada en el culo, esté ahora mismo lamiéndomelo para que vuelva —espetó triunfal nada más descolgar.

—Si no fuera por una razón de peso, no lo haría, eso lo puedes tener claro. Me está saliendo un sarpullido solo de pensar que te voy a tener por aquí otra vez.

El jefe de policía de Vancouver se frotaba la frente, como si así fuera capaz de evitar los dolores de cabeza venideros, porque no dudaba que más de uno iba a tener.

—No sé por qué lo das por hecho, cuando aún no te he respondido.

—Spence, puedes ser muchas cosas, pero no una mala persona. Si tú y

yo no encajábamos, los dos sabemos que era por otros motivos.

Adrian Petrus recordó alguno de los peores momentos que habían compartido. Habían tenido discusiones feroces, con gritos y salidas de tono porque, aunque era un excelente investigador, Spencer Tracy también era un grano en el culo de los que se infectan y te cuestan no sentarte en una silla sin flotador durante un mes. Iba a su ritmo, según sus reglas y había metido al jefe Petrus en algún problema que otro con sus superiores. Era inevitable que le viniesen a la memoria en aquel instante alguna de esas incómodas conversaciones mantenidas en el pasado en las que creyó que le iba a costar el puesto.

—Contrólalo, Adrian. Es tu subalterno y parece que eres tú el que está a su servicio.

—Lo intento, pero no es fácil.

—Pues suspéndele de empleo y sueldo y retírale la placa hasta que sepa quién manda ahí. Eres un blando a veces, te lo digo en serio. Esto al final acabará pasándole factura a tu carrera y te aseguro que no es una amenaza, sino un aviso.

Conversaciones como esa había tenido varias a lo largo de los años que había padecido a Tracy. Petrus detestaba que le llamasen la atención. Le gustaba hacer bien su trabajo y revisaba cada caso que llegaba a su comisaría con ojo clínico. No entraba en sus planes permitir que algún delincuente saliera libre por culpa de fallos en los procedimientos policiales. Pero, con aquel policía, le había costado casi una úlcera hacerle entender que debía ceñirse a las normas porque eso podía hacer la diferencia entre una sentencia condenatoria o una eximente.

—¿Vas a decirme cosas bonitas hoy, jefe? Tal vez así me enternezca,

¿no crees? —bromeó el policía.

—Sigues siendo un capullo, está claro. Y me da la impresión de que eso no hay nada que lo remedie, ni el exilio ni el paso de los años.

Le oyó desternillarse de la risa por el teléfono, con esa forma tan característica de reírse que tenía. Era irreverente hasta en eso. El jefe sintió que su sangre empezaba a acercarse al punto de ebullición.

—Venga va. Cuéntame tus motivos y, espero que sean buenos porque, aunque Calgary no me encante, no vivo mal aquí. Tienes suerte de que

acabo de romper con mi última chica. Y yo que pensaba que este sería amor para siempre…

Adrian se ahorró el comentario que le vino a la cabeza.

—Te llamo por uno de mis detectives. No sé si oíste hablar del caso de la Asesina de las Lágrimas.

—Creo que no hay un rincón de Canadá al que no haya llegado esa historia.

—Bien, pues ahí tienes tu motivo. Es por él. Necesita un compañero que pueda aguantarle y ya he cubierto todas las posibilidades aquí.

—Ya veo. Quieres que sea su *nanny*. No recuerdo que me paguen para eso —replicó de un modo que inducía a pensar que aquello le resultaba una molestia.

—No exactamente. También te llamo porque tengo la corazonada de que estamos a punto de tener un caso de los feos y complejos. Uno de esos que sé que te gustan. Y debo reconocer que tú eres bueno resolviendo puzles —

finalizó no sin intención.

Capítulo 3

QUIÉN

“No quiero pensar porque no quiero que el dolor

del corazón se una al dolor del pensamiento”.

- *Emilio Castelar*

Andrew desconocía por completo los manejos que había empezado a hacer el jefe Petrus en pos de conseguirle un nuevo compañero. Él seguía con su cruzada personal cuyo objetivo era no tener a nadie al lado. No quería sentirse responsable de otro. Si la cagaba, la cagaba él, pero sin que salpicara a nadie más.

El último con el que había compartido los turnos, se quejó en reiteradas ocasiones porque el detective Davis iba a su bola. No es que no trabajara ni que fuera desagradable con él, pero lo hacía solo, sin contar con el otro para nada. En resumen, lo ninguneaba. Si tocaba cubrir un aviso, se iba sin decírselo siquiera y no se molestaba ni en disimular. Le ocultaba información, además. Todo lo que se le ocurría

para hacer sentir al otro que no trabajaban juntos. Era una forma pasiva agresiva de quitárselo de encima. Se había hartado. No le veía sentido a trabajar con él y le solicitaba al jefe que le asignara a cualquier otro con el que patrullar.

Más o menos igual que el anterior.

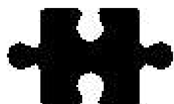
Y el anterior.

Y otro más anterior aún.

Si no existiera el precedente de lo sucedido en Banff, hace tiempo que el detective Davis tendría abierto un expediente. De hecho, Adrian Petrus era consciente de que estaba siendo demasiado benevolente con él y el resto de agentes podían terminar por ponerse en su contra si la situación se alargaba demasiado.

“Eres un blando”, le habían dicho en alguna ocasión sus superiores.

Desde luego, no les faltaba razón. El jefe de la policía de Vancouver era perro ladrador pero poco mordedor. No obstante, sentía que, a pesar de ello, en su comisaría le respetaban. Tal vez porque también era un líder empático y con cierta sensibilidad hacia los problemas de los demás.



En lo concerniente al joven detective, el hecho de que le hubieran enviado a él personalmente aquel macabro mensaje dentro de esa pieza de puzle reforzaba la idea que se había gestado en su cabeza de que estaba mejor solo. Ser su compañero podría implicar ciertos peligros. Desde que saliera a la luz todo lo referente al caso que le había llevado a él y a la detective Williams a Banff, no había parado de recibir todo tipo de cartas y mensajes. Estaba agotado con ese tema y no tenía pinta de que fuera a parar por el momento.

Él no había reclamado esa atención.

Solo quería hundirse en el anonimato.

Sin embargo, esta vez la cosa era más seria. No eran mensajes de admiradoras y cosas por el estilo, ni condolencias o cartas de apoyo, sino que estaba convencido que lo que había visto era un crimen real que se estaba produciendo en ese mismo instante en algún rincón del

planeta. Nada ni nadie le garantizaba que estuviera sucediendo en Vancouver, aunque su intuición le decía que así era.

No paraba de darle vueltas a lo que había dicho aquella voz: "*¿Qué nos dice su dolor? Aún estás a tiempo de salvarla. Solo necesitas prestar atención*". Por más que lo pensara, no se le ocurría a qué podía referirse con ese críptico mensaje. No recordaba ningún detalle relevante que pudiera guiarle hacia alguna pista relacionada con su paradero.

Estaba incluso valorando la posibilidad de consultarle a su psicólogo alguna forma de recuperar recuerdos o percepciones que se han quedado escondidas en nuestro cerebro sin que apenas seamos conscientes. Tal vez a través de la hipnosis regresiva o la sugestión consiguiera sacar a la luz detalles del vídeo que no había registrado de manera consciente. Sin embargo, no quería hacerle partícipe de aquello, por lo que pudiera conllevar.

Darle demasiada información podría ser peligroso. Había algo en su terapeuta que no le acababa de convencer, a pesar de que hubo un momento en el que estuvo dispuesto a confiarse a él.

Por el momento, se centraría en averiguar cómo le había llegado el mensaje y en ver si los del laboratorio eran capaces de extraer alguna huella que les condujera a alguien a quien interrogar.

En la entrada de la comisaría había un joven agente que se había incorporado no hacía mucho, recién salido de la academia. Con él se encontraba habitualmente otro policía de mayor edad que ya estaba próximo a la jubilación y que le estaba ayudando a conocer el funcionamiento interno de esa estación de policía en concreto. Era un hombre afable al que le gustaba ayudar a los más jóvenes.

Sus tareas básicamente se centraban en orientar a la gente que llegaba a la comisaría sobre a qué departamento se debían dirigir en función de los trámites o consultas que solicitaran realizar, así como recoger distintas denuncias o derivarlas al departamento correspondiente.

—¡Hola, Tom!

—Hombre, Andrew. Me alegro de verte.

—¡Hola, Sam! ¿Cómo lo llevas? —le preguntó el detective en concreto al joven policía.

—No va mal. De momento, tareas sencillas de chico de los recados

como llevar el café y esas cosas, ¿verdad, Tom? —le preguntó con cara de escarnio al que estaba con él, el cual claramente le vacilaba aprovechando la candidez de su juventud viendo el modo en el que se reía.

—Va, no te lo tomes a mal, hombre. Es importante conocer bien dónde está todo en la comisaría, lo hago por tu bien en realidad —respondió dándole unas afectuosas palmaditas en la espalda acompañadas de una sonrisa divertida. Tom siempre había destacado por ser un bromista. Todos en la comisaría le tenían un profundo afecto, puesto que era un hombre muy entrañable. Siempre estaba dispuesto a echar un cable en lo que pudiera, pero tampoco le faltaba tiempo para tomar el pelo a quien fuera en cualquier momento. Aquel chico se lo ponía muy fácil, pues era muy ingenuo y él no podía resistirse a pasar un rato divertido.

—No se lo tengas en cuenta, Sam. Cuando llegué aquí hace algo más de tres años, tuve que soportar sus bromas durante una larga temporada y hacía tiempo que había dejado de ser un novato.

—Bueno, Andrew, aquí eras el nuevo y te merecías el mismo recibimiento que los demás. No ibas a ser diferente. Solo quería que te sintieras parte del equipo desde el primer día. Deberías darme las gracias.

—Ya, ya. Dejémoslo ahí. Quería preguntaros por el sobre que me habéis entregado cuando he entrado —dijo cambiando de tema—. Me gustaría saber quién lo ha traído.

—¿Un sobre? ¿Qué sobre? —preguntó Tom extrañado.

—Uno que le ha llegado hace un rato. Es que habías salido a desayunar.

Estaba yo solo en ese momento. Ha venido un chaval a traerlo. Me dijo que era muy importante que te lo entregara cuanto antes —señaló, dirigiéndose esta vez a Andrew.

—¿Era de algún servicio de mensajería? Porque es muy raro que solo vengan mi nombre y apellido. No había dirección, ni indicaciones de quién lo enviaba, ni nada más.

El joven policía empezó a darse cuenta de que quizá se había metido en un lío al coger el sobre sin más, sin hacer preguntas ni asegurarse de quién era el remitente.

—Sam, no pasa nada, ¿vale? —le dijo Andrew al ver la expresión de preocupación que se dibujaba en la cara del recién incorporado agente —.

No has hecho nada malo. Es solo que necesito recabar toda la información posible sobre el remitente. Debido a que no figura en el sobre, tal vez pueda preguntarle a quien lo ha entregado. Es solo eso.

Pero no era solo eso. Era que todo aquello tenía cada vez peor pinta. El hecho de que aquel sobre hubiera llegado como salido de la nada era de lo más sospechoso. Estaba claro que no interesaba que se conociese quién lo enviaba. Por mucho que el jefe Petrus dijera lo contrario, tenía la corazonada de que ese vídeo era muy real. Una mujer estaba siendo retenida contra su voluntad y estaba padeciendo mientras no hacían nada porque Andrew no había sido capaz de fijarse en los detalles, de detectar aquel hilo del que tirar y que permitiera abrir una línea en una posible investigación.

Se sentía totalmente frustrado e incompetente, a pesar de que era comprensible que ese tipo de detalles se escapasen en una rápida y chocante primera visualización como la que había tenido. No sabía qué esperar cuando escaneó el código QR. Aquello había sido sorprendente y le había alterado. Nada más empezar, lo primero que había escuchado había sido un sonido fuerte, que fue lo que le hizo dar un bote en la silla debido al susto.

Después, la mujer tratando de gritar. Había sido una grabación muy breve, de menos de diez segundos, aunque no podía precisarlo. ¿Cómo imaginar que no habría una segunda oportunidad para verla y estudiarla con detalle?

—Era un chico de unos catorce años, tal vez. Quizás alguno menos. No soy muy bueno con la edad, ¿sabes?

—Yo tampoco y menos a esas edades —convino Andrew con una sonrisa—. Luego, entiendo que no podía ser un repartidor.

—No. Eso seguro. Demasiado joven.

—Vale. ¿Qué recuerdas? ¿Color de pelo? ¿De ojos? ¿Lo habías visto alguna vez por aquí?

—No me suena haberlo visto por los alrededores de la comisaría, pero también es cierto que llevo poco tiempo aquí.

—Es cierto.

—El pelo era rubio ceniza, parecido al tuyo pero más largo, porque le salían los mechones por debajo del gorro que era de tonalidad gris. Ojos azul muy claro. Yo diría que medía un metro cuarenta aproximadamente.

Llevaba un monopatín e iba vestido con unos vaqueros anchos un poco rotos en las rodillas, unas zapatillas, creo que unas Converse, y una cazadora. Eso es todo lo que he visto.

—Es decir, como la mayoría de los chicos de ahora —apuntó Tom.

—Sí, eso es —respondió el joven mirando a su compañero, casi como si estuviera buscando su protección.

—¿Te acuerdas del color de la cazadora? —insistió el detective.

—Era roja con algunas líneas o remates en blanco y negro. Creo… Pero no estoy seguro al cien por cien.

—Vale. Está bien. Muchas gracias, Sam. Voy a salir a ver si tengo suerte y soy capaz de localizarlo por el barrio. Una pregunta más: cuando has dicho que llevaba un monopatín, ¿te referías a una tabla de *skate* o a un monopatín con manillar?

—Una tabla de *skate*.

—¿Te llamó la atención algo de la tabla? Algún dibujo, si era de colores llamativos…

—Sí, es verdad. Ahora que lo dices me llamó la atención porque era muy bonita y sobre todo, muy llamativa. Era la mitad azul y la otra mitad de madera y en el centro había un ojo del mismo color azul y las pestañas eran como líneas muy marcadas. Creo que es una tabla de Colorblind, que es una marca canadiense precisamente. Lo sé porque tengo primos pequeños y les encantan las tablas de *skate.* Alguna vez me han enseñado fotos, supongo que para intentar que les compre alguna. Espera un momento, igual podemos verla en internet para que te hagas una idea más clara. Tal vez sea más fácil así que localices al chico.

El joven agente hizo una búsqueda rápida en el móvil y le enseñó la imagen a Andrew. La tabla sin duda era llamativa y sería fácil de identificar.

—Muchas gracias, Sam. Ha sido muy útil. Voy a darme una vuelta por los alrededores de la comisaría.

—A unos cien metros creo que hay un parque al que suelen acudir los chavales. Puede que ahí le encuentres.

—Muchas gracias nuevamente a los dos. Mejor será que me dé prisa.

Capítulo 4

En el parque

“El dolor asusta cuando muestra su verdadera cara, pero es seductor cuando se viste de sacrificio, renuncia”.

- Paulo Coelho

Andrew salió de comisaría y se dirigió al parque al que habían hecho referencia los dos policías. Según se acercó, vio un grupo de jóvenes con sus tablas de *skate* en una zona habilitada para aprender a hacer piruetas.

Nunca se había fijado hasta entonces. La atención es así, se centra en aquello que nos interesa o nos sorprende. Lo demás, en muchas ocasiones, queda fuera del foco hasta que se convierte en relevante y la capta en su totalidad.

Se fijó atentamente en todos los chicos de allí, tratando de encontrar alguno que casara con la descripción que le había dado su compañero. Era cierto que todos vestían de forma similar, con pantalones anchos y sudaderas y cazadoras varias tallas más grandes de lo que les correspondía.

Aquello tampoco era de extrañar puesto que, a ciertas edades, la ropa es sin duda una seña de identidad y de pertenencia a determinado grupo.

De pronto vio la tabla de *skate* que Sam le había descrito y después mostrado en internet. Era sumamente llamativa. Ahora ocupaba el centro de su foco atencional, como si todo lo demás se desvaneciera. Se acercaría con tranquilidad, para evitar ahuyentarle. Los chicos a esas edades pueden ser muy suspicaces.

Cuando estuvo más cerca, dudó de si había acertado, puesto que Sam había descrito a un chico pero juraría que quien él contemplaba era una chica.

—Ey, Brook. Ven aquí a ver si te atreves a hacer esto —dijo uno de los chavales confirmando sus sospechas y facilitándole una información

tan valiosa como su nombre.

—¿A ver si me atrevo? Ya sabes que sí, *pringao*.

Andrew se dirigió hacia ella. Casaba con la descripción que le habían dado, salvo porque no era un chico. Era lo único que no encajaba, pero no le dio importancia. Si no te fijabas, podía pasar por uno más de ellos. La llamó como si la conociera.

—Brook, hola.

La chica se giró desconfiada. Le escudriñó con la mirada. Parecía tener una fuerte personalidad o, como mínimo, un carácter decidido. Estaba claro que no era de las que se dejaría pisar por los chicos.

—¿Quién coño eres tú? ¿Algún tipo de pervertido?

—No. Soy el detective Andrew Davis y hoy me han entregado un sobre que has llevado tú a comisaría.

Entonces su cara mudó de expresión. No pensaba que aquella tontería pudiera meterla en problemas. Era una tarea sencilla. No entendía por qué motivo ahora un poli estaba allí buscándola.

—Yo no he hecho nada malo, ¿vale? No tengo ni idea de lo que contenía el sobre. Un chico me ha dado diez pavos por llevarlo hasta la comisaría. Es todo lo que he hecho.

—¿Qué chico?

—No sé. No le había visto en mi vida. Solo me ha preguntado que si quería ganar dinero fácil y, cuando me ha explicado en qué consistía, le he dicho que sí. No pensaba que fuera a meterme en problemas.

—Tranquila, no estás en problemas. Solo necesito averiguar quién te lo ha entregado.

—Pues lo siento pero no lo sé. No era de por aquí o, al menos, yo no le había visto nunca y mis colegas tampoco. Además, me ha dicho algo así como que a él se lo había dado alguien más y que yo era la última de la cadena.

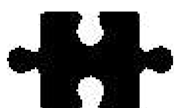
Andrew se quedó pensando. Desde luego, había sido un método enrevesado. Si aquello era cierto, el que había enviado el sobre se habría quedado en las proximidades comprobando que los chavales hacían lo que prometían.

—Está bien. ¿Y has visto a algún tipo raro hoy? ¿Os ha llamado la atención la presencia de alguien extraño en el parque o tal vez un coche?

No lo sé, puede ser cualquier cosa que os haya parecido anómala o fuera de lugar.

—Tú eres lo más raro que ha pasado por aquí hoy. Seguro que mis amigos se están ya mosqueando porque un tío adulto esté tanto tiempo hablando con una niña. Ya te he dicho que no sé nada. Si me dejas, voy a disfrutar un rato.

—La próxima vez que alguien te pida algo similar, más vale que te fijes bien en todos los detalles.



—La próxima vez que alguien me pida algo así le mando a la mierda —

finalizó Brook, echando su *skateboard* a tierra y saliendo hacia donde la esperaban un grupo de chicos y chicas.

Estaba como al principio, solo que ahora sabía que alguien se había tomado muchas molestias en cubrir su rastro. ¿Por qué hacerlo si no tienes realmente algo que esconder?

Todavía se quedó un rato por el parque. Estuvo caminando por allí, mirando en los alrededores e imaginando en qué lugares podría haberse apostado el desconocido para poder asegurarse que se cumplían sus órdenes. Era evidente que no le entregas a un chico dinero y le dices que reparta el resto con otros si no estás dispuesto a asegurarte que cumplen tu encargo, en lugar de tirar el sobre en la primera papelera que encuentren.

El parque era bastante amplio. Había vegetación por todas partes que podría servir para ocultarse. Además, en los alrededores había sitios libres para aparcar el coche y poder hacer el seguimiento desde ahí. Las opciones eran múltiples.

Andrew se dio cuenta de que no iba a sacar nada en claro de aquello.

Era hora de volver a comisaría y probar a investigar otras cosas. No obstante, alguien no se toma tantas molestias solo para gastar una

broma.

¿O tal vez sí? ¿Y qué podría perseguir con ello?

Capítulo 5

Novedades

“Quien sabe de dolor, todo lo sabe”

- Dante Alighieri

El detective Davis regresó a comisaría con las mismas, es decir, sin ninguna información nueva pero con una fuerte sensación de que algo gordo se estaba gestando. Tal vez fueran imaginaciones suyas o, en realidad, bien podía ser que a alguien le hubieran dado ganas de jugar con él enviando un vídeo de contenido macabro que no era más que una broma.

Alguien con mucho tiempo libre y ganas de fastidiar. Desde que había salido a la luz el caso de la Asesina de las Lágrimas, se había convertido en el objeto de todo tipo de atenciones, ninguna agradable en su opinión. Tal vez a otros les gustase ese protagonismo, pero no a él.

Sin embargo, una corazonada se había instalado firmemente en su pecho, una que raspaba e insistía en que prestase atención porque aquello que tenía delante de sus narices no era un juego, sino el posible inicio de una cadena de delitos que podría poner en jaque al Departamento de Policía de Vancouver. Desde que regresara de Banff, por suerte no habían tenido sobre la mesa casos demasiado complejos, sino delitos más bien rutinarios con unos altos porcentajes de resolución. Eso le había ayudado a recomponer su autoestima y a hacerle sentir que valía para su trabajo.

En cuanto regresó a su mesa, empezó a investigar por su cuenta en relación al alojamiento de vídeos en la web y el tiempo de vigencia de los códigos QR. Era más que probable que quien se lo hubiera enviado tuviera conocimientos avanzados relacionados con las tecnologías de la comunicación. Eso mismo había sugerido Dylan, por cierto. El informático no había logrado hallar ningún rastro dejado ni por el vídeo, ni por la web, ni por el código QR en el móvil de Andrew.

—¿Has averiguado algo? —le dijo una voz a su espalda, sobresaltándole.

Nada más verle regresar, Adrian Petrus, quien estaba hablando al teléfono cuando el detective entró en la comisaría después de su breve excursión al parque, le había estado observando. Le había dado la impresión de que Andrew estaba muy pensativo. En cuanto colgó, decidió acercarse

para comprobar si había podido enterarse de algo en relación al sobre que había recibido.

—Me ha asustado, jefe —le dijo, con la mano en el pecho denotando su sobresalto.

—Ya me he dado cuenta —dijo riéndose—. Lo siento, hombre. No pensaba que había venido con tanto sigilo. Entonces… —señaló invitándole a que continuara hablando.

—Nada. En realidad era una *skater* a la que otro chico algo mayor que ella le ha dado diez dólares para que trajera el sobre a la comisaría. Dinero fácil, ya sabe. A esa edad, todo te viene bien.

—¿Otro joven? —preguntó extrañado el comisario.

—Sí. Dice que no se ha fijado o no se ha querido fijar que, para el caso, es lo mismo. Pero el chico le ha dicho que a él le habían pagado para entregarle a otra persona el sobre y que esta fuera la que lo trajera hasta aquí. Está claro que alguien no quiere que sepamos quién es el remitente.

—¿Por qué no le has dicho a Samuel que te acompañara? Podríais haber ido juntos y preguntar al resto de los chicos. Seguro que podríais haber sacado algo más en claro.

—No hacía falta. Puedo hacerlo yo solo —respondió apretando las mandíbulas, gesto que no se le escapó a su superior.

—El tema no es que puedas o no, es que tienes un compañero con el que trabajas y tienes que contar con él. Esto ya lo hemos hablado.

—Lo sé. Pero no veo por qué motivo iba a necesitarle para esto. Al fin y al cabo, era un sobre enviado personalmente para mí. Ponía Andrew Davis, no detective Andrew Davis. No tengo que implicar a nadie en mis asuntos personales —respondió desafiante.

—Eres un cabezota y lo sabes. No escuchas ni aceptas consejos ni ayuda ni nada. Siempre a tu bola, joder —dijo esta vez Adrian enfadado—. Si no quisieras implicar a nadie en tus asuntos personales,

como tú mismo dices, no habrías acudido a Dylan. No vas a salirte con la tuya, Andrew. Como ya sabrás, Samuel me ha pedido que le asigne otro compañero porque, como ha pasado con el resto, no pueden trabajar contigo.

—No se imagina cuánto lo siento —aseveró con un deje de triunfalismo.

—Te has empeñado en ser insufrible y yo estoy teniendo mucha paciencia contigo, Davis —señaló esta vez el jefe con un gesto serio—.

Pero no me gusta que me vacilen y tú estás empezando a sobrepasar algunos límites.

—No necesitaría tener paciencia conmigo si me dejara trabajar solo. Le garantizo que me esforzaría al máximo y que le traería resultados seguro.

Puedo echar las horas que sean necesarias y no me quejaré. Creo que he demostrado en estos dos meses que puedo hacer bien mi trabajo.

—No te pases ni un pelo, Andrew. Te lo advierto. Esta semana se incorpora un detective y ya te aseguro que este no es como los demás compañeros que has tenido. Este no es de los que se va a rendir contigo. Te recomiendo que disfrutes de la experiencia.

Andrew le miró con gesto severo. Estaba claro que no le había sentado bien el último comentario de su jefe. Si él era tozudo, posiblemente Adrian Petrus lo fuera más.

—¿Por qué no investigas la pieza de puzle? Tal vez si averiguas el fabricante, puedas empezar a saber algo más —señaló, cambiando de tercio.

—Lo que necesito es encontrar a la mujer. Si su vida corre peligro, tenemos que averiguar dónde está para salvarla.

—Pues espero que tengas una forma creativa de hacerlo, porque con la información de la que disponemos, ya te digo que sería más fácil encontrar la famosa aguja en el pajar.

Capítulo 6

Consulta

“El tiempo no duerme los grandes dolores,

pero sí los adormece”

- George Sand

Tocaba consulta con el psicólogo. Cada día lo llevaba peor. Quizá se debiera a que seguía en fase de negación, con un pie ya en la del enfado crudo y desnudo que sentimos cuando nos han arrebatado a alguien de forma inesperada y cruel. Esos sentimientos aderezados con esas gotas de culpa densa y pesada, con una consistencia como de cemento, eran los que le hacían oponerse casi frontalmente a la terapia psicológica, a pesar de que sabía que era un requisito ineludible si quería seguir en activo.

Había contemplado en primera persona cómo degollaban a su compañera y la había sostenido en brazos mientras esta se desangraba sin remedio. Por mucho que él se empeñara en que no necesitaba ayuda y que tenía su forma de resolver las cosas, había un dolor fuertemente agarrado dentro de él que le hacía sentir todo de forma más intensa.

Andrew estaba desde entonces más irascible de lo normal. Su carácter amigable y alegre ahora era más taciturno y apagado, más gris en todos los sentidos. Sí era cierto que había tomado algunas decisiones que le habían hecho cambiar un poco el rumbo y ahora llevaba una vida más ordenada.

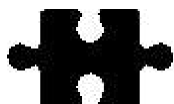
Volvía a implicarse más en su trabajo y a tomárselo en serio, demostrando que era un buen policía y no uno mediocre como se había empeñado en evidenciar desde que llegara a Vancouver.

Pero no era suficiente.

Porque el dolor no se supera dando un rodeo, sino afrontándolo de frente, mirándolo a los ojos con decisión, escuchando lo que nos tiene que decir, tomando las decisiones acertadas para mitigarlo hasta hacerlo desaparecer.

El dolor cuenta una historia a la que debemos atender.

Andrew había tomado por fin algunas decisiones acertadas, pero se había negado a reconocer lo que sentía. Maquillaba la realidad, la embellecía demostrándole al mundo y a sí mismo que era capaz de sacar la cabeza y no hundirse. No quería dejarse arrastrar, porque nuestras



emociones y sentimientos son capaces de convertirnos en sus marionetas cuando somos incapaces de ver que son ellos los que tienen el control.

Saludó sin ganas como hacía cada vez que acudía a su cita semanal. Su apatía era patente, casi tangible. Su rostro era una ventana abierta a su interior. Sus ojos, un reflejo claro de lo que pasaba por su cabeza. Su cuerpo gritaba que no quería estar allí.

Se sentó en el mismo lugar de siempre, una butaca de diseño de color negro y con embellecedores metálicos. Su psicólogo, Nathan Jansen, se había dado cuenta de que le estaba perdiendo. No había logrado esa conexión tan necesaria con su paciente para que este confiara en él y le permitiera ayudarle. Entrar en su cabeza. No se trataba solo de acompañarle mientras durase el proceso de duelo, del que tenía que ir atravesando las distintas fases. Se trataba, además, de ayudarle a superar el trauma de ver a su compañera morir y de que llegase a entender que él no era el responsable.

Y se trataba de asumir también que había matado a otro ser humano, de entender lo que eso implicaba y de enfrentarse a lo que aquello podía conllevar a nivel personal. Todas las heridas dejan cicatrices, aunque estas parezcan invisibles. Fueran cuales fueran los motivos por los que había apretado el gatillo, eso había dejado una marca en su espíritu, una huella indeleble que había transformado a la persona que era antes. Un rasguño que no estaba cerrando el camino de la sangre tal y como era debido.

—Buenos días, Andrew. Tienes buen aspecto —dijo para tratar de romper el hielo. Cada día probaba una fórmula nueva, más cercano, más serio, más afectuoso, más indiferente. Nada parecía funcionar. Pese a que al principio le pareció observar en él avances porque había logrado abrirse y sacar la rabia, últimamente había regresado a un hermetismo preocupante.

Se fijó en su expresión corporal. El gesto serio y sus puños apretados denotaban poca voluntad por cooperar. Rechazo frontal y genuino. Andrew miraba por la ventana como era habitual en él, dejando vagar su mente por un lugar muy lejos de esa habitación, aislándose de lo que sucedía alrededor, algo que se le daba muy bien.

Pero de pronto, percibió que algo cambió en su actitud. Nathan casi

pudo precisar el instante exacto en el que el rostro de Andrew se había relajado y había mudado completamente su expresión.

Quería algo de él.

—Gracias. Me encuentro bien.

—Me alegro. Tal vez puedas contarme…

—¿Cómo pueden recuperarse recuerdos escondidos? —preguntó interrumpiéndole—. Es decir, me refiero a cosas que no somos capaces de recordar pero que seguro que nuestro cerebro las ha procesado. Siento mucha curiosidad con ese tema. He pensado que quizá tú podrías saberlo, ya que eres un psicólogo con tantos años de experiencia.

—¿Hay algo que necesites recordar? —preguntó cauto.

—No, es solo mera curiosidad. He estado leyendo algunos artículos sobre ese tema. Me parece curioso que, aunque no lo parezca, seamos capaces de percibir más información de la que llega al plano consciente. Es decir, si no lo he entendido mal, es como si captáramos el iceberg completo aunque la mayor parte de él permanezca hundido en una parte profunda de nuestra memoria.

Le estaba mintiendo descaradamente. Nathan pensó que le había perdido hasta el más mínimo respeto si trataba de usarle de ese modo y tratarle como si no se enterase de lo que quería conseguir en realidad.

—Nuestro cerebro es algo asombroso. No tengo ningún inconveniente en hablar de todo esto contigo y contarte algunos trucos en otro momento, incluso tomándonos algo en una cafetería, si tú lo prefieres para que el ambiente sea más distendido. Pero no podemos desperdiciar el escaso tiempo que tenemos a la semana para vernos. Tenemos trabajo terapéutico que hacer, ya lo sabes.

—No creo que sea desperdiciarlo. Tal vez, si me cuentas esa información pueda recuperar incluso recuerdos de aquel día que me ayuden a conseguir mi alta por fin.

El psicólogo le miró durante unos segundos sin hablar. Estaba sopesando qué decir a continuación. Su paciente le estaba desafiando, era una obviedad. En su mirada se evidenciaba de forma transparente. Andrew tenía unos ojos que eran incapaces de esconder lo que pasaba dentro de él.

No estaba siendo sincero. No quería recuperar recuerdos de aquel día, estaba seguro de ello. Llevaba tiempo rehuyendo ese momento. Lo que él quería era avanzar a saltos y no paso a paso, que era el modo adecuado.

Llevaba ya varias sesiones empeñado en no hablar más de aquello.

Resoplaba, se removía en el asiento, miraba para otro lado y mostraba un lenguaje corporal hostil. ¿Por qué motivo de repente querría escarbar en sus recuerdos? Le estaba mintiendo descaradamente, además. Pues iba a darle de su propia medicina.

—Es decir, lo que quieres es recuperar recuerdos reprimidos por el trauma.

—Supongo —mintió el joven.

—Interesante —respondió, acariciando su barbilla con el dedo índice de su mano izquierda—. ¿Por qué ese cambio de actitud hoy? ¿A qué se debe?

¿Ha sucedido algo recientemente?

—No, nada. Todo sigue igual, ya sabes.

—Bien, te sugiero una cosa. Si quieres que escarbemos sobre ese trauma, puedo concertar una cita con un colega especialista en el tema y podemos llevar a cabo una sesión específica para ayudarte. Estaríamos él y yo contigo.

—No hace falta. Quiero hacerlo por mí mismo. Es decir, sería importante que fuera capaz de recordar de manera natural, ¿no? Si hay algo que pueda hacer yo solo, tal vez en la próxima sesión que tengamos podríamos avanzar mucho. Así aprovecharíamos realmente el tiempo de la consulta.

El terapeuta se quedó unos segundos en silencio. No podía tolerarle aquello. Sin embargo, con ese paciente en concreto debía andar con pies de plomo. Era un joven inteligente y despierto, pero tenía un toque de soberbia que parecía incapaz de ver. Creía que podía arreglarlo todo por sí mismo y hacer las cosas sin ayuda, cuando no era así. Nadie puede.

El ser humano es por naturaleza interdependiente.

—Andrew, ¿por qué haces esto?

—No sé a qué te refieres. Intento implicarme con mi tratamiento, que es lo que siempre me dices.

—Sé que me estás mintiendo. Es más, no tengo ni la menor duda al respecto. Llevamos ya un tiempo trabajando, y aunque al principio me pareció que avanzabas, te has vuelto a replegar sobre ti mismo. Te has puesto un escudo que todavía no soy capaz de franquear. ¿Hay algo que haya hecho mal? Si es así, si es algo que no podamos solucionar, tal vez puedo sugerir que te cambien de terapeuta, porque podemos estar

estancados en esta situación de forma indefinida. Firmé tu autorización para trabajar a cambio de cooperación por tu parte, pero no estás respondiendo.

—¿Qué? ¡Claro que estoy respondiendo! No falto a ninguna de las sesiones y siempre vengo puntual. No puedes decirme que no estoy cooperando. Yo a eso lo llamo cumplir.

—Pero no te implicas. Te sientas a mirar por la ventana y a esperar que el tiempo corra hasta que sea la hora de salir otra vez.

Andrew se quedó callado. Se estaba cabreando. No quería estar allí.

Estaba harto de esa supervisión por parte de todos, de ese tener que demostrar que estaba cuerdo, equilibrado y que era capaz de hacer su trabajo. Parecían no darse cuenta de que eso era precisamente lo que le tenía atascado en un paréntesis al que le falta el signo de cierre, porque no se lo dejaban escribir.

—No soy tu puta cobaya, Nathan —señaló con evidente enfado y un lenguaje tosco poco común en él. Su tono de voz se había endurecido varios tonos. Su expresión, también.

—¿Disculpa? No sé qué quieres decir —comentó extrañado.

—Lo que has oído. Dijiste que era tu proyecto y que me ibas a salvar.

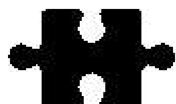
¿Qué significa eso? ¿Significa que vas a utilizarme para escribir un artículo científico en una revista de prestigio en la que cuentes cómo curaste al policía que mató a la Asesina de las Lágrimas?

Sin duda, había sido un comentario muy desafortunado. Al detective no le faltaba razón en ese aspecto concreto. Después de lo mediático que había sido aquel caso, tratarle podría darle material interesante que relanzara su carrera y se había dejado llevar por su ego.

—Lamento si te hice sentir mal con ese comentario. Y voy a serte totalmente sincero. Es cierto que pensé que trabajar contigo podría ser una buena oportunidad, pero por encima de todo me importas como paciente.

Puedes creerme o no, pero te estoy diciendo la verdad. Si has perdido la confianza en mí, insisto en que puede ser momento de solicitar un cambio de psicólogo.

Capítulo 7



Pistoletazo de salida

“No te rías nunca de las lágrimas de un niño.

Todos los dolores son iguales”.

- Charles Van Lerberghe

Andrew le daba vueltas a lo que había hablado con Jansen en la última sesión. Era cierto que, a raíz de aquel comentario, había perdido la fe en él y se había cerrado en banda otra vez. Sin embargo, esta vez le había parecido sincero. Quizá su preocupación por él fuese genuina. Se sentía confuso. No tenía claro si podía fiarse o no. Y tampoco sabía cómo podría averiguarlo.

Habían pasado varios días desde que le llegase aquel misterioso sobre, cuatro concretamente, y no había pasado nada. Había cobrado fuerza la teoría de que alguien solo quería gastarle una broma y llamar su atención.

Como si no tuviera bastante con lo que bregar.

No había encontrado nada relevante respecto a la pieza de puzle. Era de un cartón normal y corriente y no había nada que la hiciera singular. Bien podía ser parte de un troquelado o haber sido recortada expresamente para enviársela a él. Tampoco había nada relevante en la tinta de impresión del código QR sobre la pieza. Una impresora láser de las que puede hallarse en cualquier hogar hoy en día.

Respecto a las huellas del sobre, no habían encontrado más que una coincidencia con las suyas propias, otras con las de Sam, el agente de la entrada que había recogido el sobre y otros tres juegos diferentes, que bien podían ser de los chicos del parque, puesto que no estaban en la base de datos. La investigación se quedaba ahí. No había motivos para ir más allá sin ninguna prueba que la justificara.

Había otros asuntos que atender.

Aquel día llegó al Departamento de Policía de Vancouver un viejo conocido. Su aspecto no había cambiado demasiado. Era un hombre que no pasaba desapercibido. Pelo largo muy negro y una tez oscura. Sus ojos eran de mirada perspicaz, enmarcados por gruesas pestañas. Su perilla, un tanto descuidada, le ofrecía un aspecto casual, y a la vez, un tanto salvaje.

Nada más entrar por la puerta, Tom, que como era habitual estaba en la entrada, se sorprendió mucho de verle. Había congeniado muy bien con él, como la mayoría, salvo el jefe, con quien la relación había sobrepasado de largo el calificativo de tensa.

—Spencer Tracy de vuelta en nuestra comisaría, ¿a qué se debe esta visita? ¿Nos echabas de menos? —dijo al tiempo que se levantaba y se dirigía a él para darle un fuerte abrazo acompañado de las clásicas palmadas en la espalda.

—Mi buen amigo Tom, cada día estás más joven, y eso que hace ya años que decías que ya tenías edad para jubilarte.

—¡Pero serás zalamero! No cambias, ¿eh? Adulador hasta el final.

Bueno, ahora en serio. ¿Qué te trae por aquí? Supongo que pasabas por Vancouver y has venido a tocarle un poco las pelotas al jefe —comentó medio riéndose.

—No, para nada. No te lo vas a creer. Me ha llamado él para que vuelva.

Imagino que me echaba de menos. Se ve que los demás no le dais la vidilla que tenía cuando yo estaba por aquí. Soy como la salsa en una receta de cocina.

Tom empezó a carcajearse, con una risa tan honda que hasta se dobló agarrándose la barriga, la cual ya era peligrosamente prominente. Spence, como así le llamaban sus allegados, no pudo hacer otra cosa que acompañarle.

—Claro, claro. Y después te ha pedido que te cases con su hija —dijo, sin parar de reír.

Spencer le miró esperando a que parase, esta vez ya sin reírse. Entonces, Tom con lágrimas todavía en los ojos de la risa, se puso serio. ¿No era una broma? Increíble.

—¿El jefe te ha pedido que vuelvas? ¿En serio? —preguntó, mudando su expresión a la de una franca sorpresa.

—Totalmente. Al parecer tenéis un detective todavía más insufrible que yo. Y yo que pensaba que eso sería imposible… No puedo tolerar que

alguien me sustituya en ese honorable puesto. He vuelto a reclamar lo

que es mío.

—¡Bah! Te refieres a Andrew, supongo. Pero no es insufrible, ¡qué va!

Es un tío majo, un joven encantador de hecho. Lo que pasa es que prefiere ir a su bola. No sé si te enteraste de lo que pasó con Sharon —comentó en tono de confidencia.

—Sí. Una tragedia. Ha tenido que ser terrible para todos. ¿Quién no quería a Sharon aquí? Eso era imposible. No había nadie como ella —

contestó con sincera afectación.

—Sí, ha sido muy duro. Mira que tenía un carácter que nos ponía a todos rectos como una vela en un momento, pero era imposible no quererla.

Andrew estaba con ella cuando pasó. Llevaban un año y medio como compañeros. El chico le había cogido mucho cariño. Estaba roto de dolor cuando volvió de Banff.

—Me lo puedo imaginar. Y sí, seguí lo sucedido. Debió ser algo terrible.

Ver morir a un compañero es difícil de superar.

—No lo dudes.

—Siento curiosidad por conocerle. Pero bueno, creo que al final terminaré empachado de él, porque el jefe quiere que seamos uña y carne y no nos separemos salvo para mear.

Tom se quedó de piedra al escucharlo.

—¿Has vuelto por eso? Creía que estabas bien en Calgary.

—Sí, lo estaba. Pero me gusta más esto. Echaba de menos el mar.

Además, rompí hace poco con una chica y prefería poner distancia —dijo guiñándole un ojo—. No acabamos de la mejor manera. Digamos que me ha venido hasta bien, así que hice las maletas enseguida, puesto que el papeleo lo arreglaron a la velocidad de la luz. Una suerte para mí.

—Hay cosas que nunca cambian —respondió riéndose—. Me parece entonces que el jefe no sabe lo que ha hecho, porque el detective Davis tiene fama de mujeriego. Vosotros dos juntos… no sé yo.

—Esto acaba de ponerse más interesante, entonces —señaló con un divertido movimiento de cejas—. Bueno, no te entretengo más. Voy a ver a Petrus. A ver si conseguimos no discutir nada más vernos. Cogeré el desfibrilador por el camino, no vaya a ser que le dé un ataque al corazón en cuanto me vea.

Tom volvió a reírse. Spencer Tracy siempre había tenido facilidad para arrancarle una sonrisa al viejo policía.

—Estaré atento por si necesitas refuerzos.

—Tom siempre posicionándose del lado de los buenos.

Spencer se dirigió hacia el despacho de Adrian Petrus. Muchos le pararon por el camino para saludarle. A pesar de sus faltas de disciplina por todos conocidas, era un detective muy apreciado en aquella oficina y difícil de olvidar. Además, todos conocían su instinto como investigador. Lo malo era que sus métodos, a veces, ocasionaban ciertas dificultades con el fiscal por pasar por alto ciertos procedimientos que se consideraban insoslayables.

Cuando por fin llegó a la altura del despacho del jefe, este le vio a través del cristal. Por un segundo, consideró si no había cometido la mayor estupidez de su carrera trayéndole de vuelta. ¿Se arrepentiría de aquello?

Posiblemente más pronto que tarde, pero ya no podía echarse atrás. Spencer enseguida se percató de lo que decía la expresión de su cara y sonrió malévolamente. Estaba claro que no se iban a aburrir.

Llamó a la puerta con los nudillos, pero se adentró en el despacho sin esperar a que le invitara a pasar.

—Pues aquí me tienes. Y tengo la sensación de que ya has empezado a arrepentirte. Igual te conviene ir al médico a hacerte un chequeo para asegurarte de que tu corazón está fuerte para soportarme.

Dicho lo cual, se sentó repantingado en una de las butacas que había delante del escritorio del jefe de policía, las manos cruzadas en la nuca y el pie derecho sobre la rodilla izquierda, como si fuera el salón de su casa.

No había cambiado demasiado. Tal vez llevara el pelo algo más corto, pero seguía guardando un parecido notable con Jason Momoa, el conocido actor de Juego de Tronos.

—Empecemos la fiesta como es debido, Spence, te lo pido por favor.

—Muy desesperado tienes que estar con el tal Davis si me has traído para que le meta en vereda.

—Prefiero obviar el comentario. ¿Qué tal te ha ido estos años? —

preguntó tratando de rebajar el tono de la conversación antes de que subiera de forma exponencial sin que apenas se dieran cuenta.

—No me ha ido mal. Me adapté con facilidad. Allí han sabido valorar mis habilidades —señaló con suspicacia.

—Aquí también las valorábamos. Lo que pasa, es que nos metías en ciertos problemas.

—¡Buah! Menudencias.



El jefe Petrus respiró hondo. Era un hombre al que le parecía muy acertado el dicho popular “lo bien hecho, bien parece”, ya que le gustaba ceñirse a las normas. Mejor no innovar con esas cosas, porque al final acabas metido en problemas. Esa era su filosofía, la cual distaba bastante de la de Spencer Tracy.

—Te acompaño a conocer a Davis.

—No hace falta. Déjame que le dé la sorpresa yo mismo. Será divertido

—concluyó guiñándole un ojo al tiempo que se levantaba.

Adrian Petrus se repetía internamente que había solicitado el traslado de aquel detective bastante peculiar porque estaba seguro de que, para bien o para mal, arrancaría a Davis de esa pausa en la que parecía haberse quedado. Se repetía como un mantra una y otra vez que lo hacía porque era necesario, porque después de tenerle en su oficina durante tan solo unos minutos había recordado con claridad por qué motivo lo había enviado a casi mil kilómetros de distancia.

Empezó a rezar todo lo que sabía para que aquello no terminara por explotarle en la cara. Si habían tenido algún momento de paz en aquellas dependencias policiales, desde luego se había terminado.

Con unas breves indicaciones, Spencer distinguió al joven detective que iba a convertirse en su compañero de ahí en adelante, y se dirigió hacia su mesa. Se fijó en él según avanzaba. Parecía estar muy concentrado en algo que había en la pantalla de su ordenador.

—Tú debes ser Andrew Davis —dijo al llegar a su altura.

Este levantó la mirada hacia él, el cual se había acomodado de pronto en su mesa, apoyado en ella como si se conocieran de toda la vida y arrugándole unos folios que había dejado ahí mismo. A Andrew aquel gesto de exceso de confianza le desconcertó. Le miró con expresión de desagrado.

—¿Y tú eres?

—Spencer Tracy, tu nuevo compañero —respondió tendiéndole la mano

—. Pero puedes llamarme Spence, que es como suelen hacerlo mis colegas.

El detective Davis le miró con desconfianza. No conocía a ese tipo de nada. Ese aspecto de *cowboy* recalcitrante con una hebilla en el cinturón del

tamaño del lago Peyto y aquellas botas de punta le resultaron chocantes.

Parecía un tipo salido de un cómic de los setenta.

—Yo trabajo solo. Creo que te han engañado.

Entonces este se empezó a reír de forma notoria, dejando a Andrew estupefacto. Spencer Tracy parecía ser un hombre dado a los excesos en todos los ámbitos de su vida.

—No le veo la gracia —dijo serio el detective rubio.

—Claro que sí, mi joven amigo. La tiene y mucha. Digamos que tú trabajas solo y yo también y, mientras tanto, hacemos como que trabajamos juntos. ¿Qué te parece esa solución?

Andrew le miró sopesando lo que acababa de decir. No le hacía gracia tener allí a ese tipo. Tenía la sensación de que no se iba a llevar bien con él.

Decidió desviar la conversación.

—¿Te llamas Spencer Tracy como el actor de los cincuenta?

—El mismo. Soy un tipo muy hollywoodiense y muy carismático también. Solo tienes que mirarme —dijo retirándose el pelo con las manos de manera exagerada, levantándose y dándose una vuelta para que le viera bien—. Supongo que por eso me han puesto contigo. Dos estrellas rutilantes para combatir el mal.

—Yo no soy ninguna estrella.

—¡Claro que sí! Eres como una estrella de rock. Una loca enamorada de ti ha estado asesinando por tus lágrimas. Eso te convierte en una súper estrella. Cualquiera querría trabajar contigo. A mí me dan ganas hasta de pedirte que tengamos un hijo juntos.

—No tiene gracia —respondió apretando las mandíbulas. Aquella referencia tan frívola le supo a cuerno quemado.

—No digo que la tenga, chaval. Digo que eso solo le sucede a las súper estrellas. Eres un tipo guapo, no te lo voy a negar. Seguro que vamos a ligar mucho juntos, además. Uno rubio y otro moreno. Somos el contrapunto perfecto.

Andrew notaba que estaba empezando a enfadarse por momentos. ¿De dónde había salido aquel tipo? Si a alguien se le había ocurrido que aquello tenía la mínima gracia, desde luego no sabía nada acerca del sentido del humor.

—Creo que no vamos a llevarnos bien. Será mejor que vaya a hablar con Petrus antes de que sea demasiado tarde.

—No te molestes, rubito. Ha sido idea suya —respondió mientras se metía un mondadientes en la boca que había sacado de a saber dónde y lo mordisqueaba, con un gesto que realmente recordaba a un actor de las películas de los años cincuenta.

—¿Cómo dices? —preguntó abriendo los ojos y alzando las cejas.

—Lo que has oído. Me ha traído directamente desde Calgary para que sea tu compañero y te aseguro que no tengo intención de irme. Después de haber sido desterrado del reino, mi intención es quedarme, te lo aseguro.

Así que, mi querido Andrew, mejor será que nos llevemos bien —finalizó acercándose mucho a él.

Andrew recordó en ese momento que el jefe Petrus le había comentado unos días antes algo referente a que iba a incorporarse un detective y que le sería asignado como compañero. Ahora entendía lo que quería transmitirle.

Estaba poniéndole a prueba.

De pronto, se oyó revuelo de fondo y ambos se giraron a ver qué pasaba.

Tenía pinta de que acababa de entrar algún aviso importante.

Enseguida les informarían del hallazgo del cadáver de una mujer en Stanley Park con evidentes signos de violencia en el cuerpo.

Capítulo 8

Intuición

“Dios susurra y habla a la conciencia a través

del placer pero le grita mediante el dolor:

el dolor es su megáfono para

despertar a un mundo adormecido”.

- *Clive Staples Lewis*

Andrew y su nuevo compañero se dirigieron hacia uno de los vehículos policiales. En total, salieron hacia el escenario cinco patrullas, aunque había algún coche que estaba más cerca y que ya se había dirigido a la escena del crimen para hacer las labores preliminares de demarcación y protección. El jefe se encargó de dar el aviso a los de la científica. El forense ya se encontraba también de camino.

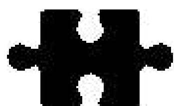
Al parecer, un hombre había encontrado el cadáver entre los frondosos árboles de una de las áreas internas del parque cuando estaba dando un paseo con su perro. La ubicación se hallaba cerca de los *Totem Poles,* un lugar de interés turístico en el que se encuentran nueve tótems procedentes de remotas áreas de la Columbia Británica.

El aviso acababa de entrar y todo se puso en marcha con celeridad. Le habían pedido al hombre que esperase en la escena resguardando el cuerpo hasta que llegase la primera patrulla, la cual no tardaría en arribar hasta allí, calculaban que tal vez en un par de minutos, puesto

que estaban patrullando por la famosa *Davie Street*.

En el semblante de Andrew se observaba un evidente cabreo. Le habían acoplado a aquel tipo extraño como compañero y no lo conocía de nada en absoluto. Tendría que investigarle y averiguar cosas sobre él. Estaba absolutamente empeñado en trabajar sin más compañía que la de sus pensamientos y la radio del coche. No entendía por qué nadie más era capaz de comprender lo que pedía. Tenía sus razones y a él le parecían de peso.

—Bueno, más vale que tengas muy claro que siempre conduzco, salvo que esté herido de muerte y tengas que llevarme a urgencias —le dijo Tracy, quien había estado espabilado para coger las llaves del coche antes de que a Andrew le diera tiempo a reaccionar.



—No me parece bien. Creo que esto hay que debatirlo. Podemos conducir una vez cada uno.

—Ja, ja. No. Ni de coña. Así que sube al coche, cara bonita, si no quieres llevarte un azote.

—No me hables así, ¿vale? Se supone que soy tu compañero, como tú mismo has dicho, y tienes que tratarme con más respeto.

—Por supuesto, su señoría. Trataré de no olvidarlo. De ahora en adelante, te haré una reverencia si lo deseas, pero ahora sube al coche —

respondió, mientras se dirigía a la puerta del conductor. Abrió la puerta y se quedó observando la cara de malas pulgas de su colega. Se iba a divertir de lo lindo con esa tierna gacela.

Una vez arrancó el motor, puso la sirena y las luces y se dirigieron a toda velocidad a la ubicación que les habían facilitado.

Cuando llegaron hasta las inmediaciones de Stanley Park, aparcaron en la zona más próxima a la ubicación del cadáver en la que podían dejar los coches. Debido a que el parque tenía muchas zonas boscosas, no era fácil adentrarse con los vehículos, salvo tomando el camino forestal por el que solo circulaban los autorizados, como era su caso. Además, había que priorizar las patrullas que habían llegado primero y abrir el paso para los sanitarios si fuera necesario.

Bajaron del coche y les sorprendió la quietud del mar que se apreciaba desde su posición. Era un mar de plata que reflejaba un cielo sereno del que el sol había huido. Las olas morían en la orilla con un leve y, a la vez, hipnótico arrullo. Parecía una contradicción que ese lugar que recordaba un remanso de paz, pudiera ser el escenario de trágicos horrores como el de un asesinato. Se dispusieron a adentrarse en la maraña que formaban las copas de los árboles sin perder más tiempo. Había mucho trabajo por hacer.

—Es la mujer del vídeo. Estoy seguro —dijo de pronto Andrew cuando iban caminando y aún no habían llegado al área resguardada tras la cinta amarilla.

Llevaba pensándolo desde que llegó el aviso a la comisaría, pero no se había atrevido a decirlo en voz alta. Pensarían que estaba obsesionado con aquello. No había parado de darle vueltas a aquella grabación que nada más

había podido ver él. Había estado investigando todo en relación a lo que había recibido: qué papelera había fabricado aquel sobre y aquella cartulina con forma de puzle, el tipo de tinta con el que se había imprimido el código, qué páginas webs o aplicaciones permitían diseñar códigos de respuesta rápida, que era precisamente lo que significaba la abreviatura QRC (*Quick Response Code*). Por supuesto, insistir más con el análisis de las huellas y su comparación así como con la búsqueda de otros restos en el sobre, no había servido de nada, puesto que el laboratorio había dejado claro que no se malgastaban sus recursos por una mera corazonada.

—¿Qué dices? —le preguntó Spencer sin entender a qué se refería.

—Hace unos días recibí un sobre con una pieza de puzle. Tenía serigrafiado un código QR en una de sus caras. Lo escaneé con mi móvil y me llevó hasta un vídeo en el que aparecía una mujer atada y amordazada.

Estoy seguro de que es la que hay en la escena del crimen. Y no hemos hecho nada para impedirlo —señaló desvelando una evidente frustración.

—Oye, oye, para el carro. Me estás contando cosas que no entiendo. Si te parece, vamos a la escena, analizamos todo lo que haya y luego me cuentas tu teoría y ese desvarío de que no habéis hecho nada por impedirlo,

¿entendido? Estoy seguro que, de haber podido, habríais puesto todos

los medios.

Andrew asintió. Tenía razón. No era el momento.

Se acercaron hasta el lugar en el que estaba el cadáver. Iban debidamente protegidos con los equipos oportunos para no contaminar la escena, en la medida de lo posible. Los diferentes agentes que habían acudido, estaban asumiendo cada uno diferentes tareas de organización siguiendo las órdenes del jefe Petrus, quien también se había desplazado hasta allí. Ya estaban preparando una carpa portátil que sirviera como centro de operaciones donde pudieran disponerse los distintos indicios que fueran recogiendo en los maletines para su posterior traslado y análisis. Era una forma más de prevenir los posibles cambios metereológicos de la época y adelantarse a la posibilidad de que lloviera.

—¡Vaya! Pero mira a quién tenemos aquí, nada más y nada menos que mi forense favorita —exclamó Spencer con sincera alegría.

Ella levantó la mirada del cadáver. Por la forma en la que abrió los ojos, estaba claro que acababa de llevarse una sorpresa de las buenas. No era la única, desde luego.

—¿Spence? —preguntó todavía con incredulidad, como si le estuvieran engañando sus ojos.

No daba crédito. Lo último que había oído es que el jefe le había dado la patada y lo había mandado muy lejos de Vancouver. Calgary, una elección para otros, había supuesto el destierro para el polémico detective. Y ahora lo tenía ahí delante.

—El que viste y calza.

—No me lo puedo creer. Te daría un abrazo, pero tengo entre manos algo que requiere mi total atención. No es plan de contaminar las pruebas por transferencia o vete tú a saber lo que pudiera pasar.

—Tranquila. Me hago cargo. Y ya me cobraré ese abrazo. No creas que te vas a librar. Ya sabes que soy muy cariñoso.

—¡Mira que eres! No has cambiado nada, ¿eh? —sonrió divertida por el comentario pícaro que escondía segundas intenciones—. Más vale que luego me cuentes todo bien detallado con una cerveza. Invitas tú, por supuesto.

—Cuando quieras —respondió Spence poniendo su mejor sonrisa.

—¿Qué tenemos, Sheila? —preguntó Andrew, quien estaba impaciente porque todavía no había visto el rostro de la mujer, ya que estaba vuelto hacia la forense en una posición que lo mantenía semi oculto.

—No puedo deciros demasiado porque acabo de llegar como vosotros.

Puede que lleve aquí apenas cinco o diez minutos más, como mucho.

Spencer entonces se arrodilló junto al cadáver. Empezó a observar con detenimiento todo lo que había a la vista, así como la tierra en la que estaba posada. Sin tocar el cuerpo, pasó sus ojos casi por cada rincón, como si fuera un escáner que tratase de recoger una impresión idéntica de lo que veía en cada barrido.

De pronto, empezó a olisquear a la víctima, gesto que a Andrew le extrañó. No había visto eso con demasiada frecuencia. En realidad, no se lo había visto hacer a nadie hasta el momento.

—Huele a almendras amargas —sentenció el recién llegado.

Andrew le miró desconcertado. Había leído en más de una ocasión que no todo el mundo es capaz de percibir el olor a almendras amargas que desprende el cianuro. Parecía evidente que su compañero era uno de esos que contaba con esa curiosa habilidad.

—Yo no lo había notado —respondió la forense.

Aquello no casaba con la violencia que el detective Davis creía recordar haber visto en el vídeo. Además, habían dicho en el aviso que el cuerpo tenía signos de haber sido sometido a actos violentos. Estaba convencido que encontrarían a un cadáver que habría sufrido una inusitada agresividad.

El envenenamiento en ese caso le resultaba desconcertante, aunque sin duda fuera una forma muy dolorosa y angustiosa de morir. Tal vez se había dejado llevar por suposiciones previas y por sus prejuicios. Su mente podría haberle jugado una mala pasada, reconstruyendo cosas del vídeo que en realidad no estaban ahí. Tendría que ser más objetivo a partir de ese instante.

—¿Estás insinuando que ha sido envenenada con cianuro? —preguntó el detective Davis con curiosidad.

—No insinúo nada, pero no niego que sea una posibilidad. Por lo poco que he podido percibir desde esta posición, me ha parecido además que tenía los labios azules. Pero no seré yo quien dictamine la causa

de la muerte, obviamente, cuando contamos con una preciosa y experta forense que nos lo va a decir muy pronto.

—¡Qué pelota eres, Spence! —respondió Sheila Martins con una sonrisa

—. No has cambiado nada en estos años. Zalamero hasta el final.

—No sé si el gran jefe estará de acuerdo con esa forma de describirme.

Seguro que a él se le ocurre una definición menos almibarada.

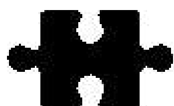
Ella se rio. Sin duda, la impresión de Adrian Petrus seguramente sería distinta. Eso no lo dudaba nadie en el departamento de policía de la ciudad.

—No me descentres, ¿vale? Sobre lo que estabas diciendo, bueno, es una posibilidad, pero es pronto para asegurarlo. El olor podría ser por una intoxicación, pero no necesariamente tiene que ser la causa directa de la muerte. No obstante, tienes razón en que los labios están azules, señal inequívoca de cianosis.

—Necesito ver su rostro —solicitó Andrew con impaciencia.

—Sin problema. Ya hemos estado tomando las fotos de la posición del cadáver justo antes de que llegarais. Es lo primero que hemos llevado a cabo al igual que alguno de vuestros compañeros, de hecho. En principio, no hay inconveniente en moverla, salvo que queráis analizar algo en concreto primero.

—Déjame que haga unas pocas tomas más de todos modos —dijo Spencer, quien quería hacer unas fotografías determinadas que no sabía si habrían capturado. Le gustaba tener material para analizar el caso por su



cuenta cuando de noche, por ejemplo, le venían a la cabeza ideas relacionadas con una investigación justo antes de irse a dormir.

—En cualquier caso, estoy segura de que la cara no es lo que os va a resultar más interesante en este caso en concreto —señaló críptica, mientras movía el rostro de la víctima para que pudieran contemplarla una vez que el detective Tracy terminó de tomar las imágenes que

quería.

Andrew la miró con detenimiento. Rebuscó en su memoria, en esos recuerdos rotos, inconclusos y deformados que se habían grabado en su cerebro.

—Es ella. Es la mujer del vídeo —afirmó con convencimiento, y a la vez, con claro disgusto.

—¿Te refieres a lo que me has contado antes? —le preguntó su nuevo compañero para asegurarse de que le había entendido bien.

—Sí, así es. Tenemos que hablar con Petrus. ¡Mierda! ¡Es ella! Sabía que era real, que no era ningún tipo de montaje. Podríamos haberla encontrado. Y ahora está muerta, ¡joder!

—Oye, para un momento. Esto no es culpa tuya ni de nadie aquí, ¿eh?

—le dijo, viendo la reacción que había tenido y su expresión facial.

—En el vídeo decía "*¿ Qué nos dice su dolor? Aún estás a tiempo de salvarla. Solo necesitas prestar atención*". Tal vez si lo hubiera hecho, si hubiera prestado más atención, no estaríamos aquí y esta mujer seguiría con vida.

Spencer vio entonces con claridad por qué motivos le había llevado Petrus hasta allí. Ese joven tenía mucha ira contenida y un excesivo sentimiento de responsabilidad. No parecía darse cuenta de que el mundo seguiría girando, hiciera lo que hiciera.

Le había endosado un buen marrón, en palabras llanas.

Lo bueno era que a él le gustaban los retos.

Y estaba seguro de que ese era de los buenos.

—Ahora entiendo esto —dijo la forense, al tiempo que les mostraba un trozo de piel de la víctima en la que estaba grabada la palabra DOLOR.

AVERIGUA MÁS EN…

https://arielzorion.com/la-biografia-del-dolor/pista-1-stanley-park/



Capítulo 9

Qué nos dice su dolor

"Toda ciencia viene del dolor.

El dolor busca siempre la causa de las cosas,

mientras que el bienestar se inclina a estar quieto

y a no volver la mirada atrás".

- *Stefan Zweig*

Ambos detectives se quedaron estupefactos. Habían escrito la palabra a punta de cuchillo en su abdomen. Las letras eran mayúsculas y ocupaban la mayor parte de la piel. La buena noticia, si es que se podía considerar como tal algo en aquellas circunstancias, era que la forense aseguraba que la palabra se había escrito *post mortem*. No había evidencia de que hubiera sangrado, puesto que una vez que el corazón se para, deja de bombear sangre. No obstante, eso lo podrían conocer con una mayor grado de certeza en cuanto la abrieran para su examen completo en el anatómico forense, donde comprobarían si había resultado de una hemorragia que se hubiera filtrado por los tejidos.

Al menos, la víctima parecía haberse librado de esa parte de la tortura, puesto que el dolor habría sido insoportable. Por lo tanto, no era descabellado pensar que bien podría ser que ese mensaje no fuera para la fallecida, sino para el Departamento de Policía de Vancouver. ¿Qué quería decir la palabra dolor en esa parte de la anatomía de la víctima? ¿Qué mensaje intentaba transmitir?

La forense continuó hablando.

—Tendréis que esperar a mi informe, aunque sí puedo adelantaros que, debido a que el *rigor mortis* ha desaparecido, la víctima lleva al menos treinta y seis horas muerta —les adelantó, instándoles por lo demás a que la dejasen trabajar. Ya dispondrían del informe completo a partir del día siguiente, si todo iba bien.

Los detectives se acercaron donde estaba el jefe Petrus a contarle las novedades respecto al cadáver. Ya se habían recogido un buen número de rastros. Pisadas entre otras cosas, de las que habían podido sacar un molde bastante preciso. Las señales de arrastre ya daban una dirección probable

por la cual había llevado al cadáver hasta allí. Eso tal vez sirviese para localizar algo sospechoso gracias a las cámaras de tráfico.

—Os he visto hablar con Martins. Yo no he podido acercarme todavía.

¿Qué os ha dicho? Dudo mucho que tenga ya alguna conclusión.

—Poca cosa de momento, como es habitual en estos casos. Lo más reseñable es que lleva al menos treinta y seis horas fallecida y tenía escrita la palabra dolor en mayúsculas en su cuerpo —respondió Andrew.

—¿La palabra dolor? ¿Qué coño significa eso?

—De momento no tenemos la menor idea al respecto. Solo podemos añadir que la han escrito a punta de cuchillo, aunque la buena noticia es que se trata de una herida realizada *post mortem* — comentó el detective Tracy para complementar lo dicho ya por su nuevo compañero.

—Spence ha detectado cierto olor a almendras amargas, así que cabe la posibilidad de que fuera envenenada. En todo caso, como es habitual, habrá que esperar al informe de la forense.

—¿Habéis apreciado marcas de ligaduras, laceraciones, moratones, contusiones y demás? ¿Alguna señal más de violencia? —preguntó para tratar de dilucidar si creían factible que hubiese sido retenida antes de ese probable envenenamiento.

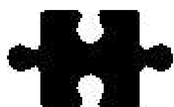
—Jefe, es la mujer del vídeo —se adelantó a señalar Andrew, sin responder en primera instancia a su pregunta. Sus ojos tenían una expresión que al jefe le pareció extraña, entre la preocupación, la culpabilidad y la rendición. Fue tan solo algo momentáneo, pero claramente apreciable—. Y

sí, hay marcas de ligaduras y tiene en la cara señales que hacen pensar que fue amordazada. Teníamos que haber hecho algo más. Le dije que aquello no era una broma. Mi intuición era acertada, pero nadie parecía querer escucharme.

—No empieces, Davis. No teníamos nada de lo que tirar. Tú mismo has estado buscando información y hablaste con los de rastros y no había nada útil ni en el sobre ni en el puzle. ¿Qué podíamos hacer?

—Pero si hubiera asignado hombres al caso…

—¿A qué caso? ¿Al de un vídeo inexistente del que no recordabas gran cosa? ¿En serio me estás diciendo que crees que teníamos material para abrir una investigación seria con los fondos del estado? ¿Cómo te parece que podría haberlo justificado? Dime, ¿cuántas mierdas te han enviado en las últimas semanas, Andrew? Porque con todo lo que has recibido últimamente, podríamos fundar una brigada solo para tus cosas.



La cara del detective se transformó. Había recibido todo tipo de objetos, no siempre amables. No habían faltado, por ejemplo, botes de lágrimas en relación al caso que llevó en Banff. Fotografías, montajes macabros y distintas cosas también por el mail, algunas de las cuales parecían hacer referencia a algún tipo de delito. Algunos de ellos habían recibido la oportuna amonestación, pero sin más consecuencias. Y también le llegaron muchas otras en las que le mostraban admiración y le hacían diferentes proposiciones. El hecho de que hubiera salido su nombre y su imagen en los medios de comunicación del país, no había ayudado precisamente. Era como si el caso de las lágrimas nunca estuviera cerrado del todo.

—Lo siento, Andrew. Me he pasado. No quiero que pienses que te echo la culpa o algo por el estilo, ¿vale? —le dijo poniéndole la mano en el hombro, arrepentido por lo que acababa de decirle—. Tenías una corazonada, y no te voy a engañar, yo también, como le dije a Spence cuando le llamé. Pero con una corazonada no podemos iniciar una investigación cuando pasan cosas reales que hay que atender. Espero que lo entiendas.

Andrew asintió serio. Lo entendía pero no lo compartía.

—Ahora sí que tenemos un caso. Utilizaremos todos los recursos

necesarios para resolverlo cuanto antes y poner al responsable en manos de la justicia —concluyó el jefe.

La noche caía a plomo sobre Stanley Park, aquel bello enjambre de espléndida vegetación, un auténtico tributo a la grandiosidad de la naturaleza. La temperatura había descendido unos cuantos grados y cada vez resultaba más desapacible continuar allí, donde además la humedad era mayor por la proximidad del mar.

Después de varias horas de trabajo en la escena del crimen y de catalogar las pruebas, así como de interrogar al hombre que había encontrado el cadáver, iba siendo hora de regresar a comisaría. Redactarían un informe y pondrían fin a esa tensa y larga jornada.

Todo apuntaba a que esa zona de Stanley Park no había sido más que un escenario secundario, lo cual cobraba más sentido si Andrew tenía razón y la mujer era la misma que la de la grabación, aunque no tenían pruebas

fehacientes de ello. Por otro lado, que la víctima llevase muerta más de treinta y seis horas también hacía poco probable que la hubieran matado en el famoso parque de la ciudad canadiense, pues a pesar de que es una amplia extensión de terreno, también es cierto que suele estar bastante concurrido.

Tanto a los habitantes de Vancouver como a los turistas, les encanta pasear por allí. Es un lugar ideal tanto para hacer deporte, como para sacar de paseo a las mascotas. El hecho de que contenga un jardín botánico, algún restaurante de moda y otros reclamos culturales y lúdicos, hacen que sea casi imposible abstraerse de sus innegables atractivos.

Habían encontrado algunas marcas de arrastre, pero no había señales de lucha ni rastros de sangre, lo que corroboraba la teoría del escenario secundario. Todo aquello era indicativo de que habían trasladado el cuerpo.

Habría que esperar el informe de la forense para tener las conclusiones definitivas. Mientras tanto, tratarían de encontrar la ruta de acceso que había encontrado el asesino para llevar hasta allí el cuerpo. Sin duda, por lo que habían observado en el cadáver, quería mandar un mensaje escribiendo la palabra dolor en la víctima. Pero, ¿cuál? Y más importante, si cabe, ¿a quién y para qué?

Andrew subió de mala gana al coche. Estaba enfadado consigo mismo por no haber sido capaz de haber detectado algo más. Se sentía

estúpido y pensaba que el asesino jugaba con él, aunque quizá estaba personalizando demasiado. Lo más probable era que le hubiera enviado el vídeo a él como un reclamo para que le prestasen atención. No podía ni quería imaginar lo que sería enfrentarse otra vez a un criminal que buscaba su implicación personal, arrastrándole por un lodo de dolor y daño.

Spencer arrancó el motor y empezó a manipular el dial de la radio, buscando una emisora de clásicos. Andrew parecía seguir ensimismado en sus pensamientos, regurgitando una y otra vez sentimientos improductivos.

De pronto Tracy distinguió los acordes de una canción que le gustaba y le traía buenos recuerdos. Crowded House y su *Don't dream it's over* se escuchaba por los altavoces.

—¡Diooooos! ¡Me flipa esta canción! —aulló, subiendo ostensiblemente el volumen de la emisora.

Andrew salió de su letargo de repente. Le parecía inconcebible la capacidad que tenía aquel tipo de desconectar de los horrores que acababan de presenciar. Lo curioso y contradictorio era que no recordara que él

mismo habría hecho lo mismo unos meses atrás: hacer como que todo le resbalaba, desconectar de realidades traumáticas, hacerse el indolente.

¿Escondía algo Spence también que le hacía comportarse así? Lo dudaba.

En su caso, parecía realmente genuino. No dejaba de ser una actitud inteligente la de compartimentar la vida y dejar que ciertos horrores no se infiltrasen en lo cotidiano, tiñéndolo con el color de la desolación.

—¿Te importa ponerlo más bajo? Estamos trabajando, por si no lo recuerdas —espetó de mal humor. Necesitaba descargar su rabia en alguien.

Tal vez conseguir que el otro se sintiera igualmente frustrado fuera una forma de consuelo.

—Joder, rubiales. Eres un muermazo. Y eso que había oído que eras un tío alegre y divertido. Pensaba que me había tocado la lotería contigo, pero ya veo que no.

Tenía razón y lo sabía. Seguía gustándole salir y divertirse con sus colegas, seguía queriendo ser el tipo animado y alegre de siempre, pero se había vuelto demasiado serio para su forma de ser. Debía encontrar en algún momento el punto de equilibrio. Debía reencontrarse consigo mismo y averiguar quién era realmente.

Aquello que le dijo le hizo reflexionar. Llevaba ya demasiado tiempo de un luto emocional riguroso. Era hora de empezar a soltar amarras y aceptar la nueva situación. No iba a poder cambiar el pasado, no iba a devolverle la vida a su compañera, pero sí estaba en su mano definir su presente y delinear su futuro.

Andrew no se daba cuenta de que Spencer Tracy, en ese suspiro de tiempo en el que habían coincidido hasta el momento, había logrado algo impensable hacía poco tiempo: le ayudaba a olvidarse del dolor aplastante que había invadido su vida desde la muerte de Sharon. Posiblemente era la primera vez que no pensaba en ello desde que regresara de Banff.

Y eso era un gran avance.

Capítulo 10

Recuerda

"El dolor silencioso es el más funesto".

- Jean-Baptiste Racine

Se había negado a contarle a su psicólogo más información de la necesaria. Quería escarbar en sus recuerdos, pero no en los referentes al día en el que murió su compañera. Esa era la cortina de humo, demasiado evidente por otra parte, aunque no hubiera hecho falta ni siquiera hacer referencia explícita a ello al principio.

Únicamente necesitaba hurgar en su memoria en relación a lo que había visto en el vídeo, rebuscar en ese almacén en el que, a veces, parecía que estaba todo revuelto. Podía haber una clave, un detalle, una señal, un sonido, algo que pudiera parecer insignificante pero que les condujera al lugar en el que la habían tenido retenida, a pesar de que sabía que eso era bastante improbable.

Algo se había colado por las rendijas de su memoria y era incapaz de recuperarlo. No se estaba refiriendo a recuerdos reprimidos. No tenía nada que ver con eso. Cuando había buscado información al respecto, solía hacerse referencia a ello, a la represión de evocaciones de

situaciones demasiado duras para que nuestra mente las pueda asimilar.

Pero él no quería rescatar recuerdos soterrados por un trauma, sino unos que como policía debía tener guardados en algún lugar de su mente pero que esta le impedía recuperar. Siempre le habían dicho que su alerta atencional era excelente, pues era capaz de captar detalles al entrar en un lugar que a la mayoría se le escapaban. ¿Por qué ahora no era así?

Dicen que no todo lo que percibimos a nuestro alrededor pasa al plano consciente. El cerebro filtra lo superfluo para quedarse solo con aquello que es relevante en cada momento. Tal vez sea que actúe en modo supervivencia. Sería agotador percibir absolutamente todos los estímulos que nos rodean si nuestra mente no fuera capaz de abstraerse de un buen número de ellos que no llegan a atravesar ese umbral de la consciencia.

El problema era que Andrew sentía que lo que había quedado por debajo de ese umbral era lo que podía ser más útil e importante. ¿Y si el asesino conocía esas estrategias? Igual que un ilusionista es capaz de distraer nuestra atención para que miremos lo que él quiere mientras nos engaña con

habilidad magistral, tal vez con el vídeo había pasado algo similar. Sin duda, los angustiosos intentos de gritar de la mujer habían captado toda su atención, al igual que el terror que había leído en sus ojos. El ruido estridente nada más iniciarse el vídeo, la imagen repentina que le había hecho saltar en la silla, habían sido formas de distraerle. Sonaba plausible.

El asesino era un tipo de prestidigitador.

Un malabarista que jugaba al despiste.

Intentaba pensar en el dolor de aquella mujer, pero no sabía a qué se refería la voz en off. La palabra había sido tallada en su abdomen, eso en sí ya debería significar algo. Pero él no lograba ni siquiera atisbar si en la grabación había algo en esa zona de su cuerpo que indujera a localizar allí su dolor. Tal vez hacía referencia a alguna afección médica que padeciera.

Pero, ¿para qué remarcar ese dolor en concreto? ¿Qué objetivo podría perseguir con aquello?

Suponiendo que fuera a eso a lo que se refería.

Podía insistir en pedirle ayuda a Nathan, pero algo en su interior le decía que no era buena idea. Había algo en su psicólogo que le impedía fiarse de él. Era incapaz de precisarlo, pero el doctor Jansen no le daba buena espina.

No podía pedirle que le ayudara con aquello. Definitivamente no. Daba igual que él hubiera jugado el último día la carta de si no confías en mí, podemos pedir otro terapeuta. Sabía que era un truco. Pedir otro terapeuta implicaba empezar desde cero y las semanas que llevaba de tratamiento no contarían en absoluto. Andrew no era imbécil y no se lo había tragado.

Necesitaba avanzar, no retroceder. Quería correr libre, no volver a la casilla de salida.

En cualquier caso, ya era tarde. La mujer del vídeo estaba muerta. Pero no le pasaría una segunda vez. Si llegaba otra pieza de puzle, estaría preparado.

Capítulo 11

Presencia

"¡Bienvenido sea el dolor si es

causa de arrepentimiento!"

- *Friedrich Hegel*

Llevaba varios días con una sensación extraña. La impresión de que alguien le observaba, de que le seguían a todas partes. Una sombra, una sospecha, un presentimiento.

La mosca detrás de la oreja.

O quizá solo una alucinación.

Un miedo infundado.

Después de lo que había hecho en los últimos tiempos, quizá se estaba volviendo un poco paranoico. Hubo una época ya remota en la que pensó que nunca sería capaz de ejecutar aquellas abominables acciones. Ahora apenas se reconocía a sí mismo. Desde luego, uno no puede confiar ni siquiera en quien es, porque el alma humana es fácilmente corruptible.

Quedaba demostrado en su caso, lo que hacía que cada vez sintiera

menos aprecio por sí mismo.

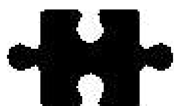
No había sido la primera vez ni mucho menos, pero tal vez el hecho de que casi le pillaran era lo que había provocado algo parecido al arrepentimiento. Sabía que se le pasaría, antes o después. Volvería a esa anestesia de los sentidos en los que se aislaría del sufrimiento y solo vería los supuestos beneficios. Y entonces volvería a las andadas. O tal vez ya no.

Al fin y al cabo, una retirada a tiempo es una victoria, ¿no es lo que dicen?

Aquellas cavilaciones no le dejaban en paz.

Quizás a eso se debiera esa paranoia. Sería un delito realmente grave y podía costarle mucho más que su carrera. Podría pasar una buena temporada en la cárcel. No solo por la omisión de socorro, sino por la comisión consciente de algunas acciones ilegales. Era cuidadoso, prudente e inteligente. No dejaba cabos sueltos, pero cuando trabajas con alguien más el otro se convierte justamente en ese cabo que no está atado a nada y puede soltarse en cualquier momento. Sabía que esa era la clave. Si alguien tira de la manta, al final quedan todos destapados.

Al principio sí que había sentido culpa, algo parecido al remordimiento, quizás a medio camino de él. Fue la primera vez que cobró por hacer el



trabajo. No es agradable presenciar el dolor de otro ser humano. Ser el causante, mucho menos. Pero había aprendido a aislarse de esos sentimientos, a salir de sí mismo y ejecutar lo que debía sin más.

Tenía sus propios problemas. Que cada uno se preocupase de los suyos.

Él tenía que velar por el interés de los suyos. Costase lo que costase. La ambivalencia sobre si el fin justifica los medios para él estaba resuelta antes de empezar a planteárselo.

Llegó a casa. Una vez dentro, aquella sensación pegajosa desapareció.

Estaba en terreno seguro. No debía dejarse sugestionar. No debería ser

víctima de sus miedos.

Era momento de disfrutar como si no se hubiera convertido en un ángel de la muerte.

Al día siguiente se dirigió a la clínica con normalidad. El sueño había sido tan reparador que hasta había borrado el desasosiego derivado de ese conato de culpabilidad. Era un hombre de rutinas y por eso, a pesar de esa sensación extraña de la noche anterior, decidió seguir los pasos habituales.

Las rutinas son las imprudentes repeticiones de acciones previsibles que facilitan el trabajo a un depredador.

Aparcó en las inmediaciones, en la plaza que tenía asignada, al igual que hacía el resto del personal. Era una forma sencilla de organización. Si llegabas un poco apurado al trabajo, sabías que tu plaza estaría disponible y no tendrías que perder el tiempo buscando dónde dejar el coche.

Esa mañana tenía reunión con sus socios. Debía hablarles de lo del día anterior. De su sensación. De su miedo. De sus preocupaciones. Tal vez fuera mejor dejar aquello durante un tiempo. Sin duda, lo más prudente. Si les pillaban, estaban jodidos, de eso no había ni la menor duda. Llevaban demasiado tiempo tentando a la suerte, caminando por un fino alambre que empezaba a deshilacharse.

Cierto era que casi se habían visto abocados a ello por las dificultades económicas que atravesaron en su momento. Pero ahora se había convertido en una forma de lucrarse. Engordar el buche sin hambre, solo por gula. No obstante, estaba convencido de que no iba a sentarles bien que sacara el tema. Al fin y al cabo, las casas nuevas de varios miles de metros cuadrados

y los coches de lujo no se pagan solos. La ostentación tiene un precio muy alto y no solo económico. Se paga también con algo que no tiene repuesto y que jamás podremos recuperar: nuestra alma.

Entre consultas, trataba de delinear en su cabeza sus argumentos para que resultaran convincentes. Era crucial exponer lo que pensaba sin dar opción a réplica. Debía sonar contundente.

Saldría a comer a la hora de siempre y se iría al restaurante habitual. En ese paréntesis de la jornada, escribiría sus ideas y sus justificaciones.

Sin embargo, no llegaría a plantear el cambio de rumbo a sus socios.

Capítulo 12

¿Qué tenemos?

“El dolor, cuando no se convierte

en verdugo, es un gran maestro”.

- *Concepción Arenal*

El informe del forense era bastante clarificador en cuanto a los aspectos relacionados con la muerte de aquella mujer. La cantidad ingerida de cianuro era suficiente como para haberle provocado el colapso que le habría conducido a un fallecimiento inevitable.

No existían heridas punzantes ni tampoco de bala. Aunque la cianosis observada en los labios hablaba de un episodio de hipoxia, no existían marcas de ligaduras en el cuello ni otras señales que indicaran que la habían asfixiado de manera mecánica, por lo que el paro respiratorio provocado por el envenenamiento era la causa más plausible.

Se observaban en la víctima, además, síntomas de deshidratación y posible privación nutricional en los días previos a la muerte. Eso había favorecido la acción fulminante del veneno. Era probable que hubiera estado retenida entre cinco y siete días.

—Creo que no digo nada nuevo cuando señalo que el envenenamiento es la forma en la que matan las mujeres. No es habitual que los hombres utilicen ese método —sentenció el detective Tracy, quizá de forma un tanto apresurada.

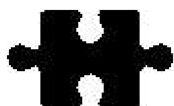
—Salvo que un hombre tenga algún impedimento físico, por ejemplo, y por ese motivo recurriera al veneno. Además, podría ser parte de un mensaje mayor. La palabra dolor, el cianuro… Puede que trate de decirnos algo —rebatió el detective Davis.

—Podría ser. Pero, rubiales, aunque no te guste reconocerlo, deberías enfrentarte al hecho de que puede que estemos ante la Asesina del Dolor —

dijo con cierto sarcasmo, debido al nombre que le habían dado a Juliette Perkins, a la que se conocía como la Asesina de las Lágrimas.

Andrew miró a su compañero entornando los ojos.

—Por lo poco que me ha dado tiempo a investigar sobre ti, había entendido que eras un policía avezado y con instinto. Pero lo que estoy



observando por mí mismo es que eres un mero charlatán y un trilero que se pone a lanzar teorías a lo loco —contestó de forma hostil.

El otro no pudo contener otra risotada. A Andrew le hervía la sangre. Lo que no sabía era que eso le hacía disfrutar incluso más. Su gesto contrito y apretado provocaba en su compañero una reacción más exacerbada.

—¿Me has estado investigando? —le preguntó con una sonrisa todavía en los labios—. Me halagas. No sabía que tenías tanto interés en mí.

—Por supuesto. Tengo que saber con quién trabajo hasta que consiga librarme de ti.

—¡Joder! Es que ni disimulas lo más mínimo. Estás buscando mis puntos débiles. Pues ya te adelanto que tengo el mismo que tú, porque me encantan las mujeres. Y ya me han dicho que tú no te aburres.

—Eso forma parte del pasado. Las cosas cambian.

—¿No me digas que ahora llevas una vida monacal? —continuó con una sonrisa maliciosa.

—No, por supuesto que no. Lo que digo es que algunos evolucionamos.

—¿Quieres decir que yo no? —preguntó con fingida afectación.

—No lo sé. Eso deberás averiguarlo tú, aunque tu forma de actuar, con esa soberbia y esa forma de demostrar que ha llegado el macho alpha a la comisaría, a mí me suena a masculinidad recalcitrante y pasada de moda.

Spencer soltó una buena carcajada, como si le hubieran contado el mejor chiste del mundo. El detective Davis se quedó impasible esperando a que terminara de reírse. Le sacaba de quicio.

—Andrew, Andrew, Andrew. Mira, te lo voy a dejar claro de una vez: no vas a conseguir que me rinda. Si me ha traído de vuelta el jefe con

el poco aprecio que me tiene para que sea tu compañero, te aseguro que no voy a ceder. Antes presentas tú la dimisión, ya te voy avisando. También puedes pensar en el traslado. Eso sí, recuerda que necesitas tener el alta de tu psiquiatra.

—Psicólogo.

—Para el caso, es lo mismo. Un loquero, al fin y al cabo.

Durante la jornada, investigaron todo lo posible sobre la víctima. Era importante conocer quién era, a qué se dedicaba, cuáles eran sus amistades

y qué tipo de relaciones establecía, qué actividades solía practicar y qué sitios frecuentaba. Todo aquello podría ayudar a comprender el motivo por el que la había elegido el asesino. Necesitaban conocer qué aspectos de la víctima se habían convertido en un atractivo para convertirse en el objetivo de un criminal despiadado.

Investigaron primero su entorno más cercano, puesto que en un alto porcentaje los asesinatos son de tipo pasional o emocional y son cometidos por alguien que forma parte del núcleo social o familiar de la víctima. Sin embargo, en este caso el mero hecho de que la hubieran retenido y enviado aquella pieza de puzle con el enlace al vídeo al detective Davis hacía pensar en otro tipo de motivos.

Y en otro tipo de asesino.

Uno con un destacado gusto por la perversión.

En ese crimen había una evidente premeditación y, además, el asesino parecía querer enviar un mensaje. La palabra escrita en su abdomen trataba de comunicar algo.

DOLOR.

Escrita en mayúsculas, con un tamaño que cubría su abdomen. ¿Qué significaba? ¿Se refería al dolor de la víctima? ¿Se trataba de alguna enfermedad, algún pecado capital o algún exceso de algún tipo? ¿Hacía referencia al dolor emocional?

Era inexplicable que nadie la hubiera echado en falta a pesar de todos los días que había estado retenida, al menos una semana. Vivía sola y solía teletrabajar, eso era cierto. No tenía pareja, pero sí tenía una vida social aceptable, aunque también era reseñable que su grupo de amigos no se veían con demasiada frecuencia, puesto que todos tenían

familia y quedaban de forma esporádica. Por lo que habían comentado, Mary Hills, que era como se llamaba la víctima, acudía a diferentes actividades, entre las que se encontraban el gimnasio tres días por semana y clases de pintura, otro día más. No tenía hermanos y sus padres habían fallecido hacía tiempo.

Definitivamente, era una buena candidata para hacerla desaparecer sin que apenas nadie se diera cuenta.

Según habían comentado sus jefes, había solicitado por la intranet un permiso los días previos a su supuesta desaparición que le habían concedido sin dilación, puesto que le debían días de vacaciones y podían cubrir con otros empleados su trabajo pendiente. Al fin y al cabo, Mary llevaba a cabo

tareas administrativas, como el alta y la baja de determinados empleados, gestión de pólizas y contratos y cosas similares.

Al final, no resultaba tan descabellado que nadie hubiera notificado su desaparición hasta que ya era demasiado tarde. Su forma de vida, en cierto sentido, la había convertido en un blanco fácil.

Capítulo 13

Denuncia

"El hombre es un aprendiz y el dolor es su amo".

- Alfred Victor de Vigny

Había pasado ya más de una semana desde que apareciera el cadáver de Mary Hills en Stanley Park. Los días volaban en el calendario, cayendo como las hojas en otoño. Habían trabajado sin denuedo. Ese tipo de investigaciones con frecuencia se alargan en el tiempo. A nadie le sorprendía. No obstante, no tenían claro la victimología y mucho menos los motivos, dos de los ejes claves en una investigación criminal. ¿Qué había convertido a esa mujer en el objetivo del asesino? No presentaba conductas de riesgo que la convirtieran en un blanco fácil, así que debía ser por una razón que estuviera justificada en la mente del criminal.

El último lugar en el que había sido vista había sido el gimnasio. Nadie allí había notado ningún cambio especial en la víctima, pues solía hablar con los habituales que coincidían en las mismas clases. La definían como una mujer sociable y extrovertida, además de amable. Muchos la conocían precisamente por eso, por su afabilidad y su

facilidad para hablar con unos y con otros, siempre con un tema de conversación a punto.

Las últimas veces que habían estado en contacto, sus amigos tampoco referían haber observado mayor preocupación o cambios en su estado de ánimo. Mary se comportaba como siempre y estaba de buen humor. Por lo que sabían, aparte del trabajo, había encontrado otra forma de ingresos, puesto que su nivel de vida había mejorado ostensiblemente en los últimos meses, pero ella no había querido contarles en qué estaba metida. Alguna vez, cuando insistían y le preguntaban, solo decía que había empezado a invertir y que no le estaba yendo mal.

Los detectives Davis y Tracy comenzaron a investigar sus cuentas bancarias, gracias a la orden del juzgado que les permitía tener acceso a ellas. Ese podía ser algún motivo plausible, puesto que el móvil económico se hallaba entre los más frecuentes detrás de un crimen.

—¿Has visto algo sospechoso o inusual hasta el momento? —preguntó Spence.

—No, nada que llame la atención. Tiene los ingresos regulares de la nómina, que tampoco es excesiva. Los gastos también están todos

detallados y casan con lo habitual en una persona de clase media, ya sabes, recibos de la luz, de la compañía de teléfono, el alquiler, los gastos de una tarjeta de crédito por un importe razonable…

—Luego debía tener otra cuenta oculta, puesto que no creo que escondiera el dinero debajo del colchón —reflexionó Tracy.

—De todos modos, he pensado en pasar otra vez por su piso y echar otro vistazo a ver qué encuentro. Seguro que hemos pasado algo por alto.

Una vez identificada después de encontrar su cuerpo en Stanley Park, los policías habían registrado el apartamento de Mary Hills en busca de pruebas. No habían encontrado nada relevante, aunque sí les había llamado la atención el hecho de que en su armario había prendas de vestir de alguna firma, lo que hacía pensar en que le habrían costado varios cientos e incluso miles de dólares.

—Dirás a ver qué encontramos, porque yo voy contigo.

—No hace falta. Puedo ir yo solo —insistió el detective rubio.

—No me des más la lata, Andy, en serio. ¡Qué pesado estás con eso!

Pensaba que ya lo habíamos superado —respondió con tedio Spence. Su rostro decía a las claras que ya estaba cansado de aquellas tonterías.

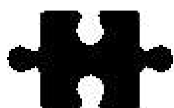
—No me llames así. Nadie me llama Andy.

—Pues a partir de ahora, yo sí. Para eso voy a ser como tu pegatina, siempre pegado a ti. Me he ganado el derecho a llamarte como me salga de las narices, por no decir algo peor, que eres muy tierno e igual te escandalizas.

Andrew le lanzó una mirada con la que le habría fulminado de haber sido posible. Obviamente, a Spence le resbaló por completo, ya que no le concedió ni la menor importancia.

En unos veinte minutos llegaron al piso, con Spencer una vez más al volante. Volvieron a hacer un registro exhaustivo para ver si se les había pasado algo por alto. El ordenador de sobremesa estaba en la estación de policía y el departamento informático se hallaba analizando su disco duro.

También estaban haciendo un seguimiento de sus movimientos por internet, por si hubiera establecido de alguna manera el contacto con su asesino a través de la red. No había nada sospechoso, hasta la fecha. En sus redes sociales, seguía a distintos *influencers* que patrocinaban cosméticos y solía publicar fotos de sus recetas de cocina y de algunas reuniones con amigos, aunque no con alta periodicidad. Su última publicación databa de veinte días atrás.



Aparentemente, en el piso tampoco había nada que les sirviera de pista, a pesar de ese segundo registro que estaban llevando a cabo. Estaban casi como al principio.

—Vamos a hacer una cosa —sugirió el moreno—. Vamos a buscar huecos en armarios, suelos y paredes por si hay algún doble fondo en algún sitio. Tal vez ahí oculte el dinero o cualquier otra cosa que nos sorprenda.

—Has visto muchas películas, Spencer. Esta mujer parecía llevar una vida de lo más normal.

—Sí, pero sus amigos aseguran que su nivel de vida había mejorado

ostensiblemente en los últimos tiempos. Los dos hemos visto su sueldo y no daba para grandes alegrías, desde luego. Sin embargo, has visto como yo ropa de marca en sus armarios y hay aparcado en su plaza de parking un coche de alta gama, que puede que no sea de los más caros del mercado, pero desde luego cae fuera de sus posibilidades teniendo en cuenta su salario y los gastos que tenía.

—¿El coche lo han revisado a fondo? —preguntó Andrew.

—Si te refieres a si lo han llevado al depósito de la policía y lo han analizado allí a fondo, entonces la respuesta es no. Pero sí lo estuvieron revisando el día del registro.

—Bien, pues hagamos una cosa. Primero examinamos paredes, suelo y armarios tal y como tú sugieres, y luego miramos el coche.

—Estupendo. Y el que pierda, invita a una ronda de cervezas —propuso Spencer.

—Hecho —respondió Andrew con una sonrisa.

—Te aviso que me gusta mucho la birra, jovenzuelo.

—¿Y? Has dicho una ronda de cerveza. UNA - remarcó.

—¡Qué cabroncete estás hecho! Venga, vamos, no perdamos más tiempo que ya estoy salivando.

Después de un buen rato golpeando baldosa a baldosa, cada tramo de pared y rebuscando en los armarios, encontraron un doble fondo en un aparador que había en la habitación de invitados. Dentro había fajos de billetes de cien por lo que calcularon un total de veinte mil dólares canadienses en dinero en efectivo.

—¿Quién va a pagarme esa birra? —preguntó triunfal Tracy.

—Todavía no hemos acabado. Te gusta cantar victoria antes de tiempo, Spence. Tienes que ser más paciente. Yo no adelantaría acontecimientos. Es cierto que hemos encontrado el dinero, pero todavía tenemos que ver el coche.

Su compañero se dio cuenta de que por primera vez le había llamado Spence, lo que significaba que estaba empezando a ganarse la confianza del detective Davis. No estaba mal para el poco tiempo que llevaban juntos.

Sonrió satisfecho.

«Creo que el chaval y yo vamos a formar un buen equipo», se dijo con complacencia.

—Pues no sé qué piensas encontrar allí. Más vale que te prepares para ir aflojando la mosca porque vas a tener que invitarme, de eso no tengo ni la menor duda —afirmó dándole unos golpecitos en el hombro.

Andrew sonrió. No podía evitar que aquel tipo un tanto extraño le hiciera gracia. Al principio le había parecido insoportable, pero quizá se debía más a su propia negativa a aceptar a nadie como compañero. Ya se había dado cuenta, además, que salvo las rencillas que tenía con Adrian Petrus, con el resto de compañeros se llevaba extraordinariamente bien.

Todos parecían apreciarle.

Cogieron las llaves del coche de la víctima, un Lexus RC bastante nuevo, y bajaron al garaje del edificio. Lo hallaron con facilidad, puesto que ya habían estado allí con anterioridad. Andrew abrió el vehículo con el mando a distancia.

—¡Menudo coche guapo tenía la tía! —señaló Spencer silbando.

—No está mal, desde luego. A saber en qué trapicheos estaba metida porque los ingresos que hemos visto no daban para pagarlo de una vez y en sus cuentas tampoco hay rastros de un pago a plazos del coche.

Ambos revisaron el vehículo sin encontrar nada, en un principio.

Entonces el más joven pensó en levantar los asientos de atrás. A veces, podía ser un buen escondite para objetos no demasiado amplios. Había incluso quien guardaba ahí la llave antirrobo de las ruedas, un método como otro cualquiera para no perderlas y tenerlas bien localizadas. En el lado de detrás del asiento del conductor había escondido un iPad mini.

—¡ *Voilà*! —exclamó Andrew—. Creo que no hay cerveza, porque estamos empatados. No obstante, no he terminado. Intuyo que vamos a encontrar algo más.



—¡Mira el rubito qué listo me ha salido!

Andrew le guiñó un ojo. No podía negar que se lo pasaba bien con su nuevo compañero. Entonces se arrodilló en el suelo y sacó la linterna de su móvil, revisando los bajos del coche, palmo a palmo. Allí encontró un teléfono desechable sujeto con cinta aislante muy cerca de la rueda trasera izquierda.

—Parece que nuestra querida Mary ocultaba secretos turbios —apuntó Spencer cuando Andrew le mostró el teléfono.

Regresaron a comisaría con las nuevas pruebas debidamente embolsadas para que fueran analizadas por los técnicos correspondientes. Sentaba bien encontrar algo que pudiera ser de ayuda para avanzar en la investigación. El detective Davis no podía negar que ese caso le obsesionaba en cierta medida, quizá por la frustración subsecuente a no haber sido capaz de salvar a aquella mujer. No obstante, tendrían que averiguar en qué estaba metida.

Tal vez no era tan inocente como habían pensado en un primer momento.

Hablaron con Dylan para que analizara el contenido del iPad en cuanto los de rastros tomaran las huellas y cualquier otro tipo de residuo que pudiera tener el dispositivo. Igualmente, era importante analizar el teléfono y las llamadas que se habían realizado desde él, así como las que había recibido. Solicitarían una orden para acceder a los registros telefónicos de ese número.

Después fueron a hablar con el jefe Petrus para ponerle al día de la investigación. Ambos, por diferentes motivos, querían mantenerle contento.

Más valía sentar unas bases de confianza, ya que los dos habían tenido sus más y sus menos con él en el pasado.

—Parece, jefe, que la víctima escondía algún esqueleto en su armario.

Después de analizar su cuenta bancaria y ver que no casaban los ingresos y gastos con lo que insinuaban los amigos en relación a su nivel de vida, hemos vuelto al piso a ver qué encontrábamos. Y parece que hemos dado con algo.

—Parece plausible que el secuestro y el asesinato se deban a alguna actividad ilícita que estuviera llevando de forma paralela a su trabajo. Pero aún tenemos que investigar mucho más.

—Pero no hay registros criminales de la víctima ni antecedentes de ningún tipo, ¿no es así? —preguntó el jefe.

—No hemos encontrado nada en el sistema. Tal vez se metió en algo para lo que no estaba preparada. Vio dinero fácil y le salió mal la jugada porque se mezcló con tipos malos.

—Cuando haces algo ilegal, sueles dar con gente a la que no querrías conocer —comentó Andrew respecto a lo que acababa de decir su compañero. Le parecía que era algo más que evidente.

—Bueno, me alegra saber que formáis un buen equipo —señaló el jefe, no sin segundas intenciones—. Mantenedme informado de lo que vayáis averiguando a ver si podemos pillar pronto a ese o esos desalmados. ¿O

tenéis ya alguna teoría?

—Ninguna. Sería razonable pensar que en este caso no hay un único sujeto detrás —concluyó Tracy.

Los detectives estaban ya levantándose de sus asientos, cuando llamó a la puerta un joven agente, sin dejar tiempo a que Spencer aclarara su teoría.

Ambos demoraron su salida para satisfacer su curiosidad al ver la cara de preocupación que traía.

—Jefe, acaba de entrar una denuncia que puede que le interese conocer.

Spence y Andrew se miraron a los ojos y escucharon con atención. No les atañía, pero ya que estaban allí, era mejor no interrumpir.

—Adelante, hable.

—Tenemos a la esposa de un médico que dice que lleva sin poder contactar con su marido desde ayer por la noche. ¿Le tomamos mi compañero y yo la denuncia o prefiere que la haga pasar?

—Hágala pasar, por favor y vengan ustedes dos con ella —ordenó con gesto serio—. Detectives, pueden retirarse.

Capítulo 14

Yo te conozco

“No se ha llegado al colmo del dolor cuando

se tiene aún fuerza para quejarse”.

- Caballero de Bruix

Había sucedido todo muy rápido, tanto que no era capaz de recordar con claridad lo ocurrido. Tal vez el golpe que había recibido en la cabeza no ayudaba. Se sentía profundamente mareado. Había un dolor palpitante en la base del cráneo. El mareo y las ganas de vomitar aumentaban esa sensación de malestar. No sabía si quien le había golpeado ahí lo había hecho de forma premeditada, puesto que era una de las zonas más sensibles. Los nervios craneales pasan a esa altura y las secuelas podrían ser terroríficas.

Cualquiera de las dos opciones era igual de temible. Si el agresor lo sabía y lo había hecho aposta, denotaba una total falta de escrúpulos y una violencia extrema. Si lo había hecho sin conocimiento de causa, entonces era probable que el atacante no pensara en las consecuencias y fuera alguien totalmente imprevisible. Quizá estaba pensando demasiado.

Poco a poco se iba dando cuenta de su situación, tomando conciencia de qué podía haber pasado y dónde se encontraba. Los recuerdos amagaban con hacerse presentes y desaparecían de forma súbita, como si solo fueran destellos a medio gas. Era como un despertar de una borrachera de las malas.

Lento.

Vacilante.

Pastoso.

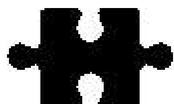
Estaba en un lugar oscuro. La visión era un tanto borrosa todavía. Trató de mover sus manos pero no pudo. Después los pies. Idéntico resultado.

Había una presión lacerante en muñecas y tobillos, de esas que raspan hasta que terminan por cortar la piel. Le costó todavía darse cuenta de que estaba atado a una silla de madera vieja con reposabrazos. Cuando tomó plena consciencia de ello, le recordó a la silla eléctrica que aparecía en la película de *La Milla Verde*.

“*Señor Jingles*”. Resonó en su cabeza.

No tenía gracia. No tenía ni puta gracia.

Estaba sentado en un potro de tortura.



Instintivamente miró hacia el techo. Había unos focos de metal suspendidos de unas vigas. Parecían cubiertos de mugre, pero no podía asegurarlo debido a esa oscuridad reinante. La poca luz que sacaba la estancia de la negrura absoluta parecía filtrarse por estrechas grietas, lo justo para ver suspendido el polvo en esos tímidos halos luminosos.

Frente a él, parecía que había una cámara sobre un trípode, pero no era capaz de distinguirlo con nitidez. Su visión seguía siendo algo borrosa, fruto en parte de una diplopía que no le dejaba enfocar con claridad. Pensó en las películas Gore o del género *splatter,* como también se las conocía, que se pusieron tan de moda durante los años noventa. Desde luego, a nadie le gustaría ser el protagonista de una de ellas.

Probaba una vez más a enfocar la vista pero no lo lograba plenamente, arrugando el entrecejo, apretando los párpados. Cualquier mínimo esfuerzo era una punzada palpitante. Aquel jodido dolor de cabeza era un martirio.

De pronto, una ola de miedo le recorrió el cuerpo.

Ese punto de ignición en el que dos neuronas establecen una comunicación eléctrica que alumbra una idea clara, nítida y, al mismo tiempo, tenebrosa.

Alguien le había secuestrado.

Su corazón comenzó una carrera al galope cuando tomó conciencia de esa terrible verdad. Empezó a gritar y a agitar su cuerpo, a hacer esfuerzos imposibles, con todos los músculos en tensión para tratar de liberarse de esas correas que le ataban a un futuro negro y doloroso. Estaba retenido contra su voluntad y cabía la posibilidad de que la única salida posible fuera la muerte.

Se abrió una puerta al fondo de la estancia. Los goznes se quejaron de forma estridente, llorando óxido. Una sombra oscura apareció en el dintel.

Parecía un hombre corpulento, todo vestido de negro, capucha incluida.

—Buenos días, doc —dijo una voz profunda, grave. Era una voz salida de las tinieblas. Era una voz hija del terror.

Entonces su mente hizo clic. Juntó las piezas de un puzle imposible. La imagen que se formó le aterró.

—Yo… yo te conozco.

Todo estaba saliendo según lo planeado. Segundo objetivo capturado con éxito. Ahora era preciso extender el mensaje. El montaje del vídeo era clave, al igual que la preparación de todo lo demás. Había sido una buena idea compaginar las tareas de vigilancia con lo demás. Mientras la primera estaba retenida, no había sido demasiado difícil seguir los pasos del médico.

Era un hombre muy previsible. Las rutinas nos condenan a un inmovilismo peligroso. Una y otra vez repetimos acciones como si fuéramos en piloto automático, sin exigirle a nuestro cerebro ningún esfuerzo, haciendo que se vuelva vago, perezoso y descuidado.

El dolor tenía un precio.

El dolor debía ser castigado.

El dolor requería la atención de todos.

El mensaje tenía que ser claro, inequívoco. Requería mover conciencias.

Necesitaba agitar a una sociedad adormecida e indolente que mira hacia otro lado cuando se cometen terribles abominaciones. La sangre es el mejor comunicador, porque es escandalosa, chillona y llamativa.

La muerte no deja indiferente a nadie.

Sobre todo si sientes que mañana te puede tocar a ti.

Nadie está a salvo.

Capítulo 15

Psicólogo

“Nadie puede librar a los hombres del dolor,

pero le será perdonado a aquel que haga

renacer en ellos el valor para soportarlo".

- Selma Lagerlöf

Andrew no había parado de darle vueltas al tema de la desaparición de aquel médico. Demasiadas casualidades. No es que en Vancouver nunca sucediera nada, pero eran poco habituales ese tipo de crímenes violentos como ese del que se estaban encargando Spencer y él, por ejemplo.

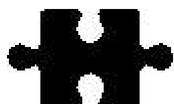
Tal vez lo de la desaparición finalmente terminara por no ser tal. Con más frecuencia de lo que pueda parecer, por suerte, no son más que falsas alarmas. Tampoco estaba en sus manos averiguarlo, ya que eran otros compañeros los que se encargarían de ello. No obstante, su intuición le decía que algo malo le había ocurrido a aquel hombre. Quizá se debía a que últimamente no se sentía especialmente optimista y miraba el mundo con una óptica bastante gris.

De todos modos, aquel no era su caso. Bastante tenía ya con lo que tenían entre manos su compañero y él. Era una investigación compleja, con más entramados de lo que parecía a simple vista. En ese instante se dio cuenta de que ya asumía a Spencer Tracy como su compañero de hecho.

Había pensado en él en esa condición de manera automática. Lo tenía interiorizado.

A pesar de que en un primer momento le había parecido un tipo detestable, la realidad es que ahora le caía bien y sentía que estaban en una sintonía casi perfecta. Tendría que averiguar los motivos reales que habían empujado a Adrian Petrus a deshacerse en su día del que, según los rumores, había sido uno de los mejores investigadores que habían tenido en Vancouver en los últimos años.

Tal vez el tiempo en el exilio, es decir, en Calgary, le hubiera sentado bien y las aguas volvieran por fin a su cauce. Eso sí, era innegable que le gustaba hacer las cosas a su manera. No hacía falta ser demasiado listo para darse cuenta de que Spencer Tracy tenía su propio código de conducta.



Perdido como estaba en sus pensamientos mientras caminaba por la calle, apenas se dio cuenta de que estaba ya en las proximidades del edificio en el que se encontraba la consulta del psicólogo.

Aquel día estaba de buen humor. Tal vez el detective Davis no lo supiera, pero era muy fácil detectar sus estados de ánimo por la expresión de su rostro y por su lenguaje corporal. Nathan pensó que cabía la posibilidad de aprovechar esa baza esta vez. No podían permanecer de manera indefinida en ese *impasse* en el que parecían varados en aguas pantanosas.

—Buenos días, Andrew. ¿Cómo estás?

—Buenos días. Me siento bastante bien.

Las manos estaban extendidas sobre sus rodillas, no apretadas en un puño como solía ser habitual. No había crispación en su gesto. Sí, sin duda, estaba más relajado. Algo había sucedido en los últimos días para que se hubiera operado ese cambio tan significativo en él.

—Me alegro mucho de que sea así. Es más, debo decirte que se te nota.

Tu expresión es mucho más distendida que la de otros días. Y me alegro mucho. Espero que así podamos afrontar por fin la recta final del tratamiento, si es que por fin estás dispuesto a implicarte.

—Cualquier cosa con tal de acabar con esta pesadilla.

Nathan le miró con una sonrisa. No desaprovechaba la oportunidad para provocarle. Pero no iba a caer en su juego. Hoy no. Hoy tenía esperanzas de avanzar.

—Dime, ¿ha habido algún cambio últimamente para que te sientas mejor? ¿O tal vez es solo hoy?

—No, nada nuevo, en realidad.

Era mentira y lo sabía. Spencer Tracy sin duda era algo muy novedoso en su día a día. Pero no pensaba ponérselo tan fácil ni mucho menos.

—Sin embargo, algo ha cambiado en tu actitud. Se te nota más liberado.

No sé si es que por fin has empezado a ver el dolor como lo que es.

—¿Y qué es el dolor, Nathan? —preguntó con suficiencia. Había

acudido con las mejores intenciones, pero era superior a él. Quizá en otras

circunstancias, aquel hombre que le miraba con cierta petulancia por encima de sus gafas de pasta negra le hubiera caído bien.

—Bueno, ya lo sabes perfectamente porque lo estás sintiendo en primera persona. Llevas un tiempo navegando por una estela de dolor. Es una señal de alerta que nos pide que le prestemos atención, que nos absorbe y nos engulle. Nos paraliza, a veces. Deja la vida en suspenso. Pero además, yo diría que el dolor es como una pieza de un puzle. Necesitas las demás para componer toda la imagen, para conocer el origen, la causa, la enfermedad.

A Andrew le cambió la cara de golpe. Se inclinó hacia delante, apoyando los codos sobre sus rodillas. Entornó los ojos como si tratara de afilar su mirada.

—¿Por qué dices que el dolor es una pieza de puzle, Nathan?

—Es una forma de explicarlo, ya sabes —respondió manteniéndole la mirada.

El psicólogo parecía estar verdaderamente sorprendido ante ese cambio tan brusco de actitud. La tensión había vuelto de golpe a la expresión del detective.

—No, no sé. No entiendo por qué has escogido justamente ese símil.

¿Qué es lo que sabes? Y te ruego que no me trates como si fuera un idiota, porque no lo soy.

—No sé a qué te estás refiriendo.

—¿Conoces a Mary Hills?

—¿Mary Hills? No sé de qué me estás hablando.

—Claro que sí. Lo sabes perfectamente. Se acabaron los juegos, Nathan.

Empieza a hablar.

—Andrew, en serio, habíamos empezado muy bien la sesión. No entiendo tu cambio de actitud tan repentino. Creo que deberías tranquilizarte.

—No, no me tranquilizo hasta que me des las respuestas que te estoy pidiendo. ¿De qué conoces a Mary Hills?

—No conozco a nadie con ese nombre.

—Claro que sí. ¿Es una de tus pacientes?

—Sabes que no puedo hablarte de ellos. Me debo a la confidencialidad derivada de la relación médico paciente, como seguro que ya sabrás.

—Y una mierda. Pero, ¿sabes qué? Voy a pedir una orden para registrar tu despacho y para que nos dejen ver tus expedientes, porque es evidente que sabes algo.

—No sé a qué te estás refiriendo.

—Hemos terminado por hoy. Más vale que vayas preparando la documentación. Voy a hablar con el jefe Petrus para que vaya solicitando la orden de registro de tu consulta. No me moveré de la puerta hasta que lleguen el resto de compañeros, así que no se te ocurra intentar nada porque te estaré vigilando. Tal vez hoy acabemos la sesión de terapia en comisaría.

Capítulo 16

Problemas

"No os espante el dolor;

o tendrá fin o acabará con vosotros".

- *Séneca.*

Adrian Petrus miraba la pantalla de su móvil sin comprender. No hacía tanto que había visto salir al detective Davis para dirigirse a la consulta con el psicólogo. Y ahora le estaba llamando. Era imposible que hubiera terminado la sesión. Imposible. Se le hizo un nudo en la garganta que se convirtió en una bola de fuego. Si se la había saltado, era una falta grave que tendría que tener su consecuencia. Parecía que los problemas solo sabían multiplicarse en lugar de disminuir.

—Petrus —contestó con tono grave, aun sabiendo que quien estaba al otro lado era consciente de que habría identificado quien le llamaba.

—Soy Davis. Necesito que solicites una orden de registro para el

despacho de Nathan Jansen. Debes pedir además el acceso a los expedientes de los pacientes que atiende.

Era un sueño. No podía ser real que le llamase para eso. Una bola de fuego parecía recorrerle la garganta, creciendo sin control. Al final, entre unos y otros le iban a provocar una úlcera. ¡Lo que le faltaba por oír! Una orden de registro. Estuvo tentado incluso de pellizcarse, porque la otra opción era sin duda mucho menos amable.

—¿Se te ha ido la jodida cabeza, Andrew? ¿A qué viene esto? —

preguntó con un tono bastante controlado para lo que estaba tentado de hacer. A veces, se sorprendía a sí mismo ante esa capacidad para no estallar cuando era lo que su sangre hirviendo le pedía.

—Creo que está implicado en el caso de Mary Hills.

Adrian ahogó un alarido metiéndose el puño en la boca, puesto que se le venían a la cabeza una buena sarta de improperios que soltarle al detective.

Se imaginaba como Homer Simpson cuando cogía a su hijo Bart por el cuello. Ahora mismo era lo que le apetecía hacerle al bueno de Andrew, el cual parecía haber perdido el norte diciendo aquello. No le podía negar que era una forma creativa de tratar de quitarse de encima a su terapeuta.

—No me toques los huevos, te lo pido por favor. No vas a librarte de las sesiones con el psicólogo.

—¿Crees que haría algo así para librarme? No estoy tan mal de la cabeza como parece que todos pensáis. Estoy bien, ¿vale? Sois vosotros los que no me dejáis avanzar con vuestras miradas lastimeras y vuestras muestras de compasión. No has escuchado mis motivos y ya te has lanzado a juzgarme. No soy tan mal policía como te crees, Petrus.

—Será porque te empeñaste a fondo en hacérmelo creer.

Andrew se quedó en silencio al otro lado apretando los dientes. Así solo iba a conseguir cabrear al jefe y ya conocía por experiencias pasadas que esa no era una buena idea.

—Tienes razón. Y sé que no es fácil borrar esa impresión, pero te digo que este tío está metido de alguna manera en esto. Tienes que hacerme caso.

—Muy bien. Voy a fiarme de tu intuición —dijo con cierto sarcasmo, puesto que no acababa de fiarse—. ¿Bajo qué premisa le solicito una orden al juez? Espero que tus argumentos sean sólidos para acceder a expedientes confidenciales de pacientes y registrar la consulta de un psicólogo de cierta reputación. Ten en cuenta que, si no tienes razón y no hay una causa bien sólida, nos puede caer una demanda millonaria, por si no te habías parado a pensarlo.

Andrew se quedó pensando cómo planteárselo. En realidad, sus argumentos eran realmente endebles. Por más vueltas que le daba, no se le ocurría una forma robusta de expresarlo sin que pareciera una locura.

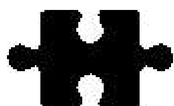
—Jefe, sé cómo va a sonar lo que voy a decirle, pero tiene que hacerme caso.

—No empiezan bien tus argumentos.

—Me ha dicho que el dolor es como una pieza de un puzle. ¿No le parece demasiado oportuno?

Adrian Petrus se dejó caer sobre el respaldo de su silla con pesadez. ¿Le estaba tomando el pelo? Desde luego, no tenía ni la menor gracia. Y por supuesto, no tenía ni pies ni cabeza solicitar una orden por semejante disparate. Su cabeza fue un paso más allá y se imaginó a Andrew diciéndoselo a Spence y a este dándole crédito. Doble problema. Igual resultaba que al final no había sido buena idea juntar a esos dos.

—Dime que no necesitas que te explique los motivos por los que no puedo pedirle al juez una orden con semejante gilipollez de argumento.



—Jefe, escúcheme, ¿vale? Necesito que tenga la mente abierta. ¿Por qué justo hoy me dice eso? Me llegó hace poco la pieza de puzle con el código que llevaba al vídeo en el que se veía a una mujer a la que estaban torturando o, al menos, a la que tenían retenida. Dicha mujer ha sido asesinada con la palabra dolor escrita en su abdomen. Yo no le he contado nada al respecto. Y va y me suelta eso. Las dos palabras claves en este caso pronunciadas en la misma frase. ¿No le parece ni mínimamente sospechoso?

—Da igual lo que me parezca. Ya estás volviendo a la consulta y pidiéndole disculpas al doctor Jansen porque si no lo haces, te juro que te suspendo indefinidamente de empleo y sueldo.

—Pero jefe…

—No hay nada más que hablar.

Cuando regresó dentro, la incomodidad se podía cortar y la tensión era tan gruesa, que parecía que el aire se podía agarrar con las manos y que había provocado una subida de la temperatura en el interior del despacho.

—Entonces, ¿cuándo vienen tus compañeros a hacer el registro? —

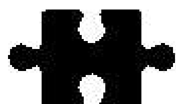
preguntó Jansen con suficiencia e ironía.

Andrew apretó tanto los dientes y las mandíbulas que sintió una ráfaga de dolor que se extendía por su cuerpo. La actitud del psicólogo lo único que hacía era reforzar su idea.

—El jefe Petrus no lo ve necesario, por el momento.

—Me alegro. Y, ¿sabes qué? Me lo imaginaba. ¿No crees que ya es hora que dejes todos estos jueguecitos atrás, Andrew? Estoy teniendo una paciencia infinita contigo. Pero este será el último aviso: una tontería más y elaboro un informe con una recomendación para que te aparten del servicio activo. Te veo el próximo día. Veo difícil que hoy podamos avanzar en ningún sentido.

Cuando regresó a comisaría, se dirigió directamente a su mesa. No tenía ganas de hablar con nadie. Había mucho trabajo pendiente y es en lo que se iba a centrar. Antes o después demostraría la implicación de Jansen en todo aquello porque algo le decía que estaba relacionado de algún modo.



Cuando llegó Spencer, le vio con los codos apoyados sobre la mesa y las manos a los dos lados de las sienes. Entornó los ojos, arrugando un poco el ceño, y se preguntó si le pasaría algo a su joven compañero.

—¿Todo bien, rubito?

Su voz le sacó del ensimismamiento en el que estaba.

—Más o menos. ¿Has podido averiguar algo mientras yo estaba fuera perdiendo el tiempo una semana más?

—Nada nuevo. Ahora mismo me interesa más saber qué te pasa.

Tendrías que verte la cara. Un perro no se atrevería a acercarse a ti.

Después de dudarlo unos segundos, decidió que no perdía nada por comentárselo, así que le hizo un breve resumen. Lo primero que recibió fue una sonora carcajada por parte de su compañero.

—No te ofendas —dijo secándose las lágrimas.

«Tampoco es para tanto», se dijo Andrew a sí mismo. Era cierto que al repetirlo en voz alta le había parecido bastante menos sólido que cuando unió las piezas en la consulta. Estaba quedando como un imbécil.

—No, en serio. A ver, yo comprendo tus sospechas y no te preocupes que vamos a investigar tú y yo al "abretarros" ese todo lo que quieras, pero de ahí a pedir una orden… Joder, es que parece una excusa para que te lo quiten de encima. Si hasta le tengo que dar la razón a Petrus con esto.

En aquel momento se acercó Dylan, uno de los informáticos a hablar con ellos. En su rostro se leía la excitación propia de haber encontrado algo útil.

—Me parece que he encontrado algo que os va a interesar.

Una vez finalizado el turno, Spencer le propuso irse a tomar unas cervezas antes de volver a casa. Andrew estaba agotado. Tal vez había sido debido a la tensión de aquel día, pero solo quería descansar y desconectar de todo aquello. Tomar algo en ese momento no le parecía una buena opción, desde luego.

Según se acercaba a su casa, pensó en salir un rato a hacer deporte.

Estaba seguro que correr le despejaría la mente y le haría ver las cosas con más claridad. Era algo que siempre le había dado resultado. Liberar endorfinas hacía que se sintiera bien, que se liberara del exceso de carga emocional que conllevaba su trabajo en tantas ocasiones. Además, no quería

descuidar su forma física, puesto que en las últimas semanas había hecho menos ejercicio de lo que era habitual en él e indudablemente

eso también afectaba a su estado de ánimo.

Iba pensando en todo aquello cuando se dio cuenta de que ya estaba en las proximidades de su edificio. Abrió la puerta del portal con la llave y siguió sus rutinas habituales.

Dentro del buzón, le aguardaba una sorpresa.

Capítulo 17

Voz

“Yo sé que el dolor es la

nobleza única”.

- *Baudelaire*

Aveces, ver una cara conocida en según qué circunstancias no es sinónimo de buenas noticias, sino de todo lo contrario. A veces, ver una cara conocida, puede ser igual a enfrentarse a una temible verdad. A veces, una cara conocida puede ser la más aterradora de las experiencias.

Ese era su caso.

Allí…

En ese instante…

En esa horrible situación…

Aquel rostro. Aquella voz…

Nuestros sentidos son capaces de generar estados de angustia, anticipar el placer o el dolor, hacernos vivir por adelantado una situación temible, ponernos en manos del miedo, rendirnos a él. Lo que olemos, lo que vemos, lo que oímos… Nos transporta a sucesos y hechos que no queremos ni imaginar.

—¿Qué quieres? —preguntó con apenas un hilo de voz—. Dime qué necesitas. Si es dinero, te conseguiré todo lo que me pidas. Pero tienes que dejarme ir. Por favor, te lo ruego. Sabes que todo fue un error. Yo no quería…

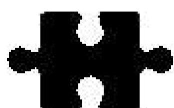
—¡Cállate! No quiero nada de ti. Bueno, si lo pienso mejor, eso no es del todo verdad. Pero lo que quiero es algo que no me puedes dar

voluntariamente. Lo que quiero es algo que tendré que arrebatarte.

—Seguro que podemos arreglarlo, encontrar una solución. Tiene que haber un modo…

—La única solución es esta. Es necesario extender el mensaje. El dolor nos enseña importantes lecciones que no aprenderíamos de otro modo. Tú lo sabes, que eres un maestro generándolo. Yo lo sé, que lo sufrí en primera persona y aún experimento sus consecuencias. No tienes alternativas.

Espero que te gusten las películas porque hoy vas a convertirte en el protagonista de una. Hoy vas a conocer el dolor en estado puro —dijo la voz.



Había sido un día de lo más extraño. Después de lo sucedido en la consulta del psicólogo, había tenido que comerse el orgullo al regresar a comisaría. La mirada de acero del jefe le había atravesado. Tal vez se lo mereciera, pero seguía convencido de que había algo raro. No podía ser solo autosugestión. Lo que le había dicho el doctor Jansen había hecho que su desconfianza hacia él creciera varios puntos.

Andrew se adentró en el portal. Estaba a escasos pasos de meterse en casa y curar la vergüenza del día. Lo necesitaba. Encendió la luz y subió las escaleras que había hasta el descansillo. Dos tramos de cuatro escalones. Se dirigió al ascensor. Justo cuando este llegó a la planta baja, se acordó de que no había mirado el buzón. Era algo que se le olvidaba con relativa frecuencia. Abrió la pequeña puerta correspondiente al casillero asignado a su apartamento. Gracias a que habían instalado en el exterior un receptáculo especial para la publicidad, no estaba tan sobrecargado como en meses anteriores, así que habitualmente solo encontraba correspondencia de cierta importancia, en lugar de la montaña de papeles del pasado. Aquel día en concreto, solo había un trozo de papel en su interior.

Eso sí que era raro y poco habitual.

Lo primero que pensó es que algún gracioso lo había tirado allí. Tal vez a algunos de los adolescentes que vivían en el portal y a sus amigos les había parecido divertido echar basura en los buzones de los vecinos. Lo que tenía en las manos era un trozo de papel cortado de cualquier manera y doblado varias veces. Como si se hubiera hecho de

forma descuidada.

Parecía parte de una hoja arrancada de un cuaderno escolar.

Dudó si tirarlo directamente a la basura, sin mirarlo siquiera. Estaba tan cabreado aquel día, que lo último que necesitaba era que le tomaran el pelo.

Había hecho el ridículo delante de su jefe. Se sentía un completo imbécil.

Encima, había tenido que volver a la consulta y, a pesar de que no llegó a disculparse como le había sugerido Petrus, había sido una total y completa humillación regresar, tal y como se dice coloquialmente, con el rabo entre las piernas.

Finalmente, se decidió a desdoblar aquel pequeño papel. Quizá le pudo la curiosidad, a la que muchas veces nos cuesta tanto resistirnos con su

poderosa atracción. La curiosidad puede ser como ese dulce seductor que es pura tentación. Cuando lo desplegó por completo, se encontró una serie de números.

Primero tuvo dudas. Tal vez no significaran nada. ¿Qué sentido podrían tener? Por un momento ganó puntos la teoría de que algún chaval revoltoso se lo había dejado allí con el único ánimo de fastidiar. Pero mirándolos fijamente y con atención, tenían toda la pinta de ser unas coordenadas GPS.

Aquello empezaba a darle mala espina. Metió los datos en Google Maps.

Era una corazonada quizá con poco fundamento, pero tampoco tenía mucho más que perder.

49.2735299798759, -123.1038340014799

Vale. Podía ser una coincidencia. Aquellas cifras ordenadas en esa determinada secuencia sí correspondían a una ubicación concreta. Tal vez alguien se había equivocado de buzón y aquel papel iba dirigido a otra persona. Dudó qué hacer a continuación. Estaba deseando subir a casa y dar por finalizada aquella jornada estresante. Se sorprendió a sí mismo cuando fue consciente de que la primera idea que se le había pasado por la mente era llamar a Spencer y contárselo, a ver qué pensaba él. No obstante, empezaba a considerar que se estaba

volviendo paranoico y veía puzles donde no los había.

—¿Acaso somos novios para que me llames después de haber terminado nuestro turno? —preguntó Tracy con ironía cuando respondió al teléfono.

De fondo se oía mucho ruido. Estaba claro que se hallaba en algún pub o alguna taberna. No perdía comba, era evidente.

—Más quisieras, pero no eres mi tipo.

—¡Muy gracioso! Pues te recuerdo que acabas de herir mis sentimientos después de darme calabazas cuando me has dicho que no querías salir conmigo a tomar algo.

—Eres muy dramático, Spence. Creo que el verdadero Spencer Tracy se ha reencarnado en ti y actúa a través de tu cuerpo.

—Joder, rubito, ¿qué coño quieres ahora? Tengo a una rubia entre mis manos que está deseando dármelo todo y está mucho más buena que tú, te lo aseguro.

—Es decir, que tienes una pinta de cerveza que te vas a beber casi del tirón —tradujo Andrew al instante.

—¿Qué pasa? ¿No me crees? Soy un tío ligón. Es lo que hay. Más vale que te acostumbres. Spencer Tracy ha llegado a la ciudad.

—Lo que eres es un fanfarrón de primera.

—A ti lo que te pasa es que te da miedo salir conmigo, pues sabes que no te vas a comer ni una rosca porque solo tendrán ojos para mí. Se acabó tu fama de "bollito delicioso" en mi ciudad.

¿Había dicho bollito delicioso refiriéndose a él? Pero, ¿de dónde había sacado Petrus a aquel tipo? Parecía recién llegado de *Regreso al futuro*, la película de Robert Zemeckis. Andrew no pudo contener la risa.

—Cuando quieras lo comprobamos —respondió todavía con una sonrisa en la cara. El tipo era de lo más peculiar—. En cualquier caso, si todavía hay una parte de ti sobria, por favor dile que me gustaría hablar con ella.

—Joder, macho. Espera que salga a la calle para que pueda escucharte bien. Ya que te has decidido a darme la noche.

—Todavía no es de noche, aunque falte poco.

Se dirigió hacia la salida, haciendo caso omiso a sus últimas palabras.

Andrew oía perfectamente sus comentarios. Desde luego, Spencer Tracy no perdía oportunidad y aprovechaba cada segundo. Era de esas personas de las que se beben la vida a tragos y que apuran hasta la última gota del vaso.

—Ya estoy en la calle. A ver, ¿qué tripa se te ha roto?

—He encontrado un papel dentro de mi buzón.

—Sí, suele pasar. Son para eso. Al menos en Vancouver. Igual en Toronto soléis hacer las cosas de otra manera.

—Spence, en serio. Necesito que me escuches con atención, ¿vale? —

solicitó con tono serio—. Igual es una estupidez como la que cometí esta mañana con lo de la orden de registro. Cagarla dos veces en el mismo día te lleva directo al corcho de los panolis.

—Sí, eso va a pasar a tu currículo oculto, ya te lo digo. No veo forma de que lo remontes. Andrew Davis, papanatas del reino de aquí al fin de los días.

El joven detective suspiró. Ese tío era una provocación continua. Debía tratar de centrarle o les iban a dar las tantas antes de que le hiciera el menor caso.

—Pero esto es distinto, ¿vale? Solo necesito tu opinión.

—Te escucho.

—Como te estaba diciendo, había un papel en mi buzón. Estaba doblado varias veces y parece el típico de un cuaderno de colegio, de esos con

cuadrícula, ya sabes. He pensado que sería alguno de los adolescentes que viven en mi portal pero, cuando lo he abierto, había unas coordenadas GPS.

—¿Unas coordenadas GPS? Eso es raro.

—Sí, eso mismo creo yo.

—¿Y has averiguado a qué ubicación corresponden?

—A la ubicación donde está el Mundo de la Ciencia.

—Vale, eso es más raro aún. ¿Para qué coño te iba a dejar nadie en el buzón las coordenadas de un museo?

—¿Qué hago? Estaba pensando en ir hacia allí, pero igual es un vacile en realidad. Y como últimamente he recibido tantas cosas, pues… Igual es alguien con ganas de broma.

—¿En tu casa también las habías recibido?

—No, en realidad no. Siempre en comisaría.

—¡Joder! —exclamó con frustración.

—¿Qué pasa?

—¿Te lo tengo que decir? Que has acabado con mi noche de borrachera.

Voy a buscarte ahora mismo.

—Entonces le acabo de hacer un favor a tu hígado. Deberías darme las gracias en realidad.

—Mira que eres gracioso.

—Voy yo a buscarte. Dime dónde estás.

—Ni de coña, que igual amanece antes de que llegues. Ya te he dicho que eres un muermazo. Seguro que eres de los que conduce respetando los límites de velocidad.

—Para eso están, ¿no? —replicó el joven.

—Lo que yo decía… Estoy allí antes de que te des cuenta.

—Solo si no has bebido.

—Tranquilo, solo me has dado tiempo a darle el primer sorbo. Me *cagoentó*…

Y colgó.

Andrew se quedó mirando el teléfono. No podía negarlo. Aquel hombre extraño y singular le ponía picante a la vida.

Capítulo 18

Cámara, acción

“Cuando el dolor es insoportable, nos destruye; cuando no nos destruye, es que es soportable”.

- Marco Aurelio.

Temblaba de pies a cabeza. Parecía imposible que el miedo pudiera tener un poder tan grande. No era solo que estuviera atado a la silla lo que hacía que experimentara una incapacidad de controlar su cuerpo, sino que ese terror tan poderoso forzaba a sus músculos temblorosos a moverse como una hoja sometida al tirano influjo del viento. Notaba la boca pastosa y los ojos desbordados por las lágrimas.

—¿Qué te duele, doctor?

—No sé a qué te refieres —dijo con voz temblorosa.

—Quiero saber dónde sientes ahora mismo dolor. ¿Dónde se encuentra su raíz?

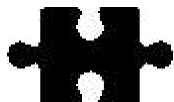
—No me duele nada. No comprendo lo que me quieres decir.

—Claro que sí. Solo tienes que prestar atención. Escucha tu dolor.

La voz tan grave y profunda de aquel hombre hacía que todo pareciera más tenebroso. El hecho de que estuviera oculto entre las sombras, le dotaba de una forma espectral, como salido de ultratumba. Su rostro en penumbra le convertía en una aparición difusa.

—Lo intento, de verdad. Pero no comprendo. Solo siento miedo. Por favor, por favor, déjame irme. Dime qué tengo que hacer, lo que sea, cualquier cosa, te lo ruego.

—Ya es tarde para eso. Esto ya no tiene arreglo. Desde el momento que empezaste con aquello, sellaste tu sentencia de muerte. Nuestros actos tienen consecuencias. Muchos han sufrido por tu causa. Sabías que estaba mal, sabías que harías daño a otras personas y te dio igual. Ese remordimiento te debería doler. Porque la culpa puede doler. A veces, somatizamos lo que sentimos, deberías saberlo. Tú eres el médico, ¿no? Te saltaste las leyes, pasaste por alto el juramento hipocrático y muchos han sufrido por tu causa. El dolor con dolor se paga. Y yo necesito saber dónde



te duele. Tenemos un mensaje que comunicarle al mundo. Es hora de que se oiga nuestra voz.

Un Mustang rojo descapotable paró a la altura del portal de Andrew.

Obviamente, no le sorprendió. Si hubiera aparecido con un coche familiar o un monovolumen, desde luego se le habría caído un mito.

—Tipo duro para recoger a damisela en apuros.

—Spence, cada vez que dices cosas así, lo único que consigues es que piense que tienes problemas de autoestima.

—¡Esa sí que es buena! Anda, sube y no me des más la lata por hoy.

Andrew obedeció y se subió al coche. Arrancó antes de que le diera tiempo a ponerse el cinturón de seguridad.

—Solo espero que sepas meter unas coordenadas en el GPS, porque como esto sea otra cagada tuya, hoy te vas a dormir con el culo rojo.

—No soy idiota, ¿vale? Además, ya te he dicho a qué ubicación correspondían.

—Tendrás que demostrarlo.

—No tengo que demostrarte nada.

No tardaron demasiado en llegar. Dejaron el coche en las inmediaciones, ya que a esa hora ya estaba cerrado al público, gracias a lo cual no había problema de aparcamiento. Bajaron y se dirigieron hacia la entrada. No tenían muchas más pistas, así que probaron a ver si al menos podían dar con algún guardia de seguridad y preguntarle.

No hubo suerte. Tal vez se encontraban comprobando el interior, puesto que no hacía demasiado que había cerrado sus puertas al público. Lo más probable era que estuviera también el personal de limpieza dejando todo listo para la siguiente jornada.

—Muy bien, ¿y ahora qué?

—No lo sé. Las coordenadas nos traen hasta aquí, pero no sé qué más podemos hacer. Tal vez podamos dar una vuelta alrededor a ver si

encontramos algo sospechoso.

—Cuando dices alrededor, ¿a qué te refieres exactamente? —preguntó extendiendo los brazos y girando sobre sí mismo para hacerle ver a su compañero la magnitud que tenía aquel lugar—. Porque no es como dar una vuelta a una manzana. Este sitio es grande y tiene recovecos.

—No lo sé, vale. Estoy tan perdido como tú. Empecemos por la zona central, por ejemplo, haciendo círculos concéntricos hacia fuera.

—Habría que mirar también las papeleras.

—¿Las papeleras?

—No lo sé, es por sugerir algo —dijo Tracy.

—Bueno, aunque lo digas para aparentar que eres listo, la verdad es que no perdemos nada.

—Muy gracioso. Veo que te vas soltando y voy a tener que atarte en corto. Y por cierto, algo sí perdemos: el tiempo. Te recuerdo que estaba con una rubia deliciosa. Voy a poner un contador y luego le paso la factura al jefe para que me compensen las horas extras. A ver si así termino de pagar el coche.

—¿Cuánto te has gastado en ese inflador de autoestima para hombres cercanos a los cincuenta? —preguntó con sorna Andrew.

—No te pases, gacelita, que te hago una cara nueva. Si me cabreas igual tienes que ir a buscar tus dientes a *Jurassic Park*.

—¿Gacelita? —preguntó divertido.

—¡Céntrate, te digo!

Desde luego, iban perdidos. No tenían ni la menor idea de lo que andaban buscando. Pero a pesar de todo, tenían que intentarlo. Ya que estaban allí, no iban a darse la vuelta sin más.

Decidieron empezar por rodear por la planta baja el edificio en el que estaba la cúpula geodésica donde se celebraban algunas de las exposiciones, por acotar una zona por el momento, puesto que el recinto era muy amplio y se distribuía en varios pisos. Cada uno iría por un lado con las linternas revisando cada rincón por si encontraban algo que les llamara la atención.

Era evidente que la búsqueda podía ser totalmente infructuosa, puesto que no sabían a qué debían prestar más atención.

Se les ocurrió que, si aquello tenía alguna relación con el caso que llevaban, lo cual tampoco tenía por qué ser así, tal vez encontrasen una pieza de puzle escondida en algún lugar. No obstante, eso era demasiado trabajo para tan solo dos personas puesto que dicha pieza era pequeña y podría ser realmente complicado localizarla.

Una media hora después, se encontraron a medio camino, como era previsible, ya que cada uno había iniciado el rastreo desde el lado opuesto.

—¿Has encontrado algo?

—No, nada.

—Creo que estamos perdiendo el tiempo.

—Llevamos solo media hora aquí.

—Pero no sabemos qué buscar. Andrew, lo siento tío, pero cada vez me parece más improbable que hallemos algo. Creo que esta vez sí que se han burlado de ti. Tal vez se equivocaron de buzón.

Andrew se quedó mirándole. Después giró sobre sí mismo, con el objetivo de encontrar alguna pista, algún indicio que le dijera dónde debían mirar.

Entonces vio algo que le impulsó a intentar algo más antes de abandonar. Era una corazonada. Ya que habían llegado hasta allí, ¿por qué no intentar algo más?

—Mira eso, Spence —dijo, indicando una pancarta.

—¿Qué quieres que vea? —preguntó sin saber a qué se refería.

—Ahí, en la segunda planta. El cartel de la exhibición que se llama *Bodyworks*.

Su compañero le miró comprendiendo por fin.

—Vale, creo que sé a qué te refieres. Te aviso de que estamos dando palos de ciego, pero creo que sigo tu razonamiento. Si esto tuviera algo que ver con nuestro caso, algo de lo que no estamos ni remotamente seguros, si alguien nos ha traído hasta aquí y nos ha dejado un mensaje, podría estar en la exhibición relativa al cuerpo

humano.

—Es lo que pienso.

—Vamos allá. Pero debemos considerar que puede estar en el interior, no en el exterior, así que tendremos que entrar.

—Pues más nos vale que esté algún guardia de seguridad por allí.

Subieron a la segunda planta. Primero inspeccionaron el exterior, por si hallasen algo. Sin embargo, solo vieron tickets desperdigados por el suelo y algún envase de snacks, no parecía haber nada que les interesara. Spencer se dirigió a la puerta de entrada y comenzó a dar golpes y a gritar.

—¿Qué haces, tío? —preguntó alarmado Andrew.

—Conseguir que vengan los de seguridad. Tienen que habernos visto en los sistemas de vigilancia merodeando y no ha venido ni dios. Como se pongan tontos les digo que voy a poner una queja por su ineficacia.

Surtió efecto el escándalo que empezó a montar el policía. A los pocos minutos un guardia de seguridad apareció en el interior, que se distinguía

con claridad a través de la puerta automática de cristal.

—Está cerrado, ¿acaso no lo saben?

—Somos policías —dijo Andrew, en un tono más elevado del habitual para hacerse entender a través de esa barrera de cristal.

El detective mostró su placa y le indicó a su compañero que hiciera lo mismo. Este la sacó de mala gana. No le gustaba que le dijeran lo que tenía que hacer.

—¿Qué sucede, agentes? —preguntó entonces el guardia en cuanto abrió.

—Detectives —puntualizó Tracy.

—Buenas noches. Como acaba de decir mi compañero, somos detectives del departamento de policía. Yo soy Andrew Davis y este es Spencer Tracy.

—¿Spencer Tracy como el actor? —cuestionó el guardia sorprendido.

Spence estaba cansado de aquella pregunta tan recurrente que había oído cientos de veces en su vida. Debería estar acostumbrado, pero todo dependía de quien le preguntara y de su estado de ánimo.

—No, el domador de leones.

Andrew cerró los ojos y suspiró, aunque en parte tuvo que aguantarse la risa. Trabajaba con un hombre que a todas luces era incorregible.

—No le haga caso. Disculpe. Necesitamos entrar para echar un vistazo en relación a una investigación abierta. Las últimas pruebas nos han traído hasta aquí.

—Hemos considerado mejor hacerlo cuando no había público, por no alarmar a la gente, ya sabe —aclaró Spencer, recuperando cierta seriedad.

—Nadie me ha dicho que fuera a venir la policía.

—Ya ve. Y sin embargo, aquí estamos.

—Solo será un momento, se lo aseguro —dijo Andrew, poniendo su cara más inocente y su sonrisa más cándida.

El hombre, que andaría por mitad de los cincuenta, emitió una especie de gruñido, como si estuviera considerando qué hacer. Aquello se salía de lo ordinario y no quería cagarla.

—Está bien. Mientras tanto, voy a llamar a mis jefes para comentarlo.

—Lo entiendo.

—¿Qué necesitan ver?

A Andrew se le ocurrió una idea.

—Nos gustaría empezar por objetos perdidos.

Capítulo 19

Rompecabezas

“El arte de la vida es el arte de evitar el dolor”.

- Thomas Jefferson.

La intuición del joven detective dio sus frutos. Había algo en objetos perdidos que era de su interés. Sin embargo, no parecía ser más que otra forma de jugar con ellos. Tras mucho rebuscar entre sudaderas de niños, camisetas, gorras y algunos juguetes, entre otras cosas, hallaron un sobre pequeño en el que ponía Andrew. Supusieron que iba dirigido al detective, a pesar de que no estaba escrito su apellido. Si se equivocaban, lo devolverían lo antes posible.

Le pidieron al guardia un guante o un pañuelo, puesto que ninguno de los dos llevaba encima. Además, le solicitaron que les facilitara un plástico para embolsarlo como prueba. No se arriesgarían a contaminar una posible evidencia que tuviera algún tipo de relación con el asesinato de Mary Hills.

Si es que la tenía.

—Tenemos que llamar al jefe —dijo Andrew.

—Ya lo creo. Tal vez no sea nada, pero no podemos arriesgarnos.

Además, ambos sabemos que no somos sus policías favoritos, así que nos conviene hacer las cosas como es debido o te veo acompañándome en mi siguiente destierro.

El papel del buzón ya estaba cubierto por las huellas de detective, pero con el sobre tenían una mínima oportunidad de sacar algún rastro útil.

Andrew palpaba el sobre a través de la bolsa que les había facilitado el guardia de seguridad. No era capaz de detectar qué había dentro, aunque desde luego esta vez no parecía una pieza de puzle. Era un objeto plano, rectangular, pequeño y compacto. Tendrían que abrirlo en el laboratorio para asegurarse de que no se contaminara.

—Necesitaremos las grabaciones de las cámaras de seguridad —apuntó Spencer.

—Tendrán que hablar con el encargado.

Primero tendría que dar el visto bueno el jefe, puesto que si aquel sobre no contenía nada relacionado con el caso, poco iban a poder hacer.



No hace falta decir el mal humor que se le puso al jefe Petrus con todo aquello. Aquel día, tenía una cena especial debido al cumpleaños de una de sus hijas. Más valía que los motivos de los detectives para arrancarle de la reunión familiar fueran realmente buenos.

Quedaron en verse en comisaría. En función de lo que contuviera el sobre, decidiría si era oportuno o no solicitar las grabaciones de aquel día.

Por suerte, se almacenaban durante tiempo suficiente para poder recuperarlas en cualquier instante.

—Me habéis jodido el cumpleaños de mi hija, así que espero que el puto sobre tenga algo realmente bueno. Mi mujer tiene un cabreo de los buenos, además, porque ha venido su familia y se piensa que me he escaqueado —

les dijo con un humor de perros nada más verles en comisaría.

—Entonces ya puedes darnos las gracias, Adrian.

—Jefe, querrás decir, Spence.

—Detective Tracy, entonces.

—¡Parad ya! Parece una competición de egos —señaló Andrew—. Soy el más joven aquí y hasta a mí me parece ridículo lo que estáis haciendo los dos.

Ambos le miraron sorprendidos.

—Lo siento, jefe, si hemos interrumpido algo importante, pero le aseguro que yo no he solicitado que nadie me dé este tipo de atenciones. Y

se ve que a la mitad de Vancouver le ha dado por tocarle los huevos al policía que volvió tarado de Banff.

—No digas eso, Andrew —dijo el jefe.

—Bueno, es verdad. Me he convertido en el centro de atención de todos los tipos aburridos de la ciudad.

—Si es que con esa carita tan dulce es normal —le dijo Spencer dándole un par de cachetes suaves en la cara y riéndose al mismo tiempo.

—¡Para, hombre!

El otro no hizo más que reírse todavía más.

—No les hagas caso, Andy. Por lo que llevo contigo, que sé que es poco, eres un tío de puta madre y un poli de narices.

—Bueno, se acabaron las tonterías —intervino ahora el jefe Petrus—.

Vamos a ver quién está de guardia en el laboratorio y empecemos de una

vez. A ver si puedo volver antes de que se hayan metido todos en la cama…

—Y te toque dormir en el sofá, ¿no, jefe?

Volvió a reírse a carcajadas. Adrian puso cara de pocos amigos. En realidad, no podía negar que Spence tenía su gracia, pero no quería mostrarse blando con él por el momento.

Sin perder más tiempo, se dirigieron hacia el laboratorio. Lisbeth estaba cubriendo el turno de noche.

—Buenas noches.

—Buenas noches, jefe. Detectives.

Estos le devolvieron el saludo.

—Me han avisado de que necesitaban que extrajera posibles huellas de una prueba.

—Eso es.

Andrew le tendió la bolsa de plástico con el sobre que habían encontrado en el museo el Mundo de la Ciencia, en el laboratorio *Bodyworks*, que era el nombre que recibía esa exhibición.

—También tengo un trozo de papel que apareció en mi buzón, pero veo difícil que haya algo útil ahí, puesto que lo he manoseado.

—Podemos intentarlo.

Se quedaron esperando mientras la de la científica espolvoreaba el sobre buscando huellas. Al poco tiempo, aparecieron dos bien visibles en el sobre que parecían corresponder a los dedos pulgar e índice,

debido a la forma y el tamaño que tenían.

Ella tomó una impresión de dichas huellas y se dispuso a escanearlas para introducirlas en el sistema. Posteriormente, pasó un bastoncillo por encima del sobre, buscando algún tipo de rastro. Por último, procedió a abrirlo. Para ello, lo introdujo en una pequeña urna en la cual se aplicaba calor húmedo para despegarlo. Una vez hecho esto, pudieron abrir el sobre con facilidad con unas pinzas para extraer su contenido. Antes de ello, pasó otro bastoncillo por la zona de pegado, por si había sido adherido con saliva y podían hallar algún rastro de ADN o de cualquier otro componente, biológico o no, que pudiera rastrearse.

Llevó a cabo un proceso similar con el papel en el que estaban escritas las coordenadas. En este caso, enseguida se apreció que estaba cubierto de huellas, tal y como Andrew ya había anunciado con anterioridad. Se notaba que había sido manoseado.

Cuando volcaron el sobre, había una pequeña memoria USB que parecía de propaganda. Fotografiaron la prueba con lentes de aumento. Se fijaron con más atención y comprobaron que la marca publicitaria se correspondía con un laboratorio farmacéutico. Lisbeth volvió a llevar a cabo el mismo proceso anterior, para procurar extraer alguna huella y algún resto. Estaba limpio.

Todos comprendían la importancia de ceñirse a aquellos procedimientos para salvaguardar cualquier tipo de prueba que pudiera ser relevante. No obstante, era innegable que resultaba tedioso e implicaba una notoria inversión de tiempo.

Debido a la experiencia que tuvo anteriormente Andrew con la pieza de puzle y el código QR, decidieron que sería mejor que fuera uno de los técnicos del departamento informático quien lo introdujera en uno de los equipos que ellos tenían. Cualquier tipo de precaución era necesaria.

Además, no era descabellado pensar que pudiera contener un potente virus que se introdujera en el ordenador en el que se conectara, así que sería mejor que fuera manejado por manos expertas.

No obstante, aquello tendría que esperar hasta el día siguiente, puesto que no había ninguno en la comisaría en ese momento.

—Pues llámeles —le exigió Andrew a Petrus.

—No hay motivos para sacar a uno de los técnicos de la cama ahora

mismo.

—Puedo llamar a Dylan. Somos amigos. Seguro que no le importa venir.

—Davis, he dicho que no. No pienso estar pagando horas extras sin motivo y que luego se me echen encima los de arriba. Lo creas o no, yo también tengo jefes y me gusta tenerlos contentos. Mañana a primera hora lo vemos. Es momento de irse a casa.

Capítulo 20

háblame de tu dolor

“Si tuviera la posibilidad de elegir entre la experiencia del dolor y la nada, elegiría el dolor”.

- *William Faulkner.*

Eran ya cerca de la una de la madrugada cuando decidieron que ya no podían hacer nada más por el momento. El jefe se marchó nada más pronunciar aquellas palabras en las que cerraba la puerta hasta la mañana siguiente. Spence era quien había llevado el coche, así que Andrew dependía de que quisiera llevarle a casa.

—Me debes una cerveza.

—¿No estabas con una rubia? —preguntó con sorna.

—Es verdad. Me debes una cerveza y no estaría mal que me consiguieras una rubia que me calentara la cama.

—Spence, en serio, hablas como un hombre de las cavernas. Dudo mucho que ninguna se quiera acercar a ti ni a cien metros, sobre todo si dices cosas como esa.

—Mira, rubiales, con las tías soy muy dulce. Bajo esta apariencia que ves late un corazón sensible. Estas barbaridades te las digo solo a ti para que espabiles, que te veo muy tierno.

—No voy a contestar a eso. Se me ocurren varios comentarios pero no, creo que este es un buen momento para guardar silencio.

—¡Pero mira que eres gracioso! Venga, sube al coche y ve pensando dónde quieres que vayamos.

—Yo a casa a dormir. Estoy hecho polvo.

—Ya dormirás luego.

—Tenemos turno de mañana, te lo recuerdo.

—Pues habértelo pensado mejor antes de llamarme. Una copa y nos vamos, te lo juro.

En la calle Davie todavía había algunos garitos abiertos, así que entraron en una taberna irlandesa que estaba bastante concurrida. Spencer tenía ganas de conocer cosas de su compañero, especialmente de lo sucedido en Banff. No podía negarse que sentía mucha curiosidad.

Tras unos minutos de conversación intrascendente, decidió que no era momento de dilatar más el tiempo. Spencer era así, le gustaba ir directo al grano. Para su gusto, ya había dado demasiados rodeos.

—¿Por qué le vaciaste el cargador a la tal Juliette Perkins?

Davis pareció atragantarse con el sorbo que estaba bebiendo en ese preciso instante. Desde luego, esa podía considerarse una pregunta directa.

Ni el más mínimo rodeo.

—¿Qué? ¿A qué viene esto ahora? —preguntó el joven detective sorprendido, quien no esperaba en absoluto ese giro en la conversación.

—Mira, Andrew, he estado leyendo muchas cosas sobre ti y empiezo a hacerme una idea de quién eres y cómo eres, ¿vale? Pero no me cuadra que le vaciaras el cargador, cuando no habías disparado tu arma jamás en acto de servicio. En Toronto eras ejemplar, con un expediente intachable, excelentes notas en criminología y llegaste aquí de vuelta de todo. Hasta Banff. No me creo lo de la enajenación transitoria y sé que tú tampoco. Y

ambos sabemos que no necesitabas disparar a la sospechosa para controlarla. Tú tenías un arma de fuego y ella un cuchillo.

—No voy a hablarte de esto —contestó con la respiración agitada y una expresión cortante en el rostro.

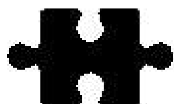
—Muy bien. Lo entiendo. Igual piensas que todavía no puedes confiar

en mí. Te hablaré yo de mi experiencia entonces. Porque yo también he matado a alguien, Andrew. No tienes que decirme que es algo que te cambia para siempre porque de sobra lo sé. Es imposible volver a ser el mismo después de haber arrebatado una vida. Se te jode algo por dentro. En ese momento es como si escucharas un crack que escinde quien eras de quien serás a partir de ese instante. Es duro, joder. Pero, ¿sabes qué? Hay que empezar a reconstruirse y cuanto antes mejor. Las dos partes no volverán a encajar a la perfección jamás, pero con suerte, trabajo personal y valor para afrontarlo, al final puedes pegarlas y que se mantengan más o menos unidas.

—Estoy bien.

—Eso cuéntaselo a tu psicólogo, si quieres, pero conmigo te puedes desahogar. A mí no tienes que contarme cuentos chinos, porque ya me los conozco y yo no tengo tu futuro como policía en mis manos.

Andrew apretó las mandíbulas. Muchas veces acudía a su mente esa imagen. Trataba de apartarla, pero no siempre tenía éxito al hacerlo. El



dolor. La rabia. La culpabilidad. El desastre. Todo volvía en una oleada que le hacía tambalear.

La locura, tal vez no real, pero sí algo parecido a ella.

Aprietas el gatillo.

Y ya no puedes parar.

El humo saliendo por el cañón.

El olor a pólvora quemada.

La grieta se ha abierto y por ella se escapa, en cierto sentido, la vida. Tu vida.

Spencer percibió con claridad el sufrimiento de su compañero. Era un buen chico, ya se había dado cuenta. Quería hacer las cosas bien. Y

arrastraba una pesada carga que le estaba ahogando.

—Mira, déjalo. Hoy no vamos a hablar de ello, pero no lo voy a dejar

estar. Si no hubiera pasado por tu situación, no insistiría, pero sé lo que es, conozco tus sensaciones. Y sé que es bueno comentarlo de compañero a compañero, entre dos iguales, sin que nadie te evalúe dispuesto a dictaminar si estás o no en tus cabales. Mientras tanto, vamos a hacer una cosa, voy a ayudarte con lo de tu psicólogo, ¿vale?

—¿A qué te refieres?

—A que vamos a investigarle a fondo, tú y yo. No es necesario que lo sepa nadie más. Si confirmamos tus sospechas, vamos a por él. Pero si no encontramos nada, te olvidas, agachas la cabeza y colaboras en la terapia.

¿De acuerdo?

Andrew asintió. Le parecía un buen trato.

—¿Cómo vamos a hacerlo?

—Bueno, ya sabes, conozco a unos tipos que conocen a otros tipos que pueden hacerlo. Mejor no hagas demasiadas preguntas. Son de esas cosas que al jefe no le gustan. Es decir, yo hago la vista gorda con ciertos aspectos y me gano la confianza de gente que me puede ayudar en otros momentos porque me debe algún que otro favor.

—¿Qué pasó para que te mandara a Calgary?

—De eso nada. Tú no hablas, yo tampoco. Otro día con otra cerveza nos confesamos, ¿de acuerdo?

—Doc, me gusta que mis invitados sean colaboradores. Depende de ti la cantidad de dolor que estés dispuesto a soportar.

—Colaboraré. Haré lo que sea. Ya te lo he dicho. Por favor, por favor…

—Muy bien. Así me gusta. Háblame entonces de tu dolor. Dónde se localiza. Qué te hace sentir. Cómo puedes soportarlo. Qué haces para seguir adelante sin prestarle atención.

—Es que no te entiendo. No sé qué tengo que responder a eso. ¡Por dios, no comprendo lo que dices! —gritó desesperado.

—Sssssssssh —siseó aquella voz profunda—. No grites. No hagas que sea más difícil. Es una tarea simple, llana. No requiere preparación. Solo tienes que sentir y expresarlo, dejar que las palabras fluyan.

Estamos aquí para transmitir un mensaje.

—Está bien. Me duelen las muñecas y los tobillos. Noto que se me desgarra la piel y escuece. Mi cuerpo necesita moverse. Estar sentado me está matando, me siento incómodo.

—No me refiero a esto y lo sabes. Eso es demasiado evidente. Hablo del otro dolor. Del que te infliges por tu culpa.

—No… no sé…

—Sí, ahora lo entiendes. Lo veo en tus ojos. Ya sabes lo que quiero.

Tienes que contárselo a la cámara. Que el mundo lo sepa. Las pastillas que tomas para poder dormir porque tu conciencia no te deja. Porque has causado mucho sufrimiento a otros y ahora tú también lo sientes. Estás aquí porque tú lo has elegido.

Capítulo 21

No lo entiendo

"Mientras más profundo cave el dolor en vuestro corazón, más alegría podréis contener".

— *Gibran*

Andrew no pudo apenas pegar ojo aquella noche. No solo por la conversación que tuvo con Spence, sino porque la curiosidad le carcomía.

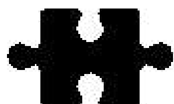
Sabía que no podía hacerlo y que sería la mayor estupidez, pero le habían dado ganas de ir a comisaría e introducir aquella memoria USB en su ordenador para averiguar de una vez qué demonios contenía.

Así que se levantó temprano. Conocía el horario de los del departamento de informática y sabía que no le serviría de nada llegar allí tan pronto, aunque tal vez ya hubiera un resultado para las huellas que habían extraído del sobre, algo que también le mantenía intrigado. Si estaban en el sistema, podrían empezar a investigar al propietario de las mismas y, por qué no, establecer una relación con Mary Hills.

Finalmente, se puso ropa de deporte y cogió las llaves del coche. Se dirigió a la bahía Inglesa, para correr por la playa. Dejó su vehículo en el aparcamiento que había cerca del famoso Inukshuk, uno de los

símbolos más reconocidos de Canadá. Correría por la arena hasta llegar a Stanley Park y allí decidiría por dónde continuar, si internarse en la zona del bosque o seguir bordeando la península por el asfalto mirando el mar.

Mientras trotaba, pensaba en cuánto había cambiado su vida en un corto espacio de tiempo. Había dejado atrás muchas cosas, entre las que se contaba sin duda una etapa que había sido dichosa. Una vida que sintió que no merecía. El traslado desde Toronto había sido impulsivo, motivado por el miedo, la culpa y el dolor de saber que una persona joven como aquel chico con el que había hecho aquella guardia nunca volvería a tener una vida normal. Se sentía responsable de no haberle protegido, de haberle fallado. Trató de refugiarse en una abulia falsa y fingida que había terminado con Sharon en sus brazos desangrándose. No sabía cómo orientar su vida después de aquello. No había lograda convencer a su jefe de su necesidad de trabajar solo como única forma que se le ocurría de no fallarle a nadie más.



Las consecuencias de sus actos solo le correspondía afrontarlas a él. Sin embargo, el jefe Adrian Petrus había conseguido algo que creía imposible.

Había logrado que disfrutara tanto trabajando con su nuevo compañero que no había vuelto a pensar en hacerlo solo. De hecho, lo primero que hizo cuando encontró aquel pequeño trozo de papel en el buzón, había sido llamarle a él. Impensable tan solo unos días atrás.

Spencer Tracy le parecía un hombre singular y, en cierto sentido, enigmático. Suponía que, al menos en parte, ese carácter tan desenfadado se debía a que ocultaba algo que no quería dejar salir. De hecho, se había comparado con Andrew cuando le dijo que él también había matado a alguien y eso le cambió para siempre. Pero el detective Davis no quería confesar de nuevo delante de nadie, ni siquiera de sí mismo, que si se viera en la misma situación, volvería a actuar igual y mataría sin piedad a Juliette Perkins, más conocida como la Asesina de las Lágrimas.

¿Se había convertido en un monstruo?

Confiaba en que no. Pero desde luego tenía claro que, a veces, el dolor puede ser tan grande que no te deja opción.

Al final, llegó a comisaría más tarde de lo esperado, puesto que la carrera se había alargado más de la cuenta y el tráfico no había ayudado tampoco a ganar el tiempo de más invertido.

—¡Mira a quién se le han pegado las sábanas esta mañana! —exclamó su compañero.

Andrew no podía evitar preguntarse si aquel hombre tendría sangre maorí, puesto que desde luego su color de piel y su constitución, le recordaba a los aborígenes neozelandeses. Tal vez algún día se lo preguntara.

—Me he levantado temprano. El problema es que he salido a hacer deporte y se me ha ido el tiempo. De todos modos, no he llegado tarde.

—Ni pronto.

—Dejémoslo, Spence, que no me ha dado tiempo a desayunar y vengo sin humor.

—¡Cualquiera te aguanta sin azúcar en el cuerpo! En cuanto los de informática nos digan lo que hay en el USB, nos vamos a por unos cafés y

unos dónuts, ¿qué te parece mi idea?

—Excelente. No veo el momento de que llegue.

En ese instante, se asomó Dylan de la sala de informática y les hizo una señal para que se acercaran. Ambos se encaminaron en esa dirección sin esperar un segundo.

—No te he visto al llegar, Andrew. Me ha extrañado. Espero que no sea debido a las malas compañías —dijo no sin intención mirando a Spencer.

—No te pases, rarito, que contigo no tengo ni para empezar —dijo el detective Tracy, haciendo amago de darle un puñetazo como si fuera un boxeador, lo que hizo reír al otro.

—Acabo de llegar ahora mismo. He salido a correr esta mañana y se me ha ido el tiempo sin darme cuenta. ¿Tenéis algo?

—Sí y no. Es un USB muy corriente, el típico que regala cualquier marca. Tiene una capacidad de tan solo 512 megas, lo que viene

siendo una basura hoy en día.

—¿Y no había nada dentro? —preguntó el detective Tracy.

—Sí, claro. Algo hay. Espero que a vosotros os diga algo, porque a mí me ha parecido una cosa absurda.

Entonces contemplaron en la pantalla un archivo de audio. El informático le dio a reproducir.

"*¿Hasta dónde puede llevarte tu dolor?* "

La voz parecía ser grave, muy profunda, aunque era evidente que había sido distorsionada. La grabación se cortaba justo ahí. Nada más que tres segundos.

—¿No hay más? —preguntó extrañado Andrew.

—No. Eso es todo.

—¿Habéis limpiado el archivo para separar los sonidos de fondo?

—Sí.

—¿Y?

—Nada. Limpio.

—No lo entiendo —señaló Spencer, encogiéndose de hombros.

—El vídeo que yo vi decía "*¿qué nos dice su dolor?* ". Estoy convencido de que era la misma voz.

—Bueno, con los distorsionadores pueden sonar de forma muy parecida.

De eso no te fíes —aseveró el informático.

—Aun así. El mensaje es muy parecido. Tiene que estar conectado. Es más, no es que tenga que estarlo, sino que ahora sí podemos decir que está

relacionado con nuestro caso. El puto psicópata está jugando con nosotros.

Tenemos que averiguar quién es y pronto.

Spencer observó cómo se le hinchaba una vena en el cuello.

Comprendía su enfado, porque si tenía razón, el asesino de Mary Hills le tenía buscando las pistas que le iba dejando por la ciudad, como si fuera un *scape room* de tamaño gigante. Los juegos solo son divertidos cuando tú decides si quieres participar. A Andrew se lo habían impuesto.

—Tenemos que hablar con el laboratorio, a ver si ha habido suerte con las huellas.

—Gracias, Dylan.

—De nada, para lo que necesitéis. Espero que os sirviera lo que encontré en el ordenador de la víctima, por cierto.

—Pronto lo sabremos.

Se dirigieron hacia el laboratorio. La joven técnica que les atendió la noche anterior, había terminado su turno. No obstante, otra persona se había hecho cargo.

Tenían una coincidencia.

Capítulo 22

Dolor

“Todo hombre se parece a su dolor”.

- André Malraux.

Manifiesto

Nadie conoce qué límites puede llegar a rebasar hasta que sufre de verdad. El dolor es una unidad de medida única e incomparable. Cuando llega, lo hace arrasando con todo, desmontando el castillo de naipes que es nuestra personalidad, deshaciéndose de cualquier obstáculo que le robe la atención. Hace que todo se vuelva relativo en torno a él, minúsculo e insignificante. Te roba la capacidad de pensar, hace que te olvides de los convencionalismos y hasta de lo que es o no moral.

La ética se diluye.

Los valores se difuminan.

El autocontrol se vuelve una ilusión.

El dolor manda.

Es el gobierno de la angustia.

En el momento que el dolor es tan fuerte que te desgarra, solo quieres gritar y sacar de dentro toda la masa infesta que vuelve la realidad una pesadilla. Necesitas liberarte, soltar esa carga que te asfixia y que vuelve el mundo un lugar inhóspito en el que no existe el silencio porque tu dolor te grita. Aplastarías al que tienes enfrente, le machacarías si fuera necesario, si así consiguieses hacer desaparecer ese dolor fiero e indomable que te subyuga y te sujeta entre sus garras.

Hasta que no llega a ti en una intensidad tal que no te permite pensar, no eres capaz de saber tus límites, de definirlos con una claridad inimaginable. Las líneas rojas se difuminan hasta hacerse casi invisibles, rebasándolas con cada oleada de dolor. No creerías de qué puedes ser capaz. Te domina, te somete, hace que no veas más allá, porque lo que hay ahí fuera no existe sino bajo su eco.

¿Qué te dice tu dolor?

Escúchalo.

Tiene una historia que contar.

Capítulo 23

Huellas

"Detrás de cada cosa hermosa,

hay algún tipo de dolor".

- Bob Dylan.

Cuando vas a recoger unos resultados, nunca sabes bien qué esperar. Y

a pesar de ello, a pesar de que los detectives Davis y Tracy estaban preparados para cualquier cosa, lo que les dijo el analista resultó ser toda una sorpresa. La cara de ambos reflejaba de forma transparente lo que pasaba por sus mentes.

—¿Estás seguro? No os habréis equivocado al procesar las evidencias de otro caso, ¿verdad?

—No, segurísimo. La identidad que figura en esa hoja corresponde a las huellas tomadas en el sobre que le facilitasteis a Lisbeth Gallagher, que era quien estaba anoche de guardia. Por cierto, coinciden con alguna de las que había también en el papel.

Andrew se quedó boquiabierto. Literalmente.

—Es que no tiene demasiado sentido. Es decir, si no te he entendido mal, según este informe, Henry Henderson, el médico cuya desaparición fue denunciada ayer por su esposa, es quien me dejó el papel en el buzón y ese sobre en el Mundo de la Ciencia.

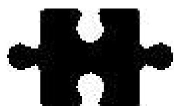
—Eso parece. Hemos podido cotejar las huellas gracias a que habíamos metido previamente en el sistema las que se recabaron cuando se hizo el documento de identidad del médico, puesto que la unidad que ha iniciado la investigación, necesitaba compararlas con las demás que encontraran al buscar rastros en su casa y en su despacho. Supongo que, de no ser así, no habrían saltado, puesto que no está fichado.

—Puede que el bueno del doctor no haya desaparecido, sino que haya hecho algo malo y haya elegido irse, al fin y al cabo —apuntó Spence.

—¿A ti eso te suena verosímil? —le preguntó Andrew a su compañero con extrañeza.

—Verosímil, sí, pero no me lo creo. Aquí pasa algo raro.

—Me alegro de no ser el único que piensa así.



Los dos hombres acababan de relatarle al jefe los últimos hallazgos y compartieron con él sus dudas. Él también se mostró extrañado.

—¿Conoces de algo al médico, Andrew? —preguntó Adrian Petrus.

Tal vez porque los dos habían tenido ciertos problemas con el jefe en el pasado, decidieron que sería buena idea mantenerle informado de cada paso que dieran.

Mientras no fuera necesario ocultarle nada.

Se estaban comportando de manera ejemplar. Si todavía estuvieran en el colegio, desde luego pasarían por los empollones de la clase.

—No, de nada. Desde luego no me suena, ni el nombre ni la cara. No sé qué interés podría tener en dejar el papel en mi buzón y montar todo este circo para localizar un sobre que no nos dice gran cosa. Al menos, de momento.

—Tal vez conociera a la víctima del asesinato de Stanley Park. O tal vez sea el que está detrás del asesinato.

—¿Y para qué dejarme esa pista? Es absurdo que se implique a sí mismo en la investigación de un asesinato, ¿no? Y encima que nos deje unas huellas tan claras.

—De momento, todo es circunstancial. Además, si fuera así, se ha empeñado en hacernos creer que ha desaparecido. Así se auto exculpa.

—Nada de esto tiene sentido.

El jefe les miraba escuchando atentamente. No, nada de aquello parecía tener demasiado sentido, no podía rebatir esa idea.

—Hablad con Drac, que es quien está llevando ese caso junto con Katia

—sugirió Adrian—. Ellos pueden contaros al detalle lo que han averiguado hasta el momento. Al menos, eso explicaría de dónde salió el *pendrive*, ¿no es así?

—Se lo pudo dar un visitador médico —teorizó el detective Tracy.

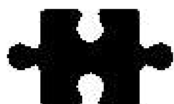
—O lo pudo coger en algún congreso o algún evento de medicina —

completó Andrew.

—Esa es otra opción.

Hubo un silencio momentáneo, mientras los tres reflexionaban sobre todo aquel galimatías.

—¿Algún avance real en el caso del asesinato?



—Por el momento no, jefe. Vamos a seguir investigando lo que hallaron los informáticos en el iPad de la víctima y seguimos a la espera de que los de la compañía de teléfonos nos hagan llegar el

registro. No obstante, estoy convencido de que con esto que acabamos de averiguar podremos avanzar.

No en vano tanto en el vídeo, como en la propia víctima o en el audio aparece la palabra dolor. Ahí puede estar la clave. Quizás alguien que está sufriendo a causa del doctor y por algo que hizo Mary Hills. No lo sé, pero el dolor parece estar en el centro de esta investigación. Creo que es la clave de todo —argumentó el joven detective.

—No te apresures, Davis. Tal vez la relación solo la estés viendo tú y no me gustaría que dejes de ver el caso con objetividad, ¿de acuerdo? No podemos perder la perspectiva —reprendió el jefe.

—Claro, señor. Comprendo que no se fíe respecto a lo que vi y escuché en el vídeo, pero sí le recuerdo que Mary Hills tenía escrito en su cuerpo la palabra dolor. Puede que no esté siendo objetivo, pero eso tampoco lo podemos obviar.

—En eso tiene razón el chaval.

—No soy un chaval, Spence —señaló molesto—. Tengo más de treinta años, ¿sabes?

—Pues eso, un chaval.

Tanto Drac Smith como Katia Salesman estaban en la comisaría a esa hora. Eso facilitaría algo las cosas, puesto que podría resolverles varias dudas. Spence y Andrew se acercaron a ellos.

—Nos ha dicho Petrus que estáis con la denuncia que puso ayer la mujer del doctor Henry Henderson, ¿no es así? —preguntó Davis.

—Sí. Por el momento, nos encargamos solo nosotros dos. Esperemos que podamos localizarle pronto y llevarle de vuelta a casa.

—¿Qué tenéis hasta el momento? ¿Habéis averiguado algo? —interrogó Spencer esta vez.

—¿Por qué? —preguntó Drac Smith intrigado. Todavía no comprendía qué interés tenía su investigación para los dos detectives.

—Porque creemos que nuestro caso y el vuestro se han cruzado —

aseveró Andrew.

—No exactamente —puntualizó Spence mirando a su compañero con un atisbo de reprobación. Le parecía que estaba dando ciertas cosas

por sentado—. Todavía no podemos decir tanto, pero cabe la posibilidad. No obstante, ayer aquí mi compañero, encontró en su buzón un papel con unas coordenadas en las que están las huellas de vuestro desaparecido.

—¿Qué coño? ¿Un papel con unas coordenadas?

—Sí. Eso nos condujo hasta el Museo del Mundo de la Ciencia y allí localizamos un sobre en el que el laboratorio también ha identificado las huellas del médico. Por eso, nos interesaría conocer qué habéis averiguado hasta ahora. No tiene mucho sentido que le dejen a mi colega eso en su casa si no es porque las dos investigaciones tienen algo en común.

—Entiendo —dijo el detective Smith—. A ver, de momento, no mucho.

Ya sabéis cómo va esto. La denuncia la puso la mujer ayer por la mañana.

No habían pasado ni veinticuatro horas, pero nos hemos puesto con ello porque el volumen de trabajo lo permite, de momento. Hemos empezado por lo de siempre: preguntar a la familia, a los amigos, en el trabajo…

Nadie dice haber notado nada extraño en el buen doctor. La mujer sí dice que, desde hace poco, echa más horas y regresa a casa más tarde de lo acostumbrado. Hay noches incluso que sale a atender a algún paciente o alguna urgencia, lo cual no solía ser habitual. Es uno de los asociados de una clínica privada y pasaron ciertos apuros económicos en su momento. La mujer achaca a eso las horas extra. De un tiempo a esta parte, por cierto, su economía ha mejorado significativamente.

Aquello despertó una alarma tanto en Spencer como en Andrew. Ambos detectives se miraron, como leyéndose el pensamiento. En el caso de Mary Hills, los amigos también comentaron que su nivel de vida había mejorado significativamente, lo cual cuadraba con lo encontrado por Dylan en el iPad Mini. En dicho dispositivo, hallaron el acceso a una cuenta bancaria a nombre de otra identidad en la que había ingresos significativos en fechas concretas que tal vez se correspondían con algún tipo de trabajo. Habían logrado verificar que la fecha en la que compró el Lexus coincidía con un reintegro del valor aproximado del vehículo.

—¿Habéis revisado ya sus cuentas para comprobar lo que os dijo la esposa? —se interesó Spencer, adelantándose a lo que iba a preguntar

precisamente su compañero.

—Estamos en ello —contestó la detective Salesman en esta ocasión—.

Ya hemos solicitado la orden. Como os hemos dicho, llevamos veinticuatro

horas con el caso y no tenemos claro que haya desaparecido. Su vehículo no está y no hemos encontrado ni su cartera ni su móvil. Estamos siguiendo las pistas, pero todavía no podemos descartar que se haya ido por su propio pie.

Estamos tratando de averiguar si había relaciones extra matrimoniales, entre otras cosas. Ya sabéis, un clásico.

—¿La mujer qué ha respondido a eso? A que insinuéis que se ha ido, sin más, porque supongo que no os habrá contado nada acerca de si tenía alguna amante. Sería la última en saberlo —supuso Andrew.

—Bueno, ella no da crédito a que su marido se haya largado sin más —

comentó Drac—. Pero todos sabemos que no sería la primera vez que los familiares no quieren creérselo. Es pronto para deciros mucho más. Si os parece, si averiguamos algo relacionado con los motivos por los cuales te dejó aquello en el buzón o cualquier cosa, os lo hacemos saber.

—Estaría genial. No obstante, estamos pendientes de visualizar unas grabaciones de seguridad del lugar en el que dejó el sobre. Si le encontramos en ellas, os avisamos —ofreció el detective Davis.

—Sería estupendo. Gracias, chicos. Estamos en contacto entonces.

Spencer y Andrew se dirigieron a sus mesas, las cuales estaban contiguas, para hablar de la última conversación que habían mantenido con sus compañeros.

—Como mínimo, me parece sospechoso —señaló Andrew.

—¿Y qué sugieres? ¿Cuál es tu teoría? ¿Crees que el doctor es el que está detrás de la muerte de nuestra primera víctima? A mí eso me parece demasiado evidente. Tanto andar con juegos de pistas y luego nos deja sus huellas en el sobre.

—No lo sé. Es posible, ¿no? O tal vez solo quería mandarme un

mensaje.

—O es la siguiente víctima.

Andrew reflexionó. No le hacía gracia esa hipótesis, pero estaba claro que era una posibilidad que no debían descartar.

—Pero, entonces, ha cambiado el *modus operandi*. No me ha enviado otra pieza de puzle.

—Claro que sí. Te ha mandado una pista de un rompecabezas. Quizá no siempre sea una pieza de puzle. Al fin y al cabo, te dejó una hoja con una ubicación que nos llevó a buscar otra pista.

—Pero no hay vídeo. No me muestra que ha secuestrado a otra persona.

No me muestra su dolor, como hizo con Mary Hills.

—Todavía.

—¿Qué quieres decir?

—Según tú mismo dijiste, has estado recibiendo mucha mierda desde el caso de Banff. Cartas, fotos, regalos y demás. ¿Y si te mandó algo a lo que no prestaste atención porque no sabías que era un mensaje? Ahora estás más alerta. Tu atención está orientada a buscar cualquier tipo de pista porque viste ese vídeo y la mujer ha sido asesinada. Si el papel que encontraste ayer en tu buzón lo hubieras visto un par de semanas antes, seguramente habría acabado en la papelera.

—Es posible.

—Eso pensaba. Por tanto, puede que antes de la pieza de puzle con el código QR te mandara también otro mensaje, solo que tú no lo entendiste como tal.

El detective Davis trataba de hacer memoria. Spencer observó su cambio de expresión. Con lo que ya llevaba encima, esto no le venía bien.

Podía empezar a pensar que era culpa suya y que podría haberlo evitado.

Tenía que impedir que sus pensamientos fueran por esos derroteros.

—No se me ocurre nada —señaló Andrew mientras sus ojos se movían

inquietos, como si verdaderamente estuvieran buscando la información que les faltaba en su memoria.

—Bueno, eso es lógico. Incluso es posible que ni te lo entregaran en su momento o que el sospechoso esté cogiendo confianza y haya decidido subir la apuesta. Seguro que se divierte con el desafío.

—¿Y por qué hace todo esto?

—No lo sé. Tendremos que averiguarlo.

Capítulo 24

Cámaras

“¿Quién podría afirmar que una eternidad de dicha puede compensar un instante de dolor humano?”

- Albert Camus.

Debido a los últimos acontecimientos, se vio necesario revisar las grabaciones de El Mundo de la Ciencia. Al estar las huellas del médico en el sobre que localizaron allí, cabía pensar que habría pasado por el museo en algún momento del día. Sin embargo, eso entraba en contradicción con la denuncia que había puesto la esposa. Si le había sucedido algo, tal y como ella temía, no podría haber acudido a depositarlo en objetos perdidos. La noche anterior a que Andrew Davis encontrara el papel en el buzón, el médico ya no había ido a casa.

Se abrían distintas posibilidades. Pudiera ser que al médico le hubiera pasado algo o le mantuvieran retenido. Otra opción que todavía se debía contemplar era que se hubiera ido por decisión propia. Por último, podía estar escondido en algún sitio de Vancouver y estar detrás del jueguecito del puzle y de las pistas, lo que lo convertiría en sospechoso. Gracias a que dos de sus compañeros de la policía estaban con la denuncia de desaparición que había interpuesto la esposa, había una parte de la investigación que ya estarían haciendo y que les sería muy útil.

Sería necesario conocer sus últimos movimientos e investigar sus relaciones personales y profesionales por si se había producido alguna desavenencia o, simple y llanamente, estaba metido en algo turbio que no había salido bien y eso le había impulsado a huir.

Andrew y Spence iban hablando en el coche sobre todo aquello. Ahora que conocían lo de las cuentas ocultas de la víctima de asesinato, es decir, de Mary Hills, tendrían que investigar de dónde procedían esos ingresos y a qué eran debidos. Era obvio que llevaba a cabo alguna actividad ilícita pero… ¿relacionada con qué?

—Deberíamos pedirles a Katia y a Drac que investiguen la economía del doctor Henderson y que busquen si estaba metido en negocios ajenos al de

la medicina. Bien podría estar pasando algún tipo de droga, por ejemplo —

sugirió Andrew.

—Bueno, bueno, paso a paso que pareces un galgo. Debe ser el ímpetu que da la juventud. Nosotros tenemos que investigar lo nuestro, ¿eh? Ya estás dando por hecho que están los dos casos relacionados y no hay ni el menor indicio de ello. Bueno, algún indicio sí, pero no podemos perder la perspectiva. Ya te lo ha dicho el jefe también.

—No lo doy por hecho, pero podría ser. No perdemos nada por adelantar trabajo —insistió el detective Davis.

—Sí, claro que sí. Perdemos mucho porque perdemos tiempo y tenemos que atrapar a un asesino. Hay que seguir investigando lo que tenemos claro, los hechos irrefutables y, por el momento, lo único que lo es, es que han asesinado a una mujer.

—Entonces, doy por hecho que a ti no te parece que haya relación alguna entre la pieza de puzle que me mandaron con el vídeo en el que preguntaban acerca del dolor, la víctima con esa palabra concreta escrita y el audio que contenía el sobre con las huellas del doctor en el que se preguntaba, una vez más, por el dolor. Pues entonces es que todos tenéis razón y se me ha ido la olla.

—No es lo que he dicho. ¡Coño, rubiales! No es todo o nada, blanco o negro, ¿sabes? No te pongas tan suspicaz. Digo que hay que ir paso a paso.

Yo también veo la conexión, obviamente, pero no me quiero dejar influir por ello. Si nos cegamos, tal vez seamos víctimas de una maniobra de distracción. Y en ese caso, entonces sí que le dejamos que nos maneje a su antojo. Tenemos que ser más listos. Tenemos que aprender a ver por encima de las nubes, ¿me entiendes?

Miró de reojo a su compañero. Parecía que estaba considerando lo que le acababa de decir. Le parecía un detective ambicioso y espabilado, con ganas de hacer las cosas bien, pero había que ayudarle a moderarse. Le parecía mentira que precisamente él estuviera pensando en aquello cuando se había caracterizado en el pasado por sus excesos en el más amplio sentido de la palabra.

Se estaba haciendo mayor.

Y eso no le gustaba.

Spencer llevaba muy mal el paso del tiempo.

Madurar.

Quemar etapas.

Envejecer.

Sin lugar a dudas, eso se debía a una falta de fortaleza de carácter, a pesar de que aparentara justo lo contrario. Era un hombre cuya apariencia era imponente. Muy moreno de piel, con ojos oscuros y penetrantes como una noche cerrada y con el pelo largo y rizado, con esa casi permanente barba de varios días a medio camino de una perilla sin definir. Además, tenía un cuerpo muy trabajado en el gimnasio, lo que le daba un aspecto un tanto fiero teniendo en cuenta el resto de sus rasgos físicos y su forma de vestir. Sin embargo, aquello no tenía nada que ver con su personalidad, pues era un tipo afable y muy sonriente, que no renunciaba a la buena compañía de los amigos.

—Ahora vamos a centrarnos en lo que vamos a buscar en el museo, ¿de acuerdo, Andy?

—No me llames Andy, Spence. Ya te lo he dicho —dijo con tono de mosqueo.

—¿Estás de mal humor o me lo parece?

Andrew se quedó unos segundos pensativo. ¿Lo estaba? No lo podía asegurar. Pero tenía razón en que no era su mejor día.

—No sé. Tal vez. Supongo que es por todo esto. No me gusta sentirme el centro de movidas como estas. Estoy cansado de ser el objetivo de pirados, no te voy a engañar. No creo haber hecho nada para merecerlo.

—Me hago cargo. Pero esto lo vamos a resolver, ya lo verás. Y que quede claro que voy a seguir llamándote Andy porque te he cogido cariño.

Si no estás de acuerdo, tendremos que resolverlo en un cuadrilátero.

Deberías pensártelo, porque al menos peso diez kilos más que tú, que eres un peso pluma.

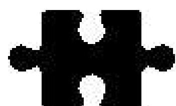
Andrew le miró desconcertado. Estaba de broma, suponía. Le miró y Spence hizo un gesto como si le fuera a golpear.

—No te distraigas, tío, que vas al volante.

—Perdóneme usted, don perfecto.

El detective Davis giró la cabeza y miró por la ventanilla, con el único objetivo de que no le viera aguantarse la risa.

—Volviendo al tema del sobre, ya que tú no te centras —bromeó el detective Tracy—, creo que debemos considerar que, tal vez, no lo dejara él en objetos perdidos exactamente. Tal vez lo dejó en otro sitio y otra persona lo encontró y lo llevó al mostrador de información o se lo entregó a uno de los guardias.



—Eso nos dificultaría más encontrar cuándo, quién y dónde dejó el sobre.

—Soy consciente de ello, pero hay que tener en cuenta esa posibilidad.

No parece que quien esté detrás de esto quiera ponérnoslo nada fácil.

Cuando vayamos hasta allí, podemos preguntar antes de ponernos a revisar horas y horas de grabación si alguien lo dejó, por ejemplo, en el mostrador de información.

—¿No nos las van a enviar?

—No. Por lo que le he entendido al jefe, tenemos que revisarlas allí, y si encontramos algo relevante, entonces nos facilitarán una copia para que la filtren nuestros informáticos. Date cuenta de que no tenemos una justificación legal para solicitar los vídeos. Es un gesto amable por

parte del museo. Nos presentamos allí de noche y casi forzamos al guardia a que nos abriera cuando no teníamos una razón clara. Demasiado están colaborando.

—Ya, es cierto. No podemos probar ningún delito con esto. Es una suerte que cooperen.

—Si tenemos la inmensa fortuna de que se vea una cara, solo habría que pasarla por el sistema de reconocimiento facial y quién sabe si eso nos llevará a un sospechoso.

—Bueno, no perdamos tiempo aprovechando que nos hemos levantado optimistas. Aparca ahí que está la entrada muy cerca —señaló Andrew, que acababa de divisar un buen sitio en el que dejar el vehículo.

Una vez dentro del museo, los detectives hablaron con el guardia de seguridad que estaba en la entrada para informarle sobre el asunto que les había llevado hasta allí. Querían empezar a trabajar cuanto antes. Este se puso en contacto con sus superiores y enseguida les indicó que esperasen junto a información, puesto que alguien iría hasta allí para acompañarles al cuarto en el que estaban los monitores que recogían las imágenes que grababan las cámaras de seguridad.

No tardaron demasiado en dirigirse hasta allí. Por suerte, en todo momento el personal mostró buena disposición para cooperar. Se adentraron en la sala de monitores, la cual se encontraba en la planta más alta del complejo que constituía el Mundo de la Ciencia, al final de uno de

los pasillos. Una zona bastante discreta a la que era improbable que accedieran los curiosos.

Les esperaba el jefe de seguridad, puesto que ya le habían avisado de que dos detectives del departamento de la policía de Vancouver se habían desplazado hasta allí. Andrew le indicó lo que necesitaban revisar y este le dio las indicaciones oportunas a uno de los técnicos.

—Vamos a ver si conseguimos algo útil, caballeros. Empezaremos por revisar la cámara uno que es la que está mejor orientada hacia la zona de objetos perdidos. Si necesitan que me detenga en algún punto, me lo dicen sin problema.

—Gracias, señor Brown.

Comenzaron a pasar el vídeo a 4x, es decir, cuatro veces su velocidad

normal, con el fin de avanzar lo más rápido posible. Corrían el riesgo de que se escapase algún detalle, pero era necesario optimizar el tiempo.

—¡Pare ahí! —exclamó el detective Davis.

—Tienes vista de lince, Andy —dijo Spence silbando. Andrew le dedicó una mirada reprobatoria por el diminutivo. Más valía que se fuera acostumbrando.

—Mirad, ese hombre lleva un sobre en la mano.

—Sí, lo veo. Y también parece que lleva guantes.

—¿Puede avanzar un poco más? Despacio, en esta ocasión —solicitó el detective Davis.

—Por supuesto. Vamos a ver —dijo, mientras accionaba los mandos de la consola.

En la imagen no solo se veía cómo depositaba el sobre en el receptáculo, sino que también se apreciaba cómo lo metía bien profundo.

—Tiene que ser nuestro hombre.

—Pero no se le ve la cara. Señor Brown, ¿podríamos ver esto desde otro ángulo? —le pidió Andrew, tratando de conseguir la máxima información posible.

—Vamos a intentarlo.

Entonces cambió de cámara y adelantó la grabación hasta el minuto exacto que aparecía en la otra pantalla.

Capítulo 25

Respuesta correcta

“El alma resiste mucho mejor los dolores

agudos que la tristeza prolongada”.

- Rousseau.

Después de incontables preguntas y de no poco dolor, el médico terminó por comprender lo que aquel lunático le solicitaba. Quería saber si sentía algún remordimiento por todo lo que había hecho en los últimos meses, si alguna vez pensaba en las consecuencias, en el sufrimiento que había provocado.

Por fin creía conocer el objetivo de aquello y cuál era la respuesta correcta. El secuestrador esperaba que la contestación que diera el rehén coincidiera con su pensamiento, con la estrambótica idea que se había formado y que justificaba todo aquello de una forma incomprensible.

¿Qué te dice tu dolor?

Qué nos cuenta con ese lenguaje especial que se comprende en cualquier idioma, que no tiene dialectos ni modismos, que no atiende a más razones que a las propias.

Duele.

Y cuando duele, ya no atendemos a nada más, porque se convierte en el centro del universo. Hasta un recién nacido comprende lo que es el dolor, a pesar de desconocer prácticamente todo lo demás.

¿Qué te dice tu dolor? Esa pregunta hecha al médico cautivo solo perseguía conocer en qué lugar se reflejaba la culpa que sobrellevaba por no haber hecho lo correcto y haber generado tanto sufrimiento a otros seres humanos.

La cabeza.

La mente.

El cerebro.

El órgano dirigente.

Sí, esa era la respuesta adecuada, la única que encajaba. Sabía que llevaba un tiempo en el que no podía dormir bien. Era el peso de la culpa.

El dolor centralizado en el lugar que rige nuestra vida. La somatización del remordimiento, que se refleja de manera diferente en cada ser humano. En

el caso del médico, no solo había sido la ausencia de descanso

reparador, sino también las cefaleas asociadas, sobrevenidas después de pasar horas pensando acerca de todo lo que podía haber hecho de otra manera.

En su frente iría escrita la palabra dolor, bien grande, en letras mayúsculas, para que no cupiese duda de en qué lugar se localizaba en su caso.

Tendrían que aplicarle anestesia local para hacerlo o el dolor sería insoportable y podría desmayarse. Lo necesitaba despierto, sabiendo lo que sucedía, preparándolo para anticipar el siguiente paso, el cual hacía tiempo que estaba decidido.

Pero antes de todo eso, era preciso grabar el vídeo. Ahora ya estaba preparado. Cogió la pieza de puzle entre sus dedos y se dispuso a serigrafiar el siguiente código QR. Esta vez intuía que el departamento informático de la policía se encargaría de visualizarlo. El detective Davis tendría esa precaución, puesto que no era ningún estúpido. Más bien al contrario, era un joven inteligente al que no era fácil engañar. Lo habían observado en primera persona.

Dejarían esta vez la grabación alojada en una web común, para que pudieran volver a ver el vídeo las veces que quisieran. No les preocupaba.

Habían tomado otro tipo de precauciones que sabían que no les conducirían a nada. Era realmente difícil que descubrieran la identidad de quien estaba detrás por el momento, aun encontrando el usuario que estaba dado de alta.

Llegaría un momento en el que ni siquiera eso importaría. Una vez hubieran dado por finalizada su misión.

Esperaban que prestaran atención a todos los mensajes que estaban enviando, más allá de lo evidente, más allá de lo que se ve de un simple vistazo.

En ocasiones, existe más información escondida entre líneas que en las palabras o las frases directas y desnudas. Hay mensajes que solo se pueden leer con el corazón.

Capítulo 26

Pista

“La alegría y el dolor no son como el aceite

y el agua, sino que coexisten".

- José Saramago.

Se introdujeron en el coche para regresar a comisaría con una de las cintas de las grabaciones en las manos. Se veía con claridad a alguien depositando el sobre en el área destinada a los objetos perdidos. Eso era algo que daba esperanza, aunque fuera mínima. Sin embargo, la alegría duró poco, pues no parecía viable que el reconocimiento facial sirviera para mucho, debido a que había tenido gran cuidado en mantener oculto el rostro. Lo que sí podrían establecer con mayor seguridad era si quien salía en la grabación era o no el doctor. Esto era posible en función del índice de volumen corporal que lograran establecer a través de un programa de ordenador que hacía una estimación tomando como referencia las imágenes de vídeo. No era una prueba irrefutable, pero sí podía ser una pista.

Cada uno tenemos una complexión diferente, así como un modo particular de movernos y unos rasgos específicos que van más allá de nuestra mera apariencia física. Somos capaces de reconocer a una persona por el sonido de sus pasos, su ritmo, su presión, su latencia. En su caso, no podían permitirse prescindir de información que, quién sabía, pudiera significar comenzar a descifrar el enigma.

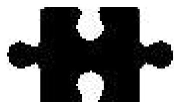
—Todo esto me huele raro. Incluso aunque coincidiera el volumen corporal y la altura con los de Henry Henderson —apuntó Tracy con desconfianza. La forma en la que entrecerraba los ojos corroboraba aquella sensación.

—Bienvenido a mi mundo. Me llevan pareciendo raras la mayoría de las cosas últimamente —señaló con resignación su compañero.

—Dime una cosa, ¿conocías de algo a este médico antes de todo esto?

—interrogó Spence con curiosidad—. Tal vez no lo recuerdas y has ido alguna vez a su consulta o, por el contrario, ha ido a comisaría.

—Sobre lo primero, voy poco al médico, por suerte. Sobre lo segundo, si ha venido algún día, no lo recuerdo, desde luego. No me suena haberme cruzado con el hombre de las fotos que nos enseñaron ayer Drac y Katia,



pero eso no significa nada, puesto que nos cruzamos con infinidad de personas a diario.

—No hemos pensado en buscar un nexo de relación entre la primera víctima y tú, al igual que deberíamos hacerlo a fondo con el doctor. Puede que ahí esté la clave y la estemos pasando por alto. Al fin y al cabo, es a ti a quien te están enviando los distintos mensajes.

No quería pensar en esa posibilidad. Se negaba a creer que otra vez se repitiera lo sucedido en Banff. Tenía que haber otra explicación.

—También podríamos tratar de establecer un nexo entre ellos. Es decir, entre nuestra primera víctima y el doctor.

—No te digo que no. Y lo haremos, por supuesto. Sin embargo, no podemos obviar que tú eres lo único que permanece constante, que de una forma u otra pareces el pivote sobre el que giran estas historias.

—Sigo creyendo que hay que buscar lo que relaciona a la víctima de asesinato con el médico desaparecido —insistió de forma inflexible.

—Pero es que todavía no tenemos la certeza de que ambos estén relacionados, Andy. Salvo porque los dos se conectan contigo de alguna manera, por extraña que sea.

Aparcaron a la puerta de comisaría. Al ser uno de los coches oficiales del departamento, siempre había plazas disponibles en la misma entrada del edificio. Justo antes de entrar, oyeron a alguien que llamaba a Andrew.

—¡Detective Davis!

Se giró a su izquierda de manera instintiva, puesto que era de ese lado de donde procedía la voz. No reconoció a quien le llamaba, debido a que no tenía el rostro a la vista y, además, aquella voz no le sonaba de nada.

—Esto es para usted —dijo lanzando un sobre que cayó a sus pies.

El individuo salió a toda velocidad en una moto. Tenía la matrícula tapada e iba oculto con el casco. No tuvieron tiempo de reaccionar. Cuando quisieron hacerlo, ya se había perdido de vista.

Spencer entró a toda velocidad en las oficinas para buscar todo el material necesario para recoger el sobre sin contaminarlo. La situación le había parecido de lo más surrealista, una de esas que ves en las películas.

La verdad es que comprendía a la perfección que su compañero estuviera

más que harto de toda esa atención. Habría dado lo que fuera en ese instante por pillar al gracioso que le había lanzado el sobre casi a la cara y darle un puñetazo para que se le quitaran las ganas de vacilar a un agente de la ley.

—¿Estás bien? —le preguntó al regresar, al observar que Andrew seguía mirando hacia la dirección por la que había desaparecido el motorista.

—Sí, perfectamente —respondió el joven detective con una expresión en la cara que desde luego no corroboraban sus palabras.

Embolsaron el sobre y se dirigieron al laboratorio. Repetirían el proceso del día anterior cuando Andrew llevó el otro sobre que habían encontrado en el museo el Mundo de la Ciencia, después de seguir la pista que alguien había depositado en su buzón.

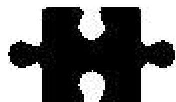
Espolvorearon la superficie y se evidenciaron rápidamente un par de huellas muy claras. Tomaron la impresión de las mismas y las escanearon para introducirlas en la base de datos. El sobre lo abrieron con vapor dentro de una urna especialmente diseñada para ello, repitiendo una vez más el proceso.

Una vez abierto, el técnico del laboratorio tomó unas pinzas para extraer lo que hubiese en el interior con sumo cuidado. La expectación era máxima, aunque los detectives, especialmente en el caso de Andrew, anticiparon lo que podría ser. Sintió que se le revolvía el estómago, una especie de náusea que se presentó de forma totalmente imprevista. Una reacción fisiológica a una emoción. Así de simple.

Por fin, se hizo visible el contenido del sobre.

Una pequeña pieza de puzle con un código QR impreso en su anverso.

Capítulo 27



resultados

“El dolor que no se desahoga con lágrimas

puede hacer que sean otros órganos los que lloren”.

- Francis J. Braceland

Era difícil no dejarse dominar por el miedo en una circunstancia como esa. Lo entendía. Observaba como el médico temblaba y como la desesperación tomaba el control. No lo disfrutaba, pero sabía que era merecido. Dolor con dolor se paga.

Ojo por ojo y diente por diente.

Él no era más que una parte del mensaje. Todos servimos a un bien mayor. El doctor Henderson se había desviado del camino marcado. Había abandonado la senda correcta y ahora era necesario que pagara por sus pecados. Alguien aprendería de ellos. Los que habían sufrido por su causa, serían así vengados.

Todavía no habían llegado los resultados esperados. Poco a poco. Sabía que lo importante no se logra de la noche a la mañana. Quizás el mensaje estaba siendo demasiado críptico. Pero daría tiempo para que lo descifraran.

Se lo merecían. Probablemente algún día se sentirían agradecidos por formar parte de aquello, por ser el medio de comunicación a través del cual todos en aquella ciudad aprendieran la lección. Había que procurar reconducir el camino de una humanidad que vagaba perdida, absorta por un materialismo carnívoro.

El jefe Petrus se enteró de lo que había sucedido rápidamente, sin necesidad de que sus detectives se lo contaran. Había seguido el revuelo desde su despacho y enseguida se dio cuenta de que algo se estaba cociendo en su comisaría. Cuando vio pasar a Spencer Tracy a toda velocidad por delante de él y dirigirse a recoger una bolsa para almacenar pruebas, tuvo el presentimiento de que algo importante debía haber visto.

Spencer no era dado a alterarse ni a ponerse nervioso en las situaciones que a otros policías les habrían llevado al extremo. Ese hombre, por lo demás visceral, tenía un temple asombroso cuando había que actuar en los momentos decisivos. En ese instante, casi se atrevería a decir que estaba alterado.

Salió de su despacho después de decirle a la persona que tenía al teléfono que le llamaría más tarde. Iba a salir a la calle cuando vio que Andrew y Spence ya entraban y se dirigían hacia el laboratorio con celeridad. Por suerte, el edificio contaba con una planta muy amplia en la que se encontraban el mostrador de la entrada, los principales despachos y la sala grande y diáfana en la que estaban la mayor parte de las mesas de los agentes y detectives. Al fondo de esa gran sala, había sendas estancias para el departamento informático y el laboratorio. Este último se distribuía en dos plantas, puesto que la zona de reconstrucción de escenarios y análisis de los objetos más voluminosos se realizaba en el sótano. En la primera planta, por el contrario, llevaban a cabo los análisis de muestras y huellas principalmente.

Llegó a tiempo de ver todo el proceso. Se dio cuenta de que Andrew Davis le miraba con recelo. Supuso que se debía a que sentía la presión propia de encontrarse en un estado de supervisión, el cual finalizaría cuando el psicólogo elaborase el informe oportuno con la reincorporación total a su puesto de trabajo. Ese período empezaba a alargarse demasiado.

Cuando vio la pieza de puzle, un escalofrío le recorrió el cuerpo. Otra vez. Un anticipo de lo que podía venir a continuación. Un nuevo cadáver, tal vez. Aquello empezaba a ponerse cada vez más feo. La presión de los medios de comunicación iba a ser grande. Hasta ahora, habían podido controlarlos, pero cada vez parecía menos plausible que no saltara la alarma.

Una vez que en el laboratorio los técnicos terminaron el análisis y la recogida de muestras, acudieron con la pieza de puzle a ver a los informáticos para que, esta vez, se tomaran todas las medidas oportunas para que no se perdiera el vídeo.

No solo optaron por usar un código fuente que protegía lo que se visualizara, así como unos cortafuegos que impidieran que algún tipo de virus se introdujera en los sistemas informáticos. Además, tomaron la precaución de iniciar la grabación de pantalla en cuanto se abriese lo que fuera que se reprodujese. Incluso fueron un paso más allá, puesto que iban a

grabar con un par de móviles lo que saliera en el monitor del ordenador de Dylan. Cualquier precaución era poca después de lo acontecido la última vez. Una prueba que se había evaporado en sus narices.

—Bueno, ¿estáis preparados? —preguntó el informático con evidente nerviosismo.

—No lo dilates más, Sanders —dijo el jefe, que estaba impaciente.

El informático entonces abrió el lector del código QR y rápidamente se abrió una ventana en el móvil y en su equipo informático, donde se había duplicado la pantalla.

Los resultados no se hicieron esperar.

Todos los presentes contuvieron la respiración por unos instantes, hasta que las imágenes empezaron a desfilar y se grabaron a fuego en sus retinas.

Capítulo 28

Digerir

"Hay dolores que matan: pero los hay más crueles, los que nos dejan la vida sin permitirnos jamás gozar de ella".

— Antonie L. Apollinarie Fée

Por mucho que creas que estás preparado para ciertas cosas, la realidad es que, llegado el momento, no siempre es así. Somos un conjunto de vísceras que se activan ante estímulos imprevistos. Somos emociones en estado puro, vibrantes. Somos esclavos de nuestra vulnerabilidad y de la capacidad para ser impresionados.

Los policías estaban preparados mentalmente para ver algo terrible en la pantalla. Eso creían. Sabían que aquella pieza de puzle, atendiendo a lo que había relatado el detective Davis la primera vez, anticipaba horrores difíciles de digerir. Suponían que lo que se reprodujera en el ordenador, podría ser algo que les conmocionara, sin importar los años de experiencia en un trabajo tan complejo y exigente como el suyo.

Eran tipos duros, pero también humanos.

Eran personas, como cualquiera, impresionables.

En cuanto se abrió la página web y se inició el reproductor de vídeo, se escucharon unos gritos terribles, un desgarro en forma de aullido que solo un dolor insoportable puede provocar. Un alarido desesperado, como el que se escapa raspando la garganta cuando

sabes que no hay escapatoria. Un bramido de quien sabe que no hay marcha atrás.

Los policías palidecieron, conmocionados por una imagen y un sonido que bailaban acompasados con lo que parecía la danza de la muerte. El tiempo se congeló, porque ese instante existiría en ellos para siempre.

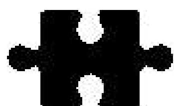
Siete segundos que querrían olvidar.

Siete segundos que serían imposibles de borrar.

Al final de la reproducción, tan solo unas pocas palabras formando apenas tres frases pronunciadas por una voz tan profunda que no parecía real.

"*¿Qué nos dice su dolor? Aún estás a tiempo de salvarle. Solo necesitas prestar atención*".

Todos se quedaron estupefactos. Por unos segundos, nadie supo qué decir. No hubo reacción. El silencio se adueñó de la sala, con ese poder



ominoso que tiene en circunstancias como aquella. Un silencio dominante y posesivo que se adueña de la realidad.

Andrew sintió que la náusea volvía.

Aquello le sobrepasaba.

¿Era un mensaje para él?

Se dirigió al baño.

Todavía les costaría unos momentos reaccionar. Dylan, quizás el menos acostumbrado a presenciar en primera persona ciertos horrores, estaba más pálido de lo habitual, como si la sangre de su rostro hubiera decidido huir muy lejos de allí para no volver jamás.

—¿Estás bien? —se interesó Spence, apoyando una mano en su hombro de forma suave.

—¿Qué ha sido eso? ¿Qué coño ha sido eso? —preguntó el informático

con el gesto contraído por la incredulidad.

Adrian Petrus se frotaba la cara con las manos. En sus más de treinta años de carrera no había tenido que ver nada similar hasta aquel momento.

Estaba descompuesto.

Un poco como todos, al fin y al cabo.

—¿Dónde está Andrew? —preguntó Spencer, de pronto. Le extrañó mucho no verle allí. Ni siquiera se había dado cuenta de que había salido.

—No lo sé —respondió el jefe extrañado, con un tono de voz que denotaba cierta preocupación. ¿Cómo podía haber salido sin que ninguno de los presentes se diera cuenta de ello?

Spencer salió de la sala de medios y recorrió con su mirada toda la sala principal. No había ni rastro de su compañero. Preguntó en alto a los allí presentes, por si acaso se habían fijado en él.

—¿Habéis visto alguno dónde ha ido el detective Davis?

—Le he visto pasar hacia los baños hace unos minutos. Debe seguir todavía allí, porque no le he visto volver, aunque estaba aquí liado con algunas cosas. No puedo decirte más, lo siento.

—Gracias, Frankie.

El detective Tracy se dirigió hacia la dirección que le había indicado.

Cuando abrió la puerta de los aseos, observó que el joven detective estaba

inclinado sobre uno de los lavabos con el grifo abierto. Se mojaba la cara y el cuello. Las gotas resbalaban por su barbilla.

—Ey, ¿cómo te encuentras, rubiales? —le preguntó con un tono ligero, poniéndole una mano en la espalda para reconfortarle.

Andrew cerró el grifo y le miró. Spencer vio en su mirada un dolor inusitado. Su expresión le puso en alerta.

—¿Qué puta locura era esa? —cuestionó con el rostro desencajado.

—Toma, sécate un poco. Te estás empapando la camisa —respondió

con un suspiro, al tiempo que le pasaba varias toallas de papel.

Él obedeció. Spencer notó que, a pesar de que a todos aquello les había impresionado, a él le había afectado, como mínimo, un grado más allá. Le pareció incluso detectar cierto temblor en él. En cierto modo, lo comprendía. El sobre iba dirigido a él. Los horrores allí contenidos tenían un destinatario claro.

—Solo por si acaso se te pasa por esa cabecita loca, te diré que esto no es culpa tuya, Andy —afirmó, tratando una vez más de rebajar el tono de la conversación.

—¿No lo es? ¿Estás seguro? Porque yo tengo mis dudas. Es a mí a quien están mandando toda esta mierda y es a a mí al que le están diciendo que, si presto atención, puedo salvarle. ¿Cómo voy a salvar a un tío con un jodido agujero en la cabeza? ¿Me lo puedes explicar?

—No debes personalizarlo. Es lo que quiere. Que te sientas responsable.

No le cedas ese poder.

—Pues lo ha conseguido —respondió con voz temblorosa.

—Mira, chaval. Escúchame con atención. No estás solo en esto. Somos un equipo. Si eso te lo hacen a ti, me lo hacen a mí, ¿vale? Y seguro que no se las va a querer ver conmigo en uno de mis días malos.

Andrew respiró hondo, sopesando lo que iba a decir a continuación.

Aquello no hacía más que reafirmar aquella idea que llevaba tanto tiempo anidada en su cabeza.

—No somos un equipo. Se acabó, Spence. No voy a arrastrar a nadie más por el fango. Soy yo quien tiene que bregar con esto. Si es a mí a quien quieren, pues estupendo, ahí estaré. Supongo que no me queda otra opción.

Pero no voy a implicar a nadie más.

—¡Y una mierda! Eso no lo decides tú. No voy a separarme de ti, que te quede claro. Yo me tomo muy en serio las lealtades y a un compañero no se le abandona.

—Sí, sí que lo vas a hacer.

El detective Tracy se dio cuenta de que no era un buen momento para

discutir con él, puesto que no parecía tener ni la más mínima intención de atender a razones. Así que dejaría que el tiempo ayudara a amainar ese huracán que se había instalado en el pecho de su joven compañero. Cambiar de tercio era sin lugar a dudas lo mejor en ese instante.

—¡Venga, va! Se estarán preguntando dónde estamos —dijo conciliador, acercándose a él y pasándole un brazo por los hombros para que le acompañara a la sala de medios.

—¡Déjame, joder! No tienes por qué estar aquí. No quiero que seas mi compañero. Quiero trabajar solo y a ninguno os entra en la puta cabeza.

Andrew estaba fuera de sí. Spencer se dio cuenta enseguida. La alerta que experimentó nada más ver su expresión al llegar al baño se estaba materializando en algo feo. Muy feo. Davis no solía hablar así. Había levantado la voz, estaba fuera de control. Tenía que hacerle entrar en razón pero le dio la impresión de que era una olla a presión a punto de estallar.

—Ya te he dicho que no vas a librarte de mí. Mi madre siempre decía que yo era su hijo más testarudo y no le faltaba razón.

—No quiero cargar con más muertes sobre mi cabeza, ¿no lo puedes entender? No quiero a nadie a mi lado —insistió, otra vez con voz débil y vacilante.

—No me va a pasar nada —dijo con chulería y restándole importancia.

No tenía muy claro cuál sería la mejor forma de comportarse con él en ese instante. Iba a explotar. Cada vez lo veía más claro. Lo necesitaba. Tal vez fuera lo mejor, que sacase todo lo que llevaba dentro.

—No lo sabes. Nadie puede saberlo.

—No, nadie puede. Tienes razón. Y si me pasa algo, no es ni será culpa tuya. Cuando entré en el cuerpo sabía que morir era una posibilidad. Y no me da miedo. Este trabajo entraña riesgos y yo los acepté todos y cada uno de ellos. Yo tomo mis propias decisiones, chaval. Y tú tienes que empezar a dejar todo aquello atrás, pasar página, olvidarte de lo que no te deja avanzar. ¡Tienes que seguir adelante, coño! Lo de Banff no fue culpa tuya.

¿Cuándo va a entrarte eso en la cabeza?

—Claro que sí. Sharon nunca debería haber ido allí. Fue porque yo era un inútil y necesitaba supervisión. Si hubiera hecho las cosas de otra manera, ella seguiría viva.

—¡Dios, no te pongas lacrimógeno, por favor! Tú tampoco deberías haber estado allí. Nadie debería haber muerto. Pero no somos dueños de los

“deberías”, Andrew. Somos todos víctimas de las circunstancias, de sucesos aleatorios. Tú no puedes controlar que una tía fuera de sus cabales tratara de arrastrarte a sus locuras.

—Sharon no debería haber estado allí… —repitió como ido. Al detective Tracy le pareció que estaba a punto de tener una crisis nerviosa y desmoronarse. Era inminente. Aquel joven estaba roto por dentro. Tenía que ayudarle. Tenía que obligarlo a vomitar toda la mierda que le estaba envenenando.

—Déjalo salir, vamos. No te lo quedes dentro. Solo te haces daño así.

¡Sácalo, joder! No eres menos hombre por hacerlo. Estamos solos tú y yo aquí. Esto va a quedar entre nosotros. Nadie más te va a ver.

—No voy a llorar, si es lo que piensas. No pienso volver a llorar jamás.

Si lloro, ella gana. No voy a darle ese gusto.

—No digas tonterías. Llora, llora si te hace falta. Llora todo lo que no has llorado en las últimas semanas, porque lo necesitas. Suéltalo o acabará contigo.

Andrew se abrazó a sí mismo a la altura de la cintura. Ese dolor no solo era emocional, sino que era físico, porque el ser humano es un organismo complejo interconectado hasta extremos inimaginables. El desamor duele hasta encoger el corazón, la tristeza hiere hasta quebrarnos, el enfado nos acelera el pulso, el miedo nos hace nudos en el estómago.

Resultaba desolador verle así, al borde del derrumbe. Spencer no recordaba haberse conmovido de ese modo desde hacía tiempo. Aquel joven le caía bien y, a pesar de que llevaban poco tiempo juntos, le había cogido cariño. Era fácil hacerlo.

—Habla conmigo, Andrew. Cuéntamelo todo. Cuéntame que pasó.

Estoy aquí. Te escucho.

Spencer se acercó a abrazarle.

—Déjame. Déjame solo. No me toques —dijo débilmente, evidenciando que ya no podía aguantar mucho más. Estaba a punto de derramar unas lágrimas que no quería.

—Claro que sí.

Entonces le abrazó fuerte. Andrew trató de revolverse y soltarse, pero Spencer le apretó más. Y entonces el dique se abrió. Se vencieron las

resistencias. Y las lágrimas manaron sin control mientras su compañero le apretaba más fuerte contra su pecho.

Capítulo 29

Piensa

"El dolor es, él mismo, una medicina".

- *William Cowper*

Era difícil precisar el tiempo que habían estado allí. Por suerte, no había acudido ninguno de los compañeros a los aseos, de modo que Andrew se pudo desahogar y soltar todo aquello que tanto daño le estaba haciendo.

Pensó que mostrarse así ante Spencer le hacía parecer vulnerable. Quizá no se dio cuenta de que, en realidad, todos lo somos.

Por un momento, se sintió avergonzado por haber demostrado tanta debilidad. Se había roto en lágrimas delante de un tipo duro, de esos a los que no ves flaquear. ¿Qué pensaría ahora de él? Tal vez no debería preocuparle su opinión, pero le importaba, era un hecho. Podía ser que esa apariencia de Spencer solo fuera una fachada, como tantas y tantas veces sucede. Enseñamos al mundo aquella cara que queremos o estamos dispuestos a que vean, guardando bajo llave lo que nos hace sentirnos expuestos a las críticas o los juicios ajenos. Nuestras debilidades, nuestras vergüenzas, nuestros miedos.

No obstante, Andrew no podía negar que le había venido bien. Muy bien. Su interior era una línea quebrada que no acababa de encontrar la forma de enderezarse. Era una grieta que se abre hasta que se convierte en una sima que parece imposible que se pueda volver a cerrar. Su corazón era un charco de dolor emponzoñado por una culpabilidad que no era suya, por un exceso de responsabilidad sobre

sucesos que no estaban y nunca habían estado bajo su control.

—¿Mejor?

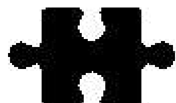
—Creo que sí —respondió con el gesto todavía congestionado por el llanto.

—Lávate los ojos y refréscate. Hasta que no estés mejor no vamos a salir de aquí. Tienes la cara que parece una máscara de Halloween.

—Gracias por los ánimos —contestó sarcástico, al tiempo que pestañeaba tratando de relajar sus castigados ojos.

—Y tranquilo que yo me encargo de que no entre nadie hasta que estés presentable. No voy a dejar que vean así al guaperas de la comisaría.

Andrew sonrió.



Permanecieron unos minutos más ahí dentro, en un silencio compartido que no era incómodo, sino amigable y comprensivo. Hay ocasiones en las que los silencios unen más que todo un universo de palabras. Hay instantes en los que solo necesitas que el otro esté ahí. Sin más. Sin pretensiones.

Después de desahogarse de aquella manera, se sentía con fuerzas para afrontar aquel desafío. Debían acabar con aquello. Ya tendría tiempo de lamerse las heridas si cuando encontrasen al culpable quedaba alguna que no hubiera sido restañada. Ahora había mucho trabajo por hacer. Tenían que atrapar a aquel o aquellos sociópatas y no podían perder más tiempo.

Regresaron a la sala del departamento informático. Spencer entró delante, avisando con un gesto a los demás que no tuvo claro si lo habrían sabido entender. Cuando entraron los detectives, casi de forma instintiva miraron todos a Andrew.

—¿Estás bien, colega? —le preguntó Dylan.

—Hace tiempo que no me sentía tan bien. Quiero ver el vídeo otra vez

—respondió con rotundidad.

—¿Estás seguro? Es que es muy *gore*, tío.

—Lo sé, pero necesito fijarme en los detalles y ver si el lugar es el mismo donde estaba la otra víctima. Estoy casi seguro de que sí. Y se me ha ocurrido algo.

—Yo, tíos, os lo pongo, pero por favor no me pidáis que mire. No lo soportaría. Creo que ya se me ha puesto el estómago del revés. Si veo una sola imagen más, aviso de que voy a echar hasta mi primera papilla.

—Pues igual tenemos que ampliar la imagen en algunas partes por si vemos algún detalle —comentó esta vez Spence.

—Mientras no me pidáis que amplíe el momento en el que le está trepanando el cerebro, me vale.

La grabación en realidad era muy sencilla, simple hasta el extremo de que no había ningún tipo de elaboración. En realidad, se trataba de un único plano que se iba acercando cada vez más al rostro de la víctima aumentando el *zoom*, puesto que no había movimiento de la imagen, mientras alguien comenzaba a taladrarle el cráneo.

—No lo había pensado antes, pero no es uno solo. Son un equipo. Al menos dos personas están detrás. Uno graba y maneja el *zoom* de la cámara mientras el otro es quien le hace el agujero —teorizó el detective Davis—.

Creo recordar, Spence, que tú ya dijiste algo al respecto. Dijiste que no buscábamos a un solo criminal.

—Sí, cuando estuvimos en el despacho del jefe y entró aquel agente para notificar que habían denunciado la desaparición del médico. A ver, era más intuición que otra cosa, pero también es que creo que todo este tinglado es difícil que lo monte uno solo. No es imposible, claro.

—Bueno, respecto al vídeo, podría ser que utilizasen alguna aplicación que hiciera de manera automática lo del *zoom* —apuntó Dylan—. Eso cada vez es más habitual. Hay incluso unos aparatos que son parecidos a los palos de selfie que se llaman estabilizadores y que hacen unas movidas increíbles dándole solo a un botón.

—Puede ser, pero no se arriesgaría a que le saliera mal, porque no podría repetirlo. Alguien tiene que estar asegurándose de que se está grabando la imagen de manera correcta —señaló Andrew.

El detective Tracy estaba pensativo, como metido en sí mismo, dándole vueltas a una idea que en condiciones normales podría parecer una locura, pero que intuía que en ese caso incluso tenía sentido. Entonces lanzó una pregunta al aire, como si fuera un pensamiento en voz alta.

—¿Trata de mostrarnos una lobotomía, tal vez? —soltó sin más. No perdía nada por compartirlo con ellos—. Al final del vídeo nos pregunta qué nos dice su dolor, ¿no?

—Sí, así es —respondió Davis, tratando de seguir su razonamiento.

—Vale. En la primera víctima, suponiendo que estemos ante el mismo o los mismos criminales, la palabra dolor se encontraba en su abdomen. Tal vez nos decía que había algo en esa parte que le producía sufrimiento o que el veneno la había matado.

—Pero el cianuro no afecta solo al aparato digestivo, si insinúas que la dolencia se concentraba ahí —completó el joven detective.

—Lo sé. Estoy dando teorías locas de momento, ¿vale? Dejadme seguir

—pidió mirando a todos, incluidos Dylan y el jefe Petrus que seguía allí—.

Según el informe de la forense, el envenenamiento se produjo por la ingestión del cianuro. Es decir, a través del aparato digestivo. ¿Y si ahora nos dice que su dolor se concentra en la cabeza y es un tipo de salvador que trata de aliviar el sufrimiento del buen doctor?

Andrew reflexionó unos instantes antes de hablar.

—No me parece algo disparatado, la verdad. Tiene sentido. Si nos ha preguntado qué nos dice su dolor, tal vez trata de extirparle lo que le duele, de terminar con ello por la vía rápida. Pero en realidad, no es un buen samaritano porque se dedica a causarle un sufrimiento terrible antes de morir. Si fuera un salvador, también sería ese buen samaritano.

—No sé. Todo esto es raro de narices. Tal vez estemos ante un mesías que trata de extender algún mensaje sobre el dolor en el mundo —dijo Spence mientras se acariciaba la perilla y seguía reflexionando.

—La lobotomía es una psicocirugía que dejó de practicarse en 1967, aunque el primer país que la prohibió lo hizo en 1950 —comentó de pronto Dylan.

Ambos detectives se quedaron boquiabiertos. El jefe le miró estupefacto.

—No sabía que fueras psicólogo, Sanders. Eso le ahorraría dinero al departamento —comentó con sarcasmo Adrian Petrus.

—¿Cómo sabes esas cosas, tío friki? —le preguntó Andrew desconcertado.

—Mi novia estudia psicología y, a veces, me cuenta cosas como esa.

—Nunca había oído nada tan sexi —bromeó Spence—. Ya os imagino hablando de eso en la intimidad. Hazme una lobotomía, mi amor, dámelo todo —dijo Tracy con malicia.

—¡Cállate, tío! Suena siniestro —comentó el informático poniendo cara de asco.

Spencer soltó una de sus sonoras carcajadas. Había conseguido que se relajara el ambiente lo suficiente, algo que todos allí necesitaban después de lo que habían tenido que visualizar aquel día. La frivolidad puede ser muy necesaria en según qué circunstancias.

—En cualquier caso, siento decirte, Dylan, que ese dato no nos aporta gran cosa en este caso —comentó Davis.

—No lo descartes de pleno todavía —apuntó el jefe, que seguía allí aunque había estado guardando casi silencio y se había mantenido en un segundo plano la mayor parte del tiempo—. Tal vez llevar a cabo un procedimiento médico ilegalizado tiene algún significado en todo esto. Os recuerdo que tenemos entre nosotros un puzle del que nos están dando muy poco a poco las piezas. Es posible que todo lo que vayamos encontrando no

sea casual y tenga mucho más sentido del que pueda parecer en un primer momento.

Los detectives se quedaron pensativos. Eso implicaba tener que revisar lo que tenían hasta la fecha con otros ojos, buscando conexiones en las que no habían pensado antes.

—Adrian, te veo en forma —admiró Spencer, a lo que el jefe respondió con una sonrisa complaciente—. Me congratula ver que no te has convertido en un burócrata de mierda.

—Tenías que joderla, ¿verdad? —comentó Petrus ante la última parte

de la frase de Tracy.

—La silla —señaló Andrew de pronto.

—¿Qué pasa con la silla? —preguntó su compañero.

—Es la misma que la del otro vídeo, estoy casi seguro. Dadme un momento, por favor.

Cerró los ojos, tratando de recuperar los fragmentos perdidos en su memoria de la anterior grabación. Trató de pensar en los artículos que había estado leyendo acerca de la terapia de reminiscencia. Comprendía la baja probabilidad de lograr algo en ese instante, en esas circunstancias, sin ningún tipo de preparación previa, sin contar con la ayuda de un profesional. Pero tampoco perdía nada por intentarlo.

Era cierto que ya había tratado de hacerlo en su momento sin ningún éxito poco tiempo antes de que apareciera el cuerpo sin vida de Mary Hills.

Pero en aquel momento, se había auto exigido demasiado, debido al estrés que sentía. A lo mejor se debía al episodio de desahogo de minutos atrás en los baños, cuando había expulsado aquella bola inmensa de pinchos en la que se había convertido el dolor que tenía alojado en el pecho. La cuestión es que se sentía más libre, más relajado. Hacía tiempo que no experimentaba esa sensación de sentirse más ligero, con una carga un poco más liviana.

Tal vez si evocaba algún estímulo concreto que percibiera previamente a la visualización del primer vídeo, este aparecería nítido en su cabeza. Era consciente de que sus compañeros y el jefe le miraban mientras permanecía con los ojos cerrados. Habría sido mejor si alguno de ellos le ayudara a trasladarse a ese momento, conduciéndole con su voz a través de los recuerdos. Pero no se lo podía pedir, porque no sabían lo que esperaba de ellos.

¿Qué había hecho antes de entrar en comisaría? Aquel día regresaba de la consulta del psicólogo. Ese recuerdo se convirtió en algo intrusivo, así que lo desechó. Había regresado paseando. Había sido una jornada especialmente fresca, con molestas y gélidas rachas de viento. Se había subido las solapas del abrigo. Aquel día llevaba aquel tres cuartos de paño que tanto le gustaba, el cual iba bien forrado por dentro y era muy confortable.

—¿Qué coño está haciendo? —preguntó en susurros el informático a

Spencer, sin dejar de mirar a su amigo.

—Calla. No le distraigas —ordenó de modo apenas audible pero contundente. Decidió confiar en su compañero. Y le apetecía ver a dónde quería llegar con aquello. Ya tendría tiempo después de hacerle alguna broma al respecto.

Andrew seguía respirando, concentrado, tratando de aislarse de lo demás. Hubo un chirrido de neumáticos seguido de un pitido largo justo antes de llegar a comisaría. Un claxon. Dos coches que casi se golpean si el de atrás no hubiera frenado a tiempo. Miró un momento pero se dio cuenta de que aquello no iba a mayores. Abrió la puerta. Le recibió el clásico murmullo del departamento de policía y un calor artificial y pastoso, impregnado de múltiples olores. Sam, el joven agente de la entrada, le llamó al verle pasar. Intercambiaron algunas palabras antes de entregarle el sobre, al que miró con curiosidad pero también con esa pizca de desconfianza por todo lo que había recibido en los últimos tiempos. Había suspirado con resignación, como si aquello tuviera que formar parte de su nueva rutina, aguantar las absurdas ideas de la gente sin cosas más interesantes a las que dedicar su tiempo. Después, siguió la rutina habitual.

Se acercó hasta su mesa, colgó el abrigo y fue entonces cuando abrió el sobre, sacó la pieza y escaneó el código que tenía impreso.

En ese preciso instante, todo lo de alrededor desapareció. Había llegado al momento determinante.

Estaba en el vacío.

Aislado dentro de su mente.

Sin consciencia de su cuerpo.

Un grito repentino y desesperado le hizo dar un brinco en la silla. Era un grito amortiguado por el pañuelo que cubría la boca. ¿Era rojo o estaba cubierto de sangre?

Los ojos parecían desorbitados.

Respiraba con dificultad, pero no sabía si debido al miedo, al pañuelo en la boca o, tal vez, a que ya tuviera veneno corriendo por sus venas y el dolor fuera insoportable.

Tenía el pelo mojado y pegado en la frente, probablemente por el sudor.

Se agitaba y movía de modo angustioso.

Su rostro estaba crispado en una mueca de ¿dolor?

«Céntrate en lo que hay a su alrededor. No la mires a ella. O no solo a ella. A ella ya no la puedes salvar. Necesitas detalles del lugar en el que se encuentra», pensó Andrew casi en trance.

Había una oscuridad postiza, embrujada por luces sucias y desganadas que solo tenían como objetivo convertirse en un escaparate del terror. Un acento del mal. Había algo sobre ella. Algo metálico. Tal vez fuera una lámpara.

Tal vez no.

Frunció el ceño, como si así pudiera verlo mejor en su memoria, como si enfocara su atención como cuando tratas de acomodar la visión para hacerla más aguda. Pero no consiguió extraer más detalles. Todo seguía difuso, enterrado en medio de esa inconsistencia propia de los recuerdos, en ese mar revuelto que es nuestra memoria. Sí recordó algo: estaba sentada en una butaca de madera, probablemente la misma en la que habían visto a Henry Henderson.

—Es el mismo lugar —dijo de pronto abriendo los ojos y mirando a Spencer—. Lo tiene retenido en el mismo lugar.

—Ya —contestó de forma parca—. No quiero ser un aguafiestas, rubiales, pero eso no nos dice mucho. Es más, creo que casi nos lo esperábamos.

—Siento no ser capaz de darte la solución al enigma, pero solo soy un humano más —respondió con fastidio.

—No te cabrees, hombre. Venga, continúa.

—Sabemos que utiliza el mismo sitio para retener a las víctimas. Y

tenemos el vídeo. Esa butaca de madera bien podría ser de una antigua prisión. Además, el lugar parece sumamente lóbrego, algo común en las antiguas construcciones penitenciarias. El material de la silla desde luego parece viejo, madera desgastada por el paso del tiempo. Eso podemos verlo en el vídeo.

—Bueno, podemos investigar por ahí. Puede que nos lleve tiempo conseguir los permisos para investigar en esos edificios antiguos, pero no

perdemos nada por intentarlo. Voy a intentar tirar de algunos hilos a ver si consigo que nos habiliten algún permiso exprés atendiendo a la urgencia del caso —comentó el jefe Petrus.

—Primero tenemos que averiguar cuántas cárceles hay por la zona y yo diría en al menos cien kilómetros a la redonda, por si acaso. Daos cuenta que la última víctima la encontramos cuando ya llevaba un par de días fallecida—señaló el detective rubio.

—No se tardan dos días en traer un cadáver desde cien kilómetros. Tal vez ese radio tan aleatorio solo sirva para darnos más trabajo infructuoso.

—Pondremos más agentes a trabajar en este caso, por eso no os preocupéis —comentó Adrian.

—Pero Spence tiene razón. Deberíamos empezar por las más cercanas y, si no encontramos nada útil, ir ampliando el círculo.

—Por cierto, supongo que ya lo habréis pensado igual que yo —

comenzó a decir Tracy—. Si nuestros ojos no nos han engañado, puede que tengamos otro cadáver en la mesa del forense en un máximo de un par de días.

—Si nos damos prisa, igual aún podemos cogerlos antes de que secuestren a otra persona.

—Necesitamos encontrar el vínculo entre las dos víctimas. Algo tienen para que las elija. Tal vez lo que tienen en común sea parte del motivo.

—Paso a paso, Davis —concluyó Petrus.

Capítulo 30

Siembra el horror *"Pues no hay dolor más grande que el dolor de ser vivo,*

ni mayor pesadumbre que la vida consciente."

- Rubén Darío

Manifiesto *Los grandes proyectos requieren estructuración, planificar hasta aquel movimiento que parece nimio, una diminuta partícula de nada que eclosiona y acarrea consecuencias devastadoras. La estrategia es la clave. Como una partida de ajedrez. Cada pieza tiene una función. Cada movimiento tiene un propósito. Los participantes y el rol que deben jugar se*

han elegido después de una intensa deliberación. Es posible que no les guste lo que tienen que hacer, pero es necesario. Algunos se convertirán en héroes. Otros seremos verdugos. Y otros no serán más que peones. Pero desde luego no víctimas, porque sus acciones son las que les han colocado ahí. Es el precio del dolor.

Todo lo que se haga debe transmitir un mensaje. No es un asunto baladí. Porque la raza humana se ha vuelto impasible, difícil de conmover.

Siempre con el hocico hundido en las pantallas, en esos endemoniados aparatos que les conducirán a la aniquilación. Arrastrados por ese egocentrismo preocupante, esa mirada continua hacia nuestro propio ombligo en medio del reinado del selfie, que tanto se parece a "selfish", esa palabra que en inglés precisamente significa egoísta.

Sembrar el horror no es cosa de mentes frágiles. Hace falta temple para resistir, para evadirse en ocasiones, y poder llevar a cabo esta empresa que implica causar deliberadamente dolor. Un dolor por otra parte necesario, pues no hay otro modo de levantar a esas conciencias que permanecen en estado de latencia, idiotizadas y dominadas por algoritmos estúpidos.

El ser humano se ha insensibilizado. Primero fue la caja tonta quien le convirtió en una centrifugadora de desgracias. Ahora caen una tras otra sin tiempo para respirar, sin una mínima pausa para asimilar el dolor ajeno. Lo miramos con ojos indolentes, vacíos de sentido, inánimes. Es hora de despertar de ese letargo. Es tiempo de levantar la cabeza para ver qué hay más allá. Es hora de reflexionar acerca de lo que el sufrimiento nos transmite, de ese mensaje que ha quedado sepultado por montañas de basura. Es hora de volver a formas de vida más sencillas y empáticas, en las que el dolor y la tristeza se relataban para dividirlas mientras que la alegría y la dicha se compartían para multiplicarlas. En el reinado del placer nos hemos olvidado de que otros sufren y no lo queremos saber. La venda es lo que funciona. El telón que oculta lo que no queremos ver. El único alivio para nuestras conciencias es un botón en una pantalla que nos trasladará al metaverso donde podremos darle un poco más la espalda a la realidad.

Los idealismos están ahí para algo, para despertar esos cerebros que parece que quedaron en pausa, para agitar las mentes embotelladas en un hedonismo egoísta y ridículo, para revolver a esos congéneres tiranizados por el dinero y los bienes materiales.

La biografía del dolor tiene un significado profundo, porque el dolor nos define como personas, nos hace ser quienes somos, construye nuestra

historia a base de caer y levantarnos, nos enseña lecciones importantes y nos ofrece una oportunidad de crecer cuando llega la adversidad. El dolor crea valientes, porque solo se sobreponen los que se enfrentan a él con la cabeza bien alta, dispuestos a mirarlo a la cara y aprender todo aquello que tenga que enseñarles. Estamos aquí para mostrarle al mundo qué lección nos ha dado nuestro dolor. Intentamos hacernos escuchar por vías convencionales, pero nadie quiso hacernos caso. Vuestra falta de atención nos ha obligado a recurrir a cosas de las que nunca nos creímos capaces.

Pero hay injusticias que deben ser castigadas y hay lecciones que requieren de lo que ya decía el refrán: la letra con sangre entra.

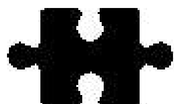
La rueda ha empezado a girar. Ya no hay vuelta atrás. Solo cabe esa huida hacia delante que es el destino, uno que hemos reescrito. El rompecabezas solo estará completo cuando todas las piezas del puzle encajen.

Tendréis que mirar.

No os quedará más remedio.

No permitiremos que tengáis elección.

Capítulo 31



sin rumbo

“El dolor es la dignidad de la desgracia”.

- *Concepcion Arenal*

Deambulaba sin rumbo, prácticamente desnudo en mitad de la calle, mirando sin ver, oyendo sin escuchar, balbuceando palabras inconexas, ideas que han perdido la cadena en la que se enlazaban. El frío erizaba el vello de su piel pero parecía no percibir aquella heladora sensación. Como si algo hubiera desconectado el cerebro del resto del cuerpo. Alguien le observaba a una distancia prudencial, ávido de conocer las reacciones que se producían a su alrededor. El mundo se había acostumbrado a contemplar las desgracias con indiferencia.

Esto no va conmigo.

No puede pasarme a mí.

Seguro que se lo ha buscado.

Una retahíla de frases y conceptos que el ser humano moderno parece haber interiorizado. Aquel hombre iba andando, con la boca abierta y la mirada perdida. Casi completamente desnudo. Se encontraba con los ojos de algunos curiosos que le miraban sin dar un paso adelante para tratar de hacer algo. Solo observar. A veces, tan solo mirar de reojo, para que la imagen no llegue a colarse dentro, para que no deje poso.

En aquella zona de la ciudad y en sus calles aledañas, había un elevado número de indigentes. Muchos de ellos rondaban el hospital Sant Paul. Tal vez creyeron que era un loco más o un sin techo. Dos tipos de asuntos que no van con los hombres y mujeres de a pie. No pertenecen a su mundo. O

quizá es el miedo el que actúa, el que bloquea cualquier capacidad de reacción. No involucrarse en problemas ajenos que pueden salpicarnos y complicarnos la vida un poco más.

El hombre siguió andando.

Algo más, no solo su desnudez, llamaban la atención.

La palabra DOLOR estaba escrita en su frente.

La investigación en relación a las prisiones cerradas no había ido tan rápida como habían esperado. Se habían encontrado con diferentes trabas burocráticas que, aunque no eran del todo inesperadas, sí resultaban molestas en esa situación en la que tanto urgía avanzar. Al menos, sí habían señalizado en un mapa la localización de diversas de ellas en el área de Vancouver y sus alrededores. Era un punto de partida. Cuando tuvieran el visto bueno, empezaría la batida por las instalaciones en busca de aquella butaca de madera que habían visto en el último vídeo y que Andrew aseguraba que era la misma de la anterior grabación que solo pudo ver él.

Por lo demás, hacía ya tres días desde que habían recibido la última pieza de puzle y no habían tenido más noticias. No había aparecido el cadáver de Henry Henderson, y por fortuna, Andrew tampoco había recibido nada que les hiciera creer que estaba próximo a sucederse un nuevo crimen. Tal vez tuvieran una prórroga y pudieran sacar algo en claro en aquel tiempo extra. Cabía suponer que, si aquel o aquellos psicópatas habían dejado abierta la posibilidad de reproducción del vídeo, fuera porque tenían previsto cambiar su sede de operaciones. O porque estaban muy seguros de que no la iban a localizar. Cualquiera de las dos opciones transmitía una seguridad escalofriante, puesto que significaba que estaban convencidos de tenerlo todo bajo control. Habrían pasado mucho tiempo urdiendo aquel plan, preparando el escenario perfecto en el que se anticiparan a los movimientos de la policía.

Por otra parte, tal y como le había prometido Spencer Tracy a su compañero, había tirado de viejos contactos que habían estado investigando al doctor Nathan Jansen, mientras Andrew acudía dócilmente a su cita semanal con la firme decisión de colaborar y dejar todo aquello atrás.

Estaban en medio de algo gordo y le daba mucha rabia tener que perder esa hora y media que le suponía llegar hasta la consulta, realizar la sesión de terapia y volver a la comisaría.

—Tú pórtate bien. Tienes que ser inteligente, chaval. No te revuelvas contra él porque te puede mandar al banquillo por una buena temporada. Ya tengo a mi gente buscando sus trapos sucios. El viejo Spence está aquí y ha venido para poner cada cosa en su sitio. Tienes que confiar en mí.

—A veces tengo la sensación de que hablas como si creyeras que estás en una película.

—Bueno, para algo tengo nombre de actor. A eso uno no puede mantenerse indiferente. Forma parte de mí, de mi carisma. Está en mi ADN.

—Por cierto, ¿habéis encontrado algo sobre Jansen? —preguntó el joven detective obviando su último comentario.

—No te impacientes. Acabamos de empezar. Si hay algo, lo encontraremos, ¿ *capisci*?

—¿Ahora eres de la mafia calabresa? No recuerdo a Spencer Tracy, al de verdad digo, interpretando a ningún mafioso italiano —volvió a comentar sarcástico.

—Ahora va a resultar que el mozo imberbe es un especialista en cine clásico.

Andrew se rio con ganas. Picar a su compañero se estaba convirtiendo en uno de sus deportes favoritos. ¿Quién le iba a decir pocas semanas atrás que una sola persona pudiera hacer que cambiaran tanto las cosas?

—Mira, Andy. Estoy pluriempleado por tu culpa, así que más vale que te portes bien y vayas pensando cómo me lo vas a pagar, porque esto tiene un precio.

—Tranquilo, algo se me ocurrirá. Pero te aviso que no comercio con mi cuerpo.

—Bueno, nunca me han ido los rubios flacuchos. Otra cosa son las rubias con curvas.

—No tienes remedio, ¿eh?

—No intentes cambiarme, chaval. Torres más altas han caído sin conseguirlo.

Capítulo 32

Prisión

“El dolor tiene un gran poder educativo; nos hace mejores, más misericordiosos, nos vuelve hacia nosotros mismos y nos persuade de que esta vida no es un juego, sino un deber”.

- Cesare Cantú

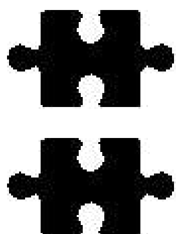
En todo Canadá existen cuarenta y tres centros penitenciarios, nueve de ellos en la Columbia Británica. En cuanto a los centros cerrados que había en las proximidades de Vancouver, había uno que brillaba con luces de neón sobre cualquier otra opción.

La primera prisión federal que se abrió en la zona, lo hizo tras la anexión de la Columbia Británica a la confederación en el año 1871 debido a un considerable aumento de población y otros motivos relacionados con las dificultades para el traslado de presos a otras prisiones que pudieran considerarse de máxima seguridad. La Penitenciaría de Columbia Británica se estableció en una ladera con vista al río Fraser en el vecindario de Sapperton en New Westminster, lo que en la actualidad está a poco más de veinte minutos en coche del centro de Vancouver.

Las instalaciones fueron objeto de diversas ampliaciones y los grandes bloques de celdas fueron construidos entre 1904 y 1914. Desde sus comienzos, se observaron una cantidad ingente de problemas estructurales y de otro tipo, en cuya reparación trabajaron los propios reclusos en la mayor parte de las ocasiones. A pesar de todo ello, permaneció en funcionamiento algo más de un siglo.

Debido al hacinamiento severo en dicha prisión a partir de la década de 1950, el Servicio Penitenciario Canadiense comenzó a transferir a algunos reclusos a otras instituciones, como la William Head Institution. En 1979 el Servicio Correccional de Canadá anunció su clausura definitiva y el traslado de los reclusos a la Institución Kent, cerrando definitivamente sus puertas en febrero de 1980.

Se reunieron para contrastar la información recabada acerca de las prisiones que habían localizado y que cumplían con los criterios de búsqueda: cerradas hace años, con salas de ejecuciones y con lo que podía



ser una silla eléctrica. La penitenciaría de Sapperton era sin duda la opción más evidente. Puestos a comenzar por una, lo mejor sería hacerlo por ella.

Además, había estado abierta durante el período en el que la pena de muerte estuvo vigente en el país.

Era primera hora de la mañana. En medio de la reunión en la que precisamente estaban hablando sobre la información que habían recogido sobre el sistema carcelario canadiense y sus edificios, un agente interrumpió. Habían llamado del hospital Sant Paul para informar de que habían encontrado a un hombre vagando por la ciudad, y consideraban importante que la policía del distrito estuviera al tanto.

—¿Y por qué nos interrumpes para eso, Dustin? —preguntó el jefe Petrus un tanto desconcertado.

—Nos han telefoneado porque les ha llamado la atención que el hombre tiene escrita la palabra dolor en mayúsculas en la frente, entre otras cosas.

Todos los presentes, pero en especial los detectives Davis y Tracy, se quedaron estupefactos. ¿Sería Henry Anderson? Al fin y al cabo, no había aparecido todavía su cadáver.

—¿Han identificado al sujeto? —continuó interrogando Adrian.

—No llevaba documentación. Por eso también nos han llamado, por si podríamos proceder nosotros a identificarlo.

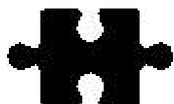
—Está bien. Diles que inmediatamente enviamos a alguien para que lo haga.

—Por supuesto, señor —finalizó saliendo y cerrando la puerta.

—Puede ser nuestro doctor —señaló Spencer con cierto recelo, puesto que le había parecido que eso pudiera ser posible.

—Cuesta creer que lo sea después de lo que vimos —concluyó Andrew.

Petrus envió a los detectives Tracy y Davis al hospital Sant Paul junto con uno de los técnicos de la científica para que hablasen con los médicos y



le tomasen las huellas, así como para recoger las muestras oportunas.

Cuando llegaron al mostrador y enseñaron sus placas, de manera inmediata avisaron a la médica y el enfermero que habían atendido en primera instancia a aquel hombre al que no solo habían despojado de sus ropas, sino también de cualquier atisbo de dignidad.

—Nunca había visto algo igual en los años que llevo de carrera —

comentó la doctora Higgins, la cual debía andar por la mitad de los cuarenta.

—Nos gustaría mostrarle una foto antes de nada por si cree que pudiera ser un hombre cuya desaparición fue denunciada por su esposa hace unos días.

Andrew le mostró entonces la foto de Henry Henderson.

—Me parece, detectives, que acaban de encontrar a su hombre desaparecido.

Ambos se miraron. A pesar de que cabía la posibilidad de que fuera él, no acababan de creerse que fuera posible. En primer lugar, porque habían visto que le habían trepanado el cráneo con un instrumental que no podrían asegurar que fuera quirúrgico. En segundo lugar, porque eso cambiaba de forma notoria el *modus operandi* respecto a la primera víctima y eso abría nuevas incertidumbres. No obstante, lo que sí parecía permanecer estable era la firma, puesto que tal y como les dijera el agente anteriormente en la comisaría, llevaba escrita la palabra dolor en su cuerpo. En este caso concreto, en la frente.

—Si les parece, podemos pasar a verle —sugirió la mujer.

—Se lo agradecemos, doctora. Así podremos interrogarle —señaló el detective Tracy.

—Creo que eso va a ser materialmente imposible, señores. El paciente ha sido lobotomizado. No queda ni rastro de conciencia en él. Le haremos distintas pruebas para ver qué áreas del cerebro han sido especialmente afectadas, pero ya les adelanto que ha perdido toda capacidad de hablar.

Mientras tanto, el grupo de agentes designado entre los que se encontraban Drac Smith, Katia Salesman y el propio Adrian Petrus, se

dirigieron a la localización en la que se encontraba la antigua Penitenciaría de Columbia Británica.

Una mole de piedra y hormigón se erigía sobre la ladera con la amenaza implícita que tienen las leyendas de las prisiones antiguas, en las que han residido almas viles y mentes truculentas. Aquella morada del mal mostraba insolente el desgaste que produce el paso del tiempo, con deslucidas paredes sometidas a las inclemencias meteorológicas durante más de ciento cuarenta años. Sus muros ajados lloraban un abandono patente y un perentorio olvido. Más de cuarenta años después de que se clausurara de forma definitiva, parecía a duras penas mantenerse en pie, aunque sin perder un ápice de su grotesca apariencia.

—Si hicieran aquí un espectáculo de Halloween, no tendrían huevos de entrar ni los propios actores —comentó en voz baja uno de los agentes más jóvenes a su compañero de patrulla.

—Bueno, señores, les explico cómo nos vamos a organizar —comenzó a decir el jefe de policía—. Como pueden ver, las instalaciones son enormes. Buscamos una sala que según el plano que nos han facilitado desde el Servicio Correccional de Canadá se encuentra en las catacumbas, que es donde se hallaba el corredor de la muerte en la época más negra de esta prisión. No obstante, vamos a entrar por diferentes alas, puesto que cabe la posibilidad, por mínima que sea, de que encontremos a los criminales dentro. Por otro lado, quiero que sean extremadamente precavidos porque también podría ser una trampa.

Pasó a organizar a los distintos agentes y a distribuir las entradas.

Aunque era de día, el sótano sería sin duda lóbrego y eso ralentizaría el avance, ya que dependerían de los haces de luz de sus linternas.

En caso de que Spencer Tracy y Andrew Davis terminaran pronto en el hospital, tenían órdenes de acudir a la penitenciaría para reforzar las labores de búsqueda y llamar en cuanto llegaran para que les informaran de su posición. Todos los efectivos disponibles parecían pocos debido a la ingente cantidad de trabajo que tenían por delante.

Sin embargo, el giro de los acontecimientos haría que todo se precipitara.

Capítulo 33

Lobotomía

“No hay mayor dolor que recordar

los tiempos felices desde la miseria".

- Dante

El estado en el que había quedado Henry Henderson era estremecedor.

Los dos detectives se quedaron sin palabras. El que fuera médico hasta pocos días antes, permanecía sentado en una butaca con la bata del hospital.

Sus ojos se dirigían a ninguna parte y de su boca abierta caían hilos de saliva.

Le habían arrebatado su alma, su espíritu, su esencia, su voluntad.

Habían dejado un cuerpo hueco, un cuerpo que latía, que respiraba, pero un cuerpo en el que ya no había vida, solo mera supervivencia. Únicamente estaban intactas las funciones vitales imprescindibles como comer o beber.

Pensar para él era ya una ilusión. Tal vez en esas circunstancias podría considerarse un regalo, el obsequio de no poder recordar y, por tanto, la incapacidad de revivir el horror.

—Le han convertido en un puto zombi —señaló Spencer con desagrado.

—Podría decirse así —afirmó la doctora Higgins—. Tendremos que ver cómo evoluciona y si recupera alguna de las funciones cerebrales. Hasta que no se le hagan escáneres y una Resonancia Magnética Nuclear, no vamos a saber el daño provocado. También serán necesarios una Tomografía por Emisión de Positrones y una Tomografía Axial Computerizada. Todo ello nos ayudará a conocer el alcance de las lesiones que desde luego parecen profundas. Además, habrá que vigilar posibles infecciones porque las heridas que presenta no tienen buena pinta. Desde luego, no utilizaron material quirúrgico, eso ha quedado patente.

—Usaron un picahielo —señaló Andrew con convencimiento.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó sorprendida la doctora.

—Porque los que le han hecho esto nos mandaron el vídeo para que viéramos lo que le estaban haciendo. Pensamos que le habrían matado. No imaginábamos que habría sobrevivido a aquella barbarie —comentó el detective más joven asqueado.

—Es curioso eso que comenta.

—¿Qué exactamente? —preguntó intrigado.

—Verán, cuando comenzaron a hacerse las lobotomías, lo que hacían los cirujanos era perforar con un instrumento afilado el cráneo. Lo habitual eran un par de agujeros con el Leucotomo, ese instrumento afilado que les he comentado, y a través de ellos se seccionaba parte del cerebro. Al principio, esto se hacía por las sienes pero, poco después, comenzó a realizarse el procedimiento a través de las órbitas oculares, como le han hecho al señor Henderson, puesto que era una forma más fácil de acceder al lóbulo frontal.

—¡Joder! —exclamó Spencer, con una cara de desagrado más que evidente. Aquel hombretón se estremecía solo de pensarlo.

—Si lo prefieren, paro —sugirió la doctora Higgins al ver la expresión del policía.

—No, para nada. Disculpe a mi compañero. Continúe, por favor.

—¿Por dónde iba? ¡Ah, sí! Ya me acuerdo. Pues bien, si esto no era suficientemente delirante, el neurólogo estadounidense Walter Freeman utilizaba literalmente un picahielo, al que llamó Orbitoclasto, con el que martilleaba el cráneo sobre el conducto lacrimal, y después lo movía para cortar las conexiones entre el lóbulo frontal y el resto del cerebro. Tengo la sensación de que quien le ha hecho esto ha tratado de emular ese procedimiento.

—Puede que tenga razón —observó Andrew.

—Por curiosidad, ¿en qué estaba especializado el señor Henderson? —

preguntó la doctora.

—Era neurocirujano. Trabajaba en una clínica privada.

—Entiendo —respondió críptica.

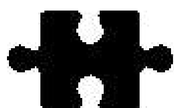
—Muchas gracias por su tiempo, doctora Higgins —dijo Andrew tendiéndole la mano.

—No hay de qué. Tome, esta es mi tarjeta por si necesitan preguntarme cualquier cosa —finalizó tendiéndole el pequeño trozo de cartulina al detective Davis.

La doctora Higgins abandonó la habitación y les dejó que siguieran

con su trabajo, puesto que el técnico de la científica continuaba tomándole muestras al paciente.

—¿Qué ha sido eso? —le preguntó Spencer a Andrew.



—Creo que es evidente: la doctora estaba ligando con Davis —comentó Parker, el compañero del laboratorio que había ido con ellos.

—Ja, ja, ja —rio con ganas el detective Tracy—. Así que tú también te has dado cuenta. Y yo que pensaba que estabas embobado con los tubos de ensayo y tus movidas de científico loco.

—Dejad de decir tonterías —dijo Andrew molesto.

—Venga, hombre, si ha sido evidente. Desde luego, no tiene problemas con la edad porque, aunque está buena la tía, te saca unos años.

—Lo que pasa —se defendió el detective más joven— es que te has puesto en plan damisela en apuros cuando ha explicado todo lo del procedimiento médico y se ha dado cuenta de que el único policía aquí con capacidad para resolver algo soy yo.

—Pero, ¿será chulito el rubiales este? ¿Tú que dices, Parker?

—Que Davis siempre ha sido insufrible.

—¿Perdona? Pensaba que nos llevábamos bien.

—Pura apariencia —respondió el técnico.

La cara de Andrew fue de sorpresa.

—Recordaré tus palabras el próximo día que me sugieras que te apetece ir a tomar unas birras —contraatacó Davis.

—Joder, tío, que te estoy vacilando. No pongas esa cara.

—Si es que este chaval está muy tierno, ya lo digo yo siempre —

concluyó el detective Tracy riéndose otra vez.

—Mejor será que os espere fuera, porque no os aguanto más. Así

llamaré a Petrus para contarle las novedades, a ver cuándo quiere que llamemos a la esposa del doctor Henderson para informarla de todo esto.

En ese momento, sonó el teléfono del detective.

—Justo me está llamando —comentó extrañado.

—Será que nos echa de menos.

AVERIGUA MÁS EN…

https://arielzorion.com/la-biografia-del-dolor/pista-2-la-cirugia-del-alma/



Capítulo 34

una Hipótesis y una Pieza de puzle

“Por eso el dolor dura,

porque nos negamos a mirar su fuente”.

- John Verdon

Aveces, los hechos se cruzan sin control. Otras veces, están sometidos a un orden predeterminado. Y otras, se ven envueltos en una danza imprevisible que no se sabe adónde les conducirá. En ese momento, se cruzaron los acontecimientos pero nadie sabría decir si había sido de forma fortuita o premeditada. Tal vez más adelante pudieran responder a ello.

—¿Dónde estáis? —preguntó el jefe en cuanto Andrew descolgó el teléfono, sin darle tiempo ni siquiera a saludar.

—Seguimos en el hospital. Estaba a punto de llamarle para comentarle las novedades y preguntarle cuándo quiere que llamemos a la mujer del médico porque, tal y como suponíamos, es él, aunque aún falta la confirmación definitiva a través de las huellas dactilares.

—Dejad eso ahora —ordenó—. Puedo destinar a otros agentes para que os sustituyan y se encarguen de ello. Quiero que vengáis a la vieja penitenciaría. Hay algo que me gustaría que vierais.

—De acuerdo, jefe. Pero ha venido Parker con nosotros, no sé si lo recuerda. Y todavía está tomándole muestras a la víctima. No podemos dejarle aquí tirado.

—Pues que se coja un taxi para volver.

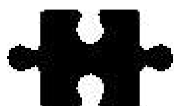
—Jefe, lleva el maletín de pruebas. No puede volver en un taxi por lo de la cadena de custodia y todo eso.

—No me jodas, Davis. Pues llamad a una patrulla para que vaya a recogerle ya. No hace falta una imaginación desbordante para solucionarlo.

Han dejado otro sobre para ti y quiero que veas con tus propios ojos todo lo demás.

Andrew tragó saliva. ¿Por qué tendría tanto interés Petrus en que fuera allí? ¿Aparte de lo del sobre que acababa de comentar habría algo más?

—Enseguida vamos —aseguró el detective Davis.



Spencer, que había seguido con atención la conversación se fijó en la cara de su compañero.

—Intuyo que será mejor que nos vayamos cuanto antes —dijo Tracy.

—Por mí no os preocupéis, capullos. Ya si eso vuelvo andando —

comentó el de la científica, mientras seguía haciendo minuciosamente su trabajo.

—Venga, hombre. Estoy seguro que eres muy capaz de arreglártelas solito. ¿No querrás ayuda de un tío insufrible como yo?

—Davis, te la estás jugando. Luego no me vengas pidiendo resultados en el laboratorio porque ya te aviso que lo tuyo pasa automáticamente al último lugar —amenazó en broma Parker.

—Bueno, si es por eso, ahora mismo llamo para que te vengan a buscar.

A pesar del tono ligero de la conversación, la realidad era que Andrew se sentía verdaderamente preocupado por lo que pudieran encontrar en la prisión. Había una angustia que se le estaba acoplando en el centro del pecho que cada vez parecía más pesada. No veía el momento de que todo aquello terminara.

Incluso a pesar de haber puesto la sirena, les costó casi media hora llegar hasta los pies de la ladera en la que se erigía la antigua penitenciaría.

Era media mañana y el sol brillaba alto. Ambos estaban muy intrigados acerca de lo que sus compañeros habían podido encontrar. No quisieron hacer elucubraciones infundadas, así que en el coche únicamente hablaron de Henry Henderson y la conmoción que les había causado verlo en aquel estado tan desolador. La muerte tiene una capacidad sobrecogedora para impresionarnos, pero contemplar a una persona a la que le han extirpado el alma es algo imposible de olvidar.

Imaginaban lo duro que iba a ser para la esposa enfrentarse a aquello.

De su marido solo quedaba el cuerpo, el envase en el que antes anidaba una persona con una forma característica de ser y de pensar. La doctora les había adelantado que aquello sería irreversible, con un ínfimo porcentaje de posibilidad de recuperar algunas funciones cognitivas.

—No me puedo imaginar lo que tuvo que pasar el pobre hombre —

comentó Spence sin dejar de mirar a la carretera.

Andrew perdía la vista a través de la ventanilla, intentando pensar en cuáles podrían ser las motivaciones que había detrás de aquello. O se debía a pura maldad y sadismo, o tenía que ser algún tipo de venganza. No se le ocurría una explicación mejor.

—¿Por qué hacen esto, Spence? Es evidente que quieren transmitir un mensaje, ¿no te parece? Todo este jueguecito de las piezas de puzle, las pistas que hay que seguir, los vídeos, las coordenadas GPS… Todo esto debe perseguir un objetivo muy concreto.

—Sin duda. ¿Y si fueran una organización, no sé, clandestina tal vez?

Ya sabes, una secta o algo parecido que quieren que el mundo preste atención a lo que sea que ellos quieren mostrar.

—Al dolor —insinuó el más joven.

—Pero, ¿qué quieren decir con ello exactamente?

—No tengo ni la menor idea todavía. Pero creo que con el médico podemos tener una buena pista que seguir. Pueden ser familiares descontentos o pacientes que no quedaron bien.

—¿Y qué demonios tiene que ver Mary Hills en todo esto?

—A ver, es evidente que tiene que haber una relación. Recuerda que Dylan encontró cosas interesantes en su iPad mini respecto a esa segunda actividad ilícita. Se dedicaba, entre otras cosas, a tramitar préstamos con trampas que generaban mucho dinero a los prestamistas. Ella se llevaba un buen pico.

—Y supongo que tratas de decir que, la posible relación, sea que ella conseguía los préstamos que endeudaban hasta las cejas a los que los solicitaban para un tratamiento del doctor, por ejemplo.

—No lo habíamos planteado hasta ahora. Pero es una buena hipótesis.

Podría ser el nexo entre las dos víctimas.

—Nos queda encajar el dolor en la historia.

—Puede que sea simbólico —se aventuró Andrew—. Algo poético, una forma de darle más relevancia a lo que hacen, de revestirlo de una motivación. Elige lo que prefieras.

—Es posible —reflexionó Tracy acerca de esas alternativas que le presentaba su compañero.

—Bueno, hemos llegado. Vamos a ver si los chicos nos han dejado un hueco para aparcar más o menos cerca. El jefe parecía tener prisa porque estuviéramos aquí lo antes posible.

Bajaron del coche y otearon lo que había a su alrededor. Tal vez más por instinto que por necesidad, rodearon primero el edificio antes de adentrarse en sus fauces hambrientas, a régimen de almas humanas desde que se clausurara hacía ya casi medio siglo.

Saludaron a los dos policías que había custodiando la entrada y que seguían asegurándose de mantener alejados a los curiosos, especialmente a los de la prensa que cada vez parecían tener más interés en aquella investigación. No querían que el caso levantase demasiada expectación, puesto que consideraban que no serviría de ayuda, pero cada vez parecía una opción menos plausible.

Les habían explicado bien a Andrew y a Spence a qué ala de la prisión debían dirigirse para entrar y cómo llegar a la sala en la que les esperaban.

A pesar de ello, no resultó fácil y tuvieron que llamar en un par de ocasiones para que les volvieran a dar las indicaciones. Aquella penitenciaría parecía un laberinto de muros ennegrecidos. Si hubieran sido especialmente aprensivos, habrían pasado un mal rato al tener que transitar por esos pasillos sombríos y angostos en soledad. De pronto, al girar un recodo, apreciaron luz al final del pasillo. Ninguno de los dos confesaría que había sentido alivio al vislumbrarla. Sin duda, habían instalado los focos y sus compañeros estaban allí.

En cuanto entraron, se dieron cuenta de que aquel lugar era el que había sido elegido para la grabación de los vídeos. Las recias paredes de piedra renegridas, la butaca de madera vieja y aquella forma cónica suspendida desde el techo que ahora sí podían ver que se utilizaba como elemento mortal para aplicar la pena de muerte de una forma realmente cruel.

Cuando se fijó en lo demás, Andrew se sintió un poco mareado. Su compañero se centró en él, observando su reacción. El joven cerró los ojos y trató de respirar con tranquilidad, mientras con la mano derecha se retorcía la muñeca izquierda, como si aquel gesto que gritaba a los cuatro vientos que sentía ansiedad pudiera aliviarle. Aquello no podía estar pasando.

Otra vez, no.

Las paredes estaban cubiertas de recortes de periódico que tenían forma de pieza de puzle. Parecían encajar en una suerte de caos carente de sentido, al menos en apariencia. Tal vez la mente enajenada que lo había dispuesto sí le encontrara un significado.

Había también fotos de las dos primeras víctimas, igualmente recortadas de una forma similar. Otras piezas en

blanco y con un interrogante se distribuían por el suelo. Todo aquello debía llevar implícito algún tipo de mensaje que alguien quería comunicar, pero desde luego los policías todavía no eran capaces de verlo.

En la butaca de madera, aquel potro de tortura en el que habían sufrido lo indecible las dos víctimas de las que tenían conocimiento hasta el momento, había un sobre con el nombre de Andrew que reposaba sobre lo que parecían unos folios unidos por unos simples encuadernadores.

—No puedo con esto. Me supera —afirmó el joven detective con la cara descompuesta.

—Claro que puedes —le animó Spencer, al tiempo que le sujetaba por los hombros.

—No, no puedo. No me siento capaz de estar en el punto de mira de otro jodido loco otra vez. Voy a hablar con el jefe y le voy a pedir que me releve.

Soy incapaz de afrontar esto de nuevo —dijo, mientras movía la cabeza de un lado a otro sin apenas mirarle.

—Escúchame, ¿vale? —ordenó, mientras con su mano derecha sujetaba la barbilla del detective Davis para que le mirase a los ojos y poderle centrar de nuevo. Cuando captó su atención, le soltó.

—Spence, no voy a ser de nuevo la excusa de nadie para matar o hacer sufrir a otros seres humanos. En serio, es que no lo comprendo. ¿Qué he hecho para merecer esto? ¡Dime! No soy nadie, no soy importante. Solo quiero hacer mi trabajo y pasar desapercibido, nada más. ¿Tú crees que pido demasiado?

—Todavía no sabes de qué va esta mierda. Te estás adelantando —

reconvino el detective Tracy.

—¿En serio? Mira a tu alrededor. Hay fotos mías por todas partes y artículos de periódico en los que sale mi nombre o mi fotografía.

Andrew notó un tic nervioso en uno de sus párpados, de esos que nadie aprecia pero quien lo sufre cree que es visible para cualquiera.

Se frotó levemente aquella parte por encima de su ojo por si así pudiera pararlo.

Otra cosa sería parar la agitación que había en su interior.

—De acuerdo, eso es innegable —reconoció con un suspiro—. Pero no des por hecho nada más. No sabemos cuál es el objetivo de que estén ahí.

—No voy a ser el peón de ningún asesino. Si salgo de la partida, tal vez el juego termine antes. Una retirada a tiempo es una victoria. Ahora mismo creo que esa frase entraña una gran sabiduría.

Tracy iba a responderle, pero no tuvo tiempo.

—Detectives, acérquense —ordenó haciendo un gesto con su mano el jefe Petrus, quien con todo el jaleo no se había dado cuenta hasta ese instante de que ya habían llegado.

Ambos policías se acercaron hasta su posición, apenas unos metros más allá. Adrian miró la cara de Andrew y por su expresión supo que no estaba bien. Para ser honestos, no le sorprendía. A él no le hubiera gustado verse en esos muros de perversión.

—¿Qué tenemos, jefe? —preguntó dócilmente Spencer mirando de reojo a su compañero.

—Andrew, ¿estás bien? —se preocupó el jefe.

—Perfectamente —respondió inmediatamente Spencer en su lugar.

Adrian miró unos segundos a ambos antes de continuar.

—Bien, aparte de lo evidente que está por toda la sala y que ya analizaremos a su debido tiempo, quiero que veáis lo que han dejado en la silla eléctrica. Hay un sobre a tu nombre, Andrew, que todavía no hemos abierto. Sospecho que encontraremos más o menos lo mismo que en las dos anteriores ocasiones, así que en cuanto vayamos a comisaría lo vemos con todas las medidas de seguridad que sean necesarias.

—Entendido —respondió el detective de pelo moreno largo. De manera deliberada, se apresuraba a contestar él por los dos. No quería que Andrew se diera por vencido y terminase asumiendo aquel caso como una derrota.

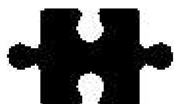
Estaba dispuesto a resolverlo y lo iba a hacer con él. Aquello le demostraría que no debía dejarse intimidar ni permitir que cualquier chalado manejase los hilos.

—Debajo —continuó Petrus—, hay un fino cuaderno de muy pocas hojas. En la primera página, en el encabezado, está escrita la palabra manifiesto. Esto es lo que más me interesa que veáis, entre otras cosas obviamente, porque esta sala es un mar de pruebas. Los analistas lingüísticos se encargarán después de analizarlo al detalle para detectar giros que pertenezcan a una localización concreta o cualquier otro detalle que pueda ser relevante y conducirnos a un sospechoso. De momento, me gustaría que lo leyeseis y que me deis vuestra opinión.

—Jefe, yo creo que… —comenzó a decir titubeante el detective Davis.

—Por supuesto, Adrian. Nos ponemos a ello —le interrumpió su compañero. Ambos policías se miraron de soslayo. No hacían falta palabras.

Los dos sabían lo que el otro quería decir.





—Después, abriremos el sobre para ver qué contiene, aunque, como ya os he dicho, sospecho que hallaremos una nueva pieza de puzle. No obstante, esta vez parece algo más consistente.

AVERIGUA MÁS EN…

https://arielzorion.com/la-biografia-del-dolor/pista-3-penitenciaria-de-

columbia-britanica/

Capítulo 35

sigue las migas de pan

“Bien poco enseñó la vida a quien

no le enseñó a soportar el dolor”.

- *Arturo Graf*

Debido a que ya se pusieron el material de protección nada más llegar a la sala y a que sus compañeros de la científica ya habían tomado las oportunas fotografías y muestras de aquel documento, lo cogieron de la butaca, levantando previamente el sobre que había colocado encima.

Andrew entendió enseguida a qué se refería el jefe cuando dijo que el sobre tenía más consistencia. Dentro de él había algo más que una pieza de puzle.

Comenzaron a leer el escrito que había en el cuaderno con atención.

¿Aquello era otra pieza de aquel gigante rompecabezas? Quizá pronto lo averiguasen.

Manifiesto

¿Qué es el dolor?

Lo es todo y no es nada.

Es impreciso o concreto.

Difuso o específico.

Un relámpago que te asola.

Un trueno que rompe el silencio.

Una tormenta que desborda los diques donde se contenía la hemorragia.

Es una sensación desagradable, como un pinchazo, un hormigueo, una

picadura, un ardor o una molestia. Puede ser agudo o crónico. Puedes sentirlo en algún lugar del cuerpo o lo puedes sentir recorriéndote de pies a cabeza.

Y también puede dolerte el alma entera.

El dolor no siempre es curable, pero hay muchas formas de tratarlo. A veces puede ser una ilusión, como cuando duele una parte que ya no tienes.

Porque el dolor también puede ser un engaño, una mentira.

¿Qué es el dolor? En realidad, nadie lo sabe, porque no es un término unívoco, porque cada dolor es único, inespecífico o evidente, punzante o dormido, lacerante o difuso, intermitente o constante. El dolor es una experiencia personal y singular, distinta para cada ser vivo, diferente en su umbral de percepción.

El dolor es una señal, un aviso, una alerta. Es el primer eslabón de una cadena que puede acabar por romperse. Es lo que desata la reacción consciente de que algo no va bien, de que algo ha empezado a no funcionar, de que es hora de prestar atención y poner un remedio.

Es una punta de lanza desgarrando la carne.

Es un cuchillo abriendo la piel.

Es el alarido que te raspa la garganta.

Es el momento en el que se alumbra una vida.

El dolor es un grito de socorro, una chispa que prende un fuego, un bramido pidiendo ayuda, un lamento y un desconsuelo.

El cuerpo humano es un organismo complejo. Es capaz de alcanzar el gozo estético, el éxtasis en un orgasmo, un placer incomparable ante un logro, un arrebato al escuchar una melodía que nos transporta a un momento en el que fuimos felices. Pero también se abandona a la agonía de

manera sumisa, poniendo todas sus células a merced de un sufrimiento que provoca el caos, un colapso, incluso la muerte.

El dolor es una herida pero también una cicatriz. Es una huella, un rastro pegajoso y persistente, porque deja marcas algunas de ellas indelebles, como la de la pérdida, que aun con el paso de los años sigue gritándonos que sigue ahí, a veces con un sutil mensaje, otras con una fiereza animal.

El dolor es una chispa entre dos neuronas que nos traen un recuerdo que

nos emborrona la vista y nos llena los ojos de lágrimas. Es un camino de desolación que no nos queda más remedio que recorrer.

El dolor es un bisturí que accede al interior de forma pausada pero violenta, que abre el camino de la sangre. Es el roce de una ortiga, es una llamarada que incendia nuestra piel, es la mordedura de un animal salvaje.

El dolor es un tirano, porque nos obliga a cederle todo el protagonismo, nos reclama a cuerpo entero, nos secuestra, nos somete y nos hace suyos.

Nos doblega, nos reduce, nos deja en el más hondo desamparo.

El dolor es un compañero ruidoso, que no se calla, que es chillón en ocasiones, que es sordo otras veces, pero del que notas su presencia evanescente o plena de materia.

El dolor es la punta del iceberg porque debajo esconde un gigante tenebroso, un abismo de sufrimiento.

El dolor es un mensaje que hay que descifrar.

El dolor es la pieza de un puzle, ese pequeño fragmento del rompecabezas, que requiere de análisis, de pruebas, de buscar sin denuedo para terminar de formar esa imagen completa de la que ese dolor solo era un indicio de un problema mayor.

Porque el dolor existe y es muy real.

Porque el dolor habita múltiples formas, nunca iguales.

Porque el dolor forma parte de nuestra existencia.

Porque el dolor exige que prestes atención a la historia que te cuenta.

Porque el dolor, como todo, tiene su propia biografía.

Nadie conoce qué límites puede llegar a rebasar hasta que sufre de verdad. El dolor es una unidad de medida única e incomparable. Cuando llega, lo hace arrasando con todo, desmontando el castillo de naipes que es nuestra personalidad, deshaciéndose de cualquier obstáculo que le robe la atención. Hace que todo se vuelva relativo en torno a él, minúsculo e

insignificante. Te roba la capacidad de pensar, hace que te olvides de los convencionalismos y hasta de lo que es o no moral.

La ética se diluye.

Los valores se difuminan.

El autocontrol se vuelve una ilusión.

El dolor manda.

Es el gobierno de la angustia.

En el momento que el dolor es tan fuerte que te desgarra, solo quieres gritar y sacar de dentro toda la masa infesta que vuelve la realidad una pesadilla. Necesitas liberarte, soltar esa carga que te asfixia y que vuelve el mundo un lugar inhóspito en el que no existe el silencio porque tu dolor te grita. Aplastarías al que tienes enfrente, le machacarías si fuera necesario, si así consiguieses hacer desaparecer ese dolor fiero e indomable que te subyuga y te sujeta entre sus garras.

Hasta que no llega a ti en una intensidad tal que no te permite pensar, no eres capaz de saber tus límites, de definirlos con una claridad inimaginable. Las líneas rojas se difuminan hasta hacerse casi invisibles, rebasándolas con cada oleada de dolor. No creerías de qué puedes ser capaz. Te domina, te somete, hace que no veas más allá, porque lo que hay ahí fuera no existe sino bajo su eco.

¿Qué te dice tu dolor?

Escúchalo.

Tiene una historia que contar.

Los grandes proyectos requieren estructuración, planificar hasta aquel movimiento que parece nimio, una diminuta partícula de nada que eclosiona y acarrea consecuencias devastadoras. La estrategia es la clave.

Como una partida de ajedrez. Cada pieza tiene una función. Cada movimiento tiene un propósito. Los participantes y el rol que deben jugar se han elegido después de una intensa deliberación. Es posible que no les guste lo que tienen que hacer, pero es necesario. Algunos se convertirán en héroes. Otros seremos verdugos. Y otros no serán más que peones. Pero desde luego no víctimas, porque sus acciones son las que les han colocado ahí. Es el precio del dolor.

Todo lo que se haga debe transmitir un mensaje. No es un asunto baladí. Porque la raza humana se ha vuelto impasible, difícil de conmover.

Siempre con el hocico hundido en las pantallas, en esos endemoniados aparatos que les conducirán a la aniquilación. Arrastrados por ese

egocentrismo preocupante, esa mirada continua hacia nuestro propio ombligo en medio del reinado del selfie, que tanto se parece a "selfish", esa palabra que en inglés precisamente significa egoísta.

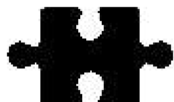
Sembrar el horror no es cosa de mentes frágiles. Hace falta temple para resistir, para evadirse en ocasiones, y poder llevar a cabo esta empresa que implica causar deliberadamente dolor. Un dolor por otra parte necesario, pues no hay otro modo de levantar a esas conciencias que permanecen en estado de latencia, idiotizadas y dominadas por algoritmos estúpidos.

El ser humano se ha insensibilizado. Primero fue la caja tonta quien le convirtió en una centrifugadora de desgracias. Ahora caen uno tras otro sin tiempo para respirar, sin una mínima pausa para asimilar el dolor ajeno. Lo miramos con ojos indolentes, vacíos de sentido, inánimes. Es hora de despertar de ese letargo. Es tiempo de levantar la cabeza para ver qué hay más allá. Es hora de reflexionar acerca de lo que el sufrimiento nos transmite, de ese mensaje que ha quedado sepultado por montañas de basura. Es hora de volver a formas de vida más sencillas y empáticas, en las que el dolor y la tristeza se relataban para dividirlas, mientras que la alegría y la dicha se compartían para multiplicarlas. En el reinado del placer nos hemos olvidado de que otros sufren y no lo queremos saber. La venda es lo que funciona. El telón que oculta lo que no queremos ver. El único alivio para nuestras conciencias es un botón en una pantalla que nos trasladará al metaverso donde podremos darle un poco más la espalda a la realidad.

Los idealismos están ahí para algo, para despertar esos cerebros que parece que quedaron en pausa, para agitar las mentes embotelladas en un hedonismo egoísta y ridículo, para revolver a esos congéneres tiranizados por el dinero y los bienes materiales.

La biografía del dolor tiene un significado profundo, porque el dolor nos define como personas, nos hace ser quienes somos, construye nuestra historia a base de caer y levantarnos, nos enseña lecciones importantes y nos ofrece una oportunidad de crecer cuando llega la adversidad. El dolor crea valientes, porque solo se sobreponen los que se enfrentan a él con la cabeza bien alta, dispuestos a mirarlo a la cara y aprender todo aquello que tenga que enseñarles.

Estamos aquí para mostrarle al mundo qué lección nos ha dado nuestro dolor. Intentamos hacernos escuchar por vías convencionales, pero nadie quiso hacernos caso. Vuestra falta de atención nos ha obligado a recurrir a



cosas de las que nunca nos creímos capaces. Pero hay injusticias que deben ser castigadas y hay lecciones que requieren de lo que ya decía el refrán: la letra con sangre entra.

La rueda ha empezado a girar. Ya no hay vuelta atrás. Solo cabe esa huida hacia delante que es el destino, uno que hemos reescrito. El rompecabezas solo estará completo cuando todas las piezas del puzle encajen.

Tendréis que mirar.

No os quedará más remedio.

No permitiremos que tengáis elección.

Finalizada la lectura, ambos detectives se miraron a los ojos, tratando de averiguar qué demonios pasaba por la cabeza del otro después de aquello.

Era como si alguien se hubiera puesto a vomitar ideas y las hubiera dejado plasmadas en aquellos papeles. No es que no tuvieran sentido, pero desde luego había excesiva inquina en ellas. O era la sensación que les había quedado.

—¿Qué opináis? —preguntó el jefe Petrus mirando alternativamente a uno y a otro.

—Si algo han dejado claro, es que son un equipo —respondió Spencer

—. Por otro lado, cobra fuerza la idea de la venganza que me ha planteado hace un rato Davis cuando veníamos para acá.

Andrew estaba pensativo, dándole vueltas a un planteamiento que había empezado a rondarle la cabeza.

—¿Y si estamos ante un mesías? —preguntó por fin.

—No te entiendo. Además, es evidente que no es uno solo. Creía que en eso estábamos de acuerdo —rebatió el policía moreno.

—Sí, eso ha quedado claro. Pero alguien ha escrito esto, ¿no? —dijo agitando las hojas sujetas en su mano derecha—. Y puedo equivocarme, pero creo que no lo han hecho entre varios, sino que

esto ha salido de una sola mente. Tal vez el que dirige al resto. Tengo la sensación de que quien ha redactado esto sufre un delirio mesiánico.

—Y si hemos llegado hasta aquí, no ha sido solo debido a nuestra pericia, sino a que hemos seguido las migas de pan que nos ha ido dejando

—reflexionó Spencer.

—Exacto, igual que con todo lo demás. Sabían que encontraríamos este lugar. Por eso han preparado todo esto —señaló el detective Davis girando sobre sí mismo mientras señalaba todo lo que había por las paredes—.

Querían una puesta en escena por todo lo alto.

—Pues lo han conseguido —finalizó Adrian Petrus.

Capítulo 36

Pieza de puzle

"El verdadero dolor es indecible.

Si puedes hablar de lo que te acongoja estás de suerte: eso significa que no es tan importante".

- Rosa Montero

Los tres le daban vueltas a aquello que había comentado Andrew Davis acerca de la hipótesis de que estaban ante un grupo de personas al frente del cual se hallaba alguien que sufría algún tipo de delirio mesiánico.

—Yo diría que hay varios puntos claves en el manifiesto —apuntó el detective Tracy, mientras se acariciaba la perilla—. A ver si estáis de acuerdo conmigo.

—Cuéntanos —le pidió Adrian Petrus.

—A ver, por un lado obviamente está el dolor. Es sobre lo que pivota todo lo demás. Aparece referido en los vídeos, en los que además nos muestran a las víctimas sufriendo, y al final de la grabación, nos pregunta qué nos dice su dolor. Por si eso fuera poco, a nuestras dos víctimas les tatuaron a punta de cuchillo la palabra en abdomen y frente respectivamente.

—Hasta ahí, de acuerdo —corroboró Andrew.

—Bien, en segundo lugar, creo que está hablando de una crisis de valores de nuestra sociedad, ¿no es así?

—Sí, lo dice bastante claro, por lo que recuerdo haber leído antes de que llegaseis. De hecho, da la impresión de que quiere recordarnos cuáles son esos valores fundamentales —comentó el jefe.

—Pero además, hay una crítica feroz a la tecnología, especialmente relativa a las pantallas y a la forma en la que nos han idiotizado —concluyó Spencer.

—¿Recordáis el caso de Theodore Kaczynski, durante los años noventa?

—preguntó esta vez el detective rubio.

—¿Te refieres al famoso Unabomber? —se aseguró el jefe.

—Sí, exacto. Kacynski era un matemático y filósofo, además de un neoludita.

—¿Qué coño es un neoludita, chaval? —preguntó intrigado Tracy.

—En palabras simples se puede decir que los neoluditas son aquellas personas que siguen una corriente filosófica que se opone al desarrollo tecnológico y, en cierta medida, también al desarrollo científico.

—¿Y cómo sabes tú eso? —preguntó sorprendido su compañero.

—Básicamente porque leo y no soy un cavernícola como tú —contestó con una sonrisa y guiñándole un ojo.

—¿Ves lo que tengo que aguantar, Adrian? Deberías expedientarle solo por esto.

—Bueno, bueno, déjale que continúe.

Andrew no pudo evitar reírse. Pocos minutos antes, había estado a punto de abandonar y lo habría hecho si no hubiera sido por el empeño de Tracy de mantenerle a flote y en la brecha.

—Como os iba diciendo, Kacynski enviaba sus cartas bomba justificándolas por el análisis crítico que él hacía sobre la sociedad contemporánea, haciendo énfasis en las perniciosas consecuencias que trajo dicho desarrollo tecnológico en las sociedades que vinieron

después de la Revolución Industrial. Él escribió un extenso manifiesto, muchísimo más elaborado que este obviamente, donde recogía toda su ideología.

—Pero el Unabomber era un terrorista que atentaba contra profesores universitarios destacados y científicos que estaban inclinados hacia las nuevas tecnologías —apostilló el jefe—. Es decir, en cierto sentido, atentaba contra símbolos sociales y lo hacía reclamando gran atención, puesto que las bombas era imposible que pasaran desapercibidas.

—Y no parece que nuestras víctimas puedan ser un símbolo concreto de nada —comentó Tracy.

—No estaría yo tan seguro de eso —refutó el jefe—. Date cuenta que la primera víctima llevaba a cabo actividades de economía sumergida que le reportaban importantes beneficios. Tal vez el doctor había traicionado el juramento hipocrático, solo por lanzar una hipótesis.

—Tendremos que investigarlo a conciencia. Tal vez él también desarrollaba alguna actividad marginal.

—Puede que estemos ante una organización terrorista. Es más, al final del manifiesto anuncian que tendremos que mirar y que no nos van a dejar elección. Nos están echando un órdago a lo grande y tiene pinta de que sus próximas acciones no van a pasar desapercibidas. Están buscando atención mediática.

—Sí, eso parece. ¿Y lo del delirio mesiánico que comentabas? ¿A qué te referías exactamente? —preguntó el jefe de policía.

—Sí, es verdad. Casi se me olvida. A ver, os cuento a grandes rasgos y después ya vamos viendo qué encaja y qué no, ¿de acuerdo?

—Dispara.

—Creo que el que maneja todo esto tiene la convicción de que es un mesías con la misión de salvar al mundo. Nos habla del dolor, del poder de crecimiento que tiene, de los valores que tenemos que recuperar, de volver a formas de vida más sencillas, *etc.* Es decir, nos está diciendo que la humanidad se está equivocando y alguien tiene que salvarla, ¿no os parece?

Los dos respondieron de modo afirmativo casi al unísono.

—Pues bien, si en esto tenemos razón, ya contamos con un perfil

psicológico, puesto que aquellos que se consideran a sí mismos mesías suelen puntuar alto en las escalas de narcisismo y suelen ser seductores natos. De hecho, es impepinable que lo sean para convencer a otros de que cometan determinadas locuras en su nombre o en el del mensaje que quieren trasmitir. Son personas que tienen unas elevadas cualidades dialécticas y conmueven con su discurso.

—Luego, eso nos da una pista acerca de quién está al frente y de sus seguidores, puesto que tienen que ser personas vulnerables —reflexionó el jefe Petrus mientras se acariciaba la barbilla.

—¿Y si su vulnerabilidad se deriva de un intenso dolor que hayan padecido? —lanzó la pregunta Spencer.

—Sería posible y tendría sentido —respondió el detective Davis—.

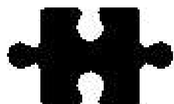
Algunos especialistas en el tema señalan que los que sufren síndrome mesiánico son especialistas en captar las debilidades de los demás. De ese modo, buscan cómo proporcionarles lo que precisan y alienarlos emocional y psicológicamente.

—¿Y si en este caso el dolor se derivase de la pérdida de un ser querido?

En este caso tal vez les proporcione la venganza como aquello que necesitan —supuso Tracy.

—Eso es un punto de vista interesante —confirmó Adrian.

—Eso sí, todo funcionará bien mientras hagan lo que él quiere, puesto que los que se creen los mesías pueden ser caprichosos y hasta despóticos, llegando a tratar mal a los que les siguen si no cumplen con sus expectativas.



—Puede que incluso él mismo haya sufrido un dolor insoportable que le ha conducido a esto —teorizó Spencer—. Eso podría haber sido el detonante de todo.

—Luego sería importante averiguar qué se lo causó.

—¿Qué nos dice su dolor? —preguntó, emulando la pregunta que se decía en los vídeos.

—Exacto.

Los tres se miraron entre ellos conscientes de que esa reflexión en voz alta les había ayudado mucho a avanzar en poco tiempo, aunque aún debían tratar de sustentar con pruebas esas teorías.

—Ha dicho en un momento algo de la biografía del dolor, ¿o me lo he imaginado? —continuó el detective Davis encadenando otra idea.

—No, no te lo has imaginado. A mí también se me ha quedado grabada esa expresión.

—Sin duda, esa es la clave. Nos trata de contar que el dolor tiene su propia historia y que es algo que define al ser humano.

Después de unos segundos más de silencio, Andrew les hizo una pregunta que le preocupaba de manera ostensible, a pesar de ser consciente de que no obtendría una respuesta.

—¿Y qué pinto yo en medio de todo esto?

Todavía pasaron unas horas antes de que regresaran a comisaría. La escena era un maremágnum de pruebas que había que proceder a recoger, catalogar y analizar posteriormente. Embolsaron el manifiesto para que los especialistas en análisis lingüístico lo estudiaran posteriormente.

—Todavía no ha habido demasiado eco en los medios y es algo que me extraña —expuso el detective Tracy.

—A mí también. Pero ya se han empezado a interesar —contrastó Davis.

—Tengo la sensación de que no va a tardar mucho en mandarles una copia del manifiesto o de algo similar. No creo que les baste con la atención que han obtenido hasta ahora.

—Es posible. Tenemos que pedirle a Dylan que busque… —dijo quedándose a medias.

—¿Que busque qué? —preguntó su compañero instándole a que completara la frase.

—No lo tengo muy claro, la verdad —dijo mirándole con franqueza a los ojos—. Es decir, puede que un escándalo médico protagonizado por nuestro doctor o denuncias por mala praxis interpuestas por

alguien que perdiera a un ser querido o que quedó con graves secuelas después de una intervención o un tratamiento. Pero no sé si estamos dando palos de ciego.

—Bueno, en eso consiste cualquier buena investigación, ¿no? En una búsqueda incesante de un poco de luz al final del túnel. Pero hasta que la encuentras, no te queda más remedio que darte golpes contra sus muros mientras avanzas.

—Te ha salido demasiado poético, Spence. Igual podrías utilizarlo para ligar. Actor y poeta. Añádelo a tu currículo.

—Mira, rubito, te estás ganando un cachete de los buenos. Así que más vale que no me cabrees.

—Hasta los Neandertales estaban más evolucionados que tú —

respondió el joven con una sonrisa en sus labios.

—Claro, como tú eres superdotado, pues los demás te parecemos retrasados, supongo.

—¿Superdotado? ¿A qué viene eso ahora? —preguntó divertido.

—A que no sabía que mi compañero era una puñetera enciclopedia. Me has dejado antes con la boca abierta, macho. Seguro que eras un empollón.

—¡Qué tontería! Estudié criminología y me gustaba mucho. Después, he leído mucho sobre el tema, así que no tiene mérito.

—¡Andrew! —le llamó uno de los técnicos de la científica.

—Dime —dijo al girarse hacia el lugar del que procedía la voz. El técnico se acercaba hacia él con algo en la mano.

—Aquí tienes el sobre, por si queréis revisar su contenido —le comentó haciéndole entrega de la bolsa con cierre de cremallera en la que iba —. Ya hemos tomado todo tipo de muestras y lo hemos espolvoreado, también el contenido.

—Gracias, Chris.

—No hay de qué.

Spencer y Andrew no tuvieron que decirse ni una palabra, puesto que ambos intuían lo que iban a encontrar.

—Otra pieza de puzle —dijo Tracy cuando su compañero la extrajo.

—Sí, pero esta vez, trae algo más.

—¿Quieres verlo ahora o esperamos a llegar a la central?

—El código no nos queda más remedio que escanearlo con los informáticos, pero no pienso esperar para lo que le acompaña en esta ocasión.

—Me parece bien.

Capítulo 37



encajar las piezas

“El dolor no desaparece.

Simplemente le haces sitio.”

- Laurie Holden

Detective Davis,

Te preguntarás por qué estás metido en todo esto. Lo comprendo. Lo comprendemos. No es nada personal, por eso puedes estar tranquilo. Pero eres necesario. Has sido cuidadosamente elegido por tus cualidades. Te hemos elegido por tu dolor. Uno angustioso. Uno de los que hace callo y que se ha instalado en tu corazón de una forma salvaje. Lo está erosionando. Lo he visto con mis propios ojos. La pérdida es un dolor insoportable y, cuando va aderezado con la culpabilidad, entonces ya no hay palabras que lo definan. No te lo mereces. No mereces sufrir así. Creo que eres noble, que intentas hacer las cosas bien, pero estás sobrepasado.

Lo comprendo. Lo comprendemos. Nosotros también conocemos el dolor de cerca. Eso es algo que tenemos en común. Al principio, creí que debía ser extirpado. Creía que el dolor era un tumor que crece descontrolado y lo envenena todo. Pensaba que no era razonable sufrir, que no era justo.

Hasta que comprendí con una clarividencia inaudita lo que decía Buda: El dolor es inevitable pero el sufrimiento es opcional. Tú sigues eligiendo sufrir. Debes dejarlo atrás. Dolió mucho, lo sé. Pero sigues sufriendo porque es tu elección. Y por ese motivo en parte también te hemos elegido, para que puedas salvar a otros muchos. Para que seas un salvador. Para que te redimas. Solo tienes que encajar todas las piezas. Escucha su dolor.

Presta atención. Estás a tiempo de salvarlos. El rompecabezas continuará, contigo o sin ti. Tú decides. Te subes o te bajas en marcha. Este camino no tiene vuelta atrás.

El sobre contenía una carta dirigida a Andrew. No es que proporcionara grandes pistas, pero desde luego le ayudaba a entender algo más por qué motivo se encontraba en medio de todo aquello. Por qué su nombre encabezaba los sobres. Porque alguien lo inmiscuía en un asunto que no debería personalizarse, porque atañía a las fuerzas del orden en su conjunto.

Su dolor.

Le habían elegido por eso.

Esa congoja que le oprimía el pecho, la cual a veces parecía no dejarle coger aire suficiente para continuar. El dolor no había desaparecido. El tiempo lo había hecho más difuso, tal vez. Había ayudado a arrinconarlo, aunque no dejara de sentirlo. Había momentos del día que casi lo olvidaba.

Parecía cada vez un poco más lejano, más distante. Pero a la vez, contenía un halo de presencia innegable.

El dolor es algo que se instala dentro de nosotros. Así lo sentía Andrew.

Terminas por hacerle un hueco, cuando empiezas a ser consciente de que no se va a ir, de que se ha presentado sin invitarle con la intención de hacerte compañía durante mucho tiempo. Y no lo puedes echar sin más. Solo te queda buscarle un rincón en el que poco a poco deje de molestar.

¿Qué les contaba su dolor?

En la carta decía quien la escribiera que le había visto sufrir con sus propios ojos. Por lo tanto, en algún momento de su vida se tendrían que haber cruzado. Y debía ser en un momento cercano en el tiempo, porque concretamente se refería al dolor que le había causado perder en acto de servicio a su compañera Sharon Williams unos meses atrás. Un dolor tan desgarrador que le había impulsado a cometer el abominable acto de matar a otro ser humano.

—Bueno, está claro que tiene un motivo para incluirte en su cruzada —

apuntó Spencer observando cómo iba reaccionando su compañero.

Andrew tenía el gesto adusto, serio. El ceño fruncido. Los labios apretados. Las mandíbulas ligeramente crispadas. No tenía muy claro si lo que estaba viendo en él era un enfado creciente o era simple desesperación.

Después de lo sucedido aquel mismo día a primera hora en los baños de la comisaría, tenía sus dudas. Aquellos criminales despiadados se estaban aprovechando de su dolor.

El detective Davis tenía una idea martilleándole la cabeza que no le dejaba en paz. No quería parecer que estaba obsesionado con aquello,

pero es que todo parecía apuntar en esa dirección. No podía callárselo. Ese no

era su estilo. Además, Spencer ya sabía lo que pensaba al respecto. Si estaba en lo cierto, el caso podría resolverse más pronto de lo que esperaban.

—¿Has conseguido alguna información de Nathan Jansen, mi psicólogo? —preguntó de pronto.

—Mañana he quedado con un tío que me va a pasar alguna cosa. Pero preferiría que no hablásemos de esto cuando hay más gente, especialmente si hay polis y si el jefe está merodeando —le dijo agarrándole del brazo para llevarle un poco más aparte y bajando el tono de voz hasta casi un susurro—. Recuerda que te estoy haciendo un favor, así que no me metas en líos, ¿vale? Estoy muy a gusto de vuelta en Vancouver y no tengo intención de permitir que me destierren otra vez. Si me dan la patada, ya te aviso que te vienes conmigo.

—Por cierto, esa historia todavía no me la has contado. Estoy ansioso por conocer qué hizo que Petrus quisiera perderte de vista.

—Tú también tienes cosas pendientes de relatarme, ¿recuerdas? Los dos tenemos nuestros secretos. Todo a su tiempo, rubiales. Y ahora vamos al coche que estoy deseando ir a la comisaría para averiguar qué mierda contiene esa pieza de puzle.

—De acuerdo. Pero esta vez conduzco yo. Estoy harto de ser tu copiloto. Así que pásame las llaves —dijo clavándole la mirada y reforzando sus palabras con un gesto de la mano derecha que indicaba que se las diera pero ya.

—¿A qué debemos ese arranque de valentía?

—No es un arranque de nada. Simplemente estoy ejerciendo mis derechos.

Spencer le miró entrecerrando los ojos. Aquel gesto le recordó a Andrew una escena de Jason Momoa en Juego de Tronos cuando interpretó a Khal Drogo. ¿Cómo era posible que se parecieran tanto? Incluso la complexión física era similar. Desde luego, su compañero a veces tenía un aspecto fiero que seguro que intimidaría a más de uno, pero no a él. Ya no. Había descubierto que bajo esa fachada de tipo duro latía un gran corazón.

—Vale por esta vez. Pero que no se te suba a la cabeza, pequeñajo.

—No sé si no te has dado cuenta de que tus comentarios a estas alturas me resbalan.

Para variar, Spencer soltó una sonora carcajada. Cualquier día le perforaría los tímpanos con esas risotadas estridentes que soltaba tan a

menudo. ¿Por qué le hacía todo tanta gracia?

—No te hagas el indolente, chaval. Una cosa es que estés aprendiendo a disimular y otra muy distinta es que te dejen indiferente.

—Las llaves, Spence —dijo extendiendo su mano y moviendo los dedos una vez más.

—Toma, antes de que te pongas a llorar —bromeó lanzándoselas desde una distancia prudencial—. Y por cierto, tengo un hambre que me muero.

Mira la hora que es. Creo que debemos hacer una parada antes para tomar algo si no quieres que me transforme en un ser grotesco y destructivo.

—Tranquilo. Pararemos a comer —le tranquilizó Andrew. La verdad es que él también empezaba a sentir hambre, pese a que en un primer momento sintió que se le había cerrado el estómago.

Subieron al coche. Una vez dentro, el joven detective volvió a imponerse sobre la tiranía de su compañero.

—Y esta vez, la música la pongo yo.

Spencer Tracy soltó otra carcajada que pareció que retumbaba dentro del coche. Andrew sonrió con evidente satisfacción, a pesar de que había estado tentado de taparse los oídos para proteger su integridad física y, en consecuencia, su salud auditiva.

Capítulo 38

Nathan Jansen *“Cuando nos aferramos al dolor, terminamos castigándonos a nosotros mismos”.*

- Leo Buscaglia

Nathan Jansen había sido un estudiante intachable. Sus notas estaban muy por encima de la media. Sacó varias matrículas de honor y se

doctoró en cuanto finalizó la carrera. Un estudiante modelo. Además, había realizado varios másteres en diferentes especialidades y terapias y había impartido clase en la sede de la Universidad de la Columbia Británica que había en Vancouver. Su periplo universitario le había permitido conocer a personas de cierta influencia, lo que le había proporcionado una buena agenda de contactos.

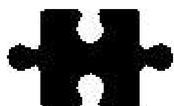
Fue un psicólogo respetado hasta que cayó en desgracia. Había tenido una gran cartera de pacientes, entre los que se incluían personalidades importantes de Vancouver. Escribía con asiduidad artículos científicos, era invitado a conferencias, le solicitaban como perito en procedimientos judiciales y compañeros de profesión le consultaban con relativa frecuencia.

Llegó a la cima en su carrera para después caer en el lodo de la desgracia.

Y casi en el olvido.

Quizá solo había sido una mala racha, pero, en un corto espacio de tiempo, perdió varios pacientes debido a que no supo ver señales claras de suicidio. La sombra de la negligencia comenzó a sobrevolarle. Algunas voces incluso hablaron de que esas pérdidas humanas no habían sido solo casualidad. No pudo demostrar las fuentes de aquellos rumores. Si hubiera sido así, les habría interpuesto una demanda. Sin embargo, las malas lenguas contribuyeron a su estrepitosa caída.

Aquello le sumió en una fase de desprestigio que le costó mucho superar. Ni que decir tiene que muchos pacientes huyeron y las llamadas para pedir su colaboración cesaron con celeridad. Tuvo que buscar una salida. Pasó un tiempo sopesando opciones, hasta que la oportunidad apareció en el momento justo.



Había comenzado a colaborar con la policía gracias a un convenio que había logrado tirando de conocidos aquí y allá. No había sido del todo limpio, pero desde luego el trato no incumplió la legalidad requerida. Y así consiguió algunos contratos más con diferentes instituciones que le derivaban algunos casos. Aquello podría darle un espaldarazo a su carrera e impulsarle otra vez hacia delante. Al menos, le ayudaría a salir del bache hasta que fuera capaz de recuperar cierto prestigio.

Cuando llegó Andrew Davis a su consulta, comprendió que podía estar ahí la ocasión para lograr remontar aquel bache que se había alargado demasiado. El caso de la Asesina de las Lágrimas había sido muy mediático y a su consulta había llegado un joven policía literalmente hecho pedazos.

Andrew era su oportunidad.

Andrew era su proyecto.

No había contado con que no sería capaz de conectar con él. Al inicio, en aquellas primeras sesiones, a pesar de que era el momento en el que el detective había llegado absolutamente devastado, tuvo la sensación de que lograría llegar hasta él. En realidad, le faltó muy poco para lograrlo.

Pero había cometido un error imperdonable.

Después de aquello, el joven se había cerrado como una concha. Y ahora era más inaccesible que nunca. Con aquel hermetismo empezaban a esfumarse nuevamente sus opciones. Debía ser creativo para sacar provecho de aquella situación.

Spencer Tracy guardaba un buen número de contactos de los que no le gustarían a su jefe desde sus primeros años en la policía de Vancouver.

Petrus le diría que andar con delincuentes le acabaría convirtiendo en uno.

Bueno, no estaba totalmente desencaminado, porque no negaba que se había saltado más de una norma para lograr lo necesario en los casos que investigaba. Tampoco es que hubiera cometido ningún delito, pero podría decirse que había bailado sobre un hilo muy fino en varias ocasiones.

Aquellos poco deseables contactos pero útiles a la vez, le proporcionaban información con frecuencia que no conseguiría de otra forma.

Aquel era el caso.

El psicólogo era una buena pieza.

Aquel contacto clandestino le haría llegar información muy jugosa.

Capítulo 39

Suposiciones

“El dolor en cambio es silencioso, solitario, implica aceptación, estar en contacto con lo que sentimos, con la carencia y con el vacío que dejó lo ausente”.

- Jorge Bucay

Spencer se sorprendió con la música que puso su compañero en el coche. Tina Turner y su mítica *The Best* salía por los altavoces inundando el habitáculo de una sensación de esperanza y confianza. Algo que, sin lugar a dudas, estaba en la lista de necesidades urgentes. Requerían una canción así en medio de ese caso que no parecía parar de complicarse y crecer sin darles siquiera resuello. Todavía no atisbaban la dirección que estaba tomando. Solo se liaba la madeja sin más, en un bucle infinito, como una ilusión óptica en la que no ves ni el principio ni el final, que te confunde y te engaña.

—¿Te me estás declarando, guaperas? —preguntó irónico Spencer al escuchar los primeros acordes de la canción—. Ya te he dicho que no soy de rubios flacuchos. Tú no tienes el tipo de curvas que a mí me gustan.

—¿A qué coño viene eso ahora? —preguntó extrañado, mientras le miraba de reojo para no despegar la mirada de la carretera. El tráfico era lento y los coches circulaban muy cerca unos de otros. En un despiste de apenas un segundo, podía haber una colisión si no se andaban con cuidado.

No tenían tiempo para entretenerse rellenando partes del seguro ni discutiendo con un conductor alterado. Más le valía volcar toda su atención en la carretera.

—Joder, me has puesto una de mis canciones favoritas. Tío, con esa letra. Te me estás declarando, es evidente.

Entonces Spencer hizo como si tocara la batería, agitando su larga melena ondulada, justo antes de ponerse a cantar a voz en grito el estribillo de aquel clásico. Andrew pensó que fácilmente podría provocarle una pérdida auditiva con esos bramidos.

“You're simply the best.

Better than all the rest.

Better than anyone.

Anyone I've ever met.

I'm stuck on your heart.

I hang on every word you say.

Tear us apart.

Baby, I would rather be dead".

"Eres simplemente el mejor.

Mejor que todos los demás.

Mejor que cualquiera.

Cualquiera que haya conocido.

Estoy pegado a tu corazón.

Me cuelgo de cada palabra que dices.

Destrúyenos.

Nena, preferiría estar muerta".

—Vas a dejarme sordo, por si no te has dado cuenta. Entre tus risotadas de mamut en celo y los gritos que pegas cuando cantas, voy a pedir cita con el otorrino antes de que sea demasiado tarde para mí. Me gustaría llegar a la tercera edad sin necesidad de un sonotone, si no te importa.

Para variar, Spencer se rio a carcajadas. Venía bien el sentido del humor en aquellas circunstancias. Ese paréntesis en la agonía. Ese descanso del pensamiento, porque sin saberlo se encontraban al borde del agotamiento.

—Sí, claro, ahora la culpa será mía si te quedas sordo como una tapia.

Seguro que aquí el jovencito no ha ido a conciertos ni a bares en los que la música está solo unos decibelios por encima de lo permitido, ¿a qué no?

—Bueno, dejémoslo. Y por favor, comienza a portarte como un policía maduro que creo que a tu edad empieza a ser recomendable.

—¡Serás capullo! A mi edad dice, el muy cretino…

Aquella conversación banal solo tenía el propósito de poner distancia con aquel caso que tanto desgaste psicológico empezaba a pasarle factura al detective Davis.

El manifiesto desde luego no le había dejado indiferente. Eso era imposible. No obstante, la carta dirigida a él era lo que más lo había trastornado. El caso de Banff parecía no cerrarse nunca. Era como un boomerang que, por muy lejos que lo lances, siempre termina por volver.

Era como si sus efectos trascendieran el tiempo y el espacio y se le estuvieran adhiriendo a la piel como una plaga infecciosa.

Le habían elegido por su dolor.

Le habían seleccionado para que fuera el salvador.

Eso no era nada halagüeño. Eso le derramaba sobre sus espaldas una responsabilidad que no estaba preparado para asumir. Eso era una auténtica condena. Eso era cargarle con el peso de un posible fracaso. Cada fracaso era sinónimo de una vida perdida para siempre.

No habían comentado ni una palabra acerca de lo que esperaban ver cuando escaneasen aquel código QR que una vez más llevaba impreso esa pequeña pieza de puzle. Una más en aquel gigante rompecabezas.

Por un lado, ambos deseaban satisfacer su curiosidad, averiguar qué contenía en aquella ocasión. Por otro lado, temían lo que pudieran ver.

Había una sensación de peligro flotando en el ambiente. Sin comentarlo siquiera, ambos presentían que después de haber mostrado sus cartas en la prisión, aquellos criminales ofrecerían una apuesta diferente, posiblemente una más elevada. Habían revelado demasiada información. Eso debía tener un por qué.

Y ese por qué hacía temer un escenario mucho peor.

Seguían sin entender los motivos. ¿Por qué las palabras dolor aparecían en distintas partes del cuerpo en las víctimas? ¿Por qué al doctor Henderson le habían dejado vivir, aunque fuera una existencia anodina y vacía? ¿Qué lección querían darle al resto de sus congéneres vaciando a un hombre, robándole su identidad y su dignidad? ¿Qué significaba dejar un cuerpo vivo al que le habían arrancado la posibilidad de tener una vida?

—¿Y si lo que nos muestra es que ha erradicado su dolor? —preguntó de pronto Davis, casi sin venir a cuento, rompiendo aquel momento frívolo.

A su compañero le pilló por sorpresa el cambio brusco de tercio. Le costó unos segundos volver a centrarse.

—¿Qué quieres decir?

—Verás, estaba pensando en el caso y, no sé muy bien por qué, me ha venido eso a la cabeza. Es decir, me preguntaba por qué razón el doctor sigue vivo. Y entonces, no me preguntes por qué motivo, he pensado que con la lobotomía le habían extirpado su dolor. ¿Te parece una locura todo esto?

Spencer achinó ligeramente los ojos, un gesto típico en él cuando reflexionaba. No le parecía que le faltara sentido a aquella idea. El dolor, según habían podido leer en el manifiesto, era el centro de toda aquella locura o, cuanto menos, uno de los pivotes sobre los que giraba todo lo demás.

—Creo que entiendo tu razonamiento —contestó reflexivo—. Vale, ahí va el mío en relación a lo que tú acabas de comentar. Dos hipótesis, ¿vale?

—Dispara —respondió sin levantar la vista de la carretera.

—O bien tenía alguna enfermedad en la cabeza y con la lobotomía la han eliminado…

—Eso no tiene sentido, Spence —interrumpió Andrew precipitadamente

—. La lobotomía es una psicocirugía, no una cirugía cerebral. Son conceptos muy diferentes y tratan enfermedades totalmente distintas.

—¿Me dejas acabar, sabiondo? Con eso de que eres superdotado no me dejas ni hablar.

—No soy superdotado.

—Pero sí un sabiondo, eso no lo puedes negar —dijo mirándole—. A nadie le gustan los sabiondos, por cierto.

—De acuerdo, lo pillo. Pero más vale que digas algo que tenga más sentido.

—Como iba diciendo, don perfecto, tal vez nos trata de transmitir que el dolor es un símbolo de lo que les duele.

—No te entiendo, macho. En serio, si no te explicas mejor, me quedo igual.

—Vale, déjame que te lo explique de otra forma. Imagínate que su dolor es la culpa, por ejemplo.

Andrew reflexionó sobre aquello. Podía tener algún sentido. A veces, nuestro cuerpo psicosomatiza lo que sentimos. Incluso hay enfermedades, como la fibromialgia, que hay quienes defienden que tienen un origen psicológico con un correlato físico aplastante. Las personas que la sufren, sienten un dolor muy real. Sin embargo, todavía hay un incontable número de especialistas que aseguran que el origen es puramente psicológico.

—Es una posibilidad, sin duda —consideró el detective Davis.

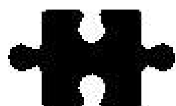
—Si estoy en lo cierto o me aproximo remotamente, podría suceder algo parecido con la primera víctima, de la cual sabemos que estaba llevando a cabo actividades ilícitas.

—Ya veo adonde quieres llegar.

—A lo mejor, ella sufría algún trastorno gastrointestinal.

—Podemos ver sus registros médicos, por si hubiera empezado algún tratamiento poco antes de que la secuestraran.

—Aunque cabe la posibilidad de que no acudiera al médico y nunca lo sepamos.



—Sí, es posible. Supongo que depende del grado de estrés que le supusiera llevar esa actividad económica al margen. O de la presión a la que la sometieran.

—Tenemos que repasar otra vez en qué anduvo metida. Puede que alguno de esos clientes a los que contribuyó a que los estafaran haya decidido vengarse de ella.

—Y tenemos que escarbar en la vida de Henry Henderson. Tiene que haber algo que le pusiera la diana en la espalda y le convirtiera en un

objetivo.

Todavía debían investigar si el doctor llevaba alguna actividad al margen de su carrera médica con la cual se lucraba y no era del todo legal.

A lo mejor, si él sentía culpa en algún sentido, sentía cefaleas o dolores frecuentes de cabeza, por poner un caso.

Ambos se quedaron unos minutos callados. La música se apropiaba del lugar que por naturaleza le corresponde al silencio. De manera casi irónica, sonaba *How to Save a Life (Cómo salvar una vida)*, de The Fray.

—¿Sabes una cosa? —preguntó Spencer con un tono de desánimo impropio en él.

—¿Qué? —preguntó Andrew con curiosidad.

—Que tengo la sensación de que, a pesar de todo esto que acabamos de hablar que nos parece una pista del copón, en realidad no nos va a llevar a ninguna parte.

La frustración y el desánimo quedaron flotando en el ambiente. Tal vez después de comer, con energías renovadas, pudieran ver todo de otra manera.

Lo último que había dicho Spencer Tracy iba tan cargado de derrotismo que ninguno de los dos había podido abstraerse de su comentario. ¿Y qué más daba lo que significaran esas palabras tatuadas en la piel? Eso no les conducía hasta los asesinos.

Sin embargo, ese tinte con el que todo lo cubren nuestras emociones, les estaba impidiendo ver que, en realidad, conocer aquello, les acercaba a una visión más general y, por lo tanto, contribuía a que entendieran los motivos y los significados.

—Bueno, vamos a ver qué mierda hay en esta pieza de puzle esta vez y, si te parece bien, en función de lo que veamos, creo que después nos deberíamos encerrar tú y yo en un despacho con toda la información que tenemos y darle una vuelta al caso. Tal vez debamos cambiar nuestro enfoque, Andrew. A veces, es preciso ser menos convencional y abordar ángulos más arriesgados. Si estamos ante una banda de terroristas o ante una secta presidida por un tío con un delirio mesiánico o ante una banda de extraterrestres, me da igual, pero tenemos que avanzar. Ya me he cansado de ir a remolque, ¿de acuerdo?

—De acuerdo. Pero no sé muy bien qué es lo que quieres que hagamos.

Los datos son los que son, Spence. No podemos inventárnoslos.

—O tal vez sí.

—¿Qué quieres decir? —preguntó el joven frunciendo el ceño. No estaba dispuesto a saltarse las normas así como así. Quería hacer las cosas bien.

—Tranquilo, que no estoy diciendo que vayamos a cometer un delito.

Pero a lo mejor necesitamos hacerles creer a esa panda de cabrones que los tenemos cogidos por los huevos y que no tardaremos en darles caza.

Andrew se fijó en el gesto fiero de su compañero. No había visto antes esa expresión en su rostro. El detective Tracy podía resultar muy intimidante. Tenía una mirada penetrante debido a unos ojos que tenían una gran personalidad. No necesitaba hablar para que entendieras lo que quería decir. Su corpulencia reafirmaba esa apariencia imponente. De brazos y torso musculado, no era un hombre con el que uno quisiera discutir.

—Será mejor que entremos —dijo Andrew—. Tenemos cosas pendientes.

Spencer entornó los ojos. No tenía muy claro lo que habría entendido su compañero acerca de aquello. Él tenía sus métodos y, si fuera necesario, no renunciaría a ellos.

Capítulo 40

Peligro

"Dos especies de lágrimas tienen los ojos de la mujer: de verdadero dolor y de despecho."

- Pitágoras

Llegaron en torno a las cuatro de la tarde a la comisaría. La jornada estaba siendo sumamente intensa para todos. Los compañeros seguían en la penitenciaría enterrados bajo aquel alud de pruebas.

Por su parte, Andrew y Spence repitieron el proceso de la última vez con aquella pequeña pieza tan inocente en apariencia, con la salvedad

de que ya habían tomado los de la científica las huellas y las posibles muestras de cualquier rastro que se hallara tanto en el sobre, como en la carta o en el puzle. Por lo tanto, se dirigieron directos a la sala en la que se encontraba el departamento informático.

Tal y como habían hecho en la última ocasión, una vez más tomaron todas las precauciones que consideraron necesarias antes de escanear el código e iniciar la reproducción del vídeo. Dylan casi estuvo a punto de cerrar los ojos antes de que comenzara, al recordar los horrores que habían visualizado en la ocasión anterior. Sin embargo, en un arranque final de valentía, mantuvo la mirada fija en la pantalla.

—¿Pero qué co…? —comenzó a preguntar con evidente brusquedad Spencer, quien finalmente dejó la última palabra a medias.

Esta vez el vídeo no tenía nada que ver con el anterior. Era una grabación en una zona muy concurrida de Vancouver, un lugar reservado para el ocio y el consumismo. Una voz en off hablaba acompasada con las imágenes.

"*¿ Observáis la bajeza a la que ha llegado el ser humano? Nos hemos olvidado de lo fundamental. Hay que aniquilar esta insensibilidad. El dolor es un irremplazable elemento que sirve para equilibrar la balanza".*

Al final del vídeo, se iniciaba una cuenta atrás.

— Es Granville Island —señaló Andrew totalmente convencido—. Va caminando por la calle Johnston en dirección a la zona en la que hay más tiendas y restaurantes.

—El mercado queda un poco más arriba —apuntó Dylan.

—Sí, suele estar muy concurrido. Al menos, solía estarlo cuando yo vivía aquí —comentó Spencer con evidente preocupación.

—¿Qué nos ha querido mostrar? —preguntó Andrew escamado. Aquello era algo totalmente diferente a lo que habían esperado.

—Tal vez el lugar en el que van a dar su próximo golpe. Nos ha dejado una cuenta atrás.

—¿Y si ha puesto una bomba esta vez? —preguntó con tono de urgencia y preocupación en la voz.

—¿Tú crees? Eso significaría un cambio radical en su modo de actuar

—sopesó Spencer.

—Sí, es posible, pero en el manifiesto al final decía algo sobre eso.

Tracy se quedó pensando un instante, tratando de hacer memoria acerca de lo que habían leído.

—“*Tendréis que mirar. No os quedará más remedio. No dejaremos que tengáis elección*”. Creo que era así como finalizaba.

—Una bomba en un sitio público y con tanta gente como ese, desde luego que provocaría que mirásemos todos.

—Disculpadme, tíos, pero a mí me ha parecido ver algo en lo que no sé si os habéis fijado —comentó Dylan extrañado de que los detectives no hubieran visto lo mismo que él.

—¿A qué te refieres?

—A ver cómo lo explico. Parece que ha dejado caer la cámara como si finalizase así el vídeo, de manera descuidada, pero a mí me ha dado la sensación de que os estaba dejando una pista.

Los dos detectives le miraron sorprendidos. Ninguno había apreciado nada similar. Estaban tan ensimismados en sus teorías, que habían terminado por mirar sin realmente ver.

—Pon otra vez el vídeo —le solicitó Tracy.

Efectivamente, viéndolo con otra perspectiva, daba la sensación de que les conducía andando hasta el lugar en el que había dejado una nueva pista.

—Primero de todo, hay que llamar al jefe para que nos diga qué debemos hacer —sugirió Andrew.

—Y una mierda. Yo no voy a esperar a que el jefe venga hasta aquí, analice esta mierda y tome una decisión. Esa cuenta atrás significa algo.

Desde luego, lleva implícita una amenaza evidente. Puede que haya mucha gente corriendo peligro en este mismo instante. Tenemos que ir hasta allí y despejar la zona.

—Vale, Spence. Lo entiendo y lo haremos. Pero puede que estemos sembrando la alarma sin motivo. A mí me ha dado la sensación de que ha dejado en el suelo una caja o algo similar. Puede que contenga otra

pieza de puzle. ¿Y si solo quiere vacilarnos una vez más y tenernos de una punta a otra de la ciudad recogiendo su mierda de pistas? Hazte a la idea de la alarma que se generará en la población, del miedo que puede provocar. Y lo que nos traerá como consecuencia, porque vamos a tener a los puñeteros periodistas encima todo el día. Sinceramente, yo no quiero más atención si no es verdaderamente imprescindible. Me parece un precio demasiado alto a pagar.

—Tú haz lo que quieras, chaval, pero yo no voy a quedarme de brazos cruzados. Ya te he dicho más de una vez que si creo que debo actuar, no voy a esperar a que me den permiso.

—Yo tampoco, joder. No es lo que estoy diciendo, Spence. Pero debemos actuar con cabeza. Hay que pensar las cosas dos veces.

—¡Mira la puñetera cuenta atrás! —dijo esta vez alzando un poco la voz

—. No es que tengamos demasiado tiempo.

—No, no lo tenemos. Por eso voy a llamar a Adrian ya. Dame unos minutos para que hable con él y luego hacemos lo que tú quieras. Yo no me voy a echar atrás.

Hubo un duelo de miradas. Spence resoplaba y apretaba los labios.

Parecía un animal salvaje a punto de atacar.

—Llámale ya y mientras tanto voy a revisar otra vez el vídeo con Dylan, a ver si conseguimos más información. En cuanto finalicemos, nos vamos cagando leches para allá.

Andrew marcó el teléfono de su jefe y este descolgó al segundo tono.

Capítulo 41

Granville Island

“Antes que la vida miserable y perecedera

están el dolor, la justicia y el ideal”.

- Jorge Eliécer Gaitán

AAdrian Petrus se le cambió la cara cuando oyó lo que le narraba al otro lado del teléfono el detective Andrew Davis. Aquel caso se había convertido en una puñetera pesadilla. Por un momento, tuvo la

sensación de que los criminales les habían llevado hasta la prisión con el principal objetivo de tener entretenidos a un buen número de agentes durante un tiempo indefinido. El lugar estaba plagado de rastros y había mucho que analizar allí. Era un trabajo que llevaría todavía muchas horas si querían hacerlo de forma minuciosa. Y eso que ya llevaban unas cuantas.

—Escúchame con atención —solicitó con evidente nerviosismo en la voz—. No quiero que espantéis a la gente hasta que lleguen los artificieros,

¿entendido? No tenemos pruebas ni indicios de que hayan puesto bombas.

Ni siquiera coincide con el *modus operandi* que han empleado antes. Por otro lado, si hay una cuenta atrás, significa que tenemos un margen de tiempo que, aunque no sea muy amplio, nos ofrece una oportunidad.

Vosotros intentad de forma discreta localizar ese lugar donde supuestamente ha dejado algo y poned mil ojos en todo lo que haya alrededor. Pero, por supuesto, no toquéis nada si no estáis cien por cien seguros de que no es peligroso.

—De acuerdo, jefe —dijo Davis solícito.

—Estad muy atentos a todo lo que veáis. Fijaos bien en la gente que haya por allí y haced muchas fotos para que tengamos material fotográfico con el que trabajar para una posible identificación por reconocimiento facial. Puede que estén allí, bien vigilando lo que hacemos o bien porque realmente van a hacer algo.

—Haremos fotos, entendido.

—Os mandaré agentes de apoyo.

—Pero tal vez eso genere una alarma innecesaria. Si la gente ve que la zona se llena de policías, puede cundir el pánico.

—Eso déjamelo a mí, ¿vale?

El jefe suspiró de forma profunda. Su voz entonces se volvió menos autoritaria y mucho más cálida.

—Andrew, por favor, extremad las precauciones. No puedo permitirme perder a nadie más de mi equipo —finalizó con

emotividad.

—Tranquilo, jefe. Tendremos cuidado, se lo aseguro.

—Esto también va por el cafre de tu compañero, que en situaciones como estas se puede poner en plan kamikaze. Esto te lo digo por experiencia. Ya he vivido circunstancias similares con él en el pasado. Vas a tener que controlarle.

—Creo que entiendo a qué se refiere —respondió el policía, después de la conversación que había tenido minutos antes con Tracy—. Tengo que colgar, jefe.

—Mantenme informado.

Andrew se fijó en la cara de Spencer cuando colgó. Estaba observándole fijamente. Desde luego, aquellos ojos podían intimidar a quien mirasen solo con entronarlos de esa forma tan peculiar que él tenía. En general, tenía muy buen carácter, con un agudo sentido del humor y un semblante en el que predominaba la sonrisa. No obstante, ya se había fijado que era también un hombre de carácter fuerte y que no era fácil de doblegar.

Era evidente que había escuchado toda la conversación. Su cara de pocos amigos lo reflejaba a las claras.

—No soy imbécil, por si es lo que piensas. Puede que haya sido un poco kamikaze en alguna ocasión, como te ha dicho Petrus, pero fue por un buen motivo y salvamos vidas, que era de lo que se trataba en aquel momento.

—No es momento de hablar de esto ahora, Spence.

—No, no lo es. No tenemos tiempo para ello. Pero es importante que confiemos el uno en el otro, especialmente en momentos que pueden ser decisivos como este.

—Confío en ti, puedes estar seguro —aseveró, clavando sus ojos en los de su compañero.

Hubo unos segundos de dudas, de estudiarse el uno al otro, de buscar la confirmación de lo que su instinto les decía.

—Vámonos antes de que sea demasiado tarde —finalizó Tracy encaminándose ya hacia la salida.

Se dirigieron hacia la calle. Spencer tomó las llaves del coche y Andrew ni se planteó protestar en aquellas circunstancias. Estaba cabreado. No tenía

sentido tensar la cuerda.

En la comisaría no quedaba demasiado personal, puesto que muchos de los policías se encontraban aún en la penitenciaría. Posiblemente ya habría alguna patrulla que se estuviera dirigiendo hacia Granville Island como iban a hacer ellos en ese instante. Establecerían comunicación por radio para organizarse si llegaban antes que los detectives.

En principio, iban a seguir los pasos del que había grabado el vídeo a ver si encontraban algo en el lugar en el que habían cortado la imagen. No obstante, no tenían demasiadas esperanzas, debido a que era una zona en la que la afluencia de gente era masiva, especialmente en un día soleado como aquel. Tampoco sabían a qué hora lo habían depositado, ni siquiera el día.

Lo más probable era que aquello hubiera desaparecido.

—Mira, chaval, quiero que te quede claro que si creo que tengo que hacer algo por la seguridad de los presentes, lo voy a hacer. No voy a detenerme a pensar si se ajusta al código o si le parecerá bien al jefe. Si tienes algún problema con esto, mejor me lo dices ahora —le dijo ya en la calle de camino al coche, al cual llegaron enseguida. Ya dentro, su compañero continuó la conversación.

—¿Por qué te has puesto de mal humor? No entiendo a qué viene esto.

No creo haberte cuestionado hasta el momento. Estás dando por hecho que yo no voy a hacer lo que sea necesario, llegado el caso. Y también estás suponiendo que me voy a escandalizar por tus métodos.

Spencer se giró un instante para observar a su compañero. Tenía razón, le había juzgado dejándose llevar por sus propios prejuicios.

—Lo siento, ¿vale? —se disculpó finalmente.

—No pasa nada —respondió Andrew, restándole importancia.

—Debía haberlo tenido claro. Sobre todo después de lo que hiciste en Banff.

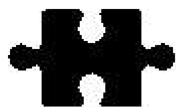
Andrew se tensó. Se quedó mirando al frente, como si no hubiera oído

lo que acababa de decirle. No le gustaba volver a eso. Sobre todo, porque no se reconocía en aquel hombre que había matado sin piedad a Juliette Perkins y que, meses después, seguía sin arrepentirse de lo que había hecho.

¿En qué lo convertía aquello?

—¿Por qué lo hiciste? —le tentó Spencer. Sabía que aquello era una curiosidad insana en cierta medida, pero necesitaba saberlo.

Mirándole de reojo, apreció como su compañero empezaba a mover su pierna izquierda con nerviosismo. Dudaba que fuera a responderle. Sin



embargo, le sorprendió.

—Porque se lo merecía —respondió Andrew de forma mecánica, al tiempo que se giraba hacia él.

Spencer vio una mirada en el joven detective que le heló la sangre.

Atravesaron el puente de Granville poco después. El tráfico era denso y sabían que no sería fácil encontrar un lugar discreto en el que poder dejar el coche. Acababan de hablar con los dos coches patrulla que se dirigían también hacia allí. Esperarían en uno de los dos aparcamientos que había detrás del Public Market, aguardando instrucciones de los detectives.

Como solía ser habitual, las calles se veían floridas de gente, tal y como se apreciaba también en la grabación que habían visto algo más de media hora antes en el departamento informático. Cayeron en la cuenta de que el vídeo debía haberse grabado no demasiado antes de que lo visualizaran. El día anterior había estado nublado todo el día, con una jornada gris y oscura y lluvia intermitente. Seguramente, no habría habido tanta gente por allí.

Por el contrario, en ese momento lucía el sol de forma espléndida, a pesar de la hora de la tarde que era.

—No tiene sentido… —comenzó a decir Andrew.

—Te refieres a la grabación, ¿verdad? —confirmó Tracy, al darse cuenta de que ambos estaban en total sintonía en ese momento.

—Sí.

—Creo que estamos pensando lo mismo.

—No era un vídeo grabado. Era una emisión en directo —sugirió el detective Davis.

—Eso desde luego es audaz. Pero, ¿cómo lo han hecho?

—Supongo que cuando se ha activado el código QR les ha saltado alguna alerta que tuvieran programada previamente. Habrán podido saber el instante exacto en el que lo veíamos. Nos estaban esperando para hacerlo.

—Puede que todavía estén aquí —reflexionó Spencer.

Ambos policías giraron sobre sí mismos mirando a su alrededor, como si pudieran ser capaces de detectar a los responsables simplemente así. En el fondo, ambos sabían que eso era absurdo y que lo hacían más por instinto que por otra cosa.

—Si tienes razón, entonces se estarán asegurando de que encontremos lo que nos han dejado.

—Están aquí ahora. Nos están vigilando.

—Eso creo.

Se miraron sopesando qué decisión tomar a continuación. Decidieron informar al jefe acerca de sus sospechas. Mientras Andrew hablaba con Petrus, Spencer contactó con los policías que estaban aguardando instrucciones para pedirles que se ubicaran de forma estratégica y que lo hicieran de la forma más discreta que les fuera posible.

—Vamos a buscar el punto de inicio de la grabación —sugirió Spencer.

Orientándose por las tiendas y los restaurantes que se veían en el vídeo, localizaron el punto en el que había comenzado el recorrido. Reprodujeron la grabación en el móvil de Andrew y avanzaron siguiendo el mismo trayecto. Caminaron despacio, observando todo lo que había a su alrededor.

Spencer iba grabando con su móvil y tomando fotos de todo y de todos mientras lo hacía. Desde luego, había sido una mejora muy útil que habían incorporado los móviles hacía ya algún tiempo.

Iban tan sumamente despacio que parecía que el tiempo se había detenido. Era como una de esas películas en las que los protagonistas parecen casi estar congelados mientras todo a su alrededor avanza en su particular frenesí. No habían detectado bultos sospechosos, ni mochilas abandonadas ni nada por el estilo para poner en alerta a los artificieros, los cuales seguramente ya estarían allí esperando el aviso.

Sin embargo, les llevaban mucha ventaja y ellos simplemente iban siguiendo los pasos que les iban marcando aquellos criminales a los que parecía que les gustaba jugar con las fuerzas del orden. Si habían colocado algún explosivo, lo podían haber hecho con mucha antelación y bien podía ser aquello que estaban haciendo una mera distracción. Una más. Y

empezaban a tener la sensación de que ya llevaban unas pocas.

El detective Tracy pensaba en aquello y notaba como su temperatura subía por momentos. No soportaba que nadie le tomara el pelo de esa manera. Revisó las papeleras que dejaban a su paso y cualquier rincón que le pareciera sospechoso. Una gota de sudor empezó a resbalarle por la frente.

Llegaron al punto en el que el vídeo finalizaba de aquella forma aparentemente tan descuidada. Dylan tenía razón. Habían dejado algo para ellos.

Una detonación se oyó no demasiado lejos.

Capítulo 42

Trabajo en equipo

“El dolor en el presente se experimenta como ofensa.

El dolor en el pasado se recuerda como enojo.

El dolor en el futuro se percibe como ansiedad”.

- Deepak Chopra

Dylan Sanders era un joven y brillante ingeniero informático que llevaba apenas un par de años en el Departamento de Policía de Vancouver.

A sus veintiocho años, había demostrado gran iniciativa y olfato en muchas ocasiones. Eso hacía que fuera bien valorado tanto entre los

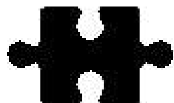
colegas de su departamento, como entre los policías en general.

Era consciente de que nadie le había pedido que lo hiciera, pero pensó que podría probar algunas cosas que, quién sabía, quizá sirvieran para avanzar en aquel caso. Por una parte, se le ocurrió que podía hacer búsquedas relacionadas en internet sobre aspectos relacionados con el caso.

Había escuchado a los detectives hablar de un manifiesto que habían encontrado en la penitenciaría y también que allí se hacía referencia al dolor y a la pérdida de valores fundamentales en la sociedad. Estaba claro que no contaba con demasiada información de partida, pero él sabía cómo hacer magia.

Por otro lado, supuso que si estaban buscando cierto protagonismo, tal vez tuvieran un blog o se manifestaran en redes sociales, el altavoz del siglo XXI. No perdía nada por intentarlo. Después de probar diferentes términos de búsqueda, por fin dio con algo que podía tener alguna relación.

Efectivamente había un grupo de Facebook que le llamó especialmente la atención. En él la gente hablaba de pérdidas importantes que habían sufrido en la vida y cómo el dolor les había cambiado. Parecía un grupo de ayuda. Podía no tener ninguna relación con todo aquello, pero no estaba de más investigar un poco y ver qué escribían aquellas personas y qué les contestaban los moderadores. Había algunos post que eran largas peroratas acerca de lo que es el dolor y de la forma en la que algunos seres humanos podían hacerles daño a otros y salir indemnes.



Entonces, dejando abierta la página de aquel grupo que posteriormente les enseñaría a Andrew y a Spence en cuanto llegaran, se le ocurrió hacer una búsqueda diferente. Consideró que los lugares a los que habían tenido que acudir los policías podían tener un significado concreto. Podían ser lugares de pérdidas. Stanley Park, el museo El Mundo de la Ciencia, Granville Island e incluso la propia prisión. Buscaría noticias acerca de accidentes o sucesos trágicos, por ejemplo, y si encontraba algo, lo contrastaría con las publicaciones y comentarios del grupo de Facebook.

Había mucho trabajo, así que se lo comentó a sus compañeros por si podían echarle un cable y hacer filtrados en el grupo abierto en la red

social.

De pronto tuvo una nueva idea que dejó como nota mental para probarla en cuanto acabaran con aquello.

Andrew se disponía a recoger aquel pequeño objeto que habían dejado debajo de un banco, cuando sonó la detonación. Levantó la mirada. Spencer ya se había girado hacia el lugar en el que se había producido. Sin duda, provenía de la zona del embarcadero. No obstante, no era del que partían los ferris que iban cargados de gente casi a cualquier hora, sino que casi con total seguridad, debía haberse producido en la parte de atrás, donde se encontraba el embarcadero recreativo.

—Tenemos que ir hacia allá —dijo su compañero.

—Es una maniobra de distracción —aseguró Andrew, quien tenía una corazonada al respecto. Que la explosión se hubiera producido justo en el preciso instante en el que se había agachado para recoger aquello no podía ser mera casualidad.

—Sí, yo también lo creo, pero no nos queda más remedio que ir.

—No, Spence. Llamemos a las patrullas y a los artificieros para que se encarguen. Tú y yo tenemos que quedarnos aquí. Ahora mismo nos están observando. Tal vez podamos pillarlos.

El detective Davis se agachó y tomó varias fotos, antes de recoger con cuidado aquel objeto. Era una pequeña caja con una pieza de puzle en la tapa. Se aseguró de no dejar ni una sola huella, gracias a que llevaba en el bolsillo interior del abrigo unos guantes de látex y un par de bolsas.

Spencer estaba vigilante, mirando a su alrededor mientras seguía pegado al teléfono con algunos de los compañeros que habían quedado esperando órdenes. Estaban muy cerca de donde se había producido la detonación. Los artificieros ya estaban allí.

La gente corría de un lado a otro asustada. Se había originado el caos en la zona. Había empujones y gritos, cada uno tratando de salir antes que el otro. Los dos detectives sacaron sus placas y trataron de poner un poco de orden y tranquilizar a la gente, pero pasaban delante de ellos a empellones sin escuchar lo que tenían que decirles.

Era frustrante.

Empezaron a oírse sirenas de coches patrulla que se acercaban.

Confiaban en que aquello ayudase a poner un poco de orden.

—¿Por qué nos lleva de un lado a otro? —le preguntó entonces Andrew a su compañero, desistiendo de sus inútiles intentos de controlar aquella masa de gente asustada. Posiblemente, si hubieran ido de uniforme podrían haber logrado que alguien les hiciera caso, pero ambos iban vestidos de paisano, y si bien Spencer Tracy era difícil que pasara desapercibido en circunstancias normales, tampoco llevaba un atuendo que llamase la atención en ningún sentido en medio de un caos como aquel.

—Creo que los lugares a los que hemos ido tienen un significado especial. Igual no debemos centrarnos solo en las víctimas y el manifiesto.

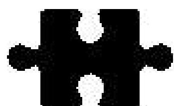
Empiezo a pensar que los lugares son la clave de todo.

—No sé si serán o no la clave, pero desde luego tienen que ser importantes por algún motivo. En este caso no hay nada aleatorio.

Se acercaron al sitio en el que se había producido la explosión. Los bomberos habían llegado con gran celeridad, por lo que las llamas estaban casi extinguidas. No había daños personales, por suerte, y los daños materiales eran mínimos. Parecía evidente que el objetivo era que sirviera de distracción.

—Es un artefacto casero rudimentario en cuanto a los elementos que se necesitan para fabricarlo, pero que requiere manos expertas para el montaje

—les informó el oficial de las fuerzas especiales que estaba al mando —. Su nombre técnico es triperóxido de triacetona o TATP, lo que popularmente se conoce como “la madre de Satán”. Es una sustancia altamente explosiva y muy inestable. No obstante, puede fabricarse a nivel doméstico con productos que se adquieren con facilidad. Solo hace falta ácido sulfúrico, agua oxigenada y acetona.





—Es decir, productos que se pueden adquirir en un droguería —indagó Spencer.

—Exacto —respondió el oficial—. Por otro lado, los detonadores que han utilizado se pueden comprar en tiendas de petardos. Por suerte, la cantidad fabricada era muy pequeña y no incluía metralla. Si además tenemos en cuenta el lugar en el que estaba situado el artefacto, no parece que tuvieran intención de causar daños personales. Si se fijan, es un área que no suele estar transitada.

—Gracias —respondieron los dos detectives casi al unísono con gran alivio.

Se dirigieron hacia el coche en el que habían llegado poco más de una hora antes. Todo se había desarrollado muy rápido. De camino, llamaron al jefe para informarle. No parecía que tuviera mucho sentido que siguieran allí. Cada vez tenían más claro que lo del explosivo había sido una treta para poder abandonar Granville Island sin ser vistos, después de asegurarse de que los detectives recogían lo que habían dejado allí para ellos.

¿Acaso temían ser reconocidos?

AVERIGUA MÁS EN…

https://arielzorion.com/la-biografia-del-dolor/pista-4-granville-island/

Capítulo 43

Otra pieza del rompecabezas

“Nunca nadie me dijo que el dolor se sentía como

se siente el miedo… La misma tensión en

el estómago, el mismo desasosiego”.

- C.S. Lewis

El trayecto fue corto. Esta vez conducía Spencer a toda velocidad por la ciudad. Era evidente que se estaba dejando llevar por su estado de ánimo.

Andrew se había fijado en la expresión de su rostro. Congestionado, furioso, hastiado.

—Por mucho que pises el acelerador, no vas a conseguir que resolvamos antes esta investigación —dijo Andrew agarrando con fuerza el asidero de la puerta del copiloto—. En el peor de los casos, solo vas a lograr que tengamos un accidente.

Spencer emitió algo parecido a un gruñido por respuesta. Estaba rabioso, era innegable.

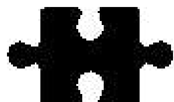
—Vamos, Spence. Al menos, no tenemos más víctimas y nos ha dado otra pista, ¿no?

—¿Otra pista? No avanzamos, joder. No tenemos ninguna víctima más, que sepamos. Pero es obvio que, si lo desean, nos la van a plantar delante de las narices cuando quieran, porque no tenemos ni puta idea de por dónde nos andamos. No hacemos más que ir a remolque y eso me jode mucho. Ya te dije antes que no voy a permitir que me vacilen así por más tiempo. Haré lo que tenga que hacer, así que más vale que te pienses si quieres seguir conmigo o no.

—¡Vaya! Mira quién se quiere deshacer ahora de su compañero. ¡Eso sí que no me lo esperaba de ti! —bromeó Andrew, procurando que el estado de ánimo de Tracy cambiara—. Ya sabía yo que al final me saldría con la mía y acabarías tirando la toalla. Por fin podré trabajar solo, sin cargar con un lastre como tú.

Spence le miró de reojo. ¿Se estaba burlando de él? Sí, evidentemente.

—¿Serás capullo, rubiales? —respondió riéndose y relajando la tensión que llevaba acumulada—. No te estoy abandonando. Ya te dije que no te



ibas a librar de mí. Y no lo voy a hacer, aunque solo sea para tener razón y que no te salgas con la tuya.

—Menos mal, porque por un momento me había parecido que te estorbaba. Ahora que me había acostumbrado a ti y hasta me habías empezado a caer bien.

—Si no fuera conduciendo, te daría una colleja ahora mismo.

—Una fanfarronada de las tuyas. Las estaba echando de menos hoy.

Sigue acumulándolas y te doy un rasca y gana para que cuando llegues a cinco obtengas algún premio.

Spence volvió a reírse. ¿Quién le iba a decir que iba a congeniar tan bien con aquel chico que parecía tan apagado el día que le conoció?

—Veo que estás graciosillo, ¿eh? Solo te aviso de que haré lo que tenga que hacer. No hace falta que pongas esa cara. Así no te pillará de sorpresa si llega el momento.

—Lo dices tantas veces que he llegado a pensar que no es más que una forma de mantener tu ego intacto.

Entonces Tracy se volvió a reír.

—Tienes suerte de que tengo el volante entre mis manos porque, de tenerlas libres, te ibas a llevar una buena azotaina.

—Otra bravuconería. Venga, que ya llevas dos en el rasca y gana del día.

—¡Cállate ya, chaval!

Esta vez fue Andrew el que se rio. Agradeció ver que su compañero aflojaba la presión sobre el volante y moderaba la velocidad.

Entraron en la comisaría. Volvía a hervir de actividad. Habían regresado la mayoría de los agentes que habían acudido a la penitenciaría. Tenían trabajo para días con lo que habían encontrado allí. No vieron al jefe.

Supusieron que se habría acercado a Granville Island para conocer por

sí mismo la situación. En ningún caso podría decirse que el jefe Adrian Petrus no era más que un burócrata calienta sillones, puesto que le gustaba estar a pie de campo siempre que hacía falta. Era algo de agradecer.

En cierta medida, eso contribuía a que todos allí le respetaran. Podía ser muy estricto con sus agentes, pero él era el primero cumpliendo con creces

con sus obligaciones. Era todo un ejemplo de liderazgo.

Se dirigían directos hacia el laboratorio, cuando Dylan les interceptó a medio camino.

—Andrew, Spence —dijo, alertándoles de que quería hablar con ambos según se dirigía hacia ellos.

—Dylan, ¿qué pasa? —preguntó Andrew, casi temiendo que hubiera llegado algo nuevo en su ausencia. La expresión del joven informático transmitía urgencia.

—Me gustaría enseñaros algo.

—Genial. Luego pasamos por tu departamento. Ahora tenemos que llevar esto al laboratorio para que lo analicen.

—Creo que hemos encontrado a vuestro grupo terrorista o vuestra secta o lo que coño sean —dijo del tirón para captar la atención de los detectives.

—¿A qué te refieres? —preguntó con evidente interés el detective moreno y greñudo.

—Veréis, cuando os habéis ido, me ha dado por pensar que tal vez podía buscar en internet algo relacionado con el caso. Hablasteis de un manifiesto y de que en él se hablaba de la crisis de valores y, por encima de todo, del dolor. ¿Me equivoco?

—No demasiado. De hecho, has dado mayoritariamente en el clavo.

—Bien, pues he pensado que, hoy en día, cualquiera que se quiera hacer oír, utiliza las redes sociales que encima proporcionan un anonimato ideal en muchos casos. Por otra parte, si escribes un manifiesto, es porque antes o después quieres dar a conocer tus ideas, ¿no?

—No siempre, aunque sí en un alto porcentaje de casos —aseveró Spencer.

—Exacto. He buscado blogs con esa temática y hay unos cuantos, no nos vamos a engañar. Hay mucho pirado suelto, ya sabéis. Luego he aplicado algunos filtros para intentar separar el trigo de la paja. Hay un blog que se llama "*La Biografía del Dolor*" y hay un grupo de Facebook que tiene el mismo nombre.

—En el manifiesto dice algo de la biografía del dolor, ¿no te suena, Spence? —preguntó Andrew, girándose hacia su compañero.

—Sí, creo que hacia el final. Podemos comprobarlo. Seguro que ya han traído todas las pruebas.

—Desde luego, lo que nos estás contando es muy interesante y creo que puede ser relevante en la investigación —le felicitó el detective Davis.



—Digamos que en el blog hay diferentes entradas sobre qué es el dolor y qué causa en el ser humano, cómo lo transforma y movidas por el estilo.

Bueno, hay muchas entradas relacionadas y no me ha dado tiempo a verlas todas. Habría necesitado varias horas más. Sin embargo, en el grupo de Facebook, la gente expone cosas que les han pasado y que les han cambiado la vida. Es decir, aunque tiene el mismo nombre y tiene una clara relación, parece que el objetivo es diferente.

—Es un grupo de ayuda.

—Algo parecido —respondió satisfecho, Dylan.

—Has hecho un trabajo estupendo, colega —le dijo Andrew con sincera admiración—. Permítenos que llevemos esto al laboratorio y lo dejemos allí para que vayan analizándolo. No lo hemos podido abrir y no queríamos contaminarlo, así que necesitamos averiguar qué contiene cuanto antes.

—Claro, por supuesto. Solo una cosa más… —continuó dejando la frase en suspenso.

—¿Qué? —preguntó intrigado Spence.

—Se me han ocurrido otro par de ideas que creo que pueden resultar de utilidad.

—¿A qué te refieres?

—La primera de ellas es en relación a los lugares a los que habéis tenido que acudir.

Los detectives se miraron entre ellos. No hacía demasiado rato que precisamente se habían preguntado si los lugares en los que habían aparecido las pistas o la primera víctima tenían algún significado.

—¿Has encontrado algo interesante al respecto?

—Ya lo creo.

Andrew y Spence estaban atónitos por lo que acababa de revelarles el informático. Desde luego no había perdido el tiempo ni lo más mínimo. La visita al laboratorio sería relámpago, porque en aquel instante lo que les había relatado Dylan desde luego parecía mucho más esclarecedor que cualquier cosa que hubieran investigado hasta el momento.

Sin embargo, aquella pequeña caja embolsada también escondía algún secreto que, en especial en el caso del detective Davis, supondría un punto de inflexión.

—¿Qué ha pasado hoy? —preguntó Lisbeth, la técnico de laboratorio con la que habían estado hablando unos días antes—. Esto parece la Estampida de Calgary. Todo el mundo corriendo de un lado para otro y venga a traernos material para que lo analicemos. Pues espero que no tengáis prisa, porque estamos hasta arriba.

—Siento comunicarte que esto no es que sea urgente, sino súper urgente. Lo necesitamos para ayer —señaló el detective Tracy.

—Pues va a ser que no. Hablad con quien queráis.

—Lisbeth, por favor. Ya me imagino que estaréis hartos por todo lo que os está cayendo encima. La mayor parte de lo que os está llegando hoy está relacionado con el mismo caso. Sin embargo, créeme que esto creo que puede ser clave. Sabes que no suelo pedirte nada. Pero esta vez necesito que me ayudes con esto, por favor —le rogó con un tono de voz melodioso y una forma comprensiva y empática de hablar.

La joven se quedó mirando a Andrew. Spence también. ¿Le había puesto ojitos? Estaba casi convencido de que sí. «¡Qué cabrón!», se dijo el moreno.

Su compañero había sacado sus armas de seducción para llevarse a la técnico a su terreno.

—Andrew, no soy idiota, por si no te has dado cuenta. Soy ingeniera biomédica, entre otras cosas. Puede que para ti una friki, lo que no significa que no me dé cuenta cuando un tío intenta llevarme al huerto.

Spencer se dobló de la risa. Andrew le miró de mal humor. Estuvo tentado de darle un codazo para que dejase de reírse.

—¿Te da la impresión de que es lo que he hecho? Solo intentaba explicarte nuestros argumentos —respondió mirando otra vez de reojo a su compañero, quien no paraba de reírse—. Spence, por favor, si no te importa estamos hablando de algo serio.

—Ya paro, ya paro —dijo con lágrimas en los ojos.

—La fama te precede, detective Davis —argumentó la joven.

—Para ser ingeniera biomédica te dejas influir por los rumores como el resto —señaló el detective con hastío mirándola a los ojos. En realidad, estaba molesto porque le había salido el tiro por la culata. ¿Estaría perdiendo facultades? Tal vez—. ¿Acaso te he pedido muchos favores desde que me conoces? Porque yo creo que no. Como tú misma has dicho,

hoy ha pasado de todo y lo último que ha sucedido es que hemos encontrado esta caja que puede contener pistas clave. Pero si no me crees, hablamos con el jefe y ya si eso él te explica si es o no prioridad. Solo te pido que tomes las muestras de los posibles rastros y huellas para que podamos ver qué hay en su interior. Nada más. Ya nos dirás el resultado del análisis cuando sea posible.

La chica reflexionó. Se había pasado de borde con él. Era cierto que el detective siempre era amable cuando le hablaba o le pedía algo, pero le había dado la sensación de que en ese momento estaba jugando con ella. Y

no le gustaba que nadie tratara de manipularla.

—Como me la estés jugando, Andrew, te vas a acordar. Tenemos una

lista inmensa de cosas pendientes de analizar. Voy a colarte la caja, ¿de acuerdo? Pero que no sirva de precedente.

—¿Para cuándo la tendrás?

—Si lo que queréis únicamente es abrirla y ver qué contiene, me pongo enseguida con ella.

—Habrá que forzar el cierre, porque no hay llave —explicó Spencer.

—No, qué va —aseveró ella tajante.

La chica se quedó mirando a los policías estudiando su expresión. Al parecer, le estaban diciendo totalmente en serio que esa caja se debía abrir con algún tipo de llave, mientras que para ella era evidente que no.

—No habéis dicho en serio lo de la llave, ¿verdad?

—Sí, totalmente en serio. No sabemos cómo abrirla. Nos urge saber qué tiene, pero no queremos abrirla a la fuerza porque es una prueba, así que hemos venido lo más rápido posible —explicó Davis.

—Esto es una caja Himitsu-bako.

—¿Se supone que deberíamos saber qué es eso? —preguntó esta vez Spencer.

—Es una caja rompecabezas. El concepto se originó a principios del siglo XIX y se regalaba a la gente que visitaba una zona concreta de Japón en la que había unas termas. Creo recordar que era la región de Hakone, pero igual me equivoco. Este tipo de caja solo puede abrirse a través de una serie de movimientos muy precisos. Pueden requerir deslizar pocas piezas hasta el lugar correcto, aunque también otras obligan a realizar un ingente número de movimientos milimétricos en cada uno de sus segmentos. El caso es que cada caja es única.

La cara de los policías era un poema. ¿Por qué tenía que resultar todo tan complicado en ese maldito caso?

—Luego lo mejor será que tomes las muestras y la reventemos para ver qué contiene.

—¿Pero cómo puedes ser tan bruto, tío? —preguntó la chica al ver cómo se le acababa la paciencia con rapidez al moreno—. A ver, se fabrican con distintos niveles de complejidad, ¿vale? Pero esta no

parece de las difíciles.

Si me dais un poco de tiempo y no me presionáis, estoy segura de que puedo abrirla. Además, intuyo que el dibujo de la pieza de puzle que tiene en la parte de arriba ya es de por sí una pista.

Los dos detectives se miraron. Tenían otras tres piezas de puzle.

—Enseguida vengo —dijo Andrew, que se dirigió a buscarlas.

Mientras tanto, Lisbeth comenzó con sumo cuidado a espolvorear el exterior con una brocha, bajo la atenta mirada del detective Tracy.

—Si no haces nada esta noche, podemos tomarnos algo juntos —sugirió Spencer.

—¿Qué le hace pensar, detective, que porque haya puesto en su sitio a su compañero vaya a tener una cita con usted?

—No lo sé, pero no pierdo nada por intentarlo —sonrió con picardía.

Ella le miró a los ojos. Era mayor que ella, eso estaba claro, pero le resultaba muy atractivo con ese aspecto tan salvaje e indómito que tenía.

Era del tipo de hombres que solían gustarle. Pero también sabía que precisamente era del tipo peligroso para ella, de los que acababas encaprichándote y que salían huyendo en cuanto la cosa se ponía mínimamente seria. No le convenían las distracciones. Decidió que no sería buena idea.

—Tal vez otro día.

—De acuerdo. Pues lo intentaré en otro momento, de eso no te quepa duda —le respondió con una sonrisa seductora.

En ese momento llegó Andrew con las tres piezas.

La joven técnico las sacó de la bolsa y las manipuló con cuidado. Una de las piezas encajaba a la perfección. Después, deslizó distintas piezas de la caja y esta se abrió sin la menor dificultad. Los policías se quedaron boquiabiertos ante su destreza.

Dentro de la caja se hallaba una llave y otra pieza de puzle.

Acompañándolas, había una nota breve dirigida a Andrew.

Capítulo 44

Desconexión

“La mente puede doler tanto como el cuerpo”.

- Simon Peg

Aquello empezaba a convertirse en un bucle, la historia de nunca acabar. Por suerte, la pericia del informático les había dado un hilo del que tirar que entrañaba muchas posibilidades. En cada uno de aquellos lugares había documentados sucesos que tenían pinta de ser muy relevantes en la investigación. Al día siguiente se pondrían con ello. No obstante, seguían teniendo algunas cosas pendientes en las que era preciso profundizar pero que, debido a la sucesión continua de hechos, no habían tenido tiempo material de atender. Todo parecía ir cada vez un poco más rápido, encadenándose uno tras otro hechos que requerían de su atención inmediata.

Entre las cosas pendientes de investigar, seguían estando las actividades ilícitas de la primera víctima, las cuales esperaban que les condujeran hacia el nombre de algún posible sospechoso, así como la economía y posibles actividades al margen de la clínica que estuviera llevando a cabo el médico, del cual solo quedaba un cuerpo que en aquel instante era como una casa sin huésped, puesto que le habían practicado una cirugía del alma, extirpándosela de raíz.

Pero además de todo aquello, necesitaban revisar con detalle aquel blog con el curioso nombre de La Biografía del Dolor y el grupo de Facebook que también se llamaba así, por no hablar de lo que había pasado en aquellas estrambóticas localizaciones a las que habían acudido durante la investigación del caso y que ahora podían resultar claves en la resolución final.

Los objetos contenidos en la caja rompecabezas volvían a llevarles a otra encrucijada. Nuevamente, una pieza de puzle con un código QR pero, en esta ocasión, venía acompañada de una llave. La nota que había dentro era un tanto críptica. En el anverso, estaba escrito el nombre de Andrew en letras mayúsculas.

“¿Cuánto dolor puede el ser humano soportar?”

No había forma de responder a aquello.

—Estoy cada vez más harto de que nos tomen así el pelo —señaló Spencer con frustración. El gesto de su cara lo expresaba con mucha

claridad.

—Nos tienen correteando por la ciudad como si fuéramos ratones dentro de un laberinto.

—¿Y ahora para qué coño es esta llave?

—No tengo ni la menor idea, pero tendremos que averiguarlo, es evidente. Venga, vamos a ver a Dylan a ver qué mierda hay en el QR esta vez —dijo el joven detective resignado.

—¿Tú no estás cansado ya de todo esto, Andrew? Porque yo estoy llegando al límite de mi paciencia.

—Sí, yo también estoy hasta las narices. Pero, ¿qué sugieres que hagamos?

—Pues no lo sé, pero quizá deberíamos empezar por dejar de jugar con sus reglas e imponer las nuestras. Nos mandan una pieza de puzle o una clave o lo que sea, y nosotros detrás, haciendo lo que esperan que hagamos.

Cambiemos el orden. Pasemos de la pieza de puzle hoy. Investiguemos lo que nos ha dicho Dylan. Ahí está la clave. Con esto no hacen más que enredarnos.

Andrew sopesó lo que le dijo su compañero. En sus manos llevaba en sendas bolsas cerradas y debidamente etiquetadas la pieza de puzle y la llave.

—Hagamos una cosa. Veamos qué tenemos aquí —dijo levantando la pieza de puzle— y desde mañana, cambiamos nuestro método.

Spencer bufó mostrando desacuerdo. En otros tiempos, ya habría cambiado el rumbo. Se estaba haciendo viejo y demasiado convencional.

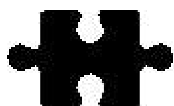
—Mañana trabajamos a mi modo. Se acabó lo de ser una marioneta,

¿entendido?

—Entendido.

Entraron en la sala de los informáticos. Dylan les estaba esperando, puesto que imaginaba que dentro de la caja con la que habían llegado podía haber otra pieza de puzle como la que ya habían visto en ocasiones anteriores.

Andrew no dejaba de mirar la llave mientras el informático llevaba a cabo todos los procedimientos rutinarios antes de iniciar la reproducción,



suponiendo que hubiera otro vídeo. Estaba muy intrigado con aquello. Era una llave normal. Pequeña, tal vez de un cajón, un buzón, un armario o un archivador. Lisbeth, la técnico del laboratorio, había encontrado en ella una huella parcial. Salvo que aquello les llevase a algún resultado útil, no entendía de qué modo podrían encontrar a qué pertenecía. Al igual que cuando investigó el sobre y el material de la primera pieza que recibió no halló nada relevante, debido a que se había elaborado con materiales comunes sin nada que fuera específico e identificativo, suponían que aquella llave tampoco tendría nada de singular.

—¿Estáis preparados? —preguntó el informático.

Salieron a la calle en silencio. Los dos conmocionados, una vez más. El frescor que les recibió les sentó bien. El aire de la comisaría parecía enrarecido. Quizás era solo su apreciación, puesto que sus mentes estaban saturadas hasta extremos difíciles de relatar.

—¿Te apetece que nos tomemos unas cervezas? —preguntó Tracy cuando salieron de la comisaría.

Era tarde. El día había sido largo, intenso. La noche en aquel momento, lejos de parecer inquietante, parecía el refugio perfecto para esconderse de la locura y la vorágine en la que estaban envueltos.

—Sí, por favor. Las necesito —respondió con avidez el detective rubio.

Desde que regresara de Banff, había llevado casi una vida monacal, una forma de auto castigarse por lo sucedido. De forma inconsciente, trataba de apartar de sí mismo conductas que había protagonizado a menudo antes de aquello. Ya apenas salía con sus amigos y, por supuesto, no bebía prácticamente nada. Tampoco había vuelto a tener ninguna cita. Ya había tenido suficiente tiempo de luto. En un chico de su edad, aquello era casi antinatural.

Se dirigieron hacia un pub en la calle Davies. Necesitaban camuflarse entre la gente, desaparecer entre una marea de desconocidos. Se sentaron en la barra y ambos pidieron una pinta de barril.

—Por los dos tíos más *pringaos* del departamento de policía de Vancouver —propuso como brindis Spencer.

—No voy a brindar por eso, tío. No somos unos *pringaos*.

—¿Tú crees que no? Nos estamos comiendo un caso que es un marrón de la leche, especialmente porque ya está la prensa vigilándonos de cerca.

Después de lo de Granville Island, ya no vamos a pasar desapercibidos. Y a ti ya te tenían en el punto de mira.

Andrew bebió un trago largo. No quería pensar. No ese día. Más no.

Solo necesitaba desconectar. Pensó por primera vez en mucho tiempo que tal vez no le vendría mal cogerse una buena cogorza esa noche. Olvidarse hasta de lo que había a su alrededor.

—Para, rubio, que te va a durar un suspiro.

Andrew dejó el vaso y le miró. No hacía falta decir nada más. Su compañero entendió a la perfección qué le pasaba. Estaba saturado. Más o menos, igual que él.

—Sabes que tengo pendiente preguntarte algo desde esta mañana.

El joven giró la cabeza. Sabía a qué se refería, pero no era eso lo que buscaba esa noche. Se lo pensó dos veces y contraatacó.

—Yo también tengo preguntas pendientes, Spence. Algo muy gordo tuvo que pasar para que Petrus te diera la patada. Si quieres que acabemos el día de forma intensa, hablemos de todo ello, ¿qué te parece? —dijo de forma fría, desprovista de ningún tipo de afecto.

Spencer le estudió con la mirada. No iba a darse por vencido.

—Tú no eres violento, Andrew. Más bien todo lo contrario. Y esta mañana dijiste que le vaciaste a aquella chica el cargador porque se lo merecía.

La mandíbula de Andrew estaba crispada, reflejando la tensión que sentía.

—Y es así. Mató a Sharon por una puñetera locura que no tenía ningún sentido. Dejó a un marido viudo y a dos chavales huérfanos porque solo pensaba en sí misma y en su obsesión. No merecía seguir viviendo.

Las lágrimas asomaron a los ojos del detective. Antes de que se le escaparan, se giró y miró al frente. Se había repetido tantas veces aquello que casi había llegado a creérselo.

—En realidad, solo te lo dices para intentar convencerte de que hiciste lo correcto, ahora lo veo. Estás arrepentido y te sientes culpable por lo que hiciste, ¿no es así?

—No me arrepiento —dijo con menos firmeza de la que quería demostrar. En un gesto rápido con su mano, se retiró una lágrima que estaba a punto de derramarse.

—No eres ningún monstruo, Andrew.

—No me conoces.

—Yo creo que sí. Es bastante fácil conocerte. Siento decirte que no eres nada enigmático —dijo procurando rebajar algún grado la tensión y la seriedad del momento.

Andrew seguía mirando al frente, metido en sí mismo, en su dolor, en su sufrimiento, en esa culpabilidad asfixiante que hacía que se sintiera un ser vil y despreciable.

—Yo la habría disparado sin dudarlo. Y tampoco me considero un monstruo. Sharon no se lo merecía.

Andrew se giró.

—¿Conocías a Sharon?

—Por supuesto. Joder, era de armas tomar. Si alguien me ha puesto recto como una vela ha sido ella. Y te aseguro que eso no es nada fácil —rio de forma estruendosa.

El joven rubio sonrió, relajando el gesto. Era verdad que era un hueso, pero también una gran persona. La echaba de menos. No había un solo día en el que no pensara en ella.

—No eres un monstruo.

—Eso ya lo has dicho.

—Lo sé, pero es que necesito que te lo creas. Eres un buen chaval, Andrew.

Este le miró con agradecimiento.

—Te toca, supongo.

—Sí, es verdad. Bueno, el jefe y yo tuvimos muchos rifirrafes casi desde el principio por nuestras diferentes formas de ver las cosas. Ya sabes que Petrus se aferra a las normas, y que yo solo respeto las estrictamente necesarias. Y se me fue la mano con un sospechoso del que estaba seguro que tenía secuestrada a una mujer. Me lo llevé de la sala de interrogatorios a dar una vuelta y digamos que no volvió en las mejores condiciones. La parte buena es que la encontramos, aunque estaba en muy mal estado. Podía haber muerto si hubiéramos esperado más. No era su primera víctima y estoy convencido de que no sería la última. La parte mala es que nos interpuso una demanda de las gordas y los de arriba le dieron un buen tirón de orejas al jefe. Como ya habíamos tenido nuestros tira y afloja y no era la primera sanción a la que me enfrentaba, me expedientó y me dio varias

opciones. La menos mala era el destierro, así que lo cogí con los ojos cerrados.

Después del momento de confesiones, se relajaron y hablaron de todo tipo de temas, riendo casi sin parar. Andrew se dio cuenta de que había una morena que no le quitaba el ojo de encima. En un momento que Spencer se fue al baño, esta se le acercó. Tenía unos preciosos ojos castaños enmarcados por pestañas infinitas y unos labios que reclamaban su atención.

Para cuando regresó su compañero, el cual había tardado bastante más de lo esperado, la decisión estaba tomada. La chica y él habían conectado bien y era más que evidente que ambos deseaban lo mismo en aquel instante. La vida solo se vive una vez. El mañana solo es una ilusión, no una certeza. Lo único que tenemos es el presente y Andrew necesitaba experimentarlo en ese momento en toda su extensión.

—Ya he pagado las cervezas. Te veo mañana —le dijo Andrew, dándole unas palmadas en la espalda, mientras se dejaba arrastrar por la chica que le llevaba de la mano.

—¡Serás cabrón! —exclamó riendo.

Andrew le sonrió mientras movía las cejas de forma divertida.

Capítulo 45

Momento de terror

“El mayor dolor del mundo no es el que mata de un golpe, sino aquel que,

gota a gota, horada el alma y la rompe".

- Francisco Villaespesa

El sonido del despertador provocó que abriera los ojos con un sobresalto. Hacía tiempo que se despertaba sin necesidad de un aparato que le marcara la hora de levantarse. Notó un ligero dolor de cabeza. ¿Había bebido tanto? La realidad era que no, pero ya no estaba acostumbrado.

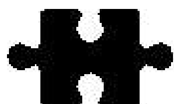
Permaneció unos minutos aún en la cama, remoloneando mientras pensaba en la noche anterior. Lo había pasado bien. Una sonrisa acudió a sus labios casi sin pretenderlo. Aquella chica morena había resultado ser muy fogosa y la noche se había alargado más de lo que esperaba. Todavía podía percibir su dulce aroma sobre su piel.

Miró hacia el otro lado de la cama, pero no había nadie. Recordó que habían estado en su piso, pero él no se quiso quedar a dormir. No le apetecía despertar en casa ajena sin recordar siquiera dónde estaba. No quería repetir errores del pasado. Aunque eran altas horas de la madrugada, prefirió volver a casa.

Se llamaba Hannah. Su mente analítica le sorprendió pensando en que era un nombre capicúa, o un palíndromo siendo más precisos, pues se escribía igual en un sentido que en otro. Era guapa. Muy guapa. Se planteó volverla a llamar. ¿Y por qué no? No tenía por qué convertirse en una relación seria, pero tampoco estaría mal repetir y verse alguna vez más si a ella también le apetecía.

Se dirigió a la ducha. Todavía iba bien de tiempo. Podría relajarse un poco antes de tomar el desayuno. Le tocaba sesión con el psicólogo y eso era algo que solía ponerle de mal humor. Otro día que tendría que perder un tiempo valioso que en medio de aquel caso no se podían permitir. Eso le recordó que Spencer aún no le había contado si había averiguado algo sobre Nathan Jansen. Le preguntaría nada más llegar.

Llegó pronto a la comisaría. Saludó a todos como solía ser habitual y se dirigió a su mesa, mientras su cabeza bullía de actividad pensando en todas



las novedades del día anterior y en todo lo que debían investigar.

Miró el reloj. «¡Qué raro!», pensó Andrew. Spencer no había llegado todavía, a pesar de que, desde que trabajaban juntos, solía llegar incluso antes que él. Le llamó por teléfono, pero no contestó nadie. Tal vez estuviera en la ducha o de camino, aunque aquello último no tenía demasiado sentido porque seguramente tendría manos libres en el coche.

No quería darle vueltas a aquello. Le había dejado en el pub tomando algo y era posible que se hubiera liado más de la cuenta.

Sin embargo…

No quería pensar en aquello. No quería dejarse sugestionar. Pero no pudo evitarlo. Ese martilleo en su cabeza le reclamaba que hiciera algo. Le llamó otra vez. Sin respuesta. Se dirigió al despacho del jefe Petrus. Quería saber si había llamado para avisar de que llegaba tarde o, a lo mejor, estaba enfermo.

—Jefe —dijo Andrew al abrir la puerta.

Adrian Petrus le hizo una señal con la mano para que esperase. Estaba hablando por teléfono y no podía atenderle. Confiaba en que no tardase demasiado, puesto que empezaba a sentirse cada vez más inquieto.

Volvió a llamar a Tracy. Nada. Se planteó no esperar a ver qué le decía el jefe. O tal vez, podía preguntarle a algún compañero si sabían algo.

—¿Qué pasa, Andrew? —preguntó el jefe en cuanto colgó.

—¿Ha llamado Spence para avisar de que no venía?

—Que yo sepa no. Me lo habrían comunicado inmediatamente.

La inquietud y el desasosiego dentro del detective crecieron de forma exponencial. Volvió a llamar por teléfono, tentado de morderse las uñas como cuando era un crío.

—¿Qué pasa? —preguntó el jefe al ver la preocupación del policía.

—No ha venido y siempre llega pronto. No es propio de él. Le estoy llamando y no contesta —dijo con una expresión de alerta.

—Seguro que hay una explicación.

—Voy a ir a su casa, jefe. Le mantendré informado.

Andrew salió del despacho a toda velocidad.

Se subió a uno de los coches patrulla y se puso el cinturón de seguridad ya en marcha. Las ruedas incluso derraparon un poco de lo rápido que salió del aparcamiento de la comisaría. Tenía una mala sensación que le asfixiaba. Una opresión en el pecho le atenazaba y hacía que el miedo se expandiera en oleadas por su cuerpo. Tal vez era un efecto secundario de vivencias pasadas, pero le invadió la seguridad de que le había pasado algo a su compañero. Y sentía, una vez más, el peso de la culpabilidad.

No se daba cuenta de que aquello no tenía ningún sentido. Era un adulto, era de hecho mayor que él. No hacía falta señalar que Spencer Tracy no tenía pinta de necesitar que nadie le cuidara, porque eso sabía hacerlo muy bien él solito. Pero aun así… Le había dejado en el pub y se había ido con aquella chica. Otra vez le había fallado a un compañero.

Volvió a llamar.

Mismo resultado.

—¡Mierda! —gritó dentro del coche.

Por fin llegó a las proximidades de la vivienda de su compañero, un piso en un edificio de diez plantas en una zona bastante céntrica de la ciudad.

Dejó el coche en el primer lugar que pudo sin que estorbara demasiado con las luces encendidas.

Llamó al timbre del portero automático pero nadie contestó. Logró que un vecino le abriera después de decir que era policía, aunque no bastó con eso, sino que el buen samaritano comprobó primero desde su ventana que aquello era verdad. Vio el coche patrulla mal aparcado y a un joven rubio que enarbolaba lo que parecía una placa.

Andrew subió de dos en dos las escaleras. Tenía que llegar hasta la sexta planta en la que estaba el piso de su compañero. No tenía tiempo de esperar al ascensor. Su corazón latía desbocado, palpitando la sangre con fiereza en sus sienes.

—¡Vamos, vamos! —se alentaba, mientras subía corriendo lo más rápido que podía.

Llegó al descansillo de la sexta planta. No había estado allí antes. Se

orientó y buscó la puerta de la vivienda que había alquilado Spence. Era la puerta A. Esperaba que la memoria no le fallara.

Llamó al timbre de forma frenética, quemando ese último cartucho antes de pasar a acciones más desesperadas. Entonces comenzó a darle patadas y empujones a la puerta, tratando de forzarla. No quería ni imaginar lo que

estarían pensando los vecinos, quienes verían a un hombre fuera de sí tratando de derribar la puerta.

Entonces, cuando estaba a punto de dar una nueva patada a la puerta, esta se abrió con docilidad.

Al dintel se asomó un Spencer con un aspecto terrible y cara de extrañeza. Iba descalzo, únicamente con unos bóxer y una camiseta de tirantes. Tenía un aspecto terrible.

—¿Se te ha ido la puta cabeza, rubiales?

Andrew a punto estuvo de perder el equilibrio al abrirse la puerta inesperadamente.

—¿Estás sordo o qué te pasa? —le preguntó Andrew fuera de sí, mientras le daba un empujón a la altura del pecho.

—¿Qué coño te pasa, chaval? ¡Para ya! —exclamó al ver que volvía a la carga. Había rabia en la cara del joven policía.

—Llevo llamándote no sé cuánto tiempo y no contestas, ¡joder! Pensaba que te había pasado algo. ¿Por qué no coges el teléfono?

Spencer se mordió los labios. Lo había puesto en silencio cuando llegó a casa de madrugada, en el modo *sleep,* así que las llamadas no le saltaban debido a la forma en la que lo tenía configurado. Se rascó la cabeza con la mano derecha.

—Joder, no te lo vas a creer. Lo puse en silencio, macho. Ya sabes, el modo ese que tiene una luna para que no te moleste nadie. Ayer me acosté tarde y bebí más de la cuenta. Lo siento, ¿vale? Luego me ha parecido oír el timbre pero estaba todavía en un duermevela del que era incapaz de salir.

No he reaccionado hasta que me he dado cuenta de que algún tarado trataba de derribarme la puerta.

Andrew se puso en cuclillas y se puso las manos en la cara. Toda la tensión acumulada le había dejado agotado. Spencer se agachó a su lado.

—Ey, chaval. Estoy bien, ¿vale?

Andrew pareció no reaccionar.

—Oye, espero que mereciera la pena que me abandonaras por la morena con la que saliste del pub. No me digas que te fuiste a casa, porque entonces sí que no te lo perdono.

Andrew entonces se echó a reír.

—Me has dado un susto de muerte, pedazo de mierda —dijo sonriendo, ahora que ya había soltado toda la tensión.

—Bueno, ¿me vas a contar qué hiciste con la morena o me lo voy a tener que imaginar?

—Vas a tener que imaginártelo. Te espero en el coche. Y dúchate, por dios, que hueles a perro muerto.

—Gracias, damisela. Pero será imbécil el tío —balbuceó mientras cerraba la puerta y oía a Andrew reír mientras bajaba por la escalera.

Capítulo 46

información

“En el dolor uno se hace cada vez más sensible; es el sufrimiento quien prepara y labra el terreno para el alma, y el dolor que produce el arado al desgarrar el interior,

prepara todo fruto espiritual”.

- Stefan Zweig

Le tocó esperar un buen rato a que Spencer bajara. Llamó al jefe Petrus para decirle que todo había sido una falsa alarma y que Tracy se encontraba perfectamente. Mientras aguardaba en el coche, decidió mandarle un mensaje a Hannah. Era pensar en ella y una sonrisa involuntaria asomaba a su rostro. Lo había pasado bien con ella. Muy bien. Hacía tiempo que no sentía algo parecido.

¡Hola! Lo pasé muy bien anoche, escribió Andrew.

Enseguida vio que ella había leído el mensaje. Estaba escribiendo. Le parecía ver cómo sus dedos volaban sobre la pantalla de su teléfono mientras tecleaba su respuesta. ¿Qué le pondría?

Claro que sí, “viciosillo” .

A Andrew se le escapó una carcajada. Tenía gracia que ella precisamente escribiera aquello.

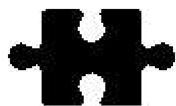
¿Tú no lo pasaste bien?

Lamento saber que fui el único.

El detective le respondió poniendo un emoticono de los que parece que están a punto de echarse a llorar.

Igual podemos quedar para arreglarlo.

Esta vez ella acompañó su mensaje con un emoticono morado de un diablillo.



Por mí perfecto. Estoy liado con una cosa del trabajo. Si te parece bien, te llamo cuando pueda.

Más te vale llamarme. Tengo mala memoria y tiendo a olvidarme pronto de las cosas… salvo que me hayan dejado huella.

Andrew se mordió el labio inferior. Estaba pensando en qué escribir a continuación, cuando Spencer entró en el coche como un vendaval.

—¿Qué haces con esa cara de bobalicón?

—Admirar lo sexi que estás con el pelo mojado.

—Pero será idiota el enano este. Arranca que tenemos mucho trabajo.

Se incorporaron al tráfico de la ciudad sin incidentes. Davis trataba de volver a concentrarse en la investigación, pues tenían muchos frentes abiertos que no podía soslayar.

—No me ha dado tiempo a desayunar. Vamos a alguna cafetería antes de ir a comisaría, o te juro que soy capaz de comerme al primero que se me cruce por delante.

—Lo dices en broma, ¿no? —preguntó el joven extrañado, puesto que había tardado lo que parecía una eternidad en bajar.

—No, no lo digo en broma. Me ha llegado algo que te interesará conocer.

—¿De qué se trata?

—De tu querido psicólogo.

El detective se giró instintivamente hacia su compañero. Enseguida volvió a concentrarse en la carretera, pero aquello sin duda le intrigaba.

La cafetería estaba casi a rebosar. Se encontraba a un par de manzanas de las dependencias de la policía de Vancouver, por lo que no había demasiadas posibilidades de cruzarse allí con ningún poli. Necesitaban estar lejos de oídos curiosos.

Spencer pidió un copioso desayuno. Era un hombre grande de buen apetito, mientras que el joven Davis pidió solo un café con leche, puesto que no hacía tanto que había desayunado.

—¿En serio vas a comerte todo eso, tío? —le dijo viendo un plato a rebosar de huevos, salchichas, beicon y tostadas.

—Igual te crees que eres el único que tuvo una noche movidita. Yo también gasté calorías.

—Vale, lo pillo. No necesito que me des más explicaciones. ¿Te importaría empezar a contarme algo del doctor Jansen? No disponemos de demasiado tiempo. Deberíamos llegar lo antes posible a la comisaría porque, por si lo has olvidado, tenemos mucho trabajo y encima a mí me toca sesión de terapia, por si tuviéramos poco.

—A ver por dónde empiezo. Verás, parece ser que el doctorcito tenía muy buena reputación y le iba de puta madre. Tenía muchos pacientes, daba conferencias, asesoraba a otros psicoterapeutas y toda esa movida. Debían ganar una pasta. Incluso llegó a montar una clínica en la que trabajaban unos cuantos psicólogos y psiquiatras de prestigio. Hasta que cayó en desgracia. Los rumores hablan de que tuvo una mala racha y perdió a varios pacientes en poco tiempo, los cuales se suicidaron. Eso, como imaginarás, no da buena fama precisamente. Hay rumores de mala praxis pero, lo más inquietante, es que hubo a quien le dio por pensar que aquellos pacientes formaban parte de un experimento clandestino.

Andrew se quedó boquiabierto. No podía estar comprendiendo bien lo que estaba contándole su compañero, puesto que aquello era muy grave, y si se lograba demostrar, se le podría procesar por homicidio culposo, puesto que él les habría inducido a quitarse la vida.

—No lo entiendo. ¿Insinúas que fue él quien les condujo al suicidio?

—Eso es lo que me ha dicho mi fuente. No obstante, no hay pruebas al respecto. Intuyo que tal vez quiso llevarles hasta el límite y después traerlos de vuelta, pero se le fue de las manos. Dicen que era un tío muy soberbio y que se creía por encima del bien y del mal. Una especie de semidiós. Se sospecha que llevó a cabo otros experimentos que no estaban bien vistos por la comunidad científica y, a partir de ahí, habría empezado a perder credibilidad. El caso de los suicidios fue lo que estaban esperando para darle la puntilla.

—¿Y por qué sigue ejerciendo?

—Porque no se pudo demostrar nada. Perdió a la mayor parte de sus pacientes y sus ingresos decayeron a la velocidad de la luz. Obviamente, las deudas seguían ahí y tuvo que tirar de algunos hilos para remontar. Ahora tiene la consulta pequeña que tú mismo puedes ver cuando vas.

—¿Y por qué trabaja con la policía?

—Debido a un convenio que salió y que tuvo suerte de que le adjudicaran. Al parecer, se ha llevado al huerto varios convenios más con otras instituciones, así que debe conocer los secretos de alguien importante.

Andrew le dio vueltas a su café, el cual hacía rato que se había quedado frío. En realidad, solo era una forma de poner en orden sus pensamientos.

—¿Crees que está detrás de nuestro caso? —preguntó, tanteando a su compañero.

—Sinceramente, no lo creo, pero no te lo puedo asegurar. No podemos rastrear sus cuentas sin un motivo, así que no tenemos forma de ver si ha tenido algún ingreso extraordinario. Después de toda la mierda que se le vino encima, me cuesta creer que se atreva con esto ahora. Sería una estupidez.

—Yo no lo descarto. Se ha visto denostado y rechazado por la comunidad científica. Igual está rabioso y quiere demostrar que es

capaz de todo. Eso explicaría porqué me tiene a mí en el ojo de la tormenta.

—Lo siento, chaval, pero me parece que sigues cegado con esto. Yo no digo que vayamos a descartarlo sin más, pero no veo la relación. Ni siquiera hemos establecido la victimología en este caso, ni los motivos, ni nada. Te lo dije ayer y lo mantengo: hemos estado bailando al son que nos han marcado, siguiendo las migas de pan que intencionadamente nos han ido dejando y eso nos ha puesto una venda en los ojos. Es hora de hacerlo a nuestra manera.

—Me parece bien. Yo también creo que nos hemos estancado. Hoy precisamente me toca consulta, así que en un rato tendré que irme. Espero que puedas avanzar sin mí.

—Claro que sí, no te preocupes. Pórtate bien y no hagas tonterías,

¿estamos?

—Por supuesto, mamá —respondió con sarcasmo ante el comentario paternalista de Spencer.

—Vámonos, capullo, antes de que te dé una colleja —dijo mientras ambos se levantaban de la mesa para irse.

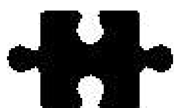
—Contigo vivo bajo continuas amenazas. Voy a tener que hablarlo con mi psicólogo.

Entonces Spencer le echó el brazo por el hombro y con la otra mano le revolvió el pelo, al tiempo que reía a carcajadas.

—¿Qué haces, tío? ¡Que me despeinas! —exclamó Andrew indignado.

Spencer dejó un billete en la barra al salir mientras seguía riéndose. Los que estaban sentados en los taburetes no pudieron evitar girarse para mirarlo.

Capítulo 47



ausencia

“La felicidad está rodeada de dolor”.

- *Ernesto Sábato*

Lo poco que habían podido revisar hasta que llegó el momento en el que tenía que salir para ir a la consulta, estaba lleno de posibilidades. Dylan había sido de gran ayuda con su intuición y su enfoque proactivo de buscar noticias relacionadas con los lugares relevantes del caso y con las redes sociales. Del grupo de Facebook podrían contrastar los comentarios con los sucesos acontecidos en esos lugares. Sabían que era difícil conseguir la identidad de los que estaban detrás, puesto que la red social en un alarde de privacidad era muy opaca con la policía y las fuerzas de seguridad al respecto. Resultaba irónico que fuera así, cuando precisamente se lucraban gracias a la información y datos personales de la gente. La doble moral llevada al mundo virtual.

Llamó al timbre del portero automático pero nadie respondió. Aquello le pareció muy extraño. Habitualmente, la secretaria solía abrir la puerta con celeridad. Miró su reloj, un *smartwatch* de última generación, para comprobar la hora y el día, no siendo que se hubiera equivocada de forma incomprensible. Tenía guardada la nota en el calendario y estaba correcto.

Probó suerte llamando a otro de los pisos para que le abrieran. Al tercer intento, lo logró.

Subió hasta la planta en la que se encontraba la consulta. En cuanto salió del ascensor, vio una nota en la puerta. Aquello ya era extraño.

“*Se suspenden las consultas por motivos personales. Disculpen las molestias*”.

Desde luego resultaba verdaderamente raro que no le hubieran avisado por teléfono. No obstante, no desaprovechó la oportunidad. Tomó una foto con su móvil para tener una prueba ante el jefe de que había acudido a la terapia mansamente pero no había sido posible llevarla a cabo.

Se dio prisa para volver. El caso estaba en un momento candente y estaba seguro de que iban a lograr importantes avances en aquella jornada.

Habían acordado que, en cuanto regresara, celebrarían una reunión

para poner en común todos los datos y la información recabada en los últimos días.

A pesar de que Spencer había insistido mucho en que empezasen a hacer las cosas a su modo, no podía dejar de lado lo que habían visto en la grabación del día anterior. Puede que fuera un vídeo similar a los que ya habían visto anteriormente, pero eso no significaba que dejaran de resultarles impactantes.

En esta ocasión, había una pared blanca de fondo, sin ningún objeto o marca que resultase identificativo. En lo que parecía una butaca estaba sentada una persona, la cabeza cubierta por una capucha. Por la complexión y la ropa, habían deducido que era un hombre, pero no tenían una certeza absoluta. En esta ocasión, la frase era diferente.

"*¿Qué estarías dispuesto a hacer para acabar con su dolor? ¿Y qué harías si supieras que se lo merece?*" .

La construcción gramatical era reveladora: las preguntas no iban dirigidas al grueso de los policías, sino a uno muy concreto. Ese juego personalizado en él era una de las cosas que conseguía que se sintiera rebasado por una responsabilidad que no sabía cómo digerir. Ese juego en el que previamente ya sabían lo que Andrew Davis había sido capaz de hacer cuando se sintió desbordado por su dolor.

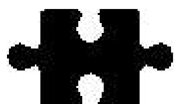
En cuanto le vio entrar, el jefe Petrus, el cual ya había sido informado de los últimos avances, salió de su despacho. Era momento de reunirse.

De pronto, se dio cuenta de que Andrew había regresado demasiado pronto. Por un instante, sintió vértigo al considerar que su subordinado se hubiera escaqueado de la sesión, después de la última conversación que había mantenido cuando le llamó pidiendo una orden de registro para la consulta de Nathan Jansen.

—¿Qué haces aquí tan pronto, Davis? —preguntó con cautela.

—Sabía que iba a desconfiar de mí, así que he hecho una foto para que vea que he ido puntualmente a mi cita pero parece que mi psicólogo se ha tomado el día libre, ¿qué le parece? —concluyó con evidente sarcasmo, al tiempo que sacaba su móvil y le enseñaba la foto que había tomado minutos antes.

—¡Qué extraño! —exclamó el jefe desconcertado.



Andrew le miraba triunfal. No podría recriminarle nada. Esta vez no.

—No me lo diga a mí, dígaselo a él, que ha sido quien ha incumplido con su trabajo.

—¿Y no te han llamado para avisarte?

—No. A mí también me ha sorprendido. No sé, tal vez ha tenido que salir huyendo por haber hecho algo indebido —respondió desafiante.

—Davis, no me busques que me encuentras. Habrá un buen motivo y seguro que antes o después lo conoceremos.

—Lo que usted diga, jefe. Voy a ver a Spence para que me informe acerca de lo que han encontrado en mi ausencia.

—No hace falta. Vamos a reunirnos. Hay que tomar decisiones. No podemos seguir a remolque en este caso.

Parecía que todos habían llegado más o menos al mismo tiempo a la misma conclusión.

Utilizaron la sala grande de reuniones, en la que había un proyector y cabían de sobra todos los policías que en un momento u otro había trabajado en el caso, aunque su participación hubiera sido casi simbólica.

Habían dispuesto las sillas en modo conferencia, puesto que eran muchos y se iban a exponer algunas de las fotos y de las informaciones más relevantes que tenían hasta la fecha.

El jefe había dejado muy claro que quería que estuvieran todos ahí para mantenerse al tanto de los avances. De este modo, podrían ayudar si detectaban algo que pudiera ser de utilidad en aquella investigación.

Además, lo sucedido el día anterior en Granville Island hacía temer que la violencia fuera en aumento y debían estar preparados. Por otro lado, tenían a los medios de comunicación encima y no podían dejar nada al azar. Todos los efectivos debían estar al tanto de los pasos que se daban en la investigación.

—Ahora que ya estamos todos —señaló el jefe Petrus mirando con

reprobación al último agente que acababa de entrar—, vamos a comenzar a hacer una exposición breve del caso. Los detectives Davis y Tracy serán los encargados de ponerles al día, puesto que eran los que, en un principio, estaban al cargo de esta investigación. No obstante, debido a que en un

momento este caso se cruzó con la denuncia de desaparición en la que estaban trabajando los detectives Smith y Salesman —dijo mirando a Drac y a Katia que estaban sentados en la parte delantera, cerca de donde se encontraba el atril desde el que hablaba el jefe—, estos participarán activamente en la exposición, complementando todo aquello que crean necesario.

Miró a la sala. Todos parecían atentos y con buena predisposición.

Necesitaba que estuvieran al cien por cien, especialmente después de que en la prensa se hubiera levantado un inquietante revuelo acerca de aquel caso.

Estaban enterados de que había aparecido una mujer muerta en Stanley Park, que un hombre deambuló por las calles de Vancouver desnudo al que se le había practicado una lobotomía, y finalmente, el artefacto que explosionó en Granville Island. No habían tardado en relacionar todas las piezas y unirlas como parte de un mismo caso. Al menos, especulaban que así era. Siendo como era la capital de la Columbia Británica una ciudad tan tranquila, todos aquellos sucesos habían pasado a convertirse en el número uno en las preocupaciones de la población de la zona.

Andrew fue quien comenzó a exponer lo que tenían hasta la fecha. Era lo más lógico, teniendo en cuenta que todo había empezado cuando unas semanas atrás él había recibido un sobre con una pieza de puzle que había desencadenado todo aquello.

Les hablaron de los códigos QR y de los vídeos, incluidos el último. Las víctimas anteriores no parecían estar relacionadas entre sí. El trabajo de la primera era de administrativo de un conglomerado de empresas y parte de su actividad laboral la hacía desde casa de forma telemática. No obstante, sí que habían encontrado una actividad económica marginal bastante sospechosa que seguían investigando para ver hasta dónde y quién les llevaba.

Por su parte, el médico al que habían lobotomizado era socio de una clínica privada que había pasado por momentos difíciles económicamente.

Estaban investigando cómo habían conseguido salir a flote, puesto que había habido importantes ingresos económicos en fechas concretas y se habían saneado las cuentas de la clínica en un plazo que parecía excesivamente corto de tiempo.

—¿Y qué hay del último vídeo? —preguntó uno de los agentes—.

¿Habéis averiguado quién es?

—No, todavía no —respondió Spencer—. Nos dan la información con cuentagotas y así nos manejan, por eso hemos decidido cambiar nuestro modo de actuar. Es casi imposible localizar el escenario en el que lo tienen retenido.

—Pero hay una persona que está en peligro y debemos localizarla cuánto antes.

—¿Y cómo? Los vídeos no tienen geolocalización y están protegidos hábilmente para que no se puedan rastrear. Los metadatos son inexistentes.

Dylan ni siquiera ha podido rastrear la IP, puesto que esta rebota en distintas antenas. No tenemos forma ahora mismo de localizarlo. Si llegamos hasta el enclave de la prisión, es porque nos quisieron arrastrar hasta allí. Tienen todo previsto de antemano. Debemos salir de la espiral en la que nos han envuelto.

Entonces les contó lo del manifiesto, los recortes de periódico y las fotos de Andrew por las paredes con forma de puzle, además de la carta que habían dirigido al detective Davis en la que decían que le habían elegido por su dolor.

—Dolor es lo que escriben también en las víctimas, ¿no es lo que habéis dicho?

—Sí, exacto —respondió ahora el detective rubio.

—Sobre eso, queremos añadir una información muy interesante que ha encontrado Dylan Sanders, uno de nuestros informáticos al que seguro que ya conoceréis —continuó el detective Tracy. La aclaración no estaba de más, puesto que muchos agentes no tenían por qué estar en contacto con los del departamento de medios, por lo que cabía la posibilidad de que algunos no supieran quién era. Había mucha gente trabajando en ese distrito de policía—. Ha encontrado un blog que se llama “*La Biografía del Dolor*” y un grupo de Facebook con el mismo nombre. Ambos se han convertido en nuestras principales pistas en

este momento.

—¿Habéis podido identificar a alguien?

—Todavía no, es pronto para ello. Por otra parte, ya sabemos todos lo opaco que resulta Facebook para este tipo de cosas. Dudo mucho que vayan a darnos información alguna —señaló Andrew.

Se oyó alguna tos en la sala.

—Pero se nos ha ocurrido una forma de relacionarlo.

Entonces cogió el mando del proyector para avanzar en las imágenes que había preparadas. Empezó a pasar fotos de algunos de los escenarios

que habían sido relevantes en el caso: Stanley Park, el museo El Mundo de la Ciencia, la antigua penitenciaría y Granville Island. Creemos que hay más escenarios de los que no tenemos constancia, bien porque se nos han escapado de forma incomprensible, o porque los están manteniendo ocultos de forma premeditada. Por ejemplo, sabemos donde encontraron al médico, pero no dónde lo dejaron. Ese lugar puede ser significativo.

—¿Y qué es lo que tienen de especial estos sitios?

Spencer miró a Andrew. No le había dado tiempo a contarle lo que habían averiguado en su ausencia. A pesar de que no había estado demasiado tiempo fuera, gracias a que Dylan tenía adelantado mucho trabajo, disponían de información jugosa.

—Sucesos que han acontecido en los últimos diez años, que es todo lo que nos hemos remontado por el momento.

—¿Por qué ese margen de tiempo? —preguntó otro agente.

—Por nada en concreto. En realidad, hemos hecho una búsqueda centrífuga. Me explico. Hemos empezado por buscar sucesos que hubieran ocurrido en esas localizaciones en el último año y hemos ido ampliando los plazos hacia atrás en el tiempo hasta que hemos encontrado, al menos, un suceso en cada ubicación.

Se hizo un silencio en la sala. Casi se podía escuchar el engranaje de todas aquellas mentes pensando a la vez.

—¿Qué tipo de sucesos?

—Muy variados. Hemos encontrado una violación, un suicidio, un accidente mortal y una pelea que acabó con un joven en un hospital, entre otros. Pero tenemos que seguir investigando porque puede que todo esto no sea más que casualidades y no hemos podido contrastarlo ni con los comentarios o post del grupo de Facebook ni con el blog todavía.

El jefe Petrus le miró escandalizado.

—¿Por qué no se me ha informado de esto? —preguntó de mal humor el jefe.

—Adrian, no te sulfures, ¿vale? No hemos tenido tiempo.

—Más vale que sea eso. Y llámame jefe Petrus, ¿entendido?

Ambos hombres se batieron en un duelo de miradas durante unos instantes. Las rencillas entre ellos, que parecían dormidas, hicieron un amago de despertar de un largo letargo.

Finalmente fue el jefe quien decidió no tensar más la cuerda. Lo cierto era que estaban realizando un buen trabajo, y además, había logrado centrar

al detective Davis y que este volviera a parecerse más a sí mismo, pero en una versión mejorada de lo que había sido antes de la muerte de la detective Sharon Williams.

Capítulo 48

Conexión

"El impacto y el dolor de una pesadilla puede ser mucho mayor que el de un puñetazo".

- John Katzenbach

Antes de cerrar la reunión informativa, el jefe procedió a distribuir tareas entre los presentes, puesto que la cantidad de temas abiertos que merecían ser investigados con mayor profundidad era ingente. Andrew y Spence iban a reunirse con Dylan para continuar con lo que habían empezado, lo cual parecía ser algo esperanzador.

—Detectives —llamó el jefe Petrus antes de que abandonasen la sala.

Ambos se giraron al mismo tiempo. Spence, después del último comentario que habían tenido un tanto tenso, esperaba una

reprimenda. Con los años había aprendido que lo más prudente era escuchar con atención y las orejas bajas, para acabar haciendo lo que le viniera en gana. El problema era que incluso eso lo olvidaba y se dejaba llevar por su carácter fogoso que en tantos líos le había metido en el pasado.

—Quiero que me mantengáis informado. Hasta ahora, habéis actuado bien y he conocido los pasos que seguíais. Casi todos, al menos. Me gustaría que siguiéramos con la misma dinámica.

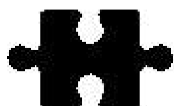
—Claro, jefe. No se preocupe —aseveró Andrew.

Adrian estudió a su subordinado con inusitada atención. Incluso entrecerró los ojos, como si estuviera analizando una muestra a través de un microscopio o como si tratara de leer la letra pequeña que viene en el bote de una pomada. Por alguna razón, no se lo acababa de creer.

—¿Qué me estáis ocultando, Davis?

—No te ocultamos nada, ¡por dios, Adrian! Sigues siendo igual de paranoico que siempre —soltó el detective sin apenas contenerse.

—Spence, no te he preguntado a ti. Por cierto, no vuelvas a llamarme por mi nombre de pila delante de mis agentes. Cuesta mucho ganarse el respeto como para perderlo en un instante porque el recién llegado se olvida de los límites y los traspasa obviando las consecuencias.



—Te recuerdo que tú me trajiste de vuelta. Si no te gusta, me devuelves a Calgary —desafió el policía de pelo largo.

—No me provoques, Spence.

—Tal vez deberías llamarme detective Tracy. El mismo respeto debería ir hacia los dos lados.

—¡Parad ya los dos, por favor! En serio, parecéis dos gallos en un corral. Resulta bastante patético. Se supone que estamos todos en el mismo barco, ¿no? Pues que se note, joder.

Ambos miraron al joven detective. Tenía toda la razón. No obstante, también era consciente de que el jefe también tenía la suya, puesto

que le habían ocultado algunas cosas. No solo era lo relacionado con la investigación de los lugares y con no haber continuado tratando de averiguar más cosas sobre el vídeo, sino también el hecho de que Spencer había buscado información sobre el doctor Nathan Jansen a petición de Andrew. Y lo habían hecho porque el detective Davis seguía manteniendo que el psicólogo estaba implicado en aquel caso.

—Poneos a trabajar. Tenemos que acabar cuanto antes con esta pesadilla

—finalizó el jefe, dando por terminada la conversación.

Dicho esto, se dirigió a su despacho.

—Necesito que me contéis con detalle lo que habéis averiguado en relación a los sucesos que ocurrieron en las distintas localizaciones —le pidió Andrew a su compañero.

—Claro. Pero te adelanto que no me dio tiempo a ver mucho más antes de la reunión de lo que ya hemos compartido con todos. Dylan iba a seguir con eso. Tío, ese chaval es impresionante, ¿sabes? Tiene una forma de pensar totalmente diferente a los demás.

—Eso es lo que se llama pensamiento lateral o pensamiento divergente.

—¿Qué? ¿Ya estás en plan sabelotodo? Voy a tenerte que llamar

“Andrewpedia”, porque lo sabes todo.

—Ja, ja, ¡qué gracioso! Eso no es tuyo, por si no lo sabes. No es nada original, porque salió hace mil años en una serie.

—¡Joder! ¿Eso también lo sabes? Pero si tú deberías ir en pañales en aquella época.

—No empecemos, viejales, que no soy tan joven. Y no me enredes más que estoy deseando saber qué relación tiene toda esta mierda.

Entraron en el departamento informático. Los tres técnicos estaban con los ojos hundidos en las pantallas. Sin saberlo, los detectives pensaron al mismo tiempo que no podrían soportar un trabajo como ese, todo el día atados a una silla y con la cabeza dentro del ordenador. Ellos sin duda eran hombres de acción. Y les encantaban los desafíos, a pesar de que esa investigación estuviera rebasando los límites de lo tolerable.

—¿Qué pasa, chavales? —dijo Spencer en alto al entrar—. ¿Ya estáis echando una partida al solitario?

—Por favor, que alguien le dé un trofeo a este tío al mejor chiste —

sentenció uno de los compañeros de Dylan con desdén.

—Ya me habían dicho que los frikis raritos no tenéis mucho sentido del humor —continuó su broma riendo él solo.

—No le hagáis caso, por favor. Puede ser insufrible. Os lo digo yo que lo padezco todo el día —concluyó Andrew con un gesto de hastío, al que los demás respondieron poniendo los ojos en blanco—. Dylan, me he enterado de que tenemos información muy interesante. Me encantaría que me pusieses al día.

—¡Claro! Y sí, eso me parece, que puede ser realmente interesante. Y

cuando os cuente lo nuevo que he averiguado, os vais a caer de la silla.

Cuando os sentéis, claro —observó, haciendo una referencia evidente a que todavía estaban de pie en medio de la sala—. He imprimido bastantes cosas, así que será mejor que vayamos a algún despacho en el que no molestemos.

Ambos detectives estuvieron de acuerdo.

Salieron del departamento de informática y se dirigieron a una de las salas de reuniones que era bastante más pequeña que la que habían utilizado minutos antes. Se sentaron alrededor de una mesa. Junto con una carpeta llena de fotocopias y algunas fotos, Dylan se había llevado también un portátil.

Se acomodaron en las sillas de tal modo que los dos tuvieran al alcance la información que les iba a mostrar.

—Supongo que Spence te ha puesto al día, Andrew.

—Me ha contado lo mismo que al resto, pero de forma somera. Según ha comentado, habéis hallado información relativa a una violación, un suicidio, un accidente mortal y una pelea que acabó con un joven en un hospital. Quiero profundizar en todos esos sucesos que ocurrieron en esas

localizaciones, aunque todavía desconozco qué sucedió en cada sitio.

Supongo que no será difícil dar con el nombre de las víctimas.

—Estamos en ello. De los que hay denuncias, es fácil acceder a los datos. No obstante, sigo investigando posibles sucesos que tengan relación.

Intuyo que hay mucho más.

—¿Cuál es la teoría? —preguntó Andrew, casi de forma retórica, pues iba a contestarse él mismo la pregunta—. ¿Pensáis que pueden ser las víctimas o los familiares que están buscando llamar la atención o incluso venganza?

—Si están buscando venganza, entonces es que Mary Hills y Henry Henderson están vinculados a esos sucesos de alguna manera —puntualizó el detective Tracy—. Por algo se han convertido en los primeros objetivos.

Dylan estaba inmerso en el portátil buscando los nombres de las víctimas y contrastando lo que habían dicho.

—¡Qué raro! —dijo el informático, acercando más su rostro a la pantalla.

—¿Qué sucede? —preguntó Andrew.

—Estoy revisando la noticia de la violación y aparecen declaraciones de un experto en traumas. ¿A que no imaginas quién es?

A Andrew se le cambió la cara. Claro que se lo imaginaba. Lo tenía bastante claro. Eso no hacía más que reafirmar sus sospechas hacia él.

—El doctor Nathan Jansen —afirmó con rotundidad.

—¡Bingo!

Andrew se giró hacia su compañero de patrulla, con un gesto sumamente revelador. Se leyó un “te lo dije” en su rostro que cualquiera habría entendido a la perfección. No hacía falta ser especialistas en leer la expresión facial de los otros para comprenderlo.

—Necesitamos más información, chaval. No podemos dar por supuestas cosas que desconocemos —se adelantó a decir Spence. No quería alimentar la obsesión de su compañero con el psicólogo, aunque podía entender a la perfección sus sospechas.

—Casualmente hoy ha desaparecido del mapa. Mi teoría es que cree que nos acercamos y se ha dado el piro, por si acaso, o que está tramando algo más grande —teorizó el detective Davis.

—Insisto en que te estás precipitando en tus conclusiones y no tenemos ninguna prueba. Además, siento decepcionarte, pero dudo que quien está

detrás de todo esto sienta que nos estamos acercando. Yo desde luego no tengo esa sensación.

—Bueno, pues si no tenemos pruebas, las buscaremos.

—Si es que existen. Estás demasiado empeñado en que sea culpable y te estás cegando. Sabes que así no se hacen las cosas. Todo lo que esgrimes como argumento es circunstancial. Deja que las pruebas hablen, no te adelantes a ellas.

—Joder, Spence, me dijo en la última sesión que el dolor es como una pieza de un puzle. ¿A ti no te parece sospechoso con todo lo que tenemos entre manos?

—Puede ser sospechoso o casual. Significa que lo tendremos en cuenta, no que nos dejaremos seducir por esos cantos de sirena.

La frustración se leía en la cara del policía más joven. Sabía que su compañero llevaba la razón, pero no quería aceptarlo. Sin embargo, no le quedaba otra. Si quería hacer bien su trabajo, era lo que tocaba. De no ser así, podrían encarcelar a la persona equivocada mientras los verdaderos culpables seguían sueltos.

—Tienes razón —reconoció, bajando varios grados la tensión de su cara.

—Me alegro de que te des cuenta. Tenemos mucho material aquí delante de nosotros que puede conducirnos a pistas reales. Deja tus prejuicios fuera para que podamos avanzar en la dirección correcta.

—Lo haré —aseguró dócilmente Andrew.

Dylan asistía mudo a la discusión entre ellos. En realidad, había encontrado datos muy interesantes y estaba deseando compartirlos con ellos. Sin embargo, Andrew aún quería añadir algo más.

—Solo necesito comprobar una cosa más y te juro que me olvido del tema.

Spencer le miró con desconfianza. No tenía claro si realmente iba a dejar de lado ese tema. Eso era como cuando un fumador dice que es el último cigarro. Siempre hay una calada más que será la definitiva.

—¿Qué? —preguntó el detective.

—Si hubo entre los fallecidos o los familiares pacientes de Nathan Jansen que terminasen suicidándose. Seguro que no negarás que ese dato puede ser relevante. No está de más comprobarlo.

Mientras seguían reunidos, llegó un paquete a la comisaría dirigido a Andrew Davis.

Capítulo 49

datos relevantes

“El dolor es como un invitado demasiado grande.

Te obliga a cambiar las medidas”.

- *Emmanuel Mounier*

Dylan seguía observándoles paciente. Mientras seguían discutiendo por lo mismo, por un tema que parecía ya zanjado.

—No me cuesta nada investigar eso, Spence —medió el informático, cansado de escucharles decir una y otra vez lo mismo—. No me va a quitar demasiado tiempo. Pero, por favor, dejadme que os explique lo que he encontrado. Por si no lo sabéis, tengo otros casos que investigar porque hay otros polis de esta comisaría que nos piden que hurguemos en algunos asuntos, así que vamos hasta arriba de trabajo. Os agradecería que aprovecháramos el tiempo.

Los dos se callaron. «¡Qué descanso!», pensó Dylan. Se oía el zumbido de la calefacción. Un leve rumor que les acompañaba de fondo y del que no se percataron hasta ese momento. Casi hasta lo agradeció. Tal vez fuera hora de escuchar, para variar.

—Ahora que tengo por fin vuestra atención, voy a exponeros lo que he encontrado. Espero que sin más interrupciones.

Entonces Dylan les habló de que en el blog que se llamaba La Biografía del Dolor había dado con entradas antiguas que estaban relacionados con los casos que habían sacado a la luz y que habían sucedido en las ubicaciones relacionadas con la investigación presente.

Aquello sí que era una relación más allá de lo circunstancial. Era una declaración de intenciones. Aunque eso no era lo único.

—Son entradas en las que hablan de lo sucedido en cada sitio y de cómo el dolor ha reescrito sus vidas, dotándolas de un nuevo tono gris apagado.

Como si el dolor de la pérdida o el ocasionado por un suceso concreto, hubiera escrito un antes y un después en sus vidas. Os leo el inicio de una que a mí me ha llamado especialmente la atención, no solo por lo que dice, sino porque fue la primera entrada del blog. Data de varios años atrás.

"El dolor todo lo cambia. La vida ha perdido su esplendor. Yo ahora soy una persona distinta. Antes, veía brillo en el amanecer, en los días que pasan, en los pequeños detalles. Tenía ilusión por vivir. Desde que los

perdí, el día a día es gris y mi alma se está tornando oscura. Es como si el dolor lo inundara todo y llenase mi corazón de odio y ansias de venganza.

Jamás creí que podría pensar en hacer daño a otro ser humano. Ahora todo mi tiempo parece orientado a ello, a planificar el modo perfecto de cobrarme mi venganza. Sé que no me los devolverá. Sé que el pasado no vuelve, que el calendario ya quemó las hojas pasadas. Lo sé. Pero también estoy convencido de que aquellos que han destrozado la vida de otros no se merecen vivir sus vidas como si nada hubiera pasado. El castigo llegará.

Aunque requiera tiempo encontrar el modo perfecto de hacerlo".

—Pero eso es muy bueno. Significa que nos acercamos. Si están relatando en un blog en internet lo que les pasó, implica que podremos averiguar quiénes están detrás de todo esto —dijo Andrew con optimismo.

—Sí, es probable. A priori. Pero hay que tener pies de plomo. De momento, son cuatro entradas de más de cien las que coinciden con los lugares relevantes en nuestro caso. Por otra parte, no en todas se hace referencia a sucesos, sino que son más abstractas y algunas parecidas a lo que os he leído. No obstante, al menos hay otras veinte que sí lo hacen. Es decir, solo conocemos la punta del iceberg, según parece.

—Vale, lo entiendo. Sin embargo, intuyo que quien escribió esa primera entrada cuando lo hizo no pensó realmente en hacer todo lo que estamos viendo en este caso. Cabe la posibilidad de que sea la cabeza del grupo.

—Es una teoría y deberíamos tratar de averiguar quién es el que la escribió. Por otro lado, eso que comenta Dylan acerca de otras entradas que se refieren a ubicaciones en las que sucedió algo, podría significar que si no les atrapamos antes, matarán a mucha gente más —auguró Spencer—.

Veinte son muchas posibles localizaciones que deberíamos proteger, si es que su lógica va conectada como creemos, es decir, dejar un mensaje en cada ubicación relevante para una persona doliente que ha escrito su historia en el blog. Parece una forma de catarsis, ¿no?

—Según lo que dices, Mary Hills, vuestra primera víctima, apareció muerta en Stanley Park porque de algún modo fue causante del dolor que alguien sufrió en ese mismo lugar —apuntó Dylan Sanders.

—Me gusta tu lógica —le alabó Tracy.

—Entre otras posibles víctimas, tenemos a nuestro encapuchado del último vídeo —aventuró Andrew. Habían dejado aquella grabación en un segundo plano, tratando de averiguar por otro lado datos que fueran útiles para encontrar a los culpables, y que eso les llevara a liberar a quien fuera

que estuviera bajo esa terrible capucha que parecía anunciar una ejecución inminente. Era escalofriante pensar en ello, en lo que podía estar viviendo en ese momento esa persona. No obstante, no veían otra forma de acercarse al lugar en el que se encontrara para poder salvarla.

—¿Qué más has encontrado? —inquirió el detective Tracy.

—Hay otras entradas en el blog que hablan sobre los tipos de dolor, formas de curación, tratamientos, *etc.* Otras están relacionadas con las consecuencias que deberían sufrir aquellos que ocasionan dolor a otros.

Métodos para cobrarse la deuda, por ejemplo. Y alguna cosa más que no recuerdo en este instante.

—Bien, podemos pedir una orden para que nos faciliten la identidad de quien está detrás de esta página web por incitar a la violencia y al odio.

—No lo creo —dudó Dylan—. No hay nada explícito. Son más bien sugerencias encubiertas pero que están adornadas de forma poética, por lo que en realidad nadie podría decir que están sugiriendo tal

cosa, salvo que la mires desde el prisma en el que nosotros lo hacemos. Incluso el manifiesto que hay en el blog parece inofensivo, salvo por el final.

—Tenemos que leerlo para compararlo con el que recogimos en la vieja penitenciaría. Si es el mismo, ya no hay dudas y entonces sí tenemos una duda razonable para que el juez firme la orden oportuna.

—Debemos informar al jefe de todo esto. Tiene que estar al tanto —

recordó Davis.

—Sí, lo haremos. No te preocupes por eso. En cualquier caso, hay algo que todavía no entiendo —continuó el policía moreno circunspecto.

—¿Solo algo? Yo todavía no logro comprender realmente nada de toda esta mierda —dijo con frustración el rubio esta vez.

—Bueno, eso aparte, porque esto es una puñetera locura. Yo me refiero a las piezas de puzle. ¿Para qué? No tiene mucho sentido.

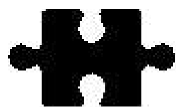
—Es un símbolo. Un rompecabezas, es lo que nos quieren decir.

—Cada dolor es una pieza clave para resolver el puzle —señaló Dylan.

Los dos detectives lo miraron. Tenía razón. ¿Cómo no se les había ocurrido? En ningún momento se les había pasado por la cabeza poner las piezas juntas. Tal vez, escondieran algún mensaje oculto en ellas.

Spencer se levantó y se dirigió a la sala de pruebas. Pidió que le dejaran las del caso 68465723, que era el que estaban investigando. Firmó y se llevó la caja. Petrus le vio salir de allí y dirigirse a una sala de reuniones.

Salió de su despacho y le siguió. Había dejado muy claro que le informaran,



no tenía por qué desconfiar. No obstante, fue detrás para ver qué tramaban aquellos dos. Más bien tres, en esta ocasión.

Ya en la sala, sacaron todas las piezas de puzle, un total de cuatro por el momento, y las hicieron encajar, de modo que todas estuvieran del lado de los códigos QR. No parecían revelar nada interesante.

—¿Por qué no les dais la vuelta? —sugirió Dylan.

—¿Para qué? No hay nada en ellas. Están en blanco.

—O tal vez no. ¿Es que nunca habéis estado en un *scape room* en el que algunas pistas están escritas con tinta invisible?

Dylan fue a buscar una linterna de luz ultravioleta y apagó la luz. Bajo el haz luminoso apareció algo inesperado.

Llamaron a la puerta en ese instante.

—Andrew, han traído esto para ti —dijo un joven agente.

Faltaban piezas. Eso era algo que había quedado claro, porque lo que habían visto con la luz ultravioleta estaba incompleto. Sin embargo, eso ya revelaba algo, solo que una vez más les proponía una especie de rompecabezas. Era como una muñeca rusa, en la que cada una esconde otra más pequeña dentro de sí.

Andrew iba pensando en ello mientras se dirigía con el paquete, un sobre de grandes dimensiones que le acababan de entregar, hacia el laboratorio. Desde que le llegó la primera pieza de puzle de este caso, habían decidido tomar la precaución de pasarlo todo por un análisis minucioso de rastros y huellas. Esta vez, incluso, lo pasaron por un detector por si había algo peligroso escondido, aunque al tacto por encima de la bolsa en la que lo habían metido, todo parecía indicar que se trataban de papeles.

—Tal vez sea el manifiesto al completo —sugirió Spence, que iba con él como un leal compañero. Resultaba increíble el nivel de compenetración al que habían llegado aquellos dos policías en tan poco tiempo, a pesar de ser tan diferentes entre ellos. Era innegable que Adrian Petrus había tenido un instinto excepcional al juntarles. Y por encima de todo, aquello había sido de una inestimable ayuda para el joven policía.

—No lo sé, pero desde luego estoy cansado de este juego ya. Si lo piensas, supuestamente nos mandan pistas, pero en realidad no hacen más que distraernos. Tengo la sensación de que pueden tenernos así indefinidamente si ellos quieren.

—No se lo vamos a permitir.

—No estoy tan seguro. Ahora que estábamos avanzando, volvemos a esta casilla de salida, tratando de averiguar qué es lo que nos han

mandado y a qué nos llevará a continuación.

Sabía que llevaba razón. Era justo de lo que le había estado hablando él mismo apenas unas horas atrás. Sin lugar a dudas, Dylan Sanders significó un posible punto de inflexión en esa investigación. No tardarían en dar con los nombres de más de un sospechoso. O eso esperaban.

Los dos detectives aguardaban ansiosos, deseando pasar ese trámite cuánto antes para poder seguir explorando las líneas que habían comenzado a dibujar.

Entonces, ambos se sorprendieron al ver lo que sacaba el técnico del laboratorio del sobre grande. Era una carpeta de las clásicas que se cuelgan en los armarios archivadores.

Andrew tragó saliva. Se fijó en el logotipo impreso. Lo había visto en numerosas ocasiones. Aquello sí que no tenía sentido.

Salvo que…

—Necesito ver eso —exigió al técnico.

—Enseguida, pero primero tengo que procesarlo.

La respiración del policía estaba más agitada. Su compañero se percató enseguida. El gesto de su rostro era pura tensión.

—¿Qué pasa, chaval?

—Creo que es mi expediente.

—¿Qué expediente?

—El de la consulta de mi psicólogo.

Capítulo 50

Expediente

“Es sincero el dolor del que llora en secreto”.

- Marcial

Cuando por fin terminó la recogida de posibles muestras y huellas, el técnico entregó la carpeta a los detectives. Antes de ello, procedió a sacar todos los papeles que contenía por si algo merecía ser revisado

en profundidad.

Andrew se sintió en cierto modo violentado. Lo que contenía aquel expediente era parte de su vida, algo íntimo y muy personal. Relataba su calvario, un camino lleno de espinas por el que trataba de transitar sin herirse todavía más de lo que ya estaba. Hablaba de su caída en aquel pozo negro lleno de lágrimas del que, durante un tiempo, apenas podía sacar la cabeza para boquear.

—¿Todavía vas a decirme que Jansen no está metido en esto? —

cuestionó Andrew con una mirada incendiada por el resquemor. Que su expediente privado estuviera ahora en la comisaría era un quebranto que le resultaba imperdonable.

Tracy le miraba con extrañeza. Desde luego, aquello era totalmente inesperado. ¿Vinculaba al psicólogo con aquel caso? Eso parecía, aunque no lo tenía tan claro. Sobre todo, no tenía clara la manera en la que lo hacía.

—No hay ninguna pieza de puzle dentro, que sepamos —se defendió Tracy. En realidad, sospechaba que tal vez fuera así pero que no la hubieran visto.

—¿Y qué? ¿Crees que el doctor Jansen ha decidido hacerme este regalo antes de darse el piro?

Andrew estaba irritado. Se sentía expuesto, desnudo ante su compañero.

Aquel expediente era una prueba, por lo que, a priori, cualquiera de los que participaban en el caso podría revisarlo.

—Déjame verlo.

—Ni de coña. Esto es privado. Primero necesito verlo yo solo. Tengo que saber qué es lo que contiene.

—¡No voy a cotillear, coño! ¿Quién te has pensado que soy? Además, ya sé de sobra que estás jodido de la cabeza —dijo bromeando.

—Muchas gracias por tu apoyo.

—¡Te estoy vacilando, hombre! Solo quiero ver si hay dentro alguna pieza de puzle o algo que lo relacione con el caso que corrobore tu teoría.

No voy a leer nada, te lo aseguro.

El detective Davis sopesó lo que acababa de decir su compañero. Era una buena idea. Podrían revisar lo que contenía, y si no había nada relevante para el caso, podría solicitar al jefe que se respetara su intimidad.

—Vamos a algún sitio con más privacidad.

—Es una prueba, Andy. Eso no lo puedes obviar —le recordó Spencer.

—Me niego a que mis informes psicológicos se conviertan en una prueba en la que cualquiera del departamento pueda meter las narices.

—Pues me temo que ya no está en tu mano. Ya ha sido recogida como prueba, por si lo has olvidado.

—No solo he perdido el tiempo acudiendo al psicólogo mientras me preparaba esta encerrona, sino que además ahora todo el mundo va a conocer mis intimidades —respondió apretando la carpeta contra su pecho.

—Espera —dijo Spencer agarrando a su compañero del brazo. Se le acababa de pasar una idea inquietante por la cabeza.

—¿Qué pasa?

—Tú estás dando por hecho que está implicado en el caso. Pero, ¿y si es una víctima más?

—¿Una víctima? —preguntó extrañado. No lo había pensado hasta ahora. No había valorado esa posibilidad en absoluto.

—¿Y si la persona encapuchada del vídeo es Nathan Jansen? Tú mismo has dicho que era raro que hubieran cancelado todas las consultas sin avisar.

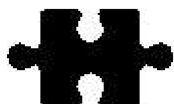
Al detective Davis se le escapó la sangre del rostro hacia un lugar muy profundo de su cuerpo, como si el corazón hubiera dejado de latir. Aquello tenía sentido, especialmente después de ver lo que había en las piezas de puzle bajo la luz ultravioleta.

—Ahora lo entiendo. N.J.

—Pues ahora soy yo el que no te entiende.

—Las piezas de puzle. Las letras que aparecían bajo la luz ultravioleta no eran aleatorias, sino que son las combinaciones de las iniciales de las víctimas. Creo que tienes razón. Puede que el doctor Jansen sea el del último vídeo.

Cuando juntaron con Dylan las piezas de puzle que habían ido recibiendo, descubrieron que en tinta invisible había escritas varias letras, las cuales parecían emparejadas. Habían pensado que podrían formar juntas



alguna frase o mensaje, aunque no fueron capaces de encontrar el orden preciso. En el centro estaban escritas N y J, pero también, entre otras muchas, habían visto M y H, así como H y H. Podrían corresponder a Mary Hills y Henry Henderson.

Andrew se dirigió a su mesa y guardó en un cajón bajo llave su expediente. Ya tendría tiempo de leerlo con calma. Recordaba las imágenes de la grabación, y aquella silla en la que estaba sentado le recordó a uno de los butacones de su consulta, a uno en el que se había sentado muchas veces. O quizá solo fuera su imaginación, dotando de significado las imágenes que habían visto en el ordenador, completando la información con detalles que realmente no estaban ahí. Nuestro cerebro puede convertirse en un especialista del engaño con sus juegos y sus ilusiones ópticas.

—¿Qué haces? Te he dicho que quería revisar una cosa y vas y lo guardas bajo llave.

—Tenemos que darnos prisa. Lo tienen encerrado en su consulta —

sentenció el policía rubio.

Salieron a toda velocidad de la comisaría, después de informar de manera acelerada a su jefe. Este organizó enseguida a varios agentes para que se acercasen hasta allí para ayudar a los detectives.

Andrew estaba convencido de que el lugar del vídeo era el piso en el que el doctor Jansen pasaba sus consultas. Era algo más que intuición. La escenificación de la grabación era bastante aséptica. Habían elegido una zona de la consulta en la que esa pared blanca podía llevar a pensar en cualquier lugar, sin nada concreto que sirviera para identificarlo. El policía no había reparado en la butaca en la que

estaba sentado presuntamente el psicólogo, posiblemente la misma en la que él se había sentado tantas veces. Pero sin ninguna referencia previa, su cerebro no había sido capaz de conectar toda esa información que ahora le parecía tan evidente.

La inmovilidad del cuerpo en el vídeo, hacía pensar en lo peor. No obstante, podía estar inconsciente. Por si quedaba un mínimo de esperanza, debían llegar lo más pronto que pudieran.

—¿Y qué pasa con la secretaria, con la mujer que siempre me recibía en recepción? —preguntó Andrew casi para sí mismo.

—Pues se me ocurren dos posibilidades: o está en el ajo o la han eliminado del mapa.

El joven pensó en aquella mujer. Siempre tan solícita y amable con él.

No recordaba su nombre. Tal vez nunca se lo hubiera dicho. Ahora ese detalle, sin duda, se convertía en algo importante, casi crucial. Estaría rondando los cincuenta años. De rostro amable y redondeado, con una mirada inocente. Tal vez esa apreciación a la luz de nuevos datos fuera totalmente errónea.

Ninguna de las opciones que le había presentado su compañero le gustaba. Sin embargo, intuía que tenía razón y no era capaz de decidir cuál era la menos mala. Si se la habían llevado o le habían hecho algo, sería terrible. Pero si le había mirado a los ojos día tras día, tratando de reconfortarle y mostrarse amable, mientras le utilizaba para hacerle partícipe de ese sinsentido, entonces es que el mal podía esconderse tras los rostros más inocentes y eso era como decir que nadie estaba a salvo de la iniquidad de otro ser humano.

Llegaron a las proximidades del edificio y dejaron los coches de tal forma que servían de barrera para que no pudieran entrar vehículos en la calle. Algunos de los agentes se encargaron de acordonar la zona, mientras que los detectives acompañados de otros cuatro policías subían por las escaleras hasta el piso en el que se hallaba la consulta. Algunos de los vecinos abrieron las puertas de sus viviendas al sentir el sonido de pisadas a la carrera por las escaleras. Los policías les indicaban que cerrasen y se mantuvieran en sus casas, al tiempo que con una señal les pedían que guardasen silencio.

Llegaron por fin al descansillo de la cuarta planta, que era donde se encontraba la consulta. En la puerta seguía la nota que había visto Andrew unas horas antes, testimonio mudo de lo que había ocurrido tras esa barrera.

Tal vez nada. O tal vez…

Estaban a punto de descubrir si las sospechas del detective Davis eran certeras. Llamaron al timbre, el cual escupió un sonido metálico y chillón.

Esperaron un tiempo prudencial. Volvieron a llamar, esta vez aporreando la puerta.

—¡Policía, abran! —exclamó con voz portentosa el detective Tracy.

Otros segundos de espera.

Nada.

Entonces Spencer les hizo la señal a los agentes para que la derribasen.

Era una puerta recia y tuvieron que realizar varios intentos. El silencio que emanaba aquel apartamento anunciaba el vacío en su interior.

Por fin abrieron y se adentraron en un piso que permanecía ordenado y pulcro, como siempre lo encontraba Andrew cada vez que acudía a su cita semanal. Lo único diferente en esta ocasión era la ausencia de vida. No estaba la secretaria. No había ni rastro de ella. La puerta del despacho del psicólogo permanecía entornada. Según se acercaron percibieron el olor.

Era el hedor de la muerte, de carne que empieza a descomponerse, de efluvios desagradables y conspicuos. Ese triste rastro que deja una vida humana detrás cuando ya ha exhalado su último aliento.

Ante la certeza que presentía Andrew antes de adentrarse en esa sala, experimentó el peso de la culpabilidad sobre sus hombros. Habían hecho caso omiso al vídeo, se habían rebelado contra los criminales tratando de emprender su propio camino en la investigación y eso se había cobrado otra vida. La culpa. El dolor de la culpa. Ese peso que él sentía en el pecho. La forma de su dolor.

—Está aquí —comentó uno de los policías—. Está muerto.

El detective Davis cerró los ojos. Era la confirmación definitiva. Una rabia espinosa se expandió por todo su cuerpo. Era como una descarga eléctrica que se extendía incendiando sus terminaciones nerviosas.

—¡Joder! —gritó. Todos los presentes le miraron. Estaba tan frustrado

que no se pudo contener. Aquel caso le estaba sacando de sus casillas.

Guardó la pequeña linterna que había empuñado al entrar en el piso en uno de sus bolsillos y la pistola en la cartuchera. Entró en el despacho y comprobó que, efectivamente, tenía razón. En la misma butaca en la que él se había sentado en las sesiones, descansaba un cuerpo exánime. La capucha seguía colocada sobre la cabeza. ¿Qué significaba aquello?

—Andrew, aquí hay algo para ti —le dijo uno de los policías que iba de apoyo en el operativo antes de que el detective retirara la capucha.

—¿Qué es?

—Una nota manuscrita.

El papel descansaba sobre el vade del escritorio. El hecho de que estuviera escrita a mano era un cambio respecto a lo demás, que siempre había ido en letra de imprenta.

—Pásamela para que le eche un vistazo —dijo, mientras se ponía un par de guantes de látex. Aquello acababa de convertirse en el escenario de un

crimen. El agente le extendió la cuartilla.

Andrew,

Queríamos darte la oportunidad de decidir, que fueras tú quien lo ejecutase o le dejase con vida. Si supieras todas las atrocidades que ha cometido… ¿Lo habrías hecho esta vez? ¿Habrías vaciado el cargador en esta ocasión? No, seguramente no. Tu dolor ha comenzado a disiparse.

Tienes suerte por ello. Otros lo acarreamos como si fuera una parte más de nuestro organismo, un huésped que se niega a irse, un patógeno incómodo.

Por eso también te hemos elegido. El dolor tan grande que sentiste te llevó a sobrepasar un límite que nunca hubieras imaginado. Nosotros tampoco lo creímos posible. Pero, al igual que en nuestro caso, ardiste en la hoguera del sufrimiento sobrevenido e incomprensible que fue el asesinato de tu compañera, madre de dos criaturas. La injusticia es tan frustrante,

¿verdad? Y la incomprensión, el no entender nada. Tal vez eso sea lo

peor.

Lo sentimos. Has llegado demasiado tarde. No podíamos esperarte más.

Estuviste tan cerca sin saberlo.

Pronto descubrirás los motivos.

De momento, el rompecabezas sigue buscando la forma de mostrar la imagen completa, aunque seguramente ya has empezado a comprender.

Los de la ambulancia acababan de llegar. Poco después, empezó el desfile de efectivos de la policía científica y la forense.

Andrew buscó con la mirada a su compañero. Ni siquiera había sido consciente de su presencia ni ahora de su ausencia. Hasta ese punto había estado absorto en sus pensamientos, secuestrado por unas emociones avasalladoras que eran el enfado, la rabia, la frustración, la sensación de fracaso. Le buscó con la mirada. Le localizó de pie frente a los armarios archivadores.

—¿Qué pasa? ¿Qué haces ahí? —le preguntó el policía.

Spence aún tardó un par de segundos en girarse. Cuando lo hizo, le miró con cara de concentración. Algo pasaba por su cabeza.

—La llave.

—¿Qué llave?

—La que había en la caja esa rara que no recuerdo cómo se llamaba. Me apuesto lo que sea a que abre este archivador.

Tenía sentido.

—Si tengo razón, rubiales, me da que vamos a encontrar mucha información interesante ahí dentro.

—No podemos abrirlo sin una orden. Se supone que hay expedientes confidenciales.

—Muy bien. Pues tú espera a que la consiga el jefe, que a mí me parece perfecto. Yo voy a ir a buscarla. Al fin y al cabo, no sé lo que hay dentro. Si me encuentro expedientes de los pacientes, no será más que pura casualidad.

—Spence… —comenzó a decir Andrew con intención de reprenderle.

—Ni se te ocurra echarme un sermón. Ya te dije que hago las cosas a mi manera. Si nos han dado una llave será para que abramos algo, ¿o no? No pienso esperar a que a un juez le venga bien darnos una autorización cuando ni siquiera estamos seguros de lo que hay dentro.

Salió de la sala con determinación. Les esperaban horas de trabajo en el despacho del psicólogo por delante. Solo confiaba en que tuviera razón y, sobre todo, que estuviera de vuelta antes de que llegase el jefe Petrus, puesto que de no ser así, iba a haber un choque de trenes.

Capítulo 51

declaración de intenciones *"A veces, la realidad es solo dolor, y para huir de ese dolor, la mente tiene que abandonar la realidad".*

- Patrick Rothfuss

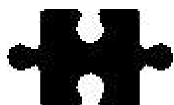
Manifiesto *Nadie tiene derecho a causarle dolor a otro ser humano.*

Nadie debería cometer tal aberración. Es infame, abominable y rastrero. Es propio de bestias. De la peor de ellas. El ser humano es capaz de realizar las acciones más viles que la naturaleza pueda imaginar. No hiere a otro ser vivo por el noble e ineludible valor de la supervivencia, sino por placer y deleite, o simple y llanamente, porque puede.

Aprovecharse del dolor ajeno supone un grado más de mezquindad.

Implica una total ausencia de dignidad, una absoluta abolición de lo que se considera natural. A veces, ese aprovecharse de un ser doliente solo persigue un beneficio económico, el más deleznable de los propósitos. El menos justificado. Solo por el vacuo y vacío dinero. Por el hambre de poseer. Estas primeras víctimas son ejemplo de ello. Sin embargo, no son merecedoras de llamarlas así, víctimas, porque eso supone un grado de indefensión y de inocencia que ellos no tienen. No pueden ser merecedoras de ningún tipo de compasión, no lo merecen. Son culpables de la avaricia sin límite de sus deseos impuros, espurios y banales, del afán de lucrarse a costa de otros. Por ello, por ser parásitos del dolor ajeno, merecen una pública ignominia. Y un castigo incontestable. Una exposición de sus pecados. Una sanción que no permita volver atrás. Una penitencia que implique un análisis previo de sus conciencias. Porque es importante que sepan que los ha conducido al abismo, es necesario que conozcan que sus pasos les han dirigido a este final. Ellos lo eligieron. Nosotros solo dispusimos los medios.

La humanidad necesita un aviso. Todos aquellos que asisten impávidos al dolor ajeno, deben despertar de una vez y para siempre. Hemos venido a agitar conciencias, a remover sentimientos dormidos de unidad, de ayuda, en definitiva, de solidaridad. Tenemos un mensaje que expandir. Lo que hacemos nos ayuda a sanar y será providencial para evitar que se repitan sucesos como estos. Stanley Park, el museo de El Mundo de la Ciencia,



MANIFIESTO



Granville Island, Davies Street, Gastown y su famoso reloj de vapor, Olympic Couldron, el jardín botánico VanDusen y otros escenarios que se han convertido en la crónica del dolor no son más que recordatorios de cosas que nunca debieron pasar y que sucedieron solo por el capricho injusto de seres desalmados.

Todo ese dolor ha escrito una biografía de la que algunos ya no podemos escapar, porque está grabada con nuestra sangre o con la de nuestros seres queridos, incapaces de defenderse, imposible traerles de vuelta a la vida.

No podéis detenernos.

Solo os queda esperar a que el rompecabezas se complete y el juego termine.

Las piezas empiezan a estar sobre la mesa.

AVERIGUA MÁS EN…

https://arielzorion.com/la-biografia-del-dolor/manifiesto/

Capítulo 52

datos y acción

“El dolor silencioso es el más funesto”.

- Jean-Baptiste Racine

Mientras el detective Andrew Davis continuaba en la escena del último crimen y su compañero volaba en dirección a la comisaría para recoger aquella llave, los datos empezaban a afluir de forma prominente en el departamento de policía de Vancouver. El hecho de poner a tantos efectivos a buscar información después de la reunión que habían mantenido unas horas antes, estaba dando sus frutos. Todo el trabajo previo había servido para establecer el cauce por el que acabarían navegando todo tipo de averiguaciones, unas más útiles que otras.

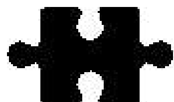
Adrian Petrus se encontraba coordinando todo aquello. Entonces vio entrar a Spencer Tracy y dirigirse con prisas hacia el almacén de pruebas.

Pensó en interceptarle a la salida para preguntarle por qué motivo no estaba en la escena del crimen con el resto de los agentes. Sin embargo, le fue imposible, ya que cada dos por tres iba algún policía a comentarle un nuevo hallazgo.

Cuando quiso darse cuenta, Spencer salía otra vez a toda velocidad de la comisaría con una bolsa de pruebas en la mano. Adrian resopló. Confiaba en que estuviera todo en orden. Sin embargo, el lenguaje corporal del detective le recordó a los peores momentos.

Le conocía casi a la perfección, mejor de lo que los demás podían pensar. Su relación se enrareció con el tiempo, pero al principio, se llevaban realmente bien. La confianza entre ellos había sido estrecha, hasta que el detective había empezado a excederse en algunos casos, por su impetuosa manera de proceder y por ese sentido tan particular de la justicia que tenía.

En más de una ocasión había lamentado que su amistad, que es lo que creyó que tenían en algún momento, se hubiera diluido como un antiácido en un vaso de agua.



No había tardado demasiado en regresar. Poco más de media hora. Todo seguía más o menos como cuando se fue, salvo un dato inesperado que ponía patas arriba otra vez sus teorías. Procesar la

escena de un crimen es algo arduo que requiere de meticulosidad. Lo que no se recoja en ese primer momento, puede desaparecer para siempre.

—¿Has llamado a Petrus para que pida la orden? —le preguntó a su compañero. Los ojos más bien pequeños, tremendamente intensos y oscuros, raciales e imponentes de Tracy le miraban con suspicacia.

Andrew le mantuvo la mirada y negó con la cabeza.

—Bien hecho, chaval —le respondió con una sonrisa ufana, al tiempo que le agarraba la cabeza y acercaba la suya hasta casi juntar la frente de ambos—. Sabía que harías lo correcto.

—Yo no estoy tan seguro.

Ambos se dirigieron al lugar en el que estaban los archivadores. Davis tenía algo que comunicarle, pero Spencer estaba tan inmerso en lo suyo que no había visto el modo de hacerlo. El piso hervía de actividad. Nadie se fijaba en lo que hacían los detectives. A veces, la mejor forma de camuflarse es a la vista de todos.

Spencer sacó la llave de la bolsa de pruebas. Encajaba perfectamente.

Giró hacia la derecha y la cerradura cedió con absoluta docilidad. Dentro, numerosas carpetas pendían de los raíles que había en los extremos de los cajones en los que se dividía el armario. Casi les sorprendió encontrarse con tanta información en papel en una era en la que cada vez más se tendía a digitalizar todo y a guardar los archivos en la nube. La nube. Un curioso concepto para denominar la volatilidad de la información, una forma de guardar parte de tu vida en algo indefinido e inmaterial, en la nada. Sin embargo, no solo había informes y pruebas o tests psicológicos en las carpetas, también CDś, sin duda un formato ya obsoleto en los tiempos que corren.

—Solo me falta encontrarme algún disquete y entonces sí que creería haber viajado atrás en el tiempo —señaló Spence sorprendido ante aquel alarde analógico.

Si las pistas les habían conducido hasta allí, sería por algo. Intuían que allí había información clave. Como mínimo, información que estaban

interesados que los detectives vieran. La pregunta era ¿por qué? ¿Y para qué?

—Se me está ocurriendo algo —dijo el policía rubio.

—Dispara.

—Pero antes tienes que saber una cosa —le anunció críptico.

—¿Y a qué esperas para contármelo?

—No es Jansen.

—¿Quién?

—El muerto. No es, estoy seguro, pero tampoco sabemos de quién se trata todavía. No lleva identificación, así que le han tomado las huellas, muestras de ADN y un molde dental.

Spencer le miraba con incredulidad. Lo habían dado por hecho, pero era cierto que antes de irse hacia comisaría no había llegado a ver la cara del cadáver. En cualquier caso, tampoco le conocía.

—¡No me jodas! Esto es un nuevo giro.

—Lo sé. Y ahora, si estás preparado, te cuento lo que se me ha ocurrido

—dijo tratando de dejar aparcado ese asunto por el momento.

Spencer tenía los brazos en jarras. Sus ojos miraban hacia el suelo, de un lado a otro, inquietos, tratando de analizar qué nuevo significado implicaba que en la consulta del psicólogo hubiera un cadáver que no fuera él. ¿Y si su compañero tenía razón y sí estaba detrás de todo aquello?

—¿Qué se te ha ocurrido? —le preguntó por fin, saliendo de ese ensimismamiento momentáneo.

—En realidad son dos ideas, aunque no sé si tendrán algún sentido. En primer lugar, creo que aquí vamos a encontrar a las personas a los que corresponden las iniciales que había en tinta invisible en las piezas del puzle. Intuyo que tal vez fueron pacientes de Jansen. Recuerda que en el medio de las piezas estaban las iniciales del psicólogo y alrededor había letras que parecían diseminadas, pero intuyo que tienen que ver con estas carpetas.

—Es un poco disparatado, puesto que, hasta ahora, las que nos ha parecido que encajaban eran las de las iniciales de nuestras tres víctimas. En realidad, dos, porque a Jansen ya no lo podemos contar. Diablos, ¿qué no es disparatado en este caso?

—Eso pienso yo.

—¿Y la segunda idea? —preguntó Spencer, instándole a que continuara.

—La segunda idea es que esas mismas personas son las que están detrás de toda esta mierda o bien, familiares a los que el psicólogo no ayudó.

—Me gusta cómo piensas, rubiales, aunque contradiga la teoría anterior.

—O la complemente. Pueden estar mezcladas.

—Es posible. El problema es que aquí hay muchas carpetas y muchos nombres.

—Lo sé. Por eso voy a llamar a Dylan para que me mande una foto con la composición de las piezas del puzle. Así podremos descartar los expedientes de todos los que no coincidan con las letras que haya ahí escritas.

Llamó inmediatamente al informático y de forma casi instantánea este le envió varias capturas de pantalla. Intuyó que ya las había tomado antes, puesto que para hacer esas fotos necesitaba apagar la luz y encender una luz ultravioleta. La resolución era buena y se leían a la perfección las letras.

Algo rondaba la cabeza de Tracy. La expresión de su rostro y de su cuerpo lo demostraba. Cuando el joven detective levantó la cabeza de su móvil, se fijó en su postura y le llamó la atención.

—¿Qué? —preguntó Andrew leyendo su lenguaje gestual.

—No lo entiendo. ¿Por qué quieren que conozcamos a quiénes están detrás de esto? Nos están ofreciendo la forma de atraparles. Es un poco absurdo.

—Entiendo lo que dices. No lo sé, Spence. Si persiguen una labor mesiánica, supongo que querrán que se conozca a quiénes están detrás de ella, no permanecer anónimos. En la historia se han dado casos de criminales que querían que se reconociera su autoría. No sería la primera vez. Tal vez persiguen desempeñar el papel de víctimas, cuando el mundo conozca lo que tuvieron que padecer y lo que les llevó a actuar. Ya sabes, lo de ojo por ojo y diente por diente que mucha gente defiende a ultranza.

Intentarán hacer creer que se está aplicando una especie de justicia divina.

Seguro que incluso pueden captar más seguidores. Lo que tengo cada vez más claro es que las letras del puzle, los nombres de los expedientes y los lugares en los que están cometiendo los delitos, son relevantes.

—Vamos a tener que llevarnos los expedientes de extranjis, lo sabes

¿no?

—Pues nos los llevamos. Pero antes, vamos a revisar bien qué hay dentro de los archivadores, por si encontramos algo más. No me extrañaría que nos hubieran dejado algún mensaje más.

Revisaron a fondo los archivadores. Colocaron en la parte delantera del cajón de arriba aquellas carpetas que tenían los nombres que cuadraban con su teoría, de forma que antes de salir por la puerta solo tuvieran que abrirlo discretamente y coger todas a la vez. Tal vez estuvieran errados, pero querían seguir su intuición puesto que toda aquella investigación parecía un juego sin sentido.

En el último instante antes de irse, a Spencer se le ocurrió que debían registrar los cajones de la mesa del psicólogo. Podría haber algo interesante ahí.

Resultó que la llave también los abría, algo que era frecuente, puesto que por pragmatismo, muchos despachos utilizan la misma para cerraduras de cajones y armarios. Una forma de simplificar y optimizar los recursos.

Su corazonada había sido acertada. Encontraron algo que sin duda estaba conectado con el rompecabezas que les estaban proponiendo los criminales. Procedieron a marcar la prueba, fotografiarla y embolsarla debidamente. No obstante, iría con ellos, no con el resto de pruebas.

Se dirigieron nuevamente a los archivadores, preparados ya para marcharse.

—Todo el mundo está muy ocupado —comentó Andrew—, así que no se van a enterar. Cuando lleguemos a comisaría, lo contrastamos con lo que ha encontrado Dylan acerca de los lugares y las personas que murieron o fueron agredidas en ellos.

Spencer Tracy comenzó a reírse. Andrew pensó instintivamente en cuántas veces al día le oía carcajearse. Desde luego, a su compañero no solía abandonarle el sentido del humor.

—¿Se puede saber de qué coño te ríes?

—De ti, guaperas. El día que te conocí me pareciste don perfecto, queriendo hacer todo bien. Y hoy no dudas en llevarte a hurtadillas algunas pruebas de la escena de un crimen.

—Eres una mala influencia. Vámonos antes de que me lo piense mejor

—dijo dirigiéndose a la salida, mientras le comunicaba a uno de los policías al cargo que se marchaban.

Tracy, una vez más, soltó una sonora carcajada, lo que provocó que muchos de los allí presentes se giraran a mirarle.

Capítulo 53

Conectando los datos

“Quizá la mayor facultad que posee nuestra mente sea la capacidad de sobrellevar el dolor”.

- Patrick Rothfuss

L

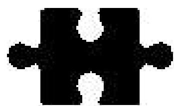
a adrenalina tiene un poder vigorizante innegable. Nos hace sacar fuerzas de donde parece que no las tenemos, nos prepara para afrontar tortuosos desafíos. Eso es lo que sentían los detectives en aquel instante, un chute de adrenalina inundando su torrente sanguíneo. Es lo que tiene saber que estás haciendo algo que no debes o que, como mínimo, te va a valer una reprimenda de las buenas. El éxtasis de lo prohibido, la dulce experiencia de saltarse las normas y hacer lo indebido, el almibarado sabor de la aventura.

Ambos se justificaban interiormente diciendo que habían hecho lo necesario, porque llevaban ya semanas con ese caso y siempre iban a remolque, siguiendo los pasos que les marcaban, presentándose siempre tarde a todo, mientras morían personas a las que no llegaban a tiempo de salvar.

Era obvio que con el cuerpo que encontraron en la consulta del doctor Jansen no habían alcanzado el final. Habría más víctimas. Tenían que pararles antes de que otro cadáver pesase sobre sus conciencias. Porque puede que ni ellos dos ni el resto de policías fuesen responsables, pero no detenerles les llenaba de un regusto amargo difícil de digerir.

Esta vez Adrian Petrus ni se percató de que ya habían llegado. Fueron directos al departamento informático para encontrarse con Dylan.

Repitieron la operación de unas horas antes y se fueron a una sala de reuniones donde comenzarían a trabajar sin que les molestasen. Había mucho que discutir.



Empezaron poniéndole al día de lo que habían encontrado. Sacaron las carpetas y aquel objeto misterioso que se alojaba en uno de los cajones del psicólogo, oculto al fondo bajo papeles y material típico de

oficina.

Las coincidencias comenzaron a aflorar como las flores en primavera.

Cotejaron todo lo que tenían: las entradas del blog, los post y comentarios del grupo de Facebook, los lugares de los crímenes, las iniciales escritas en las piezas del puzle y los expedientes que habían traído de la consulta de Nathan Jansen. Por fin, todo empezaba a encajar. Sin duda, el psicólogo había tenido un papel relevante en aquello, en prácticamente cada uno de los casos que empezaban a conocer. Mary Hills y Henry Henderson, también, aunque no de forma tan evidente.

Dylan había accedido a la información que habían ido recopilando a lo largo de la mañana el grueso de agentes que se había quedado en la comisaría investigando lo que les había pedido el jefe Petrus en la reunión de la mañana. Gracias a que de todos los informes se guardaba una copia en el servidor de la policía, Dylan no había tenido ni la menor dificultad en acceder. Había dedicado todo su tiempo a ese caso.

—Espero que atrapéis pronto a estos cabrones, porque estoy volcando todo mi tiempo en esto y se me va a caer el pelo cuando me pidan información de los otros casos que tenemos entre manos. Menos mal que Luke y Frank me cubren.

—Al menos, ya podemos ir a visitarles a casa y hacerles unas cuantas preguntas —contestó Andrew.

—Ahora sí que deberíamos pedirle al jefe que vaya pidiendo órdenes de registro para las viviendas de estos individuos.

En Stanley Park había aparecido muerto un joven seis años atrás, James King, el cual se había quitado la vida. Era hijo único. Durante varios meses había acudido a terapia con Nathan Jansen. Fue uno de los que lo hicieron en la época en la que el psicólogo cayó en desgracia por esa posible mala praxis. La familia había tenido que pedir un préstamo, puesto que el precio de las sesiones del todavía prestigioso psicólogo cuando empezaron el tratamiento era astronómico. Los bancos se lo denegaron, puesto que eran considerados de riesgo, debido a las deudas que todavía tenían pendientes por pagar. Mary Hills les había tramitado un préstamo fraudulento. El

matrimonio se resintió debido a todo el sufrimiento y el dolor que llevaban a la espalda, al que se sumaba ese préstamo al que cada vez

les costaba más hacer frente. La mujer enfermó. Le encontraron un tumor en el tronco cerebral. Cuando fue a la clínica del doctor Henderson, este les denegó el tratamiento por motivos económicos. Murió un par de meses después.

En Granville Island habían encontrado noticias relativas a una pelea que acabó con varios jóvenes hospitalizados. Se repetía un patrón parecido. Un préstamo concedido gracias a la providencial intervención de Mary Hills, a la que llegaban por medios poco lícitos, para obtener un dinero que sería casi imposible devolver por los elevados intereses. Un par de chicos y sus padres acudieron a terapia con el doctor Jansen para afrontar las secuelas que les habían quedado, las cuales incluían una tetraplejia en el caso de uno de ellos y la pérdida de un ojo y una mano en otro. Habían caído en una profunda depresión.

Así encontraron varios casos, aunque no siempre estaban implicadas las dos primeras víctimas y el doctor Nathan Jansen que, de algún modo, estaba relacionado, puesto que su consulta se había convertido en el escenario de un crimen. En un principio se habían fijado en aquellos en los que coincidieran los principales indicadores que tenían hasta el momento: el lugar del suceso y la implicación de las tres personas de interés para el caso que conocían hasta la fecha, además de una entrada en el blog que pudiese corresponder con esos casos o una publicación en Facebook. Pero empezaron a ver que había mucho más, lo cual hacía difícil pensar en la dirección que tomarían a partir de ahí. Era necesario hacer un filtrado de datos porque aquello era una montaña de información.

—Tenemos que centrarnos en los que fueron a la consulta de Jansen, cuyas iniciales coincidan con las de las piezas de puzle, y buscar qué les pasó.

—Pero Jansen no está muerto, Andrew. No puede ser igual que con Hills y Henderson.

—Sin embargo, sus iniciales se encontraban en el centro del rompecabezas y estoy convencido de que fue ahí donde me eligieron para involucrarme en esta investigación.

—También están tus iniciales. ¿Eso te convierte en sospechoso? —

preguntó inocentemente Dylan. Cuando vio la expresión del detective se percató de que todavía no se había dado cuenta de ese detalle—. Bueno, tal vez no sean tus iniciales, sino las de otra persona.

—No, creo que tienes razón. Si son mis iniciales, significa que las demás letras también corresponden a las personas que consideran relevantes en ese caso. Víctimas, verdugos y otros relacionados de un modo u otro.

—Y todavía no sabemos qué ha sido de la secretaria del psicólogo.

Puede ser una víctima más o, por el contrario, formar parte de todo esto —

señaló Tracy.

—Estoy contigo —se posicionó Dylan.

—Y apostaría a que tiene un papel relevante en toda esta historia.

A Andrew aquello no le acababa de cuadrar con la personalidad que le había parecido intuir en aquella mujer. Sin embargo, bien podía estar representando un papel.

—Busquemos su identidad a ver qué encontramos. Es posible que las iniciales de alguien cercano a ella estén también ahí escritas —sugirió Dylan.

—Y no podemos olvidarnos de que en el manifiesto escribieron que iban a hacer algo a lo que la gente tendría que prestar atención —recordó Andrew.

—Van a cambiar su modo de actuar.

—Eso es. Se avecina la traca final.

Capítulo 54

discusiones improductivas

"El dolor de su ausencia era su compañero inseparable, como el dolor fantasma de un miembro amputado".

- Khaled Hosseini

La identificación de la última víctima había saltado de forma rápida en la base de datos de huellas dactilares, puesto que tenía un largo historial delictivo. La palabra dolor se encontró escrita a punta de cuchillo a la altura de la pelvis. Y había un detalle macabro y estremecedor: le habían extirpado los genitales. No se había encontrado ni rastro de ellos en el escenario del crimen.

Poco después descubrirían que la víctima de violación de la que se hablaba en La biografía del dolor había sido agredida por aquel monstruo, el cual había quedado en libertad no demasiado tiempo después, pues fue condenado por agresión sexual, no por violación que era lo que solicitaba la acusación.

La joven estuvo yendo a terapia con el doctor Jansen pero había terminado por suicidarse. Una más.

—Es evidente la relación en este caso también con el psicólogo, pero cada vez estoy más convencido de que tenías razón y es una víctima más —

reconoció Andrew.

—Debemos localizarle, puesto que me temo que va a ser el siguiente cadáver que encontremos —alertó Spencer.

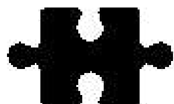
—Al menos ya sabemos que son los familiares de estas personas que perdieron la vida los que están detrás de todo esto. Ya sabemos que Mary Hills y Henry Anderson murieron por ser artífices en distinta medida de las desgracias de estas familias, pero parece que en el centro de la tormenta está Nathan por no saber o no querer ayudarles, eso ya no lo sé.

—Y por lucrarse con ello —apostilló Tracy.

—Sí, eso también. Se ha beneficiado del dolor ajeno.

—Y también van a intentar quitar de en medio a los que originaron el daño en primera instancia. Eso nos lo han dejado claro con el último cadáver.

—Muy bien, entonces con la información que ha encontrado Dylan acerca de los delitos recogidos en el blog de “*La Biografía del Dolor*”



principalmente, tenemos ante nosotros al menos cinco víctimas potenciales que tenemos que localizar antes de que sea demasiado tarde. Esa ha de ser nuestra prioridad ahora mismo —reflexionó Davis.

—Sí, suponiendo que nuestro criterio de selección coincida con el de ellos, puesto que pueden haber incluido a más personas en su lista

negra sin que lo sepamos.

—Deberíamos buscar, quizás, casos en los que los acusados acabasen libres o recibieran una condena muy por debajo de lo esperado.

—Eso puede ser una cantidad ingente de posibles víctimas. No necesitamos ampliar el número de potenciales víctimas, Andrew, sino de acotarlo y centrarnos en las verdaderamente posibles. Eso no nos va a ayudar ahora mismo a atraparles y detener esta rueda de dolor, muerte y aniquilamiento.

El detective Davis suspiró. Sin embargo, tenía el presentimiento de que estaban dejando fuera de la ecuación muchas cosas y aquel caso era mucho más grande de lo que eran capaces de ver.

No le faltaba razón.

Sam se acercó a las mesas de los detectives Davis y Tracy, a las que habían regresado tras la reunión con Dylan. Carraspeó para que le prestaran atención, puesto que, inmersos en su discusión, ni se habían percatado de su presencia.

—Sam, perdona, no te habíamos visto —dijo Andrew.

—Ya me había dado cuenta.

—¿Qué pasa?

—Verás, ha llegado algo para ti a través de la cuenta de twitter del departamento. Un mensaje directo de @biografia_dolor.

Ambos detectives se miraron entre ellos. El ritmo de sus latidos se incrementó.

—¿Qué ponía?

—Toma, lo he imprimido. Ya se lo he pasado a los de delitos cibernéticos para que lo investiguen. Me han dicho que no es un delito, pero los informáticos van a intentar encontrar quién está detrás.

El mensaje rezaba así:

“Andrew, el dolor no es para tomárselo a risa. Mañana sabrás más”.

Ambos detectives abandonaron la comisaría exhaustos y hastiados. Esa sensación de burla, de que jugaban con ellos como querían, de que

danzaban a un son del que no eran conscientes. No les importaba esforzarse todo lo que fuera necesario si el resultado finalmente merecía la pena. Por eso trataban de asirse a lo que sí habían logrado.

Al día siguiente, en cuanto llegasen por fin las órdenes de detención del juzgado, empezarían a poner bajo custodia policial a los sospechosos que habían concluido que podrían estar implicados en medio de ese maremágnum de datos. Al menos diez personas podían estar detrás de todo aquello, según habían concluido, pero temían que la lista podía crecer.

Se despidieron al salir y quedaron en verse a primera hora para establecer el siguiente paso a llevar.

—Creo que ahí hay alguien que te interesará ver —le dijo Spencer cuando vio a una joven cerca de la entrada del departamento de policía.

—¿Qué hace aquí? —preguntó Andrew extrañado al verla.

—Ni idea. Yo que tú iría a averiguarlo. Nos vemos mañana, guaperas —

se despidió Spencer con una sonrisa y guiñándole un ojo.

El detective Davis se dirigió hacia ella, la cual estaba distraída con el móvil. Reconoció una sensación en su pecho que hacía mucho tiempo que no sentía.

—¡Hannah! —dijo al acercarse a ella.

Ella levantó la cabeza. Una sonrisa iluminó su mirada.

—¡Andrew! —exclamó con sorpresa al verle. En su cara se leía cierta ilusión.

—¿Qué haces aquí?

—Estaba a punto de preguntarte lo mismo. —El joven la miró con cara de no comprender—. He venido a buscar a mi padre —aclaró ella con voz dulce.

—¿Tu padre? ¿Trabaja aquí? —preguntó él señalando hacia la comisaría, por si lo hubiera entendido mal.

—Sí, eso es, desde antes de que yo naciera.

—Entonces seguro que le conozco —apostó el joven detective.

—¿Eres policía?

—Sí, algo parecido, supongo —sonrió.

—Entonces sí, estoy bastante segura de que le conoces, sin la menor duda. Mi padre es el jefe de policía.

Andrew se quedó blanco al oírla. Le gustaba mucho esa chica, a pesar de que solo habían compartido una noche de desenfreno. Había pensado en llamarla para verse otra vez, pero acababan de quitársele las ganas de golpe.

—¿Tu padre es Adrian Petrus? —preguntó rogando internamente que dijera que no era él.

—El mismo, salvo que se haya cambiado de nombre en las últimas horas —respondió divertida al ver la cara del detective.

—No tenía ni la menor idea. Podías habérmelo dicho.

—Bueno, no es algo que vayas diciendo en los bares —respondió extrañada—. ¿Acaso a ti se te ocurriría decírselo a alguien a quien acabas de conocer? Sería un poco raro, ¿no? Y una forma de ahuyentar a la gente también, no es por nada.

—Ya, tienes razón. Bueno, lo siento, tengo que irme. Me alegro de verte

—le dijo de manera un poco cortante. Hannah se quedó desconcertada. No esperaba ese cambio tan brusco de actitud en él.

—Yo también. Espero que me llames —tanteó la joven.

Andrew forzó una sonrisa. Ella supo que no la iba a llamar. Pero ese chico le gustaba demasiado. No sabía explicar por qué. En cualquier caso, no iba a conformarse sin más.

Capítulo 55

Pronto lo entenderéis *“La vida oscila entre el dolor y el hastío”.*

- Arthur Schopenhauer

Manifiesto

El dolor no es algo para tomárselo a risa. De hecho, te arrebata de un golpe las ganas de reír. Hasta una sencilla sonrisa se convierte en algo aberrante. Por eso la elección del escenario final era tan importante.

Catorce figuras de bronce. Catorce culpables de causar un dolor insoportable. Catorce verdugos que merecen castigo. Catorce seres abyectos entregados a su destino, a expensas de una única elección.

Una decisión que será trascendental.

Cada dolor es diferente y se siente de modo distinto. Cada ser humano lo procesa a su manera, la cual no es comparable con la de nadie más. Los que estamos en esto, nos hemos visto en la necesidad de actuar, de tomar la revancha, de exponer al mundo nuestros sentimientos, de resarcirnos de la inacción, de dar un paso adelante para que nadie más tenga que pasar por esto. Por fin, el mundo nos escucha y saben de nosotros.

Nos ven.

Nos veis.

Por fin, hemos salido del anonimato y conocen lo que hacemos. Por fin, comienzan a entender nuestro dolor que mañana puede ser el suyo. Por fin, hay otros que empiezan a adherirse a nuestra causa. Una vez que la rueda ha empezado a girar, es imposible detenerla.

El sistema no funciona. Cuando animales como esos, bestias sin corazón, son capaces de burlarlo de esa manera, es que algo en nuestra sociedad no está bien. El mal sale impune, sin castigo, solo con una reprimenda insuficiente. Pero eso va a cambiar. Tendremos que sacrificarnos. Tal vez tengamos que perdonar vidas esta vez, pero será a cambio de algo. Y no acabará aquí, porque permaneceremos alerta, expectantes, mirando desde detrás de la cortina para asegurarnos de que no se repiten las vejaciones del pasado.

Somos seres dolientes.

Somos justicieros.

Somos salvadores.

Capítulo 56

revelación

“Silencio es hablar calladamente con su propio dolor y sujetarlo hasta que

se convierta en vuelo, en plegaria o en canto". - Alberto Masferrer No había podido parar de darle vueltas a dos cosas: por un lado, como ya era habitual después de todo ese tiempo que llevaban trabajando, la investigación se hacía presente en su mente de forma casi permanente. Por otro lado, la decepción de conocer el hecho de que aquella chica que tanto le gustaba era la hija de Petrus le había dejado en medio de una desilusión creciente.

Mejor sería olvidar.

En aquel momento, Andrew todavía no sabía que, después del mensaje que recibieron el día anterior que les dejó tan desconcertados, estaban a punto de recibir algo nuevo que cambiaría el discurrir de la investigación.

Pero eso sería algo más tarde.

"El dolor no es para tomárselo a risa", decía aquella nota manuscrita.

Desde luego que no, porque cada dolor es personal y su intensidad no la deciden parámetros matemáticos y externos, sino que cada uno lo padece a su particular manera. El mismo golpe no duele a dos personas de igual modo.

Cuando llegó a comisaría, Spencer ya estaba allí, nervioso como un niño con zapatos nuevos. En cuanto Andrew vio su rostro, se dio cuenta de ello.

—Tenemos las órdenes. En marcha —le dijo sin darle tiempo siquiera a que se quitara el abrigo.

Ellos se dirigirían a la dirección en la que, según el registro civil, residía la persona que había escrito la primera entrada en el blog. Denis Fraser, de cincuenta años de edad. Tuvo una tienda de ordenadores, hasta que las deudas contraídas por tratamientos médicos, entre otras cosas, lo absorbieron todo, hasta su negocio. Habían deducido que él sería el mesías, el que había empezado todo, la cabeza pensante de aquella locura.

El resto de patrullas irían a detener a los demás. Habían conseguido una lista final que incluía otros siete nombres, relacionando los datos que había

encontrado Dylan en referencia a sucesos pasados y las entradas en el blog, así como la relación que los ya fallecidos, el doctor Henderson o el desaparecido Jansen tuvieran con esos nombres. No obstante,

sospechaban de otras personas que podrían estar en el punto de mira por denuncias del pasado con resultado insatisfactorio para los demandantes. Casos de violencia y agresión de distintos tipos en los que el denunciado había quedado libre, en libertad provisional o con una condena insuficiente según las expectativas de la acusación.

Tan solo unas horas después, la decepción volvería a los rostros de los policías. Habían volcado una inmensa cantidad de recursos en aquella operación de forma totalmente infructuosa. No encontraron a nadie en las direcciones que figuraban en el registro oficial. Todo indicaba que habían huido, o como mínimo, que habían abandonado sus domicilios misteriosamente. Por delante tenían una laboriosa tarea que era la de registrar aquellas viviendas en busca de algún tipo de prueba.

Al regreso a comisaría, les entregaron a los detectives Davis y Tracy un pequeño sobre. Habían tenido la consideración de hacerles llegar una última pieza de puzle con otro código QR. Cuando lo visualizaron, se encontraron con un vídeo promocional de Vancouver en el que aparecían los lugares más emblemáticos de la ciudad, muchos de los cuales ya dedujeron en su momento que podían ser claves por la información que había hallado Dylan.

Spencer perdió los papeles y tiró al suelo casi todo lo que tenía en su mesa, frustrado y cabreado como estaba por lo que consideraba una nueva burla.

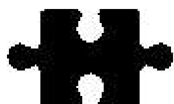
—¡Estoy hasta los huevos! —espetó descontrolado. Comenzó a pasear nervioso por la sala, con los brazos en jarras y con la indudable huella de la ira dibujada en su cara.

Por su parte, Andrew permanecía abstraído, metido en sus pensamientos, analizando el mensaje de Twitter de la tarde anterior y el reciente vídeo, buscando la conexión.

—Creo que lo tengo —dijo levantando la mirada hacia Tracy, quien seguía bramando improperios. Sintió una excitación creciente dentro de él

—. Sé lo que van a hacer. Creo que he descifrado cuál es la nueva ubicación.

Su compañero paró de deambular y calló. Le miró con desconfianza. El desánimo no le permitía creérselo. Seguro que les conduciría a un nuevo



callejón sin salida. Y ya llevaban unos cuantos de esos.

—Déjalo, Andy. Esto no va a terminar hasta que ellos quieran. Vamos a tener que prepararnos para contener los daños, nada más.

—¿No lo entiendes, Spence? —continuó Davis, haciendo caso omiso a la desesperanza de su colega—. Nos lo han dejado claro esta vez. Ayer el mensaje decía que el dolor no es para tomárselo a risa y que hoy tendríamos más información. Nos han mandado un vídeo con muchas localizaciones de la ciudad, lugares emblemáticos. Estoy seguro de que tú también ves la conexión.

De pronto la cara del detective Tracy se transformó.

—¡Joder! El laberinto de la risa, en Morton Park.

—Exacto. Tenemos que hablar con el jefe y organizar el operativo.

Las circunstancias obligaban a ser más eficientes de lo habitual. Debían organizarse con celeridad, antes de que una de las zonas más transitadas de la ciudad se convirtiera en el escenario de una locura sin precedentes.

A-maze-ing Laughter, es decir, el laberinto de la risa que constituían el conjunto de catorce estatuas de bronce instaladas en Morton Park, tenía todas las papeletas para convertirse en el lugar del mayor desastre de la ciudad en años si no hacían algo y lo hacían ya.

Todos los policías se dirigieron hacia allí con chalecos antibalas, puesto que no sabían qué podrían encontrarse. Se instalaron en ubicaciones clave, tratando de pasar desapercibidos para no alarmar a los viandantes que estuvieran por la zona. Se acercaron por distintos flancos, por la calle Davie, desde Stanley Park y desde el paseo que transcurría junto al mar.

Cuando llegaron a las inmediaciones, se dieron cuenta de que ya había varias estatuas junto a las cuales había una persona. ¿Casualidad? ¿Turistas haciéndose fotos? Por la forma en la que estaban y la expresión de sus rostros, no lo parecía en absoluto.

—¿Por qué están tan parados? —preguntó uno de los agentes que estaba junto a la playa de los ingleses. Cuando miró por los

prismáticos, vio que uno de ellos estaba llorando.

—Tengo el presentimiento de que llevan un explosivo —sugirió Andrew.

Todos los policías se comunicaban por radio. No tenían muy claro cómo actuar. Era uno de los efectos de haber tenido que organizarse con tanta prisa y sin tiempo para aclarar cosas básicas. Los artificieros estaban avisados por si era necesaria su intervención y ya había un equipo por la zona. Aquello podría ponerse muy feo en cuestión de minutos. Los nervios estaban a flor de piel. Pensaban que se habían adelantado a los criminales, pero fue una decepción descubrir que no era así. El *show* ya había dado comienzo. Al menos cinco estatuas estaban acompañadas de un hombre inmóvil y tenso a su lado. Una mujer que caminaba de forma rígida, entraba en aquel momento en el laberinto. No sabían cuántos más. Tampoco podían acercarse sin asegurar la zona. La situación era altamente inestable.

—¿Qué hacemos, jefe? —preguntó uno de los agentes que estaba dispuesto más cerca de Morton Park. Era el que estaba al cargo de un grupo de intervención.

—Esperad un poco todavía a que analicemos la situación. Si llevan explosivos como sospechamos, no es seguro que os acerquéis de momento.

Andrew entonces notó la vibración de su móvil en el bolsillo. Cuando lo sacó, vio que le llamaban de comisaría. «¡Qué raro!», pensó el joven detective. Allí todos sabían qué tenían entre manos en aquel momento.

Capítulo 57

dolor y perdón

“El dolor, no lo olvidará;

pero no le oscurecerá el corazón y le dará sabiduría”

- *J.R.R. Tolkien*

Le resultaba difícil tragar. Sentía la boca tan pastosa que creyó que no sería capaz de contestar al teléfono. Si le llamaban desde comisaría, debía ser por algo gordo. Dudaba que ninguno de sus compañeros en su sano juicio se atreviera a interrumpir un operativo como aquel.

—Davis —respondió al cogerlo. Petrus, que estaba cerca de él, le miró extrañado. Andrew le devolvió la mirada incómodo, no solo por la situación, sino por si conocía algo de lo sucedido con su hija. Desde que sabía quién era Hannah, le había parecido que el jefe de policía le miraba diferente. Tal vez solo fuera simple sugestión.

—Te paso una llamada que acaba de entrar por centralita —le dijo el agente al otro lado—. Es sobre el caso en el que estáis trabajando. Dice que tiene al doctor Jansen y que te interesará hablar con él.

—Pásamela, sí —respondió de inmediato.

Se oyó un clic, como si realmente hubieran enganchado de manera mecánica la línea. Esperó a estar seguro de que había alguien al otro lado.

—Davis —se identificó—. ¿Con quién estoy hablando?

—Andrew. Por fin. Sabíamos que hicimos bien al elegirte. Eres un tipo inteligente —dijo la voz al otro lado.

—¿Quién eres? —interrogó el detective.

—Tu querido psicólogo y yo te esperamos junto al Inukshuk. No tardes.

Hay vidas en juego. Estás a tiempo de salvarles.

Colgó el teléfono. Andrew se quedó pensando, con el gesto conmocionado. Sopesó las opciones que tenía. Debía ir hacia allá. Puso en antecedentes al jefe. Después de discutirlo, Andrew le dijo que iba a ir, daba igual lo que le dijera. Si tenía la posibilidad de salvar a una sola persona, lo haría. Tenía la sensación de que quien le había llamado era el cabecilla del grupo.

El mesías.

Les había dado la ubicación. De los demás, no tenían ni la más remota idea de dónde podrían estar en ese momento. Solo veían llegar hombres al laberinto de la risa y situarse junto a una de las esculturas, como si cada uno debiera ocupar un lugar predeterminado. Era evidente que esa docilidad se debía a que estaban bajo una angustiosa amenaza.

Tal y como le había indicado, se encontraron en la playa, junto a la inmensa figura que era el símbolo de la resistencia, un icono

canadiense reconocible en cualquier parte del mundo. Un equipo de agentes se había desplazado hasta allí y se habían colocado en ubicaciones estratégicas para poder intervenir si era necesario. El jefe era consciente de la treta del supuesto mesías, puesto que había dividido los escenarios de intervención en dos, haciendo más difícil la coordinación y la labor policial. Ante aquel desconcierto, nadie se había percatado de que Spencer Tracy había desaparecido.

Andrew trataba de mostrarse tranquilo mientras caminaba por el paseo hacia allí, pero un torbellino de emociones convulsionaba su interior.

Miedo. Frustración. Rabia. Un cóctel peligroso que debía controlar.

Un equipo de televisión se apostó cerca, sin perder detalle de lo que estaba sucediendo. No tardaron en llegar a la zona otros medios de comunicación. Adrian Petrus no paraba de maldecir en voz baja, porque la situación no cesaba de empeorar. El espectáculo acababa de dar comienzo.

Andrew se metió en el césped, cerca ya de donde se encontraban los dos hombres, los cuales estaban muy próximos a los setos que rodeaban la emblemática figura. Le pareció ver movimiento detrás. Supuso que sería alguno de los policías. No quería distraerse. Fijó su mirada en el sujeto, después de comprobar que Nathan Jansen parecía estar bien.

Levantó el arma hacia el secuestrador cuando ya estaba relativamente cerca. Observó el rostro descompuesto por el miedo del que había sido su psicólogo. El hombre que le sujetaba le susurraba algo al oído en aquel instante.

—Suéltale. Acabemos con esta locura de una vez. Es hora de acabar con tanto dolor. ¿No es de eso de lo que va todo esto, al fin y al cabo?
—

inquirió el detective.

El secuestrador se rio.

—Sin duda, Andrew, hemos sabido elegir bien. Eres un joven con muchas cualidades.

—Gracias, Denis. Ese es tu nombre, ¿verdad? Denis Fraser —tanteó el detective. Recordaba que habían llegado a la conclusión de que detrás de la apertura del blog de *“La Biografía del Dolor”* se encontraba esa

identidad, la cual coincidía con el de un hombre que perdió a su hijo y a su mujer en apenas unos meses, lo que le condujo además a la bancarrota. Habían deducido de que él era quien sufría el delirio mesiánico.

—Sin duda eres un chico listo. ¿Sabes? Mi hijo sería ahora más o menos de tu edad. Pero él no está hoy aquí porque hubo quien decidió que merecía sufrir. Después, otros no supieron o no quisieron ayudarle. Una vida tan valiosa que se perdió de forma gratuita.

Un grupo de policías seguía de cerca la evolución de la intervención del detective, preparados para actuar si fuera necesario. No obstante, la situación era más compleja de lo esperado. Debían confiar en el buen hacer de Davis.

—Seguro que has aprendido a perdonar, Denis. No merece la pena seguir con esto. El mundo ya sabe lo que sucedió. Podrás contárselo a los medios si quieres. Extender tu mensaje y desenmascarar a los culpables.

Suelta a Nathan, por favor. Acabemos con esto de una vez.

Entonces Andrew observó un cambio en su expresión. Tal vez podría conmoverle. Se fijó en que en la mano llevaba algo que parecía un detonador, lo cual tenía sentido puesto que el doctor Jansen llevaba encima de la ropa lo que tenía toda la pinta de ser un chaleco de explosivos.

Oyó por el pinganillo que decían que los que estaban en Morton Park había dejado caer sus abrigos y que todos ellos llevaban igualmente encima dispositivos preparados para explotar, posiblemente por control remoto. Tal vez el detonador que llevaba Fraser en la mano activaba todos, pero no podían saberlo.

—Tienes que decidir, Andrew, si este hombre merece vivir. Pero antes de que te apresures a decir que lo libere, que decidas salvarle, deberías conocer todos sus crímenes. Incluido lo que ha hecho contigo.

—Yo no puedo decidir cuándo es hora de que alguien muera. No me corresponde.

—Claro que sí. Lo hiciste con la Asesina de las Lágrimas. Decidiste que debía pagar por sus pecados.

Andrew se descompuso al oírlo. Aquello siempre le perseguiría. Estaba

harto de que aquello pareciera que no iba a desaparecer nunca. Siempre sería el que la mató. Su asesino.

De pronto, vio aparecer a Tracy detrás del doctor y del secuestrador.

Con gran agilidad y sigilo, se colocó justo detrás de ellos con el cañón de su arma sobre la cabeza de Fraser. Este sonrió con suficiencia. Su expresión evidenciaba que no tenía miedo a morir.

—Suelta al comecocos o te vuelo la cabeza.

—¿Qué coño haces, Spence? Vete de aquí, joder —le ordenó Andrew malhumorado.

—Ni de broma, rubiales. No pienso dejarte con este puto pirado.

La cara del joven detective se transmutó en pura preocupación. Lejos de ayudarle, sentía que Spencer acababa de complicarlo todo. Si la cagaba, si decía o hacía algo indebido, pondría a Tracy en peligro.

—¡Qué bonito! Es una suerte encontrar un compañero que está dispuesto a morir por ti, ¿verdad que sí, Andrew?

—No lo hagas, por favor —suplicó el detective Davis, al ver que la mano de Fraser parecía ejercer más presión sobre el detonador.

—Tienes que decidir. Pero antes tienes que escuchar sus pecados —le recordó el secuestrador—. Supongo que leíste tu expediente. Mi regalo para ti. Eso te servirá para hacerte una idea de qué tipo de persona es.

Entonces, Andrew hizo algo inesperado. Bajó los brazos, ya cansados después del tiempo que llevaba apuntándole, y soltó el arma en la hierba.

Despacio, se acercó más hasta ellos con las manos levantadas en señal de rendición.

—No puedo cargar con otra vida sobre mi cabeza. Haz lo que debas.

Solo deja a Spencer que se vaya. Lo demás ya me da igual.

El hombre le miró desconcertado. Andrew se dejó caer de rodillas, abandonándose a su suerte. Estaba cansado de luchar, de ser el objetivo de locuras que para él no tenían ni el menor sentido, de que le cargaran con una responsabilidad que no quería, de que le obligaran a estar en el centro de la tormenta.

Desde su posición, Adrian Petrus lo veía todo. Se le paró el pulso cuando le pareció que había tirado el arma pero, sin duda se quedó sin respiración cuando vio que uno de sus detectives se arrodillaba junto al presunto asesino.

—Decidme que no veo lo que estoy viendo —masculló el jefe a los agentes que tenía alrededor—. Por favor, que alguien me diga que el puñetero Davis no se ha arrodillado delante de ese sociópata.

Nadie se atrevió a responder. Todos estaban atónitos.

El jefe Petrus cambió de frecuencia y le soltó una buena retahíla de improperios al detective Davis por el pinganillo, quien estuvo tentado de quitárselo de la oreja.

—¿Qué coño haces, chaval? Levántate, joder —dijo Spencer con voz temblorosa y visiblemente nervioso.

—El juego no va así, Andrew —insistió Fraser—. Te estoy dando la oportunidad de decidir. Tú puedes salvarlo.

—Estoy harto de tu juego. Estoy cansado de que me metáis en medio de cosas que yo no he pedido. Yo no quiero esta atención. Quiero hacer mi trabajo y pasar desapercibido. Además, sabes que no le vas a dejar vivir —

dijo mirándole a los ojos. Detectó algo en su mirada que le sorprendió —.

Spencer, aléjate, por favor. Ahora.

—No voy a irme.

Entonces Andrew contactó por radio para que fueran a por Spencer y se lo llevaran a rastras si era necesario. Después, se quitó de la oreja el transmisor.

—¿No ves que te está comiendo la almendra, tío? No hagas esto, Andy.

No voy a dejarte. No me hagas esto, joder.

—Hazlo. Vete, Spence. No tenemos otra opción.

Tenía razón. Si le disparaba, este activaría el botón y morirían los cuatro. Pero no estaba en sus planes dejar morir a su compañero. Se sacrificaría por él, si era necesario.

—¿Cuándo coño vas a entender que la muerte de Sharon no fue culpa tuya? No puedes rendirte así. Eres muy joven, tienes toda la puta vida por delante —gritaba Spencer desesperado. Andrew no respondía. Se encontraba de rodillas, cabizbajo, como en un acto de contrición, esperando su sentencia. Sentía la cercanía del mar, su arrullo, su brisa acariciando su rostro, el sonido de las gaviotas volando indiferentes sobre su cabeza, ajenas a toda esa infame crueldad.

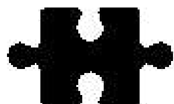
Cerró los ojos y se trasladó a épocas felices de su niñez, cuando el dolor era sinónimo de un rasguño en la rodilla después de una caída jugando.

Cuando el verdadero dolor todavía no existía.

Durante unos tensos segundos, el mundo se paró. El aire dejó de soplar, las olas se detuvieron y los corazones de todos los presentes dejaron de latir.

Spencer estaba paralizado. No sabía qué debía hacer.

Andrew había dejado de escuchar lo que sucedía a su alrededor. Había que parar aquella locura, aunque fuera de esa forma. Si tenía que morir, lo



haría. Su dolor también se acallaría.

Entonces, el hombre que sujetaba al psicólogo soltó al doctor Jansen, aunque no el mando que activaba la bomba.

—Veo tu dolor y lo siento como mío, Andrew. Te hicimos partícipe de nuestro proyecto porque pensamos que así te ayudábamos a sanar, si te dábamos la oportunidad de salvar a otros. Queríamos que te sintieras un salvador. Una terapia de choque nada convencional, desde luego. Has demostrado una capacidad de perdón asombrosa y un sacrificio admirable.

Tú eres el mejor mensaje que podemos extender por el mundo. Te doy las gracias por ello.

Entonces dejó caer despacio el mando sobre la hierba y se puso las manos detrás de la cabeza. Rápidamente, Spencer lo redujo y lo esposó.

—Te admiro, detective Davis. Has luchado con denuedo. Te mereces esta victoria —dijo con el rostro esta vez pegado al suelo.

La jornada fue terriblemente larga y muy intensa. Andrew no consiguió ver a su compañero hasta que llegaron a comisaría. Tuvo la sensación de que le estaba evitando. Y no se equivocaba. Por fin lo localizó en los vestuarios del sótano, donde tenían sus taquillas. Estaba sentado en uno de los bancos que había entre ellas, ajustándose las botas.

—Spence, te he estado buscando. ¿Dónde te has metido el resto del día?

—le preguntó como si nada—. No te he visto después. Te busqué para volver juntos en uno de los coches, pero me comentaron que ya te habías ido.

Tracy ni le miraba. Solo resoplaba, como si estuviera furioso y tratara de no dejar escapar su ira. Andrew tragó saliva. Algo malo le sucedía.

—Oye, ¿estás bien? ¿Te pasa algo?

Entonces Spencer le miró. Era una mirada incendiada por sentimientos difíciles de controlar. Apretaba los labios con fuerza, como si intentase retener las palabras que se agolpaban en su boca.

Y ya no resistió más.

Se levantó como un resorte y fue hacia Davis, propinándole un empujón, aunque por suerte para él, sin demasiada fuerza. El joven se sorprendió ante su inusitada reacción.

—¿Que si me pasa algo? ¿Y a ti? ¿Te pasa algo a ti, Andrew? ¿Dónde coño tenías la cabeza? Eres un puto egoísta, chaval. ¿Pensaste en lo que habría sentido yo si te hubiera visto volar por los aires? ¿Eh? No, claro que no. Tú ya sabes lo que es perder a un compañero en acto de servicio y te dio igual causarme a mí el mismo dolor. Solo pensaste en hacerte la víctima y a los demás que nos den.

El joven detective le miraba descompuesto. No sabía qué decirle. Aquel día ya le había caído un rapapolvo de los gordos del jefe de policía y sabía que no sin razón. Había actuado por su cuenta, y al hacerlo, puso en riesgo todo el operativo. A pesar de que el resultado hubiera sido positivo, sabía que su forma de actuar no fue la correcta.

—¿Por qué lo hiciste? Explícamelo porque necesito saberlo antes de

que te parta la cara, que es lo único que me apetece ahora —insistió Spencer, quien mantenía a Andrew acorralado contra la pared.

—Lo siento. Creí que era lo mejor. No parecía tener intención de terminar con aquello. Pero entonces vi un cambio en su expresión y recordé que, entre todas las cosas horribles que han hecho, nunca han intentado herir a nadie que ellos no creyeran que lo merecía. Creí que tal vez teníamos una opción. Y no pensé mucho más —finalizó cabizbajo, sin poder afrontar la mirada de reproche de su compañero ni un segundo más.

Tracy mantenía el gesto contraído mientras le observaba.

—Lo siento, Spence —continuó, atreviéndose a levantar la mirada de nuevo y enfrentando sus ojos a los de su compañero—. Lo siento muchísimo. He sido un gilipollas, lo sé. Eres alguien muy importante para mí. No te haces a la idea de lo que ha significado que aparecieras en mi vida.

El detective Tracy rebajó ahora la tensión de su musculatura facial.

Andrew observó que volvía a sus ojos una chispa maliciosa.

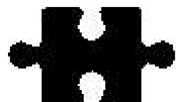
—No estarás pensado en besarme, ¿verdad que no, rubiales? —bromeó para aliviar toda la tensión acumulada.

—Más quisieras —respondió continuando su broma.

Spencer entonces se rio, dejando atrás los malos rollos.

—En serio, me vas a perforar los tímpanos con tus risotadas de bisonte

—le advirtió Davis. El otro pareció no escucharle y aún siguió unos segundos sin parar de reír. Hasta que, de pronto, se puso serio y se acercó mucho a él, de forma un tanto intimidatoria.





—Si vuelves a hacer algo como lo de hoy, te convierto en un eunuco.

Avisado quedas.

—¿Ya estás amenazándome? No sé cómo te atreves ahora que acabo de quedarme sin psicólogo.

—Calla de una puñetera vez y dame un abrazo —finalizó Spencer, mientras estrujaba fuerte entre sus brazos a su compañero.

Para qué continuar hablando, cuando un simple gesto como un abrazo comunicaba mucho más.

AVERIGUA MÁS EN…

https://arielzorion.com/la-biografia-del-dolor/pista-5-el-dolor-no-es-

para-tomarselo-a-risa/

Capítulo 58

Detenciones

“La gente tiene más temor a la muerte que al dolor. Es extraño que teman a la muerte. La vida duele mucho más que la muerte. Cuando la muerte llega, el dolor termina”.

- Jim Morrison

Ocho personas detenidas. Ese fue el balance final. No resultó nada fácil, pero al final del día lograron localizarlos y retenerlos en las dependencias de la policía. Sin embargo, no eran todos. Sabían que

era así, a pesar de que no tenían modo de demostrarlo. Era inviable que únicamente ocho personas hubieran sido capaces de orquestar todo aquello y dominar de ese modo a otras catorce, entre las que había algunos delincuentes violentos que eran viejos conocidos de la policía. A cada una de esas catorce personas les colocaron un explosivo, pero previamente las habían mantenido retenidas hasta el momento que habían decidido para ejecutar el baile final en Morton Park.

Sospechaban, además, que se habían trasladado a vivir a algún lugar juntos, o como mínimo, contarían con un sitio como centro de operaciones que tendrían que localizar. Uno de los motivos que les había hecho llegar a esa conclusión era que, cuando llegaron a los pisos de los ocho detenidos, estos parecían haber sido abandonados días atrás. Sí habían dejado bien visible materiales como diarios, carpetas con recortes de periódicos o memorias USB dirigidas a la policía para que las revisaran. Reclamaban justicia.

Acerca de los posibles colaboradores que no habían atrapado, no tenían ni la menor idea acerca de su identidad. No parecía que fueran a descubrirlos en un corto plazo.

A lo largo de la investigación, habían deducido que detrás de aquel caso debía haber personas que tuvieran conocimientos profundos de distintos temas. Debía haber algún informático de alto nivel, alguna persona que tuviera conocimientos sobre la fabricación de bombas, ya fuera por experiencia en el ejército o por ser ingeniero quizá. La planificación de todo lo que habían llevado a cabo, la exacta coordinación que habían

demostrado, la vigilancia de los movimientos de la policía y de los distintos objetivos… Todo apuntaba a un grupo mayor.

El trabajo de los siguientes días daba miedo solo de pensar en lo que se les venía encima. Interrogatorios, toma de muestras, de huellas, análisis de ADN, registros de domicilios, registros telefónicos, de las cuentas bancarias y movimientos de las tarjetas de crédito y un largo etcétera que les permitiera que el caso fuera sólido ante los tribunales.

Al jefe de la policía le esperaban reuniones interminables con el fiscal y los jueces, ruedas de prensa y demás trabajo burocrático que tanto detestaba, pero que sabía que era imprescindible.

Enterrados bajo aquella montaña de tareas, no tenían tiempo apenas de pensar en otra cosa, salvo en el hecho de que intuir que parte de

esa organización siguiera libre les hacía temer que su labor no hubiera terminado.

Esperaban equivocarse al respecto.

Capítulo 59

explicaciones

“El dolor está en nuestra vida cotidiana, en el sufrimiento escondido, en la renuncia que hacemos y culpamos al amor por la derrota de nuestros sueños”.

- Paulo Coelho

Aquel caso resultó ser todavía más complejo y enrevesado de lo que habían imaginado en un principio. Casi podría decirse que los devotos de la biografía del dolor se habían convertido en una secta organizada para buscar justicia y vengar el daño sufrido de manera gratuita.

Se habían empezado a organizar casi por casualidad. Denis Fraser abrió aquel blog cuando devastado por el dolor necesitaba volcar lo que sentía en algún sitio. Comenzó a tener seguidores, los cuales comentaban sus post y compartían con él su sufrimiento, similar en ocasiones, devastador en todos los casos.

Había seguidores de otras latitudes, aunque los que residían en Vancouver comenzaron a reunirse para hablar de lo que les había pasado.

Decidieron abrir también un grupo de Facebook para que todos los que estaban lejos, pero sentían la misma necesidad, pudieran sentirse escuchados.

La secretaria de Nathan Jansen había escapado. No habían podido dar con ella. Llegaron a la conclusión de que fue ella la que les habló de Andrew y de los motivos por los que acudía a consulta. Eran conocedores de la atención mediática que había recibido el caso en el que el detective trabajó en la localidad de Banff y todos estuvieron de acuerdo que sería el mejor modo de hacerse escuchar por el resto del mundo. Incluso uno de los días que Andrew tuvo consulta con Jansen, Denis Fraser fue a conocerle en persona, mientras se hacía pasar por un técnico de mantenimiento que reparaba unos enchufes en la sala de espera.

Después del interrogatorio precisamente de Fraser, llegaron a la

conclusión de que no era mera casualidad que hubiera perdonado la vida del psicólogo y la de los detectives. En realidad, no entraba en sus planes hacer explotar los chalecos que llevaban salvo que fuera estrictamente necesario.

No querían hacer daño a otros inocentes que estuvieran por la zona. Habían logrado que los medios de comunicación se acercaran hasta allí. Ahora

tenían su oportunidad de reclamar justicia. En las horas que retuvieron a los sujetos que desfilaron junto a las figuras del laberinto de la risa, habían logrado arrancarles una confesión sobre sus delitos del pasado. Reclamaban justicia. La policía tendría que actuar, puesto que las grabaciones, junto con el manifiesto y otros materiales, llegaron a las redacciones de todos los medios locales y nacionales. El blog de "*La Biografía del Dolo* r" y el grupo de Facebook se volvieron virales. El manifiesto era de largo la entrada más leída.

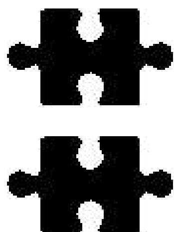
Precisamente los medios de comunicación difundieron a gran escala la imagen de Andrew arrodillado ante el criminal. Algunos le tildaban de héroe, poniendo su vida en las manos de aquel secuestrador, mientras que otros cuestionaban su modo de actuar. Davis trataba de permanecer ajeno a todo aquello en la medida de sus posibilidades, las cuales no siempre eran suficientes, pues le abordaban los periodistas o le hacían comentarios sus compañeros.

En cuanto a las cosas que no habían terminado de entender durante la investigación, los interrogatorios les ayudaron a resolver ciertas dudas.

Descubrieron, entre otras cosas, que Mary Hills buscaba personas que hubieran incluido en sus últimas voluntades la incineración. Luego, pasaba los datos a un intermediario, en contacto con traficantes de órganos. De ahí le llegaron los ingresos más abultados. No obstante, ya había empezado con el negocio clandestino de gestión de préstamos con intereses inflados mucho antes de lo que sus amigos imaginaban, pero había empezado a ganar dinero realmente en los últimos meses. Mary llevaba un tiempo con incómodas molestias gastrointestinales, posiblemente provocadas por la culpa. Por ello, la palabra dolor estaba escrita en su abdomen.

En el caso del doctor Henderson, decidía quién seguía adelante con cuidados paliativos o quiénes morían sufriendo dolores indecibles en función del crédito financiero que tuvieran. Además, formaba parte de la misma red en la que estaba Mary Hills y proporcionaba valiosa

información acerca de posibles donantes de órganos sanos, al igual que lo hacían sus socios en la clínica. Esa información estaba detallada en una de las carpetas que habían encontrado en los domicilios de los detenidos. Si él había sufrido el mayor daño, se debía a que fue el causante indirecto del dolor sufrido por uno de los miembros del grupo que clamaba justicia a su manera. La palabra dolor se había grabado en su frente porque finalmente



confesó que la culpa no le dejaba dormir y cada vez tenía más dolores de cabeza.

Un día, a Andrew le sorprendió recibir la visita en comisaría del doctor Jansen. Acudía con la única intención de disculparse con él y explicarle todo lo sucedido. Trató de convencerle de que, a pesar de que al principio sí pensó que podría ser una buena oportunidad para él su tratamiento, después verdaderamente se había esforzado por ayudarle. Andrew ya le había escuchado decir aquello en otra ocasión, varias semanas antes. Pero ya no le importaba. Le dijo que le perdonaba y que por él todo aquello estaba olvidado.

Jansen dejó en su mesa antes de irse un sobre en el que firmaba su alta definitiva, puesto que seguía siendo su psicólogo a la espera de ver si la policía rescindía el contrato con él, como era previsible. Por otro lado, desde el colegio de psicólogos le había abierto una investigación y estaba aguardando los resultados. Parecía que no apuntaban buenos tiempos para él.

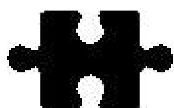
Poco después de la visita de Nathan Jansen, el jefe Petrus llamó a Andrew y a Spencer a su despacho. Hacía tiempo que quería mantener una conversación con ellos, pero el ajetreo originado por aquel caso lo había hecho casi imposible.

—Detectives, siéntense —les indicó en tono protocolario, señalando las dos sillas que había delante de su mesa.

Entrelazó sus manos encima del escritorio, mientras miraba alternativamente a uno y a otro.

—Quiero felicitarles por el trabajo de estas últimas semanas. Estoy muy orgulloso.

—Gracias, jefe —contestó Andrew satisfecho.



—Joder, Adrian. Puedes hablarnos de tú. No te pongas tan serio, hombre. Y más para decirnos cosas tan dulces como estas —dijo con sorna Spencer medio riendo.

—Tracy, no tenses la cuerda que nos estábamos llevando muy bien.

—Y tengo intención de seguir igual. Estoy muy a gusto de vuelta en Vancouver. Hasta he pensado en portarme bien para que no se te ocurra volverme a enviar lejos.

—Yo estaría encantado de que te quedaras, aunque puede que algún día tenga que tragarme estas palabras.

Spencer le miró con agradecimiento. Era verdad que se encontraba realmente bien allí.

—Haré lo posible para que no sea así.

—Eso espero. Nada más. Pueden… podéis retiraros —terminó Petrus.

El detective Tracy se levantó y le estrechó la mano. Acto seguido se dirigió hacia la puerta. Entonces, le sorprendió que Andrew no le siguiera.

—Jefe, me gustaría que habláramos un momento a solas —solicitó. Su compañero le miró con extrañeza—. No tardo nada, Spence.

Este salió, mirando a ambos con ligera desconfianza. Esperaron a que abandonara el despacho para hablar.

—¿Qué pasa, Andrew? —preguntó Petrus intrigado.

—Muchas gracias, jefe.

—¿Por qué? —preguntó sin saber a qué se refería.

—Por traerle de vuelta para que fuera mi compañero. Sé que tuvisteis problemas y que vuestra relación no era buena. Y a pesar de ello, le

llamaste para que regresara. No debió ser fácil.

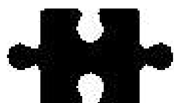
—No lo fue. Tuve que tragarme mi orgullo, pero estaba seguro de que era lo mejor.

—Pues acertó. De pleno. Creo que ha sido la terapia que necesitaba.

Estoy muy agradecido, de verdad.

Adrian Petrus le miró un tanto enternecido. Sí, tenía razón. Había sido una apuesta arriesgada, pero su intuición fue acertada.

—De nada, Andrew. Me alegra mucho saberlo.



El padre del detective Davis era un policía con muchos años de experiencia al que le faltaba poco para jubilarse. Cuando vio a su hijo en las noticias, casi le dio un vuelco el corazón. Trató por todos los medios que la madre no se enterara, pero le fue imposible, puesto que aquello estaba en boca de todos. Temía por Andrew. Temía que no estuviera bien. Tenía que tratar de que regresara a casa para protegerle.

Poco después de que aquello estallara en los medios de comunicación nacionales, el detective recibió una llamada de su progenitor, quien después de algunos rodeos, fue directo al tema que quería hablar con él.

—¿Acaso hijo no pensaste en el daño que le harías a tus padres? Podrías haber muerto. Te habríamos visto morir en la televisión. ¿No te das cuenta de lo duro que es eso? Cuando se enteró tu madre sufrió una crisis nerviosa después de ver las imágenes en las noticias. Todavía sigue en tratamiento.

—Lo siento, papá. De verdad. Solamente hice lo que consideré que debía hacer en aquel instante —respondió verdaderamente apenado. Por nada del mundo querría causarles dolor a sus padres. Aunque estuvieran lejos, seguía queriéndoles igual.

—¿Cómo coño puedes decirme eso? Le estabas poniendo tu vida en bandeja a ese asesino. ¿Es que has perdido la razón?

—Pensé que no lo haría. Solo mataban a personas que consideraban

culpables. Estaba casi seguro de que me dejaría vivir.

—Tú lo has dicho. Casi seguro. Esa es la diferencia. Creo que deberías volver a casa, hijo. Me parece que ya has hecho demasiada penitencia.

Puedo tramitar hoy mismo tu regreso a Toronto. Sabes que puedes trabajar aquí.

—No voy a volver, papá. Este es mi sitio ahora —sentenció sin atisbo de duda.

Habían pasado ya varios días desde que se cerrara el caso y todavía seguía siendo importunado por periodistas y curiosos. Parecía que aquella pesadilla no iba a terminar nunca. Al revuelo levantado tras el caso de la Asesina de las Lágrimas se había unido el actual. Seguían preguntándose si en realidad el detective Davis había tratado de que lo mataran.

Esa sospecha nunca se diluiría del todo.

Aquel día salió antes de la comisaría. No se encontraba demasiado bien.

Tenía el estómago un poco revuelto, no sabía si debido a algo que le hubiera sentado mal, a un virus o a todo el estrés que había sufrido en los últimos tiempos.

Cuando salió a la calle, vio a Hannah. No se la había vuelto a encontrar desde que ella le había confesado que era la hija de Adrian Petrus. Le extrañó verla allí precisamente ese día.

—¡Hola, Hannah! —la saludó nada más verla, tratando de mostrarse amable, pero no demasiado cercano—. Tu padre no está. Hoy pasará la mayor parte de la jornada en los juzgados.

—Lo sé. Por eso he venido.

Andrew la miró desconcertado. No entendía cuáles podrían ser sus motivos entonces. Al fin y al cabo, aquello no iba con él.

—Muy bien. Bueno, yo te lo aviso por si acaso. Pensé que querrías saberlo.

—Eres un cobarde —le dijo ella con rabia.

El detective no se esperaba aquello. Tenía la sensación que se lo había dicho con toda la intención de hacerle daño.

—Supongo que tienes razón —contestó circunspecto.

—Dijiste que ibas a llamarme pero, fue enterarte de quién es mi padre, y desapareciste.

Andrew le mantuvo la mirada. Los ojos de ella llameaban indignados y dolidos. No debería. No habían tenido nada serio. Solo había sido una noche.

—Lo siento, no quiero problemas. A lo mejor debería habértelo dejado claro la última vez que nos vimos.

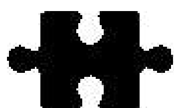
—Y yo no quiero que nadie me considere que soy un problema. No entiendo que puedas tenerle tanto miedo a mi padre.

Andrew pensó qué decirle a continuación. No era miedo lo que sentía, pero sí respeto. Además, había tenido sus más y sus menos con él en el pasado. Ahora las cosas le iban bien. No quería poner todo en riesgo.

—Oye, Hannah, de verdad que lo siento. Pero todo esto no es buena idea. No soy… —dejó la frase en suspenso y cogió aire antes de continuar

—. No soy de fiar, ¿sabes? No te convengo.

—Déjame que eso lo decida yo. Ni siquiera me das esa oportunidad. Me escribiste al día siguiente de acostarnos diciéndome que te apetecía volver a verme y después desapareciste.





—Hannah, lo siento…

—Eso ya lo has dicho —le interrumpió—. ¿Acaso he dejado de gustarte?

Él la miraba sin saber qué debía decir. La verdad no le convenía, pero tampoco era adecuado mentir.

—Me gustas mucho, Hannah. Muchísimo de hecho.

Ella se aproximó a él. Le echó los brazos al cuello y se acercó mucho a él, hasta que sus labios casi se rozaban.

—Dímelo otra vez —le pidió, notando la inquietud de Andrew.

—Me gustas mucho.

Entonces ella le besó, mientras él envolvía su cintura con sus brazos, dejándose transportar a ese ilusionante sueño que es una relación de pareja.

Adrian Petrus regresaba andando de los juzgados antes de lo esperado.

Al aproximarse a la comisaría, presenció atónito como su subordinado besaba a su hija.

—¡Será cabrón! —exclamó casi para sí.

CONOCE LAS NOTICIAS PUBLICADAS SOBRE EL CASO…

https://arielzorion.com/la-biografia-del-dolor/noticias/

Agradecimientos

¡Qué difícil es escribir esta parte de una novela! ¿Por qué? Pues porque no vale encadenar palabras. Porque, por mucho que quiera, no voy a lograr transmitir todo el agradecimiento que siento. Pero vaya por delante que lo hago con todo el cariño. La intención es lo que cuenta, ¿no es lo que se suele decir?

Lo primero que quiero destacar es que tengo un equipo de lectores beta espectacular. Es increíble que se complementen tan bien y que cada uno sea capaz de encontrar cosas que los otros no han visto. ¿No os parece que es para estar agradecida? Yo además, estoy alucinada.

Aquí van unas palabras para cada uno de ellos…

Patricia Burgos Cortés. Este es mi regalo de cumpleaños para ti. El 29 de octubre para mí siempre será un día especial. Espero de todo

corazón que te haga ilusión. Este libro está lleno de cariño y ojalá que lo sientas en cada una de sus páginas. Gracias por estar en mi equipo de lectores beta y estar ahí aportando siempre tu granito de arena. Eres una persona increíble que siempre estás dispuesta a ayudar y a ofrecer su apoyo.

Andreu Purroy Giribet. Como bien dijiste, el primero en ponerle la pica de Flandes al libro, aunque casi por los pelos porque Marga se lo empezó poco después (diría que con una diferencia de minutos). Ya más de un año desde que empezaste a ser una parte importante de mis libros. En esta saga en especial, se nota tu influencia, no solo por el nombre del protagonista, Andrew, sino también por esa mención que se hace casi de pasada a la Estampida de Calgary y el desarrollo de la siguiente novela que espero que te guste. Ya no sé cómo darte las gracias para que no suene a palabras vacías.

Margarita González Benavides. En poco más de veinticuatro horas te leíste los dos libros de esta saga y encima dándome puntos de vista muy interesantes acompañados de comentarios divertidos. Todavía estoy con la boca abierta e intentando averiguar cómo lo hiciste. No sabes cuánto te lo agradezco.

Siempre me haces aportaciones muy interesantes para mejorar.

Laura Díaz de Prado. Gracias siempre por hacer que me ilusione con mis novelas, por hacerme creer que valen la pena y por ver tantos detalles que pueden parecer pequeños pero que son muy importantes. Tu sobrina está representada con mucho cariño en este libro en esa chica que lleva su misma tabla de *skate*. El perfil en instagram de esta virtuosa *skater* es @izarsk8 y precisamente *Colorblind*, la marca de tablas de *skate* de la que se habla en los primeros compases del libro, es una marca canadiense que la patrocina. ¡Qué pasada! ¿No os lo parece? Gracias por servirme de

inspiración.

Rocío García Melgar. ¡Eres un sol! Me parece una pasada que adjuntes a tus correcciones la justificación según la RAE y que lo hagas de forma tan profesional (siempre te lo diré). Muchísimas gracias siempre por tu entusiasmo y tu cariño. Es una maravilla tenerte en el equipo y que no te canses de leer mis libros. Si no te has saturado ya, significa que esta va a ser una relación verdaderamente larga. Y eso me hace realmente feliz.

Kress. ¡Qué decir! Si es que eres única. No sé por qué motivo, pero

siempre he sentido contigo una conexión especial, y eso que solo nos conocemos de manera virtual. Te lo he dicho más veces y lo reitero, creo que eres una gran persona, siempre apoyando y ayudando al resto (K. Phylaso, como también se la conoce, también es escritora y siempre está ahí dispuesta a echar una mano a los compañeros). Gracias por ser como eres. ¡Qué de trabajo te he dado esta vez! Muchísimas gracias por ayudarme tanto y sacar tiempo de debajo de las piedras.

Sonia Muñoz Rubio. Gracias por no abandonar aunque el día a día te devore sin piedad porque el tiempo pasa volando y no llegas a todo lo que te gustaría. Gracias por emocionarte con cada libro y transmitir tu ilusión. Gracias por estar ahí porque eso, a veces, es mucho más que suficiente. Gracias por tus aportaciones, siempre tan sensatas, tan interesantes. Gracias por tus reflexiones.

Gracias infinitas por tu apoyo siempre.

Laura Villasana Martín. Gracias por estar en el equipo, a pesar de que no fuera el mejor momento y de que estuvieras en pleno bloqueo lector. Nunca dejas de ayudar a otros y eso es algo loable.

Mil gracias por todo lo que has hecho por los que formamos el Club de Lectura Descubriendo Historias que te has encargado en sacar adelante. Ojalá las piedras del camino no te impidan ver que somos muchos los que te lo agradecemos infinitamente.

Las chicas del grupo de Telegram Los libros de Ariel. Siempre os dedicaré un trocito en los agradecimientos porque os lo merecéis. ¡Qué deciros! Me lo paso genial con vosotras. Es un sueño que estéis ahí, apoyándome. Casi me siento importante y que mis libros valen la pena. Muchísimas gracias por todo ese cariño y buen humor. Os mando un besote.

A todos los lectores. Vosotros sois los que le dais la forma a mis sueños. Cada vez tengo más ganas de escribir y me siento más ilusionada. Eso es gracias a los que estáis al otro lado de cada página. GRACIAS.

Y no puedo terminar sin acordarme de todas esas personas que forman una parte tan importante de mi vida. A mis amigas de la infancia que siguen aquí, a los nuevos amigos que han llegado con los años, a mi familia, a mi increíble compañero de viaje, a mis Fridis y a todos los que me hacéis reír cada día. Como dice una de mis frases favoritas: “*No son las personas felices las que son agradecidas. Son las personas*

agradecidas las que son felices". Yo me siento agradecida y feliz a partes iguales.

escenarios de la novela



Vancouver

Alo largo de este libro, los lectores habéis visitado conmigo alguno de los lugares por los que pasé cuando estuve en Vancouver. Esta ciudad me fascinó, supongo que eso también se debe en parte a la magia que experimentas cuando viajas. Se respira en ella una tranquilidad y un sosiego fuera de lo normal, lo cual es de agradecer en el mundo actual. Además, la sensación de seguridad forma parte del ambiente, algo que también experimenté cuando visité algunas ciudades australianas y neozelandesas.

Algún día os invitaré a viajar conmigo hasta ellas a través de alguno de mis libros.

Stanley Park es uno de los enclaves de la novela. Me sorprendió la belleza de ese lugar, lleno de vegetación. Se trata de una pequeña península que

encierra

numerosos

tesoros que merece mucho la pena visitar y disfrutar. Puedes perderte entre sus bosques, contemplar todo tipo de flores, disfrutar de la belleza de unos tótem singulares como los de la foto o pasear al lado del mar. Si me preguntaran que es lo que más me gustó de Vancouver, sin lugar a dudas diría Stanley Park.



La imponente figura del Inukshuk que ya se mencionara en La Biografía de las Lágrimas, se convierte en la novela que tienes en tus manos en un lugar decisivo en la resolución del caso, cuando Andrew se arrodilla esperando un desenlace incierto. Como ya os comenté en el libro anterior de esta saga, esa figura de forma tan rudimentaria es un símbolo de arraigada tradición en Canadá y que podéis encontrar en distintos enclaves.



Por último, no podría dejar a un lado el laberinto de la risa, situado en Morton Park. *A-maze-ing Laughter* está ubicado cerca de uno de los accesos a Stanley Park y en las proximidades de la playa en la que se encuentra el Inukshuk. Se trata de una colección de catorce estatuas de bronce de grandes dimensiones que representan a un chico sin camisa riendo de forma histérica. Se instaló en 2009 como parte de un evento cultural temporal que pasó a convertirse en un elemento permanente del paisaje de Vancouver. Un laberinto de risa que fue diseñado por el artista chino Yue Minjun.

Curiosidades y datos de interés

Delirio mesiánico Hablar de delirio mesiánico o delirio místico trae a la mente casi de forma instantánea el caso de Charles Manson, tal vez

uno de los más conocidos de la historia, y sin lugar a dudas, uno de los más documentados. En el caso de Manson, según parece, nunca perpetró ni un solo asesinato con sus manos, sino que era el inductor principal y llevaba a otros a cometer atrocidades en su nombre. Convencía con su dialéctica y su verborrea a muchos que veían en él una especie de salvador. Un mesías. El caso de Charles Manson es desde luego estremecedor, teniendo en cuenta además la enorme cantidad de admiradores que tuvo incluso después de demostrarse su culpabilidad.

El Mesías de la presente entrega de la saga de Las Biografías no es alguien tan carismático, quizá, como Mason. Sin embargo, también logra convencer a otros que se encuentran en situación de vulnerabilidad debido al dolor que arrastran para que cometan actos deleznables en pos de su propio sentido de la justicia.

Lobotomía

El caso del neurólogo estadounidense Walter Freeman es sumamente inquietante, sobre todo teniendo en cuenta lo que se extendió esta técnica y los efectos que tuvo sobre sus pacientes. Lo que se cuenta en esta novela acerca de ello se ajusta a la información que he logrado encontrar sobre el tema. Quiero pensar que, en ocasiones, la ciencia necesita tropiezos como este para avanzar de verdad, lo cual no serviría en ningún caso de consuelo a los que lo padecieron ni a sus familiares.

Me ha pasado algo curioso con esto. Una vez ya finalizada la redacción de la novela, empecé a ver la docuserie LORE. El segundo capítulo, casualidades inexplicables de la vida, va sobre este médico. ¿Por qué casualidad? Porque podría haberlo visto en muchos momentos de mi vida y ha tenido que ser justo después de terminar la redacción de *La Biografía del Dolor*. A mí me parece una de esas casualidades que te ponen los pelos de punta, sobre todo porque me han pasado cosas similares en otras ocasiones.

Las misteriosas leyes del azar, supongo.

Precisamente (una curiosidad y una casualidad más, supongo) Rosa Montero habla sobre esto de las casualidades que se producen en la fase

creativa en su libro *El peligro de estar cuerda* que he disfrutado al finalizar de redactar esta novela.

Skaters

Desconozco el mundo de los *skaters*. Sin embargo, gracias a algunas conversaciones con una de mis lectoras cero, Laura Díaz, surgió el tema debido a que su sobrina es una virtuosa sobre las tablas en general, puesto que el Surf tampoco se le resistió ni un segundo cuando lo probó. Gracias a ella, he corregido algunos términos de la novela, puesto que ahora sé que monopatín y *skateboard* no son ni mucho menos términos intercambiables.

Colorblind es una marca canadiense de tablas de *skate*, cosa que no sé si habría averiguado sin su ayuda. Precisamente esta marca patrocina a esta chica con un don en sus pies.

Si queréis ver la *skateboard* de la que se habla exactamente en esta novela, visitad su perfil en Instagram, @izarsk8, y podréis ver lo bonita que es. Por cierto, las fotos de su cuenta son impresionantes. Muchas gracias, Izar, por tu ayuda, aunque haya sido indirectamente. Me ha encantado descubrirte.

Playlist

Como suele ser habitual en mis últimos libros, te explico porque estas canciones me han acompañado

Don't Dream It's Over, Crowded House

Esta canción volvió a mí después de mucho tiempo sin oírla, y en cuanto sonó por mis *airpods* un día cuando salí a hacer deporte, supe que tenía que formar parte de este libro. De hecho, es la primera canción que elegí para esta *Playlist*. Además, inspiró la escena en la que Spencer Tracy dice que es una de sus canciones favoritas. Por otro lado, la letra tiene mucha conexión con la novela. Por ejemplo, cuando dice aquello de no les permitas ganar (*Don't let them win*).

Human Touch, Bruce Springsteen

Una de mis canciones favoritas del Boss. Como es habitual en esta leyenda viva de la música, la letra y la melodía son maravillosas. Pero si por algo está en esta *playlist*, es sin duda por la siguiente frase: *You can't shut off the risk and the pain.*

(No puedes apagar el riesgo y el dolor).

Chasing Cars, Snow Patrol.

Como el resto de las que figuran en esta *playlist* (en mi opinión, claro, que ya se sabe que sobre gustos no hay nada escrito), se trata de una

canción preciosa que creo que encajaba muy bien con las demás que he incluido. Tal vez por la época a la que pertenece, por la melodía o por la letra, tiene mucho sentido en este libro.

How to Save a Life, The Fray

De eso trata este libro, al fin y al cabo, de cómo salvar una vida.

Además, habla de la pérdida de un amigo y creo que es perfecta para acompañar lo que siente Andrew por la pérdida de Sharon. Esta canción, aparte, es una auténtica preciosidad que merece ser escuchada en bucle (se nota que me encanta, ¿verdad?).

The Best, Tina Turner

Cuando salen de la prisión, Andrew pone esta canción en el coche, sorprendiendo a su estrafalario compañero Spencer Tracy. Y este se lo toma como un cumplido dirigido hacia él.

"*You're simply the best*

Better than all the rest Better than anyone Anyone I've ever met I'm stuck on your heart I hang on every word you say Tear us apart Baby, I would rather be dead"

Don't Look Back in Anger, Oasis

El pasado, a veces, nos atrapa y no nos deja avanzar. Andrew se ha quedado atascado en dos sucesos de su pasado. Al recordar lo que pasó en Banff, sigue sintiendo ira y una culpabilidad insoportable para él. Debe aprender a no mirar atrás enfadado. Spencer es una gran ayuda para él en este y otros muchos aspectos.

Save Tonight, Eagle Eye Cherry

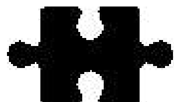
Por el ritmo y por la letra de la canción, esta sin duda encaja en el capítulo en el que Spence y Andrew se van a tomar unas cervezas, cuando el joven detective conoce a Hannah. Esta es de las canciones que cuando la escuchas te da un subidón de energía y te pone de buen humor.

Are You Still Having Fun, Eagle-Eye Cherry

En cierta medida, *Are You Still Having Fun* refleja la personalidad de Spencer, quien aparenta ser despreocupado y una persona que se bebe la vida.

The Man Who Can't Be Moved, The Script

La historia de la canción poco tiene que ver con la que se narra en el libro, puesto que habla de un chico que acampa en la calle esperando a que la chica que quiere regrese y le encuentre. Sin embargo, me vino a la cabeza cuando Andrew decide arrodillarse delante de Denis Fraser y no moverse de allí.



Everything Now, Arcade Fire

En la letra de *Everything Now* se repite en varias ocasiones una frase: tenemos todo ahora. Me parece que es importante recordarlo y vivir en el presente, dejando atrás por fin un pasado que ya no existe y anticipando un futuro que desconocemos si llegará.

Boulevard of Broken Dreams, Green Day

En la canción se repite muchas veces *I walk alone* (yo camino solo).

Andrew encuentra en la soledad un falso refugio del dolor y trata por todos los medios de no tener un compañero al lado como si eso fuera la solución.

Pero al final, todos necesitamos de los demás.

Wake Me Up When September Ends, Green Day

Te dejo una parte de la letra. Seguro que entiendes por qué esta canción está aquí.

Here comes the rain again (Aquí viene la lluvia otra vez).

Falling from the stars (Cayendo de las estrellas).

Drenched in my pain again (Empapado en mi dolor de nuevo).

Becoming who we are (Convirtiéndonos en lo que somos).

As my memory rests (Mientras mi memoria descansa).

But never forgets what I lost (Pero nunca olvida lo que perdí).

Si te apetece escucharla, te invito a hacerlo aquí: Playlist La Biografía

del Dolor

(Puedes encontrarme en Spotify como Ariel Zorion)





La

biografía

del

miedo

Ariel Zorion







Para Sonia, en el día de tu cumpleaños.

Espero que sea un regalo muy especial para ti.

Es mi forma de agradecerte tu apoyo, ayuda y cariño después de todos estos meses y tantos libros.

Millones de gracias por estar ahí.

Para mis queridos lectores cero.

Pasan los libros y no os rendís.

Nadie os gana a resistencia.

Sois especiales, todos y cada uno de vosotros.

Para las chicas del grupo Los Libros de Ariel.

Para los amores de mi vida

y las personas bonitas que

llenan de color mi día a día.

"De lo que tengo miedo

es de tu miedo".

William Shakespeare

PLaylist

Love of Mine, Imagine Dragons

Let's do this, Outskirts

Moments We Live For, In Paradise

Trustfall, Pink

Don't Give In, Snow Patrol

Take Care of You, Onerepublic

The Man Who Sold the World, Nirvana.

Innuendo, Queen

Try, Pink

Walking the Wire, Imagine Dragons

Right Behind You, Brandon Flowers

I'll Take Everything, James Blunt

Bad Romance, Lady Gaga

Peace of Mind, Imagine Dragons

Runaway, Pink

Si te apetece escucharla, te invito a hacerlo aquí: Playlist La Biografía del

Miedo

(Puedes encontrarme en Spotify como Ariel Zorion)

SInopsis

Treinta y cinco años atrás, el 15 de julio desapareció una niña de cinco durante la celebración de la famosa Estampida de Calgary. Aquel episodio daría el pistoletazo de salida a una serie de desapariciones que se producirían desde ese momento con una periodicidad relativamente estable.

Poco antes de que Spencer Tracy regresara a Vancouver, Carl Preston, su por entonces compañero, falleció de una larga enfermedad. Antes de morir, le pidió que atrapara a aquel despiadado psicópata que arrebataba a niñas de los brazos de sus padres. Sin embargo, el detective nunca ha terminado de creer que el mismo hombre pudiera seguir actuando tanto tiempo después.

Por otro lado, en los últimos años parece haberse esfumado.

Hasta ahora.

Una nueva desaparición le llevará de vuelta a la ciudad de Alberta pero esta vez acompañado por Andrew Davis, con el que lleva unos meses trabajando y ha sabido congeniar bien.

¿Puede el secuestrador seguir en activo después de tantos años?

¿Lograrán darle caza por fin?

Prólogo

Un lugar indeterminado. Un tiempo no definido.

Tengo miedo. La soledad me rodea. La oscuridad me envuelve. El silencio ruge. Me siento tan pequeña. Soy tan pequeña. Era. Debo decir era, porque ya no estoy. Ya no soy. Estas palabras llegan desde una distancia imposible. Una distancia que no conoce límites y que, a la vez, está hecha de muros inexpugnables.

Desde donde se instala el más allá.

Desde donde nace el engaño.

Desde donde la frontera de lo visible desaparece.

Desde el sitio en el que las formas se desvanecen.

Desde donde el aliento ya ha dejado de existir y se ha convertido en simple humo, volutas diminutas que terminan por desaparecer.

Fui la primera. Pero no la última. Han venido muchas detrás. No pude hacer nada. No pude avisarlas. No me oían. Hay barreras que no se pueden traspasar. Y yo me quedé atrapada en este mundo intermedio en el que veo lo que pasa pero en el que no puedo actuar.

Y el miedo…

El miedo es poderoso. Es una emoción arrolladora que todo lo anula. Es como un monstruo de boca grande que se traga todo lo demás. Es insaciable. Es glotón y avaro. Todo lo domina con su manto negro que se extiende hasta el último recoveco de tu inconsciencia.

El miedo se alimenta del miedo.

El miedo produce más miedo.

Recuerdo que era el primer año que mis padres iban a llevarme a la gran fiesta de la ciudad. El gran día de Calgary, la jornada en que se celebra el desfile que da inicio a la celebración de la Gran Estampida. En veranos anteriores, habíamos estado pasando esos días en el Lago Louise, huyendo del bullicio de mitad del mes de julio. Es lo que ellos me contaron, porque yo era demasiado pequeña para recordarlo por mí misma todavía.

Yo era una cría de apenas cinco años. Todo era nuevo para mí. Cada nueva experiencia se abría ante mis ojos como si fuera lo más increíble del

mundo. Y quería ir al gran evento de la ciudad, porque todos los niños del barrio acudirían.

Estaba tan ilusionada.

Pero todo se truncó.

Después ya solo había temor.

Una pesadilla que se hace realidad.

Miedo y oscuridad.

Miedo.

Pavor.

Nada más.

Miedo

Del lat. metus 'temor'.

1. m. Angustia por un riesgo o daño real o

imaginario.

2. m. Recelo o aprensión que alguien tiene de

que le suceda algo contrario a lo que desea.

(Diccionario de la Real Academia de la Lengua Española)

Capítulo 1

La primera en la frente

El día lucía espléndido, con un sol que calentaba la piel y el ánimo.

Pero tal vez se debía a la ilusión que tenía por aquella nueva relación que acababa de empezar. El hecho de que fuera clandestina, le daba ese punto picante del que había querido huir pero que ahora no podía negar que le gustaba. Un aliciente extra. Sin embargo, había un no sé qué que le tenía un tanto acobardado.

Una sensación extraña.

Una alerta.

Ese algo que no llega a traspasar el plano de lo inconsciente.

Entró en la comisaría. Divisó rápidamente a su compañero, Spencer Tracy, quien había regresado unas semanas antes a Vancouver revolucionando un poco su vida. Curiosamente, ahora formaba una parte esencial de ella. Se dirigió con una sonrisa hacia donde se encontraba el peculiar detective. Tenía ganas de contarle algo. Seguro que se reirían. No era nada más que una anécdota, pero Spencer lograba que todo resultara desternillante. Sin embargo, antes siquiera de que le diera tiempo a colgar su abrigo, oyó una voz que le llamaba.

No parecía estar de buen humor.

—¡Davis! A mi despacho. ¡Ya!

«¡Qué raro!». Andrew miró hacia el lugar en el que estaba el jefe de policía y le extrañó que le llamara. Parecía enfadado. Muy enfadado.

—¿Qué coño has hecho, rubiales? Tiene toda la pinta de que Petrus lleva un buen cabreo. Yo que tú no me pondría muy cerca, no vaya a ser que muerda y tenga la rabia —señaló Tracy con una mueca divertida, para variar, mientras le daba un par de palmadas en la espalda que casi le descolocan las vértebras.

Andrew se había quedado con la boca abierta, al tiempo que su mente trataba de buscar un motivo para que el jefe pudiera estar cabreado con él.

Se había dejado la piel en el último caso. De hecho, podría decirse que casi literalmente, después de cómo se desenvolvió al final. Habían

trabajado

muy duro y parecía que la relación con él estaba bien. ¿Qué tripa se le habría roto?

—No he hecho nada. A saber qué cable se le ha cruzado ahora —

respondió exasperado—. Este hombre me va a acabar provocando una úlcera.

—Ja, ja, ja —rio Spencer—. Eso mismo es justo lo que decía él de mí antes de mandarme a Calgary de una patada en el culo. Y estoy seguro de que Petrus lo ha dicho de ti en más de una ocasión. Deberíamos ir los tres juntos al mismo estomatólogo y que nos haga precio.

Andrew dejó su cazadora sobre el respaldo de su silla y se dirigió al despacho del jefe. Llamó antes de entrar, a pesar de que sabía que le estaba esperando y de que esas paredes de cristal no escondían la expresión de Adrian Petrus mirándole y siguiendo sus movimientos con el ceño fruncido, sin ni siquiera mover el cuello ni un poco. Ni el cuadro de la Mona Lisa tenía esa capacidad para seguirte con la mirada allá donde te colocaras.

Aquellos ojos parecían de otro mundo.

Sin mediar palabra, le indicó con un gesto de su mano que se sentara en una de las sillas que se encontraban delante de la mesa de su despacho. El jefe resoplaba como un animal enjaulado. Sin duda, estaba en un buen lío.

Trataba de rebuscar en sus recuerdos recientes qué podía haber hecho, pero no daba con nada merecedor de un cabreo como el que reflejaba.

—¿Vas a explicarme por qué coño te fuiste ayer antes del trabajo? Veo que te aprovechas cuando yo no estoy en la oficina. Porque me he enterado de que saliste antes de que finalizara tu turno.

Andrew no acababa de creerse que fuera ese el motivo por el que estaba tan cabreado. Tampoco entendía quién podría haberle ido con el cuento.

Habían echado muchas horas extra en las últimas semanas. Desde luego, no estaba siendo justo con él.

—No me encontraba bien. Como no había nada urgente y no era imprescindible mi presencia, me fui un rato antes. La verdad, no me

pareció tan grave —se defendió.

Petrus resopló. El detective pensó que su cara de cabreo había subido un grado y cada vez entendía menos los motivos. No imaginaba que el jefe Petrus vio algo a las afueras de la comisaría que no le había gustado lo más mínimo. Concretamente, los labios de su hija pegados a los del detective Davis.

—¡Qué casualidad que aproveches el día que me voy a los juzgados para irte antes a casa! Pues no te lo voy a tolerar más, ¿estamos? —dijo severo, dando unos golpecitos con el dedo índice sobre la mesa.

La cara del joven policía era de absoluta estupefacción. Debía parecer que se había quedado congelado, porque era incapaz de mover un músculo.

—Jefe, nunca falto al trabajo y he dedicado mucho de mi tiempo libre en las últimas semanas a investigar. Ayer me encontraba mal, no creí que salir un día un poco antes pudiese suponer un problema. Ni siquiera he reclamado las horas extra.

—Mira, Davis. He sido muy paciente contigo. Creo que me he portado demasiado bien. Hasta traje al zopenco de tu compañero de Calgary en un arranque paternalista que tuve cuando me pareció que no estabas en tu mejor momento. Pero se acabó la prórroga. Voy a ser exigente contigo. Te voy a atar en corto, ¿me entiendes? —le avisó.

—No sé por…

—No me interrumpas, Davis —le cortó de raíz—. Esto va a quedar en una falta leve, pero que no se vuelva a repetir —concluyó señalándole con el dedo en un claro gesto de advertencia.

La infinidad de pliegues de la piel que se habían formado en la frente del jefe de policía, hizo que al detective le viniese a la mente la imagen de un Shar Pei, uno de esos perros tan graciosos llenos de arrugas. Desde luego no era un buen momento para pensar en tiernos cachorrillos, pero su mente a veces le jugaba malas pasadas y saltaba a pensamientos imprevistos. Por suerte, supo disimular.

Andrew le mantuvo la mirada durante unos segundos, intentando comprender a qué se debía aquel arranque de mal humor de Petrus. Al ver que tardaba en reaccionar, el jefe volvió a hablar.

—¿No tienes trabajo? Pues venga. Fuera de mi despacho —le espoleó.

Andrew se levantó y salió sin decir ni media palabra más. Cuando regresó a su mesa, Spencer le observaba con atención. Desde luego, no traía buena cara. Le podía la curiosidad por saber de qué habrían hablado.

—¿Qué ha hecho la tierna gacela para cabrear al jefe? —preguntó con una sonrisa sardónica, sin quitarle la vista de encima.

—Me ha echado una bronca del quince porque ayer me fui un rato antes del curro —respondió el detective rubio, con cara de incredulidad—. Creo que no llegó ni a una hora. No entiendo nada, la verdad.

—Me da que le has tocado los huevos con algo más y esta es su excusa.

Ya nos enteraremos, no te preocupes. Venga, vamos a currar, no sea que al final le demos razones para que se cabree de verdad.

Andrew se quedó mirando hacia el despacho de su jefe todavía por unos instantes. No salía de su asombro.

Capítulo 2

Días previos

Calgary. 8 de julio de 1988

Ya queda poco para que empiecen los días de la Estampida. Es una fiesta muy importante en mi ciudad. Este año que ya soy mayor, es la primera vez que acudiré con mis padres. Estoy supernerviosa. Me hace tanta ilusión que no puedo ni dormir. Le he pedido a mi madre que me deje meterme en la cama con Doris, mi muñeca preferida. La usaba cuando era más pequeña para dormir y creía que, ahora que ya soy mayor, no me hacía falta. Pero la verdad es que la echo de menos.

No puedo parar de pensar en cómo será estar allí. ¿Habrá ponis? Me encantaría montar otra vez en uno. Ya lo hice una vez, cuando vinieron unos feriantes por las fiestas del barrio. Fue algo fantástico, como si fuera un sueño. Era un caballito tan bonito.

Por un lado, me da un poco de miedo porque habrá mucha gente y no quiero perderme. Ya me pasó en un centro comercial. Me solté de la mano de mi madre y luego ya no la veía. Era como si hubieran hecho un truco de magia y hubiera desaparecido. Recuerdo que lloré muchísimo hasta que un señor de seguridad llamó por el megáfono y

mi mamá acudió a buscarme.

Pero esta vez no pasará.

Aprendí la lección y ahora tengo mucho más cuidado.

Además, van a ir muchas personas conocidas. Por ejemplo, todos los niños de la zona en la que vivimos, con los que suelo coincidir en el parque.

Irán con sus padres. Algunos compañeros de mi clase también estarán allí, estoy segura. Luego, cuando termine, iremos a un bosque que hay cerca de la ciudad a hacer una barbacoa y jugar todos juntos. O eso es lo que me ha parecido entender que decían mis papás.

Tal vez no me haya enterado bien.

Pronto lo descubriré.

Estoy deseándolo.

Seguro que será inolvidable.

Capítulo 3

Piensa

Después de la bronca que le había caído aquel día, Andrew no podía parar de darle vueltas a ciertas cosas. Por un lado, estaba claro que no podía cagarla porque, de ser así, tal y como se decía vulgarmente, se iba a caer con todo el equipo. Ahora que se estaba esforzando en hacer las cosas bien, parecía que era cuando más vigilado lo tenía.

Incomprensible.

Por otra parte, le preocupaba un poco más la relación que había comenzado recientemente con Hannah Petrus. Siempre le había parecido que salir con la hija del jefe no era una buena idea. Después de la escena que le acababa de montar el suyo hacía un rato, ahora la idea le parecía pésima. El ingrediente picante que pensaba que tenía esa relación clandestina, se había tornado en otro de lo más amargo. Si no lo manejaba bien, aquello podría traerle consecuencias más allá de lo esperado. Más le valdría tener su relación bien oculta por el momento. Como mínimo, hasta que las aguas volvieran a encauzarse.

Hannah le gustaba.

Hannah le gustaba mucho en realidad.

Pero desde luego no quería a su padre como suegro.

Hacía demasiado tiempo que no sentía algo similar. De hecho, si echaba la vista atrás y pensaba en los últimos tres años, no había sentido realmente nada por ninguna chica. Tras la ruptura con Melissa, su prometida, solo había buscado relaciones sin compromiso. Pasar un buen rato y luego cada uno a lo suyo.

Cuando unas semanas atrás, Hannah le dijo que era la hija del jefe de policía, Andrew trató de hacerle entender que lo que habían tenido había sido solo el rollo de una noche. No quería meterse en problemas. Sin embargo, a pesar de que ella pareció aceptarlo sin más, la realidad era que

no se había conformado. Por esa razón, fue a buscarle a la comisaría el día anterior, justo cuando sabía que su padre estaría toda la jornada fuera.



El día de antes…

Andrew había empezado a sentirse mal poco después de llegar al trabajo aquella mañana. Adrian Petrus pasaría todo el día en el juzgado debido a la reciente resolución del último caso complicado con el que habían tenido que bregar. Por suerte, con éxito.

La investigación fue compleja, con pistas dejadas intencionadamente por los criminales que solo buscaban confundir a la policía. Un gran puzle en el que habían tenido que ir recogiendo las piezas para tratar de encajarlas y que formaran una imagen completa. Una biografía del dolor, pues cada crimen hablaba precisamente de eso, del sufrimiento padecido por alguien en concreto.

A Andrew no le gustaba faltar al trabajo, salvo que fuera algo inevitable.

Aquel día, trató de aguantar lo máximo posible, pero el malestar no parecía cesar. Tal vez era un cúmulo de todo el estrés y la ansiedad de las últimas semanas. Ya cuando estaba a punto de finalizar la jornada, decidió irse un poco antes a casa. Necesitaba descansar y recuperar fuerzas.

Cuando salió de la comisaría, Hannah estaba esperándole. Verla allí le

sorprendió, pero más aún saber que había ido por él. Tuvieron una breve conversación en la que parecían no ir en la misma dirección. Después de darle sus motivos por los que creía que no era buena idea que estuvieran juntos, terminó rindiéndose ante la tentación de tenerla tan cerca y la insistencia de ella.

La emoción cedió ante la razón.

Después de un beso, todo pareció encajar.

Los dos sentían lo mismo. Al menos, algo muy similar.

—¿Te apetece que hagamos algo juntos? —preguntó Hannah justo después de besarle.

—Me apetecería mucho, pero no me encuentro bien. Hoy no soy una buena compañía. Solo quiero tumbarme bajo una manta en el sofá y esperar a ver si este malestar se me pasa —respondió Davis compungido.

—A mí ese me parece un plan estupendo. No se me ocurre nada que me apetezca más hacer que meterme contigo bajo una manta.

Las intenciones de ella eran más que evidentes. Al menos, es lo que el detective interpretó. Andrew se mordió el labio inferior, un gesto muy típico en él. Su oferta era sin duda muy tentadora, pero aquel día no estaba muy boyante. Su único objetivo era dormir un rato, a ver si así lograba sentirse un poco mejor.

—Me encantaría, pero creo que no es justo para ti —argumentó. No era ninguna excusa. Lo decía totalmente en serio.

—Andrew, escúchame bien. Entiendo lo que me quieres decir. Y me da igual. No te estoy proponiendo que nos acostemos juntos. Solo me apetece pasar tiempo contigo. Nada más.

Él la miró con ternura. No le importaría tener compañía, aunque sabía que ese día no iba a ser el rey de la diversión. Lo sopesó durante unos instantes y accedió. Ninguno de los dos se dio cuenta en aquel momento, pero habían comenzado a enamorarse.

Cogidos de la mano, se dirigieron hasta su coche.

Unas semanas después, Andrew reflexionaría sobre la conversación que tuvieron ese mismo día más tarde en su apartamento. Porque no es verdad eso de que las palabras se las lleve el viento. Una vez que se

han dicho, dejan un poso difícil de ignorar.

Había sido un tanto extraña, como si hablasen en frecuencias diferentes.

El detective no había reparado en aquello todavía.

Lo haría en su momento.

Nuestros miedos emergen cuando menos lo esperamos.

Capítulo 4

Expediente

Andrew estaba pensativo. Había sido un año duro, complejo. Primero, fue aquel maldito caso de la Asesina de las Lágrimas que le llevó hasta Banff y el Lago Louise. Esa investigación le costó la vida a su compañera Sharon. Todavía le asaltaba el recuerdo de manera inesperada del momento en el que aquella desequilibrada la degollaba delante de sus ojos. Cuando lo recordaba, siempre necesitaba cerrar los párpados y respirar hondo, porque le entraban unas ganas casi incontrolables de llorar. Pero, últimamente, lograba reprimirlas.

La había llorado mucho.

La había llorado hasta la extenuación.

Había derramado demasiadas lágrimas ya, a pesar de que nunca parecían suficientes cuando la culpa volvía para atosigarle. Y el miedo. El miedo a que algo similar pudiera repetirse.

Los meses posteriores a aquello, fueron un calvario para él, el cual había culminado con el segundo caso importante que había llevado desde que recalara en el Departamento de Policía de Vancouver. En aquella ocasión, un grupo que se hacía conocer como La Biografía del Dolor, tuvo en jaque a la policía de la zona y estuvo a punto de orquestar un asesinato múltiple en El Laberinto de la Risa, uno de los lugares emblemáticos de la ciudad.

Durante la investigación, había conocido a su actual compañero y aquello supuso un punto de inflexión en su vida. Todos los meses de sesiones con el psicólogo no habían provocado ni un mínimo efecto en él. Sin embargo, Spencer consiguió devolverlo a la vida y, sobre todo, le había devuelto las ganas de vivir.

Y allí estaba precisamente, mirando el expediente que le había entregado su psicólogo después de que consiguieran salvarle la vida *in extremis*.

Nathan Jensen tuvo que enfrentarse a una investigación en profundidad en relación con ciertas irregularidades en su práctica profesional. En el caso de Andrew Davis, le confesó que se había postulado para ser su psicólogo porque confiaba que, después de la notoriedad de la investigación criminal

de la Asesina de las Lágrimas, podría escribir un artículo científico sobre la recuperación del detective y así recobrar parte de su prestigio perdido.

Ese expediente llevaba ya varias semanas en aquel cajón de su escritorio, pero no se había atrevido ni siquiera a echarle un vistazo. Cada vez que lo abría para buscar algún documento, lo veía y algo se removía dentro de él.

Pero siempre encontraba la excusa para posponer el momento de leerlo.

Hasta aquel instante.

Cada mañana durante mucho tiempo había repetido el mismo procedimiento. Lo miraba unos segundos y volvía a cerrar el cajón, haciendo como que no existía. Tal vez el motivo era que no quería saber si realmente le pasaba algo. ¿Y si no estaba tan cuerdo como él creía? ¿Y si había desarrollado algún trastorno o alguna enfermedad mental?

Sentía que había llegado la hora de salir de dudas y conocer qué contenía esa carpeta marrón claro. Solía considerarse una persona valiente, pero con aquello se comportaba con una cobardía inusitada.

La abrió dubitativo. Vio varias hojas que suponía que eran las notas que tomaba Jansen durante sus sesiones. Cuando le dijo que le dejaba el expediente completo, desde luego parecía que decía la verdad.

Detrás, se encontraba un documento mecanografiado en cuya portada se leía: informe clínico. Andrew tomó aire. Pasó a la primera página. En ella se recogían sus datos y una breve anamnesis.

“Paciente que acude a consulta tras presenciar un hecho traumático. En el transcurso de una investigación policial, su compañera ha resultado asesinada delante de sus ojos sin que él pudiera hacer nada

para evitarlo. La mujer, madre de dos hijos, fue degollada con un cuchillo. Posteriormente, el sujeto disparó a la asesina, vaciando el cargador de su revólver. Es preciso evaluar la estabilidad mental del sujeto y la idoneidad de que regrese a su puesto de trabajo”.

Andrew volvió a hacer una inhalación profunda. Si cerraba los ojos, sabía que vería con claridad lo sucedido en aquella habitación de hotel en Banff.

Casi podía sentir la misma rabia que experimentó en aquel momento, cuando sacó su pistola y disparó hasta quedarse sin una sola bala. El olor del humo volvía a colmar sus fosas nasales. Sentía el peso del cuerpo de Sharon en sus brazos, mientras la abrazaba en su último aliento, al tiempo que empapaba su camisa con su sangre.

Cuando las lágrimas inundaban su rostro.

Fue el momento más duro que había vivido como policía. Después de aquello, se sintió perdido, sin saber cómo reaccionar ni qué hacer. Se autocastigó de forma reiterada, imponiéndose un estilo de vida austero en el que solo existía el trabajo. Trató de convertirse en una mejor versión de sí mismo. Pero sabía que no lo había logrado, porque solo había conseguido que la tristeza inundase su día a día.

Hasta que llegó Spencer.

Continuó leyendo, temiendo que en el informe se dijera que la ausencia de remordimiento que sentía después de haber matado a la asesina de su compañera, le convertía en un hombre peligroso e incapacitado para su trabajo en las fuerzas de seguridad. Nathan Jansen había entregado un informe favorable al respecto, pero lo que Andrew tenía en sus manos era absolutamente confidencial. Tal vez ahí el psicólogo recogiese sus conclusiones verdaderas.

Sin embargo, en dichas conclusiones el terapeuta relataba que Andrew había protagonizado una reacción normal fruto de un estrés traumático agudo, pero que no apreciaba en él rasgos psicopáticos, algo que quedaba corroborado a través de los test proyectivos que le había pasado en sesiones anteriores.

“El paciente experimenta un proceso de culpa que le paraliza y le sumerge en un estado depresivo que hay que intentar revertir. La terapia a desarrollar con él debe ir enfocada a la canalización de ese sentimiento y al afrontamiento de la tristeza y la ansiedad derivada”.

Andrew, esta vez sí, respiró tranquilo.

Aquello formaba parte de un pasado que ya parecía remoto.

No obstante, la culpabilidad por lo que le había sucedido a Sharon, no acabaría de disiparse nunca.

Ni el miedo a fallar.

El miedo a que algo similar pudiera repetirse.

Capítulo 5

Sorpresa

Las siguientes semanas habían sido bastante tranquilas. A Andrew aquello le había venido bien para descansar y terminar de recuperarse. Por primera vez en bastante tiempo, se sentía equilibrado y estable. Atrás quedaba una etapa difícil que le había tenido el corazón encogido durante demasiado tiempo.

La relación con Spencer cada vez iba a mejor. Resultaba paradójico ver como aquellos dos tipos tan diferentes encajaban tan bien. La complicidad de la que hacían gala era la envidia en la comisaría. Para sorpresa de todos también, Tracy se llevaba relativamente bien con el jefe, algo que en el pasado era impensable. A pesar de todo, de vez en cuando chocaban de manera irremediable, tal y como lo harían dos convoyes de mercancías que circulan por la misma vía pero en sentido contrario.

Por su parte, Adrian Petrus continuaba vigilando de cerca a Davis. Sabía que la relación con su hija pequeña seguía adelante, aunque ambos lo mantenían en secreto. O eso creían. La sangre del comisario hervía solo de pensarlo. Desde que le conocía, le había visto tener demasiados líos de faldas como para parecerle un buen partido para Hannah. Sin embargo, no veía como podía interferir en la relación sin desvelar lo que sabía.

Además, conocía a su hija, y si decía algo al respecto, más se empeñaría en seguir con Andrew.

Pero a veces, la fortuna o la casualidad, quizá incluso una combinación de ambas, acuden en nuestra ayuda.



Estaban casi a mediados de julio. El tiempo era bastante agradable.

Aquella mañana, habían mantenido una reunión para revisar ciertos aspectos que debían mejorar en el Departamento de Policía. Habían sido objeto de una auditoría y necesitaban actualizar algunos protocolos. Cuando

regresó a su despacho, Adrian tenía aviso para que llamara al Jefe de Policía de Calgary.

—Smithers al habla —contestaron al otro lado de la línea telefónica.

—Tom, soy Petrus. ¿Cómo te va?

—Bien, cabronazo. Mucho más tranquilos desde que te llevaste a Tracy.

Y eso que debo decir que es un gran detective, pero hay que ver la guerra que me daba.

Los dos rieron al unísono. Ambos conocían lo intenso que podía llegar a ser Spencer Tracy en algunos momentos.

—De todas formas, debo decirte que me lo devolviste bastante domado.

Está mucho más tranquilo que cuando le di la patada y te lo encasqueté —

dijo el jefe Petrus repanchigándose en su butaca.

—Sí, no te creas que me he olvidado. Me debes una por eso. Una bien gorda.

—Bueno, bueno. Yo creo que ya ha prescrito. No vamos a empezar con rencillas ahora —se defendió Adrian—. En fin, cuéntame en qué puedo ayudarte.

—Te llamo en relación con una investigación en curso. Desde julio de 1988 se vienen produciendo, cada cierto tiempo, desapariciones de niñas de cinco años durante la celebración de la Gran Estampida. Ya sabes cómo se vive esta fiesta en Calgary.

—Sí, me hago cargo, no lo dudes —señaló Petrus haciendo memoria de las veces que había estado allí en su juventud. Una sonrisa involuntaria acudió a su rostro. Lo había pasado realmente bien en Calgary cuando era joven. Una brizna de nostalgia le asaltó. Sin duda, el tiempo vuela sin que podamos hacer nada para detenerlo.

—No hay una periodicidad estable, aunque sí podríamos hablar de que es en torno al lustro, más o menos, si hacemos una media. Y siempre pasan varios años entre una y la siguiente. Nunca en dos años consecutivos. Hasta la fecha, hemos encontrado los cadáveres de dos de ellas, pero no tenemos ni rastro del resto.

—¿De cuántas niñas estamos hablando?

—De un total de ocho con la que ha desaparecido ayer.

—¡Joder! —exclamó Adrian Petrus con sincera consternación, al tiempo que se incorporaba en su asiento—. ¿Y en qué te puedo ayudar con esto?

—Bueno, no te lo vas a creer, pero llamo para pedirte que me mandes a Spencer temporalmente. Antes de regresar a Vancouver me solicitó expresamente que le avisara si volvía a desaparecer una niña por estas fechas y que no importaba los años que pasaran.

En ese momento al jefe de Policía de Vancouver se le encendió la bombilla. Iba a poder solucionar de un plumazo dos problemas. A veces, el azar puede mostrarse realmente benevolente. Algo bueno debía haber hecho en la vida para recibir ese regalo en el momento en que más lo necesitaba.

—No te preocupes. Dalo por hecho. Mañana mismo estará allí. Es más, le mandaré con el compañero con el que suele trabajar para que le acompañe. Puedes quedártelos el tiempo que estimes oportuno —concluyó, sonando quizá demasiado impetuoso.

Aquel comentario extrañó a Tom Smithers.

—¿Me cedes así de fácil a dos de tus agentes, Petrus? ¿Qué me estás ocultando? —preguntó con desconfianza el de Calgary. Aquello olía a gato encerrado a dos leguas de distancia. Nadie prescinde con tanta facilidad de dos efectivos, salvo que quieras quitártelos de encima por algún motivo que no desees confesar.

—¡Nada! Verás cómo me lo agradecerás. Davis es un gran detective. Y viendo la naturaleza del caso, es lo menos que puedo hacer. Quizá así incluso podemos dar por saldada la deuda por lo de Tracy —aseveró con un tono firme que transmitía seguridad y confianza.

Petrus se repantingó nuevamente en su butaca mientras buscaba con

su mirada a Andrew a través del cristal de su oficina. El joven, quien estaba hablando con su compañero, riéndose de alguna broma que le había hecho, presintió que el jefe le miraba. Entonces, se giró hacia él. Este le devolvió una sonrisa sardónica que le hizo sentir incómodo.

«Problema temporalmente resuelto», pensó con regocijo.

Capítulo 6

Nueva misión

Adrian se relamió durante unos minutos antes de convocar a Davis y Tracy en su despacho. Sabía que no estaba siendo justo, pero le hervía la sangre al pensar en Andrew y su hija juntos. Conocía perfectamente a Hannah y no era precisamente una joven responsable. Le atraía el riesgo y le gustaba llevarle al límite. O quizá ya no conociera tan bien a su hija como él creía. En cualquier caso, no estaba de acuerdo con aquella relación.

Y pensaba imponer su criterio, como venía siendo habitual.

Tal vez se había quedado con aquella imagen de un pasado no muy lejano. El recuerdo de una adolescencia realmente difícil le atormentaba.

Desde entonces, no habían logrado volver a tener una relación como la que le gustaría. Igual que la que mantenía con su hija mayor. Hannah era díscola y desafiante. Siempre había sido así, aunque, cuando era pequeña, aquellos rasgos le parecían encantadores, porque demostraba una profunda personalidad desde edad muy temprana.

En medio de esas cavilaciones, convocó a Andrew y a Spencer a su despacho. No era lo más habitual, así que ambos detectives se extrañaron.

Las relaciones del joven rubio con su jefe volvían a ser tensas en las últimas semanas, algo que Davis seguía sin comprender después de que habían logrado limar asperezas meses atrás.

—Sentaos —les solicitó con un gesto de su mano y con una expresión indescifrable en el rostro.

Ambos detectives obedecieron. Petrus parecía que se estaba recreando, así que Spencer no pudo contener su lengua.

—¿Qué pasa, jefe? Esa cara de satisfacción no creo que nos traiga

nada bueno. Me estoy sintiendo convocado a un matadero —expresó, no sin agudeza. Sin duda, era lo que parecía.

Adrian trató de moderarse y no ser tan transparente. El puñetero Tracy era muy perspicaz. No necesitaba darle más leña para que le prendiera fuego a la comisaría, si hacía falta.

—No era mi intención, detective. —El tono era distante, lo que puso en alerta a los dos policías—. Me ha llamado Tom Smithers…

El gesto de Spencer cambió de manera radical. Frunció el ceño y apretó las mandíbulas. Conocía más que de sobra ese nombre. Tenía una suposición muy concreta acerca de qué habría motivado esa llamada.

—No me lo diga: ha desaparecido otra niña —dijo Tracy, sin permitirle terminar la frase. No era difícil de deducir. Por la fecha en la que estaban y a sabiendas de que el día anterior se había celebrado el tradicional desfile de la conocida como *Calgary Stampede*, aquella llamada tendría que deberse a eso.

Andrew atendía sin comprender lo que estaba pasando. Miraba a uno y otro a la espera de que explicasen algo más. No acertaba a imaginar qué tendría que ver todo aquello con él. Suponía que no tardaría demasiado en averiguarlo.

—Exacto. El jefe Smithers quiere que os presentéis allí lo antes posible

—afirmó el comisario.

En ese momento, el detective Davis se quedó petrificado. Le costó unos segundos salir del asombro. ¿Había escuchado bien? No alcanzaba a ver qué tenía que ver todo eso con él. En su caso, no existía ninguna conexión con aquella ciudad. ¿Por qué tendría que ir hasta allí?

—Perdón, ¿qué? Creo que no lo he entendido bien —pidió que le aclarasen el detective rubio.

—Pues he sido bastante claro, Andrew. Os necesitan en Calgary y tenéis que iros ya. ¿Qué parte es la que no entiendes? —cuestionó Petrus de forma mordaz y un tanto agresiva.

Adrian se dio cuenta de que debía mostrarse más comedido. Había sido demasiado brusco. Le estaba costando controlarse.

—¿Y por qué tenemos que ir a Calgary? ¿Acaso no tienen detectives allí?

—insistió el joven asombrado. No alcanzaba a entender por qué razón tendría que ir él a la que muchos erróneamente consideraban la capital de Alberta. En realidad, ese título lo ostentaba Edmonton.

—Eso puedo explicártelo yo, Andrew —respondió Spencer—. Yo le pedí expresamente a Tom Smithers que me avisara si había otra desaparición en Calgary por estas fechas, fuera cuando fuese y sin importar dónde me hallara.

—Muy bien, Spence. Me parece estupendo. Pero, ¿por qué tengo que ir yo? —preguntó Andrew todavía sin comprender.

Aquello le dio una oportunidad a Petrus que no desaprovechó. Ni adrede podría estar saliéndole mejor la jugada. Tuvo que hacer un esfuerzo para reprimir la sonrisa que pugnaba por imponerse en su rostro.

—Davis, estoy seguro de que, si fuera al revés, Spencer iría contigo donde fuera necesario. Pensaba que tu lealtad hacia él era similar —

comentó el jefe de policía no sin intención. Sintió incluso un atisbo de remordimiento, que se disolvió tan rápido como había llegado.

El detective Tracy miró a su compañero esperando una respuesta por su parte. Andrew se hallaba entre la espada y la pared. No podía fallarle.

—Claro, sin problema. Sabes que puedes contar conmigo, Spence.

—No lo había dudado ni por un segundo, rubito.

Temor

Del lat. timor, -ōris 'miedo'..

1. m. Pasión del ánimo, que hace huir o rehusar

aquello que se considera dañoso, arriesgado o

peligroso.

2. m. Presunción o sospecha.

3. m. Recelo de un daño futuro.

4. m. Cárcel de presos.

Temor de Dios

1. m. Rel. Miedo reverencial y respetuoso que se

debe tener a Dios, y que es uno de los dones del

Espíritu Santo.

(Diccionario de la Real Academia de la Lengua Española)

Capítulo 7

El gran día

Calgary. 12 de julio de 1988. Recuerdos lejanos.

El gran día llegó cargado de ilusiones. Comenzaba la gran fiesta de la ciudad que se prolongaría por más de una semana. Me desperté muy temprano y, por consiguiente, mis padres madrugaron más de lo que esperaban. Todo el mundo hablaba del gran acontecimiento, 'El Mayor Espectáculo al Aire Libre', como siempre dicen los calgarianos. Yo era muy pequeña para comprenderlo en todo su esplendor.

Mi hermano, como era habitual, no paraba de fastidiarme desde la hora del desayuno. Siempre pensaba que era muy pesado, porque no me dejaba en paz. Anhelaba ser hija única y tener la atención de los adultos solo para mí, especialmente la de mis padres y mis abuelos. Él era un intruso que había llegado a acabar con mi reinado. Era dos años más pequeño que yo.

Nunca paraba quieto y a mí, que me gustaba jugar tranquila con mis muñecas, me fastidiaba tenerlo alrededor.

Cómo imaginar que poco después le echaría tantísimo de menos.

Mamá intentaba hacerme entender que era más pequeño y que debía ser paciente. Pero yo no quería tenerla. Porque solo tenía cinco años y no podía pensar en algo que no fuera yo. Ella no comprendía que yo prefería que no hubiera nacido, porque desde que llegó a la familia, siempre era el que más atención recibía. El enano había irrumpido en nuestras vidas e hizo más difícil la mía.

A pesar de toda la ilusión con la que me había levantado, estuve un poco enfadada aquel día. Hacía lo contrario de lo que me decían mis padres. Era mi forma de rebelarme, de demostrarles que yo tenía mi

manera de hacer las cosas y que no iba a ceder con facilidad.

Tal vez por eso, me secuestraron.

Por una cabezonería absurda.

Los niños, a veces, no somos capaces de detectar los peligros a tiempo.

Si me hubiera portado bien, igual no habría pasado nada. Nuestra vida habría seguido como siempre. Mis principales preocupaciones del día a día conintuarían siendo que mi hermano no me molestase y conseguir irme un poco más tarde a la cama.

Ojalá mamá supiera cuánto me arrepentí de no haberle dado un beso cuando me lo pidió.

Capítulo 8

Relaciones

No había mucho margen de maniobra. El jefe había sido bastante explícito: tenían que marcharse ya. En Calgary ya estaban esperando su llegada, así que saldrían a la mañana siguiente, puesto que en el mismo día era todo demasiado precipitado. La distancia, además, de casi mil kilómetros, aconsejaba tomar un avión para ser más ágiles. Tenían que comprobar cuál era el primer vuelo comercial disponible al día siguiente.

Después de las gestiones oportunas, quedaron en que, a primera hora de la mañana, cada uno tomaría un taxi en dirección al aeropuerto. Se encontrarían allí, puesto que sus apartamentos no quedaban demasiado cerca el uno del otro.

Andrew tenía que avisar a Hannah. Posiblemente no le haría mucha gracia, pero era lo que había. No se podía negar a ir después de lo hablado en el despacho.



El detective Davis ya tenía preparado el equipaje. No sabía cuánto le llevaría aquella misión, aunque esperaba que no fuera demasiado. No obstante, temía que se alargara más de lo que le gustaría. Al fin y al cabo, por lo que había podido saber hasta el momento, se trataba de la desaparición de una niña de cinco años que parecía estar relacionada con otras anteriores.

Aprovecharía el tiempo en el aeropuerto y en el avión para sacarle a Spencer lo máximo posible acerca de aquello, aunque procurando no perder la objetividad. Es lo malo de que alguien te cuente sus impresiones, que te cuesta hacerte una idea por ti mismo de la situación libre de interpretaciones personales.

Le parecía inconcebible que tuvieran que desplazarse hasta Calgary, cuando la policía de allí contaba con medios similares a los de Vancouver y

seguro que habría una buena cantidad de agentes y detectives cualificados que podrían abordarlo.

Absorto como estaba en estas elucubraciones, casi no se dio cuenta de que acababan de llamar al timbre. Sin duda era Hannah. Una sonrisa se dibujó en su rostro sin apenas ser consciente de ello.

Cuando abrió la puerta, ella se lanzó a besarle. Solía ser así, muy fogosa, muy dada a mostrar lo que sentía. Los dos disfrutaron durante unos minutos de esa pasión del reencuentro, de besos anhelados, de caricias furtivas, del calor que proporciona el abrazo de la persona que quieres. Del deseo y de la excitación creciente.

El joven la miró. Tenía algo que decirle y no quería posponerlo más.

—Hannah, tenemos que hablar —dijo Andrew en cuanto le dejó un mínimo de espacio vital.

La cara de ella cambió radicalmente. Ese tipo de frases siempre anticipaban malas noticias. Y no gestionaba bien esas situaciones.

—No me mires con esa cara, que no he hecho nada —se defendió Andrew sonriendo al darse cuenta de la expresión de la joven.

—A lo mejor no es lo que hayas hecho, sino lo que estés a punto de hacer

—señaló ella desconfiada y todavía con expresión dura.

Él la miró sin entender, hasta que al final cayó en lo que estaba sugiriendo. Era comprensible el malentendido. Pero, desde luego, no estaba teniendo lo que se dice buen tino.

—Vale, creo que me he expresado fatal. No estoy planteándome dejarlo, por si es lo que piensas —se aventuró a decir el detective.

—¿Qué quieres que te diga, Andrew? Es la típica frase con la que empieza una ruptura —respondió ella manteniendo aquella expresión adusta.

—Pues te aseguro que no es el caso. Más bien está relacionado con tu padre.

No le pareció que aquello sonase mucho mejor. Era obvio que Andrew tampoco estaba atinado.

—¿Con mi padre? ¿Qué coño tiene que ver el viejo aquí?

Al joven detective le hacía mucha gracia la forma en la que, en ocasiones, su pareja se refería a su padre. Su relación paterno filial estaba en continua tensión y ella solía quejarse de que él intentaba controlarla, algo que, por supuesto, no le permitía. Era adulta e independiente. Hacía mucho

tiempo que ya no tenía que rendirle cuentas a su progenitor. Y eso era algo que disgustaba a alguien tan controlador como Adrian Petrus.

—Mañana me voy a Calgary con Spence. Ha decidido de manera unilateral que seríamos de utilidad allí.

—No entiendo. ¿Os ha trasladado? ¿Así, de la noche a la mañana?

Porque no creo que pueda hacer tal cosa. Tal vez debáis hablar con los sindicatos y plantarle cara —sugirió la joven—. Conozco a mi padre y es un mandón de cuidado.

Andrew sonrió. No podía evitar que le hiciera gracia la reacción de ella.

Al fin y al cabo, era su hija, pero no dudaba echarle a los perros de los sindicatos de la policía a las primeras de cambio.

—No, no es eso. Relájate un poco —comentó todavía sonriendo—.

Quiere que colaboremos en una investigación. En cuanto la resolvamos, nos volvemos.

—¿Y qué pasa, que en Calgary no tienen policías?

—No sé, pero parece que hay algo personal que afecta a Spencer y quiere que vaya con él. Según lo ha planteado, no me he podido negar.

No era consciente de la forma en la que le había manipulado. Pero es lo que había sido: una manipulación de manual.

Hannah se quedó pensativa. Algo le olía a chamusquina. Conocía demasiado a su padre y sus tejemanejes.

—No me lo trago.

—¿Crees que te estoy mintiendo? —preguntó Andrew extrañado.

—No, no es eso. Y más te vale que no lo hagas —medio bromeó ella —.

Lo que pienso es que mi padre sabe que estamos juntos y está intentando sacarte de mi radar.

Andrew se quedó estupefacto al oír aquello. No le parecía factible.

¿Cómo se habría enterado? No, no creía que se lo hubiera contado nadie. El único que lo sabía en la comisaría era Spencer y ponía la mano en el fuego por él.

—Pero me da igual, ¿sabes? No va a conseguir que esto nos separe. Te quiero demasiado, *baby*.

Y otra vez acudió a la mente de Andrew aquella conversación que tuvieron el día que oficialmente comenzaron su relación y que le pareció un tanto excesiva para aquel momento.

Pero Hannah sabía distraerle.

Unos segundos después, con ella pegada a su cuerpo, ya no era capaz de pensar en todo aquello.

¿QUé pasa con esa conversación entre Andrew y

hannah?

Atrévete a probar tus teorías.

Sigue el siguiente enlace:

https://arielzorion.com/adentrate-en-la-investigacion-de-la-biografia-

del-miedo/que-pasa-con-esa-conversacion-entre-andrew-y-hannah/

Capítulo 9

En el aeropuerto

Llegaron con tiempo de sobra al aeropuerto. No facturarían equipaje, lo que siempre agiliza los trámites. Tanto Andrew como Spence parecían algo ensimismados, cada uno metido en su mundo y perdido en sus cavilaciones particulares, mientras aguardaban sentados en la sala de espera junto a su puerta de embarque. A cualquiera que los conociera mínimamente, le extrañaría el inusual mutismo de aquellos dos.

Finalmente, fue el moreno el que lo rompió.

—¿Qué te pasa, rubiales? Estás demasiado callado esta mañana —indagó Tracy, al ser consciente de que apenas habían intercambiado unas pocas palabras desde que se habían encontrado.

—Lo mismo podría preguntarte yo —contestó el detective rubio.

—Muy bien, pues ha llegado el momento de las confesiones. ¿Te apetece empezar? —probó suerte. Lo suyo iba para largo y casi prefirió distraerse con lo que Andrew tuviera que decir.

Davis suspiró. Agachó la cabeza. Miró sus manos, las cuales estaban en una posición abierta, juntas por la punta de las yemas de los dedos. Las subió hasta su frente, como si aquello le ayudara a pensar con más claridad.

—Es por Hannah —confesó, finalmente.

Spencer le miró mostrando interés, lo que le invitó a continuar.

—Ella cree que Petrus sabe que estamos juntos y que esto ha sido una forma de quitarme de en medio —comentó encogiéndose de hombros, como si así transmitiera su incredulidad pero también su ligera desconfianza al respecto.

—¿Y tú qué crees? —preguntó Spence con curiosidad y sincero interés.

—No tengo ni idea. Cuando lo dijo, me pareció una tontería. Pensaba que no estaría al tanto, no veo cómo iba a haberse enterado. Pero ya no sé qué creer.

—¿Y eso es todo lo que te preocupa? ¡Que le den a Petrus! Su hija ya es mayorcita para estar con quien le dé la gana. Antes o después, si lo vuestro sigue adelante, tendrá que hacerse a la idea de que te puedes

convertir en su

yerno —se rio—. No pongas esa cara de indigestión. Es lo que hay, ¿no?

Aunque no te envidio. No me gustaría ser de su familia. Solo me faltaba tener que acudir a su casa los domingos a comer.

Andrew le miró. Continuaba con el ceño fruncido. Era evidente que algo le rondaba la cabeza.

—Hay algo más, ¿no? ¿Acaso no os va bien juntos? —interrogó Tracy intrigado, tratando de saber qué más le preocupaba a su compañero.

—No es eso. O creo que no. No lo sé —dijo el detective de pelo rubio de forma equívoca.

—No te entiendo, macho. Como no me hables más claro… No tengo hoy la cabeza para descifrar tus jeroglíficos amorosos.

—No sé cómo explicártelo. Es más una sensación que otra cosa. Quiero decir, supongo que estamos bien. Hannah me gusta mucho, lo pasamos de miedo juntos.

Después de decir aquella última frase, Andrew se dio cuenta de que la expresión de su compañero había cambiado. Al principio, no entendió lo que pasaba por su mente.

—¡Qué cabroncete estás hecho! —dijo Spencer, soltando una de sus sonoras carcajadas.

—No comprendo por qué te ríes… —respondió contrariado, hasta que se dio cuenta de por dónde iban los tiros—. ¡No me refiero a eso, tío!

—Sí, sí, seguro. A mí ya no me la das —continuó diciendo el moreno, mientras le palmeaba la espalda y seguía riéndose de forma estruendosa.

—Bueno, por eso también, ¿vale? Pero no estaba hablando de sexo ahora mismo. O no solo de eso… —respondió bajando el tono de voz hasta casi un susurro.

Spencer siguió riéndose todavía durante un rato. Andrew sintió que se ponía rojo. Estaban llamando la atención de los pasajeros que esperaban el mismo vuelo que ellos y posiblemente la de otros que aguardaban en puertas de embarque cercanas. El pecho de aquel

hombre parecía una caja de resonancia.

—¿Te importaría ser un poco más moderado, Spence? No sé, igual te conviene utilizar un tono para interiores y eso, ya sabes a qué me refiero —

susurró Andrew acercándose a él y conminándole a que redujera el volumen.

—Ay, que ahora la tierna gacela se avergüenza si hablamos de sexo.

Pareces un adolescente pajillero —continuó bromeando el detective

moreno.

—No, pedazo de animal. Pero si te pones a vociferar, pues no te voy a negar que me hace sentir incómodo. No sé para qué te cuento nada, la verdad —finalizó ofuscado.

—Venga, va, perdona. Ya me porto bien —prometió, poniéndole ojitos —.

¿Qué te pasa?

—Nada. Olvídalo. Además, acaban de abrir el embarque, así que más vale que no te despistes. Y por favor te lo pido, no te pongas a ligar con las auxiliares de vuelo, que bastante bochorno me has hecho pasar ya hoy.

Andrew se levantó, se aseguró de que había cogido todo su equipaje de mano y se dirigió al mostrador, mientras escuchaba cómo su compañero seguía riéndose a sus espaldas.

El joven sonrió sin que el otro le viera. Desde luego, conseguía que se olvidara de todo lo demás.



Subieron al avión, depositaron sus respectivos equipajes en las cabinas destinadas para ello y tomaron asiento. Por supuesto, Spencer, que no perdía oportunidad, ya había entablado conversación con una preciosa auxiliar de vuelo de pelo castaño. Sin embargo, los quehaceres de la chica impidieron que el cortejo se prolongara más de lo debido.

Tenían por delante una hora y media de vuelo. Davis no estaba apenas al tanto del caso, puesto que el día anterior el jefe Petrus se había limitado a señalar que les darían toda la información oportuna cuando

llegasen a Calgary.

Poco más sabía aparte de que había desaparecido una niña de cinco años en la celebración de la fiesta grande de la ciudad. La Gran Estampida era la festividad anual más importante para los calgarianos, la cual se vivía con enorme intensidad en una ciudad, por lo demás, bastante tranquila de manera habitual.

—¿Qué puedes contarme de lo que nos vamos a encontrar en Calgary, Spence? Porque me gustaría estar mínimamente preparado. Me siento como un muñeco que trasladáis de un lugar a otro sin contarle nada. Es un tanto frustrante, ¿sabes?

El rostro de su compañero se contrajo en un gesto adusto impropio de él.

Al detective de pelo claro le sorprendió. Tal vez aquello tenía implicaciones

para Spencer que no alcanzaba a comprender todavía.

—¿Por qué es tan importante para ti? —se atrevió a preguntarle.

—Es una deuda contraída con un viejo compañero —contestó lacónico Tracy.

—¿Qué quieres decir? —preguntó extrañado, tratando de sonsacarle algo más de información.

—Verás, cuando llegué a Calgary procedente de Vancouver, no me precedía buena fama precisamente.

—Supongo que gracias a tus movidas con Petrus.

—Exacto. No me recibieron exactamente con los brazos abiertos. Así que Carl Preston se ofreció voluntario. Era uno de los veteranos, un tío con mucha personalidad y muchas tablas, ¿sabes? Uno de esos tipos con los que siempre se aprende algo.

—Tuviste suerte, entonces —recalcó el joven.

—Mucha, chaval. No sabes cuánta. Hasta que enfermó y el puto cáncer se lo llevó por delante hace poco más de un año y medio. No le quedaba casi nada para jubilarse.

Andrew se fijó en el gesto desolador de Tracy. Intuyó que la relación entre ambos había sido estrecha. Hay personas que dejan profundas

huellas en nosotros y que el paso del tiempo no consigue borrar, porque pasan a formar parte de quiénes somos, de nuestra esencia. Tenía pinta de que Carl Preston era uno de esos seres humanos cuya estela se prolonga por años.

—¿Y qué tiene que ver todo eso con este caso? —indagó Davis.

—Verás, desde 1988 han estado desapareciendo niñas de cinco años en los días en los que se celebra la Gran Estampida sin una periodicidad precisa, aunque la mayoría rondaba los cinco años. Carl estaba obsesionado con ese caso. Fue una de las primeras investigaciones en las que participó recién llegado al cuerpo, cuando era apenas un chaval. Le prometió a la familia que encontraría a su hija y no pudo cumplir su promesa. Son de ese tipo de imprudencias que todos cometemos alguna vez cuando prometemos algo que, en realidad, no tenemos la certeza de que vayamos a poder cumplir.

—Lo entiendo, Spence. Eso siempre marca a un policía. Pero los casos no tienen por qué estar relacionados. Es altamente improbable que el mismo secuestrador siga activo desde hace tanto tiempo. No tiene mucho sentido, la verdad. Piensa en la edad que tendrá y en los riesgos que eso supone.

Puede que sean imitadores o simplemente que sea casualidad.

—Ya veremos. Pero intuyo que vamos a encontrar más similitudes de las que pueden considerarse simple casualidad.

Spencer no le había contado todo. Pero no hacía falta hablar demasiado por el momento. Ya tendrían tiempo de conocer todos los detalles.

Capítulo 10

Cuestión de segundos

Calgary. 12 de julio de 1988. Rememorando.

Todo sucedió a una velocidad de vértigo. Tanto es así, que siempre me cuesta poner en orden las ideas, incluso después de pasar tiempo recordándolo una y otra vez, pensando en la manera en la que podría haberlo evitado. Porque estoy segura de que habría un modo. Estoy absolutamente convencida de que todo podría haber sido diferente.

Repaso los acontecimientos de aquella mañana. Paso a paso. Casi segundo a segundo. Hay pequeños detalles que tienen la capacidad de

cambiarlo todo. Decisiones que parecen insignificantes, pero que alteran el rumbo de tu vida.

Y de la de otros.

Hice rabiar a mi hermano pequeño. Después de eso, todo se torció. Mis padres me regañaron y me enfurruñé. Tonterías que se hacen de críos y que tienen consecuencias desproporcionadas, injustas e imprevisibles.

Estábamos en la calle. Yo me negaba a coger la mano de mi madre. Ella me agarraba de la muñeca y yo solo me esforzaba en soltarme.

Terrible error.

Me olvidé de lo aterrorizada que me sentí en el centro comercial cuando me perdí. Olvidé el miedo y la sensación de ahogo que lo acompaña. La ira había tomado el control. Mi amígdala había sido secuestrada por ella, por esa rabia fiera y tonta que gobernaba mis acciones en ese instante.

Y alguien me secuestró a mí.

Grité.

Nadie me oyó.

Me tapó la boca.

El ruido era inmenso, inconmensurable, poderoso, totalizador.

Lloré.

Mis mejillas se inundaron de lágrimas saladas.

Después todo se tornó negro.

Nadie se fijó en aquella niña de cinco años que se desvanecía delante de sus ojos.

Nadie se dio cuenta de que una vida se extinguía para siempre.

Espanto

De espantar.

1. m. Terror, asombro, consternación.

2. m. Entre curanderos, enfermedad

supuestamente causada por un susto.

3. m. Fantasma (‖ imagen de una persona

muerta). U. m. en pl.

4. m. . desus. Amenaza o demostración con que

se infunde miedo.

(Diccionario de la Real Academia de la Lengua Española)

Capítulo 11

Presentaciones

El avión aterrizó a la hora esperada. Era bastante temprano todavía, puesto que tomaron en Vancouver el vuelo que salía a las siete de la mañana. En el mismo aeropuerto, alquilaron un coche. No querían estar a la espera de que los de la policía de Calgary pudieran facilitarles algún vehículo. Spencer tenía claro que necesitarían moverse por su cuenta. Él siempre había trabajado así, sin dejar que controlasen sus movimientos ni le dieran órdenes, salvo las estrictamente necesarias.

Conocía la ciudad como la palma de su mano, no solo porque había vivido allí unos años, sino también gracias al propio trabajo como policía.

Casi podría decirse que había un mapa minucioso dentro de su cabeza, con cada calle y cada intersección.

Andrew estaba impaciente por conocer más detalles del caso. Le intrigaba aquello que le había dicho Spencer acerca de las similitudes entre las niñas desaparecidas. Seguía sin ver claro que pudiera estar detrás el mismo hombre y tampoco quería dejarse influir por ideas preconcebidas de otros. El paso del tiempo era un argumento poderoso en ese caso. No obstante, Spence no estaba tan de acuerdo. De cualquier manera, al detective Davis le pareció que Tracy había sido excesivamente críptico para lo que era habitual en él.



Ya en la comisaría, Spencer se dedicó durante un buen rato a saludar a viejos conocidos, mientras hacía las oportunas presentaciones a su

compañero. Andrew se dio cuenta enseguida de que era alguien muy apreciado allí. Algo similar sucedió cuando llegó a Vancouver. Podía tener un carácter difícil si se le contrariaba o cuando se le metía alguna idea entre ceja y ceja, pero la realidad era que Spencer Tracy era un hombre que dejaba huella allá por donde fuera. Era alguien imposible de olvidar.

Después de saludar a un nutrido grupo de personas, de las que Andrew apenas recordaba el nombre de dos o tres como mucho, se reunieron con Tom Smithers, el jefe de policía. Este recibió a Spence con un abrazo afectuoso. Parecía que entre ellos sí hubo buena sintonía, a diferencia de lo sucedido en el pasado con Petrus en la capital de la Columbia Británica.

Davis no lo sabía, pero Spencer había cambiado mucho en los últimos años. Podía seguir teniendo un carácter un tanto peculiar, pero ahora era bastante atemperado. En el pasado, las discusiones con los jefes eran más que frecuentes y el tono que empleaba con ellos, en algunas ocasiones, iba mucho más allá de lo recomendable. El tiempo que pasó junto a Carl Preston como compañero, significó un punto de inflexión en su comportamiento. En cierto sentido, actuó casi como un padre con él. Le daba muchos consejos, le ayudaba a reflexionar y a ver otros puntos de vista diferentes al suyo.

Era algo que, sin duda, necesitaba.



—Supongo que tú eres Andrew Davis —señaló Tom Smithers.

—El mismo, señor —respondió el joven detective, al tiempo que le daba la mano al jefe de policía de Calgary. Este le estudió durante unos segundos, lo que hizo pensar a Andrew qué le habría contado Petrus sobre él.

—No sé qué te habrán relatado acerca del caso tu jefe y Spence hasta el momento.

—No demasiado más allá de las líneas generales. Confiaba en que me pusieran al día hoy. Estoy deseando conocer los detalles de la investigación y poder consultar los expedientes abiertos de desapariciones anteriores en su momento —«Si es que es preciso», pensó—. Aunque primero, preferiría conocer los detalles de la investigación actual nada más.

—Tengo entendido que eres criminólogo, ¿no es así? —indagó el jefe

de policía de Calgary.

—Sí, señor. Estudié criminología, si es a lo que se refiere. Pero mi trabajo no está enfocado específicamente en esa área en la actualidad.

—Bueno, recientemente has trabajado en algunos homicidios. Supongo que te habrán venido bien los conocimientos en ese campo.

—Sí, eso es cierto —afirmó el joven detective.

—Creo que eso nos puede resultar de mucha utilidad en este caso.

Supongo que por eso ha considerado Adrian que nos resultarías de utilidad aquí.

—Eso espero, señor.

Aquella última declaración realizada por el jefe Smithers hizo que Andrew respirara más tranquilo. A lo mejor, los motivos por los que suponía que Petrus le había querido enviar a Calgary no tenían nada que ver con su relación con Hannah, al fin y al cabo.

—Muy bien, si os parece, os hago un breve resumen, os cuento algunas cosas acerca de nuestra forma de trabajar aquí y nos reunimos con el resto del equipo para que profundicemos y nos centremos en la investigación cuanto antes.

Capítulo 12

EL CASO

Dos días antes de la llegada de los detectives de Vancouver, una niña de cinco años rubia de ojos azules desapareció delante de sus padres durante la celebración del desfile de la Gran Estampida de Calgary. Eso era básicamente todo lo que sabía Andrew hasta el momento.

Cuando terminaron la reunión con el jefe de policía, salieron de su despacho y este le presentó a dos viejos conocidos de Spencer, con los que había trabajado en más de una ocasión.

—Detective Davis, estos son Thais Sorenson y Ken Rose, los dos agentes encargados del caso.

—Encantado —dijo Andrew, al tiempo que estrechaba la mano de los dos policías.

—Son los que están dirigiendo la investigación, aunque como

supondrás, tenemos a muchos agentes implicados. La desaparición de una niña pequeña siempre es una prioridad.

—Me hago cargo, jefe —dijo condescendiente.

La detective Sorenson le pareció bastante joven. Andrew supuso que no llegaría a los treinta años. Era muy atractiva, con un pelo caoba brillante y ojos claros de una inusual tonalidad. Por su parte, calculó que Ken Rose ya pasaría de largo los cuarenta, si es que no andaba por los cincuenta. Nunca se le había dado demasiado bien estimar la edad. Era un tipo de gesto un tanto rudo y facciones marcadas. Empezaba a acusar los estragos que deja el paso del tiempo, pues el pelo le clareaba ya en distintas zonas. «Se le ve el cartón», pensó Andrew sin querer. Era la típica expresión que solía utilizar con sus amigos de Toronto y casi se le escapa la risa al pensarlo.

Una vez más, su mente le jugaba una mala pasada con pensamientos inoportunos.

Los cinco, incluido Tom Smithers, entraron a una sala de reuniones para hablar con calma. Tomaron asiento y les pasaron a Andrew y a Spence

sendas carpetas que incluían un dosier con información y las fotos tomadas el día de la desaparición.

—Ken, ¿qué te parece si empiezas tú? —sugirió el jefe.

—Sin problema. Creo que lo mejor será poner al detective Davis en antecedentes. En 1988 se produjo el secuestro de una niña de cinco años el día que se celebraba el…

—Perdona que te interrumpa, Ken —le cortó Andrew—. Spence ya me ha contado algo de eso. Preferiría que, antes de nada, nos centrásemos en el caso actual.

La cara del detective Rose se endureció. No le gustaba que le interrumpieran y le daba la impresión de que aquel joven iba de listo. Le parecía relevante poner aquel caso en contexto antes de avanzar. No se lo iba a tolerar.

—Discúlpame, Andrew. Pero creo que deberías escuchar, puesto que eres nuevo por aquí y el único que no tiene la información contextual de esta desaparición —expresó evidentemente molesto.

A Andrew se le daba bien eso de empezar con mal pie.

Spencer puso los ojos en blanco. Tenía la sensación de que su compañero había ido con ganas de pelea, aunque en realidad no era lo que Davis pretendía. Se dio cuenta de que él mismo empezaba a perder los nervios con su amigo. No sabía por qué, pero era así. Quería comenzar cuanto antes y aquella discusión absurda solo estaba retrasando todo.

—Ken, en serio, no quiero que tomes esto como una ofensa, porque no es lo que pretendo. Yo solo…

—¡Cállate ya y escucha, Andrew, joder! —espetó Spencer. A su compañero de Vancouver su reacción le pilló por sorpresa. Nunca antes le había hablado en ese tono.

—Lo siento, Spence, pero no me callo. Pienso que es necesario tratar este caso como uno nuevo, sin prejuicios ni ideas preconcebidas derivadas de años anteriores. Yo no estoy diciendo que no tengáis razón y que no exista relación con la desaparición de otras niñas en el pasado. Solo necesito conocer los detalles del actual por mí mismo, sin subjetividades innecesarias. No estoy pidiendo tanto.

Los dos se mantuvieron las miradas. Entonces, Andrew continuó explicándose.

—Creo que es demasiado temprano para vincular, sin más, lo que le ha sucedido a esta niña con otra desaparecida hace treinta y cinco años. Si nos

dejamos llevar por nuestras creencias, esta va a ser una investigación sesgada desde el principio.

El jefe Smithers recapacitó sobre lo que acaba de decir el policía rubio.

Le gustaba aquel chaval. Tal vez, al fin y al cabo, Petrus no se estuviera tratando de deshacer de él por una temporada como le había parecido, sino que estaba compartiendo un buen efectivo. Al final hasta tendría que darle las gracias.

—Creo que tiene razón. Ya tendremos tiempo de compartir todo lo demás. Por tanto, Ken, cíñete a lo sucedido anteayer —se posicionó Tom Smithers, dándole la razón, por el momento, a Davis.

El detective Rose claudicó ante la petición de su jefe, aunque de su gesto se deducía con claridad que no le hacía ni la menor gracia lo que acababa de suceder.

Thais, por su parte, observaba a Andrew con una sonrisa de medio lado.

Entonces este la miró. Tenía unos ojos de un color poco frecuente, un verde aguamarina, y una mirada radiante, de esas que cautivan y seducen. Tragó saliva, recordándose que no debía distraerse.

—Como quiera, señor —respondió con moderación Ken Rose—. Pues hablaré exclusivamente de la última desaparición. Según nos ha comentado la familia, llegaron temprano y estuvieron paseando con los niños por allí.

—¿Cuántos hijos tienen? —preguntó Davis.

—Tres —respondió Thais—. Un chico de dieciséis años, una niña de catorce y la pequeña de cinco. Esta es la foto de Laurie Tremblay —señaló, mostrándole el retrato. En la imagen, se veía a una sonriente niña con el pelo rubio muy claro y unos grandes ojos azules—. Aunque sé que no quieres escuchar todavía historias del pasado, Andrew, sí te diré que todas las niñas desaparecidas en esta fecha concreta en los últimos treinta y cinco años son muy parecidas a ella. Todas de cinco años, rubias y con ojos azules.

Davis se quedó mirando ensimismado la foto de la pequeña Laurie.

Irradiaba felicidad. Entonces dirigió su vista hacia Spencer. Estaba muy callado y su expresión era ceñuda. Su silencio le sorprendía, especialmente después del exabrupto de unos minutos antes.

—¿Qué circunstancias rodearon la desaparición? —continuó indagando Andrew.

—¿A qué te refieres exactamente? —preguntó la detective.

—A todo. Es decir, si ya había empezado el desfile, si la niña iba agarrada de la mano de alguno de los dos progenitores, si sucedió algo justo antes que les distrajera, si alguien la oyó gritar, si alguno de los presentes vio algo que captara su atención… No sé si había alguna cámara en el lugar donde a la niña se la vio por última vez, aunque sería lo normal, ¿no?

—Hemos revisado las grabaciones de las cámaras de la calle, pero no se distingue nada con claridad. Desapareció en el momento de más tumulto —

comentó el jefe Smithers.

—¿Y grabaciones de móviles de las personas que estaban por allí? Puede que alguien captara algo y ni sea consciente todavía —sugirió el policía de Vancouver.

—Lo comprobaremos una vez más, pero en la primera batida no logramos que ninguno de los presentes nos facilitase fotos o grabaciones en las que se viera algo relevante —explicó Thais.

—Tal vez se pueda hacer un llamamiento público para que la gente facilite sus grabaciones —propuso Andrew.

—Lo valoraremos —respondió el jefe Smithers.

—Eso sí, los del departamento de medios digitales van a estar sepultados bajo una montaña de datos. Eso también hay que tenerlo en cuenta —

contraargumentó el detective Rose.

—Los padres dicen que Laurie era muy inquieta y, aunque procuraban que fuera agarrada de la mano de alguno de los dos, solía escurrirse siempre que podía. Además, según ha comentado la familia, se distrajeron porque los dos hermanos mayores empezaron a discutir por algo —completó Thais

—. Cuando quisieron darse cuenta, la niña ya no estaba.

Andrew podía hacerse una idea de lo que estarían padeciendo los padres en aquel momento, ahogados por la culpabilidad de haber desatendido a su pequeña.

—Resulta difícil creer que nadie viera nada —reflexionó el detective Davis.

—Pues créetelo —dijo Ken Rose—. Hay muchísimo ruido y demasiadas distracciones para que la gente se fije en una cría pequeña. No en vano es la mayor festividad de la ciudad. Y vivimos en una sociedad en la que cada uno va a lo suyo.

—Lo comprendo. Pero aun así… No sé —respondió quedándose pensativo. Miró a Spencer. Este seguía metido en un mutismo poco común en él. Como si lo hubiera presentido, el policía moreno clavó sus ojos

oscuros en los de color castaño más claro de Andrew—. Me gustaría entrevistar a la familia —pidió, mirando al jefe de policía en esta

ocasión.

—Ya lo hicimos —dijo el detective Rose—. Creo que necesitan un poco de tranquilidad. Acaban de perder a su pequeña. Si hablamos con ellos, lo ideal sería que fuera para darles buenas noticias.

—No les molestaremos —comentó Andrew, refiriéndose a él y a Tracy

—. Prometo que seremos muy delicados.

—Yo puedo acompañarte —se ofreció Thais.

—Te lo agradezco, pero había pensado en Spence y en mí. Estoy acostumbrado a trabajar con él, aunque a veces se comporte como un puñetero gilipollas —contestó, aprovechando para lanzarle una pulla a su amigo.

La última mención hizo despertar al moreno, que le dedicó una mirada en la que casi se podía leer el odio en sus ojos o, cuando menos, algo que se le parecía bastante.

—No te pases ni un pelo, rubito —dijo con un tono ambiguo.

—Si no os importa, me gustaría ir cuanto antes a hablar con la familia —

continuó Andrew, obviando el comentario de Tracy—. A la vuelta, sería de gran utilidad poder revisar lo que tengáis en el expediente hasta la fecha, si no tenéis inconveniente. Supongo que comprenderéis que partimos con desventaja y necesitamos ponernos al día.

—Claro. Sin problema —respondió el jefe Smithers—. Lo único que me preocupa es encontrar a la niña. Por mi parte, solo os pido que trabajéis como un equipo. Spencer, si estás aquí es porque tú mismo lo pediste antes de marcharte a Vancouver. Y Petrus me sugirió que contara contigo, Andrew. Solo espero que deis lo mejor de vosotros.

—No lo dude, señor. Nosotros somos los primeros a los que nos gustaría resolver esto cuanto antes —finalizó con sinceridad Andrew.

Esa era la verdad.

Estaba deseando regresar a Vancouver.

Capítulo 13

De camino

Salieron de comisaría y se dirigieron al coche que habían alquilado en el aeropuerto. Spencer seguía raro y Andrew no pudo evitar preguntarle qué le ocurría para estar así, aunque se hacía una idea bastante clara.

—¿Se puede saber qué narices te pasa de repente, tío? No has dicho casi ni una palabra, salvo para increparme delante del resto. Gracias, por cierto, por dejarme como un gilipollas.

—Dame las llaves del coche —dijo por toda respuesta.

—Contéstame, Spence.

—Dame las putas llaves del coche. ¿Te vale esa respuesta? —escupió con el gesto contraído.

Estaba de mal humor, de eso no quedaba ni la menor duda. Andrew se había dado cuenta desde el primer minuto de que este caso no era uno más para su compañero, pero su reacción estaba siendo desmesurada. No había conocido hasta ese momento esa faceta suya, salvo al cerrar el último caso en Vancouver, cuando se enfadó con Davis por su forma de reaccionar ante el asesino. Pero aquello parecía una nimiedad al lado del cabreo que tenía ahora su compañero.

—No tengo intención de hacerlo hasta que no me contestes —le desafió con una expresión hierática en la cara.

Entonces Spencer se acercó mucho a él. Andrew ya le conocía y no le intimidaba lo más mínimo. Si pensaba que así iba a conseguir algo, más le valía que fuera quitándoselo de la cabeza.

—Deja de hacerte el duro conmigo, que ya nos conocemos —dijo, recordándole que llevaban el suficiente tiempo juntos como para que ya no le sorprendieran, y mucho menos le atemorizaran, sus reacciones. Spence era perro ladrador pero poco mordedor. Al menos, con las personas a las que apreciaba.

Su compañero siguió mirándole. Tenía las mandíbulas apretadas. El joven detective no estaba seguro de que fuera a contestarle. Sentía su aliento en la cara. Hasta ese punto estaba cerca de él.

—Tenías que hacerte el listo, ¿verdad? —le soltó, con las mandíbulas todavía apretadas.

—¿Qué coño dices?

—Me has entendido perfectamente, así que no disimules. Acabas de aterrizar en Calgary y ya te piensas que sabes más que los demás. Te digo que esta desaparición está relacionada con las anteriores, me da igual lo que opines.

—¿En serio? ¿Estás cabreado por eso? Yo no digo que no estén relacionadas. Solo he intentado no dejarme influenciar por vuestras ideas preconcebidas. No sé por qué te molesta que quiera ver las cosas por mí mismo.

—Lo que me molesta es que te creas mejor que los demás —espetó el detective moreno con rabia, lo que pilló totalmente por sorpresa a su compañero.

—Eso no es cierto, Spence —se defendió Davis, que no entendía su reacción.

—Sí, claro que sí, y no eres más que un niñato.

—Te estás pasando, te lo advierto —dijo esta vez Andrew, señalándole con el dedo índice de su mano derecha.

—¿Y qué me vas a hacer, eh?

Andrew le aguantó la mirada. No tenía sentido pelearse. Era lo que Tracy buscaba, tal vez una forma de desahogarse por la tensión que le producía ese caso. A lo mejor era simple y puro miedo a fracasar en aquello que para él era importante. El miedo tiene múltiples caras y, en ocasiones, resulta difícil detectarlo porque se enmascara por otras emociones como la ira.

—Toma las llaves —dijo Andrew, al tiempo que las sacaba del bolsillo y las ponía al alcance de la mano de Spence. Este las cogió y el rubio se dirigió hacia la puerta del acompañante. Acto seguido, se metió en el coche.



Llegaron al barrio residencial en el que vivía la familia de la niña sin apenas intercambiar una palabra. Siguiendo las indicaciones del navegador del vehículo, estacionaron el coche delante de la vivienda. Spencer apagó el motor.

—Lo siento. Me he portado como un cretino —dijo el detective moreno, mirando al frente.

—Sí, sin duda. Estoy aquí por ti, por si lo has olvidado. Yo desde luego no he pedido venir.

—Estás aquí porque te lo ha mandado Petrus —respondió mirándole esta vez.

—Bueno, eso también —reconoció con una sonrisa en los labios.

—Andrew, esto es importante para mí, ¿vale? Tenemos que resolver este caso de una vez por todas. No puedo fracasar en esto. Si no lo resolvemos… —dijo dejando la frase en suspenso.

—Lo sé. Sé cuánto te importa. Y por eso quiero dar lo mejor de mí.

Vamos a encontrarla y a atrapar a quien o quienes se la han llevado.

—Permíteme que tenga dudas. Llevamos demasiado tiempo con esto sin resultados. Si no lo resolvemos, puede que no haya otra oportunidad hasta dentro de cinco años.

Los ojos de Spencer transmitían con claridad ese temor que le dominaba, ese miedo a no estar a la altura, esa inquietud que le atenazaba por si no lograba cumplir su promesa.

—¿Sabes qué es lo bueno de todo esto? Que para mí todo es nuevo. Yo no tengo que cargar con ese peso del tiempo. Formamos un buen equipo.

Juntos lo conseguiremos. Pero tenemos que confiar el uno en el otro.

Bajaron del coche y se dirigieron a la entrada. Spencer tomó aire. Quería estar lo más sereno posible. La familia necesitaba poder confiar en quienes fueran a hacerse cargo de buscar a su hija.

Capítulo 14

La familia

Llamaron a la puerta. Se trataba de una vivienda unifamiliar con un jardín bien cuidado. Era una construcción de piedra caliza no muy habitual en Canadá. El aspecto exterior recordaba a casas más típicas del norte de Europa. Un *suburban* de alta gama descansaba en la rampa de acceso al garaje.

La situación económica de la familia, por lo que les habían comentado en comisaría, era desahogada. Aquello podía constituir un motivo para los secuestradores, por eso lo habían investigado previamente. Lo que

estaban viendo en ese momento concordaba con esa apreciación. No era solo fachada. Efectivamente, el motivo económico podría estar detrás de ese secuestro. Al menos, eso era lo que pensaba Andrew en aquel instante.

Desde luego, no podían descartarlo por el momento, pues constituía una de las principales razones por las que se raptaba a personas.

No tuvieron que esperar demasiado para que les abrieran. El padre de la niña mostraba un aspecto demacrado y la preocupación de lo sucedido recientemente había dejado un rastro evidente en su rostro. Tenía marcadas ojeras por la falta de sueño y en la frente se dibujaban con claridad unas arrugas que insinuaban los pensamientos que atravesaban su mente.

—¿En qué puedo ayudarles? —preguntó el hombre con la puerta entreabierta.

—Buenos días, señor. Disculpe las molestias. Yo soy el detective Spencer Tracy y este es mi compañero Andrew Davis —se presentó, mostrándole su placa. El hombre se fijó con atención en ella, algo que resultó inesperado para el policía. No era lo más habitual. Estaban acostumbrados a que la mayoría de la gente se fiara.

—No lo entiendo. Perdone, pero en su placa pone policía de Vancouver.

Además, desde anteayer hemos hablado en innumerables ocasiones con la policía. Creo que ya les hemos contado todo —señaló con hastío.

—Podemos explicárselo, pero si no le importa, nos gustaría pasar primero —sugirió Tracy.

Entonces la expresión de su rostro mudó en una preocupación mayor. Los detectives no tardaron en averiguar el porqué. Aquel hombre se estaba poniendo en lo peor.

—¿Han encontrado a Laurie? No me digan que está muerta, por favor —

imploró mirando a uno y a otro alternativamente.

En ese preciso instante, apareció la madre de la niña por detrás de su marido, llevándose las manos a la cara con desesperación.

—No, no. No hemos venido por eso —se apresuró a explicar Andrew —.

Nos hemos unido al equipo de la investigación de la desaparición de su hija, nada más. Y nos gustaría hablar con ustedes para poder conocer su historia de primera mano.

—¿Y por qué vienen de Vancouver? No lo entiendo —expresó el señor Tremblay contrariado.

—Yo trabajé aquí hasta hace unos meses y mi compañero es un criminólogo especializado en desapariciones —mintió Spencer. Andrew le miró sorprendido. ¿Por qué demonios había dicho eso? No le parecía una buena estrategia para ganarse la confianza de aquellas personas comenzar con un engaño.

Los padres se miraron entre ellos, como tratando de decidir si era buena idea. Les seguía pareciendo extraño, pero si era verdad lo que había dicho el moreno, no iban a poner trabas.

—Pasen, por favor —concedió Grant Tremblay.

Justo antes de entrar, Andrew le dirigió una mirada de reprobación a su compañero. Acababa de cargarle sobre los hombros una enorme responsabilidad. Ahora las esperanzas de la familia recaerían sobre una mentira que llevaba nombre y apellidos.

Se dirigieron al salón. La decoración era bastante recargada. Las paredes estaban llenas de marcos de fotos y de cuadros. Había incontables objetos ornamentales por todas partes, lo que resultaba atosigador, especialmente en el caso de Andrew que tenía lo mínimo imprescindible en su apartamento.

Después de rechazar el ofrecimiento de tomar algo, se sentaron en sofás enfrentados. De ese modo, podrían observar los gestos de la familia durante la conversación.

—Sentimos mucho hacerles pasar por esto otra vez —dijo el detective más joven—. Les prometo que seremos breves y no les molestaremos más allá de lo estrictamente necesario.

—De acuerdo —respondió el padre—. Su cara me suena, detective, pero no sé de qué.

—Tengo un rostro muy común —comentó Andrew con una leve sonrisa, tratando de desviar la atención. No quería que saliera a

colación su presencia en los medios en los últimos meses debido a dos investigaciones de cierta relevancia—. Les agradecería que me contaran cómo transcurrió el día desde que se levantaron. Todos los detalles que recuerden pueden ser importantes.

Los padres iniciaron el relato de cómo había sido la jornada desde primera hora de la mañana. Laurie se levantó muy temprano porque estaba muy emocionada por acudir al desfile. Aunque era una niña inquieta, solía ser bastante dócil. Sin embargo, sus hermanos habían comenzado una de sus típicas discusiones ya desde primera hora y eso provocó que estuvieran todos alterados desde el desayuno.

Laurie se empeñó en llevar uno de sus peluches favoritos al desfile.

Debido a todo el estrés de la mañana, los padres accedieron porque no tenían más ganas de discutir. Cuando llegaron a la calle principal por la que circularía el desfile, ya estaba todo abarrotado. La niña iba agarrada de la mano de su madre. Entonces, los dos adolescentes comenzaron otra vez a discutir y la madre fue quien les reprendió. No se dio cuenta de que su hija se había soltado de su mano. Mantenía la teoría de que a la pequeña se le cayó el peluche y fue a recogerlo, pero no podía estar segura. El padre también intervino pidiéndoles un poco de calma. Para cuando quisieron darse cuenta, la niña ya no estaba.

—Encontramos su peluche a varios metros de donde estábamos —

declaró la madre desolada.

—Comenzamos a gritar su nombre y a buscarla inmediatamente. Había varias niñas por allí con el pelo rubio parecido al suyo y de una estatura similar, así que creímos en varias ocasiones que alguna era Laurie. Pero nos equivocamos. Nos costó discutir con algunos padres, pues pensaron que estábamos intentando llevarnos a su pequeña, hasta que se dieron cuenta de lo que pasaba. Era como si se la hubiera tragado la tierra. No había rastro de nuestra querida hija y nadie vio nada. Después de un rato buscándola desesperados, fuimos a pedir ayuda.

A Andrew le pareció sin duda relevante el hecho de que hubiera más niñas similares. Tendrían que averiguar si Laurie Tremblay había sido el objetivo desde el principio o se debía únicamente a la oportunidad surgida

por la distracción que había provocado la riña entre los dos hermanos mayores.

—Ahora les voy a pedir que hagan un esfuerzo recordando lo sucedido en días previos. Necesito saber si han detectado algo raro en las semanas anteriores, si es posible remontarnos tanto.

—¿A qué se refiere con algo raro, detective? —preguntó el padre, solicitando que fuera más concreto.

—Me gustaría saber si han tenido la sensación de que les seguían o les observaban. Si han visto a alguna persona rondarles o les ha llamado la atención ver a alguien desconocido en varios sitios de los que ustedes frecuentan.

La pareja se miró a los ojos. Andrew pensó que podía probar algo con ellos que aprendió en criminología, en una de las asignaturas optativas de psicología en las que se hablaba de la evocación de recuerdos. Hacía mucho que no lo ponía en práctica, pero supuso que refrescando un poco el procedimiento, no le resultaría demasiado complejo. Entonces, intervino Spencer, cortando esa oportunidad que había valorado. Tal vez pudiera retomar aquello en otro momento, si lo estimaban necesario. Al fin y al cabo, estaba en Calgary como invitado. Debía ser prudente.

—¿En qué están pensando? No tengan reparos en compartir con nosotros cualquier cosa que les inquiete. Estamos aquí para ayudarles —afirmó Spencer, invitándoles a hablar.

Sin embargo, les sorprendió que no fueran los padres quienes respondieran, sino la hermana de la pequeña Laurie.

—Yo sí he tenido esa sensación.

Aprensión

De *aprehensión*.

1. f. Escrúpulo, recelo de ponerse alguien en

contacto con otra persona o con algo que le pueda

venir contagio, o bien de hacer o decir algo que

teme que sea perjudicial o inoportuno.

2. m. Opinión, figuración, idea infundada o

extraña. U. m. en pl. *Eso son aprensiones tuyas*.

3. f. aprehensión.

(Diccionario de la Real Academia de la Lengua Española)

Capítulo 15

Todo cambia en un instante

Calgary. 12 de julio de 1988. Volver atrás.

Si pudiera volver atrás, al instante preciso en el que mi vida se truncó, actuaría de forma diferente. Es injusto que, a veces, no tengamos la oportunidad de enmendar nuestros errores. Casi nunca, de hecho. Yo tan solo era una niña pequeña a la que le quedaba mucho por aprender. Pero no tuve tiempo de hacerlo. Mi futuro se extinguió como lo hace la llama de una vela con un mero soplido.

En un solo segundo, pasé de ser una niña que lo tenía todo a perder hasta mi libertad.

Cuando me enfadé, empecé a gritar y me solté de la mano de mi madre, mi hermano empezó a llorar. En ese instante en el que mi madre se despistó, un brazo fuerte me agarraba por la cintura mientras que con la otra mano me tapaba la boca. Unos segundos después, todo se volvió negro.

Llevaba un pañuelo con una droga con la que me quedé dormida al instante. Más adelante lo he sabido. Desperté varias horas después con un cansancio como el que no había sentido jamás. Me pesaba mucho todo el cuerpo, me costaba moverlo. Los párpados de mis ojos parecían de piedra y abrirlos me suponía un esfuerzo inmenso. Mi boca estaba pastosa, como cuando estás enferma.

Recuerdo que lo que vi me extrañó mucho. No entendía nada. De pronto, estaba en un cuarto de una niña que no era el mío, todo de rosa y lleno de peluches. Parecía una habitación de cuento, pero en realidad era de pesadilla. Aquellas cuatro paredes no tenían ni una sola ventana, solo paredes de tosco hormigón revestidas con una pintura del color de un chicle de fresa.

Empecé a llorar y a gritar que quería ver a mi mamá.

Me desgañité.

Recuerdo el dolor de garganta, como si estuviera en carne viva.

Pero no sirvió de nada.

Nadie parecía oírme.

Debí llorar durante horas.

Hasta que volví a quedarme dormida.

Exhausta.

Vencida.

Capítulo 16

Necesito saber

Después de la entrevista con la familia, Andrew le sugirió a su compañero ir a tomar algo previamente a regresar a la estación de policía.

Quería hablar con él y tener unos minutos los dos a solas antes de compartir información con nadie más.

—Esta tarde me gustaría que revisáramos a fondo el expediente de este caso. Deberíamos leer las declaraciones de los testigos —dijo Davis al subir al coche.

—Me parece bien. Cuanto más pronto comencemos, mejor para todos —

respondió Spencer, mientras se colocaba el cinturón de seguridad.

—Podíamos tomarnos algo antes, ¿qué te parece? —sugirió el rubio—.

Es casi la hora de comer y no hemos probado bocado desde que salimos de Vancouver. Hace ya mucho de eso.

Spencer no dudó. Arrancó el coche y se dirigió hacia un pub que servía comidas que frecuentaba cuando vivía en Calgary. Parecía más tranquilo que antes de ir a visitar a la familia. Eso reconfortó, en cierta medida, a su compañero.

Se sentaron en una mesa junto a la ventana. A pesar de que había bastante gente, no era excesivo el bullicio. Ambos pidieron para comer algo rápido, tampoco querían entretenerse demasiado.

—¿Qué opinas? —le consultó Andrew.

—¿De qué concretamente? —preguntó Tracy sin comprender a qué se refería.

—De lo que nos ha contado la familia.

—Es más o menos similar a las veces anteriores, aunque tú no quieras escucharlo —contestó con cierto resquemor. En realidad, debería mostrarse más empático con su amigo. Él también pasó por una situación similar cuando años atrás le hablaron de ese caso y sostuvo que era imposible que el responsable fuera el mismo que el de 1988.

—Ahora sí quiero. Aunque tú no estuviste en las investigaciones anteriores, ¿me equivoco? La última desaparición fue hace cinco años y tú

aún seguías en Vancouver. Estás heredando un caso que no era tuyo.

—No me vengas con pamplinas ahora, Andy. Si estás tratando de usar algún truco psicológico conmigo, vas listo —le avisó Spencer.

—No, tranquilo. Eso pensé en hacerlo con la familia, utilizar una técnica de evocación sensorial. Pero creo que no era un buen momento y no estoy seguro de que nos condujera a algo provechoso en realidad. Tal vez pueda sernos útil más adelante. Pero insisto, estás cargando con algo que no te corresponde. Eso no es sano.

—Sí, sí me corresponde. Se lo debo a Carl y voy a llegar hasta el final, contigo o sin ti.

—No has contestado todavía a mi pregunta —volvió Andrew a reorientar la conversación acerca de qué le había parecido la entrevista con la familia.

—Creo que nos han contado la verdad.

—¿Y la chica? —preguntó el rubio con curiosidad. Quería saber si ambos coincidían en su punto de vista.

—Eso tendremos que investigarlo. Si ella tiene la sensación de que alguien ha estado vigilándoles, no podemos hacer como que no lo ha dicho.

—Estoy de acuerdo. Puede haber miga ahí. Pero estaba claro que no iba a hablar delante de sus padres. Tendremos que conversar con ella en otro momento. Además, no era bueno atosigarles más por hoy.

Spencer le dio un buen bocado a su hamburguesa. Andrew, por su parte, apenas probó un poco. En realidad. no tenía demasiada hambre. Sin embargo, pensó que debía comer, porque era probable que pasara mucho tiempo hasta que volvieran a hacerlo.

—Cuéntame ahora todo lo que sepas de los casos anteriores —le pidió a continuación.

—¿Por qué? ¿Por qué ahora? Aún no has repasado el expediente del caso actual. Resulta un poco contradictorio respecto a lo que dijiste antes en comisaría —rebatió Spencer, no sin cierta mala intención.

—Y no te falta razón. Pero ya tengo una idea propia. Ahora necesito ver si encaja con todo lo que vosotros creéis o, por el contrario, simplemente estáis intentando a toda costa encontrar la pieza del puzle que falta sin importar si se corresponde o no.

—Y todavía dices que no te crees más listo que los demás, ¿no, rubito?

Pues a mí me parece que estás siendo un poco soberbio —apostilló el moreno.

Andrew le miró ofendido. No era esa su intención ni mucho menos. Le parecía mentira que le dijese eso después del tiempo que llevaban trabajando juntos.

—No es lo que pretendo, Spence. Ni mucho menos. Pienso que ya he cometido demasiados errores en mi vida que demuestran que precisamente no soy el más listo de la clase —respondió con acritud.

Entonces el otro reculó. Sabía a qué se estaba refiriendo. Estaba siendo injusto con su compañero. Desde que le conocía, en ningún momento le había parecido un joven prepotente.

—Lo siento, ¿vale? Creo que me he pasado —reconoció contrito.

—Te llevas pasando todo el día conmigo —le recriminó Davis—. Ya está bien. Es hora de que vuelvas a confiar en mí. Yo confié en ti en mis peores momentos y apenas te conocía. ¿Vas a contármelo ya de una vez? Necesito saber, Spence. Necesito que me lo cuentes todo.



Hannah estaba de un humor de perros. Intuía que el hecho de que su actual pareja se hubiera tenido que desplazar a Calgary no respondía meramente a motivos laborales. Llevaban muy poco tiempo de

relación y una separación en ese momento no le parecía lo más oportuno, sobre todo conociendo los antecedentes de Andrew.

No pensaba dejarlo pasar.

Le iba a plantar cara a su padre y decirle cuatro cosas.

Necesitaba saber sus motivos, por qué razón quería alejarle de ella.

Andrew le gustaba mucho. Demasiado, para lo que era habitual en la pequeña de las hijas de Adrian Petrus. A sus veintiocho años, no había tenido ninguna relación seria, ni encontrado a nadie que hiciera que le apeteciera estar con él más allá de unas pocas noches. Era una joven que rehuía los compromisos.

Hasta ese momento.

A lo mejor, fue la falta de interés que Andrew había mostrado en cuanto le dijo quién era su padre. Tal vez le molestó saber que él no iba a intentar ir más allá. Quizá era que, en cierto modo, hirió su orgullo. Fuera lo que fuese, se había dado cuenta de que lo que sentía por él no se parecía en nada a lo que había sentido por otros chicos.

El hecho de que Andrew se marchara lejos de Vancouver en aquel momento, no le parecía una buena forma de asentar su relación. Por lo poco que conocía del joven detective, sabía que hacía mucho tiempo que huía de una pareja estable y que tenía fama de mujeriego. Al menos, esos eran los rumores que circulaban por ahí. Sin embargo, cuando estaba con él, no tenía esa impresión, sino que parecía que sus sentimientos eran similares a los de ella, aunque él no se hubiera precipitado tanto como Hannah al declarar lo que sentía.

Tenía miedo a perderlo.

Y aquel era un sentimiento nuevo para ella.

Capítulo 17

REIato

Daba la sensación de que Spencer trataba de buscar las palabras adecuadas antes de iniciar su relato. No era propio de él, que solía decir lo que pensaba sin más, sin darle demasiadas vueltas. No le había parecido a Andrew una persona dada a la introspección hasta aquel momento. Ahora empezaba a conocer una faceta nueva de su compañero.

—Espero que me escuches con mente abierta, ¿de acuerdo? —le pidió Tracy circunspecto.

—Es lo que trato de hacer siempre —aseguró Davis.

—Muy bien. Pues ahí va. En 1988 desapareció una niña de cinco años rubia y con ojos azules el día del desfile de la Gran Estampida. Si te la describo, aunque sea someramente, es porque, sin duda, ese dato es relevante.

—Me hago cargo.

Spencer cogió aire de forma sonora. Parecía que necesitara insuflarse ánimo para hablar de aquello. Había algo que, por el momento, se le estaba escapando a Andrew.

—Sucedió en plena celebración y con la calle abarrotada. Los padres tardaron en darse cuenta, puesto que la niña tenía un hermano algo más pequeño que, según narró la familia si la memoria no me falla, era bastante inquieto y había salido corriendo porque vio un juguete que le gustaba.

Cuando por fin le cogieron, se dieron cuenta de que la niña ya no se encontraba a su lado. En un primer momento, pensaron que se había enfadado y se estaba escondiendo. Según parece, tenía muchos celos del pequeño y aquel día estaba ofuscada por algo.

—Y supongo que nadie vio nada.

—Exacto.

—¿Es lo que recuerdas de lo que te contó Carl en su día?

—Y de lo que leí yo en su momento. Quería entender por mí mismo su obsesión con este caso.

Andrew le miró comprendiendo lo que pasaba por la mente de su compañero. No se había conformado con escuchar el relato sin más. Lo había contrastado leyendo los informes.

—¿Qué hizo la familia? —se interesó, animándole a que siguiera hablando.

—Trataron de buscarla y preguntaron a todas las personas que estaban por allí. Enseguida comprendieron que debían acudir a la policía. La niña se había esfumado.

—¿En algún momento pidieron un rescate? ¿Contactó alguien con los padres? —indagó Andrew, motivado por la posible teoría de la motivación económica.

—No, que sepamos. Al menos, no me contó nada Carl con relación a ese tema. Tampoco leí ninguna referencia a ello.

—Hasta ahora, no hay nada nuevo respecto al caso actual —reflexionó el detective rubio.

—Exacto, todo es similar. Aunque puede que sea pronto para saber si los secuestradores van a pedir algún tipo de rescate o no.

—Sin embargo —continuó Andrew—, hay que reconocer que esto se parece casi a cualquier desaparición. No veo todavía la relevancia. Supongo que comprendes lo que quiero decir.

Spencer le entendía a la perfección. Le recordaba a él unos años atrás, cuando se mostró tan escéptico. Era cierto que había similitudes, pero parecían más bien circunstanciales.

—No he terminado. Porque no ha sido solo un caso. Han sido ocho con esta. Ocho niñas de en torno a cinco años, rubias con ojos azules que han desaparecido el día del desfile. Ocho niñas de las que no volvimos a saber nada, salvo las dos de las que se encontró el cadáver pero que llevaron a la policía de Calgary a un callejón sin salida.

—Treinta y cinco años es demasiado tiempo para establecer un patrón, Spence. Supongo que estarás conmigo en eso. ¿No han desaparecido más niñas de cinco años rubias y de ojos azules desde entonces, salvo esas ocho que comentas?

—Claro que lo habrán hecho, pero no me puedes negar que es demasiada casualidad que desaparezcan el mismo día —continuó argumentando.

El detective más joven miró a su compañero reflexionando acerca de lo que estaban hablando. No quería conformarse sin más. Algo le chirriaba en todo aquello.

—¿Seguro que es el mismo? Quiero decir, ¿estás hablando del mismo día exactamente de cada año?

—Ya sabes a qué me refiero. El desfile no es siempre el mismo día de julio, eso lo sabes igual que yo, cualquier canadiense conoce ese dato, pero suele ser en fechas muy similares. Lo relevante aquí es que

aprovecha el bullicio de ese evento para llevarse a su presa. El volumen de gente en la ciudad crece, hay un ambiente festivo por todos los sitios, las calles están a rebosar, algo que no es demasiado frecuente por aquí.

—No obstante, no puedes asegurar que se las hayan llevado. Tal y como tú mismo has dicho, solo habéis encontrado a dos de las ocho niñas. No hay más evidencias de que sean secuestros.

Andrew sabía que estaba forzando demasiado sus argumentos. Pero tenía sus motivos. Quería que Spencer fuera crítico, tal y como solía ser habitual en él. No quería que se tragase conclusiones preliminares sin masticar. En eso consistía su trabajo en cierto modo, en desconfiar de todo y de todos.

—¿Y qué? —preguntó el otro con el ceño fruncido. Era evidente que su cabreo iba en aumento.

—Nada, Spence. Solo estoy intentando que te des cuenta de que vuestro gigante tiene pies de barro. ¿Por qué no habéis encontrado a las demás? Si fueran los mismos o el mismo sujeto, el patrón posiblemente se repetiría también en eso. Si las secuestra y luego las asesina, lo haría con las demás.

—¿Y quién dice que no lo hace? Tal vez fue más cuidadoso deshaciéndose de los otros cuerpos. Puede haberse vuelto descuidado. O tal vez sigan vivas.

Al detective Davis le preocupaba cuánto parecía obsesionar ese caso a Spencer. Había heredado la investigación con la culpa de otro y la había asumido como propia.

—Yo no digo que todo esto no esté relacionado. Mi intuición, como a ti, me dice que lo está. Simplemente pretendo que seamos exhaustivos y no dejemos ninguna teoría fuera porque no encaje con la que ya barajáis.

Podemos fácilmente caer en una investigación sesgada desde el principio y que eso nos lleve a otro callejón sin salida. Tal vez ese haya sido el problema todos estos años, volver una y otra vez sobre lo mismo. Hay que ser creativos. Por eso te pido que comencemos como si esto fuera un caso nuevo hasta que tengamos algo más sólido.

Spencer reflexionó. Sabía que su compañero tenía razón. Sin embargo, estaba convencido de que la desaparición de esa niña no era un caso

aislado, sino que hundía sus raíces en el pasado.

—Ahora necesito saber por qué era tan importante esto para tu compañero, Spence. Necesito oírlo todo. Entiendo que fuera un caso relevante para él por lo que ya me contaste. Pero intuyo que hay algo más.

—Lo primero de todo, debes tener claro que Carl era un hombre íntegro y un gran policía.

—No lo dudo —respondió, sin entender a qué venía ese comentario que parecía estar fuera de lugar.

—Al poco de incorporarse al cuerpo, tuvo que investigar la desaparición de aquella cría en 1988. Le prometió a la familia que encontraría a su hija y se murió sin cumplir su promesa. Era algo que le tenía absolutamente destrozado.

—Esto ya lo hablamos —comentó Andrew ante la reiteración de lo que ya le había relatado—. Es un error que cometemos con relativa frecuencia.

No podemos hacerle ese tipo de promesas a las familias.

—Creo que esa lección la aprendió tarde.

—Pero hay algo más —insistió Andrew.

Spencer le miró entrecerrando los ojos. Sí, claro que había algo más y en ningún momento se había planteado ocultárselo. Antes o después, lo descubriría por sí mismo. Solo tendría que leer los informes.

—Joder, rubito, debo reconocer que a veces eres un puto lince —comentó Spencer con una sonrisa desvaída. Sí, claro que había algo más.

—Gracias por el cumplido. Y ahora, desembucha que hoy te estás haciendo mucho de rogar —dijo sonriendo.

—La última niña que desapareció antes de esta era su nieta.

A Andrew le cambió la cara.

Ese sí que era un motivo para obsesionarse con aquello.

Capítulo 18

El día “d”

Regresaron a comisaría. Andrew también compartía esa sensación de que la nueva desaparición estaba relacionada con las anteriores, pero no quería dejarse influenciar. Su mente analítica no paraba de decirle que era imposible que fueran los mismos los que estuvieran detrás de aquello.

Treinta y cinco años son demasiados. ¿Qué edad podrían tener ahora los supuestos secuestradores, si es que eran varios? Quien se llevara a la primera niña en 1988 debía contar, como mínimo, con veinticinco años en aquella época. Ese tipo de delitos no son habituales en personas más jóvenes. Al menos, es lo que cuentan las estadísticas.

Por otro lado, debido a que los supuestos secuestradores no habían establecido contacto en ningún momento con las familias, no podían estar seguros de si las mantenían con vida durante algún tiempo o eran asesinadas al poco de raptarlas. Incluso cabía la opción, poco probable por otra parte, de que alguna de ellas continuara con vida.

Muchas hipótesis se empezaban a formar en su cabeza y sabía que era demasiado pronto. De momento, procuraría convertirlas en preguntas que pudieran ser de utilidad. Tal y como le había dicho a Spencer, si se dejaba llevar por esas primeras teorías que habían empezado a germinar en su cabeza, podría dejar fuera todos aquellos datos de utilidad que no cuadrasen con ellas.



El día elegido para el secuestro desde luego no era casual. No obstante, Andrew sospechaba que el motivo de su elección no era simplemente debido al bullicio y la distracción propias de esa jornada en concreto. Tenía que haber algo más detrás. De hecho, si estaban en lo cierto, era la octava ocasión en la que se elegía como fecha para secuestrar una niña. El día “D”

escondía algún motivo que todavía no podían vislumbrar.

Buscó información relativa a la familia de la pequeña desaparecida.

Localizó el teléfono de algunos profesores y amigos de los hijos de la pareja, a los que entrevistarían en los próximos días. El objetivo era conocer un poco el entorno de la familia. ¿Tenían enemigos? ¿Alguien que les había amenazado? ¿Tal vez alguna persona quería vengarse de ellos por alguna razón? ¿Había alguien que pretendiera hacerles daño quitándoles lo que más querían?

El padre era autónomo y tenía una boyante empresa de fontanería que les generaba importantes ingresos. Sin embargo, no parecía ser una profesión que condujese a muchas enemistades. Cuesta creer que un cliente descontento porque le hayan instalado mal la tubería del desagüe vaya a vengarse secuestrando a la hija pequeña.

Además, las cuentas de la empresa estaban saneadas, por lo que habían podido investigar. No tenía deudas de ningún tipo, salvo la hipoteca con el banco.

Por su parte, la madre trabajaba desde casa, más por gusto que por otra cosa, puesto que el negocio del marido les daba más que de sobra para vivir de forma desahogada. Eran una pareja bien avenida con sus respectivas familias y contaban con bastantes amigos, tal y como irían averiguando según avanzase la investigación. Asimismo, en el vecindario estaban bien considerados.

Quedaba, por lo tanto, hacer indagaciones acerca de esa supuesta persona que la hija mayor había percibido que la vigilaba.



¿Por qué es importante el día del desfile? Atrévete

a probar tus teorías. Sigue el siguiente enlace:

https://arielzorion.com/adentrate-en-la-investigacion-de-la-biografia-

del-miedo/por-que-es-importante-el-dia-del-desfile/

Capítulo 19

De color de rosa

Calgary. Verano de 1988

Perdí la noción de los días. Tampoco eso es que sea difícil en una niña, pues a la edad que yo tenía los límites del tiempo son tan difusos e imprecisos que solo diferencias los días de las noches. Las horas son algo abstracto, indeterminado, algo volátil imposible de aprehender con los dedos. El tiempo no se puede atrapar con una red para mariposas, sino que se diluye y difumina como volutas de humo mezcladas con un viento de primavera.

Era incapaz de calcular cuándo fue la última vez que me abrazó mi mamá. Sentía en mi piel el frío de la ausencia. El desconsuelo que

tenía era tan grande, que parecía que se había abierto un cráter en mitad de mi pecho.

Y dolía. Dolía como si algo hubiera golpeado mi corazón.

La vida transcurría entre cuatro paredes rosas, en un continuo suceder de nadas. Odié ese color más de lo que habría podido imaginar. En momentos de rabia, rompí alguno de los peluches que llenaban mi cama. No quería que estuvieran allí, no quería que me gustasen, aunque a veces me abrazase a alguno de ellos buscando un consuelo que no encontraba ni volvería a encontrar jamás. Porque dicen que los niños se adaptan con facilidad a las nuevas situaciones, pero no es verdad. Yo nunca pude acostumbrarme a aquello. Solo pensaba en correr, en escapar, en alejarme de allí todo lo que pudiera.

El llanto intenso hacía que me doliera la cabeza como si una taladradora se hubiera metido dentro de mi cráneo. De mis ojos se escapaban lágrimas a borbotones y los notaba rojos, hinchados e irritados.

Sentía un frío dentro de mí que no sé bien cómo describir. Estoy segura de que era puro terror, porque no sabía qué tenían pensado hacer conmigo.

Era pequeña e indefensa y, a pesar de ello, me mantenían encerrada como si fuera un animal salvaje y peligroso al que tuvieran que tener aislado del mundo.

El cuarto no contaba con ventanas. No podía ver el cielo, ni las nubes, ni dejar que los rayos de sol me calentaran suavemente la piel. Mis días eran de un color rosa aburrido.

Un día tras otro.

Todos iguales.

Inquietar

Del lat. inquietāre.

1. Quitar el sosiego, turbar la quietud.

U.t.c. prnl.

2.tr. Der. Intentar despojar a alguien de la

quieta y pacífica posesión de algo, perturbarlo por

ello.

(Diccionario de la Real Academia de la Lengua Española)

Capítulo 20

Cena y conversación

Regresaron bastante tarde al hotel. Estaban agotados, física y emocionalmente. Cuando es un niño quien desaparece, la carga que recae sobre los investigadores parece multiplicar su peso por mil.

Se dirigieron cada uno a su habitación para darse una ducha y quedaron poco después en el bar del hotel, confiando en que todavía les sirvieran algo de cenar.

Por suerte para ellos, aunque ya habían cerrado la cocina, sí podían prepararles un par de bocatas fríos. Eso era mejor que nada.

—¿Vas a contarme qué te pasa con Hannah? —preguntó Spencer, sorprendiendo así a su compañero, quien no esperaba que sacase ese tema.

—En realidad, no es nada.

—No me engañes, rubiales. Algo te ronda la cabeza. Ya nos vamos conociendo, ¿eh?

Andrew suspiró.

—Me gusta mucho, ¿sabes? Desde que rompí con Melissa, no había sentido nada similar. Creí que ya no sería capaz de tener otra relación duradera. Es más, no creí que me apeteciera tenerla.

—Pero…

—No sé. Pienso que es debido a la conversación del primer día que estuvimos juntos. Fue un poco extraña, ¿sabes? Me resultó algo inquietante, pero supongo que solo son cosas mías. Tal vez estoy exagerando. No había reparado en ella hasta hace poco.

—Cuéntamelo. A lo mejor puedo ayudarte. A veces, una relación puede dar miedo. Eso te lo digo por experiencia.



Andrew comenzó a relatarle cómo sucedió todo aquel día, cuando el

padre de la joven, el jefe de policía Adrian Petrus, les vio besarse en las inmediaciones de la comisaría y luego irse juntos agarrados de la mano.

—¿Te apetece que hagamos algo? —le sugirió ella, después de besarle y darse cuenta de que por fin había vencido sus resistencias. Había llegado a pensar que no tendría ninguna oportunidad con él por ser la hija de quien era.

—No sabes cuánto me gustaría. Pero hoy no me encuentro bien. He salido antes del trabajo por eso. Tengo malestar general, ¿sabes? Mi plan hoy es tumbarme en el sofá debajo de una manta a ver si se me pasa. No creo que vaya a ser la mejor compañía para nadie.

—Para mí sería un plan perfecto meterme debajo de la manta contigo.

Él la miró. Las palabras sonaban muy sugerentes, y más al ir acompañadas de aquel tono de voz. En circunstancias normales, no habría dicho que no, especialmente en el caso de esa joven que tanto le atraía. Tal vez era esa mirada fiera lo que le arrastraba, pero de lo que no tenía dudas era de que ejercía un magnetismo irracional sobre él. Sin embargo, aquel día se encontraba realmente mal. Estaba inapetente.

—No sé si me has entendido bien…

—Claro que sí, Andrew. Sé que no estás bien y lo que quieres decirme. Y

a mí me apetece tumbarme a tu lado, nada más.

El joven la miró un tanto enternecido. No se esperaba aquella reacción por su parte. Si era lo que ella quería, no pensaba decirle que no. Tal vez estaba siendo egoísta, pero ya llevaba demasiado tiempo viviendo solo. Un poco de compañía y cuidados siempre son bien recibidos cuando te sientes enfermo.

Se dirigieron hacia su coche, el cual estaba estacionado a pocos metros, en uno de los aparcamientos reservados para los policías. En el trayecto, de apenas quince minutos hasta el edificio en el que residía Andrew, escucharon música y hablaron de nimiedades.

Cuando llegaron a su apartamento, Hannah se sorprendió de lo que vio.

Era muy luminoso, con grandes ventanales. El salón y la cocina

estaban integrados en una sola estancia y un amplio dormitorio con baño completaba el piso. No obstante, lo que más le llamó la atención fue lo ordenado y limpio que estaba todo.

Su vivienda decía mucho de él. En realidad, aquel joven que podía parecer despreocupado, necesitaba tener determinadas facetas de su vida bajo control.

—Tienes un piso muy acogedor —comentó la joven.

—Supongo que es una forma muy elegante de decir pequeño.

—No, para nada. Me gusta mucho, de verdad.

Él la miró con una sonrisa desganada. Estaba deseando tumbarse, pero no quería ser demasiado brusco. Ella leyó en su expresión lo que pasaba por su mente.

—Ve a descansar. Se nota que no estás bien.

—Lo siento, Hannah, de verdad. Necesito dormir un rato. Tumbarme, al menos. Tal vez después, si me encuentro un poco mejor, podemos hacer algo juntos. Puedes utilizar lo que necesites. En la nevera tienes bastantes cosas si te apetece prepararte un tentempié. Y tengo algunos canales por cable, si quieres ver algo en la tele.

—Acuéstate, anda —insistió ella.

Andrew se tumbó en el sofá sin desvestirse. Hannah le cubrió con una manta. Después, se sentó en el sillón que había en el pequeño salón y se puso a consultar su móvil. Desde luego, era una situación anómala. Una forma singular y extraña de comenzar una relación.

Andrew se quedó dormido al poco tiempo. Poco más de una hora después se despertó. El analgésico que se había tomado al llegar, parecía haberle hecho efecto. Se sentía algo mejor.

Nada más abrir los ojos, vio que la joven le estaba mirando. Él la sonrió.

Se incorporó en el sofá y retiró la manta. Entonces la chica se fue a sentar a su lado. Tocó su frente y le dio la impresión de que no estaba excesivamente caliente. Su aspecto había mejorado ligeramente, aunque sus ojos parecían un tanto febriles.

Precisamente fue a su estado a lo que Andrew achacó lo extraña que le

había parecido la conversación que habían mantenido a continuación.

—¿Te has enamorado alguna vez? —le preguntó Hannah, pillándole absolutamente de improviso.

—Sí, una. Hace ya tiempo de eso —respondió escueto.

—Yo nunca. No sé lo que es estar enamorada.

Andrew la miraba expectante. ¿A dónde quería ir a parar? No tenía un buen día para conversaciones intensas. Aunque se encontraba mejor, todavía sentía cierto malestar. A veces, es más importante dejar actuar al silencio, que hallar las palabras exactas que decir. Escuchar puede ser la mejor respuesta.

—Creo que me he enamorado de ti —le soltó a bocajarro.

Andrew se quedó con la boca abierta. No sabía qué decir. Él no se encontraba en su misma situación ni mucho menos. En todo caso, no

todavía. Le gustaba, le parecía tremendamente sexi y bonita. Pero de ahí a estar enamorado, hay un buen trecho. Ella se dio cuenta de que aquello había desconcertado al joven detective.

—Sé que nos acabamos de conocer, por eso no entiendo qué me pasa.

Apenas nos hemos visto ni hemos hablado. Y no comprendo por qué siento lo que siento. Solo sé que esto es nuevo para mí. Y me da miedo porque nunca he sentido el abandono ni la pena que provoca el desamor. Y yo no soy una persona fácil, Andrew. Antes o después, querrás salir corriendo.

Había estado cavilando sobre ello mientras le veía dormir. Tras la noche que pasaron juntos, se sorprendió al día siguiente pensando en él. Cuando Andrew le mandó los mensajes diciendo que le gustaría que se volvieran a ver, se ilusionó como no lo había hecho nunca antes. Después, él desapareció y supo que no la llamaría cuando se enteró de quién era su padre. Tal vez esa era la clave. Estaba acostumbrada a conseguir lo que quería y a que los hombres fueran tras ella. Pero con él no iba a pasar. Tal vez fue eso lo que despertó un deseo mayor.

Mientras Andrew dormía, tuvo mucho tiempo para pensar. Le había estado observando con detenimiento. Su boca de labios perfectamente perfilados, como si los hubiera delineado un dibujante, unos labios masculinos y atrayentes que dibujaban una preciosa sonrisa que

iluminaba su rostro. Le encantaba su forma de mirar. Sus ojos castaños eran serenos y tranquilos, pero despiertos y vivos a la vez.

—No tiene por qué ser así —dijo él entonces, en referencia al último comentario de Hannah. Sin embargo, en cierto sentido, sí había experimentado la necesidad de salir corriendo después de lo que acababa de declararle.

Ella acercó sus labios a los suyos. Sabía que no iba a pasar mucho más aquel día. Y no le importó. Solo estar con él ya la reconfortaba. Eran dos almas tratando de encontrarse. Dos almas que circulaban por autopistas diferentes en aquel instante.

Capítulo 21

Desconcierto

Spencer le miraba atónito. Pensaba en el Andrew que él conocía, jovial y nada entusiasta del compromiso con ninguna mujer, por lo poco que había comprobado por sí mismo. Aquello que le acababa de relatar le resultaba, cuando menos, chocante y excesivo.

—¿Y cómo no saliste por patas después de eso, tío? —le preguntó Tracy absolutamente desconcertado. Una conversación como aquella, habría despertado auténtico pavor en él.

—Porque estaba convaleciente. No habría llegado muy lejos —respondió bromeando. Los dos rieron después de ese comentario.

Sin duda, los miedos son libres y cada uno los siente ante distintas situaciones. Los temores son muy personales y hunden sus raíces en nuestras experiencias, hasta en las más tempranas. La ansiedad por separación, por ejemplo, suele ser fruto de un apego mal constituido o, incluso, anulado e inexistente. Nuestros miedos van conformando, en cierta medida, la biografía única y personal de cada uno.

—No lo sé —dijo Andrew, ahora en serio—. Ya han pasado un par de meses de aquello, Spence. Tal vez ese día le hubiera ocurrido algo que la impulsara a decir todo eso. Después de aquel día, no hemos vuelto a mantener una conversación similar.



Los detectives quedaron en verse a primera hora de la mañana para ir a comisaría. Debían aprovechar el tiempo. No creían que Petrus estuviera dispuesto a ceder a sus dos agentes de manera indefinida.

Sin embargo, la reacción del jefe de policía de enviar a Andrew había sido provocada por un miedo personal. Temía que aquel noviazgo pudiera ser perjudicial para su hija y terminara por resquebrajar la relación de esta con su padre. Así que no estaba en sus planes reclamarles a corto plazo, salvo que fuera perentoriamente necesario.

A Spencer la conversación de la noche anterior con Andrew le había removido sin pretenderlo. Aquella mañana, se sorprendió determinado a volver a ponerse en contacto con su ex. Pero era mejor no hacerlo en caliente. Tendría que dejar enfriar aquella zozobra que le había invadido.

Las cosas terminaron bastante mal entre ellos. Ambos tenían fuertes temperamentos. Y a él le pudo su miedo innato y visceral al compromiso.

No es que se planteara volver con ella. Simplemente, le apetecía que su relación no fuera una guerra fría y llegaran a encontrar un término medio en el que pudieran hablar sin tirarse los trastos a la cabeza. Habían compartido demasiado.

Cuando llegaron a comisaría, Andrew y Spencer se reunieron con los detectives Ken Rose y Thais Sorenson, al cargo de esa desaparición. Estos estaban interesados en conocer cómo les había ido el día anterior a los de Vancouver con la familia de la niña. Sinceramente, no esperaban que aquello les hubiera dado ningún resultado. Es más, Rose estaba convencido de que habría sido una estúpida pérdida de tiempo.

Thais y Ken, por su parte, habían estado interrogando desde el día anterior a los trabajadores de los locales próximos al lugar en el que la niña fue vista por última vez y los alrededores. Convocaron también a otros posibles testigos del secuestro que estaban cerca de la familia aquel día y de los que se había tomado los datos el día D. Les costaría días sacar adelante todos esos interrogatorios, pero era fundamental. Llevaban dos jornadas de locura. Hasta el momento, nadie parecía tener información fidedigna, aunque una declaración sí les había llamado la atención.

—Ya sabéis cómo va esto —compartió Thais—. Algunos tratan de tener protagonismo y se inventan cosas que no tienen ni pies ni cabeza. Sus quince minutos de atención y fama, como se suele decir.

—Si supieran lo que interfieren en las investigaciones y lo que pueden ralentizarlas, no lo harían —dijo Ken.

—No estoy tan seguro. A algunos, eso les daría igual. Quizás hasta les alentaría más —señaló Spencer.

—Veo que sigues siendo tan cínico como siempre —observó Ken.

—No hay que perder los buenos hábitos. El cinismo mantiene la mente alerta.

—¿Qué tal si nos centramos? —sugirió Andrew.

—Tranqui, rubito —le dijo su compañero—. Es necesaria la charla distendida, aunque sea de tiempo en tiempo. Pon en pausa ese cerebrito

tuyo de vez en cuando y dale un respiro.

—No, gracias. No quiero que me empiecen a morir neuronas como a ti.

—Serás capullo, enano —respondió entre risas, mientras hacía en broma un gesto de que fuera a darle una colleja. Entonces fue la detective Sorenson la que centró la conversación.

—¿Sacasteis alguna conclusión de la entrevista a la familia? —preguntó Thais.

—Sí, eso creo. Hay algo que puede ser interesante, a pesar de que tampoco es que esperase grandes resultados —respondió el detective Davis

—. Pero quería contactar con ellos y observar la dinámica familiar en primera persona.

La chica le miró interesada.

—¿Haces perfiles psicológicos?

—No. No soy perfilador, pero sí soy muy observador. El lenguaje corporal es una gran herramienta a través de la cual obtener información que muchas veces sería inaccesible de otro modo.

Tracy le miraba atónito. No habían comentado nada de aquello. Ken soltó una risilla desconfiada. No creía en esas paparruchas. Él era un poli de los de antes, de los que creían en los hechos y en lo que podía ver con sus propios ojos. Toda esa tendencia sobre el análisis del comportamiento de los sujetos le parecía una sarta de tonterías sin fundamento. Reprimió un exabrupto, aunque no pudo esconder su

gesto de fastidio.

—¿Y qué te ha dicho el lenguaje corporal de la familia? —preguntó Thais con mucho interés. El detective despertaba su curiosidad. Había algo en él que llamaba poderosamente su atención y no sabía concretar qué era con exactitud. Al margen del atractivo físico, claro.

—No solo ha sido eso, sino la dinámica entre ellos. El padre es dominante. Los hijos mayores apenas le miran. Dirigen siempre la atención a su madre. Cuando la chica nos dijo que tenía la sensación de que alguien la observaba, miró a su padre con recelo y me atrevería a decir que también con miedo. Por eso no creímos oportuno preguntarle nada al respecto en ese instante. Lo más seguro es que nos hubiera respondido con evasivas.

—¿Y de qué demonios nos sirve todo eso? —rebatió con incredulidad Ken Rose, que no se pudo reprimir más.

—De momento, no lo sé. Solo os estoy comentando las impresiones iniciales. Hasta ahora lo que te puedo decir es que él culpabiliza a la madre porque la niña iba agarrada de su mano.

—Debiste ser el más listo de tu clase —ironizó Ken.

—Cierra el pico, capullo —le increpó Tracy—. Este tío es más inteligente de lo que te crees.

—Gracias, Spence, pero puedo defenderme solo. Ken, únicamente he respondido a tu pregunta. No trato de hacerme el listo. Pensé que nos vendría bien poner sobre la mesa las apreciaciones de cada uno. Pero si eso no va contigo, tranquilo, no pasa nada.

Andrew se dio cuenta de que no le caía bien al detective. Era de la vieja escuela y, además, estaba seguro de que le habría sentado mal que hubiera dos polis de Vancouver investigando con ellos, a pesar de que la presencia de Spencer Tracy estuviera relativamente justificada. Aquello lo interpretaba como una falta de respeto. Tal vez sentía miedo a que no confiaran en su valía. Detrás de nuestras inseguridades, se esconden temores bajo diferentes disfraces. Y Ken Rose no quería ver que nadie socavara su autoridad.

—Yo mejor, si no os importa, prefiero volver al trabajo de verdad, en lugar de escuchar mamarrachadas —respondió el detective Rose con evidente inquina, al tiempo que se levantaba y abandonaba la sala.

La conversación, sin duda, había sido de todo menos fructífera. Como

mínimo, esa era la sensación que tenía el detective Davis.

—A mí me gusta como piensas —le dijo Thais Sorenson, con un brillo interesante en la mirada que Andrew no supo o no quiso interpretar. Se notaba que era una joven con ambición y con muchas ganas de aprender y mejorar en su trabajo.

Acto seguido, la chica cogió su carpeta y salió detrás de su compañero.

Justo antes de atravesar la puerta, se giró y le guiñó un ojo.

«¿Qué acaba de pasar?», se cuestionó Andrew para sus adentros. En aquella breve reunión se habían mezclado emociones y sentimientos que habían terminado por nublar en parte la razón.

—Esto no va a ser fácil —observó el detective Davis, ya a solas con Tracy.

Ambos recogieron sus documentos y sus teléfonos móviles, los cuales reposaban sobre la mesa. El tiempo estaba siendo bastante cálido, pero el aire acondicionado había permitido mantener una temperatura agradable, a pesar de que, al final, se terminaran por caldear los ánimos de manera inesperada.

Cuando salieron de la sala, Spencer de repente se acercó y habló a su compañero casi al oído. Se aproximó tanto, que le pilló desprevenido.

—¿Ahora eres muy observador? ¿Tienes pensado sacarte algo de la chistera, rubito? —le preguntó con sarcasmo el detective moreno.

Andrew podía sentir su aliento en la mejilla. Así de cerca le tenía. El comportamiento de Tracy no hacía más que desconcertarle desde que habían volado a Calgary.

—Soy más observador de lo que la gente suele creer. Muchas veces me han dicho que soy despistado y que tengo problemas de atención. Puede que lleven razón en parte, pero también es cierto que presto atención a cosas que a otros se les escapan. Tal vez en este caso, este supuesto defecto nos sea de utilidad.

El otro le agarró la nuca y acercó su frente a la del más joven. Cualquiera que les viera y desconociera la conversación que estaban teniendo, podría malinterpretar las cosas. No sería difícil hacerlo. Por suerte, Andrew no era de esas personas a las que le incomodase en exceso el contacto físico.

—Eso espero. Confío en ti, ya lo sabes.

Capítulo 22

Origen

Calgary. Verano de 1985

Lillyth parece que se está recuperando bien. Hemos estado sumidos en una profunda preocupación desde su nacimiento. Es demoledor cuando a unos padres les dicen que su pequeña tiene una enfermedad y que el pronóstico es incierto, que habrá que esperar a ver cómo evoluciona y responde a los tratamientos. El miedo que se siente en ese momento es tan enorme que lo llena todo, cada átomo de realidad. Desde ese instante, vivimos bajo su influjo, despertándonos a medianoche llenos de temor por si nuestra pequeña no lo supera y la perdemos demasiado pronto. Porque, por desgracia, a veces las ganas no ganan.

Es inconcebible que algo así pueda suceder. Nadie es capaz de saber la rabia que se siente si no ha pasado por ello. Es tan injusto. Tratas de buscar una explicación, pero no la hay, y eso te desespera un poco más. Porque no comprendes, porque es difícil asumir algo que no tendría que ocurrir.

Ningún niño debería pasar por esto.

Tanto sufrimiento…

Y tanto miedo…

Lillyth siempre ha sido preciosa. Ya desde bebé llamaba mucho la atención con sus enormes ojos azules. Parecía tan despierta desde el principio, tan espabilada. Según ha ido creciendo, hemos visto que este ángel tiene algo especial. No solo es su mirada clara y su precioso cabello rubio, es la felicidad que irradia. A pesar de todo lo que ha tenido que sufrir, nunca ha dejado de sonreír. Ella ha sido la responsable de que su madre y yo sigamos a flote y no hayamos perdido la cordura.

Tommy se porta muy bien con ella. Es pequeño y puede que, en ocasiones, le pidamos demasiado. No está teniendo la infancia que debería, soy consciente de ello. A pesar de todo, es un hermano mayor excelente.

Estoy muy orgulloso de él. Ambos lo estamos. Aunque al principio

notamos que sentía celos de la pequeña, poco a poco ha ido superándolos, especialmente desde que le explicamos que su hermanita tenía una

enfermedad y necesitaba mucho cariño. Después, ha sido ella la que se ha ganado el corazón de su hermano, con su bonita sonrisa y sus abrazos de oso amoroso.

Pronto tendremos la revisión, pero la mejoría es evidente. La vida, a veces, nos pone a prueba y hay que aprender a resistir. Nosotros, como familia, nos hemos convertido en expertos en eso, en resistir contra viento y marea.

En vencer los miedos.

En derrotar a la derrota.

En resurgir de las cenizas.

En recomponernos una vez tras otra.

Ha habido momentos en los que quien más me preocupaba era mi esposa.

He visto cómo se consumía cada vez que teníamos que someter a la cría al tratamiento y cómo el dolor se dibujaba en su rostro en cada cita con el médico para hablarnos de su evolución. Si a alguien ha consumido la enfermedad de Lillyth ha sido a Madeleine. Me aterroriza si la pierdo a ella.

Madeleine siempre ha sido la columna vertebral de esta familia. Si ella se cae, la estructura se viene abajo. La necesitamos, como un cuerpo necesita un corazón que bombee la sangre.

Espero que esta vez el médico nos certifique la remisión definitiva y podamos seguir con una vida normalizada.

Ya nos lo merecemos.

Si no fuera así, no sé qué puede pasar.

Alarma

Del it. allarme, y este del ant. all'arme 'a las

armas'.

Del lat. timor, -ōris 'miedo'..

1. f. Aviso o señal que se da en un ejército o plaza para que se prepare inmediatamente a la

defensa o al combate.

2. f. Aviso o señal de cualquier tipo que advierte de la proximidad de un peligro. Se oyeron gritos de alarma.

3. f. Mecanismo que, por diversos

procedimientos, tiene por función avisar de algo.

Conectamos la alarma.

4. f. rebato (‖ convocación de los vecinos para defenderse de un peligro).

5. f. Inquietud, susto o sobresalto causado por algún riesgo o mal que repentinamente amenace.

(Diccionario de la Real Academia de la Lengua Española)

Capítulo 23

Sigamos adelante

Después de la poco fructífera reunión con los compañeros que les habían asignado en Calgary, tenían intención de no detenerse y aprovechar el tiempo. Habían ido hasta allí para trabajar en una investigación y lo harían sin apenas descanso.

—Ayer, si no recuerdo mal, nos comentaron Thais y Ken que un testigo les dijo que le pareció ver a un hombre con barba, gafas de sol y gorra que llevaba a una niña en brazos —comenzó a decir Andrew —. Juraría que dijeron que era la única declaración a la que le dieron cierta credibilidad.

—Sí, lo tengo apuntado como algo a investigar. Porque, aunque el testigo comentó que, en aquel primer instante, no le pareció sospechoso, después de conocer lo de la desaparición de la niña, sí que lo recordó como algo llamativo —matizó Spencer.

—No tiene por qué ser una pista relevante, pero sí es cierto que, si encontró la forma de sedarla, se la pudo llevar sin hacer mucho ruido. Con todo el jaleo de la fiesta, habría pasado fácilmente desapercibido.

—Si la niña hubiera estado despierta, habría gritado —aseveró Tracy.

—Y a alguien le habría llamado la atención.

Los dos se quedaron reflexionando unos segundos más sobre aquello. No estaría de más tirar un poco más de ese hilo para ver hasta dónde podía llevarles.

—Tal vez debamos volver a hablar con él y tratar de ayudarle a recordar algo más —insinuó Davis.

—No perdemos nada por intentarlo. Desde luego, no pienso escatimar esfuerzos para resolver este caso, ya lo sabes.

Sí, claro que lo sabía. Andrew era bien consciente de lo importante que era esto para su compañero. Después de conocer que la última cría que desapareció era la nieta de Carl Preston, más todavía. Puede que hubiera fallecido, pero no se había llevado con él la responsabilidad ni la obsesión de cerrar aquello.

No obstante, Andrew tenía sus propios miedos al respecto. ¿Qué pasaría si no lo llegaran a resolver? ¿Qué supondría aquel fracaso para Spencer?

Era un hombre visceral, de reacciones en caliente. No se atrevía a vaticinar cómo podría acabar todo aquello.

—Así, además, aprovechamos para ver el lugar con nuestros propios ojos

—dijo Andrew, tratando de centrarse y alejar de su mente las preocupaciones que le acababan de asaltar. Apreciaba mucho a Spencer. Se había convertido en pocos meses en alguien muy importante para él, a pesar de lo diferentes que eran.

—Pero no será lo mismo. Date cuenta de que estaba abarrotado de gente.

Aunque hoy encontremos jaleo, no será similar a lo del otro día — rebatió Tracy, con ciertas dudas.

—Pero podemos situar al hombre que llevaba a esa niña en brazos y ver qué opciones tenía para abandonar la zona. Además, eso nos puede servir para comprobar qué cámaras podrían haber recogido su imagen. Tal vez sí haya alguna que le grabase.

—Vale, intentémoslo en todo caso. Por otra parte, creo que sería bueno interrogar al entorno de la familia. Tal vez alguien sí pueda hablarnos de alguna rencilla que se nos haya escapado, de alguien que quisiera hacerles daño. Cabe la posibilidad de que alguien se la tuviera jurada y no nos lo contaran ayer. Tal vez incluso, se me ocurre que no lo comentaran porque eso les implicara de algún modo en algo turbio. Ya sabes cómo va esto. En ocasiones, nuestros miedos nos empujan a cometer estupideces. Casi hasta me parece que la empresa está demasiado saneada —teorizó el policía de pelo oscuro.

—No sé, Spence. Puede que tengas razón, pero me da que no van por ahí los tiros. Tal vez sea solo una corazonada. Aun así, lo haremos. Hablaremos con todos los que estimemos necesarios.

Tracy siguió con sus argumentos.

—Por otro lado, sería bueno hablar con los profesores del colegio de la pequeña y los del instituto de los dos mayores. Tal vez, ellos sí detectaran a alguien merodeando y acosando a los chicos.

—No es mala idea. Pero puede ser difícil localizarles. Al fin y al cabo, son vacaciones —reflexionó el más joven.

—Habrá que intentarlo. No podemos olvidar que la hermana de la niña comentó que ella sí había notado que alguien les observaba. Cuanto antes tomemos ese toro por los cuernos, mucho mejor.

En el contexto de la Gran Estampida, el mayor rodeo al aire libre, esa frase estaba plena de significado.

Capítulo 24

El día a día… hasta el final

Calgary. Verano de 1988.

Aveces, tengo la sensación de que estoy atrapada en una casa de muñecas en la que yo soy el juguete. La habitación en la que estoy parece diseñada para eso, para ser parte de un artículo destinado a que una niña disfrute jugando con esa casita de ensueño. Pero yo no soy una muñeca, soy una niña de verdad con sentimientos y quiero volver a mi casa con mi familia.

Les echo tanto de menos.

Detesto el rosa. Lo odio con todas mis fuerzas. Antes me gustaba,

aunque no fuera uno de mis favoritos. Pero ya no, porque el rosa significa estar atrapada en esta tela de araña que parece hecha de algodón dulce. Paredes de fresas y caramelo amargo.

Creo que todavía es verano porque sigue haciendo mucho calor. ¿Cuántos días llevaré aquí dentro? ¿Cuántos días hace que no veo ni a mi mamá ni a mi papá? Siempre me leían cuentos antes de dormir. A veces uno de ellos, otras veces los dos. Y me encantaba. Algunas noches, les hacía repetir una vez tras otra el mismo cuento. Y ellos no se cansaban.

No es justo.

¿Por qué yo?

¿Por qué me ha tenido que pasar esto a mí?

Estoy llorando, como cada día, casi como siempre desde hace no sé cuánto tiempo y se ha abierto la puerta. Mis ojos bañados en lágrimas al principio casi no me dejan ver con claridad. Me paso el dorso de las manos para secarlos. Primero uno. Luego el otro. Ahora lo distingo a la perfección.

Es él. Siempre es quien me trae la comida. Me mira con ojos asustados.

Intento acercarme a él pero pone un gesto extraño. ¿Por qué me teme si es más grande que yo? Yo soy la que debería sentir miedo. Yo soy la que estoy atrapada. Tal vez su miedo me dice algo que no soy capaz de entender.

Me levanto de la cama, donde he estado hasta este instante abrazando mis piernas. Él posa la bandeja de la comida en el suelo, sin dejar de mirarme

como un animalillo asustado.

—Ayúdame. Por favor —le digo casi sin fuerzas, porque otra vez se me forma un nudo en la garganta que apenas me deja hablar.

Y él empieza a andar hacia atrás, sin parar de mirarme, hasta que alcanza el pomo de la puerta, la abre y sale.

Oigo otra vez el cerrojo.

Vuelvo a estar encerrada.

Cada día es una repetición del anterior.

En una jaula que es como un chicle de fresa ácida.

Capítulo 25

¿QUién eres?

Se dirigieron hacia un local de venta de *souvenirs* que había en una de las calles principales del *downtown*. Estaba próxima al lugar en el que pocos días antes Roy Martin, el dueño de la tienda, se había fijado en que un hombre con gorra, barba y gafas de sol se llevaba a una niña en brazos.

Cuando entraron, preguntaron por él. Era un local bastante pequeño y atestado de artículos de recuerdos de Canadá, los típicos imanes de nevera con un toque de humor, gorras, tazas y toda una buena gama de cachivaches poco útiles en realidad, pero a los que es difícil resistirse cuando vas de viaje a otro país.

Era el dueño y el único dependiente de la tienda. Los detectives suponían, no sin razón, que ahora en verano sería el momento álgido del negocio. Los turistas llenaban la ciudad y la extensa oferta hotelera casi se quedaba corta para tal avalancha de gente esos días en concreto.

—Buenos días —dijo Spencer en cuanto abrió la puerta. El hombre estaba detrás del mostrador, parecía que haciendo alguna labor administrativa. Dentro de la tienda había cinco personas ojeando distintos objetos, valorando si dejarse vencer por el impulso consumista que parece traer consigo las vacaciones.

—Buenos días, señores. ¿En qué puedo ayudarles?

Spencer hizo las presentaciones oportunas, indicando que estaban trabajando en el caso de la desaparición de la niña. Después de que se saludaran como es debido, fue directo al grano.

—¿Qué fue lo que le llamó concretamente la atención? —preguntó Tracy que tenía verdadera curiosidad respecto a la declaración escrita que había leído antes de ir.

—Bueno, varias cosas. Por un lado y sobre todo, que la niña iba envuelta en una manta.

Spencer se puso rígido al escuchar aquello.

—¿En una manta? ¿En pleno mes de julio? ¿Está seguro? —preguntó incrédulo Andrew.

—Sí, detective. Estoy completamente seguro de ello porque fue lo primero que me llamó la atención, exactamente por el mismo motivo que a usted. Nadie en su sano juicio llevaría envuelto a un crío en una manta con el calor que está haciendo. Pero hay más. La niña parecía estar dormida, puesto que llevaba el cuello torcido y su cabecita se iba bamboleando a un lado y a otro. Todavía puedo ver cómo se mecía su pelo con el movimiento.

—¿Pudo ver bien la cara de la cría? —cuestionó el detective Tracy.

—No, eso no. Lo siento mucho.

—¿Y cómo está tan seguro de que era una niña? —preguntó esta vez Davis.

El hombre se quedó unos segundos pensando en ello. Ciertamente, lo había supuesto. Se había dejado llevar por los prejuicios que hacen que veamos una realidad acomodada a lo que pensamos.

—Bueno, de hecho, es lo que creo porque tenía el pelo largo. Aunque es posible que fuera un niño, claro.

—Pero no puede estar seguro —afirmó el moreno, con cierta decepción.

—En realidad, no.

—¿Hay algo más que destacaría? Algo que le hiciera sospechar de él —

volvió a preguntar Andrew.

—Sí, por supuesto. Ya no es solo el hecho de que fuera en dirección contraria a todo el mundo, que eso ya era algo que llamaba la atención. Pero eso no es lo más importante, sino que iba a toda velocidad, casi corriendo.

Daba la sensación de que se hallaba huyendo de algo.

—¿Vio por dónde se fue? —trató de averiguar Spencer.

—No puedo concretarles, porque entraron clientes en la tienda y tuve que meterme dentro. Pero juraría que se dirigía a una camioneta que estaba mal estacionada muy cerca de aquí. Tuvo suerte de que no se la

llevara la grúa.

Supongo que su buena fortuna se debió a que la policía tiene bastante trabajo el día del desfile controlando que no haya altercados.

—¿Se fijó en la matrícula? —preguntó Spencer esperanzado.

—No, lo siento. No llego a tanto. Pero lo que sí puedo darles es el modelo y el color.

Algo es algo, pensaron ambos detectives.



Una vez que dieron por finalizadas las preguntas, salieron a la calle y se dirigieron al lugar en el que supuestamente había estado la familia.

Cotejaron con sus propios ojos la visión que había tenido el tendero desde su posición. Contaba con la ventaja de estar un poco alejado de donde se habría acumulado más gente, con lo cual su plano era más abierto y abarcaba más ángulo de lo sucedido.

Ambos intentaban visualizar cómo estaba la calle aquel día, teniendo en cuenta lo que habían visto en los vídeos y las fotos que les habían facilitado.

Era fundamental poder ponerse en situación para comprender el comportamiento del supuesto secuestrador.

—Según lo que nos acaba de contar, supongo que estuvo un tiempo dentro de la camioneta vigilando el entorno. ¿A ti qué te parece? —observó Andrew.

—Eso creo yo también. Al fin y al cabo, ha dicho que ya había visto la camioneta previamente a ver al hombre misterioso con la niña. Debió aparcarla tiempo antes de llevársela.

—Son esas cámaras las que hay que revisar —dijo Andrew, señalando a un cajero que estaba bastante alejado de donde se había producido la desaparición. No obstante, se encontraba en la línea de paso del supuesto secuestrador hacia la camioneta, si es que Roy Martin estaba en lo cierto.

—Es sorprendente e inquietante —manifestó de forma críptica el detective Tracy.

—¿El qué? —preguntó extrañado su compañero.

—Que estemos todos tan metidos en nuestro puto mundo como para que secuestren a una niña delante de cientos de personas y nadie vea nada.

Andrew le miró con pesar. A su compañero no le faltaba razón.



¿Qué sucede con la manta? Atrévete a probar tus

teorías. Sigue el siguiente enlace:

https://arielzorion.com/adentrate-en-la-investigacion-de-la-biografia-

del-miedo/que-sucede-con-la-manta/

Capítulo 26

Entrometerse

Hannah hablaba por teléfono con Andrew a diario desde que este se había marchado a Calgary. Le echaba de menos, más de lo que hubiera imaginado. Era la primera vez que sentía eso por alguien y estaba furiosa por la maniobra que cada vez tenía más claro que había hecho su padre.

Había dejado pasar unos días, no quería que la rabia que sentía hiciera que perdiera los papeles. Sin embargo, no parecía que su enfado disminuyera con el paso del tiempo.

Estaba exactamente en esa situación de la que había huido toda su vida.

Siempre pensó que el amor puede generar relaciones de dependencia que implican miedo al abandono, miedo a no estar a la altura, miedo a que no te quieran en la misma medida que tú amas. Nunca quiso ese tipo de relaciones. Nunca quiso comprometerse lo más mínimo. Ella era independiente, una fuerza de la naturaleza que no se podía atar sin más. Y

ahora, se descubría a sí misma pendiente del teléfono, esperando que Andrew contestara sus mensajes o la llamara. Temerosa de que él quisiera dar por finalizado aquello que tenían.

Ella no era una mujer timorata. Siempre había afrontado los problemas de frente, sin esconderse. Pero ahora debía medir lo que decía, porque conocía a su padre y, a pesar de que sabía que era un

buen hombre, también podía ser un capullo con sus trabajadores si consideraba que estos se pasaban de la raya.

Aquella tarde se dirigió a casa de sus padres. Llegó pronto. Sabía que estaría solo su madre, así que iba a aprovechar para sonsacarle información.

Tal vez esa cualidad para tirar de la lengua la había heredado de su progenitor, el cual podía ser muy ladino cuando se lo proponía. Eso y el carácter fuerte e intempestivo.

—¡Hannah, qué sorpresa! —exclamó su madre emocionada al verla en la puerta—. No esperaba tu visita. ¿Cuánto hace que no venías por casa, cariño?

—No lo sé, mamá. Lo importante es que estoy aquí, ¿no? —se defendió con una enorme sonrisa y abriendo sus brazos de par en par.

Se sintió mezquina por engañar así a su madre. Tenía razón, hacía demasiado tiempo que no iba por allí. Vivía en Vancouver como el resto de su familia, pero bien podría hacerlo en cualquier otro lugar del mundo. Tal vez si así fuera, incluso se verían más. Siempre había sido desapegada, pero ahora era excesivo. Tal vez las desavenencias con su padre también hubieran influido.

—Pasa, cariño, y cuéntame muchas cosas —le dijo su madre con sincero entusiasmo.

Mientras preparaban el té, hablaron de menudencias. Hannah trataba de relajar el ambiente para hacerlo jugar en su favor. Tenía que preparar el terreno. Cuando se sintió lista, lanzó su ofensiva.

—Mamá, tengo que contarte algo.

—Dime, pequeña —le dijo tomando su mano derecha entre las suyas. No sabía qué esperar. Hannah siempre había sido imprevisible. Casi le daba miedo lo que pudiera decirle en aquel momento.

—He conocido a alguien y llevamos un tiempo saliendo. Pero bueno, seguro que ya te lo ha contado papá, ¿me equivoco? —preguntó casi haciéndose la indolente y sorprendida. Intentó que pareciera que no le importaba.

—Bueno, pues, no sé. Que yo recuerde…

—Mientes de pena, mamá —sonrió Hannah—. Claro que te lo ha

contado. Estoy saliendo con un detective que trabaja para él. Así que deja de hacerte la despistada.

Margaret Petrus se quedó más seria de lo conveniente en ese momento para sus intereses, por lo que Hannah dedujo que había dado en el blanco.

Otra vez sintió que la rabia inundaba su torrente sanguíneo. Más le valía controlarse. Su madre no tenía culpa de nada. ¿O sí? Al fin y al cabo, le había mantenido el secreto a su marido.

—¿Y sabes también que le ha enviado a trabajar a Calgary? —preguntó esta vez con evidente malhumor.

—Hannah, no sé qué quieres que yo te cuente. Esto es mejor que lo hables con tu padre.

—Joder, mamá, es que lo estoy flipando. Sigue tratando de manejar los hilos de las vidas de todos. ¿Está intentando separarme de él? Dime, ¿qué te ha dicho?

—Nada, de verdad —se defendió Margaret.

—Mamá, te lo pido por favor, no me mientas. Tú no.

La expresión de Hannah era dura. La madre pensó bien sus siguientes palabras. Conocía bien a su hija. Sabía que se avecinaba tormenta.

—Solo intenta protegerte.

—Es increíble —manifestó la joven sin disimular el disgusto.

—Tú no tienes hijos y no puedes entenderlo todavía. Los padres somos capaces de hacer cualquier cosa para proteger a las personas que más queremos.

—Así que estoy en lo cierto. Pensaba que no podía caer tan bajo, pero veo que me equivocaba.

—Hija, no te pongas así.

—Sí, claro que me pongo así. ¿Qué tiene de malo Andrew? ¿Qué te ha contado? Porque para tu información, es la primera vez que me enamoro de alguien y no pienso permitirle a papá que nos separe.

La madre se quedó unos segundos sin saber qué decir.

—Dice que no está centrado. Creo que le gustan demasiado las faldas, Hannah. Tal vez no sea buena idea que te enamores precisamente de ese chico.

Hannah se quedó mirando a su madre con la boca abierta. No podía creerse lo que acababa de decirle.

—No os metáis en mi vida. Luego os extraña que venga poco. ¿Para qué voy a hacerlo, para que tratéis de manejarme a vuestro antojo? Hablaré con papá. Si quieres puedes avisarle. No voy a permitir que sea tan arbitrario y poco profesional con él. Si no le gusta que esté conmigo, debería decírmelo a mí, no mandarle a mil kilómetros de distancia. Esto no va a quedar así.

Después de esas palabras, salió de la casa de sus padres de peor humor todavía. No es lo mismo tener una teoría que confirmarla. Aún le parecía inconcebible que su padre hubiera sido capaz de semejante treta.

Fobia

Del gr. -φοβία -phobía 'temor'.

1. f. Aversión exagerada a alguien o a algo.

2. f. Psiquiatr. Temor angustioso e incontrolable ante ciertos actos, ideas, objetos o situaciones, que

se sabe absurdo y se aproxima a la obsesión.

Fobia social

1. f. Psiquiatr. fobia a situaciones sociales en las que el sujeto se expone a la valoración negativa de

su imagen.

(Diccionario de la Real Academia de la Lengua Española)

Capítulo 27

Madre

Calgary. Verano de 1988

Hoy ha pasado algo diferente. Ha entrado una mujer en la habitación.

Me ha dado mucho miedo. Tenía una forma de mirarme extraña. Se ha acercado y se ha sentado a mi lado. Yo intentaba alejarme de ella, pero no podía. He pegado mi espalda al cabecero de la cama y he juntado mis rodillas a mi pecho, como si así pudiera protegerme. El pánico lo ha inundado todo. Sus ojos extraviados parecían mirar algo que no estaba allí, como si hubieran perdido la noción de la realidad.

—Lillyth, mi querida y dulce Lillyth. Vas a ponerte bien, ya lo verás. Y

cuando te recuperes, saldremos a jugar al aire libre y viajaremos al lago como solíamos hacer.

—Yo no me llamo Lillyth y no estoy enferma —le he respondido. No obstante, aquella mujer no atendía a razones.

—Claro que lo estás. Pero los médicos dicen que vas a mejorar.

Entonces ha intentado agarrarme y me he escabullido, todavía no sé ni cómo. La puerta estaba abierta y creí que podía escapar. Cuando he logrado atravesarla, me he encontrado con una oscuridad absoluta. Y una nueva forma de miedo me ha invadido, porque el terror que sentía en ese instante casi hace que me quede paralizada. Los temores son así, poseedores de una fuerza sobrenatural que toma decisiones por nosotros sin que lo sepamos.

Tal vez esos segundos de indecisión han sido claves. Nunca lo sabré.

He empezado a correr desconociendo hacia dónde me dirigía. Iba descalza y notaba el suelo áspero. Mis plantas se estaban llenando de arañazos según avanzaba, me dolían y sentía la sangre en las heridas, pero me negaba a prestarles atención. Solo pensaba en huir, en salir de allí y volver con mi mamá.

—¡Lillyth! ¡Lillyth, vuelve aquí! ¡No puedo perderte otra vez! —ha gritado desde la espesura negra que quedaba a mis espaldas. Entonces he

corrido más y más. Parecía que había una rendija de luz a lo lejos y me he dirigido hacia allí. La esperanza es lo contrario a la oscuridad, porque es un foco que lo ilumina todo. La esperanza es una luz brillante y animosa que te alienta a seguir.

Y he seguido.

Y he seguido otro poco más.

Sin aliento.

Sin resuello.

Solo corría sin descanso.

Sin sentir el dolor.

Dejando atrás mis miedos.

Hasta el final…

La esperanza también puede ser muy cruel.

Capítulo 28

Pista

La camioneta era una Ford F-150 Lariat posiblemente del 94, aunque este último dato era necesario ponerlo en cuarentena. Parecía difícil precisar tanto solo con verla a la distancia a la que lo había hecho Roy Martin.

Según el testigo, el color era un azul oscuro que se encontraba más desgastado por los flancos.

Ese modelo de camioneta estuvo muy de moda en Canadá en su momento, al igual que entre los vecinos americanos al sur, es decir, entre los estadounidenses. Tenía mucha potencia para remolcar objetos grandes, una de las cualidades que la hizo especialmente atractiva entre determinado sector de la población en aquella época y que hacía que fuera un modelo que siguiera siendo codiciado. Debido a que era un vehículo muy resistente, todavía se veían muchas por distintos puntos del país. Aun así, incluso ante el potencial número de camionetas semejantes que habría en la zona, era un comienzo. Constituía una buena pista que seguir y eso esperanzaba a los dos policías de Vancouver, quienes estaban deseando compartir ese dato con el resto.

—Muy bien, tenemos que localizar los vehículos similares registrados en Alberta en este momento —propuso el detective Davis.

—Además, hay que asegurarse de si se han interpuesto recientemente denuncias por robo de furgonetas parecidas, por si acaso el sujeto hubiera tomado prestada una para cometer el secuestro, si es que fuera el caso —

sugirió Tracy.

—Buena idea —corroboró Davis.

—Por fin, puede que después de tantos años tengamos una pista sólida y acabemos atrapando a ese puto desgraciado —dijo con rabia y esperanza a la vez Spencer.

Andrew le miró con preocupación. No quería que pusiera excesivas esperanzas en aquello. Tal vez todo tuviera una explicación sencilla y aquel hombre no se hubiera llevado a la niña. Incluso cabía la posibilidad de que

el modelo no fuera exactamente el que había sugerido el testigo, lo que les haría perder un tiempo valioso.

—Spence, debemos ser cautos, ¿vale? —le recordó el detective rubio.

—Ya lo sé, Andrew. No soy imbécil. Pero tengo derecho a ilusionarme,

¿sabes? Se lo debo a Carl.

El gesto de Spencer denotaba determinación y anhelo. La expresión de su rostro no dejaba dudas al respecto. Era un hombre transparente, incapaz de ocultar lo que pasaba por su mente en cada instante.

—A Carl no le debes nada. Carl está muerto —dijo cortante su compañero.

—Eres único animando a la gente, ¿eh, rubio? Joder, qué cenizo eres a veces. Ya sé que está muerto, coño.

—De acuerdo, no te enfades. Me he pasado y lo siento —Se arrepintió el más joven por haber sido tan franco.

—No me enfado, pero es que estás pesado de cojones.

—Pues lo siento. Me preocupo por ti, ¿vale? —se defendió —. Además, también tenemos que investigar el entorno de la niña, mientras nos llegan los informes de la base de datos de los registros de propiedad de vehículos.

¿Qué te parece si seguimos con eso en tanto los informáticos hacen su magia?

—Preferiría ver primero el vídeo del cajero.

—Y yo. Pero ya sabes que todavía no tenemos la autorización para eso.

El detective Davis se daba cuenta de la impaciencia de su amigo. Tenía la sensación de que había algo que no le había dicho que le hacía pensar que la pista de la furgoneta era la única fiable.

—¿Qué me estás ocultando? —preguntó Davis con cierta susceptibilidad.

—Nada.

—Claro que sí. Pareces haber perdido el interés en seguir otras líneas de investigación. Te has obcecado con la declaración del testigo, a pesar de que sabes perfectamente de las probabilidades que hay de que un testigo ocular se equivoque.

—No te oculto nada.

—Spence… —dijo el joven, dejando en suspenso la frase y acompañándola de un gesto que reflejaba con claridad que no le creía.

—Andrew… —respondió el otro con una mueca.

—Muy bien. Si no sueltas prenda, te contaré yo mi teoría. Cuando el tendero ha hablado de que la niña iba envuelta en una manta, te has puesto

rígido—. La expresión de Spencer se transformó al oír aquello—. Y acabo de dar en la diana. ¿Qué pasa con lo de la manta?

—Creo que, te guste o no, va siendo hora de desempolvar los viejos expedientes.

Capítulo 29

Casos antiguos

Desde la primera desaparición en 1988, se habían dado un total de ocho supuestos secuestros que se produjeron en circunstancias bastante similares. Aquello fue lo que hizo pensar a los investigadores que estaban relacionados. No obstante, no fue fácil establecer dicha conexión, puesto que las niñas habían desaparecido separadas por un amplio intervalo de tiempo. Fueron necesarios muchos años para que alguien comenzara a pensar que aquellos raptos no eran hechos aislados.

En todos los casos, las familias habían acudido a disfrutar de uno de los eventos más importantes de las fiestas de la ciudad con sus hijas y el resto de personas que constituían el núcleo familiar. Todas las niñas extraviadas compartían características semejantes. Contaban más o menos cinco años de edad en el momento en el que se las habían arrebatado a sus familias, el pelo rubio bastante claro y los ojos azules o, como mínimo, de una tonalidad similar, pero en todo caso, siempre claros. Al poner todas las fotos juntas, era inevitable encontrar cierto parecido entre ellas. La última no era una excepción.

—¿En qué condiciones se produjeron esas desapariciones? —preguntó intrigado Andrew.

Habían regresado a la Central. Allí se encontraban Thais y Ken, puesto que estaban elaborando sus respectivos informes de lo que habían investigado hasta el momento. Spencer les pidió que les sacaran los expedientes anteriores y se reunieron con ellos.

—Muy parecidas a la de la última cría —comenzó a decir Ken—. Verás, en todos los casos ha habido algún tipo de distracción. El ambiente ya de por sí lo era, ¿vale? Puesto que, no sé si habrás estado alguna vez en La Gran Estampida, pero aquí nos lo tomamos muy en serio.

—No, no he estado nunca. He pasado la mayor parte de mi vida en Toronto y esto nos pillaba un poco apartado.

—Ya me imagino. Bueno, da igual. Para que te hagas una idea, nosotros lo conocemos como 'El Mayor Espectáculo de la Tierra al Aire Libre'. Creo

que con eso te lo digo todo.

—Desde luego. Suena un tanto presuntuoso —respondió Andrew con una sonrisa, puesto que no lo había dicho con mala intención.

—Sí, puede que lo sea, ja, ja, ja —rio el de Calgary—. Imagino que nosotros somos así. Bueno, a lo que iba. Las celebraciones duran unos diez días y el de la inauguración es cuando se hace el desfile. Después, hay de todo: rodeos sobre toros y caballos, carreras de carretas y otros espectáculos como conciertos, degustaciones de tortitas, atracciones de todo tipo, *shows* y cosas así. Toda la ciudad se viste al estilo *Western*, no sé si sabes cómo te digo.

—Me hago una idea: con sombreros de vaquero y camisas y botas al más puro estilo de un *cowboy* —adivinó el detective rubio.

—Eso es.

Spence y Thais parecían asistir a un intercambio dialéctico similar al de un partido de tenis. Cualquiera diría que estaban esperando su turno para poder hablar.

—Como te iba diciendo, eso ya de por sí es una distracción. El ambiente festivo es tal, que todo el mundo va mirando hacia todos lados. Pero en el caso de los secuestros, además, se produjo algún tipo de altercado en las proximidades.

—¿A qué te refieres con altercado? —preguntó Davis.

—A varias cosas: desde discusiones entre adultos por alguna nimiedad, hasta supuestos robos de cartera, móvil o reloj, pasando por discusiones entre hermanos, como en el caso de esta última niña y, al menos, otras dos más.

—Luego, la selección de las víctimas posiblemente es aleatoria. Ve la oportunidad más propicia y la aprovecha —hipotetizó el detective rubio.

—Hasta cierto punto. Es decir, es obvio que selecciona un modelo concreto de niña. Tal vez tiene varias ojeadas y espera que se dé la situación más favorable —continuó argumentando Ken Rose.

Se hizo un silencio momentáneo mientras reflexionaban sobre todo aquello. Era arriesgado, pero también factible.

—¿Y si fuera el propio sujeto quien genera esa situación propicia? —

sugirió Andrew, entrecomillando la última palabra con los dedos.

Los detectives no lo habían pensado hasta ese momento. Aquello tenía sentido.

—Podría ser —aseveró Rose.

—Debe estar vigilando desde antes, en algún sitio que le permita ver un plano amplio y general —comentó Spencer esta vez—. Tal vez selecciona algunos objetivos y, como tú dices, si no se da la oportunidad, él mismo provoca la distracción.

—De acuerdo. Tal y como decís, podría ser —añadió Thais—, pero entonces tenemos que considerar que son un equipo. No es un hombre solo.

No puede ser. No puede provocar una bronca por un lado y, al mismo tiempo, llevarse a la niña.

Se miraron durante unos breves instantes reflexionando sobre aquello.

—¿Habíais considerado antes esta posibilidad? —preguntó el detective Davis.

—Sí, la habíamos barajado, pero la descartamos porque es muy difícil que después de tantos años, un equipo siga trabajando junto. Surgirían desavenencias que podrían dinamitar la relación. Date cuenta de que un secuestro en estas circunstancias, es decir, delante de todo el mundo, implica altas dosis de adrenalina y muchas posibilidades de ser pillados.

Habrían cometido errores —argumentó Thais.

—En eso tienes razón —reflexionó Andrew—. Pero tiene todavía menos sentido que cambie de colaborador en cada secuestro. Eso sería correr demasiados riesgos. Alguno podría irse de la lengua y se multiplicarían las posibilidades de que cometieran errores por falta de coordinación, por poner solo un ejemplo.

—Por eso pensamos que es posible que estemos ante un único secuestrador —volvió a defender ese argumento el detective Rose.

—No lo sé. Algo no cuadra —señaló Andrew con una expresión de incredulidad en el rostro.

—Por eso llevan estos casos abiertos tanto tiempo. Porque nunca nada termina de cuadrar —se desesperó Spencer.

Andrew miró a su amigo tratándole de insuflar cierto ánimo.

—Quiero saber algo más. ¿En alguna de las anteriores desapariciones encontrasteis algún vehículo similar al que ha comentado Roy Martin?

—Sí —afirmó Ken—. No es la primera vez que en los expedientes se recoge que se ha visto una camioneta en las inmediaciones, pero nunca ha llevado a nada. Es muy habitual en la zona, especialmente entre la gente que tiene granjas o que se dedica al campo o los animales tener un tipo de vehículo así.

—¿Y qué podéis decirme acerca de que la niña fuera envuelta en una manta? Porque cuando lo ha mencionado el tendero, a Spence le ha cambiado la cara.

Andrew se fijó en que agachaban la cabeza. Había pinchado en hueso, como se suele decir.

—Ese es un tema delicado —respondió Thais en esta ocasión.

Capítulo 30

Revés

Calgary. Verano de 1985

Las cosas no han podido ir peor. La vida de nuestra hija se apaga.

¿Cómo esperar que esto sucediera cuando todo apuntaba a que se estaba recuperando? Pero la enfermedad se había camuflado y se extendía sin remedio. Según parece y por la exploración que le han hecho en profundidad, los análisis habían dado algunos falsos negativos que fueron los responsables de que nos ilusionáramos.

Hemos decidido que la cuidaremos en casa, que no queremos que pase más tiempo en el hospital. Nos hemos propuesto hacer que sus últimos días, sean los que sean, los disfrute al máximo, que sea la niña más feliz de la tierra. El ambiente festivo de la ciudad ayuda a enmascarar las emociones, porque por dentro estamos desgarrados. La alegría de Lillyth, nuestro pequeño milagro que se muere, nos da fuerzas.

Pero esas fuerzas puede que se agoten con ella.

Debemos pensar también en Tommy. Al fin y al cabo, solo es un crío de ocho años y no podemos dejar que se suma en la tristeza. Esto también es muy duro para él. Tiene que disfrutar de su infancia. Tiene que poder hacerlo. Cuando llegue el momento, lo afrontaremos como familia y veremos cómo lo resolvemos.

Me preocupa mi mujer.

Creo que ella no va a ser capaz.

Y si ella no puede, nos hundimos todos.

Seremos como un barco sin timón.

Y siento que ya estamos a la deriva.

Capítulo 31

Entorno

Era época de vacaciones estivales y no resultaba fácil localizar a muchos de los profesores del colegio al que iba la pequeña ni a los del instituto al que acudían los hermanos. Al menos, sí lograron hablar por teléfono con la mayoría y habían conseguido que unos pocos accedieran a dialogar con ellos en persona.

De las conversaciones mantenidas con los profesores de la pequeña, no habían sacado ninguna conclusión. La escuela a la que acudía no era demasiado grande y el ambiente era muy familiar. La relación con los padres y madres de los alumnos era muy estrecha. En general, parecía que el clima de convivencia era bueno. No habían reseñado ningún tipo de altercado en el que hubieran estado involucradas familias en los últimos años. Concretamente, desde que terminó el colegio hacía ya cuatro años un alumno bastante conflictivo que tuvieron. Desconocían si en ese momento existía algún tipo de enemistad entre algunos padres y madres, pero estaban bastante convencidos de que no era así, puesto que ese tipo de cosas no suelen pasar desapercibidas.

Hablaron con los tutores de los hermanos Tremblay, Hailey y Ben, y con algunos de los profesores que les impartían clase en el instituto de Educación Secundaria. La mayor parte de estas conversaciones fue telefónica. Con la directora tuvieron más suerte y pudieron entrevistarla en persona, debido a que seguía en la ciudad.

—Como les he dicho, el claustro estaba preocupado porque aquel tipo estuvo merodeando por el instituto varias semanas.

Al inicio de la conversación, Karen Williams, la directora, les había comentado que habían tenido en los últimos años algunos episodios de merodeadores, los cuales se habían resuelto con relativa facilidad. Sin embargo, en el último curso escolar, hubo un hombre al que no le bastó con el aviso de los profesores del centro.

—¿Y qué hicieron al respecto? —preguntó intrigado Spencer.

—Avisamos a la policía y nos dijeron que ellos se encargarían. Me sorprende que no tengan registrado el incidente —se cuestionó, aunque sin mala intención.

—Nosotros somos de la policía de Vancouver —respondió Andrew—, así que supongo que los registros están, sin duda. No obstante, preferíamos hablarlo en persona con usted y conocer sus impresiones. Hay ciertas cosas que no se pueden reflejar en los informes y que solo se logran en la comunicación cara a cara.

La directora asintió. Estaba en lo cierto. Hay aspectos de la comunicación en persona que no pueden ser suplidos por nada más y que es imposible dejarlos debidamente recogidos en un informe. Las intuiciones, los gestos, la complicidad o, por el contrario, las desconfianzas. Esas son cosas que solo se detectan en el contacto personal cercano.

—¿Lo conocían de antes? ¿Le habían visto alguna vez con anterioridad a esas semanas? —continuó interrogando el detective Tracy—. Tal vez durante otros cursos o quizá era un viejo conocido de alguien relacionado con el instituto.

—Tengo mis sospechas. Es más, creo que a pesar de que tendría cerca de los treinta años, tuvo alguna relación amorosa con alguna alumna del instituto, lo cual es preocupante. Sin embargo, no puedo confirmarlo. Es más un pálpito que otra cosa.

Andrew y Spencer se miraron. A los dos les vino la misma idea a la cabeza. Tendrían que hablar con la hija de los Tremblay.

—Muchas gracias, señora Williams. Conversar con usted nos ha resultado de gran utilidad.



En cuanto abandonaron la vivienda de Karen Williams, Spencer llamó a los Tremblay para saber si podían ir por su casa a hablar con sus hijos. El padre se extrañó por la pregunta, pero accedió a que pasaran por allí cuando quisieran.

Se dirigieron enseguida hacia la dirección en la que residía la familia. No tardarían más de veinte minutos. Tal vez aquella conversación fuera clave para avanzar en la investigación. Al poco de llamar a la puerta, el padre les abrió y les invitó a pasar.

—Señor Tremblay, disculpe que les molestemos otra vez. Le aseguro que no lo haríamos si no lo considerásemos absolutamente necesario —le explicó Andrew.

—Pasen, detectives. Lo que haga falta por cooperar en la investigación.

Ambos policías pensaron que se estaba mostrando muy amable. Por lo que Andrew había apreciado la última vez, aunque fue colaborador, tuvo la sensación de que era una persona bastante autoritaria, al menos en su casa, por ese lenguaje invisible que transmiten los gestos.

No quisieron darle más vueltas a si esa docilidad mostrada por el padre era solo pura fachada o sincera voluntad por cooperar. Enseguida saldrían de dudas cuando le solicitaran hablar a solas con sus hijos adolescentes. Eran muy conscientes de que podían negarse, puesto que legalmente se recomendaba la presencia de uno de los progenitores. No obstante, suponían que eso haría que se retrajeran y no compartiesen la información que Andrew y Spencer necesitaban.

—No entiendo por qué no podemos estar delante su madre o yo —rebatió el padre.

—Por supuesto que pueden, señor Tremblay. Están en su derecho. Pero creemos que sus hijos hablarían con más confianza si no están ustedes presentes. Hay cosas que los adolescentes no quieren contar ante sus padres.

Estoy seguro de que, cuando usted tenía la edad de sus hijos, había muchas cosas que ocultaba en casa, como hemos hecho todos —argumentó Andrew, tratando de hacerle comprender a Grant Tremblay que si él o su mujer presenciaban las preguntas que les iban a hacer, lo más probable es que sus hijos se cerrasen en banda.

—Está bien. Pero que quede claro que no me agrada en absoluto esto. No me parece que sea la mejor forma de tratar de localizar a mi hija pequeña.

Porque ella no está aquí, sino ahí fuera en algún sitio, que es justo donde deberían estar buscando —respondió con dureza.

Los dos detectives le escucharon con atención, mostrándose comprensivos. Eran habituales ese tipo de reacciones en las familias. La frustración y el miedo que esta esconde solían estar detrás.

—Lo único que pretendemos, señor, es seguir todas las pistas que creemos que pueden ser relevantes para encontrar a su hija. Le ruego que confíe en nosotros. Si en cualquier momento cualquiera de sus hijos quiere que dejemos de preguntar, no vamos a presionarles. Somos conscientes de

que son tan solo unos críos —continuó el detective Davis tratando de convencer al padre.

Después de unos segundos tensos, el señor Tremblay accedió. Andrew y Spencer querían hablar primero con Hailey, puesto que ella fue la que insinuó que alguien estaba vigilando a la familia.

La chica se sentó en la cama. Andrew se acomodó en la silla del escritorio, acodado sobre sus rodillas para tratar de estar a la altura de la joven. Spencer, por su parte, permanecía de pie junto a su compañero. Sabía que en esta ocasión era mejor que fuera él quien hablara principalmente.

Andrew tenía un rostro amable y una expresión dulce que le servía para ganarse la confianza de su interlocutor. Además, su cara un tanto aniñada lograba que pareciera bastante más joven de lo que era. Sabía jugar bien sus bazas y en esta ocasión lo haría. En cambio, el aspecto de Spencer podía resultar mucho más intimidatorio. No era el más indicado para hablar con una adolescente que podía estar asustada, o como mínimo, algo nerviosa.

Andrew lo primero que hizo fue mirar a la chica durante unos segundos con una sonrisa.

—Hailey, no le vamos a contar nada a tus padres, ¿de acuerdo? Lo que hablemos aquí, quedará entre nosotros, salvo que tú nos pidas lo contrario.

La chica observaba a los dos detectives con sus enormes ojos castaños, primero a uno y luego al otro. Entonces asintió en silencio mirando a Andrew.

—La directora de tu instituto dice que hubo un hombre merodeando por allí durante el curso pasado. Después de lo que dijiste la última vez que estuvimos aquí, nos ha dado por pensar que posiblemente tú le conocías.

La joven asintió en silencio otra vez.

—¿Era tu novio, tal vez? No pasa nada si es así. Nosotros no estamos aquí para juzgarte. Y como ya te he dicho, no se lo vamos a contar a tus padres.

La chica parecía estar a punto de echarse a llorar.

—Si crees que estás metida en algún lío, podemos ayudarte —dijo Spencer esta vez.

Capítulo 32

Lío

La conversación con los dos adolescentes había sido fructífera.

Después de hablar con Hailey y de la información que les facilitó, era imprescindible hacerlo con Ben, su hermano mayor. Una vez hecho, ya estuvieron completamente seguros de que debían llamar a sus compañeros para que localizaran a aquel tipo. Podían tener a un sospechoso en ciernes.

—Ben, tu hermana ya nos ha contado algunas cosas sobre tu colega, Percy Evans. Pero ella dice que tú puedes darnos más información.

—¿Están seguros? ¿Les ha contado también que era su novio? Ella tiene catorce años y él veintinueve, pero parece que para ninguno de los dos la edad era un obstáculo.

—Tú tienes dieciséis. Tampoco pienso que te convenga tener amigos de esa edad, especialmente si son traficantes de cristal.

El chico palideció momentáneamente. No esperaba que su hermana les hubiera hablado sobre aquello. Eran maderos y podían meterse en un buen lío. Ella también. Si se creía que se iba a librar, lo llevaba claro.

—Será zorra. ¡Cómo se ha ido de la lengua! —exclamó con frustración.

—Ben, escúchame —dijo esta vez Spencer cabreado—. Por si todavía no eres consciente, ese puto malnacido se puede haber llevado a tu hermana pequeña. Así que déjate de gilipolleces y colabora. De lo contrario, te meto en una sala de interrogatorios sin ventanas, ni cámaras, ni nada y te aseguro que entonces me cantas hasta el padrenuestro, después de haberte meado encima, claro.

—¡Spence, para! —le reprendió Andrew, ante la excesiva reacción del detective moreno.

Su compañero le dedicó una mirada fiera. Puede que tuviera razón, pero no le apetecía nada controlarse con aquel crío idiota. Su hermana pequeña había desaparecido y parecía que no le preocupaba lo más mínimo. Solo estaba pensando en sí mismo y en sus intereses. Era algo inaudito.

—Ben, esto es grave —señaló Davis con un tono de voz firme pero atemperado—. Puede haberse llevado a Laurie, ¿no lo entiendes?

—¿Y qué si lo ha hecho? La enana esa no hacía nada más que darme la lata —respondió el chico con rabia, lo que provocó la reacción inmediata de Spencer.

—¿Cómo puedes decir eso, pedazo de mierda? —preguntó Tracy levantando la voz varios tonos. Estaba empezando a ponerse nervioso de más y eso no les convenía en aquel momento.

—Spence, si no te controlas, voy a avisar a los padres y terminamos aquí ahora mismo. Si lo prefieres, puedes dejarme a mí a solas con él —comentó Andrew con mirada acerada. No pensaba permitirle que echara a perder la oportunidad que tenían. Tal vez luego tuviera que aguantar su cabreo, pero ya se haría cargo de eso más tarde. Ahora lo que le importaba era sacar el máximo de información posible.

Los dos detectives se miraron. Entonces Spencer decidió salir de la habitación. Estaba claro que aquel chaval le sacaba de sus casillas y no era de ninguna ayuda. Debía confiar en su camarada.

—¿Estoy metido en un lío? —preguntó el chaval cuando Spencer cerró la puerta.

—Me temo que sí. No me extrañaría que a mi compañero, que, como ves, es un poco nervioso, se le haya ocurrido pedir una orden de registro para buscar droga en tu habitación.

El joven tragó saliva ruidosamente.

—Pero también podemos hacer la vista gorda si me das la información que necesito —continuó diciendo Andrew, ahora que contaba con su plena atención—. ¿Me comprendes? No tenemos que enredar esto más de lo imprescindible. Además, si tardamos más de lo necesario, tus padres van a comenzar a impacientarse. Tú decides.

Capítulo 33

Sospechoso

En cuanto salieron de la casa de los Tremblay, llamaron para solicitar que emitieran una orden de búsqueda sobre Percy Evans. Según les contaron los hermanos, después de que dejara de merodear por el instituto, había continuado instigándoles. Por un lado, Ben seguía debiéndole dinero por la mercancía que le había pasado. Se metió en aquel lío él solito por niñato, por querer chulearse delante de sus amigos del instituto y hacerse el malote. Al final, se terminó juntando con compañías poco recomendables que no tenían intención de perdonarle sus deudas. Percy Evans era uno de ellos, pero no el único.

Otro tema era el lío que había tenido Percy con Hailey. Según relataron, le hicieron creer que la chica tenía diecisiete años y a él le

había convenido creérselo. Hailey era una joven muy guapa y estaba muy desarrollada para su edad. Podía pasar perfectamente por una chica de diecisiete años e incluso de más. El problema vino cuando Percy quiso propasarse y dar un paso más. No quería solo besos furtivos, quería tener sexo con ella. Fue entonces cuando ella le confesó que tenía catorce años y él fue consciente del lío en el que se podía meter. Podría entrar a formar parte de la lista de delincuentes sexuales por mantener relaciones con una menor. Desde luego, no le convenía en absoluto. La sociedad era muy sensible y muy dura con ese tipo de delitos. No obstante, no le gustó que le engañaran. Aparte de que no tenía demasiadas luces, era bastante vengativo. Así que no dejó en paz a los hermanos Tremblay, sino que se dedicó a amedrentarlos por diferentes motivos a cada uno.

—Thais, soy Andrew —le comentó a la detective por teléfono desde el coche—. Puede que tengamos un sospechoso. Necesitamos que localicéis a Percy Evans, de veintinueve años, y mandéis a una patrulla a buscarle para que lo lleve a comisaría.

Completó la descripción con los datos que tenían hasta el momento. Por suerte, incluso los chavales les habían podido facilitar una foto del tal Percy. No sería muy difícil localizarle. Al menos, es lo que esperaban.

—No me cuadra que sea él —señaló Spencer.

—Si te digo la verdad, a mí tampoco. Pero es lo mejor que tenemos por el momento, Spence. Y debemos investigarlo. Tal vez este caso sea más sencillo de lo que pensamos y, al final, no se relacione con los anteriores.

Por eso me puse tan pesado al principio con este tema. No podemos dejarnos llevar por ideas preconcebidas. Debemos investigarlo todo.

—¿Y para qué iba a llevarse a la pequeña? Les habría hecho algo a los dos hermanos mayores, pero no a la niña que no tenía nada que ver en todo esto. No tiene sentido. Secuestrar a una cría solo le metería en problemas.

Ni siquiera ha pedido un rescate.

—Bueno, saldremos de dudas cuando podamos interrogarlo, ¿no te parece?

Tracy suspiró sonoramente. Andrew decidió cambiar de tema. Tenía que aclarar algo con él.

—¿Qué te ha pasado en la casa, tío?

—Que me sacan de quicio los adolescentes en general, y esos dos en particular. Su hermana pequeña ha desaparecido y solo se preocupan de mirarse el ombligo. Hay que joderse con la juventud de hoy día.

—Bueno, todos hemos sido alguna vez unos adolescentes estúpidos.

Indudablemente, tú también. Y tuviste que ser insufrible, seguro —comentó con una sonrisa.

—Mira quien habló. El engreído Andrew Davis que se debía creer el gallito del corral. No sé qué ven las tías en ti, la verdad. Eres un blandengue.

—¿A qué viene eso? —preguntó sorprendido.

—A las caras de niño bueno que pones cuando quieres. Como en la casa con los dos chavales. Cualquiera diría que ibas en plan hermano mayor —

observó resoplando el moreno.

—Bueno, pero ha funcionado, ¿no? Mejor que tu ya habitual lado Pitbull que sacas de paseo de vez en cuando. Eso me recuerda que tengo que investigar acerca de la raza Pitbull neozelandés. Seguro que se parece bastante a ti.

Entonces, Spencer le dio un puñetazo en el brazo, quizás más fuerte de lo que había pensado en un principio.

—¡Ouch! —se quejó Andrew—. Contrólate, animal, que voy conduciendo.

—Sí y más valdría que te dieras un poco de prisa, porque a este paso llegamos de noche a la comisaría. Un Pitbull neozelandés, dice. ¿A qué viene eso, pelele?

—Nada, nada. Cosas mías.

Capítulo 34

Camionetas

En la base de datos de tráfico, aparecieron un número significativo de camionetas del modelo Ford F-150 Lariat. Debido a que había estado estacionada en una calle asfaltada, no tenían huellas de los

neumáticos ni rastros de rodadas. Tampoco había posibilidad de medir el posible eje de dicha camioneta, lo que ayudaría precisar un poco más el modelo y el año, así como asegurarse de que la información dada por el testigo era fiable. Al fin y al cabo, a veces esas pequeñas variaciones que introducen las marcas en los modelos de vehículos pueden considerarse claves para afinar la búsqueda de los detectives.

Tendrían que fiarse, en un principio, de la declaración de Roy Martin, el dueño de la tienda de *souvenirs*, puesto que en la cámara del cajero tampoco habían logrado verla. Sin embargo, sí había una captura de imagen en la que se veía al hombre misterioso cargar con una niña en los brazos envuelta en lo que parecía una manta.

—Vale, entonces, ¿de cuántas camionetas Ford estamos hablando? —

preguntó Ken Rose.

—Según tráfico, en todo Canadá hay más de cinco mil camionetas Ford F-150 Lariat —informó la detective Sorenson, que estaba repasando los datos que acababa de recibir y no le había dado tiempo a analizarlos.

—¡Coño, Thais! ¡Sé más concreta! No te estamos pidiendo los datos de todo Canadá.

—Bueno, déjala unos segundos —la defendió Andrew—. Está revisando información recién salida del horno—. Ella le miró agradecida.

—Como ves, detective Davis, me toca convivir a diario en el trabajo con un zopenco y un cromañón —se defendió ella, alzando levemente las cejas y poniendo cara de escarnio.

—Anda, no te quejes —intervino Spencer—. Si no es más que un corderito que de vez en cuando tiene que ladrar para que alguien le tome un poco en serio.

—¿Puedes recordarme por qué has vuelto? —preguntó irónico Ken Rose

—. Puto Tracy, siempre riéndose de todos.

Y en ese momento, sí que Spencer se empezó a reír mientras le propinaba unas palmadas en la espalda. Daba gusto verle recuperar el buen humor.

—No te enfades, hombre. Sabes que te aprecio. Pero es que es muy fácil hacerte cabrear, Ken, eso no lo puedes negar.

El otro gruñó por toda respuesta.

—Vale, aquí hay algo más —continuó Thais—. En Alberta hay unas mil camionetas. Y no te estreses, Ken, que voy a seguir desgajando datos.

—¡Más te vale! O necesitaremos dos vidas para investigar a cada dueño.

—¿Te puedes relajar un poco? —le preguntó su compañera.

El otro hizo un mohín por toda respuesta.

—Necesita un buen polvo, eso es lo que le pasa —bromeó otra vez Spencer, que no perdía oportunidad—. Debe tener telarañas de no mojar.

—¿Y tú qué sabrás, puto descerebrado? —respondió esta vez verdaderamente cabreado. Lo cierto era que desde su divorcio estaba en el dique seco, pero eso no tenía por qué airearlo delante de nadie. Era su vida privada.

Andrew asistía en silencio a aquel intercambio de puyas. Conocía más que de sobra a Tracy y sabía que eso se podía alargar hasta el infinito y más allá, emulando al entrañable personaje de Pixar *Buzz Lightyear*. En cualquier caso, prefería que estuviera así que no tan apagado como le había visto recientemente. Era un buen síntoma el hecho de que tuviera ganas de bromear.

—¿Os importaría comportaros como adultos y como profesionales solo por unos segundos, por favor? —solicitó la joven.

—Lo intentaremos —respondió Spencer, poniendo cara de cordero degollado—. Pero no puedo prometerte nada.

Ahí tenían una buena pista. Si el hombre misterioso era el que se había llevado a la niña, desde luego era lo mejor que habían tenido en mucho tiempo. El registro de tráfico les daría los nombres de los propietarios de dichos vehículos.

Podrían descartar a todos aquellos que estuvieran fuera de la ciudad en esos días. Después, analizarían el color de las camionetas restantes y los modelos concretos pertenecientes a los años noventa. El tendero

había especificado que era una Ford del noventa y cuatro, pero podría estar

equivocado. Para finalizar, buscarían las denuncias por robo de las últimas semanas, por si acaso el secuestrador la había tomado prestada.

Tenían una buena cantidad de trabajo por delante.

Pero lo mejor de todo es que tenían esperanza.

Y eso les daba fuelle.

Entonces se le ocurrió algo al detective Davis.

Tal vez…

No perdían nada por investigarlo.

—¿Puedes buscar si Percy Evans tiene una furgoneta similar?

Capítulo 35

NOVEDADES

Tal y como vaticinaron, no era demasiado difícil localizar a Percy Evans. Una patrulla había ido a buscarle al taller en el que trabajaba junto a su padre y otros empleados. Gracias a los datos que había investigado Thais Sorenson, los agentes de policía se fijaron en que efectivamente había aparcada en el exterior una furgoneta Ford similar a la vista en los momentos previos del secuestro.

Antes de pedir al joven Evans que les acompañase a la comisaría, avisaron para que se fuera pidiendo la oportuna orden para confiscar y registrar a fondo la furgoneta. Si la niña había estado en ella, encontrarían su ADN en algún sitio. O eso esperaban.

Thais y Ken observaban al otro lado del cristal. Andrew le había ofrecido algo para beber, en aras de hacer sentir cómodo al testigo. El detective Rose no compartía esa forma de proceder. Él era más de tener mano dura desde la primera toma de contacto. Pero era el posible sospechoso que habían localizado los policías de Vancouver, por lo que no iba a entrometerse, salvo que lo viera necesario.

—¿Le va a dar un masaje también? —ironizó un poco irritado.

—¡Cállate, Ken! Y déjales trabajar. No hay un único modo de

proceder.

A veces, eres demasiado inflexible.

—Lo que tú digas, Thais. A mí lo que me parece es que te mola Davis y por eso te parece bien todo lo que dice o hace, ¿me equivoco?

—No lo voy a negar. Lo de que me mola, digo —aclaró la joven—. Eso no significa que esté de acuerdo con todo lo que diga o haga. Ni mucho menos. No voy a perder mi criterio profesional por eso.

—¡Vaya! Ni siquiera te molestas en disimular —señaló Rose con cierta sorpresa.

—¿Por qué iba a hacerlo? Es un chico guapo. Da gusto de vez en cuando recrearse la vista. No te ofendas, Ken.

Pero este sí se ofendió. Tenía la piel bastante fina en lo tocante a las referencias a su aspecto, a pesar de que no se cuidaba en absoluto. Eso le estaba pasando factura y le hacía parecer mayor de lo que era.

—Percy, hemos hablado con los hermanos Tremblay —comenzó a decir Andrew.

—No sé quiénes son esos.

—Sí, claro que lo sabes, así que no perdamos el tiempo con disimulos innecesarios. Cuanto más colabores, mejor para todos. Tal vez, hasta puedas irte antes.

Spencer le miró de soslayo. No era eso lo que habían hablado. Sin embargo, decidió no intervenir en ese momento.

—Sabemos que tuviste una relación con Hailey Tremblay y que le pasabas cristal a Ben.

—Es su palabra contra la mía —dijo ufano.

Andrew le miró frunciendo el ceño.

—También sabemos que estuviste merodeando un tiempo por el instituto

—continuó Spencer—. Y eso estoy seguro de que no lo puedes negar, porque lo hemos comprobado. Hay registros policiales de que se te apercibió por ese motivo.

—Fue totalmente injusto. Conozco a muchos chicos de allí. No veo qué tiene de malo visitar a los colegas.

—Querrás decir, que le vendes droga a muchos jóvenes del instituto, que es muy diferente —apostilló Tracy.

—Y luego está lo de la camioneta Ford F-150 Lariat —dijo Andrew cambiando de tema.

—Es de mi viejo.

—Pero la sueles conducir tú —afirmó contundente Davis.

—¿Y qué tiene eso de malo? Él me la presta de vez en cuando, ¿vale?

—No tiene por qué tener nada de malo, salvo que te llevases en ella a la hermana pequeña de Hailey y de Ben —dijo esta vez, lanzando un órdago a lo grande.

—¿De qué coño me están hablando? —preguntó incrédulo.

—De que igual estabas cabreado porque Hailey no te había dicho que tenía catorce años y eso te podía meter en un buen lío. Y también te pondría de mal humor que Ben te debiera dinero y no pareciera que iba a devolvértelo a corto plazo —intervino ahora Spencer.

—Estamos registrándola ahora mismo. Está en el depósito de vehículos de la policía. Tal vez sea un buen momento de hablar.

—¿Quieren que hable? Pues bien, voy a hablar. Quiero un abogado. Eso es lo que tengo que decir.



¿Qué piensas de Percy Evans? Atrévete a probar

tus teorías. Sigue el siguiente enlace:

https://arielzorion.com/adentrate-en-la-investigacion-de-la-biografia-

del-miedo/es-percy-evans-un-sospechoso-creible/

Horror

Del lat. horror, -ōris.

1.

m. Sentimiento intenso causado

por algo terrible y espantoso.

2. m. Aversión profunda hacia alguien o algo.

3. m. Atrocidad, monstruosidad, enormidad. U.

m. en pl.

4. m. coloq. Cantidad muy grande. En pl., u. t.

c. adv. Se divierten horrores.

Horror al vacío

1. m. Tendencia a llenar todos los espacios,

generalmente con motivos o elementos

decorativos.

(Diccionario de la Real Academia de la Lengua Española)

Capítulo 36

Perdida en el tiempo

Calgary. Verano de un año indeterminado

Ha pasado mucho tiempo desde que llegué aquí. Ya casi no soy capaz de ver en mi cabeza la cara de mi madre. Su recuerdo se emborrona en mi memoria hasta no parecer más que una mancha de tinta. Se diluye y se confunde con rostros que no sé ni a quiénes pertenecen. Su imagen se pierde poco a poco, como si fuera tinta expuesta al sol.

¿Le pasará lo mismo a ella? ¿Se habrá olvidado de mi cara? Quiero pensar que no, que una madre nunca se olvida de una hija. Pero también debería ser al revés, y yo apenas la recuerdo. Y eso me entristece muchísimo.

Sé que es verano porque hace calor, pero no sé mucho más. He pasado la mayor parte encerrada en esa habitación rosa que tanto odio. En muchas ocasiones intenté escapar, pero sin éxito. La peor fue la primera vez, sin duda, cuando todas mis esperanzas estaban intactas y se hicieron añicos.

Vencí mis miedos y me lancé por aquel corredor oscuro pensando que en algún momento hallaría la salida.

Todo fue en vano.

Después de aquel fracaso, vino un baño de realidad.

Lloré tanto que el dolor de cabeza me duró varios días.

La desesperanza hizo mella.

Pero no lo suficiente para rendirme.

Lo intenté varias veces más. Ahora entiendo porque mis padres decían que era una niña muy tozuda y que no se daba por vencida. Si me vieran ahora, derrotada, ¿qué pensarían? Tal vez se sintieran decepcionados.

Pensar en ello me duele. A pesar de todo, de la distancia física y emocional, insalvable y dolorosa, me gustaría que siguieran sintiéndose orgullosos de mí. Me aterroriza pensar que no sea así.

Supongo que este sometimiento al que al final he cedido es el que me ha permitido ver la luz del día. La primera vez que salí y vi el sol después de tanto tiempo, me dolieron un poco los ojos. Pero no me importó. Quería

quedarme al aire libre para siempre, sin importarme si helaba por las noches o los rayos solares abrasasen mi piel durante el día.

Ahí fui consciente de que no serviría de nada correr, porque estábamos viviendo en una casa en medio de la nada, rodeados de campo y de bosques.

Aun así, lo intenté. Aun sabiendo que no había escapatoria porque nadie jamás podría encontrarme en aquel lugar perdido.

Así que me convertí casi en una más de ellos. Me siguieron llamando Lillyth. Me acostumbré a mi nuevo nombre hasta casi olvidar el mío, hasta perder mi identidad. No me quedó otro remedio.

Un día supe que no me quedaba mucho tiempo.

Escuché una conversación.

El miedo volvió con toda su fuerza.

Estaban pensando en deshacerse de mí.

Ya no les servía.

Capítulo 37

hay que seguir

Estaban sepultados bajo montañas de datos que había que cribar. A pesar de que los informáticos trabajaban a destajo, el número seguía siendo demasiado alto. Pero no perdían la esperanza. Sabían que las primeras 72

horas eran cruciales y que ya las habían sobrepasado de largo, pero eso no significaba que se fueran a rendir y que no fueran a encontrar a la niña esta vez.

Calgary, en su día, experimentó un crecimiento muy rápido debido a su condición de centro de la industria petrolera del país. Esto la convirtió en una ciudad cosmopolita. Sin embargo, todo esto no le sirvió para desprenderse del sobrenombre de "*Cowtown*", en referencia a las exhibiciones agrícolas que se hicieron allí tiempo atrás y, por supuesto, a la famosa Calgary *Stampede*.

La realidad era que todavía había muchas zonas rurales y personas que se dedicaban a la actividad agrícola, quienes eran especialmente propensos a comprar unos modelos específicos de vehículos. La camioneta Ford que estaban buscando, era justo uno de ellos.

Por desgracia, el interrogatorio con Percy Evans no fue lo que se dice bien, así que tendrían que seguir investigándole y averiguar si podía haberse llevado a la niña. Si era así, el siguiente paso era establecer los posibles lugares en los que la mantenía cautiva. Pero no podían jugarse todo a esa carta. Debían seguir con otras líneas abiertas.

Por aquel día, ya habían trabajado bastante. Llevaban varias jornadas

extenuantes de papeleo sin fin, interrogatorios, revisión de declaraciones y cotejo de datos. Necesitaban hacer un paréntesis y tomar un respiro.

—¿Y si nos bebemos unas birras para terminar la jornada? —propuso Ken, que cada día que pasaba parecía más abierto y receptivo. Tras los recelos hacia Andrew de los primeros días, ahora era evidente que ya se caían bien, aunque fueran tan sumamente diferentes.

—El rubito y yo nunca decimos que no a una cerveza —habló Spencer por los dos—. ¿Verdad que no, Andy?

El otro asintió con la cabeza. ¿Cómo rechazar una oferta tan tentadora?

—Yo también voy —se sumó Thais.

Antes de dejar la oficina, se les unieron algunos agentes más que, como ellos, terminaban turno. Se dirigieron a una taberna irlandesa cercana que solían frecuentar y que casi era cita obligada para los policías, especialmente hacia el final de semana, que era cuando se encontraba mucho más animada.

Pasaron un rato agradable, con charla poco trascendental, cosa que necesitaban para olvidarse un poco de la presión que se habían autoimpuesto en torno al caso de la niña desaparecida. Tracy aprovechó para reencontrarse con viejos compañeros y charlar con ellos fuera de los muros de la comisaría. Sus risotadas se escuchaban por encima de la música y del bullicio del local.

Casi desde que habían llegado a la taberna, Thais y Andrew habían estado juntos, sentados uno al lado del otro. Desde el primer momento, era evidente que entre ellos había una buena conexión. A ciertas cosas no se necesita ponerles palabras cuando son tan evidentes. No obstante, a la joven ya no le apetecía hablar. Ahora tenía ganas de algo más, cosa que no dudó en sugerirle a Andrew.

—Lo siento, no es buena idea. Estamos trabajando juntos en el caso. No creo que al jefe le gustase. Podríamos meternos en un lío —dijo cuando ella trató de besarle. Era difícil resistirse ante una mujer tan bonita—. Además, estoy empezando una relación con alguien y no quiero estropearlo.

—Ella no tiene por qué enterarse. Nadie se lo va a decir —insistió muy cerca de él todavía. El detective podía notar la caricia de su aliento sobre su mejilla, lo que le nublaba la razón.

—Pero yo lo sabré. Y con una infidelidad es difícil comenzar bien algo

—insistió.

—Como ya te he dicho, nadie tiene por qué enterarse. Y mi piso está aquí al lado. Podemos escabullirnos sin que nadie se entere.

Andrew tragó saliva y se mordió el labio inferior. Thais era atractiva, de labios sensuales, pelo cobrizo y unos ojos de un verde poco común. Su pelo rizado iba normalmente atado en una coleta alta de la que siempre escapaban unos mechones que le caían con gracia por la cara.

Davis pensó que aquella oferta era demasiado tentadora.

Y él empezaba a estar un poco borracho.

Al fin y al cabo, llevaba demasiado tiempo portándose bien.



Después de la conversación con su madre, Hannah llevaba días sin dar señales de vida. Adrian Petrus la había llamado en varias ocasiones, pero no lograba que cogiera el teléfono. Por suerte, sabía por su hermana mayor que se encontraba bien. De lo contrario, habría empezado a preocuparse y habría mandado a alguno de sus agentes a buscarla, algo que sabía de sobra que su hija detestaba. Pero es que era una testaruda y cada vez parecía más empeñada en desafiar a su padre.

Aquel día, se pasó por el piso de su hija al salir de trabajar. A pesar de las consecuencias, no se arrepentía de lo que había hecho. Antes o después, su hija se daría cuenta de que él tenía razón y que Davis no era bueno para ella.

—Hannah, abre de un vez. Sé de sobra que estás en casa —dijo Adrian aporreando la puerta. Había llamado al timbre, pero ella no le había abierto.

En realidad, no estaba seguro de que estuviera en el piso, pero jugó esa baza por si estaba en lo cierto, ya que le pareció que se oía música en el interior. Después de seguir insistiendo todavía unos minutos, lo que hizo que se asomara la vecina del otro lado del rellano, la hija del comisario se dignó a abrir.

Con la mirada fulminó a su padre. No, definitivamente no iban a tener una conversación sencilla. Dejó la puerta abierta para que él pasara.

—Te estás comportando como una cría, te lo digo en serio —dijo al poco de entrar, justo después de cerrar la puerta a su espalda.

—No creo que tú precisamente puedas reprocharme nada en estos momentos —respondió ella furiosa y desafiante.

Adrian se dio cuenta de que por esos derroteros no habría conversación alguna. Era cierto que él podía llegar a ser muy autoritario, tal vez fruto del trabajo que desempeñaba. No obstante, su hija ante lo que peor reaccionaba era ante eso, ante actitudes de ordeno y mando. En su caso, era necesario recorrer muchas curvas si quería llegar a su objetivo. El camino recto solo le conduciría a un precipicio muy profundo. Un abismo de separación.

—Ya va siendo hora de que nos sentemos y conversemos, ¿no crees?

—Deberíamos haber hablado antes de que mandases a Andrew a mil kilómetros. ¿Qué te parece ese momento? Porque yo considero que ahora

ya es demasiado tarde.

—Me parece que ese momento ya ha pasado y que no puedo enmendar ese error. Pero no significa que no podamos hablar como dos personas civilizadas. Podemos empezar a arreglar las cosas ahora.

—No seas hipócrita, papá. Tampoco lo habrías hecho. No habrías hecho nada por evitar ese error —dijo entrecomillando con los dedos —. Sabías que estábamos juntos y no dijiste nada. Decidiste jugar tus bazas. Como siempre haces.

—Lo siento, ¿vale? Debes confiar en mí. Lo hice porque sé que es lo mejor para ti. Ese chico no te conviene, Hannah.

—Bueno, nunca te gustan las cosas que yo elijo. No te gustó la carrera que escogí y ahora no te gusta mi pareja, la única mínimamente estable que he tenido. No sé por qué, pero ya no me sorprendo. Es más, creo que no debería escucharte.

—Le conozco mejor que tú, hija. No estoy diciendo que sea un mal chico, Hannah. Pero si te estás haciendo ilusiones con una relación a largo plazo, creo que deberías empezar a ser realista o va a hacerte sufrir.

—Déjame que tome mis propias decisiones. Soy mayor, papá, y no lo asumes. No entiendes que me gusta hacer las cosas por mí misma. Y

esta vez te has pasado mucho. Es ruin mandarlo lejos solo para evitar que estemos juntos. Has traspasado un límite del que ya no se puede volver atrás. He perdido la confianza en ti.

Adrian Petrus miró a su hija a los ojos, herido por sus palabras. Había auténtica determinación en ellos. El puñetero Davis no había hecho más que causarle problemas desde que llegara casi cuatro años atrás. Ahora había conseguido erosionar la ya de por sí desgastada relación con su hija.

Más le valía estar equivocado porque, si se enteraba de que hacía daño a Hannah, se iba a arrepentir. Le pondría a patrullar las calles como si estuviera recién salido de la academia. Y eso era lo primero que se le había ocurrido en caliente. Ya tendría ideas más imaginativas si llegase la ocasión.

De fondo se escuchaba en una lista de reproducción *Trustfall,* de Pink, que precisamente significa pérdida de confianza. Eso era lo que sentía Hannah en ese instante: había perdido la confianza en su padre.



¿Qué ha pasado entre thais y andrew? Atrévete a probar tus teorías. Sigue el siguiente enlace:

https://arielzorion.com/adentrate-en-la-investigacion-de-la-biografia-

del-miedo/que-ha-pasado-entre-thais-y-andrew/

Capítulo 38

Cribado

Andrew le daba vueltas a lo sucedido la noche anterior. Aquello podía volverse un poco incómodo. Trataría de hacer como que no había pasado nada. Esperaba que la reacción de Thais fuera similar y pudieran seguir investigando como un día más.

Para colmo, se había olvidado de llamar a Hannah y tenía infinidad de llamadas perdidas de ella, así como mensajes que aún no había contestado.

Se olvidó del móvil, para variar, y se le terminó agotando la batería. Cuando lo conectó al despertarse, fue cuando vio lo que tenía pendiente.

—¿A qué le da vueltas esa cabecita tuya? —le preguntó Spencer, que había notado que su compañero estaba en otra cosa.

—Nada en particular —respondió con una sonrisa liviana.

—Lo pasamos bien anoche, ¿verdad? —preguntó aparentemente sin intención.

—Sí, muy bien —respondió el más joven levemente ruborizado, algo de lo que su compañero no se apercibió.

—Nos hacía falta olvidarnos un poco de toda esta mierda. Sobre todo a mí, que reconozco que me agobia este caso más de lo habitual.

—Ya me había dado cuenta —afirmó Davis.

—He sido un puñetero grano en el culo, chaval. Y quiero que sepas que lo siento, ¿vale?

—Tendrás que hacer méritos para que te perdone —bromeó el rubio.

—¡Serás pedazo de mamón! —exclamó riéndose.

—Lo vamos a resolver, Spence. Ya lo verás —concluyó Andrew, tratando de insuflarle ánimos y confianza a su amigo.

Tracy suspiró sonoramente. Quería creerle.

—No lo sé. Tengo que empezar a asumir que cabe la posibilidad de que no sea así. Si estamos en lo cierto, esta investigación lleva abierta treinta y cinco años. ¿Por qué íbamos a lograr resolverla ahora?

—Tengo una corazonada —insistió Davis—. Ya verás como, antes de volver a Vancouver, podrás visitar la tumba de Carl y decirle que puede

descansar en paz, porque has cerrado el caso.

Sin embargo, no podía dejar de pensar que si el sospechoso que tenía en la comisaría era culpable, aquello no resolvería las desapariciones anteriores. Salvo que hubiese otra explicación y fueran capaces de hallarla.

Spencer le miró a los ojos enternecido. Sabía que Andrew no decía aquello por decir. Tenía claro que iba a dar lo mejor de sí y esforzarse al máximo para que aquello se cerrase por fin. Y también sabía que lo hacía por él. La lealtad entre ellos era a prueba de bombas. Al fin y al

cabo, eso es la amistad, saber que puedes contar con el otro en las situaciones adversas.

—¿Qué te pasa? —preguntó Davis—. Me das un poco de miedo cuando me miras así. Cualquiera diría que estás enamorado de mí, tío. Y tengo una reputación, no quiero que me la estropees —ironizó, tratando de relajar el ambiente.

Spencer se empezó a reír como si fuera el comentario más gracioso que había escuchado en su vida. Agradecía enormemente el esfuerzo que hacía Andrew por reconfortarle y devolverle el sentido del humor.

—¡Ja, ja, ja! Claro, hombre. Se me había olvidado que trabajo con el terror de las nenas.

—¿En serio? ¿El terror de las nenas? ¿Es que eres centenario o qué?

Porque usas expresiones que ni mi abuelo, macho. Esa en concreto debe ser del Paleolítico.

Spencer se dobló literalmente de la risa. Andrew pensó que no era para tanto, pero ya no le extrañaban las reacciones desproporcionadas de su compañero.

—Hacemos una extraña pareja, ¿no te parece? —dijo por fin cuando tomó un poco de aire—. Cualquiera que nos vea, pensará que no tenemos nada en común y, sin embargo, somos como el hilo y la aguja.

—No digas muy alto lo de pareja, anda —insistió en la broma, Andrew, con una sonrisa.

—Ya lo creo que sí —terminó Spence riéndose—. Porque sé que ahora estás pillado, sino te ibas a enterar, cara bonita —terminó, pellizcándole las mejillas como hacen los abuelos a los nietos, ante lo que el joven se revolvió.

—¡Suelta, tío, joder! No se te puede dar confianza.

Y siguió riéndose todavía un rato.

Daba gusto verle así de relajado.

Debían resolver ese caso como fuera. No podía permitir que aquello le amargara la existencia a su amigo.



Cuando llegaron a comisaría, Ken y Thais ya estaban allí revisando algunos de los expedientes de los propietarios de las camionetas. Habían aplicado distintos filtros que habían decidido el día anterior y que habían logrado eliminar un buen número de posibles sujetos. Esperaban que con los criterios empleados no hubiesen dejado fuera al secuestrador, al margen de Percy Evans que seguía bajo investigación, claro.

El primero era el color del vehículo. A pesar de que sabían de sobra que el testimonio de un testigo tiene una fiabilidad limitada, les había parecido que aquel hombre conocía muy bien aquel modelo de camioneta, puesto que había afinado mucho la descripción de la misma. El color azul desgastado hacía pensar en que no había sido pintada recientemente, sino que posiblemente era el color original de fábrica. Ese criterio había servido para eliminar *a priori* un buen número de candidatos, especialmente teniendo en cuenta que era supuestamente un modelo de los años noventa.

Algunos de los propietarios de una Ford F-150 Lariat tenían antecedentes penales y serían los primeros en recibir su visita, especialmente aquellos que habían sido detenidos en algún momento por crímenes violentos.

También aquellos que estuvieran registrados en el sistema como pederastas ocupaban los primeros puestos de la lista, como era lógico, aunque no fueran expedientes recientes.

Después del cribado exhaustivo, habían reducido la lista a cincuenta posibles. Seguían siendo muchos, pero empezaba a parecer una cifra manejable.

Confiaban en haber utilizado los criterios oportunos.

Si no era así, la posibilidad de rescatar a aquella niña con vida se reduciría de manera drástica.

Capítulo 39

Lo que siente una madre

Calgary. Finales de 1985

Un hijo es una parte de ti, una irremplazable. No hay un amor más grande. Hasta que no eres madre es imposible conocer el auténtico significado de la palabra amor. Son cuatro letras que se expanden y lo abarcan todo. Es una palabra pequeña, de solo dos sílabas, que

alcanza confines inimaginables. No hay límites, ni barreras. Entonces, cuando eres madre, cuando has llevado dentro de ti el latido de otro corazón que no es el tuyo, entiendes que es posible morir por amor. Y también morir de amor, que se parece pero no es lo mismo.

A nadie se le ocurriría pedirte que eligieras de qué parte de tu cuerpo prescindirías. ¿Acaso podrías escoger que te quitaran el ojo izquierdo en lugar del derecho? Sería una estupidez, porque todas las partes que conforman tu ser son necesarias, porque todas duelen por igual, porque todas son tú en cierta medida. Tampoco se le ocurriría a nadie decir "tienes el resto del cuerpo, debes seguir adelante". Sin embargo, cuando pierdes un hijo, todo el mundo cree que debes seguir en pie simplemente porque te queda otro, aunque tú sientas que ya estás muerta en vida. Y es justo en eso en lo único que pienso últimamente, en las ganas que tengo de morirme.

Ya no recuerdo qué es la ilusión de vivir. Solo respiro para no ahogarme.

Camino como una autómata y hago lo que corresponde cada día, pero ya no hay significados. Todo se ha vuelto monocorde, monocromático y monoaural. Vivir es un castigo para el que no tengo aliento que me ayude a resistir.

Miro a mi pequeño y me siento desfallecer. Necesita a su madre. Necesita su cariño, su amor. Necesita que le cuide, que le abrace, que le lea cuentos antes de dormir. Necesita que le diga que todo va a estar bien, que le proporcione seguridad. Necesita saber que no se va a quedar solo, que voy a luchar por él.

Pero no puedo.

Ya no.

Mis fuerzas y mi ánimo se extinguieron con el último suspiro de mi niña.

Mi pequeña y dulce Lillyth.

Él no tiene la culpa, aunque se sienta culpable, porque cree que lo podría haber hecho mejor. No es más que un niño. Le cargamos con una responsabilidad excesiva. Pero él también es pequeño y sé que me necesita, que necesita a sus padres por igual. Tal vez ahora más que nunca, porque él también tiene que navegar por esta pérdida que es como chapapote negro y pegajoso.

No puedo respirar. Me falta el aire. Se ha vuelto tan denso que creo que puedo tocarlo. La cabeza me duele de tanto llorar. Mi mente es una nube espesa, atiborrada de un algodón que impide pensar y sentir, pero que no mitiga el sufrimiento. El miedo a la pérdida ha dado paso a un vacío abigarrado, pastoso y cruel.

¿Cuándo va a terminar este dolor?

Tal vez solo cuando yo decida acabar con él.

Capítulo 40

Interrogatorios

En un principio, decidieron interrogar a la mayoría de los sujetos en la comisaría. Era una forma más eficiente de emplear el tiempo. Distintas patrullas se encargarían de ir a por las personas de interés en la investigación y llevarlas hasta las dependencias policiales, donde les esperarían los detectives al cargo de la investigación. Esto les serviría para contrastar los primeros datos con mayor rapidez y eficacia.

Además, aunque la imagen del cajero era de bastante mala calidad, tal vez pudieran hacer alguna identificación aproximada. Por el momento, Roy Martin, el tendero, había acudido también y le habían mostrado algunas fotografías de los delincuentes sexuales que estaban en el punto de mira por poseer el modelo de camioneta que él mismo había especificado. También le mostraron la foto de Percy Evans. Sin embargo, no había dado ningún resultado. No se atrevía a identificar a nadie, lo que era de esperar. No le había visto con claridad y bien podría ir disfrazado. Por otra parte, el sujeto había pasado rápido y su rostro permanecía parcialmente oculto por la gorra, las gafas y la barba.

El siguiente paso sería montar una rueda de reconocimiento, pero necesitaban más datos. O mejor dicho, algún sospechoso más. Percy Evans no terminaba de encajar. No significaba que lo descartaran, pero debían seguir investigando. Al fin y al cabo, una niña estaba en paradero desconocido, y cada día que pasaba, disminuían las probabilidades de encontrarla con vida.

—Resulta curioso que, en esos días en los que todo el mundo llevaba un sombrero vaquero, el supuesto secuestrador eligiera llevar una gorra —

comentó Spencer, en una conversación aquel día. No dejaba de ser un dato chocante.

—Sí, yo también lo he pensado. La mejor forma de pasar desapercibido ese día era ir vestido como los demás —secundó Andrew.

—No sé, rubito. Me da que algo no estamos haciendo bien —señaló el moreno con pesadumbre.

—No te desanimes. Hay que dejar hablar a los datos. Y tenemos que investigar e interrogar a los que tenemos en la lista de propietarios de las camionetas Ford. Para eso han estado trabajando los informáticos.

Intuían que les esperaban días de encierro dentro de esas cuatro paredes, algo que ni Davis ni Tracy llevaban nada bien, especialmente en un caso como ese. Eran policías de calle y permanecer en la comisaría llevaba sus nervios al límite. Confiaban en dar pronto con aquello que les llevara a trabajar al aire libre. Dar con esa pista que necesitaban para encontrar a la pequeña.

Empezarían por los sospechosos habituales, es decir, aquellos con antecedentes criminales relacionados con la violencia o abusos con menores. Desde luego, no sería divertido, pero sí necesario. No podían dejar de lado esa línea de investigación. Si lo hacían, estarían dejándose influir precisamente por lo que ya había planteado Andrew, es decir, por sus ideas preconcebidas. Puede que algún pedófilo hubiera aprovechado la ocasión para llevarse a la cría y no tuviera relación con las anteriores desapariciones.

Sabían que la posibilidad era remota, pero no inexistente. Ese mismo día, de hecho interrogarían a unos cuantos de los habituales.



En un momento que le pareció oportuno, es decir, poco antes de que llegara el primer sujeto, Andrew le pidió a Thais unos segundos para hablar.

Esta accedió inmediatamente. No tenía ningún inconveniente al respecto.

—¿Estamos bien? —preguntó el detective.

—Sí, por supuesto. No tienes por qué preocuparte.

—No quiero que lo de la otra noche interfiera en la investigación.

Ella le miró con aquellos ojos tan impresionantes y llamativos y él

sintió un momento de debilidad.

—Andrew, somos adultos, ¿vale? En serio, estáte tranquilo. Para mí no ha cambiado nada.

Esta vez fue él quien la miró, analizando su expresión para tratar de adivinar si estaba siendo sincera. Le pareció que efectivamente estaba diciendo la verdad.

—Me alivia mucho que sea así. No me apetece que haya malos rollos o malos entendidos.

—No los va a haber. No eres tan interesante —le dijo ella guiñándole un ojo y con una sonrisa.

Davis pensó que, en otras circunstancias, todo habría sido muy diferente.

Aquella chica le resultaba muy atractiva.



Spencer y Andrew observaban tras el cristal unidireccional el interrogatorio que acababan de empezar Ken y Thais. Aquel sujeto tenía una camioneta Ford, aunque no encajaban todos los criterios, puesto que el modelo no era el que había nombrado con tanta seguridad el tendero. Era bastante más nueva.

—¿Tú qué piensas? —preguntó Tracy sin mirarle.

—Que es trabajo que hay que hacer, aunque intuyo que no nos va a llevar a ningún lado.

—Yo también lo creo, aunque no podemos olvidar que los profesores del instituto corroboraron que vieron a Percy Evans merodeando por allí. Igual deberíamos volver a apretarle las tuercas.

—No lo sé. Si estaba tan interesado en los hijos mayores, ¿por qué se iba a llevar a una niña de cinco años? No tiene ningún sentido. Se complicaría demasiado la existencia. Esto ya lo hemos hablado. Tendremos que esperar a ver qué dicen después de que los de la científica analicen la camioneta.

No parece tan listo como para haber limpiado todos los rastros. Si la niña ha estado ahí, lo sabremos —sugirió Andrew.

—Tienes razón. Es más, ni siquiera parecía que la hubieran limpiado

recientemente —observó Spencer, que se había fijado con detenimiento en la furgoneta cuando fueron a por Percy—. ¿Y qué me dices de ese tipo? —

preguntó esta vez en relación al sujeto que estaban interrogando los detectives Rose y Sorenson.

—Que, según sus antecedentes, la pequeña de los Tremblay encaja en el prototipo de niñas que le gustan.

—¡Joder, qué asco! Deberían cortársela a estos tipos—. Spencer le miró con el ceño fruncido, sin poder disimular la repugnancia que sentía.

—Vamos a escuchar por si sacamos alguna conclusión —solicitó Davis.

Aquel hombre tenía un aspecto en apariencia inofensivo. Era delgado, de poca estatura y un rostro anodino. Desde luego, no resultaría amenazante

para un crío pequeño. A veces, el mal se esconde detrás de fachadas engañosas.

—¿Otra vez venís a por mí? Sois muy poco creativos. Si cada vez que desaparece una cría vais a venir a buscarme, entonces estáis condenados a perder el tiempo una y otra vez.

—No lo tengo tan claro. Ya sabes, el que tuvo retuvo —dijo Rose, con evidente rabia en la cara.

—Aprendí la lección.

—Puede ser. Y eso me preocupa más, porque puedes haber aprendido a que no te pillen, pero las pulsiones no son fáciles de dominar. Y a ti te siguen gustando las niñas pequeñas. No olvides que, cuando te cazamos, tenías a una cría retenida en tu casa contra su voluntad.

—Eso fue hace mucho tiempo. No he vuelto a hacer nada.

En realidad, no había vuelto a cometer delito alguno del que tuvieran constancia las fuerzas de seguridad. No obstante, le gustaba merodear por los parques infantiles.

—¿Dónde estuviste el día del desfile a eso de las doce del mediodía? —

preguntó directa Thais.

—¿Cómo quieres que me acuerde? Apenas recuerdo lo que cené anoche.

—Por tu bien, más vale que hagas memoria —le amenazó el detective Rose.

—No lo sé, ¿vale? Pero supongo que estaría en el bar que hay en la esquina de la calle en la que vivo. Era fiesta y no trabajaba. Perdí la noción del tiempo.

—Supongo que si estabas allí, alguien podrá corroborarlo —sugirió Sorenson esta vez.

—Sí, supongo. Pero tampoco tengo una bola de cristal para saber si alguien se fijó en mí. Sí, espera. El camarero me conoce. Habla con él.

—¿Y cuánto tiempo estuviste allí? —indagó Rose.

—No tengo ni idea. Tal vez una hora.

Ken y Thais le observaban. Entones, Thais sacó una foto.

—¿Conoces a esta niña? —Se fijó en la expresión de aquel hombre y sintió una náusea provocada por el asco que le infundía.

—No la conozco.

—¿Estás seguro? —insistió—. Mírala otra vez. Y obsérvala con detenimiento, porque a mí me da que ya la habías visto antes.

—No la conozco, estoy seguro.

—Bueno, a ver si tu piso nos dice lo mismo cuando lo registremos.

Incluido tu ordenador, porque estoy convencido de que vamos a encontrar cosas muy interesantes en él que te van a devolver a chirona a la voz de ya.

¿Me equivoco? —le intimidó el detective Ken Rose.

Al hombre le cambió la cara. Estaba claro que su “afición” a las niñas pequeñas seguía vigente. Otra cosa era que fuera más cuidadoso desde que le pillaron.

—No tenéis derecho a hacer eso. Os digo que yo no conozco a esa niña.

No la he visto en mi vida —respondió con desesperación.

Spencer y Andrew tenían la sensación de que estaba diciendo la verdad.

Sin embargo, no podían descartarlo así como así. No siempre debían fiarse de sus instintos. Las pruebas eran las únicas que no se equivocaban. Los investigadores, sí.

Aquel día y en los siguientes, hubo otros interrogatorios bastante similares a ese. Se comprobaron distintas coartadas y parecían sólidas.

Nada apuntaba a que tuvieran algo que ver con la desaparición de Laurie Tremblay. Tocaba pasar a los siguientes de la lista, es decir, a otros propietarios de una camioneta Ford F-150 Lariat de los que habían salido en la base de datos, aunque no tuvieran antecedentes delictivos. La aguja parecía seguir estando dentro del pajar.

Percy Evans seguía siendo el principal sospechoso.

Sobre todo, después de lo que los de la científica hallaron en su camioneta.

Susto

De *sustar, y este del lat. suscitāre 'excitar',

'suscitar'.

1. m. Impresión repentina causada por miedo,

espanto o pavor.

2. m. Preocupación por alguna adversidad o

daño que se teme.

Dar un susto al miedo

1.

loc. verb. coloq. U. para encarecer

lo feo o repugnante.

No ganar alguien para sustos

1.

loc. verb. coloq. Sufrir continuos

sobresaltos.

(Diccionario de la Real Academia de la Lengua Española)

Capítulo 41

Quiero contarte algo

Spencer le dijo a Andrew que le gustaría hablar con él a solas, lejos del bullicio de la comisaría para que nadie pudiera interrumpirles. Aquellos días, estaba mucho más introspectivo de lo que era habitual en él y necesitaba poder compartir con su amigo algunas de esas inquietudes que tanto le estaban atormentando.

—Conozco un sitio que solía frecuentar cuando vivía aquí. Es un poco antro, no te voy a engañar, pero la comida está buena —sugirió Tracy con una expresión traviesa.

—Solo espero que no esté contaminada —le respondió Davis con una sonrisa de lado. La idea que suscitaba la palabra antro no le acababa de convencer. Haría el esfuerzo de fiarse.

Cogieron el coche y, tras conducir unos veinte minutos, llegaron a las inmediaciones de un bar que sin duda habría conocido tiempos mejores.

—¿No había ningún cuchitril peor al que venir, tío? —preguntó el detective más joven al bajar del coche.

—Joder, mira que eres señorita, rubio. A ti si no te llevan al Bacchus, todo te parece poco.

—No, hombre, pero es que esto… —comentó señalando con las dos manos hacia el local de aspecto indescriptible. Una mano de pintura, para empezar, no le habría venido nada mal a esa fachada decrépita.

—Entra y calla la boca, anda. Aquí ponen las mejores hamburguesas de todo Canadá. Ya lo verás. Si no te gusta lo que ves, cierras los ojos y punto.

Cuando entraron, tuvieron la sensación de que se había hecho de noche.

Los cristales del local eran tan oscuros que apenas dejaban pasar la luz.

Además, la iluminación era tenue y en la decoración primaban los colores oscuros. Era como si ese bar hubiera sido diseñado para los que quisieran esconderse.

—¡Pero mira quién está de vuelta! —exclamó con entusiasmo una mujer saliendo de detrás de la barra para ir a abrazar a Spencer. Debía andar por

los cincuenta años y por los noventa kilos de peso, como mínimo. Aun así, demostraba una agilidad fuera de toda duda.

—Ya ves. Había oído que me echabas de menos y no quería que sufrieras.

—Claro, claro. Y veo que me has traído un caramelito para sobrellevar tu ausencia —dijo mirando de arriba abajo a Andrew.

—Contrólate, Lina, que el delgaducho este es muy joven para ti. Casi podrías ser su madre.

«Y sin el casi», pensó Davis.

—Bueno, lo que es seguro es que yo podría darle cariño, aunque no estoy pensando en amor maternal precisamente. ¿No vas a darle dos besos a Lina, guapo? ¿O es que eres demasiado tímido?

—Estoy bien así, gracias —le dijo Andrew. La cara de lascivia de la mujer no ayudaba a que le dieran ganas de acercarse mucho más. Una distancia de seguridad siempre es la mejor defensa.

—No seas tonto, hombre —le regañó Spencer—. Sobre todo si no quieres que tu hamburguesa lleve un aderezo inesperado.

Andrew puso cara de asco.

—Ven acá, anda —dijo Lina, mientras le agarraba y le plantaba un sonoro beso en la mejilla. Acto seguido le dio un cachete en el culo.

Andrew reprimió a duras penas las ganas de salir de allí corriendo sin mirar atrás.

—Tienes razón, está demasiado delgaducho —comentó con sorna, mientras ella y Spencer se reían a coro—. ¿Qué os trae por aquí?

—¿Qué te parece si nos das algo de comer?

—Eso está hecho. Lo mejor de la casa para uno de mis clientes favoritos y para su amigo. Sentaos donde queráis que ahora mismo os lo llevo.

La mujer desapareció tras una puerta batiente al final de la barra, lo que Davis recibió con alivio.

—Podrías haberme avisado de que veníamos al local de "Lina Tentáculos", porque la tía me ha sobado bien en un segundo —le susurró a Spencer, con miedo a que la camarera volviera de pronto y pudiera escucharle.

—No seas exagerado, que pareces una damisela en apuros. Solo te ha dado un cachete, nada más. Además, no hace tanto, no te importaba que te metiera mano una mujer —respondió Tracy, dándole unas palmaditas en la espalda.

—Bueno, todo tiene un límite, ¿sabes? Tampoco me valía cualquiera.

—¡Qué elitista nos ha salido el peque! —dijo el detective moreno ahora riendo.

Se sentaron en una de las mesas con bancos correderos. Andrew no cesaba de mirar en derredor. Había llegado a la conclusión de que aquello no merecía ni la palabra antro. La taberna de Moe Szyslak de Los Simpson bien podía haberse inspirado en ese local.

—Bueno, creo que ya estamos bastante alejados del mundo para que me digas, por fin, qué hacemos aquí —le invitó a hablar, mientras le daba un sorbo a su bebida.

Spencer le miró durante unos segundos. Aquel chaval se había convertido en su amigo, uno de los mejores en ese momento. Le confiaría hasta su propia vida.

—Quiero contarte algo, Andrew.

Capítulo 42

Construcción

Calgary. A lo largo de 1986.

Hemos empezado con los preparativos. Madeleine no lo ve claro. Creo que no ha entendido muy bien lo que le he contado, lo que tengo

pensado.

Desde que Lillyth se fue, está ida, con la cabeza en otra parte. Su cuerpo es frágil, un aglomerado de huesos unidos por una fina capa de piel. Mi bella Madeleine, que siempre llamaba tanto la atención por su belleza, ahora parece un pajarito con el ala rota. No puedo permitirlo. Debo recuperar a mi esposa. No pienso perderla a ella también. El miedo que siento es tan grande que horada mi corazón hasta dolerme de manera física y muy real.

El trabajo está siendo más duro de lo que pensaba. Tenemos una gran extensión de terreno y estamos alejados de todo y de todos. Eso facilita las cosas, porque nadie hace preguntas. Aún así, no es fácil excavar para hacer la habitación y lograr una construcción firme. La granja requiere de muchos cuidados y todo esto es demasiado para un solo hombre.

Apenas descanso últimamente y empiezo a sentir que el agotamiento hace mella. Quería que estuviera todo dispuesto para este año, pero va a ser imposible. Siento que el tiempo juega en mi contra y que, cuanto más se dilata, más posibilidades tengo de perder a Maddy por el camino. Tengo que mantener en ella viva la esperanza hasta que culmine mi objetivo.

Creo que Tom es demasiado pequeño para ayudarme, aunque él siempre trata de hacerlo. No quiero sacrificarle. Aunque, tal vez, esté siendo demasiado protector. Tal vez sea lo que sucede cuando ya has perdido un hijo, que necesitas saber que el otro está a salvo de cualquier peligro. Pero por otro lado, tengo que ser un ejemplo para él, enseñarle el camino para hacerse un hombre. Debo implicarle.

Cada uno sobrellevamos la muerte de Lillyth a nuestro modo. Es tan duro. Tan difícil. No sé si lograremos reponernos, pero como cabeza de familia voy a juntar de nuevo las piezas que faltan.

Esa es mi misión ahora.

Recomponerme.

Recomponernos.

Volveremos a ser una familia normal más.

Haremos que la pérdida sea casi invisible.

Capítulo 43

Así sucedieron las cosas

Mientras esperaban que llegara la comida, Spencer comenzó a hablar.

Debía explicarle a su compañero por qué era tan importante aquello para él, aunque sabía que ya se hacía una idea. Además, quería que Andrew conociera aquellos aspectos de las investigaciones que no quedan reflejados en los informes.

—Ya te conté que Carl era muy importante para mí.

—Sí, me lo dijiste. —Davis estaba deseando que ahondara de una vez en aquello que tenía que contarle. Sentía que los últimos días le iban dando la información con cuentagotas.

—Pero no me refiero solo a lo profesional, Andy. Sino que, a título personal, fue un punto de apoyo fundamental para mí.

Andrew se mantuvo en silencio. Spencer solo necesitaba que le escuchara. No era momento de hablar. A veces, la comunicación necesita de esos silencios para ser completa, así como de una escucha activa que permita compartir lo que sentimos a un nivel más profundo.

—Antes de volver a Vancouver rompí con una mujer a la que quería mucho. Estuvimos juntos varios años, casi desde que llegué aquí. Nuestra relación fue tumultuosa, por decirlo de alguna manera suave.

Davis le miraba tratando de comprender por qué había virado hasta ese punto el tema de conversación. Suponía que, en algún momento, volvería al caso que estaban investigando.

—Mi relación con Sandy me recuerda en cierto modo a la tuya con Hannah, Andrew. Cuando me estuviste hablando de lo vuestro, pensé en llamarla. A pesar de lo mal que acabó todo entre nosotros, la sigo echando de menos. Y la sigo queriendo. Creo que si Carl no hubiera fallecido, seguiríamos juntos. Pero su muerte me partió en dos.

—¿En serio? —le preguntó incrédulo el detective—. No veo la conexión, Spencer. Si la querías tanto, ¿qué tiene que ver tu compañero en ello?

—Carl me daba calma, aunque no te lo creas. Era un hombre muy racional y sensato. Siempre me ayudaba a reflexionar y ver las cosas con

perspectiva. Me habría ayudado a controlar mejor mi mal genio y, quizá, no habríamos tenido tantas discusiones Sandy y yo. Aguantó muchas horas de conversación a mi lado, lejos de los suyos para ayudarme. Y por eso también le debo tanto. Me cuidó como si fuera de su propia familia.

—Vale. Lo entiendo. Y comprendo que esto hace que hayas contraído esta deuda con él y quieras resolver este caso que, supuestamente, está conectado con los anteriores. Pero también tienes que estar preparado para que no tenga nada que ver.

—Tiene que ver, Andrew, estoy seguro. No es solo que el físico de la niña sea idéntico al de las otras desaparecidas y los demás hechos circunstanciales, es decir, cuándo y cómo se la ha llevado. Es que, de las niñas desaparecidas, las dos que se encontraron muertas estaban envueltas en una manta. Tal y como se aprecia en la cámara del cajero, nuestro sospechoso llevaba a la niña envuelta en una manta un caluroso día de julio.

Y eso también me hace temer que pueda matarla.

—Son argumentos endebles, Spencer. Todo circunstancial.

—Lo sé. Pero también sé que tú te fías de tu instinto. Y sé que piensas que tengo razón, aunque no lo quieras reconocer para que no me obceque.

Andrew le miró a los ojos. Algo en su interior le decía que su compañero tenía razón y todo estaba conectado. En realidad, él también lo creía. Cada vez un poco más. No obstante, quería hacerle reflexionar. Eso les ayudaba a los dos.

—Cuéntame más cosas, Spence. Datos que me ayuden a comprender tu fijación.

—Ya te dije que se llevaron a la nieta de Carl y que fue una de las dos niñas que han aparecido muertas. Solo dos en todos estos años. Y ambas han sido en la última década. Concretamente, las dos últimas.

Aquello despertó una alarma en la mente del detective rubio. Algo había cambiado. En realidad, en los últimos secuestros había una diferencia poderosa con las cinco anteriores, sin contar el caso actual. De las cinco primeras, no se había vuelto a saber nada. Pero de las dos últimas sí habían encontrado los cuerpos.

—Eso refuerza mi idea de que no es el mismo secuestrador —defendió

Andrew.

Spencer se desconcertó ante aquel comentario.

—¿Por qué no?

—¿Por qué no han aparecido los cadáveres de las otras niñas?

—Puede que sigan con vida. Pueden seguir secuestradas o las ha asesinado, pero ha escondido mejor sus cadáveres.

—¿Sabes qué pienso yo? Que el secuestrador de ahora siente remordimientos y, por eso, una vez muertas, quiere que las familias las encuentren y puedan descansar. Y por eso las envuelve con cuidado en una manta. Además, a pesar de la baja calidad de la imagen que vimos del cajero, convendrás conmigo que no es un hombre mayor. Si fuera el mismo de hace treinta y cinco años, como mínimo tendría veinte cuando secuestró a la primera. Pero intuyo que era mayor. Nunca han pedido rescates, así que el motivo de los secuestros no es económico. Esa sería la principal razón para llevar a un joven en la veintena a cometer algo tan arriesgado. Así que sostengo la hipótesis de que, cuando se llevaron a la primera cría, quien lo hizo pasaba ya de los treinta. ¿Cuáles podrían ser entonces sus motivos o su motivo?

Spencer frunció el ceño. La forma de pensar de Andrew solía sorprenderle. En este caso, no era una excepción.

—No lo sé. Tal vez por puro sadismo.

—No me cuadra. Si fuera un sádico sexual, me extrañaría que esperase cinco años para cometer sus felonías. No podría controlar tan fácilmente sus pulsiones, salvo que hubiera una razón poderosa que se lo impidiera. Los sádicos sexuales necesitan cubrir sus necesidades con más frecuencia y suelen ir a más. Pero en estos casos que pueden estar relacionados o no, hay mucho autocontrol. A mí me da por pensar que las niñas suplen una ausencia. Mientras le son útiles, las mantiene con vida. Pero llega el momento en el que tiene que prescindir de ellas. Y entonces va a por la siguiente. Es solo una hipótesis, pero cada vez me parece más factible.

Spencer le observó con detenimiento, sopesando lo que acababa de exponer.

—Joder, rubio. Tienes una mente criminal, ¿te das cuenta? —le vaciló.

—Prefiero pensar en una mente criminalista, si no te importa.

—¡Ja, ja, ja! No, no, piensas como los delincuentes. Debes tener un lado muy oscuro, mi querido Andy —dijo ahora poniendo una voz más grave y teatralizando sus palabras.

—Serás cabronazo, tío. No digas eso o no te vuelvo a contar mis teorías.

—No, va en serio. Empiezo a pensar que puede que tengas razón y no sea el mismo hombre. Entonces la teoría de que todos los casos están relacionados deja de sostenerse, tal y como tu defendiste desde el principio.

—No necesariamente. Es más, soy yo quien empieza a pensar ahora que están relacionados.

—¿Lo haces por llevarme la contraria o qué? —preguntó con sorna.

—En absoluto.

—¿A qué te refieres entonces? ¿A que estamos ante un imitador?

—No, eso aquí no tendría sentido. No hay una firma. Son secuestros, sin más. No hay nada específico que haga pensar en ello, salvo la fecha en la que se las lleva, que debe estar relacionado con algo personal. Ya sabes que la firma son ese tipo de rituales que ejecuta un criminal pero que son innecesarios. Pero insisto, me temo que el día o la festividad de esa jornada es importante para él por algún motivo que todavía desconocemos.

—¿Entonces? ¿Qué es lo que sugieres?

Davis respiró hondo. Puede que lo que estuviera a punto de decir no tuviera ningún sentido. Sin embargo, como él mismo había dicho en su momento, era importante ser imaginativos.

—¿Os habéis planteado alguna vez que podrían ser padre e hijo?

Capítulo 44

Nuevo punto de arranque

Spencer iba reflexionando acerca de la conversación con su compañero en el local de Lina durante la comida. Aquello podía ser un nuevo punto de partida. Tal vez ese punto de arranque nuevo facilitara abrir perspectivas más precisas que le llevaran a los

culpables.

—Debo reconocer que la hamburguesa estaba muy buena, Spence.

Aunque te pido que por favor nunca me dejes que entre en la cocina de ese antro o no querré volver a comer allí.

—Te dije que te iba a gustar.

—Tenías razón, desde luego. Pero podías haberme avisado de que la dueña tenía las manos tan largas. Creo que todavía la noto palpándome —

bromeó el rubio.

Spencer se empezó a reír a carcajadas. Andrew sonrió a su vez. No hacía falta ser el hombre más gracioso del mundo para arrancarle a su compañero una buena carcajada.

—Y ya que estamos de confesiones, me gustaría preguntarte algo que llevo mucho tiempo pensando, Spence —aprovechó la ocasión el más joven.

Su compañero le miró extrañado. ¿Qué podría querer saber?

—Dispara.

—Pero no te lo tomes a mal, ¿vale?

El otro puso un gesto de extrañeza.

—Si empiezas así, creo que no me lo voy a tomar bien, ya lo verás.

Aprovecha que voy conduciendo y que tengo que agarrar el volante.

—Bueno, de perdidos al río —respondió el más joven, encogiéndose de hombros—. ¿Naciste en Canadá?

El otro le miró sin entender. ¿A qué venía aquella tontería ahora? Había veces que no acababa de comprenderle. Iba a ser verdad eso de que su cabeza se iba a muchas ideas al mismo tiempo y que, a veces, no podía centrarse solo en una.

—Claro que nací aquí, cara culo. ¿Por qué lo preguntas?

—No sé, ya sabes, por tu aspecto —dijo Andrew dubitativo sin aclarar demasiado.

—¿Qué le pasa a mi aspecto? —interrogó el moreno desconcertado. Cada vez pillaba menos el sentido de esa conversación. Intuía que no le iba a gustar lo que le dijera a continuación.

—Siempre he pensado que eras maorí —afirmó Andrew, como si tal cosa.

Spencer apartó nuevamente los ojos de la carretera. Le miraba absolutamente alucinado. Ahora sí que no le pillaba la gracia a esa broma.

—Si no te importa, creo que deberías mirar hacia adelante, Spence. O

puedo conducir yo, si lo prefieres.

Tracy obvió este último comentario. No le iba a dejar llevar el coche por nada del mundo.

—O sea, que crees que soy *kiwi* — trató de cerciorarse.

—Y no pasaría nada, ¿eh? A mí me encantaría visitar Nueva Zelanda alguna vez. Es solo que tienes ese aspecto que recuerda tanto a los maoríes

—le dijo mientras con las manos le señalaba entero, de arriba abajo.

—¿Quieres que me ponga un taparrabos y te baile una *haka* o algo? Serás pedazo de gilipollas. Te debes pensar que como no soy rubio ni tengo la piel transparente como tú, no soy canadiense.

—No es eso. Y yo no tengo la piel transparente, por cierto. Más bien diría que tengo un tono de piel dorado.

—Sigue soñando, puto friki.

—Además, no es verdad eso de que la mayor parte de los canadienses son rubios. Es un mito, deberías saberlo. Como máximo, se llega al veinticinco por ciento. Es decir, uno de cada cuatro como mucho.

—¿Y qué cojones me importa eso ahora? En serio, se te acaba de ir la olla, es eso, ¿verdad? Es de esas veces en las que, como tú mismo dices, tu mente se va de paseo y te centras en lo primero que te pasa por delante.

La expresión de Spencer no dejaba lugar a dudas. Aquella conversación le estaba sacando de sus casillas.

—Te has mosqueado, ya me lo imaginaba.

—No.

—Sí que lo has hecho.

—Que te digo que no, no te pongas pesado.

Pero sí que lo estaba. Tenía un cabreo de los buenos. Y en realidad, no debería. El puñetero Davis había dado en el clavo: Spencer Tracy tenía antepasados maorís.



Cuando llegaron por fin a comisaría, los compañeros observaron que los dos detectives de Vancouver iban demasiado en silencio. Eso no era lo habitual, pues solían ir hablando de cualquier cosa, como si engancharan un tema con otro sin descanso. Se notaba que entre ellos había una sintonía envidiable. Pero algo les debía haber pasado.

—¿Problemas en el paraíso? —le preguntó Thais a Andrew, utilizando aquella manida expresión, al observar el gesto de Tracy.

—Nada grave, tranquila. Se le pasará enseguida. Supongo que me he excedido tocándole las narices —dijo el rubio sonriendo—. De vez en cuando, me divierte hacerlo.

Ella le devolvió la sonrisa. Parecía que entre ellos todo seguía bien.

Andrew lo agradecía. No quería malos rollos. Solo pedía poder hacer su trabajo, resolver aquel caso y regresar a Vancouver. Su sitio ahora estaba allí y lo echaba de menos.

Cuando por fin Spencer parecía estar un poco más relajado, decidieron compartir sus nuevas teorías con sus compañeros. Imaginaban que Ken no las recibiría muy bien, pero si se lo justificaban suficientemente, tal vez lograran que abriera la mente. Lo que había planteado Andrew podría reducir un poco más la búsqueda.

Capítulo 45

Muerte

Calgary. Primavera de 1993. Recordando.

Tal y como intuía, estaban planeando deshacerse de mí. Había crecido

demasiado, es lo que decían. Escuché a la mujer cuando hacía aquel comentario funesto con total claridad. Un estremecimiento me recorrió la espalda. Ya no me asemejaba a Lillyth. Ya no era útil. Ya no cumplía esa irracional función para la que me habían llevado hasta allí. El ciclo debía volver a empezar. Debían buscar otra vez a una niña que les recordara a su adorada hija muerta. Su querida, maravillosa y perfecta Lillyth. Yo sobraba.

Me había convertido en un estorbo y en un recordatorio de lo que habían perdido.

El miedo con el que había convivido cada minuto que había pasado allí, ahora era pánico, terror, pavor. Un sobrecogimiento que me encogía el estómago, que me hacía sentir indefensa y débil. Porque el miedo se experimenta de múltiples formas, en distintos grados. Y yo lo vivía así, cada segundo, de infinitas maneras, en una progresión creciente.

Como oleadas.

Como explosiones.

A veces, el miedo es como una alarma que se cuela en tu cabeza y hace que se te erice la piel. Notas esa aprensión, como si el alma se te hiciera más y más pequeña. Después, se convierte en un desasosiego creciente que no acaba de ser miedo como tal, pero que empieza a parecérsele demasiado.

Esto deja paso a ese paréntesis en el que estás llena de recelo, de desconfianza y miras a todos lados porque sabes que el peligro acecha. Tu cuerpo empieza a temblar, te avisa de que todo va a ir a peor. Te asustas por cualquier cosa, te sobresaltas. Vives en permanente tensión. Hasta que esa sensación se encalla y la sustituye una insana ansiedad que da paso al espanto, al horror. Entonces dejas de ser dueña de tu cuerpo, porque este es un amasijo de vísceras temblorosas que no se sostienen, que se han rendido al pánico. Y dejas de ser tú para cedérselo todo al miedo poderoso y dominador que te bloquea.

No había vivido un solo día de paz desde que me llevaron a aquel zulo de paredes de caramelo, pero ahora sabía que el yugo de la muerte pendía sobre mí y que cualquier momento podría ser el último. Esa realidad, esa certeza, era quizás lo más cruel de todo.

A partir de ese instante, las cosas solo podían ir a peor.

Lo sabía.

Y saberlo era un castigo adicional.

Capítulo 46

Hijos

Adrian Petrus siempre había pensado que cualquier día su hija pequeña le provocaría una úlcera. Cuando era una cría, hacían muchas cosas juntos, puesto que era una niña muy despierta y activa. Siempre había demostrado tener una fuerte personalidad, y a pesar de que lo pasaban muy bien juntos, habían tenido frecuentes discusiones. Desde la adolescencia y hasta bien entrados los veinte años, Hannah le había provocado muchos dolores de cabeza, puesto que era bastante díscola y alocada, empeñada en disfrutar de la vida sin límites.

Ahora que se acercaba a los treinta, las cosas no parecían mejorar. Esta vez, parecía que la relación había encallado en un punto irresoluble.

Su hija le había echado un órdago y estaba bastante seguro de que no se iba a echar atrás. Pero él sabía que, antes o después, Andrew le haría daño y volvería buscando su perdón y el calor de sus abrazos.

Se planteó llamar al detective para que volviera, pero tampoco sabía si Hannah le habría comentado algo de la conversación que habían mantenido.

Si era así, llamarle para que volviera le haría parecer a los ojos del detective como un pusilánime.

Encontraría otra forma de vengarse.

En realidad, no se daba cuenta de que su ira la estaba enfocando hacia quien no debía.



Spencer y Andrew comentaron en comisaría la conversación que habían mantenido unas horas antes. Aquellas nuevas líneas de investigación que había sugerido Andrew podrían ser de utilidad.

—Creo que será mejor que os lo explique todo aquí el canadiense de pura cepa —sugirió Tracy, todavía absurdamente dolido por la conversación que habían tenido un poco antes.

—Olvida ya eso, tío. Lo siento, ¿vale? —dijo Davis.

Los detectives Rose y Sorenson se miraron. ¿A qué venía aquello? Sin duda, les debía faltar información.

—No entiendo de que habláis, lo siento —comentó Thais.

—Nada, que aquí mi amigo cree que no soy canadiense porque parezco neozelandés —comentó Tracy resoplando—. Para ser más exacto, cree que soy maorí.

—¿Y no lo eres? —preguntó Thais con incredulidad —. Yo también lo creía.

Ahora sí que Andrew no pudo contener la risa. Aquello ya era la puntilla para su compañero y su rostro así lo denotaba. Incluso Ken se dejó contagiar del buen humor de Davis y rompió a reír.

—¿Qué tal si hablamos del caso? —propuso Spencer, ligeramente molesto por ser el objeto de mofa—. Adelante, rubito.

—Bien, pues allá voy. Soy consciente de que hoy tenemos varios interrogatorios previstos. Y obviamente es trabajo que hay que hacer, no digo lo contrario.

—Hoy y los próximos días —le recordó el detective Rose.

—Exacto. No obstante, se nos ha ocurrido que igual podemos acotar un poco más los sujetos a los que interrogar. Al menos, en un primer instante.

Si eso no da resultado, podemos volver a ampliar el foco.

—¿Y qué criterios crees que deberíamos usar?

—En primer lugar, cada vez estoy más convencido de que no es el mismo sujeto —soltó de sopetón, aún a sabiendas de que la reacción no se haría esperar.

—Perdona que ahí discrepe —mostró rápidamente Rose su desacuerdo.

—Escucha primero, Ken. En serio. Yo también opinaba lo mismo que tú, pero creo que puede tener razón —defendió Tracy.

Ken Rose miró con cierto recelo. Sin embargo, no perdía nada por escuchar.

—Entiendo tus reticencias, Ken —señaló conciliador Andrew—, pero

creo que cuando lo escuches todo, lo vas a entender.

—Adelante. Yo estoy deseando oírlo.

—Veréis, según me ha contado Spencer, los únicos cadáveres que se han hallado desde 1988 corresponden a las dos últimas niñas desaparecidas.

—Una era la nieta de Carl —señaló con pesar Ken.

—Exacto. Lo sé y lo siento mucho —dijo Andrew compungido.

Spencer le conminó a seguir. No quería pensar mucho en aquello. Sabía que el dolor podría cegarles.

—¿No os parece eso ya en sí extraño? —les invitó a reflexionar Andrew.

Sabía que era mejor que fueran ellos los que llegaran a sus mismas conclusiones por sí mismos, que implantarlas en sus cerebros como ideas ajenas.

—¿A qué te refieres? —preguntó Thais.

—A que es verdaderamente raro que durante tantos años el secuestrador se haya cuidado tanto de que la policía no encuentre los cuerpos de las niñas y, de pronto, aparecen las dos últimas envueltas en una manta. Hay un cambio en su forma de proceder. Además, está arriesgando mucho más.

Dejar un cadáver y una manta es sinónimo de ofrecer a la policía mayores probabilidades de encontrarle.

Thais se quedó pensando unos segundos, tratando de adivinar lo que Andrew les estaba invitando a pensar.

—Pero no tiene sentido. ¿Estás diciéndonos que el de ahora es un imitador?

—Eso es lo mismo que pensé yo en un primer momento —señaló Spencer—. Pero no van por ahí los tiros.

—Veréis, lo que yo creo es que quien se lleva ahora a las niñas siente remordimientos. Por eso, cuando las mata, no esconde los cuerpos, sino que los deja a la vista para que alguien las encuentre. Quiere que las familias recuperen los cadáveres de las pequeñas y que puedan cerrar esa herida.

Además, el hecho de que las envuelva en una manta, implica cierto arrepentimiento. No abandona los cuerpos sin más, sino que cuida que estén presentables. Se preocupa.

Thais entendía sus argumentos y empezaba a compartirlos. Aquello tenía sentido. Los rasgos psicológicos eran distintos. Parecía plausible pensar en secuestradores diferentes. En las cinco primeras desapariciones, nunca se volvió a saber nada de las niñas. Pero en las dos últimas sí.

—El perfil psicológico de nuestro criminal no es el mismo —concluyó Andrew.

—Vale, estamos de acuerdo. Pero, ¿por qué comete el mismo tipo de secuestros? —dudó Thais. Necesitaba comprender todo el planteamiento que el de Vancouver les estaba presentando—. Es decir, escoge al mismo tipo de niñas y se arriesga a hacerlo en la misma fecha. Eso sí nos indica que estamos ante el mismo sujeto, ¿no? Es el mismo *Modus Operandi*.

—Son familia —apuntó Ken en esta ocasión, sorprendiendo a todos.

—¿Cómo dices? —preguntó Thais.

—Creo que este joven tiene razón. Son familia, tal vez padre e hijo. Es cierto que después de tanto tiempo, el mismo secuestrador es fácil que no se encuentre en óptimas condiciones físicas. Tendría sentido que fuera su hijo quien lo hace ahora. Por eso el perfil psicológico, como tú dices, es diferente.

—Eso pienso, sí —insistió el detective Davis.

—Pero esto sigue sin justificar por qué lo hacen, ¿no? —preguntó la joven, poniendo sobre la mesa una nueva cuestión.

—Creemos que debemos investigar familias que perdieran alguna niña de manera violenta o que desapareciera en torno a la fecha del primer secuestro —añadió Spencer—. Cabe la posibilidad de que se estén llevando sustitutas.

—¡Es de locos! —dijo Thais.

—Sin duda. Pero, ¿qué crimen no lo es? —finalizó Andrew.

Recelar

De re-y celar1.

1. tr. Temer, desconfiar o sospechar. U. t. c. prnl.

2. tr. Poner el caballo frente a la yegua para

incitarla o disponerla a que admita el burro

garañón.

(Diccionario de la Real Academia de la Lengua Española)

Capítulo 47

Desapariciones

Los nuevos criterios de búsqueda, no dieron excesivos frutos en el corto plazo. A priori, no lograron reducir significativamente esa lista de sospechosos que estaban manejando y a los que tendrían que interrogar. No lo consiguieron en un principio sencillamente porque no habían afinado bien, aunque todavía no lo sabían. No hallaron, en una primera búsqueda, familias que hubieran perdido de manera abrupta a una niña en torno a la fecha de comienzo de la gran celebración de la Gran Estampida de 1988.

Sin embargo, mientras Ken y Thais continuaban con los interrogatorios, Spencer y Andrew se centrarían en buscar muertes violentas o desapariciones de niñas de cinco años, rubias con pelo liso y ojos azules en los primeros meses de 1988, por tanto, en el primer semestre anterior a la gran fiesta de Calgary en el mes de julio. En función de los resultados, ampliarían el abanico temporal retrocediendo algunos años más, pero no en exceso. Tal vez hasta cinco más, como máximo. Si eso tampoco daba resultados, quizá les conviniera reformular su hipótesis.

Después, cruzarían esos datos con los de los dueños de las camionetas Ford que ya tenían. Confiaban dar así en la diana y reducir significativamente el número de posibles sujetos. Necesitaban hacerlo para tener esperanzas.

Sin embargo, seguían desconcertados con los rastros que habían encontrado en la camioneta del padre de Percy Evans, por lo que volverían a interrogarle también en unas horas. No habían conseguido dar con ningún rastro que indujese a pensar que la pequeña Laurie Tremblay había estado allí. Sin embargo, sí habían encontrado pelos de la hermana. El folículo piloso indicaba que había estado allí

recientemente. Por lo tanto, debían hablar otra vez con ella. ¿Por qué no se lo había contado? ¿Qué implicaciones tenía aquello?

Sin embargo, la constitución física de Percy Evans no cuadraba con el hombre que habían captado las cámaras. ¿Era ese el secuestrador? ¿O había sido el joven Evans quien se la había llevado por otro sitio?

Demasiadas preguntas para las que no tenían respuesta.

Todavía.

No obstante, hasta que llegase el momento de encarar a los dos chicos, debían seguir con su corazonada.

—¿Por qué es tan importante para el secuestrador el día del desfile de la gran fiesta de la ciudad? Creo que ese dato va a ser clave para resolver este caso, Spence.

—Todavía no lo sé. Pero es evidente que debe tener algún significado especial para él. Si estamos en lo cierto y el secuestrador original perdió a su hija, tal vez sucediera el día del desfile.

—Fijaremos ese criterio como prioridad también. Aunque sospecho que eso sería demasiado fácil. Demasiado evidente —casi repitió para sí mismo.

—Bueno, es que si encontramos una sola familia que en esa época perdiera a su hija de cinco años el día de la inauguración de la *Calgary Stampede*, entonces creo que habremos resuelto el caso.

—No estaría nada mal, la verdad —dijo Andrew soñador.

—¡Tú lo flipas, chaval! Eso no va a pasar, asúmelo desde ya. Los casos rara vez se resuelven por carambolas como esa. Y si así fuera, sería para tirarse de los pelos no haberlo investigado antes. Se habría evitado mucho sufrimiento.

—Y mucho miedo.

—¿Qué? ¿A qué te refieres? —preguntó Spencer sin comprender.

—A que esas niñas tienen que haber pasado mucho miedo mientras permanecían cautivas.

Su compañero cerró los ojos tratando de imaginárselo. Ese sentimiento de terror infundido por haber sido raptada por un desconocido y todo lo que pudiera venir después. Prefería no pensarlo.

Spencer no era un hombre miedoso. Sin embargo, las pocas veces que había sentido que el miedo se colaba bajo su piel, la sensación había sido agobiante.

Esa falta de control de la situación.

La incertidumbre por lo que pueda pasar.

La indefensión.

—Lo siento, no debería haberlo dicho. Ese comentario no nos sirve.

—No, puede que no. Pero no por eso deja de ser cierto.

Ambos quedaron cabizbajos por unos segundos.

—Tengo ganas de volver a Vancouver, ¿sabes? —comentó Andrew, casi como de pasada, mientras dejaba escapar el aire por la nariz.

—¿Qué pasa, que te has "enchochado", rubito? —se burló Tracy, con una sonrisa maliciosa.

—No te voy a negar que tengo ganas de ver a Hannah, pero sobre todo, me apetece recuperar mi vida y dormir en mi cama de paso.

—Sí, sí, dormir, dice… —respondió Spencer riéndose, para variar.

Andrew puso los ojos en blanco.

«Ya empezamos», se dijo para sí.

En ese instante, le vino otra idea a la cabeza.

—¿Sabes una cosa? No nos hemos detenido a pensar en algo que es fundamental.

—¿A qué te refieres ahora? Porque si estás tratando de desviar la atención, no te va a servir de nada.

—No, mamarracho. No es eso. Lo que intento decirte, si me dejas, es que no hemos dedicado ni el suficiente tiempo ni la suficiente atención a pensar en el lugar en el que mantiene cautivas a las crías.

—Ya te entiendo. Lo menos arriesgado sería tenerlas en un lugar aislado.

—Desde luego. Es inviable retenerlas en un piso, eso seguro. Apuesto a

que es un lugar alejado de la ciudad.

Tracy reflexionó.

—En los alrededores de Calgary todavía hay muchas familias que tienen granjas.

—Esa sería una opción excelente, desde luego.

—Quizá tengamos que incluir ese criterio.

En ese momento, un agente les llamó la atención.

—¡Detectives! El jefe Smithers quiere verles inmediatamente.

—¿El jefe Smithers? —preguntó extrañado Davis.

—Al parecer, ha aparecido el cuerpo de una niña. Me ha dicho que les comente que el forense ya va de camino y que pasen por su despacho antes de irse de comisaría.

—¡Mierda, mierda, mierda! —exclamó Spencer, intuyendo que lo más probable era que el cadáver fuera el de la niña que desapareció pocos días atrás.

—Gracias, agente —dijo Andrew. Sentía un nudo en su garganta. Si aquella era Laurie Tremblay, el sentimiento de fracaso sería difícil de digerir.

Se dirigieron inmediatamente a ver al jefe de policía de Calgary. Ambos estaban deseando ponerse en marcha sin más dilación, pero no podían obviar que quería hablar con ellos. Este les había llamado a su despacho por dos motivos. El primero respondía a avisar a Spencer de que debía seguir trabajando en equipo. Necesitaba actuar de manera preventiva. Imaginaba que si aquella niña era la desaparecida, tal vez Tracy empezara a descontrolarse y quisiera actuar por su cuenta, cometiendo alguna estupidez.

El segundo motivo era que quería ir con ellos en el coche. Así aprovecharían el trayecto para que le pusieran al día de sus últimas teorías.

Desafortunadamente, a pesar de que le hubiera gustado implicarse más en aquello, otros asuntos de la comisaría le habían impedido estar al tanto de ese caso como le hubiera gustado. Pero nunca es tarde si la dicha es buena.

Y él quería estar al día de aquella investigación. Necesitaban cerrar esa puerta de una vez por todas. Demasiados años habían perseguido esas desapariciones las conciencias de los policías de la ciudad.

Sin embargo, aquel cadáver podría dar un giro a la investigación. No tardarían mucho en averiguarlo.

Capítulo 48

Más allá

Calgary. En algún momento de 1993.

No sufrí. Apenas sentí dolor. Ojalá mis padres lo supieran. Me encantaría poder traspasar esta barrera imposible y susurrárselo al oído.

Darles algo de calma. Proporcionarles un mínimo consuelo.

«Estoy aquí. Estoy bien. No dolió. Os quiero. Siempre estaré a vuestro lado».

Pero no puedo. Estoy constituida de una materia indefinida e invisible.

No puedo atravesar la realidad. Estoy atrapada en esta malla hecha de almas y de intangibles. Y por esa misma razón, no puedo avisar a la siguiente. No puedo comunicarme con ella. No puedo alertarla de manera alguna. Porque ahora sé lo que va a pasar. Van a ir a por la siguiente y no tardarán.

Me gustaría poder hablar con las otras niñas del futuro, hablarles de mis miedos y ayudarlas con los suyos. Decirles que traten de reducir los momentos de sufrimiento, que acepten su nueva situación, aunque necesiten luchar al principio. No tendrán escapatoria. Yo lo intenté. Muchas veces.

Pero nada sirvió.

En la primavera de 1993 decidieron que ya era muy mayor. Tom, su hijo, creo que trató de avisarme. Tengo la sensación de que a él todo esto le hacía sentirse mal. Es verdad que, al principio, se mostraba muy distante conmigo. Me llevaba la comida al principio, pero no quería ni acercarse a mí. Llegué a pensar que él me tenía miedo a mí, a pesar de que yo estaba en su casa y era más pequeña. A pesar de que yo era la que estaba secuestrada.

—Te van a matar y no voy a poder ayudarte.

Fue lo que me dijo con lágrimas en los ojos aquel día, el último en el que respiré. El último en el que sentí lo que es estar viva. El día en el que el miedo extendió su reinado y me dominó de pies a cabeza.

—Espera, Tom. Tal vez sí puedas hacer algo por mí. A lo mejor, puedes ayudarme a escapar. Por favor, por favor.

—No puedo. Lo siento —dijo con las lágrimas desbordando ya sus ojos

—. Siento todo lo que te hemos hecho. Me hubiera gustado ser contigo un

buen hermano mayor. Pero yo también tengo miedo. Mucho miedo. Creo que en parte, todo es culpa mía.

Y sin más, se fue.

Me abandonó a mi suerte o, más bien, a la falta de ella.

Después de eso, ya solo quedaba esperar.

No tardaron mucho.

Lloré mucho. Me atemorizaba el dolor. Me aterrorizaba la muerte, el no saber qué había más allá.

Ahora ya sé lo que hay.

Silencio.

Calma.

Paz.

Capítulo 49

Cadáver

La sorpresa fue mayúscula cuando llegó el aviso de que habían encontrado el cuerpo de una niña en un bosque cercano a la ciudad. Varias unidades salieron a toda velocidad hacia allí. Según la descripción preliminar facilitada por quien había encontrado el cuerpo, se trataba de una niña rubia. No se había atrevido a aventurar a decir la edad, aunque parecía ser una cría bastante pequeña.

El ruido de las sirenas acuchillaba la ciudad, al tiempo que las luces de los coches patrulla barrían las paredes de los edificios con sus destellos luminosos, llenándolas de espectros que parecían salidos del más allá.

A pesar de que no tardaron demasiado en llegar a la ubicación que les habían facilitado, a Spencer le pareció una eternidad. Sentía una congoja creciente que le cortaba la respiración. Necesitaba ver con sus propios ojos el cadáver. Lo necesitaba pero también lo temía. Temía el dolor que aquello le iba a producir, la sensación de desamparo y desesperación, el miedo al fracaso multiplicado esta vez por una cantidad infinita. El miedo a hundirse, a sentir que no valía para nada. El temor a no estar a la altura, a no dar la talla, a no cumplir una promesa hecha desde lo más profundo de su corazón.

Andrew miraba con preocupación el gesto de su compañero. Que fuera tan callado no era tampoco una buena señal. Se estaba guardando dentro un huracán de emociones explosivas.

—Háblame, Spence. Estoy aquí, ¿vale? Dime qué estás pensando.

—Déjame, Andrew.

Que le llamara por su nombre en lugar de por su diminutivo o cualquiera de los apelativos que usaba con él, no anticipaba nada bueno.

—Mira, Spence, entiendo lo que estás pasando. Por eso quiero que me hables, porque todo esto te está haciendo demasiado daño. Somos amigos, tío. Tú me ayudaste cuando lo necesité, me escuchaste y estuviste a mi lado.

Ahora deberías saber que estoy dispuesto a hacer lo mismo contigo.

Spencer le miró agradecido. La verdad es que la suya era una amistad de verdad, de las que sabes que el otro estará en las duras y en las más duras

también.

—Muchas gracias, chaval. Lo sé. Sé que puedo contar contigo. El hecho de que estés aquí ya lo demuestra. Pero ahora necesito un poco de silencio.

El jefe Smithers les observaba desde la parte de atrás del vehículo. Le gustaba ver la sintonía que existía entre aquellos dos policías, algo que

era fundamental para poder hacer un buen trabajo en equipo.

—¿Qué tal si me contáis esas últimas hipótesis que habéis estado barajando? —preguntó el jefe de policía, con el objetivo, entre otras cosas, de hacerles volver a los datos, dejando las emociones fuera por un momento

—. Con la versión resumida me bastaría.

—Antes de recibir esta llamada, estábamos trabajando en la posibilidad de que los secuestradores sean padre e hijo, señor —señaló, mirándole durante unos segundos por el espejo retrovisor—. Es bastante improbable que el mismo secuestrador de treinta y cinco años atrás actúe solo ahora.

Pensamos que secuestran sustitutas de una niña que perdieron de manera abrupta.

Tom Smithers se quedó pensativo. Era una teoría sugerente que cambiaba muchas cosas. Un equipo de secuestradores. Un equipo que formaban parte de una misma familia.

—Es una línea interesante.

—Eso creemos. Justo antes de que nos dieran el aviso, comentábamos que nos parece probable que las mantengan retenidas en algún lugar alejado de la ciudad. Tal vez una granja. Cruzaremos estas nuevas variables con los datos que ya tenemos de los propietarios de las camionetas Ford.

—Aparca ahí —dijo Spencer impaciente, al ver que acababan de llegar.

En cuanto bajaron los tres del coche, a tan solo unos pocos metros, pudieron divisar el pequeño cuerpo de una niña.



¿Quién es esa niña? Atrévete a probar tus teorías.

Sigue el siguiente enlace:

https://arielzorion.com/adentrate-en-la-investigacion-de-la-biografia-

del-miedo/quienes-esa-nina/

Capítulo 50

La primera vez

Calgary. Días antes del primer secuestro en julio de 1988.

Debo hacerlo. Que dios me perdone por esto. Sé que lo que estoy a punto de acometer es imperdonable. Una aberración. Un crimen. Voy a convertirme en un criminal. Soy consciente. Lo asumo, por mucho que duela. No puedo permitirme ser débil. Es mi obligación como padre de familia.

Debo lograr reflotar este hogar roto.

El trabajo duro ya está hecho. La habitación ha quedado preciosa. A nuestra Lillyth le habría encantado. Nuestra dulce pequeña a la que tanto echamos de menos. Adoraba el color rosa y los peluches. Seguro que cualquier niña lo haría. En ese cuarto hay todo lo que cualquier cría desearía tener. Nuestra nueva huésped tiene que ser feliz aquí. Necesitamos que nuestro hogar vuelva a llenarse de risas.

Estoy muy nervioso. Llevo varias noches sin apenas dormir. He ido a la ciudad varios días para estudiar el lugar. He localizado varios puntos desde los que la visibilidad es inmejorable. He estudiado por dónde va a ir el desfile. Soy una persona muy metódica y creo que eso me dará una ventaja, a pesar de la agitación interior que me está devorando por dentro.

Gracias a todos los años que hemos acudido a la inauguración de la Gran Estampida, puedo hacerme una idea clara de cómo se distribuirá la gente.

Tengo clara también la mejor vía de escape por la que debo salir. Aunque siempre todo parece más fácil sobre el papel de lo que luego es en realidad.

No obstante, lo verdaderamente complejo será elegir a la niña y el momento en el que poder llevármela. Pero no solo eso. Porque tendré que convertirme en un hombre sin sentimientos en ese instante para evitar que el remordimiento o la culpa me lleven a cometer errores.

No puedo permitir que nada salga mal. Tengo que lograr ser invisible.

Debo templar mis nervios. Si me pillan, si me pasa algo, ¿qué será entonces

de Madeleine y de Tommy?

Me aterroriza solo pensarlo.

No puedo fallarles.

Está todo dispuesto.

Capítulo 51

A partir de este instante

La visión del cadáver de la pequeña les encogió el corazón a todos los presentes. Algunos rememoraron lo vivido cuando la que hallaron fue la nieta de su compañero Carl Preston, cuando el dolor arrasó con todo.

Cuando la desolación se hizo paso dejando profundas cicatrices.

Poco tiempo después, Carl caería enfermo. Era imposible establecer de manera científica la conexión entre su enfermedad y esa desgracia. Sin embargo, nadie dudaba de que, en cierta medida, su nieta se lo había llevado con ella. Las emociones calan tan hondo en nosotros que son capaces de transformar nuestra biología.

La forense estaba junto al cadáver. Su rostro delataba la lucha interior que se estaba produciendo en ese momento dentro de ella. Era una mujer que debía estar por la mitad de los cuarenta. Pelo castaño bien arreglado, un rostro de facciones suaves y una mirada limpia. Su apariencia hablaba de una persona a la que le gustaba hacer las cosas bien.

Los detectives de Vancouver se acercaron junto al jefe de policía de Calgary hasta donde se encontraba la doctora. Thais Sorenson y Ken Rose ya estaban allí, recién llegados como ellos.

—Cuando es un crío siempre es mucho más duro —dijo Clarice Taylor, la médico forense en cuanto estuvieron a su lado.

—Desde luego —apoyó Andrew.

—Supongo que tú eres el de Vancouver que ha venido con Spence, ¿me equivoco? —interrogó, dirigiendo su mirada hacia él—. Porque a ti no te conozco. Y soy buena recordando caras. Estoy segura de que la tuya no me habría pasado desapercibida.

—Sí, soy el detective Andrew Davis. Encantado.

—Yo soy Clarice Taylor. La forense al cargo. Hola, Spence —dijo casi

como de pasada. Eso le llamó la atención al detective rubio. Era rara una relación tan fría entre Tracy y cualquier otra persona. El intenso carácter del moreno lo hacía casi inviable. No era un hombre de grises, sino más bien de blancos o negros. Pero con la forense, era la sensación que le había dado.

Una zona gris misteriosa. Cabía la posibilidad de que en el pasado tuviesen alguna desavenencia.

—Clarice —respondió el otro sin más.

Andrew Davis miraba de reojo a su compañero. Temía su reacción y cómo podía afectarle. Esta muerte era un duro golpe. Su ánimo se había mantenido sobre un fino alambre desde que aterrizaran en Calgary. En cualquier instante, podía lanzarse al vacío.

—¿Qué nos puede decir, doctora? —preguntó Tom Smithers, tratando de enfocar la conversación hacia el tema que les había llevado hasta allí.

—Lo siento, jefe, pero de momento no mucho. Le puedo adelantar que no parece haber signos de violencia en el cadáver.

—Eso ya es algo —respondió el otro con cierto alivio.

Andrew observaba toda la escena. Trataba de hacerse una imagen lo más amplia posible. Miraba en torno al sitio en el que estaban, intentando captar toda la información que pudiera ser de utilidad. Procuraba fijarse en todos los posibles detalles, por nimios e insignificantes que se presentaran ante ellos. Todos los elementos de una escena de un crimen tiene una voz que habla y aquella no era una excepción. El lugar en el que había sido dejado el cuerpo, cerca de un camino. La forma en la que la niña estaba colocada, envuelta casi hasta la cabeza, únicamente con la cara descubierta.

Como si fuera una crisálida.

O como el arrullo para un bebé.

Aquello le llamó poderosamente la atención, porque tenía un potente significado. Era una disposición del cadáver cuidada con sumo detalle y casi podría decirse que con cariño, por perturbador que eso pudiera sonar.

Observó que el rostro reflejaba paz, lo que le hacía pensar que la muerte había sido indolora. Esperaba con todo su alma que hubiera

sido así.

Todo aquello le hablaba sobre su asesino.

—¿En qué piensas? —le preguntó Thais, de pronto. La chica le había estado observando.

—En que la escena del crimen nos dice mucho del que ha matado a esta niña. O al menos, de quien la ha dejado aquí, porque es posible que, si estamos ante un equipo como hemos hablado antes, no sean la misma persona.

—Hay arrepentimiento —observó ella.

—Sí y una preocupación evidente de que alguien encontrara pronto a la cría. La ha dejado en un bosque, lo que podría indicar abandono, querer

deshacerse del cadáver. Pero se encuentra junto a un sendero que tengo la sensación de que suele estar bastante transitado, entre otras cosas, porque está muy cerca de la entrada y de la carretera.

—Mucha gente viene a hacer rutas por aquí cuando quiere desconectar de la rutina del día a día —señaló Ken Rose, reforzando la teoría de Andrew.

—Luego está el hecho de la colocación de la niña —continuó el joven.

—Sí. Se nota que ha sido de manera cuidadosa —apostilló Thais.

Entonces, a Andrew se le vino una idea a la cabeza. Quien o quienes estaban detrás de aquello no eran psicópatas, sino personas con sentimientos, aunque aquello pareciera contrario a ese hecho tan atroz. No disfrutaban matando niñas, sino que la muerte debía haberse producido como consecuencia de algo que aún desconocía.

Cada uno de los detalles revelaba aspectos importantes de su personalidad. Por un momento, le vino a la mente la posibilidad de que, incluso, el asesino podría haber derramado alguna lágrima sobre la cría. Eso le llevó a un año atrás. Le hizo rememorar un caso muy duro para él, cuando investigaron el caso de la Asesina de las Lágrimas. Aprendieron mucho sobre aquellas pequeñas gotas saladas y toda la información que contenían. Solicitaría que los de la científica buscasen posibles rastros de lágrimas sobre la niña.

Había que apelar a sus emociones.

Al dolor.

Al miedo.

A la tristeza.

Al amor.

—Tal vez podamos recurrir a cómo se siente para hacerle salir a la luz y atraparle —sugirió Davis, omitiendo por el momento la parte de la teoría relativa a las lágrimas. Si acertaba, podrían tener el ADN del homicida.

No dio tiempo a comentar con más detalle aquella propuesta. De pronto, Spencer tiró los guantes al suelo y abandonó la escena a buen paso. Andrew se extrañó de que hiciera algo así. No era propio de él. Solo era otro síntoma más de lo desbordado que le hacía sentir aquel caso.

—No se lo tome en cuenta —le dijo la forense al detective rubio—. No lo soporta cuando hay niños implicados en una investigación como esta. Es superior a él.

—Es duro para todos —rebatió Davis, aunque intuía a qué se estaba refiriendo.

—Sí, claro que lo es. Muy duro. Pero para Spence un poco más. Tal vez eso deba contártelo él mejor.

Andrew fue en la misma dirección por la que se alejaba su compañero.

Sabía que su estado de ánimo se encontraba en la cuerda floja, en un precario equilibrio en el que se sostenía a duras penas. Ahora le tocaba ser a él el hombro en el que apoyarse y llorar, si era lo que necesitaba.

—Spence, espérame —dijo, al tiempo que se acercaba a él trotando despacio. Iba tan rápido que no podía alcanzarle si no aceleraba un poco.

El otro se giró. La expresión de su cara hizo que Andrew casi sintiera lo mismo que él. Era muy fácil empatizar con alguien que mostraba de forma tan transparente sus sentimientos.

—Hemos fracasado. A lo mejor no deberíamos haber venido. Puede que hayamos sido un estorbo, nada más. A veces me empeño en cosas

que no tienen sentido.

—No lo creo, de veras —le dijo Davis, sin quitarle ojo de encima.

Spencer se puso las manos en la cintura y miró hacia otro lado. Un segundo después, pasó su mano derecha por su corta barba. Luego por el pelo. Todos aquellos gestos no eran otra cosa que el reflejo de su agitación interna.

—¿Y ahora cómo vamos a interrogar a la hija mayor de los Tremblay después de haber encontrado muerta a la pequeña? No permitirán que nos acerquemos a ella. Y tiene mucho que explicar. Esa chica sabe algo —dijo con un deje de rabia en la voz.

—Haremos nuestro trabajo, Spence. Lo que sea necesario. Ahora tenemos algo nuevo sobre lo que investigar. Estoy convencido de que encontraremos rastros que nos llevarán hasta el culpable. Juntos lo conseguiremos. Llora si lo necesitas, grita o lo que sea. Estoy aquí, como tú lo has estado antes. Y cuando te desahogues, volveremos a ponernos en marcha. No vamos a rendirnos ahora. Tenemos otro motivo más para luchar.

No podemos dejar que quien haya hecho esto se salga con la suya. Te conozco mejor de lo que crees y sé que no te lo perdonarías. No nos lo perdonaríamos ninguno de los dos.

A partir de ese instante, ya no estaban ante una investigación de un secuestro, sino de un homicidio. Era un nuevo comienzo.

Ya indagaría en otro momento acerca de lo que había dicho la forense acerca de Spencer. Tenían asuntos más importantes que atender.

Capítulo 52

No ha sido fácil

Calgary. En algún momento del primer semestre de 1993.

Puede parecer lo contrario, pero la verdad es que no ha sido fácil. Nada lo ha sido. No trato de excusarme. Sé que lo que hicimos está mal. Lo que hice. Lo que acabamos de hacer. Y lo que haremos. Porque ahora sé que hemos entrado en un bucle infinito del que ya no podemos salir. Pero debía llevarlo a cabo. Todavía debo. Un hombre debe mantener a su familia, cueste lo que cueste. Y Maddy necesitaba a su pequeña Lillyth para seguir viviendo. La sigue necesitando más que nunca. Y yo no sé decirle que no.

Me siento un ser miserable. Esa sensación ya nunca me la podré quitar de encima. Hay recuerdos de ese primer instante de hace cinco años que nunca se borrarán de mi memoria, pero con los que tengo que aprender a convivir.

El terror en los ojos de la niña antes de que le pusiera el trapo con cloroformo en la boca.

La forma en la que su cabeza caía flácida sobre mi hombro.

El eco de los gritos de sus padres a mi espalda, cada vez a mayor distancia mientras mi cuerpo se alejaba de allí.

Mis propias ganas de gritar al dejar a la niña tumbada en el suelo de la camioneta.

El miedo a que me atraparan.

Las ganas de llorar.

La desolación.

La certeza de que todo sería diferente desde entonces.

La constancia sin lugar a dudas de que yo era un hombre distinto desde el preciso instante en el que había destrozado la vida de esa familia.

El desprecio que sentí por mí mismo.

Las justificaciones que mi mente trataba de buscar.

El odio.

Hacia mí mismo.

Por nuestra mala suerte.

Por lo injusta que es la vida.

Y aquí estoy de nuevo. Al comienzo de un bucle del que no imaginaba cómo acabaría. Porque al final de la primera vuelta se hallaba la muerte.

Hay que salir otra vez a por la siguiente. Tommy ya es mayor. Asume que este oscuro secreto nos une más allá de los lazos familiares. Pero a pesar de ello, tengo dudas de si estará preparado. Le he observado

estos años. Sé que ha estado a punto de flaquear. Lo que ha tenido que procesar su mente de niño es demasiado. Esto le dejará cicatrices de por vida. Hemos alterado su destino, lo hemos reescrito. Pero quiero pensar que no somos los únicos culpables, sino esta fortuna maligna que nos destrozó como familia.

Quizás pedirle que me acompañe sea excesivo para él.

Tal vez sea demasiado pronto.

Nuestro pobre Tommy, que ha tenido que crecer y madurar a una velocidad impropia. Ha tenido que hacerse un hombre siendo un niño.

No, no ha sido fácil. Para ninguno. Quitarle la vida a la niña que ha convivido con nosotros los últimos años puede que haya sido lo peor.

Enterrarla después. Sepultarla bajo toda aquella arena. Saber que siempre estará ahí, al alcance de cualquiera pero, a la vez, oculta.

Pero Madeleine lo tenía muy claro. Su mente confusa muestra clarividencia solo en lo referente a Lillyth. Y nos arrastra a su locura. Yo me dejo arrastrar y ya no sé si todavía sigue siendo por amor.

O por delirio.

—Esta niña ya no se parece a Lyllith. Tienes que hacerla volver —me dijo con unos ojos que ya no reconozco.

Ha sido tajante.

Taxativa.

Y yo no me he sabido resistir.

Haría cualquier cosa por el amor de mi vida.

Al menos, creo que la pequeña no ha sufrido.

Sobresalto

De sobresaltar.

1. m. Sensación que proviene de un

acontecimiento repentino e imprevisto.

2. m. Temor o susto repentino.

De sobresalto

1. loc. adv. De improviso o impensadamente.

(Diccionario de la Real Academia de la Lengua Española)

Capítulo 53

Muerte dulce

El análisis posterior de la forense y de los de la científica dictaminaría que, tal y como supusieron en un primer momento por el rictus de la niña, había tenido lo que se conoce como muerte dulce.

—El fallecimiento por inhalación de monóxido de carbono se produce sin que los afectados se den cuenta de lo que está sucediendo, puesto que se van quedando dormidos, sin sensación de ahogo ni de asfixia —explicó la forense a los detectives.

—¿Y tienes alguna teoría sobre la fuente de procedencia del monóxido de carbono? —indagó Spencer.

—Imagino que es difícil saberlo —contestó Andrew, adelantándose a la forense—. El monóxido de carbono, además de encontrarse en el más que conocido caso de los tubos de escape de los vehículos, se puede hallar en los gases producidos por calderas, calentadores de queroseno, estufas y también cuando se quema carbón y madera.

—No sé por qué no me extraña que la enciclopedia rubia lo sepa. ¡Hay que ver lo listo que es mi niño! —bromeó Tracy, mientras Andrew ponía los ojos en blanco.

—No hace falta ser muy listo para saber esto, Spence —respondió mordaz.

—Muy gracioso. ¿Hay algo más que nos puedas contar, Clarice? —

continuó interrogando para cambiar de tema.

—Nada en especial. No hay ninguna marca que nos induzca a pensar que ejercieron la violencia con la niña en ningún momento. El estado general del cuerpo y el contenido de su estómago indican que la alimentaron bien.

No hay tampoco signos de deshidratación.

—¿En el análisis de sangre hay rastro de alguna droga? —interrogó

ahora Davis.

—Negativo.

—¿Cómo harían para llevársela sin que nadie se diera cuenta? —

preguntó Spencer.

—Es probable que usaran alguna sustancia inhalada.

—¿Y esas no dejan rastro en el cuerpo?

—No tiene por qué y menos después de tantos días. No obstante, en el caso del cloroformo, es sorprendentemente fácil de conseguir, pues solo se necesitan ingredientes que se encuentran prácticamente en cada casa: lejía y acetona.

—¿La que se halla en los quitaesmaltes?

—La misma.

—Pero la inhalación de cloroformo no tiene efectos inmediatos —rebatió Andrew—. Por lo que tengo entendido, hacen falta de dos a cinco minutos de inhalación para llegar a desvanecerse.

—Bueno, eso en el caso de los adultos. Pero estamos ante una niña pequeña y bastante delgada. Dependiendo de la concentración de cloroformo, es fácil que se desmayara antes. En todo caso, seguro que lograron atontarla de manera rápida hasta que se desmayó.



Posteriormente, los de Vancouver y los detectives de Calgary con los que colaboraban, se dirigieron al laboratorio para hablar con uno de los técnicos.

Brian Pelletier era el joven encargado del análisis de los rastros localizados en la escena del crimen. Tenía un pelo rizado muy llamativo y unos ojos vivarachos que hablaban de una intensa actividad cerebral. Y no mentían. Aquel chico era el técnico más joven que había accedido a trabajar allí. Debido a que había adelantado más de un curso en su trayectoria académica, finalizó sus estudios universitarios con tan solo veinte años y ya contaba un buen número de títulos en su haber. Había sido un niño prodigio entusiasmado por la ciencia y disfrutaba con entusiasmo del trabajo que ejercía.

—Nunca me habían hecho una petición tan rara como la suya,

detective

—señaló, dirigiéndose a Andrew.

—¿A qué se refiere? —preguntó Thais mirando al policía aludido.

—Le he pedido que busque restos de lágrimas en la niña, en su ropa y en la manta. —Los detectives Sorenson y Rose le miraron confundidos —. Ya en la escena solicité a los de la científica que recogieran muestras de distintas partes en las que intuía que podía haber lágrimas.

—Sí, exacto. Y te diré que varios de los frotis han dado resultado.

Andrew le miró esperanzado.

—¿Hay lágrimas sobre la niña?

—Algo así. A ver, hay restos de las de la cría, por un lado, pero también hemos hallado ADN de otro donante. La parte negativa es que no estamos seguros de que haya suficiente para secuenciarlo y, mucho menos, para localizarle en el sistema.

Andrew parecía abatido. Por un lado, aquello parecía confirmar su teoría.

Sin embargo, nunca nada es tan sencillo. Es más, aunque la muestra fuera suficiente, podría no dar resultados al introducirla en el sistema.

—Sin embargo, no les voy a privar por más tiempo de las buenas noticias

—se regodeó Brian al saber que tenía toda la atención de los policías.

—Desembucha ya —inquirió Ken Rose.

—Hemos encontrado varias cosas interesantes en la manta y en la ropa de la niña.

Capítulo 54

Separando el grano de la paja

Saber que la niña no había sufrido, aunque mínimo, era un alivio para todos. La muerte es un suceso irreversible para el que no hay marcha atrás, pero siempre consuela saber, o cuando menos creer, que quien nos ha dejado lo ha hecho de manera liviana. Es una forma de

aferrarse a una esperanza que nos ayude a mitigar el sufrimiento.

Al menos, le habían ahorrado el miedo y el dolor de una muerte violenta.

Sin embargo, era difícil hacerse una idea de por lo que habría tenido que pasar aquella cría. Simplemente el sobresalto de despertarse en un lugar ajeno y desconocido, lejos de sus padres y sintiéndose indefensa, debió ser terrible para ella.

No obstante, nadie dudaba que esa tirita emocional no le serviría a la familia. Ellos navegarían por un desconsuelo y una tristeza que tardaría mucho en sanar, si es que en algún momento lo hacía.

Los policías no podían permitir dejarse embargar por esa aflicción.

Debían intentar ser lo más asépticos posible, y mantener la cabeza fría para no perder la lucidez necesaria para avanzar.

Eso precisamente estaba siendo una tarea complicada para alguien tan emocional como Spencer Tracy. Un Spencer Tracy que se sentía en deuda con una persona que ya no estaba. Había heredado del más allá una cuenta que saldar y eso entrañaba un peligro claro: resultaría casi imposible liberarle de esa carga.

Mientras los de la científica seguían estudiando aquellos rastros que podrían ser decisivos, los detectives retomaron los interrogatorios pendientes. En especial, el de la hermana y el de Percy Evans.

Seguían también desbrozando los datos en los que se cruzaran propietarios de una camioneta Ford de aquel modelo concreto, que fueran propietarios o trabajasen en una granja o bien, que tuvieran una casa a las afueras de la ciudad, alejada de otras viviendas vecinas. Y finalmente, buscaban muertes o desapariciones de niñas de cinco años que encajasen con la descripción de Laurie Tremblay pero en los años previos a 1988, en

especial si su muerte o desaparición había sucedido en torno a la fecha del desfile inaugural de la Gran Estampida.

Tenían que separar el grano de la paja, algo que se presentaba complicado, pero que podría resolverse relativamente pronto.

Spencer miraba a Percy Evans con dureza. Sus oscuros y profundos ojos se clavaban en el joven. Sabía que le estaba intimidando. La presencia del abogado casi era algo accesorio. Andrew le dejó hacer.

Le permitió que jugara con los silencios mientras él estudiaba el lenguaje gestual de Evans.

—Señores, si no van a hacer preguntas, mi cliente y yo, sintiéndolo, mucho nos marchamos —amenazó el letrado.

—No, señor Morin, no se van a ningún lado —respondió con el gesto rudo Tracy.

Andrew estaba tamborileando los dedos sobre una carpeta típica en la que solían guardarse los expedientes.

—Tengo entendido que tu padre, Percy, tiene una casita a las afueras de Cochrane —comenzó Davis—. Está fuera de la localidad, cerca de Glenbow Ranch, el Parque Provincial. No hace falta que digas nada al respecto, porque tenemos el registro de la propiedad. Cuéntanos, ¿te gusta ir a pasar allí los fines de semana? Tal vez llevar allí a las chicas. Al fin y al cabo, está a menos de veinte kilómetros de la ciudad.

—No contestes —aconsejó el abogado.

—Voy a enseñarte unas fotos a ver si te suenan de algo.

Andrew abrió la carpeta y empezó a mostrarle diferentes imágenes.

La primera fue una de la casa desde fuera.

—¿La reconoces? —preguntó Spencer.

Percy miró a su abogado. Este, con un leve movimiento de cabeza, le dio el visto bueno para que contestara.

—Sí, por supuesto.

—¿Es la propiedad de tu padre?

—Sí.

—Y dime, ¿sueles ir allí con amigos?

—A veces.

—¿Con chicas? Ya sabes a qué me refiero. Todos lo hemos hecho. Yo cuando vivía en Toronto y no tenía dinero, bueno, ya sabes, tenía que buscarme la vida si ligaba. Seguro que has ido con más de una hasta allí.

Eres un tío guapo y no te faltarán oportunidades.

—Alguna vez —dijo el otro encogiéndose de hombros.

Andrew sacó esta vez una foto de la manta en la que fue encontrada la pequeña.

—¿Te suena?

—Esa es una pregunta capciosa, detective. Esa manta puede ser igual que muchas más.

—Veamos entonces algunas fotos más.

Entonces le mostró imágenes ampliadas de algunos de los rastros que habían hallado los de la científica.

Lo que parecía una semilla.

Una mancha que se asemejaba a la grasa de motor.

Una brizna posiblemente de trigo.

—No veo dónde quieren ir a parar, detectives —dijo Claude Morin, el abogado.

Andrew miraba a Percy Evans. Ninguna de esas fotos le alteraba lo más mínimo. Según el estudio de las expresiones faciales de Paul Eckman, si estuviera experimentando miedo en ese instante, debía haber apreciado una elevación y contracción de las cejas, aunque fuera suave. Los párpados se tendrían que haber abierto más y en los labios debería apreciarse alguna tensión.

Pero esas imágenes no le decían nada.

O no era consciente de lo que implicaban o no tenía nada que ver con aquello.

Decidió que ya era momento de dar un paso más.

Le mostró de forma consecutiva varias fotos de Laurie Tremblay de la escena del crimen y las puso en fila delante de sus narices.

Entonces sí hubo reacción.

—¿Qué coño es esto? ¡Yo no he hecho nada, joder! —dijo esta vez con auténtico terror.

—No digas nada —le aconsejó su abogado.

—¿No has hecho nada? Pues explícame por qué motivo encontramos las huellas y ADN de Hailey en tu camioneta, además de un pelo de Laurie.

—No lo sé, ¿vale? Es decir, Hailey ha subido hace poco a mi camioneta.

Estuvimos hablando y nos enrollamos otra vez, pero su hermana nunca ha estado allí.

—Cállate, ya. Déjame hablar a mí.

—¡Ni de coña! No voy a dejar que me carguen esto. Yo no he tocado a esa niña, lo juro.

Y entonces Davis se dio cuenta de que aquella emoción era sincera. Sus microexpresiones faciales así lo atestiguaban.

Capítulo 55

Alcohol

Calgary. Año 2018.

No puedo. Esto me destroza. No lo soporto más. Necesito avanzar.

Necesito empezar una nueva vida lejos de todo esto. Olvidar. Borrar el pasado. Eliminar los recuerdos. Renacer. Nunca debí formar parte de esta locura. Yo no era más que un niño. Y ahora… Ahora soy un criminal. Estoy cansado de que apelen a la responsabilidad familiar y a lo que nos ha unido y que nunca nos podrá separar. Han pasado los años pero seguimos atascados en la muerte de Lillyth. Es algo tan patológico…

Sigo atascado.

Continúo atrapado porque, cuando me decido a irme, me siento culpable, como si no tuviera derecho a hacer una vida. Tengo casi cuarenta años y no he vivido como una persona normal. Cuántas veces he pensado desde que era un crío que a mí no me querían en la misma medida. Supongo que, en un primer momento, eran los celos propios de un hermano mayor. Porque, además, Lillyth tenía la capacidad de captar la atención de todos los que la rodeaban, hasta el punto de ser invisible a su lado.

Luego llegó su enfermedad.

Recuerdo que sentí envidia.

Es de locos, lo sé.

Un niño no procesa siempre la información de una manera coherente. Un niño procesa la información que recibe desde la emoción desnuda. Desde el momento que Lillyth enfermó, ya no quedó ni un resquicio de afecto o amor para mí. Me convertía en una parte más del engranaje destinado a hacer que ella se curara. Cuando murió, sentí alivio por un instante. Pensé que eso me haría recuperar mi lugar en la familia. Sé lo cruel que suena. Y

también cargo con una culpabilidad insoportable desde entonces, desde que les dije a mis padres que su muerte era lo mejor que me había pasado en la vida.

Esa culpa ya nunca me ha abandonado. Esas palabras pronunciadas por un niño que todavía era pequeño me convirtieron en un reo eterno. Nunca

jamás me he liberado del yugo de su peso, de las cadenas que me han atado a esta familia enfermiza y tóxica que se ha dedicado a robar clones de Lillyth.

Sé que el alcohol no arregla nada, pero las pocas noches en las que me alejo de la granja y voy hasta el pueblo más cercano a beber, permito que por unas horas mi mente se emborrone y me traslade a una vida en la que yo tengo una infancia normal.

En la que no me convierto en un carcelero de corta edad.

En la que nunca me convertí en un secuestrador.

Ni en un asesino.

Capítulo 56

Granjas

Después del interrogatorio a Percy Evans, todavía tenían que volver a hablar con los hermanos Tremblay. Algo no pintaba bien en esa familia.

Algo olía a chamusquina pero todavía no sabían qué era exactamente.

Debido a que los de la científica dijeron que la mancha de grasa encontrada en la manta resultó ser Lubricante para motor 15W40 John Deere PLUS 50, comenzaron a visitar algunas granjas en las que sabían que trabajaban el campo con tractores John Deere, que eran los que solían usar ese tipo de aceite. Además, debían cultivar trigo, el otro elemento localizado en la manta que envolvía el cadáver de Laurie Tremblay.

Junto con esas dos coincidencias, visitarían ese día a aquellos que poseían una Ford F-150 Lariat de color azul. Cuatro familias, a priori, cumplían con los criterios que fijaron en el perfil con los datos que tenían.

Incluyendo el de la muerte temprana de una hija. Los Smith y los Cole los visitarían Andrew y Spencer, mientras que la familia Lee y la Patel serían entrevistados por Thais y Ken.

Los Smith tenían una explotación ganadera familiar situada a poco más de diez kilómetros de Calgary. El cabeza de familia era Michael Smith, viudo con dos hijos a su cargo. Rondaba los cincuenta años y los chicos tenían veinticuatro y veintidós años respectivamente. Cuando su mujer todavía vivía, perdieron a su pequeña de seis años en el año noventa y seis.

No cumplía todos los criterios fijados, pues las fechas no coincidían con el patrón establecido. Para empezar, la muerte de la niña era muy posterior a la primera desaparición. Ese dato chirriaba.

Llegaron con el coche por el camino de tierra. Según se iban acercando a la explotación, ambos detectives vieron tanto la camioneta como el tractor, un modelo bastante antiguo.

Decidieron aparcar cerca de la entrada de la vivienda. La camioneta se hallaba junto al granero, pero no quisieron ir hasta allí con el coche. En los campos, se veía a tres hombres trabajando. Supusieron que eran el padre y

los dos hijos. Los tres llevaban gorras, lo que no les sorprendió, pues hacía un sol de justicia.

Entonces, el mayor se giró hacia ellos.

—¿Qué se les ofrece?

Andrew y Spencer levantaron la mano para saludar, mientras continuaban acercándose. No les parecía oportuno identificarse a

voces desde esa distancia. Mejor hacerlo cuando estuvieran más cerca.

Los tres hombres les miraban con desconfianza.

—Buenos días, señores. Somos los detectives Spencer Tracy y Andrew Davis —dijo el moreno, haciendo las presentaciones—. Estamos colaborando con la policía de Calgary.

—Pues siento comunicarles que les han dado mal las indicaciones. Esto es una granja familiar, no sé qué demonios se le puede haber perdido aquí a la policía.

Rowan Smith era un tipo hosco. Recibir visitas inesperadas, especialmente de la policía, no era algo que le ponía precisamente de buen humor.

—Disculpe, señor, pero no es nuestra intención molestar. Solo nos gustaría que respondieran a algunas preguntas en relación a una investigación abierta.

—¿Una investigación abierta? ¿De qué cojones están hablando? —

preguntó con malos modos.

—Estamos investigando la desaparición y posterior asesinato de una niña de cinco años.

Al hombre le cambió el gesto.

—Nosotros no sabemos nada de eso —respondió hablando por los tres —.

Así que ya están dando la vuelta.

—Verá, señor, no es tan sencillo. Según el testimonio de un testigo, se llevaron a la pequeña en una camioneta como la que tienen ahí aparcada.

Además, en el cuerpo de la niña se halló lubricante para motor John Deere y vemos que usted precisamente tiene un tractor de esa marca.

—Y ya. Con esos datos creen que pueden cargarme a mí o a mis chicos la muerte de una cría. Alucinante. Váyanse de aquí antes de que me cabree de verdad y vaya a por la escopeta.

—No creo que esa sea una manera inteligente de abordar este asunto —

señaló Andrew.

—¿No le parece inteligente al pijo de ciudad? Pues váyase a la mierda.

Díganme, ¿qué hizo la policía cuando a mi pequeña la atropellaron? Yo se lo digo. Nada. Nada en absoluto. Y esperan que yo colabore. Pues de eso nada. No tenemos nada que ver.

—Podemos volver con una orden de registro para la camioneta —insinuó Tracy.

—Pues háganlo. Pero ya les digo que van a perder el tiempo, porque no van a hallar absolutamente nada.

—¿Dónde estaban el pasado doce de julio? —continuó Spencer.

—¿Que dónde estábamos? Seguramente aquí, como todos los días.

Porque el campo no conoce de días de descanso.

Andrew miraba alrededor. En la propiedad se veían la casa y el granero.

Una extensa llanura se esparcía delante de sus ojos. Campos sembrados que se extendían ante ellos y parecían llenar los confines de la tierra. Bien podrían tener retenida allí una niña. Si gritaba, nadie la oiría.

—Es fácil que lo recuerden, era el día del desfile que inaugura las fiestas relacionadas con la Gran Estampida.

—Miren, siento ser descortés, pero no voy a perder más tiempo con ustedes. Más les vale venir la próxima vez con una orden de detención y otra de registro si quieren algo más. Aquí ya hemos terminado —dijo ceñudo Rowan Smith. Era evidente que no iba a dar su brazo a torcer.

—No lo dude, señor. Volveremos —concluyó Davis.



La reticencia frontal de aquel hombre a cooperar resultaba sospechosa. Al menos, esa era la sensación que le había quedado al detective Davis.

—¿Qué te ha parecido? —preguntó Andrew.

—No sabría qué decirte, chaval. Puede que oculte algo, pero me da más la impresión de que está resentido con lo que le pasó a su hija y por eso no quiere colaborar.

—Pero, ¿crees que tiene algo que ver?

—Pues no lo sé. No lo creo. Pero me mosquea que los chicos no hayan dicho ni una palabra. Deberíamos investigarlos a ellos y tratar de averiguar dónde estuvieron.

Andrew reflexionó sobre aquello. Tenía sentido. Tal y como habían teorizado, pensaban que sería un equipo y que participarían padre e hijo. No

obstante, ni siquiera la edad de Rowan Smith terminaba de cuadrar en el perfil, suponiendo que secuestraba a las niñas la misma persona que en 1988. En aquella época, sería demasiado joven. ¿Y qué motivo podría haber tenido en el pasado para llevarse a una niña? Ni siquiera estaba casado por aquella época y su hija no había nacido. Tal vez las razones fueran otras y todavía no fueran capaces de verlas.

—Ojalá tengamos más suerte con los Cole, porque si no nos habremos pasado la mayor parte del día subidos en el coche.

—Voy a llamar a Smithers para que, mientras tanto, vaya solicitando la orden de registro. Si encontramos algo en la camioneta o en la granja, entonces podremos llevarles a comisaría y apretarles las tuercas.

Algo más de media hora después, llegaron a la propiedad de los Cole. En este caso, la granja se encontraba en una zona muy cercana a un frondoso bosque.

Los Cole eran una familia compuesta por los progenitores y dos hijos, una chica y un chico, que ya superaban de largo los veinte años. Según habían podido averiguar, ambos jóvenes se encontraban cursando estudios universitarios de posgrado.

Cuando tuvieron enfrente a Noam y Evelyn Cole, se encontraron con una pareja que desde luego no mostraban la rudeza de los Smith. Por el contrario, se trataba de un matrimonio bastante amable.

Los detectives divisaron enseguida la camioneta Ford azul y un tractor John Deere. Confiaban en poder obtener más resultados en esta ocasión.

Capítulo 57

Lágrimas

Se reunieron un día más para compartir los datos obtenidos y contrastarlos antes de proseguir. Era precisa esa revisión frecuente para un trabajo coordinado. La información que habían ido recabando hasta el momento descansaba bien organizada en el panel de la sala.

El tiempo avanzaba y, a pesar de que parecían un paso más cerca de resolver aquello, los ánimos esa mañana parecían flaquear. El motivo podía ser que no era la primera ocasión en años anteriores en la que habían creído que estaban a punto de resolverlo y esa posibilidad terminó por disiparse como el humo. El miedo hacía su aparición cercenando las esperanzas de los detectives.

—Ya hemos pedido una orden de registro para la propiedad de la familia Smith —les informó Andrew—. Nos ha dado la sensación de que puede que oculten algo, aunque más bien parecía reticencia para cooperar con la policía debido al desencanto sufrido cuando murió su hija de seis años.

—No hemos tenido buenas sensaciones, esa es la verdad —corroboró Spencer.

—Respecto a los Cole, ha sido todo lo contrario. Hemos estado varias horas en la propiedad y nos han permitido revisar todo, la camioneta, la casa, el granero…

—Al menos habéis tenido suerte con una de las familias. En nuestro caso, poco hemos podido sacar —comentó Thais—. En ninguno de los dos casos se han mostrado dispuestos a colaborar lo más mínimo. Por suerte, una de las dos se ha descartado sola.

—Habladnos un poco de ellos. ¿A qué te refieres con que una de las familias ya se ha descartado sola? —les pidió Davis.

—Bueno, visitamos primero a los Lee. Te aseguro que esos no conocen la palabra amabilidad. Les ha faltado escupirnos —comenzó diciendo Ken.

—En este caso, no parece que puedan encajar en nuestro perfil. La granja ya no la explotan porque ambos son muy mayores y los hijos no viven en Calgary desde hace mucho tiempo —continuó Thais.

—Sí tienen el modelo de camioneta que buscábamos, pero el tractor es

una reliquia que debe llevar años sin moverse. Dudo mucho que le hayan cambiado el lubricante recientemente, la verdad.

—Además, el hombre está en silla de ruedas. No veo cómo podría estar involucrado en un secuestro —concluyó la joven.

—¿Y la otra familia? —indagó esta vez Spencer.

—Cuando hemos llegado, hemos hablado al principio con el hijo. Parecía con ganas de colaborar —compartió Thais sus impresiones.

—Si no fuera porque apestaba a alcohol a la legua y no nos podíamos fiar demasiado… —la contradijo, en cierta medida, su compañero.

—No estoy de acuerdo, Ken. Parecía con ganas de hablar.

—¡Buah! No la hagáis caso. Ha llegado el padre, que tenía una mala leche de cuidado, y casi se echa a llorar. Y la madre nos ha echado como si fuéramos apestados. Esa mujer…

—Perdona, ¿qué? —le cortó Andrew.

—¿Qué es lo que no has entendido? —preguntó extrañado Rose.

—Has dicho que casi se echa a llorar. ¿Lo dices de manera literal?

—Bueno, no sé, es solo una apreciación. Pero me ha parecido que se limpiaba los ojos. Tal vez fuera por algún tipo de alergia.

—Tenemos que volver allí —dijo Davis de forma taxativa.

—Pues más nos vale tener una orden de registro, porque no tienen intención de dejarnos poner un pie en la propiedad —le avisó Ken Rose.

—Muy bien. La pediremos. Mientras tanto, si estás de acuerdo Spence, nosotros nos iremos a vigilar la granja y cuando veamos salir al hijo, le abordaremos. Tal vez consigamos averiguar algo.

—Por mí no hay inconveniente.

—Me gustaría ir con vosotros —se ofreció Thais.

—No creo que sea lo mejor. Date cuenta de que a ti y a Ken os conoce. Si algo se complica, siempre podemos hacernos pasar por otra persona —

explicó el rubio.

Tenían razón. En ese momento, su anonimato les proporcionaba una baza extra a su favor, si es que la necesitaban.

Pánico

Del lat. mod. panicus, y este del gr. Πανικός

Panikós

1. adj. Referente al dios Pan

2. adj. Dicho del miedo o del terror:

Extremado o muy intenso, y que a menudo es

colectivo y contagioso. U. t. c. s. m.

síndrome de pánico

(Diccionario de la Real Academia de la Lengua Española)

Capítulo 58

Se acerca el fin

Calgary. Julio de 2023

Han estado aquí. Esta vez estaba dispuesto a confesar. Me ha faltado muy poco. No soporto más esta presión. Necesito liberar mi conciencia. Es demasiado. Ya no me da miedo que me atrapen. Lo que me da miedo es tener que volverlo a hacer.

Ha aparecido mi padre. Es como si tuviera un sexto sentido. Creo que sabía lo que iba a hacer. Lo he visto en su mirada. Ha adivinado mis intenciones y, una vez más, se ha adelantado y ha tomado las riendas de la situación. Soy como una marioneta en sus manos. A pesar de que soy adulto, sigo estando atemorizado por él como cuando era un crío. Mi estado de nervios creo que era demasiado evidente, así que le he dejado a él hablando con ellos.

Mi padre puede ser un hombre muy convincente si se lo propone. Sin embargo, creo que los detectives no se han ido convencidos. Sospechan algo. Desde la distancia segura en la que me encontraba, me he dado cuenta de que van a volver.

Dudo qué hacer ahora. Varias ideas rondan mi cabeza. Entre ellas está la de acabar con todo. Me siento incapaz de coger otra niña nunca más.

He llegado incluso a pensar en matarles a ellos. He empezado a esbozar un plan. Puedo hacerlo de la misma manera que lo hacemos con las crías.

No sufrirían y todo terminaría por fin.

Después, me entregaría.

Esto ya no tiene sentido.

Todo el miedo.

Todo el dolor.

No hay nada que lo justifique.

Capítulo 59

Vigilancia

Cuando estuvo en Toronto, Andrew tuvo que hacer muchas horas de vigilancia en un coche. Estaba más que acostumbrado a aquel tipo de trabajo. No obstante, una de ellas le traía un recuerdo especialmente perturbador, cuando dejó unos minutos solo a su compañero y se lo llevaron, propinándole después una paliza de la que no llegó a recuperarse jamás.

Ahora todo era distinto. Aquel había sido un punto de inflexión en su carrera y, sobre todo, en su vida. Después de aquello, decidió dejar todo atrás: su familia, su carrera en continuo ascenso y la promesa de un matrimonio con su amada Melissa. Rompió con todo cargando con un exceso de culpa y se trasladó a la otra punta del país.

¿Se equivocó con su decisión? Nunca lo sabría. ¿Debió dejarse ayudar?

Desde luego que sí. Pero Andrew Davis hacía las cosas a su manera.

—Se me ha ocurrido que, mejor que abordarle al salir de la granja, podemos seguirle y ver hacia dónde va. No tenemos tanta prisa por hablar con él. Al fin y al cabo, la niña ya está muerta. Mientras esperamos que nos firmen las órdenes de registro, podemos seguir sus pasos —sugirió Spencer, quien se mostraba demasiado calmado para

lo que era en él habitual en los últimos días.

—Es buena idea —reflexionó Andrew. De hecho, le parecía mucho mejor que la suya.

Se dirigieron hacia la granja de los Patel. Se apostarían en algún lugar en el que pudieran aparcar el coche y tuvieran una buena visibilidad. Debido a que ellos no fueron los encargados de entrevistarles el día anterior, no tenían referencias de la granja, salvo la información ofrecida por los detectives Sorenson y Rose y la que habían visto en las imágenes por satélite gracias a Google Maps y Google Earth.

A pesar de lo abierta que era la enorme extensión de terreno, había una zona boscosa cercana a las edificaciones del rancho en la que tenían posibilidades de ocultarse pero, a la vez, buena visibilidad.

La extensión de terreno era enorme. La finca se dividía entre las áreas de cultivo y la zona en la que tenían los animales. La cantidad de trabajo debía ser ingente para gestionar aquello, pues, a pesar de que no tenían demasiadas tierras cultivadas y tampoco se apreciaban excesivas cabezas de ganado, todo aquello requería de una atención casi constante. Teniendo en cuenta que Arwyn y Madeleine Patel ya tenían cierta edad, dieron por supuesto que la mayor carga recaería sobre el hijo. Por lo que habían podido averiguar, no había empleados asalariados. No obstante, cabía la posibilidad de que tuvieran alguno contratado bajo cuerda, como vulgarmente se dice.

La jornada fue larga. Las horas pasaban despacio, a pesar de que los temas de conversación rara vez escaseaban entre los dos detectives. El cansancio iba haciendo mella. De vez en cuando, se turnaban para salir a estirar las piernas. Por suerte, habían sido previsores y habían llevado comida y líquidos suficientes. Vieron avanzar el día hasta caer el sol a la hora del ocaso, en ese momento en el que las sombras se confunden.

Entonces, cuando el sol ya se había rendido a la tiranía de la noche, vieron salir a un hombre de la vivienda principal. Se dirigió hacia la camioneta azul. Arrancó el motor y prendió los faros, los cuales cortaron la oscuridad con sus haces luminosos. Tendrían que ser excesivamente precavidos para no ser pillados. En mitad de esa negrura de campos solitarios, era muy fácil detectar otro vehículo.

Cuando ya vieron la furgoneta a una distancia prudencial, se pusieron en marcha. Tuvieron que dar cierto rodeo. Por un instante, pensaron que lo habían perdido. Después de tantas horas de vigilancia,

resultaba frustrante.

—¡Coño, rubiales! ¿Quieres pisar un poco el acelerador? Me estás poniendo de los nervios, te lo digo.

—No me distraigas, ¿vale?

—Si es que me tenías que haber dejado a mí, que tú eres un cagueta.

—¿Qué? Pero, ¡serás imbécil! Lo siento por no ser un conductor temerario como tú, pero amo demasiado mi vida.

El vehículo se dirigió al pueblo más cercano. Era una localidad pequeña, posiblemente de poco más de mil habitantes. Tom, el único hijo de los Patel, aparcó cerca del único bar que se veía abierto. Poco después, vieron cómo entraba en él. Dejaron pasar unos minutos antes de hacer lo mismo. Ir dentro inmediatamente después resultaría excesivamente sospechoso.

Cuando accedieron al interior, les sorprendió ver más ambiente del que imaginaban. Aquello jugaba a su favor y les ayudaba a permanecer en el

anonimato. Sin embargo, pasado un rato, Spencer decidió sin consultarlo con su compañero un cambio de planes. Se había cansado de observar cómo aquel tipo ingería una bebida tras otra sin hacer nada más.

—¿Dónde coño vas? —le increpó Davis, al ver que su compañero se levantaba y se dirigía hacia donde estaba sentado Tom.

—A hacer algo útil. Tú puedes seguir mirando si quieres, rubiales.

Capítulo 60

Comunicación

En los últimos días, Hannah había hablado menos con Andrew.

Empezaba a creer que su relación comenzaba a enfriarse. No quería mostrarse excesivamente dependiente, pero la realidad es que le angustiaba, en cierto sentido, ver cómo él parecía día a día más indiferente.

Comenzaba a creer que su padre tenía razón y que el detective había perdido el interés en ella. Se sentía rabiosa por darle ese poder para hacerla daño. Se encendía de rabia al ser consciente del miedo que

tenía a perderle.

Necesitaba que volviera a Vancouver para retomar su relación en el punto en el que la habían dejado justo antes de que él volara hasta Calgary. Temía que ese tiempo de ausencia fuera suficiente para acabar con esos endebles cimientos sobre los que se asentaba un amor que había iniciado su andadura de manera dubitativa.

Hannah se sorprendía a sí misma chequeando su móvil cada poco tiempo buscando un mensaje de Andrew. El temor a que no quisiera seguir con ella no hacía más que crecer. Esa falta de comunicación en los últimos días solo servía para reforzar sus malas sensaciones.



Ajeno a todas esas cavilaciones y miedos, Andrew se encontraba absorto por esa investigación que empezaba a creer que podrían resolver por fin. No obstante, había muchas posibilidades de que estuvieran errados y los responsables no se encontraran todavía en su radar.

Según veía a Spencer acercarse a Tom Patel, empezaba a temer que metiera la pata y diera al traste con aquella vía de investigación, complicándola innecesariamente. El comportamiento tan poco usual en su amigo en los últimos días, alimentaba esos miedos. Sin embargo, a pesar de ese ímpetu de Tracy y esas ansias por cerrar el caso, seguía teniendo los pies en la tierra y sus habilidades para entablar conversación con cualquiera seguían intactas.

Contaban a su favor, además, con el hecho de que no les conocía, puesto que fueron Thais y Ken los que visitaron su finca.

A pesar de todo, a Andrew le molestaba la falta de comunicación con su compañero en aquel instante. Lo había decidido de manera unilateral.

Justo cuando iba a seguirle hacia la barra, sintió vibrar su móvil en el bolsillo. Vio que era Hannah quien le estaba llamando. No se había acordado de hablar con ella durante el día. Ya estaba entrada la noche, pero no era buen momento para hablar. Era mucho lo que se jugaban y debía estar concentrado.

Colgó la llamada, reforzando sin saberlo, los miedos de su pareja.

Cobarde

Del fr. couard.

1. adj. Pusilánime, sin valor ni espíritu para

afrontar situaciones peligrosas o arriesgadas.

Hombre cobarde. Época de conformismo

cobarde. Apl. a pers., u. t. c. s.

2. adj. Hecho con cobardía. Agresión

cobarde.(Diccionario de la Real Academia de

la Lengua Española)

(Diccionario de la Real Academia de la Lengua Española)

Capítulo 61

Barras de bar

Spencer se acodó en la barra. De algún modo, logró hacerse con un sitio justo al lado de su objetivo. Pidió que le pusieran una cerveza, haciéndose el indiferente.

—¡Joder, está caliente! —dijo el detective—. Parece que ya no quedan bares en los que te sepan poner una birra como Dios manda. ¿Tú qué dices, amigo?

Tom no se movió. Seguía con su mirada perdida en el fondo del vaso de *whisky* que tenía en la mano. Pero Spencer no pensaba darse por vencido.

Quería tenerle cerca y entablar conversación. A veces, a un desconocido le contamos cosas que no lo haríamos con un amigo. Obviamente no esperaba una confesión de lo que había hecho, si es que era el sujeto que buscaban, pero tal vez la culpabilidad provocara algún desliz.

—¿Qué estás bebiendo, tío? Igual es mejor opción que el pis de gato que me han puesto. Por mucho que digan que en Alemania las ponen calientes y es como hay que beber la cerveza, yo desde luego no la trago si no está bien fresquita.

Tom Patel giró entonces levemente el cuello hacia él y le miró de soslayo. No parecía tener demasiado interés en relacionarse con

ningún otro ser humano. ¿Sería así siempre? ¿Sería un hombre solitario sin amigos? ¿O

solo era un reflejo de cómo se sentía?

—¿No me vas a decir qué bebes, colega? Perdóname, no tenía intención de molestarte, ¿vale? Ya sabes, me gusta tomarme algo después de currar de sol a sol y antes de volver a casa con la parienta y los chavales. ¡Joder, tienen unos pulmones que solo aguanto sus gritos si estoy un poco bebido!

—culminó con una ligera risa después de tirar de un evidente estereotipo.

Andrew se situó al otro lado de Patel, pero con algo más de distancia. No se daría a conocer. Había decidido observar la actuación de Spencer e intervenir a su manera. Concretamente, sin perder de vista el vaso del que estaba bebiendo el presunto secuestrador.

— *Whisky* —contestó de pronto Tom, en un tono de voz monocorde.

—¿Y está bueno? —preguntó Spencer para invitarle a seguir hablando.

—Mejor que ese pis de gato, probablemente —respondió con una leve sonrisa, esta vez mirándole.

Entonces Spencer hizo lo que mejor se le daba: reírse desde lo más hondo, como si le hubieran contado el mejor chiste de la historia.

—Me llamo Spencer —le dijo tendiéndole la mano.

—Tom —contestó estrechándosela, a su vez, al detective.

El primer objetivo lo había conseguido.

—¿Eres de por aquí? —preguntó Tracy inocentemente.

—Sí. Vivo a unos pocos kilómetros nada más.

Estuvieron hablando durante un buen rato, mientras apuraban sus bebidas. Andrew les observaba desde la distancia. De pronto, vio que Tom ponía un billete sobre la barra y abandonaba su taburete. Spencer le hizo un leve gesto a su compañero para que se apresurara a acercarse, pero sin llamar la atención. El objetivo era llevarse el vaso en el que había estado bebiendo.

Cuando Andrew estuvo suficientemente cerca para llevárselo, Spencer

salió detrás de Tom. Había salido a fumarse un pitillo. Intentaría entablar un poco más de conversación, a ver si le sonsacaba algo esta vez.

—Si me das uno, te invito a otra copa —le propuso—. He perdido mi paquete de cigarrillos y un mechero que me regaló la parienta. Seguro que me he metido en un buen lío.

El otro se mostró un poco reticente. Tal vez le resultara sospechoso que el otro le hubiera seguido. No obstante, se puso el cigarro que tenía encendido en la boca mientras echaba mano al paquete que guardaba en su bolsillo trasero. El humo que desprendía le obligaba a cerrar los ojos.

—Toma. Sírvete —dijo ofreciéndole los que tenía.

—Con uno es suficiente. Gracias, amigo.

—No hay de qué. Coge el encendedor si quieres prenderlo.

—Creo que me lo voy a reservar para fumármelo justo antes de dormir.

Es el que más me gusta del día —mintió, pues no era fumador.

—Como tú quieras. Me piro, tío. Un placer conocerte.

—Lo mismo digo —respondió decepcionado. No le había dado oportunidad de seguir conversando.

Entonces Tom lanzó su cigarro encendido y comenzó a caminar. Spencer se fijó en que varios granos escapaban de los bajos de sus vaqueros, los cuales llevaban una vuelta, pues parecían demasiado largos para él.

Cuando el otro se subió a la camioneta y se fue, Spencer recogió tanto el cigarrillo como aquellas pequeñas partículas.

Capítulo 62

CONtrarreloj

Apesar de la hora que era, fueron a comisaría con lo que habían recogido con la esperanza de que pudieran recoger y analizar el ADN que hubiera en la boquilla del cigarro o en el vaso, así como aquellas pequeñas bolitas indescriptibles que tenían pinta de ser pienso de animales y que habían caído del bajo doblado de los vaqueros de Tom

Patel.

—Rubio, ¿eres consciente de que esas pruebas no podrán utilizarse en un juicio?

—No estoy pensando en el juicio ahora mismo, Spence. Estoy pensando en tener algo que nos diga quién mató a la niña. Después ya buscaremos el modo de encausarle si es el culpable, independientemente de lo que puedan decir los abogados. Esa es labor del fiscal. Esto solo es para asegurarnos de que tenemos razón y no dejarles escapar. Además, la orden de registro ya está solicitada. Si sabemos de antemano que está involucrado, entonces seremos conscientes de que no podremos abandonar el rancho hasta que demos con lo que vayamos a buscar.

—¿Y qué es lo que vamos a buscar? —preguntó Spencer.

—El lugar en el que la mantenían recluida. Si lo encontramos, habrá restos de la niña y eso sí que será una prueba irrefutable.

Había un problema añadido. No estaban en Vancouver. Convencer a los del laboratorio de que analizasen aquellas muestras con una cadena de custodia inexistente, además, era como predicar en el desierto. Lo más probable era que estos le dijeran que no. Al fin y al cabo, podían jugarse su puesto de trabajo.

—Hablemos con Smithers —sugirió Andrew—. Parece un jefe sensato.

Sé que esto es irregular, pero lo hacemos por un motivo justificado.

—Puede parecerlo, pero sigue siendo un jefe. Te dirá que hay que conseguir las pruebas por los cauces oportunos. Se ceñirá al protocolo.

—Pero necesitamos comparar la saliva del vaso y del cigarrillo con el ADN que había sobre la niña antes de que se corrompa. ¿No hay nadie que te deba un favor?

—Déjame que piense —dijo Tracy.

—También podemos pedirlo a cambio de quedar en deuda. Me da igual lo que haya que hacer, pero tenemos que atraparle si es nuestro hombre. Si en el registro no hallamos nada, puede que perdamos para siempre la ocasión de meterle entre rejas.

Spencer se quedó pensativo, buscando alguna alternativa. No podían perder esa oportunidad, en eso estaba en lo cierto. Llevaban

demasiados años en Calgary cargando con ese caso sobre sus conciencias.

—Vale, creo que lo tengo. Confía en mí y déjame hablar.

Davis asintió.

Fueron hasta la comisaría. Era muy tarde. Los del turno de día hacía ya rato que se habían marchado. Spencer conocía a un técnico que tal vez sí podría hacerles ese favor. Esperaba que le tocase trabajar aquel día. De lo contrario, ahí terminarían todas sus opciones.

Recorrió con su mirada la sala. Al principio no lo vio. Pero no se dio por vencido. Preguntó a otros compañeros si le habían visto. Eso no estaba en los planes, puesto que cuantas menos personas se hubieran percatado de su presencia, sería mucho mejor para todos, especialmente si querían ahorrarse la típica regañina del jefe. Por suerte, sí le tocaba trabajar aquella noche.

—¡ *Speedy*, viejo amigo, cuánto tiempo sin verte! —dijo Spencer.

El otro le miró sin ningún entusiasmo, lo que le dio a entender a Andrew que esa no podía ser una buena idea.

—Que yo recuerde, tú y yo no somos amigos —dijo con resquemor—.

Además, ya nadie me llama así.

Speedy era conocido con ese sobrenombre por dos motivos: por su gusto por la velocidad al volante, lo que le había acarreado varias multas de tráfico, y porque hubo una temporada en la que el *Speed* había sido su fiel compañero. Spencer fue quien dio el chivatazo, después de intentarle hacer entender que debía dejar esa mierda, especialmente con el trabajo que tenía.

Habían sido buenos amigos pero aquello les separó, como resulta obvio.

Puede que Tracy lo hiciera con buena intención, pues veía que cada vez su dependencia era mayor, pero eso no quitaba que casi le costase el puesto de trabajo. Al final, logró mantenerlo después de comprometerse a entrar en un programa de rehabilitación. Hacía ya mucho tiempo de aquello.

—Venga, *Speedy*, no te pongas así.

—Zachary, ¿recuerdas? Ese es mi nombre.

—Nunca te gustó que te llamasen así, si mi memoria no me engaña.

—¿Qué quieres, Spencer? Estoy trabajando y gracias a ti me miran con lupa.

—Mira, mi amigo y yo tenemos algo que creemos que nos puede llevar a resolver por fin el caso de los secuestros de la Gran Estampida.

—Pues deberíais entregarlos por la vía formal, como siempre.

—Vamos, Zachary, ¿no ves lo que te estoy ofreciendo?

—No, la verdad. Solo veo que quieres meterme en otro lío —contestó con evidente mosqueo.

—Al contrario. Si me analizas lo que tengo y lo comparas con la muestra que ya tenéis en el laboratorio, siempre podrás decir que yo hice algo fuera del protocolo y podrás vengarte de mí. Pero hay un motivo incluso más importante que ese —comentó, dejando que el suspense despertara su curiosidad.

Zachary picó el anzuelo.

—¿Cuál?

—Nos ayudarás a resolver el caso que traía de cabeza a Carl. Sé que para ti era tan importante como para mí.

—Claro que lo era, capullo. Después de que me metieras en el fango, fue quien sacó la cara por mí.

Eso no era del todo real. Había sido algo que Spence y Carl habían tramado juntos. Tracy decidió que debía haber un cabeza de turco y no le importó ser él. Lo importante era sacar a Zachary de su adicción y lograr que no perdiera el empleo. Cada uno cumplió con su papel y lograron su propósito, aunque el técnico no se lo perdonase a Spencer.

—Dadme lo que tengáis.

—Lo necesitamos esta noche y que no lo sepa nadie. Estaremos en la sala de descanso, tratando de pegar ojo. Mañana nos espera una jornada de las largas, me temo.

Capítulo 63

Rastreo

Los datos del análisis llegaron casi al mismo tiempo que la orden judicial para registrar la propiedad de los Patel. Spencer y Andrew, por lo tanto, contaban con una información que los demás desconocían.

Varias patrullas se pusieron en marcha sin la menor dilación. La propiedad ocupaba varias hectáreas, por lo que la jornada sería bastante larga.

Comenzarían por las edificaciones que hubiera en la finca y seguirían con lo demás. Cuando los policías llegaron, el terreno se inundó de coches patrulla como si hubiera caído una plaga de langostas.

—Señor Patel, traemos una orden de registro —le dijo el jefe Smithers al hombre mayor, quien le miraba con expresión gruñona—. Más les vale cooperar y mantenerse a un lado.

—¡Malditos buitres! Lo único que hacéis es molestar a la gente de bien

—dijo furioso.

Se adentraron en la casa. Allí se encontraban Tom y la madre. Esta parecía algo asustada, como perdida. Un agente la acompañó fuera mientras el hijo miraba a los ojos a Spencer. En aquel momento, se preguntó si la noche anterior había hablado más de lo debido. Pero no recordaba haberle dicho nada.

—Así que eres policía. Ya me parecía que hacías demasiadas preguntas

—contestó este con aparente frialdad.

—Hacía mi trabajo, Tom. En realidad, no traté de sonsacarte nada, solo quería que confiaras en mí, por si necesitaba hablar contigo más adelante si no nos daban la orden de registro. Pero apostaría algo a que vamos a tener mucho tiempo para hablar cuando acabemos el registro, ¿me equivoco?

El otro guardó silencio unos segundos.

Un silencio de esos que otorgan.

—Ya veremos —contestó, sin embargo, en apariencia muy seguro de que no iban a hallar nada.



En ninguna de las edificaciones localizaron rastro alguno que indicara que la pequeña Laurie Tremblay había estado allí. Revisaron cada habitación, cada armario, cada pared en busca de una habitación escondida, de un pasadizo o de lo que fuera, pero no lograron encontrar nada. Del mismo modo, en el sótano los perros fueron incapaces de descubrir ningún resto olfativo que les indicara que la niña había estado en la casa.

Era desconcertante.

Parecía que se habían equivocado.

Al menos, todavía tenían pendiente el registro de la casa de los Smith.

Tal vez, era por allí por donde debían haber comenzado. Esta vez, la corazonada de Davis puede que no fuera acertada. Eso era lo que pensaban la mayoría de los policías en aquel instante.

Según iba avanzando la jornada, el desánimo empezaba a hacer aparición. Por suerte, gracias a que era verano, los días seguían siendo largos y anochecía más allá de las nueve. Agotarían hasta la última posibilidad.

—Deberíamos empezar a asumir que nos hemos equivocado —señaló Ken Rose en un momento. Andrew le miró con gesto de consternación —.

No pasa nada, podemos seguir investigando a otros.

—Solo un poco más. Tengo un presentimiento, de veras.

En realidad, era un presentimiento y algo más, relacionado con el ADN

que habían llevado al laboratorio y aquel ingrediente del pienso de animal de los vaqueros de Tom Patel que era exactamente igual a otro que encontraron en la niña.

Pero eso no lo podía decir.

Eso era un secreto entre Spencer, *Speedy* y él.

A lo mejor, había una explicación alternativa, a pesar de que no se le ocurría cuál. Habían encontrado restos de ADN sobre el rostro de la niña, lo suficiente para comparar con lo que aportaron los detectives, es decir, el vaso y la boquilla del cigarro.

Tenía que ser Tom Patel.

Entonces dirigió la mirada a la extensión de terreno. Debía haber algo que se les estaba escapando. De pronto, una idea que en principio le pareció estúpida, acudió a su mente. Total, ya no perdían nada por intentarlo.

—Hemos dicho que esta es la tercera niña de la que se encuentra el cuerpo, ¿correcto?

—Sí, ya lo sabes, Andy. ¿Dónde quieres ir a parar? —preguntó Tracy, carente ya de paciencia alguna.

—Ya sé que puede parecer una locura pero, ¿y si el resto de las niñas están aquí? —sugirió mirando a los otros tres detectives.

—¿Aquí, dónde? —preguntó Ken, quien creía ver por dónde iba el de Vancouver, pero prefería asegurarse.

—Enterradas en la finca —secundó Thais, entendiendo el razonamiento del detective de Vancouver.

—Exacto.

—Necesitamos un georadar —señaló Spencer tajante.

—Tienes razón. Así podremos detectar cambios morfológicos del terreno

—comentó Davis.

—Voy a hablar con Smithers —soltó decidida Thais.

—No te preocupes. Yo me encargo de conseguirlo —dijo finalmente Rose, quien había cambiado significativamente de actitud desde que comenzara la investigación de aquel caso.

Le vieron alejarse en dirección a donde se encontraba el jefe de policía.

Davis y Tracy confiaron en que pudiera conseguirlo. De lo contrario, tendrían que confesar lo que sabían.

Y lo que habían hecho a espaldas del jefe.

Era un recurso muy caro y dudaban que fuera a acceder así como así, por muy persuasivo que se mostrase el detective Rose.

—Nos va a llevar toda la noche —advirtió Andrew.

—Pues más vale que te tomes un par de cafés. Yo no me muevo de aquí hasta que hayamos peinado hasta la última hectárea —aseveró con rotundidad su compañero.



Pasados unos pocos minutos, vieron regresar cabizbajo a Ken Rose. Le habían visto discutir en la distancia con el jefe Smithers. Ambos

gesticulaban, señal inequívoca de que los dos trataban de enfatizar lo que estaban argumentando.

—Dice que el georadar es muy caro y que, además, tendría que venir un experto, lo que sería mayor gasto todavía para el departamento —comentó Ken Rose al llegar a la altura de los demás detectives—. Insiste en que, si no hay motivos de peso más allá de nuestras elucubraciones, no hay por qué solicitar un recurso tan costoso.

Spencer y Andrew se miraron entre sí. No iba a quedar más remedio que confesar. Siempre les acababan pillando cuando se saltaban las normas.

Parecían predestinados a ello. Igual iba siendo hora de ceñirse al guion.

Pero no esta vez. Ya si eso, la siguiente. Como cuando dices que empiezas el lunes la dieta o en enero a ir al gimnasio. Una promesa que no acaba de materializarse.

—Gracias, Ken, por intentarlo —le dijo Spencer, apoyando su mano derecha sobre el hombro izquierdo del detective Rose.

—No hay de qué —respondió casi extrañado—. A mí también me interesa resolver esta mierda. Llevamos años persiguiendo a un fantasma.

Es hora de atraparlo.

—Dejadnos que lo intentemos nosotros —propuso el joven rubio.

Se dirigieron inmediatamente hacia el lugar en el que se encontraba su jefe hablando con otro grupo de agentes. Les vio acercarse por el rabillo del ojo. No tenía ni la menor duda de para qué iban hacia él. Pero su decisión ya estaba tomada y no habría argumento que le

hiciera cambiar de opinión.

Eso era lo que creía.

—Ya le he dejado claro a Rose que la respuesta es no —se adelantó.

—Creemos que tenemos un motivo que le hará cambiar de opinión —

expuso Davis.

—Pero no le va a gustar —concluyó Tracy.

El jefe frunció el ceño.

No, desde luego que no le iba a gustar.

Ni lo más mínimo.



Tuvieron que esperar hasta que localizaron un georadar que estuviera disponible y el personal capacitado para usarlo. Ya era bien entrada la noche cuando empezaron esa nueva búsqueda. Para tratar de hacerla de forma más

eficiente, se habían distribuido por equipos y así peinar toda la extensión de terreno. Lo dividieron en parcelas de similares metros cuadrados. Había un buen número de agentes en la zona, pero eso no significaba que el trabajo fuera sencillo.

Empezaron desde las inmediaciones de la casa, el granero y otro edificio en el que guardaban las máquinas. El georadar no daba datos significativos.

De vez en cuando se paraban a analizar algo que podía resultar sospechoso y cavaban en busca de la señal que habían percibido.

Ya era cerca del amanecer, cuando se desató la alerta.

Habían localizado un hueco por debajo de la tierra que parecía extenderse bastante. Se encontraba alejado de la vivienda y próximo a una zona de majestuosos arces. El nerviosismo se extendió entre los policías. Tal vez encontraran por fin respuestas.

Lo que no sabían era que les esperaba más de una sorpresa.

Capítulo 64

Efecto túnel

El amanecer les había sorprendido exhaustos y agotados por una jornada interminable de trabajo. La conmoción había hecho aparición después de lo que hallaron. No obstante, no se detuvieron ahí y no cesaron la búsqueda, puesto que el detective Davis insistió en la posibilidad de que estuvieran allí enterradas las niñas que habían desaparecido desde 1988. Si localizaban los restos, tal y como él suponía, necesitarían la intervención de un antropólogo forense para identificar a las pequeñas. Confiaba en poder lograrlo y darle descanso por fin a sus familias.

En el lugar en el que el georadar había detectado esa anomalía morfológica, encontraron bien oculta entre la vegetación una trampilla.

Cuando la abrieron, había una escalerilla que descendía varios metros.

Bajaron hasta allí. Se abría ante ellos un pasadizo que, a pesar de que ya había amanecido, se veía completamente a oscuras, pues la luz que se colaba por el hueco no era suficiente. Tal vez hubiera un interruptor que activara la iluminación interior, aunque fuera ligera. Sin duda, sería un alivio, pues se presentaba verdaderamente tenebroso. Ni siquiera con el haz de luz de las linternas, conseguían ver lo que había al final.

—Esto tiene muy mala pinta —señaló Spencer con evidente cara de preocupación mezclada con angustia.

—Lo mejor será salir de dudas cuanto antes —propuso la detective Sorenson, quien ya notaba que le podía la impaciencia.

Comenzaron a avanzar despacio, con prudencia. No sabían lo que podían encontrarse más adelante. No había una prisa real. Al fin y al cabo, por desgracia, la última niña ya había fallecido.

Pero…

¿Y si tenían escondida a alguna otra cría?

¿Y si alguna de las que no habían vuelto a tener noticias seguía allí?

En cualquiera de los casos, las prisas en ese caso no llevaban a ningún lado. Tenían que hacer las cosas bien. Debían ser cautos.

El ambiente ahí abajo era sofocante. Tal vez se debía a los nervios que

experimentaban los propios policías. Spencer notó cómo una gota de sudor resbalaba por su sien izquierda y se desviaba casi hasta el rabillo del ojo. Se la secó con el dorso de la mano antes de que este pudiera llegar a penetrar en la cavidad lagrimal y provocar escozor.

Aquel túnel parecía interminable. La ansiedad por descubrir qué había al final parecía que alargaba el trayecto. Esa sensación que, en ocasiones, experimentamos cuando nuestros miedos provocan que se distorsione en cierta medida la realidad. El anhelo por saber, pero a la vez el temor por lo que pudieran descubrir.

—¿Veis algo? —preguntó Thais, la cual iba la última de la fila detrás de sus otros tres compañeros.

—Todavía no —respondió Spencer, ya que esa era la verdad. Donde llegaba la luz de su linterna, solo se veía más oscuridad.

—¡Este pasadizo es interminable! —exclamó frustrado Ken.

Andrew iba pensando en aquel momento que, debido a la oscuridad en la que se hallaban inmersos, habían perdido en cierta medida la referencia de dónde se encontraban. Era difícil ubicar la dirección que llevaba aquel túnel.

¿Y si era en realidad una trampa?

No lo habían pensado.

Tampoco podían descartarlo.

—Ve con cuidado, Spence. No merece la pena tener prisa —le advirtió a su amigo.

—Ya lo sé, rubiales. Me parece que no estoy yendo deprisa precisamente.

—¡Mira! —dijo Davis de pronto, elevando un poco la voz esta vez—.

Ahí, ¿lo ves?

—No veo nada, joder.

—Enfoca un poco más hacia tu derecha.

El otro hizo lo que le decía. Seguía sin ver nada relevante.

—Un poco más abajo —siguió indicando el rubio—. Justo ahí.

—¡Joder! Es verdad. Es un picaporte. Ahí hay una puerta.

—¡Bingo! —lo celebró el más joven.

—Sí que tienes vista de lince, chaval.



Les costó más de lo esperado forzar el cerrojo. Aparentemente, no era nada complejo, lo cual no era de extrañar si el objetivo había sido mantener allí encerradas a niñas de unos cinco años.

Se trataba de una cerradura tubular bastante sencilla. Supusieron que debía llevar algún tipo de refuerzo y por eso costaba tanto abrirla. Sin embargo, cuando lo lograron, se percataron de que el motivo había sido la dilatación por los movimientos del terreno y una más que posible oxidación provocada por la humedad.

Al acceder al interior, se quedaron todos boquiabiertos.

Tenían ante sí una jaula para niñas.

Una de color rosa.

Una jaula rosa para albergar el miedo más oscuro.



¿Qué les ha dejado boquiabiertos? Atrévete a

probar tus teorías. Sigue el siguiente enlace:

https://arielzorion.com/adentrate-en-la-investigacion-de-la-biografia-del-

miedo/que-ha-sorprendido-tanto-a-los-detectives/

Capítulo 65

Confiesa

Con el descubrimiento de la habitación en la que habían permanecido las niñas, comenzaba una parte nueva de la investigación. El trabajo de la policía científica se prolongaría allí durante días.

Aquello reforzó el presentimiento de Andrew de que las niñas que no habían aparecido, se hallaban enterradas en algún lugar de la finca. Cabía la posibilidad de que las hubieran incinerado, por lo que sería

imposible encontrar nada de ellas. Al fin y al cabo, estaban en medio del campo, muy alejados de la siguiente propiedad.

Nadie se habría enterado.

A pesar de que el trabajo fue arduo y requirió de mucho tiempo, terminaron por encontrar no cinco, sino seis cadáveres en distintos grados de descomposición.

Uno de ellos correspondía a Lillyth Patel.

La antropología forense terminaría por dar con la identidad de cada una.

Al menos, era lo que esperaban. No obstante, confiaban en que Tom, el hijo de los Patel, cooperase con la policía y les ayudase para que todo fuera más rápido y sencillo. Ya no tenía nada que perder. ¿Para qué empeñarse en guardar información? Confiaban en que los remordimientos le ayudasen a reflexionar.

Si sus sospechas eran ciertas, este no podía haber participado en el secuestro de las primeras niñas, porque él sería muy pequeño todavía por aquella época. No obstante, suponían que se había visto arrastrado por sus padres a cometer semejantes atrocidades.

Sin duda, si alguien terminaría hablando, sería él.



Pusieron por separado en distintas salas de interrogatorios a cada miembro de la familia. Interrogarían a los tres, pero dejarían al hijo para el final. Estaban convencidos de que sería el que confesara. Sus lágrimas

encontradas sobre la niña, así lo atestiguaban. Sus lágrimas y su saliva, puesto que una vez vuelto analizar con nueva información, tenían la teoría de que había besado a la pequeña en la mejilla.

Por lo que habían apreciado, parecía que la madre no podría aportar mucho, pues se detectaba en ella cierto deterioro cognitivo. No intuían lo que había tenido que ver ella en todo aquello. Parecía imposible que aquella cabeza, la cual parecía estar en otra parte, fuera la que, en cierto sentido, orquestara todo aquello tiempo atrás. Desde luego, los policías ni lo intuían.

Spencer y Andrew se sentaron frente a Tom Patel. Se le veía

derrotado.

Los detectives le miraron en silencio unos instantes, hasta que este por fin levantó la mirada. Sus ojos hablaban un lenguaje muy claro. Estaba agotado de cargar con todo aquello sobre su conciencia. Confesar podía ser algo incluso catártico para él.

—Tom, es absurdo que sigas callado. Ha llegado el momento de confesar.

Tenemos pruebas más que suficientes y lo sabes —dijo Spencer, señalando algo que era más que obvio.

El otro desvió la mirada hacia el ventanuco por el que se colaba una brillante luz de mediodía. Pensaba en que probablemente ya no volvería a disfrutar de ella como un hombre libre. Se lo merecía. Debía haber parado aquella locura hacía tiempo.

—¿Qué queréis saber? —preguntó mirándoles a los ojos.

—Cuéntanoslo todo.

Capítulo 66

Visita

Era ya bastante tarde. El paso de las horas se había difuminado en medio de aquella frenética actividad de los últimos días. Spencer sabía que se podía encontrar con una situación incómoda, pero no podía irse de Calgary sin enfrentarse a aquello.

No podía.

Y no debía.

Dos visitas estaban pendientes.

Dos ineludibles para él.

Cuando se presentó ante la puerta de la vivienda de su ex, casi no se creía lo que estaba a punto de hacer. Se sentía nervioso como no recordaba haberlo estado en mucho tiempo. Sabía que su relación estaba agotada. No era el objetivo recuperarla, solo sellar la paz.

Llamó a la puerta, con una agitación creciente en su interior. Su corazón latía desbocado. El miedo al rechazo, tal vez. El miedo, en todo caso.

Se oyó cómo descorrían el cerrojo desde el interior. Esos segundos previos siempre son los peores, cuando reina la incertidumbre, cuando todavía no sabes a qué atenerte. Ni siquiera se había asegurado de si ella seguía viviendo allí. Había ido casi a ciegas.

—¡Spence! —dijo con sorpresa la mujer que abrió la puerta—. ¿Qué haces aquí?

—Hola, Sandy. ¿Puedo pasar?

Se miraron durante apenas unos segundos.

Reconociéndose.

Rememorando la complicidad pasada que tanto les había unido.

Reencontrando los sentimientos turbulentos que les habían separado.

—Adelante —respondió, abriendo la puerta y dejándole entrar.

Spencer se adentró en la vivienda. No había cambiado demasiado en aquel tiempo. Le asaltó una extraña sensación de pérdida, una nostalgia dolorosa.

—Spence, estoy con alguien —dijo Sandy, de pronto, posiblemente para evitar cualquier tipo de malentendido—. No sé a qué has venido pero…

—Tranquila —la interrumpió—. Solo quiero hablar y que podamos reescribir un nuevo final para nuestra relación.

Aquellas palabras la conmovieron.

—Spence… —pronunció su nombre, dejando el resto de la frase en suspenso.

—Sandy, te he querido mucho. Estoy seguro de que lo sabes.

—Yo también a ti. Creo que eso no lo dudamos ninguno de los dos.

—No, tienes razón.

Spence sonrió. Era un hombre valiente al que no le atemorizaban demasiadas situaciones. Sin embargo, allí, en ese preciso instante, se sentía inseguro como un crío pequeño.

—¿Te apetece tomar algo? —Le ofreció Sandy.

—No, no hace falta. Seré breve. Solo he venido a pedirte perdón.

En su visita a Calgary, el detective quería cerrar definitivamente todos aquellos círculos emocionales que hubieran quedado abiertos antes de su regreso a Vancouver.



Al comienzo de la siguiente jornada, Spencer le contó a su compañero sus intenciones para aquel día. Tomarían el vuelo justo a la mañana siguiente. Andrew se ofreció a acompañarle. A pesar de que se había negado en un principio, el rubio había sido tan insistente que había terminado por claudicar.

—Qué puñetero grano en el culo eres a veces, Andy.

—Pues ya sabes, de un grano en el culo no te puedes deshacer hasta que este decide hacerlo por sí mismo.

—En serio, ¿te crees gracioso? Porque ya te digo yo que no, ¿eh? Tú puedes ir de guaperas por la vida, pero de artista del humor, ni te lo plantees.

—Tranquilo, tengo muy claro quién es el payaso de los dos —le respondió con una sonrisa, intentando provocarle.

—Al final te voy a dar a probar mi puño, ya lo verás.

—¡Pero qué bruto eres siempre! —se rindió al fin.

Aparcaron muy cerca del cementerio en el que descansaban los restos de Carl Preston. Spencer, que iba conduciendo, paró el motor. Abrió la puerta para bajar y se dio cuenta de que su compañero no se movía.

—¿No vienes?

—No, Spence. Esto lo tienes que hacer tú solo. Es un momento íntimo.

Yo estaré aquí, por si me necesitas.

El otro comprendió. Asintió con un leve gesto de la cabeza y salió del vehículo. Cuando estaba suficientemente lejos, Andrew bajó también y se quedó de pie junto al coche donde daba la sombra. Hacía demasiado calor para permanecer dentro.

Le vendría bien estirar un poco las piernas.



Desde que aterrizaran en Calgary varias semanas atrás, habían vivido jornadas muy intensas. Spencer estaba tumbado en la cama de su habitación, con el brazo derecho debajo de su cabeza mirando hacia el techo, mientras reflexionaba sobre aquello. ¿Había cerrado sus heridas emocionales? No sabía si podría llamarlo así, aunque era lo que sentía. Lo que sí tenía claro era que no se había disipado totalmente la zozobra interior que sentía. Las emociones a veces son así, mareas incontrolables, crecidas que vienen para inundar nuestros lagrimales.

Se había sentido extraño visitando la tumba de su compañero, hablándole al aire, confesando sus pensamientos más íntimos, sus debilidades, abriendo en canal su corazón.

Dejando que las lágrimas corrieran.

Se había sentido conmovido también. Porque le echaba de menos. Porque la vida a veces puede ser muy injusta. Porque Carl no estuviera allí disfrutando de aquel pequeño triunfo.

Cuando creyó que ya lo había dicho todo, regresó al coche.

Dejando atrás el pasado.

Abrazando el presente.

Había mucha vida que exprimir.

Tendría muchos casos nuevos que investigar.

—¿Estás bien? —le preguntó Andrew cuando estaba ya suficientemente cerca.

Spencer se le abrazó. Andrew se extrañó. Al principio se puso rígido. No se esperaba aquella reacción. No sabía cómo responder.

—Te quiero, chaval —le dijo, con un sentimiento que nacía de lo más hondo.

Entonces el detective rubio se relajó. Le entendía. Reconocía su dolor. Es lo que tiene la amistad de verdad, que no necesita largas explicaciones atiborradas de palabras.

Un gesto lo dice todo.

Se abandonó a ese reconfortante abrazo.

Capítulo 67

Amor

Calgary. Agosto de 2023. En una celda.

Nadie sabe definir qué es realmente el amor. Algunos dicen que es el mayor motor que mueve el mundo. Pero, ¿se justifica cualquier cosa por amor, cualquier acción? Supongo que depende de quién lo diga. Para mí todo tenía sentido. Ver los ojos de mi mujer iluminarse cada vez, valía la pena. Pero cuando el tiempo avanzaba, volvía el miedo a que se apagaran de nuevo.

Y terminaban por hacerlo.

Yo solo traté de mantener unida mi familia. Cada vez que se reiniciaba el ciclo, cerraba los ojos y me convencía de que aquello era lo que debía hacer. Poco a poco, me fui desensibilizando. Como si fuera un procedimiento quirúrgico que había que llevar a cabo. Planificaba lo que debía hacer. Visitaba días antes la zona. Y llegado el día, actuaba con rapidez.

Amo a mi mujer.

Siempre la he amado.

Sé que nadie podrá entenderlo, pero todo lo que hice fue por amor.

Y por el miedo a perderla.



Viaje de vuelta a Vancouver. Agosto 2023.

Desde el aeropuerto, Andrew llamó en un par de ocasiones a Hannah, pero ella no contestó. Supuso que estaría enfadada, pues la había descuidado bastante en las últimas jornadas. El día anterior también había intentado llamarla, después de contestar a sus mensajes disculpándose por haber estado tan ausente. Decidió mandarle un audio en el que le informaba de cuándo llegaban a Vancouver y le decía que la echaba de menos y estaba deseando verla.

Subieron al avión en silencio. Spencer seguía taciturno desde que visitó a Sandy.

El avión despegó y ambos seguían sumidos en un extraño mutismo. Fue Andrew quien finalmente lo rompió.

—Spence, ¿te encuentras bien?

—Sí, tranquilo. Es solo que ha sido todo demasiado intenso.

—No te falta razón. Hay algo que todavía no me has contado y que me gustaría saber.

Tracy entrecerró los ojos. No tenía ni la menor idea de a qué se refería su compañero.

—Muy bien. Intentaré responderte.

—¿Qué sucedía con la manta?

—¿A qué te refieres? —le pidió que le aclarara.

—Cuando entrevistamos a Roy Martin, el de la tienda de *souvenirs*, cuando comentó que le pareció que llevaban a la niña envuelta en una manta, te pusiste rígido.

Spencer agachó la cabeza.

—Si no quieres, no me lo cuentes.

—No, tranquilo. No tiene gran misterio en realidad. Cuando era todavía un novato, uno de los primeros casos en los que tuve que intervenir como patrullero fue en el rescate de un bebé. Lo sacamos de un contenedor de basura. Sus padres le habían tirado allí después de ahogarle con la manta.

Tenía la boca y la garganta llena de fibras. ¡Joder! —su rostro se contrajo, como si estuviera reviviéndolo en ese preciso momento—. Fue algo que me marcó mucho. Quizás se debiera también a que mi hermana mayor acababa de perder a su primer hijo poco después de nacer.

—Lo siento mucho, Spence. Tuvo que ser realmente duro.

En aquel momento, Andrew creyó comprender por qué, cuando encontraron el cadáver de Laurie Tremblay, la forense sugirió que Spencer llevaba especialmente mal los casos en los que había niños implicados.

—No te preocupes, rubiales. Fue hace mucho tiempo. Mi sobrino falleció de muerte súbita. Mi hermana y mi cuñado tardaron mucho en recuperarse de aquello. Tenían un miedo terrible a que volviera a sucederles algo similar si tenían otro hijo.

—Somos presos de nuestros miedos, ¿no te parece?

—Sí, creo que tienes razón. Nuestros miedos, en cierta medida, cuentan quienes somos.



Vancouver. Agosto 2023.

Andrew llamó a Hannah nada más aterrizar. Ella seguía sin contestar.

Tampoco había respondido a sus mensajes. Aquello era demasiado extraño.

Se preocupó. ¿Qué le habría sucedido?

Se despidió de Spencer. Se verían al día siguiente en la comisaría. Se merecían un descanso. Tomaron cada uno un taxi. No obstante, él no se dirigió a su casa, a pesar de que estaba deseando descansar, sino hacia la dirección de Hannah. No quería ni pasar a dejar su equipaje. Había algo urgente que resolver que le preocupaba más en aquel instante.

Cuando llegó al edificio donde vivía su pareja, llamó al interfono. Ella no tardó mucho en responder.

—Soy Andrew —respondió escueto.

Inmediatamente, oyó el particular sonido de la puerta abriéndose.

Subió en el ascensor. Sintió una agitación interior que iba en aumento al ritmo al que iba subiendo los pisos. Experimentó cierta angustia, cierto miedo. No tenía ni la menor idea de con qué se iba a encontrar.

Entonces, recordó aquella noche extraña con Thais en Calgary. Lo tentadora que le parecía, especialmente después de varias cervezas. Era una chica preciosa con la que no hubiera dudado en acostarse tiempo atrás. Pero desde que estaba con Hannah, tenía claro que la infidelidad no era una opción. Eso no era algo que fuera con él. Ni siquiera hubo un beso. Se lo dejó bien claro desde el primer segundo.

Cuando llegó a la planta en la que su pareja residía, salió del ascensor. Se giró en dirección al piso de su novia. La puerta se encontraba entreabierta.

Hannah estaba allí de pie esperándole. Su rostro era serio.

Andrew sonrió, pero no fue correspondido. Se acercó hasta ella y, cuando fue a besarla, ella retiró la cara.

—Pasa. Será mejor que hablemos —comentó impertérrita.

Sin duda, algo no iba bien.

Epílogo

Un relato del miedo

Calgary. Declaración de Tom Patel. Unos días antes.

Pusieron la cámara a grabar. Desde el otro lado del cristal, los detectives Rose y Sorenson observaban con atención. El jefe Smithers también se encontraba allí. Ninguno quería perderse nada. A pesar de que ya sabían lo sucedido, necesitaban conocer los detalles de lo acontecido durante todos aquellos años de demencia.

—Mi hermana murió fruto de una enfermedad rara en 1985. Aquello nos destrozó como familia. Yo sentía muchos celos de ella. O eso creo, puesto que yo tan solo era un niño también. Supongo que a esa edad todos somos egoístas. Creo que la envidiaba porque ella siempre conseguía ser el centro de atención. Antes de que enfermara, lo lograba porque era muy alegre y dicharachera, además de ser una niña preciosa. Después de tener el diagnóstico, me eclipsó absolutamente.

»La quería. No lo duden. Todavía la quiero. Pero… Era solo un niño pequeño, egoísta, y confieso que en más de una ocasión recé para que se muriera y todo volviera a ser como antes. Y murió. Pero nada volvió a ser igual. Todo fue a peor.

»Mi madre perdió la cabeza. Oía muchas veces hablar a mis padres cuando creían que yo no escuchaba. Pero como hace cualquier crío, trataba de enterarme de sus conversaciones. No se me olvidarán jamás las palabras de mi padre: “no te preocupes, mi amor, yo te traeré a Lillyth de vuelta”. Y

así lo hizo, en cierto sentido.

»Ahí empezó el descenso a la locura. Una locura en la que todos caímos de una forma u otra, cómplices del miedo que había horadado nuestra familia y que amenazaba con destruirla. Porque pocos miedos son tan peligrosos como el temor a perderlo todo.

»La finca tenía una canalización subterránea que llevaba a una especie de búnker. No sé si sería heredado de tiempos de guerra. Un refugio en el que esconderse. Estaba abandonado desde hacía mucho tiempo. Mi padre comenzó a rehabilitarlo. Trabajaba de sol a sol. De día en el campo y con

los animales. Por la tarde y parte de la noche, habilitando aquel lugar.

Supongo que era consciente de lo siniestro que era aquello. Tal vez por eso se esforzó tanto en decorar la habitación, en cubrirla de cosas bonitas, de peluches y pintarla toda de rosa, de una manera excesiva.

Andrew y Spencer recordaron en ese momento lo que ellos habían contemplado cuando lograron abrir la puerta. La habitación se caía a pedazos. Había moho por todas partes y unas evidentes condiciones de insalubridad. No tenía apenas ventilación. El inodoro estaba sucio, al igual que el pequeño lavabo. Había peluches por todas partes, pero la mayoría estaban destrozados. Eso les hizo pensar en el pavor que experimentaría una niña de apenas cinco años al entrar allí.

Pero todo aquello no fue lo peor.

Lo peor para ellos fue ver las marcas de arañazos en la pared. Unas marcas que hablaban de desesperación y un pánico aterrador.

—Eso fue al principio. En los últimos años, la habitación cada vez estaba más decrépita e insalubre —continuó, como si estuviera leyendo la mente de los policías—. Imagino el miedo que eso añadiría a las pequeñas.

—¿Quién las mató? —interrumpió Spencer, impaciente por saber. En su rostro se leía lo que pasaba por su mente. Tenía las mandíbulas tan apretadas, que parecía que podían quebrarse en cualquier momento.

—A las primeras, él. A las últimas, las maté yo. Pero nunca las hicimos sufrir. En la habitación podrán observar que hay un pequeño agujero a la altura casi del techo. Por ahí, introducíamos monóxido de carbono para que se fueran quedando dormidas poco a poco, sin que experimentaran ni el más mínimo dolor.

El gesto de Tom Patel era de desolación. No estaban ante un asesino despiadado que disfrutaba con lo que hacía. Pero seguía siendo un asesino.

—¿Por qué? No lo entiendo. ¿Por qué matarlas? —dijo Tracy con rabia.

—Porque ya no se parecían a ella.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Andrew intrigado.

—Al principio, cuando llegaba una niña de la edad de Lillyth, mi madre parecía revivir. Creía que había recuperado a su pequeña. Pero eso duraba un tiempo. Dependía con cada una.

—¿Por qué secuestrasteis a la nieta de Carl Preston? Tuvimos la teoría de que lo hacíais para que supiera que no debería meter las narices donde no debía —indagó esta vez Spencer.

—Fue por error. Si hubiera sabido que era la nieta de un policía, nunca nos la hubiéramos llevado. Por eso nos deshicimos tan pronto de ella.

—¿Y qué ha pasado con esta última? ¿Por qué no le habéis dado ni la menor oportunidad de vivir? —interrogó con rabia el detective moreno.

Tom Patel cerró los ojos. Por un segundo, les dio la impresión de que estaba tratando de contener el llanto. Y no les faltaba razón. Recordaba lo sucedido y sentía cómo el remordimiento abría una grieta en su interior.

—Mi madre ya es mayor. Sufre de demencia, ¿saben? —comenzó, mirando alternativamente a ambos policías, tal vez buscando su compasión

—. Después de lo que sucedió con la última cría, me convencí de que todo había terminado, porque estuvieron más cerca que nunca de atraparnos.

Pero el deterioro cognitivo que ha sufrido ha ido a más en los últimos tiempos. Mi padre insistió en que teníamos que traerla de vuelta y solo podríamos hacerlo si tenía de nuevo a su pequeña Lillyth en casa. Pero esta vez no fue igual. Cuando vio a la niña, se puso muy agresiva con ella. Me di cuenta de que la cría no estaba segura con nosotros, que mi madre podría reaccionar de manera imprevisible. Y creí que lo mejor era ahorrarle el sufrimiento.

Andrew miró por el rabillo del ojo la reacción de su compañero. Temía que pudiera hacer una tontería. Ya tenían la respuesta que buscaban. Había que seguir avanzando y evitar que lo último que había contado Patel se anclase en el ambiente, enrareciendo hasta el aire que respiraban. Además, todavía tenían más preguntas.

—¿Por qué el día del desfile? ¿Qué sentido tiene? —continuó indagando Davis, al tiempo que observaba como la respiración de Spencer se ralentizaba paulatinamente.

—Fue el último día feliz que pasamos como familia. A la mañana siguiente, mi hermana tuvo que ser ingresada. Les dijeron a mis padres que no había curación. Decidieron que sus últimos días los pasaría en casa, rodeada de las personas que más la querían, en el lugar en el que había sido dichosa—. Hizo una pausa para coger aire. Los detectives se fijaron en que cerró los ojos y apretó los puños. Era evidente que ese recuerdo seguía doliendo. Algunas heridas nunca terminan de cicatrizar—. El día del desfile significaba un nuevo comienzo, como si la vida pudiera reiniciarse a nuestro antojo.

Los detectives estaban absolutamente consternados. Era difícil no empatizar con el dolor de esa familia, pero eso no significaba que dejasen

de ser unos monstruos por lo que habían cometido. Al fin y al cabo, habían destrozado otras familias para tratar de salvar la suya.

Y habían secuestrado y asesinado a ocho niñas.

—Por lo que nos has contado, podemos comprender los motivos que esgrimía tu padre. Ese amor tan poderoso hacia tu madre. Pero, ¿por qué le ayudaste? —preguntó Andrew.

Tom Patel respiró hondo antes de responder. Probablemente, ni siquiera él lo tenía claro.

—Al principio, porque no me quedó más remedio. Al fin y al cabo, era un niño y tenía que ayudar en casa. Creo que también porque tenía miedo de lo que podría hacerme mi padre si no cooperaba. No sé por qué le temía, puesto que nunca me hizo daño —comentó, mirando a ambos policías, como si eso pudiera contribuir a aclarar su mente—. Pero no era lo único.

Éramos una familia. Aquel secreto nos mantenía unidos.

—¿Y por qué no paraste cuando te hiciste mayor? ¿Por qué no les detuviste? —indagó Spence, tratando de controlar su rabia.

—Porque me sentía culpable. Por miedo a ser el responsable de la muerte de Lillyth y no poder expiar mi culpa delante de mis padres. Recuerden que ya les he dicho que recé para que mi hermana muriera. ¿Y si yo era el responsable?



Atrévete a probar tus teorías. Sigue el siguiente

enlace para ver las respuestas finales:

https://arielzorion.com/adentrate-en-la-investigacion-de-la-biografia-

del-miedo/comprueba-tus-respuestas/



AgradecimientOs

Escribir una novela es una aventura que se inicia en solitario pero que termina por ser una expedición en la mejor compañía. En mi caso, tengo la suerte de que me acompañe un magnífico equipo de lectores cero a los que siempre les estaré infinitamente agradecida. Y por supuesto, a todos y cada uno de mis lectores, #loslectoresdelazorion, porque le dais una oportunidad a mis historias y seguís ahí, un libro tras otro.

lectores 0

- Sonia Muñoz Rubio. Te mereces este regalo —aunque sea simbólico —

y mucho más. La fecha del lanzamiento de este libro y la de tu cumpleaños ya están unidas para siempre, al igual que el cariño que lleva implícito. Por lo tanto, perdurará en el tiempo, ese valioso tesoro que tenemos.

¡¡Muchísimas felicidades!! Espero que sea un día muy especial y que lo disfrutes enormemente en compañía de los tuyos. Y por supuesto, infinitas gracias por tu ayuda y tu apoyo siempre.

- Andreu Purroy Giribet. Gracias por la idea que ha gestado este libro, aunque hay un pequeño secreto que queda entre tú y yo. Gracias por transmitirme tus ganas de reencontrarte con Andrew. Gracias por coger siempre los libros con ganas y empezar a leerlos casi según te llegan a las manos, sin perder nunca el ojo crítico. Gracias por tus perspicaces sugerencias hasta en los pequeños detalles. Gracias por tu sentido del humor y tus ironías en el día a día. Y por supuesto, gracias por ser como eres.

- Patricia Burgos Cortés. Contigo siempre hay algo especial. Que te

pases una parada de autobús mientras leías la primera versión de este libro es para nota y, sobre todo, un chute de emoción para mí. No hay mayor piropo que ese para un escritor. Gracias, mi querida Patry, por tus correcciones y porque siempre consigues que me ilusione. Gracias por insuflarme ánimos y ayudarme en creen en mis novelas. ¡Eres de lo que no hay!

- Kress Phylaso. Me encantas, así de claro y de sencillo. Eres una compañera genial, muy creativa, con miles de ideas, unas locas y otras más locas todavía, y por encima de todo, una persona alucinante. Gracias por ser

tan puntillosa con las correcciones siempre. Gracias por tus comentarios ingeniosos y divertidos. Gracias por todo el trabajazo que hiciste organizando los post de la Zoriontón. Y gracias por seguir ahí, a pesar de tener miles de millones de proyectos personales.

- Rocío García Melgar. Como siempre, acabas encontrando hasta el más mínimo fallo. Me alucina que seas tan meticulosa y observadora. Me maravilla tu capacidad para ofrecerme palabras o expresiones alternativas.

Siempre espero con anhelo tu documento para aprender más y más. Y

millones de gracias por el precioso detalle tan lleno de cariño que llegó para mi cumpleaños. ¡Ni te cuento la emoción que sentí! Gracias por haberte cruzado en mi camino y llenarlo de color.

- Laura Díaz de Prado. En primer lugar, gracias siempre por tu cariño, por tu confianza, por tu cercanía a pesar de la distancia. Tus observaciones siempre me ayudan a reflexionar para asegurarme de que todo está hilado y tiene sentido. Muchas gracias por regalarme tu tiempo y seguir leyéndome, libro tras libro, sin cansarte. Gracias por ser esa persona especial que todo el mundo querría tener en su vida.

- Margarita González Benavides. Gracias por el análisis pormenorizado de la trama, por las sugerencias de mejora que traspasan este libro y llegan al siguiente. Gracias por encontrar siempre el tiempo, incluso cuando no lo tienes y vas ahogada con las obligaciones del día a día. Es una muestra enorme de generosidad. Gracias por tus comentarios al final, por tus *podcast* tan ilustrativos y por ayudarnos tanto a los autores autopublicados difundiendo nuestros pequeños sueños.

- Sara Moyano Ávila. Gracias por no dudar ni un instante en unirte a este equipo de locuelos y hacerlo encima con tantísimo entusiasmo. Millones de gracias por ser una lectora fiel y haberte hecho tu propia

Zoriontón leyendo todos y cada uno de mis libros. Espero que estés muy a gusto y sigas con nosotros hasta el infinito y más allá. Tus palabras me entusiasmaron.

- Grupo Los Libros de Ariel. Una y mil veces, gracias por vuestro apoyo y por seguir adelante con la loca intención de leer todas mis novelas.

- Participantes en la Zoriontón. El mes de abril de 2023 siempre lo recordaré por esta maratón lectora y por el bonito apoyo que me brindaron los participantes en ella. Es imposible daros las gracias en su justa medida.

Imaginaos este GRACIAS en letras muy grandes.

- Me siento feliz y agradecida por la suerte que tengo en la vida, en la cual no hago otra cosa que encontrar personas que la hacen más y más rica.



Es el mayor tesoro que tenemos, junto con la salud indudablemente.

Rodearse de cariño y de gente que te aporta cosas positivas es la mayor suerte. Me siento realmente una persona afortunada porque he encontrado de lo bueno, lo mejor.

Para conocer a mis lectores cero, podéis visitar mi página web, en la que estoy preparando un apartado especial para cada uno de ellos.

Os dejo aquí el código QR y el enlace.

https://arielzorion.com/conoce-a-mi-equipo-de-lectores-0/

Playlist

Love of Mine, Imagine Dragons

Si habéis prestado atención a la *playilst* de otros de mis libros, este grupo suele aparecer. Esta canción, a pesar de pertenecer al álbum *Night Visions*, la han estrenado recientemente y no pude resistirme a enamorarme de ella desde la primera vez que la escuché.

Let's do this, Outskirts

Esta es de esas canciones que te da energía desde los primeros acordes.

Además, el mensaje del título es muy significativo en este libro:

"Hagámoslo". ¿No os parece casi el lema de Davis y Tracy juntos? Seguir adelante, hacerlo sin pensar en nada más.

Moments We Live For, In Paradise

Al final del libro, Spencer reflexiona sobre el hecho de que hay que dejar atrás el pasado y abrazar el presente. Pues esta canción va en cierta medida de eso, de los "*aquís y ahoras*", de los momentos por los que vivimos.

Trustfall, Pink

Tal y como se indica en uno de los capítulos, entre Hannah y su padre se ve claramente que hay una pérdida paulatina de la confianza. Y según parece al final del libro, esto también le ha sucedido respecto a Andrew.

¿Qué habrá pasado entre ellos al final?

Don't Give In, Snow Patrol

No rendirse, seguir luchando, plantar cara a los problemas. Eso es lo que hacen Andrew y Spencer juntos, tirar uno del otro cuando ven que a su amigo le fallan las fuerzas. Esta preciosa canción nos invita a seguir luchando.

Take Care of You, Onerepublic

Esta canción me encanta. Y me gusta ese mensaje de cuidarnos entre nosotros que se repite tanto en el estribillo. Eso forma parte de la amistad verdadera. Y Andrew y Spencer son compañeros, pero también amigos y por eso se cuidan mutuamente y se preocupan el uno por el otro.

The Man Who Sold the World, Nirvana.

Algunas canciones regresan a nosotros en un momento concreto y no sabemos muy bien los motivos. Es lo que me ha pasado con este *temazo* de Nirvana, que volvió a mí y supe que tendría que incluirla en la lista de reproducción de este libro.

Innuendo, Queen

Un día le pedí a Alexa que me pusiera una lista de reproducción de Queen (algo que le pido con frecuencia porque me encanta este grupo) y no sé por qué razón ese día en concreto *Innuendo* se me quedó anclada dentro.

La he escuchado muchas veces durante la redacción de esta novela, así que ocupa su lugar por derecho propio.

Try, Pink

La letra de *Try* tiene, a mi parecer, mucho sentido en la narración de La biografía del miedo. No solo por la parte en la que tanto insiste en levantarse y seguir intentándolo, sino en lo relativo también a las relaciones románticas de ambos detectives. A veces, confundimos deseo con amor y, en ocasiones también, nos enamoramos demasiado fácilmente de quien no nos conviene.

Walking the Wire, Imagine Dragons

En algún momento de la novela, se dice que el estado de ánimo de Spencer Tracy camina sobre el alambre. En realidad, a lo largo de toda ella él y Andrew parecen estar caminando en la cuerda floja, pero eso

no significa que vayan a abandonar. Muy al contrario, aceptan lo que viene y lo que está por venir y siguen adelante.

Right Behind You, Brandon Flowers

El título de esta canción resume en gran parte la amistad de los dos protagonistas de este libro. ¿Me necesitas? No te preocupes, estaré justo detrás de ti, cubriéndote las espaldas.

I'll Take Everything, James Blunt

La letra de esta canción está conectada con el personaje de Carl Preston y lo que supone su fallecimiento para Spencer, cómo este le marca y se lleva una parte de él.

Bad Romance, Lady Gaga

A veces, las relaciones más perniciosas pueden resultarnos muy atractivas. Eso les pasa a Hannah y a Andrew en cierta medida, puesto que hay algo entre ellos que parece no terminar de encajar. Habrá que esperar al siguiente libro para saber si su romance sigue adelante.

Peace of Mind, Imagine Dragons

Esta canción refleja el estado de ánimo de Spencer a lo largo de esta novela. Necesita resolver el caso de la desaparición de la niña para volver a encontrar esa paz mental tan necesaria.

Runaway, Pink

Durante la redacción de esta novela, igual que me sucedió con la anterior que salió tan solo quince días antes, he estado escuchando en bucle el último disco de Pink. Esta es una de mis canciones favoritas. He descubierto que esta artista me gusta más de lo que imaginaba. ¿Os ha pasado alguna vez que después de haber escuchado muchas veces a algún grupo de pronto os dais cuenta de que os gusta y ni lo sabíais? Bueno, tal vez solo sean cosas mías.

Si te apetece escuchar esta lista de reproducción, te invito a hacerlo aquí:

Playlist La Biografía del Miedo

(Puedes encontrarme en Spotify como Ariel Zorion)





Datos de interés

#misganasganan En el capítulo 22 se habla del lema #misganasganan que popularizó la joven *influencer* Elena Huelva. Esta chica, que murió el 3

de enero de 2023, padecía desde los dieciséis años un sarcoma de Erwing, contra el que luchó con valentía, al tiempo que transmitía en sus redes sociales sus ganas de vivir y un optimismo ejemplar. Su lema y su legado, son inmortales. Es un ejemplo de cómo enfrentarse a nuestros miedos, que en su caso, estoy convencida de que fueron muchos y variados. Este es solo un pequeño homenaje para ella y para todos los que, de un modo u otro, se enfrentan al futuro incierto que camina de la mano de la enfermedad.

Curiosidades La referencia a un local al que van Andrew y Spencer a comer una de las mejores hamburguesas que se pueden tomar en Canadá es casi algo autobiográfico, aunque no fue en Calgary en nuestro caso. Pero sí que, cuando estuvimos en Canadá, paramos en un pub de carretera a tomar una hamburguesa, porque en el foro de Los Viajeros (el cual recomiendo siempre consultar antes de organizar un viaje) lo nombraban como el mejor para tomar la hamburguesa más deliciosa del país. El interior del local era bastante oscuro y tenía un aspecto mejorable sin duda. En cualquier caso, nos pareció que la hamburguesa que allí tomamos no merecía la nominación de la que hacía gala. Anécdotas aparte, siempre recomendaré visitar Canadá como una experiencia única para los viajeros.

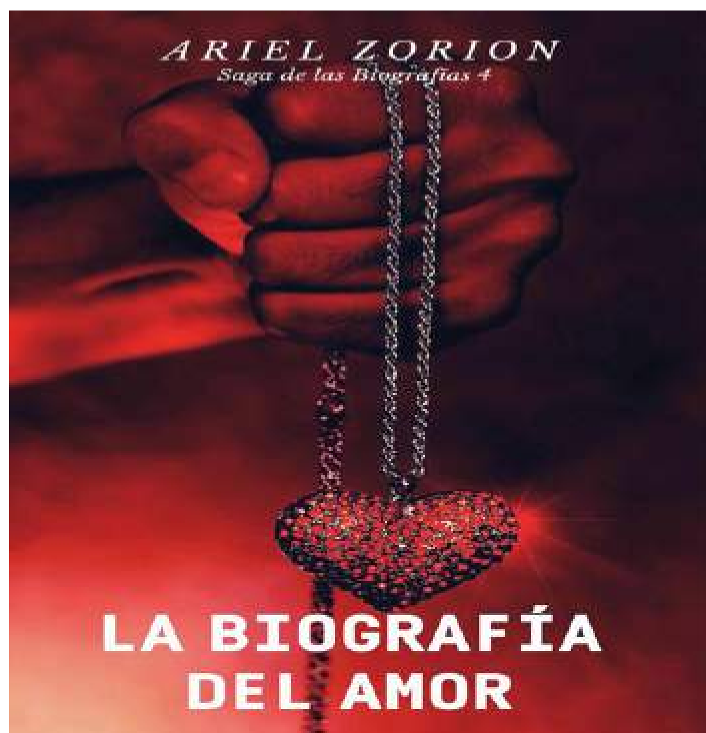
Miedo Hay tantas formas diferentes de sentir miedo que es casi imposible recogerlas todas. Miedo a decepcionar a alguien, miedo a fracasar, miedo a triunfar, miedo a perder un amigo, miedo a la enfermedad, miedo a la muerte, miedo al dolor, miedo a no ser suficientes… Cada uno de esos miedos habla de cosas muy distintas, pero la raíz es la misma. Los psicólogos dicen que muchas de nuestras emociones negativas hunden precisamente sus raíces en el miedo: el enfado, la inseguridad, la timidez, la culpa… Aprender a reconocer nuestros temores es la base para afrontarlos con garantías de éxito.

Tener miedo no es signo de debilidad. Al contrario, para mí reconocer que lo tienes es sinónimo de fortaleza, porque no te avergüenzas de ello.

Si crees que hay algún miedo que crees que te está paralizando, que te

está impidiendo vivir con plenitud, busca ayuda y no le permitas tomar el

control.



La

biografía

del

amor

Ariel Zorion



Para Marga, en el día de tu cumpleaños.

Gracias por las miles de páginas

compartiendo aventuras. Espero que

este sencillo regalo sea especial para ti y

que caminemos juntas por muchos libros más.

Para aquellos que no se cansan de soñar.

"En un beso sabrás

todo lo que he callado".

Pablo Neruda

Playlist

Just Give Me a Reason, Pink

It's a Hard Life, Queen

Too Much Love Will Kill You, Queen

Shallow, Lady Gaga & Bradley Cooper

Sweet Child of Mine, Guns & Roses

Don't Cry, Guns & Roses

Anybody Seen My Baby? , The Rolling Stone

Every Breath You Take, The Police

Nothing Else Matters, Metallica

Bed Of Roses, Bon Jovi

Madness, Muse

One Headlight, The Wallflowers

Your Side Of Town, The Killers

Addicted to Romance, Bruce Springsteen

Si te apetece escucharla, te invito a hacerlo aquí: Playlist de La

Biografía del Amor

(Puedes encontrarme en Spotify como Ariel Zorion)

Sinopsis

La aparición de una pareja muerta en su coche, en el famoso puente colgante de Capilano, hará que muchos piensen que hay un Asesino del Zodiaco en Canadá. Varios aspectos de la firma recuerdan los crímenes que se sucedieron a finales de los sesenta del siglo pasado al norte de California.

¿Será un imitador?

¿Intenta enviar un mensaje?

¿Tal vez se trata nada más que de un ajuste de cuentas?

Los detectives Davis y Tracy tendrán que investigar a contrarreloj para evitar un nuevo asesinato.

Capítulo 1

Amor

Comenzó el día con un humor que no era habitual en él. Todavía estaba intentando comprender el desarrollo de los últimos acontecimientos. Bueno, para ser más precisos, del último solamente. Era el que le había dejado absolutamente descolocado.

Volvieron de Calgary después de hacerse cargo de una compleja investigación sobre las desapariciones de niñas en los últimos treinta y cinco años. Ese caso les había pasado factura a Spencer y a él. Todos los que implican a la infancia lo hacen. Hacerle daño a los seres más vulnerables siempre despertaba en él un instinto de protección mayor. Y

también una rabia similar a la que había demostrado Spencer.

Acudió allí porque su jefe, Adrian Petrus, se lo ordenó. Andrew no tenía ningún interés particular, salvo el de acompañar y ayudar a su

compañero.

Según el propio Tracy le explicó, había contraído en el pasado una especie de deuda con un policía que murió unos meses antes de su regreso a Vancouver. Fueron compañeros durante un tiempo y Carl Preston, el fallecido, había sido una persona muy importante para él. No podía decir que no. Spencer era su amigo, en el más amplio sentido de la palabra. Sabía que él haría lo que fuera si Andrew le necesitaba. Eso era amistad.

Y amor, porque a un amigo se le quiere.

Al regresar, se topó con la sorpresa inesperada: Hannah había decidido de manera unilateral poner fin a su relación. No le dio motivos contundentes. Todo se basaba en meras suposiciones que representaban una sarta de mentiras. Estaba convencida de que él le había sido infiel. Tuvo la sensación de que no eran más que excusas. No le sirvió de nada justificarse y contraargumentar lo que ella le explicaba. Había tomado la decisión y no había marcha atrás.

Ahora Andrew se debatía entre empezar a olvidarla o averiguar qué había provocado en realidad la ruptura, porque intuía que había algo detrás que no le gustaría descubrir. Justo antes de que se marchara a Calgary, ella

le confesó unos sentimientos que, según le dijo, nunca había sentido por nadie antes. Era la primera vez que se enamoraba. Si era así, ¿cómo podía haberse olvidado tan rápido? ¿Qué sucedió realmente en su ausencia?

Definitivamente, estaba de mal humor. Tal vez porque él también la quería mucho más de lo que se atrevió a confesarle. O de lo que se atrevía a confesarse a sí mismo. Desde que abandonó a Melissa, su prometida, justo antes de trasladarse de Toronto a Vancouver, no quiso enredarse en ninguna relación. Pero con Hannah no supo resistirse, a pesar de que siempre pensó que liarse con la hija de tu jefe era lo más parecido a un suicidio profesional.

Volvía a la casilla de salida, pero ahora dolido.

Hacía mucho que no sufría por estar enamorado.

Le llevaría un tiempo sanar esa herida, volverla a cerrar y dejar que cicatrizara.

Lo lograría.

Solo necesitaba tiempo.

Distancia.

Y determinación para recomponerse.

Sería difícil, pero lo lograría.

El amor es un sentimiento poderoso.

El amor puede dejar heridas permanentes.

Capítulo 2

Puente de Capilano

Llevaban mucho tiempo deseando ir a ese lugar. Para Somerset era un deseo que tenía desde hacía tiempo. Estuvo allí cuando era pequeño con su familia. No había vuelto desde entonces. Convenció a Brenda para que lo visitaran ese fin de semana. Habría turistas, tal y como era habitual, pero tal vez menos de los que lo abarrotaban cuando comenzaba la temporada de verano. Ahora ya se encontraban en torno a la mitad de la época estival.

La entrada era un poco cara y no podía permitirse muchos excesos, pero como ambos todavía estaban estudiando, les saldría más económica gracias a los descuentos que había para los universitarios. Tenía pensado algo especial para ella. Llevaban ya tres años de relación y las cosas entre ellos iban viento en popa. A pesar de lo jóvenes que eran, poco más de veinte años, habían hablado en muchas ocasiones de planes de futuro. Los dos parecían ir en la misma dirección y tener las ideas bastante claras. Por eso se decidió a dar ese paso.

No sabía cómo podría reaccionar, pero esperaba que bien. Había pensado pedirle matrimonio en el puente suspendido más largo que había en el parque. Era un poco arriesgado, pero le parecía emocionante. Algo imborrable. Pondría en su móvil su canción favorita, esa que escuchaban en bucle desde que se conocieron. *Shallow* solía erizarles el vello de pura emoción, especialmente cuando se miraban a los ojos. Quizá se identificaran en cierta medida con lo que contaba la canción, lo que la dotaba de un significado poderoso para ambos.

Somerset tuvo varias novias en la época del instituto, pero fue Brenda la que sin duda robó su corazón desde el primer momento en que la

vio.

Siempre supo que la quería a su lado. Fue de esa clase de cosas que tienes claras sin necesitar motivos ni razones.

Por todo ello, estaba muy nervioso ese día.

Un flan a su lado era una firme obra de ingeniería.

—¿Pero qué te pasa, cariño? En lugar del carné de la universidad le has enseñado la tarjeta de tu seguro de salud —dijo Brenda sin poder parar de reírse por lo absurda que le había parecido la situación, especialmente viendo la cara del chico que les atendió en la taquilla. Somerset seguía con un color de piel rojo amapola, especialmente porque la gente de detrás en la fila también se había dado cuenta de lo absurdo de la situación. Si querían pasar desapercibidos, desde luego no iban a lograrlo ese día.

—Nada, nada. Déjame en paz y no te rías de mí, por favor. Bastante ridículo he hecho ya —le rogó, aunque sabía que sería inútil, porque cuando su chica rompía a reír iba para largo—. Anda, vamos, y coge el poncho para la lluvia que está el día que va a empezar a caer agua de un momento a otro.

Hemos escogido una de las peores jornadas del verano para venir.

Y aquel fue otro instante para carcajearse, cuando Somerset intentaba ponerse aquel chubasquero verde con la publicidad del parque sin éxito. Le parecía increíble que, con lo inteligente que era, fuera también tan patoso para según que cosas.

Tal y como predijo, no había tantos visitantes como era de esperar. Tal vez ese día nublado que amenazaba lluvia había desanimado a algunos. A él le daba igual. Solo esperaba que no se le cayera el anillo cuando intentase arrodillarse en aquel puente tan inestable. En realidad, ahora que lo pensaba bien, se le ocurrían a veces unas ideas que no tenían ni pies ni cabeza.

Seguro que habría mil formas mejores que aquella. Pero ya que estaban allí, tenía que seguir con lo planeado.

Y así lo hizo.

Se adelantó a la chica para cruzar y, cuando estaba ya a la mitad, suspendido sobre aquel paraíso natural tan próximo a Vancouver, se arrodilló, sacó el anillo y le pidió que se casara con él cuando

terminasen los estudios. Brenda se quedó boquiabierta y no pudo hacer otra cosa que llevarse las manos a la boca, lo que hizo que se tambaleara ligeramente y tuviera que agarrase rápidamente al pasamanos.

La gente que les vio, rompió a aplaudir y a corear el clásico “que se besen”, cosa que hicieron sin ningún pudor, aunque el bamboleo del puente les recordó que más valdría que no se entretuvieran demasiado y cruzaran al otro lado.

Disfrutaron muchísimo de aquel mágico lugar con puentes y cabañas entre los árboles y, antes de salir, Somerset invitó a su prometida a cenar en el precioso restaurante que había allí con unas vistas privilegiadas.

Se hizo tarde.

Quizá demasiado.

Alguien les esperaba a la salida agazapado entre las sombras.

Capítulo 3

Vamos allá

Spencer le llamó por teléfono. Andrew no tenía muchas ganas de contestar.

Seguro que le preguntaría qué tal le había ido el reencuentro con su chica.

Con lo cotilla que era, le pediría hasta detalles que por supuesto él en ninguna circunstancia le daba. Pero en aquella ocasión, le apetecía todavía menos contarle nada. Ya lo haría llegado el momento.

Tampoco comprendía por qué lo llamaba. Se verían en un rato en la oficina. Miró su reloj. Iba bien de hora. «¡Qué pesado es!», pensó, debido al mal humor que se gastaba aquella mañana. En realidad, adoraba a Spencer, pero aquel día estaba para pocas bromas.

Respondió finalmente. Sabía que, si no lo hacía, insistiría hasta la saciedad. Mejor terminar con aquello cuanto antes.

—¿Dónde estás, rubito? —preguntó, sin saludar siquiera.

—A punto de salir de casa para ir al trabajo. Ya veo que es demasiado para ti que estemos una noche separados. Me estoy planteando

denunciarte por acoso.

—¡Pero qué zopenco engreído eres! Algún día te meteré mano de verdad y entonces se te van a acabar las ganas de hacer bromitas.

—No, por favor. Prefiero restregarme con un estropajo a que me rocen tus rudas manos de orangután.

—¡Serás cabronazo! Pues me echo crema todos los días, que lo sepas.

Tengo la piel bien suave —se defendió el detective moreno cuyos rasgos tanto recordaban al actor Jason Momoa. Su constitución física tenía un parecido innegable con la del artista.

—Estupendo, cualquier día te llamarán para ser modelo de anuncio de garras. Y si lo dices para seducirme, será mejor que sepas que no funciona.

Spencer rompió a reír de esa forma casi grotesca que era habitual en él, lo que hizo que Andrew alejara el teléfono de su oreja todo lo que su brazo le permitía.

No era suficiente.

Posiblemente le estaban escuchando en ese preciso instante hasta en Granville Island.

—¿Qué pasa? ¿Para qué me llamabas? —le preguntó, cuando por fin terminó con su estallido de risa.

—No vengas a la oficina. Tenemos un caso. Han encontrado a una pareja asesinada en su coche en el *parking* del Capilano. Ve directo para allá, será lo más rápido.

—¿En serio? ¿En el Capilano? —preguntó el detective rubio, sin acabarse de creer que aquello fuera verdad. Le parecía que era como profanar un lugar sagrado.

—Sí y sí —respondió Tracy de manera escueta.

—¡No me jodas!

—No tendrás tanta suerte. Te veo en un rato, cara pocha.

Andrew se quedó descolocado. Era un lugar extraño. En aquella época estaba bastante concurrido. Resultaba difícil que no hubiera testigos.

Esperaba que fuera así y pudieran identificar pronto al homicida.

Era demasiado temprano para especular.

Cogió las llaves del coche y salió por la puerta.

No había tiempo que perder.

Necesitaba tener la mente ocupada para no pensar en Hannah. Desde luego, aquella podía ser una buena distracción.

Capítulo 4

Melodía

Fue el último en llegar al escenario. Seguro que el jefe Petrus lo esgrimiría en algún momento como una razón en su contra. Sin embargo, no había podido llegar antes. Desde el lugar donde vivía había una buena tirada y el tráfico no le había ayudado precisamente.

La zona estaba debidamente señalizada con el cordón policial. Las luces destellantes de los coches patrulla relampagueaban cubriendo el aire de un ambiente casi irreal. Había amanecido un día gris y con ganas de lluvia, aunque iba aguantando por el momento.

Al parecer, por lo que apreció Andrew en la distancia y según le contó el propio Spencer, los cuerpos inertes de la pareja descansaban en el interior del vehículo. Un ramalazo de rabia le recorrió de pies a cabeza. ¿Por qué algunos se sentían con el derecho de cercenar la vida de otros? Como defendía Thomas Hobbes basándose en la antigua locución latina « *homo homini lupus*», “el hombre es un lobo para el hombre”.

Cuando estuvo a la altura de la cinta policial, el agente que estaba allí apostado le facilitó el acceso al reconocerle, aunque Andrew de todos modos le mostró su placa. La zona estaba atestada de agentes. Por un lado, la policía judicial se había personado en el escenario, pero también los de la científica estaban procediendo a marcar y catalogar los posibles indicios. La forense, Sheila Martins, se encontraba junto al cadáver que estaba ubicado en el asiento del copiloto.

—¡Pero mira quién tenemos aquí! —se hizo notar Spencer en cuanto vio llegar a su compañero—. Si Ricitos de Oro ha llegado a la ciudad.

—¿Desde cuándo tengo yo el pelo rizado, majadero?

Andrew se dio cuenta de que Adrian Petrus miraba en ese instante hacia donde se encontraba. «Gracias, Spence, por darle la oportunidad al piraña del jefe de que se dé cuenta de que acabo de llegar», pensó con cierta rabia.

Su humor todavía no tenía visos de empezar a mejorar.

El agente rubio observó el escenario. Era el único turismo en el *parking* del recinto, el cual se encontraba al otro lado de la carretera. La pareja debió entretenerse más de la cuenta. Tal vez alguien les esperaba o, por el contrario, divisó el coche de la pareja al acercarse por la carretera, aunque eso, *a priori*, tenía menos sentido. Demasiado pronto para especular.

Una vez que ya estaba a una distancia prudencial observó que en el lado del conductor había un joven al cual habían asesinado de un disparo a bocajarro en la sien. Posiblemente la acompañante estuviera cubierta de salpicaduras tras la detonación a tan corta distancia. Era evidente que lo habían hecho con la ventanilla bajada, pues no había restos de cristales. El día anterior llovió casi todo el día, así que no parecía probable que la hubiera bajado sin más. Tal vez lo hizo cuando el asesino se acercó, aunque eso no parecía tener mucho sentido, salvo que le conociera o no le resultara amenazador.

Entonces se dirigió al otro lado del vehículo. Ahí la cosa cambiaba.

Había una chica sentada con múltiples cuchilladas en el abdomen. La forma de matar a cada uno eran muy diferentes, mucho más personal la de la mujer. Denotaba más saña, también.

«El Asesino del Zodiaco», pensó Andrew extrañamente. En realidad, el *modus operand* i no coincidía exactamente con este, pero el hecho de que hubiera una pareja muerta dentro de su coche hizo que estableciera esa conexión. Cuando estudió criminología, aquel fue uno de los asesinos en serie que estudiaron con detenimiento. Había muchos en la historia que supusieron un punto de inflexión y que eran materia obligatoria de estudio en aquella carrera. BTK, Charles Mason, Jeffrey Dahmer, Ted Bundy, Ed Kemper y, por supuesto, Jack el Destripador, eran algunos de los que no podían faltar y cuyo análisis pormenorizado había proporcionado mucha información útil sobre la que basar algunas investigaciones todavía en la actualidad.

Como hacía el Asesino del Zodiaco, el homicida primero había disparado al hombre, eso era evidente, y luego fue a por la chica. Lo sabía por dos motivos. El primero, porque si hubiera sido al contrario,

mientras el criminal acuchillaba a la mujer, el acompañante habría tenido tiempo de huir. El segundo, porque igual que hacía el renombrado criminal, eliminaba en primera instancia al elemento que le resultaba más amenazador.

Sonaba en el equipo del coche una melodía que reconoció enseguida. Se trataba de *Shallow*, de Lady Gaga y Bradley Cooper. Eran los últimos

acordes de la canción. Andrew esperaba que comenzase otra diferente a continuación. Era lo lógico. Pero cuando se suponía que debía suceder tal cosa, volvió a comenzar la misma. Aquello le pareció extraño.

—¿Está sonando en bucle esta canción? —preguntó Andrew intrigado.

—Eso parece. Ya la hemos escuchado unas cien veces desde que llegamos aquí —exageró uno de sus compañeros.

El detective rubio presintió que aquello no era casualidad. Volvía a adelantarse a los acontecimientos. Se reprendió internamente. Tal vez su estado de ánimo no jugaba a su favor. No debía anticiparse a las pruebas.

Se le ocurrió que tendrían que revisar el móvil de los jóvenes, puesto que en la pantalla del salpicadero del coche se veía que estaba conectado el AppleCar. Era poco probable que el asesino hubiera dejado sus huellas en alguno de los teléfonos o en la pantalla del coche, pero debían considerarlo por si acaso así fuera. Sería un error de principiante, pero cosas más raras se habían visto. No sabían todavía si estaban ante su primer crimen. Si así fuera, no era descabellado que se encontrasen algún cabo suelto que jugase en favor de la investigación.

—La manera en la que ha asesinado a uno y a otro son radicalmente distintas —comentó Andrew, poniendo de relieve lo obvio.

—Sí, desde luego. Con la chica se ha ensañado el muy cabrón —

respondió Spencer con asco, mientras miraba el lamentable aspecto que tenía la joven.

—Eso ya nos puede estar diciendo que estamos ante un misógino o ante alguien que tiene algún problema con las mujeres.

—Como mínimo, con una —puntualizó el moreno refiriéndose a la

víctima, a lo que el otro asintió.

—¿Se sabe cuántas puñaladas le dio? —le preguntó Andrew a la forense.

—He contado trece. Pero solo he hecho un examen preliminar. Podría haber más en los miembros inferiores o en la espalda.

El detective volvió a pensar en el Asesino del Zodiaco. Ese aspecto tampoco cuadraba. En su primer homicidio, le asestó cinco disparos por la espalda a la joven cuando esta trataba de huir.

—¿Puedes decirnos ya aproximadamente la hora de la muerte? —

preguntó Davis con genuina curiosidad.

—Estimo que entre las ocho y las diez de la tarde de ayer, pero os diré algo más preciso cuando les examine a fondo en la sala de autopsias.

—La chica debió intentar salir cuando el asesino disparó a su acompañante —reflexionó Spencer, casi leyendo la mente de su compañero

—. No tiene sentido que se quedara dentro a esperar que la sentenciara igual que a su acompañante, salvo que se quedara paralizada por el miedo.

—Bueno, tal vez intentara huir pero, si la amenazó con la pistola, igual la hizo retroceder y volver a meterse en el coche —sugirió la forense, aunque aquello no fuera de su competencia.

—Habrá que buscar alguna bala perdida, por si acaso la disparó para que viera que su advertencia iba en serio —se le ocurrió a Andrew.

—Es posible. Sin embargo, no hemos encontrado ni siquiera el casquillo del disparo que mató al joven —le respondió Spencer.

—Tal vez cuando saquemos los cuerpos del coche y lo llevemos al laboratorio, sí lo encontremos. Puede haber terminado escondido en cualquier parte del vehículo —reflexionó el rubio, aunque le parecía plausible que hubiera caído en el asfalto y el homicida lo recogiese antes de irse. Eso también denotaba cierto control. Si estaban en lo cierto, no salió corriendo al terminar la ejecución, sino que se encargó de eliminar aquello que pudiese incriminarle.

—Habrá que esperar entonces a ver si tenemos suerte —claudicó

Tracy.

Andrew miraba a su alrededor con las manos en las caderas, mientras intentaba imaginar cómo se había producido el suceso. Pero todavía le faltaban demasiados datos para hacerse una composición de lugar.

—¿Alguien ha hablado ya con el personal del parque? —preguntó entonces.

—No, aún no. Solo le hemos hecho algunas preguntas al hombre que encontró los cadáveres. Es un técnico de mantenimiento y tenía aviso de pasar antes de la apertura, puesto que había algún problema con una de las puertas, según nos ha contado —explicó Spencer, quien sin duda había hecho sus deberes antes de que llegara su compañero.

—Tal vez cuando conversemos con el personal podamos averiguar si los chicos estuvieron dentro o solo vinieron con el coche hasta el *parking* después de la hora del cierre —sugirió el rubio.

—Eso queda esclarecido —dijo un joven agente, que les había escuchado hablar y se decidió a intervenir.

—¿A qué te refieres, Dom? —preguntó Spencer intrigado.

—A esto —respondió mostrándoles los dos chubasqueros verdes en los que figuraba la publicidad del Capilano Suspension Bridge Park—. Ayer

llovió, así que seguro que se los entregaron a todos los visitantes. Al menos, cuando yo vine con mi novia, nos los dieron. Estos estaban en el maletero.

—Perfecto. Pues si estuvieron dentro, ahora tenemos que hablar con la gente que estuvo ayer aquí e interrogarles para saber si les vieron y les llamó algo la atención con relación a estos jóvenes. Es posible que alguien les recuerde —expuso Andrew.

—Improbable, pero no imposible, desde luego —dudó Tracy.

—¿Por qué lo ves improbable?

—Porque la gente va a su rollo, Andy. No se anda fijando en los demás.

—Bueno, hay de todo, ¿sabes? —puso en duda.

—Sí, claro que lo hay, pero la mayoría lleva la nariz metida en sus

móviles. No es la primera vez que hablamos de esto —le recordó el detective de la barba y pelo largo—. Pero bueno, independientemente de lo que queramos pensar cada uno, desde luego que habrá que interrogar a todos los posibles testigos.

—Y también pedirles los registros de ayer para intentar averiguar las personas que visitaron el parque —continuó Davis—. Al menos localizaremos a los que hicieron el pago con tarjeta de crédito.

—Imagino que sería la mayoría. Y más hoy en día con los dispositivos electrónicos.

—Bueno, no te creas. Te sorprendería saber cuánta gente es reacia a hacerlo y prefiere el dinero contante y sonante —rebatió esta vez el rubio.

Spencer decidió no entrar a debatir ese tema. Le daba la impresión de que su compañero no estaba del mejor humor y que venía con ganas de discutir.

Parecía el espíritu de la contradicción.

De fondo, *Shallow* seguía escuchándose, una y otra vez.

—¿Por qué estará puesta esta canción? —preguntó Andrew en voz alta

—. Spence, ¿crees que la dejaría puesta el asesino?

—No sé qué decir. Es una posibilidad, pero también puede que los chicos la tuvieran puesta y se activase la reproducción en bucle de algún modo casual.

El detective rubio se quedó mirándole mientras reflexionaba unos instantes. Respiró hondo, intentando lograr mayor claridad mental.

—Me da que no. Parece demasiado rocambolesco. Tal vez la canción tenga un significado.

—Si es así, no dudes que lo averiguaremos —declaró con total seguridad Tracy.

Capítulo 5

Motivos

El análisis del escenario del crimen iba para largo. Debían buscar huellas de neumáticos, por si hubiera aparcado algún coche cerca del

de la pareja después de que se vaciara el *parking* y hubiese dejado algún rastro. No sería algo sencillo, debido especialmente a la lluvia caída durante la noche, ni tampoco tenían la seguridad de poder identificarlas, pero no podían dejar nada fuera de foco.

También debían estudiar las posibles rutas de acceso y salida, tanto a pie como en algún medio de transporte. Otras tareas a llevar a cabo eran localizar los posibles casquillos de bala, si había huellas de pisadas cerca de las víctimas, rastros de ADN y también huellas digitales, así como todo aquello que pudiera constituir una prueba del delito o un indicio viable.

Además de todo eso, tendrían que analizar a las víctimas con minuciosidad y el interior del coche. La forense y su equipo de apoyo no tardarían ya mucho más en proceder al levantamiento de los cadáveres para trasladarlos y poder practicarles la autopsia lo antes posible. Un delito de ese calibre era prioritario. Vancouver no era una ciudad habituada a grandes crímenes, aunque en los últimos meses hubieran visto cosas inimaginables tiempo atrás en la tranquila y plácida ciudad de la Columbia Británica.

Por desgracia, este *parking* se encontraba situado al otro lado de la carretera de la entrada principal y no tenía cámaras. No era desatinado pensar que el asesino lo supiera. Si así era, posiblemente habría tomado las precauciones debidas para no ser detectado. No obstante, los policías confiaban en que, en las grabaciones del parque y de la entrada principal, encontrasen alguna imagen que pudieran emplear y que fuera de ayuda en la investigación. Tal vez, gracias a su ubicación, se pudiera apreciar si llegó algún vehículo fuera de hora, cuando el resto de la gente ya se había marchado y el parque hubiese cerrado sus puertas. En aquellos instantes iniciales de la investigación, era importante recabar todos los datos

posibles. Ya habría tiempo de hacer la criba para determinar qué era relevante y qué accesorio.

Andrew y Spencer continuaban analizando toda la información que iba surgiendo con el análisis detallado del escenario y de las víctimas. Los chicos llevaban identificación, él en la cartera que estaba en el bolsillo de sus vaqueros y la joven dentro de una pequeña mochila. Ella era Brenda Sullivan y el chico se llamaba Somerset Tucker. Ambos portaban su carné universitario. Los dos, desde luego, eran demasiado jóvenes para morir.

—¡Qué putada, tío! En la flor de la vida. Estas cosas siempre me

revuelven el estómago —comentó Spencer enfatizando el enfado que aquello le producía.

—Tenían veintidós y veintiún años respectivamente —señaló Andrew, que seguía revisando la documentación que tenían consigo.

El moreno suspiró.

—A eso me refiero. Les quedaba tanto por vivir.

—Lo sé —dijo cabizbajo el rubio. No podía dejarse llevar por las emociones aquel día. Estaba demasiado sensible. Debía ser más aséptico.

Entonces frunció el ceño. Un pensamiento le pasó por la cabeza—. ¿Por qué crees que les han matado? ¿Qué motivo podría tener el asesino?

—No lo sé, la verdad. Es muy pronto para lanzar una hipótesis, Andy.

—Atrévete a decir algo. No seas cagueta —le retó.

Spencer a pesar de que su carácter hiciera pensar lo contrario, era bastante reflexivo y moderado en lo tocante con la investigación de los casos. No le gustaba adelantarse a los hechos ni a las pruebas, aunque no fuera inmune al influjo de sus propios prejuicios y teorías preconcebidas.

Sin embargo, tampoco le disgustaba totalmente hacer de vez en cuando un ejercicio de imaginación y lanzar conjeturas basándose en sus primeras impresiones.

—Lo primero que pienso es que esto no ha sido premeditado. Me explico. Me cuesta creer que alguien les siguiera hasta aquí para matarlos.

Resulta un tanto enrevesado —explicó, observando la expresión de su compañero—. Creo que los chicos se encontraban en el lugar equivocado y a la hora equivocada.

—Aún así, ¿por qué ellos? ¿Por qué no una pareja mayor o un grupo de amigos? ¿Por qué no alguien que fuera solo? Eso le facilitaría cometer el homicidio. No tendría que controlar dos elementos, sino que sería uno contra uno, con la ventaja de disponer de un arma de fuego.

El moreno le miró pensando en que demostraba demasiado ímpetu, como si le fuera la vida en ello. Tuvo la sensación de que algo le pasaba.

—Andy, no creo que fueran el objetivo. Simplemente le cuadraron bien al sujeto. Vio la oportunidad y se los cargó.

—¿Y por qué lo hizo? —insistió el rubio.

—Porque estaba pirado, como todos los putos psicópatas que van por ahí matando gente. ¡Joder! ¿Qué quieres que te diga? —le respondió frustrado.

—No lo sé. Es que a mí me han recordado algo, pero la realidad es que no cuadran todos los elementos.

—¿No estarás pensando en el Asesino del Zodiaco? —cuestionó Spencer, a quien también se le había pasado la idea por la cabeza.

—¿Tú también lo has pensado? —preguntó ahora asombrado Andrew de que ambos hubiera realizado la misma conexión.

—No, rubito, ni mucho menos —lo negó—. Este asesinato no cuadra con el del Zodiaco. No creo que estemos ante un imitador, aunque obviamente sí vea algunas semejanzas.

—Bueno, también mataba parejas, ¿no?

—Vale, aunque no en todas las ocasiones. Y dime una cosa, ¿acaso ha sido el único en la historia que lo ha hecho?

—Ya sé que no, Spence, pero no es la victimología más frecuente. Igual que no es común matar familias enteras, aunque haya habido varios asesinos en la historia reciente que lo hayan hecho. Sus dos primeras víctimas han sido una pareja dentro de su coche, al igual que en el caso del Asesino del Zodiaco.

—No sabemos si son sus primeras víctimas. Eso para empezar.

—¿Qué?

—Lo que has oído. Que no deberíamos dar por sentado que son sus primeras víctimas. Te estás adelantando demasiado. Creo que deberías pisar el pedal del freno, colega.

El rubio se quedó pensando en ello. Tenía razón.

Respiró hondo. Era hora de tomarse las cosas con más calma.

—Además —continuó el moreno—, de momento, no hay carta a los medios, ni un código que descifrar y, por si esto fuera poco, a sus primeras víctimas no las mató exactamente igual. En nuestro caso, a la chica le ha asestado trece puñaladas, mientras que a la de 1968 le disparó cinco veces por la espalda cuando intentaba huir.

—Luego me dices a mí que soy un listillo. Ya veo que tú te lo sabes todo. ¿Quién es la enciclopedia ahora? —bromeó con una amplia sonrisa en el rostro.

—A ver, chaval, en primer lugar, es un caso del que se han hecho películas de todo tipo. Estoy seguro de que a cualquiera que le preguntes por la calle ha oído hablar alguna vez en su vida del Asesino del Zodiaco. Y

en segundo lugar, ¿quién que trabaje en lo nuestro no ha estudiado ese caso? Especialmente después de que en 2003 se demostrase que las huellas no coincidían con las del hombre que condenaron. Pasarán los años y se seguirá hablando de ese sádico.

El más joven se frotó los ojos. Debía quitarse esa teoría de la cabeza.

Sin quererlo, se había dejado influenciar por su hipótesis inicial y sabía que eso era un error. Debía permitir que las pruebas hablasen. Tenía que dejar las cosas reposar. Aun así, insistió en su pregunta. No podía dejarlo estar sin más. Su mente inquieta no se lo permitía.

—¿Tú por qué crees que los han matado, Spence?

—¿Otra vez? ¿En serio? —preguntó mirándole con cara de estar alucinando—. No lo sé, colega. Y déjame en paz, anda, que tenemos mucho trabajo aquí como para estar especulando sin más. Hay que ver lo pesadito que te llegas a poner a veces.

—Una última cosa.

Spencer puso los ojos en blanco. Estaba claro que ese día estaba preguntón.

—¿Qué?

—¿Por qué esa canción y no otra?

—¿Me estás tomando el pelo? ¿Acaso piensas que soy adivino?

—No, Spencer, pero es una canción de amor y acaba de matar a una pareja. Puede que sea la firma del asesino y todavía no lo sepamos. Tal vez su mensaje esté en la letra de la canción.

El moreno le miró esta vez intrigado. A él también le había llamado la atención que no dejase de sonar esa melodía. No dejaba de ser parte de la banda sonora de una película que contaba una historia de amor que no terminaba precisamente bien.

Capítulo 6

Entrevistas

Los trabajadores ya estaban allí, en la entrada del famoso parque de Capilano. Algunos ya se encontraban de camino cuando la policía los llamó por teléfono y otros habían llegado incluso antes. Todos se hallaban por igual confundidos. Nunca había pasado algo semejante en aquel lugar.

Resultaba absolutamente aterrador. No comprendían cómo podía haberse perpetrado un crimen de esas características tan cerca de su lugar de trabajo.

Eso nos pasa con los sitios que nos resultan familiares, seguros. Cuando un suceso como ese irrumpe en nuestras vidas, nos arrebata nuestro espacio porque quiebra la inviolabilidad que le hemos atribuido y nos hace sentirnos desvalidos y atemorizados. Nos hace pensar que podría habernos pasado a cualquiera y nos mete el miedo en el cuerpo. Esa sensación incómoda, sin duda, tarda en disiparse más de lo que nos gustaría.

—Empezaremos por el joven que estaba en la taquilla, a ver si les recuerda —sugirió Tracy.

—Me parece buena idea.

Los dos policías se acercaron hacia la carpa que se había instalado en el escenario. Allí aguardaban los empleados de las instalaciones del parque.

Llamaron al joven para que se acercara.

—Buenos días, somos los detectives Spencer Tracy y Andrew Davis. Tú eres Samuel Peterson, ¿me equivoco? —consultó el moreno en su pequeña libreta, donde había escrito los datos que le parecían más relevantes.

—Así es señor.

Andrew había hecho una foto de las imágenes que aparecían en los documentos de identificación de los jóvenes. Se las enseñó al chico.

—¿Te suena haberlos visto ayer en el parque?

El joven se llevó la mano a la boca impresionado, puesto que los recordaba perfectamente. Resultaba difícil olvidarlos.

—¡Oh, Dios mío! ¡Claro que los recuerdo! El chico estaba muy nervioso.

Spencer y Andrew se miraron. Aquello les puso sobre una posible pista.

Sospecharon que tal vez el chico sabía que se encontraba en apuros. No tardarían demasiado en darse cuenta de su error.

—¿Por qué crees que estaba nervioso? ¿Comentó algo que te pusiera en alerta? —indagó Tracy.

—¿Qué? —preguntó momentáneamente despistado, hasta que se dio cuenta de la confusión derivada de su comentario—. No. Bueno, no lo sé, señor. Quiero decir que no sé por qué motivo estaba nervioso y que no hubo nada que me pusiera en alerta. Lo comento por algo diferente. En lugar de enseñarme el carné universitario para que le aplicara el descuento, me mostró la tarjeta de su seguro sanitario y se puso muy rojo cuando se dio cuenta de su equivocación. La verdad es que me pareció muy gracioso. La chica no paraba de reírse también por la metedura de pata de su novio. Él no cesaba de disculparse de todos los modos posibles.

—¿Cómo estás tan seguro de que era su novio? —cuestionó ahora Davis.

—Bueno, lo parecían, desde luego, por la forma en la que se miraban y porque estaban en actitud cariñosa, ya saben lo que digo.

—¿Recuerdas a qué hora llegaron? —trató de descubrir el detective moreno.

—No exactamente, pero juraría que ya por la tarde. Quizá tres horas antes de que cerrara el parque.

Continuaron haciéndole preguntas rutinarias pero no sacaron más

información. Otro de los empleados de la entrada también les recordaba porque, cuando les entregó los ponchos para protegerse de la lluvia, el chico se hizo un lío tremendo para ponérselo. También le pareció que estaba nervioso.

Desde luego, aunque hubiera sido de manera involuntaria, la pareja se hizo notar.

Hablaron con otros empleados y les resultó curioso que casi todos recordaran a los chicos. Daba la impresión de que no habían pasado desapercibidos para nadie. Entonces, una chica les explicó el motivo por el cual habían llamado la atención de todos.

—El chaval le pidió matrimonio en medio del puente colgante más largo, así que les aseguro que debieron verles todos los visitantes que estaban por aquí a esa hora. Y los que no lo hicieron, seguro que se enteraron igualmente. Algo así no sucede todos los días, la verdad.

A Andrew este dato le llamó poderosamente la atención. Le parecía que, unido con la canción, era un hecho relevante. El joven le había declarado su amor a su chica delante de todas las personas congregadas en el Capilano en aquel instante.

—¿Cómo podríamos saber a qué hora se fueron de aquí? —le preguntó Andrew.

—Supongo que igual pueden verlo en las grabaciones. Hablen con el de seguridad y se lo mostrará.

—Sí, eso haremos. Era solo por si alguien les había visto salir —

puntualizó Davis.

—Estuvieron cenando en el restaurante —comentó un chico de pronto.

No estaba demasiado lejos y había oído la conversación—. Yo trabajo allí.

Fueron los últimos en irse.

—¿Sabrías a qué hora aproximada? —continuó indagando el policía más joven.

—Más o menos. Verán, el restaurante cierra a las siete de la tarde, pero solo permitimos que la gente coja mesa hasta las seis, puesto que

más tarde, entre que les tomamos nota y se les sirve la comida, puede pasar un rato, ya que suele estar bastante lleno. Yo diría que se marcharon a las siete y media o incluso un poco después de esa hora. Les dejamos como una excepción allí mientras recogíamos. Nos contaron que era un día muy especial porque acababan de prometerse en el parque.

El detective Davis estaba pensando en aquel instante que aquella pareja había llamado la atención de muchos y de diferentes maneras a lo largo de su estancia allí. Era fácil que el asesino se hubiera fijado en ellos, puesto que desde luego no se habían esforzado ni lo más mínimo en pasar desapercibidos. Sin saberlo, quizá se hubieran colocado ellos mismos una diana en el pecho. Tenía que comentar esto con su compañero.

—Muchas gracias —le dijo Spencer—. Nos has ayudado mucho.

Los dos policías se alejaron caminando de la carpa hacia el escenario nuevamente. Acto seguido, procurarían hablar con el responsable de seguridad del parque, por si podían visualizar la grabación de aquel día.

Esperaban que aquello no se demorase demasiado, ya que podía resultar clave.

—¿A ti no te parece curioso que esos chicos hayan muerto después de ser el centro de las miradas ahí dentro? —preguntó Andrew, señalando hacia donde se situaba la entrada del parque de Capilano.

—No es curioso, creo que ese es precisamente el motivo por el cual les han asesinado. Igual estoy yendo muy lejos al decirlo, Andy, pero tengo la impresión de que estos chicos no eran un objetivo, sino que se han convertido en uno por…

—Su demostración pública de amor —le interrumpió el rubio.

—¿Qué? No es eso lo que iba a decir, pero supongo que también puede ser eso.

—Luego está la canción que no cesa de sonar dentro del coche. Solo tienes que fijarte mínimamente en la letra. Es una canción de amor, de redención y de salvación, pero también habla de la vulnerabilidad y de una lucha interna entre la autenticidad y el miedo a la exposición pública. Y

nuestros amantes hoy se han expuesto a la vista de todos. No me

extrañaría nada que haya algún vídeo circulando en la red.

—Espero que no. Si es así, ya verás cuando la gente se entere de que han sido asesinados. Podemos convertirnos en el punto de mira de millones de personas.

Andrew suspiró. No iba a ser fácil llevar ese caso de manera discreta si así era.

Por desgracia, aquel vídeo ya se había hecho viral.

Capítulo 7

Grabaciones

El responsable de la seguridad del Capilano Suspension Bridge Park se mostró muy complaciente con los detectives cuando estos se dirigieron a hablar con él. Al parecer, Petrus había sido muy diligente, puesto que se encargó de hablar con el gerente de forma inmediata y pedirle colaboración.

Debió ser muy persuasivo, porque sin duda logró evitar tener que acudir a los juzgados, algo que ralentizaría la investigación cuando menos.

A cambio, le aseguró que se encargaría personalmente de que el parque estuviera el mínimo tiempo posible cerrado. No obstante, era lo suyo, teniendo en cuenta que el *parking* era el escenario del crimen y ambos espacios estaban separados por la carretera. El inconveniente sería dónde podrían encontrar un lugar para aparcar los inminentes visitantes, puesto que hasta que no hubieran peinado debidamente esa zona, no levantarían el cordón policial.

—Señor Thompson, muchas gracias por su ayuda —comentó Andrew con sincera amabilidad. Siempre es de agradecer la cooperación.

—Bueno, no me las den todavía hasta que hayamos revisado el circuito cerrado de televisión —respondió con una amplia sonrisa. Parecía un hombre cercano y con sinceras ganas de ayudar.

A Spencer le resultó un poco pedante que se refiriera de ese modo a las grabaciones de las cámaras del parque, como si así se diera importancia. No obstante, no era incorrecto hacerlo así, ni mucho menos. Tal vez solo quería sonar más profesional delante de ellos y ganar puntos ante los agentes.

Les acompañó a una pequeña cabaña que estaba muy próxima a la caseta en la que se expendían los tickets de entrada. El aspecto exterior, desde luego, encajaba a la perfección con la ambientación del lugar. Estaba hecha con troncos de árboles similares a los que se encontraban esparcidos por el parque. Por dentro, ya era otra historia. A pesar de que mantenía cierto aire rústico, era evidente el pragmatismo y funcionalidad de la estancia. Los monitores ocupaban una de las paredes por completo y, bajo

ellos, una amplia consola con los mandos acompañaba a una silla de ruedas de aspecto relativamente cómodo.

—¿Es usted el único responsable de seguridad del parque? —preguntó con escepticismo el policía moreno. Parecía demasiado trabajo para una sola persona. Cada día, especialmente en la temporada estival, se acercaban hasta allí muchos visitantes.

—No. En realidad, lo gestionamos entre mi compañero y yo principalmente, pero lleva enfermo desde ayer y no han podido enviar a nadie a sustituirle. Nos vamos turnando, uno se queda aquí dentro revisando los monitores y el otro pasea por las instalaciones. Nos parece lo más adecuado, para mantenernos los dos activos, no sé si me entienden —

expresó, aclarando, entre otras cosas, sus funciones al apreciar lo que consideró gestos de extrañeza en los agentes. Estaba seguro de que pensaban que eran muy poco personal para un sitio tan grande.

—Le comprendemos perfectamente, no se preocupe —expresó Davis.

El vigilante asintió con una leve sonrisa.

—Los días de más afluencia nos mandan algún refuerzo más, pero no es lo común No les voy a engañar, aquí no suele pasar nada. La gente viene a pasar un rato agradable y no a buscar problemas. En alguna ocasión le hemos tenido que llamar la atención a algún grupo por hacer algo indebido, pero es muy infrecuente. Además, tenemos la consigna de avisar inmediatamente a la policía si hay algún altercado grave. No nos la jugamos con la seguridad de los visitantes, eso lo tenemos bastante claro.

—Nos lo imaginamos —comentó el rubio, una vez más, como forma de hacerle entender que le escuchaba con atención. En realidad, estaba deseando ir al grano y no perderse en largas explicaciones que no les conducían a ninguna parte—. ¿Podríamos ver ya las grabaciones? No quiero ser brusco, pero cuánto antes nos pongamos

con ellas, mucho mejor.

—Sí, por supuesto —asintió, disculpándose con un gesto de sus manos.

A Andrew le llamó la atención un pequeño tatuaje que lucía en la muñeca el guarda y que pudo apreciar al quedar ligeramente al descubierto cuando levantó sus extremidades superiores—. ¿Qué necesitan concretamente?

—Empecemos por la hora en la que entraron en el parque. El joven que expende las entradas nos ha dicho que juraría que llegaron después de la hora de comer, así que, ¿qué tal si empezamos a partir de las catorce horas aproximadamente? —sugirió el detective Davis por estimar una hora

concreta de inicio—. De ese modo, cubriremos un rango suficientemente amplio.

—De momento, solo la cámara de la entrada principal —aclaró Spencer, por si acaso.

Confiaban en que con las grabaciones hechas con dicho dispositivo sería suficiente, entre otras cosas, porque era la que ofrecía una visión más amplia de la entrada. Aunque no cubría en absoluto el aparcamiento, al menos sí ofrecía una vista parcial de la carretera. Tal vez tuvieran suerte. Y

si no veían algo sospechoso cuando los jóvenes llegaron, tal vez sí apreciaran algún movimiento extraño de un vehículo en las inmediaciones de la entrada pasada ya la hora de cierre. Al fin y al cabo, era cuando se estimaba que les habían arrebatado la vida.

Capítulo 8

Redes sociales

Cuando regresaron a comisaría, Dylan Sanders, uno de los técnicos informáticos del Departamento de Policía de Vancouver les estaba esperando con noticias que no les iban a agradar ni un pelo. Estaba cogiendo un vaso de agua en la sala general, cuando les vio entrar y se dirigió directamente hacia ellos.

—¡Chicos! Menos mal que habéis llegado ya —exclamó con alivio.

Tenía mucho que contarles.

—Pero si es mi friki favorito —le dijo Spencer con buen humor, algo que no parecía perder prácticamente nunca.

—Calla, melenudo, que no tengo tiempo. Tenéis que ver algo —dijo Dylan visiblemente ansioso, indicando con gestos que fueran tras él.

Le siguieron hacia la sala de medios. El chico andaba rápido, como si tuviera mucha prisa en enseñarles lo que había descubierto. Cuando llegaron junto a su mesa, en su ordenador tenía abierto lo que parecía un canal de reproducción de vídeos.

—Aquí tenéis a vuestros amantes —les informó, al tiempo que le daba al botón de reproducir. En la pantalla se veía con claridad el momento que les describieron varios de los empleados del parque esa misma mañana. El joven se había arrodillado, no sin dificultad, en mitad de aquel puente suspendido y la chica se llevaba las manos a la cara, lo que hizo que se tambaleara ligeramente. Se escuchaban vítores y silbidos de fondo.

Ambos detectives se quedaron con la boca abierta —¿Cómo puede estar tan rápido en la red? —preguntó Spencer. En realidad, aquello era de ayer.

No era ni mucho menos rápido.

—A ver, hombre del Paleolítico, las cosas se vuelven virales en el mismo momento en que se producen. Ayer ya habían subido en varias redes sociales las imágenes de los tortolitos del Capilano, como los han llamado.

Es poco habitual ver a alguien pedirle matrimonio a su chica en un puente colgante suspendido a setenta metros de altura. Eso ayer. Cuando se ha

corrido el rumor de que los jóvenes habían sido asesinados, ahí ya ha terminado de explotar. Lleva millón y medio de visualizaciones solo este vídeo que estáis viendo en este momento. Y no es el único ni tampoco el más visto de internet.

—¿Puedes rastrear a todos los que lo han subido? —preguntó Andrew.

Imaginaba que le estaba pidiendo algo bastante complejo.

—Lo puedo intentar.

—Nos sería de tremenda utilidad para interrogarles —corroboró

Spencer.

—Busca si alguno se regodea por su muerte o hay comentarios de odio o algo similar —completó el detective rubio. Aquello podía darles alguna pista.

—Sin problema, chavales. Me pongo a ello enseguida —les aseguró Dylan, quien pareció meterse en su mundo y obviar que los dos hombres seguían allí.

Ya se habían dado la vuelta para marcharse, cuando a Andrew se le ocurrió algo más.

—Dylan, otra cosa.

El informático ni le contestó. Estaba tan enfrascado en la tarea que ni siquiera se percató de que el detective más joven le había hablado.

—Está en otro planea ahora mismo —reflexionó Spencer—. ¡¡Dylan!!

—casi gritó.

El informático dio un bote en su silla, a lo que Spencer empezó a reírse hasta doblarse, mientras el otro permanecía con la mano en el pecho debido al sobresalto.

—¿Pero serás troglodita, tío? Menudo susto me has dado. ¿No te han enseñado a hablar como las personas normales en las antípodas o qué?

—¿Cómo que en las antípodas? —preguntó el moreno de pelo largo y rizado.

—¿No eres Maorí? —se cuestionó el técnico con sincera curiosidad.

Entonces Andrew fue el que se dobló de la risa al ver la cara de Spencer, ya que él le dijo lo mismo tiempo atrás y su compañero se había mosqueado lo suyo. Parecía que el rumor se estaba expandiendo.

—¡Soy canadiense, pazguato! —sentenció con un tono que no dejaba lugar a duda alguna.

—Vale, hombre, perdóname por existir. Es que eres tan moreno y con ese pelo tan negro, que yo pensé que igual eras de por allí abajo —se

excusó Dylan.

—Dejadlo, por favor —dijo Andrew cuando paró de reírse. Le interesaba que se centraran y también hacerlo él mismo. No obstante, no podía negar que la risa le sentaba bien, después del mal humor con el que había amanecido aquel día.

—Bueno, ¿me vais a decir ya qué más queréis? —pidió que le aclarasen el informático.

—Cuando busques los vídeos que han subido a la red sobre esta pareja, fíjate si en alguno han puesto de música de fondo la canción *Shallow* de Lady Gaga y Bradley Cooper.

—Vaaaaaale, sin problema —afirmó, aunque no comprendía el motivo de tal petición.

Capítulo 9

¿Quiénes sois?

Al finalizar la jornada, larga como tantas veces, especialmente cuando tenían un caso como ese, se fueron a tomar algo antes de ir a casa. Hacía rato que ya había anochecido y estaban agotados, pero necesitaban aquello.

Era una forma de cerrar el día dejando lo malo atrás.

El bar de enfrente de la comisaría estaba repleto, lo cual no era de extrañar. Aunque no lo quisieran reconocer, su trabajo era de esos que necesitaban de un *reset* antes de seguir con su vida del día a día.

—¿No has quedado con tu chica, después del tiempo que habéis estado separados? —se extrañó Spencer.

Andrew miró su cerveza. Era inútil esconderlo.

—Me ha dejado —contestó escueto, volcando su atención en la bebida que tenía delante y tomando un trago largo.

Spencer no supo que añadir. Se dio cuenta de que su compañero no quería hablar del tema y no pensaba molestarle con eso. Le había notado algo más serio aquel día. Ahora lo comprendía. Tenía mal de amores.

—Si necesitas hablar, puedes contar conmigo, ya lo sabes, chaval.

—Gracias, pero no hay nada de qué hablar —concluyó elevando las cejas en un gesto ambiguo.

—Bueno, sólo quería que lo supieras.

—Lo sé, gracias.

El silencio se instaló unos segundos entre ellos. No era ni mucho menos incómodo. En los meses que hacía que se conocían, habían pasado demasiadas cosas juntos como para necesitar rellenarlos con palabras vacías.

—No paro de darle vueltas a lo de la canción, Spencer. Igual no es nada y me estoy rayando con eso —dijo mirándole ahora sí a los ojos, aprovechando para cambiar de tercio—, pero algo me dice que no es casual y que tiene un significado especial.

—A ver, es raro que estuviera reproduciéndose en bucle, ¿vale? Pero no estoy seguro de que sea tan importante. Igual sí era premeditado lo de que sonara la música, pero no tanto qué canción.

—Me gustaría que mañana nos centremos en leer la letra con atención.

A lo mejor nos dice algo del asesino.

—O de los chicos —añadió Spencer, pensando que no perdían nada por hacerlo.

—No se me había ocurrido —reconoció Andrew.

—Bueno, a ver, lo he pensado por cuando la canción dice eso de "*ahora estamos lejos de la superficie*". Puede que sea una tontería, pero el chico le pidió matrimonio en el puente, a setenta metros de altura. Y luego me llama la atención que es un acto muy clásico, pedirle que se case con él con el anillo de pedida y de rodillas ante ella. Al principio de la canción él le pregunta a la chica si es feliz en este mundo moderno. La canción es como un diálogo entre ambos.

—¿Te sabes la canción? —preguntó Andrew anonadado.

—¡Claro que sí, cenutrio! ¿Es que acaso no puede gustarme?

—Bueno, eres más de rock y de música más clásica. Ya sabes, de tipos melenudos en general.

—¡Qué pedazo de mamón puedes ser! No me he muerto todavía, por si no me has visto. Así que yo también escucho *playlists* de Spotify y música actual. Desde luego, no es tan buena como la de antes, pero

hay canciones que se salvan. Esta entraría en esa categoría.

—Y ahí tenemos ese salto generacional en el que el abuelete cree que la música de su tiempo era mejor. ¿Qué gloriosa sentencia vas a soltar a continuación?

—Te has metido ya mucho conmigo hoy, que me he dado cuenta.

Espero que me dejes tranquilo al menos una semana, porque ojito que día me ha dado el niñato.

Andrew se rio con ganas. Daba gusto estar con Spencer. Su sola presencia disipaba los demonios interiores y los malos rollos. Se sentía afortunado de tenerlo en su vida.

—¿Sabes que suelo pensar en la escena de un crimen? —volvió a retomar la conversación el moreno.

—No, ¿qué? —preguntó Davis con genuina curiosidad.

—¿Quién eres? Bueno, hoy, quiénes sois—. El más joven le miró intrigado. Era una pregunta muy interesante—. Lo que quiero decir es que

siempre me intriga saber quiénes eran esas personas para que un desalmado haya decidido arrebatarles su vida.

—Ya. A veces, eso no importa, Spencer. Sabes igual que yo que muchas veces es mera oportunidad. Estar en el momento y lugar equivocados como tú mismo has dicho hace tan solo unas horas. Y tengo la impresión de que tenías razón y hoy ha sido un día de esos. No acabo de creerme que alguien les haya seguido hasta el Norte de Vancouver para cargárselos. Es de locos.

Eran jóvenes, saldrían de fiesta por ahí. Seguro que el asesino podría tener opciones mejores que la de hoy, la cual, en realidad, era muy arriesgada.

—No creo que lo fuera.

—¿El qué?

—Arriesgada. Si el *parking* se vació y sólo quedaba ese coche, nadie le vería. Has visto igual que yo los altos y frondosos árboles que rodean el aparcamiento. Era una oportunidad casi perfecta. Puede que se quedasen allí enrollándose. Todos lo hemos hecho, ¿o no? ¿Tú no te

diste nunca el lote en el coche con alguna novieta cuando eras más joven?

Andrew se quedó reflexionando. Volvió a su mente el Asesino del Zodiaco. No podía evitar que aquel caso le recordase a aquel famoso criminal, a pesar de las salvedades y de las diferencias.

—Deberíamos volver y buscar indicios de si algún coche aparcó justo a su lado. Algo se nos tiene que haber escapado.

—¿Qué tipo de indicios? Porque los de la científica ya han revisado todo.

—No sé, tal vez una mancha de aceite o algo que revele que alguien estuvo justo allí con el motor encendido. Sé que llovió por la noche, pero igual precisamente debido a eso hemos supuesto que ciertas huellas o marcas se habrían borrado.

Spencer le miró intrigado.

—¿Cuándo quieres que vayamos?

—Ahora me parece el mejor momento.

—Ya es de noche —objetó Tracy. Si iban a buscar rastros, la oscuridad nocturna no parecía la mejor aliada.

—Tenemos linternas. Y veremos el escenario desde otro punto de vista.

Exactamente como lo vio el propio asesino.

Capítulo 10

Noche

Fueron cada uno con su coche. De ese modo, podrían comprobar una de las teorías que estaban barajando. La hora no coincidía exactamente con la que la forense estimaba que se había producido la muerte de los chicos y que les transmitió a los detectives por la mañana. No obstante, no tenía por qué ser relevante, puesto que era más que probable que ya hubiera anochecido cuando llegasen al lugar del crimen y tampoco había tanta diferencia horaria.

De hecho, según alguno de los camareros del Cliff House, el restaurante del parque, los dos jóvenes estuvieron dentro mientras recogían, por lo que posiblemente abandonaron las instalaciones

pasadas las siete y media de la tarde. En Vancouver en aquella época, ya sobrepasado el meridiano de la etapa estival, oscurecía antes de las ocho.

Estacionaron los dos vehículos juntos, alejados inicialmente del lugar en el que habían aparcado la pareja la jornada anterior para evitar contaminar el escenario. Se bajaron y dejaron los faros encendidos para iluminar lo máximo posible el lugar.

—Bien, lo primero de todo, tenemos que revisar otra vez el entorno en el que estaba el coche de la pareja. Ya sé que los de la científica han recogido las muestras y hay fotos de la escena —se adelantó Andrew a las posibles objeciones de su compañero—, pero yo quiero que veamos por nosotros mismos si hay alguna mancha que nos resulte sospechosa o si algo se nos pasó por alto esta mañana con tanto jaleo y tantos efectivos en la zona. Sabes igual que yo que, en algunas ocasiones, se descubren más indicios posteriormente, cuando simplemente observamos de otra manera con todo más despejado.

—No me parece mala idea del todo —sopesó Spencer, sin mostrar aparentemente demasiado entusiasmo.

Andrew le miró un tanto decepcionado. Creía que los dos estaban de acuerdo en aquello.

—Pero tampoco buena, por lo que insinúa tu tono de voz —expresó con acritud.

—No es eso. Déjame explicarme, ¿vale?

—Adelante. Ya estás tardando —dijo el rubio con un gesto de medio lado.

—Lo que digo es que ayer llovió, a ratos bastante además, así que es probable que el agua haya borrado muchos rastros, eso ya lo hemos hablado, lo sé —dijo adelantándose a la expresión de reticencia de Davis—.

Tenemos que contar con ello. Puede que encontremos algo nuevo, ojalá sea así, pero tampoco debemos ilusionarnos demasiado porque puede que nos vayamos igual que vinimos.

Sí, tenía razón, pero Andrew para según qué cosas podía ser extremadamente cabezota.

—Me da igual, Spence. Tengo en cuenta lo que has dicho, por eso no

te preocupes. Aun así, quiero volver a comprobarlo. Según la posible hora de la muerte, les mataron de noche, ¿no es así?

—Sí, claro. Eso parece que es bastante evidente. No creo que varíe demasiado la hora definitiva cuando veamos el informe con la estimación que nos dio Sheila esta mañana —confirmó Tracy.

—Pues convirtámonos por una vez en el asesino y tratemos de ver lo mismo que el observó. Tenemos que entrar en su mente y ponernos en su misma situación. Estoy seguro de que eso nos ayudará.

—Vale. Eso me gusta. Sin embargo, si eso es lo que quieres, hay algo que ya estamos haciendo mal.

—No te comprendo —confesó Andrew con cara de extrañeza. Todavía no habían comenzado. ¿Qué podían estar haciendo mal?

—Es sencillo. Tenemos que aparcar uno de los dos coches en el mismo sitio que lo hizo la pareja. Esa es la primera premisa, aún a riesgo de contaminar la escena. Luego podemos reflejarlo en nuestro informe, de todos modos, explicando bien nuestros motivos. Después, deberíamos apagar los faros del otro coche y no usar las linternas en un primer momento. Así sí que podemos colocarnos en la piel del asesino tal y como tú sugieres. ¿Qué te parece?

El detective rubio reflexionó un segundo.

Su compañero tenía toda la razón.

—Es cierto. Lo más probable es que no hubiera luz, salvo la de estas farolas que iluminan tan poco —destacó, señalando las escasas luces que

evitaban la oscuridad más absoluta.

—Eso es. Por otro lado, estamos dando por hecho que se aproximó a ellos en coche —observó Tracy.

—Es lo más probable —defendió Andrew—. De acuerdo que hay viviendas al otro lado de los árboles que delimitan el aparcamiento, pero me sorprendería que alguien viniera hasta aquí caminando tranquilamente para matarles, si ni siquiera sabía que estaban aquí. Por otro lado, ninguno de los vecinos a los que se ha interrogado dice haber escuchado nada. Sin un vehículo, cabría la posibilidad de que se les escaparan porque arrancasen al ver algo sospechoso.

—Pero no arrancaron el motor. O no le vieron o no les pareció sospechoso.

Capítulo 11

La noche anterior

El día de antes.

La velada había sido perfecta. Somerset se sentía tremendamente feliz. Los nervios que había pasado merecieron la pena sólo por ver a Brenda tan feliz. Los ojos le brillaban de una forma especial.

En el puente, todo el mundo les había mirado y aplaudido. No le solía gustar demasiado eso de llamar la atención, pero quería que su petición de mano fuera inolvidable. Además, estaba seguro de que alguien lo habría grabado y lo habría subido a internet, así que en cuanto lo localizara, guardaría una copia y la tendrían de recuerdo para siempre.

En el restaurante, además, habían sido muy amables. No se pudo gastar mucho dinero, pues había terminado casi con todos sus ahorros con el anillo que le compró, pero pudieron tomar una cena decente y, encima, les invitaron al postre y a una copa de champán a cada uno.

Se hizo tarde y ya era de noche. Salieron de la mano y se dirigieron hacia el coche, con mucho cuidado al cruzar la carretera. La luz había caído casi por completo y el sol ya estaba a punto de ponerse. En apenas diez minutos sería completamente de noche.

Cuando llegaron al *parking*, solo quedaba su vehículo, lo que era de esperar. Seguramente los empleados del parque dejarían los suyos en algún espacio reservado al efecto. Darse cuenta de que estaban absolutamente solos hizo que se le pasara una idea picarona por la mente. Al fin y al cabo, nadie iba a verles.

—¿Qué te pasa? ¿Por qué pones esa cara? —le preguntó Brenda, adivinando en parte sus intenciones.

—¿A ti qué te parece? —respondió con otra cuestión a su vez, sabiendo que ella le comprendería a la perfección.

—¿No estarás pensando en…? —dijo, llevándose las manos a la boca y riéndose al confirmar sus sospechas.

—Como nuestra primera vez.

—¿Estás loco? ¿Cualquiera podría vernos? —preguntó la joven escandalizada, aunque en realidad no era la primera vez que hacían el amor en un aparcamiento.

—A ver, Brenda, mira a tu alrededor. ¿Ves a alguien más por aquí? —

preguntó girándose sobre sí mismo y señalando todo lo que les rodeaba. No había ni rastro de otro ser humano. La frondosidad de los árboles que enmarcaban la explanada para estacionar los vehículos daba la sensación de que se encontraban en un lugar en medio de la nada.

Entonces ella se acercó a él y colgó sus brazos alrededor del cuello del chico, poniendo una mirada sensual. ¿Por qué no? Era una forma perfecta de terminar aquel precioso día.

—No se hable más, mi querido futuro esposo.

Los dos echaron a reír por lo anticuado que sonaba aquello, pero la realidad era que estaban muy ilusionados. Se querían mucho y ambos deseaban pasar el resto de su vida junto al otro.

Llegaron hasta el coche y, antes de entrar, se besaron de forma apasionada. La joven reposaba su espalda en la puerta del lado del conductor, mientras Somerset subía sus manos por sus piernas hasta sus glúteos.

—Se me está mojando la espalda, Somerset. El coche está calado —dijo ella como pudo entre beso y beso.

—Bueno, al menos, ha parado un poco de llover —respondió el joven con los labios muy cerca de los de su chica, sin intención de perder más tiempo —Será mejor que entremos, porque no pienso hacerlo en el asfalto, eso sí que te lo aseguro —aseguró ahora ella entre risas.

Entonces le pareció ver los faros de un coche. Miró hacia la carretera principal, el lugar donde creía haberlos divisado, pero no vio nada. La noche había caído deprisa, en parte también porque el cielo estaba cubierto de nubes.

—¿Qué te pasa, nena? —preguntó el chico mirando la cara de preocupación de ella.

—Nada. Creía haber visto algo, pero está claro que ha sido mi imaginación.

—Eso es algo muy sexi también de ti.

—¿El qué? —preguntó Brenda, dejando que aquello la distrajera y se olvidara de lo que creía haber visto unos instantes antes.

—Tu imaginación —respondió Somerset.

Ella se echó a reír por la ocurrencia de su novio.

—Dirías cualquier cosa para engatusarme, pero ya sabes que no lo necesitas.

Y entonces fue ella la que se pegó al chico para besarle una vez más.

Capítulo 12

El asesino

El día antes.

Se le revolvió el estómago. Le parecía una forma tan chabacana y ostentosa de hacer algo así, que sintió claramente cómo el odio le corría por las venas. Detestaba a la gente que intentaba enseñarle al mundo entero lo felices que eran y cuánto amor se profesaban. Tal vez eso le sucedía porque él no había degustado como se debe la dulce fruta del cariño. En todo caso, estaba seguro de que el amor era una enorme mentira. Nunca más volvería a creer en él.

Algunas cosas volvieron a su mente. En cada ruptura, en cada abandono, le habían dicho lo mismo: “No eres tú, soy yo que te he dejado de querer”. Y eso siempre le dejaba una sensación de indefensión que no sabía gestionar. Casi hubiera preferido que le hubieran dicho que había sido él, conocer exactamente qué había hecho mal para que nunca quisieran estar con él más allá de unas pocas semanas. A lo mejor así habría tenido la oportunidad de hacer algo diferente en la siguiente ocasión que tuviera.

Pero nunca fue así. Nunca sintió que tuviera el control. Una y otra vez le dejaban de querer, sin que fuera consciente de que en parte se debía a lo obsesivo que se volvía, a su ansia desmedida por sentir amor. La última mujer con la que tuvo una relación fue la que más daño le hizo.

La que le rompió de verdad el corazón.

Se crió con su padre. Su madre les abandonó. Según le contó su progenitor en alguna ocasión cuando él le preguntaba por qué ella

nunca le visitaba ni preguntaba por él, el motivo era muy sencillo.

—Nos ha dejado de querer, cariño. El amor no dura para siempre. Es mejor que lo aprendas cuanto antes.

Solo era un niño. Su mente no podía comprender ni asimilar que su madre le hubiera dejado de querer, porque a sus compañeros de escuela eso no les pasaba. Veía cómo las suyas iban a buscarlos y los colmaban de besos y abrazos, como si hubiera pasado una eternidad desde la última vez

que se vieron, a pesar de que solo habían pasado unas pocas horas. Tal vez tuviera alguna tara que provocase no ser merecedor de su amor.

El suyo, en general, fue un buen padre. Atento, cuidadoso, siempre preocupado por su único hijo. Le demostró cariño, le arropaba por las noches, siempre se preocupaba de saber cómo evolucionaba en sus estudios.

Pero no era suficiente para cubrir ese vacío tan importante que había dejado el inexistente amor de una madre.

Puede que aquello fuera una de las causas que provocaron que en sus relaciones románticas fuera demasiado dependiente y un tanto opresivo.

Siempre que se enamoraba de alguna chica, pensaba que él sería capaz de desmontar la teoría de su padre. Le iba a demostrar que el amor sí puede ser para siempre. Él lograría que una mujer le amara y quisiera compartir su vida con él.

El problema eran sus incontables inseguridades.

Hay ocasiones en las que, cuando nos vamos haciendo mayores carentes de todo el amor que necesitamos, es como si nuestro crecimiento fuera incompleto y una parte de nosotros no se terminara de desarrollar como es debido, quedando desvalida para siempre. Sin saberlo, él tenía una discapacidad emocional que no le permitía relacionarse de una forma plenamente funcional con el sexo opuesto.

Su rostro era agradable y de joven, incluso, era un chico que llamaba la atención de las chavalas de su edad. Pero sus relaciones siempre eran efímeras. Según pasaban los años y cada una de esas parejas dejaba una cicatriz, su forma de relacionarse era incluso más dependiente. Al principio, ellas se enamoraban perdidamente de él, no solo por su evidente atractivo físico, sino también porque era

sumamente atento y considerado.

Poco a poco, comenzaban a aburrirse, porque nadie quiere a su lado a una persona excesivamente complaciente, sino que necesita a alguien con quien compartir y debatir los asuntos del día a día sin que te den la razón sin más.

Cada ruptura, le fue hiriendo más y más, reabriendo antiguas cicatrices, dejando una cada vez más marcada. Sin embargo, la última, pocos meses atrás, fue la que de verdad abrió un boquete en su corazón.

Tuvieron una relación intermitente. Ella en ningún momento se sintió involucrada a nivel personal. Solo eran ratos de sexo con un tipo que todavía mantenía cierto atractivo. La interpretación que dieron ambos a lo que tenían fue diametralmente opuesta, pues él se convenció de que esta vez

sí podría haber encontrado al amor de su vida. Se sentía más ilusionado de lo que recordaba haber estado en mucho tiempo. Era una mujer muy guapa y jovial, disfrutaba mucho en su compañía, a pesar de que no se veían demasiado. Intentaba justificarlo por motivos laborales, puesto que ella tenía compromisos profesionales que implicaban largas jornadas, más aún que las suyas propias. En realidad, no sabía que le gustaba alternar con otros hombres, pues era de esas personas que sienten aversión a comprometerse con nadie ni lo más mínimo. Su libertad era lo más importante para ella.

Cuando le pidió matrimonio, se rio de él. Había entendido de manera totalmente errónea aquello que tenían.

—Cariño, de verdad, ¿en qué momento pensaste que lo nuestro iba en serio? —le dijo con una expresión burlesca—. Solo has sido un entretenimiento para mí. Nunca me casaría con un muerto de hambre como tú, perdona que te lo diga. Tengo otras aspiraciones y entre ellas, por supuesto, no se encuentra el matrimonio.

Él apretó los puños con rabia, paralizado por esa inesperada reacción por parte de la que se suponía que era su pareja. La miraba con absoluta incredulidad. No podía estar diciéndole aquello y hablándole de forma tan despectiva. Él estaba seguro de que su relación iba bien. Puede que no llevasen demasiado tiempo ni que se viesen a diario, ni mucho menos, pero,

¿por qué no dar un paso más?

—¿No dices nada? —le preguntó la mujer, estupefacta por su falta de reacción—. Muy bien. Como quieras. Esto se acaba aquí. No vuelvas a llamarme.

Y se dio la vuelta.

La vio alejarse, apreciando como se iba haciendo pequeña según sus pasos interponían mayor distancia entre los dos.

Tenía las uñas clavadas en la carne de la palma de sus manos. Cuando las miró, se dio cuenta de que se había hecho un poco de sangre.

Su padre, al fin y al cabo, tenía razón. Lo había intentado ya demasiadas veces. El amor no dura para siempre. Pero no solo eso, aquello confirmaba que el amor tan solo era una mentira. Una mentira que dolía profundamente y que te hería en lo más hondo de tu ser.

Capítulo 13

En su lugar

Andrew aparcó su coche en el lugar del *parking* en el que por la mañana encontraron el de la pareja de jóvenes asesinados. En un principio, lo dejó con las luces apagadas. Apostaba que sería así como las tenía el conductor la noche anterior. Podrían ver desde distintos lugares y ángulos si destacaba desde la carretera o algún otro punto y el coche llamaba la atención en algún sentido. Después probarían lo contrario, ver el vehículo si este tenía los faros encendidos, algo que ayudaría sin duda a que alguien lo detectara.

Se dirigió hacia donde estaba Spencer, justo a la entrada del *parking*. Se accedía directamente desde la carretera, a través de una pequeña rampa que bajaba ligeramente. Desde la vía principal se veía el aparcamiento perfectamente, salvo la zona que mantenía oculta una caseta que había hacia la mitad.

—Vamos a ver. ¿Qué te parece si, en primer lugar, pasamos por delante con el coche con las luces encendidas?

—Me parece perfecto, rubito, pero creo que sería mejor que tú te quedes en tu coche para ver qué apreciaron también los chicos. Es importante saber si ellos pudieron detectar algo y si se sintieron intimidados en algún momento.

—No me da la impresión de que fuera así. Habrían arrancado el motor y el coche no estaría perfectamente aparcado entre las líneas. Además,

la ventanilla estaría rota, puesto que el asesino habría disparado al chico a través del cristal —argumentó Davis.

—Aún así, necesitamos ver los dos puntos de vista —insistió su compañero—. Si prefieres que yo me quede en el coche de las víctimas, no me importa. Tú eliges.

Andrew se puso los brazos en jarras, un gesto común en él, y miró en dirección al aparcamiento. Estaba ya muy oscuro. Supuso que el escenario en aquel momento se parecía bastante al de la noche anterior, salvo por la lluvia intermitente.

—¿Te da igual que yo me suba a tu coche y me ponga en el lugar del asesino? —preguntó con cautela el policía rubio.

—Mientras me lo cuides y no lo sobes demasiado, no me quejaré.

—Tranquilo, intentaré no apoyar el trasero en el asiento, por si te lo estropeo. ¿Mejor así? —dijo con sarcasmo.

Entonces Spencer le dio una suave colleja y se rio.

—Pero mira que eres payaso, rubiales. Venga va, que nos estamos entreteniendo con tonterías y ya tengo ganas de irme a descansar. Llámame y deja el teléfono con el altavoz y así vamos hablando —concluyó mientras se alejaba en dirección al coche de su compañero.

Andrew le vio alejarse. Aunque todavía estaba nublado, la noche era más clara que la anterior y la luz de la luna permitía ver con bastante claridad a cierta distancia.

En primer lugar, llamó a Spencer para dejar la línea abierta y poder estar comunicados en todo momento. Este hizo un par de comentarios jocosos que le hicieron sonreír. Cualquier momento era bueno para sacar a relucir su sentido del humor. Si no le hubiera visto en Calgary durante la investigación, pensaría que aquel hombre nunca se sentía triste.

Subió andando hasta la carretera, con cuidado por si venían coches, aunque a esas horas no solía estar transitada. Era sumamente extraño que una persona se hubiera acercado caminando, pero no debía descartar nada por el momento. ¿De dónde podía venir andando? Sin lugar a dudas, la única opción que se le ocurría era que fuera alguien que estuviera en el parque de Capilano. Sin embargo, sospechaban que a la hora que supuestamente asesinaron a los jóvenes ya no debía quedar nadie allí. Por otra parte, la gente que vivía en las casas de los

alrededores no tenían acceso directo al aparcamiento, sino que debían dar un importante rodeo.

No se le ocurría qué motivos podía tener un residente de la zona para acercarse a ese aparcamiento solitario una noche lluviosa.

Andrew miró en todas direcciones por si se les escapaba algo. Tal vez habían pasado por alto algún refugio que pudiera servirle al asesino para resguardarse. No veía nada que le hiciera intuir que fuera así, salvo detrás de los árboles. Cobraba fuerza la teoría de que había acudido al lugar del crimen en coche, entre otras cosas porque lo necesitaría para salir de allí lo más rápido posible, salvo que utilizase una moto, algo plausible también.

—¿Qué coño haces, chaval? Te estoy esperando —soltó Tracy por el teléfono, interrumpiendo su tren de pensamientos.

—Lo sé. Estaba curioseando un poco por aquí, por si no habíamos visto algún lugar en el que pudiera aguardar sin que le vieran.

—¿Y has tenido suerte?

—Bueno, salvo entre los árboles y arbustos, no veo nada que encaje adecuadamente.

—Pues mueve el culo y ve con el coche a la carretera y pasa sin los faros, a ver si ves algo.

—Voy, impaciente.

Se subió al volante del coche de Spencer y salió del aparcamiento.

Primero fue en una dirección y luego en el sentido contrario para intentar apreciar qué se veía sin los faros encendidos. No era difícil detectar el coche. Sin embargo, le extrañaba que quien llegase hasta allí necesitara circular con los faros apagados. Eso implicaba un grado de premeditación que no parecía corresponder con aquel crimen.

Entonces pensó algo, se acercó con el coche por la carretera y apagó los faros y detuvo el vehículo justo antes de acceder al *parking*.

—¿Eres tú el que ha parado en la linde de la carretera, Andy? —

preguntó para asegurarse Tracy.

—Sí, soy yo.

Entonces comenzó a bajar la rampa con los faros apagados y se acercó hasta aparcar justo al lado del otro coche. Se apeó y se dirigió hacia la puerta del conductor donde estaba sentado Spencer.

—¿Qué has pensado cuando has visto que un vehículo apagaba las luces?

—Que intentaba esconderse de algo.

—Muy bien, pues tenemos dos opciones.

—Quien se acercó lo hizo con los faros encendidos, lo que despertaría sospechas pero no tantas.

—O los jóvenes reconocieron el vehículo.

Esa opción les empezaba a parecer la más plausible. De otro modo, era viable que los chicos se asustaran y abandonaran el lugar. Vivimos en una sociedad en la que lo más común es desconfiar del vecino, como para no hacerlo cuando se te acerca un desconocido en mitad de la noche en un aparcamiento solitario.

Por un instante, ambos parecieron pensar lo mismo, como si sus mentes estuvieran conectadas.

—Conocían a su asesino —aseveró Andrew.

—Es lo que parece.

Capítulo 14

Confluencia

La noche anterior.

La pareja se comía a besos, haciendo subir varios grados la temperatura dentro del coche, al mismo ritmo que subía la excitación que sentían.

Ambos estaban tan entregados que no eran capaces de detectar nada más de lo que acontecía a su alrededor, que no era mucho, al menos, por el momento.

De pronto, a la chica le pareció ver de nuevo unas luces en la lejanía y se separó un momento de su pareja mirando en aquella dirección. Tenía un mal presentimiento.

—¿Qué pasa, Brenda? —preguntó él extrañado—. ¿He hecho algo que no te guste o qué?

—No seas tonto. Lo que pasa es que me ha parecido ver unas luces justo a la entrada del *parking*, Somerset —dijo, mientras el chico apreciaba entre las sombras que su novia parecía de verdad asustada.

—Bueno, es posible. Pasa la carretera principal por allí, así que puede que alguien regrese de Vancouver a casa en alguna de las localidades cercanas o porque viva en alguna de las que hay por la zona.

La chica no parecía demasiado convencida.

—No lo sé. Me ha parecido raro.

—Brenda, va. Si no te apetece, no tenemos que hacerlo, no te preocupes, cariño. Habrá otras veces.

—No es eso, idiota —expresó con disgusto—. Te lo digo en serio, creo que allí hay alguien.

El joven se giró, pero no divisó nada. Achicó un poco los ojos, por si así afinara más su vista. Estaba demasiado oscuro y solo veía los setos que enmarcaban la entrada del aparcamiento.

—Vale, voy a hacer una cosa —dijo entonces el joven.

—¿No estarás pensando en salir? —preguntó ella asustada.

—No, claro que no. No soy idiota. Bueno, ya sé que has dicho que lo soy, pero al menos no soy tan idiota como piensas —trató de bromear para restarle seriedad al momento.

—Me habías asustado —confesó Brenda, haciendo caso omiso a su intento.

—Tranquila. Lo que voy a hacer es encender el contacto para conectar las luces. Tal vez de ese modo podamos ver algo y así te quedarás más tranquila.

Fue exactamente lo que hizo. Bruno Mars volvió a entonar las notas que quedaron a medias cuando, a la llegada al parque varias horas antes, el chico apagó el motor. Nada más encender los faros, un coche se adentró en el aparcamiento, sin apenas darle tiempo a reaccionar. Los jóvenes lo reconocieron. Tardaron demasiado en decidir qué hacer, si esperar por si les quería decir algo o hacer como que no lo

habían visto y salir de allí.

En lo que lo decidieron, el otro vehículo llegó a su altura y paró muy cerca de ellos. El conductor se bajó. Pasó con parsimonia por delante del morro de su coche, cortando los haces de luz al pasar a su altura. Los jóvenes miraban sin saber cómo reaccionar.

Somerset decidió bajar la ventanilla. Esbozó su mejor sonrisa. Sería lo mejor. La amabilidad conquistaba montañas. No tenían por qué tener miedo. Se habían asustado por nada.

—Te dije que había alguien —afirmó Brenda en voz baja, recordándole que era ella la que tenía razón. Desde luego, no se había equivocado.

—No hay nada que temer, cariño —dijo Somerset girándose momentáneamente hacia ella.

Cuando volvió a mirar a través de donde antes se encontraba la ventanilla, el otro sacó un arma y le voló la tapa de los sesos. La detonación fue apagada, puesto que llevaba un silenciador. Brenda gritó aterrorizada, impactada por aquel suceso tan violento e inesperado. Por un segundo, se quedó paralizada, con las manos temblorosas delante de su cara, pero, acto seguido, trató de abrir la puerta del acompañante y salir de allí corriendo todo lo rápido que pudiera. Estaba tan nerviosa que no conseguía accionar con precisión la manija. El hombre, en contraposición, avanzaba hacia ella sin prisa.

Entonces la chica logró salir del vehículo y trató de echar a correr, pero se tropezó nada más poner los pies en el suelo, notando como el asfalto arañaba su piel de manos y rodillas.

—No te muevas o disparo —gritó el otro que cada vez estaba más cerca.

Brenda temblaba de terror. ¿Qué podía hacer? ¿Dónde podría ir? Allí no había escapatoria. El hombre taponaba el camino hacia la carretera y detrás de ella solo había árboles. Tenía un arma y la estaba apuntando. Si salía corriendo, la dispararía.

El instinto de supervivencia, hizo que tratara de levantarse y huir. En cuanto el otro se apercibió de su intención, disparó un tiro en dirección a la vegetación del fondo, compuesta de varias filas de abetos, cedros y rododendros. La bala silbó cerca del rostro de la joven.

—No me hagas nada, por favor. Haré lo que me pidas —suplicó bañada en lágrimas.

—Vuelve al coche y siéntate —dijo con una voz profunda. Hablaba despacio. Parecía hacer todo con suma paciencia, sin prisa, de forma retardada.

La chica hizo lo que le pidió. Por su cabeza pasaron infinidad de posibilidades de lo que podría hacerle. No debía ser real. Era una pesadilla y, en algún momento, despertaría. No podía estar viviendo aquella situación que solo creía posible en las películas. Acababan de asesinar a su pareja delante de ella. Posiblemente tendría restos de su sangre sobre su piel y ni siquiera se había dado cuenta.

La chica se incorporó. El hombre estaba delante de ella. Pasó muy cerca de él para regresar y subirse al coche. Le pareció ver un destello en la mano en la que no tenía el arma.

—Siéntate y ponte el cinturón de seguridad —ordenó.

Ella obedeció con dificultades, puesto que le costó varios intentos encajar la clavija en su lugar. Cuando lo consiguió, el otro guardó el arma.

La joven por un instante sintió una leve esperanza, la cual se acabó rápidamente, cuando vio cómo se cambiaba de mano el cuchillo que había emitido el destello que vio unos segundos antes.

Se acercó a ella. Puso cara de repugnancia.

—Todas sois iguales. Unas zorras sin alma.

Acto seguido comenzó a apuñalarla de forma reiterada y sin piedad, mientras la joven gritaba hasta morir desangrada.

Cuando terminó y se sintió satisfecho, se pasó la mano derecha enguantada por la frente para secarse el sudor. Clavar un cuchillo en un

cuerpo requería de más esfuerzo del que se puede creer. Se sintió extenuado por la fuerza que tuvo que emplear.

Desabrochó el cinturón de seguridad, cuyo único propósito era limitar a la joven las posibilidades de huida. Había entorpecido en cierta medida la ejecución de las puñaladas, pero debía ser precavido. Como mínimo, hasta que ganase mayor confianza en sí mismo.

Se asomó al interior del vehículo. Buscó en la pantalla del reproductor de música la canción que le interesaba en el servicio de *streaming* que usaban los jóvenes. Cuando la localizó, la puso para que se escuchara en bucle. Cerró los ojos y escuchó el inicio con atención. Pocos segundos después, volvió a abrirlos. No podía perder tiempo.

Se dirigió a la puerta del conductor. El casquillo había caído al suelo junto a la puerta. Lo recogió. No detectó la bala en el coche, a pesar de que la buscó. Debía haberse quedado alojada dentro del joven. Miró hacia la espesura del bosque. Se acercó en la dirección en la que había disparado el segundo proyectil. Recogió el otro casquillo. Era improbable localizar la segunda bala, pero no podía irse sin comprobar que no hubiese caído en un lugar accesible a simple vista. No tuvo suerte. No podía arriesgarse a estar más tiempo allí.

Regresó a su vehículo y se marchó.

Se sintió realizado.

Acababa de cubrir una necesidad.

Se había desatado otra nueva en su interior.

Capítulo 15

Reflexiones

Durante el tiempo que los detectives estuvieron en el escenario del crimen, entre otras cosas, pudieron apreciar el escaso tráfico que circulaba a esas horas por allí. Eso le había proporcionado una clara ventaja al asesino, pues debió sentir que podía hacer cuanto quisiera con total impunidad.

Nadie iba a verlo.

Al menos, *a priori*.

Desconocían por el momento si aquel era su primer crimen, pero sí tenían la sensación de que se había sentido cómodo perpetrándolo. En su favor jugó el hecho de que había sido una noche especialmente oscura, puesto que el cielo estuvo completamente cubierto de nubes. La lluvia también se había convertido en su aliada, ya que seguramente se encargó de borrar rastros que nunca más podrían detectar.

Andrew y Spencer tenían una sensación rara con ese doble asesinato.

Por un lado, consideraban que los jóvenes deberían conocer a quien les ejecutó. De lo contrario, el chico no habría bajado la ventanilla del conductor. Si no fuera así, habría tratado de salir de allí con el coche lo más rápido posible. Tal vez los de la científica pudiesen averiguar la última vez que arrancó el motor, aunque no estaban seguros de que esa información les sirviera para algo.

Por otro lado, algo les decía que eran víctimas de la mala suerte, de ser elegidos al azar sin que nada pudieran hacer para evitarlo. Hay ocasiones en las que ninguna acción logra esquivar un destino que parece definitivo.

—Parece mentira que tu vida pueda terminar en tan solo un instante —

señaló con desazón el rubio.

Tal vez era que continuaba con el ánimo aciago y a ello se debía su comentario pesimista. No obstante, en un trabajo como el que tenían, no era descabellado que se le pasaran ese tipo de ideas por la cabeza de vez en cuando. Al fin y al cabo, se enfrentaban a sucesos verdaderamente duros y no aptos para todos.

Spencer suspiró. Lo que su compañero acababa de decir le hizo pensar.

La vida es absolutamente imprevisible. A veces, nos ilusionamos con planes de futuro que nunca se van a cumplir por el simple hecho de que ese futuro no existe. No sabemos qué nos deparará el mañana, ni si seguiremos aquí apenas un minuto después. Así de caótico e inesperado puede resultar vivir.

En algunas ocasiones, además, es mejor no conocer ese porvenir para poder saborear el presente con plenitud.

Nadie quiere saber que no volverá a ver amanecer.

Nadie desea saber que morirá mañana.

—Es una mierda, chaval. Y estos chicos eran tan jóvenes. ¡Joder! —

exclamó el más fornido.

—¿No te resulta, en ocasiones, frustrante nuestro trabajo? Parece que siempre vamos a remolque. Llegamos tarde, cuando algo horrible ya ha pasado, cuando lo realmente útil sería adelantarnos para evitarlo.

Pero eso no está en nuestras manos en la mayoría de las ocasiones. En realidad, me pregunto si sirve de algo lo que hacemos —reflexionó desanimado.

Su expresión era taciturna. Spencer se dio cuenta de que la ruptura con Hannah seguramente le estaba afectando más de lo que nunca confesaría.

—No digas eso, chaval. Claro que sirve de algo, de mucho en verdad.

Sin nosotros, sin los que somos policías, toda la escoria estaría ahí fuera.

Nosotros nos encargamos de sacarlos de las calles. Para mí eso ya es algo importante.

—No sé, Spencer.

Le había llamado Spencer, no Spence. Eso ya era raro. Se encontraba todavía peor de lo que pensaba.

—¿Andrew, qué te pasa? ¿Me lo vas a decir? —preguntó con verdadera preocupación—. Sabes que puedes contarme lo que sea. No te voy a juzgar.

Podemos hablar de lo sucedido con Hannah. Tal vez eso te haga sentir mejor.

Tiempo atrás, cuando le conoció, aquel chico cargaba con una culpa que le hacía arrastrar los pies de cuánto pesaba. Pero Davis había ido mejorando y el detective de la barba había llegado a conocer su verdadera esencia y personalidad. Era un joven de naturaleza alegre y bromista, con buen ánimo habitualmente. Por eso se dio cuenta de que realmente lo estaba pasando mal.

—Nada, tranquilo. Un momento de bajón y debilidad. Supongo que, de vez en cuando, podemos permitirnos uno —respondió con una sonrisa

apagada.

—Imagino que sí. En todo caso, si necesitas hablar de algo, ya sabes que estoy aquí.

—Lo sé —dijo Andrew, dándole una palmadita en el hombro—. Nos vemos mañana. Descansa.

Antes de separarse, los detectives quedaron al día siguiente a primera hora en el bar cercano a la comisaría para tomarse un café antes de entrar a trabajar. Era una costumbre que habían adquirido desde meses atrás, aunque no lo hacían a diario, pero sí con cierta frecuencia.

Andrew llegó a casa y revisó su móvil con la esperanza de que la que ya era su ex pareja hubiera recapacitado y mandado algún mensaje. Se equivocó. No sabía nada de ella desde la noche anterior. Estuvo tentado de escribirla o llamarla. Miraba su teléfono intentando decidir sí debía hacerlo.

Finalmente, lo dejó sobre la mesa y se dirigió al baño para darse una ducha.

Recordaba la conversación y ardía de rabia. Ella arguyó para justificar la ruptura que no podía confiar en él. Decía que lo había demostrado con creces, sin apenas dar señales de vida durante días. Él trató de explicarle que su trabajo, con frecuencia, no le permitía estar pendiente del móvil y, en más de una ocasión se había quedado sin batería sin siquiera darse cuenta.

Ella debía entenderlo mejor que nadie, siendo como era la hija del jefe del departamento de policía de Vancouver.

Entonces, Andrew sospechó que había algún motivo más que no le quería contar. Después de mucho preguntarle, confesó que sabía que él tuvo un lío con una agente de policía de Calgary, cosa que el negó rotundamente.

Era mentira.

—Andrew, he visto una foto en la que estás con ella.

Eso a él le dejó mudo por unos segundos, cosa que ella interpretó según el renombrado dicho de “quien calla, otorga”. Para cuando él salió de su confusión, ya era demasiado tarde. La hija pequeña de Adrian Petrus había emitido una sentencia irrevocable.

—No sé de qué foto me hablas, pero es imposible porque yo no me he liado con nadie, Hannah. Desde que estamos juntos, te puedo asegurar que has sido la única.

—No mientas, por favor. Al menos, ten la decencia de reconocerlo. Sé lo que he visto.

—No has podido ver nada porque no hay nada, créeme —insistió el joven.

—Se acabó, Andrew. Cuanto antes lo asumas, mejor para los dos.

Gracias por corroborar mi teoría de que no merece la pena enamorarse porque, al final, el amor solo trae sufrimiento.

Él la miró absolutamente desconcertado. Él esperaba una cariñosa bienvenida después de estar casi un mes en Calgary y se encontró justo con lo contrario.

Frialdad, desdén y olvido.

Tenía que averiguar de dónde había salido aquella fotografía, si es que esta existía en verdad. La única explicación que encontraba era que fuese algún tipo de montaje de alguien que quisiera hacerle daño. De hecho, en Calgary se sintió atraído por una de sus compañeras allí, en eso Hannah había acertado, pero en ningún momento se planteó acostarse con ella, a pesar de que Thais le demostró que estaba en la misma sintonía que él y que Andrew le resultaba muy atractivo.

Sin duda, había sido un día de mierda para él. Al menos, tal y como pensó en un primer instante, el caso le servía como distracción. Apenas había pensado en su ex novia en todo el día.

Se convenció que el paso de los días iría cerrando la herida y traería con ellos el ansiado olvido.

Capítulo 16

Entorno

Spencer ya estaba en el bar cuando Andrew llegó por la mañana. Le resultaba increíble que aquel hombre pareciera estar siempre lleno de energía y de buen humor. A Davis, desde luego, los primeros momentos de la mañana siempre le costaban.

La única vez que conoció otra versión de Spencer, una en la que era un hombre más suspicaz y dado al enfado, fue durante el tiempo que permanecieron en Calgary. Aquel cambio de estado de ánimo tan poco habitual en él se debía a que el caso removió cosas de su pasado.

—¿Cómo puedes tener esa cara de llevar despierto siete horas, tío? Yo estoy que me caigo —se indignó Andrew. Necesitaba cafeína en vena para empezar a funcionar.

—Entre otras cosas, quizá, porque este ya es mi segundo café. Llegas tarde, por cierto, rubito —comentó, no como un reproche, sino como la simple constatación de un hecho. Su compañero solía ser bastante puntual.

Davis miró la hora en su móvil. Tenía razón. Ni se había dado cuenta.

Estaba más despistado de lo habitual. No volvería a pasar. A él no le gustaba que le hicieran esperar y por eso procuraba llegar siempre a su hora.

—Lo siento, Spence —se disculpó con sinceridad.

—Te lo perdono por ser tú y porque ayer estabas de bajón. Espero que estés hoy un poco mejor.

—Voy a pedirme un café que veo que al final llegamos tarde y necesito mi dosis de cafeína de manera urgente.

El detective Spencer Tracy leyó claramente entre líneas que su compañero no quería hablar de aquello. Podía ser un tanto hermético para compartir sus emociones. Era algo que había observado en el pasado. No es que no confiara en él. Simplemente, necesitaba su tiempo. No todos tenemos la misma facilidad para exteriorizar aquello que nos hace sentir mal ni para exorcizar nuestros demonios interiores.

Menos de veinte minutos después, entraban por la puerta de la comisaría, Andrew ya con otro talante gracias al efecto mágico que aquel líquido oscuro producía en él. Aquel día tenían previsto investigar el entorno de los jóvenes en lo que llegaban los primeros resultados de los distintos expertos. Estaban, en primer lugar, a la espera del informe de la forense, que confiaban que hubiera dado prioridad a ese caso en vista de las violentas circunstancias en las que había fallecido la pareja. También tenían que aguardar por la inspección del coche en el laboratorio, el análisis de rastros y el informe de balística, si es que ya habían recuperado la bala que había matado al chico.

—Tenemos que hablar con la familia —comentó Andrew, a sabiendas de que era lo que más incomodaba a los dos. A pesar de que la peor parte, es decir, la de comunicar a los padres el fallecimiento de los hijos, la llevaron a cabo dos agentes el día anterior, entrevistarles era algo realmente arduo en un momento de tan intenso dolor.

—Tienen que pasar a reconocer los cadáveres. Tal vez sea mejor

hacerlo aquí y no molestarles más veces. Si podemos evitarles visitas y malos tragos innecesarios, mucho mejor —consideró Spencer, poniéndose en el lugar de los familiares.

—Por mí perfecto. Tenemos que indagar a ver si está previsto que vengan a alguna hora concreta, tal y como imagino que será.

—Sí, enseguida lo preguntamos. En función de eso, organizaremos el resto de visitas.

—Debemos revisar también la información que haya disponible en la base de datos. A lo mejor encontramos algo revelador relacionado con los chicos.

—Y no nos conviene olvidar que teníamos previsto analizar la canción de manera pormenorizada.

Andrew asintió con un leve gesto de cabeza ante la última sugerencia de su compañero.

Descubrieron que los dos jóvenes eran de Nanaimo, una localidad situada en la bonita isla de Vancouver, a dos horas y media de la ciudad del mismo nombre. Ambos estudiaban en la Universidad de la Columbia Británica. Vivían en pisos de estudiantes bastante próximos a la facultad en la que cursaban sus carreras. Anteriormente, habían estudiado la Enseñanza Secundaria en institutos diferentes de su localidad natal, por lo que parecía factible que no se hubieran conocido hasta su etapa universitaria, aunque

todavía no podían estar seguros. Las casualidades existen incluso aunque estuviesen hablando de una ciudad con más de noventa mil habitantes como era el caso de Nanaimo. Sin embargo, eso solo podrían averiguarlo después de hablar con amigos y familiares. Ellos serían también los que podrían decirles si, por ejemplo, había algún ex novio celoso con antecedentes delictivos.

Era importante conocer el entorno en el que se movían, con qué personas solían relacionarse, qué lugares frecuentaban así como sus amistades más cercanas y también sus posibles enemigos, si es que los tenían. Tal vez entre aquella información dieran con un dato que les dijera dónde se habían cruzado con su ejecutor.

Empezarían con la familia y los compañeros de la facultad. Después, hablarían con sus profesores. Más tarde, interrogarían a los amigos en Vancouver y a aquellos con los que mantuvieran relación de su ciudad natal.

Para optimizar el tiempo y evitar, en la medida de lo posible, conflictos en los horarios, aguardarían la llegada de las familias para la identificación de los cadáveres, a pesar de que, por lo que habían averiguado, todavía tardarían posiblemente un par de horas. Era absurdo dirigirse en aquel momento a las dos facultades en las que estudiaban los chicos y que tuvieran que darse la vuelta porque les avisaban de que los padres de alguno de los dos fallecidos había llegado.

Capítulo 17

Destrozados

Mientras esperaban la llegada de los familiares, se dirigieron a hablar con Dylan por si había averiguado algo nuevo. Por el momento, no había encontrado ningún vídeo de los jóvenes en la red en el que sonara la canción de *Shallow* a modo de banda sonora, ya que en la mayoría de los casos sí que había una melodía elegida por el usuario acompañando la grabación. Las canciones *Perfect* y *Thinking Out Loud* de Ed Sheeran eran bastante recurrentes. Otros, por el contrario, subieron el vídeo sin más, con los sonidos de fondo del parque.

El informático sospechaba que era poco probable que el asesino lo cargara en internet dejando una evidencia tan clara que podía apuntar directamente hacia él. Sería un acto muy poco inteligente, en especial si no era diestro con la tecnología y no sabía tapar bien su rastro en la red. No obstante, seguiría buscando por si acaso hubiera algo que aún no hubiera entrado dentro de su radar.

En cuanto al número de reproducciones de la melodía en el coche, Dylan estimó que, teniendo en cuenta que la duración de la canción era de poco más de tres minutos y medio, eso le daba unas dieciséis veces por hora. Considerando la hora que había estimado la forense de la muerte, la cual todavía debía ser confirmada tras la autopsia, pero que se encontraba entre las ocho y media y las diez de la noche, según su último cálculo, la canción se había reproducido cerca de doscientas veces. Los detectives se sorprendieron de que no pudiera decirles un dato exacto.

—¿Pero no has encontrado ese dato en el móvil? Es raro, ¿no? No debería ser algo tan complejo —comentó extrañado Spencer.

—No lo es, puesto que el chico usaba el servicio de *streaming* de Apple Music, pero tenía desactivada la opción de “usar el historial de reproducción”. Está claro que no quería que le mareasen con

recomendaciones ni que le saltase música que no era de su gusto.

—Bueno, algo es algo —se conformó el detective moreno. Al fin y al cabo, el dato exacto no era lo más relevante, salvo que fuese la única opción que tuvieran para averiguar cuándo se produjo el asesinato.

En ese preciso instante, alguien les llamó.

—Andrew, Spence. La familia de la chica acaba de llegar. Iban a acompañarles un par de agentes al depósito de cadáveres. No sé si preferís esperar a que vuelvan —comentó un policía al que le pidieron anteriormente que les avisara cuando los padres de alguno de los dos ya estuvieran en comisaría.

—Gracias, Smith. No, iremos para allá. Nos gustaría ir con ellos y presentarnos, para que no sea todo tan frío, ya sabes —le explicó Andrew.

El otro asintió con la cabeza comprendiendo lo que trataba de decir.

Aquel era uno de los peores momentos de una investigación por homicidio.

Junto con el de comunicarle a la familia que uno de sus seres queridos ha fallecido, en especial si es en circunstancias tan violentas como esa, el de acompañarles a reconocer el cadáver era algo horrendo.

Salieron del departamento de medios, comunicándole previamente a Dylan que volverían a hablar en otro momento. Aquella canción se había reproducido en torno a doscientas veces. Algún significado tenía que tener, Andrew cada vez lo veía más claro. No podía ser fruto de la casualidad y le resultaba improbable que los jóvenes la hubieran programado para que se escuchara una y otra vez.

Se presentaron ante la familia de la chica consternados y ofreciéndoles sus condolencias, a pesar de que comprendían que en aquellos momentos los padres querían aferrarse a la esperanza de que la que estaban a punto de ver no era su hija. Tal vez existía algún tipo de confusión y su pequeña seguía viva. Es un egoísmo comprensible desear que sea la hija de otros.

Nadie está preparado para tanto dolor.

La forense ya les estaba esperando en el depósito de cadáveres cuando llegaron. Tenía el gesto sobrio, conocedora de los instantes desgarradores que estaban a punto de presenciar. Por desgracia para

los Sullivan, no cabía ni la menor duda de que la que yacía inánime era su querida Brenda.

Después del terrible trago, les dieron unos minutos para recomponerse mínimamente. Más tarde, les llevaron a una sala anexa para poder hablar con ellos con la mayor calma posible. Les ofrecieron algo para beber, pero ambos lo rehusaron. A Spencer y a Andrew les partía el corazón contemplar

a aquellos padres destrozados. Necesitaban empezar cuanto antes para dar caza al desalmado que les había roto la vida en dos.

—De verdad que lamentamos mucho hacerles pasar por este trance en este preciso instante, pero necesitamos que nos den toda la información que sea posible —les dijo Spencer, quien empleaba un tono de voz atemperado poco común en él que transmitía calma.

El padre acogía con su brazo derecho a su mujer, la cual no paraba de sollozar con un pañuelo de tela delante de la boca. Su cuerpo temblaba sin control.

Los detectives les dieron unos minutos adicionales para que pudieran adquirir algo más de sosiego. Era fácil ponerse en su piel y entender que cada cosa lleva su tiempo. Debían avanzar sin prisa, pero a la vez sin pausa.

—¿Necesitan que les traigamos algo? ¿Agua, tal vez? —preguntó una vez más Andrew.

—Un poco de agua, por favor —solicitó el padre en esta ocasión.

Davis salió enseguida de la sala para ir a buscar un par de botellas. No tardó demasiado en llegar. La cuestión era que parecían más tranquilos a su regreso, a pesar de que transcurrieron tan solo unos minutos. No tenía ni idea de si Spencer les habría dicho algo para tranquilizarlos.

—Muchas gracias —dijo el hombre.

—No hay por qué darlas.

—¿Llevaban mucho tiempo juntos Brenda y Somerset? —comenzó a interrogar el detective moreno.

—Sí, prácticamente desde que empezaron en la Universidad. Pero ya se conocían de antes. Creo que de alguna fiesta de cuando se

graduaron cada uno en su instituto, si la memoria no me falla —respondió el padre.

—¿Su hija les comentó en alguna ocasión si se sentía amenazada o tenía miedo por algo? Tal vez una sensación, un presentimiento… —indagó Davis.

—No, en absoluto. Brenda nos llamaba con frecuencia. Se la veía muy feliz y muy ilusionada. La última vez que hablamos con ella fue hace tres días. Nos dijo que Somerset la iba a llevar al parque del Puente de Capilano y estaba entusiasmada. Fuimos con ella cuando era una cría —dijo el hombre con una expresión nostálgica que también se dibujó en el rostro de la madre—. Estaba segura de que iba a pedirle que se casara con él.

Los detectives se extrañaron por eso.

—¿Ya lo sabía? —cuestionó desconcertado Tracy.

—No exactamente. Somerset era muy bueno, pero muy despistado.

Creo que mi hija descubrió sus planes porque vio el anillo. A aquel chaval le costaba guardar secretos, en especial si tenían que ver con Brenda.

Estaban muy enamorados, ¿saben?

El llanto de la madre volvió a ser más intenso otra vez. Hicieron una breve pausa mientras se recomponía ligeramente.

—Ese chico era un desastre total —dijo al principio con una sonrisa la madre, algo más repuesta—, pero quería tanto a nuestra niña que era imposible no adorarle.

—¿Cabe la posibilidad de que a su hija la estuviera molestando un exnovio, por ejemplo? —se atrevió a preguntar el policía más joven.

—Lo veo muy poco probable, detectives —respondió el padre—. En el instituto sabemos que estuvo con algún chico, pero nada serio. Con el único que había mantenido una relación como tal era con su novio actual.

—¿Qué tal le iba en la universidad? —trató de averiguar Spencer.

—Muy bien. Se graduaba este año y le preocupaban sus calificaciones, a pesar de que siempre obtuvo unas notas excelentes. Solía exigirse

mucho a sí misma.

—¿Es posible que alguien de su clase le tuviera envidia o compitiera con ella por una beca o algún proyecto? —continuó preguntando Tracy.

—Eso no lo sabemos. Tenía un buen grupo de amigos, por lo que nos contaba. Y su relación con el profesorado también era buena. Entiendan lo que queremos decirles —dijo el padre suspirando—. Nuestra hija no era perfecta y lo sabemos. Y seguro que tampoco nos lo contaba todo, como es normal. Puede que piensen que la estamos poniendo como la hija modelo, pero no es así. No idealizamos a ninguno de nuestros hijos, sino que los queremos y aceptamos con sus virtudes y sus defectos. Sencillamente es que no creemos que nadie tuviera motivos para hacerle daño. Jamás nos habló de que se sintiera amenazada ni de problemas con compañeros o amigos. Puede que los tuviera y no quisiera preocuparnos, pero supongo que algo le habríamos notado, un cambio en su carácter o qué sé yo. Sin embargo, nada era distinto últimamente, salvo su ilusión desmedida por esa supuesta pedida de mano —declaró el señor Sullivan.

Capítulo 18

Primeros resultados

Un par de días después, llegaron los primeros resultados del laboratorio.

Los técnicos de la científica habían revisado y analizado a fondo el vehículo. Encontraron múltiples restos biológicos que sospechaban que únicamente estaban relacionados con las dos víctimas. A falta de contrastar algunas muestras de ADN que llevarían su tiempo, sí tenían algunos datos relevantes que compartir con los detectives encargados del caso.

No había ni rastro del casquillo, tal y como sospecharon desde el principio. Parecía consecuente pensar que el asesino lo recogió antes de abandonar el escenario del crimen. Sin embargo, la bala había quedado alojada en un lugar que seguramente pasó desapercibido para el homicida.

La víctima tenía orificio de entrada y salida del proyectil, el cual había quedado atrapado en uno de los reposacabezas de los asientos traseros.

Quedó bien oculto en un pliegue, por lo que era improbable

encontrarlo en una revisión rutinaria y menos con poca luz como era el caso la noche de autos. Había sido necesario buscarlo a conciencia. Posiblemente gracias a eso, el responsable de la muerte de la pareja no se percató de que no seguía alojada dentro de la cabeza de la víctima. La bala había atravesado el cráneo desde la sien hacia el lóbulo occipital en una línea levemente descendente y el pelo había cubierto el agujero de salida de la bala.

Además, encontraron sangre y rasguños compatibles con las cuchilladas que había sufrido la víctima en el cinturón de seguridad del asiento del copiloto. Aquello les resultó inesperado a Andrew y a Spencer.

—¿Estás diciendo que tenía puesto el cinturón cuando la atacó? —

preguntó con evidente sorpresa Tracy.

Los detectives se miraron con el ceño fruncido. Aquello no les cuadraba. Estaban seguros de que el chico que estaba en el asiento del conductor no llevaba el cinturón de seguridad puesto cuando examinaron el escenario del crimen. ¿Por qué iba a ponérselo entonces la joven? Dudaban que los sanitarios que acudieron al lugar o los ayudantes de la forense se

hubieran entretenido en desabrochárselo, más sabiendo que eso sería alterar la escena e interferir en la investigación.

—Sí, eso exactamente —respondió el técnico—. Como ya sabréis, los cinturones que se utilizan en los vehículos se hacen con poliéster de resistencia industrial. El coche era relativamente nuevo, pero el cinto está deshilachado en algunos extremos que encajan a la altura del abdomen de la chica que estaba sentada en ese asiento. Si queréis, os hago una demostración con uno de los maniquís de prueba que tenemos. Podemos escoger uno que sea de complexión similar a la suya. Le ponemos el arnés y, si tenéis la foto del abdomen con las cuchilladas, podéis comprobar por vosotros mismos si tengo o no razón.

—Por supuesto. Eso estaría bien —indicó Davis, no porque desconfiara del técnico, sino porque le gustaría verlo por sí mismo para hacerse una idea más clara—. Danos unos minutos para que podamos acercarnos a por la carpeta con las imágenes.

—Ve tú, Andy. Yo me quedo aquí hablando con Freddy. Es absurdo que vayamos los dos para eso —se excusó Tracy.

Andrew asintió con la cabeza.

—Vengo enseguida.

Spencer quería aprovechar esos minutos para preguntarle por Lisbeth Gallagher, otra de las técnicas del laboratorio, con la que había tonteado en el pasado sin mucho éxito. Se llevaban bien, pero ella le había dado calabazas y había rehusado salir con él.

El detective rubio se dirigió a la planta baja, en la que estaban sus mesas de trabajo, para recoger el expediente del caso. Cuando llegó, su mirada se cruzó con la del jefe Adrian Petrus. Este pareció mirarle con suficiencia.

Andrew no acababa de entender cómo era posible que su relación con el comisario sufriese tantos altibajos en los últimos meses. Pasó de tenerle en el punto de mira justo antes de que investigaran el caso de la Asesina de las Lágrimas en el lago Louise, a mostrar con él una actitud paternalista y protectora inmediatamente después. Sin embargo, en los dos últimos meses su relación volvía a estar enrarecida por algo que desconocía.

Desde luego, debía sentirse aliviado después de su reciente ruptura con Hannah de que ya no hubiera ni la más mínima posibilidad de que se convirtiera en su suegro. Sospechaba que, de haber sido así, se habría encargado de hacerle la vida imposible. «No hay mal que por bien no

venga», pensó para consolarse. No quería pensar en aquello. Tenía otros menesteres de los que ocuparse en ese instante.

No se entretuvo. Cogió con presteza la carpeta y regresó sobre sus pasos. Petrus le siguió con la mirada, al tanto como estaba, de la situación actual entre su hija y su subalterno. El único que continuaba a ciegas en toda esa historia era el joven rubio.

Cuando regresó al laboratorio, encontró a Spencer y Freddy en animada conversación. Le daba la impresión de que no habían profundizado mucho más en el caso que les ocupaba, sino que habían aprovechado mientras él había salido para ponerse al día con otros temas.

—¡Qué bien os lo pasáis en mi ausencia! —señaló Andrew con cierta sorna.

—¡Bah! No seas envidioso. Tampoco eres tan aguafiestas, rubito —

respondió con una sonrisa de medio lado el policía moreno.

—Me estaba preguntando por la situación sentimental de Lisbeth —se chivó el técnico, que conocía perfectamente la relación que tenían los detectives y como se picaban el uno al otro. Era algo que le resultaba divertido y no quería perderse la oportunidad de verles en directo tirándose pullas.

—¿En serio, Spence? Si debes sacarle como cien años por lo menos.

Sería como emparejar el primer ordenador de la historia con un móvil de última generación. Seguro que no usan ni el mismo lenguaje, al igual que tú y Lisbeth.

—¿Pero cómo puedes ser tan cabronazo, Andy? Luego dices que te doy muchas collejas. Más te debería dar. No le saco tantos años como crees. Lo que pasa es que ella se conserva muy bien —respondió, haciéndose el ofendido.

—Bueno, Spence, es bastante más joven que tú… —subrayó Freddy nuevamente.

—¡Vale ya! Dejadme en paz los dos, que tenemos trabajo que hacer y lo único que estáis consiguiendo es distraerme —se frustró el moreno.

Andrew puso los ojos en blanco. Su compañero era incorregible. No sabía cómo era posible que todavía se sorprendiera de algo con él.

Los tres se dirigieron hacia la zona del laboratorio donde se hallaba el vehículo de la pareja después de su inspección. En una mesa próxima, se extendían todos los rastros que podían convertirse en una prueba o evidencia potencial. Entre ellos, debidamente embolsado y etiquetado, estaba el proyectil.

—¿Todavía no habéis llevado la bala a balística para que la analicen? —preguntó Andrew extrañado.

—Vendrán de un momento a otro. Les hemos dado aviso hace tan solo unos minutos, que fue cuando la hayamos. Cuando habéis bajado, acabábamos de encontrarla. Es más, casi la pasamos por alto y eso que hemos revisado a conciencia todo —se justificó Freddy.

—Dejaos de cháchara y empecemos —espoleó Spencer, todavía algo

molesto—. Tengo mucha curiosidad con el tema que has comentado del cinturón. Es que me parece increíble todavía que la chica se quedase con él puesto y no intentase escapar en ningún momento. No me cuadra, la verdad.

—No, a mí tampoco —apoyó su compañero.

Freddy se dirigió a un almacén anexo y volvió con un maniquí que podría ser bastante similar a la complexión de la joven.

—¿Podéis decirme cuánto medía la chica exactamente?

Andrew consultó el expediente.

—Un metro sesenta y cinco centímetros.

—Vale, vuelvo enseguida, porque esta se nos queda un poco corta.

Tendría que haberos preguntado antes.

—No pasa nada, hombre —le restó importancia Spencer.

Una vez más, se adentró en el almacén. Instantes después regresó con otro maniquí que supusieron si correspondía con las dimensiones de la víctima.

—Para ajustar el peso y el volumen, le añadimos o quitamos esto que veis aquí —les comentó, al tiempo que señalaba unos materiales que se adherían con facilidad.

Entonces se dispuso a colocarlo en el interior del vehículo y le ajustó el cinturón de seguridad.

—Acercaos y mirad lo que os decía.

Los dos policías se asomaron por el lado del asiento del pasajero. El joven, con un puntero láser que llevaba, les indicó los rasguños que tenía el cinturón de seguridad en algunos puntos. Podían encajar perfectamente con la marca dejada por un arma punzante.

Los policías miraron alternativamente las imágenes y las áreas que señalaba el técnico. Cada vez veían más claro que tenía razón. Aquella chica había sido asesinada con el cinturón de seguridad puesto.

—No lo entiendo, Andrew. ¿Y si había dos asesinos y cada uno atacó a una víctima?

Davis se quedó reflexionando.

—No lo sé, Spencer. Me parece un tanto extraño. Pero tampoco podemos descartarlo. Al fin y al cabo, estamos ante dos *modus operandi* totalmente diferentes.

Capítulo 19

Conclusiones de la forense

El informe de la forense se hizo esperar más de lo que les hubiera gustado a los policías. Tal vez no es que tardase demasiado, sino que la paciencia no se contaba entre las virtudes de Davis y Tracy cuando se encontraban en medio de una investigación por un crimen tan horrendo como aquel.

Cuando por fin este les llegó, se encontraron con nuevas sorpresas que les descolocaron todavía más. Necesitaban reunirse con ella para que les aclarase algunas cosas. Siempre era mucho más enriquecedor comentar el informe con el profesional que lo había elaborado que leerlo sin más, pues algunas apreciaciones no quedan recogidas por escrito. En no pocas ocasiones así se llega a un nivel de comprensión mayor y, por qué no, a los datos clave para resolver el caso en un momento ulterior.

—Caballeros, como ya se imaginarán, no tengo mucho tiempo. La mayoría de los polis sois iguales y queréis todo para ayer, así que espero que la reunión sea breve. Además, tenéis todo en el informe. Mis conclusiones están recogidas en él.

—Precisamente por eso queríamos hablar, Sheila, porque hay cosas que nos han suscitado dudas. Y déjate de tanto formalismo, que somos nosotros

—dijo Andrew señalando alternativamente a su compañero y a sí mismo.

Davis ya la conocía desde hacía bastante tiempo, pues desde que él recalara en Vancouver, habían coincidido en distintos casos. Se conocían bastante. Por eso sabía que, cuando usaba es tono tan formal y les hablaba de usted, era porque estaba de mal humor y trataba de interponer algún tipo de distancia. Alguien le debía haber tocado la moral recientemente.

—Espero que no sea porque estéis cuestionando mi trabajo, Andrew.

Porque hoy no estoy de humor para tonterías —confesó Sheila por fin, corroborando sin saberlo la teoría del detective rubio.

—Por supuesto que no. Nunca se nos ocurriría hacer tal cosa y menos de una magnífica y bella profesional como tú —peloteó Tracy.

—Spence, te aviso que tampoco me apetece hoy escuchar a lameculos de tres al cuarto. Así que más vale que vayáis al grano.

—Me ofendes. Y yo que pensaba que nos llevábamos bien —concluyó el moreno haciendo pucheros.

La forense suspiró. No podía resistirse a ese mastuerzo encantador.

Tampoco podía negar que le resultaba simpático y divertido. Se le pasó un poco el mal humor que le había provocado una reciente discusión con un colega.

—Venga, ahora en serio, chicos. De verdad que tengo mucho lío. ¿Qué es lo que no veis claro?

—Nos ha sorprendido especialmente lo de las heridas recientes en las palmas de las manos y las rodillas de la chica. No nos dimos cuenta de ello cuando estuvimos en la escena. Según recoges en tu informe, son heridas *ante mortem* que se produjeron muy cerca de su fallecimiento.

—Eso es. Me alegra saber que aprendiste a leer, Andrew. Ya puedes estar satisfecho de que todo tu tiempo en el colegio no fue perdido.

—Eso es un zas en toda la boca —se empezó a partir de risa Spencer, haciendo referencia con su comentario al personaje de Sheldon Cooper de la serie Big Bang *Theory*.

—Muy graciosos los dos. Menos mal que estabas de mal humor, Sheila.

Te ha faltado tiempo para burlarte de mí y encima delante de este —se quejó, señalando a su compañero.

—Ya ves. Supongo que habéis logrado que se me pase.

—¿Entonces? —insistió Andrew, tratando de reconducir la conversación.

—Entonces, ¿qué?

—Que no entendemos cómo es posible que la chica se cayera al suelo

poco antes de la muerte, puesto que según nos ha explicado el técnico de laboratorio, a la joven la apuñalaron con el cinturón puesto, el cual estaba impregnado de sangre, más de la que correspondería debido a las salpicaduras si hubiera estado colgado en reposo.

—No me corresponde a mí daros esa explicación, chicos, sino a vosotros hallarla. Lo que sí os puedo decir es que el técnico está en lo cierto, puesto que dentro de las heridas había fibras que ya he enviado a rastros, pero que me temo que posiblemente coinciden con el material de los cinturones de seguridad.

Los policías se miraron. Aquello no les terminaba de encajar debidamente.

—¿Y no es posible que las heridas de las rodillas y las manos se las produjese antes?

—Siento deciros que no por dos motivos. En primer lugar, el grado de cicatrización y, en segundo, por la sangre presente en las laceraciones que nos indica que fueron muy próximas a su hora de la muerte. Por otra parte, tanto en manos como en rodillas había arenilla que también he enviado al departamento correspondiente para que la analicen. Desde luego parecía grava. Tal vez ahí podáis salir de dudas si corresponde con el terreno del aparcamiento en el que estaba estacionado el vehículo —argumentó la forense.

—Es que nos parece extraño que la chica saliera del vehículo, se cayera al suelo y poco después volviera al interior para ser apuñalada. No tiene sentido —expresó con disgusto el más joven de los policías.

—No lo es tanto si su asesino la amenazaba con la misma pistola que acababa de matar a su novio, ¿no? Tal vez la obligó a volver —sugirió la forense, encogiéndose de hombros como si para ella aquello fuera bastante obvio.

—No se nos había ocurrido esa opción —confesó Tracy.

—¿Ah, no? —se sorprendió Sheila—. Tal vez porque estáis demasiado acostumbrados a buscar patrones.

—Es posible —aseveró Andrew.

—Bueno, pues no está de más que empleéis de vez en cuando el pensamiento lateral para buscar otras soluciones.

—Gracias por el consejo —dijo con sorna Tracy—. Supongo que

tomaste molde de las heridas de arma blanca.

—Spence, estás hablando con una profesional. Por supuesto que lo he hecho. Tendréis que esperar los resultados de la científica, pero tenía pinta de ser de un cuchillo de cocina de hoja corta o de un puñal. Me ha parecido, además, que parte de la hoja es dentada.

—Una cosa más —dijo el detective rubio.

—Dime. Te escucho —contestó, suspirando para que el detective sobreentendiera que se le estaba acabando la paciencia.

—¿Conoces la canción *Shallow*?

—¿La de Bradley Cooper y Lady Gaga que salían en la película *Ha nacido una estrella*? —cuestionó para asegurarse.

—La misma.

—Sí, la conozco. Recuerdo que estaba sonando en bucle en el coche cuando acudí al aviso. Casi he llegado a aborrecerla.

—¿Qué te sugiere? —preguntó Davis con curiosidad.

Spencer le miró entrecerrando los ojos. No parecía lo más apropiado preguntarle a la forense por aquello. ¿Adónde quería ir a parar? Tal vez él sí estaba empezando a usar el pensamiento lateral, tal y como les sugirió la doctora unos segundos antes.

—Bueno, parece una canción de amor por la melodía, el ritmo lento, las distintas inflexiones de las voces, en especial la de ella.

—¿Y la letra? —insistió Davis.

—Lo que a mí me llega es que va sobre dos personas que dialogan, supuestamente una pareja, y que tratan de encontrar la forma de salir a la superficie y hallar la felicidad, ¿no? Algo así. Aunque bueno, ya sabéis que, en ocasiones, las canciones encierran mensajes ocultos.

Eso era exactamente lo que pensaba Andrew.

Aquella canción decía algo más que aún no habían descubierto.

Capítulo 20

Informe de balística

El informe y la reunión con la forense había provocado más dudas en los agentes que otra cosa. Ahora parecía bastante plausible que la joven, al intentar huir de su asesino, se cayera al suelo y se hiciera rasguños en manos y rodillas. Eso habría proporcionado al homicida una ventaja.

—Si empezó a correr para alejarse del hombre que acababa de matar a su novio —comenzó a exponer Andrew—, es de suponer que volvería a levantarse rápidamente. La adrenalina correría a toda velocidad por sus venas y trataría de continuar con la huida a toda costa. De alguna forma, él logró que se detuviera.

—Seguramente la amenazó con su arma. No me sorprendería que hubiera una bala perdida en la linde del pequeño bosque que hay detrás del aparcamiento —argumentó Spencer.

—Ayer no se nos ocurrió buscarla, pero puede que tengas razón.

—Ayer no sabíamos que la chica intentó huir. De todos modos, no sé si eso cambiará mucho las cosas. Podemos ir a mirar si así te quedas más tranquilo, pero ya tenemos una bala: la que mató al chaval.

—Aún así, no estaría de más. Nos daría la trayectoria aproximada para poder reconstruir la escena al completo.

Recibieron una llamada de teléfono. El informe de balística estaba listo.

Sin embargo, al igual que habían hecho anteriormente con la forense, a ellos les gustaba hablar con el técnico que lo había redactado para poder hacerle las pertinentes preguntas.

Robby Patterson era un personaje un tanto singular. Desde luego, era un hombre entregado a su trabajo que no ocultaba su pasión por las armas.

Solía vestir como un auténtico *cowboy*, así que todos en la comisaría sospechaban que sería un asiduo de la Gran Estampida de Calgary que se celebraba a mediados del mes de julio y que era conocido como el mayor espectáculo de tierra al aire libre. Posiblemente, si así era, allí se pondría incluso las espuelas si tenía la oportunidad.

—¿Qué pasa tíos? ¿Cómo estáis? —les saludó chocando las manos con los detectives.

—Nos han dicho que tenías listo el informe de balística y hemos

venido rápidos como una bala —bromeó Spencer.

—Muy gracioso. Te debes haber tragado óxido nitroso para desayunar, tronco. Por si no lo sabes, es el gas de la risa —respondió con cara de escarnio.

Spencer seguía carcajeándose de su propia gracia, mientras que Andrew negaba con la cabeza con incredulidad, porque no se creía que siguiese riéndose por aquella tontería.

—Cuéntanos, Robby, y cuando este ser del inframundo vuelva en sí, ya le hago un resumen de lo que me cuentes.

—Muy bien. Vamos allá.

—Estoy, estoy —dijo Tracy, secándose las lágrimas de tanto reírse. En realidad, lo que más gracia le había hecho fue la cara de sus dos compañeros.

—Muy bien. Pues allá voy. En primer lugar, puedo deciros que tenemos una bala de nueve milímetros. En función de las estrías y las marcas halladas en dicho proyectil, estamos hablando de una Luger.

Andrew se quedó petrificado ante aquella afirmación.

—¿Estás seguro?

—Segurísimo. Veréis, la balística, como os he dicho, se fundamenta en las lesiones que deja el proyectil al deslizarse por el cañón. ¿Qué sucede?

Muy sencillo: cada cañón deja unas marcas que son únicas, las cuales se derivan del propio proceso de fabricación porque no es posible alcanzar la perfección. Eso sí, dichas marcas se ven mirándolas por el microscopio, no es posible detectarlas a simple vista. Por eso, os he dejado ampliaciones para que podáis apreciar lo que digo. Os lo voy a mostrar.

Sacó las imágenes del sobre que contenía el informe y las fotos para detallarles lo que estaba explicándoles. Los dos detectives observaron con sumo detalle.

—Partiendo de lo que acabo de contaros, cada bala tendrá unas cicatrices propias del tipo de cañón por el que ha pasado, como son las estrías, su inclinación o el campo que resta entre ambas. En cañones de las mismas características, estas marcas son muy

semejantes y por eso podemos identificarlo. Pero, además, también quedan unas marcas que son exclusivas del cañón que se ha usado.

—Luego, no hay duda alguna, es lo que estás diciendo, ¿no? Es una Luger 9mm —trató de asegurarse Davis.

—Exacto. Al microscopio podemos averiguar con qué cañón se disparó una bala y otras lesiones significativas que quedan en la vaina o en la cápsula iniciadora son las que nos ayudan a identificar el arma. En este caso, gracias a que la bala no está demasiado deformada, hemos podido obtener todos los datos. Además, puedo aseguraros de que usó un silenciador.

—¿Y no puede haber algún error? —insistió Andrew, tal vez porque no quería creer que estuviera en lo cierto en su teoría. Si era así, podían estar ante el inicio de una cadena de asesinatos.

—No. Lógicamente, hemos realizado un estudio de comparación con diferentes balas y armas aquí en el laboratorio, y por eso estoy tan seguro de lo que os digo. Si los análisis tardan tanto, chicos, es por algo. Hasta que no tenemos un alto grado de certeza, no realizamos el informe definitivo. Es muy importante identificar bien el arma. Si no hiciéramos adecuadamente nuestra labor, sería complicado que vosotros pudierais realizar la vuestra.

Capítulo 21

Escucha con atención

Cuando finalizaron la conversación con Robby, el técnico de balística, se dirigieron hacia sus mesas de trabajo. Andrew estaba deseando compartir algo con Spencer que le había removido de manera intensa cuando había hablado del tipo de arma que utilizó el asesino para matar al chico.

Procuraba por todos los medios no dejarse influenciar por sus hipótesis previas, las cuales a veces son poderosas y continuamente nos llevan por un camino que conduce a su confirmación. Pero aquel hecho era insoslayable.

—Spence, creo que tenemos que hablar de algo de lo que aparece en el informe de balística —dijo Andrew agitando la carpeta con el informe que llevaba en su mano derecha.

Tracy acababa de acomodarse en su escritorio y puso los pies sobre la mesa. Intuía lo que le iba a decir su compañero.

—No hagas eso, tío, que da muy mala imagen —le regañó el policía rubio.

—¿El qué? —preguntó con cara de extrañeza.

—¿Como que el qué? Poner tus pinreles encima de la mesa. Es de mala educación. ¿O es que nadie te lo enseñó? En serio, te estás volviendo cada vez más gañán.

—Ya está el señorito refinado poniéndome pegas.

—Bájalos —ordenó esta vez Davis.

—Ya voy —rezongó—. Bueno, ¿qué es eso de lo que tenemos que hablar?

—Del arma del asesino. Utilizó una Luger 9mm. ¿Sabes lo que eso significa?

El otro lo pensó un instante. Sabía por dónde iba su compañero. No era la primera vez que lo comentaban.

—Es la misma que utilizó el Asesino del Zodiaco hace más de cincuenta años en sus crímenes.

—Exacto. Y empiezo a pensar que ayer no nos dimos cuenta de valorar otra posibilidad. Tal vez no aparcó el coche al lado, como pensábamos, sino que lo puso justo delante del de los jóvenes para desconcertarles y dificultarles que pudieran irse rápido.

—Bueno, eso ya no lo veo tan claro. El *parking* estaba desierto. Solo tenía que dar marcha atrás. No sería tan fácil impedirles escapar.

—De acuerdo, es posible. Pero estoy seguro de haber leído en más de una ocasión que el Asesino del Zodiaco ponía el coche delante del otro con los faros encendidos para deslumbrar a sus víctimas. No lo veo imposible.

Spencer resopló.

—Este caso es un puto caos.

—¿Qué quieres decir? —preguntó el rubio.

—Muy sencillo. Al igual que tú, veo que este criminal parece querer hacernos pensar que es un imitador del Asesino del Zodiaco, pues sabemos que obviamente no es él. De aquellas, ya se pensó en un

asesino de unos cuarenta o cincuenta años. Si sigue vivo, ahora estará para hacer chóped con él. Como acabo de decir, han pasado más de cincuenta años desde su último homicidio. Puede rondar los noventa como mínimo, si no tiene ya cien. Eso suponiendo que no haya muerto.

—Sí, eso por descontado. No puede ser el mismo de entonces —

corroboró Davis.

—Sin embargo, sí que imita en cierto sentido su *modus operandi* y la elección de las víctimas, una pareja dentro de un coche. ¿Sabes que pienso?

Que intenta despistarnos con esto. Han pasado ya casi dos semanas y no tenemos ningún mensaje cifrado ni ha contactado con los medios de comunicación, que es precisamente lo que más definía al famoso Asesino del Zodíaco, ¿no te parece? —argumentó Tracy.

—Pero puede ser un admirador.

—O puede que eso precisamente sea lo que quiere que pensemos.

Andrew reflexionó con el ceño fruncido. Era posible. No obstante, la elección del arma de fuego no podía ser casualidad. Una Luger 9mm. Esa fue la que usó en su primer crimen en en las cercanías de los límites de la ciudad de Benicia, en California. Vale que era un arma bastante común, pero precisamente esa pistola en las circunstancias que rodeaban al crimen era un plus añadido para, como mínimo, cuestionarse el asunto.

—Supongo que me estoy dejando llevar por… —comenzó a claudicar Davis.

—¡Andrew! ¡Spence! —les interrumpió Dylan, que venía deprisa desde la sala de medios—. Tenéis que venir. Creo que tengo algo. Casi no me creo que no me diera cuenta antes.

Siguieron al informático a la sala de medios audiovisuales. Parecía bastante excitado. Andaba muy rápido y se le veía nervioso.

—¿Puedes contarnos que estamos a punto de ver? —preguntó el rubio inquieto.

—Lo he encontrado —dijo mirándoles con ojos ansiosos.

—¿Qué has encontrado? —intentó averiguar de una vez por todas Tracy, a quien también empezaba a ponerle de los nervios.

—Lo que me dijisteis que buscara. La canción —se explicó, viendo la cara de despistados que tenían ambos detectives.

—¿Alguien ha subido la grabación de la pedida de mano con esa melodía de fondo? —preguntó esperanzado Andrew. Aquello sería una pista excepcional.

—No, no. Alguien no. Todos —respondió con entusiasmo.

Esta vez sí que la cara de los dos policías reflejaba su absoluto desconcierto. ¿Qué podía significar aquello? ¿Cómo era posible que tanta gente se hubiera puesto de acuerdo para subir la misma canción con las mismas imágenes? Además, no tenía sentido que Dylan dijese ahora aquello, cuando siempre mantuvo que nadie había usado la melodía con ese vídeo.

—Pero, no lo entiendo. Suena descabellado lo que dices, Dylan.

—E improbable, incoherente, absurdo… —apostilló Tracy.

Davis le miró de forma reprobatoria. Tampoco había que ser tan incisivo.

—Es justo lo contrario de lo que nos dijiste —insistió Andrew, para ver si así Dylan les aclaraba lo que estaba asegurando.

—Miradlo vosotros mismos. Y, sobre todo, escuchad con mucha atención. Tenéis que afinar bien el oído, ¿de acuerdo?

Fue reproduciendo distintos vídeos, los cuales tenían el sonido original del parque y no llevaban ninguna pista de música adicional.

—Yo no escucho una mierda —se quejó el detective moreno.

—Bueno, es verdad que aquí no hay silencio precisamente. Te dejo unos cascos con cancelación de ruido —le propuso, girándose a coger unos en una armario auxiliar que había cerca—. ¿Necesitas tú otros, Andy?

El detective rubio estaba absolutamente absorto en los vídeos que se reproducían uno tras otro en el ordenador del informático. Ni siquiera le escuchó.

—Tenías razón. La canción se escucha en todas las grabaciones. Creo

que el sonido sale del móvil del chico —expuso atónito.

Capítulo 22

Pareja

El final de agosto solía venir acompañado de una bajada de las temperaturas que anunciaba ya la llegada de septiembre. No obstante, a los oriundos de Vancouver les gustaba aprovechar hasta el último momento del verano para disfrutar al aire libre. Aunque las temperaturas no eran tan extremas como en otras zonas del país, los inviernos no dejaban de ser bastante frescos y desapacibles con muchos días de lluvia.

Sonny y Lisa no eran una excepción y, siendo jóvenes como eran, solían estar poco tiempo en casa. Les encantaba, además, pasar tiempo junto al mar. Aquella semana acudieron cada tarde a disfrutar de los últimos rayos de sol en Sunset Beach, donde los atardeceres eran espectaculares. Ese momento efímero de reinado del ocaso, en el que morían los rayos del sol, con sus luces anaranjadas devoradas bajo las ya frías aguas del océano Pacífico.

Solían extender una manta en la arena y llevaban una nevera con bebidas y unos sándwiches para tomarlos juntos tranquilamente. Podían pasar horas hablando y, cuando el tema de conversación se agotaba, entonces era sustituido por besos y arrumacos. Con un altavoz, reproducían la música que les gustaba y amenizaban así la velada. Además, solían llevar alguna manta extra para echársela por encima cuando ya el astro rey se esfumaba y caía la temperatura de forma estrepitosa.

Unos días antes, Lisa tuvo la sensación de que alguien les observaba desde la zona de los árboles, pero ninguno de los dos vio nada. Desde entonces, se mostraba un tanto desconfiada y miraba de reojo cada dos por tres para comprobar lo que su instinto le decía: que el peligro acechaba en las sombras.

—¿Otra vez estás con eso, *baby*? Estás un pelín paranoica, ¿no crees?

—se burló el chico, quien quería restarle importancia a sus preocupaciones.

Lisa solía ser un poco miedica.

—Vete a la mierda, Sonny. No estoy paranoica, ¿vale? El otro día te juro que se movió algo entre los árboles. Juraría que era un tío

bastante grande —se molestó ella ante el comentario.

—Bueno, seguramente. No lo dudo, de verdad. Me refiero a lo de que vieras algo moverse. Lo más probable es que fuera algún animalillo, ¿no lo has pensado? Anda, ven aquí y arrímate a mí —dijo conciliador, procurando hacerla cambiar de tema y olvidarse de sus miedos.

La chica se acercó un poco más hacia su novio y este la estrechó contra su cuerpo. La besó en la sien y con su mano derecha le acarició la espalda.

Le gustaba mostrarse protector con ella.

—Conmigo no tienes nada que temer, pequeña —dijo lleno de seguridad.

—¡Cómo te gusta hacerte el machito! Y luego ves una araña y sales corriendo despavorido —se burló la joven poniendo los ojos en blanco.

—No era una araña cualquiera. Era muy grande. Tú no la viste tan bien como yo, así que no me juzgues sin saber. Ahora mismo podría estar en el hospital con una picadura horrenda. Hasta mi vida podría estar en peligro.

¿Y qué harías tú sin mí entonces? —bromeó.

La chica empezó a reírse. Justo en ese momento, oyeron un ruido a sus espaldas y se giraron instintivamente. Se mantuvieron así unos segundos, comprobando que no hubiera nada que no debía estar allí.

—¿Ahora quién es el paranoico? —preguntó Lisa, viendo la cara de susto de su pareja.

—Muy graciosa. La culpa es tuya que me metes ideas extrañas en la cabeza.

Rieron de nuevo despreocupados, como nos reímos cuando tenemos veinte años y no le damos verdadera importancia a nada. Siempre hay algo dispuesto a reemplazar nuestras preocupaciones del momento para ocupar nuestra atención y disipar nuestros miedos. Siempre hay una propuesta de diversión a la vuelta de la esquina que hace que nos olvidemos de lo que instantes antes nos mantenía el corazón encogido.

No sintieron temor.

Volvieron a mirar hacia el mar.

Sería lo último que harían.

Capítulo 23

Shallow

Aquello fue una inesperada sorpresa. La canción sin duda tenía un significado, pero todo indicaba que era para la pareja, no para el asesino.

Era posible que ya se estuviera reproduciendo en bucle en el aparato de música del coche y que el responsable de la muerte de los jóvenes no tuviera nada que ver en ese asunto. Justo al contrario de lo que ellos teorizaron.

—Tal vez me obcequé demasiado con eso —confesó Andrew—. Igual, en realidad, no tiene ninguna relevancia en la investigación. A veces me pongo muy pesado con según qué cosas. Lo siento —se disculpó decepcionado consigo mismo.

Su compañero se lo pensó unos instantes antes de contestar. ¿Se había empecinado demasiado Andrew en relación a su teoría? Bueno, Davis era un policía con instinto. Convenía escuchar lo que tenía que decir. Se podía equivocar, por supuesto, como hacemos todos. Nadie es infalible. Pero siempre convenía darle un voto de confianza por si acertaba en sus suposiciones y estas les conducían por el camino certero.

—No lo creo —expresó por fin el moreno—. Para mí sigue siendo relevante. Nos habla de los chicos. Era importante para ellos, por lo que parece, así que igual sí deberíamos prestar atención a lo que nos dice la canción. Voy a bajarme la letra y le echamos un ojo en lo que nos llegan más resultados. Al fin y al cabo, ya habíamos hablado de hacerlo y lo hemos ido postergando por otros asuntos.

—Bueno, tenemos más entrevistas que hacer, Spence. No sé si deberíamos dejar esto aparcado un poco más y centrarnos en el resto de temas pendientes.

Al detective rubio se le notaba un tanto desencantado, como si se culpara porque su intuición hubiera fallado esta vez.

—Sí, lo sé, chaval. Tenemos que seguir con los interrogatorios. Es el procedimiento y está para algo. Pero, seamos sinceros, ninguna nos ha

aportado nada hasta el momento. Puede que esto ahora nos diga algo más que habíamos pasado por alto. Ya sabemos que eran buenos estudiantes y también buenos chicos, que llevaban ya tres años de relación, conocemos con qué tipo de gente solían moverse, chavales universitarios como ellos y bla, bla, bla. Además, ya hemos hablado de lo raro que suena el hecho de que alguien que conocen les siga hasta el Capilano para matarlos allí.

Contamos con mucho contexto relacionado con el caso, pero nos sigue faltando el motivo. Sabes también como yo que descubrir el por qué es lo que, en no pocas ocasiones, nos conducen al responsable. Debemos analizar la anatomía de ese motivo y estudiarlo.

Andrew parecía haber entrado en negación.

—Sí, estoy de acuerdo en lo raro que suena que alguien les siguiera hasta el Capilano para matarles —señaló, obviando el último argumento esgrimido por su compañero—, pero también concluimos que, si el chico bajó la ventanilla, era porque conocían a su asesino. ¿Por qué iba a hacerlo si no?

—O, tal vez, lo que sucedió es que simplemente no les pareció una amenaza. Hay personas que parecen absolutamente inofensivas.

Ahora fue Andrew el que se quedó dándole vueltas a esto. Era una opción plausible. No habían considerado la posibilidad de que fuera, por ejemplo, una mujer. Pocas veces una figura femenina se percibe como algo amenazante.

—No hemos tenido en cuenta la posibilidad de que el asesino fuera una asesina en realidad —barajó el rubio.

—No lo sé. La estadística nos dice que es poco probable, chaval. Yo no apostaría por ello.

—Pero no es imposible. Tú mismo has dicho que hay que considerar que los chicos no vieran como algo amenazante a quien se acercó. No deberíamos descartarlo.

—Estamos hablando de apenas un cinco por ciento de posibilidades de que una mujer sea la responsable de un crimen violento como este.

—Lo sé.

—Además, puede que fuera la ejecutora del disparo, pero además tuvo que acuchillar a la chica. Fueron trece puñaladas que revelan ira y

sentimientos fuertes de odio. Por otra parte, requieren de bastante fuerza.

Todos estos elementos juntos no apuntan a una mujer. Al menos, no en primera instancia.

—Ya dijimos que eran dos *modus operand* i, ¿no? Tal vez sean un equipo —sugirió esta vez, retomando una teoría que ya barajaron días atrás.

—Creo que no debemos precipitarnos, chaval. Vamos a esperar a que nos digan algo más las pruebas y a avanzar un poco más en la investigación.

Vayamos sin prisa pero sin pausa, ¿vale?

—Puede que tengas razón —suspiró Davis.

Spencer se dio cuenta de que su compañero se mostraba un tanto ansioso, con una imperiosa necesidad de avanzar y resolver aquello cuanto antes. Tal vez era debido a que estaba acusando el dolor emocional que le había causado su ruptura con Hannah. Confiaba en que, con el tiempo, volviera a estar bien. Ojalá le costara menos compartir sus sentimientos y sacarlos fuera. Sin embargo, desde que le conocía, se había dado cuenta de que Andrew solo exteriorizaba lo que sentía cuando las emociones le desbordaban.

Imprimió dos copias de la letra y sujetó con un imán una de ellas a la pizarra, junto con las imágenes de los chicos y algunos otros elementos de la investigación. La otra copia la dejó sobre la mesa para leerla con atención y tratar de desentrañar un significado más allá del aparente.

—¿A ti no te pasa que no puedes leer una canción sin escuchar la melodía en tu cabeza? —preguntó el moreno, que veía que no podía leerla sin tararearla al mismo tiempo.

—¡Claro! Debe pasarle a todo el mundo. Salvo que no la conozcas de nada. Y, a veces, te parece que la canción no tiene tanto sentido sin la música.

—Y al revés también. Puede pasar que leyéndola encuentres un significado que te ha pasado desapercibido cuando la escuchabas. Por ejemplo, eso es justo lo que me pasó con *Every breath you take*, de The Police. Igual no sabes ni cuál es, ya que todavía no controlabas esfínteres cuando se estrenó este temazo —le vaciló Spencer.

—Perdona, yo tengo cultura musical, por si no te habías dado cuenta.

—Bueno, bueno, dejémoslo ahí, ja, ja, ja —rio el moreno—. Como iba diciendo, cuando escuchas *Every breath you take* te parece que estás escuchando una canción de amor, cuando en realidad nos habla de un acosador que vigila cada movimiento de su objetivo. Es muy siniestra, la verdad.

—Así que es posible que, incluso, tenga un sentido diferente para la pareja y para el asesino —puntualizó Andrew, refiriéndose ahora a la

canción que sonaba en el escenario del crimen del Capilano.

—Lo mejor será echarle un vistazo a la letra teniéndola delante. Pero sí, puede que para los chicos fuera importante hasta el punto de reproducirla en el momento de la pedida, pero es posible que para nuestro sujeto también lo fuera. Y no debemos descartar que presenció todo en el parque, por lo que el hecho de que sonara en el vehículo tendría un sentido adicional.

—Como si se burlase de ellos.

Spencer puso el papel entre ambos para que pudieran leerla sin dificultad. Primero la leerían toda del tirón, para después subrayar aquello que les llamase la atención por algún motivo concreto.

Tell me something girl Are you happy in this modern world?

Or do you need more?

Is there something else you're searching for?

I'm falling

In all the good times I find myself longing for change And in the bad times I fear myself Tell me something boy Aren't you tired trying to fill that void?

Or do you need more?

Ain't it hard keeping it so hardcore?

I'm falling

In all the good times I find myself longing for change And in the bad times I fear myself I'm off the deep end

Watch as I dive in I'll never meet the ground

Crash through the surface Where they can't hurt us We're far from the shallow now

In the shallow, shallow [1]

—No sé qué te parecerá a ti, Andy, pero yo en esta canción veo cierta desesperación y desencanto. Además, tengo la sensación que habla de la incapacidad para superar algo.

—Sin embargo, desde los ojos de alguien enamorado, tal vez no sienta lo mismo con esta canción. Para ellos podía ser justo lo contrario, esa fuerza que da el amor para sobreponerse de esas situaciones en las que parece que nunca tocas fondo y, al tener a tu lado a la persona adecuada, crees que no hay nada que no puedas superar.

Spencer dudó si preguntar lo que tenía en mente a continuación. Puede que no fuera un buen momento, pero también cabía la posibilidad de que no

hubiera ninguno mejor.

—¿Qué tal llevas lo de Hannah?

Andrew le miró serio. Aquella pregunta le había pillado desprevenido.

¿Qué tal lo llevaba? Pues no sabría decirlo con exactitud. Simplemente procuraba pensar en ello lo mínimo posible.

—No demasiado bien todavía —confesó.

—¿Has probado a hablar con ella otra vez?

—No. Y no voy a hacerlo, Spence. Ella decidió sin escucharme que no podía confiar en mí. No hice nada para merecerlo. No creo que esté en mi mano que cambie de opinión. Creo que necesito pasar página y reencontrarme a mí mismo. No quería una relación. No estaba preparado para una y, a pesar de ello, me dejé llevar. Y fue un error.

— *Tell me something boy. Aren't you tired trying to fill that void?* —

cantó Spence, pillando al rubio a contrapié.

—¿Se puede saber qué haces, mameluco?

—¿No te das cuenta? Esta canción también habla de ti. Tal vez porque todas tienen múltiples significados en función de quién las interprete.

Andrew se quedó mirándole, hasta que agachó la cabeza. Era cierto.

Desde que rompió con Melissa, hacía ya casi cuatro años, seguía sintiendo que tenía un vacío en su interior que había intentado llenar de distintas formas y que no había logrado, tal y como decía aquella frase de la canción que acababa de entonar su compañero.

—¡Chicos! Ha entrado un aviso —les dijo, de repente, uno de los agentes que solía estar en la entrada de la comisaría. Andrew agradeció la interrupción. No se sentía con ganas de ahondar en temas personales.

—¿Qué ha pasado?

—Parece que han encontrado asesinada a una pareja en Sunset Beach.

Petrus me ha encargado que os avisara para que fuerais para allá lo antes posible.

Capítulo 24

Cama de rosas

La escena del crimen transmitía el claro mensaje de que estaban probablemente ante el mismo asesino que había ajusticiado a la pareja en el parque del Puente de Capilano. Muchos elementos coincidían con aquel, salvo que esta pareja de jóvenes no se encontraba en el interior de un vehículo.

Una vez más, el chico tenía un balazo en la cabeza que invitaba a pensar que fue el primero en caer, y la chica lucía varias cuchilladas en el abdomen que pronosticaban una posible muerte por exanguinación, salvo en el caso de que una de ellas fuera lo suficientemente profunda para haberle dañado un órgano vital. En ese supuesto, la muerte podría haberse producido de forma más rápida.

Había una diferencia respecto al crimen anterior. En este caso, se apreciaba un rastro de sangre en la arena a cierta distancia de la manta en la que reposaba sin vida la pareja y también se apreciaban marcas de arrastre.

—Tiene un balazo en la pierna —observó Spencer mirando a la chica.

Andrew no se había dado cuenta de ese detalle todavía. Probablemente, la joven había intentado huir sin éxito. Si la amenazó con dispararla, es posible que no surtiera el efecto deseado y la chica

no hiciera caso. Si fue así, el asesino debió optar por dispararla para frenar su huida. Esa buena puntería hablaba de un hombre que estaba acostumbrado a manejar armas.

No quería matarla de un balazo. Para él, el asesinato de la joven debía ser algo mucho más personal.

—El *modus operandi* es similar al del crimen anterior —señaló el rubio.

—Y al del Asesino del Zodiaco —observó Tracy en esta ocasión.

—Eso estaba pensando, aunque no me atrevía a decirlo, por si me estaba obsesionando con eso. Pero lo cierto es que sigo encontrando semejanzas, aunque no se cumpla fielmente el patrón.

Tracy asintió, dándole a entender que comprendía a qué se refería.

Parecía algo descabellado, después de los años transcurridos, que alguien

utilizase precisamente esos crímenes como espejo.

—Supongo que la bala corresponde a una Luger 9mm, pero tendremos que esperar la confirmación de balística —complementó el detective moreno.

—Me temo que estaba escondido entre esos árboles que hay ahí detrás.

Sería un buen lugar en el que resguardarse y esperar a que cayera la noche

—conjeturó Davis en esta ocasión, analizando el escenario del crimen. Era importante intentar ponerse en la piel del asesino para saber cómo había actuado.

Spencer miró hacia el lugar que señalaba su compañero. Desde luego, era un buen sitio en el que resguardarse sin ser visto. Dependiendo de la hora a la que se cometiera el crimen, cosa que todavía desconocían hasta que la forense les facilitara aquella información, podía haber pasado absolutamente desapercibido. Sunset Beach estaba en un lugar bastante resguardado y no solía concentrarse tanta gente como en la playa de los ingleses.

—Hay una cosa más. Me temo que ya podemos aseverar que conocemos su firma —defendió Davis.

—Es la música. Una canción. Tal vez un mensaje.

— *Bed of roses* —dijo ahora Andrew.

—Sí, Bon Jovi en esta ocasión —señaló Spencer—. ¡Qué pena escuchar una canción tan bonita en un contexto tan macabro! Es una puta obra maestra.

—Hay pétalos de rosa, Spence —señaló el detective rubio, destacando sin palabras que aquello sí parecía premeditado, a diferencia con el homicidio del Capilano.

—Cierto —corroboró el moreno, quien no estaba pensando lo mismo que su compañero, sino en la escenificación que suponían los pétalos de rosa extendidos sobre la manta alrededor de la chica.

—Dudo mucho que en este caso la canción sea solo casualidad. Me da igual si los chicos la estaba escuchando cuando llegó él. Está sonando por algo. Creo que intenta mandarnos un mensaje —pronosticó Davis.

—Además, parece que este crimen ha sido preparado de antemano. No creo que llevase una bolsa con pétalos de rosa por casualidad. Quería escenificar su mensaje. Los ha estado vigilando.

—Eso es justo lo que estaba pensando. Sabía que estos chicos estarían aquí —conjeturó Davis, mientras seguía observando con detalle todo lo que

veía a su alrededor, centrándose especialmente en lo que había sobre la manta en la que estaban tendidos los dos jóvenes.

—Puede que los haya observado días atrás, como bien dices. Sin embargo, mantengo la idea de que a los del Capilano no. Cabe la posibilidad de que los conociera previamente por lo que hemos hablado otras veces, pero los mató porque surgió la oportunidad, no porque lo tuviera planeado. No podía prever que esa pareja fuera a quedarse más tiempo en el aparcamiento al salir del parque. Pero los encontró allí y algo actuó como detonante dentro de él. Sin embargo, aquí hay cierta planificación —explicó Spencer Tracy.

—De acuerdo, no hubo premeditación con las primeras víctimas. Estoy de acuerdo en eso contigo. Sin embargo, llevaba la Luger consigo. ¿Qué nos dice eso? —preguntó para que el otro reflexionara con él—. Creo que la idea de matar ya le rondaba la cabeza.

Spencer se dio cuenta de que no era desacertado llegar a esa

conclusión.

Llevaba consigo un arma y un silenciador, lo que indicaba que la intención ya había germinado dentro de él.

—Es posible que no se hubiese atrevido hasta ese momento. Pero vio la oportunidad. Ese coche solo en el aparcamiento, ya de noche. No quedaba nadie por allí. Nadie podía oírle y tampoco socorrerle. Era la oportunidad perfecta.

—Y, quizá me equivoque, pero tengo la sensación de que se ha vuelto más osado. No le ha importado dedicar tiempo a esparcir los pétalos, pues dudo que ya estuvieran aquí antes. Alguien podría haberle visto, pero no ha temido por ello —aseveró el más joven de los dos policías.

—Lo veo factible.

—Si tenemos razón, está cogiendo confianza y no va a parar aquí.

—No. No lo va a hacer. De hecho, acaba de empezar.

—Estamos al principio de una serie de crímenes —concluyó con disgusto Andrew.

Capítulo 25

Análisis

Tal vez no fuera lo más ajustado al procedimiento, pero Andrew tenía un pálpito respecto a las canciones que sonaban en las dos escenas de los crímenes. Por un lado, veía evidencias de que estaban ante un admirador del Asesino del Zodiaco, puesto que como él, estaba matando a parejas de enamorados. Primero acababa con los hombres, lo que sentía como la mayor amenaza, y luego ejecutaba a las mujeres. Esas eran las similitudes, aunque también estaban dos hechos más que reforzaban la teoría: una pareja había sido asesinada en su coche y otra lo hizo mientras pasaba una agradable velada tendidos sobre una manta al aire libre. La diferencia era que no estaban en un lago, sino una playa.

—¿Qué sabemos del Asesino del Zodiaco, Spence?

—¿Aparte de que nunca lo atraparon? —dijo con desazón. Esperaban que en eso el caso fuera radicalmente distinto.

—Muy gracioso. Si empezamos así a investigar, pensando que no lo

vamos a pillar, podemos darnos por jodidos —dijo un tanto enrabietado el más joven.

—Hay que ver, rubito, qué poco sentido del humor te gastas últimamente. Venga, va, hagamos memoria entre los dos. Seguro que nos da para elaborar una tesis si juntamos nuestros dos privilegiados cerebros.

—Es uno de los casos que estudiamos en criminología. Creo que me acuerdo de bastantes cosas.

—Entre los dos podremos completar la historia. Y si no fuera así, siempre podemos recurrir a la base de datos o, como último recurso, a internet.

—Vale, empiezo —se lanzó Davis—. Si no recuerdo mal, las dos primeras víctimas en diciembre de 1968, estaban en su primera cita. Iban de camino a visitar a un amigo antes de ir a un concierto, un espectáculo o algo similar. De camino, se detuvieron en un restaurante y luego estacionaron en

un cruce, con tan mala suerte de que su asesino justamente pasaba por allí a esa misma hora.

—Hubo un testigo presencial que vio los dos coches —completó Spencer.

—Exacto. No ha sido nuestro caso.

—Por desgracia, no.

—El testigo declaró que los coches estaban vacíos cuando los vio.

Minutos después, le pareció escuchar un disparo, pero no estaba seguro porque llevaba la radio puesta a un volumen bastante alto.

—Al chico le disparó una vez en la cabeza y a la chica, por el contrario, le metió cinco balas en el cuerpo —recordó Tracy.

—La chica intentó huir.

—Como hicieron supuestamente nuestra víctimas.

—En aquel caso, se dio enseguida aviso, no así en el nuestro, en el que han pasado en ambas ocasiones varias horas.

Andrew le dio la vuelta a la pizarra que tenían, la cual permitía

escribir en ambas caras. Empezó a recoger lo que recordaban de los asesinatos acontecidos más de cincuenta años atrás en California en el revés del tablero.

—¿Qué recuerdas de las siguientes víctimas?

—A ver, déjame pensar —Spencer se acarició la barba mientras intentaba poner en orden sus pensamientos—. Si no me falla la memoria, las siguientes víctimas fueron las que murieron en un campo de golf la madrugada del cuatro de julio.

—Eso son muchos meses después.

—Exacto. Sin embargo, nuestro asesino no espera tanto.

—Han pasado unas tres semanas desde el asesinato del Capilano.

—Continúa —le animó Davis, mientras tomaba nota de lo último que había dicho su compañero.

—Esta pareja murió también asesinada en el coche. Se decía que el homicida aparcó detrás de ellos, impidiéndole la huida.

—Pero teorizaban que, primero, aparcó a su lado.

—Sí, me quiere sonar que era así —dudó Spencer, quien no estaba seguro de la información. Había pasado mucho tiempo desde la última vez que leyó algo sobre ese caso.

—Y hubo algo más sorprendente: una llamada anónima informó del asesinato y, quien la realizó, confesó ser el responsable.

—¡Es cierto! Y también se atribuyó el asesinato de los dos jóvenes que murieron seis meses antes.

—¿Debemos esperar que nos llame? ¿Tú que crees? —preguntó el policía más joven.

—Lo dudo mucho, Andy, pero tendremos que aguardar a ver si es así y si también se pone en contacto con nosotros o con los medios de comunicación para trasladar su mensaje.

—Si la memoria no me falla, en este caso, el chico sobrevivió.

—Así fue —corroboró con seguridad Tracy.

—Después de este homicidio empezaron a llegar las famosas cartas

encriptadas.

—Deberíamos buscar esa primera carta y recordar qué decía en ella. Tal vez en su mensaje encontremos algo que podamos relacionar con las canciones de nuestros escenarios.

—Lo anoto en las tareas que debemos llevar a cabo —dijo el rubio mientras se giraba hacia la pizarra y comenzaba a hacer anotaciones.

—El siguiente crimen del Asesino del Zodiaco es el que se parece, en cierta medida, al que tuvimos ayer. A finales de septiembre, dos jóvenes se encontraban merendando a la orilla de un lago. Un hombre que estaba escondido detrás de un árbol salió encapuchado y pistola en mano. En ese caso apuñaló a ambos y llamó para confesar el delito que acababa de cometer.

Davis torció el gesto. Empezaba a darse cuenta de que, aunque sí había convergencia y aspectos que recordaban al Asesino del Zodiaco, desde luego no estaban ante un imitador fidedigno. A lo mejor si podían hablar de un admirador, pero desde luego no era alguien que reproducía los famosos crímenes perpetrados a finales de los años sesenta del siglo pasado.

—Pero hay muchas divergencias —aseguró con disgusto—. Para empezar, en aquel caso, portaba una 45mm, lo que era una anomalía en cierto sentido. Además, a estos los obligó a atarse y, cuando se dio cuenta de que los nudos estaban flojos, los apuñaló.

—Muy bien. Tienes razón. No imita al cien por cien. Pero sin duda le sirve de inspiración. Además, el modo en el que el famoso asesino ejecutaba a sus víctimas no era estable. Ni siquiera lo era en la elección de dichas víctimas. Al principio eran parejas, pero después ya no era así.

Cambió de arma de fuego pero, además, modificó su modo de matar en alguna ocasión. A veces, disparaba y otras veces los apuñalaba.

—Y eso sí es algo que hace nuestro sujeto desconocido.

—Partamos entonces de ahí, ¿vale? Le admira, quizá porque nadie le atrapó nunca o, quizá, porque mataba parejas o por algo que decía en su escrito.

—Muy bien. Hagamos una cosa. Tal y como hiciste la última vez, imprimamos la letra de la canción que sonaba en el último escenario y tratemos de entender el mensaje que transmite y si hay algo que nos

llame la atención. Después, lo estudiaremos con el de la anterior canción. Más tarde, buscaremos las cartas del Asesino del Zodiaco y veremos si hay algo que las relacione.

Capítulo 26

Descifrando significados

Cada uno se dedicó a buscar una de las dos cosas que habían planteado.

Encontrar la letra de la canción era algo muy sencillo. Localizar la primera misiva del Asesino del Zodiaco ya resuelto el acertijo tampoco fue complicado, puesto que se había estudiado mucho a este criminal y había mucha literatura sobre él en la que se recogían

Pocos minutos después volvieron a juntarse.

—Creo que es mejor leer la canción primero —propuso Spencer.

—Sí, para que no nos dejemos llevar por significados de la carta del famoso asesino y eso enturbie nuestro pensamiento.

—Me flipa esta canción, rubito. Como me jode que me la fastidien así.

Ahora cuando la escuche, me será muy difícil no recordar la imagen dantesca que hemos visto hoy.

—Desde luego —afirmó Davis.

Extendieron sobre la mesa el papel que acababan de imprimir con la letra de Bed of Roses, la bella canción que Bon Jovi lanzó en 1992.

Sitting here, wasted and wounded At this old piano Trying hard to capture the moment This morning, I don't know 'Cause a bottle of vodka is still lodged in my head And some blonde gave me nightmares I think that she's still in my bed As I dream about movies they won't make of me when I'm dead With an ironclad fist I wake up and French kiss the morning While some marching band keeps its own beat in my head While we're talking About all of the things that I long to believe About love, the truth, what you mean to me And the truth is Baby, you're all that I need I wanna lay you down in a bed of roses For tonight I sleep on a bed of nails Oh, I wanna be just as close as the Holy Ghost is And lay you down on a bed of roses Well, I'm so far away Each step that I take is on my way home A king's ransom in dimes I'd given each night just to see through this payphone Still I run out of time or it's hard to get through Till the bird on the wire flies me back

to

you I'll just close my eyes and whisper Baby, blind love is true I wanna lay you down in a bed of roses For tonight I sleep on a bed of nails Oh, I wanna be just as close as the Holy Ghost is And lay you down on a bed of roses Well, this hotel bar's hangover, whiskey's gone dry The barkeeper's wig's crooked And she's giving me the eye I might have said: Yeah But I laughed so hard I think I died Oh, yeah Now, as you close your eyes Know I'll be thinking about you While my mistress, she calls me To stand in her spotlight again Tonight I won't be alone But you know that don't mean I'm not lonely I've got nothing to prove For it's you that I'd die to defend I wanna lay you down in a bed of roses For tonight I sleep on a bed of nails Oh, I wanna be just as close as the Holy Ghost is And lay you down I wanna lay you down in a bed of roses For tonight I sleep on a bed of nails I wanna be just as close as the Holy Ghost is And lay you down on a bed of roses [2]

Andrew subrayó entonces unos versos de la canción que le llamaron especialmente la atención. Era una canción que hablaba del amor y de alguien que está dispuesto a darlo todo por la mujer a la que ama, pero que no sabe realmente cómo hacerlo para conseguir que ella le corresponda en la misma medida. Él está dispuesto a darlo todo por ella y parece desesperado por creer en la existencia del amor verdadero.

Spencer leyó los versos que su compañero acababa de remarcar.

While we're talking About all of the things that I long to believe About love, the truth, what you mean to me And the truth is Baby, you're all that I need I wanna lay you down in a bed of roses For tonight I sleep on a bed of nails — Me parece que esta parte de la canción puede ser relevante —

comentó Andrew.

—« *Mientras hablamos sobre todas las cosas que anhelo creer, sobre el amor, la verdad, lo que tú significas para mí. Y la verdad es, "baby", que eres todo lo que necesito. Quiero tenderte en una cama de rosas. Por esta noche, duermo en una cama de espinas».*

—¿Y si va de eso en realidad? —preguntó Andrew.

—¿De qué?

—Del amor.

—¿Crees que este asesino está tratando de matar el amor? —preguntó

el detective moreno con cierta incredulidad.

—Tal vez, Spence. Sé que suena a locura, pero el amor es una fuerza poderosa y con capacidad de herir de manera profunda. Puede que estemos ante alguien que ha sufrido mucho por amor precisamente.

—O por la falta de él —añadió Tracy.

—Es otra buena forma de verlo. Y, si estamos en lo cierto, esto nos ayuda a conocer más su perfil psicológico y ante qué tipo de persona estamos. Puede que aquella demostración pública de amor del chico del Parque de Capilano fuera el detonante que le espoleó a cometer los asesinatos.

—La demostración pública de amor y que fuera correspondida con entusiasmo por su novia —puntualizó Spencer—. A lo mejor si le hubiera rechazado, solo la habría asesinado a ella. Se habría puesto en el lugar del chico, tal vez pudiera empatizar con él. En ese caso, obviamente, el significado de los crímenes sería distinto. Pero aquí mata a los dos, aunque a ella con mayor nivel de sadismo.

—No lo sé, pero puede que tengas razón y que el hecho de que fuera correspondido desatara algo en su interior. Me planteo si él ha sido rechazado hace poco por alguien a quien quería. Tal vez se pregunte por qué él no puede tener eso —añadió esta vez Andrew.

—Quizá estaba en una relación de pareja y esta le abandonó. Debió ser algo hiriente para él para despertar esos instintos tan bajos.

—Es una posibilidad. Si estamos en lo cierto, ese rechazo tuvo que ser especialmente doloroso, tal y como tú mismo dices. A lo mejor ella se burló de él y le hizo sentir insignificante. Lastimaría su autoestima de forma cruel.

Spencer reflexionó un instante sobre todo aquello. No eran más que conjeturas por el momento, pero era un punto de vista original que tampoco convenía descartar. Un asesino tratando de matar el amor. Desde luego era algo singular.

—¿Qué tal si revisamos ahora la primera carta que envió el Asesino del Zodiaco, a ver si nos dice algo que resulte esclarecedor? —propuso Tracy.

—Adelante.

Pusieron sobre la mesa el texto en primer plano, por encima de la

copia de la canción. Era la solución a la que, después de mucho esfuerzo, se llegó del criptograma de cuatrocientos ocho caracteres. Más de cincuenta años después, seguía siendo impactante leer aquellas palabras. La crueldad tan

explícita, la soberbia implícita en ellas, la falta de empatía, el sentimiento de impunidad, el egocentrismo, el sadismo que destilaban.

« *Me gusta matar gente porque es mucho más divertido que matar animales salvajes en el bosque, porque el hombre es el animal más peligroso de todos. Matar algo es la experiencia más excitante. Es aún mejor que acostarse con una chica. Lo mejor de todo esto es que, cuando me muera, renaceré en el paraíso y todos a los que he matado serán mis esclavos. No os daré mi nombre porque tratarán de retrasar o detener mi recolección de esclavos para mi vida en el más allá*».

—Supongo que recuerdas que las últimas dieciocho letras quedaron sin descodificar —le recordó Andrew, quien se sintió fascinado por aquel caso cuando lo estudió por primera vez.

—Sí, lo sé. Pero ya hay algo que me ha llamado la atención. Supongo que a ti también —comentó Spencer, seguro de que su compañero se había fijado en la misma frase que para él era relevante en relación a la investigación que ellos estaban llevando a cabo.

—Claro. Cuando dice lo de “*Matar algo es la experiencia más excitante. Es aún mejor que acostarse con una chica*”.

— En eso mismo estaba pensando. Puede que para nuestro asesino esto sea importante. Si es así, estaríamos bastante orientados hacia el tipo de criminal al que nos enfrentamos —expresó esperanzado el detective moreno.

—Eso es. A lo mejor es en lo que se ve más reflejado, la parte de la carta con lo que más se identifica.

Parecía que así fuera. Las dos canciones que se reproducían en bucle en sendas escenas de los crímenes, las semejanzas con algunos de los homicidios perpetrados por el Asesino del Zodiaco tantos años atrás, aquella primera carta que envió en su día… Todos aquellos elementos juntos comenzaban a cobrar sentido.

A lo mejor, después de todo, el motivo que podía estar detrás de aquellas atrocidades comenzase a salir a la superficie.

Capítulo 27

Lo que duele el amor

Una jornada más la finalizaron tomándose algo antes de regresar a casa.

Lo habían convertido en una costumbre. A veces, estaban solo unos minutos, se bebían algo rápido y hasta el día siguiente. Pero, en otras ocasiones, pasaban largos ratos hablando. La amistad entre Spencer y Andrew cada vez era más sólida. Eran dos hombres muy distintos, con historias pasadas muy diferentes también e, incluso, con caracteres dispares.

Sin embargo, encajaban a la perfección y se entendían a las mil maravillas.

En su caso, sin dudarlo la diferencia les enriquecía.

—¿Cómo te encuentras, Andy? Porque hay que ver lo que te cuesta hablar de las cosas que te duelen —tiró la caña una vez más Spencer, tratando de que le hablase después del tiempo ya transcurrido desde su ruptura con la hija del comisario.

—Estoy bien.

—¡Joder, qué tozudo eres! No pasa nada por reconocer que lo estás pasando mal. O que lo has pasado mal, si es verdad que ya estás mejor. Yo también sé lo que se sufre por amor, aunque no te lo creas.

—No, no me lo creo. El frívolo Spencer Tracy no puede sufrir por una tía. Eso seguro que no —le dijo con una sonrisa.

Spencer frunció el ceño. Le estaba cambiando de tema. Pero pensaba insistir. No iba a dejarlo estar así como así. Y por encima de todo, no le iba a permitir caer como en el pasado, aunque la situación poco tuviera que ver con lo la situación traumática que vivió antes de que él llegara.

—Andrew, no puedes guardarte todo para ti. Es importante hablar. Ya han pasado varias semanas y sigues sin soltar prenda.

El más joven bajó la mirada. No, no le gustaba hablar sobre aquello, ni mostrar debilidad, ni que el resto pensase que aquello era demasiado para él. Todo el mundo sufre por amor en algún momento. Y, al final, hay que seguir adelante y superarlo. No se puede vivir anclado en el pasado.

—De verdad, Spence, estoy mejor. Lo he pasado mal, es cierto, pero principalmente porque no me lo esperaba.

—¿Has vuelto a hablar con ella? —preguntó Tracy.

—No, ya te lo dije —respondió Davis escueto. En algún momento se planteó llamarla, pero enseguida lo desechó. Quizá por pura rabia, porque verdaderamente ella no tenía motivos para dejarle y, desde el primer momento, tuvo la sensación de que era una excusa.

—¿Por qué no la llamas hoy? Deja este tema cerrado de una vez —

propuso Tracy.

—¿De qué serviría? Ha pasado casi un mes.

—Pues la respuesta es simple: podrías decir todo lo que quedó en el tintero y reconciliarte contigo mismo. Tal vez debas defenderte otra vez ante ella y dejarle claro que no hiciste nada que justificara su decisión.

Las palabras de Spencer le removieron por dentro. Era cierto que guardaba una rabia en su interior de la que no lograba deshacerse. A lo mejor no era tan mala idea al fin y al cabo. Ya no tenía nada que perder.

¿Por qué no quedarse a gusto al menos?

Se despidieron unos veinte minutos más tarde, después de hablar de otros temas. Pero Andrew se quedó con aquella desazón en su interior. Se subió al coche decidido a irse a casa y olvidarse de todo aquello. En el último instante, cambió de opinión. Spencer tenía razón, no podía quedarse con aquello dentro.

Miró el reloj en el salpicadero. No era demasiado tarde. Valoró la posibilidad de llamarla, pero él era de los que prefería afrontar las cosas cara a cara. Quería ver la expresión de Hannah, sus reacciones. Necesitaba zanjar ese asunto de una vez y para siempre.

No tardó demasiado en llegar hasta las inmediaciones de su edificio.

Aparcó relativamente cerca y fue andando hasta el portal. Llamó y ella tardó poco en responder.

—Soy Andrew —dijo él con un tono de voz férreo.

Pasaron unos segundos que se le hicieron interminables.

—Sube.

Cogió el ascensor. Cuando llegó al rellano del piso en el que residía su ex pareja, ella ya estaba esperándole con la puerta entreabierta.

—¿Qué quieres? —le preguntó con cierto desdén.

—Hablar. ¿Me dejas pasar?

Davis estaba serio. No estaba allí para suplicarle que volvieran. Solo necesitaba dejar clara su postura y demostrar su inocencia.

Ella abrió la puerta y le invitó a que entrara.

—Quiero ver la foto —exigió el joven.

—¿A qué viene eso ahora? Lo nuestro se acabó, ya te lo dije.

—No vengo a pedirte que volvamos, Hannah. Vengo porque quiero que me enseñes esa foto gracias a la que estabas tan segura de que te había engañado con otra. No lo hice, no te engañé, eso solo lo sé yo y no te pido que me creas. Ya me da igual. Pero necesito ver esa imagen tan esclarecedora y saber quién te la hizo llegar. Al menos, concédeme eso.

—No te lo voy a decir.

Andrew suspiró. No entendía su postura. ¿Por qué enrocarse de aquella manera? Ya le había dejado. Ya le había provocado todo el daño posible. De todos modos, no pensaba rendirse así como así.

—¿Por qué no? Al fin y al cabo, ya no estamos juntos. Ya no tenemos nada que perder ninguno de los dos. Pero me gustaría conocer los motivos de la persona que te la envió.

Hannah se quedó mirándole pensando en aquello.

Fue a coger su móvil y buscó la imagen en su galería de fotos. Acto seguido, se la mostró.

Andrew la observó. Se sintió indignado. En aquella foto, estaba en un bar hablando con Thais, una de las agentes con las que había trabajado en Calgary. Se les veía de fondo. En primer plano había tres agentes de la comisaría que conoció cuando estuvo allí. No recordaba el nombre de todos. Andrew y la chica hablaban a una distancia corta, pero nada más. No había contacto físico entre ellos, aunque él si recordaba perfectamente que aquella noche Thais se le insinuó. Era

una mujer preciosa y sí recordaba haber pensado que, en otras circunstancias, no le habría dicho que no. Pero estaba con Hannah y Andrew no era de los que se olvidaba a las primeras de cambio de que estaba comprometido con alguien.

—¿Me dejaste por esto? ¿Me lo estás diciendo de verdad? —le preguntó visiblemente indignado.

Hannah no veía ahora tan claros sus motivos viéndola otra vez con la distancia que da el tiempo. No hay nada como tomar perspectiva cuando las emociones no nos nublan el pensamiento.

—No hice nada, Hannah. Ni siquiera nos besamos. Se me insinuó, eso es verdad. Pero le dejé claro que estaba con alguien y que no lo iba a echar

a perder. Y ella insistió, dijo que nadie se enteraría. Yo le contesté que yo lo sabría y no podría perdonármelo. Quien te envió esta foto quería hacerte daño —dijo muy seguro de sí mismo. Estaba contando toda la verdad. Se alegraba de haber hecho caso a Spencer. Sentía que se quitaba una pesada carga de encima.

A ella le cambió la cara.

No era a ella a quien quería herir, sino a él.

Andrew llegó a la misma conclusión que la chica.

—Quería hacerme daño a mí y te das cuenta ahora —expresó el policía, poniendo palabras a sus pensamientos.

Hannah no decía nada. Parecía que empezaba a ver las cosas de un modo diferente por primera vez en mucho tiempo.

—¿Quién te la envió? —peguntó Davis con curiosidad renovada. Esa foto parecía esconder más de lo que revelaba.

Capítulo 28

Septiembre

Llegó casi la mitad septiembre y no habían avanzado demasiado en la investigación. Como mínimo, no tanto como cabía esperar, lo que les hacía sentir una frustración que iba en aumento. Tal y como hicieron con el primer caso, buscaron toda la información posible del entorno, entrevistaron a amigos y familiares, esperaron el análisis de la forense,

el de balística, el informe de la científica y todo el proceso habitual.

La única novedad con la que contaban estaba relacionada con el arma blanca que utilizaba el asesino para matar a las mujeres. Después de analizar los moldes de las heridas de los dos cuerpos de las víctimas y cotejarlos con innumerables cuchillos, navajas y puñales, por fin habían dado con algo que encajaba a la perfección. Se trataba de un hori-hori, una herramienta que se utilizaba en jardinería y que era de origen japonés.

Aquello, después del segundo escenario en el que aparecieron los pétalos de rosas, tenía bastante sentido. Parecía que el homicida podía ser un amante de la floricultura.

A pesar de ello, hasta el momento, nada les acercaba al asesino. Seguía siendo toda una incógnita de quién podía tratarse. Lo único que habían conseguido esta vez respecto al primer caso, fue un posible testigo que salía a correr por la zona. Creyó ver escondido varios días consecutivos a un hombre entre los árboles que se encontraban próximos a Sunset Beach.

Cuando le pidieron una descripción, esta fue muy imprecisa, puesto que lo había divisado cuando ya atardecía y el baile de luces provocaba que se confundieran las imágenes en su memoria y estas no fueran nítidas en absoluto. En todo caso, aseguraba que era un hombre moreno de complexión fuerte.

Las armas utilizadas en ambos crímenes habían sido las mismas, tanto en el caso de la Luger como en la del cuchillo, puesto que los moldes de las incisiones coincidían. Por la trayectoria de las puñaladas, se había determinado que el asesino era diestro y parecía lo más probable que fuera

un hombre, debido a la fuerza empleada. Además, se apreciaba evolución del primer crimen al segundo, puesto que en el caso de la primera chica apuñalada, algunas cuchilladas mostraban cierta inseguridad, lo que indicaba que fueron las iniciales, también por el nivel de desgarro en la piel.

En el segundo crimen, todas eran firmes y certeras, sin rastro de duda o indecisión. Además, si a la joven del Capilano la tuvo que retener con el cinturón de seguridad para controlarla, en el caso de la de Sunset Beach no tuvo ni el menor problema en arrastrarla de vuelta a la manta y apuñalarla allí.

El detalle de los pétalos de rosa rodeando a la víctima también

denotaba una evolución en la firma del criminal y reforzaba el mensaje que transmitía la canción.

La victimología parecía bastante clara, puesto que en ambos casos había matado a dos parejas de jóvenes que a todas luces estaban involucrados en una relación romántica. Todos esos elementos hablaban de que potencialmente estaban ante un criminal que tenía una relación negativa con el amor. La saña con la que se cebaba con las víctimas femeninas decía, además, que sentía un especial resentimiento hacia las mujeres.

Estaban un tanto atascados con el caso y eso provocaba que ambos detectives se sintieran desanimados, al tiempo que intentaban encontrar nuevas líneas de investigación que les pudieran acercar al asesino. Además, tenían que atender otras denuncias, lo que se llevaba gran parte de su tiempo, y temían que no tardarían demasiado tiempo en encontrar otra pareja de chicos jóvenes fallecidos de manera violenta.

—Spencer, tenemos que volver atrás —comentó aquel día de mitad de septiembre Andrew. Estaba pensativo dándole vueltas a esos malditos crímenes que no acababan de resolver.

—¿Qué quieres decir exactamente con volver atrás?

—A regresar al escenario del primer crimen y revisar nuevamente si quedó una bala perdida entre los árboles. Si realmente como pensamos disparó para tratar de que la chica no huyera, todavía seguirá allí.

A Spencer le pareció que sugería una opción un tanto a la desesperada.

No creía que regresar al *parking* del Capilano les pudiera aportar nuevos datos. No le quedaba otro remedio que rebatir aquella propuesta. No podían permitirse perder tiempo.

—Pero no es la bala lo que necesitamos, Andrew. Ya tenemos más de una de los dos crímenes. Necesitaríamos encontrar el casquillo por si hubiera dejado sus huellas en él al cargar el arma. Sin embargo, ya sabemos que los recogió. No sirve de nada volver —le explicó Tracy. Realmente creía que aquello podía significar una pérdida de tiempo, algo que no se podían permitir.

Andrew sabía que su compañero tenía razón. Sin el casquillo, otra

bala del mismo calibre no les proporcionaba información adicional. Estaba seguro de que en la vaina del proyectil sí hallarían sus huellas. No podía parar de rumiar ese pensamiento de manera obsesiva. Tenía la intuición de que el arma la había cargado en días previos al primer crimen, cuando todavía no se había decidido a dar el paso. Lo más seguro es que, en ese momento, no tomara ninguna precaución, puesto que, tal vez, ni siquiera se viera capaz de hacerlo nunca. Simplemente era una forma de mantener la ilusión de que podría hacerlo.

Si estaba en lo cierto, tal y como intuía, la declaración de amor del chico del Capilano sí había sido el detonante, unido posiblemente a una ruptura reciente. La supuesta ruptura o rechazo de una pareja, habría desatado en él una rabia difícil de controlar. En su día a día, tendría que mostrarse como siempre y esconder esa ira que buscaba un modo de salir a la superficie. Llevar la Luger consigo, quizá le proporcionara una sensación de control.

Andrew comenzaba a pensar que estaban ante una psicología compleja.

Tomó nota mental para hablar de ello a continuación con Spencer, pero previamente quería discutir otra cosa con él. Siempre le había servido hablar las cosas con otros para poner en orden sus pensamientos. En no pocas ocasiones, estas reflexiones en voz alto le llevaban a descubrir cosas que, en realidad, siempre estuvieron delante, pero que no habían visto sencillamente porque no le habían dado la atención merecida.

—Las huellas estaban en los casquillos, ahora estoy completamente seguro —defendió Davis, después de todas aquellas cavilaciones—. Ese es el motivo por el que los recogió, porque sabía que podíamos identificarlo a través de ellos.

—Muy bien, Andy. ¿Qué quieres que te diga? ¿Que estoy de acuerdo contigo? Pues sí, lo estoy, por eso no tienes que preocuparte. Claro que creo que se los llevó por un motivo como el que argumentas. Sería una forma de identificarle y él lo sabía.

Según pronunció aquellas palabras Spencer, se dio cuenta de que podían haber dado con algo importante. Justo cuando iba a poner en palabras sus

pensamientos, Davis se le adelantó.

—Lo que quiere decir que está en el sistema.

—Exacto. Tengo la sospecha que no fue una mera medida de precaución, sino que realmente pensaba que, si teníamos sus huellas, podríamos dar con él.

—Puede que tenga antecedentes penales.

—Muy bien, se me ocurre una cosa. Puede que debamos volver atrás —

dijo Tracy, observando la recalcitrante expresión de “te lo dije” que se leía en el rostro de su compañero—. Sí, sí, ya sé que es lo que estabas proponiendo al principio de esta conversación, pero yo lo sugiero por otra razón.

—Ilumíname, aunque me parece que sé por dónde vas.

—Por supuesto. Don Cerebrito lo sabe todo.

—No seas idiota, Spence, y dime lo que estás pensando.

—Tal vez debamos revisar si alguno de los que visitó el parque aquel día tiene antecedentes penales.

—Y no te olvides del personal que trabaja allí. Prácticamente todos confesaron recordar a la pareja.

Capítulo 29

Vuelta atrás

Los asesinatos de las dos parejas seguían siendo una prioridad pero, en la práctica, la realidad era que los asuntos del día a día se llevaban por delante a los detectives, por lo que iban sacando los ratos que podían para revisar los nombres de los que disponían para comprobar si tenían antecedentes delictivos que motivaran un nuevo interrogatorio con ellos, esta vez desde otro punto de vista.

Dylan les ayudó haciendo un primer filtrado, aunque también debía ocuparse de más asuntos que le encargaban otros agentes y departamentos de la comisaría. Al fin y al cabo, la ciberdelincuencia estaba a la orden del día y los delitos relacionados con internet no cesaban de crecer. Debido a ello, no podía dedicar todo el tiempo que le hubiera gustado a ayudarles.

Les sorprendió que, entre los visitantes de los que tenían constancia, había un número significativo de personas que habían tenido alguna

causa abierta con la justicia. No obstante, era por delitos menores en la mayoría de los casos. Les llamó la atención el expediente de tres tipos en concreto que, sin lugar a dudas, debían contrastar y citarles para que fueran a la comisaría. Uno de ellos tenía antecedentes por robo con intimidación, otro por violencia de género y un tercero que fue denunciado por agresión sexual, aunque la acusación fue retirada posteriormente.

Los tres podían ser unos buenos candidatos para ser los responsables de aquellos terribles crímenes. Sería necesario, además, situarlos en el escenario del segundo asesinato.

Hablaron con Petrus para comentar sus sospechas y que este autorizara que una patrulla fuera a buscar a los sujetos de interés en el caso en ese instante. La relación del jefe de la policía y Andrew volvía a atravesar un momento delicado. Podría decirse que estaban en una calma tensa. No se llevaban mal, pero tampoco bien. Davis sabía que no le convenía tener enfrentamientos con él. A la larga, sería quien saliera perdiendo. Ahora estaba muy a gusto en Vancouver y no estaba en sus planes trasladarse. Si

tenía que comerse su orgullo en según qué circunstancias, lo haría. Eso sí, siempre dentro de unos límites.

James Callaghan trabajaba en el parque. Contaba treinta años de edad y se encargaba de algunas tareas de mantenimiento en las instalaciones del famoso Puente de Capilano. Él precisamente fue el que llamó a los servicios de emergencia para comunicar que había hallado a dos jóvenes muertos en un coche. A pesar de que siempre se investiga a fondo a quien da el aviso como primer sospechoso, no hallaron en aquel instante indicios de que tuviera implicación alguna.

Los de la científica tomaron muestras de ADN y huellas a todos los visitantes y al personal que trabajó aquel día. Además, en el caso del Callaghan, hicieron un frotis para detectar posibles restos de pólvora en las manos. El resultado fue negativo. Si había disparado un arma, desde luego no fue con ellas descubiertas.

Él era el que contaba en su historial con una denuncia por robo con intimidación. Se remontaba a su época en el instituto, cuando se juntaba con malas compañías y algún que otro pandillero. En su expediente se recogía claramente que él portaba un arma de fuego el día de autos y, aunque no disparó, sí se había mostrado amenazante y violento con el dueño de la tienda que habían atracado.

Desde entonces, su expediente estaba limpio. Por lo que pudieron averiguar, se había casado un par de años atrás y estaba esperando su primer hijo. James se mostró bastante nervioso en el interrogatorio.

—No entiendo por qué motivo estoy aquí. Desde luego, les aseguro que este trato no ayuda a que vuelva a avisar a la policía si me encuentro en una situación similar. Si hay una próxima vez, tal vez sea mejor que mire para otro lado —comentó con frustración y temor al mismo tiempo.

—James, por el momento, solo queremos hacerte unas preguntas, pues nos han surgido algunas dudas —comenzó el interrogatorio Spencer.

—No hacía falta traerme hasta la comisaría solo para aclarar esas dudas

—dijo entrecomillando con los dedos la última palabra y con evidente enfado—. Está claro que no es solo por eso. Además, ha pasado más de un mes desde aquel asesinato. No sé a cuento de qué viene esto ahora.

—Tienes razón. Ha pasado mucho tiempo. Las investigaciones difícilmente se resuelven en unos pocos días. A veces pasa, claro, pero no es lo más habitual. Suelen necesitar de muchos días de trabajo hasta que, por fin, se llega a algo que puede ser una pista.

—¿Y qué narices me importa todo eso? Yo no he hecho nada. Ya les conté todo lo que sabía. Fui a trabajar y me pareció sospechoso que hubiera un coche en el aparcamiento a esa hora. Me aproximé y me encontré todo el percal. Les aseguro que no está entre los momentos favoritos de mi vida.

Fue bastante desagradable.

—Nos lo imaginamos. Pero hay algo que hemos descubierto que nos parece importante charlar contigo, puesto que no sería la primera vez que tienes contacto con un arma de fuego. ¿Estoy en lo cierto? —continuó preguntando Tracy. Mientras tanto, Andrew observaba al interrogado con atención. Quería estudiar sus expresiones y ver el modo en el que reaccionaba a las preguntas e insinuaciones que le hacía su compañero.

—Eso fue hace mucho tiempo. Era solo un crío estúpido que tomó malas decisiones. Ya no soy el mismo, ¿saben? No es justo que mi pasado me siga persiguiendo cuando me he esforzado tanto por hacer las cosas bien.

—Mira, James, puede que no sea justo, pero la realidad es que somos las decisiones que tomamos en la vida, tanto las acertadas como las cagadas monumentales como la tuya por aquel entonces. La cuestión es que, en tu historial, figuran antecedentes delictivos que inevitablemente te sitúan en el punto de mira. Si no estás implicado en modo alguno y estás limpio, no tienes nada que temer.

—Yo que tú colaboraría —dijo esta vez Andrew—. Si realmente dices la verdad, ¿por qué no cooperar y disipar posibles dudas? No veo el problema. Antes te irás a casa.

—No estoy tan seguro de que sea así. Si necesitan un sospechoso para cerrar el caso, no les viene mal que este tenga antecedentes para *encalomarle* el asesinato y así decir que han cerrado el caso. Todos hemos visto como en los medios de comunicación y en las redes sociales se habla de la falta de resultados respecto a este homicidio. El hecho de que la joven pareja se convirtiera en viral supongo que les ha echado presión sobre la espalda, pero no les voy a dar la oportunidad de cargarme el muerto. Y

nunca mejor dicho. Solo hablaré en presencia de un abogado.

—Como quieras, James, pero lo único que consigues así es que te retengamos más tiempo en comisaría. En lugar de acudir mañana a tu trabajo con normalidad y evitar suspicacias innecesarias entre tus compañeros, te vas a colocar tu mismo una diana sobre la espalda. Todos te señalaran y puede que hasta descubran lo de que tú y unos cuantos

pandilleros atracasteis a un pobre tendero y le metisteis el miedo en el cuerpo. Tú decides.

James pareció dudar. No le había gustado en absoluto lo que acababa de argumentar el policía moreno. No quería que nadie en su entorno conociera aquello que formaba parte de un pasado muy remoto. Ni siquiera su esposa estaba al corriente de aquello.

—¿Qué quieren saber?

Capítulo 30

Estoy aquí

Después de lo persuasivo que se mostró Spencer, James Callaghan se mostró mucho más colaborador. El día que asesinaron a la segunda pareja se encontraba en el hospital con su esposa, la cual había sufrido

fuertes contracciones y acudieron a urgencias por si se le había adelantado el parto.

Tenía una coartada redonda, puesto que pasaron horas allí hasta que les mandaron nuevamente a casa.

Debido a que no localizaron en los lugares esperados a los otros dos sujetos de interés en la investigación, tuvieron que dejar el resto de interrogatorios para el día siguiente. De todos modos, se había hecho bastante tarde y ambos tenían ganas de irse a descansar. Acumulaban muchos días de turnos extenuantes sin días libres entre medias, por lo que consideraron que ya era suficiente por ese día. Al fin y al cabo, no iban a cobrar las horas extras.

Andrew aparcó cerca de su casa. Cuando bajó de su coche, le pareció ver el de Hannah estacionado más adelante. No se acercó a comprobarlo.

Estaba demasiado cansado y ya había cerrado aquella puerta del pasado. La conversación que tuvieron unas semanas antes solo le sirvió para constatar que no le convenía una relación con la hija del jefe. Al fin y al cabo, fue él quien había orquestado todo para alejar a Andrew de Hannah. Él fue incluso quien le pidió a un contacto de Calgary que le echara un ojo a Davis mientras investigaron allí. Y, finalmente, fue el propio Petrus quien se encargó de convencer a su hija de que aquella foto que le habían hecho llegar era la prueba irrefutable de que su detective le había sido infiel a la primera oportunidad que se le presentó.

Andrew tenía la conciencia limpia. Esta vez se había portado bien y se lo pagaron de ese modo. Muy bien. Lección aprendida. Tocaba seguir adelante con su vida.

Cuando llegó al rellano, le pareció que se colaba luz por debajo de la puerta que daba acceso a su apartamento. Desabotonó la cartuchera en la

que llevaba su arma reglamentaria. Solo para estar preparado. No tenía por qué ser nada, pero siempre es mejor ser precavido. Lo más seguro es que hubiera una explicación lógica, como que simplemente se olvidó apagarla por la mañana.

Introdujo la llave en la cerradura despacio, procurando hacer el menor ruido posible. La puerta no estaba candada, a pesar de que estaba seguro de hacer echado varias vueltas a la llave antes de irse a trabajar. Era algo que tenía demasiado automatizado como para que

se hubiese despistado.

Cuando abrió, le llegó aroma a café. Estaba claro que el vehículo que había visto era el de su exnovia, tal y como sospechó. Se dirigió al salón.

Ella estaba sentada esperándole.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó molesto.

Entonces recordó que no le había devuelto la llave de su piso cuando rompieron. Ella se había tomado la libertad de usarla para entrar sin pedirle permiso. Aquello no le gustó ni lo más mínimo.

—Necesitaba hablar contigo, Andrew.

—Hannah, creo que la última vez quedó todo dicho.

Ella bajó la mirada. Había algo distinto desde la última vez que la vio, cuando todavía se mantenía altiva al pensar que él la traicionó. Pero esa tarde, Hannah no mostraba ni rastro de aquella seguridad, sino más bien todo lo contrario.

—Me equivoqué. Y no sabes cuánto lo siento.

Él suspiró. No quería ablandarse. Ella le hizo daño. Dijo cosas terribles sobre él. Fue cuando se dio cuenta de que esa chica no le convenía. Nunca lo hizo, pero se dejó llevar. Era bonita, muy sensual y convincente cuando quería.

—Si has venido a disculparte, no te preocupes, está todo olvidado —le dijo de manera sincera. Andrew podía tener muchos defectos, pero desde luego no era una persona rencorosa.

—Podríamos volver a intentarlo —propuso ella con un tono dulce.

—No me parece buena idea. En realidad, nunca lo fue estar juntos. Si has desconfiado de mí hasta el punto de romper conmigo sin ni siquiera esperar que te diera mi versión, creo que no hay nada que debamos intentar.

—Fui una estúpida, ¿vale? Y mi padre me metió pájaros en la cabeza.

—Tu padre fue el que me mandó a más de mil kilómetros de aquí para quitarme de en medio. Lo siento, pero no tengo ninguna intención de ponerme otra vez en el punto de mira por una relación que no va a ningún

lado —apostilló el joven, quien no estaba dispuesto a meterse nuevamente en problemas por alguien que, sin dudarlo, se creyó la primera mentira que le contaron sobre él.

—Andrew, te echo de menos. Lo siento, de verdad. He cometido un error terrible y soy consciente de ello. Sabes que mi padre puede ser muy persuasivo cuando quiere. No solo fue la foto, sino porque dijo que alguien de Calgary le contó que tú y la chica de la imagen erais más que compañeros de trabajo. Aseguraba que tenía más pruebas de ello.

—Pues te equivocaste. Esta conversación ya no va a ningún lado. Tal vez terminar la relación sea lo mejor para ambos —sentenció.

Ella le miró con expresión triste. Lágrimas gruesas comenzaron a salir de sus ojos, lo que hizo que el joven se sintiera realmente mal. Se acercó a abrazarla. No quería verla sufrir así. No era su objetivo hacerla daño.

El problema fue que una cosa llevó a la otra.

Capítulo 31

Violencia

Christian Moore era un joven de poco más de veinte años que contaba ya con un largo historial de denuncias, entre las que se encontraba una por supuesta agresión sexual. Hijo de un influyente empresario de Vancouver, se había ido librando de todas las acusaciones gracias a la labor de un ejército de abogados y, en algún caso, al dinero de su padre.

El día que la primera pareja fue asesinada en el aparcamiento del Capilano Suspension Bridge Park, Moore estaba allí de visita con un grupo de amigos. No protagonizaron ningún incidente, aunque, por lo que investigaron después de descubrir sus antecedentes, sí fue uno de los que subió un vídeo a sus redes sociales con comentarios verdaderamente despectivos de la pareja.

Cuando lograron que se personara en la comisaría, por supuesto lo hizo acompañado de uno de sus abogados. Los detectives eran conscientes de que no iban a conseguir sacarle nada, pero querían observar cómo reaccionaba ante ciertas cosas. Como resulta obvio, eso no les serviría para argumentar ante un juez la solicitud de una orden de registro, de vigilancia o de detención si llegaba el caso de que fueran necesarias, pero sí podría darles un indicio de si debían seguir

investigándole más a fondo o tenían que seguir otras pistas.

Para ello, el trabajo de Dylan sería fundamental. No podrían intervenir su teléfono, eso era evidente, pero podía revisar sus publicaciones en internet para descubrir cuáles eran sus intereses y obsesiones. La gente no se da cuenta de que, con sus post y comentarios en sus redes sociales, permiten que alguien con la formación o las habilidades adecuadas pueda hacer una auténtica radiografía de su personalidad.

Aquel chico era alguien que dejaba un reguero de comentarios despectivos y violencia a su paso. Después del interrogatorio, sabían que tendrían mucho trabajo por hacer, por ejemplo, hablar con sus profesores del instituto y de la universidad, para situarle en contexto, además de con

personas que hubieran sufrido su agresividad en sus propias carnes. No serían difíciles de identificar, puesto que las acusaciones no habían desaparecido del sistema.

El joven se sentó en la silla con esos aires que tienen las personas que se creen por encima del resto. Era un chico atractivo y lo sabía, pero su extrema vanidad le convertía en alguien detestable. Miraba a los dos policías como si fueran seres inferiores que no merecían el privilegio de hablar con él.

—El señor Moore ha venido de manera voluntaria, aspecto que esperamos que se tenga en cuenta —comenzó a decir el abogado, antes siquiera de que los detectives hubieran comenzado en su interrogatorio.

Spencer respiró hondo. Le parecía que aquello no se correspondía exactamente con la realidad. De hecho, cuando contactaron con él, se negó en redondo a asistir y, cuando se personaron los agentes para invitarle a que le acompañaran a comisaría, soltó una buena retahíla de exabruptos e insultos. Si a eso se le llamaba cooperar, entonces iba siendo hora de que modificasen el significado de aquella palabra en el diccionario.

Tanto Davis como Tracy sabían que no debían entrar al trapo. No solo les haría perder el tiempo, sino que desperdiciarían la oportunidad que tenían para observarle. La soberbia se leía en su rostro como si fuera un libro abierto con la letra bien grande y luminosa.

—Y se lo agradecemos enormemente —respondió Andrew, que vio como a su compañero se le hinchaba la vena del cuello. Mantenía la esperanza de que se controlase los minutos que duraría el

interrogatorio—.

Solo queremos hacerle algunas preguntas rutinarias que esperamos que responda.

—Pueden hacer las que estimen oportunas, pero yo aconsejaré a mi cliente si debe contestar o no —avisó el letrado.

—Estupendo. Empecemos —propuso el rubio.

Las primeras preguntas iban orientadas a saber si estuvo en el Capilano el día que murió la primera pareja, algo que ya tenían confirmado gracias a las fotos en las que se le veía con sus amigos, además del vídeo que colgó de la pareja casi en tiempo real aquel mismo día. Querían ver sus reacciones y el grado de cooperación con el que iban a tener que bregar. Al menos en aquello, no mintió.

Lo siguiente que hicieron fue mostrarle las fotos de la pareja. Ambos lucían sonrientes en aquellas imágenes que les habían facilitado los

familiares. Pensaron que era mejor empezar por ellas que no con las que se tomaron en el escenario del crimen o en el depósito de cadáveres.

—¿Conocías alguno de los dos de antes del día que estuviste en el Capilano, Christian? Al fin y al cabo, los tres estudiáis en el mismo campus universitario.

—No, en absoluto. No me suenan de nada —respondió, con los brazos cruzados sobre el pecho y repantingado en la silla.

—¿Recuerdas haber visto a la pareja allí? Tal vez por algo que te llamó la atención —continuó interrogando Davis.

—Iba con mis amigos y estábamos a nuestro rollo. No me fijo en lo que hace la peña —comentó con chulería y desdén.

Aquella respuesta les sorprendió. Era absurdo negarlo, salvo que realmente hubiera olvidado que había subido aquella grabación, cosa que dudaban puesto que no había pasado tanto tiempo y aquel vídeo levantó mucho revuelo en las redes sociales, en especial después de saberse que murieron poco después. Les resultó contradictorio que mintiera de una manera tan evidente.

—¿No recuerdas haber subido a tus redes sociales un vídeo en el que el joven le pedía matrimonio a su chica en mitad del Puente de

Capilano? —

preguntó el policía rubio con incredulidad.

—¿Y qué si fuera así? No creo que sea un delito —respondió de forma chulesca.

—No, claro que no lo es. Pero me parece que no es una cosa que se olvide con tanta facilidad. Mentir es absurdo en un detalle como este, ¿no te parece?

—Detective, cuídese mucho de hostigar a mi cliente. Estamos aquí de buena fe, pero si su tono no me parece el adecuado, no dudaré en recomendarle que finalicemos aquí esta conversación —intervino el abogado.

—Tal vez debería recordarle a su cliente que no le conviene mentir deliberadamente a la policía. Tenemos constancia de que estuvo allí y de que subió el vídeo. No tiene sentido ocultarlo.

—Además, no creo que mi compañero haya utilizado ningún tono que invite a creer que está hostigándole —defendió Spencer con gesto serio y una entonación severa.

Andrew le puso una mano en el brazo para que lo dejase estar. No quería que su compañero pudiera cabrearse por aquello. Tampoco merecía

discutir sobre algo de tan poca importancia. Tenían cosas más relevantes entre manos.

—Lo que me faltaba, dos policías *bujarrones* —sentenció despectivamente Christian, en relación al gesto del detective Davis.

—Un poco de respeto, chaval —espetó Tracy, quien no podía esconder la aversión que aquel tipo despertaba en él.

—Detective, cuide su manera de hablar. Es el último aviso que les doy

—señaló el letrado.

El policía más joven se dio cuenta de que Moore estaba intentando provocarles. Debían ser cautos y dejar de caer en sus burdas trampas y bravatas. Se estaban comportando como un par de críos, a pesar de ser policías experimentados.

—No se preocupe. No volverá a pasar. Además, le aseguro que no es

nuestra intención perder tiempo. Cuanto antes acabemos, será mejor para todos —observó Andrew. Acto seguido miró a Spencer y leyó en su mirada que había entendido su mensaje. No iba a dejar que ese malcriado le sacara de sus casillas ni una vez más.

Entonces Andrew abrió la carpeta que tenían sobre la mesa. Esta contenía un buen número de instantáneas, entre las que se encontraban algunas sacadas de las redes sociales del joven, así como de las cámaras del parque.

—Todas estas fotografías confirman que estabas allí con tus amigos.

Esta imagen de una de tus cuentas demuestra que subiste el vídeo. Puedes ver los metadatos que nuestro informático ha destacado y que demuestran la hora a la que se subió. Es evidente que, al menos, en aquel momento sí que percibiste la presencia de esos dos jóvenes. Me gustaría saber si coincidiste con ellos en algún momento más en tu visita.

—No —respondió escueto.

—Un testigo nos ha dicho que tú y tus amigos les hicisteis un comentario un tanto despectivo momentos después. Algo así como "ahí están los pringaos del puente".

Cuando los detectives estudiaron los antecedentes de algunos de los visitantes registrados aquel día, muchos de los cuales se rastrearon gracias a los pagos con tarjeta de crédito, volvieron a hacer algunas preguntas a los empleados del parque. Una chica que trabaja en una cafetería pequeña que hay justo al cruzar el puente suspendido más largo del parque donde se

produjo la petición de mano, recordó que una pandilla de chicos se metió con ellos, pero que no fue más allá de un comentario.

—No tienes por qué contestar a esto, Christian —recomendó el abogado. Su cliente le miró con un gesto tosco.

—No creo que dijese nada.

—Haz memoria —insistió Spencer.

—No lo recuerdo. Ya se lo he contestado.

Andrew suspiró. Tenían que dar un paso más.

—Christian, estamos al tanto de las diversas acusaciones que has recibido por actos que implican algún tipo de agresión.

—Mi cliente no contestará a ninguna cuestión relacionada con ellas. Su expediente está limpio.

Davis asintió levemente con la cabeza. Estaba claro que no iba a hablar de aquello. Pero no le importó. No era lo que perseguía. Había conseguido justo lo que quería, observar su cara de orgullo por ello.

—¿Dónde te encontrabas el treinta de agosto entre las ocho y las diez de la noche? —preguntó esta vez en referencia al día en el que fue asesinada la segunda pareja de jóvenes.

—¡Y yo qué sé! Desde luego no llevo un registro de lo que hago cada día, como es lógico.

—Intenta hacer memoria.

—¿De qué va esto, señores? —preguntó ahora el abogado, que no le gustaba la dirección que estaba tomando la conversación.

—Simplemente queremos conocer su paradero aquel día —respondió Tracy con indiferencia.

—Y una mierda. Esto va del asesinato de Sunset Beach, ¿me equivoco?

Pues no es para eso para lo que hemos venido.

—Esto va de que el día que su cliente visitó el Parque de Capilano dos personas fueron asesinadas y él estuvo allí.

—Igual que otras decenas de personas o tal vez cientos incluso. Y

ustedes están dando palos de ciego. Esta conversación termina aquí.

Acto seguido jurista y cliente se levantaron. Antes de salir, Moore les dedicó una sonrisa burlona.

—Le partiría la cara bien a gusto —declaró Spencer, en cuanto abandonaron la sala.

—Sí, eso me ha quedado bastante claro. Pero te aseguro que esta vez no te dejaría que lo hicieras solo. Por nada del mundo me perdería ese gustazo.

Capítulo 32

Idea

Aquel interrogatorio les había servido para comprobar que perfectamente podían estar ante alguien capaz de asesinar. No tenían ninguna evidencia que demostrara que tuviera implicación alguna, pero no debían descartarle, pues tampoco se había molestado en ofrecer ninguna coartada para el día que asesinaron a la pareja de Sunset Beach.

Christian Moore sentía un absoluto desprecio por el resto de seres humanos, no experimentaba ni la menor empatía y se leía la crueldad en su mirada. El hecho de que, hasta la fecha, se hubiera ido librando de todas las denuncias y acusaciones le convertía, si cabe, en alguien todavía más peligroso, puesto que alimentaba su impresión de impunidad y de que para él no existían los límites.

Ninguno de los dos detectives albergaba dudas acerca de que algún día lo tendrían sentado en esa misa sala de interrogatorios por un cargo de asesinato del que sin duda sería culpable.

—¡Qué ser tan despreciable! —comentó Spencer.

—Desde luego que lo es. Me encantaría tener algo para poder empapelarle. No tardará en hacer daño a alguien otra vez. Se nota que disfruta con el dolor ajeno.

—¿Y sabes qué es lo que más rabia me da?

—No, ¿qué? —preguntó el rubio con curiosidad.

—Que estoy seguro de que no es nuestro hombre. Así que seguimos estando igual que al principio.

—Bueno, todavía nos queda uno más por interrogar de nuestra lista. No desesperemos todavía, Spence.

Andrew comenzó a pensar en otra idea. Tal vez podían tratar de hacer un ejercicio entre ambos que les ayudara a acercarse más a aquel homicida.

—¿Qué sabemos hasta ahora de nuestro asesino, Spence?

Este se quedó pensando. La verdad, es que no se podía decir que supieran demasiado.

—Sabemos que admira al Asesino del Zodiaco, o lo intuimos, porque emula su forma de asesinar en cierta medida. Podría decirse que es un nostálgico, en ese sentido. Posiblemente tenga más de cuarenta años, diría que entre cuarenta y cincuenta, precisamente por esa fascinación por el famoso homicida. También me hace pensar en ello la elección del arma de fuego que utiliza.

—Estoy de acuerdo. El *Modus Operandi* es muy similar en ambas escenas. Y parece evidente que la firma son las canciones que deja reproduciéndose una y otra vez.

—Esas canciones son su mensaje. Y también añadiría que parte de la firma es asesinar a las mujeres con un cuchillo bastante peculiar.

—Un hori-hori japonés.

—Exacto. Nos dice que siente odio hacia ellas y necesita matarlas de forma personal —argumentó el detective moreno.

—Esa misoginia podría ser debida a una relación tóxica con su madre, pero también a que haya pasado por relaciones románticas insatisfactorias y que terminasen de mal modo.

—Si solo fuera eso lo relevante, entonces mataría a mujeres que le recordasen a su objeto de odio, algunas que de algún modo sustituyese a su objetivo principal. Pero mata parejas, no deberíamos olvidarlo.

—Luego, volviendo a un tema que ya tocamos en otro momento, está intentando matar el amor, puesto que asesina a parejas que, tal vez, le

parecen felices.

—No cree en el amor —sentenció Tracy.

Esa conversación removió a Andrew por dentro, especialmente después de los sucedido con Hannah la noche anterior. Cometió un terrible error acostándose con ella, sobre todo después de haberle dejado claro que no quería estar con ella. Sin lugar a dudas, no resultaba una forma convincente de reafirmar la separación meterla en su cama. Ya era tarde para arrepentimientos. Lo hecho, hecho estaba. Afrontaría las consecuencias a su debido tiempo.

—Puede que hayamos pasado algo por alto —comentó Davis.

—¿A qué te refieres?

—Lo primero, insisto en que debemos interrogar al sospechoso que nos queda, puesto que sus antecedentes por violencia de género le convierten en una opción viable.

—Sí, eso por descontado. Tiene una orden de alejamiento. Debe ser un buen pieza —reflexionó Tracy.

—Desde luego puede ser un buen candidato, aunque matar al chico no encaja con el perfil del clásico maltratador. Pero la realidad es que estaba pensando en otra cosa. Quizá deberíamos buscar entre los empleados alguno que haya tenido malas experiencias amorosas.

—Bueno, es una opción, pero me sorprendería que se quedasen hasta tan tarde esperando a la pareja para asesinarles —dudó Spencer.

—Me gusta ese punto de vista. A lo mejor debemos empezar por aquellos cuyo turno implique salir los últimos del recinto.

—Recuerda que se entretuvieron mucho y salieron ya casi al tiempo de que se fueran los empleados del restaurante.

—Es posible que aquello fuera determinante.

—¿A qué te refieres?

—Según los vídeos que hemos visto, la luz del sol brillaba cuando el chico le pidió la mano en el puente. Pero ya estaba oscureciendo cuando salieron. La persona que les mató bien podía haberlo dejado estar, si no fuera porque otra vez les vio ya casi de noche y les recordó aquello que él no tenía —razonó Andrew.

—Encima, les dieron un trato privilegiado.

—Exacto. Abandonaron el restaurante prácticamente cuando lo hicieron los empleados. Deberíamos revisar una vez más las declaraciones de los trabajadores del parque y buscar a los clientes que cenaron en el Cliff House aquella tarde. Puede que entre ellos se encuentre nuestro homicida.

Capítulo 33

Too much love Will kill you

Aquella noche, Andrew tuvo verdaderos problemas para conciliar el sueño. No paraba de darle vueltas a la estupidez que cometió acostándose con Hannah en aquel momento de debilidad. No tenía ni la menor idea todavía de las consecuencias que aquello le traería.

Se había mantenido firme en su decisión de no volver con ella. Estaba convencido de que, por mucho que le gustara, no le convenía en absoluto.

Pero un solo momento de debilidad dio al traste con toda esa convicción y terminaron enredados entre las sábanas de su dormitorio. Se maldijo interiormente, puesto que aquello para él no cambiaba en absoluto la determinación a la que había llegado, pero dudaba de que la hija del comisario lo interpretase del mismo modo. Era probable que ella pensara que aquello podía ser un nuevo comienzo.

Tendría que esperar a ver qué pasaba a continuación.

A la mañana siguiente, los planes de los detectives relacionados con interrogar al siguiente sospechoso que tenían en la lista y el de indagar más acerca de las últimas personas que vieron con vida a los jóvenes del Capilano se torcieron cuando llegó el aviso de un nuevo asesinato múltiple.

Una vez más, una pareja de edad similar a las víctimas de los anteriores crímenes habían sido los elegidos.

Ambleside Beach, en West Vancouver, era el lugar en el que una mujer que iba de camino a su trabajo descubrió a la pareja asesinada en su coche.

El lugar se encontraba apenas a cinco kilómetros del famoso puente suspendido sobre el Capilano.

Según iban llegando a la ubicación, ambos se dieron cuenta de esa proximidad tan significativa entre ambos escenarios. Por el momento, los detectives solo conocían la ubicación y que un chico y una chica de poco

más de veinte años, según los documentos identificativos que hallaron los primeros agentes en llegar, habían sido asesinados brutalmente.

—Me parece, chaval, que lo de investigar a los trabajadores del parque adquiere aún más prioridad si cabe después de esto. El primer crimen y el tercero se encuentran dentro de un radio de acción interesante. Me hace pensar si nuestro homicida vive o trabaja en los alrededores —sopesó Spencer, quien iba conduciendo y trataba de encontrar un sitio en el que dejar el coche.

—Estaba pensando lo mismo, pero el asesinato de Sunset Beach no cuadra en absoluto con esta demarcación geográfica.

—Bueno, no lo tengo tan claro. No hay tanta distancia en coche. Juraría que entre los dos puntos más lejanos no hay más de treinta minutos.

—Aún así, Spence. Ya sabes que son dos barrios muy distintos de la ciudad. El Capilano y esta playa están al otro lado de la bahía, cruzando por el puente que sale de Stanley Park.

—Lo sé y comprendo lo que me quieres decir. Pero también hay que considerar que puede que haya cometido los crímenes en lugares próximos a su lugar de trabajo y residencia. Sabes como yo que es habitual que los asesinos salgan de caza en las zonas que conocen, pues es donde se siente más cómodos.

Andrew tenía sus reservas acerca del última razonamiento de su compañero. Puede que tuviera razón, pero no le parecía factible *a priori*.

—Aparca ahí delante —señaló el rubio, que vio un hueco suficientemente amplio entre dos vehículos policiales.

Tracy así lo hizo. No se esmeró demasiado, así que el coche parecía que, más que aparcado, había quedado así al caer. Un despropósito. Davis le miró con cara de reproche.

—¡No molesta, joder! —se apresuró a justificarse Spencer—. Mira que eres tiquismiquis. ¡Y deja de mirarme con ojos de cabra ahorcada! Es un escenario de un crimen. Nadie va a poder aparcar por aquí en un

buen rato de todos modos —le concluyó refunfuñando algo más por lo bajo.

Andrew le miró mientras bajaba. A veces se sorprendía de que se llevasen tan bien con lo diferentes que eran para según qué cosas. Tal vez era una manía del más joven, pero era incapaz de dejar estacionado un vehículo del modo en el que lo había hecho Tracy.

—Si es que es un gañán —murmuró según se apeaba.

La pareja había sido asesinada en el aparcamiento más cercano a la playa. Otra vez el chico tenía un balazo en la cabeza y esta vez la chica, en lugar de haber recibido cuchilladas como en los anteriores casos, había recibido varios disparos, de tal modo que tenía la espalda como un colador.

Pero esa no era la única salvedad: había sido alcanzada por las balas según trataba de escapar. En esta ocasión, el asesino no había hecho ni el menor intento de que volviese al coche o al lugar en el que estaba con su pareja antes de que él llegase.

Este crimen recordaba más, si cabe, al primero conocido del Asesino del Zodiaco.

—Bueno, su admiración por el homicida de finales de los sesenta del siglo pasado ya queda patente con este delito. Tenías razón, rubito. Seguro que eso te hace sentir muy feliz.

—¿No ves cómo doy saltos de alegría? —respondió con sarcasmo Davis.

—En fin. Empecemos con el procedimiento habitual. Otra obra maestra de la música empañada de sangre —comentó con desánimo el moreno en relación a la melodía que sonaba en el vehículo.

— *Too much love will kill you.*

—Exacto. Demasiado amor te matará.

Capítulo 34

Demasiado amor te matará

Con este crimen pareció llegar la confirmación de parte de la teoría que Andrew y Spencer compartían: las canciones eran la firma del asesino. El mensaje de la que escucharon en la actual escena no dejaba

lugar a dudas: demasiado amor te matará.

En esta ocasión, el responsable había elegido a Queen para dejar un mensaje, esta vez sí, claro y evidente. Responsabilizaba al amor de sus deleznables actos.

—¡Qué pirado hay que estar para hacer esto! —señaló Spencer, al que de un modo u otro, los asesinatos solían ponerle un poco de mal humor. Era su trabajo y debía estar acostumbrado, pero, a pesar de su fachada de tipo duro, en realidad se trataba de un hombre con mucha más sensibilidad de la que solía aparentar. El paso de los años investigando homicidios no lograba endurecerle.

—Hablemos con la forense a ver qué nos cuenta —sugirió Davis.

En realidad, no esperaban demasiadas divergencias respecto a los asesinatos anteriores. Sin embargo, no tardarían en descubrir algo que podría ser vital para la investigación.

—Sheila, ¿qué nos cuentas?

—Buenos días también para vosotros.

—Buenos días —respondieron a coro los dos detectives, después de la increpación de la forense.

—No hagáis eso que dais *yuyu*. Me habéis recordado a las gemelas de El Resplandor.

—No será por el parecido físico entre nosotros —puntualizó Andrew poniendo una expresión que era difícil decodificar.

—Ya quisieras tú parecerte a mí, enano.

—Vale, vale. Se acabó el tiempo de recreo, señores. Estamos en el escenario de un crimen, no en el patio de un colegio —les reprendió la doctora.

Se miraron entre ellos un segundo. Tenía toda la razón.

—Entonces, ¿qué puedes decirnos?

—Según el grado de *rigor mortis* que presentan los fallecidos y su temperatura corporal, me atrevería a decir que murieron hace entre diez y doce horas.

—Lo que nos sitúa en torno a las diez de la noche —se aventuró a

estimar el moreno.

—Entre las nueve y las once me atrevería a decir. Siempre es mejor dar un intervalo hora y media o dos horas hasta que sepamos más —señaló Sheila.

—Bueno, una vez más, nuestro delincuente actúa de noche. La oscuridad es su aliada —observó el detective rubio.

—Y la soledad. A esas horas dudo mucho que hubiera nadie más por aquí —añadió Spencer.

—Eso significa que no hay testigos.

—Sería poco habitual que los hubiera. Fíjate en todo lo que tenemos alrededor. Parques, arboledas y playa. Los escenarios suelen guardar entre sí un parecido bastante evidente.

—¿Qué nos dices de la chica? —preguntó Davis.

—Si lo que me estás preguntando es si esta vez la asesinaron con un arma blanca, puedo responder que no. Solo he apreciado agujeros de bala.

Los de la científica seguían recogiendo muestras, mientras los detectives seguían analizando el escenario, tomando notas y conversando con unos y otros para ir recabando y poniendo orden a la información de la que disponían.

—¿Te has parado alguna vez a pensar en lo que dice la letra de esta canción, Andy? —le preguntó con curiosidad Spencer.

—No, la verdad. No es la que más suelo escuchar de Queen.

—Verás, esta canción fue escrita por uno de los miembros de la banda cuando pasaba por su divorcio. La letra habla sobre alguien que intenta luchar por su relación. Se siente dividido entre el amor y el dolor que experimenta. Y el estribillo, en resumen, dice que si no se aclara, al final demasiado amor le matará.

—Si vamos uniendo las piezas de las canciones que nos ha dejado, entonces ya no parece que haya dudas acerca de que nuestro sujeto está intentando matar el amor.

—Quizá para que el amor no le mate a él —expresó en voz alta Tracy aquella última reflexión.

—¡Detectives! —gritó una de las agentes de la científica—. Tenemos algo. Vengan.

Andrew y Spencer se dirigieron al lugar desde el que acababa de llamarles. Era una chica bastante joven. A ninguno de los dos les sonaba haberla visto anteriormente.

—¿Qué sucede? —preguntó el moreno con tono apremiante. Le podía la curiosidad.

—Creo que esto les interesará. Hemos encontrado un casquillo de bala.

Y hay una huella parcial —afirmó, enseñándoles la bolsita en la que había metido la vaina del proyectil.

Los dos policías se acercaron.

—¿Cómo puedes saber si hay una huella? —preguntó el detective rubio un tanto dubitativo—. Se supone que es en el laboratorio donde hay que echarle la sustancia reactiva para detectarla.

—Gracias por la información. Sin tu ayuda nunca lo habría sabido —

dijo con ironía la joven—. Pero es que en este caso se ve con facilidad que hay una huella. Posiblemente estuvo engrasando el arma antes de cargarla y, si no se limpió bien, dejó un rastro evidente a simple vista. Y tranquilo que en el laboratorio tomaré la impresión debidamente.

Andrew se sonrojó. No pretendía molestar a la joven. Había quedado como un imbécil.

—Lo siento. No quería dudar de tu trabajo. Solo me resultó extraño.

—Disculpa aceptada. Bien, ¿veis lo que os digo? —preguntó la chica mostrando más de cerca el casquillo.

—¡Es cierto! Esto puede ser algo muy pero que muy bueno —reconoció Tracy.

Capítulo 35

Esperanza

Aquello sin duda eran buenas noticias. Por fin podían contar con una evidencia científica que, tal vez, les condujese a un nombre y pudiesen atrapar al asesino. Resultaba bastante sorprendente que el responsable

hubiese cometido aquel error de principiante, pero no serían ellos los que se quejasen.

—¿Dónde habéis encontrado el casquillo? —preguntó Spencer, quien apenas podía salir de su asombro. Estaba deseando saber más para comprender cómo podía haber sido tan descuidado.

—Estaba debajo del cadáver de la chica. Da la impresión de que es una de esas casualidades entre un millón. Intuimos que el último disparo lo realizó muy cerca, aunque os podremos decir más cuando se haga el análisis completo del escenario y del cuerpo. De ser así, cabe la posibilidad de que la vaina de la bala rodara y quedase oculta por uno de los pliegues de su vestido, que es donde lo hemos encontrado. Incluso puede que él mismo le diera un pequeño toque con el pie al acercarse a comprobar si estaba muerta. Es posible que la chica se moviera, ya sabéis, me refiero a un último espasmo antes de morir, y que fruto de ello, este acabara oculto a los ojos del asesino. Podemos elucubrar todo lo que queráis, pero hasta que no lo analicemos, esto es todo lo que puedo contaros.

Samantha, que así se llamaba aquella joven que trabajaba en el departamento de la policía científica, era una mujer atractiva e inteligente.

Había accedido con poco más de veinte años al cuerpo de policía, mientras estudiaba microbiología en la universidad, y estaba demostrando buenas habilidades en su trabajo. El policía rubio la miraba con interés, tal vez intrigado por esa determinación y seguridad que demostraba.

—Es extraño que no lo buscara —comentó entonces Andrew, volviendo a centrarse en el caso—. Es la primera vez que deja uno olvidado.

—Sí, desde luego —respondió Spencer—, pero no sabemos si se asustó por algo, no sé, por ejemplo, un ruido, un coche que pasaba… Si fuera así, a

lo mejor se distrajo y esto provocó que se precipitara.

—Para mí tiene sentido —dijo Sam, apoyando la teoría del moreno—.

Bueno, sigo con mi trabajo. Si encontramos algo más que debáis saber, os avisamos.

La chica se dio la vuelta y se dirigió al lugar en el que estaban

procediendo al registro de pruebas antes de su traslado al departamento de policía.

Regresaron junto al vehículo en el que yacía sin vida el novio de la fallecida. Se dieron cuenta de algo que ya habían visto en el primer escenario. La ventanilla del conductor estaba bajada.

—Fíjate en esto. En la primera escena supusimos que conocían a su asesino, pero me parece demasiada casualidad que también esta pareja estuviera en esa misma situación, ¿no te parece? —preguntó Davis a su compañero.

—Antes de descartarlo, debemos buscar las posibles conexiones entre las tres parejas asesinadas. Igual hay algo que todavía no hemos visto o que estamos pasando por alto —argumentó el policía moreno.

—Sí, por supuesto, eso por descontado. Hay que buscar si hay algo que les relacione. Sin embargo, me aferro más a la teoría de que bajaron la ventanilla porque, cuando se acercó, no les resultó amenazante.

Spencer se quedó mirando al océano perdido en sus pensamientos.

Hacía una mañana de finales de septiembre bastante desapacible, con viento fresco y nubes amenazando lluvia. Se percibía un ligero olor a tierra mojada, lo que corroboraba la impresión de que podía caer agua en cualquier momento. El color del mar era de un plateado onírico, casi evanescente, como si reflejara un cielo de ficción. Las olas se agitaban y cubrían de espuma la orilla. Su pelo se movió con el aire y un mechón se le puso en la cara, haciéndole cosquillas en la nariz, lo que casi le provoca un estornudo. Se apresuró a apartarlo para que no le molestara, aunque el viento tenaz lo devolvía una y otra vez al mismo sitio, hasta que se lo colocó detrás de la oreja y pareció aguantar allí amarrado.

—Son universitarios —aseveró de pronto, girándose hacia su compañero.

—¿Qué dices? —pidió este que le aclarara.

—Que creo que su conexión es el campus de la universidad. No pensamos en ello con la primera pareja porque todavía estábamos en las vacaciones estivales. Pero tengo la corazonada de que el hilo que conecta a

todos estos jóvenes es que estudian en la sede de universidad de la

Columbia Británica que está en Vancouver. Y si no todos, al menos un miembro de cada pareja, por lo que estoy seguro de que habrán estado en el campus alguna vez.

Era una posibilidad, desde luego. Los anteriores jóvenes que habían sido asesinados estudiaban todos una carrera. Tendrían que comprobar si estos también. De ser así, entonces tocaba averiguar en qué lugares habían coincidido y con quien.

—Fíjate en eso —dijo de pronto Andrew, que apreció una marca en el suelo que parecía reciente.

—Parece una marca de neumáticos. Alguien salió deprisa de aquí.

—Si es nuestro asesino, entonces cobraría más sentido todavía tu teoría acerca de que algo le asustó y, debido a ello, se olvidó de uno de los casquillos.

—Si te fijas en la direccionalidad de las rodadas, juraría que hubo un coche estacionado delante del vehículo de los jóvenes.

—Eso les impediría la huida.

—Tal y como hacía el Asesino del Zodiaco.

Capítulo 36

Rabia

Los vio por casualidad. Así había sido, más o menos, en todos los casos.

No los había ido buscando, pero se interponían en su camino gritando a los cuatro vientos que el amor era algo precioso. Se reían en sus narices de él, eso era lo que sentía. Aquellas demostraciones tan ostentosas era una burla.

Mentira.

Todo mentira.

El amor no existe, no es más que una invención, una broma macabra para las personas solitarias que parecen no terminar de encajar en ninguna parte. El amor solo sirve para pensar ingenuamente que le importas a alguien, cuando la realidad es que no es verdad. Cada uno solo busca su propio beneficio.

Los primeros jóvenes fueron los que provocaron todo lo que vino después. En mitad de aquel puente tan famoso en la zona, declarándose de forma obscena delante de todo el mundo, creyéndose especiales y gritándoles a los que les miraban que ellos se profesaban auténtico amor.

Fue algo vergonzoso y, sin lugar a dudas, punible. Merecían su castigo.

Merecían morir por aquella declaración pública de amor, por recordarle que él nunca fue merecedor de cariño por ninguna de las mujeres que formaron parte de su vida. Por hacerle consciente de que, lo más probable, es que nunca tuviera esa clase de amor.

La sensación que vino después de ajusticiarles fue algo inesperado.

Creyó que sentiría remordimientos. Nunca se había atrevido a dar aquel paso hasta entonces, a pesar de que numerosas veces estuvo tentado de hacerlo. En cada ocasión que veía una pareja besándose o dando muestras de ese enamoramiento tonto y absurdo, sentía el deseo de volarles a ellos la tapa de los sesos por ser tan estúpidos y dejarse engañar. Pero, especialmente, lo que más deseaba era que ellas sufrieran por ser tan manipuladoras y engañarles de aquella forma. Ya lo decía el Antiguo Testamento cuando hablaba de Adán y Eva. Eva era el pecado, la tentación,

la que hizo que Adán fuera expulsado del paraíso. Desde aquel momento, el hombre vivió condenado a una vida de segunda.

El arrepentimiento no llegó, sino que fue sustituido por una sensación placentera y satisfactoria de hacer justicia y cumplir una misión. El amor era un veneno que debía ser extirpado.

Un par de semanas después, vio a aquella pareja, también por casualidad. Acababa de llegar de uno de sus dos trabajos. Salió a pasear a su perro. Hizo el mismo recorrido de siempre. Se adentró en el parque de Sunset Beach y entonces se percató de su presencia. Estaban comiéndose a besos allí tirados en la playa. Notó cómo la rabia prendía en su interior.

Pero no podía hacer nada. Iba con su mascota y no llevaba la Luger consigo, tal y como solía hacer de un tiempo a esta parte. Sí llevaba el particular puñal japonés que siempre le acompañaba, pero no se sentía capaz de reducir con ello a los dos. Además, a aquella hora todavía había luz y algunos paseaban por la zona.

Volvió al día siguiente y los observó.

Regresó al otro día también.

Y al otro.

Resultaban bastante previsibles. Aprovechaban los últimos coletazos del verano repitiendo un ritual un día tras otro. Estudió los tiempos, dónde ocultarse sin ser visto, cuándo dejaban de pasear transeúntes por allí, cuál sería el mejor momento y desde qué punto atacar. Cuando se sintió suficientemente preparado, ejecutó su plan y dejó su mensaje.

Una vez más.

Un buen entendedor sabría lo que quería decir.

Los últimos se lo buscaron. Estaba detrás de ellos en un semáforo. Se estaban besando cuando se puso en verde. No se movían. Los de detrás empezaron a pitar. Entonces el chico se puso en marcha. Decidió seguirles a una distancia prudencial. Sabía cómo hacerlo. Además, era consciente de que nadie sospecharía.

Fue sencillo. Se dirigían a Alberside Beach, cerca de donde trabajaba de día. Aguardó escondido. Cuando vio la oportunidad, no lo dudó.

"Demasiado amor te matará"

O, al menos, la expresión impúdica de él.

Ahora rememoraba lo que había hecho, mientras iba dejando en la encimera de la cocina todo lo que llevaba encima. Había tenido que salir más aprisa de lo que le hubiera gustado. Le pareció escuchar el rugido de un

motor que se acercaba. Tuvo la sensación de que alguien le vio. No debía perder el tiempo. No le convenía arriesgarse. Recogió, se subió al todoterreno y se marchó.

Sacó los casquillos y los contó. Volvió a contarlos. Faltaba uno. No podía ser. Estaba seguro de haberlos recogido. Siempre lo hacía. Procedió a hacer un nuevo recuento. Revisó los bolsillos, una y otra vez, de forma frenética. Tal vez había disparado una vez menos de lo que pensaba. Revisó el cargador. No había lugar a dudas.

Gritó desesperado. El rostro se le contrajo en una mueca terrorífica,

deformando su expresión hasta hacerle parecer otra persona. El perro se asustó al ver su reacción tan desproporcionada.

Bajó al coche. A lo mejor se le había caído allí. Lo revisó de arriba a abajo. Movió los asientos. Levantó las alfombrillas. Removió todo lo que había en el interior. Enfocó con la linterna una y otra vez, a todas partes.

Nada.

Soltó una carcajada siniestra.

¡Qué estúpido había sido!

Entonces se maldijo por no haber sido más precavido al cargar el arma.

Sabía que no debería tocar nunca las balas sin los guantes, pero lo hizo. O

eso creía, aunque no estaba completamente seguro. Puede que lo hiciera todas y cada una de las veces, de forma imprudente. Sin embargo, alguna vez había usado los guantes. ¿Los usó con estas últimas balas? Ahora lo pensaba y se sentía un auténtico imbécil. Era un riesgo innecesario. Fue confiado. Pensó que jamás cometería un error tan absurdo. Ahora ya no había vuelta atrás. Lo más probable era que sus huellas dactilares estuvieran en el sistema. Movió la cabeza de un lado a otro negando que aquello pudiera estar pasándole.

Desde luego, él no era el Asesino del Zodiaco.

No se iba a librar.

No tardarían en dar con él.

Pensó en qué hacer a continuación. Le costaba ver una salida. Trataba de reflexionar mientras su respiración se hacía más superficial y asfixiante.

Casi sintió que se mareaba. Le pareció que el garaje se hacía más y más pequeño a su alrededor, como si se encogiera fruto de sus miedos. Las columnas se le aproximaban, amenazando con aplastarle. Entonces gritó de pura rabia. Por suerte, no había nadie allí que pudiera escucharle en aquel instante.

Él no tenía la culpa de que le hubieran tratado tan mal. No podía dejar que el mundo creyera que el amor es la salvación, porque es mentira. Es una fuerza poderosa, sin duda, pero al contrario de lo que te suelen decir cuando eres un crío, solo sirve para destruir.

Tal vez debiera deshacerse de la Luger.

Cuanto antes mejor.

Pero, ¿de qué serviría si ya tenían sus huellas?

La Luger era importante para él.

Tenía un significado profundo.

Dudaba qué hacer.

Podría conseguir otra arma con relativa facilidad. Al fin y al cabo, tenía licencia para ello. ¿Merecía la pena? Si iban a atraparle de todos modos, no tenía sentido detener su misión. Intentaría ser más listo, pero no pararía hasta que le pusieran las esposas.

Permanecería atento a la investigación. Estaba teniendo una notoria repercusión en los medios de comunicación y las redes sociales. Sabía quiénes estaban al cargo de ella. No debía resultar demasiado difícil enterarse de por dónde iban los tiros.

No le iban a pillar con la guardia baja.

Si iba a morir, lo haría matando.

Capítulo 37

Interrogatorio

El último asesinato desde luego podía conducirles a la solución. Confiaban en que así sería. Pero no podían quedarse de brazos cruzados esperando los resultados de la huella parcial hallada en el casquillo. Había una posibilidad de que el dueño estuviera en el sistema y aquel caso se resolviera, finalmente, con relativa facilidad.

Mientras aguardaban novedades del laboratorio, tenían pensado hacer tres cosas: en primer lugar, interrogar a Edgar Malone, uno de los visitantes del Capilano Supension Bridge Park el día que murió la primera pareja. Una vez terminaran con ello, salvo que esto les condujera a la resolución del caso, investigarían quiénes fueron los últimos en ver con vida a la pareja y, con ayuda de Dylan, sus redes

sociales por si en estas hubiera alguna publicación relacionada con un fracaso amoroso o una relación fallida que les hubiera generado una reacción negativa. Por último, analizarían la última canción, la cual era la más reveladora de todas, y la pondrían en contexto junto con la letra de las otras dos. Tal vez al unirlas todas encontrarían un mensaje con un sentido global. Era una teoría que merecía la pena comprobar.

La expresión de pocos amigos de Edgar Malone cuando, por fin, se sentaron frente a él decía claramente que no estaba dispuesto a colaborar.

—Le agradecemos que haya venido a hablar nuevamente con nosotros

—comentó Andrew en tono amable.

—Y una mierda, agente. No me ha quedado más remedio. Si viene la policía a buscarte a tu lugar de trabajo, no montas un pollo, sino que tratas de salir de allí de forma desapercibida, aunque no es fácil cuando hay un coche patrulla esperándote en la puerta.

La rabia se leía con claridad en su rostro. Tenía las mandíbulas tan apretadas, que si afinaban el oído, posiblemente las oirían crujir. Además, las venas hinchadas y palpitantes de su frente y cuello traslucían una tensión difícil de disimular.

—Bueno, eso ha sido porque, cuando le llamamos por teléfono y le invitamos a venir, no se mostró precisamente dispuesto a hacerlo —

respondió sutilmente el detective rubio.

—Es que no entiendo por qué motivo tengo que venir. Ya dije lo que sabía en su momento, es decir, nada. Se lo puedo decir más alto, pero les aseguro que es imposible decirlo más claro: N-A-D-A. ¡NADA! —

sentenció con cierto recochineo.

—Bueno, sí, lo comprendemos, pero es que nos han surgido nuevas preguntas. Como comprenderá, en las investigaciones estas cosas suelen pasar —comentó como de pasada Spencer.

—No vi nada más allá de lo que vieron el resto de los presentes. Ya se lo acabo de decir. No sé qué parte no entienden. Dan igual sus nuevas preguntas.

Los detectives decidieron cambiar de tercio.

—¿Cómo es su relación con su pareja actual? —preguntó Tracy echándose ligeramente hacia delante.

—Eso no les incumbe. ¿Qué son, agentes, un par de cotillas? Si tienen problemas para ligar, puedo darles unas clases. Para eso no hace falta traerme hasta aquí.

—¿Sabe tu novia que estás fichado por violencia de género, Edgar? —

indagó nuevamente Spencer, esta vez cambiando el registro y tuteándole.

—¡Váyase a la mierda! —exclamó con ira.

—¿Sabe que te gusta pegarle a las mujeres?

El otro parecía arder en llamas, con el rostro enrojecido de tanta ira que sentía —Ya pagué mi deuda en su momento. Aquella era una zorra que me metió en un buen lío porque sí.

—Claro, claro. Estoy seguro de ello —afirmó irónicamente el moreno.

—Nos gustaría conocer su paradero en dos momentos concretos —

apuntaló Davis, reconduciendo la conversación hacia lo que les interesaba, ahora que ya habían visto lo fácil que era sacarle de sus casillas—. El primero es con relación al día treinta de agosto y el segundo sería hace dos noches.

Edgar Malone los miró desconcertado. Aquel interrogatorio había virado de forma radical en una dirección muy concreta, cosa que no le gustó un pelo.

—No entiendo por qué debo contestar a esas preguntas. Eso no tiene nada que ver con lo sucedido en el Capilano. Se supone que es para lo que

me traían aquí.

—Déjenos que eso lo estimemos nosotros mejor, ¿de acuerdo? —le pidió Tracy.

—No, no estoy de acuerdo. No pienso decir ni una palabra más hasta que venga mi abogado.

Se esperaban que sucediera algo así. Por suerte, gracias a su denuncia por violencia de género, tenían su ADN y sus huellas dactilares en el

sistema, por lo que si había una coincidencia con la del casquillo hallado en la última escena, no tardarían en meterle entre rejas. Sin embargo, sabían que eso no sería suficiente para acusarle de los otros dos crímenes. Por otro lado, tendrían que dar con la Luger, lo cual sería la prueba irrefutable de su implicación.

Por lo que habían averiguado hasta el momento, Malone no tenía licencia de armas, lo que no era sinónimo de que no contara con ninguna.

Era de esperar que no soltara prenda. Debían seguir tirando del resto de hilos que tenían abiertos.

Capítulo 38

Capilano

Repasando las conversaciones del primer día, quedaba claro que las últimas personas que vieron con vida a la primera pareja fueron los trabajadores del restaurante. No obstante, también debían tener en cuenta que no fueron los únicos, ya que había allí más personas, entre los que se encontraban otros clientes y el vigilante de seguridad, quien tendría que pasar a hacer la última ronda antes de irse a casa.

Entre los comensales no se encontraba ninguno de sus tres sospechosos iniciales, pero eso no significaba que uno de ellos fuera el responsable.

Tampoco debían descartar, por el momento, que fueran un equipo, por la inusual forma diferente de asesinar a cada miembro de la pareja. No obstante, el último crimen sí parecía empezar a disipar aquella duda, puesto que los dos habían muerto por heridas de bala causadas por la misma pistola.

El día que descubrieron el primer crimen, preguntaron a los presentes qué hicieron después de irse del parque de Capilano. El objetivo era conocer su paradero y, por tanto, sus posibles coartadas, aunque era obvio que había un margen de tiempo para el que no contaban con nadie que pudiera corroborar lo que dijeron. Al fin y al cabo, había que considerar el tiempo de desplazamiento entre aquella atracción turística y el siguiente destino, fuera cuál fuera.

Aquello no servía para disipar duda alguna. Debían seguir probando cosas nuevas, ser tal vez más imaginativos.

—¿Nos consta que estos dos chicos discutieran con alguien en el

parque aquel día? —le preguntó Andrew, en relación a Somerset Tucker y Brenda Sullivan, las dos primeras víctimas.

—En realidad no, puesto que salvo el impertinente Christian Moore que les increpó según nos contó la dependienta de la cafetería del otro lado del puente, nadie ha señalado que esta pareja hiciera algo indebido. Quizás no

debamos centrarnos tanto en ellos y necesitemos mirar más los otros asesinatos, ¿sabes?

—Puede que tengas razón, pero es que en este primero es en el único en el que podríamos tener algún testigo que viera algo y todavía no sea consciente de ello.

Spencer le dio vueltas a una idea que le pasó por la cabeza. Podían haber pasado por alto algo del último escenario.

—Vale, se me ocurre otra cosa.

—¿El qué?

—En el último escenario, nuestro asesino cometió un error del que se debe estar tirando de los pelos en este momento.

—El casquillo —afirmó Davis.

—Exacto. Además, tenemos un rastro de rodadas que, según han dicho los del laboratorio, por la distancia entre los ejes de las ruedas, corresponde a un todoterreno.

—Correcto. Están analizando restos de tierra que había precisamente en la marca dejada por los neumáticos.

—Y, ¿recuerdas lo que hablamos? —preguntó Tracy, tratando de refrescar la memoria de su compañero.

Andrew se quedó mirándole tratando de recordar a qué se refería concretamente.

—¿Te refieres a que parecía un crimen más apresurado?

—Exacto. Sin duda, creo que lo es. Es decir, en primer lugar, no se entretiene en apuñalar a la joven ni en hacerla volver al vehículo, como hizo en el primer caso.

—Bueno, tal vez quisiera escenificar algo diferente. Piensa en el

segundo asesinato y los pétalos de rosa. Ya era suficientemente distinto del primero —remarcó el policía rubio.

—Es cierto. Sin embargo, disparó en la pierna a la chica para controlarla y luego la arrastró hasta la manta en la que yacía su novio y allí la acuchilló.

Pero en este último, se limita a dispararla por la espalda cuando ella trata de escapar. Da la impresión de que no se sentía seguro.

—Y después, recogió los casquillos pero se olvidó de uno.

—No dedicó suficiente tiempo a ello.

—Pero se entretuvo en poner la canción —reflexionó Andrew.

—Porque, tal y como pensamos desde el principio, su mensaje está ahí

—añadió Spencer.

—Entonces, por aclararme, ¿crees que hay un posible testigo del crimen?

—Tienes una mente ágil, cuando quieres.

—Muy gracioso. ¿Es eso lo que estás tratando de decirme, que hubo un testigo? —insistió en la pregunta, puesto que no tenía suficientemente claro que se refiriese solo a eso.

—Me parece que sí. Planteamos la posibilidad de que se apresuró porque puede que lo alertara algo. Tal vez fue un ruido que le hizo pensar que había alguien cerca, o los faros de un coche anunciando que se acercaba.

—Así que, primero dispara al chico. Después la mata a ella a balazos.

Vuelve para poner la canción, porque eso es importante para él, y se larga.

—Es su firma —aclaró Tracy.

—Exacto. Y por último, lo que hace es recoger los casquillos, pero tiene que hacerlo deprisa y corriendo porque siente que hay alguien más que puede verle.

Los dos se miraron llegando a la misma conclusión ahora ya de manera casi irrefutable.

—Me parece que hay por ahí un testigo que no tiene ni la menor idea de que puede que tenga información relevante para resolver el caso.

—Imagínate: alguien que va conduciendo con la música alta o una pareja que va hacia allí como nuestras víctimas, a enrollarse —sugirió Davis.

—Lo más probable es que no oyeran las detonaciones, puesto que ya sabemos que usa silenciador.

—Pero puede que vieran los dos coches aparcados, demasiado cerca uno del otro —se aventuró a especular el más joven.

—Tan cerca que le impide el paso.

—Así que, han visto el coche de nuestro asesino, hasta es posible que puedan identificarlo pero todavía no lo saben.

—Tendríamos que difundirlo en los medios de comunicación —propuso Spencer.

—Si la huella no nos da un resultado, no nos va a quedar otra que jugar esa baza.

Capítulo 39

Mensaje

El resultado del cotejo de la huella estaba tardando más de lo esperado. El hecho de que fuera parcial dificultaba su identificación. La dactiloscopia es una ciencia bastante avanzada que, contando con las herramientas adecuadas, produce resultados de elevada precisión. Sin embargo, cotejar las huellas en la base de datos, con la inmensa cantidad de ellas que están registradas en el sistema, lleva mucho más tiempo del deseable. Pero no solo eso, la constitución de la huella, sus remolinos, sus crestas papilares y la definición de las mismas, o la del arco u otros elementos singulares que la constituyen, así como la superficie sobre la que se han tomado, porosa o no, son elementos que facilitan o dificultan, según el caso, el cotejo de las mismas. Cuanto más definida sea la impresión de la huella tomada, sin lugar a dudas, más fácil es lograr una identificación.

Con la ayuda de Dylan, el técnico de medios con el que tenían mejor relación, indagaron en los posibles fracasos sentimentales de los empleados del parque que fueron los últimos en ver a la pareja con vida, así como en el caso de los clientes del Cliff House que se

encontraban allí a la misma hora.

Sabían que le habían dado una tarea complicada y que, aunque habían reducido los términos de búsqueda, le llevaría posiblemente más tiempo del que se podían permitir encontrar algo jugoso.

Debido a que seguían sin contar con ninguno de esos datos que estaban esperando, tenían que continuar avanzando en la investigación a través de otros frentes. No obstante, el comisario empezaba a impacientarse por la falta de resultados, después de que hubieran pasado ya más de mes y medio desde que apareciera la primera pareja asesinada en su coche.

Aquel día, justo cuando iban a ponerse a juntar las letras de las canciones y los mensajes que estas contenían, Adrian Petrus les llamó a su despacho. Precisamente en ese instante, en el que las cosas entre Andrew y Hannah estaban en un punto indefinido, al detective rubio le resultó más incómodo de lo habitual reunirse con su jefe. Sobre todo, le molestaba

tremendamente que Petrus hubiera estado en todo momento, según parecía, al tanto de la relación entre Davis y su hija y que hubiera sido el responsable de su ruptura.

Andrew trataba de disimular su malestar y, por qué no, su cabreo con su jefe por haberse comportado de manera tan despótica, pero no era capaz. Su gesto era serio, un poco hosco, marcando una distancia extra con su superior.

—Pasen y siéntense —les indicó con gesto serio Petrus.

Al rubio no se le pasó por alto la forma en la que le miraba. Desconocía si estaba al tanto de los últimos acontecimientos con su hija. La realidad era que, desde que se acostaron aquella última vez pocos días atrás, no había vuelto a saber nada de Hannah. No sabía si eso era buena o mala señal.

Los dos detectives se sentaron en los lugares habituales que, sin pretenderlo, solían ocupar cuando el jefe les invitaba a pasar a su despacho.

—Me imagino que ambos saben por qué les he hecho llamar.

—Por supuesto —se apresuró a responder Spencer—. Por el Asesino del Amor.

—¿Cómo dice?

—Nada, no me haga caso —dijo el detective de pelo largo, agitando en el aire la mano derecha para restarle importancia a sus palabras—. Me refiero que, si nos ha llamado, entiendo que no ha sido para anunciarnos que nos va a premiar con un aguinaldo especial las próximas navidades, sino por la investigación de la que estamos al cargo.

—Desde luego, Tracy, cada día eres más perspicaz.

La ironía estaba servida. No empezaban bien.

Petrus miró alternativamente a uno y a otro, como si fuera un profesor de escuela reprendiendo a dos alumnos después de una pelea en la hora del recreo.

—¿Y bien? ¿Qué novedades tenemos? Porque no voy a negarles que este caso no para de darme quebraderos de cabeza. Estoy hasta el gorro de tener encima a los de la prensa y darles largas sobre el asunto, lo cual no sirve para nada, puesto que para eso están la mierda de las redes sociales y los blogs de internet escupiendo teorías absurdas y poniéndonos a caldo porque no somos capaces de encontrar al responsable.

—No es fácil, señor. No deja rastros que nos permitan dar con él.

Estamos buscando conexiones entre las distintas víctimas, a ver si eso nos conduce hasta alguien en concreto —se defendió Davis.

—Y estamos explorando otras opciones. Por ejemplo, nos estamos centrando en los posibles motivos que hay detrás de estos crímenes. Ya sabe que no pocas veces en las razones que llevan a alguien a asesinar está la clave para resolver el rompecabezas.

—¿No me diga, detective Tracy? Menos mal que le tengo a usted para que me ilustre.

Spencer entrecerró los ojos. No le gustaba el tono que estaba usando el comisario. Habían ido de buena voluntad, estaban esforzándose en resolver aquellos malditos homicidios, y Petrus parecía tratarles como si nada de lo que hacían valiese la pena.

—Adrian, ya nos conocemos. Dejémonos de formalismos —dijo Tracy, pasando a un tono más de andar por casa—. No entiendo esta actitud ahora.

Estamos dejándonos la piel en esto, tal y como siempre hacemos.

—¿Lo hacéis? Yo no lo sé. Es lo que siempre decís, pero la realidad es que no veo los resultados que esperaba.

—¿Cuándo ha sido fácil resolver un homicidio? Que yo sepa, salvo los contados casos que son evidentes, siempre hace falta tiempo para dar con la solución.

—Y estamos más cerca —apostilló Davis.

—Pues no es lo que parece —sentenció el jefe de policía.

Andrew no hablaba demasiado. No le apetecía y tenía la impresión de que no serviría para mucho. Aquella reunión no buscaba un objetivo concreto, salvo increparles.

—¿Es todo, jefe? —preguntó el rubio con aparente indiferencia.

Aquello crispó a Petrus si cabe un poco más.

—No te pases de listo, Davis. Te lo he dicho muchas veces. Y me parece que todavía no te entra en la cabeza ese mensaje, a pesar de que no es tan complicado.

—Tranquilo, señor. Lo entiendo perfectamente. Es solo que estamos a la espera de resultados y tengo la impresión de que, en lugar de estar aquí con el único objetivo de despreciar nuestro trabajo, igual sería más provechoso para todos que nos dejase continuar nuestra labor. Puede que tengamos algo muy pronto. ¿Qué tal si nos ponemos de nuevo manos a la obra?

Andrew notaba cómo le costaba mantener a raya su rabia, la cual pugnaba por salir y decirle que estaba al tanto de la jugarreta de Calgary y de algunas cosas más. Pero sabía que solo le daría munición contra él. El joven solo quería hacer su trabajo lo mejor posible.

—Pueden irse —les permitió finalmente el comisario, después de valorarlo un instante.

Los policías se levantaron de sus respectivas butacas y se dispusieron a abandonar el despacho. Spencer ya tenía agarrado el picaporte de la puerta, cuando Petrus les solicitó algo más.

—¿A qué ha venido eso del Asesino del Amor? —preguntó con curiosidad. Estaba enojado por lo lenta que iba la investigación, por la

presión que estaba recibiendo de los de más arriba y también por la de los medios de comunicación, pero en realidad sabía que aquellos dos policías eran de los que se volcaban en su trabajo y que, además, solían ser muy intuitivos.

—Tenemos una teoría. Pero hasta que no sepamos más, preferimos guardar ciertas reservas —respondió Tracy.

Capítulo 40

Filtración

ADavis aquella reunión le había puesto de un humor de perros. Tanto contenerse en el despacho para no decirle cuatro cosas a su jefe le estaba pasando factura. Pensó que, si tenía que hacer eso a menudo, no tardaría en salirle una úlcera.

—¡Eh, chaval! —le llamó Spencer para que le mirara, al detectar su estado de ánimo—. No le hagas caso, ¿vale? Nosotros a lo nuestro.

—Es que me gustaría tanto decirle cuatro cosas…

—Muy bien. Esta noche te llevo a un gimnasio al que voy de vez en cuando y golpeamos unos sacos de boxeo, ¿te hace la propuesta?

Davis pensó que no se veía capaz de aguardar hasta entonces. Por él, se irían ya mismo.

—¿Eso es lo que haces cuando te cabreas, Spence?

—Claro. Es mucho mejor que golpear cosas… o gente —dijo con expresión picarona—. No, ahora en serio. Sienta fenomenal desahogarse así. Luego lo pruebas y me dices. Eso sí, con lo flacucho que estás les pediré que te pongan un saco para niños.

—¡Tenía que salir el lado cómico de Spencer Tracy!

—A su disposición —respondió, haciendo una divertida reverencia.

Aquello ayudó a Andrew a recuperar un poco el humor. Se levantó y fue a coger los papeles de las canciones con los subrayados que hicieron en su momento de las dos primeras. De la última, la de Queen que sonaba en Ambleside Beach, todavía no habían procedido a realizar un análisis minucioso, aunque ya el título de la canción parecía un mensaje más que evidente.

—Venga, pues aquí tenemos las tres juntas. Recapitulemos qué nos

dicen cada una.

Los detectives colocaron los folios en los que estaban escritas las letras de las tres canciones y donde habían subrayado aquello que les parecía que podía ser relevante. Con relación a la primera, *Shallow*, destacaron en su

momento ese diálogo que escenifica la canción en el que una pareja trata de hallar la forma de salir a la superficie para ser felices. En cuanto a la segunda canción, *Bed of Roses*, habían subrayado un párrafo entero:

«Mientras hablamos sobre todas las cosas que anhelo creer, sobre el amor, la verdad, lo que tú significas para mí. Y la verdad es, "baby", que eres todo lo que necesito. Quiero tenderte en una cama de rosas. Por esta noche, duermo en una cama de espinas».

—Tengo la sensación de que el asesino, en cierta medida, nos está contando su historia —reflexionó Andrew.

—No lo descarto, desde luego. De hecho, las canciones parece que estuvieran conectadas en cierto sentido. Primero ese diálogo en el que intentan buscar la forma de ser felices. Y después ese reconocimiento de que, por mucho que se esfuerce, no logra conseguir que su amor sea correspondido —añadió Tracy reflexivo.

—Recuerdo que mencionaste que *Too Much Will Kill You* es una canción que trata sobre el proceso de divorcio de uno de los miembros de la banda.

—Sí, exacto. Al menos, eso es lo que se cuenta siempre en relación a esta canción. De hecho, se estrenó una vez ya fallecido Freddy Mercury, por ciertos problemas con el derecho de propiedad intelectual, puesto que estaba prevista que se estrenará con el álbum *The Miracle*.

—Entendido, *groupie* — bromeó Davis—. No hacía falta tanta información.

—Mejor que sobre que no que falte, ¿no es lo que se suele decir?

—Vayamos al grano, anda. Leamos con más detenimiento la letra, a ver si encontramos una conexión con las anteriores o, simplemente, el mensaje del título es todo lo que el asesino quería decirnos.

I'm just the pieces of the man I used to be Too many bitter tears are raining

down on me I'm far away from home And I've been facing this alone For much too long Oh, I feel like no one ever told the truth to me About growing up and what a struggle it would be In my tangled state of mind I've been looking back To find where I went wrong Too much love will kill you If you can't make up your mind Torn between the lover And the love you leave behind You're headed for disaster Because you never read the signs Too

much love will kill you every time I'm just the shadow of the man I used to be And it seems like there's no way out of this for me No, no there's no making sense of it Every way I go I'm bound to lose Too much love will kill you Just as sure as none at all It'll drain the power that's in you Make you plead and scream and crawl And the pain will make you crazy You're the victim of your crime Too much love will kill you every time Too much love will kill you It'll make your life a lie Yes, too much love will kill you And you won't understand why You'd give your life You'd sell your soul But here it comes again Too much love will kill you *In the end, in the end [3]*

Después de leer lo que decía la letra de la canción, los dos policías se quedaron sin habla. En ese contexto, desde luego parecía encajar a la perfección. Aquella canción hablaba de fracaso, de dolor, de intentar recomponerse, de luchas, de amores fracasados, de incomprensión, de destinos irremediables, de finales.

«Soy solo las piezas del hombre que solía ser».

«Demasiadas lágrimas amargas llueven sobre mí».

«…Me he estado enfrentando a esto solo demasiado tiempo».

«Siento que nunca nadie me dijo la verdad sobre lo que es hacerse mayor y la lucha que conllevaría».

«He mirado hacia atrás para averiguar dónde me equivoqué. Demasiado amor te matará».

La letra seguía en el mismo tono e incluso, había frases que podían resultar mucho más explícitas si se contextualizaban con los homicidios que estaban investigando. Su error había sido el amor. Ahora ya no les quedaba duda alguna.

«Y el dolor que te hará enloquecer».

«Eres la víctima de tu propio crimen».

—¡Joder, macho! —exclamó Spencer, quien se había quedado casi en

shock.

—Es fuerte lo que dice, ¿verdad?

—Mucho. Esta canción siempre me ha puesto los pelos de punta,

¿sabes? Es puro sentimiento y… No sé ni qué decir. Esta banda era una puta maravilla. Su música se te colaba bajo la piel. En estas circunstancias, tío, me parece algo brutal.

Y lo era. Decía mucho de la vida de quien estaba detrás de aquellos crímenes, alguien que se había pasado la vida buscando el amor sin lograr

encontrarlo.

—¡Colegas, tenéis que ver esto! —dijo Dylan de pronto. Ni siquiera se habían dado cuenta de su presencia. Estaban tan absortos con lo que tenían entre manos, que podía haber caído un rayo en medio de la comisaría y no se habrían dado ni cuenta.

—¿Qué pasa, *friki*? —preguntó Spencer.

—Parece que en los medios de comunicación ya hablan del Asesino del Amor.

—¡¿Cómo?! —preguntó y exclamó a la vez Tracy, atónito de que utilizasen ese nombre que él mismo había usado como una forma de entenderse con su compañero, nada más.

—No sé cómo, solo sé que es lo que dicen y también que están al tanto de que estáis analizando las canciones que sonaban en las escenas de los crímenes, así como que estáis pendientes del resultado de la huella del casquillo.

—¡Fantástico! —dijo Andrew exasperado—. Ahora además tendremos que quitarnos de encima a los periodistas.

—Si el caso ya era complicado de por sí, acaba de ponerse todavía peor

—expuso el policía moreno de pelo largo.

—Al menos, hasta ahora era Petrus el único que tenía que bregar con ellos. A partir de este momento, me temo que se van a convertir en nuestra sombra —concluyó el rubio con desgana.

Capítulo 41

Carta

La inquietud en su interior era como el movimiento de una lavadora, puesto que no paraba de girar una y otra vez revolviéndole el estómago con tantos nervios. Posiblemente lo mejor fuera huir, desaparecer sin dejar ni el menor rastro. Al fin y al cabo, nadie iba a preguntar por él, salvo en el trabajo, aunque no sería por otra cosa que por el inconveniente que supondría tener que buscarle un reemplazo de manera rápida para que no se resintiera su labor.

El problema era que no tenía ni la menor idea de a dónde ir. No se le ocurría a qué lugar podría dirigirse. Toda su vida la había pasado en Vancouver. Apenas sabía lo que implicaba viajar y conocer sitios nuevos.

Era cierto que no guardaba recuerdos especialmente felices allí, sino solo una acumulación de fracasos personales que le recordaban una y otra vez que no era una persona apta para el amor. Y, a pesar de todo ello, seguía atado al lugar que le vio nacer.

En medio de aquel bloqueo, decidió escribir una carta que no sabía si se atrevería a enviar a los medios de comunicación o, quizá, incluso al departamento de policía de la ciudad. El Asesino del Zodiaco fue osado y nunca le atraparon. Igual él también debía serlo. Pero entonces recordó que, en la época en la que vivió el famoso y casi icónico homicida, no existían ni la dactiloscopia, ni los análisis de ADN, ni ninguno de los avances científicos que utilizaban en el presente las fuerzas de seguridad para atrapar a los criminales. En la época del Asesino del Zodiaco, este no tuvo que preocuparse de haber dejado una huella en un casquillo de bala.

Estimados detectives,

Sospecho que estáis tomando conciencia de la magnitud de lo que tenéis delante de vosotros. Estos fallecimientos eran necesarios para que la gente no se deje engañar por fantasías irrealizables. El amor no es más que un invento para mantenernos anestesiados y poco lúcidos. Es una forma de hacer creer a los más incautos que sirve para sobrellevar la realidad, cuando la verdad es que duele y provoca sufrimiento. Demasiado amor te matará, ya lo dice la canción. Me alegra saber, por cierto, que prestáis atención y habéis entendido que la música de cada escenario forma parte del mensaje principal. Al menos, es lo que se rumorea.

La gente miente. Hasta las personas que supuestamente más nos deberían amar lo hacen. Algunos les gusta hacerlo delante de todos, como a los jóvenes que declararon su supuesto amor en presencia del mundo entero, muy lejos de la superficie. Estaban en una nebulosa, en un estado de niebla mental, porque el amor es como una droga que te confunde y no te permite razonar con claridad. No han tenido tiempo de averiguar que, con el tiempo, esa evanescencia se disipa y el amor desaparece porque la auténtica verdad es que nunca existió.

Ahí es cuando descubres que el amor no es como dormir en una cama de rosas, sino en una de espinas que se te clavan hasta lo más hondo y te desgarran el corazón, dejándolo inutilizado. Eres la víctima de un crimen del que eres culpable, como es enamorarse de otra persona que no te va a saber corresponder.

Es difícil lograr explicar con palabras lo que la música puede transmitir sin esfuerzo. Las notas conectan directamente con tus sentimientos y dotan al mensaje de una fuerza mayor, de más realidad, de más dureza. Nadie lloraría si escuchase mi historia, pero las canciones sí son capaces de arrancarles esas lágrimas involuntarias que caen sin control.

No podría explicar cuando comenzó todo. No sé bien qué me ha llevado a hacer esto. Pero no me arrepiento. Necesitaba realizarlo, saber lo que se siente, qué experimentaría sabiendo que estaba matando el ideal del amor.

Solo puedo decirles que, después de mucho pensar en qué hacer a continuación, he decidido que no voy a parar. Tendrán que detenerme. Ya no tengo nada que perder. Y no hay nada que vuelva más peligroso a un hombre que saber que es así.

La pelota está en su tejado, detectives.

Terminó de escribir aquella misiva con una sensación extraña. No había sido consciente de que, internamente, no estaba dispuesto a parar. Huir no era una opción, salvo que aquello lo llevara a otra víctimas.

En el trabajo nocturno que hacía varias noches en semana había visto tantas cosas. Podría haber empezado perfectamente allí, pero no se atrevió.

Quizá alguien pudiera verle. En realidad, hasta la fecha, si no fuera por el estúpido error de dejarse aquel maldito casquillo, estaba ejecutando cada una de sus acciones de forma perfecta.

Ni siquiera había tenido que elegir a sus víctimas previamente. Era

como si apareciesen en su camino de forma inesperada diciéndole qué debía hacer. Solo tendría que esperar a que los siguientes se cruzasen en su vida.

Permanecería atento. Si la policía llegaba hasta él, que pasase lo que tuviera que pasar. Por suerte, los medios de comunicación conocían sus pasos.

Y ahora él también.

Capítulo 42

Prensa

Efectivamente, los medios de comunicación se echaron encima de los detectives. Aquel caso se había convertido en la sensación del momento.

Tanto Andrew como Spencer detestaban aquello y, sin embargo, sin quererlo, habían atraído su atención en varios de los últimos casos que habían llevado.

El gabinete de prensa del departamento de policía de Vancouver estaba procurando gestionar aquella crisis, pero estaba siendo complicado. Se comprometieron a dar una rueda de prensa en la que estarían el jefe de policía, Adrian Petrus, y los dos detectives al cargo del caso para informar de todo aquello que pudieran compartir.

Trataron de buscar el lado bueno y lo tenía. Cuando asesinaron a la última pareja, mantuvieron la teoría de que alguien podría haber visto algo sin saberlo. Quizá el coche del asesino en el aparcamiento estacionado justo delante del de la joven pareja con el único objetivo de obstaculizar su huida.

Cabía la posibilidad de que aquello le hubiera llamado la atención, pero que no le hubiera dado más importancia. Si no estaba al tanto todavía de lo sucedido, en la rueda de prensa podían hacer un llamamiento para que esa persona apareciera. Igualmente, en relación al segundo homicidio, cabía la posibilidad de que alguien hubiera visto que una persona acechaba entre los árboles que había detrás de la playa de Sunset Beach.

—No todo es tan malo —trató de animar Andrew a su compañero.

—No, claro que no. Es buenísimo. ¡No te jode ahora el rubito! —

murmuró Spencer que estaba rabiando por tener que hacer una de las cosas que menos le gustaba como policía. Desde luego, lo de hablar en público no era lo suyo.

—Bueno, no la tomes conmigo que yo tengo la misma culpa que tú.

—Yo no prometo mantener la compostura si me preguntan, ya te aviso

—comentó de mal humor Spencer.

—A mí no tienes que avisarme. Mejor cuéntaselo a Petrus.

—No, no, mejor que se lleve el susto en directo, que se está portando como un capullo con nosotros. Te juro que cada vez le entiendo menos, en serio.

—¿Qué te voy a decir yo? Aparte de que me alegro de que no vaya a ser nunca mi suegro —sonrió.

Spencer le miró intrigado.

—Estoy bien. No me mires con esa cara que pones de lechuza avistando una presa. Ya ha pasado tiempo y no llevábamos mucho juntos. Es importante aprender a salir de los baches. Me costó, lo reconozco. Me gustaba mucho. Incluso puede que estuviera un poco enamorado. Pero ya está. Hannah no era para mí.

—Bueno, pues me alegro, chaval —comentó comprensivo, poniendo su mano derecha sobre el hombro de Davis—. Y sobre todo me alegro de que volvamos a salir juntos de ligoteo.

—¿En serio? —preguntó con cara de incredulidad Andrew—. De verdad, es que hablas como alguien de los sesenta. Te voy a tener que pedir el carné de identidad, porque estoy seguro de que tienes más años de los que aparentas.

—Me quedaré con la parte del piropo, eso de que parezco más joven de lo que soy.

—No es eso lo que he dicho —protestó sin éxito el rubio.

—Bueno, bueno, no me marees más que hay que trabajar.

Debían preparar concienzudamente qué iban a contar en la rueda de prensa y cómo aprovechar esa oportunidad, ya que era algo insoslayable.

Una vez tuvieran esbozadas las líneas que iban a tratar, se reunirían con Adrian Petrus para coordinarse. Él sería quien llevaría la voz cantante, como era habitual, mientras que los detectives solo responderían a las preguntas que el comisario estimase oportunas.

Mientras tanto, seguían a la espera de los inminentes resultados del laboratorio.

Capítulo 43

Rueda de prensa

La asistencia de medios de comunicación superó incluso las expectativas de la policía. En realidad, no debía sorprenderles, puesto que junto a la prensa tradicional se contaba también un buen número de supuestos periodistas acreditados para asistir, muchos de los cuales pertenecía a webs informativas o canales online, ya fueran de podcasts o vídeo blogs. Sin embargo, en este mundo actual de noticias efímeras y tiempos de atención cortos, creyeron que existía una posibilidad de que no hubiese en realidad tanto interés.

Se equivocaron.

El jefe Petrus comenzó a hablar con los medios en un tono directo y sencillo, sin florituras innecesarias.

—Buenos días. Gracias por venir hoy hasta aquí. Si han sido convocados a esta rueda de prensa es debido a las informaciones que están circulando en los distintos canales informativos y que no se ajustan totalmente a la verdad. Me estoy refiriendo, como todos ustedes sabrán, a los recientes homicidios que tuvieron lugar entre los meses de agosto y septiembre en el área de aparcamiento del Parque de Capilano, en Sunset Beach y, más recientemente, en Ambleside Beach. Los detectives Davis y Tracy, al cargo de esta investigación, me acompañan en esta rueda de prensa y responderán a sus preguntas, siempre y cuando estas no hagan referencia a material clasificado del caso.

El jefe Petrus miraba a los asistentes de un lado a otro, para observar las caras y tratar de descubrir si estaba allí alguien que no debía. Se oía alguna tos de fondo. El ruido de las hojas de papel pasando y el roce de los bolis sobre ellas para los románticos que seguían empleando estos recursos para tomar notas y no se confiaban plenamente a la tecnología.

—Antes de continuar, les solicito rigor y prudencia en lo que

publiquen.

En ningún caso deben interponerse en la investigación policial abierta, por lo que les pido que sean responsables. Estamos intentando atrapar a un

asesino y necesitamos de su colaboración. Aclarado este punto, les diré que el *modus operandi* de los tres crímenes mencionados al principio responden al mismo patrón y modo de actuar, por lo que tenemos fundamentadas sospechas de que estamos ante un solo homicida. Se trataría de un varón blanco de entre treinta y cinco y cuarenta y cinco años por la naturaleza de los crímenes y por su grado de organización. Cabe destacar que mata a los hombres de un tiro en la cabeza, mientras que a las mujeres las apuñala, salvo en el caso de la última que también falleció a causa de los disparos recibidos en la espalda. La periodicidad entre los crímenes permanece más o menos estable. Tenemos varios posibles sospechosos sobre los que estamos centrando en la actualidad nuestros esfuerzos y comprenderán que no podemos decir nada al respecto. A continuación, los detectives y yo mismo atenderemos sus preguntas.

—Pero no nos ha contado nada que no sepamos ya, comisario —

protestó un hombre de unos cincuenta años que pertenecía a un periódico local.

—Como ya les he avisado, en una investigación abierta no se puede compartir información sensible que pueda dar al traste con el trabajo policial. Prefiero pecar de excesivamente prudente antes que dejar a un asesino suelto en las calles. ¿Hay alguna pregunta? —dijo dirigiéndose con gesto serio a la sala.

Varias manos se levantaron a la vez. Sí, claro que tenían preguntas, muchas que todavía no podían responder.

—¿Por qué le llaman el Asesino del Amor? —preguntó una joven de un informativo de televisión.

—Lo siento, pero ese no es un nombre que le haya dado la policía.

Debería preguntarle a quien lo difundió —siguió contestando Petrus. En realidad, no parecía tener mucha intención de dejar hablar a los detectives.

—Pero sabemos que en los escenarios de los crímenes suenan canciones de amor —insistió la misma chica.

—Eso no tiene por qué ser relevante. No olvide que nuestro asesino ha matado a parejas jóvenes. Que escuchen música en una cita está dentro de lo esperable.

—¿Y qué nos dice del casquillo de bala que encontraron en el último escenario? —preguntó otro periodista.

—Actualmente, nuestros técnicos están analizándolo.

—Pero hemos sabido que había una huella en él —continuó insistiendo en el mismo argumento.

Petrus resopló de forma disimulada.

—Como ya les acabo de responder, los técnicos están analizando el casquillo y cotejando esa huella. Es posible que pronto demos con el responsable. Pero no queremos anticiparnos.

—Detective Davis —se dirigió un chico joven directamente a Andrew llamando su atención—. Según hemos podido saber, están analizando el contenido de las canciones que sonaban en los escenarios. Lo que quiere decir que, aunque el jefe de policía diga lo contrario, sí consideran eso relevante.

—Bueno, procuramos atender a todos los indicios que aparecen en un escenario.

—¿Se han planteado las similitudes que existen entre este asesino y el del Zodiaco?

—Estamos valorando esa opción —respondió con sinceridad, algo que no le agradó a su jefe.

—¿Podríamos estar ante un imitador?

—No parece probable. Me gustaría aprovechar para hacer un llamamiento a los posibles testigos que hayan pasado cerca de los lugares de los crímenes en el momento que se produjeron, pues puede que no lo sepan y tengan información valiosa —comentó, cambiando de tema y dirigiéndolo a lo que le interesaba—. Por ejemplo, pensamos que alguien pudo ver un coche aparcado cerca de donde se cometieron tanto en el primer como en el tercer asesinato y que les llamase la atención pero no consideraron que era importante. Nos sería de gran utilidad que se pusieran en contacto a la mayor brevedad posible con nosotros.

Cuando terminó la rueda de prensa, el jefe Petrus estaba que se lo llevaban los demonios. Iba en dirección a su despacho, seguido de cerca por los detectives. De pronto se giró. Tenía el rostro contraído en una mueca.

—¿Me podéis contar cómo es posible que los medios de comunicación sepan casi antes que yo que estáis analizando el contenido de las canciones de los escenarios? ¿Acaso es que alguno de los dos se ha ido de la lengua?

Porque ya no me sorprende nada y, quien sabe, tal vez para ligaros a una chica guapa una noche en un bar le cascasteis información que no debíais.

El enfado del jefe de policía parecía ir cada vez a más.

—Resulta muy ofensivo que dude así de nuestra profesionalidad, señor

—dijo Andrew midiéndole. Estaba realmente ofendido por aquel desafortunado comentario. Que cuestionara así su profesionalidad no era de recibo. No le habían dado motivos en ningún momento para que siquiera se plantease esa opción.

—Me importa bien poco si te parece o no ofensivo, Davis. Lo que me preocupa de verdad es averiguar quien ha tenido la feliz idea de filtrarle información a la prensa. Como descubra a quien lo ha hecho, ya se puede ir buscando otro trabajo porque le voy a dar la patada en el culo más rápida de la historia.

Después de pronunciar aquellas últimas palabras, se metió en su despacho cerrando la puerta de un sonoro portazo.

Capítulo 44

Llamada

La sensación después de la rueda de prensa no era buena. Manejaban más información de la recomendable y, sobre todo, el problema era que la policía no era quien tenía el control de aquello que conocían, por lo que debían extremar las precauciones ahora sobre lo que hablaban si había alguien delante.

Confiaban en que, al menos, el llamamiento surtiera algún efecto. Si así fuera, podrían decir que aquel mal trago había servido para algo, puesto que, cada vez que se exponían a la opinión pública, salían mal parados.

Después de algo más de un mes y medio de investigación, no tenían un sospechoso claro y, mucho menos, estaba prevista ninguna detención a corto plazo.

No obstante, no imaginaron que alguien se pondría en contacto tan rápido. Poco después de que la rueda de prensa se emitiera, una joven llamó por teléfono a la comisaría diciendo que creía que tenía información relativa al caso del Asesino del Amor.

Enseguida le pasaron la llamada a los detectives. Aquello podía ser algo verdaderamente importante.

—Buenos días. Soy Andrew Davis, uno de los policías al cargo del caso. Voy a poner el manos libres para que mi compañero, Spencer Tracy, también la escuche.

—Por mí no hay ningún problema —respondió la chica.

—¿Te ha tomado ya los datos el agente que te ha respondido a la llamada?

—Sí, lo ha hecho. Aunque me ha dado un poco de mal rollo. Es como si hubiera hecho algo malo —expresó compartiendo sus temores.

—No, ni mucho menos. Puedes estar tranquila. Es justo lo contrario, has hecho algo muy valioso al llamarnos —la felicitó Andrew.

—Gracias —dijo la joven complacida.

—¿Te importaría decirme tu nombre para poder dirigirnos a ti?

—Claro. Me llamo Leslie.

—Encantado, Leslie. Cuéntanos, ¿qué es lo que viste? —le solicitó el detective rubio.

—Bueno, igual no es nada —dudó por un instante—, pero mi novio me ha insistido en que llamara por algo que ha visto en internet.

—Adelante, te escuchamos —la animó Spencer.

—El día que mataron a los chicos esos de Ambleside Beach, nosotros estuvimos por allí también.

Los detectives pensaron que, tal vez, aquella pareja fue realmente afortunada. Podrían haber sido ellos las víctimas si, según la teoría que mantenían, estas eran elegidas al azar por demostrar su amor.

Sospechaban que, si fueron a Ambleside Beach, cabía la posibilidad de que lo hicieran para enrollarse, algo bastante habitual entre parejas jóvenes. Por mucho que cambien los tiempos, algunas cosas nunca lo hacen.

—Supongo que viste algo que te llamó la atención —le ayudó a continuar el detective más joven.

—Al principio, me pareció extraño, pero tampoco me paré a pensarlo demasiado.

Andrew estaba empezando a perder la paciencia. A aquella chica había que sacarle la información con sacacorchos.

—¿Qué es lo que te pareció extraño? —le preguntó Spencer, al ver la expresión de su compañero.

—Había un coche que juraría que es de una empresa de seguridad aparcado justo delante de otro, muy pegado. Pero no solo es que estuviera pegado, sino que estaba atravesado delante del otro.

Davis y Tracy se miraron comprendiendo lo que pasaba por la mente de los dos. Aquel elemento formó parte de método de acción que empleó en algún momento el Asesino del Zodiaco. No se equivocaban con la estimación de edad del asesino de la que había hablado el comisario en la rueda de prensa, aunque a lo mejor era más adecuado subir la cifra del límite superior, puesto que podría ser perfectamente un hombre de unos cincuenta años. No solo era el grado de organización, sino que, por encima de todo, estaban esos elementos que transmitían admiración por el homicida de finales de los años sesenta del siglo veinte. Aquel dato hacía que fuera muy poco probable que su asesino fuera más joven.

—¿Recuerdas de qué empresa de seguridad era? —preguntó el moreno esperanzado.

—No lo sé. No me fijé tanto.

—Haz memoria. Intenta recordarlo. Tal vez algún detalle te llamó la atención.

—No sé. Es que no recuerdo el nombre de la empresa.

—¿Y recuerdas de qué color era el coche?

—Creo que sí, aunque estaba un poco oscuro. Juraría que era amarillo

y marrón.

Aquel dato era relevante. Los dos conocían qué empresa de seguridad tenía los vehículos con esos colores.

—¿Sabes qué vehículo era? ¿La marca, el modelo…?

—No, ni idea. Solo sé que era uno grande, un todoterreno creo.

Aquello encajaba también con la marca de rodadas halladas en el último escenario.

—¿Hay algo más que puedas añadir?

La joven tardó en responder.

—Lo siento tanto —dijo por fin.

—¿Qué sientes? —preguntó comprensivo Spencer.

—Que tal vez pudimos hacer algo por evitarlo.

—No, ni mucho menos. Podía haberos hecho daño a vosotros también.

—Pero no llamamos a la policía. Si lo hubiéramos hecho en aquel momento, a lo mejor ya le habrían atrapado. Pero solo vi aquel coche de seguridad y no imaginé nada raro. Supuse que, al contrario, estaba allí para ayudarles.

Los dos detectives pensaron lo mismo al escuchar aquello. Un nuevo cabo suelto posiblemente acababa de atarse. Los jóvenes bajaban la ventanilla porque quien se les acercaba era un vigilante de seguridad. Eso hacía que no desconfiasen de él.

—Leslie, tranquila. No tenías por qué saberlo.

—Me pareció escuchar unos sonidos secos, pero como teníamos la música alta no pude oírlos con claridad. Supongo que eran los disparos —

comentó entre sollozos, ahora verdaderamente consciente de que habían presenciado sin saberlo dos asesinatos.

Ese momento de discernimiento, de una verdad que coge cuerpo cuando nos damos cuenta de que fue algo que ocurrió y que nosotros estábamos allí presentes, siempre añade una capa de miedo e inquietud a nuestros sentimientos, una sensación muy real de peligro.

Pude haber sido yo, pero sigo vivo.

La suerte estuvo de mi lado en esa ocasión.

La conversación había sido, en definitiva, bastante fructífera. Leslie confirmó la teoría acerca de cómo actuaba el asesino y, además, había proporcionado una pista interesante.

—¿Te das cuenta de que esto nos ayuda a entender una de las claves de los asesinados en sus coches? —le preguntó Spencer.

—Ya lo creo —respondió Andrew.

—Los jóvenes bajaban la ventanilla porque nadie piensa que el vigilante encargado de la seguridad vaya a ser quien te asesine.

—Los uniformes resultan muy convincentes, a veces.

—Igual deberíamos empezar a pensar en volver a usarlos. A lo mejor así lográbamos que nos respetasen más. La verdad es que es comprensible que la gente huya despavorida al vernos llegar —comentó aguantando la risa Spencer.

—¿Por qué dices eso? —preguntó Davis molesto.

—Vamos, míranos —comentó señalando a uno y a otro

alternativamente—. Parecemos salidos de una comedia. No tenemos pinta de policías de verdad.

—Habla por ti, si acaso. No veo qué problema tiene mi forma de vestir.

¿Por qué siempre tienes que hacer comentarios estúpidos, Spence?

—Porque la vida es demasiado seria como para no tomársela a broma, chaval.

Andrew le miró. En realidad, no le faltaba razón. El día a día siempre se lleva mejor con un aderezo de humor.

La cuestión que se abría después de la conversación con la testigo era evidente. Ahora tocaba investigar a fondo aquella empresa, conocer a sus trabajadores y hacer las indagaciones oportunas. Ya tenían un nombre en mente, aunque no debían perder esa baza por la impaciencia de quererlo atrapar ya. Contaban con muy buenos elementos a su favor. Conocían el nombre de la empresa, tenían una

huella parcial y elementos con las que compararlos, es decir, con las de sus trabajadores. Pero no era lo único.

Sabía que buscaban a alguien cuya vida estaba marcada por sus fracasos con el amor.

Capítulo 45

Visita

Durante aquella jornada, avanzaron de manera significativa. A pesar de que había empezado el día con una sensación de fracaso, el final iba acompañado de nuevas esperanzas. Dylan seguía investigando a los empleados de la empresa de seguridad, empezando por un sospechoso claro, aunque no podían descartar sin más al resto, salvo que la huella lo hiciese.

Cuando salieron de comisaría, Hannah estaba allí. Le había dejado varios mensajes a Andrew aquel día, pero este no los había visto, puesto que estuvieron muy involucrados en el caso. Ella primero pasó por su casa pero, al ver que no estaba allí, decidió ir a la comisaría.

Al detective casi se le sale el corazón del pecho por la inesperada sorpresa. Solo le faltaba que le viera su jefe con ella otra vez. Esa fase ya estaba cerrada. O eso era lo que él creía.

—Te veo mañana, chaval —se despidió Spencer, al darse cuenta de que sobraba.

—Nos vemos —le respondió su compañero.

—Adiós, Hannah.

La joven respondió con un gesto de cabeza.

Andrew la instó a que se alejaran lo máximo posible de la Jefatura de Policía. No tenía ganas de más problemas innecesarios.

—¿Cómo se te ocurre venir aquí? ¿Quieres complicarme la vida más todavía? —preguntó el joven algo irritado.

—He ido a tu casa, pero no estabas.

—Sobre eso, creo que va siendo hora de que me devuelvas las llaves.

La chica endureció el gesto. Abrió su bolso y sacó las llaves del apartamento de Andrew.

—Toma. Aquí las tienes —dijo entregándoselas con rabia.

—Gracias.

Se las guardó en el bolsillo de sus pantalones vaqueros. Se miraron durante unos segundos observándose. Se respiraba cierta incomodidad entre ellos. Todo había cambiado demasiado en muy poco tiempo. Atrás quedó la ilusión de una relación que comienza que, precisamente, se produjo casi en ese mismo lugar varios meses antes cuando Hannah fue a buscarle por primera vez.

—¿Y bien? ¿A qué has venido, Hannah?

—Tenemos que hablar.

Andrew sentía que, con ella, muchos momentos habían comenzado justo así.

Capítulo 46

Huella

Tras el tiempo transcurrido, los detectives aventuraban que el AFIS, el sistema que recopilaba todas las impresiones dactilares registradas, no iba a dar un resultado en el cotejo de la huella digital encontrada. Dicho sistema, podía comparar hasta tres mil marcas latentes al día. Debido a ello, en algunas ocasiones la identificación se producía en pocas horas, mientras que en otras llevaba incluso días.

Sería sin duda una gran ayuda, pues les conduciría hasta un sospechoso con nombre y apellidos, pero también tenían claro que no podían jugarse todo a una carta. Por ello, en todas las investigaciones se procuraba hacer acopio de todas las pruebas posibles, aunque fueran circunstanciales, puesto que al final todo sumaba y la tecnología, a veces, también fallaba.

El coche de la empresa de seguridad que Leslie, la joven que se puso en contacto con los detectives por teléfono, había visto el día del último asesinato correspondía a la misma firma que se encargaba de velar porque todo fuera como debería en el parque de Capilano. Por otro lado, el análisis en el laboratorio de los restos de tierra encontrados en el lugar de las rodadas, también indicaban que el vehículo que dejó dichas marcas había estado en el famoso parque recientemente. Su composición con restos de rocas ígneas y metamórficas entrelazadas de granitos y granodioritas con basaltos, esquistos y gneis, gracias a las cercanas Montañas Costeras de la zona

unidos a los sedimentos del lecho del río, hacían casi inconfundible su identificación.

Recordaban que la mañana siguiente a que se cometiera el crimen, hablaron con uno de los dos responsables de la seguridad en el parque. El otro se encontraba enfermo, según la versión del compañero, aunque tendrían que comprobarlo. Aquellos dos hombres, sin lugar a dudas, se habían convertido en ese momento en los dos principales sujetos a investigar en la empresa, aunque no serían los únicos.

Confiaban en que, cuando contactasen aquella mañana con el gerente, este les facilitara el acceso a los horarios de sus empleados, con lo que podrían reducir el número de posibles sospechosos.

—Buenos días, detectives. Mi secretaria me dijo que llamaron ayer a última hora y que les urgía hablar conmigo —dijo Henry Smith, el gerente de Open Security, la empresa que se correspondía con la descripción dada por la testigo acerca del vehículo que vio en la escena del crimen.

—Eso es señor. Le agradecemos que nos reciba, puesto que entendemos que su tiempo es escaso, pero necesitábamos su cooperación en una investigación abierta —le resumió Andrew.

—Cuéntenme y veré lo que puedo hacer.

—Una testigo ha identificado recientemente uno de los coches de su empresa en el escenario en el que se produjo recientemente un delito. Por ello, necesitaríamos consultar los horarios de sus empleados, especialmente, como resulta obvio, el de aquellos que conduzcan uno de sus coches. Se trata de un todoterreno, aunque desconocemos qué tipos de vehículos tienen en su flota. Entendemos que, por el momento, queda descartado el personal de oficina, de limpieza… —explicó Spencer.

Henry Smith se quedó dubitativo. No tenía ni la menor idea de qué hacer. Desconocía si lo mejor para él y para su empresa era cooperar o pedirles que fueran con una orden del juez. Aquello no se lo esperaba. No quería meter la pata y que, por su culpa, tuvieran problemas con la justicia.

Andrew, observando las dudas en el rostro del gerente, se le adelantó.

—Siempre es mejor que colabore de manera voluntaria que obligarnos a que sea un juez quien dictamine que podemos acceder a esa

información.

Además, en su página web aparecen las imágenes y el nombre de pila de sus empleados, una práctica que muchas llevan a cabo para ganarse la confianza de los posibles clientes.

—Lo que quiere decir mi compañero es que, en realidad, no vamos a acceder a información sensible, sino que imagino que los horarios son públicos dentro de su empresa.

—Siempre habla bien de alguien que se muestre predispuesto a ayudar a la policía —continuó argumentando Davis—. Además, eso nos indicaría que usted no tiene nada que esconder y que, por ello, no tiene reservas en compartir los horarios que es lo único que, por el momento, le pedimos.

—Detectives, no soy imbécil —dijo un poco molesto el señor Smith por el intento de manipulación que acababan de protagonizar los dos policías—.

Puede que no seamos una empresa demasiado grande, pero no significa que no estemos cualificados y que no sepamos ni lo que hacemos.

—No es lo que pretendíamos dar a entender —se excusó el detective más joven. Ahora sí que empezaba a pensar que, quizá, la idea de su compañero que le pareció tan estúpida el día anterior no era tan absurda.

Puede que con el uniforme los respetasen más o les tomasen más en serio.

—No, me lo imagino. Les voy a ayudar porque me hago una idea de a qué delito se refieren, puesto que yo también vi ayer parte de la rueda de prensa en la que salían ustedes dos. Y si hay un asesino suelto por ahí y, Dios no lo quiera, es uno de mis muchachos, no voy a ser yo quien les ponga trabas, puesto que lo único que quiero es que lo atrapen cuanto antes.

Tengo una hija de poco más de veinte años y no puedo ponerme en el pellejo de esos pobres padres que acaban de perder a las suyas a manos de un desalmado. Voy a pedirle enseguida a mi secretaria que les prepare lo que necesitan.

—Gracias, señor Smith —dijeron ambos casi a la vez.

—No me las den todavía.

Entonces, sonó el teléfono de Spencer y, pocos segundos después, el de Andrew. Aquello era una extraña casualidad.

Les llamaban desde comisaría. Había coincidencia con la huella dactilar hallada en el casquillo del crimen de Ambleside Beach.

Por fin tenían un nombre.

Capítulo 47

Sorpresa

Mientras la administrativa preparaba el cuadrante de los horarios de los últimos dos meses de los vigilantes de seguridad de la empresa, Andrew y Spencer volvían a entrar en el despacho del gerente para pedirle otra cosa esta vez.

—Necesitamos que nos diga dónde podemos encontrar a Albert Branson en este momento —expresó Spencer con clara urgencia.

Henry Smith se quedó boquiabierto. ¿A qué venía aquello? No podían estar refiriéndose al mismo hombre que él conocía bajo esa identificación.

—No pueden estar hablando en serio.

—Muy en serio, se lo aseguro —insistió Spencer.

—Es probable que esté aquí hoy, seguramente limpiando alguno de los coches. ¿Por qué motivo quieren hablar con él? —preguntó intrigado.

—No podemos decírselo —afirmó Andrew.

—Les aseguro que se equivocan si Albert es su mejor sospechoso.

—Por favor, señor Smith, solo llévenos hasta él —solicitó el detective rubio.

El gerente les miró con cara de resignación. ¿Quién era él para interferir en el trabajo policial? No obstante, estaba seguro de que aquellos dos detectives estaban cometiendo un terrible error.

Separó la butaca de ruedas del enorme escritorio y se levantó. Se acercó a ellos y les miró a los ojos, aunque ni Andrew ni Spencer supieron interpretar acertadamente aquel gesto y lo que quería

significar.

—Síganme —les pidió de forma escueta.

Los dos detectives le siguieron. Ambos desabrocharon sus cartucheras, donde portaban sus armas reglamentarias, por si la cosa se ponía un poco fea.

Llegaron a un lavadero que había en la parte de atrás del edificio principal. Allí había varios coches que, desde luego, necesitaban un lavado

urgente. Un par de ellos eran SUV, los cuales podían encajar con el que buscaban.

Un hombre estaba secando con esmero un coche que se notaba que acababan de limpiar.

—¡Albert! —le llamó Henry Smith. El hombre levantó la cabeza y miró hacia ellos. Andrew y Spencer detectaron algo inusual—. Estos dos caballeros quieren hablar contigo.

—Por supuesto, señor.

Entonces, Albert Branson dejó el paño con el que estaba secando aquel vehículo y se dirigió a un lavabo que había cerca para lavarse las manos.

Cuando finalizó, se dirigió hacia donde estaban los policías y su jefe.

—Señor Branson, necesitamos que venga con nosotros a comisaría —

dijo el detective Tracy.

En aquel instante, sonó el teléfono de Davis. Descolgó inmediatamente al ver nuevamente el número del departamento de policía. Al otro lado alguien estaba a punto de comunicarle una nueva sorpresa.

Capítulo 48

Identificación

La huella parcial había dado en el AFIS una identificación positiva. Esta correspondía a Albert Branson. A pesar de lo que la ciencia decía, no encajaba con el sospechoso que esperaban. Sin embargo, no podían obviar aquella evidencia científica en la que se habían basado tantos arrestos desde que la dactiloscopia hizo su aparición.

Era un varón de treinta y ocho años. Hasta ahí, todo bien. Medía un metro y setenta y cinco centímetros de altura, con algo de sobrepeso, puesto que debía andar por los ochenta y cuatro kilos más o menos. Pelo moreno y ojos castaños. Y una discapacidad psíquica moderada. Su cociente intelectual se situaba por debajo de cincuenta, lo que prácticamente lo imposibilitaba para aquel tipo de crímenes que requerían cierta planificación.

Andrew y Spencer comprendieron a la perfección a qué se refería Henry Smith en cuanto vieron la expresión de aquel hombre. No obstante, debían proceder a su arresto como dictaba el protocolo.

Cuando Davis contestó a la llamada, no le había dado tiempo a salir de su asombro cuando le llegó una noticia que también le dejó boquiabierto.

Acababan de recibir una carta del posible asesino.

—¿Cómo es de larga la carta? —preguntó el rubio.

—¿Qué mierda de pregunta es esa, tío? ¿Es que te da pereza leerla, es eso? —cuestionó Drac Smith, otro de los detectives del departamento de policía de Vancouver.

—Hazme caso, es una pregunta más cabal de lo que parece de primeras.

—Dudo que sea cabal viniendo de ti, pero bueno, dejémoslo estar. A ver, son un par de hojas completas por las dos caras.

No tenía sentido. O la carta no era del asesino, sino de alguien que se atribuía los crímenes, o el sospechoso que Spencer estaba introduciendo ahora mismo en el coche no era culpable de nada. Albert Branson era materialmente incapaz de escribir una carta tan larga. Andrew incluso tenía

serias dudas de que supiera escribir, salvo que fuera algo muy sencillo y corto. No hacía falta ser pedagogo para darse cuenta de que aquel hombre no tenía recursos intelectuales para llevar a cabo dicha tarea.

—Muchas gracias, Drac.

—De nada, hombre. Espero que volváis pronto y que traigáis algo interesante porque he visto por ahí al jefe echando pestes de vosotros.

—¡Qué raro! Si nos adora… —ironizó Davis.

—Y tal, sí. En fin, más vale que os andéis con ojo porque se le ve bastante malhumorado.

Aproximadamente una hora después, estaban observando a través del cristal unidireccional de la sala de interrogatorios a Albert Branson. El hombre parecía haberse encogido sobre sí mismo. Se leía el miedo en su mirada. Todo en él desprendía un halo de indefensión del que no era fácil abstraerse.

—O este tío es el mejor actor de la historia, Andy, o aquí hay algo que no tiene ni pies ni cabeza.

—No lo sé, Spence. Has oído igual que yo al técnico. Ha hecho las comprobaciones varias veces y, según él, el porcentaje de error es irrisorio.

—¿Y cómo cojones se supone que este tío que tenemos ahí, que casi se mea en los pantalones cuando lo he metido en el coche, ha matado a sangre fría a seis personas?

—Bueno, a veces las apariencias engañan.

—No te lo crees ni tú, chaval.

—No, no me lo creo. Estoy intentando hallar una lógica a todo esto.

—Mira, si me dijeran que las atropelló y que dio marcha atrás para aplastarlas, pues entonces me lo podía creer porque el tío es malo y punto.

Pero es que estamos hablando de un asesino que nos deja mensajes en la escena y que nos escribe una carta.

—No te adelantes. Tenemos que revisar bien primero lo que nos ha llegado.

Tardaron todavía unos segundos más en decidirse a entrar. Tal vez porque no sabían muy bien cómo plantear aquel interrogatorio o, por qué no, quizá lo que les pasaba es que un sentimiento de compasión les nublaba en cierto sentido el juicio.

—¿Vamos allá? —preguntó Davis.

—¿Tenemos otra opción?

—Bueno, tenerla, la tenemos. Podemos dejarle ahí esperando hasta que se cumplan las setenta y dos horas durante las cuales podemos

retenerle.

—Muy gracioso, rubito. Igual luego viene una ONG y nos acusa de a saber qué tipo de maltrato. Venga, no seamos cobardicas y empecemos.

Tenemos que verle como lo que es: nuestro principal sospechoso por el momento.

Aquel interrogatorio no iba a resultar nada fácil.

Capítulo 49

Capacidades

Albert Branson era un hombre con un cociente intelectual de cuarenta y cinco. Cuando terminó la educación primaria, apenas sabía leer y escribir frases sueltas. Sabía contar hasta cien y podía hacer sumas y restas sencillas, siempre y cuando estas fueran sin llevadas. El paso a la educación secundaria, fue un auténtico suplicio. No encajaba en ningún sitio. A pesar de ser mayor que sus compañeros de clase, puesto que había repetido en alguna ocasión para alargar su estancia en el colegio donde estaba mejor atendido y más protegido, su edad mental estaba muy por debajo de la de ellos. Por supuesto, no compartía ningún interés ni actividad con sus compañeros de curso.

Terminó acudiendo a un centro que atendía a alumnado de características similares a las suyas. Allí continuaron tratando de ampliar sus aprendizajes instrumentales básicos, es decir, aquellos que le permitieran desenvolverse con cierta autonomía en la vida. Leer, escribir y unas matemáticas básicas era el objetivo, teniendo en cuenta su techo de aprendizaje. Además, a través de terapias ocupacionales y la enseñanza de los rudimentos de alguna actividad profesional, procuraban que tanto Albert como sus compañeros pudieran algún día acceder al mundo laboral.

El caso de Albert era de éxito. A pesar de sus limitaciones, tenía mucho amor propio y siempre se esforzaba todo lo que podía para aprender al máximo de sus capacidades. Gracias a ello, logró trabajar para Open Security, donde realizaba tareas sencillas pero de gran importancia para la empresa. Una de las actividades que solía realizar, era el lavado de los coches, que es justo lo que hacía cuando Andrew Davis y Spencer Tracy fueron en su busca para llevarle detenido a la comisaría. Era muy minucioso y paciente, así que los vehículos quedaban como recién salidos del concesionario.

Aunque no siempre sucede, en el caso de Albert Branson se detectaba con facilidad esa discapacidad psíquica en su expresión. Esa mirada

demasiado inocente para su edad revelaba que su cerebro funcionaba a medio gas. Por eso precisamente, los dos detectives se quedaron tan sorprendidos en cuanto este se giró y se percataron de esa ingenuidad que casi de forma instantánea le descartaba como responsable de los asesinatos que estaban investigando.

Spencer y Andrew se sentaron frente a él en la sala de interrogatorios.

Aquellos ojos destilaban terror e incomprensión. No entendía por qué motivo le habían esposado y se encontraba en aquella situación. Los policías, por su parte, presentían que estaban perdiendo un tiempo muy valioso, pero no podían obviar las pruebas.

—Buenos días, señor Branson. Soy Andrew Davis y este de aquí es mi compañero Spencer Tracy —dijo el policía rubio, haciendo las oportunas presentaciones.

—¿Qué hago aquí? —preguntó con voz temblorosa—. Yo no he hecho nada. El jefe se va a enfadar si no limpio los coches hoy.

—Ahora te lo explicamos, ¿de acuerdo? Pero antes nos gustaría saber si te apetece algo de beber. ¿Quieres tomar una botella de agua o una coca-cola por ejemplo?

—Una coca. Me gusta mucho. Las burbujas me hacen cosquillas aquí arriba —explicó, señalándose con el dedo el paladar.

Spencer hizo una mueca que delataba claramente lo que pensaba.

¿Cómo era posible que la huella apuntara a aquel niño metido en un cuerpo de hombre? Habían echado un vistazo a la escasa información que pudieron encontrar desde que llegaron a la comisaría hasta comenzar el interrogatorio y, por lo que habían descubierto, no fingía. Su discapacidad era muy real.

—Sí, a mí también me pasa, Albert —dijo Spencer—. Y a veces, parece hasta que me pica la nariz si bebo muy deprisa.

El otro se rió de forma extraña, seguramente debido a los nervios. Un agente llegó poco después con una lata de coca-cola y un vaso de plástico, después de que Andrew hiciera una señal a través del cristal unidireccional para que se la trajeran. Por un momento, daba la sensación que no había otra cosa en el mundo. Albert se relamió

mientras veía caer la coca-cola en su vaso. Acto seguido, dio un sonoro trago y volvió a reír.

Era hora de ir al grano.

—Dinos, Albert, ¿has estado alguna vez en el parque del puente suspendido sobre el Capilano? Ya sabes, ese que está en Vancouver Norte

—intentó averiguar Andrew.

—Creo que fui una vez de niño con mis padres, pero no recuerdo casi nada. ¡Ah, sí! Había un puente muy largo que se movía mucho.

—¿Solo esa vez? ¿No habrás estado también quizá este verano? —

insistió el rubio.

—No, señor.

—¿Tienes carné de conducir? —preguntó Spencer, aún sabiendo que era una pregunta estúpida.

—No, señor. Eso es muy difícil.

—¿Y nunca has conducido un coche? Ya sabes, a lo mejor un colega te ha enseñado un poco como se manejan y tú te has dado una vuelta —probó otra vez Tracy.

—¡Me encantaría conducir! Pero en la asociación siempre me dicen que hay otras muchas cosas que yo sí puedo hacer. Por ejemplo, se me da bastante bien pintar.

Andrew se mordía el labio inferior. Decidió que no iban a alargar demasiado aquello. Le sacó las fotos de los fallecidos que facilitaron las familias. Si era necesario, le mostrarían las del depósito de cadáveres.

—¿Reconoces a alguna de las personas de las fotos? Mira con mucha atención, ¿vale?

Entonces Albert Branson verdaderamente hizo un esfuerzo por concentrarse y fijarse muy bien en las imágenes que tenía delante.

—Conozco a esta chica. Es que es súper guapa y ya me había fijado en ella —respondió de manera inocente.

Aquello pilló desprevenidos a los detectives.

—¿Estás seguro? —intento confirmar Tracy.

—¡Vaya que sí! Nunca me olvidaría de ella porque es muy bonita.

Además, fue muy amable conmigo.

Los detectives se miraron entre ellos.

—¿Cuándo fue amable contigo? —indagó Davis.

—Un día de la primavera pasada, cuando Eddy iba a llevarme a casa pero le avisaron del campus y tuvimos que pasar por allí.

—¿Quién es Eddy? —preguntaron los detectives casi al unísono.

—Trabaja en Open Security, como yo. Pero él es un vigilante de los de verdad, ¿saben? Lleva pistola y todo.

Capítulo 50

Sospechas

Tal vez ahora sí estuvieran sobre una pista interesante, aunque quedaba por esclarecer como había terminado la huella de aquel pobre diablo en el casquillo de una bala que había aparecido en el escenario de un doble asesinato. Ni siquiera parecía posible que fuera cómplice del asesino, al menos, no a sabiendas.

Tenían un nombre, conocían el lugar de trabajo y, además, disponían del cuadrante de horarios de los vigilantes de seguridad de aquella empresa y, por lo tanto, podían saber en qué lugares había estado trabajando. Cuando tuvieron la identificación completa del que llevó a Albert Branson en el coche aquella jornada, descubrieron que se trataba de una persona con la que hablaron el primer día y que se mostró muy proclive a ayudarles en todo lo posible.

—Edward Thompson es uno de los dos guardias de seguridad que trabajan en el parque de Capilano. Entre otras cosas, controla todas las cámaras, así que pudo vigilar a los chicos sin levantar la más mínima sospecha.

Dylan estaba tratando de averiguar si disponía de alguna licencia de armas. Aunque no era habitual que el personal de empresas de seguridad privada portase armas de fuego, sí que les resultaba más sencillo adquirir la licencia debido a su profesión.

—Aquí está. Figura que tiene una Luger de nueve milímetros —

confirmó el informático.

—¡Bingo! —exclamó Spencer—. Parece que ahora sí tenemos a nuestro sospechoso.

Salieron de la sala de medios con la esperanza de resolver pronto aquel caso. Debían localizar la dirección del sujeto, contrastar sus horarios de trabajo por si no lo localizasen en casa o, al menos, tener una idea de dónde podrían encontrarle. Una vez hecho, pedirían una orden judicial que le permitiera hacer un seguimiento de los datos de ubicación GPS que tuviera

su móvil. Confiaban en que fuera de los incautos que tiene activo el rastreo y que los datos recopilados en su dispositivo les permitiera ubicarle en las distintas escenas de los crímenes. Tal vez, incluso, guardase alguna foto como recuerdo de su obra, aunque eso era demasiado suponer por el momento.

Habían empezado a organizar el operativo para dar caza a Edward Thompson, cuando Andrew se percató de que Petrus estaba especialmente nervioso. No paraba de moverse de un lado a otro en su despacho y parecía que el tono que empleaba con la persona que estaba al otro lado de la línea no era precisamente amable.

—¿Qué le pasará? —se preguntó sin casi darse cuenta de que lo había pronunciado en voz alta.

—¿Y yo que sé? Lleva una temporada que está casi siempre de un humor de perros. Y yo que pensaba cuando regresé a Vancouver que había cambiado y que tenía ahora un carácter más llevadero. Es evidente que me equivoqué. Está hecho todo un cascarrabias —dijo Tracy poniendo los ojos en blanco—. En fin, bastante tenemos nosotros con lo nuestro como para preocuparnos también por las tonterías del jefe.

Poco podían saber por entonces que el mal de humor del comisario tenía relación directa con su investigación.

—Revisemos qué tenemos sobre Edward Thompson —sugirió Davis.

—Trabaja en Open Security. Su destino asignado es el parque del Puente de Capilano, pero también hace el turno de noche en el campus universitario con relativa frecuencia. Fíjate que dos casualidades —señaló con ironía Spencer. En primer lugar, su trabajo

en el lugar del escenario del primer crimen le conectaba con aquel asesinato pero, además, el hecho de que también trabajase en el campus de la universidad daba a entender que podía conocer a todas las víctimas, puesto que los fallecidos eran universitarios y estudiaban allí.

—Tiene licencia de armas de fuego y una Luger nueve milímetros, lo que también coincide sospechosamente con el arma de nuestro asesino.

—Además, al parecer, ha tenido algún problema con las mujeres. Según he visto, una le puso una denuncia porque decía que la acosaba, aunque luego la retiró —siguió leyendo el detective de pelo largo—. Mejor que no te cruces con él, rubito. Si se entera del éxito que tienes con las chicas, te va a coger tirria, ja, ja, ja.

—Muy gracioso, Spence —le respondió Andrew, al tiempo que subía una ceja, indicando con ello que no le hacía ni la menor gracia. Continuó hablando del caso, como si su compañero no hubiese dicho nada—. Pues tuvo suerte, porque si no la hubiera retirado, tal vez habría tenido problemas para entrar en una empresa de seguridad.

—Bueno, la realidad es que ese fue uno de los motivos por los que no pudo optar a entrar en la policía montada de Canadá, que parece que era su principal objetivo. Gracias a eso, sus huellas están en el sistema. Para cuando la chica quitó la denuncia, a saber por qué, ya estaba en su historial y se le cerraron las puertas. Supongo que trabajar como segurata solo fue el plan B. Así que intuyo que ha ido acumulando resentimiento. Sería interesante conocer a sus ex novias, si las tiene, y preguntarles acerca de su relación. Sobre todo, considerando el cariz de los asesinatos y los mensajes que dejó en cada escena.

—Además, ahora cobra más sentido su admiración por el Asesino del Zodiaco. Primero, encaja la edad con la que estimábamos, porque Edward Thompson cuenta ya cuarenta y cuatro primaveras.

—Y es posible que su interés por él no sea el único. A lo mejor se veía trabajando para un cuerpo de seguridad del estado y atrapando asesinos en serie.

—Bueno, eso tendría sentido —respondió Andrew—. Y cambiando de tema, Dylan ha encontrado algo interesante. Al parecer, cuando era un niño su madre le abandonó. Se quedó al cargo del padre, quien trabajaba muchísimas horas.

—Buff, si que tiene un problema con el amor de las mujeres entonces.

El abandono de una madre es algo difícil de superar, tío.

—Y por cierto, acabas de decir algo que me ha recordado que no hemos podido ver todavía la carta que ha enviado.

Se dirigieron hacia el lugar en el que se estaban clasificando las pruebas de ese caso, las cuales todavía no estaban en el almacén, debido a que seguían siendo analizadas. Allí, dentro de una bolsa para pruebas, se encontraba la misiva que había llegado aquel mismo día.

Estimados detectives,

Sospecho que estáis tomando conciencia de la magnitud de lo que tenéis delante de vosotros. Estos fallecimientos eran necesarios para que la gente no se deje engañar por fantasías irrealizables. El amor no es más que

un invento para mantenernos anestesiados y poco lúcidos. Es una forma de hacer creer a los más incautos que sirve para sobrellevar la realidad, cuando la verdad es que duele y provoca sufrimiento. Demasiado amor te matará, ya lo dice la canción. Me alegra saber, por cierto, que prestáis atención y habéis entendido que la música de cada escenario forma parte del mensaje principal.

La gente miente. Hasta las personas que supuestamente más nos deberían amar lo hacen. Algunos les gusta hacerlo delante de todos, como a los jóvenes que declararon su supuesto amor en presencia del mundo entero, muy lejos de la superficie. Estaban en una nebulosa, en un estado de niebla mental, porque el amor es como una droga que te confunde y no te permite razonar con claridad. No han tenido tiempo de averiguar que, con el tiempo, esa evanescencia se disipa y el amor desaparece porque la auténtica verdad es que nunca existió.

Ahí es cuando descubres que el amor no es como dormir en una cama de rosas, sino en una de espinas que se te clavan hasta lo más hondo y te desgarran el corazón, dejándolo inutilizado. Eres la víctima de un crimen del que eres culpable, como es enamorarse de otra persona que no te va a saber corresponder.

Es difícil lograr explicar con palabras lo que la música puede transmitir sin esfuerzo. Las notas conectan directamente con tus sentimientos y dotan al mensaje de una fuerza mayor, de más realidad, de más dureza. Nadie lloraría si escuchase mi historia, pero las canciones sí son capaces de arrancarles esas lágrimas involuntarias que caen sin control.

No podría explicar cuando comenzó todo. No sé bien qué me ha llevado a hacer esto. Pero no me arrepiento. Necesitaba realizarlo, saber lo que se

siente, qué experimentaría sabiendo que estaba matando el ideal del amor.

Solo puedo decirles que, después de mucho pensar en qué hacer a continuación, he decidido que no voy a parar. Tendrán que detenerme. Ya no tengo nada que perder. Y no hay nada que vuelva más peligroso a un hombre que saber que es así.

La pelota está en su tejado, detectives.

—Parece que teníamos razón en que el amor aquí era una de las claves

—insinuó Tracy.

—Ya lo dijiste en su día: si descubrimos su motivo, podremos llegar hasta el asesino.

—¿Crees que el hecho de que estuviera la huella de Branson en el casquillo abandonado es intencionado? —preguntó Tracy, interesado en saber la opinión de su compañero al respecto.

—Es probable —reflexionó Davis—. Lo cierto es que nos ha conducido a un posible sospechoso, a pesar de que no parezca sostenerse como tal.

Parece casi una tomadura de pelo.

—Pues es una cabronada, tío. Ese pobre hombre ya tiene bastante. No se merece pasar por este trago. Y ahora que tenemos la carta ya tenemos la certeza de que nuestro detenido no puede estar detrás de ella ni mucho menos.

—Pero, ¿por qué nos la ha mandado? No parece que tenga sentido en este momento. Hemos detenido a Branson, con lo cual podía tener una oportunidad para escapar, por ejemplo. ¿Por qué ahora? De verdad que no lo entiendo —continuó dándole vueltas al asunto el detective Davis.

—¿Por qué va a ser? Supongo que por la gloria, para que se hable de él.

Al fin y al cabo, muchos asesinos buscan ese reconocimiento.

—Pero no la ha enviado a los medios de comunicación, sino que nos la ha hecho llegar a nosotros directamente.

—Nos vería en la rueda de prensa —justificó, aun así el detective

Tracy.

Andrew se quedó dándole vueltas a una idea.

—Igual es una locura lo que voy a decir, Spence.

—Lo sea o no, mejor suéltala, no vaya a ser que te ahogues.

—¿Y si la ha enviado porque se sentía arrinconado? De hecho, mira lo que dice aquí: *he decidido que no voy a parar. Tendrán que detenerme. Ya no tengo nada que perder.*

Ambos se quedaron reflexionando sobre aquello. Había elementos en la investigación que, sin duda, eran contradictorios.

— Luego, lo más probable es que pensara que era su propia huella la que estaba en el casquillo. Tal vez ni se imaginase que íbamos a detener a Branson.

Entonces algo les distrajo. Adrian Petrus salía de su despacho en un estado de nervios poco habitual. No era solo que estuviera enfadado por algo, cosa que no les sorprendería, sino que parecía realmente preocupado, incluso asustado.

Andrew y Spencer se acercaron para hablar con alguno de los agentes que estaba más cerca, a ver si sabía de qué iba la cosa.

—¿Qué le pasa al mandamás, Jimmy? —preguntó Tracy señalando al jefe con un gesto de cabeza.

—No me he enterado muy bien, pero juraría que ha dicho que su hija ha desaparecido.

A Andrew se le aceleró el corazón. ¿Se estaba refiriendo a Hannah? Él mismo la había visto hacía tan solo unos pocos días. No sabía ni qué pensar.

—¿Cómo dices? —preguntó inquieto y atemorizado.

—No sé, ¿eh? No estoy seguro. Igual lo he entendido todo mal —

respondió con cautela el policía ante la expresión que apreció en Davis.

Andrew entonces se dirigió hacia Adrian Petrus. No podía quedarse con esa duda. ¿Y si le había pasado algo? Debía enterarse cuanto antes y prestarse a ayudar en lo que fuera necesario.

—¿Qué pasa, Adrian?

—Hannah ha desaparecido —respondió con el rostro descompuesto.

—No puede ser, la vi hace muy poco. Hace un par de días nada más.

—Alguien ha telefoneado a mi esposa y le ha dicho que se la ha llevado.

Estamos llamándola y no responde. Tampoco la hemos localizado en su piso. Pero como tiene esa forma de ser, tampoco me sorprendería que no quiera contestar y esto solo sea una forma de vengarse de mí por algo —

dijo mirando de reojo al detective, puesto que en realidad ese “algo” hacía referencia directamente a Andrew Davis.

—Tenemos que encontrarla —dijo el detective rubio desesperado.

—Tengo una mala sensación, Andrew. No sé, es una corazonada.

—Yo también la tengo. Creo que es nuestro asesino quien se la ha llevado —dijo, poniendo palabras a lo que creía que el comisario también pensaba.

Al jefe de policía le cambió la cara. No podía ser. No quería creer que eso fuera posible. Si el detective estaba en lo cierto, la situación era peor de lo que estaba dispuesto a admitir.

—No, te equivocas. Eso no tiene nada que ver con esto.

Andrew dudó si debía decir lo que estaba pensando. Pero no era buena idea guardárselo.

—No lo entiendes, Adrian. Tengo la impresión de que el otro día él nos vio. Hannah vino a hablar conmigo. Ella… —dudó antes de seguir. Estaba a punto de soltar una bomba— Ella está embarazada.

Capítulo 51

Vamos a por él

El silencio se adueñó por unos instantes de la comisaría. Parecía que nadie se atrevía ni siquiera a toser por miedo a sufrir las consecuencias. La mirada de Adrian Petrus hacia su subordinado era de las que, si pudieran, matarían.

—¿Cómo dices? —preguntó entrecerrando los ojos.

—Hannah está embarazada. Me lo dijo la última vez que nos vimos.

Petrus se acercó mucho a él con los puños apretados. Andrew temió que fuera a golpearle. Había furia en su mirada, una rabia que no había visto antes en él. Estaba convencido de que, en otras circunstancias, de no haber sido jefe y subordinado, le habría pegado sin contemplaciones.

—Como le pase algo a mi hija, te juro que te mato —fue lo siguiente que le dijo antes de girarse e irse.

Andrew volvió a respirar con normalidad. Había estado reteniendo el aire sin darse cuenta durante aquellos tensos momentos.

Cuando se dio la vuelta hacia donde estaba su compañero, se encontró con el rostro de Spencer, el cual estaba absolutamente anonadado por lo que acababa de escuchar.

—¿Vas a ser padre, Andy? —le preguntó sin poder creérselo todavía.

—Eso parece —dijo Davis.

—¿Por qué no me lo habías dicho, chaval?

—Porque todavía no me puedo creer que sea verdad. Vino el otro día a hablar conmigo, justo después de la rueda de prensa y me lo contó. Todavía estoy asimilándolo.

En el rostro del policía rubio se veía con claridad la zozobra que colmaba su interior. Aquello era una preocupación añadida, sobre todo, teniendo en cuenta que la relación con Hannah estaba finiquitada. La situación había dado un giro de ciento ochenta grados. Había pasado de tener claro que ya no quería nada con ella a compartir inevitablemente la paternidad de su hijo para el resto de sus vidas. Las decisiones que tomasen a continuación no podían tomarse a la ligera.

Spencer caviló algo.

—¿Y si ahí os vio el asesino? Quiero decir, no parece factible que te estuviera siguiendo, ni a ti ni a mí. Pero hemos leído en la carta que ya no tenía nada que perder porque, tal y como creemos, puede que pensara que estábamos a punto de atraparle. Tal vez vino hasta aquí para hacer alguna tontería. Incluso puede que se le pasara por la

cabeza entregarse. Y fue entonces cuando os vio.

Andrew se quedó pensando sobre aquello. Él ya había llegado a la misma suposición. Desde luego era mucha casualidad, pero no imposible.

Era factible que se hubiera acercado a comisaría con algún plan en la cabeza. Al ver a Davis, uno de los detectives que posiblemente vio en los medios que estaba al cargo del caso, con la que parecía su pareja, cambió de planes.

—¡Joder! Lo peor de todo es que lo veo posible. Las cosas entre ella y yo estaban muy frías pero, cuando me lo dijo, no pude hacer otra cosa que abrazarla. Al fin y al cabo, es algo que nos atañe a los dos.

—Ahí le diste la munición que necesitaba. Vio una expresión de amor de una pareja y se le revolvieron las tripas una vez más. Le proporcionasteis un motivo para…

Spencer se quedó callado. Lo que estaba a punto de decir le pareció que sobraba en aquella circunstancia.

—Dilo, Spence. Yo también lo he pensado. Le ofrecimos un motivo para volver a matar.

—Lo siento, tío. No es lo que me gustaría decir, pero supongo que es lo que creo.

Andrew asintió comprendiendo lo que quería decir su amigo. Era absurdo negarlo. Tenían claro que estaban detrás de un hombre que asesinaba parejas y que intentaba matar el amor.

—Bueno, ahora lo importante es encontrarla. Y cuanto antes lo hagamos, mucho mejor —cambió de tema el rubio.

Petrus ya se había encargado de organizar un dispositivo para que se dirigiera a la dirección que figuraba en la base de datos como la residencia de Edward Thompson.

Spencer y Andrew se pusieron los chalecos antibalas y fueron a unirse a dicho dispositivo. Ya habría tiempo más adelante de limar asperezas con el jefe o de resolver aquel malestar que no paraba de crecer entre los dos.

—Tú no vienes —le dijo Petrus a Davis—. Ya la has cagado bastante. Y

más te vale que vayas buscando otro trabajo, porque haré lo posible para que te marches de mi comisaría.

—Jefe, basta ya —le dijo Spencer—. Estás perdiendo el norte, coño. El chaval no es el responsable. Actúa con cabeza. Es tu hija, lo entiendo. Pero no puedes mezclar lo personal con lo profesional.

—Y no es la primera vez que lo hace, ¿me equivoco? —preguntó Andrew conociendo la respuesta. Ya no podía aguantarse más, después de lo mal que le estaba tratando y sabiendo todo lo que sabía de lo que había hecho Petrus para romper la relación entre su hija y él.

—No os quiero a ninguno de los dos trabajando en este dispositivo.

¿Queda claro? Ni se os ocurra aparecer por allí.

Acto seguido, le dio la orden a sus hombres para que se pusieran en marcha. Alguno de ellos les miró y, con un gesto de cabeza, les mostraron comprensión. No obstante, debían marcharse.

—Deberíamos buscar otras alternativas —comentó Davis, observando como sus compañeros salían por la puerta.

—Yo estoy a gusto aquí, la verdad. No me apetece mudarme. Además, me llevo bien con todo el mundo. Bueno, con todos menos con el jefe, pero eso nunca me ha importado demasiado.

—¡Spencer! ¡Céntrate, tío! —profirió Andrew—. No me refiero a otras alternativas de trabajo, sino que estoy hablando de la investigación. No creo que Hannah esté con él en su casa. Es demasiado fácil. Tiene que habérsela llevado a algún otro sitio.

—¡Vale, vale! No te había entendido. No te pongas así. Y puede que tengas razón. Este tipo es demasiado retorcido como para llevarse a la hija del comisario a su vivienda. Eso sería demasiado sencillo —reflexionó Tracy.

—Suponiendo que sepa que es su padre, cosa que dudo bastante.

—¿Dónde pueden estar?

—No lo sé. Pero podemos llamar al gerente de su empresa y preguntarle. Quizá haya hablado en algún momento de un lugar que es especial o relevante para él —sugirió Davis.

—Es una opción. Seguramente tenga más confianza con algún

compañero. Casi es inevitable contar algo de tu vida privada, por muy reservado que seas. Y este tío lleva ya años en la empresa —dedujo el moreno.

—Si esto falla, podemos pedirle a Dylan que busque si tiene alguna propiedad más. Y si aún así no encontramos nada, tenemos su carta y las canciones, Spence. Creo que dicen mucho más de lo que creemos. Tal vez en esos mensajes esté la clave.

Tracy pensó en aquello. Habían deducido algunas cosas gracias a las canciones, pero siempre habían andado sobre suposiciones sin tener verdaderas certezas. No obstante, parecía que sus deducciones fueron bastante certeras.

—Las rosas —dijo de pronto Spencer.

—¿Qué coño dices?

—Las rosas, Andrew. Es el único elemento diferente en todos los crímenes. Creo que las rosas son importantes para él en algún sentido. Voy a revisar el informe, porque estoy seguro de que analizaron qué tipo de rosas eran. Tal vez eso también sea de importancia.

A Davis aquella forma de pensar de su compañero le pareció muy interesante. Es verdad que resultó muy llamativo que en el escenario de Sunset Beach la chica estuviera sobre aquella cama de rosas, tal y como decía la canción.

Además, utilizaba en los crímenes un cuchillo de jardinería muy específico, un hori - hori, el cual se usa, entre otras cosas, para cortar las rosas.

Capítulo 52

Rosas

El gerente no salía de su estupor cuando le preguntaron por Edward Thompson. Siempre le había parecido un hombre afable y de buen carácter.

Muy reservado, eso sí, pero desde luego no mostró nunca signos de ser una persona violenta.

De hecho, había confiado mucho en él en los años que llevaba trabajando en Open Security. Nunca faltaba a su trabajo y era muy responsable y puntual. Por eso no tuvo problemas en acceder a las

peticiones concretas que le hizo en algún momento, como era el caso de la vigilancia del campus universitario, entre otras cosas. De ese modo, hacía horas extra en el turno de noche y se ganaba unos dólares más que le constaba que le venían muy bien.

Desconocía si tenía alguna propiedad más que la vivienda en la que residía, en la que estaba seguro de que vivía de alquiler. Les pidió que aguardaran unos minutos por si podía hablar con alguno de los compañeros con los que Eddy, como le conocían en la empresa, se relacionaba más.

Spencer y Andrew comenzaron a impacientarse. Los minutos pasaban y no tenían tiempo que perder. Mientras tanto, permanecían atentos a la radio policial para hacer el seguimiento del operativo que se acababa de poner en marcha. Por el momento, no parecía haber noticias.

—Detectives, ¿siguen ahí? —preguntó Henry Smith, para asegurarse de que no habían colgado.

—Aquí estamos.

—Siento decirles que ninguno de los vigilantes con los que tiene más relación dice saber nada acerca de si tiene alguna propiedad. Siento muchísimo no servirles de más ayuda.

Los detectives no pudieron evitar sentirse decepcionados. Confiaban en que allí les ofrecieran alguna información que les pusiera sobre alguna pista de dónde se había llevado a la hija del comisario.

—No se preocupe. Le agradecemos su colaboración en todo caso —le respondió Spencer.

—¿Están seguros de que es él? Quiero decir, también parecían seguros de que Albert estaba involucrado de algún modo —preguntó con la esperanza de que nuevamente estuvieran en un error.

—Me temo que esta vez no nos equivocamos, señor Smith —le confesó Tracy.

Al otro lado se hizo el silencio. Sin duda le debía costar digerir que había tenido a su cargo a un asesino capaz de cometer actos deleznables.

Segundos después, se despidieron y colgaron.

Enseguida, acudieron a la sala de medios. Dylan estaba ocupado con otras cosas. Sin embargo, tendría que dejarlas aparcadas para más tarde.

—Te compensaremos, ¿vale? Y seguro que si le explicamos a Petrus que has dejado otras tareas de lado para ayudarnos a averiguar dónde está el hombre que se ha llevado a su hija, incluso te premiará con días libres —le aseguró el detective moreno.

—¿Qué coño estáis diciendo? ¿Han secuestrado a una de las hijas del jefe? —preguntó el joven informático con incredulidad.

—Eso parece —contestó ahora Davis a media voz.

—¡Hostia puta! Esto es muy fuerte.

Andrew sintió un nudo en el estómago. Todavía no acababa de creerse que todo aquello que estaba sucediendo fuera real.

—Tengo la esperanza de que no va a hacerle nada por el momento —

confesó el rubio.

—¿Y eso por qué? —preguntó Tracy algo contrariado.

—Porque hasta ahora solo ha matado parejas.

—Entonces tenéis que localizar al novio y ponerle sobreaviso, tíos, porque corre un peligro de verdad.

Davis suspiró.

—Yo soy el novio, Dylan. Yo estaba saliendo con Hannah hasta hace poco.

Al informático se le abrió la boca de para en par por el asombro. Daba la impresión de que se le había descolgado la mandíbula.

—¿Estás de coña?

—No.

—Pues se te ha ido la olla, tío. Ni de broma saldría yo con la hija del jefe, da igual lo buena que esté. Estás muy perdido, Andrew, perdona que te

lo diga.

—Dylan, por favor, no podemos perder tiempo, ¿vale? Búscanos si Edward Thompson tiene alguna propiedad en Vancouver o alrededores —le solicitó el detective más joven.

El informático empezó a teclear frenéticamente. Accedió a toda la información disponible acerca de aquel hombre, incluido su historial médico.

—Aquí solo aparece la dirección del padre del tipo ese.

—Pásanosla —pidió Anderw.

—Os mando la ubicación al móvil. Y también su número de teléfono, por si queréis contactar con él mientras tanto.

Los dos volaron en dirección al coche. Debían apresurarse. Llamaron a Anthony Thompson, el padre del presunto asesino, tal y como sugirió Dylan. No hubo respuesta. Probaron en alguna ocasión más, pero con el mismo resultado.

—¡Mierda! —exclamó Davis.

—Tranquilo, tío, lo vamos a resolver.

Por la radio del coche escucharon que los agentes que se dirigieron al lugar en el que tenía su residencia habitual Edward Thompson no habían encontrado a nadie.

—¡Joder! Aunque intuía que no iba a ser tan fácil, tenía la esperanza de que lo encontraran y lograran rescatar a Hannah con vida —se desesperó Andrew.

—Bueno, todavía no podemos estar seguros ni siquiera de que se la haya llevado —trató de animarle su compañero.

—Voy a llamar a Dylan.

—¿Para qué?

—Para que le eche un vistazo a las cámaras que hay en el exterior de la comisaría. Ni siquiera nos hemos asegurado de que estuvo ahí fuera.

Andrew le explicó lo que necesitaban al informático para que revisara la imágenes o pidiera a alguien de vigilancia que lo hiciera inmediatamente.

Le solicitó que les llamara en cuanto las hubieran revisado.

Llegaron a la calle en la que residía el padre del sospechoso. Apenas había transeúntes por allí, ya que no había muchos negocios abiertos. Era un barrio humilde y bastante tranquilo. Subieron hasta la planta en la que estaba el piso del progenitor. Llamaron varias veces a la puerta, pero nadie abrió.

Entonces, probaron a llamar a otra puerta que había en el descansillo.

Abrió una mujer mayor. Se leía la desconfianza en su rostro. Los policías le enseñaron sus placas y le explicaron someramente los motivos por los que estaban allí.

—No van a encontrarle aquí. Anthony hace tiempo que se fue a una residencia. Vivía solo y cada vez se valía peor por sí mismo. Al final, no le quedó más remedio. Su hijo venía a verle de vez en cuando, pero no se ocupaba realmente de él.

—¿Y ha visto a su hijo por aquí recientemente?

—No, señores agentes. El chico hace mucho que no viene por aquí.

Posiblemente desde que su padre se mudó.

Los detectives le agradecieron su ayuda y se fueron escaleras abajo, ya que estaban tan solo en la segunda planta del edificio.

—Ahora sí que estoy perdido, Spence. No tengo ni la menor idea de dónde podemos ir.

—Bueno, se me ha ocurrido una idea muy loca, chaval, pero no perdemos nada por intentarlo. Al fin y al cabo, como ya te sugería antes, hemos dicho que los pétalos de rosa en el segundo escenario es el único elemento diferenciador entre los tres crímenes. En el informe figura que se trata de una clase muy concreta de rosas. Y sé dónde podemos localizarlas.

Se subieron al coche. En la radio comentaban que habían encontrado indicios de que Hannah había estado en el piso de Edward Thompson.

Acababan de encontrar un objeto personal que Adrian Petrus reconoció.

Ambos imaginaban el estado de nervios en el que debía encontrarse el jefe de policía en esos momentos, sabiendo que su hija había estado

retenida en la vivienda de un triple homicida.

—Hemos llegado, chaval. Si en algún sitio hay rosas en Vancouver, ese es aquí. Y de todos los tipos que puedas imaginar.

Capítulo 53

Momentos decisivos

Rose Garden estaba dentro del jardín botánico que se hallaba en Stanley Park, el famoso parque que constituía una península llena de bosques y vegetación anexa a la ciudad de Vancouver.

Aquel jardín de rosas tan espectacular albergaba más de siete mil rosales entre los que se podían apreciar unas quinientas cincuenta variedades de rosas. Era todo un regalo para los sentidos.

Los detectives, guiados por el instinto de Spencer, habían acudido hasta allí. Tenía una corazonada con aquello. La canción de Bon Jovi y los pétalos del segundo escenario le daban un protagonismo singular a esas flores en esa serie de crímenes. Si las rosas eran importantes para el asesino, tal y como pensaban, aquel lugar debía ser su santuario.

—¿Crees que los pétalos de rosas del escenario del segundo crimen se los llevó de aquí? —le preguntó Andrew con escepticismo. No le parecía que fuera sencillo, puesto que siempre podía haber alguien mirando, aparte de que seguramente habría vigilancia.

—No, ni mucho menos. Eso sería demasiado osado. No creo que quisiera correr ese riesgo innecesario y que le atrapasen por una tontería semejante. Pero es posible que descubriera esa especie concreta en este lugar. No sé, pero desde luego lo de las rosas tiene que ser de importancia para él, cada vez me parece más claro. Y si hay algún sitio en esta ciudad que sea conocido por su cantidad y variedad de rosales, es este. Tengo la impresión de que Rose Garden es un lugar relevante para él, aunque puedo equivocarme, por supuesto. Pero bueno, de vez en cuando hay que dejarse llevar un poco por nuestras corazonadas —argumentó el detective moreno.

—Bueno, nos han excluido del operativo. Desde luego esto es mejor que quedarnos en la comisaría.

—Exacto.

—Si no recuerdo mal, hay una casa que se utiliza de almacén y que está cerca de aquí —comentó Davis.

—Sí, está a unos cien o doscientos metros como máximo —corroboró Spencer, mirando en la dirección en la que recordaba que estaba dicha edificación. Era una bonita casa de piedra cuyo diseño armonizaba con el lugar en el que se encontraba.

—¿Crees que podría haberse llevado allí a Hannah? —preguntó esperanzado Andrew.

—Es una posibilidad. Voy a llamar nuevamente al gerente de Open Security. Puede que se encarguen también de la seguridad del parque y, si es así, habrá que preguntarle si en alguna ocasión Thompson ha estado al mando de la vigilancia en esta zona. Si estamos en lo cierto, conocerá bien el lugar.

El gerente respondió al tercer tono de llamada. Estaba resultando de gran ayuda. Todo era más sencillo cuando la gente se mostraba dispuesta a colaborar. ¿Por qué otras veces resultaba tan difícil? En muchas ocasiones, se encontraban con tantas trabas cuando hacían su trabajo, que les parecía incomprensible que los otros no entendieran que así era más fácil atrapar a un delincuente. Suponían que, en no pocos casos, las personas actuaban así por miedo a terminar implicadas en algo de lo que no eran responsables.

Aunque Davis permaneció cerca de su compañero y estuvo atento a la conversación, Tracy prefirió resumírsela para asegurarse de que se había enterado igual que él.

—Bueno, pues parece que no íbamos desatinados. En efecto, Open Security se hizo con la licitación para llevar la seguridad de Stanley Park, aunque desde hace tres meses es otra empresa la que la gestiona.

—¿Y qué hay de Edward Thompson? ¿Estuvo asignado aquí en algún momento? —indagó Davis.

—Sí, lo estuvo. Según parece, mostró especial interés en trabajar aquí, aunque después lo trasladaron al Capilano por una reasignación que tuvieron que hacer en la empresa. Sin embargo, hace bastante tiempo de ello. Smith estaba casi seguro de que, al menos hacía, un año de la última vez. De todos modos, lo iba a consultar en los registros que tienen y nos lo confirmará en cuanto lo sepa.

—Bueno, ya tenemos algo que investigar y otro motivo añadido que sustente nuestras suposiciones. Deberíamos acercarnos al almacén, por si nuestra teoría es cierta y está allí —propuso Davis.

Se dirigieron con sigilo hasta el lugar indicado, mirando a todos lados

por si algo se les escapaba. La tarde avanzaba de manera veloz y la luz del

día iba cediendo protagonismo a la noche. De pronto, Andrew se paró en seco.

—¿Escuchas eso?

Spencer aguzó el oído. Al principio, no oía nada, salvo el sonido del aire y de los pájaros entonando sus cantos. Prestó algo más de atención, por si por encima de ellos detectaba aquello que había paralizado a su compañero.

Y entonces lo escuchó.

De fondo, se oía una melodía.

Unos acordes incofundibles.

Un *riff* difícil de igualar.

Era *Sweet Child O'Mine* de Guns 'N Roses. El nombre del grupo tampoco parecía que fuera casualidad.

Armas y Rosas.

Una broma macabra y de poco gusto en esas circunstancias.

—¡Joder! Ese hijo de puta la tiene con él —predijo Andrew con angustia.

—Voy a pedir refuerzos. Necesitamos ayuda —dijo Spencer con sensatez. Andrew asintió. Sería mejor tener quien les guardara las espaldas, por lo que pudiera pasar.

Entonces algo se cruzó por su cabeza. ¿Y si Hannah ya estaba muerta?

Sintió un pinchazo de dolor en el medio del pecho. Si era cierto, él tenía su parte de culpa, ¿o no? Él era el responsable de que la joven se encontrase en aquella situación. Volvieron a él los fantasmas del pasado que tanto le habían influido en los últimos años, aquellos en los que se atribuía el daño que sufrieron personas que eran importantes para él porque no supo protegerlas.

Pensaba en los escenarios de los crímenes. Habían supuesto desde el primer momento que el asesino ponía la música después de matar a sus víctimas. Que sonara ahora esa canción podía ser una mala señal.

Mientras Spencer hablaba por teléfono, Davis se aproximó un poco más de forma sigilosa nuevamente. No quería ser visto ni que le pillara desprevenido. Solía ser un policía cabal, pero en esa ocasión se dejó llevar por su instinto de protección. Quizá no pudo evitarlo, no en balde podían estar allí encerrados su ex novia y su futuro hijo.

Por primera vez experimentó la responsabilidad de ser padre y de proteger a los tuyos por encima de todo, incluso de tu propia vida. No podía permitir que les hiciese nada. En ese mismo instante supo, además, que no

dudaría si tenía que apretar el gatillo para salvarles. Y entonces se dio cuenta de que volvía a experimentar aquel poderoso sentimiento que le invadió cuando, más de un año atrás, no dudó en matar a la Asesina de las Lágrimas cuando esta le cortó el cuello a su compañera. Puede que hubiera algo dentro de él que no quisiera ni reconocer. Un lado oscuro que aguardaba su momento para actuar.

Según se acercaba más y más, escuchaba con claridad la letra de la canción.

She's got a smile that it seems to me (Ella tiene una sonrisa que se parece a la mía) *Reminds me of childhood memories* (Me trae recuerdos de mi niñez) *Where everything was as fresh as the bright blue sky* (Donde todo era tan limpio como el brillante cielo azul) .

Now and then when I see her face (Ahora y entonces, cuando veo su cara) *She takes me away to that special place* (Me lleva lejos a ese lugar especial) *And if I stared too long* (Y si mantengo la mirada mucho tiempo) *I'd probably break down and cry (* Probablemente me derrumbe y llore) *Sweet child of mine* (Dulce niña mía)

Sweet love of mine (Dulce amor mío)

Andrew se sintió flaquear. Aquello pintaba mal. Notó cómo le costaba tragar saliva. Sus viejos temores a fracasar, a no ser lo suficientemente bueno, a fallar a personas que son o han sido importantes para él, volvieron en tropel, una avalancha angustiosa que iba inundando su garganta hasta casi dejarle sin respiración.

—Les esperaba, detectives. Bueno, en realidad, solo a uno de ustedes —

dijo con voz grave y un tanto rasgada el sospechoso. El detective rubio no pudo identificar desde qué lugar venía el sonido. Miró en todas direcciones para tratar de ubicarla. Aquello le desconcertó. Parecía

estar cerca pero provenir de distintas fuentes al mismo tiempo. Sin lugar a dudas, el asesino se había preparado para aquello. Ahora les tocaba anticiparse, a pesar de saber que iban, como mínimo, un paso por detrás de él.

Davis no contestó. Miró hacia atrás buscando a Spencer. Se había alejado demasiado de él y no lo veía. La vegetación servía como malla de ocultación, tapando casi todo lo que había alrededor, salvo la casa que estaba ya muy próxima a él.

En ese momento, se abrió la puerta, con una incitadora oscuridad llamándole a su interior. No podía ver lo que se ocultaba dentro. No podía detectar las trampas que posiblemente le esperaban allí. A pesar de la temperatura fresca que reinaba en el parque, sintió una gota de sudor resbalar por su sien.

She's got eyes of the bluest skies (Tiene los ojos de los cielos más azules) *As if they thought of rain* (Como si pensasen en lluvia) *I hate to look into those eyes* (Odio mirar en esos ojos) *And see an ounce of pain* (Y ver una onza de dolor) *Her hair reminds me* (Su pelo me recuerda *) of a warm safe place* (A un lugar cálido y seguro) Andrew dudó qué hacer. Sabía que lo más sensato era esperar, no solo a su compañero, sino también a los refuerzos. La situación era de lo más inestable. Sería una estupidez entrar solo, sabiendo además que el asesino ya se había anticipado a sus posibles movimientos. Tenía que pensar, mantener la mente fría, no dejarse llevar por impulsos irracionales.

—¿A qué espera, detective? Hay alguien aquí dentro que quiere verle, que confía en que tendrá la suficiente valentía para salvarla. ¿Qué está dispuesto a hacer por amor? ¿Qué sacrificaría por ese sentimiento que dicen es tan poderoso?

Where as a child I'd hide (Donde como un niño me escondería) *And pray for the thunder* (y rezaría para que el trueno) *And the rain* (Y la lluvia) *To quietly pass me by* (Pasaran de largo silenciosamente).

¿Qué estaba dispuesto a hacer? ¿Esperar, esconderse como un niño y rezar para que la tormenta pasase de largo como decía la canción o adentrarse en aquella casa y salvar a Hannah y a su hijo?

Sweet child of mine (Dulce niña mía)

Sweet love of mine (Dulce amor mío)

Where do we go (Dónde vamos)

Capítulo 54

Cuando las cosas no salen como deberían

Miró una vez más atrás. ¿Dónde demonios se había metido Spencer? Al menos, por lo que acababa de decir Thompson, Hannah seguía viva. El problema era que no tenía garantías de que estuviera diciendo la verdad.

Podía ser una forma de atraerle al interior de la casa antes de que llegasen los refuerzos, pues seguramente ya supondría que los habrían pedido.

Se le ocurrió algo. De momento, no había ni rastro de la chica. Ni siquiera la había oído. ¿Y si no estaba allí y la mantenía retenida en otro sitio? Y si estaba en lo cierto, ¿para qué entonces los esperaba en ese lugar?

—¿Dónde está la chica? —se atrevió a preguntar Andrew, un poco más cerca ya de la entrada.

—Eh, eh, eh. Más despacio, detective. Todo lleva su tiempo. Si quieres saber si ella está aquí dentro, tendrás que entrar y averiguarlo. Su vida depende de ello. Su vida depende de ti —repitió cargándole la responsabilidad—. Y soy consciente de que ya no me queda mucho tiempo.

Si vosotros habéis llegado hasta aquí, pronto vendrán más policías. No voy a esperar mucho más. Lo tomas o lo dejas. Se trata de todo o nada. Si entras, tendrás una posibilidad de salvarla. Si no, su muerte pesará sobre tu conciencia.

Andrew buscó por última vez a su compañero con la mirada. No le vio.

Entonces tomó una decisión. Se asomó a la oscuridad y dejó que esta le tragara. Dentro sus ojos se fueron acostumbrado poco a poco a la exigua iluminación interior. Apenas una vela alumbraba con timidez la estancia, más despejada de lo que esperaba. Hannah estaba acurrucada en el suelo con una mordaza en la boca. Parecía que tenía un golpe en la cabeza. Había sangre seca en su pelo. No se movía. Andrew se fijó en su pecho. Al menos, sí respiraba.

Edward Thompson estaba sentado en una silla desvencijada

apuntándola con su arma. Tenía una especie de amplificador de sonido en la otra mano.

Un equipo de música reproducía una y otra vez la canción de Guns N'

Roses —¡Hannah, Hannah! —la llamó—. Soy yo, Andrew. Voy a sacarte de aquí, ¿me oyes?

La joven no respondió. Debía tener una fuerte conmoción cerebral.

Thompson soltó una carcajada burlona.

—Ni lo sueñe, detective. No va a lograr salir de aquí con ella.

—No sabes en el lío que te has metido. Has secuestrado a la hija del jefe de policía de la ciudad. Más vale que la dejes ir si no quieres meterte en más problemas —le dijo en clara amenaza. Observó la cara de Thompson en semi penumbra. Parecía que no era conocedor de aquel dato—. Es evidente que no tenías ni la menor idea. Como le hagas daño a su hija, prepárate para sufrir el infierno en tus carnes.

Edward Thompson tardó en contestar. Tal vez porque estuviera barajando sus opciones. Finalmente, su rostro se relajó, lo que sorprendió a Andrew. Esperaba justo el efecto contrario.

—Ya no tengo nada que perder. Sabía que antes o después llegaríais hasta a mí. Cometí un error imperdonable. Un descuido estúpido. Me merezco lo que me tenga que pasar —confesó en señal de rendición.

Aquello lo volvía incluso más peligroso. Si ya sentía que no tenía nada que perder, podría actuar a la desesperada.

Andrew sopesó sus opciones. Por el momento, no veía salida. No sabía si los refuerzos estaban ya de camino, pero desde luego, debía ganar tiempo hasta que llegaran.

—No tienes que hacer esto, Edward. No tiene que morir más gente. Yo tampoco creo en el amor, ¿sabes? Al final, siempre te decepciona.

—No intentes engañarme, detective. Te he visto con la chica. He observado cómo la abrazabas. Detesto que me mientan.

—Ya no estamos juntos.

—No me lo creo. Y en cualquier caso, me da igual. Os tengo donde quería, que es lo importante.

—A mí no me lo parece. Yo también tengo un arma en la mano.

—Un arma que vas a soltar inmediatamente, porque sabes que, si no lo haces, voy a disparar y la mataré delante de tus narices. ¿Es lo que quieres?

¿Quieres verla morir o prefieres caer antes, como el resto de los chicos?

—Si la suelto, nos matarás a los dos. Y apuesto a que estoy más entrenado que tú en el manejo de armas. No puedes ganar, deberías saberlo.

—Podemos comprobarlo —dijo estirando más el brazo hacia donde estaba Hannah.

Andrew se tensó debido al miedo que experimentaba. Debía hacer algo.

—Los demás no tenemos por qué pagar que tu madre no te quisiera.

Pero, ¿sabes qué? Lo comprendo. Eres de esas personas a las que simplemente no se puede querer. Seguro que lo que te pasa es que odias a las mujeres porque ninguna se ha enamorado nunca de ti.

—¡Cállate, detective! Si crees que así vas a jugar con mi psique o algo por el estilo, te diré que lo haces bastante mal.

El policía no pudo por menos que darle internamente la razón. Sin embargo, no era eso lo que buscaba, sino simplemente distraerle y aprovechar esos escasos segundos para estudiar sus opciones.

Entonces se oyó un ruido en la parte de atrás. Los latidos del detective rubio se aceleraron un poco más. Aquello podía ser muy bueno o muy malo.

En breves instantes lo averiguaría.

Thompson se puso en pie, sin dejar de apuntar en ningún momento hacia la joven pero tratando al mismo tiempo de averiguar a qué se debía aquel ruido. Andrew se movió ligeramente para acercarse más a ella.

—Estate quieto —le ordenó el asesino.

Este se desplazó un poco hacia atrás, tratando de saber qué había provocado aquel sonido.

—Andrew. Estás aquí —dijo entonces Hannah con voz débil, como despertando del trance, al tiempo que comenzaba a ponerse en pie.

—No te muevas, cariño, por favor. Estate quieta —le rogó Davis, consciente de que cualquier movimiento imprevisto provocaría una reacción imprevisible del sospechoso.

—Has venido a por mí —continuó diciendo ella.

—Quédate donde estabas, preciosa, si no quieres que te meta una bala entre ceja y ceja —avisó Thompson.

Ella giró la cabeza hacia él, con la mirada un poco perdida posiblemente a causa de la conmoción. Daba la impresión de no reconocer a quien tenía enfrente.

Entonces alguien apareció por la espalda de Thompson. Este vio rápido el movimiento. Andrew, en previsión de lo que estaba a punto de suceder, corrió hacia Hannah.

Acto seguido una bala cortó el aire.

Después otra más.

Andrew ardía de dolor.

Capítulo 55

Momentos de pánico

El caos reinó por un instante en el interior de aquella pequeña edificación que por fuera parecía una vivienda pero que principalmente hacía las veces de almacén en el que los jardineros del parque guardaban los fertilizantes y algunas de sus herramientas.

Andrew notó el dolor lacerante de aquella bala que le rasgó la carne.

Sintió el quemazón intenso del proyectil disparado a gran velocidad con hambre de sangre. La velocidad a la que habían acontecido los últimos sucesos provocaba que apenas fuera consciente de lo que acababa de ocurrir.

La tela de su camisa se iba cubriendo de sangre y la miraba casi sin entender la razón. Él se encontraba en el suelo y el hombro derecho le dolía por el impacto contra el suelo. También se había golpeado la cabeza en la caída y sentía dolorida la zona occipital de su cráneo. Entonces, como una ráfaga de luz que inundó su cerebro, aparecieron

los destellos de lo que había pasado.

Hannah.

Edward Thompson había disparado en su dirección.

Él, al adivinar sus intenciones, corrió hacia ella para interponerse e interceptar la bala.

Había usado su propio cuerpo como escudo.

«¡Andrew, Andrew!».

Oía una voz amortiguada que le llamaba. Sonaba realmente preocupada.

Dudaba de si era su propio pensamiento. No podía escucharlo con claridad.

La detonación se había producido tan cerca y en aquel lugar tan cerrado, que tenía los oídos taponados. Un pitido constante le martilleaba su magullada cabeza.

«¡Andrew, Andrew! Respóndeme, chaval. ¿Estás bien?»

Debía ser Spencer quien hablaba. Pero él se sentía aturdido. Solo quería saber si la chica se encontraba bien. Miró hacia donde suponía que debía

estar ella. Se le heló el corazón. Hannah estaba tumbada sobre un charco de sangre.

Entonces reaccionó.

Trató de incorporarse.

Se tambaleó.

La habitación parecía dar vueltas.

Se había llenado de policías.

Volvió a intentarlo.

Alguien le sujetaba, ayudándole a ponerse en pie.

—Estoy aquí —le dijo Spencer.

Andrew tenía la mirada un poco perdida. Le dolía la cabeza. Empezaba a ver la imagen de su compañero con mayor nitidez, como si se disipara la niebla que lo cubría.

—Hannah, Spence. Está herida —dijo de forma casi telegráfica.

—Tú también lo estás. Tienen que verte los médicos.

—Tengo que ir con ella. Tienen que salvarla.

Los sanitarios ya se encontraban a su lado y trataban de contener la hemorragia. Poco después, la subieron a la camilla. Andrew se acercó todavía tambaleándose ligeramente. Petrus se encontraba al lado de su hija, pues había llegado con los refuerzos.

Andrew le cogió la mano.

—Te vas a poner bien, ¿me oyes? Hannah, tienes que ponerte bien —

dijo el joven detective sollozando.

Se la llevaban.

—Voy con ella —dijo en un vano intento. Petrus le miró como si le perdonase la vida. Tal vez le echara la culpa de lo sucedido.

—No señor. Tiene que verle un médico enseguida y deben trasladarle al hospital también —respondió un paramédico, observando el lamentable estado en el que se encontraba Davis.

Vio cómo se alejaban con Hannah en la camilla.

—¿Cómo ha podido salir todo tan mal, Spence?

—Hay cosas que no podemos prever, ¿sabes?

—No debí entrar solo.

—Supongo que no, aunque tampoco creo que hubiera cambiado nada.

Incluso me parece que eso ayudó a tenerle entretenido mientras nosotros nos organizábamos ahí fuera.

—He cometido un error imperdonable. Pero empecé a acercarme a la casa temiendo que Hannah ya estuviera herida o peor aún, y ya no te vi. No supe dónde estabas.

—Tranquilízate, ¿vale? Tienes una herida de bala en el hombro izquierdo que te tiene que doler a rabiar. Ahora deja que te cuiden y yo te contaré cómo ha pasado todo más tarde —dijo Spencer al ver que ya estaban allí otros dos sanitarios para atender a Andrew.

Este asintió dócilmente y a punto estuvo de desmayarse del dolor que sentía.

Capítulo 56

Lágrimas, dolor, miedo, amor

Había tenido mucha suerte. La bala le había rozado, dejando una herida fea y abierta pero que no revestía apenas gravedad. Respecto a los golpes que había sufrido, el hombro derecho luciría moratones durante los próximos días, tal vez semanas, y también padecía una leve conmoción cerebral que le mantenía un poco aturdido.

En el hospital, le curaron las heridas y le dieron la oportuna medicación y pautas que debía seguir en los próximos días, pero él no paraba de preguntar por Hannah. Necesitaba saber qué le había sucedido y cuál era su estado en aquel momento.

—Andy, tranquilízate, ¿vale? —le pidió Spencer, quien no se había separado apenas de él—. La están operando en este momento. La trayectoria de la bala se desvió al interponerte en su camino, pero no llegó a evitar que la impactara. Le ha entrado en su vientre y ha provocado una importante hemorragia. Pero no sabemos nada más por el momento.

—Quiero verla.

—¡Joder, macho! A ver si te crees que van a dejarte pasar al quirófano por tu cara bonita. Cuando salga, la podrás ver, no te preocupes.

Las lágrimas asomaron a los ojos del detective rubio. Sentía una profunda tristeza por lo sucedido. Le dolía enormemente que ella tuviera que pasar por aquello y sentía mucho miedo por lo que le pudiera suceder.

¿Qué secuelas tendría si salía de la operación? ¿Qué pasaría con su hijo? El amor que sentía en aquel momento era innegable. Puede que ellos dos no pudieran o no debieran estar juntos, pero no podía negarse que había llegado a quererla al igual que ya quería a su hijo, a pesar de que fuera todavía algo muy pequeño que crecía en el interior de su madre.

Spencer se acercó para reconfortarle. En ese mismo instante le invadían los mismos sentimientos por su compañero. La tristeza por el sufrimiento de su amigo, el dolor que experimentaba al verle padecer de esa manera, el

miedo a que volviera a recaer en comportamientos autodestructivos y todo porque Andrew ya era una parte importante de su vida y le quería.

Lágrimas.

Dolor.

Miedo.

Amor.

Emociones básicas, expresiones vitales que nos definen y configuran nuestra vida, nuestro vagar por esta realidad limitada y escueta por la que transitamos con una fecha de caducidad desconocida pero inevitable.

—Spencer, cuéntame qué pasó, porque hay cosas que no recuerdo con claridad.

—A ver, ¿qué es lo último que te viene a la memoria?

—Avancé hacia la casa cuando pensé que el sonido de la canción no era casual. ¿Por qué ponía la canción? ¿Y si ya la había matado? Pero, ¿y si no?

Entonces me di cuenta de que ya no te veía ni sabía dónde estabas. Él me llamó, invitándome a entrar. Parecía que hablase por un amplificador.

Cuando entré, Hannah estaba sentada en el suelo inmóvil. Me di cuenta de que sí respiraba. Estaba viva. Tenía un golpe en la cabeza y Thompson la apuntaba con la Luger 9 milímetros. Intenté hablar con él. Creo que nos quería a los dos juntos para asesinarnos.

—Sí, no lo dudes.

—Y luego, no sé bien qué sucedió. Creo, creo… —hizo una pausa intentando hacer memoria—. Creo que vio algo por el rabillo del ojo después de que escuchásemos un sonido.

—Éramos nosotros entrando en la casa por la parte de atrás.

Estudiamos el plano de la edificación y vimos que tenía otra entrada trasera. Con las gafas de visión térmica, pudimos determinar vuestra ubicación.

En la cabeza de Davis se iba aclarando lo acontecido allí dentro.

—Creo que justo ahí me di cuenta de que iba a disparar y traté de ponerme en medio. No podía permitir que le hiciese daño.

—Menos mal que llevabas el chaleco. En todo caso, cometiste una estupidez. Podía haberte matado.

—Lo sé. Solo pensaba en que no debía permitirle que matase a Hannah.

Spencer le miró con ternura.

—Lo hemos detenido. Nada más entrar escuchamos el disparo. Ese momento en el que miró hacia ella para dispararla fue cuando nos dio la

ventaja y pudimos abalanzarnos sobre él y reducirle. En realidad, fue pan comido, si no fuera porque con un solo disparo os acertó a los dos.

Capítulo 57

Hospital

Las heridas de Andrew no revestían importancia. Sin embargo, a pesar de su esfuerzo por salvar a Hannah tratando de interceptar aquella bala, esta se había alojado en su vientre.

Llevaban ya horas en la sala de espera aguardando el resultado de la intervención quirúrgica. Andrew, con el hombro vendado, no paraba de moverse por la habitación. En los escasos momentos en los que permanecía sentado, ponía su cabeza entre sus manos, los codos apoyados sobre las rodillas. Su angustia era patente y su sentimiento de culpabilidad también.

Cuando por fin salió el médico, Andrew se dirigió corriendo hacia él.

Petrus le fulminó con la mirada, pero le dio absolutamente igual.

—¿Qué tal está? —preguntó, adelantándose a los demás.

—Fuera de peligro, que es lo importante. Tendrá que permanecer

varios días en observación, pero por precauciones nuestras más que nada. Eso sí, debo comunicarles que ha perdido al bebé.

—Lo importante es que ella esté bien —dijo Andrew, tratando de esconder su dolor—. ¿Puedo pasar a verla?

—No, no puedes —se adelantó Petrus—. Es mi hija y tú no eres familiar suyo. Así que te quedas en la sala de espera. O mejor aún, puedes volver a tu casa. Aquí no te necesitamos.

El médico aguantó aquel comentario estoicamente. Había visto ya demasiadas cosas en su carrera profesional como para asustarse por aquello.

Acto seguido, los padres de Hannah siguieron al médico, quien les condujo hasta la habitación en la que reposaba la joven. Andrew se sentía herido por aquello. Había arriesgado su propia vida para salvar la de Hannah. No merecía que le tratasen así.

—No le hagas caso, ¿vale? Es un imbécil integral. En realidad, tú has salvado a su hija. Si hubiera sido por él, ya sería demasiado tarde porque buscaban al responsable en el lugar equivocado. Menos mal que te tenía a ti

—le dijo Spencer para tratar de animarle.

Pocos minutos después, regresaron los padres de Hannah. Aquello les resultó extraño a los detectives. Pensaban que se quedarían junto a ella el resto de la noche, salvo que los médicos les indicasen lo contrario.

—Ha dicho que quiere verte. A solas —comentó con rabia el jefe de policía—. Más vale que te comportes.

Andrew le miró con inquina. Estaba ya más que harto de sus comentarios. Decidió callar lo que tenía en mente y se dirigió a la habitación de la chica. Había cosas más importantes en aquel momento.

Hannah apenas podía abrir los ojos. Se notaba que estaba muy cansada.

La sedación seguía haciéndole efecto y la mantenía aletargada. Pero aun así, su espíritu indomable trataba de vencer la batalla.

—Estoy aquí, cariño —le dijo acercándose a ella y tomándole la mano.

—Andrew —pronunció ella su nombre con voz queda, casi en un susurro.

—Aquí me tienes.

—He perdido el bebé.

El detective no supo qué decir. Había empezado a querer a ese pequeño.

Después del impacto inicial de la inesperada noticia, comenzó a asumir su paternidad. Y ahora, de un plumazo, se lo habían arrebatado.

—Lo siento, Hannah. Lo siento muchísimo, de verdad.

—Te creo. Yo también lo siento.

Una lágrima resbaló por la comisura de los ojos de la chica. Él se la secó con dulzura con el dorso de su mano. Sintió un dolor punzante en el hombro magullado por la caída.

—Tal vez podamos tener otro algún día —dijo ella esperanzada.

Andrew no supo qué contestar. Eso no entraba dentro de sus planes.

—No es momento de hablar de eso ahora. Lo importante es que te recuperes —respondió, tratando de desviar el tema.

—Entonces lo nuestro se acabó, ¿verdad? ¿Es eso lo que quieres decir?

El detective bajó la mirada.

—Hannah, por favor. Hablaremos cuando salgas del hospital. Te lo prometo. Mientras tanto, estaré aquí a tu lado, no lo dudes ni un momento.

Capítulo 58

Declaración

Los potentes analgésicos que le habían administrado a Andrew lograban paliar casi por completo el dolor de su hombro izquierdo. Por suerte para él, también lograban que no sintiera ni el dolor de cabeza ni el del otro hombro que se había magullado al caer. Los médicos le recomendaron reposo, pero él no estaba dispuesto a perderse el interrogatorio del detenido.

—Deberías hacer caso al doctor. Eres un cabezota —le recordó su compañero.

—Claro, como que tú lo harías. Seguro que estarías dispuesto a perderte el *show* y a esperar que yo te lo contara. No te lo crees ni tú, Spence —

rebatió Davis.

—Bueno, pero es que yo ya no tengo remedio. Tú todavía estas a tiempo de cambiar.

—No me hagas perder más tiempo, ¿vale? Quiero llegar a comisaría antes de que se me pase el efecto de las drogas que me han dado.

Para cuando llegaron a la Jefatura de Policía, ya había amanecido.

Ambos estaban al límite de sus fuerzas, pero no les importaba. Sus compañeros ya habían procedido a realizar todas las tareas previas, como el traslado del detenido a la comisaría para ponerlo bajo custodia, la apertura del expediente, la toma de huellas, *etc.*

Había estado varias horas en el calabozo, hasta que los detectives solicitaron que lo condujesen a la sala uno de interrogatorios. Cuando entró, ellos ya estaban allí esperándole. El agente que le acompañaba, le esposó a la mesa, tal y como era habitual.

Edward Thompson les miraba con desdén. Poco se parecía al vigilante solícito y amable que les ayudó en el parque del puente suspendido sobre el río Capilano. Era consciente de que no tenía ninguna escapatoria, hasta el punto de renunciar a la presencia de un abogado.

—Has declinado la asistencia legal. Debemos suponer que sabes lo que eso implica —le dijo Spencer, cumpliendo con su trabajo. Al fin y al cabo,

aquella conversación iba a ser monitorizada y grabada. Mejor sería que quedara constancia de que el detenido conocía las consecuencias, por si algún día debían usar la grabación delante de un juez.

—Perfectamente. Y también sé que puedo solicitar su presencia en cualquier momento si cambio de opinión —les aclaró.

—Bien, pues adelante. Si lo prefieres, podemos dejarte papel y boli para que redactes tu declaración. Al fin y al cabo, Edward, en este caso no hay mucho que hablar, ya que te pillamos con las manos en la

masa —sugirió Spencer casi restándole importancia al hecho de que estuvieran allí, como si resultase una pérdida de tiempo.

—No estoy de acuerdo.

—¿No estás de acuerdo? Tenías retenida a una chica en la casa que hay justo a Rose Garden y la apuntabas en todo momento con tu arma, incluso la disparaste, por si no lo recuerdas —dijo Andrew, dejándose llevar por sus emociones.

Adrian Petrus aguardaba al otro lado del cristal. Aquella reacción de su subalterno le sacó de sus casillas. Él estaba esforzándose por no entrar allí y reventarle la cabeza a ese hijo de puta que le había metido una bala a su hija en el cuerpo. Si veía el menor indicio de que Davis la cagaba, le sacaría de allí sin pensárselo dos veces.

—No me refiero a eso, sino a lo demás —comentó, levantando ligeramente su mano derecha. Entonces, Andrew volvió a ver el tatuaje que le llamó la atención el primer día que le conocieron en el parque de Capilano. Se había tatuado un corazón roto.

—Te voy a comentar cómo va a ir esto, Eddy —dijo Spencer usando su diminutivo con toda la intención—. Vamos a analizar tu arma y las estrías de su cañón coincidirán a la perfección con las de las balas que hallamos en los tres escenarios de los crímenes de los que se te ha acusado. Y entonces, ya no habrá mucho más que hablar porque las pruebas hablarán por sí solas.

Así que, si quieres aprovechar este momento de gloria en el que tienes público y contarnos el por qué de estos asesinatos, te aconsejo que lo hagas ya, antes de que sea demasiado tarde. Pero si no quieres hacerlo, podemos contarte nosotros nuestra versión, la cual estoy seguro de que no diferirá demasiado de la tuya.

—Mientras tanto —habló ahora Andrew, más calmado esta vez—, nuestros compañeros están investigando tus contactos cercanos y buscando

a las parejas que has tenido, puesto que es bastante evidente que tienes un problema con las relaciones románticas.

Edward Thompson les miraba. ¿Quería contar su versión? En realidad, lo estaba deseando. Sí, sin duda, quería su momento de fama. Ansiaba tener su espacio en los medios, ser famoso como lo fue el Asesino del Zodiaco, que los criminólogos estudiaran sus homicidios en el futuro.

—Voy a hablar, pero quiero que esté aquí alguien de la prensa.

—De eso nada —se apresuró a contestar Andrew.

—¿Por qué no? Si quieren conocer los detalles, ese es el requisito que planteo. No es mucho pedir, en realidad.

—Te lo explicaré. Resulta que este caso está todavía bajo secreto de sumario. No podemos airear todavía nada de esto. Cuando el juez dictamine tu sentencia, tendrás toda la atención mediática que desees.

—Pero puedes estar tranquilo —intercedió Spencer—, porque vamos a grabar todas tus palabras y podremos contar tu historia.

El sospechoso reflexionó. No le bastaba.

—Lo quiero por escrito.

—¿Qué exactamente?

—Que podré contar mi historia al mundo. Merecen conocerla.

Capítulo 59

Conversación

En el hospital había quedado una conversación pendiente con Hannah.

Andrew no consideró adecuado hablar con ella mientras seguía convaleciente. No le convenía disgustarse ni alterarse por algo que podrían aclarar cuando estuviera recuperada.

Un par de semanas después, quedaron en una cafetería del centro desde la que se veía el mar. Era un lugar agradable y tranquilo en el que poder conversar largo y tendido. Andrew llegó pronto y dedicó los minutos previos a la llegada de la joven a poner en orden sus pensamientos. Tenía muy claro lo que quería, pero no tanto cómo pronunciarlo en voz alta.

En cuanto ella llegó y le vio sentado mirando por la ventana, lo supo.

En realidad, lo sabía desde la noche en la que ingresó en el hospital después de que aquel tipo la disparara. Ahora únicamente cosecharía una última certeza.

—Hola —dijo al acercarse a la mesa.

—Hola —le respondió el detective. Sus ojos se movían inquietos, tal y como hacen cuando están a punto de transmitir un mensaje que probablemente no es agradable para la otra persona—. Tienes buen aspecto.

—Muchas gracias.

—¿Te pido algo? —preguntó, más por solventar aquel momento incómodo que porque no pudieran esperar a que les tomaran nota.

—Un cortado estaría bien.

Se acercó a la barra a pedirlo. Andrew suspiró antes de regresar con Hannah. Era el momento de la verdad. Instantes después, el camarero les acercó la bebida hasta donde se encontraban.

—¿Qué tal te encuentras ya? —preguntó el rubio con sincero interés.

—Bastante recuperada. No parece que vaya a tener secuelas importantes.

Él asintió. Se alegraba por ella.

—Hannah, yo… Creo que tenemos una conversación pendiente —le dijo dubitativo.

—No hace falta que digas nada. Lo sé. Es muy fácil leer lo que dicen tus ojos, Andrew. No quieres estar conmigo —teorizó, con lágrimas en los suyos. Miró hacia otro lado tratando de contenerlas para que no cayeran sin más.

—Lo siento, de verdad. Creo que es lo mejor para los dos.

—No sé si es lo mejor, pero no puedo obligarte a que me quieras.

En eso tenía razón. El amor es un acto altruista en el que cada uno da sin esperar nada a cambio. Amar a alguien no garantiza ser correspondido.

—Yo… Lo siento, Hannah —repitió una vez más—. No sé qué más te puedo decir. Seguro que encontrarás a la persona adecuada. Lo nuestro empezó con demasiados impedimentos. Así es difícil que una relación salga adelante.

—No tienes que excusarte. Al menos has tenido el valor de decírmelo a la cara —concluyó la chica, asumiendo que no había vuelta atrás.

Permanecieron todavía unos minutos más en la cafetería, hablando de otros temas, pero sin prolongar demasiado la agonía.

El detective rubio la acompañó hasta su coche y la vio alejarse. Acababa de cerrar una relación que, en su día, pensó que podría funcionar.

A pesar de todo, Andrew seguía creyendo en el amor. Lo había vivido de manera plena con Melissa. Fue muy feliz a su lado mientras estuvieron juntos. Sabía sin lugar a dudas que con ella habría sido capaz de compartir el resto de su vida e, incluso, formar una familia. Pero todo se truncó cuando, en una operación de vigilancia, un joven agente que estaba en prácticas fue asignado bajo su tutela y acabó malherido y con secuelas irreversibles. Andrew se culpabilizó de aquello. Ese hecho lo cambió todo para él.

En su cabeza, los motivos para dejarla fueron precisamente una muestra de amor incondicional. No quería hacerle daño. No estaba seguro de poder protegerla y temía decepcionarla. Pensó que lo mejor para Melissa era alejarse de ella y dejarla volar.

Nunca sabría si aquello fue el peor error de su vida.

Tal vez lo mejor estuviera todavía por llegar.

Capítulo 60

Final

Desde que se conocieron, ya mucho tiempo atrás, los detectives Davis y Tracy habían tenido que pasar por muchas adversidades y momentos difíciles para uno y para otro. Todo eso les había unido poderosamente con un pegamento a prueba de toda circunstancia o casi. No esperaban que iban a encontrar un amigo el uno en el otro, en especial considerando las más que llamativas diferencias existentes entre ellos.

Sin embargo, así había sido. Y cada uno estaba dispuesto a hacer todo lo que fuera necesario por el otro.

—¿Estás mejor, Andy? —le preguntó aquella mañana Tracy. Las aguas poco a poco parecían volver a su cauce.

Ya iba siendo hora.

—Sí, Spence. Tranquilo, ¿vale? No tienes de qué preocuparte.

—Bueno, ya sabes que se te va la chaveta con cierta facilidad y eso —

bromeó, al apreciar que realmente su amigo parecía estar bien.

—¿Serás capullo? A ti sí que se te va, joder. Estás totalmente pirado.

¿Te lo había dicho alguna vez?

—Bueno, ya, pero lo mío no tiene remedio —dijo dándole unos golpecitos en el hombro. Por suerte, Davis ya estaba recuperado y no le dolió.

—¿Has visto el artículo que han publicado de Edward Thompson? —

preguntó el rubio.

—Sí. Y ahora va a escribir un libro el muy capullo. Empieza el *show*. Al final, se le ha premiado por robarle la vida a aquellos jóvenes.

—Es incomprensible.

—Desde luego que lo es —dijo el moreno con desazón—. Me he enterado de que a Albert Branson le recibieron como a un héroe cuando volvió al trabajo —le relató a su amigo—. El pobre casi carga con toda la mierda por una puñetera casualidad.

—Desde luego que sí. A veces, cuesta creer que pasen ciertas cosas. Al parecer, Thompson se llevaba bien con él. Le cuidaba y le trataba bien.

—Bueno, ya ves, tenía algo de humanidad.

—O quizás necesitaba tener a alguien que le admirase.

—Puede que le tratase como a un hermano menor o algo parecido.

—El caso es que le contó lo de que tenía un arma y se la mostró —

continuó explicando Davis—. La descargó para enseñársela y él le pidió ver una de las balas. Ahí dejó su huella.

Los dos detectives suspiraron ante las casualidades que, en ocasiones, nos pueden llevar hasta el borde del mismo abismo.

—¿Te has enterado de que le han dado la patada a Scott? —comentó Andrew como de pasada, en referencia a un agente de la comisaría con el que no tenían una relación especialmente buena.

—No. ¿Qué ha ocurrido?

—Que fue quien filtró información a la prensa. Intentó hacerse el interesante contando cosas que nos había oído decir.

—¡Menudo gilipollas! Bien merecido entonces. Pero, ¿sabes qué te digo? Que me da igual. Bastante tenemos nosotros con pensar en qué vamos a hacer de ahora en adelante.

—Sobrevivir, Spence. Y seguir trabajando en lo nuestro —concluyó Andrew.

Epílogo

Finalmente, Edward Thompson consiguió su objetivo. No solo le entrevistaron en distintos medios de comunicación, sino que publicó un libro contando su historia. Se vendieron innumerables ejemplares por todo el país. Sin embargo, de nada le serviría todo el dinero y la fama atrapado como estaba entre cuatro paredes para el resto de su vida.

Su libro comenzaba así…

No creo en el amor.

El amor duele.

El amor mata.

Soy el hijo de una madre desalmada que me dejó siendo un crío. Crecí sin una referencia materna. Todo lo que soy, en parte, se debe a ello. Al fin y al cabo, me crié con una parte incompleta de mi ser. Tratar de convertirme en alguien como los demás era una tarea imposible, aunque lo intenté hasta la extenuación. Pero, una y otra vez, acabé encontrando rechazo.

Y abandono.

Durante mucho tiempo, intenté comprender qué me sucedía para no merecer el amor de una madre. Ningún niño debería pasar por ese trance.

El abandono deja una marca indeleble que trunca tu destino.

Todas mis parejas terminaron rompiendo conmigo. Solían decir que me habían dejado de querer. Yo trataba de demostrarle a mi padre que el amor era posible, puesto que él siempre quiso convencerme de lo contrario, de que el amor no dura para siempre, es tan solo una quimera, una aspiración irrealizable.

Así que me embarqué en la búsqueda del amor para demostrarle a mi progenitor que no tenía razón. Intenté complacer a las mujeres con las que salía, mostrarme atento, dócil, servicial. Llegó un momento en el que me sentí como un trapo, como un trasto viejo que no merece cariño ni respeto.

Tuve que soportar incluso burlas en alguna ocasión, tal y como me sucedió

con mi última pareja. Tal vez aquel fuera el momento definitivo en el que decidí que algo debía cambiar.

Y entonces aparecieron ellos. La pareja del Capilano, haciendo una declaración obscena delante de todos los asistentes, como si a los demás nos interesaran sus mierdas.

Nunca pensé que sería capaz de llegar tan lejos. Sin embargo, supe que el mundo, la humanidad, debía recibir un mensaje nítido. Era el fin de las mentiras, del engaño y de los embustes en nombre del amor.

Y ahí comenzó todo.

Pero un error absurdo truncó mi misión.

Agradecimientos

El primer agradecimiento siempre va para ti, querido lector o lectora, que has elegido este libro entre miles y miles de opciones. Gracias por permitirme “secuestrar” una parte de tu vida para compartir tu tiempo con Andrew y Spencer.

El segundo agradecimiento va, como no podía ser de otra manera, para mi querido grupo de lectores cero, los cuales siempre están ahí dispuestos a echarme un cable. Para mí forman parte ya de mi círculo de amigos. Cada uno de ellos aporta algo diferente a mis novelas.

- Margarita González Benavides. Un torbellino de la cabeza a los pies, con múltiples ideas y aportaciones. Una mujer de fuerte personalidad y con arrojo. Te mando un abrazo especial, que sé que han sido tiempos difíciles.

Y por supuesto, sabes que este libro va dedicado a ti y por eso sale en el día de tu cumpleaños. Espero que este pequeño detalle te haga ilusión.

- Kress Phylaso. Una escritora prolífica de gran creatividad. Colabora como lectora cero con muchos escritores y siempre está dispuesta a ayudar.

- Andreu Purroy Giribet. Lector cero muy atareado, puesto que no cesan de salirle propuestas de autores que piden su colaboración. A pesar de ello, sé que puedo contar con él, lo cual es todo un lujo.

- Rocío García Melgar. Por muy atareada que esté, incluso con asuntos profesionales o personales, siempre quiere aportar su granito de arena, que no es un grano sino una montaña porque aprendo muchísimo con ella.

- Laura Díaz de Prado. Sin Laura seguramente siempre habría algún gazapo en mis libros, porque ella suele encontrar aquello que no se ajusta a la perfección y que hay que cambiar. Eso es algo de incalculable valor.

- Sonia Muñoz Rubio. No tengo palabras para definir a esta gran mujer, tan luchadora y valiente. Alguien que no duda en regalarte tu tiempo si así logra ayudarte a localizar y solventar posibles errores.

- Patricia Burgos Cortés. Una de esas personas especiales que, a través de un mensaje escrito o de un audio, son capaces de transmitirte energía y motivación, además de sacarte una sonrisa. Mira todo con lupa y encuentra hasta la equivocación más pequeña.

- Sara Moyano Ávila. Divertida, con un gran sentido del humor y con aportaciones siempre útiles o preguntas que te ayudan a reflexionar si algo

podría mejorarse o debería ser más completo. Y por supuesto, siempre tiene algo que decir que te llena de ilusión.

- Por supuesto, no me olvido de esas personas que tanto me quieren, que encima me lo hacen saber y me acompañan, de un modo u otro, a lo largo de cada fase de mi vida. Me siento por ello la persona más afortunada de este mundo.

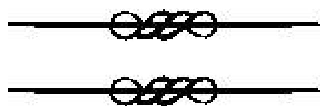
- A las lectoras y lectores que participan en lecturas conjuntas, en libros viajeros y para aquellos que intentan echarnos siempre un cable a los autopublicados, en parte porque saben que lo tenemos muy difícil para darnos a conocer y hacernos un hueco en el inmenso océano de la literatura.

Gracias siempre por vuestro apoyo y colaboración.

Para conocer a mis lectores cero, podéis visitar mi página web, en la que continúo preparando un apartado especial para cada uno de ellos.

Os dejo aquí el enlace. Todavía se encuentra en construcción, pero espero no tardar ya demasiado en finalizarla.

https://arielzorion.com/conoce-a-mi-equipo-de-lectores-0/



Datos de interés

El Capilano Suspension Bridge Park es de esos lugares que lo visitas una vez y se queda en tu memoria para siempre. Por definirlo de alguna manera, diría que es naturaleza en todo su esplendor, con frondosos y lustrosos árboles y el río Capilano atravesándolo. De manera sencilla y respetuosa, han logrado combinar una atracción turística con el cuidado de la naturaleza. El puente suspendido sobre el río es una auténtica pasada, así como las pasarelas que hay entre árboles y la cercana al restaurante que se menciona en el libro y que va pegada a la roca del desfiladero. Si algún día visitas Vancouver, no pierdas la oportunidad de acercarte hasta este majestuoso lugar.

El capítulo 57 se titula Lágrimas, Dolor, Miedo, Amor. No es casualidad, ya que recapitula lo que ha significado la saga de las biografías.

Los cuatro representan sentimientos fuertes y poderosos que pueden definir nuestra vida entera en función de cómo los experimentemos. Nuestra biografía está escrita, en cierta medida, por nuestras emociones que son las que se encargan de grabar a fuego en nuestra memoria los recuerdos más relevantes de nuestra historia personal.

La saga de las Biografías llega con este libro a su fin. He intentado con esta tetralogía construir unos thrillers un tanto diferentes, en cuanto que quería que el hilo conductor de cada uno fuera una emoción o un sentimiento. Tristeza, dolor, miedo y amor han sido los elegidos. Podrían haber sido muchos más, seguramente.

Uno de los objetivos era demostrar que lo que sentimos no es algo transitorio, sino que es un elemento fundamental que construye nuestra identidad a lo largo de los años. Nuestras emociones y cómo las experimentamos es una de las cosas que nos hace ser tan diferentes de los demás. Cada ser humano reacciona de manera distinta a las experiencias vividas. Nuestra gestión emocional nos conduce precisamente a otras experiencias concretas que nunca podrán ser replicadas, porque somos seres en constante cambio y evolución.

Creo que Canadá ofrece un marco incomparable en el que escribir una serie de novelas. Muchos de los parajes de este asombroso país pleno de

riqueza natural se convierten en los escenarios de múltiples películas e historias de forma habitual, lo cual es comprensible una vez que lo has visitado y te has admirado de lo que veían tus ojos.

Desde que estuve en Nueva Zelanda, he querido escribir alguna historia que transcurriese allí, al igual que me sucede con Islandia. Por el momento, no tengo nada en mente, aunque estoy segura de que, antes o después, os llevaré de viaje por esas maravillosas tierras. Al menos, una de las protagonistas de otra de mis sagas lleva un nombre islandés. No es otra que Myrkur Cranston. Myrkur, para quienes no lo sepáis, significa oscuridad en la lengua de los habitantes de la isla de hielo y fuego.

Espero que estéis deseando viajar a nuevos destinos con mis libros.

Playlist

El poder que tiene la música para conectar con nuestras emociones está fuera de toda duda. Es un elemento de una fuerza inconmensurable con la capacidad de evocar cualquier tipo de recuerdo y transportarnos a un momento vivido muchos años atrás. Puede que, precisamente por esto que acabo de comentar, la música haya sido un elemento tan relevante en esta serie de novelas.

Para mí, como para muchos supongo, la música forma una parte esencial de mi vida. Me acompaña prácticamente todo el día. Tengo mis grupos favoritos, qué duda cabe, y hay estilos que me gustan más que otros, pero trato de no cerrarme y escuchar un poco de todo, aunque como decía Andrew de Spencer, tal vez por una cuestión generacional, me parece que antes se hacía música mejor y hay grupos clásicos que es difícil superar.

Queen, The Rolling Stone, Metallica, Guns & Roses, Bruce Springsteen, The Police… y tantos otros, han creado canciones que forman parte del imaginario colectivo y que pasaran sin duda a la historia de la música.

Muchas de las canciones de esta *playlist* son un homenaje a esos grupos inolvidables. Y por supuesto, las canciones que aquí se recogen tienen una relación estrecha con la historia de esta novela, convirtiéndose incluso en protagonistas en cierta medida.

Además, todas y cada una de ellas, hacen referencia de un modo u otro al amor y por ello tienen su hueco en esta lista de reproducción. Podrían haber sido muchas más y también otras muy diferentes. Pero, por algún motivo, sentía que estas en concreto tenían algo que contar en este preciso momento.

Espero que disfrutéis escuchándolas.

Just Give Me a Reason, Pink

It's a Hard Life, Queen

Too Much Love Will Kill You, Queen

Shallow, Lady Gaga & Bradley Cooper

Sweet Child O'Mine, Guns & Roses

Don't Cry, Guns & Roses

Anybody Seen My Baby? , The Rolling Stone

Every Breath You Take, The Police

Nothing Else Matters, Metallica

Bed Of Roses, Bon Jovi

Madness, Muse

One Headlight, The Wallflowers

Your Side Of Town, The Killers

Addicted to Romance, Bruce Springsteen

Si te apetece escucharla, te invito a hacerlo aquí: Playlist de La

Biografía del Amor

(Puedes encontrarme en Spotify como Ariel Zorion)

LETRAS DE LAS CANCIONES

Shallow

Letra de la canción Shallow, de Lady Gaga y Bradley Cooper (BSO de la película "Ha nacido una estrella") *Tell me something girl* (Dime

algo, chica)

Are you happy in this modern world?

(¿Eres feliz en este mundo moderno?) *Or do you need more?*

(¿O necesitas más?)

Is there something else you're searching for?

(¿Hay algo más que estés buscando?) *I'm falling*

(Estoy cayendo)

In all the good times (En todos los buenos momentos) *I find myself longing for change* (Me descubro ansiando un cambio) *And in the bad times I fear myself* (Y en los malos momentos, me doy miedo a mí mismo) *Tell me something boy (Dime algo, chico) Aren't you tired trying to fill that void?*

(¿No estás cansado de intentar llenar ese vacío?) *Or do you need more?*

(¿O necesitas más?)

Ain't it hard keeping it so hardcore?

(¿No es difícil hacer que siga siendo tan intenso?) *I'm falling* (Estoy cayendo)

In all the good times (En todos los buenos momentos) *I find myself longing for change* (Me descubro ansiando un cambio) *And in the bad times I fear myself* (Y en los malos momentos, me doy miedo a mí mismo) *I'm off the deep end*

(Me voy a las profundidades) *Watch as I dive in* (Mira mientras me zambullo) *I'll never meet the ground*

(Nunca tocaré el suelo)

Crash through the surface (Atravesaré la superficie) *Where they can't hurt us*

(Donde no nos puedan hacer daño) *We're far from the shallow now* (Ahora nos encontramos lejos de lo superficial) *In the shallow, shallow* (En la superficie, superficie) *In the shallow, shallow* (En la superficie, superficie) *In the shallow, shallow* (En la superficie, superficie) *We're far from the shallow now*

(Ahora nos encontramos lejos de lo superficial) *I'm off the deep end*

(Me voy a las profundidades) *Watch as I dive in* (Mira mientras me zambullo) *I'll never meet the ground*

(Nunca tocaré el suelo)

Crash through the surface (Atravesaré la superficie) *Where they can't hurt us*

(Donde no nos puedan hacer daño) *We're far from the shallow now* (Ahora nos encontramos lejos de lo superficial) *In the shallow, shallow* (En la superficie, superficie) *In the shallow, shallow* (En la superficie, superficie) *In the shallow, shallow* (En la superficie, superficie) We're far from the shallow now

(Ahora estamos lejos de lo superficial)

Bed of roses

Letra de la canción *Bed Of Roses* de Bon Jovi y su traducción.

Sitting here, wasted and wounded (Sentado aquí, perdido y herido) *At this old piano* (En este viejo piano)

Trying hard to capture the moment (Tratando de capturar el momento) *This morning, I don't know* (Esta mañana, no sé)

'Cause a bottle of vodka is still lodged in my head (Porque una botella de vodka todavía está alojada en mi cabeza) *And some blonde gave me nightmares* (Y una rubia me dio pesadillas) *I think that she's still in my bed* (Creo que ella todavía está en mi cama) *As I dream about movies they won't make of me when I'm dead* (Mientras sueño con películas que no harán de mí cuando haya muerto) *With an ironclad fist* (Con una terrible resaca) *I wake up and French kiss the morning* (Y con un gran bostezo me despierto por la mañana) *While some marching band keeps its own beat in my head* (Mientras que una banda de música martillea en mi cabeza) *While we're talking* (Mientras hablamos)

About all of the things that I long to believe (Sobre todas las cosas que anhelo creer) *About love, the truth, what you mean to me* (Sobre el amor, la verdad, lo que tú significas para mí) *And the truth is* (Y la verdad es) *Baby, you're all that I need* (Cariño, eres todo lo que necesito) *I wanna lay you down in a bed of roses* (Quiero recostarte sobre una cama de rosas) *For tonight I sleep on a bed of nails* (Por esta noche, duermo en una cama de espinas) *Oh, I wanna be just as close as*

the Holy Ghost is (Oh, quiere estar solo tan cerca como está el Espíritu Santo) *And lay you down on a bed of roses* (Y quiero recostarte sobre una cama de rosas) *Well, I'm so far away* (Bien, estoy tan lejos) *Each step that I take is on my way home* (Que cada paso que doy es de vuelta a casa) *A king's ransom in dimes* (El rescate de un rey en monedas de diez centavos) *I'd given each night just to see through this payphone* (Que daría cada noche solo para ver a través de este teléfono público) *Still I run out of time or it's hard to get through* (Aún se me acaba el tiempo o es difícil pasar) *Till the bird on the wire flies me back to you* (Hasta que el pájaro en el cable me lleve de vuelta a ti) *I'll just close my eyes and whisper* (Solo cerraré los ojos y susurraré) *Baby, blind love is true* (Bebé, el amor ciego es verdad) *I wanna lay you down in a bed of roses* (Quiero acostarte en una cama de rosas) *For tonight I sleep on a bed of*

nails (Por esta noche duermo en una cama de espinas) *Oh, I wanna be just as close as the Holy Ghost is* (Quiero estar tan cerca como el Espíritu Santo) *And lay you down* (Y recostarte)

I wanna lay you down in a bed of roses (Quiero acostarte en una cama de rosas) *Well, this hotel bar's hangover, whiskey's gone dry* (Bueno, el whisky de resaca del bar de este hotel se ha secado) *The barkeeper's wig's crooked* (La peluca del barman está torcida) *And she's giving me the eye* (Y

ella me está mirando) *I might have said: Yeah* (Bueno, podría haber dicho que sí) *But I laughed so hard I think I died* (Pero me reí tanto que creo que morí) *Oh, yeah* (Oh, sí)

Now, as you close your eyes (Ahora mientras cierras los ojos) *Know I'll be thinking about you* (Sé que estaré pensando en ti) *While my mistress, she calls me* (Mientras mi amante, ella me llama) *To stand in her spotlight again* (Para permanecer en su punto de mira) *Tonight I won't be alone* (Esta noche no quiero estar solo) *But you know that don't mean I'm not lonely* (Pero sabes que no significa que no sea un solitario) *I've got nothing to prove* (No tengo nada que probar) *For it's you that I'd die to defend* (Porque eres tú quien moriría por defender) *I wanna lay you down in a bed of roses* (Quiero acostarte en una cama de rosas) *For tonight I sleep on a bed of nails* (Por esta noche duermo en una cama de espinas) *Oh, I wanna be just as close as the Holy Ghost is* (Quiero estar tan cerca como el Espíritu Santo) *And lay you down* (Y recostarte)

I wanna lay you down in a bed of roses (Quiero acostarte en una cama de rosas) *For tonight I sleep on a bed of nails* (Por esta noche duermo en una cama de espinas) *I wanna be just as close as the Holy Ghost is* (Quiero estar tan cerca como el Espíritu Santo) *And lay you down on a*

bed of roses (Y acostarte en una cama de rosas)

Too much love will kill you

Letra de la canción de Queen, *Too much love will kill you* (letra traducida)

I'm just the pieces of the man I used to be (Soy solo los pedazos, del hombre que solía ser) *Too many bitter tears are raining down on me* (Demasiadas lágrimas amargas llueven sobre mí) *I'm far away from home* (Estoy muy lejos de casa) *And I've been facing this alone* (Y he estado afrontando esto solo) *For much too long* (Por demasiado tiempo) *Oh, I feel like no one ever told the truth to me* (Oh, siento que nadie nunca me contó la verdad) *About growing up and what a struggle it would be* (Sobre madurar y la lucha que significaría) *In my tangled state of mind* (En mi enredado estado mental) *I've been looking back* (He estado mirando atrás) *To find where I went wrong* (Para encontrar dónde me equivoqué) *Too much love will kill you* (Demasiado amor te matará) *If you can't make up your mind* (Si no puedes decidirte) *Torn between the lover* (En el dilema de elegir entre el amante) *And the love you leave behind* (Y el amor que dejas atrás) *You're headed for disaster* (Te diriges al desastre) *Because you never read the signs* (Porque nunca leíste las señales) *Too much love will kill you every time* (Demasiado amor te matará en cada ocasión) *I'm just the shadow of the man I used to be* (Soy solo la sombra del hombre que solía ser) *And it seems like there's no way out of this for me* (Y parece que para mí no hay una salida de esto) *No, no there's no making sense of it* (No, no hay forma de hacer que tenga sentido) *Every way I go I'm bound to lose* (En todos los sentidos, estoy destinado a perder) *Too much love will kill you* (Demasiado amor te matará) *Just as sure as none at all* (Tan seguro como (lo hará no tener) nada de amor) *It'll drain the power that's in you* (Drenará el poder que hay en ti) *Make you plead and scream and crawl* (Te hará suplicar, y gritar y arrastrarte) *And the pain will make you crazy* (Y el dolor te volverá loco) *You're the victim of your crime* (Eres la víctima de tu crimen) *Too much love will kill you every time* (Demasiado amor te matará en cada ocasión) *Too much love will kill you* (Demasiado amor te matará) *It'll make your life a lie* (Hará de tu vida una mentira).

Yes, too much love will kill you (Sí, demasiado amor te matará) *And you won't understand why* (Y no entenderás por qué) *You'd give your life* (Darías tu vida)

You'd sell your soul (Venderías tu alma) *But here it comes again* (Pero aquí viene otra vez) *Too much love will kill you* (Demasiado amor te

matará) *In the end, in the end* (Al final, al final).

Sweet child o'mine

Letra original y traducción de la canción de Guns N' Roses, *Sweet child O'Mine*

She's got a smile that it seems to me (Ella tiene una sonrisa que se parece a la mía) *Reminds me of childhood memories* (Me trae recuerdos de mi niñez) *Where everything was as fresh as the bright blue sky* (Donde todo era tan limpio como el brillante cielo azul) .

Now and then when I see her face (Ahora y entonces, cuando veo su cara) *She takes me away to that special place* (Me lleva lejos a ese lugar especial) *And if I stared too long* (Y si mantengo la mirada mucho tiempo) *I'd probably break down and cry (* Probablemente me derrumbe y llore) *Sweet child of mine* (Dulce niña mía)

Sweet love of mine (Dulce amor mío)

She's got eyes of the bluest skies (Tiene los ojos de los cielos más azules) *As if they thought of rain* (Como si pensasen en lluvia) *I hate to look into those eyes* (Odio mirar en esos ojos) *And see an ounce of pain* (Y ver una onza de dolor) *Her hair reminds me* (Su pelo me recuerda *) of a warm safe place* (A un lugar cálido y seguro) *Where as a child I'd hide* (Donde como un niño me escondería) *And pray for the thunder* (y rezaría para que el trueno) *And the rain* (Y la lluvia) *To quietly pass me by* (Pasaran de largo silenciosamente).

Sweet child of mine (Dulce niña mía)

Sweet love of mine (Dulce amor mío)

Where do we go (Dónde vamos)

Where do we go now (Dónde vamos ahora)

Acerca de la autora

Son muchos ya los libros que tengo en mi haber. Sin embargo, autodenominarme escritora es algo que se me sigue haciendo muy grande.

Soy una aficionada a la escritura que le pone muchas ganas e ilusión. Y

hasta ahí puedo leer…

Me gusta escribir. Disfruto muchísimo, hasta un punto que es difícil de explicar. Necesito hacerlo todos y cada uno de los días, de modo que cuando no puedo, siento que verdaderamente me falta algo imprescindible.

Conseguir que aquello que tú consideras un *hobby* llegue a miles de personas es algo que nunca me imaginé que podría alcanzar.

Verdaderamente, es un sueño hecho realidad. Es indudable que, además, supone una motivación extra para seguir escribiendo.

Si quieres conocerme algo mejor, te invito a contactar conmigo a través de mis redes sociales o a visitar mi web. Siempre respondo, aunque tarde un poco más de lo que me gustaría. En cualquier caso, estaré encantada de intercambiar contigo opiniones.

[1] Letra de la canción *Shallow*, de Lady Gaga y Bradley Cooper, en inglés.

Encontrarás la traducción al final del libro, en el apartado *Playlist.*

[2] Letra de la canción *Bed of Roses,* de Bon Jovi. Letra traducida en el apartado *Playlist.*

[3] *Too Much Love Will Kill You,* canción de Queen lanzada en 1992 y remasterizada en 2011. La traducción se encuentra al final del libro, en el apartado *Playlist.*

Document Outline

- LA BIOGRAFÍA DE LAS LÁGRIMAS: Un thriller policíaco y psicológico (Saga de las Biografías nº 1) (Spanish Edition)
- La biografía del dolor
- La Biografía del Miedo: Un thriller psicológico que te estremecerá (Saga de las Biografías nº 3) (Spanish Edition)
- La biografía del amor
    - [1]
    - [2]
    - [3]